

Tesis Doctoral

El costumbrismo literario aragonés

Autor

Fermín Gil Encabo

Director/es

García de la Concha, Víctor

Departamento de Filología Española
1983

Nota editorial

Esta tesis doctoral fue editada en microformas:

El costumbrismo literario aragonés, Huesca, Ediciones del Fénice, 1991 [48 pp. de preliminares + 23 microfichas (1 595 fotogramas)]. ISBN 84-88073-00-3.

Un adelanto:

"Costumbrismo (artículo de costumbres)", en *Gran Enciclopedia Aragonesa*, IV, Zaragoza, Unali, 1980, pp. 979-982. <http://www.encyclopedia-aragonesa.com/voz.asp?voz_id=4367&tipo_búsqueda=1&nombre=costumbrismo&categoria_id=&subcategoria_id=&conImagenes=>

Un resumen:

"Bosquejo histórico-literario del costumbrismo aragonés", en Mainer, José-Carlos y Enguita, José M.^a (eds.), *Localismo, costumbrismo y literatura popular en Aragón. V Curso de Lengua y Literatura en Aragón*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico" (C.S.I.C.), 1999, pp. 51-70. <<http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/18/61/04gil.pdf>>.

Algunas de sus partes fueron publicadas con modificaciones:

Crespo Roche, Rafael, *Don Abestruz. Novela vurlasca* [Zaragoza, 1799], Edición y preliminares de Fermín Gil Encabo, Huesca, Ediciones del Fénice, 1991 [LVI pp. de introducción + 20 pp. de texto]. ISBN 84-88073-02-X [la introducción es actualización de "Un relato bifronte sobre el currutaco: *Don Abestruz. Novela Vurlasca*. (Zaragoza, 1799)", en *Salastano* [Huesca], 1 (1985), pp. 53-76.]

[Corresponde parcialmente a las pp. 283-297]

"*Café de la Reunión: un puente costumbrista entre dos periódicos aragoneses del trienio liberal (Diario Político de Zaragoza y El zurriago aragonés)*", en Gil Novales, Alberto (ed.), *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*, Madrid, Universidad Complutense, 1983, pp. 67-72.

[Corresponde a las pp. 368-369 y alude a 378-383]

"Monólogo catequístico versus conversación oída en los diálogos costumbristas del trienio liberal", *Aportes. Revista de Historia del siglo XIX*, 2 (junio de 1986), pp. 14-23.

[Corresponde a las pp. 354-362]

"El costumbrismo literario aragonés en el Trienio Liberal", *Trienio. Revista de Historia. Ilustración y Liberalismo*, 19 (mayo de 1992), pp. 39-84.

[Corresponde a las pp. 336-390]

'Parapilla, Ginesillo de' *et al.*, *Sombras chinescas, retratos, no claros y sí oscuros, garrapateados del natural*, [Zaragoza, 1863], Edición facsímil con prólogo de Fermín Gil Encabo, Huesca, Ediciones del Fénice, 1991 [XXXIX pp. de introducción + 150 pp. de texto]. ISBN 84-88073-01-1.

[Corresponde a las pp. 1113-1116 y 1180-1189]

"Ideología y crítica social en el costumbrismo", en "Cuadernos de Cultura Aragonesa", *El Día*, 1297 (15-VI-1986), p. 1; reeditado en Barreiro, Javier (ed.), *La línea y el tránsito. (Monografías sobre cultura aragonesa)*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1990, pp. 180-183.

[Corresponde a las pp. 1460-1464]

"Literatura burguesa y prensa regional: el localismo temático a la luz del costumbrismo aragonés", en Naval, M.^a Ángeles (coord.), *Cultura burguesa y letras provincianas. Periodismo en Aragón (1834-1936)*, Zaragoza, Mira, 1993, pp. 99-130.

[Parcialmente corresponde a estas páginas: 111-113 = 1408-1411; 113-114 = 1481-1482; 115-117 = 1113-1116; 118-125 = 1180-1189]

EL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS

EL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS

Fermín Gil Encabo

Volumen I

Tesis de Doctorado realizada bajo la dirección del Prof.
D. Víctor G. de la Concha

Ponente: Prof. D. Leonardo Romero Tobar.

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza.

Octubre de 1983

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN.....	6
Declaración de siglas	14
PARTE I.- Las señas de identidad del género costumbrista: bases y datos para el replanteamiento de un capítulo de la historia literaria española	17
1.- Los orígenes del costumbrismo literario español	18
2.- El costumbrismo literario español; esbozo de rotulación para la historia de un género	120
PARTE II.-Historia del costumbrismo literario aragonés (hacia una descripción crítica del artículo periodístico-literario)	254
3.- El precostumbrismo	255
3.1.- Hasta el Trienio Liberal (1797-1820)	256
3.2.- El Trienio Liberal (1820-1823).....	336
3.3.- La Ominosa Década (1823-1833)	391
4.- El costumbrismo	411
4.1.- Las regencias de María Cristina y de Espartero y el comienzo de la Década Moderada (1833-1844).....	412
4.2.- La plenitud de la Década Moderada y el Bienio Progresista(1844-1856)	713
4.3.- La vuelta a la situación moderada y el Sexenio Revolucionario (1857-1874)	914

	<u>Fág.</u>
5.- El postcostumbrismo	1371
5.1.- Sesenta y dos catas entre el <u>fi</u> nal de la Primera República y las vísperas del 98 (1875-1897)....	1372
 PARTE III.- Del costumbrismo aragonés al costum- brismo español: sincronía, sintonía y reciprocidad	1402
6.- Recuento. Hitos textuales y temporales...	1403
6.1.- Cuantificación y clasificación	1404
6.2.- Selección y periodización	1412
7.- Paradigmas	1440
7.1.- Técnica	1441
7.2.- Ideología	1459
7.3.- Filiación	1472
 CONCLUSIONES	1489
 BIBLIOGRAFÍA CITADA	1496
 APÉNDICES	1511
 ÍNDICE GENERAL	1571

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo, dirigido por D. Víctor G. de la Concha, es el resultado de la investigación sobre un tema inédito con la que se opta al grado de doctor. Su título, - El costumbrismo literario aragonés, es suficiente para declarar la disciplina, la materia y la parcela acotada de ésta que se abordan si bien se hubiese podido completar con la puntualización "en sus relaciones con" o "en el contexto del costumbrismo español".

Tiene como objetivos principales 1º) el estudio de los artículos periodístico-literarios de costumbres publicados en Aragón junto a la revisión de los de tema aragonés - dados a la luz fuera de la región y 2º) la propuesta de reformulación de la interpretación habitual del costumbrismo español.

Sus límites materiales vienen dados fundamentalmente por las publicaciones periódicas aragonesas conservadas y los fondos españoles de las hemerotecas madrileñas. El tiempo estrictamente acotable es el que va de 1836 a 1874 aunque el periodo total estudiado abarca el siglo que media entre 1797 y 1897.

El punto de vista adoptado es el periodístico-literario que permite explicar el costumbrismo a partir de sus propias características.

La hipótesis de trabajo básica se cifra en concebir el costumbrismo como un género que, simultáneamente, es índice literario y coadyuvante ideológico del proceso de acceso definitivo al poder llevado a cabo por la burguesía española desde las postrimerías del reinado de Fernando VII - hasta la Revolución de septiembre de 1868.

La finalidad de la investigación radica en dar a conocer más de quinientos sesenta textos, en su mayoría inexistentes oficialmente hasta ahora, e integrarlos en el con

junto de los que forman el costumbrismo español mediante el análisis de sus notas individuales y de sus líneas generales, su ordenación histórica, el establecimiento de sus rasgos técnicos e ideológicos y su filiación en las "escuelas" nacionales. A un tiempo como punto de partida y como conclusión, la investigación centra su interés en ubicar sus planteamientos en el lugar correspondiente de la crítica que existe sobre el género.

Las páginas que siguen constituyen el término provisional de un proceso de investigación cuya labor preparatoria se modeló como conjunción del interés por la narrativa, ya manifestado con ocasión de la tesis de licenciatura, y por la historia literaria aragonesa, de manera que el inicio de un fichero para la elaboración de un índice de textos narrativos aragoneses o vinculados con Aragón constituyó la primera de las fases de la investigación. La segunda vino dada por el necesario inventario previo de todas las muestras literarias aragonesas que llegó a plantearse como puesta al día de los catálogos de Latassa y Gómez Uriel. La conveniencia de subordinar el carácter extensivo de este objetivo a uno intensivo condujo a la elección de la comúnmente denominada literatura costumbrista, uno de los campos que parecían más abandonados a pesar de que la confusión terminológica y genérica indujesen a pensar que era suficientemente conocido en sus rasgos básicos. Esta tercera fase consistió en aproximarse a la novela regional y regionalista de finales del siglo XIX y comienzos del XX. La comprobación de que tales textos y los coetáneos rotulables como "baturismo" exigían una indagación sobre sus posibles orígenes llevó a una cuarta fase que fue, precisamente, la investigación del costumbrismo aragonés delimitado de manera inequívoca como artículo periodístico-literario.

En un primer momento, se procedió al estudio de los análisis del costumbrismo, en especial los de Correa, Ucelay y F. Montesinos y a la lectura de los textos más sobresalientes: las obras completas de Estébanez, Mesonero y Larra y los dos volúmenes de la antología preparada por Correa. De

La primera experiencia se deducía, además de la posibilidad de reformular aspectos teóricos no demasiado claros, - el hecho de que sólo se conceptuaba como costumbrismo aragonés los textos que aludían a la región publicados mayoritariamente en Madrid y casi reducidos a los del Semana rio Pintoresco Español y a los derivados de Los españoles pintados por sí mismos. De la segunda se desprendía tanto la viabilidad de revisar la teoría del costumbrismo basándose en sus contradicciones y en la poética del género que permitían establecer los textos de sus fundadores como la ratificación de que el costumbrismo aragonés era lo asentado teóricamente, adobado por alusiones anecdóticas en otras obras y, en todo caso, extendido con criterios muy dudosos hasta muestras narrativas como las de López Allué que había que excluir a la luz del estudio realizado de la poética del género.

La siguiente fase consistió en asegurarse por otras vías de todo lo propuesto como definitivo para el costumbrismo aragonés. La correspondencia con investigadores de la literatura, la historia y el periodismo de otras zonas españolas y la consulta de catálogos, índices de publicaciones periódicas, bibliografías y ficheros nacionales y regionales mostró un vacío en este tipo de estudios que hacía cada vez más plausible la sospecha de que existiesen textos costumbristas inexplorados en la prensa aragonesa. Fue esta una de las etapas más largas, arduas y arriesgadas pues consistió en buscar, sin tener en realidad ningún aval de éxito, en las hemerotecas aragonesas y madrileñas un material hipotético con el que, afortunadamente, se pudo dar.

Confluyó entonces la posibilidad de reinterpretar lo aportado por la crítica del costumbrismo español con la necesidad de hacerlo para que lo que tenía existencia real - la tuviese también teórica y encontrase su sitio exacto en la historia del género.

El resultado final de un complejo proceso de cartas, viajes, lecturas de periódicos y revistas, encargos, comprobaciones y repeticiones de fotocopias se convirtió en las tres partes básicas del presente trabajo. La primera -

de ellas es la historia y crítica de la teoría costumbrista. Plantea todos los aspectos globales y particulares susceptibles de reinterpretación, fija unos parámetros históricos para la discutida cuestión de la cronología del costumbrismo y, a partir de los textos de Estébanez, Mesonero y Larra, establece la poética. Ésta da la referencia intragenérica que permite situar donde corresponde el alcance del artículo de costumbres —que así se propone identificar al costumbrismo frente al "cuadro" precostumbrista, a la literatura regional posterior y al descripcionismo realista transepocal—, el significado de sus lugares comunes y sus conexiones con otros géneros, en especial, la novela, y otras disciplinas. En conjunto, la Parte I cumple la función de sintetizar todos los datos aportados por la crítica integrándolos en un esquema coherente que revisa el valor que se les ha atribuido y deja lo analizado en una situación tal que la comprobación de cualquiera de sus aspectos particulares puede adquirir el rango de reformulación teórica del costumbrismo.

La pormenorizada descripción crítica de los textos llevada a cabo en la historia del costumbrismo aragonés —que constituye la Parte II resulta ser, quiérase o no, un punto de vista que obliga a modificar la historia y la teoría del costumbrismo español en virtud de los presupuestos antes mencionados. A este valor cualitativo y cuantitativo que implica la existencia de tantos textos desconocidos —oficialmente, se añade el de las pautas mantenidas al estudiar sus caracteres en función de la poética del propio género —y no de otros— y del contexto periodístico-literario inmediato y natural de su condicionamiento, creación, difusión y consumo.

Estas referencias, no muy usuales en la crítica del género, son las que permiten obviar un resultado que se limite a simple modificación numérica del costumbrismo español en la sección de la nómina que afecta a Estébanez, de quien dependerían teóricamente todos los costumbrismos re-

gionales conocidos o por conocer. Su mantenimiento facultada para plantear una Parte III como síntesis de lo propuesto en la I y llevado a cabo en la II de manera que las conclusiones que encierra sean cualitativamente distintas a las esperables de seguir mecánicamente las referencias ofrecidas por la crítica del costumbrismo. Se confirma así, en primer lugar, la existencia del género en Aragón mediante una clasificación de los datos cuantificados de forma que, tras varias cribas, el corpus queda fijado en quinientos sesenta artículos aunque, de hecho, se estudian y a fondo otros, en especial los que, aun no siendo estrictamente costumbristas, eran conocidos por haberse publicado en Madrid y Barcelona. El primer capítulo de esta conclusión orgánica que es la Parte III se concluye con la selección de *dieciocho* dieciséis textos entre los más representativos por diversos conceptos a los que poder referir tanto la división epocal del costumbrismo aragonés como las conclusiones interrelacionadas que siguen en el capítulo segundo. Éste, el epígrafe 7, también se basa en el cotejo de las consideraciones que se desprenden de la estadística con lo que cabría esperar según la teoría del costumbrismo español. Sucesivamente, se comprueba lo referente a la técnica específica del género, a su ideología y a la filiación que le corresponde. En los tres casos quedan subsumidos otros aspectos secundarios y se proponen nuevos paradigmas. El estudio conclusivo en que se aborda la adscripción del costumbrismo aragonés a una determinada "escuela" o tendencia española compendia y revaloriza lo aportado por los anteriores en la medida en que demuestra que es innegable algo inesperado: en tanto que el costumbrismo aragonés estudiado es una realidad cuantitativa y cualitativa, el hasta ahora tenido por tal es mínimo numéricamente, es fundamentalmente no costumbrista y no puede tenerse por aragonés.

El trabajo se completa con un apartado formal de conclusiones en que se sintetizan los hitos críticos propuestos a lo largo de todo él, con la relación de la bibliografía citada y de las fuentes hemerográficas utilizadas, con los cuadros y gráficos manejados para establecer la síntesis conclusiva que forman los epígrafes 6 y 7 y con un índice general que ofrece información básica sobre los detalles de cada una de las tres partes y, en especial, de las líneas generales de lo contenido en las distintas publicaciones de las fases histórico-políticas en que se ha subdividido el costumbrismo aragonés.

Globalmente considerado, el trabajo permite advertir con mayor nitidez la coherencia interna que se le pretendió dar desde un principio. En consecuencia, ésta podría aparecer desdibujada si se atiende sólo a capítulos aislados o si se juzgan con criterios que precisamente han sido invalidados en otros lugares y resultan de exclusión obligada por razones metodológicas. Las tres partes del trabajo están imbricadas de tal manera que la I supone la hipótesis, la II su comprobación y la III la confirmación sintetizadora. La Parte I y la III quedan vinculadas en la medida en que abordan el fenómeno estudiado en términos sustancialmente teóricos y constituyen un todo en el que prima la referencia al costumbrismo nacional. Ambas están en función de la Parte II, donde lo básico es el caso particular del género en una región no estudiada y el papel de demostración práctica que cumple en el conjunto. La Parte I representa la tesis que viene dada por el costumbrismo español; la II, la antítesis que supone el costumbrismo aragonés y la III, la síntesis del proceso teórico-práctico recorrido. Tal como la Parte II en cierta medida resulta autosuficiente, es sobre todo en función de la I como debe entenderse la III. El sesgo de ésta es, por lógica, teórico. Para que no se convierta en una simple reordenación de lo expuesto en la II, se ha evitado cuidadosamente no repe-

tir en ella pautas generales de lo historiado, como las fases sociopolíticas o las trayectorias de los periódicos, ni aspectos aledaños convenientemente analizados - en el momento oportuno que constituyen el rico contexto del género, como lo que afecta al periodismo en general, las gacetillas, la censura, las condiciones de lectura, la mecánica de la comunicación, la transmisión textual, las relaciones entre el costumbrismo y la novela, las restantes formas literarias consignadas, la información cultural sobre la época, la imagen de la región que proyecta lo histórico, lo paisajístico y lo artístico, el aragonesismo político, el folklore o el baturrismo.

Si el fácil engrosamiento de la Parte III no hubiese aumentado su valor cualitativo, el olvido del papel que cumple en el conjunto del trabajo se lo habría mermado considerablemente. Esta es la razón por la que se han privilegiado aspectos fundamentales para convertir la Parte III en lo que debe ser: una nueva hipótesis que necesita ser comprobada mediante el análisis textual del costumbrismo español conocido y por conocer sobre todo, el del resto de las regiones y que debe soportar el contraste de la teoría arrojada por cualquiera de estos aspectos pendientes. De ahí, que sus capítulos -véase, a título de ejemplo y por lo que respecta a la técnica, el primer párrafo y su nota del epígrafe 7.1.2- tengan que configurarse necesariamente como esbozo de categorización que ha de dar pie a estudios posteriores ya diseñados como lógica continuación de este.

En definitiva, el prurito localista, de la mano de la euforia que propician los hallazgos textuales y teóricos quizás hubiese encubierto alguna generalización imprudente pero en ningún caso disculparía la flagrante contradicción que supondría dar como categorización completa y definitiva del costumbrismo español la

perspectiva relativizadora que ofrece el aragonés. Tal extrapolación invalidaría todo el trabajo en la medida en que éste tiene sentido precisamente como impugnación de un error equiparable advertido en la historia y la teoría del costumbrismo nacional.

El estado de la investigación que muestra este trabajo es necesariamente provisional e incompleto. Como todos los de similares características, deja pendientes algunas comprobaciones y posibles reordenaciones. Con todo, las lagunas más evidentes, al margen de las que piden un estudio particular que se alejaría de los objetivos y los planteamientos del presente, se pueden cifrar en incorporar lo aportado por las publicaciones periódicas de acceso imposible hasta ahora o, quizás, en confirmar su pérdida irreparable y en dar cuenta de estudios de consecución tardía, planteamiento redundante con los analizados u orillamiento circunstancial debido a sus enfoques no pertinentes en este momento.

Si alguna de estas limitaciones advertidas o de las que pudiera percibir quien lea el trabajo merma los méritos de éste, el desdoro en ningún caso debería afectar a la impagable aportación de cuantos —desde su director hasta las mecanógrafas, pasando por los familiares y amigos— han hecho posible que su autor lo haya escrito y lo firme como propio.

Huesca, 31 de agosto de 1983.

DECLARACIÓN DE SIGLAS

DECLARACIÓN DE SIGLAS

<u>ANZ</u>	<u>El Anunciador</u> , Zaragoza.
<u>ARZ</u>	<u>El Aragón</u> , Zaragoza.
<u>AUZ</u>	<u>La Aurora</u> , Zaragoza.
<u>AZ</u>	<u>El Avisador</u> , Zaragoza.
<u>BFZ</u>	<u>Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales</u> , Zaragoza.
<u>CAT</u>	<u>Centinela de Aragón</u> , Teruel.
<u>DAZ</u>	<u>Diario de Avisos</u> , Zaragoza.
<u>DCZ</u>	<u>Diario Constitucional</u> , Zaragoza.
<u>DPZ</u>	<u>Diario Político de Zaragoza</u> .
<u>DZ</u>	<u>Diario de Zaragoza</u> .
<u>EAZ</u>	<u>El Eco de Aragón</u> , Zaragoza.
<u>EPZ</u>	<u>El Esparterista</u> , Zaragoza.
<u>ESZ</u>	<u>La Esmeralda</u> , Zaragoza.
<u>EZ</u>	<u>El Zaragozano</u> .
<u>LEAM</u>	<u>La Ilustración Española y Americana</u> , Madrid.
<u>LEPPSM</u>	<u>Los Españoles pintados por sí mismos</u> , Madrid.
<u>LZ</u>	<u>La Libertad</u> , Zaragoza.
<u>MUM</u>	<u>El Museo Universal</u> , Madrid.
<u>NZ</u>	<u>La Nube</u> , Zaragoza.
<u>PZ</u>	<u>La Perseverancia</u> , Zaragoza.
<u>RCZ</u>	<u>Ramillete Constitucional de Zaragoza</u> .
<u>SAZ</u>	<u>El Saldubense</u> , Zaragoza.
<u>SPEM</u>	<u>Semanario Pintoresco Español</u> , Madrid.

- SZ Semanario de Zaragoza.
- TT El Turia, Teruel.
- TZ La Templanza, Zaragoza.
- ZAZ El Zurriago Aragonés, Zaragoza.

Se recurre al asterisco para indicar el título que se propone para un artículo que carece de él o lo tiene inexpressivo.

Cf. se usa en un sentido lato.

PARTE I

**LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DEL GÉNERO COSTUMBRISTA:
BASES Y DATOS PARA EL REPLANTEAMIENTO DE UN CAPÍTULO
DE LA HISTORIA LITERARIA ESPAÑOLA.**

1. Los orígenes del costumbrismo literario español

1.1. El origen histórico de un género: la sociedad española, la prensa literaria y los modelos extranjeros en la gestación del costumbrismo español

1.1.1. El ascenso de las clases medias al final del Antiguo Régimen.

En los últimos años del reinado de Fernando VII, sobre todo a partir de su matrimonio en 1829 con su cuarta esposa, María Cristina, España experimenta indicios de liberación política y no precisamente porque la monarquía se muestre proclive a atemperar su absolutismo de forma espontánea, sino como resultado de las transformaciones sociales que ni la fuerza es capaz de contener.

La solución al problema sucesorio, que implica el abandono de las férreas disposiciones encaminadas a alejar el peligro revolucionario por mostrarse ahora favorecedoras de la causa del hermano del rey, Carlos María Isidro, no es sino un síntoma político de que el Antiguo Régimen es insostenible. Cuando la economía que lo soporta ha sido minada por la guerra de la Independencia, la emancipación de las colonias, el desequilibrio entre Castilla y la periferia y el desajuste básico entre un anquilosado sistema de instituciones ---privilegios estamentales, vínculos, diezmos, régimen señorial ...--- y medidas propias de un estado moderno ---como el ---

mantenimiento de un ejército permanente— para asegurar su persistencia, se llega al colapso ante la imposibilidad de efectuar una reforma fiscal de consecuencias temidas por el sistema.

Al hacer efectiva la Pragmática Sanción que asegura el trono a la futura Isabel II, los sectores más reaccionarios, aglutinados por el pretendiente, son marginados del poder. Irrumpe así, en Septiembre de 1832, durante los Sucesos de La Granja, la cuestión carlista que acarreará tres guerras a lo largo del siglo como otras tantas intentonas de reubicar la sociedad española en la situación anterior a las Cortes de Cádiz. Pero también ocurre que la monarquía se ve obligada a recabar de manera abierta el apoyo de los liberales moderados, cuyos intereses, en tanto se identifiquen con los de la burguesía en formación, supondrán el desmantelamiento sistemático del orden feudal.

A partir de entonces, las clases medias, con titubeos y retrocesos por falta de la cohesión y el poder que sus homólogos franceses e ingleses han logrado hace años, van encontrando su espacio social entre la Nobleza, la Iglesia y el pueblo llano hasta que, gracias a sus elementos más progresistas revalidan su supremacía en la gloriosa revolución de Septiembre de 1868 (1).

Todos los aspectos de la vida española evidencian el cambio sustancial que se va operando en la concepción ideológica del mundo. Desde la perspectiva de la cultura, se puede apreciar cómo las creaciones literarias —neoclásicas, románticas, realistas, ...— van transformando la explicación de la realidad en apropiación de ésta al identificar paulatinamente la visión del mundo específica de la mesocracia con una supuesta visión objetiva. Este proceso, cuyo momento culminante se sitúa en la novelística galdosiana tendría uno de

sus arranques más significativos y problemáticos en las descripciones de la realidad inmediata que aparecen en la prensa periódica desde 1831: los artículos de costumbres.

1.1.2. La tolerancia editorial con María Cristina.

La asunción de las responsabilidades del gobierno por parte de María Cristina es saludada esperanzadamente por los liberales: a la reapertura de las universidades y la amnistía para los delitos políticos en octubre de 1832, sigue una cierta tolerancia editorial que no afecta normativamente a la prensa hasta el Reglamento de junio de 1834 y, en especial, hasta la Ley de Imprenta de marzo de 1837, cuando se recuperan los avances conseguidos en la Constitución de 1812 y durante el Trienio Liberal (2).

Hasta que se producen estas obligadas concesiones tras la muerte de Fernando VII, las publicaciones periódicas no oficiales de la Década Oscura se reducen a las excepcionales iniciativas de quienes cuentan con el favor personal de la familia real o el aval de sus más próximos servidores. Sólo así se explica la aparición de los cinco impertinentes cuadernos de El Duende Satírico del Día (febrero-diciembre 1828), de Larra o las, a primera vista, inocuas páginas de El Correo Literario y Mercantil (julio 1828-1833) (3).

El Duende podría ser excepcional desde el punto de vista de la censura, aunque no tanto a la luz de la tradición de la literatura periodística, pues "ni inventa formas nuevas de expresión ni trae de fuera nada que no estuviera ya aclimatado en la literatura nacional" (Escobar, 1973,92). Pero El Duende, de ser un ejemplo aislado de prensa crítica permisible por sus rasgos dieciochescos —casi los únicos concebibles para demostrar preocupaciones sociales durante el absolutismo—, puede convertirse en referencia segura para arrojar luz sobre los orígenes del costumbrismo español, tan plagados de fantas-

mas. Y lo mismo puede significar El Correo que, aunque incapaz de otra actitud que no fuese la de adular a personas e instituciones oficiales, proporciona uno de los eslabones perdidos que impiden seguir viendo el costumbrismo como emanación del supuesto realismo español o de postulados esencialistas similares.

1.1.3. Los casos de 'El Duende Satírico del Día' y 'El Correo literario y mercantil'

Fundamentalmente, El Duende recoge, utiliza y transmite el espíritu crítico y reformista de la prensa del siglo XVIII (como El Pensador, de Clavijo y Fajardo y El Censor, de Cañuelo) que los ilustrados españoles aprendieron en The Tatler y The Spectator, de los ingleses Steele y Addison, a través de sus traducciones y derivaciones francesas. Es más: aunque con las salvedades precisas, se podría decir que El Duende es un caso de vuelta a España de ese espíritu que, mediante sucesivas transformaciones, se originaría en la novela picaresca y Los Sueños, de Quévedo, arrancarían de El Diablo Cojuelo (1641), de Vélez de Guevara, se convertiría en Le Diable Boiteux (1707), Asmodée, al afrancesarse en la imitación dieciochesca de Lesage y luego, como Pacquet y The Devil upon two sticks (1708), informaría la actitud de Steele y Addison (4). Pero, sobre todo, El Duende simbolizaría la vigencia de una prensa atenta a las reformas que necesita la sociedad muy poco antes de la iniciación del costumbrismo. Un hipotético régimen constitucional no interrumpido desde 1812 quizás hubiese generado las técnicas definidoras del género (cf. en Lloréns, 1980, 180, -- la importancia de lo que en torno al costumbrismo escribieron los emigrados), pero, el hecho es que al finalizar la --

represión fernandina, éstas se importaron del extranjero ya elaboradas. "El Café" (26-II-32), la muestra más costumbrista de El Duende, sería una de las primicias que van menudeando por esos años y que hablan del grado de receptibilidad de la literatura periodística hacia nuevas formas literarias de testimonio social.

En el momento en que la prensa transforma la actitud crítica en rasgo técnico sistematizado, se operará el cambio cualitativo que separará al costumbrismo de todos sus antecedentes. El paso es gradual y claramente perceptible con perspectiva temporal, pero si se adoptan criterios rigurosos de acuerdo con la Historia, Las Cartas Españolas, en 1831, ya revelan la acumulación de concausas que explican el nacimiento del género. Se aprecia así la distancia que hay, por ejemplo, entre el Larra primerizo desgastado en polémicas puntillistas con Carnerero en un periódico personal y ruinoso económicamente y el que, tras la maduración en El Pobrecito Hablador (agosto 1832-marzo 1833), colaba en La Revista Española (noviembre 1832-febrero 1835).

Carnerero, antes de dar a la luz La Revista y su precedente, Las Cartas, había incorporado en su primera publicación el elemento decisivo para la recepción del costumbrismo en España (cf. Escobar, 1977). Como dice Ucelay (1951, 59), "Es evidente que la inspiración inmediata de los creadores del género procede de Francia, y que Jouy y Mercier son los modelos" (5); pero, antes de que el plan y las técnicas de las descripciones de las costumbres francesas fueran definitivamente adaptados a la realidad española y cuajasen en Las Cartas, aparecieron diseñados el 8 de agosto -

de 1828 en El Correo. Un redactor oculto tras el pseudónimo de El Observador anuncia los objetivos de una serie de artículos titulada "Costumbres de Madrid" siguiendo, sin citarlo, el "Préface" de Mercier a su Tableau de Paris. En el esbozo reúne prácticamente todos los elementos del costumbrismo: - se sirve del pseudónimo; se propone corregir las costumbres mediante una crítica festiva alejada de la sátira, dar la - descripción moral de la sociedad más que la física, atenerse a la realidad inmediata, abarcar todos los niveles sociales, enseñar a ver de nuevo lo cotidiano; confiesa sus modelos y se limita a las costumbres de la capital. En el número del 1 de septiembre, se desdobra, atribuyendo su plan a la redacción del periódico y ofreciéndose para llevarlo a - cabo; se presenta como viejo, con capacidad de asombro, entrometido y escudriñador y promete entregar un artículo por semana. (cf. Escobar, 1977, 34-41). El plan no se cumple ya que la serie se interrumpe con el ejemplar del 31 de octubre (después de imitar también a Jouy en "Una casa en el -- barrio de las Platerías"), pero sobre todo, por la incapacidad del Observador para emanciparse de los ejemplos seguidos y adaptarlos a la realidad española. Su imitación es tan literal que en "Fisonomía de esta villa", conato de artículo con el que comienza la serie, llega a dar por madrileños elementos del paisaje parisino, detalle que no dejó de ser - fustigado por El Duende (cf. Escobar, 1977, 39; 1973, 212-3). Al margen de la impericia de El Observador, la innovación - de Carnerero no podía ir más allá de la implantación directa de un tipo de literatura cuyo éxito en Francia desearía para El Correo, "pero parece que ni el marco del periódico, ni las circunstancias poco favorables para el desarrollo de

la literatura, le permitieron reunir un buen equipo de redactores." (Escobar, 1977, 42).

El plan fallido de El Correo y el ejemplo aislado de "El Café" de Larra, muestran el límite máximo alcanzado -- por las creaciones literarias que preceden al costumbrismo: entre los acabados rasgos técnicos seguidos mecánicamente por El Observador, su naturaleza curiosa remite a la actitud que preside The Spectator, de Addison; de las páginas de El Duende, que se debe a la misma tradición, emerge "El Café", a medio camino entre la imitación directa y la evolución natural de la crítica dieciochesca. La interpenetración es tal que incluso en El Correo aparece un artículo titulado "Cafees" (6).

El encuentro de la tradición periodística española -- con el nuevo tipo de literatura que llega de Francia se -- produce tres años después, cuando la crisis del absolutismo intenta resolverse con el concurso de los liberales moderados y la burguesía comienza a establecer sus señas de identidad en los artículos de costumbres de Las Cartas Españolas. Periódicos literarios como El Duende y El Correo son muestras significativas tanto de que el costumbrismo español no surge del vacío como de que tiene sus erígenas literarios en el extranjero y sociales en España. Se dilucida así la cuestión de la dualidad de fuentes que generalmente se plantea al explicar el nacimiento del género como fruto de la tradición nacional en la que las influencias extranjeras se limitarían a poco más que el momento de -- "fecundación" o al explicarlo tanto buscando una solución de compromiso entre ambos componentes como obviándolos. En estos casos los datos acumulados en la busca parecen rehuir

la luz de los acontecimientos políticos y sociales al recon-
cluirse en el ámbito de la erudición, donde, de todas formas,
llega generalmente bajo la especie de concepción previa del
tema.

Notas al epígrafe 1.1.

1.- Además de la síntesis de Artola (cf. 1976, 51-57, especialmente), el estudio de Fontana (1974) puede servir de referencia para explicar satisfactoriamente la situación sin salida en que se encuentra la monarquía absoluta -- prácticamente desde 1814. A la luz de las estrechas relaciones entre política y hacienda, Fontana analiza los factores que se van combinando hasta provocar la quiebra del Antiguo Régimen. Las arcas del Estado están vacías en 1814 (cf. P. 380), la coyuntura económica internacional, en baja (43, 99, 378). Al deficiente desarrollo de la agricultura castellana (53-4) y las variadas formas de régimen señorial que la entorpecen (47-8), se suma el sorprendente contraste entre Castilla y la periferia que desnivela la balanza de pagos: Castilla produce trigo en exceso e importa tejidos extranjeros mientras la periferia exporta tejidos e importa trigo del exterior (53-6, 61, 272). La emancipación de las colonias supone la pérdida del mercado americano y la del europeo, ya que más de la mitad del comercio exterior español es de tránsito (57-9).

Ante esta situación, el pago de los haberes adeudados a los funcionarios y, sobre todo, la creación de un ejército y una policía permanente para alejar el peligro de una revolución (19-21, 115, 377, 381) obliga a la Hacienda a contar con el aumento de la recaudación casi -- como único ingreso (65) a pesar de lo anticuado del sistema tributario (71) y con la limitación esencial de no --

poder modificar la estructura del Antiguo Régimen (74-75).

Aunque para lograrlo, Fernando VII busca todo tipo de soluciones y se va alejando de los consejeros más reaccionarios —a quienes, a su vez se acerca el Infante Carlos— (135-6), la contradicción entre objetivos y medidas es insoluble. El mismo régimen mina uno de sus más sólidos pilares: el del clero regular que, aunque hostil al liberalismo, se ve cercenado en su poder por los absolutistas al tener que ir vendiendo sus posesiones para hacer frente a los impuestos mucho antes de las desamortizaciones de Mendizábal y Madoz (208-10, —380).

Tras la pérdida de las colonias, la burguesía se desvincula del absolutismo y toma conciencia de clase (219-21, 227). En su lucha contra las supervivencias señoriales se suman los campesinos (228, 231-2), hasta que el fracaso de la política agraria en el Trienio liberal hace que se adscriban a la causa carlista (252). La sublevación Riego no es, ante este panorama, más que un síntoma del estado del régimen (347) que no tiene más opciones que la quiebra, ya bajada en la crisis de 1818 (312-5), o la revolución (313-4). Ante la inminencia de ésta, todos los consejeros del rey, excepto el Inquisidor General (350), son partidarios de la Jura de la Constitución.

Las simples reformas administrativas inspiradas en el reformismo ilustrado del siglo XVIII estaban condenadas al fracaso. Sólo el recurso a la fuerza ("Los cien-

mil hijos de San Luis") permitió intentar de nuevo su aplicación en 1823 y enmascarar momentáneamente su inviabilidad (386-7), pero el agotamiento del sistema -- era irreversible desde 1814, de manera que los absolutistas menos recalcitrantes "entendieron por fin que -- la única alternativa posible a una revolución social -- era un amplio programa de reformas. Así comenzó a fraguarse la liquidación final del Antiguo Régimen y se inició una cauta transición, una revolución burguesa -- que apenas fue revolución y cambió muy pocas cosas: -- que permitió salir del paso, pero no bastó para evitar un futuro de subdesarrollo económico y conflicto social (387; cf. 377-387).

La última fase del absolutismo (1823-33) también es analizada por Fontana (1973), que, con el mismo criterio de atender a la política y a la Hacienda, restringe asimismo (1977) el periodo que va de la muerte de Fernando VII hasta la reforma tributaria de 1845 como investigaciones parciales para la elaboración de "una visión de conjunto de las grandes transformaciones que se han producido en la sociedad española desde fines -- del siglo XVIII a mediados del XIX." (1977, 8), síntesis que aborda en 1980.

Los logros de los liberales sobre el absolutismo se consolidan en 1837, cuando confluyen la política -- desamortizadora y la supremacía militar sobre los carlistas. (cf. Jutglar, 1968, 78; Artola, 1976, 57)

- 2.- Cf. Artola, 1976, 331-3 y Cabrera et al., 1975, 57. La historia de la censura es tratada por José Eugenio de Egizábal: Apuntes para una historia de la legislación española sobre imprenta desde el año de 1480 hasta el presente [1873], Madrid, 1879; Ángel González Palencia: Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España, 1833, Madrid, Real Academia Española 1934-41, tres volúmenes. Véase, además, la síntesis que sobre la censura en el romanticismo hace Lloréns (1980, 193-226).

Zavala (1972, 38 n19), que estudia el aspecto ideológico de la prensa en el siglo XIX, resume así el programa hasta 1828: ..

Índice de los altibajos del periodismo del ochocientos es el porcentaje de los que salieron durante el trienio. En 1820 aparecieron sólo en Madrid sesenta y uno; en 1821 se redujeron a treinta y uno; en 1822, a veintiocho y en 1823, a trece. [...] De 1824 a 1828 en Madrid sólo aparecían El Diario de Madrid, la Gaceta, El Mercurio de España y el Diario General de Ciencias Médicas. En 1828 comenzó a salir El Duende Satírico del Día.

- 3.- Muy probablemente, El Duende obtuvo el permiso gubernativo gracias a la protección de Fernández Varela, importante eclesiástico, amigo del ministro de Hacienda - López Ballesteros, y de gran influencia ante el rey. De igual modo, Fernández Varela siendo consejero íntimo de la reina regente, ampararía la publicación de El Pobrecito Hablador (agosto de 1832- marzo de 1833). Cf. Mar-

tín, 1975, 79-82. Con todo, El Duende pudo ser tolerado como una de las concesiones a los liberales moderados a que se veía obligada la monarquía. Cf. Escobar, 1973, - 87-9 y 88 ss.

En cuanto a El Correo, López Peñalver, uno de sus redactores, fue secretario de La Exposición de la Industria Española de 1827, por lo que estaba vinculado con López Ballesteros, el ministro-puente entre el rey y -- los moderados. Además, el alma de El Correo era José María Carnerero, personaje de innegable importancia en el resurgir de la prensa tras la represión de Fernando VII. Su voluble ideología, capaz de contentar a todos según -- las circunstancias, convirtió la publicación en una defensa servil del Gobierno, servicio que le permitiría -- editar en marzo de 1831 las Cartas Españolas, revista -- de interés capital para la historia del costumbrismo. -- Cf. Mesonero, V, 178-9 y Escobar, 1973, 70-72, 89, 204- -- ss. Por encima de su inocuidad explícita con respecto -- al absolutismo, El Correo contribuye a su liquidación -- al ayudar decisivamente a sentar las bases culturales -- de la explicación de la realidad en términos burgueses.

- 4.- Los pormenores de esta evolución han sido revelados en -- los estudios de Le Gentil (1909a, 1909b), Hendrix (1920, 1921-2, 1933), Tarr (1928-9), Place (1930) y Montgomery (1931), principalmente. Ubelay (1951) incorpora sus hallazgos al analizar esta trayectoria, concebida como un ciclo (demasiado esquemático, pues se obvia el carácter universal de la leyenda de "el diablo en la redoma") --

que se abre en la picaresca, atraviesa las obras extranjeras que conforman el costumbrismo español (cf. 47-52) y se cierra con el recurso del pseudónimo (cf. 44-5 y 84-93). Escobar (1973) reelabora los datos anteriores, incluido el trabajo de Ucelay, atendiendo al aspecto periodístico de El Duende en sus precedentes (cf. 92-103) y en sus relaciones con El Diablo Cojuelo (cf. 104-118).

5.- Ucelay, 1951, 59. La frase citada, plenamente válida para nuestros intereses, no refleja el parecer auténtico de Ucelay, como se verá más adelante. Victor-Joséph Étienne Jouy (1764-1846), a pesar de su trascendencia desde 1817 para el inicio del costumbrismo español, fue un escritor prolífico pero de segundo orden. Se hizo popular a partir de 1811 mediante los artículos de costumbres que publicó en la Gazette de France con el pseudónimo de L'Hermita de la Chaussée d'Antin, recogidos en volumen entre 1812 y 1814, y otras obras de similares características. (cf. Ucelay 1951, 55, n109). Louis Sebastien Mercier (1740-1814) publicó de 1781 a 1788 doce volúmenes de artículos costumbristas con el título de Le Tableau de Paris, que luego continuó en La Nouveau Paris (1800, 6 volúmenes) y que fueron imitados por numerosas obras a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (cf. Ucelay, 1951, 57 n121; 81-2 n33).

6.- "Cafees" (sic) publicado en el número del 1 de septiembre a la vista de "Les Cafés", de Mercier, no tiene que

estar necesariamente vinculado con "El Café" de Larra. - Ambos responderían a la misma fuente, aunque en el caso de Larra hay que considerar, además, las influencias de Jouy, Addison y precedentes españoles que se remontarían hasta Quevedo para algunos aspectos. Cf. Escobar, 1977, 40-1; 1973, 133-51).

1.2. La interpretación del costumbrismo como enmascaramien- to de sus orígenes

1.2.1. Las rectificaciones de Mesonero o el interés por ne- gar los modelos extranjeros

Que el costumbrismo es algo sustancialmente distinto a lo ofrecido por El Quende y El Correo aparece claro al comprobar su falta de "ingenuidad": la conciencia que Mesonero tiene de los orígenes del género y su interés por enmascararlos deben ser considerados como un rasgo definitorio del costumbrismo y como un indicio de su funcionamiento auténtico, tan larvado como efectivo. Aunque habrá ocasión de volver sobre ello, conviene adelantar que Mesonero explica con sencillez demasiado solícita los caracteres más brillantes de su producción atribuyendo a una decidida inspiración en los clásicos del Siglo de Oro lo que es inevitable referencia a la realidad española. Su encubierta protesta de patriotismo hará que la crítica posterior atienda más a sus justificaciones que a sus artículos y a su trayectoria creativa.

De la habilidad con que El Curioso Parlante presenta -

como evolución sustancial lo que no pasó de ser una nueva --
forma de atribuirse méritos es exponente la confusión que --
arroja entre los estudiosos que directa o indirectamente --
dan por incuestionables pasajes como este de 1851 en que --
apostilla la reedición de las Escenas Matritenses:

...el autor no puede menos de reconocer --
que, si algún aprecio ha merecido en sus fes-
tivos escritos, lo debe, indudablemente, a su
estudio de aquellos grandes modelos [Fernando
de Rojas, Cervantes, Quevedo, Vélez de Gueva-
ra], y que siguiéndolos encantado por la magia
de su estilo y por la filosofía de su pensa-
miento, se olvidó muy pronto de Addison [sic],
Jouy y demás extranjeros, y procuró buscar en
los propios algunos de los ricos matices de --
su admirable paleta, prefiriendo ser mal imi-
tador de Cervantes y Quevedo a triunfar sobre
Jouy, Etienne y Balzac. (Mesonero, I, 40b).

1.2.2. La autoridad de Menéndez Pelayo y la nacionalización del "realismo idealizado" de Pereda, bases de la reducción del costumbrismo a rasgo novelesco.

Hasta hace muy pocos años, el grueso de lo escrito sobre
el origen del costumbrismo y su enmarque en la Historia de la
Literatura se podía hallar sintetizado con mínimas distorsio-
nes en las opiniones de Menéndez Pelayo quien, curiosamente,
practica un tipo de explicación que hubiese hecho las deli-
cias de Mesonero.

Los estudios de Menéndez Pelayo, a los que se recurre
tan a menudo como argumento de autoridad, y válidos aún en --
otros aspectos, han sido particularmente desafortunados para
la historia del costumbrismo, por lo que merecen una re-

visión especial. El erudito montañés tuvo a bien tratar del género, pero en un contexto tan irregular para el ejercicio de la crítica que su tesis quizá no suponga más que el valor testimonial de su época o de su ideología, si no es, sencillamente, el de su amor al terruño.

Fundamentalmente a propósito de los libros de Pereda, con cuyo pensamiento y cuya estética comulga, Menéndez Pelayo habla sobre el costumbrismo pero siempre para defender y revalorizar la obra de su coterráneo. El entusiasmo con que saluda la aparición de Bocetos al temple (1876) va acompañado de una supuesta transición natural del costumbrismo a la novela corta y a la larga en términos cuantitativos (cf. M. Pelayo, 1942, 331-2; cf. 354), cuestión de fondo que Menéndez Pelayo sortea para derivar hacia la del realismo de Pereda:

El señor Pereda es realista como debe serlo todo escritor de costumbres... (1942, 333).

En medio de la polémica sobre el realismo, el naturalismo y el idealismo, Menéndez Pelayo se remonta al siglo de Oro para avalar la estirpe realista de Pereda (cf. M. Pelayo 1942, 33-4). Implica así de forma colateral una concepción agnética y ahistórica del costumbrismo con el criterio de la verosimilitud (cf. M. Pelayo, 1956, 94; 1942, 332-3). La descripción verosímil parece ser, pues, el sustento de la tradición literaria nacional que ahora es traída a cuento para asegurar a los tipos de Bocetos al temple un estrecho parentesco

... con sus hermanos mayores Rinconete y Cortadillo, Lázaro de Tormes, Guzmán de Alfarache y con los veinteros, rufianes y mozos de -

mulas de toda nuestra antigua literatura, y con los horos del Rastro, eternizados por Ramón de la Cruz (1942, 334).

Puesto que hasta en la Odisea es posible espigar pasajes acabados con mojícones y regüeldos —tal connotación tiene— el adjetivo 'realista' para Don Marcelino (cf. 1956, 89, 94-5; 1942, 326, 349, 360)— y Pereda es capaz de asumirlos e idealizarlos simultáneamente, no es de extrañar que Menéndez Pelayo haga abstracción del tiempo y, con más razón, de la obra de Estabáñez, Larra y Mesonero y el paisanaje le haga sentenciar:

... el señor Pereda es el primer escritor de costumbres que España ha producido en el siglo XIX (1942, 334; cf. 1956, 88, 98; 1942, 363, 383, 387).

El costumbrismo es para Menéndez Pelayo un continuum que, embutido en los rasgos novelescos de Pereda, contribuya a colocar a éste por encima de los contemporáneos —Fernán Caballero, Trueba— e incluso de los clásicos, entre los que Cervantes no siempre sale bien parado:

Los hombres de Pro es un delicioso cuadro de costumbres políticas, tan rico, animado y lleno de movimiento y vida, que no lo hiciera mejor Cervantes, si volviese al mundo, y fuese elector, y elegible, y candidato y diputado a Cortes. (M. Pelayo 1942, 336).

Entre las críticas —más propio sería decir loas— de los libros de Pereda que preceden a su refundición en el prólogo a las Obras Completas de 1884, destaca la de Don Gonzalo González de Gonzalera (1879), donde, además de repetir y ampliar las nociones ya conocidas, Menéndez Pelayo traza —

la historia del costumbrismo. Entre sus cultivadores incluye a Quevedo, Vélez de Guevara, Gracián, Salas Barbadillo, Zabaleta, Santos, Torres Villarroel y Ramón de la Cruz, proponiendo el estudio del género como un "modo de escribir relativamente moderno" (M. Pelayo 1956, 85) que resucita con el siglo XIX. Escamotea así el origen extranjero del género y "nacionaliza" la producción de Estébanez y Mesonero —Larra es cuidadosamente catalogado como un caso aparte (cf. 1956, 87) o, simplemente, excluido (cf. 1942, 334-5)—:

... en España [...] la pintura de costumbres, que parecía muerta [...] ha se renovado en el siglo que corremos, con brillo no escaso, aunándose a las veces el influjo de extranjeros modelos con la tradición castiza. (M. Pelayo, 1956, 86; cf. 1942, 355)

Cualquier recurso es bueno para minimizar el influjo extranjero: en este caso, la defensa del indefendible uso de la fábula antigua (cf. Lloréns, 1979, 338) por un Mesonero a quien tres años antes prácticamente descalificaba como costumbrista al compararlo con Pereda (cf. M. Pelayo 1942, 334)

... el ejemplo de Jouy, en L' Hermite de la Chaussée d' Antin, fué despertador para que Mesonero Romanos comenzara su Panorama Madrilenense, a pesar de lo cual su obra es muy española en pensamiento y aun en estilo, sin que falten cuadros como el de Madre Claudia, donde la inspiración está directamente hebida en nuestros clásicos del siglo XVI. (cf. 1956, 86; cf. 1942, 355-6).

La defensa del españolismo de Estébanez —de quien en 1876 había dicho: "no es, propiamente hablando, escritor de costumbres" (cf. 1942, 334)— aún es más forzada ya que la ba-

sa en aspectos lingüísticos y estilísticos y no muy decididamente:

Superior a Mesonero en la pureza, abundancia y gallardía de la lengua, objeto para él de fervoroso culto, se mostró don Serafín Estebanez - Calderón (El Solitario), uno de los escritores más castellanos de estos tiempos, si no en la elección de cada palabra, en el giro y rodar de la frase, cosa que vale mucho más y es harto más rara. Pero como pintor de costumbres es, aunque más lozano, menos variado que Mesonero, y sus aficiones arcaicas le hacen dar giro revésado a todo asunto, con sobra de artificio y en detrimento de la espontaneidad. (M. Pelayo, 1956, 86; cf. 1942, 356).

La nómina de los costumbristas, que para Menéndez Pelayo se equiparan a novelistas que describen una realidad próxima e identificable, se cierra con Fernán Caballero, Trueba, Manuel Polo y Peyrolón, Cayetano Vidal y Valenciano y A. Frattes y Sureda. Y añade:

Fuera de estos autores y de Pereda[...] no sé que tengamos otros cultivadores de tal literatura en España. Perdonen los omitidos mi falta de memoria, (1956, 87; 1942, 355-7).

El costumbrismo, concebido como técnica de la verosimilitud tiene así asegurada su explicación novelesca en el ámbito de la tradición literaria española y, si es preciso, en la universal, pero nunca como género específico importado de Francia a principios del siglo XIX.

El afán por aislar de germen foráneo cualquier obra rotulable como costumbrista le lleva a excluir —y denigrar— por falta de rasgos novelescos que aseguren su españolismo—

los ejemplos más específicos del género: los artículos de costumbres. Es definitivo el pasaje en que el crítico santanderino desprecia paladinamente la literatura periodística, pero de sus términos no se sabe qué es más sorprendente si la incapacidad para comprender el costumbrismo que muestra Menéndez Pelayo o la nula referencia que a ellos se hace en cuantos estudios sobre el género parten de suscribir o negar las ideas de Don Marcelino:

Desde luego comprenderá el lector que si no aumento este catálogo con los infinitos nombres — que habrá visto al pie de esos artículos titulados La Beata, El Sacristán, El Torero, El Zapatero de viejo, El Vendedor de Periódicos, El Barbero, — etc., mis motivos tendrá para ello. El toque de esa desdichada literatura consiste en escoger, o tomar sin elección, los tipos más salientes y — acentuados, es decir, lo particular y lo que menos carácter da a un pueblo, y a falta de color y de vida, diseccionar anatómicamente al personaje, haciendo el inventario de sus vestidos, ocupaciones, comidas, etc., sin comprender que la figura, o sale armada y radiante de la cabeza del artista desde el primer momento, o no sale nunca ni conducen a ello esos procedimientos. En los tipos que parecen más insignificantes, en las escenas más vulgares, encuentra tesoros que tiene el don de verlo que no ve el vulgo, y nunca toma la pluma sino cuando sus héroes vestidos y calzados, con vida propia, ideales en medio de su realismo, le rodean y le asedian y se agrupan en su mente, anhelando salir al mundo. (M. Pelayo, 1956, 87-8).

El marchamo de patriotismo es fijado mediante rasgos formales y denotativos que encubren la equiparación de lo nacional con lo tradicional:

Es Pereda uno de los prosistas de sabor más español que puede hallarse, y esto no por remedo

académico, sino por estudio del lenguaje del pueblo y por la vigorosa savia provincial que anima su estilo ... (M. Pelayo 1956, 89; cf. 1942, 351, 390).

Que el sentido, la función y la ideología de la obra de Pereda quedan a salvo de esta manera es asunto resuelto sin problemas:

... apurado se vería el crítico para encontrar ultramontanismo en Escenas Montañesas o en Tipos y Paisajes, como no pretendiera que para retratar fielmente a nuestros campesinos y marineros era de rigor hacerlos ateos y descamisados (M. Pelayo 1956, 90).

Hablar de verosimilitud en vez de procedimientos literarios y géneros específicos es el enfoque predilecto de lo costumbrista en Menéndez Pelayo, cuya euforia provincialista y cuyos arreos juveniles le muestran a concluir su reseña del Dn Gonzalo de Pereda, con un desplante que pretende ser argumento definitivo:

Cuanto más realistas y más provinciales -- sean sus cuadros, más en su cuerda estarán, y -- más le querremos y admiraremos los montañeses, -- que respiramos con delicia en sus obras el ambiente de la tierra nativa. Si los de fuera no comprenden esta literatura no es nuestra culpa. (1956, 92).

De la subordinación a lo novelesco que Menéndez Pelayo propone para el costumbrismo se desprende el tratamiento global que da a este género, trato equiparable al efectuado -- con Pereda, pues todo el empeño del crítico se centra en -- presentar al autor de El sabor de la tierra como realista modélico o, si es inevitable el término, como naturalista, --

pero "de la naturaleza" (cf. 1942, 354), espontáneo y sin - vínculos con escuelas que, irremediabilmente, supondrían, - además de fuerte contraste ideológico sin valimiento posible, inaceptable dependencia de lo francés (cf. M. Pelayo 1956, - 94, 103-4; 1942, 350-4, 363, 395).

En síntesis, la nacionalización del "realismo idealiza do" (cf. M. Pelayo, 1942, 333-4, 342, 359) de Pereda y la - consiguiente anulación del costumbrismo como género o, en to do caso, la explicación suficiente dentro del ámbito español de los rasgos novelescos que ocupan su lugar ("novelización") se basa en pilares muy sólidos ideológicamente pero carentes de rigor crítico:

1) "la cervantización" de la obra perediana que da pie a la confusión entre una referencia socorrida para calibrar cualidades literarias por analogía y una identificación de funciones que encubre la existencia y continuidad axiomáticas de rasgos esencialmente hispanos (cf. M. Pelayo 1942, - 326, 334, 336, 343, 344, 354-5, 360, 366, 374, 395; 1956, - 85, 88, 94, 99).

2) la galofobia como defensa de lo específico español- que supone, primero, la equiparación del liberalismo y lo foráneo y, luego, su condena indiscriminada (cf. M. Pelayo, 1942, 341-357; 1956, 86, 94, 96-7, 103-4).

3) el provincialismo tradicionalista -versión doméstica del españolismo- que hace pasar una visión muy conservadora de la vida ancestral por testigo de la regeneración de la corte extranjerizada (cf. M. Pelayo 1956, 88, 89, 92, 98 94, 104-6; 1942, 335, 338, 357, 358, 373, 375, 381, 387, -- 396).

4) la "desideologización" literaria, que presenta el--

ultramontanismo de Perada como rasgo disculpable -en virtud del valor paradigmático de su arte- cuando es chirriante y, sobre todo, como ingenuo, neutro y carente de intencionalidad doctrinaria, en la mayoría de los casos (cf. M. Pelayo-1956, 95-6, 90-1, 93, 104, 105; 1942, 325-9, 335, 335-7, -- 350, 363, 370-1, 386, 396). Incluso el éxito literario de Perada es utilizado como prueba de que "el espíritu nacional y castizo vive aún en la gran masa de nuestro pueblo" (cf. M. Pelayo 1942, 386).

5) la concepción ahistórica de las producciones literarias que subyace en sus argumentos últimos, muy nítida a propósito de la polémica entre realismo, naturalismo e idealismo, retomada en 1884 (cf. M. Pelayo 1942, 341-354) y en la que se elude el dilema básico: arte conservador o arte progresista. Tal cuestión es zanjada, como si se tratase de un simple problema terminológico (cf. M. Pelayo 1956, 104; 1942, 344), mediante la referencia explícita a categorías eternas que implican la formulación como objetiva y atemporal de lo que no deja de ser una interpretación particular y epocal de un fenómeno literario y, a la larga, de la realidad:

Aceptemos el nombre [naturalismo] y distingámosle del eterno y vestísimo realismo, del cual ese reducido grupo de novelas [...] no es más que una de tantas manifestaciones históricas. (1942, 345; cf. 1956, 86, 89; 1942, 334).

El acriticismo, nacido del paisanaje, justificado por razones emotivas, utilizado para el refuerzo de un ideario compartido y fraguado como lectura subjetiva, sensorial e impresionista pero con pretensiones de ser objetivamente -

idónea (cf. M. Pelayo 1956, 88, 92, 93, 101, 103-6; 1942, -339, 360, 373-5, 381). Esta perspectiva interesada se presenta como invalidable para ejercer la crítica, con lo que la mínima y hábil concesión de lo evidente se transforma en continuo de humo tras la que el procedimiento de Menéndez Pelayo funciona perfectamente como preservativo de la defensa de Pereda y la consiguiente volatilización del costumbrismo (cf. M. Pelayo, 1942, 325, 328-9). Incluso un caso -único y puramente formal- de objetividad sirve para disuadir de tal actitud (cf. 1942, 382).

La eficacia del método y del conjunto de la crítica de Menéndez Pelayo es salvaguardada con recursos como la retracción formularia que recuerda a Mesonero. No tiene otro carácter la engañosa palinodia con que apostilla el "Prólogo" de 1884 a las Obras Completas de Pereda. Tras aglutinar en dicho texto varios comentarios que había comenzado a publicar veinte años antes con la impronta de crítica espontánea y -revisable, Menéndez Pelayo no sólo no introduce la menor modificación interpretativa o valorativa que el paso del tiempo y la ocasión propiciaban, sino que en la nota añadida - otros veinte años después se limita a convertir en testimonio biográfico lo más indefendible de sus tesis:

El presente trabajo [...], adolece de incorrección y ligereza juvenil, pero no he querido refundirlo para no quitarle su primitiva espontaneidad, único mérito que puede tener (1942, 339n; cf. 344n).

Es más, si con muchísima benevolencia pudiera llegarse a admitir que Menéndez Pelayo modificó en algo sus tesis sobre el costumbrismo, la comprobación evidenciaría que fue para-

introducir más confusión en la historia del género y mostraría un aspecto más de la fiabilidad del crítico. En 1876, - al comentar Bocetos al temple, "se olvida" de mencionar a Larra y flores entre los costumbristas (cf. 1942, 334-5). - Tres años más tarde, a propósito de Don Gonzalo González de la Gonzalera, los tiene en cuenta aunque sea para excluirlos:

Dos nombres he dejado fuera por especiales razones: el de don Antonio Flores [...] y el de Larra, que fuera de algún rasgo, y no de los mejores suyos, se fijó más en las costumbres políticas y en la sátira social y profunda que en cuadros de otra especie. (1956, 87).

e incluso alude, con la misma finalidad, a los artículos de costumbres que plagaban la prensa. Sin embargo, el fugaz intento de aproximación al costumbrismo se esfuma en 1884: - en el Prólogo a las Obras Completas de Pereda ya no hay ni rastro de estos nombres y colaboraciones. Y, curiosamente, la denotación política sirve para descalificar a Larra pero no a Quevedo (cf. 1942, 355) ni a Pereda (cf. 1942, 336).

Conjurado el peligro de un juicio desapasionado y contrario, no es de extrañar que la crítica posterior haya tomado literalmente las palabras de Menéndez Pelayo sobre el costumbrismo aunque no respondan a ningún criterio específicamente genérico, técnico ni aun literario.

En conjunto, el sistema de análisis practicado por Menéndez Pelayo; puede tomarse como un ejemplo del proceso de apropiación de la realidad estudiada mediante una determinada explicación excluyente. Así, no sorprende tanto que, - por norma, si no es por inercia, los estudiosos del género

costumbrista recitan de manera constante a un pasaje del - Prólogo de 1884 (cf. 1942, 354-6), donde la precisa concatenación de datos y juicios absolutos parece objetividad - prescindiendo del contexto global que invalida, si no las opiniones sobre Pereda -es asunto de comunión-, sí las tesis sobre el costumbrismo gestadas tan fortuita, arbitraria y frívolamente. Sin mucho esfuerzo, pues, se pueden aplicar a Menéndez Pelayo sus propias palabras:

...todos los lugares comunes, y más si -- son irracionales, traen aparejada larga vida.- (1942, 358).

1.2.3. El Olvido de la Historia y la presentación del costumbrismo como un renacimiento decimonónico de una corriente española.

Aún hoy sorprenden las palabras de Lomba cuando, en 1932, establece la filiación del costumbrismo español afirmando que "lo extranjero y lo nuevo prevalecen, a no dudarlo, sobre lo nacional y lo antiguo" (1932, 3) y, aunque matiza al añadir que "era un género renovado, con cierta solución de continuidad con lo conocido hasta entonces en el país" (1932, 3), tal idea apenas es suscrita por quienes - posteriormente se han servido de otras interpretaciones y datos por él aportados. Así, Correa (cf. 1964, XVIII, XXV, XXXIII, CXVII) cuando sigue el discurso de Lomba a través de su reedición como capítulo I (pp. 1-96) del estudio más abarcador de 1936.

Lo más habitual es encontrarse desde muy pronto con la explicación contraria, interferida por preocupaciones prácticas. Valera sintetiza de esta forma la labor costumbrista de Mesonero, en quien presumiblemente se gesta la espinosa cuestión del doble origen del género:

Hay quien supone que le sugirió la idea de escribir tales cuadros la lectura del Espectador, de Addison, y otros escritores ingleses y franceses de la misma laya. Pero no creo yo que la idea fuese tan peregrina y la novedad tan estúpida que se necesitase ir a buscarlas fuera de España, porque antes que Addison naciera y antes que nacieran los otros autores, a quienes se supone que Mesonero Romano sigue o imita, habíamos tenido en España a Juan de Zabaleta, entre otros, que bien pudo excitar al emulación y servir de modelo a quien compuso el Panorama madrileño y tomó el seudónimo de El Curioso Parlante. (Valera, 1961, 1.298-9).

La minimización de las influencias extranjeras se reviste de los más variados matices. Para Cánovas, "no cabe pizca de duda de que lo que realmente se verificó entre nosotros poco después de 1830 fue la restauración de un género desusado" (1883, I, 144). La "restauración" aparece como rejuvenecimiento en Salcedo Ruiz:

Un género literario de prosapia en nuestra tierra, pero rejuvenecido por Jouy (1916, 482),

historiador que aclarará en nota la alusión a la "prosapia" mencionando a Zabaleta.

Llega así como tópico a los manuales, donde las referencias al influjo exterior no pasan de ser un requisito erudito a propósito de la "reaparición" del costumbrismo. Hurtado y González-Palencia citan entre los "precedentes"

a Zabaleta, Santos y Liñán y, entre los escritores franceses que contribuyen a la "reaparición" del género, a Jouy y Mercier (cf. Hurtado, 1949, 673).

El tópico parece consolidarse cuando Cotarelo (cf. --- 1925) logra reunir una nutrida lista de "precedentes" de Mesonero. Ya en 1891, Blanco García (cf. 1909, I, 328-9), - devoto seguidor de Menéndez Pelayo, había dado pie a que estudiosos del precostumbrismo como Montgomery pudiesen formular en términos nítidamente ahistóricos la tesis de la corriente nacional tras engrosar la nómina de Cotarelo:

Descriptions of manners and customs and the details of contemporary daily life have been written in one form or another since the beginning of literary expression in Spain. (Montgomery, - 1931, 9).

1.3. TRES REFERENCIAS PARA LA INTERPRETACIÓN ACTUAL DEL COSTUMBRISMO: UNA ANTOLOGÍA, UNA MONOGRAFÍA Y UN ENSAYO SOBRE UN FENÓMENO QUE VUELVE A INTERESAR.

1.3.1. La erudición como interferencia de la Historia: Corroca y el "profundo realismo español"

Más recientemente, se advierte cómo la crítica redescubre el problema en el lenguaje actualizado pero con olvido-casi generalizado de sus auténticos términos. El origen del costumbrismo, cuando es afrontado, se resuelve a partir de-

pruebas credits a favor de una u otra corriente. El aparente equilibrio de la balanza se vence con pormenores o aspectos aledaños que no dejan de funcionar como soporte para un intento de explicación global previa esperable. -- Una vez más, se produce de esta forma una curiosa pero nada extraña equiparación entre los métodos de la crítica y los de Mesonero.

Como muestra, Correa --un excelente transmisor de erudición-- duda entre limitar la influencia extranjera al "molde" durante el período de formación de Estébanez, Mesonero y Larra --lo cual debería equivaler a aceptarla con todas las consecuencias--, y rechazarla, al decir que:

Más deben en cuanto al espíritu, que es lo que importa en definitiva, aunque no lo confiesen o lo declaren tímidamente [?], a sus antecesores españoles. (1964, XXXVa).

El detalle decisivo de analizar los argumentos que cuenta es desplazado por la cuestión secundaria, también generada por Mesonero, de cuál de los tres creadores del género es el primero cronológicamente. En consecuencia, su defensa de la corriente nacional se basa en inscribir todo el costumbrismo

Dentro de la gran corriente realista española, de tan extraordinaria variedad, de tal --continuidad y permanencia, que invade todos los géneros literarios. (1964, XIa).

Y esta corriente, obviamente, se debe a caracteres esencialistas ya que "el español es [...] profundamente realista". (1964, XLVIa) (1). La sobredeterminación de los datos his-

tóricos por estos planteamientos lleva a Correa a presentar - como contrasentido objetivo de los costumbristas lo desnaturalizado de su propia perspectiva:

Parece paradójico que el costumbrismo, que tiene agala y por norma la defensa de lo tradicional y propio contra lo moderno y extranjeroizante, que corrompe la pureza de lo autoctono, - haya surgido precisamente por influjo de una gente externa al país; pero así es... (1964, XXXIa)

Lo extraño es que Mesonero, que tanto reitera la cita de sus modelos extranjeros, apenas recuerde a lo costumbristas españoles, propiamente dichos, que se le anticiparon... (1964, ---- XXXVIa).

La postura de Correa, aparentemente avalada por las dos mil seiscientas sesenta y tres páginas costumbristas de su utilísima antología, explica que Seco Serrano, entre otros muchos, consagra la autoridad del antólogo no sólo al simplificar los orígenes del costumbrismo, cuyos creadores

...deudores en cuanto a la técnica de los franceses, eran herederos, en cuanto al espíritu de una rica tradición española. (1973, 267),

sino, sobre todo, al justificarle. Para ello, le priva de connotaciones casi étnicas pero la remite a presupuestos -- quizá más esencialistas que el "realismo español" y que ocultan el problema original aunque no el vidrioso patriotismo implícito. Si Correa indagaba sobre la prioridad cronológica, que acaba por otorgar a Mesonero, Seco teoriza sobre la originalidad a propósito del mismo:

Pero aun reconociendo todas estas herencias en el patrimonio literario de Mesonero, ¿cabe negar una personalidad acusada al Curioso Parlante,

dentro del marco de la literatura española?. En todo caso, sería preciso revisar nuestros conceptos acerca de la originalidad de creación y convenir en que la verdadera originalidad, o bien apenas existe en el mundo del arte y de las letras --buena demostración de ello nos la da el siglo de Luis XIV, desde Corneille a Molière, y váyanse unos préstamos por otros--; o bien ha de entenderse por ella la virtud capaz de infundir vida propia a una simple versión... (Seco, 1973, 265-7).

La explicación más simple y plausible de la aparente paradoja de que hablaba Correa ya había sido avanzada por Lomba (cf. 1936, 63) al establecer como auténtico modelo de Mesonero la sociedad española costánea. Pero, una vez más, no tiene la resonancia esperada incluso entre quienes remiten a sus palabras a este respecto, como Seco (cf. Seco 1973, 266 n108).

1.3.2. Ucelay y el absurdo dilema de los dos orígenes del costumbrismo español.

Un nuevo matiz, esta vez no tan llano, es ofrecido por Ucelay, punto de partida de los estudios modernos sobre el costumbrismo, junto con F. Montesinos y Correa. Su concienzudo análisis de los trabajos previos es admirable aunque no escapa a la localización del problema en el terreno de la erudición. Demuestra un gran tino y parmenor no superado al hablar del modo en que franceses e ingleses influyeron en los españoles y, quizá por eso, aun cuando tiende a pensar que "se podría decir que la revitalización de la tradición clásica, amortecida, obedeció al influjo exterior" (1951, 47), no puede sostener en tales términos esta idea como conclusión del auténtico origen del costumbrismo y, en su lugar, propone sin rebozos una solución salomónica:

... el florecimiento de éste, se debe en --

partes iguales a la vieja tradición indígena y a la acción estimulante exterior... (1951, 62).

El estudio de Ucelay no se centra en los tres creadores del género, a los que también "nacionaliza" aludiendo a su temprana emancipación de Jouy (cf. 1951, 55), sino sobre una fase posterior en que operan nuevas influencias extranjeras. Ello obliga a Ucelay a compaginar la inercia de las investigaciones que parten de Estébanez, Mesonero y Larra y se remontan a orígenes de todo tipo con el necesario diseño del proceso que aranca de ellos. Por esta razón, probablemente, intuye la absurda situación a que ha conducido la acumulación de datos a espaldas del problema de fondo que la creó y que plantea a los críticos un falso dilema. En consecuencia, Ucelay puede eludir una opción tan gratuita como la contraria, pero no su simultánea instancia sin replantear todo su trabajo, por lo que se ve abocada a objetivar el dilema haciendo un llamamiento sorprendente, pero más digno que ingenuo, a la concordia erudita entre Le Gentil, Montgomery, Hendrix y Tarr (cf. Ucelay, 1951, 62).

La desvirtuación del sentido que tiene este punto muerto aparece cuando no se siguen los pasos que conducen a él y se arbitra una justificación del celo por nacionalizar el costumbrismo que se da en alguno de sus primeros cultivadores, cuya interesada retracción se interpreta textualmente. Así, para José Luis Varela,

La razón de estas concesiones parece bien simple: se pretendía amparar, en primera instancia, los comienzos inciertos del género bajo el prestigio de lo exótico y del éxito conseguido extramuros; luego, cuando la novedad va pasando, se prefiere la vinculación a un autor o género -

que garanticen el nobleza del ensayo realizado.
(Varela, 1967, 87; cf. 1970, 12).

Aunque se prodigan quienes frecuentan el viejo camino, una vez que Ucelay ha hecho evidente el callejón sin salida a que conduce, debe ser abandonado. Entonces, asumir o no a Ucelay marca la diferencia entre una reconversión pro forma del problema concreto del origen del costumbrismo y un enfoque cualitativamente distinto que se traducirá en una reorientación del sentido global del género.

1.3.3. La letal vinculación del costumbrismo con la novela por obra de Montesinos o la influencia deletérea de un ensayo desafortunado por mal enmarcado

Ante la identificación del supuesto remate erudito y de acumulación de textos con la culminación interpretativa, se da por sobreentendido que el costumbrismo está explicado y es un caso diáfano. En esta ocasión el punto de partida más habitual es la autoridad de José F. Montesinos, cuyas conclusiones se toman sin atender a los planteamientos y objetivos del investigador. Montesinos cierra uno de los libros más trascendentales sobre el género así:

La historia del costumbrismo es simple, o al menos yo no hallo en ella grandes misterios. Hasta que la perspectiva generacional del público y del historiador no cambie, pienso que las grandes líneas del movimiento son las aquí trazadas. No hubo más. (F. Montesinos, 1972b, 138)

Pero, en realidad, sus palabras se refieren a un sólo aspecto: el de las relaciones del costumbrismo con la novela decimonónica. Este es, por cierto, el mérito del estudio de Montesinos: haber rastreado las implicaciones de tal pers-

pectiva. De ahí a que la crítica posterior adopte mecánicamente sus hallazgos y reduzca a este punto de vista todo posible estudio del costumbrismo no hay más que un paso. El segundo, es inevitable y se expresa con las fórmulas del diagnóstico de Montesinos: "influencia deletérea" (1972b, 135) del costumbrismo en la novela y "letal a nuestra novela" (1972a, XIV), ya tópicas, que empobrecen lo que era una conclusión lógica y, sobre todo, sientan las bases para una homologación de la interpretación ideológica actual del costumbrismo con la que subyace en la cuestión del origen del género. Es más, se superpone a la hasta aquí esbozada sobre los procedimientos críticos, sin asumirla.

En el fundamento de todo este asunto hay un malentendido o un paso en falso pues se llega a una situación equiparable a la planteada por Ucelay, sólo que ahora es de tipo interpretativo. El principal indicio es la implicación personal de Montesinos en su estudio. El costumbrismo, como toda creación literaria y, en general, cualquier aspecto de la realidad sometido a examen, podrá ser más o menos perfecto de acuerdo con sus cánones, más o menos operativo según sus intenciones; podrá ser mejor o peor explicado y comprendido en su génesis e historia, será aceptado o rechazado ideológicamente, pero es muy dudoso que pueda ser "culpable" (cf. F. Montesinos, 1972b, 137) de ser como es y, más, de no ser lo que no es. La animadversión que Montesinos muestra, incluso en el léxico (2), hacia el costumbrismo no puede deberse a la naturaleza de éste, sino a la perspectiva de la investigación.

Lo más importante del costumbrismo, según Montesinos, no es su origen radicalmente histórico, ni sus caracteres -

de género periodístico literario, sino que coincide con --- "la gran novela del siglo XIX" en la realidad denotada por ambos (cf. 1972b, 12). Este enfoque, que desatiende los parámetros del género e incita a reducirlos a un aspecto próximo al de fuentes temáticas — por más que a última hora se ahogado (cf. 1972b, 134)—, se aprecia cuando Montesinos menciona su preciso objetivo:

Para nosotros, a quienes el costumbrismo interesa sólo en la medida en que fue avezamigo a discernir y captar las realidades españolas, esta cuestión de la influencia de Jouy o de otros tiene un atractivo muy secundario." (1972b 42).

Late en estas palabras el problema de fondo que nos ocupa, pero su tratamiento es distinto, incluso extraño, comparado con los anteriores. Para Montesinos, "costumbrismo" y "costumbres" son prácticamente sinónimos (3), por eso, la influencia francesa sólo le interesa en lo que pueda afectar al tipo de realidad particular descrita por el costumbrismo:

¿Contribuyó el magisterio de los costumbristas franceses a torcer o falsear la visión de los nuestros? No creo que pueda afirmarse tal cosa, ni cuando motivos de patriotismo local vejado les hacen reaccionar en son de polémica, ni cuando la insistencia de los turistas extranjeros en la explotación de la españolada les descubre aspectos pintorescos y típicos que antes ignoraban. Las realidades españolas que van a descubrir bien pronto para enriquecer con ellas los escenarios del cuento y de la novela no serán de la misma clase que las preferidas por el costumbrismo francés... (1972b, 42-3).

(De paso, digamos que la pista de los viajeros y turistas es falsa: se refiere únicamente a lo denotativo y no lleva-

a ningún lado, a no ser desde el punto de vista de su manipulación por Mesonero y sus seguidores para justificar su concepción de la realidad y del género mediante el argumento de la "nacionalización"). El costumbrismo es reducido — así a documento histórico o, atendiendo a una mínima elaboración de éste, a un recurso para la ambientación novelesca. (4).

Montesinos propone una explicación del costumbrismo fuera de su historia específica a pesar de que recorra sus hitos e incluso los extienda a la literatura descriptiva — en general. Aparentemente prolonga el camino abierto por Ucelay, pero su estudio es un viaje en parte frustrado — pues no encuentra, ni puede encontrar, lo que prometen las palabras engañosas de El Curioso Parlante, de quien dice:

... ciertísimo es que Mesonero publicó su Panorama Matritense bajo la declaración expresa de que con él intentaba suplir la falta de una novela española moderna. (F. Montesinos, — 1972b, 13).

Pero el texto citado por Montesinos y al que atribuye valor absoluto debe ser leído con reparos y en el contexto de todos los de este tipo de Mesonero, siempre interesado en — justificar su obra a posteriori (5). Con todo, el aludido está presidido por la idea, capital para el costumbrismo, — de la adecuación de la literatura a los condicionamientos de la prensa, no por la de encontrar "un sucedáneo de la — novela" (cf. F. Montesinos, 1972b, 14, 135). Si menciona ésta, y en particular la "satírica de costumbres" (Mesonero, V, 187), es para demostrar, junto con el teatro y la — narración fantástica y alegórica, su improcedencia históric

ca, funcional y genérica ante los nuevos tiempos, objetivos y medios de difusión. Mesonero habla de ello en un pasaje — suprimido por Montesinos:

Más ¿cómo hacerlo con toda la extensión que cumplía a mi propósito? Varios caminos se ofrecían a mi vista para ello, más ninguno me satisfacía: unos, por lo anticuados o extemporáneos; otros por escasos y limitados para mi objeto. La novela satírica de costumbres... (Mesonero, V, - 187a).

Montesinos parte, pues, de un supuesto falso si cree — al Mesonero de 1851 y da por indiscutible la tradición española como origen del costumbrismo. De ahí que su estudio, — que data de 1944 (cf. F. Montesinos 1972b, 8), coincida con el de Ucelay en la concepción "organicista" del género, según la cual éste nacería de la "descomposición" de la novela clásica por enrarecimiento de la acción, atravesaría un período típicamente descriptivo y, luego, la acción resurgiría interrelacionando los artículos aislados para conformar la novela decimonónica. De su desintegración quedarían las descripciones ambientales semejantes a las del Siglo de Oro, como testimonios de un ciclo completo perfectamente explicable en términos literarios al margen de la historia y sin otra influencia del extranjero que un estímulo fugaz que, — en cualquier caso, no dejaría de ser la recuperación de algo exportado previamente.

Una explicación tan elemental y en tales términos rara vez se encuentra entre los especialistas —ya el mismo Montesinos (cf. 1972b, 11) rechaza la "cantidad" de acción como criterio—, pero en todas sus variantes subyace, de propósito o inadvertidamente, la idea de que la realidad denotada —

por el costumbrismo está vinculada con la que trasluce la literatura de la época imperial como muestra de la inalterabilidad esencial de la sociedad española —la "decadencia"— sería el correlato de la hibernación novelesca—, no ya en el sentido de que la del Siglo de Oro equivalga a la del —XIX, sino en el de que ésta —así operan sus clases medias— con la Historia— es una "restauración", un "rajuvenecimiento" de aquella, temporalmente aletargada. Pero ante el caso de la crítica del liberal Montesinos, lo más evidente del organicismo que hay en la historia del costumbrismo es su capacidad para deglutir toda clase de objetores que puedan surgirle al pensamiento tradicional y de asimilarlos presentando el nuevo tipo de cultura, literatura y explicación del mundo propios del costumbrismo en términos ahistóricos.

La interferencia de lo novelesco, insinuada por Mesonero y consolidada por Menéndez Pelayo produce en Montesinos su peculiar enfoque del costumbrismo. Si Menéndez Pelayo se desembaraza del costumbrismo y le priva del rango de género por razones ideológicas implícitas en la defensa de Pereda, a Montesinos le resulta frustrante no poder explicarlo como origen de la novela realista, según creía, fiado de perspectivas erróneas como la propuesta por el crítico santanderino: la referencia explícita a la realidad inmediata del "realismo" de un Pereda costumbrista y novelista.

En realidad, pues, lo que Montesinos estudia es el descriptivismo novelesco de los textos costumbristas. Por eso, cuando ^{hab} con propiedad del costumbrismo tal como lo concibe —(ornato para la ambientación de la novela) es en el resto de sus "Estudios sobre la novela española del siglo XIX". Así se explicaría que las implicaciones de la interpretación —

tradicional del costumbrismo se convirtieran en Montesiños en rasgos que, simultánea y paradójicamente, son específicos y negativos para el género: la responsabilidad de que el costumbrismo no adquiriera el desarrollo técnico suficiente —no tenga caracteres novelescos— como para generar una novela realista temprana recaería sobre el filtro moral con que se presenta la realidad descrita; prejuicio achacable, no a quienes han llevado a Montesiños a tal conclusión sobre el costumbrismo, sino a la "mediocridad de sus inventores" (F. Montesiños, 1972b, 135), a la "índole medrosica y pazguata" de los costumbristas (F. Montesiños, 1972b, 137; Cf. 48, 50). También se explicaría de esta manera que Montesiños vea como correlato "positivo" de esta tacha ideológico-técnica la función que cumple el costumbrismo como "educador de la sensibilidad y del gusto de novelistas y público" (1972b, 12; cf. 134) cuando, a la luz de la historia de la crítica del costumbrismo, tal función no dejaría de ser otra que la de educar la ideología de las clases medias embarcadas en la explicación unívoca del mundo en sus propios términos. Cuesta creerlo, pero parece que Montesiños concibe el costumbrismo como un antecedente tan indigno de la novela realista como lo eran, según Mesonero, los modelos franceses para el costumbrismo español.

En Montesiños, realismo, ambientación novelesca, moralidad y sensibilidad pueden ser los soportes de una interpretación sustancialmente equiparable a la de Mesonero y Menéndez Pelayo. Tales caracteres, ahistóricos y subjetivos, aparecen como objetivos y esenciales de un tipo de literatura inscrita en la historia de la novela de tal forma que todo posible estudio se reduce a analizar los pormenores téc-

nicos de esa inserción y a convertir las contradicciones del planteamiento en condena ideológica del género, haciendo inviable una recusación total de la argumentación que conduce a ello, ya que la oculta una vez más.

Con todo, el recorrido de Montesinos por el costumbrismo en busca de la novela es un viaje frustrado... y no lo es: quizá lo es para él, que no encuentra lo que buscaba, pero no lo es para la historia del costumbrismo y de su crítica e interpretación puesto que representa la demostración práctica —a pesar de que Montesinos no se lo proponga— de la falacia de Mesonero y sus implicaciones actuales: ahora ya no es posible explicar más el costumbrismo en términos ^{exclusivos} fundamentalmente novelescos.

Notas al epígrafe 1.3.

1.- En tales asuntos se cree o no se cree. Su impugnación y su demostración son inútiles; su glosa, reveladora:

Extenuada la pasión momentánea y onjugadas las lágrimas, el romanticismo se extingue por sí mismo, aunque algún poeta rezagado, — más puro, libre de la ganga declamatoria de los primeros, como Bécquer o Rosalía, siga — modulando su melodía desesperada en la fronda de los bosques olvidados.

Así, pues, más que como una reacción — contra el Romanticismo, que va muriendo por consunción, como un enfermo del pecho, hamos de pensar que la realidad vuelve por sus fueros al ver agotada y en sus últimas la escuela precedente. (Correa, 1964, XLVIb)

2.- Cf. F. Montesinos, 1972b, 35, 45, 51, 78, 82, 103, 121, 135, 137, 138.

3.- Cf. F. Montesinos, 1972b 12; 1969, 36, 38, 40.

4.- Cf. F. Montesinos, 1972b, 7; 1970 103; 1969, 30-1; 1972 162, 178-9, 223-4; 1968, 17, 207-9; 1973, 98-7.

5.- El texto pertenece al Prólogo de Panorama Matritense. Las supresiones y apostillas son de Montesinos (1972b, 13-4):

La pintura... festiva, satírica y moral de las costumbres populares [esta pormenorizada cualificación de la "pintura" debe ser tenida muy en cuenta] había tenido, como -- toda tanta literaria, que refugiarse en el periódico y subdividirse en mínimas producciones para hallar auditorio; el mismo Cervantes, escribiendo en tal época, hubiérase visto precisado a reducir sus cuadros a tan

pequeña proporción, y su inmortal novela, -
arrojada en medio de nuestra agitada socie-
dad, apenas habría conseguido lectores sino-
dispensándoles los capítulos a guisa de fo-
lletin.

... ..

Mas ¿cómo hacerlo...? La novela satíri-
ca de costumbres [no tense siempre los adje-
tivos] al corte de la de Gil Blas, que era
lo que más me seducía, estaba enterrada ha-
cía dos siglos entre nosotros y no era dado
a ningún escritor desenterrarla... ante un
público apasionado a la novela romántica de
d'Arlincourt, o a la novela histórica de Wal-
ter Scott... Los cuentos y narraciones fan-
tásticas, los sueños y alegorías a la manera
de Quevedo, Espinel, Mateo Alemán y Don Die-
go de Torres..., las Cartas Marruecas de Ca-
dalso y otras formas literarias adoptadas -
por escritores anteriores... no eran ya pro-
pias de este siglo...; preciso era inventar
otra cosa que no exigiese la lectura segui-
da del libro, sino que... fuese ofrecida en
cuadros sueltos e independientes, valiéndose
de la prensa periódica.

Los textos, tomados de las páginas trece y doce, respec-
tivamente, de las Obras Completas, I, Madrid, Renacimien-
to, 1925 (edición que no he podido consultar directamen-
te) son sustancialmente los mismos que Mesonero da en el
capítulo "Los pseudónimos" de sus Memorias de un seten-
tón (1880). Cf. Mesonero, V, 187-8.

Montesinos (1972b, 14) también cita un fragmento de
la página dieciséis del volumen II de la edición citada
cuya reproducción aquí tampoco sobra para comprobar que
del original sólo se ha tomado la estricta referencia a
lo novelesco y se ha excluido la mención de los modelos
extranjeros y de la prensa:

... procuró formar una narración independiente, drástica, y que recordase (cuando no alcanzase a imitar) el giro, la intención y hasta el estilo de nuestros buenos escritores, Cervantes, Quevedo, Mendoza, [Vélez de] Guevara, Alemán, Espinel y Moratín.

Como en el caso anterior, Mesonero (I, 40b) expone prácticamente igual estas ideas en la nota de 1851 a -- "Las costumbres de Madrid", artículo que abre el Panorama Matritense.

Con respecto al modo de operar de Mesonero, tampoco está de más comprobar ahora que la hipotética actividad periodística de Cervantes aludida en el primero de los textos anteriores ya había sido expuesta por Larra -- (cf. II, 132b) en su artículo "Literatura" del dieciocho de enero de 1836 y que la nómina de autores del segundo fragmento y, sobre todo, su precisa mención enmarcada -- en el recuento de posibles modelos para el costumbrismo (cf. Mesonero, V, 187-8) también fue realizada por Larra en su comentario al Panorama Matritense del 19 y 20 de junio de 1836 (cf. Larra, II, 238b, 242b, 243a).

1.4. LA INTERPRETACIÓN CONDENATORIA DEL COSTUMBRISMO, SUCEDÁNEO DE SU ANÁLISIS. (NUEVAS TERMINOLOGÍAS PARA UNA CRÍTICA INMERSA EN EL ÁMBITO IDEOLÓGICO DE LO ENJUICIADO)

1.4.1. Conservadurización: El falso dilema del originacional o extranjero se reformula como literatura conservadora o progresista. El trato especial otorgado a Larra

Si además del estudio erudito del costumbrismo, se elige de su estudio interpretativo desde los comienzos, el falso-dilema —que no pudo sortear Montesinos— de sus posibles —

orígenes deja de ser el de "corriente nacional" o "corriente extranjera" para convertirse en una disyuntiva ideológica: literatura conservadora o progresista. Tal reduccionismo no suele proponerse como un lógico juicio de valor - al que conduce el análisis sino como punto de partida basado tanto en una lectura puramente denotativa de textos costumbristas como en el uso literal o extrapolado de las conclusiones de Montesinos y de sus seguidores.

La sutil defensa de una determinada forma de explicar la realidad con que se vertebra el costumbrismo se demuestra eficaz a la vista de lo vertido en estudios particulares recientes, fuentes generales de información e, inevitablemente, obras escolares y vulgarizadoras. En todas ellas, el marchamo de conservadurismo aplicado al género costumbrista es moneda corriente y sobre este carácter, al que se debería llegar por otras vías, si es que ha de llegarse, es sobre el que se centra el somero contacto con el costumbrismo. El señuelo dispuesto por Mesonero sigue cumpliendo adecuadamente su objetivo de desviar la crítica hacia zonas puramente accesorias al desnaturalizar las cuestiones que podrían resultar capitales formuladas correctamente.

Que los análisis no se han emancipado de los presupuestos ideológicos del objeto de estudio se comprueba en la marginalidad con que se alude a la implicación del costumbrismo con las innovaciones técnicas, el condicionamiento de los medios de difusión o el consumo real que refrenda su función. Las dificultades y, a veces, la imposibilidad de acceder directamente a los muchos textos costumbristas que esperan su reedición y estudio explicarían en parte la orientación tomada por la reciente crítica del géne-

ro. Pero, parece más definitiva la inercia que todavía opera gracias al impulso inicial de Mesonero y según la cual no se concibe una explicación del costumbrismo sino es en términos, de nuevo, individuales. El resultado es sorprendente: con un trasfondo de miles de artículos nacionales y provinciales -- desconocidos que hablarían de los términos reales del problema, todo se reduce a un enfrentamiento de dos personas, correlato de la desorientadora polémica sobre su prioridad cronológica, hoy remozado con el atuendo de síntesis pedagógica: consagrada la indiferencia hacia un Estébanez recluido en su limbo lingüístico, todo son ataques fulminantes contra un Mesonero modelo de ciudadano burgués y fervoroso rescate del rebelde Larra, al parecer injustamente contaminado de costumbrismos.

De esta situación lo más significativo es la función -- que cumple el trato especial otorgado a Larra. El cuidado -- que Mesonero puso en calificar a Larra de escritor político -- para excluirlo del género fue inteligentemente secundado por quienes, como Menéndez Pelayo, captaron la eficaz desvirtuación que supone convertir la peculiar perspectiva de un escritor en segregación genérica.

Hasta la llegada de la crítica reivindicadora de la ideología de Larra, se puede decir que, por supuesto, nadie atacó directamente a Figaro y menos quienes no comulgaban con él. Es más, éstos procedieron a ensalzarle otorgándole un status literario distinto como forma de acallar la voz disidente -- que pone en entredicho la obra de Mesonero. Con la persistente devoción a Larra se suelen invertir los términos: se lo ensalza directamente agotando en ello toda la energía de la investigación y confinando al ostracismo a Mesonero y su con--

cepción del costumbrismo. De esta forma no se consigue más que perfeccionar el dispositivo ideado por El Curioso Parlante. El cebo del aspecto político de Larra entretiene a quienes podrían dismantelar este mecanismo de inmunidad y perpetuación de que sigue disfrutando Mesonero, es decir, el representante de un supuesto costumbrismo no político -- que ha logrado instaurarse como "costumbrismo puro" : cerca de siglo y medio de crítica del costumbrismo dentro de su propia órbita ideológica hacen que tesis planteadas al margen de los lugares comunes llamen la atención al ofrecer un Larra, si bien excepcional, prácticamente conservador (cf. Herrero, 1978, 354).

Rasgos como la sátira, la beligerancia y la denotación de la actualidad política bastaron a Mesonero para, simultáneamente excluir a Larra del costumbrismo y hacer coincidir sus propias características con las del género (cf. Mesonero, V, 183-9) que, evidentemente, sólo se pueden establecer adoptando una perspectiva que englobe a sus tres creadores o, cuando menos, que sume sus peculiaridades. La habilidad de Mesonero fue tal que no sólo manipuló la obra de Larra y su sentido, sino que obvió sin ningún miramiento pasajes -- donde Larra se confiesa costumbrista explícitamente (cf. Larra, II, 244b).

En este aspecto Montesinos también es seducido por Mesonero. El fantasma del costumbrismo parece perseguirle: -- una vez establecido que el género es equiparable a mediocridad, es más la animadversión que le inspira Mesonero que los méritos analizados en la obra de Larra lo que le lleva -- en perfecta equiparación con el proceder de Mesonero -- a colocar a Figaro fuera de esa medfianza:

pues Larra es mucho más y algo menos que -- costumbrista (F. Montesinos 1972h, 135),

aunque luego no sepa qué hacer exactamente con él. De las dificultades, como ésta, para encajar el costumbrismo dentro de la Historia de la literatura habla también el esfuerzo -- realizado por vertebrar una explicación liberal del pensamiento español. Cuando tal labor de taracea se fragua como reacción mecánica a la explicación opuesta, tanto el conjunto como las partes se resienten.

Lejos de España y en plena Guerra Civil, Guillermo de Torre conmemora el primer centenario de la muerte de Larra cifrando, con acierto, su gloria en los artículos periodísticos (cf. Torre, 1937, 99). Pero, cuando tiene que cimontar su trascendencia como "sistematización de esa corriente crítica moral y psicológica" en la que se inscribe y descuella como "la primera conciencia intelectual europea en la España del siglo XIX", no le parece suficientemente digno el género que el mismo Larra eligió con plena lucidez y, -- contraviniendo su espíritu y sus escritos, sentencia, como va a ser frecuente en la crítica posterior:

... había en Larra algo, mucho más que un costumbrista (Torre, 1937, 97)

La explícita preocupación por España que se aprecia en Figero es tan venerada que mueve no sólo a desatender la identificación del género costumbrista con la ideología de quienes, como Mesonero, muestran su preocupación patriótica con técnicas más soterradas y efectivas, sino también --una vez huérfano de contexto genérico-- a otorgar a Larra un lugar ideológico más próximo a generaciones futuras que a la suya.

pues sus

artículos ofrecen siempre mucho más que simples cuadros de género: modulan, en una serie de tiempos breves, una espléndida sinfonía que preludia la plenitud crítica del 98. (Seco, 1973, 268)

El excelente y logrado intento de mostrar la raíz dieciochesca de la obra de Larra llevado a cabo por Escobar explica, con especial atención a la perspectiva de las fuentes, un conjunto de rasgos de estilo, léxica y ética, si intuitivos, hasta ahora no desvelados. No obstante, la argumentación es tan sistemática que procede a "rescatar" a Larra de donde siempre permaneció voluntariamente al verle más como satírico —hasta en los orígenes de la obra de Figaro se proyecta la sombra de Mesonero— que como costumbrista y al excluirle de hecho de un género que estaría definido por Jouy y Mesonero (cf. Escobar, 1973, 116-7).

Realmente lo que, según Escobar, distinguiría a Larra es "su manera de ver la realidad del país" y "una actitud basada en una diferente concepción de la sociedad y del progreso" (1973, 265). Pero, además de que tales rasgos podrían ser aplicados, así, descarnados, a cualquier costumbrista y que la clave ha de buscarse en los procedimientos literarios utilizados en su función, no parece que sea indispensable —ni prudente a estas alturas— definir indirectamente a Larra como no españolista pues ello supone, una vez más, ceder gratuitamente a Mesonero el terreno que usurpó. Tampoco parece indispensable para poner de relieve el eco que aún encuentran en nosotros las palabras de Larra, primero identificar a Mesonero con el costumbrismo urbano, a Estébanez con el regionalista y a Larra con el crítico, luego, consagrar como —

"costumbrismo puro" el de Mesonero y Estébanez y, por fin; como pretendía Mesonero, dignificar la obra de Larra otorgándole caracteres excepcionales (cf. Escobar, 1973, 265-7). ¿Ha de ser el costumbrismo conservador por definición? Si Larra configura el costumbrismo español junto con Estébanez y Mesonero, ¿cómo es posible que al mismo tiempo no responda a los cánones del género?

La misma preocupación de Larra hacia el país es advertida por Lloréns, pero la interferencia del prejuicio que supone al costumbrismo específicamente conservador y no, sencillamente, burgués, obliga a dar con lo diferencial de Larra, con lo que le aleja de los demás costumbristas. Puede ser la "nota satírica", la "visión penetrante" o el "estilo ceñido, nervioso". En definitiva,

el costumbrismo de Larra poco tiene que ver con el de Estébanez y el de Mesonero, --- pues no busca simplemente lo pintoresco en sus descripciones. (Lloréns, 1980, 352)

Pero, ¿esa entelequia que parece ser el costumbrismo implica que la única descripción posible de la realidad ha de ser puramente denotativa y por el contrario, cualquier tema político debe ser tratado mediante la connotación? En ningún texto costumbrista existe tal planteamiento teórico y programático que excluya el proceder de Larra. Los únicos textos definitivos que dan pie a ello son los que escribe Mesonero para justificar su obra y la explicación de la realidad que implica y son fruto de una perspectiva particular que --a la vista está-- logra por variados caminos funcionar como general. (4)

1.4.2. Objetividad: La calidad, fiabilidad y alcance del mundo referido por el costumbrismo. El concepto de nación y la imposible objetividad del género.

La solidez del edificio literario e ideológico del costumbrismo se desvela aun más y hace olvidar la dudosísima ingenuidad del género si se contempla el proceder crítico-centrado, no ya en las individualidades creadoras, sino en la calidad y fiabilidad del mundo referido por sus escritos. En este caso, lo más frecuente es dar con el desdibujamiento, bajo nuevas especies, de los caracteres del género: se margina de la Historia de la Literatura o se degrada como creación literaria al no encontrarle la objetividad engañosamente atribuida e incluso se procede a reconvertirlo en el puro testimonio que se esperaba que fuese. No obstante, pueden hallarse lúcidas aproximaciones a la función real que cumple el costumbrismo.

En los textos costumbristas, la censura o añoranza de ciertos usos sociales propios y la repulsa o simpatía hacia los extranjeros no pasarían de ser aspectos anecdóticos si fuese posible abstraerlos del tratamiento literario que les permite funcionar como propuesta de una determinada visión de la realidad. De ahí que cualquier protesta de imparcialidad pueda juzgarse un contrasentido y más, si actúa como procedimiento sistemático y se localiza en los fundamentos de una explicación absoluta de la realidad que la perspectiva histórica ha situado estrictamente en el ámbito del Nuevo Régimen.

Así, se acomoda a dicha explicación e, inevitablemente, se limita a aspectos no vitales cualquier propuesta de

entender como perspectiva objetiva la imparcialidad puramente formal. La coexistencia en el texto de muestras de xenofobia y de rasgos patrios censurados es tomada como posición-neutral (cf. Corres, 1964, XCIIb), lo cual implica que existe una referencia objetiva indiscutible. Pero, en realidad, el enderezamiento de lo censurado es ilusorio y se apoya en los lugares comunes de la tradición literaria y la efectividad - de la censura se cifra en la consolidación de quien la ejerce.

Complace, pues, encontrarse en trabajos no muy especializados con ideas que, aunque obvias y expuestas de pasada, no se hallan en estudios más sesudos. Varela (1967, 82) limita el alcance del costumbrismo, pero no excluye el componente connotativo:

la literatura costumbrista pretende representar y enjuiciar, si bien el juicio esté muchas veces implícito, un aspecto de la sociedad contemporánea, que es, en última instancia, su protagonista verdadero.

Y no es pretensión fallida, como repite Montesinos obsesionado por referir la aparente incongruencia del costumbrismo a su falta de procedimientos novelescos (cf. F. Montesinos, 1972b, 47), ni persiga un móvil desinteresado en sus representaciones y enjuiciamientos. La prueba más paradójica, pero definitiva, de que el costumbrismo, como literatura interesada que es, habla de la realidad desde una —una, por — amplia que sea— de sus posibles perspectivas estaría en que la mayoría de los textos eluden la mención explícita de acontecimientos políticos inmediatos. Tal planteamiento no se da como renuncia para favorecer o denigrar una determinada cau-

sa de actualidad, sino como mínima concesión: la pérdida - de esta batalla testimonial supone el triunfo en la dilata da guerra cultural e ideológica entre el Antiguo Régimen y el Nuevo. Baste considerar el "pacto entre caballeros" que establecan entre sí los colaboradores de Los españoles pinta dos por sí mismos, si existió, el requisito impuesto por su editor de no introducir el factor político en la colección (cf. Ucelay, 1951, 147) y el éxito conseguido. Y baste considerar que quienes, como Larra, intuyeron silencios parecidos cuando aún era posible un tipo de sociedad más - progresista, ganaron casi todas las batallas puntuales en que lucharon y aun las entablaron esgrimiendo el diseño - de una estrategia distinta, pero la Historia los redujo a - héroes.

Por variados que sean los cauces literarios para impli car solapadamente la realidad cercana en artículos que hablen de lo alejado en el tiempo o el espacio y por constan tes que sean las equiparaciones propuestas o deducibles en tre la temática descrita y el contexto en que se escribe, - el logro definitivo del costumbrismo se cifra en no poner nunca en duda la posibilidad de efectuar estos quinos, alu siones, concesiones y contiendas de salón y en no concebir ni permitir planteamientos globales opuestos.

Cuando en el siglo XIX se da un equilibrio aceptable - entre la realidad social y la imagen de sociedad posible y deseada, es cuando menores alusiones políticas se encuen tran en los textos costumbristas de quienes aspiran a esa - relación. Por eso, la tesis de la vinculación entre el pe riodismo literario (no político) y los períodos moderados - del siglo pasado, cuando se formula en su contexto y se ra

zona (cf. Alonso, 1971, 124), es aceptable. Si, por el contrario, se reduce a una relación mecánica y se plantea la misma existencia del género como posible, característica y frecuente en tiempos de paz (cf. Montgomery, 1931, 66), hay elementos de juicio para pensar que se trata, como mínimo, de una generalización desafortunada. Así, la que efectúa Montgomery (para quien el costumbrismo comienza antes de 1830) aplicada al período 1808-1833 que se explicaría, evidentemente, en el contexto del Antiguo Régimen y su férrea censura.

Tampoco parece muy esclarecedor el lugar común de la crítica que juzga todo el costumbrismo políticamente parecido (cf. Ferreras, 1973, 137) —un término más apropiado sería, en todo caso, "ideológicamente" — o el que explica todo este conjunto de imbricadas y complejas relaciones entre literatura, política y concepción de la realidad indicando que "el costumbrista puro suele huir de la política" (Ferreras, 1974, 82), tesis que, si apunta levemente la inmovilidad ideológica de quien la produce, incorpora para calificar (puro, frente a político) el mismo criterio clasificador que proponen los "inmóviles" (cf. Ferreras, 1974, 82-86).

El espejismo costumbrista para ser verdadero reflejo popular tiene que mentir; porque tiene que ofrecernos tan sólo del pueblo que refleja una imagen parcial y rote,

pensaba Bergamín (1937, 90) al calibrar con tino la implicación de la sociedad española en los escritos de Larra y el grado en que el escritor la asumía. Pero el artificio del costumbrismo —y por lo tanto, su falta de objetividad— no radicaría en la visión fragmentaria que ofrece sino en que la presenta como representativa e índice de totalidad porque,

como dice Escobar (1972, 5-44) y recuerda Kirkpatrick a propósito de la sátira en El Pobrecito Hablador,

... posee la fuerza de una sinécdoque en la que una crítica de todo el sistema está implícita en la condena de una parte específica... (1977, 33)

Kirkpatrick será precisamente quien dé pie a la explicación más plausible de los términos en que se debe contemplar la objetividad del costumbrismo cuando puntualiza cómo procede Mesonero al apropiarse de un determinado concepto (en este caso, el mito de nación), lo manipula y lo hace identificar con lo natural español:

His cuadros de costumbres, appropriate the myth of "nation" for the bourgeoisie, making in effect the ideological statement that the emerging bourgeois life-style and values constitute the natural, national character of Spain. (Kirkpatrick, 1978, 34)

Este recurso, que, en términos más abstractos podría denominarse trastrueque de la visión subjetiva por la realidad objetiva o apropiación ideológica, cultural y literaria de la realidad, ya fue descrito por Barthes, a quien remite Kirkpatrick (1978, 43 n13) y se aprecia en la ideología de toda la burguesía europea, clase social que siempre eclipsa su propio nombre al pasar de la realidad a la representación de ésta.

La imagen de la sociedad que propone Mesonero, al ser "politically neutral in appearance" (Kirkpatrick, 1978, 34), sirve para sugerir que el triunfo del nuevo orden de cosas es inevitable y se va a producir gradualmente y sin problemas. Con ello, tranquiliza a los mentores de la sociedad --

tradicional y no se enajena los sectores moderados de las clases medias. Además, es una imagen atractiva para los diversos grupos burgueses del momento ya que les proporciona elementos de identidad ideológica para su cohesión y estructuración como clase social.

Puesto que el diseño social y el proyecto burgués en principio es igual en Larra que en Mesonero —los dos se ven como burgueses— y ambos resuelven la oposición nación/clase "by identifying authentic Spanish nationality with the middle class" (Kirkpatrick, 1978, 35), la discrepancia entre sus dos formas de concebir la función que se atribuyen —y no, la presencia o ausencia de alusiones directas a la política— será la clave para determinar las diferencias ideológicas que le separan.

La consecución de un centro entre las masas ignorantes y la elite avanzada, para Mesonero es un hecho mientras para Larra no existe, es un problema y una misión histórica urgente por cumplir. El horizonte ideológico de los escritores y de su público se definirá concretamente por la forma de resolver la paradoja que supone, por un lado, trascender la división de clases mediante una identidad aunadora —y, por otro, proponer para ello la imagen de una clase social particular. Mientras Mesonero no modifica su forma de concebir la misión del costumbrismo, Larra, a los tres años de escribir 'Casarse pronto y mal', abandona su concepto de nación en 'El Álbum' al convencerse de que lo que separa las clases sociales no es la educación sino las costumbres, los condicionamientos y los intereses políticos. La función que entonces atribuye al costumbrismo consiste en mostrar imparcialmente todos los estratos de la sociedad para que cada —

uno tenga conciencia de sí mismo y de los demás.

Tal imparcialidad se basa en el axioma ideológico de la prensa burguesa moderna que presenta sus escritos como algo objetivo. Esto supone que los artículos de costumbres son leídos realmente por sus destinatarios, es decir, por todas las clases sociales, cuando las clases bajas e iletradas ja más recibirán el mensaje y este sólo está pensado a partir de y para las medias, por lo que el intento de sustituir el mito del carácter nacional por la idea del escritor que trasciende a las clases sociales es fallido: el supuesto reportaje objetivo se convierte en tratamiento literario, basado en lugares comunes, de la parte de la sociedad que por diferencia de mentalidad le es imposible captar. Los tópicos y los simbolismos propios de la ficción generada por la élite culta sustituyen a la prevista descripción a partir de categorías económicas que debería desembocar en una técnica nueva. Los condicionamientos de clase, pues, impelen a Larra a cambiar "from social observation to literary convention" (Kirkpatrick, 1978, 39).

Además, por mucho que Larra intente modificar su punto de vista y hacerlo interclasista, no puede disociarlo del de sus lectores reales, con lo que la perspectiva de las clases medias no deja de imponerse. En "Modos de vivir que no dan de vivir", Larra fluctúa entre la pura explosión de la subjetividad en el tratamiento lírico de la trapería hasta la antipatía y el recelo político hacia las posibles ideas revolucionarias del zapatero. La oposición de clases sociales que pretende ser obviada mediante un tratamiento técnico neutro específico del periodismo emerge evidenciando la imposible objetividad del costumbrismo. El auténtico-

destinatario del artículo no es ni el conjunto de las clases sociales ni siquiera las medias, pues apunta específicamente a los compañeros de profesión del escritor. Es más, — el auténtico tema es el propio escritor: Larra propone su propia imagen de intelectual burgués para propiciar la problemática identidad de clase que Mesonero da como realidad armónica.

Larra, pues, aporta algo sustancial con respecto a Mesonero; define los límites ideológicos del costumbrismo. A la luz de sus escritos, éste es un producto cultural de y — para la clase social —minorías cultas y propietarios— que emerge con el Nuevo Régimen y se beneficia de él. Además de esta impotencia, tanto la propuesta de Mesonero como la de Larra reflejan el alcance real de la burguesía de su época y del costumbrismo que produce y consume: se limita a proponer imágenes de sí misma y éstas son tan débiles que jamás amenazan los intereses del poder tradicional. En definitiva, el costumbrismo se configura como la descripción de las clases medias, de su cohesión, sus propuestas de sociedad y su auténtico poder. La función que Larra asigna al costumbrismo de describir imparcialmente es imposible de llevar a cabo. El costumbrismo no puede trascender las clases medias: se limita a ellas y a su universo mental.

A todas luces, pues, tesis como las de Kirkpatrick, — planteadas en los términos correctos que reclama el tema, — parecen ser las más coherentes y esclarecedoras entre las — que aporta la crítica reciente al hacer posibles planteamientos y conclusiones nada improvisados sobre el costumbrismo, su objetividad y la relación entre Mesonero y Larra.

1.4.3. Desliteraturización: del uso aliterario de la denotación del costumbrismo a su tratamiento "in odium generis"

Toda explicación aceptable del costumbrismo ha de observar una radical historicidad en su base que impida tratarlo fuera de una concepción del mundo propia de los términos burgueses del siglo XIX. Pero, además, el costumbrismo reclama el derecho a ser entendido como producto literario e incluso como género específico. Es esta una exigencia de la Historia de la literatura con frecuencia doblemente contravenida por pérdida de la perspectiva histórica necesaria para apreciar lo que realmente supone la objetividad del costumbrismo.

Exceptuando el periodismo literario en general, quizá sea el folklore una de las pocas conexiones válidas — históricamente que tiene el costumbrismo con sus géneros y formas más próximas. Folklore y costumbrismo son, por eso, perfectamente distinguibles cuando, después de un contacto en lo denotado, los caminos siguen paralelos un breve período de tiempo para diverger inmediatamente con la llegada de lo popular, lo rural y lo regional. La variación en el punto de vista aplicado al objeto descrito hace que el folklore se configure como método científico — asunto ahora ajeno a nuestro estudio sería analizar el sentido de este y de otros científismos decimonónicos—. Para la economía de lo que implica normalmente el aspecto denotativo del costumbrismo bastará tener presente como referencia que la mencionada variación de perspectiva que genera-

el folklóre es obra de sus cultivadores, no del crítico -- que juzga la labor de estos. Al margen del folklóre y los campos compartidos con el costumbrismo, el uso más socorrido de la información directa que suministra el género suele consistir en tomarla como rasgo aislado y aun convertirla en lo sustancial. Trátase de una desvirtuación del costumbrismo en la que éste llega a verse privado de su carácter literario. La objetividad otorgada resulta de la solución de continuidad en la tradición crítica, o lectura improvisada, que motiva la aceptación tácita de la aliterariedad del costumbrismo al proponer su "dignificación" o "rescate" (procedimiento ya aplicado a Larra) al menos como documento socio-histórico y que permite la incursión en busca de datos históricos desde campos ajenos al literario.

Si no admisible, sí que resulta comprensible que el -- historiador utilice el periodismo literario como fuente y -- meche entre los datos suministrados por sus corpus más específicos los rasgos denotativos que aprecia en el costumbrismo (~~que se encuentran en el costumbrismo~~). La lectura directa de textos literarios es tan frecuente, incluso entre la crítica literaria, que no puede sorprender si es realizada por otros especialistas y menos, si se atienden con preferencia a lo que -- desde las obras de divulgación se presenta como descripción objetiva.

No es fácil --ni muy pertinente aquí-- establecer con tino una gradación cualitativa en el proceso de desliteraturización a que se ve sometido el costumbrismo según es acogido por las distintas disciplinas, pero sí apuntar la validez de algunos ejemplos en que se establece con precisión -- que el punto de vista no es el literario, con lo que, hecha --

la salvedad de aspectos de detalle, al menos no se contribuye excesivamente a la confusión. Baste, pues, considerar los dispares objetivos y alcances de José Luis Abellón,--- (cf. 1977), cuando estudia la imagen que los españoles han -- presentado de sí mismos desde que se constituyó la Unidad-nacional; de Carmen Martín Gaité (cf. 1972), al recalar en textos que preludian el costumbrismo para describir los -- usos amorosos del siglo XVIII; de José Luis L. Aranguren -- (cf. 1974), en su propuesta para entender las relaciones entre moral y sociedad en el siglo pasado e, incluso, de Fernando Díaz-Plaja (cf. 1972) en su vulgarizador anecdótico de la historia de la sociedad española.

Las bases o antecedentes para tales usos aliterarios del costumbrismo se encuentran, por ejemplo, en Cánovas del Castillo (cf. 1883, I, 143) cuando califica los artículos de costumbres de "datos históricos, y filosóficos, o etropológicos". En el mismo sentido actúa Montgomery (cf. 1931, 20) cuando explica el valor de los textos --para él costumbristas-- que encuentra en 1750 y, además de relegar a un segundo plano su aspecto genérico al vincularlos estrechamente con la novela, da prioridad, sobre lo literario, a los detalles informativos que proporcionan. En más de un lugar, Montesinos parece identificar el costumbrismo con la denotación de los usos sociales y con la referencia objetiva de la realidad y aun equiparar "costumbrismo" y "costumbres" (cf. F. Montesinos, 1972b, 12, 41-42, 48-9, 117). Sea cual fuera el grado de desliteraturización, el costumbrismo no adquiere el rango de género para Montesinos (ni para los muchos autores que le siguen): se reduce a un rasgo de ambientación novelesca (cf. F. Montesinos, 1972b,¹²)

Más sentido tienen las discretas y sensatas palabras de Ucelay. Ya desde la "Introducción" a su básico estudio -- del costumbrismo apunta la importancia de Los Españoles pintados por sí mismos por su calidad de documento social. Y lo significativo es que recalque que se trate de una visión romántica de la sociedad romántica y que no puede ser objetiva porque el

panorama de la sociedad española que el libro contiene está deformado por el afán de presentarla pintoresca y autóctona. (Ucelay, 1951, 9-10)

No es que el estudio de Ucelay rompa moldes pues, como es frecuente, también ofrece la formulación más común del valor documental del costumbrismo para escribir la "pequeña-historia" (cf. Ucelay 1951, 175), pero, al menos, atiende a las problemáticas lecturas ingenuas de los textos costumbristas aunque no plantea su análisis como interpretación específicamente literaria.

Verdad es que la deseable disposición de Ucelay no se halla muy a menudo entre los críticos, preocupados como -- suelen estar por liberarse cuanto antes del enojoso trámite de emitir el juicio que les merece el costumbrismo. Lo significativo en este momento es que quienes no entroncan mínimamente su análisis con los términos reales del origen y función del género no pueden ofrecer un juicio de valor consistente y en su lugar improvisan --más bien repiten improvisaciones-- sobre la trascendencia del costumbrismo.

Resulta sintomático que menudeen estudiosos como Hubbard, quien, al comentar Los Españoles pintados por los Españoles, obra dirigida por Roberto Robert, rotule el capí-

tulo correspondiente como "Littérature frivole" y que su --
talento, a veces liberal, sólo le mueva a disculpar el g^én^{er}o:
ro:

Le succès de certains journaux en France ne nous permet pas de blâmer le développement qu'a pris, en Espagne, la littérature frivole (Hubbard, 1876, 405)

Lo visto desde el periodismo tiene concomitancias al anotar las fuentes literarias. Trueblood (cf. 1961, 234) concluye a propósito de "El Castellano viejo", que si Larra sigue a Boileau es con ánimo de contrarrestar el carácter efímero del costumbrismo al ampararse en un autor y un recurso, como la sátira, prestigiosos. Al margen de las pesquisas eruditas, aquí se obvia el mismo pensamiento de Larra que establece la perennidad del artículo en acertar a hablar de algo sustancial. Asimismo, la eficacia real del costumbrismo es olvidada ante una cuestión que no es capital para el género si atribuye a éste como peyorativo un rasgo que, en principio, no puede serlo ya que es definidor del género: su carácter de literatura periodística. Al estudiar el género -- nuevo del costumbrismo de acuerdo con los patrones de los -- géneros clásicos se hace imposible su comprensión. De ahí -- que el costumbrismo aparezca viciosamente postergado.

Una vez más sorprende que los estudios que repasan los pormentores del costumbrismo, dándose la oportunidad de revelar su sentido básico, hilvanen los datos aportados por la tradición mediante duros calificativos. Para Correa, de entrada, el costumbrismo es "una modalidad menor", "un tipo de literatura menor" (Correa, 1964, XI), "un género de corto -- vuelo en cuanto al contenido y a su alcance literario". De

dica todo un capítulo ("Trascendencia y limitación del costumbrismo") a demostrar la "insuficiencia imaginativa" de esta "especie de literatura menor, de corto vuelo, a la que faltan alas para elevarse de lo corriente y moliente, de lo diario y habitual" (Correa 1964, LXXVII).

La única salida posible al contrasentido de estudiar algo que, por lo visto, no vale la pena es vincularlo, por ejemplo, con la novela, que sí tiene la entidad suficiente. Tal necesidad de dignificar al costumbrismo es indicio del trato despectivo a que se somete a unos textos por definición distintos a la novela. Sin embargo, la referencias a ésta son las más socorridas en Correa (cf. 1964, XLVII, LXXIII, LXXXII ...). Y también en Montesinos, quien, al hablar del costumbrismo que triunfó (el de Mesonero), añade que lo hizo "desgraciadamente" (1972b, 51), calificación admisible —de serlo— ideológicamente pero invalidada por el modo de ser emitida: Montesinos no analiza el costumbrismo sino que le exige responsabilidades por no ser novela. Si al estudiar a Pereda (cf. F. Montesinos, 1969, X, XVI) —manifiesta no acercarse a sus obras in odium auctoris, tal protesta no podría ser formulada con respecto a Costumbrismo y novela, donde evidentemente, su actitud es in odium generis.

Bastan como puntas de iceberg algunos juicios aislados. Al alabar por sus rasgos novelescos a "Don Opando", de Estébanz, lo hará porque en él no halla "nada de costumbres en el sentido un poco estrecho y mezquino de aquella escuela..." (1972b, 35). La mayor parte de los costumbristas del Semanario Píntoresco Español —la Biblia del costumbrismo, — como suele decirse— son "esos pobres diablos" (1972b, 78).

El conjunto de los cultivadores del género son de "índole - medrosina y pazguata" (1972b, 137), las páginas que escribieron, "amarillentas y deleznable" (1972b, 138), la época en que lo hicieron es "pachorronta" (1972b, 82), las psicologías que se publican en España entre 1842 y 1843 son "atrocidades" (1972b, 103), el conjunto de Los españoles pintados por sí mismos es "desalentador" (1972b, 121)... A propósito de la generación joven que colabora en Los españoles, - calificada como "sumisa y pazguata" y condenada por su mediocridad y carácter indeciso, Montesinos muestra el horror al vacío que él mismo produce al no reconocer al costumbrismo:

Los más de estos escritores mozos llenan el lamentable interregno que media entre el apogeo del romanticismo y el alborozar de una literatura que triunfará con la revolución. (F. Montesinos, 1972b, 113)

Por más que diga textualmente:

... no se entienda por esta condenación de aberraciones evidentes, hoy, para nosotros, que el buen proceder crítico haya de consistir en -- barrer fuera de nuestra historia literaria el -- costumbrismo, relegándolo al limbo de los intentos abortados (1972b, 137),

de hecho, barre, y para su casa, que es la de la novela por que, a renglón seguido, al proponer "ejemplos" de costumbrismo que se salvan de la quema, no se le ocurre sino remitir al "prodigioso comienzo de Fortunata y Jacinta".

El mayor agravio que se le puede infligir al costumbrismo es ignorar su condición específica o negarle la existencia, que es lo mismo. Entre los críticos próximos a Correa y Montesinos, sólo Ucelay da muestras de hablar del costumbrismo con una actitud que no sea in odium generis pues -

le parece un "importante movimiento" (1951, 9) y, sobre todo, su estudio aporta elementos de juicio para creerlo así— aunque no resista la tentación de calibrar tal importancia— en relación con la influencia ejercida en los orígenes de la novela realista (2).

1.4.4. Realismo: la formulación esencialista de un género — desvirtuado, frente a su radical historicidad

Imaginable es el lugar que se suele otorgar al costumbrismo en las obras de divulgación literaria y en muchas de las especializadas. Más solapadas quedan, sin embargo, las razones y el sentido de tanta agresividad como se vierte en breves textos literarios de los que siempre se habla para anunciar la muy discutible conveniencia de detenerse a comentarlos.

A partir de lo aportado por Ucelay, poco se ha hecho — medrar la causa del costumbrismo al ser ignorada o escamoteada la engañosa cuestión de los dos posibles orígenes del género. A estas alturas, es preciso dejar bien sentado que — el tratamiento agenérico del costumbrismo, cuando no se ofrece otra explicación que su relación con la novela, no tiene sentido dentro de la historia de la crítica desde el momento en que se contemplan con atención los presupuestos de la obra de Montesinos. No se trata, pues, de decir que el costumbrismo no tiene nada que ver con la novela o de cuestionar el peso ejercido en su gestación —no es éste el ob-

jeto del presente trabajo— sino demostrar cómo se ha desvirtuado la crítica del costumbrismo al hipertrofiar un aspecto y no atender a lo esencial. Y, más importante aún, — observar que tal desvío no está propiciado por los textos costumbristas en tanto que referencia objetiva, sino por una particular explicación que, con una perspectiva subjetiva e interesada, tiende a instaurarse como indiscutible a partir de las falaces palabras de Mesonero, se refuerza — con las discutibles de Menéndez Pelayo y se entroniza en — nuestros días con los mal enmarcados análisis de Montesinos. El desvío es prácticamente irreversible cuando no se asume la totalidad del proceso previo, se toma impropia— mente, o se arroba, un testigo que además es falso y se — cuestiona al relevado pero no la carrera. Pocas luces y — muchas sombras arrojan los trabajos que sin tratar de entender los planteamientos de Montesinos entablan con él un pleito injusto desacomodando títulos como el de Costumbrismo y novela, intencionalmente trocado en "Novela y Costumbrismo" (cf. Ferreros, 1970) que quien busque referencias claras sobre tales temas hará bien en soslayar. La vía que conduce a la dilucidación del tratamiento genérico o genérico del costumbrismo será adecuada en la medida en que — planteé la privación del carácter de género como correlato de la falta de relación entre el costumbrismo y el poder — de las clases medias o, de forma directa, proponga abiertamente o por implicación que éstas no existieron mientras — se dio el costumbrismo. Siempre que la burguesía que emergió entonces, por débilmente que lo hiciera, dando una explicación del mundo cualitativamente nueva, se haya visto — significada en el costumbrismo, éste habrá existido, por —

andable que haya sido, como modalidad literaria cualitativamente distinta a las anteriores, es decir, como género literario nuevo o con nuevas funciones, pero siempre como género.

Igualmente, es necesario puntualizar algo en torno a la denotación, otro de los aspectos de la crítica del costumbrismo que ha sido conducido a un callejón sin salida.

Sólo la consideración del costumbrismo en términos específicamente literarios permite conducirse con un mínimo de soltura en el confuso campo de la denotación, al parecer, la única cualidad advertida de este género cuando lo que se busca en él es la referencia a la realidad. La objetividad textual, explícita, palmaria y unívoca, además de contravenir las funciones atribuidas a la literatura y de revelarse engañosa a cada paso, es socavada sistemáticamente por la concomitancia de elementos connotativos. Si a la circunstancial lectura ahistórica del costumbrismo, se añade la imposible univocidad de cualquier texto literario, la connotación, irreductible a pesar del tratamiento aliterario del costumbrismo, además de mostrar su comportamiento usual, funciona como testimonio de la presencia —interferencia, diría Montesinos— de elementos del género más sustanciales que los identificables a primera vista. De ahí que se pueda formular como rasgo no sólo positivo frente al tratamiento degradante habitual sino como rasgo definidor del costumbrismo el que éste se presenta como uno de los tipos de literatura aparentemente más-denotativos como medio de encubrir su eficaz y pleno funcionamiento connotativo.

Índice del componente subjetivo que impide explicar con satisfacción el costumbrismo como mención directa y cabal de

la realidad sería el concepto que le merece a Montesinos la incompleto de tal referencia. Piensa el sagaz crítico que, si el germen narrativo que quiere encontrar en el costumbrismo no contribuye decididamente al nacimiento de una novela realista moderna al estilo de la europea, es debido a agentes externos al género como los desprendidos de una insuficiente traducción de la palabra nocura que limitaría el costumbrismo a lo más inmediato y efímero e implicaría una moral normativa y empobrecedora (cf. F. Montesinos, 1972b, 48-50; 136-7), (3)

Pero, aun concibiendo el costumbrismo sin autonomía y dependiente de la novela, resulta inexplicable que toda su problemática se deba a una reducción mensurable de lo denotado y a una moralidad tan fácilmente aislable. Por eso, incluso el propio Montesinos reconoce, aunque sea en forma de nuevo ataque al género, que el costumbrismo no atiende ni muestra la supuesta realidad objetiva, ya que no la considera en sí misma, "sino desde cualquier abstracción moral de la que debe ser ejemplo" (F. Montesinos 1972b, 62). Pero cuando Montesinos dice que las costumbres que describe Mesonero "ya no son tanto las que el autor contempla en torno suyo cuanto las que lleva dentro de su cabeza" (1972b, 63) y que los tipos que presenta "acaban por no pertenecer a realidad alguna" (1972b, 63), está explicando el sentido de esa "influencia deletérea" del costumbrismo en la novela que él identifica como culpa (1972b, 137) utilizando un planteamiento y una terminología "morales" y ajenas a lo literario que delinear la implicación del crítico en lo criticado y el sentido y alcance de sus juicios.

Así, pues, la supuesta realidad objetiva que Montesinos

echa en falta en el costumbrismo es lo que en términos literarios denomina 'realismo novelesco' y que no puede hallar en el género. Del mismo modo, la moralidad que interfiere la pretendida conexión directa entre costumbrismo y novela no es otra cosa que la perspectiva subjetiva con que los textos costumbristas seleccionan, tratan y muestran la realidad. Ya la fórmula "pinto, no retrato", tan frecuente en los costumbristas, evidencia todo lo dicho y revela a sus autores como manejadores conscientes de la mecánica del género de forma que impide barajar los términos y conceptos de 'novela', 'moralidad' y 'culpabilidad' y obliga a formularlos como rasgos positivos e inherentes al costumbrismo e instaurar en su lugar ~~el~~ el de la subjetividad o, si se quiere en términos literarios, el de la connotación.

También hay que confirmar una vez más que, por encima del cariz preciso que muestren un texto o un autor concretos, parece olvidarse constantemente que el costumbrismo es un soporte ideológico por excelencia. Lo es tanto en sí mismo, al responder a la concepción del mundo de las clases medias que emergen con el Nuevo Régimen y, al mismo tiempo, lo hacen posible, como a través de la justificación, explicación e historia ~~que~~ que ha suscitado y sigue suscitando. Y lo significativo es que tal atención resulta paradójica si se atiende a los juicios de valor que promueve el costumbrismo y al proceso de degradación como género y como literatura a que se ve sometido en ese tratamiento.

Es imposible disociar el carácter literario del costumbrismo de su funcionamiento ideológico. La referencia a la realidad se presenta en el costumbrismo como realidad -

objetiva y este proceder sólo es viable gracias a la perspectiva subjetiva de las técnicas literarias. De igual modo, la intencionalidad del costumbrismo —subjetivismo— aparece clara al advertir que los mecanismos del género que hablan del mundo son los mismo que, simultáneamente, ocultan su propia voz. El costumbrismo pretende que es la misma realidad —la que efectúa la abstracción de la perspectiva y la selección operada sobre esa realidad, es decir, que no existe tal perspectiva ni tal selección o, dentro modo, que la realidad aparece "pintada por sí misma", expresión muy querida por los costumbristas pero en la que el término "pintada" (frente a "retratada") ya evidencia el componente subjetivo y remite a la visión del mundo propia de las clases medias.

Si hemos de juzgar el costumbrismo por sus orígenes —inmediatos (recuérdese la influencia francesa en los casos de El Duende y El Correo), no es posible ni segregarse a Larra del género en virtud de sus "altas miras" ni es posible colocar al costumbrismo el manto de conservador o reaccionario por el detalle de que sus técnicas fundamentales fuesen avanzadas por un individuo tan antitético de Larra como fue Carnerero. Pero en los dos hay una base común que va más allá de la coetaneidad: muestran la cara y la cruz de un fenómeno único, el espíritu burgués, históricamente revolucionario con respecto a la sociedad estamental, pero de muy diversos matices y alcances —casi nunca conjuntados— con referencia al grado de transformación deseada y a los métodos elegidos para lograrla.

La evolución del género, marcada considerablemente por Mesonero, no puede explicarse cabalmente si se olvida la diferencia cualitativa que aporta Larra y cuantos no siguen el —

camino estricto marcado por El Curioso Parlante.

Cualquier trato especial que se otorgue a un costumbrista, sea para denigrarlo, sea para ensalzarlo, por lo común —révela una sensación de impotencia para desmontar el edificio ideológico del género: o porque se está dentro de su órbita mental o porque no se advierte que es preciso desvelar dicha órbita para explicar el costumbrismo.

Más preocupante que la complacencia en comentar lo aportado por los costumbristas como índice de constantes nacionales es el interés por negar al costumbrismo el lugar que históricamente le corresponde en la historia de la literatura, —la cultura y el pensamiento. Esta deseada volatilización del costumbrismo habla de la dificultad para desembarazarse de la enmarañada relación entre la creación literaria que hay que incluir en la Historia de la literatura —ya que existe y —con peso— y el repudio ideológico de carácter subjetivo y ahistórico. ¿Cuáles serán el carácter exacto y las causas de —esa sensación de impotencia, de esa posible mala conciencia que lleva a la crítica a ocultar los auténticos orígenes —del costumbrismo? ¿Qué interferencia "moral" —como diría —Montesinos— se produce al estudiar el costumbrismo que presenta a éste como ignominioso origen —del tipo que sea— de la novela realista del siglo XIX?

Mientras el intento de explicación total de la realidad que supone el costumbrismo no se oponga una propuesta igualmente totalizadora de entender el costumbrismo, se seguirán produciendo interferencias, se seguirá explicando el todo por la parte, se seguirán perpetuando las tesis de Mesonero con jergas remozadas.

¡flaco servicio es el que se hace a la Historia de la Li

teratura si la condena del costumbrismo sólo tiene como móvil la proclamación de la propia ideología! Representa la forma más limpia de dejar el campo libre a los descendientes de Mesonero para que puedan identificar el espíritu burgués con el burgués conservador y hacer pasar la tradición española por su explicación conservadora. Se entiende así que el tratamiento más normal del costumbrismo sea el que reduce toda su significación al mínimo (ya que su existencia inevitable impide la anulación absoluta). Entonces, el realismo, como rasgo agnóstico, propio para la ambientación novelesca y la información verosímil, es la consagración de la supuesta objetividad del costumbrismo. Así, se escamotea el aspecto conservador que presenta el género y se pasa a formular el costumbrismo "conservadoramente" al cifrar su esencia de forma natural, neutral y objetiva en el realismo.

Lo que acaba por borrar los imprecisos contornos del costumbrismo es la perspectiva histórica. Con ella, el particular realismo del género se entronca con rasgos que, abstraídos de su contexto, presentan similitudes que los hacen intercambiables. De esta manera, el costumbrismo, forma literaria específica del proceso de aproximación al poder de las clases medias españolas en el siglo XIX, equivaldría a una característica literaria de cualquier época y lugar.

La frecuencia con que el costumbrismo se identifica con el realismo explica que ya ni siquiera sorprendan las concepciones esencialistas, conscientes o no, cuando se dice que, de una manera o de otra siempre se han descrito las costumbres en la literatura española (cf., por ejemplo, Montgomery, 1931, 9-ss). Los presupuestos aceptables dejan de serlo cuando, para enmarcar el costumbrismo en el realismo

no, se sostiene que el género cuadra perfectamente con el carácter estético español (cf. Ucelay, 1951, 22) que, además de "romántico, caballeresco, gallardo, aventurero por naturaleza", es, "en una sutil dualidad muy difícil de apreciar, profundamente realista" (Correa, 1964, XLVI) o se parte para estudiar el género, no de su radical historicidad, sus vehículos, funciones y objetivos, sino de que "siempre ha habido costumbrismo de varias clases" y de que "las diferencias son a menudo menos de propósito que de resultado pues son los temperamentos artísticos, como es natural, los que moldean materiales en sí indiferentes..." (F. Montesinos, 1972b, 11). A partir de estas premisas, el costumbrismo no tendría principio ni final, sería siempre igual a sí mismo, ubicuo...

Notas al epígrafe 1.4.

- 1.- Kirkpatrick (1977, 7) explica el que las generaciones posteriores se vean a sí mismas en los escritos de Larra como un testimonio del talento de este. Para la relación de Larra con la generación del 98, cf. Unamuno, 1931, 78; Bergamín, 1937, 86, 93; Machado, 1937, 80-1; Álvarez, 1962, 311.

- 2.- Un vistazo a las fuentes de información general arroja el mismo resultado. Mientras el saez Ángel del Río veía el costumbrismo como "género menor" (cf. 1963, II, 122) y, como es frecuente, trataba de salvar algún aspecto parcial —así, la relación con la novela posterior (140-2) y la calidad de su prosa (141)—, Juan Luis Alborg se atiene a lo dicho por Ucelay, Correa y Montesinos, como del Río, sólo que con muchísima más extensión y treinta años después, pero con idéntico resultado: el costumbrismo es un "genero menor" (Alborg, 1980, 709). Sin embargo, la variación en el punto de vista habitual y la atención dada a la prensa habían permitido, ya en 1958, a González Ruiz llamar a Larra, Estébanez y Mesonero "grandes literatos denominados 'costumbristas'" (González, 1969, 161) y poder hablar del costumbrismo como género periodístico "cultivado con fortuna por escritores de gran valía" (González Ruiz, 1969, 162).

- 3.- Cabe recordar que estas ideas de Montesinos son revisables también desde otro punto de vista. Así, Escobar (1973, 267-8) advierte que "el término castellano cos-

tug**res** corresponde a la limitación impuesta por Jouy - al concepto general de Moeurs, en el sentido de Moeurs - locales", por lo que "la traducción española de la palabra moeurs por costumbres es bastante exacta..."

1.5. HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA DE LA CRÍTICA DEL COSTUMBRISMO: DE LA PROPUESTA DE UN MODELO TEÓRICO PARA LA NACIONALIZACIÓN DEL GÉNERO A LAS BASES PARA ULTERIORES REFORMULACIONES.

1.5.1. La "Polémica calderoniana" y el costumbrismo como género romántico. La conservadurización del romanticismo, equiparable a la españolización del costumbrismo

El sentido global que tiene el costumbrismo desde sus-

orígenes y, simultáneamente, el sentido que se le ha ido atribuyendo a lo largo de su historia y de la historia de la crítica podría hallarse tanto a través del tópico costumbrista de la xenofobia como del proceso de españalización a que se ha visto sometido el género. De ser esto cierto, la historia del costumbrismo no sería tan simple como juzgaba Montesinos (cf. 1972b, 138): ambos aspectos resultarían inseparables y el tema de la nacionalización del costumbrismo explicaría la interminable serie de esgjismos, deformaciones, falacias, desvíos y enmascaramientos promovidos por el género que, evidentemente, deberían ser conceptuados como rasgos inherentes al costumbrismo que muestran a las claras su índice de subjetividad, su carga ideológica, su capacidad connotativa, su necesidad de totalización, su falta de ingenuidad, su especificidad genérica y su condición plenamente literaria.

En España, el paso del Antiguo Régimen al Nuevo, en el que se inscribe el costumbrismo, no se efectuó tan limpiamente como la lectura de textos costumbristas aislados podría hacer suponer. Precisamente la complejidad ideológica del género quizá se explique como un correlato de la dificultad que supuso para el pensamiento conservador compaginar la era de la industria, la Constitución y la europeización con la interpretación tradicional de la sociedad y, para el pensamiento liberal, promover el progreso de España a la vista del nuevo modelo europeo pero sin renunciar al heredado del siglo XVIII. Así, el costumbrismo podría entenderse, según recuerda Montesinos (1972b, 43-4) — como un testimonio de esa transición.

En términos ideológicos y culturales, la polémica calderoniana (1814-1820) es uno de los aspectos de la cuestión que impide olvidar la vinculación del costumbrismo con el romanticismo y, sobre todo, que aporte claridad sobre los orígenes del género. El enfrentamiento entre Böhl de Faber y Mora supone el planteamiento confuso del sentido del romanticismo desde el momento en que Böhl se propone explicarlo a la luz de la tradición nacional y lo identifica con el absolutismo al equiparar los valores del teatro de Calderón con los del catolicismo español. Esta interpretación, además de tender a destruir la obra de la Ilustración, en cuyo ámbito se genera la controversia calderoniana, se desarrolla como un dique frente a la fuerza expansiva del fenómeno revolucionario romántico. (4).

Filosóficamente, la querrela remite a la oposición entre organicismo y mecanicismo e implica la consideración de las poderosas fuerzas no racionales (por ejemplo, las costumbres que, evidentemente, no son lo mismo que el costumbrismo) desatendidas por la Ilustración, como recuerda Herrero (cf. 1978, 348-50) quien, por cierto, rastrea la defensa de lo tradicional en textos no siempre costumbristas (como los de Cadalso y Fernán Caballero) a través de la aparición, ni plena ni constante, del árbol del paraíso como metáfora del tradicionalismo esencialmente conservadora, lo que supondría un discutible entronque directo del costumbrismo con el llamado romanticismo histórico (cf. Herrero, 1978, 354; Allegra, 1980, 98; Carnero, 1978, 260-1, 283-6).

La oposición de Mora a la entronización de Calderón como símbolo ultramontano del tradicionalismo español, al efectuarse sin un conocimiento profundo y directo del roman

ticismo, acarrea el rechazo de éste, especialmente porque - se estaba todavía lejos del axioma, luego - consagrado, de "romanticismo como liberalismo de los artistas y los poetas" (Allegre, 1980, 101).

La apropiación que Böhl hace de la interpretación del romanticismo no sólo confunde a Mora desde los comienzos de la disputa sino que —tal como ocurrirá con Mesonero y la españolaización del costumbrismo—, a la larga, consigue oficializar y que se ^{le} por objetivo e histórico el carácter dual —del romanticismo como movimiento revolucionario —o, al menos, liberal— y como movimiento conservador. El planteamiento dual —como en el caso de las dos tradiciones del costumbrismo— funciona como enmascaramiento de la explicación interesada: amparada en tal división, la explicación conservadora se da como posible y, además, usurpa de hecho el lugar de la liberal, único rótulo aplicable al romanticismo. Esto, en términos generales y, de forma innegable, —tras la revolución francesa de 1830, cuyos ecos, al llegar a España, unidos al proceso interno y a la actividad de los emigrados (cf. Lloréns, 1968, 386-427) explican la liberalización de los últimos años del reinado de Fernando VII, de forma que los auténticos liberales pasarán de ser clásicos en 1808 a ser románticos en 1834. (Para una síntesis reciente, no totalmente compartida, de las líneas generales del romanticismo español, cf. Alborg, 1980).

Si "se es romántico en la medida en que se es liberal" (Navas, 1970, 21), Böhl no puede pasar de ser considerado como un informador —mejor, desinformador— de lo que fue el movimiento romántico, puesto que

No existe, como se ha pretendido, un romanticismo conservador empeñado en mantener la tradición del altar y el trono: fue éste un ideal político sin salida, arcaico, imposible, que terminó en el fracaso y que no dejó ninguna manifestación literaria válida. Altar y Trono hubieron de liberalizarse para subsistir o subsistir por las bayonetas. (Navas, 1970, 14)

En el momento de la polémica, ni siquiera se puede considerar como romántico a Mora, "el periodista conservador" que quiere Peers (1973, I, 127) o, más exactamente, como lo define Carnero (1978, 166), un "monárquico constitucional moderado". Y, sin embargo, la furibundez pseudorromántica con que le ataca Böhl y el ser ilustrado, han contribuido sobremanera a que, por contraste, haya sido considerado a veces como romántico. Trátase de un nuevo espejismo del proceso de "conservadorización" del romanticismo —el procedimiento se repetirá con Larra aunque la dirección ideológica sea contraria— que puede disfrazar de radical a Mora para sugerir la aceptabilidad, por normales y objetivas, de las tesis de Böhl.

El recurso al dualismo supone la usurpación ideológica del movimiento romántico. Con menos sutileza pero igual eficacia, se procede igualmente a ocultar tal recurso. Paralelo, se desvía la atención hacia lo que se ha desvirtuado, presentándolo como peligro de toda la estrategia y ya desvinculado de ella. Así, las tesis ideológicas se hacen más evidentes pero su defensa también se vuelve más agresiva: tras la identificación del romanticismo con el tradicionalismo y la reacción política, cualquier crítica que se haga a la pervivencia del Antiguo Régimen será calificada de afrancesada, es decir, antiespañola y antipatriota.

Las ofensivas de este tipo, ya comenzadas en el siglo-XVIII y muy habituales entre costumbristas como Mesonero, - se aprecian en Böhl cuando se apropia del término "ilustración" y lo "españoliza" para hablar de la "verdadera ilustración" que colmaría sus expectativas políticas frente a la "falsa ilustración francesa" (cf. Carnero, 1978, 260, 281). Este falso regeneracionismo no se reduce a una anécdota aislada, sino que supone el primer elemento de una serie de "igualdades, con apariencia matemática y contundente, que sintetiza su particular defensa del romanticismo: neoclásico=colaboracionista=liberal=revolucionario=antipatriota=antiespañol (cf. Herrero, 1973, 271-2 y Carnero, 1978, 294; 285--295).

Para el pensamiento reaccionario de la época, el procedimiento más expeditivo de oposición al romanticismo es el ataque sistemático de cualquier rasgo liberal porque, según la visión misonerista del mundo,

... los liberales se oponen a que España -- marche por los únicos senderos de gloria que le -- son posibles, los del pasado. No son patriotas -- porque desprecian lo esencialmente español y -- quieren desnaturalizar al país contagiándola la -- lepra de las ideas francesas. Son traidores a su patria por servir a los intereses del Campeón de las fuerzas del Mal, Napoleón, Por mucho que -- afirmen basarse en el Derecho Político español, -- sus fuentes están en la Revolución de Francia. -- En su actuación como hombres públicos, no les -- gusta el interés general sino el propio, porque -- son ladrones, y con sus reformas pretenden sólo -- ocupar los puestos directivos de la sociedad, -- que corresponden a las clases superiores. No -- aman al desdichado Fernando, y quieren utilizar, para esclavizarlo, el heroísmo de un pueblo acé-

rrimamente conservador, que se ha alzado no para reivindicar ilusorios derechos, sino para defender a la Iglesia y a la monarquía absoluta. (Carnero, 1978, 288-9)

1.5.2. La defensa de la imagen de España: xenofobia y españolización

A la acumulación de tachas públicas, se añaden las privadas que completan el retrato descalificador de quienes atentan contra el Antiguo Régimen (cf. Carnero, 1978, 289-293). Vinculado así el concepto de tradición con el de nación, no es de extrañar que los costumbristas recojan la prevención hacia lo extranjero y revolucionario y la transformen en tópicos xenófobos y, en especial, galófobos porque todo lo que viene de Francia, para ellos, es nefando y abominable (cf. Carnero, 1978, 278, 281, 294).

Pero la distancia que hay entre el absolutismo y la monarquía constitucional parece ser la misma que separa al ultramontano Böhl del conservador Masonero: desde el momento en que el hombre del Nuevo Régimen comienza a disfrutar las ventajas de la evolución sociopolítica, el lugar del liberal tachado de antiespañol será ocupado por el extranjero que escribe sobre España, sea viajero o no, y aunque solo vea en ella el lugar exótico donde se cultivan valores echados en falta en Francia —cf. Hoffmann, 1961, 149 ss— y aunque las noticias sobre España antes de 1830 sean librescas, ya que hasta esos años sólo la conocen personalmente cuatro o cinco escritores franceses (cf. Fernández, 1973, 317, 14).

Entonces, la xenofobia militante de Böhl aparecerá en los costumbristas desde la perspectiva de la batalla gratamente perdida y el enemigo.—ahora literario— será un preciado pretexto para que las clases medias se exculpen. La justificación de su adaptación al cambio revestirá en el costumbrismo el carácter de defensa de una imagen de España cuya destrucción, provocada por esas mismas clases medias, se atribuirá, no ya a obscuras intenciones extranjeras, sino a simple desconocimiento de lo español.

Esta utilísimas y mantenida distorsión es la que sustenta las protestas de españolismo y la que explica la íntima-relación de la polémica calderoniana con el costumbrismo en términos de precedente cronológico y de procedimiento arquetípico, pero no necesariamente, como podría pensarse, de trasfondo ideológico. Ciertamente que, si atendemos a la orientación del costumbrismo más abundante y mejor teorizada —como es la estirpe de Mesonero—, mientras Böhl intenta usurpar aparatosamente el concepto de tradición, Mesonero logra hacerse con el de nación sin apenas levantar sospechas. No obstante, el desconocimiento o desvirtuación que tratan de enmendar los costumbristas es la visión de España que objetivaron románticos alemanes e ingleses y especialmente quienes, a partir de ellos, formularon una explicación tradicionalista de los elementos medievales y cristianos españoles. Esto supone que la reivindicación costumbrista de la imagen de España responde, por un lado, a la activa presencia de la Ilustración en tanto que corriente progresista frente a Böhl y, por otro, al romanticismo en tanto que concepción revolucionaria de la tradición y el nacionalismo.

Pero las concomitancias de procedimiento —que no es —

lo mismo que la vinculación directa, aunque no falten casos significativos, por ejemplo, en Mesonero (cf. F. Montesinos 1972b, 53; Illorens, 1980 276)— entre Böhl y Mesonero explican que la ambivalencia de la imagen romántica de España — sea equiparable a la que ofrece el costumbrismo: un género que funciona revolucionariamente, como romántico que es, al liquidar la España del Antiguo Régimen mediante su evocación. Es claro que esta función real no sólo no suele ser reconocida, sino que, a veces, se hace irreconocible al presentar como antirromántico al costumbrismo en general (cf. Blanco, 1909, I, 90 ss; Peers, 1973, II, 90-91; Seco, 1973, 181) o a sus principales representantes (cf. F. Montesinos, 1972b, 53-59). Sin embargo, a la vista de los textos y en especial del artículo "El romanticismo y los románticos", lo que censura Mesonero es la exageración y las imitaciones insulsas, lo mismo que Larra (cf. Fabra, 1977, 133). Pero el hecho de que Mesonero opere con la imagen romántica de España y no levante sospechas (al parecer, no hay detractores cotáneos del costumbrismo tal como los hay del romanticismo) es índice de que su producto sintoniza con la visión del mundo de las clases medias del momento embarradas en la transición de un régimen a otro de forma definitiva aunque no exenta de contradicciones (cf. L. Aranguren, 1974, 75-92; Alborg, 1980, 21-23).

Sólo teniendo presentes estas contradicciones es posible establecer los orígenes auténticos del costumbrismo, o al menos, aproximarse a lo que debe ser el punto de arranque de la crítica del género. Una rectificación de la imagen de España como la que acometen los costumbristas, por más que —

la dignifiquen presentándola como misión trascendente de salvación nacional, no podía ser otra cosa que la asimilación, adopción y "normalización" —es decir, "españolización" si nos referimos al tema de los orígenes del costumbrismo, pero "subjetivación" si se piensa en términos románticos (cf. Ucelay, 1951, 95-6)— de aquella misma distorsión a que se reducía la equivalencia xenófoba entre liberal, extranjero y antiespañol. Pero, por lo mismo, esta persistente equivalencia, al ser síntoma del tránsito a la sociedad contemporánea, puede explicarse como respuesta y compensación literaria creada por la imposible radicalidad —o, si se quiere, la mala conciencia— de quienes deben defender pro forma los valores del Antiguo Régimen para poder alimentarse de sus despojos.

Por lo tanto, la nacionalización del costumbrismo podría entenderse como el móvil y el resultado de un proceso que, partiendo del rechazo de las tesis del llamado romanticismo histórico o contrarrevolucionario propuestas por Böhl, se enfrenta con una imagen de España, fruto de esas mismas tesis en manos de teóricos y viajeros extranjeros, que presenta a nuestro país objetivado como país romántico. Tales tesis llegan a tener incluso algunas de las más importantes interpretaciones modernas (cf. Peers, 1973, Alborg, 1980). A partir de estos presupuestos, y más allá de la temática, la denotación inmediata (cf. Fernández, 1973, 336) y las justificaciones aducidas, el funcionamiento romántico y liberal del costumbrismo se cifra en la negación de tal objetivación mediante el tratamiento de la cosmovisión de las clases medias españolas a la luz de lo subjetivo nacional, presentado como "color local".

1.5.3. La falaz equivalencia de tradición y conservadurismo: las inexistentes bases tradicionales del pensamiento tradicional.

Los hábitos mentales que hereda y perfecciona el costumbrismo como medio de justificación se convierten en significativos e inherentes al género desde el momento en que se traducen en términos literarios y, luego, se desideologizan. Lo extranjero y su visión de España se convierten en móvil del costumbrista y acaban por ser incorporados como meros temas de artículo. Tal transformación y distensión de lo que subyacía en la polémica calderoniana desdibuja la función del escritor que, de agresivo defensor de España, se hace pasar por —y, a veces, lo es sin saberlo— simple elaborador de inventarios de tipos y situaciones caducos.

Si se han atisbado los entresijos de la xenofobia, los mismos rasgos pueden apreciarse cuando, del ataque directo o encubierto a todo lo que por venir de fuera supone peligro, se pasa a contemplar la defensa activa de la nación. De la adulación del pueblo llano y su utilización en la Guerra de la Independencia y del olvido de las malas cosechas y la murtandad a comienzos del siglo XIX (cf. Carrero, 1978: 282, 297), se llega al afianzamiento de los mitos del tradicionalismo: el pueblo español es el depositario de las vir-

tudes cristianas (cf. Carnero, 1978, 258) y del antiguo -- carácter nacional (cf. 270), vive en un Jardín del Edén situado en el mejor lugar del mundo (cf. 297-8), es el pueblo elegido por Dios (cf. 295) y es conservador por esencia, yo luntad y destino (cf. 273, 289). Pero,

... la retórica de la tradición y el casticismo hispánico esconde un colosal fraude histórico; bajo las apelaciones a las tradiciones seculares españolas se esconden los intereses de clase de los grupos privilegiados del Antiguo -- Régimen. Su gran enemigo es el liberalismo democrático porque éste implicaba la introducción de reformas racionales en un mundo de ciego inmovilismo... (Herrero, 1973, 401)

A la vista de tan inmensa e interesada deformación -- que, no se olvide, es el modelo en el que se inscribe el proceder equiparable de Mesonero con respecto al costumbrismo --, la patriótica recopilación de usos y costumbres que para el costumbrista y aun para el crítico del costumbrismo llega a parecer neutra y objetivamente necesaria, lo es bastante -- menos si se considera cómo se ha revestido de tales propiedades ya desde sus orígenes. Como se desprende de las investigaciones de Herrero (1973) y Carnero (1978), difícilmente puede aceptarse la defensa de la tradición española si se presenta como algo esencialmente español e intemporal;

... los autores considerados por Menéndez y Pelayo y por sus discípulos contemporáneos como los grandes defensores de la tradición española no tienen el menor contacto con la España del -- XVI y XVII. Son tan europeos como los ilustrados, o quizá más, [...] Zeballos, el padre Alvarado, Rafael de Vélez forman parte de una corriente de pensamiento que ha surgido en Europa como oposi-

ción a las Luces y que cuenta, en la época en que éstos escriben sus obras más importantes, es casi exactamente medio siglo. Nada hay, pues, de tradicional ni de español en los "grandes maestros de la tradición española". (Herrero, 1973, 24)

Cuando los costumbristas, comenzando por Mesonero, ofrecen el nacionalismo como una concentración del carácter nacional para salvar a España del extranjero, lo hacen sin definirlo ni adscribirlo a una determinada ideología. Con ello, se abarca el mayor público posible (cf. Kirkpatrick, 1978, 32), se propone un determinado concepto de nación como si fuese objetivo y se borran los orígenes del pensamiento tradicional, de otra forma insostenible, por su procedimiento argumental basado en el dualismo maniqueo, por su falaz defensa de España que encubre los intereses particulares y por su fragilidad en las pruebas aportadas, tan extranjeras como las combatidas. Con todo, el costumbrismo logra acotar un espacio cultural e ideológico que, si en principio está abierto a cualquier matiz de pensamiento, es ocupado preferentemente por los escritores que mejor se adecúan al cambio de sociedad.

Tiempo habrá de efectuar una aproximación más detallada a las formulaciones teóricas con que los principales costumbristas explican su quehacer. Baste ahora apuntar que, cuando Montesinos (cf. 1972b, 51-2) advierte ciertos cambios o intentos de cambio entre el Mesonero de El Panorama y el de las Escenas y los atribuye a evolución de "lo ficticio" a "lo ensayístico", lo que en realidad debe entenderse es que Mesonero está intentando —eso dice proponerse— seguir en el estilo los pasos de los maestros españoles al—

renegar formalmente de los modelos extranjeros como simple protesta de nacionalismo. Pero ni siquiera tal españolización resulta admisible cuando se aprecia, por ejemplo, en Estébanez cuya frecuente incorrección tan certieramente detecta Montesinos (1972b, 29):

Esto no es nada clásico; es lengua hablada y mal hablada.

y cuya tendencia al casticismo entronca Lloréns:

Era [...] según apuntó Larra, la consecuencia de una nostalgia nacionalista que al repetir en medio del decaimiento presente el estilo de Cervantes, creía revivir ingenuamente la España de Cervantes. (Lloréns, 1980, 327).

El prurito de los español y el virus de la xenofobia harán que Mesonero censure a Larra por adoptar un pseudónimo, Fíguro, "de invención extranjera" (Mesonero, V, 189b) cuando El Curioso Parlante supone una adaptación mecánica de los extranjeros (cf. Ucalay, 1951, 45 y n78). Como recuerda Lloréns al hablar de la tardía traducción en España de las obras de Mérimée,

El quisquilloso nacionalismo de la época [romántica] parece confirmar que lo que se diga de un país es aceptable con tal que sea dicho por un nacional, pero intolerable en boca del extranjero. (Lloréns, 1980, 250; cf. Fernández, 1973, 328-9).

Y, aunque parezca secundario si se olvida la estrecha relación entre grabado y artículo de costumbres, resulta significativo observar esta misma actitud en las revistas costumbristas que ilustran sus páginas siguiendo técnicas xilo-

gráficas inglesas después de aprenderlas en el extranjero y, sobre todo, en Francia:

Surge entonces el orgullo patriótico por el grabado nacional. No hay revista que no se muestre ufana del españolismo de un arte tan recientemente importado del extranjero, y se hace punto de honor el que las ilustraciones sean debidas exclusivamente a artistas del país. (Ucelay, 1951, 119)

Lo significativo del ejemplo es que, en lo sustancial, es equiparable al caso del costumbrismo: iguales orígenes, igual necesidad de importarlo y de nacionalizarlo, igual orgullo por ser capaces de realizarlo, igual interés por explicarlo al margen de lo extranjero... e igual artífice principal, Mesonero, a cuya iniciativa se debe la escuela romántica española de grabadores en madera (cf. Ucelay, 1951, 116---120). Ciertamente es que Mesonero, al referirse a la creación del Semanario Pintoresco Español, donde introduce la xilografía, no alude a antecedentes españoles sino todo lo contrario pero probablemente lo hace por el cuidado que pone en subrayar su absoluta paternidad de la revista:

... me resolví a fundar una publicación mia-propia [...], nueva absolutamente entre nosotros en su esencia y en su forma y a semejanza de las que con los títulos Penny Magazine y Magasin d'Attoresque había visto nacer en Londres y en París... (Mesonero, V, 232a).

Pero incluso la relación que del proceso de implantación de la xilografía en España hace la crítica daría pie para -- presentar la innovación como un renacer:

En España existía una vieja tradición de grabado que había alcanzado un extraordinario floreci-

miento en los fines del siglo XVIII. Esta escuela, que utilizaba casi con exclusividad la plancha metálica, llegó a una gran perfección artística y técnica. Bastaría citar en prueba de esta aserción el nombre de Juan de la Cruz Cano y Holmedilla en lo que toca a la técnica, y el de Goya -- que al adoptar el grabado al aguafuerte como uno de sus medios de expresión, lo eleva a la altura de su genialidad. Su influencia en todas las formas artísticas del grabado y del dibujo moderno es conocida e incontestable. (Ucelay, 1951, - 117-8; cf. 132-3)

1.5.4. El costumbrismo: género radicalmente histórico, revolucionario^{incluso} a su pesar, contradictorio e índice literario de las contradicciones de sus creadores, lectores y críticos.

No hay, pues, bases históricas para la defensa de una corriente española que diese origen al costumbrismo español como alternativa a la corriente literaria extranjera que se adopta cuando el contexto sociopolítico lo exige. La tradición de una prensa literaria explica la imposibilidad de la creación del costumbrismo español ex nihilo y constituye -- una de las concausas de la aparición del género, que es cualitativamente distinto a cualquiera de los elementos preexistentes detectados por la erudición.

La explicación del nacimiento del género como un reavivamiento de la supuesta vena realista sustancialmente española, en la que el costumbrismo extranjero sería un simple estímulo, no tiene fundamentos. Los habitualmente esgrimidos

los genera el propio costumbrismo español, una vez nacido. — Son, pues, autocríticas consustanciales o justificaciones simultáneas o posteriores a él, pero no su causa. Y aunque se hiciese una concesión a tales explicaciones por puro escrúpulo, sería inadmisibile que unos elementos aparentemente iguales detectados en el llamado Siglo de Oro y en el XIX desempeñasen la misma función. Es más: si la crítica, tras conceder cierta importancia a los modelos extranjeros, ha hilvanado los argumentos que muestran una evolución desde la novela picaresca y la literatura satírico-social hasta el pseudónimo costumbrista (cf. Ucelay, 1951, 45-5, 47-62, 84-93) como vía erudita de nacionalización del costumbrismo semejante a las tesis de Mesonero, tal españolismo se volatiliza y revela los discutibles parámetros de su acuñación — al pensar que el tema de El Diablo Cojuelo procedería de la leyenda de "el diablo en la redoma", de carácter universal.

Gran parte de la confusión sobre los orígenes del costumbrismo que llega hasta nuestros días muy probablemente se debe a que se olvida que el costumbrismo basa una parte importante de su especificidad genérica en que el artículo de costumbres no es sólo aquello que denota y es inteligible al margen de las claves históricas, sino que se configura como unidad dinámica que engloba, además del cúmulo de concausas evidentes (tradición periodística, relaciones con los modelos, contexto sociopolítico, condición del escritor ...) y junto a lo textualmente transcrito como artículo, el pseudónimo, el título, los lemas, las anotaciones, el marco del periódico, los prólogos y retoques de las recopilaciones en volumen y todas las críticas que ha promovido desde que, al redactarse, las generó incorporándolas como rasgo —

aparentemente extrapoético. Tal es, como mínimo, el grado de elaboración y sutileza que dota de sentido al costumbrismo. Su literaturización de las contradicciones que supone el cambio de modelo de sociedad, más que en la declaración paladina y a veces simultánea del rechazo o la defensa de los nuevos tiempos —dos variantes en el proceso de expresarlos y hacerlos propios— se aprecia en la capacidad del artículo de costumbres para encubrir sus procedimientos al tiempo que transmite la efectividad que encierran.

La interrelación de lo que parece bordear al artículo y ser ajeno a él (pseudónimo, lemas, ...) y lo que se presenta como artículo propiamente dicho no es más que la estructura literaria homologable con la estructura social de las clases medias que tienden a instaurar su cosmovisión —como realidad objetiva. Un exponente de la dualidad interna que dinamiza al artículo de costumbres se aprecia en las concomitancias de la defensa del género con la presentación reaccionaria del romanticismo que hizo Böhl. En los albores del poder burgués español, se adopta un tipo de literatura ya elaborado en los países que sirven de referencia —para el progreso y, ante la inexistencia de modelos teóricos ajustados al objeto y necesidades del costumbrismo nacional, se recurre a esquemas tradicionalistas similares al suministrado por Böhl (sin que esto quiera decir que el mentor puntual sea Böhl, cuestión imposible de aclarar ahora). El grado de adaptación a tal modelo varía, pero está tan presente en las oportunistas justificaciones de Mesonero (y en los silencios de Estébanez), como en las intentos de Larra por denunciarlas: va desde el apego a la vida pasada que se quiere perpetuar mediante la evocación hasta —

las dificultades para incorporar lo válido de la tradición a los nuevos tiempos (cf. Herrero, 1978, 354).

Sólo desaparecerá tal esquema cuando las clases medias puedan explicar la realidad y apoderarse de ella políticamente de una forma cualitativamente distinta: con el acceso pleno al poder durante el Sexenio revolucionario. La revolución de 1868 no se presenta porque hayan desaparecido las contradicciones de la burguesía: las elimina —al menos temporalmente— al producirla. Quizá pueda explicarse así la relación frecuentemente observada entre el auge del costumbrismo y los períodos políticos conservadores. No se trataría, pues, de identificar al costumbrismo con lo moderado o conservador —puesto que resulta ser, como el romanticismo, en todos los órdenes, un género revolucionario aun a pesar de que a veces denote lo contrario—, sino con las contradicciones de las clases medias mientras se encuentran a caballo entre los dos regímenes. En tanto dura el intento de acceder al poder por parte de la burguesía más avanzada, habría costumbrismo; en el momento en que consigue hacerlo en los términos revolucionarios con que se formuló tal necesidad desde las Cortes de Cádiz, no tendría sentido hablar de costumbrismo.

Lo que aparezca serán derivaciones de muy distinto signo y función, cuando no meros ejercicios literarios elaborados por inercia o composiciones arqueológicas en la época de la literatura realista ya coajada y del regionalismo político... dejando, de momento, a salvo lo que haya podido ocurrir, precisamente, en las regiones.

Porque —de nuevo hay que tener muy en cuenta su importancia— Mesonero, que identifica el concepto de nación

con su observatorio madrileño (cf. Kirkpatrick, 1978, 32---34), allega argumentos para su palinodia de 1851 "por carambola", como recuerda Montesinos (1972b, 57):

El interés por el viejo Madrid le ha acercado a los poetas que en él vivieron ...

Con el trasfondo ideológico de la génesis del costumbrismo apuntado hasta aquí, detalles como el recién traído a cuento van instaurando la falaz explicación del género en términos exclusivamente nacionales. Y, es más, la sombra arrojada no sólo cubre la realidad literaria extranacional: incluso la intranacional queda oscurecida, por no decir anulada. Cierta es que la estructura sociopolítica de España - en la época del costumbrismo se comprende en Madrid

...que, como corte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las [costumbres] de las lejanas provincias (Mesonero, I, 39a),

pero quizá no se abarca. Preciso será comprobar si la lejanía es sólo física, si el reflejo es fiel y si no hay otros focos.

Si el auténtico modelo sociocultural del género fue la transformación de las costumbres costáneas y el literario, - el proveniente de países donde ya se alcanzaba alguno de los objetivos a los que España atendía aunque no siempre con claridad, cualquier otra función atribuida a los textos españoles anteriores que no sea la que corresponde a una sociedad radicalmente distinta a la postfernandina sólo puede deberse a distorsión de los datos históricos. Si los escritores españoles encuentran hecho en el extranjero un tipo -

de literatura que tarde o temprano hubiesen terminado por --
 elaborar y lo adoptan porque responde adecuadamente a las --
 mismas necesidades --ya que de lo contrario no hubiese --
 arraigado-- cualquier intento de situar el origen del costum--
 brismo español en los siglos XVI y XVII estableciendo --
 una identidad de rasgos esencialistas donde aparezcan simi--
 litudes textuales, sólo puede conducir a soluciones sin --
 salida. Si no es posible sustraerse a enmarcar el costum--
 brismo en su radical historicidad, todo estudio que date --
 al género de rasgos sustanciales previos, posteriores y, en
 general, atemporales, partirá, no de los caracteres del --
 costumbrismo, sino de los atribuidos por una crítica que --
 interpretará el fenómeno sin explicarlo, es decir, que opera--
 rá según los cánones del costumbrismo con su tendencia a bo--
 rrar los propios orígenes. De otra forma, el absurdo sería--
 tal que daría pie, por simple equiparación, para interpre--
 tar que el costumbrismo producido en las diversas regiones
 españolas en el momento en que llegan hasta ellas las trans--
 formaciones de la era industrial, no sólo se debería más a
 los rasgos definitorios tradicionalmente atribuidos a esas--
 zonas que a las nuevas condiciones de vida que afectan a es--
 ta parte del mundo occidental, sino también que podría en--
 tenderse absolutamente al margen de lo producido en torno a
 --Mesonero y vinculado --es un decir-- a los escritores his--
 panorromanos.

La consideración de los entresijos de la historia de --
 la crítica del costumbrismo revela un cúmulo de cuestiones--
 que relativizan la comúnmente aceptada explicación del gé--
 nero como asunto simple y cerrado. El análisis pormenoriza--
 do de cualquiera de ellas parece prometer, pues, no sólo --

una reordenación de los elementos que entran en juego, sino también la aparición de otros nuevos susceptibles de funcionar ahora como referencia para hacer evidente el necesario cambio en la explicación del género. No sería otro el caso del llamado costumbrismo regional ya que la sola posibilidad de estudiarlo exige una específica relativización de la teoría del costumbrismo que permita reconocer su existencia. Se trata de no aceptar implícitamente la no demostrada posibilidad de explicar todo el costumbrismo español desde la perspectiva unilateral de quien, como Mesonero, logró que la teoría del género se identificase con su forma particular de realizarlo y teorizarlo. Se trata de arrojar alguna luz sobre las implicaciones del proceder de Mesonero con el costumbrismo -acabado correlato del fraude histórico de la identificación de lo tradicional español con el tradicionalismo, puesto que parece que, como apostilla Peers (aunque con sentido diametralmente opuesto al interés de la cita) - a propósito de los antecedentes del costumbrismo español en España,

A Mesonero no hay que tomarlo demasiado a la letra ni en esto ni en ninguna otra cosa. (Peers 1973, II, 90 n35).

Notas al epígrafe 1.5.

- 1.- Cf. Carrero, 1978, 166-243; 247-298; Peers, 1973, I, --
126-8; 159-163; Herrera, 1963, 73-84, 115-7; Allegra, --
1980, 83-113; Alborg, 1980, 73-87.

2. El costumbrismo literario español: esbozo de rotulación
para la historia de un género

2.1. EL PRECOSTUMBRISMO

2.1.1. La pintura realista de la sociedad

Cuando no es la poca familiaridad con los textos en cuestión o el empleo rutinario de términos en sentido lato, sólo una concepción de la literatura a ^{partir de} categorías no sujetas a la servidumbre del tiempo permitiría identificar como "costumbrista" cualquier obra que refleje las costumbres de su sociedad (1).

En este sentido, si se caracteriza la literatura española como "realista", el costumbrismo puede hacer acto de presencia en cualquier momento. Bastaría con que las referencias a la realidad fuesen lo suficientemente explícitas y no se precisasen herramientas críticas especializadas para apreciar los usos colectivos descritos en una obra determinada. (2) De hecho, toda enumeración de muestras costumbristas —rotuladas o no como "antecedentes"— se nutre de títulos que "ejemplifican" el discutible realismo de nuestra literatura. Por otra parte, el riesgo de que se confundan una vez más las formalidades expositivas con las propiedades del objeto descrito no impide que se pueda hablar de un precostumbrismo. Y ello no es concesión gratuita a —

estudios más perfeccionistas que totalizadoras, sino necesario reconocimiento de unas manifestaciones literarias -- que si parecen no hallar un lugar preciso en las clasificaciones habituales, aquí deben tenerlo aunque sólo sea para hacer explícita su exclusión del costumbrismo, término que, en sentido estricto, únicamente es aplicable al artículo de costumbres.

Al margen del tiempo en que se escribe, de la actitud del autor o del soporte material utilizado, un aspecto o pasaje que preste especial atención a lo cotidiano parece-bastar, pues, para equiparar sustancialmente un artículo de costumbres y el "realismo", por ejemplo, del lenguaje popular con que Alfonso Martínez de Toledo, aun no mediado el siglo XV, refiere las reacciones de una mujer que echa en falta su gallina rubia. (3).

Tal pintura de costumbres tendría sus orígenes, como mínimo, en la veta moralista y satírica de Séneca y Marcial si hubiera que apurar los testimonios eruditos, menudearía a lo largo y ancho de nuestra Edad Media y acabaría por llegar al final de esta época a los tipos y escenas de La Celestina.

De los epistolarios, tratados y obras misceláneas se podrían ir desglosando nuestras costumbristas con el mismo procedimiento. En el siglo XVI, por ejemplo, serían preciadas canteras el Menosprecio de corte y alabanza de aldea (1539), de fray Antonio de Guevara, los Coloquios Satíricos (1553), de Antonio de Torquemada y las Cartas, de Eugenio de Salazar.

2.1.2. El cuadro clásico de costumbres.

Cuando el género parece abundar es a partir de la novelesca del Siglo de Oro. Asimismo, al configurarse nuestra novela clásica, comienza la compleja y delicada relación entre el costumbrismo y la narración realista.

Desde el Lazarillo de Tormes, las autobiografías literarias de la picaresca ofrecen cuadros de costumbres de personajes y escenas representativos de aquel vivir hispánico entre amos y caminos. El abigarrado medio urbano del siglo XVII, con sus lances y amorfos, aparece con similar relieve en las páginas de la novela cortesana y otras modalidades de la corta, a veces vinculadas con la picaresca, como en el caso de El curioso y sabio Alejandro, fiscal de vidas ajenas (1634), de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Recursos como los de la narración alegórica no son escollo para que lo arquetípico de esa sociedad se registre, convenientemente fustigado, en los Sueños (1627), de Quevedo o El diablo cojuelo (1641), de Luis Vélez de Guevara. (4).

Todo un conjunto de formas narrativas cuyo lugar preeminente sería ocupado por Rinconete y Cortadillo (1613), es terreno abonado para el cuadro clásico de costumbres. Tal denominación facilita la alusión a muestras precostumbristas caracterizadas por su dependencia de una obra generalmente novelesca, en la que se integran y de la que no pueden aislarse a pesar de su aparente autonomía; por el "realismo" con que describen los tipos y las escenas; por la difusión mediante el libro y, evidentemente, por una temática,

un estilo y un léxico sólo explicables en el contexto de la visión del mundo predominantemente barroca que los hace posibles.

2.1.3. El cuadro satírico-moral de costumbres.

La estructura de algunas obras de los siglos XVII y XVIII, atípica con relación a la novela clásica, y la acentuación de rasgos ya conocidos permiten hablar del cuadro satírico-moral de costumbres como la modalidad precostumbrista con que se cierra la época barroca.

La Guía y avisos de forasteros (1620), de Antonio Liñán y Verdugo, se organiza internamente a propósito del tema de la peligrosidad cortesana. Contiene ocho "avisos" y catorce "novelas y escarmientos", aquéllas extensas y desarrolladas, que reflejan las costumbres sociales de Madrid y sus tipos, en especial los de raigambre picaresca, todo ello con el acento puesto en reprender lo censurado. (5)

Juan de Zabaleta describe en El día de fiesta por la mañana (1654) una veintena de tipos madrileños característicos de tales días y horas. En su continuación, El día de fiesta por la tarde (1660), son doce las escenas de diversión y entretenimiento que elige para poner de relieve el olvido a que relegan sus obligaciones cristianas los habitantes de la Corte. La originalidad de conformar tan nítidamente tipos y escenas, su número y variedad y la virtual independencia con respecto a marcos narrativos convierten estas obras en muestras de un precostumbrismo a primera vista casi sólo alejado del decimonónico por la intención y --

las digresiones didáctico-religiosas propias del momento -- sociocultural en que nace.

El vínculo con la novela picaresca e incluso con la de la cortesana aún no se ha roto en Día y noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa (1663), de Francisco Santos, quien intenta, sin lograrlo, emular la maestría de Zabaleta al mostrar lo más genuino de la capital. A semejanza de Liñán, usa como artificio unificador de los dieciocho "discursos" cultistas y moralizadores un cicero -- ne que instruye al extranjero recién llegado.

Pertenecen por cronología al siglo XVIII pero en ciertos aspectos siguen fielmente a las anteriores algunas obras de rasgos quevedescos como las Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por Madrid (1727-B), de Diego de Torres Villarroel, cuyas mejores contribuciones al precostumbrismo se hallan, con todo, en la "Introducción" -- que sigue al prólogo de cada uno de sus Pronósticos (a partir de 1721). (6)

Junto al caso especial de Torres, las obras de Zabaleta, entre otras de su condición, pueden ser representativas de un precostumbrismo en el que las descripciones de tipos y escenas están más vinculadas entre sí por la sátira didáctico-moral de la religiosidad barroca que por los rasgos específicamente novelescos de una acción, en un arecido, o de un marco narrativo reducido al mínimo. El cuadro satírico-moral de costumbres encierra prácticamente los mismo elementos compositivos que el clásico; ahora bien, las funciones han cambiado: si éste se define con respecto a la novela, al primero le identifica el punto de vista moralizador desde el que se observa y describe la realidad. (7)

2.1.4. El cuadro satírico-social de costumbres.

Entre las obras que nos ocupan en la primera mitad del siglo XVIII hay una significativamente distinta. Si cada fase del costumbrismo parece estar a caballo de las que la enmarcan, Virtud al uso (1734), de Fulgencio Afán de Ríbera —entre el Barroco y el Neoclasicismo— permite apreciar con nitidez cómo se transforman ciertos elementos previos, liquidados otros e incorporan algunos de los que van a caracterizar a producciones posteriores. En las tres cartas y los veinte "documentos" de que consta, se confirma la tendencia a situar el interés en la sátira y en la moralidad, sólo que con un sentido nuevo: lo religioso no es una perspectiva desde la que se satirizan las costumbres, sino un objeto hacia el que se dirige el escepticismo, la ironía y la burla a la hora de criticar la hipocresía como forma de medrar. El talante civil de las reformas del siglo XVIII explica esta emancipación en el tratamiento de la realidad típica, así como el cambio en la estructura, que pasa a ser epistolar, y el vehículo de difusión, nuevo, ya que la obra de Afán de Ríbera no es un libro, sino un folleto. La agilidad en la confrontación de ideas que permite éste y el variado ensayismo que prospera en las cartas son síntomas inequívocos de novedades en la literatura y en la sociedad.

(8)

Sobre una docena de los "pensamientos" que aparecen en El pensador (1762-63 y 1767) pueden considerarse como mues-

tras acabadas del precostumbrismo dieciochesco en virtud — del contexto, el propósito y el vehículo con que describen, por ejemplo, la vida ociosa de las damas y caballeros, los cortejos, las modas, las tertulias, los peluqueros y los — petimetres. Los ochenta y seis números de esta revista por — sonal de José Clavijo y Fajardo se aproximan por su carác — ter social, didáctico y progresista al ensayo feijoniano, — aunque su autor los presente como un entretenimiento fruto del gusto por observar a los hombres y a la sociedad. Sin — dificultad, la supuesta complacencia con lo puramente "pin — toresco" que parece situarnos en el siglo XIX, se clarifica al habérmolas con una publicación periódica hecha a imagen y semejanza de otras extranjeras de inspiración didáctica — y doctrinal, realizada por un enciclopedista ilustrado, re — fractario a los autos sacramentales y protegido por Carlos — III e imitada por títulos que confirman su intención y to — no general. (9)

Desde la revista de Clavijo hasta 1830, aproximadamen — te, ve la luz un gran número de publicaciones periódicas y folletos cuyas páginas contienen no pocos cuadros donde la — musea precostumbrista es variada, dentro de los mismos moldes, si bien con el sentido crítico más agudizado según se con — suma el setecientos.

El grupo de folletos que interesan en la etapa del — cuadro satírico-social se puede encabezar con la Noche — phantástica (1750), de Eugenio García Baragaña que, sino — pasa de ser un ensayo con huellas de la picaresca dedicado a los toros podría considerarse como un hito costumbrista — de cierta entidad. (10)

En 1784 se publica Madrid por adentro y el forastero — instruido y desengañado, escrito por un ingenio de esta Corte, quien se le dedica a la muy alta y antigua señora Mariablanca, perpetua habitadora de la Puerta del Sol, cuyo encubierto "ingenio" traza una pintura literaria sin mostrar el espíritu crítico habitual. Un tal Don Preciso, que parece ser Juan Antonio Zamácola, firma en 1795 una obra que retrata y mortifica a los elegantes afrancesados ya desde su expresivo y abigarrado título: El libro de moda en la feria, que contiene un ensayo de la historia de los Currutacos, Pirracas y Madamitas de nuevo Cuño, y los Elementos o primeras nociones de la ciencia Currutaca: Escrito por un filósofo currutaco. Publicado, anotado y comentado por un señorito pirracas. (41)

Otro de los folletos a los que se ha atribuido el arranque del costumbrismo es El viaje de un curioso por Madrid (1807), de Eugenio de Tapia, aunque las quince páginas que componen esta exacta y animada descripción ni por su aire de fines del siglo XVIII, ni por la forma de divulgarse pueden aceptarse como artículo de costumbres. (42)

La obra de Sebastián Miñano y Bedoya reúne propiedades que la sitúan a medio camino entre el cuadro de costumbres del siglo XVIII y el costumbrismo romántico: en sus diez Lamentos políticos del pobrecito holgazán (1820) hay más datos sobre costumbres coetáneas que recreación literaria de éstas, ya que lo fundamental es la intención política al criticar el absolutismo y la ironía con que satiriza al clero. Este enfoque de lo religioso y el tratarse de una estructura epistolar la sitúan en el precostumbrismo dieciochesco y aun hacen recordar las características de Virtud -

al uso (1729). Miñano, puente entre épocas, como Afán de -- Ribera, será evocado a menudo al considerar el talante liberal de Larra y la significativa denominación --El Pobrecito Hablador-- con que titula un periódico, (12)

Como anónimo y en 1822 apareció un folleto de Ramón -- de Mesoneros Romanos titulado Mis ratos perdidos y compuesto por una docena de cuadros de costumbres en los que describe Madrid a lo largo de doce meses que van de octubre de 1820 a septiembre de 1821. Todos sus rasgos parecen ser los del artículo de costumbres, sólo que el conjunto está estructurado todavía por el artificio narrativo de la continuidad del personaje observador. A ello podría sumarse el detalle de que la calidad literaria de esta obra primeriza le pareció tan ínfima a su autor que la repudió y sólo cuando era setentón hizo alusión a ella sin nombrarla. (14)

Como en el caso de los folletos y casi siempre a propósito de las diversas polémicas propias de los tiempos que -- corren o, abiertamente, con el ánimo de erradicar lo atávico que frena el progreso y las frivolidades que lo desacreditan, se pueden computar títulos como "Galanteos y matrimonios a la moda" o "Sobre los cafés", de El duende especulativo sobre la vida civil (1771), revista madrileña redactada por Juan Antonio Mercadal atenta a las modificaciones que experimenta la sociedad de entonces.

El "Reglamento sobre el uso de los perros de falda" o la carta titulable "La admiración provinciana por Madrid" -- aparecen en el semanario El Censor (1781-7), de Luis Cañuelo y Luis Pereyra, quienes defienden una economía librecambista y exigen libertades públicas y muestran el conflicto-

entre la burguesía y la nobleza en "discursos" significativos como procostumbrismo crítico.

Trasunto y abogado del anterior, El Corresponsal del Censor (1786-8), de Santos Manuel Rubín de Celis y Noriega, publica "cartas" que lo aventajan en número y calidad; entre ellas, las que dibujan la vida del heredero (la II), las inquietudes de una petimetra (la VI) y la versatilidad femenina (la VII). (15)

La nómina de estas publicaciones, periódicas pero no del todo regulares aumenta según se comprueba el carácter prebestumbrista de los cuadros satírico-sociales que afloran entre las páginas de El Correo de los Ciegos de Madrid (1786-1791), titulado Correo de Madrid desde 1787, dos años antes de que vean la luz en él las Carátas Marruecas, de Cadalso, algunas de ellas consideradas costumbrismo en ciernes (16); el Diario de las Musas (1790-1), en el que es habitual el pseudónimo, propio del artículo de costumbres; La Minerwa o El Revisor General (1817-8), que acoge otra de las hipotéticas primeras muestras del costumbrismo: "La ciencia del pretendiente, o el arte de obtener empleos", firmado por Don Próspero Suplicaciones; El Censor (1820-2), donde con el mismo criterio se consolidaría tal primicia (17), y El Correo Literario y Mercantil (1828-33), donde un desconocido, que firma El observador, desarrolla, a partir del ocho de agosto de 1828, un interesantísimo programa costumbrista en una serie de artículos titulada "Costumbres de Madrid". (18) Puede servir de colofón El Duende Satírico del día (1828), de Mariano José de Larra, que en conjunto no revalida la perfección de "El café", muestra aislada de

artículo de costumbres. (49)

El aumento de títulos, incluidos los elaborados por los emigrados (20), y su posible agrupación en múltiples apartados no alteraría la sustancial homogeneidad del precostumbrismo entre 1750 y 1831, en el que se advierte la importancia, por distintas razones, de El Pensador en la segunda mitad del siglo XVIII y de Eugenio de Tapia, La Minerva, El Censor o Sebastián Miñano en los primeros años del XIX, sin olvidar el lugar especial que ocupan Masonero y Larra. Más allá de las particularidades, el conjunto queda delimitado por rasgos que han dejado de ser berrocos y aún no pueden denominarse románticos. Quizé los aspectos que antes llaman la atención en el cuadro satírico-social de costumbres sean su abundancia y la autonomía que presenta con respecto a las formas narrativas precedentes y su proximidad al ensayo, pero más fundamental es son el medio de difusión utilizado y el cambio de actitud que adopta ante la realidad. Los cuadros satírico-sociales aparecen en folletos o publicaciones periódicas de mayor difusión y dinamismo que el libro, tanto por las ventajas propias de su impresión material como por la receptividad de un público lector más numeroso, ilustrado y exigente. A la brevedad de los cuadros se suma, inevitablemente, el necesario tono ameno que excluye las digresiones moralizadoras pero no el sentido cada vez más crítico en la descripción de las costumbres. Añádase que predomina un nuevo tipo de autor: el periodista, muchas veces desconocido u oculto tras el pseudónimo, que, a partir del reformismo civil de la Ilustración, cuestiona los tipos y escenas que se ofrecen a sus ojos desde la ciencia, la filosofía, la economía y la política.

Notas al epígrafe 2.1

- 1.- Es normal que el sentido "lato" ayude a escamotear ---- cuestiones de fondo sorteando escollos históricos y genéricos como el de la exclusión explícita del costumbrismo de toda la producción anterior a 1831. Cf.:

En realidad, encajaría en la denominación genérica de la palabra costumbrismo todo reflejo de las costumbres españolas, ya fuese un capítulo de novela, un pasaje dramático o un sainete, cualquier poema descriptivo, y aun, rebasando los linderos de lo puramente literario, un dibujo o una pintura... (Correa, 1964, II).

En este sentido lato, vemos frecuentemente incluir una gran parte de la literatura satírico-social de todas las épocas, y así aparecen englobadas la comedia griega de Aristófanes y Menandro, las sátiras de Juvenal, Plauto y Terencio, las narraciones de Apuleyo y Petronio, La Celestina, la picaresca española y hasta las novelas de los realistas y naturalistas contemporáneos.

De hecho, toda literatura que presentase la vida cotidiana del hombre y de la sociedad coetáneos del autor quedaría dentro del costumbrismo. Pero como es natural, dando la palabra este valor general, los límites cronológicos del género carecerían de sentido. (Uccelay, 1951, 13-14).

- 2.- Correa (1964, XI) entiende así el realismo en el que se enmarca el costumbrismo:

Dentro de la gran corriente realista española, de tan extraordinaria variedad, de tal continuidad y permanencia, que invade todos los géneros literarios, que se manifiesta del mismo modo en la narración o en el teatro en la prosa o en el verso, el costumbrismo —

viene a ser una modalidad menor...

Por su parte, Ucelay (1951, 22) piensa en un marco parecido:

El realismo de nuestra literatura, su tradición moralista y satírica —que ya arranca de Séneca y Marcial—, la falta de afinidad para el pensamiento abstracto, el sentido pictórico y el gusto por la reproducción de la realidad inmediata, son indicaciones de que el costumbrismo cuadraba perfectamente con el carácter estético nacional.

- 3.- Ucelay (cf. 1951, 22 n28) deja constancia del apresuramiento con que Eduardo Gómez de Baquero, Andrenio, (en Nacionalismo e hispanismo, Madrid, 1928, p. 206) recongoca "escenas costumbristas" en pasajes como el aludido —del capítulo I de la segunda parte de El Corbacho o reprobación del amor mundano (1438). Correa (1964, XI-XII) no encuentra obstáculo para calificar la misma obra de "muestra específica" de los "curiosos antecedentes del costumbrismo".
- 4.- Otros títulos en esta línea serían El viaje entretenido (1603), de Agustín Rojas Villandando, El pasajero (1617), de Cristóbal Suárez de Figueroa, Los antojos de mejor vista (1620-25) y El mesón del mundo (1631), de Rodrigo Fernández de Ribera, así como determinados pasajes de las novelas (1625-49) de Alonso de Castillo Solorzano o, incluso, de El Criticón (1651-3-7), de Baltasar Gracián.

5.- Antonio Liñán y Verdugo quizá sea pseudónimo de fray -- Alonso Remón. El título de la obra continúa: ... adonde se las enseña a huir de los peligros que ay [sic] en la vida de la corte, y debaxo de novelas morales y exemplos escarnientos, se los auisa, y advierte de cómo acudirán a sus negocios cuerdamente (cf. Ucelay, 1951, 24).

El mismo ambiente y sentido de los consejos se aprecia al leer Los peligros de Madrid (Zaragoza, 1646), de Bautista Remiro de Navarra, rasgos en los que se basa la unidad del libro, constituido por cuadros con narradores distintos.

Si se atiende a los capítulos que sobreviven a las aleccionadoras digresiones, podían añadirse aquellas que continúan la línea de Liñán y Remiro abundando sobre la peligrosidad cortesana: Recetas morales, políticas y precisas para vivir en la Corte (1734), de Gómez Arias, Los engaños de Madrid y trampas de sus moradores (1742), de Francisco Mariano Nipo, Los fantasmas de Madrid y estafermos de la Corte (Salamanca, 1761), de Ignacio de la Erbada. Trátase de una temática que se puede rastrear -- hasta el siglo XIX, por ejemplo, en la colección Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos (1873) y en el libro de Madrid y advertencias de forasteros (1892), de Manuel Ossorio y Bernard. (Cf. Correa, -- 1964, XV-XVIII).

6.- Cf. Sebald, 1975, 151-198

El "costumbrismo" de las Visiones es ingenioso y admirable en su línea, y no cabe -- duda que es el fundamento principal de la --

gran originalidad de la primera obra maestra torresiana; pero forzosamente tiene que considerarse como primitivo respecto del de los últimos Pronósticos y el de la Vida. (p. 155)

... existen pocos escritos dieciochoscos que en su concepto del "cuadro" descriptivo, narrativo y dialogado se acercan más a los del siglo de Mesonero, Estébanez Calderón y Larra, que las "Introducciones" a los Pronósticos de Villaroel. Clifford M. Montgomery, en su libro Early Costumbrist-writers in Spain, 1750-1830 (Filadelfia, -- 1931), fecha el primer cuadro "moderno" en 1750, pero si hubiésemos de tomar en cuenta los textos que siguen [en su antología de -- las pp. 165 ss.], habría que fijar tal fecha algo más temprana. (pp. 163-4).

Dichas "Introducciones" toman la forma de aventuras más o menos autobiográficas, -- presentadas como cuadros costumbristas o -- trozos de novela, que se apoyan en la observación inmediata y descripción detallista de la realidad (material y psicológica), en la narración y en el diálogo. (p. 154)

La antología recoge selecciones rotuladas por Sebold -- como "El mundi novi" (1730), "Delirios astroológicos" -- (1733), "Los pobres del hospicio de Madrid" (1736), -- "La romería a Santiago" (1738), "La Librería del Rey y los corbatones" (1742), "La boda de aldeanos" (1743), -- "El coche de la diligencia" (1744), "Los mayoresales del ganado de la Mesta" (1745), "Los niños de la doctrina" (1746), "Los bobos de Coria" (1750), y "Aventuras en la Abadía del duque de Alba" (1751). Además, incluye otros fragmentos más breves sin título, correspondientes a -- 1728 y 1734.

7.- Cf. Ucelay, 1951, 24-28.

8.- El título completo habla de una temática conocida y trata de evitar la censura: Virtud al uso, y mística a la moda, destierro de la hipocresía, en fase de exportación a ella; embolismo moral, en el que se epactan las afirmativas pro osiciones en negativas, y las negaciones en afirmaciones. El subtítulo apunta el argumento: Asunto y tema de esta obra Don Alexandro Girón instruyendo a su hijo el hermano Carlos del Niño Jesús. La fecha de la dedicatoria es de 1729. Cf. Ucelay (1951, 29 n41), quien atribuye a la obra la importancia que creo que tiene, mientras que Correa.(1954, CXXVII) se limita a mencionarla de pasada.

Una serie de textos precostumbristas de no siempre fácil adscripción salpican la segunda mitad del siglo XVIII sin mayor trascendencia si nos atenemos a la escasa información que hay sobre casi todos ellos. A la espera de una revisión de sus páginas, pueden enumerarse aquí de forma provisional los mencionados por Correa (1954, CXXVII-CXXVIII): El chichisveo impugnado (Sevilla, 1754), del P. Haro de Sanclemente; Fray Gerundio de Campazas (1758-1768), del P. Isla; Colección de diferentes escritos relativos al cortejo... (1764), de José Valázquez de Velasco, Marqués de Valdeflores; Economía de pretendientes; diálogo entre cómico y glotón... (1774), de A. M. de la Torre y Leiba; El sueño filosófico sobre las Vieji-Modistas (Valencia, 1780) del conde de Lumières, D. Luis de Amercecal; Vicios de las tertulias y concurrencias del tiempo, Excesos y perjui-

cios de las conversaciones del día, llamadas por otro nombre Cortejos (1783), del P. Gabriel Quijano; Carta satírica-política sobre los abusos que cometen los que siguen ciegamente las modas, para desengaño de los que viven en la Corte y ciudades Capitales y para consuelo de los aldeanos (1786), de Estéfano Gamfí.

La importancia, en realidad extracostumbrista, de Isla hace pensar en otros autores fundamentales en el siglo XVIII de cuyas obras se pueden espigar algunos ejemplos de precostumbrismo. Así, el ya aludido Torres-Villarbel, Feijoo en su Teatro Crítico (1726-39) y Jovellanos, especialmente en dos de sus Cartas a don Antonio Ponz (1782-94), representativas de la preocupación ilustrada por un conocimiento etnográfico de las costumbres que contribuyese a su reforma: la VIII, sobre las romerías de Asturias y la IX, sobre los waqueiros de alzada. Cf. Caso, 1970, 31-5.

- 9.- Es Ucelay quien menciona a Feijoo. Correa destaca lo que de precedentes de las Cartas marruecas hay en los "pensamientos". El modelo de El Pensador es el británico The Spectator (1711-12), de Addison y Steele, pero a través de su traducción al francés (en 1755) y de una de las múltiples imitaciones europeas, también francesa: Le Spectateur Français (1722-23), de Marivaux. Estudia estas dependencias H. Peterson (1936). Cf. Correa 1964, XVIII y Ucelay, 1951, 33, 49, 52-3.

Este tipo de precostumbrismo, atribuido del periodo inicial de la Ilustración, sienta precedentes para el de diversas revistas, algunas de seguidores desde el título;

así, la pensadora gaditana (1763-4), de Beatriz Cienfuegos o, más alejada en el tiempo y en el espacio, la colonial El pensador mexicano (1812-4), de José Joaquín Fernández de Lizardi; otras, de enemigos de Clavijo en las tesis teatrales, como El escritor sin título, traducido del español al castellano... (1763), del zaragozano Juan Cristóbal Romea y Tapia, Vicente Sertaller y Amor, donde se publica, por ejemplo, la "Carta de un señor que sé yo quién da cuenta del desarreglo de su casa, los despilfarros de su mujer, estepas, visitas, modas y todo el tran que tiene sembrado el abuso". Cf. Correa, 1964 XIX.

10.- Su título completo es: Noche phantástica, y de ético divertimento que demuestra el método de torrear a pie: escrito por D. Eugenio García Baragaña, tanto para instrucción de los que son aficionados a lucir en las fiestas de toros, como para mayor diversión de los que logran verlas. Ucelay (1951, 17) es quien quita importancia a la tesis de Montgomery; Correa (1964, CXXVII) se limita a mencionarlo.

11.- De la misma familia ya habían salido a la luz dos títulos en 1785: El Libro del agrado, Impreso por la virtud en la imprenta del gusto, a la moda y al aire del presente siglo. Obra para toda clase de personas, particularmente para los señoritos de ambos sexos, Patimetras y Patimetras y El libro de la moda. Traducido del francés al castellano, este, con la particularidad de ir impreso en letra verde. Cf. Correa (1964, XXII), que aún menciona una réplica del libro de Zamácola y dos rela--

cionados con él.

- 12.- Es M. E. Porter (1940) el defensor de la tesis a favor de Tapia. Este publicará, en verso, otras descripciones como "La posada" (La Minerva, Julio 1818), recordada -- por Montgomery (1931, 73). La misma Ucelay (1951, 20 -- n26, 35), aun negándole tal importancia al folleto, lo cita como jalón secundario, Correa (1964, XXII) lo cita sin ponderarlo.
- 13.- Aunque de menor interés, son también de Miñano las Cartas de Don Justo Balanza (c. 1820) y quizá las "Cartas del madrileño" (1820-21), publicadas en El Censor. Cf.: Ucelay (1951, 36, n56) y especialmente Correa (1964, -- XXV n2 y CXXII), quien considera mucho más significativo su "Cuadro comparativo entre la España de hace sesenta años y la actual", publicado en la Revista enciclopédica de la civilización europea (París, marzo de 1843), y anota varias réplicas de Manuel J. Zenteno a los Lamentos.
- 14.- El título entero del folleto es: Mis ratos perdidos o ligero bosquejo de Madrid en 1820 y 1821. Obra escrita en español y traducida al castellano por su autor, Madrid, Imprenta de Don Eusebio Álvarez, 1822. Cf. Fouleché-Delbosc (1920). Los títulos de los doce cuadros que contiene son: "Una tertulia", "Sociedades patrióticas", "Navidades", "Un bayle", "Teatro", "Puerta del Sol", -- "Tribunales", "San Isidro", "Oficinas y secretarías", -- "El Prado", "Academias y ferias" y "Mi profesión de fe".

Montgomery (1931, 8, 66 ss.) menciona como material destacable —para él se trata de costumbrismo—, entre unos sesenta trabajos que van de 1750 a 1830, seis panfletos satíricos incluidos en la colección Pajarera literaria (1813-14) publicada por el Dr. Manuel Casal y Aguado (1751-1837), bajo el anagrama de Lucas Alemán.

Cronológicamente, aún hay folletos que mencionar entre el de Mesonero y la llegada del costumbrismo, como la breve composición de 1828 titulada Una tarde de paseo por el Paseo del Prado que firma el criptónimo J. A.X. y F. cf. Correa 1964, XXIV. La lista podría engrasarse tamizando lo acarreado por Ferreras (1973, 133-168).

- 15.- Cf. García-Pandavenes (1972, 33, 49 y n71; 57, 59) menciona como costumbristas los "discursos" LXXIII, CLXII y CLXIII; Correa selecciona en su antología el XXI y el XXIX y Montgomery (1931, 36-41) estudia los números XIV, XXIV, XXIX y CXXI. (los subrayados son "discursos" recogidos por García-Pandavenes).
- 16.- Cf. F. Montesinos, 1972a, 108-9; Herrero 1978, 345.
- 17.- La importancia del artículo de La Minerva o el Revisor General —segunda época de La Minerva (1805-1808)— aparecido en julio de 1817, y de algunos de El Censor, (V, 137; VI, 27, 184; VIII, 208 y XV, 204) ha sido señalada por Le Gentil (1909b). Cf. Ucelay, 1951, 20 n26, 35 n55, 17 nn14 y 15.

- 18.- Cf. Escobar, 1977, 29-42 y lo comentado, supra, en el epígrafe 1.1.3. Para la identidad de El Observador, Cf. Escobar 1970, 559-73. "Costumbres de Madrid" podría ser emparentable con el artículo de Ramón López Soler (1806-1835) "Perjuicios que acarrea el olvido de las costumbres nacionales", al menos, atendiendo al posible carácter de poética del costumbrismo que presenta, según Ermanno-Caldera en Primi Manifesti del Romanticismo spagnolo, -- Instituto di Letteratura Spagnola e Hispano-Americana -- dell'Università di Pisa, 1962, La referencia de este estudio, que no he podido consultar, en Alborg, 1980, 91-2.
- 19.- F. Courtney Tarr (1928-9) considera comenzado el costumbrismo con este artículo de Larra. José Somoza, que escribe interesantes artículos en torno a 1829, no gozaría de un puesto relevante en el nacimiento del género al haberlos publicado a partir de 1837 en el Semanario Pintoresco Español. Merecen destacarse entre sus trabajos, muy a menudo de evocación, "Usos, trajes y modelos del siglo pasado", "El pintor Goya y Lord Wellington", "Una anécdota de Pedro Romero" y "El tío Tomás".

A la lista ofrecida podrían añadirse otras publicaciones de menor interés para la historia del costumbrismo como el Diario de Madrid (1788), El Semanario de Salamanca (1794-5) y El regañón general o Tribunal católico de literatura, educación y costumbres (1817-18). Cf. -- Ucelay, 1951, 18 n18 y Correa, 1964, XXIX.

20.- El caso de las producciones calificadas como costumbristas que ofrecen los emigrados, aunque deban ser tenidas en cuenta (para Lloréns, 1980, 180, la importancia de los emigrados españoles en Inglaterra entre 1823 y 1834 radica no sólo en que cultivan la novela histórica sino también el costumbrismo), quedan fuera de los parámetros aquí usados para trazar la historia del género. Aunque no falten otras razones (por ejemplo, el marco ahistórico en que son presentadas por Lloréns y el vínculo con la novela que les atribuye), la fundamental para esta exclusión es la desconexión con lo realizado en España, donde por aquellas fechas pasaba la representación fernandina.

En este contexto, sólo tiene un interés erudito -- para la puntillosa polémica de la prioridad cronológica -- recordar tres artículos de José Joaquín de Mora escritos en inglés que, bajo el título de Spanish Manners, aparecieron en The European Review entre 1824 y 1826 y junto a otros anónimos. (cf. Lloréns, 1968, 358-61, 228-247). Para los rasgos costumbristas apreciados en Blanco White, Llanos y Trueba, cf. Lloréns, 1980, 166-181).

Una cuestión similar por la exclusión a que obliga, aunque tenga su interés colateral, es el de la literatura de viajes, los falsos epistolarios, los grabados y, en general, el conjunto de elementos que, desde el siglo XVIII, sobre todo, preparan y configuran un tipo de sensibilidad y mentalidad en los lectores de artículos de costumbres. Se trate de una relación equiparable a la que Montesinos establece entre el costumbrismo y la

novela en virtud de la creación de las condiciones de receptibilidad en el consumidor observable en el cambio de gustos (cf. F. Montesinos, 1972b, 12; Ucelay --- 1951, 81, 93-6, 116, 127, 130-3; como fuentes más específicas, cf. Hoffmann, 1961 y Fernández, 1973). A la larga, parecido caso plantearía el del teatro en relación con el precostumbrismo. Así, la obra de Ramón de la Cruz, autor sistemáticamente citado en estos casos.

2.2. EL COSTUMBRISMO

2.2.1. El costumbrismo "pintado" por sus fundadores.

El costumbrismo como objeto de estudio comienza con -- los propios costumbristas, que establecen su manifiesto -- implícito al reconocerse como tales, distinguir matices entre sí, fijar su producción y asignarle una preceptiva y -- unos objetivos. La atención prestada a los aspectos teóricos del costumbrismo por sus tres creadores es desigual en frecuencia e importancia. Estébanez sólo alude de pasada -- a algunas cuestiones, tan escasas y distanciadas, que ni -- pueden considerarse como cuerpo de doctrina. Mesonero es -- el más dado a definir su costumbrismo, justificarlo y hacerlo pasar modélico. Dentro de los artículos, en las introducciones a los volúmenes en que los recoge y en las notas que les añade en las sucesivas ediciones, vierte las mismas ideas con insistencia, aunque sin la intención de eliminar posibles segundas lecturas. Las ideas de Larra sobre el género -- también son abundantes pero, sobre todo, nítidas y, al parecer, exentas de los intereses personales que muy delicadamen

te advierte en Mesonero. El contacto entre ellos se da en -- los dos artículos que Larra dedica a comentar el Panorama - Madricense, de Mesonero (19 y 20 de junio de 1836), y se completa con "Las costumbres de Madrid" (abril de 1832), y la nota en la que Mesonero comenta su propio artículo en 1851. Estos textos amplios, junto con múltiples pasajes breves, -- configuran una poética del género a través de los silencios -- de Estébanez, las falacias de Mesonero y las sutilezas de -- Larra.

2.2.1.1. Un género nuevo.

Mesonero, el más contundente al respecto si nos atenemos a la letra, califica el costumbrismo de "absolutamente -- nuevo en nuestro país" (I, 39n) y si trae a colación posibles -- antecedentes nacionales es más para cumplir con la -- exigencia erudita y, sobre todo, para mostrar sin lugar a dudas que sólo se pueden establecer comparaciones entre los -- escritores del Siglo de Oro y los costumbristas del XIX en lo referente a caracteres estilísticos. Tal o cual confesión solapada de contactos con precostumbristas no invalida las palabras de Mesonero como escritor con conciencia histórica. Y ésta queda reforzada al entroncar su propia producción -- tan española, tan madrileña -- con autores extranjeros como Addison y Jouy, a quienes dice imitar ensayando un género perfeccionado en sus ^{respetivos} países y marchando por un "campo -- virgen" (I, 39a). La expresión, casi copiada por Mesonero, había sido lanzada por Larra en su comentario al Panorama:

... este género [...] es enteramente moderno y fue desconocido a la antigüedad (II, 238a)

La novedad consiste para Fíguro en que, si toda la literature que busca la reforma de la sociedad puede vincularse con la sátira, la crítica y la moralidad, el costumbrismo presenta como rasgos diferenciadores un mundo alumbrado por las revoluciones modernas, radicalmente distinto a los anteriores, que tiene que describir y el vehículo en que se difunde la descripción, -la prensa periódica, hija de la técnica del momento. La conformación de las naciones modernas y de las clases sociales supone, además de un nuevo tipo de relación entre los individuos, la aparición de

... escritores filosóficos que no consideran ya al hombre en general como anteriormente se lo habían dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. (II, 239b) (1)

El costumbrismo nace, según Larra, cuando la descripción, testimonio de los mínimos cambios sociales y, por lo tanto, expuesta a ser parcial, a quedar obsoleta, se aúna con la fugaz pero constante y directa capacidad de transmisión de la literatura periodística:

No hubiera, pues, llegado nunca el género a entronizarse sino ayudado de gran movimiento literario que la perfección de las artes traía consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad, ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicación. Los periódicos fueron, pues, los que dieron la mano a los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres... (II, 239b) (2)

A juzgar por lo que dicen nuestros primeros costumbristas, sus modelos responden a una sola tradición, la francesa, que, a su vez, procede de Inglaterra. Aunque alguno de los componentes del costumbrismo extranjero pueda deberse a la transformación de elementos de las narraciones picarescas, satíricas y alegóricas del Siglo de Oro, el vínculo directo entre éstas y el costumbrismo español sólo se puede establecer forzada e interesadamente. En Estébanez, predomina la voluntad de acercar sus escritos a los de nuestros clásicos sobre el intento de hacerlos pasar por evolución de aquellos. En "Balcones viejos y nuevos de la Plaza Mayor" se ve así mismo como costumbrista que sigue materialmente los pasos de Vélez de Gueñara y Salas Barbadillo por Madrid. Pese a este arropamiento y a sus frecuentes proclamas de casticismo, el Solitario no parece preocuparle la cuestión de los modelos, como tampoco el de la evolución del género. Si habla, por ejemplo, de Los españoles pintados por sí mismos, es más para situar en un contexto inmediato el tipo de "la literata" que para emitir un juicio sobre la trascendencia de esa obra colectiva (cf. II, 399b) (3)

Larra siempre habla de Addison, Mercier y Jouy como modelos del costumbrismo español (cf. II, 239b). Frente al torreador Mesonero, Larra declara abiertamente no sólo el mérito de Jouy sino el uso que hace de sus escritos, como cuando se niega a ocultar un plagio:

... Nada creo poder hacer mejor que dar por hoy a mis lectores un extracto de Jouy. En primer lugar, ¿por qué no ha de robar Figaro -

alguna vez? En segundo, ¿qué lector podrá reconocerlo si le da en vez de un artículo suyo otro de Jouy? El trueque no es dudoso: yo, por mi parte, no vacilaría. (I, 298a).

En "La Revista de 1834", Larra, además de seguir el plan del francés, le hace funcionar como personaje de ficción, lo que es una nueva muestra de aceptación. (4)

Mesonero, que en 1832 confiesa partir, entre otros, de Addison y Jouy y subraya "siguiendo de lejos" sus modelos y "adorando sus huellas" (I, 39a), no tiene inconveniente en desdecirse en 1851:

Sin embargo, el autor no puede menos de reconocer que, si algún aprecio ha merecido en sus festivos escritos lo debe, indudablemente, a su estudio de aquellos grandes modelos [Fernando de Rojas, Cervantes, Quevedo y Vélez de Guevara], y que siguiéndoles encantado por la magia de su estilo y por la filosofía de su pensamiento, se olvidó muy pronto de Addison (sic), Jouy y demás extranjeros... (I, 40b)

Pertrechado tras su éxito, Mesonero habla "a toro pasado" y aun reforzará su "patriotismo" con la oportunista mención de Estébanez, apegado a lo español desde sus comienzos, con quien quiere compartir lo que ahora le parece un mérito. Larra había calificado en 1836 a Mesonero de "felicísimo imitador de Jouy" (II, 244a) y ahora, en 1851, una vez muerto, Mesonero no sólo repudia sus modelos franceses sino que, herido en su amor propio porque "algunos críticos un tanto ligeros" le han llamado "el más feliz de los imitadores de Fígaro" (I, 40a), pretende segregarse del redil de los castizos a Larra tildándole de imitador de

Courrier, con más mezquindad que acierto. (cf. I, 40b; V, - 189a) (5)

El detalle, vinculado a lo anterior, de quién inaugura el género en España según las opiniones de sus mismos -- creadores no carece de interés. De nuevo, Mesonero muestra el mayor empeño no sólo en situar a los demás, sino en reservarse el primer lugar. En "Las costumbres de Madrid", -- deja ver que sigue a los extranjeros directamente, sin ningún intermediario español (cf. I, 39a) y en la nota de --- 1851 se presenta como iniciador del género junto con Estébanez, al tiempo que califica a Larra de seguidor inmediato, pero seguidor:

Desgraciadamente solos, o casi solos [Mesonero y Estébanez], en el palenque literario --- (...) consiguieron al fin con sus festivos y -- originales escritos (...) estimular a otros jóvenes también (...) a lanzarse a la palestra en que tantos lauros les esportaban. Entre ellos -- descolgó el malogrado Fíguro (don Mariano J. de Larra) que, animado por ambos y sin sombra alguna de miserables rivalidades, emprendió por --- aquel entonces la publicación de sus preciosas- Cartas de un pobrecito hablador (I, 40a)

La alusión, no aislada, a la inexistencia de rivalidades, en principio sin importancia, sorprende al comprobar la solicitud de Mesonero por combatir cualquier opinión -- que dé la primacía a Larra y, más, la idea de ser su imitador:

Mucho honraría al autor de las Escenas Matritenses semejante comparación, si la verdad -- del hecho no fuese que precedió a aquél en la -- tarea, y, por consecuencia, mal podía imitar -- quien llevaba en el orden del tiempo la delante -- ra. (I, 40a)

En Memorias de un setentón, Mesonero volverá a calificar a Estóbanes de coetáneo y a Larra de seguidor (cf. V, -188-9), mostrando mayor precisión en los datos, pero ningún acortamiento de las distancias con Larra. Sólo las personales parecen más reducidas si se entienden en el mejor sentido posible frases como "siempre me manifestó decidida inclinación" (V, 218b)

A Larra, sin embargo, no le preocupa ostentar el primer puesto cronológico (cf. II, 243a, 244a) y, a pesar de no verse tan claramente como posterior a Mesonero en el tiempo, le cede generosamente el lugar en lo que se refiere a méritos:

Escritores nosotros también de costumbres, ramo de la literatura en que comenzamos a publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que El Curioso parlante, sólo pretendemos haber alcanzado igual grado de perfección (...), nos reconocemos con suficiente amor a la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones, (II, 244b)

La posible existencia de rivalidades (6) aparece transformada en Larra en un sano acicate:

Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento inabie capaz de oscurecer a nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. (II, 244b)

Lo que pudiera parecer una deferencia intencionada — adquiere un sentido distinto al habitual en Mesonero ya — que Larra trasciende la concepción individual de lo literario:

... no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera... (II. 244b)

La cuestión de la prioridad cronológica no parece fundamental para Estébanez —silencioso a este respecto— ni para Larra, aunque sí lo sea para Mesonero, en cuyas palabras, más que ^{la}veracidad, lo importante es comprobar cómo —sirven de base equívoca para la teoría del costumbrismo español. (7)

2.2.1.2. ¿Un género español?

El problema de la recta interpretación de lo español —por parte de los extranjeros— lo plantea Mesonero en "Las costumbres de Madrid":

Los franceses, los ingleses, alemanes y demás extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero o bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, o bien, desentendiéndose del transcurso del tiempo, lo han descrito no como es sino como pudo ser en tiempo de los Felipes... (I, 38a)

Uno de los móviles (8) de la labor costumbrista de Mesonero es, en consecuencia,

... presentar al público español cuadros — que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nación, y más particularmente de Madrid,

que, como corte y centro de ella, es el foco en-
que se reflejan los de las lejanas provincias. -
(I, 39a)

Pero, estrictamente, a Mesonero no le inquieta demasia-
do la deformación extranjera de la imagen de España. Lo que
sí parece preocuparle es la delimitación del terreno sobre-
el que va a operar y de ahí el intento de desautorizar toda
descripción no española sobre nuestro país y, especialmente,
sobre Madrid. (9) Así, la eliminación de competidores es --
presentada como fruto de su españolismo y, en consecuencia,
su visión personal de las costumbres, como realidad objeti-
va. La reivindicación de la imagen de España no se lleva a-
cabo solo por procedimientos discursivos, quizá por creer --
obvia su necesidad, sino que, además, se literaturiza: Mes-
onero, con su innominado extranjero en "Las costumbres de --
Madrid", al igual que Larra con M. Black, la convierte en --
artículo de costumbres. Además, la ausencia de perspectiva --
que implica la galofobia lleva a Mesonero a coincidir con --
los extranjeros en lo que más les critica: el aislamiento --
de rasgos que se convierten en tópicos (cf. "El sombrero y --
la mantilla")

Estébanz acentúa la selección de las costumbres que des-
cribe prescindiendo de las que muestran nivelación parcial o
total con las extranjeras. Estébanz evita lo que es un es-
pectáculo difícil de asimilar en Mesonero o una realidad que
para Larra exige orientación política. (10)

El Solitario procede con Andalucía como Mesonero con --
Madrid, pero va más lejos: se atiene a las "partes en donde
vive y reina España, sin mezcla ni entrecruzamiento de here-
jía alguna extranjera" (I, 136a), recurre a un léxico y una --

sintaxis españolistas, diseña sus artículos sin indicaciones explícitas sobre los condicionamientos de la prensa y a modo de cuentecillos sustentados en la ficción y no en la apelación al lector e, incluso, cuando se refiera a éste, intenta hacerle coincidir con los tipos que describe:

... me veo con auditorio de charpa y cuatro dedos de enjundia de españolismo en sus inclinaciones y gustos... (I, 135b)

Además de prescindir de todos estos procedimientos que puedan recordar el modelo costumbrista extranjero, llega a mechar entre los epígrafes mayoritariamente españoles de que se sirve algunos que buscan reduplicar el andalucismo de sus Escenas (cf. "El Fariz" y "Catur y Alicak"). El mismo Estébanez establece de esta manera sus vínculos con el objeto descrito:

... tengo ciega pasión por todo cuanto huele a España... (I, 140a),

frase donde quizá quepa apreciar la falacia, habitual en Mesonero, de presentar la parte por el todo en cuanto a extensión y perspectiva, pero que especialmente puede resumir la poco clara justificación del costumbrismo español como género que se opone a las descripciones hechas fuera del país.

Que la réplica no es fundamental como móvil se comprueba en "El asombro de los andaluces, o Manolito Gázquez, el-Sevillano", artículo —al igual que "El sombrero y la mantilla", de Mesonero— donde confluyen los tópicos extranjeros y españoles. Como mucho, se produce un intento de racionalización del lugar común que, lejos de eliminarlo reclama el —

derecho exclusivo español a su descripción. Donde sí aparecería el patriotismo es en la galofobia del protagonista, - pero, entendiéndose, como rasgo popular de la época, no exactamente como tesis literaturizada.

"Toros y ejercicios de la jineta" puede sintetizar el españolismo de Estébanez que prevalece incluso sobre el propio carácter de artículo de costumbres. Comienza recordando su castizo objetivo:

... presentar los rasgos de nuestra fisonomía y los toques de nuestro carácter del modo más español posible... (I, 213b),

y está dedicado a uno de los temas más apropiados del costumbrismo español: los toros. Pero no es la posibilidad de describir la sociedad española a través de un aspecto específico lo que subyuga a Estébanez, sino su rasgo excluyente, "su desuso en las demás partes del universo, su existencia única y peregrina entre nosotros" (I, 213b). La referencia que hace Estébanez a lo que los extranjeros han opinado sobre los toros no tiene que ver con la descripción veraz de la fiesta, sino con la cuestión, todavía actual, de su riesgo y crueldad. Pero incluso la forma en que liquida el asunto es expeditivamente "patriótica":

No es este lugar a propósito para detenerse a defender el espectáculo nacional de las acusaciones e invectivas extranjeras. En este punto son ellas tan apasionadas, tan injustas y tan palpitantes de ojeriza y envidia, cuanto son odiosas y miserables las acusaciones que de otro género nos hacen. (I, 214b)

Hay, en fin, una perfecta adecuación entre el costumbrismo que realiza Estébanez y su persona literaria tal como la presenta en el "frontis en papel" que anuncia Cartas Españolas:

Su gusto literario es tal, que muy pocos libros traspirenaicos hallan gracia ante sus ojos, - mas en trueque siempre está cercado de infolios y legajos empolvados a la española antigua [...] Es celosísimo del habla castellana y no puede sufrir la mal acompañada de galicismos, ni manchada con suciedades de tal jaez. (II, 241b)

El sentido práctico con que Larra contempla los modelos extranjeros de sociedad le aleja tanto de la xenofobia como de la devoción incondicional. "El casarse pronto y mal" es un ejemplo de las funestas consecuencias de una mimesis superficial. Por ello trata de

... persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno, y no lo malo, - lo que está al alcance de nuestras fuerzas y costumbres, y no lo que es superior todavía. (I, 112b)

Larra se encarga de distinguir entre el desprecio de lo español en los galómanos:

Habrán creído muchos tal vez que un orgullo mal entendido o una pasión inoportuna y dislocada de extranjerismo, han hecho nacer en nosotros una propensión a maldecir de nuestras cosas. (I, 148a)

y la crítica a nuestra sociedad y costumbres nacida de la preocupación patriótica:

... el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido a decir verdades amargas... (I, 149a)

Frente a Estébanez, tan castizo que a veces dificultaba la difusión y lectura de sus artículos (11), Larra presenta aspectos a primera vista similares, como el españolismo que propugna en el uso de citas y epígrafes:

... deseáramos que, más celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua a los ríos extranjeros, teniéndolos caudalosos en nuestra casa[.] Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. (I, 106a)

Pero la crítica se centra en la hipertrofia de elementos secundarios del artículo de costumbres, como si Larra se viera por su correcto funcionamiento para que pueda incidir con precisión en la modificación de la sociedad. La contribución que Larra intenta hacer al progreso de España con sus artículos es notoriamente política. Estébanez parece consagrado a contemplar los usos colectivos andaluces todavía no barridos por los nuevos tiempos o a plantearlos intemporalmente (12). Mesonero pretende catalogar primero y luego prolongar la vida de los aspectos del vivir tradicional al tiempo que conjura la instauración de los nuevos hábitos. La tarea que se imponen los tres conoce resultados muy distintos. Estébanez parece ser el único que logra sus precisos objetivos patrióticos. Larra no consigue adecuar la realidad al deseo. Mesonero, el que más satisfecho se muestra con su obra, no puede ocultar su parcial fracaso tras sus justificaciones ni de cara al lector ni incluso ante un colega como Larra, -

que ridiculiza su patriotismo:

y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio a la literatura; ha hecho también alguno al país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinión pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento que se han visto realizadas. En este caso se hallan el monumento y la leyenda dedicados a Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del Ingenioso Hidalgo es evidentemente deudor al autor del Manual y del Panorama (II, 244)

2.2.1.3. Un género difícil.

La idea de dificultad preside la mayor parte de los textos donde los creadores del costumbrismo esbozan una definición del género o hablan de sus objetivos. Según Larra, el artículo ideal que eluda las críticas del lector no debe ser

... ni (...) serio ni jocoso, ni general ni personal, ni largo ni corto, ni profundo ni superficial ni alusivo ni indeterminado, ni sabio ni ignorante, ni culto ni trivial; una quimera, - en fin... (I, 265a)

Larra adopta aquí un tono desenfadado, pero quizá no exagera mucho. Mesonero, en un pasaje significativamente questo, presenta una fórmula en apariencia fácil. Tres son los ingredientes principales de sus artículos, ya coronados por el éxito:

la moral en el fondo, la amenidad en la forma y la corrección en el estilo. (II, 12b).

Las palabras de Larra, preocupado por la comunicación con el lector, pueden simbolizar la concepción del género - como proceso que se configura según se gesta. Mesonero, - que en realidad está pensando en la clave de la gloria literaria, da pie a presentar el costumbrismo como problema-resuelto a partir de sus propios planteamientos. La nota diferencial que introduce Estébanez es, evidentemente, el casticismo (cf. II, 463b; I, 213a). En "Las costumbres de Madrid", Mesonero se atribuye como costumbrista la función de "atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive" (I, 37a). Su objetivo es ambicioso, al menos en material abarcable:

... todas las virtudes, todos los vicios - y todos los ridículos que forman en el día nuestra sociedad. (I, 39b)

Para Mesonero, la carga del costumbrista es tan grave - y delicada que su labor acabará en fracaso (y no en éxito - como se atribuye a sí mismo):

Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne a estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena y, sobre todo, un estudio continuo del mundo y del país en que vive... (I, 37a)

Larra pretende prácticamente lo mismo. La intención, - desde que publica El pobrecito hablador, es "la sátira de -

los vicios, de la ridiculeces y de las cosas", y su programa:

Reirnos de las ridiculeces: esta es nuestra divisa; ser leídos: esta es nuestro objetivo; -- decir la verdad: este nuestro medio. (I, 71)

Y si ha de tenerse por modelico el tipo de costumbrista tal como lo define Larra, sería

meliguo un tanto y siempre independiente, -- mas sin nunca entrometerse en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no a los hombres, procurando hermanar con mi poco o mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos a los otros... (II, 129)

El periodista literario que quiere dar cuenta de las costumbres de la sociedad necesita lo que Larra define brevemente como "la gracia del estilo" (II, 239b) para superar la dificultad que por todas partes le acecha. Si la tarea del periodista no es nada sencilla, según explica en "El -- hombre pone y Dios dispone...", la del satírico --muy próximo al costumbrismo en Larra y a veces simple sinónimo en -- sus escritos-- aún es más ardua a la vista de los requisitos mencionados en "De la sátira y de los satíricos". Allí reclama perspicacia y penetración, profundidad por carácter y por estudio, independencia e imparcialidad, arte de decir, -- comprensión perfecta del siglo a que pertenece y moralidad o amor al bien, entre otras cualidades que se modulan según la naturaleza o educación y cuya función varía de acuerdo -- con el momento histórico (cf. II, 161-5). Con todo, al costumbrista le exige dotes específicas que sistematiza en el comentario del Panorama Metritense. Para cultivar el cos--

tumbrismo, se precisa resolver la tensión entre la sátira y el periodismo, es decir,

... hermanar la más profunda y filosófica — observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia. (II, 242a)

Para conocer lo que pretende describir, el escritor debe frecuentar todas las clases sociales y, como rasgo definidor de la nueva sociedad,

... distinguir los sentimientos naturales — en el hombre comunes a todas ellas, y dónde empieza la línea que la educación establece entre — unas y otros... (II, 242a)

y, más exactamente, "ha de haber comprendido el espíritu de esta época", cuya característica es la nivelación operada por la educación, que para Larra es condición adquirida, — opuesta a la que da el nacimiento. Es preciso que posea "un instinto de observación certero" (II, 242a), pero aplicado correctamente para evitar el deslumbramiento de lo extravagante y novedoso que convierte en efímera descripción y para captar lo fundamental de las costumbres, so pena de desvirtuarlas por falta de perspectiva integradora (cf. II, 240a). A ello debe añadir "suma delicadeza" para no caer en la indiscreción y mesura al aplicar la crítica, pues "ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico" (II, 242b). — Con todo, "la principal dificultad" que debe superar el escritor de costumbres para que sus artículos sean eficaces — es

... la precisión en que se dice las cosas — claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. (II, 242b)

En realidad, el conjunto de requisitos exigidos al que describe los usos colectivos convierten la "dificultad" del costumbrismo en el rasgo característico de su poética. En consecuencia, esta puede parecer menos precisa en lo referente a los límites genéricos y a las técnicas, nada extraño si se establece el tiempo que se aplica. Pero la realidad es que no faltan pasajes teóricos sobre el tema. (13)

La relativa libertad de prensa que posibilita el nacimiento y desarrollo del costumbrismo ya no justifica que — sus cultivadores recurran a procedimientos literarios utilizados para fines quizá parecidos pero en contextos totalmente distintos:

...dejando de haber verdad que decir y — riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula, y la alegoría entera viéndose al suelo como un resorte usado perteneciente a una mecánica antigua y sin uso ni aplicación posible en la nueva máquina. (II, 243a)

Larra es diáfano: los tiempos exigen el costumbrismo como género específico y, por lo tanto, servirse del alegorismo — más propio de un contexto absolutista asfixiante — y de lo novelesco, como Fenimore Cooper en The Monikins, es un error (cf. II, 243a)

El costumbrismo puede mantener contactos con las técnicas dramáticas tal como Larra los aprecia en algunos artículos de Mesonero,

... donde el enredo cónico puede competir -- con la gran trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo... (II, 244_a),

pero en la alusión no hay que ver una exigencia de mayor o menor dramatización, sino una muestra de los matices que posee el Panorama Matritense.

También puede haber conexiones con las ciencias históricas, como indica Mesonero en "El observatorio de la Puerta del Sol", pero con una profundidad e interés distintos:

El bosquejo fiel, aunque incorrecto de éstas [las costumbres], y no su historia es lo que me propongo delinear. (II, 11a);

y, además, la denominación "cronista de las costumbres contemporáneas" (II, 185b) habla sobre todo de la falta de perspectiva temporal y no de vínculos con el historiador.

En "Las costumbres de Madrid", Mesonero indica como característica buscada en sus artículos "el interés de una narración sencilla" (I, 39b), pero no opuesta a una estructura más compleja como la de la novela, por ejemplo, sino a "la ostentación de una pedantesca ciencia". La sencillez es tanto un detalle estilístico que Larra alaba en Mesonero como una cualidad técnica y genérica. Entre las escasas veces que Estébanez habla de los rasgos del costumbrismo, hay un pasaje en el "Frontis en papel" que anuncia Las Cartas Españolas, donde es evidente que no pueda aludir a obras técnicamente más complejas que el artículo:

Bien podrás deducir, por lo dicho, que vas a leer, no tomos infolio, no abstracciones recónditas, sino que debes esperar solo rasgos fugitivos de ~

pluma, discursos volantes, bosquejos de costum--
bres... (II, 463b)

Si a Larra le parece encomiable la obra costumbrista de Mesonero, los rasgos que pondere positivamente podrán tenerse en cuenta como definidores del género. Entre ellos, destaca sus "pequeñas tramas dramáticas" y sus "cortas invenciones verosímiles" (Cf. II, 243b), como recursos técnicos para la cabal descripción de las costumbres. No puede pensarse, pues, que Larra o Mesonero creyesen que el género era imperfecto técnicamente o estuviese necesitado de más elementos propios de otras modalidades literarias. Sólo en una ocasión, Mesonero habla de proyecto, pero no realización, de una técnica costumbrista distinta a la desarrollada por él hasta entonces. En el "Adiós al lector" (1862) con que prologa Tipos y caracteres, expone el plan fallido de un conjunto de artículos concebidos unitariamente, editables como volumen coherente y presididos por dos ideas básicas: trascender el localismo madrileño e incorporar las costumbres, ya muy transformadas entonces. La novedad del plan y su fracaso correspondiente se deben a que requiere una técnica nueva. Estano se precisa, pero parece apuntar a una evolución del costumbrismo a partir de sus propios rasgos que no distaría mucho de las colecciones de artículos como Los españoles pintados por sí mismos. (14) El único detalle que da Mesonero de lo que había de caracterizar su Tercera serie es que tendría, "si menos espontaneidad e interés dramático, alguna más filosófica intención" (II, 203). En ningún caso se menciona la novela como modelo genérico. La nota de 1851 a "Las costumbres de Madrid" ya dejaba bien cla-

ro que los escritores del Siglo de Oro solo podían tenerse en cuenta en el costumbrismo por su estilo pero, precisamente, por su técnica ya que sus obras eran

... excelentes novelas, libros ingeniosos - en que se despliega una complicada acción... (I, 40b)

El concepto de "imperfección" no aparece en los comentarios de los tres principales costumbristas. En su lugar, la idea de dificultad habla más bien de género que adquiere sus características según se va haciendo. En cualquier caso, los costumbristas siempre remiten a los condicionamientos - (prensa, censura, respeto hacia las personas, ...), nunca a otros géneros como objetivo que imitar o superar. (15)

La terminología pictórica es una de las formas preferidas por los costumbristas para referirse a la dificultad de un género que se mueve entre la sátira y la crónica histórica. En "De la sátira y de los satíricos", Larra esboza lo que podría denominarse "teoría costumbrista de la pintura". Al precisar la diferencia que hay entre la sátira personal y la crítica de la sociedad a través de sus instituciones, representantes y tipos característicos, Figaro del mita el objeto que ha de describir el costumbrista: el comportamiento individual con implicaciones colectivas; por ello, habrá de evitar

... toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general. (II, 165)

El margen para la crítica social es reducido, a juicio de los costumbristas, y las constantes precauciones que toman distinguir "pintura" de "retrato", además de aludir a la censura política, están hablando de dificultad técnica. El término "pintura" refleja claramente la idea de una elaboración poética de la realidad que pretende ser objetiva -- gracias a la representatividad de los tipos y escenas seleccionados, pero que no puede ser simple crónica al estar orientado por la intención reformadora. Cuando Larra expone sus propósitos en El Pobrecito Hablador, advierte:

A nadie se ofenderá, e lo menos a sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por causalidad se pareciesen a alguien, -- en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecersele. (I, 71),

y, en la "Carta de Andrés Niporrzas al Bachiller",

— Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos. (I, 130n).

sirviéndose de la fórmula más repetida por él y por Mesonero, que ya la usa en 1822 (cf. I, 4b). La posibilidad de -- que lo descrito pueda ser identificado preocupa constantemente. Larra se refiere a lo verosímil de las anécdotas en "Vuelva usted mañana" (cf. I, 137 n6) y a las alusiones -- personales en "La polémica literaria". Para Estébanoz, tan encerrado en su mundo colorista, no existe el problema -- (46), pero Mesonero, obsesionado con las implicaciones políticas de sus escritos, no duda en romper el encanto de un artículo para advertir al lector de sus inocentes intencio-

nes. Y es más: orgulloso de su habilidad para sortear peligros, se jactará de que algún personaje determinado haya creído, erróneamente, verse retratado (cf. I, 44n, 69n). Lo que es preocupación por la efectividad de la crítica en Larra se transforma en alabanza propia en Mesonero. Si el costumbrista trata de pintar, con lograrlo no conjura los problemas. Dentro de lo pictórico los colores pueden ser de muy variada intensidad y, como prevención hacia la política, Mesonero escoge la gama más débil y menos contrastada (cf. II, 185b), acomodándose a sagrado, aunque para Larra sea un sinsentido ya que al hacer costumbrismo no pueden excluirse clases sociales ni problemas políticos:

Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo o de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir a buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro y oscuro, sin los cuales no habría cuadro. (II, 83a)

Es significativo que en el intencionado comentario del Panorama, Larra formule su crítica más directa contra Mesonero en términos pictóricos, y, sobre todo, que al hablar de "cierta tinta pálida" que le caracteriza, sintetice: "retrata más que pinta" (II, 244a). Quizá por eso, en una no muy noble referencia a Larra, ya muerto, Mesonero incluye el fático "retratar":

El intento constante del ingenioso y discreto Fíguro fue (con cortas excepciones) la sátira política, la censura o retrato apasionado de los

hombres de la época... (I, 40a)

Mesonero procede, como es habitual, calificando de -- más modesto su objetivo:

... pintar con risueños, si bien pálidos-
colores, la sociedad privada, tranquila y bo-
nancible, los ridículos comunes, el bosquejo,-
en fin, del hombre en general, (I, 40a)

La descalificación del Larra costumbrista que pretende realizar se basa en hacer pasar el propio arte como el más-
adecuado para describir esa "sociedad normal" que haee selec-
cionado previamente. (17) De esta forma, Mesonero fija pa-
ra los coetáneos y para la posteridad la idea de que cual-
quier alusión explícita a la política es ajena al costum-
brismo.

2.2.1.4. ¿Un género apolítico?

Estébanez, que cuenta con varios artículos políticos -
fácilmente separables de los costumbristas, es calificado -
por Mesonero como "filosófico", "erudito" y "castizo" (I, -
40a). A Larra, que los escribe en mayor número y muchos sin
posible adscripción radical a la crítica de la actualidad po-
lítica o a la de los usos sociales, le reconoce "la merecida
palma de la sátira política" (I, 40b). La diferencia en el-
trato no se debe a razones de cantidad, evidentemente, sino
a la distinta forma en que Mesonero y Larra resuelven la di-
ficultad que presenta el objeto de sus escritos y que afec-

ta a la concepción de éste: las costumbres que cambian a causa de los acontecimientos políticos o las costumbres que hay que cambiar mediante la acción política, respectivamente.

El propósito de Mesonero por declararse al margen de la política parece comenzar a ser manifiesto en diciembre de 1832 con "La Política manía", que, en 1851 comenta aludiendo a la "época de agitación febril y de bruscas transiciones en las costumbres" (I, 138n) que siguió a la muerte de Fernando VII. A partir de entonces, rehúye toda alusión a los sucesos políticos e incluso a publicar sus artículos en la prensa de carácter político:

Este sistema ha seguido el autor con tan rara constancia que no ha querido jamás pertenecer a ninguna redacción política... (I, 138-9)

El propósito es recordado en numerosas ocasiones (cf. II, 12a, 20, ...) presentando siempre su postura como deseable:

¡Oh qué fortuna!; no ser político, ni revolucionario ni retrógrado... (II, 10a),

o incluso como objetivamente necesaria:

... esto de la política no es, o al menos no debería ser para todas las cabezas... (I, 13b)

Pero, entre protestas y justificaciones, Mesonero va transigiendo sobena de no tener nada "apolítico" que describir, hasta que la transformación de la sociedad es tal-

que se ve ajeno a ella y opta por guardar silencio como -- costumbrista. En la nota de 1851 a "Mi calle" (enero de --- 1837) presenta este artículo como "verdadera introducción -- a esta segunda serie de las Escenas" y expone el cambio de actitud:

En medio de la constante preocupación del -- autor en huir absolutamente de todo roce con las circunstancias políticas de la época, déjase conocer que reflejadas éstas en nuestras costumbres, le era absolutamente imposible prescindir de dar a conocer las nuevas necesidades, las diversas -- tendencias que diariamente se desarrollaban en -- las ideas, en los usos, en los modales y hasta -- en el lenguaje vulgar. (II, 24a)

La descripción de una realidad transformada implica -- cambios técnicos que se advierten en una serie de artículos -- "que, por su argumento, por su forma y hasta por su estilo, reflejan ya la nueva sociedad" (II, 24b). Aunque en la nota a "El Cesante" (agosto^{da} 1837) repite idénticos planteamientos y excusas, un año después da un paso más en su "desvío" -- hacia la política al publicar "Las sillas del Prado" en -- la Revista de Madrid, entonces dirigida por Juan Donoso Cortés. El artículo, "tiene, decididamente, el sabor político -- que convanza a quella publicación" (II, 127n), más que por la claudicación no admitida que supone, importa porque sí -- tuvo éxito al ser leído, como casi todos, en el Liceo, mereció tantos elogios "en el campo político militante" al ser -- editado, que Mesonero estuvo a punto de "titubear y acaso -- abandonar el pacífico de las costumbres privadas" (II, 128). Inevitablemente, con "Una junta de cofradía" (marzo de --- 1839) realiza "una segunda excursión o ligero escarceo ---

(...) en el campo de la política" (II, 161n) buscando el -- aplauso o ante la imposibilidad de escribir de otra forma, -- por más que, también inevitablemente, trate de convencer de lo contrario:

El autor protesta de antemano contra toda -- maligna aplicación y repite aquí lo que en varias ocasiones ha dicho en los ocho años que hace que escribe de costumbres: que no es política su misión sobre la tierra. (II, 161n)

Más adelante, en 1862, en el "Adiós al lector" que precede a Tipos y Caracteres, Mesonero confiesa la imposibilidad de utilizar su arte costumbrista para realizar una tercera serie de artículos en los que deje de escribir como El curioso madrileño e incorpore una nueva época en la que "la sociedad se le escapa de la vista; el modelo se le deshace entre las manos" (II, 202b). El plan hubiese supuesto transformar la técnica del costumbrismo y, probablemente, su -- abandono. En cualquiera de los dos casos, "el pintor no alcanzaba nuevas combinaciones en su paleta" (II, 202a) y Mesonero entona el canto del cisne:

El asendereado pintor, al fin, se confiesa -- vencido; el desmayado observador siente ofuscados su vigor y su imaginación, y en tal caso cumple a la conciencia del artista dejar caer el -- añejo y clásico pincel... (II, 202a)

Sin embargo, este intento fallido que supone el final -- del Mesonero costumbrista no es achacado por éste a su inhabilidad y ni siquiera a la pérdida de la juventud, según -- insinúa, sino a que

... habiéndose de rozar ya directamente y - dar la cara a una sociedad esencialmente política, no pudo jamás resolverse a ello y prefirió - callar a desnudar a su pluma de la tranquila, ri - suena e impolítica especialidad que supo tenaz - mente conservar. (II, 204)

Como en otras ocasiones, la veracidad de la capitula - ción de Mesonero resulta dudosa y, a pesar de lo que él dice, sus artículos incluyen el elemento político por vía do - ble: además de la connotación insalvable, lo incorporan co - mo mención explícita en las protestas de apoliticismo. Es - ésta una manera como otra cualquiera de literaturización, - sólo que muy hábil ya que presenta la unidad de la composi - ción escindida en dos partes, una de las cuales se pretende hacer pasar como costumbrismo "puro" y prueba de que es posi - ble. (18)

El temapolítico, que lleva a Mesonero a una negación - formal capaz de distraer al lector y a la crítica, en Larra es afirmado textual o implícitamente, según el grado de - poetización que cree más adecuado para la eficacia de sus - artículos. La consecuencia no es una simple disparidad en - el tratamiento literario sino, que supone una resistencia a - la evolución social y técnica en Mesonero y, en Larra, un - reforzamiento de la transformación política. (19).

Larra declara la trascendencia pública de sus escritos en varias ocasiones y especialmente al comentar la "Carta de Andrés Niporesas al Bachiller" (I, 130n) con palabras que - utiliza como epígrafe en la "Conclusión" de El Pobrecito Ha - blador y donde habla de pasar a la acción sino resultan efi - caces;

... la irritabilidad de nuestras costumbres exige que tengamos a la vez en la misma mano la espada y la pluma, para convencer a estocadas al que no puedan convencer razones... (I, 147)

En el campo de la literatura, el objeto no varía: por más que sus artículos suelen calificarse en tres grupos, como de crítica teatral, de costumbres y políticos, Larra los concibe como modalidades, acordes con las circunstancias, que conservan su función única. (20) En "Un reo de muerte", -- muestra de cómo debe operar la literatura y su ejemplificación, Larra comenta la natural transición en sus escritos -- del "llamado teatro sin duda por antonomasia" al "verdadero teatro" o costumbres de la sociedad y, de allí, a "una farsa que le ocupó toda la política" (II, 64). Las razones para esta evolución y predisposición en los procedimientos literarios contrastan abiertamente con las utilizadas por Mesonero cuando Larra se pregunta:

¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado -- acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política, escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? (II, 64b)

y, más aun, el equiparar apoliticismo y reacción:

Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome a una parte y otra, di la cara a dos enemigos: al faccioso -- de fuera, y al justo medio, a la parsimonia de dentro. (II, 64b)

Cuando la censura le impide hablar directamente de acontecimientos políticos, Larra protesta, pero la respeta, y, lejos de callarse, utiliza cualquier resquicio para seguir escribiendo, aunque con miedo. (24) Entonces, la modificación técnica impuesta le lleva a lo explícitamente costumbrista:

Habiendo de parapetarme en las costumbres...
(II, 65a)

Tal cambio no equivale a regresión, dado el sentido que para Larra tienen las costumbres, más próximas a la idea de "sociedad moral" o "estructura social" (22) que a la anécdota superficial y colorista—y dado el interés de su modificación:

¡Éenos aquí refugiándonos en las costumbres; no toda ha de ser siempre política; no todo hace clicos. Por otra parte, no son las costumbres — el último ni el menos importante objeto de las reformas. (II, 25a)

Este tipo de costumbrismo sólo se distingue de los artículos políticos en que el tema sobre el que versa es presentado como un problema institucional, para cuya solución se apela a referencias como el sentido común, la verdad, el humanitarismo o, incluso, la justicia, en vez de mencionar expresamente el ministerio responsable, por ejemplo. El objetivo, que en el artículo político es inmediato, en el de costumbres se sitúa a largo plazo y para su consecución se incide en las causas difusas y profundas, seleccionando los aspectos de la sociedad que mejor se prestan a ser convertidos en espejo de toda la realidad y fuerzan a la colectivi-

dad a tomar conciencia del atropello o estovismo que, sin censura, hubiera denunciado el autor. En Larra hay dos razones fundamentales para proceder de esta forma. Una trata del discutible alcance de la acción política individual:

Yo nunca alteraré el orden probablemente, - porque nunca tendré la locura de creerme por mí sólo más fuerte que él... (II, 65a) (23)

y otra, de la necesidad de modificar la inercia colectiva:

Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal o cual manera porque de tal o cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero ésta es la dificultad que hay para hacer reformas. He aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres; he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan; he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes a un pueblo esclavo por sus costumbres, (II, 65b)

Que el cambio de las costumbres a que aspira Larra es en sentido progresivo y radical, queda claro en "Conventos españoles":

En política no hay fusión, no hay retroceso, no hay medio posible. Uno u otro. Todo o nada. - Los principios nuevos no pueden prosperar sino a costa de los viejos (II, 117b)

El artículo "Literatura" supone una exposición aun más clara, generalizada y contundente de la relación que Larra establece entre la obra literaria y la sociedad. En principio, la literatura equivale a la expresión y al testimonio de la civilización de un pueblo (cf. II, 130a 132b). Los --

caracteres que debe presentar según Larra, pueden deducirse de los que echa en falta en la del Siglo de Oro: debe ser útil y progresiva y para ello la sociedad debe estar libre de la tiranía religiosa y política (cf. II, 131a). Si bien tales ideas están teñidas del aire dieciochesco (24) que valora especialmente los escritores razonados, Larra lleva -- la necesidad de la puesta al día de la literatura hasta su aspecto léxico (cf. II, 132b-133a).

El momento, liberal y romántico, en que se acomete el -- objetivo de una literatura nacional nueva (25) impide dissociar la libertad moral de la física:

La literatura ha de resentirse de esta prodigioso revolución, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve más que intereses y derechos, es decir verdades. En literatura no puede buscar por consiguiente sino verdades. (II, - 133b)

Las ideas de novedad y verdad que nutren la formulación de literatura que propone Larra son inseparables del concepto de libertad tal como la entiende la burguesía revolucionaria:

Libertad en la literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que me diremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: ¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? -- Pues eres bueno. (II, 134a)

La utilidad que busca Larra le hace exigir una literatura totalizadora, divulgadora y concienciadora,

... Al alcance de la multitud ignorante aún; apostófica y de propaganda; enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no como debe ser, sino como es... (II, 134b)

"Los barateros" es uno de los artículos más políticos y progresistas de Larra y, al mismo tiempo, la descripción que en él hace de los elementos del pueblo bajo encarcelados y condenados a muerte corresponde a un costumbrismo lo más alejado del complaciente y superficial pintoresquismo que se pueda imaginar o leer, a veces, en Mesonero o Estébanez. Aunque con todo, Larra no se limita a ofrecer un testimonio de la injusticia social sino que plantea la necesaria participación de los elementos populares para la transformación completa de la sociedad. Esta habla así al condenado:

Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el elemento popular (...). ¿No ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias a tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriendolo todo? (II, 206h).

Con desvelar el juego social no es suficiente. Para Larra, la única solución viable es la acción que nace de la toma de conciencia, a la que aplica su quehacer literario, porque

... toda la dificultad para llevar adelante la regeneración del país consiste en interesar en ella a las masas populares, lo cual escasamente se puede conseguir sin hacerlos comprender -- antes sus verdaderos intereses... (II, 214a)

No obstante, lo problemático de estos planteamientos es su viabilidad, ya que Larra a duras penas puede trascender su grupo social y lo normal es que las técnicas y temas seleccionados para transformar la sociedad acaben en pura -convención literaria sin que prospere la función teóricamente otorgada a la literatura.

Notas al epígrafe 2.2.1.

1.- De seguir a Kirkpatrick (1977, 163-4, 167-8), este pasaje sobre el paso de una descripción general del hombre a una más concreta se entendería dentro del contexto de la evolución histórica de Larra y la explicación del origen del costumbrismo se limitaría a una alusión genérica a los escritores satírico-filosóficos —los ilustrados, frente a los románticos (Cf. Truesblood, 1961, 226-8)—. Sin embargo, Escobar (1973, 267-8), al precisar que la limitación del sentido de moeurs ya apareca en Jouy, menciona un pasaje de éste que pudiera haber sido tenido en cuenta por Larra. La reducción de la descripción general aludida tendría, pues, un sentido más puntual de lo que parece.

2.- La prensa es uno de los rasgos diferenciales del costumbrismo en tanto que medio de difusión, con lo que esto implica de extensión, técnica y tono. Frente a la novela española del Siglo de Oro, por ejemplo, los artículos de costumbres, según Mesonero, han de

reducirse a ligeros bosquejos, cuadros de caballete para encontrar colocación en la parte amena de un periódico. (I, 40b)

El mismo Mesonero vuelve a hablar de la prensa en "La político-manía" (diciembre, 1832) y lo hace para protestar del arrinconamiento a que se ve reducido el costumbrismo por la atención prestada a la política en "el cuarto poder del estado" o sea, la prensa periódica" (II, 291a):

¡Habré de estar siempre sujeto a que mis discursos salten cada paso de la prensa para ceder su lugar a cualquiera disertación - política que impolíticamente venga a tomarme la delantera? (I, 135a)

Para Larra, la prensa, que condiciona la técnica e incluso la existencia del costumbrismo, también implica su principal limitación:

La precipitación con que se escribe en un periódico y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquiere cierta efímera aceptación en el momento de ver la luz, algunos artículos que, - examinados detenidamente a sangre fría algún tiempo después, mal pudieran resistir la crítica más indulgente. (I, 5)

Los inconvenientes de la ausencia de perspectiva - son considerados también en la "Conclusión" a El Pobre-cito Hablador:

... si números enteros han sido dedicados a objetos de poca importancia, no ha sido porque fuese tal nuestra intención, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean... (I, 149b)

Como advierte Larra, el periódico es el medio de comunicación por excelencia de la época; en ciertos aspectos, llega a desplazar al más sólido:

Un libro es, pues, aun periódico lo que un carromato a una diligencia. (I, 446b).

y sus caracteres puedan condicionar la difusión de la literatura:

En todos los países cultos y despreocupados, la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido a clasificarse, a encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos... (I, 446a),

aunque el término "literatura" pueda tener resabios -- dieciochescos.

El periódico, en fin, es un "síntoma de la vida moderna" (I, 447a) y la profesión de periodista, tan importante (cf. II, 261-4) y normal que el mismo Cervantes la hubiese tenido de vivir en el siglo XIX:

... y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido a semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman -- nuestra existencia de ahora, como constituían las de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que las escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico. (II, 132b).

Una de las pocas referencias que Estébanez hace a la prensa es en "El asombro de los andaluces, o Manolito Gázquez, El Sevillano" y, aunque a propósito de su función y forma de lectura semipública, en ella predomina la alusión a las implicaciones políticas de las épocas de censura (cf. I, 156b). En otra ocasión, al anunciar las Cartas Españolas, Estébanez presenta la prensa como el lugar natural de encuentro que sucede a una tertulia

y donde las conversaciones de auditorio limitado se transforman en "rasgos fugitivos de pluma, discursos volantes, bosquejos de costumbres" (II, 463b) de más amplia difusión.

Escobar (1973, 93) destaca el prestigio literario de Larra basado en lo periodístico. Parecidas opiniones se encuentran en diversos autores (cf. Por ejemplo, Magtu, 1908, 51; Torre, 1937, 99; Ullman, 1962, 163). El sentido de la obra de Larra, nacida en torno a la prensa y condicionada por ella, es abordado con más enjundia — por Kirkpatrick (cf. 1977, 207, 9, 35-36, 167-168). La importancia de la prensa para el estudio de determinados aspectos de la literatura del siglo XIX (cf. Romero, — 1976, 97; Zavala, 1972) es imprescindible para aproximarse al costumbrismo según Kirkpatrick (cf. 1978, 29-30), quien lo califica de "nuevo subgénero periodístico" (1977, 213). Ucelay (1951, 15-16, 21, 53), Varela (1967, 87-88) y otros recuerdan tal importancia, pero más sugeridor para nuestros fines es el trabajo de Nicolás González Ruiz que, ya en 1958, vinculaba sin limitaciones el costumbrismo con la prensa, consideraba a aquél literatura y muy digna (cf. González, 1969, 161) y lo definía como género periodístico (cf. 162-163). En este contexto, disuenan las ideas de Montesinos sobre el costumbrismo, ahora a propósito de la influencia del periodismo (cf. F. Montesinos, 1972b, 51-2, 69-70, 76); tales disonancias resultan más que atendibles si se comparan con los juicios de Ferreras (cf. 1970, 352-3; 1973, 135, — 163-4; 1974, 60).

- 3.- Aunque Ucelay (1951, 56) no advierte rastros, según Cánovas (1883, I, 142), Estébanes, en sus conversaciones, confesaba seguir a Jouy y uno de los influjos españoles — más claros que tuvo fue el de Zabaleta (cf. Cánovas, — 1883, I, 145)
- 4.- Entre los precedentes formales de Larra, Oliver (1908, — 58) cita a Jovellanos, Moratín, Galarza, y Hervás (Jorge Pitillas).
- 5.- Mesonero transcribe mal el apellido Courier (así como — el de Addison). Oliver (1908, 63) menciona palabras de Edgar Quinet que aluden al parecido de Larra con Courier. Cánovas (1883, I, 140 ss) también lo apunta, pero como posible influjo. Kirkpatrick (1967, 216 y n12) cita a Escobar para presentar a Courier como uno de los — modelos del costumbrismo satírico de Larra.
- 6.- Incluso al margen de la cuestión de la prioridad cronológica, harto evidente, la presencia de celos, envidia — o como se quiera llamar, es palpable: los críticos que se acercan a los textos la advierten normalmente. Cf. — F. Montesinos, 1972c, 21, 22 y n9, 51, 91; 1968, 16; Saco, 1973, 180 y n31; Lloréns, 1980, 335-6.
- 7.- Con muy buen tino, Kirkpatrick (1978, 28 y n4) propone — considerar el tema de la prioridad cronológica no como — problema sino como síntoma. Seguir tal criterio puede — evitar la caída en el puntillismo erudito. Se configura — ría así la prioridad de Estébanes (seguido de Mesonero — y Larra) más que porque se presente como costumbrista en

la crítica de García del Castañer del 16 de abril de 1830 (cf. II, 425b; Campos, 1955, I, XIII; Lomba, 1932 6-7), por ser el primero en colaborar en Cartas españolas, la revista que a todas luces es el hito inaugural del costumbrismo. La prioridad de Estébanez no es frecuentemente reconocida: González (1969, 162) y Ucelay (1951, 40, 18) serían los casos más destacados. Resulta curioso que, por una u otra razón, la mayoría de los críticos acepten la prioridad de Mesonero tal como éste proponía (cf. Porter, 1940, 145 ss; Correa, -- 1964, XXVI ss; Varela, 1967, 90; Saco, 1973, 261 ss; -- Kirkpatrick, 1978, 28 y n4); más curioso todavía es -- que Montesinos (cf. 1972b, 22) sea de los pocos que proponen a Larra como iniciador del género, pero no -- directamente, sino como resultado de la postergación a que relega a Mesonero, acosado y situado también tras Estébanez.

- 8.- Lloréna (1980, 334), como gran cantidad de críticos, -- cree que el móvil de los costumbristas y, sobre todo, -- el de Mesonero era la refutación de los tópicos extranjeros sobre España. Así, las palabras de Mesonero llegan prácticamente como verídicas hasta las más recientes obras sintetizadoras (cf. Alborg, 1980, 31, 347). -- Tal móvil reúne muchos visos de credibilidad pues Valera, en su crítica de La España literaria, de Boris -- Tannenberg, todavía habla de la mala imagen de España -- que dan los franceses, como en tiempos de Larra:

El concepto vulgar que se forma en Francia de la España del día tiene mucho de grotescamente cargado de color, merced a los atrevidos pinceles de Teófilo Gautier y de Alejandro Dumas. En el cuadro hay más majos y majas, más toreros, cantadoras y bailarinas de fandango que escritores y poetas. (Valleja, 1971, l.122b)

Lo curioso es que en el extranjero se cree aún en este móvil esgrimido por los costumbristas. Fernández Herr lo considera el pensamiento dominante de Mesonero (cf. Fernández, 1973, 330) y hay críticos que lo dan por objetivo y desinteresado; así, Hoffmann (cf. 1961, 135 ss) menciona a Larra, Bretón, Menéndez Pelayo y Julián Juderías entre los que rechazan la imagen de España dada por los franceses, pero no cita el costumbrismo como hito histórico literario en el rechazo programático. La confusión también reina en nuestros pagos pues Correa (cf. 1964, LXXXIV ss), que presenta el capítulo "El escritor costumbrista" como investigación de "las motivaciones fundamentales que impulsan a escribir" al costumbrista, se limita a proponer móviles como la representación de las costumbres y la intención moralista (cf. LXXXVI). Cuando Correa (cf. XXXIIa) sospecha que el móvil del patriotismo no es convincente, sólo se le ocurre convertir en móvil lo que no es sino un modelo: la obra de Jouy y sus seguidores. Más perspicacia muestra Montesinos (cf. 1972b, 46-7) pues, si cree en el móvil vindicatorio de la imagen de España, al menos detecta contradicciones en las palabras de Mesonero que aluden a ello. Saquero (cf. 1963, 29-30) representaría a las

voces originales en este tema ya que interpreta el móvil aparentemente real como una técnica perspectivística para lograr una doble visión de la realidad y, así, lograr el cambio.

- 9.- Como en el caso de sus recelos hacia la política y su incesante adscripción a la "normalidad", Mesonero no sólo hace pasar por españolas las costumbres madrileñas, lo cual no es excepcional, sino que caracteriza su quehacer costumbrista sobre todo al insistir tanto en el tema. El madrileñismo de Mesonero, más que su galofobia, se advierte en "La vuelta de París", donde cede parcialmente a la tentación de hablar de otros países y de dar de ellos

... una idea tan extravagante, por lo menos, como la que hacen formar del nuestro en sus relaciones y curiosos romances. (I, 199b)

Es la mínima concesión exigible a quien hace la descripción de cuanto observa objeto de sus escritos. La mente de Mesonero está fija en Madrid, alude a él desde el comienzo del artículo y lo considera escenario de la acción:

Los habitantes de él pueden, pues, vivir seguros de ver pasar ante su vista como en una linterna mágica todas las notabilidades provinciales. (I, 222a)

En "El patio de Correas", artículo con que prácticamente termina el Panorama Matritense y en "El observatorio de la Puerta del Sol" con que abre la segunda

serie de las Escenas, España —por no decir el mundo— queda reducida a su capital a vueltas de silogismos jocosos, donde lo incontestable y únicamente aceptable — es el amor de Mesonero por Madrid. Una de las escasísimas veces en las que se quiebra esta representatividad de la capital es ^{en} "Costumbres literarias", cuando aclara:

Y aquí llamo la atención de mis lectores no madrileños para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es una librería en nuestra heroica capital. (II, 32a).

Pero la fascinación por Madrid no cesa: "Madrid es para mí un libro inmeable" (II, 87a) dice "Madrid a la luna" o rotula significativamente: "La posada o España en Madrid".

El plan fallido que expone en el "Adiós al lector" de Tipos y caracteres implica, al menos en 1862, cuando lo escribe, lo limitado de su observatorio madrileño, por lo que sintió la necesidad de pintar las costumbres y caracteres contemporáneos

... no precisamente contraídos a la localidad de la capital, sino abarcando la generalidad de la sociedad moderna española. — (II, 202a)

Mesonero presentará como obstáculos su edad y la h capacidad para dar cuenta fiel de las transformaciones sociales, pero esta sinceridad es dudosa a la vista de la complacencia con que se rebautiza como El Curioso-Madrileño, retrotrayéndose al lugar del que nunca qui-

so salir.

10.- Valera (1961, 1.277) sitúa a Estébanez por encima de -- Larra y Mesonero, sobre todo, por su españolismo y casti- cismo, según dice, aunque parte de la alabanza se debe- a que El Solitario, como él, es andaluz y a pesar de -- que Valera crea que el regionalismo es peligroso para -- la unidad de España. Otras afinidades e influencias son recordadas por Montesinos (cf. 1970, 3, 201; 4, 54, 199, 201; 33; 207-9).

11.- La de Valera (cf. 1961, 49-50) es una de las pocas voces que se levantan frente a quienes censuran el lenguaje -- de Estébanez. Montesinos (cf. 1972b, 25-30) se encarga de sopesar las dificultades e incorrecciones que presen- ta la sintaxis y el léxico de El Solitario, cuyo estilo no resulta tan hermético como se suele decir.

12.- Cf. Montesinos (1972b, 32):

Todo el costumbrismo español parece na- cido de una crisis de nacionalidad y, senti- mentalmente la simpatía de los autores se -- vuelve hacia el pasado, pero el presente los arrolla. No así a "El Solitario". La mayoría de las cosas y personas que pasan por las Es- cenas están como fuera del tiempo, y a esto, quídralo o no, tiene que armonizarse lo otro.

13.- La dificultad del costumbrismo, tan extensamente desta- cada por sus principales cultivadores, suele ser olvida- da por la crítica, más proclive a aludir a la medianía- del género, confusa categoría fruto generalmente de la -- prevención ideológica y los prejuicios novelísticos. --

Consuela, pues, ver que Peers (1973, I, 91) y Baquero - (1963, 27) se encuentran entre los que parecen sortear este escollo.

- 14.- El plan fallido de Mesonero —una posible Tercera Serie de las Escenas Matritenses— podría tener el cariz del Proyecto de Diccionario de costumbres españolas "que habría de titularse La Vida española", como apunta Correa, por lo que tal esbozo tiene de no exclusivamente madrileño:

Se trata de una simple lista, por orden alfabético, de tipos y costumbres que acaso pensase en describir. (Correa, 1964, XCVIIIb)

Ucelay precisa plausiblemente el carácter de "repertorio de tipos nacionales en contraste" (cf. 1951, 100) que revestiría la proyectada Tercera Serie. En principio, sería una obra planeada entre 1843 y 1845 y similar a Los españoles pintados por sí mismos. Cuando apareció esta, Mesonero renunció a la suya, colaboró con dos artículos y corrigió ^{la primera edición de} la colección con el boceto de la nonata Tercera Serie bajo el título de "Tipos perdidos, tipos hallados".

- 15.- La espionosa y no resulta relación entre el costumbrismo y la novela encuentra en el caso de Mesonero el campo abonado para el confusiónismo (fenómeno que se repite, en la otra ladera, con Fernán Caballero) cuando los artículos de costumbres son estudiados desde el punto de vista de lo novelesco. Una cosa es indagar por escritos teóricos sobre la novela —y Mesonero los tiene,

personalmente o en la órbita de su Semanario Pintoresco Español— (cf. Romero, 1976, 167, 36; Lloréns, 1980, — 277; Miller, 1980, 10) y otra, increpar sistemáticamente al Curioso Parlante y a sus compañeros por la ausencia de lo novelesco en su producción. Correa, por ejemplo, encuentra en algunos pasajes de la "Introducción" a la tercera edición (1842) de las Escenas Matritenses y de las Memorias de un setentón las bases para suponer que Mesonero se está refiriendo a la novela cuando habla de un posible contexto para los artículos de costumbres y define el esencial componente periodístico — del costumbrismo (cf. Correa, 1964, XXIX-XXX). Igualmente, Correa supone que,

Si en algún momento se hubiese podido — interrogar a Mesonero sobre lo que hubiera — querido escribir, y fuese sincero, quizá — nos confesase que su mayor ansia sería lo — lograr una novela al estilo de las novelas — cortesanías del siglo XVII o una comedia de — costumbres a lo Moratín, o a caso que sus — escenas populares cobrasen vida al modo de — los alegres sainetes de don Ramón de la Cruz. — (1964, LXXIX)

De ahí a dar por hecho que Mesonero — la conclusión se suele extender a todo el costumbrismo español — hizo — costumbrismo como resultado de su falta de imaginación para la novela no hay más que un paso.

Si el proyecto, similar a algunos Episodios de Galdós, que el mismo Mesonero setentón dice haber concebido a los doce años, nunca fue abordado por no rozar la política, el único comentario al respecto debería con-

tener modulaciones políticas (cf. Beyrie, 1976, 80), — por no hablar del no siempre aceptado carácter estrictamente novelesco de los Episodios. Con todo, Correa da por incuestionable que la "Obra de costumbres contemporáneas" a que se refería Mesonero era una novela (cf. — 1964, LXXIX). Aunque Correa puntualiza que la frustrada obra novelesca afecta a la primera época de Mesonero, no se diluyen los reproches dirigidos al Curioso Parlante pues, de forma inevitable Correa recaba la — prestigiosa ayuda de Montesinos. Y Montesinos censura a Mesonero por no haber hecho novelas:

Mesonero podía decir lo que quisiera de sus vacilaciones en la encrucijada de la novela; sino las escribió fue porque no sabía hacerlo. (F. Montesinos, 1972b, 15),

cuando no parece demostrado que el Mesonero costumbrista quisiese ser novelista;

Hay mil detalles que patentizan la insensibilidad de Mesonero por lo novelesco. (1972b, 16),

cuando la sensibilidad que debe rastrearse en un costumbrista debe ser la relacionada con el artículo de costumbres;

No sólo puede decirse que Mesonero no hizo una novela porque no supo; podría decirse que pasó frente a la novela sin verla (1972b, 18),

cuando de Montesinos casi puede decirse que pasó fren-

te al costumbrismo sin verlo.

Que al costumbrismo pueda atribuírsele la función de rellenar un vacío novelesco al que Montesinos —y otros muchos autores— parece tener horror, es cuestión opinable; más delicado resulta que de las notas teóricas —imprecisas, eso sí— de Mesonero se desprenda la voluntad de escribir artículos de costumbres como sucedáneo novelesco y asunto vidrioso, el encontrar en los textos de Mesonero la "declaración expresa" e inequívoca de que el Panorama Matritense responde a tal móvil (cf. F. Montesinos, 1972b, 13-14). Es más: Larra, por lo visto, no estaba falto de imaginación porque era "más agudo" (cf. F. Montesinos, 1972b, 49) que Mesonero y concebía el costumbrismo de forma más totalizadora y profunda porque para él lo que cuenta

es el estudio del hombre y de la sociedad, y así, al hacer historia todo se le — vuelve costumbrismo. (F. Montesinos, 1972b, 50)

No obstante, Larra resulta excelentemente tratado por Montesinos y, por lo general, en detrimento de Mesonero. Sirva el juicio de Kirkpatrick (cf. 1977, 194-197) para delimitar los estilos de una forma de trascender el costumbrismo más consciente y avanzada que la de Mesonero sin que éste ni el género tengan que salir malparados:

Resulta importante señalar que los principios críticos elaborados por Larra — en el último año de su vida son altamente—

compatibles con los supuestos y objetivos — de la novela realista, un género que no se — desarrolló plenamente en España hasta finales de siglo. Su insistencia en que los escritores presenten lo que es, en lugar de lo que debe ser, y su sentido de que es el aspecto cambiante de la sociedad el que merece la mayor atención, surgen, probablemente del desarrollo del costumbrismo en España, del que formó parte con su propia labor. Pero, por detrás de sus comentarios sobre este género, se vislumbra una voluntad de buscar otra forma más comprensiva. (Kirkpatrick, 1977, 194)

Una vez más, hay que recordar que no se trata de negar aquí la vinculación del costumbrismo con la novela ni tampoco de rastrear los pormenores del parentesco —objetivos aledaños, pero distintos, al de este trabajo—, sino de poner en duda y relativizar el modo comúnmente aceptado de explicar el costumbrismo siempre en subordinación a la novela. De otra forma, el campo de investigación del costumbrismo se reduciría al goteo de aportaciones cruditas que jamás conducirían a una interpretación del género distinta a la actual, de momento, insuficiente. Baste ahora apuntar un aspecto, su trascendencia y su tratamiento como índice de la reordenación que pide el estudio de las relaciones entre el costumbrismo y lo novelesco.

A menudo se olvidan trabajos, como el de Baquero — Goyanes sobre el cuento capaz de solventar la confusión de carácter terminológico entre creaciones próximas. — Lejos de especular, Baquero sitúa el tema correctamente:

... Fernán Caballero distinguía tres — clases de narraciones breves, usando para — cada una de ellas un término distinto. Las — más literarias, las más novelescas — aunque — fuesen verídicas — eran las relaciones — — nouvelles —. Las seguían en importancia — los cuadros de costumbres y los cuadros so- — ciales, cuyos títulos indican ya su conteni- — do. Veces hay en lo que [sic] la autora lla- — ma cuadro de costumbres populares nada tie- — ne de costumbrista, equivaliendo, en reali- — dad, a una relación; v. gr., La viuda del — cesante. Un tercer grupo de narraciones po- — pulares, recogidas de la boca del pueblo, — lleva el nombre de cuentos. (Saquero, 1949, — 60-61)

Esto no quita para que el propio Saquero, que por un lado contribuye a un perfecto deslinde genérico, — destaca la importancia del periodismo literario (cf. — 1949, 16) y reclama una autonomía para el cuento en — términos equiparables a la que necesita el costumbrismo (cf. 1949, 14, 26), por otro, divulgue un concepto — esencialista del costumbrismo, del que dice que "crista- — liza en un preciso género literario como es el artícu- — lo de costumbres" pero también que "el costumbrismo, — concepto general, es quizá tan antiguo como la litera- — tura misma" (1949, 95-96). Todo esto explica que, unos — años más tarde y quizá demasiado pertrechado en Monte- — sino, ya no acierte a identificar el artículo de cos- — tumbres (cf. 1969, 66), situe tópicamente a Fernán Caba- — llero como el eslabón perdido entre el costumbrismo y — la novela (cf. 1969, 65-67) y recoja el tópico de la — reivindicación de la imagen de España (cf. 1969, 70 y

n31). Se entiende así que el tema de la terminología, como otros muchos, siga sin ser explotado aunque algunos lo mencionen (cf. F. Montesinos, 1972b, 59-60; - 1970, 27 ss) o lo rastreen sumariamente (cf. Castillo, 1978, 185-189).

- 16.- Estébanez recurre escasas veces a la terminología pictórica y, cuando lo hace, es en un sentido convencional, el parecer sin la compleja connotación de Mesonero y Larra. Al comienzo de "La rifa andaluz", sugiere de este modo el ámbito:

Representaos, lindas sucriptoras, en vuestra viva imaginación un paisaje tal, - cual mi rústico pincel lo delimite, pues antes de pensar en la farsa bueno será prevenir escena donde ponerla en tablas. (I, --- 139b)

En "Toros y ejercicios de la Jineta", dice que se dispone "a bosquejar (...) en estrecho y reducido cuadro, con tintas de fresco colorido" (I, 214a) la historia del toreo.

- 17.- El contraste entre los sucesos políticos contemporáneos y el talante risueño de los artículos de Mesonero es tan evidente que el mismo autor se ve obligado a mencionarlo en la Introducción de 1851 a la Segunda Serie del Panorama, sólo que, como es habitual en él, lo convierte en motivo de satisfacción y timbre de gloria literaria, argumentando que

... en circunstancias excepcionales se propuso pintar la sociedad normal... (II, 12b)

Esta "normalidad" es la que añora cuando comenta "la vuelta de París" y habla de

... una sociedad apacible y normal que ya no existía... (I, 204a)

El concepto de normalidad entendido como "justo medio" también aparece en Larra, por ejemplo en "El casarse pronto y mal", pero referido a la educación e instrucción como bases necesarias para resolver la ridícula tensión entre galofobia y esnobismo: España debe incorporarse al progreso europeo con ritmo propio, comenzando por las condiciones que lo hagan posible y no por un mimetismo con lo más superficial, Larra niega de esta forma ser del "orden del apagador" u opuesto al cambio:

Estos son los inconvenientes que tiene que arrostrar quien piensa marchar igualmente distante de los dos extremos: allí está la razón, allí la verdad; pero allí el peligro. (I, 113b)

Si para Mesonero la "normalidad" implica negación de los aspectos sociales que no comparte y para Larra es la forma de encarar la realidad, ya que la vida no es uniforme ni simple, sino "un amasijo de contradicciones" (II, 138g), en Estébanez, el concepto se aproxima al de verosimilitud y afecta al interés de lo descrito.

En este sentido se puede entender uno de los pocos pasajes en que habla al respecto y a propósito de un artículo determinado:

Si lo imposible no me gusta, lo muy --- trivial me enfada en mucho más, y así por la región media comprende hoy su vuelo el razonamiento mío, para contaros sabrosamente los puntos y señales de una Rifa andaluza. (I, ~ 139a)

El concepto de 'justo medio' también se encuentra en el anuncio que Estébanez escribe para las Cartas Españolas, esta vez referido al grado de profundidad de los trabajos insertos en ellas,

... ni tan hondos que lleven al boatezo consigo, ni tan por flor, ni rasantes, que dejen el ánimo insípido y sin impresión alguna. Est modus in rebus. (II, 463b)

Para el concepto de "justo medio" en Larra, entendido como imparcialidad y objetividad, cf. Kirkpatrick, 1978, 35-41; 1977, 44, 121. Para la normalidad como "medianía", cf. Bergamín, 1937, 91-92. Tal como se encuentra en Mesonero, la expresión "justo medio" difiere de la que Larra, más sutil y directo a la vez, emplea en torno a 1835 como parte de los ataques contra el programa político de Martínez de la Rosa (cf. Seco, 1962, 160-162; 1973, 17, 29, 93-104, 206 ss, 252, 256; Alonso, 1971, 19-21, 33).

18.- Frente a las convencionales notas sobre la evolución de Mesonero aportadas por Lloréns (cf. 1980, 336) o Correa (cf. 1964, XCIX), Beyria (cf. 1976, 76-77) apunta el elemento político que influye en el abandono del costumbrismo y Seco (cf. 1973, 243-245) recuerda la trastienda política de las retracciones de Mesonero.

En cuanto al apoliticismo de Mesonero, aunque L. Aranguren (cf. 1974, 94, 113 ss.) da pie para pasarlo por alto al presentar su obra en función de la época moderada y F. Montesinos (cf. 1972b, 52) interpreta literalmente las palabras de El Curioso Parlante en que hace profesión de fe en la independencia política y en ello vea un rasgo romántico de "amor a la independencia", Mesonero es un "apolítico" no sólo por temperamento, sino también por conveniencia (cf. Lloréns, 1980, 237, 272-274). Seco (cf. 1973, 199 y n39) advierte que, pese a que Mesonero afirma que el carácter apolítico del Semanario Pintoresco Español le restaba difusión, lo cierto es que era una forma de tener asegurada una venta más amplia. Igualmente, Seco (cf. 1973, 214-224) pone de relieve la contradicción de un Mesonero gran enamorado de Madrid que vende sus libros al Ayuntamiento y que en su costumbrismo defiende ambientes y escenarios de la España que desaparece mientras en su vida particular contribuye a destruirlos como buen propietario que se beneficia de las desamortizaciones. Tal sería la doble moralidad que sustenta el llamado "apoliticismo" de Mesonero (cf. L. Aranguren, 1974, 113-115, 119).

19.- Kirkpatrick (cf. 1977, 152, 178-179) establece certoramente la íntima relación que hay en Larra entre la modificación de la opinión pública y la de las costumbres - para lograr el cambio social, es decir, la importancia del costumbrismo como motor, o parte del motor, del cambio social. Otorgada esta función al costumbrismo, este solucionarí o aminoraría la tensión de Larra entre

... la vigencia de sus objetivos revolucionarios y el temor ante la inestabilidad de los pasos políticos que no se basaran en cambios más profundos de conciencia. (Kirkpatrick, 1977, 152-153)

20.- Aunque muy a menudo la mayoría de los críticos (cf. Lloréns, 1980, 357) separa la "sátira política" de la "sátira de costumbres" de Larra guiados por la inercia clasificatoria o la impresión de lo puramente denotativo, no faltan los que proponen una visión más amplia de figura que impide parcelarlo rutinariamente (cf. Oliver, 1908, 57-58) y que subrayan la referencia político-social que vertebra sus producciones más allá de la denominación accidental (cf. Kirkpatrick, 1977, 29, 32, 46-53, 81, 84, 95, 222-223). Con todo, Kirkpatrick (cf. 1977, 272) a veces parece no otorgar el carácter de políticos a los artículos de costumbres donde, denotativamente, predomina la "descripción acrítica".

21.- Larra incorpora la dificultad que supone la censura para sus escritos como un elemento más de ellos. Así, su colección de artículos es

... un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta. (I, 5)

En la "Conclusión" (22 de marzo de 1833) con que despide El Pobrecito Hablador, al hacer recuento de lo mucho que le queda por decir, la referencia a las cortapisas oficiales es mayor:

... hecha abstracción de lo que no se debe, de lo que no se quiere, o de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo más... (I, 147a)

La "Tercera carta de un liberal de acá a un liberal de allá" (octubre de 1834) ya encierra una irónica relación de las andanzas de un periodista desde el momento en que quiere fundar un periódico hasta que una lluvia de suscripciones corona su irreal labor no coartada por la censura (cf. II, 47b). Sólo una cáustica veladura protege la alusión directa al gobierno censor en "lo que no se puede decir, no se debe decir" (octubre de 1834). El artículo, de caracteres "autófagos", es una demostración ad absurdum de las posibilidades de expresión permitidas al escritor:

Hecho mi examen de la ley, voy a ver mi artículo; con el reglamento de censura a la vista, con la intención que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examinó mi papel; no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad, Pero en cambio he cumplido con la ley. (II, 49b)

El mismo procedimiento se repite en "La alabanza, o que me prohiban este" (16 de marzo de 1835), donde -- Larra provoca al censor desde el título. Por más que es-
tos problemas con la censura ofrezcan aspectos intere-
santes como el condicionamiento del estilo (cf. Montes,
1970, 33-35), más importantes son las condiciones en --
que escribe el autor.

Larra escribe con miedo (cf. II, 65a), pero escri-
be; y, al margen de que al expresarse así pueda aludir
no a la censura sino a que el gobierno no tiene más re-
medio que obrar mal y por lo tanto no hace nada (cf. --
Ullman, 1962, 165), Fígara denuncia "la censura tirá-
nica que nos abruma" (II, 214a), insta a que "cada es-
pañol que se crea capaz de fundar una opinión se apresu-
ra a emitirla por medio de la imprenta" (II, 214a) y, --
con palabras que hacen pensar, por contraste, en el co-
medido Mesonero, añade:

... en nuestro entender fuera culpable
el que pudiendo, dejase por temores persona-
les de añadir una piedra al edificio, que se
lo de consuno podemos todos levantar. (II, -
214a)

Para Larra, el escritor que ha decidido defender --
los derechos del "pueblo"

... debe insistir y remitir a la censu-
ra tres artículos nuevos por cada uno que le
prohíban; debe apelar, debe protestar, no de-
be perdonar modio ni fatiga para hacerse oír:
en el último caso debe aprender de coro sus --
doctrinas y convertido en imprenta de sí mis-
mo, propalarlas de viva voz, sufrir, en fin,
la persecución, la cárcel, el patíbulo si es-
preciso... (II, 214)

Esto lo dice el 6 de mayo de 1836; el 20 de junio, en el segundo comentario al Panorama Matritense, habla de la única censura admisible: la que se impone el costumbrista que escribe en una época de relativa libertad de imprenta para no olvidar que la creación literaria no consiste en mencionar explícitamente la realidad:

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en un país libre de trabas para el pensamiento, formarse una cenara suya y secreta que dé claro y oscuro a sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita. (II, 243a)

Tras su crisis y su "hajada a los infiernos" que refleja en "El día de difuntos de 1836", Larra volverá con tono más jocoso, pero idéntica convicción a arriesgarse a sufrir el destierro en Canarias, cuando, en "Figaro dado al Mundo", concluye:

... moriremos cantando como canarios, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores. (II, 305b).

Para Mesonero, la censura, lejos de ser la consecuencia de la falta de libertades políticas por las que hay que luchar, a veces se reduce a fuente de méritos añadidos a su obra. Así, en la nota de 1851 a "Las costumbres de Madrid" no lamenta su existencia, sino "los inconvenientes de una censura no la más ilustrada" (I, 40a), a pesar de la cual escribían sus primeros artícu-

los Estébanez y él. Y cuando comenta que "La empleomanía" fue censurado en parte, si bien alude a

... la miseria de la época [...] la suspicacia y meticulosidad que infundía hasta en los hombres más ilustrados y tolerantes, como el reverendo Padre Huerta... (I, 69n),

salva el proceder de éste, su censor, porque

... así en esta como en alguna otra ocasión en que creyó oportunas alguna corrección o supresión, llamó al autor y procuró convencerle de la necesidad a vueltas de cumplidos elogios de sus escritos... (I, 69n)

Con razón puede Mesonero calificar tales cortapias de "benévola censura" si quien la efectúa se dedica a ensalzar sus escritos.

22.- F. Montesinos (cf. 1972b, 48-51) destaca en Larra la amplitud de "costumbres", término y concepto a que se redujo el de moeurs, proveniente de Francia como moeurs locales; pero cf. Escobar, 1973, 267-272.

23.- Para Kirkpatrick, este pasaje no sería un referencia general o abstracta únicamente porque, debido a que no le permitían escribir directamente de política y le obligaban a refugiarse en temas explícitamente de costumbres,

detrás de esta observación, podemos sentir la amargura de Larra con respecto a directores o aliados políticos. (Kirkpatrick, 1977, 50)

24.- Para lo dieciochesco en Larra, cf. Escobar, 1973, 96--98, 116-117, 122, 128, 284; Kirkpatrick, 1977, 109-118, 210 ss., 226. Con respecto a la sátira de filiación -- dieciochesca, cf. Tarr 1928-29, 150, 152; Varela, 1960 284, 287, 289; Trueblood, 1961, 228-229; Escobar, 1973 63-64; Cabrera, 1977, 298, 302, 304.

25.- Algunos de los detalles novedosos que de la concepción de la literatura nacional tiene Larra son glosados por Oliver (cf. 1908, 70-73). El carácter revolucionario de la obra de Larra, destacado por Fabra (cf. 1967, -- 126, 131-132) y matizado por Alonso (cf. 1971, 10, 23-24, 42-53) , entre otros, es sistemáticamente restreado en sus inflexiones por Kirkpatrick (cf. 1977). Naves lo vertebra sobre la evolución política de Larra (cf. 1979, 41-126)

2.2.2. El artículo de costumbres.

2.2.2.1. Los fundadores.

Históricamente hablando y para seguir sintetizando una posible historia del costumbrismo, este comienza con los artículos de Estébanez, Mesonero y Larra que aparecen al final de la Década Ominosa (1823-1833). El periodista José -- María Carnerero, uno de los asiduos de la tertulia romántica El Parnasillo, funda en 1831 la que puede considerarse -- primera revista literaria moderna: Cartas Españolas (26 de marzo de 1831 - 1 de noviembre de 1832) y luego su continuación, La Revista Española (noviembre de 1832-agosto de 1836)

En las Cartas y con el pseudónimo de El Solitario, Serafín Estébanez Calderón (1799, Málaga-1867, Madrid) publica desde abril de 1831 (1) artículos como "Pulpeta y Balbeja", "La rifa andaluza", "Los filósofos en el figón", -- "Las excelencias de Madrid" y otros muchos que forman las Escenas Andaluzas editadas en volumen en 1846. Con respecto a los otros dos grandes costumbristas, de Estébanez suele decir que supone una nota distinta en lo geográfico y temporal; que escribe preferentemente sobre su región, -- con lo que deja abierta la puerta a una literatura temáticamente no centrada en Madrid y que lo hace mediante un buscado anacronismo al ambientar tipos y escenas y al estilizar el lenguaje en su propósito de emular al léxico y el estilo de los clásicos.

En el tomo IV (diciembre de 1831 -- enero-febrero 1832) de la misma revista comienza a publicar sus artículos de costumbres Ramón de Mesonero Romanos (1803, Madrid -- 1882, Madrid), El Curioso Parlante, que también colabora en -- otras revistas, como el Semanario Pintoresco Español, fundada por él, "El día de toros", "Antes, ahora y después", -- "Costumbres literarias", "El romanticismo y los románticos" son muestras de la producción que luego editará bajo los títulos de Panorama Matritense (1832-35, publicada en 1835), Escenas Matritenses (1836-1842, publicada en 1842) y Tipos y caracteres (1843-1862, publicado en 1862). Mesonero, enamorado de su ciudad, observa atentamente y pinta cuanto a través de ella ve de característico en un España que cambia vertiginosamente. Sin abandonar un tono más que moderado en el humor, la crítica y las ideas estéticas y políticas, sus

artículos madrileñistas se convierten en paradigma de tipos temas y estilo para los muchos costumbristas que le siguen.

(2)

Mariano José de Larra (1809, Madrid - 1837, Madrid), - conocido como Figaro, entre otros pseudónimos, empieza sus creaciones plenamente costumbristas en agosto de 1832 en las páginas de su propia revista, El Pobrecito Hablador (3) y al acabar ésta, en La Revista Española (7 de noviembre de 1832 - 19 de febrero 1835) y otras publicaciones periódicas como Estébanez y Mesonero, preparó una selección de su obra, introdujo algunas modificaciones y la tituló Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres (1836). (4)

Frente al castizo y pintoresco costumbrismo de Estébanez y el gracejo con que Mesonero anota la historia menuda de su ciudad, Larra es destacado por su preocupación ante la realidad. Se suele decir que, al escribir las costumbres españolas, trasciende lo efímero y local presentando su aspecto filosófico, social o político críticamente, con un pesimismo que afecta a su humor, a veces, acre. Tales notas, resultado de la tensión entre la actitud moral debida a la formación y las propias vivencias, marcan la prosa de títulos como "El casarse pronto y mal", "El castellano viejo", "Vuelva usted mañana", "En este país", "El día de difuntos de 1836".

Al margen de las notas individuales, Estébanez, Mesonero y Larra presentan puntos de contacto suficientes como para poder hablar de un movimiento homogéneo: son conscientes de estar haciendo el mismo tipo de literatura sugerida-

por modelos extranjeros más que por los posibles precedentes nacionales, teorizan sobre el costumbrismo y se tienen en cuenta unos a otros; su producción responde en gran parte a un intento de llegar al futuro un documento lo más oficial posible de la sociedad costáñea y, aun con actitudes muy distintas, los tres se deben al momento que le toca vivir, el de protagonismo creciente de las clases medias.

Tal como es cultivado por Estébanez, Mesonero y Larra y por sus seguidores, el artículo de costumbres se define en España por un conjunto de rasgos cuya conjugación parece conferirle la función específica de responder literariamente a las implicaciones globales del cambio del Antiguo Régimen al Nuevo. El artículo de costumbres, pues, es una forma literaria que, aunque también aparece en verso, suele hacerlo en prosa y, por cierto, de calidad no desdeñable entre la del romanticismo. Desde el comienzo, su extensión es la propia del artículo de revista o periódico en que aparece y de donde se desprenden sus rasgos más definitorios al ser la publicación periódica su soporte material, su vehículo de difusión, su lugar de consumo y su contexto inmediato. Es breve en relación con el cuento y la novela; de sobrepasar los límites normales, se fracciona y reparte en números sucesivos de la publicación. Se ubica en la sección correspondiente a las variedades, algunas veces rotulada como literaria y no siempre con el título de "Costumbres". A los pocos años, suele ser publicada en volumen junto con otros afines recopilados y seleccionados generalmente por su mismo autor.

Cuando, hacia mediados de siglo, se va difundiendo la estética realista, el vehículo y contexto inmediato del artículo comienza a ser también la colección de colaboraciones de varios autores en forma de libro y sus características, las correspondientes a las publicaciones por entregas; En esta misma época es cuando el costumbrismo se especializa y presenta dos subgéneros: el de escenas y el de tipos, si bien continúan los de carácter indiferenciado y abundan los de tipos psicológicos o generales no adscritos a ninguna zona, oficio ni clase.

Los temas habituales del artículo de costumbres hacen referencia a personajes cuyo aspecto, concepción de la vida y comportamiento son representativos de la sociedad contemporánea del autor; a hechos o incidentes que muestran el proceder habitual del grupo; a momentos del día y fechas del calendario especiales para el individuo o el conjunto y a lugares específicos e instituciones sociales que se prestan a una recreación del clima en el que el hombre del momento suele afrontar sus problemas, atender a su trabajo o distraer su ocio.

Esta temática es presentada mediante una descripción, por lo común directa, y a veces apoyada en el diálogo y, en cualquier caso, con el argumento o dramatización limitados al apunte de una acción no desarrollada. Igualmente, la descripción puede recurrir a muy diversas técnicas estructuradoras (itinerantes, epistolares, iteración o desdoblamiento del alter ego del autor, ...), puede compartir zonas con otros géneros literarios (relato de viaje, ensayo, cuento, novela, ...) y con diversas artes o disciplinas (el grabado artístico, las descripciones de monumen

tos, los procedimientos de las "fisiologías", del folkloro, la etnografía, ...). Con todo, la cohesión de un artículo - de costumbres, su afinidad con otros y su sentido se fundamentan en la inclusión del autor en los descrito como testigo o protagonista y en su actitud real, de la que son indicadores los títulos, temas, pseudónimos y notas utilizados. Estos y otros rasgos de perspectiva muestran al autor reconociéndose a sí mismo como costumbrista, lo cual es histórica y literariamente nuevo y determinante.

Ante lo descrito, el autor se suele declarar observador imparcial y desinteresado aunque, de hecho, la veracidad del documento social que pretende conseguir ofrezca una rica gama de matices entre la identificación lírica y el --realismo objetivo y a pesar de que la pura delectación en --la pintura del color local se vea teñida por la sátira reformista, el moralismo, la comicidad o el análisis científico.

Por encima de variantes menores, el artículo de costumbres se caracteriza como elaboración poética tan alejada de la simple recopilación de datos como de su tratamiento extraliterario y supone una implicación específica del costumbrista en su creación. Denotativamente, el dato poético que es el artículo, aunque al ser interpretado hable de toda la realidad coetánea, sólo hace referencias explícitas a lo excepcional, a lo típico y más diferenciado de los usos colectivos. Tal selección tiene como finalidad presentar una imagen fidedigna de lo más representativo de la comunidad que se identifica generalmente con las formas tradicionales de vida. Se busca así contrarrestar la visión superficial debida, sobre todo, a viajeros extranjeros y dejar a las genera

ciones futuras un testimonio de tipos y escenas primero cambiantes y después en trance de extinción ante las transformaciones sociales, políticas y económicas que la industrialización introduce en el mosaico geográfico, laboral, estamental e ideológico de todos los países.

2.2.2.2. Tendencias. Segunda y tercera generaciones.

Estébanez, Mesonero y Larra inician el costumbrismo. El número y localidad de sus artículos conforman este género de tal manera que a veces se circunscribe prácticamente a ellos o, por el contrario, mueven a suponer que toda la producción de este tipo de literatura se prolonga indefinidamente con idénticas características. Pero el artículo de costumbres, con tener límites temporales, no es un fenómeno puntual sino que experimenta un proceso que nace hacia 1831, conoce su apogeo después de 1840, permanece en vigor hasta la revolución de 1858 y comienza a desaparecer como tal a partir de la Restauración, cuando se recurre a otra forma literaria para responder a la realidad que lo motiva o cuando es esa misma realidad que promueve el costumbrismo la que cambia sustancialmente.

Tras la obra de los creadores del costumbrismo, son prácticamente innumerables los autores que escriben artículos de este género. De forma esporádica o asidua, casi todas las plumas hacen incursiones en el impreciso y no siempre fácil terreno del costumbrismo, que se convierte en movimiento generalizado y experimenta su mayor expansión una vez mediado-

el siglo. (5).

El precedente que sientan Estébanez, Mesonero y Larra es decisivo. Y no sólo como pauta para coetáneos y seguidores, pues quienes estudian este tipo de literatura suelen proponerlos como referencia para delimitar tendencias y esclarecer el abigarrado panorama que se ofrece a la vista, aunque la adscripción de cada autor a una determinada o única escuela no sea fácil, ni mucho menos, si se atiende a técnicas, actitudes y temáticas. (6) Así, pensando en simplificaciones tan útiles como discutibles, las Escenas Andaluzas de Estébanez serían el modelo para un temprano tipo de costumbrismo temáticamente --por simple denotación espacial-- regional, como el leonés cultivado por Enrique Gil y Carrasco (1815-1846); el aragonés de Vicente de la Fuente (1817-1889) y Miguel Agustín Príncipe (1811-1863); El levantino de Mariano Roca de Togores (1812-1889), José Vicente y Caravantes (7-1880) y Luis Alarcón y Fernández Trujillo; el manchego de Clemente Díaz; el andaluz de Tomás Rodríguez Rubí (1817-1890), José Giménez Serrano y Juan Manuel Azara; el parcialmente vinculado a Galicia de Antonio Neira de Mosquera (1818-1853) y Ramón de Casteñeira, César Romano, y el de otros no tan determinados espacialmente como José María de Andueza, Aben-Zaide (1809-1865) y Sebastián Herrero (1822-1903).

En principio, también es un criterio geográfico el que se suele utilizar para vincular con el magisterio de Mesonero a quienes toma en la gran ciudad como observatorio costumbrista. Son representantes del ámbito catalán José María de Freixas, autor de la Enciclopedia de tipos vulgares y costumbres de Barcelona (Barcelona, 1844) y el tandem Juan Cortada

y Sala, Juan, y José de Manjarrés, José, con El Libro Verde de Barcelona o Analejo de costumbres Populares (Barcelona 1848).

Siguen a Mesonero desde el mismo Madrid buen número de costumbristas más bien oscuros, principalmente del vivero del Semanario Pintoresco Español, como José de Comings, N. R. de Losada, R. M. Boulet, Ramón de Valladares y Saavedra, R. López Barroso y D. R. de Arana. Otros autores de mayor relieve por distintas razones son Ramón Soler, El Bachiller Cantaclaro, con el Curso Completo de Gramática Parca (1833); A. Neira de Mosquera, con artículos como "Personas que impiden el paso en las aderas de Madrid" y "La casa de Tócame Roque", publicados en el Semanario, además de Las ferias de Madrid, almoneda moral política y literaria (1845); Antonio Flores (1821-1866), autor que marca importantes hitos en la historia del costumbrismo, con Doce españoles de brocha gorda (1846), Ayer, hoy y mañana (1853) y "Los aguadores" y otros artículos del Semanario,⁽⁷⁾ Agustín Azcona --- (?-1855), con títulos de 1839 como "El Cochero Simón" y "Mis desgracias en una tarde de toros", aparecidos en El Panorama y, entre otros, Antonio Gil y Zárate (1793-1861), que publica artículos de la misma tendencia en 1838 en el Semanario o Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873) - que ya lo hace en 1834 en el Boletín del Comercio.

La a veces denominada "escuela" de Larra se nutre de autores en los que el costumbrismo queda matizado por un tratamiento más explícito de lo político y social, como Eugenio de Ochoa (1815-1872), con París, Londres y Madrid (París, 1861); Modesto Lafuente (1806-1866), conocido por-

Fray Gerundio, pseudónimo que es título de un periódico -- (1839-1842) fundado por él y personaje principal, junto con el lego Tirabeque, de sus artículos. Dos compilaciones de éstos son Capilladas (1833-1844) y Teatro Social del siglo XIX (1846); Antonio María de Segovia, El Estudiante (1808-1874) y Santos López Pelegrín, Abenámbar (1801-1846), coautores de la Colección de artículos satíricos y festivos -- (Palma 1840) y otros; también punzantes, como Juan Martínez Villergas, El Tío Camorra (1816-1894).

Tras los creadores del género y la subsiguiente generalización del fenómeno en torno a mediados de siglo, cabe destacar un grupo de escritores entre los que no se limita a una colaboración accidental en obras colectivas o en publicaciones periódicas y cuya producción costumbrista tiene una cierta persistencia y llega a decantarse en forma de volumen. Así, Carlos Frontaura (1854-1910) escribe páginas costumbristas sobre su ciudad natal: Tipos Madrileños (1868) Galería de Matrimonios (1881); Santiago de Liniers (1842--1908) publica La Filocalia o Arte de Distinguir a los curris de los que no lo son (1880, en colaboración con Francisco Silvela) y Líneas y manchas (1882); Ramón de Navarrete, Asmodeo, entre otros pseudónimos aunque este es el más significativo (1822-1889), se muestra pródigo en títulos -- aunque no muy profundos, vive muy vinculado al periodismo, -- al que aporta las crónicas de la alta sociedad y participa en Los españoles pintados por sí mismos y en la mayoría de las publicaciones periódicas de su época. Entre sus volúmenes costumbristas figuran Verdades y Ficciones (1874) y-

Sueños y realidades (1878). El barcelonés Roberto Robert - (1837-1873), dirige la colección Los Españoles pintados por los Españoles (1871-72) y participa en otras. Aparte de las comedias y novelas vinculadas al costumbrismo, escribe Los tiempos de Mari-Castaña (1870) y Los cachivaches de antaño (1879), Eusebio Blasco (1844-1903), zaragozano, a la par incisivo y humorístico, colabora en colecciones costumbristas y las dirige (Madrid por dentro y por fuera, 1883); también contribuye ampliamente a describir la capital como autor en Madrid pintoresco, Malas costumbres, Escenas y tipos de Madrid (en sus Obras Completas, de 1903-6). En fin, Luis Taboada (1848-1906), de Vigo, es escritor festivo y ligero. Con Madrid en broma (1890) y La vida cursi (1891) puede representar el tratamiento fundamentalmente cómico del costumbrismo, rasgo que, aunque aparezca antes de forma esporádica, ahora se convierte en síntoma del final del género.

Sin solución de continuidad con el anterior, este tercer momento del costumbrismo (tras los fundadores y la generación, la segunda, que les sigue) coincide a grandes rasgos con la época naturalista y supone una descripción de los usos colectivos en el último cuarto de siglo más abocada a innovaciones al margen del género que a una fidelidad respecto a patrones románticos o realistas, ya sólo posible como repetición, desvirtuación o mero ejercicio literario. (3)

2.2.2.3. Las revistas.

Si el número de escritores costumbristas fue elevado, la oportunidad para darse a conocer se debió, sobre todo, - al florecimiento de las publicaciones periódicas en un primer momento, cuando la censura gubernativa lo permitía y, - más adelante, casi con las solas trabas de la propia vitalidad de las publicaciones y las leyes del mercado editorial.

No parece ser muy alta la cantidad de periódicos y revistas del siglo XIX cuyo folletín o sección de variedades no acoja alguna vez un artículo de costumbres. Esto, que una vez más da idea de la auténtica magnitud del fenómeno costumbrista, explica asimismo la dificultad de un cómputo completo de tales muestras literarias, sobre todo, cuando ni siquiera están inventariadas en su totalidad las publicaciones en que aparecen. Con todo, la aproximación al costumbrismo tomando como referencia sus vehículos de difusión permite aglutinar una producción tan multiforme y extensa y ofrece una privilegiada perspectiva de la evolución del movimiento.

Desde las páginas de Cartas Españolas, donde se fraga la revista literaria moderna, hasta "Los Lunes" del experimentado Imparcial cuando finaliza el siglo, el artículo de costumbres muestra su ubicuidad con lógicas diferencias en la densidad y las modalidades. Pero baste ahora mencionar algunas revistas que, a partir del romanticismo, se consagran al costumbrismo y, entre ellas, el Semanario Pintoresco Español como el repertorio más significativo por su lar

ga vida, su popularidad y su trascendencia para el movimiento. El Semanario vio la luz el tres de abril de 1836 y desde entonces hasta el veinte de diciembre de 1857 publicó — en sus veintidós volúmenes, repartidos en cuatro épocas — (9), unos cuatrocientos artículos de costumbres entre otros muchos de carácter histórico, artístico, crítico y misceláneo, además de alicientes nada desdeñables como los grabados en madera. Tal innovación precisamente convierte al Semanario en la primera revista ilustrada de España y es una característica anunciada desde el título con el término "pintoresco". El alma y fundador del Semanario fue Mesonero, que lo dirigió hasta 1842 (10) convirtiéndolo en un plantel de escritores costumbristas no ajenos a su magisterio, circunstancia que explica que el costumbrismo español tienda a identificarse en general con el de Mesonero. La revista seguía, incluso en su formato, un patrón extranjero de publicaciones "apolíticas" de gran éxito en Inglaterra y Francia doblemente acreditado por el Penny Magazine y el Magasin Pittoresque.^{respectivamente} Con sus páginas procuraban un tipo de información y esparcimiento de evidente demanda lo prueban los cinco mil suscriptores que llegó a alcanzar y la reimpresión que se realizó de sus dos primeras series.

También es significativa la proliferación de publicaciones similares (en el propósito, no en los resultados) — que tiene lugar casi desde el nacimiento del Semanario, algunas de las cuales se adjetivan con el romántico "pintoresco" de tantas resonancias costumbristas. La consanguinidad es evidente en un fugaz retoño del Semanario como el Observatorio pintoresco (marzo-octubre de 1837) o en El Siglo Pintoresco que nace en 1845 y se fusiona tres años después —

con el Semanario. (41) Es amplia la familia de revistas costumbristas y, además de las anteriores el Semanario, hay un gran número de ellas de la misma época o posteriores que en contienen multitud de artículos de costumbres, en su mayoría a la espera de una lectura y un estudio que les haga -- justicia. (42) Más adelantado el siglo, a partir de los -- años sesenta, se da un tipo de publicación sustentada en lo gráfico y ya muy alejada de las propiamente costumbristas -- pero donde se pueden hallar artículos, algunos de los cuales convertidos en un mero comentario de la ilustración. -- Esta adquiere tal protagonismo que puede ser anunciada desde los títulos. La más longeva y, quizá, la más significativa es La Ilustración española y americana (1869-1921). (43)

En conjunto, estas publicaciones ofrecen unas lecturas amenas, complacientes y hogareñas, entreveradas por la crítica literaria y artística o la información de la actualidad, según su orientación y época. Para la historia del costumbrismo, periódicos y revistas significan el lugar específico del artículo de costumbres: son su vehículo y condicionante por definición, de manera que el folleto ahora es un soporte excepcional y el libro, casi exclusivamente una forma de recopilar materiales yadados a la luz en la prensa.

2.2.2.4. El grabado y los artículos de tipos.

La aparición del artículo de costumbres en las publicaciones periódicas no es en sí mismo, pues, un hito, sino

más bien el rasgo cualitativo que permite identificar al costumbrismo, en cuyo proceso sí es posible apreciar fases evolutivas. De ellas, cabe recordar aquí dos estrechamente unidas que explican la transición entre el costumbrismo de artículos independientes de la primera época y el que responde a un proyecto colectivo, característico del realismo:

El grabado, de ser ajeno al costumbrismo, como algo — perteneciente al ámbito de lo artístico, pasa a ser significativo. A ello contribuyó la afición, desde los últimos años del siglo XVIII, hacia las estampas que reproducían, — mediante planchas metálicas, tipos regionales caracterizados por su atuendo y entre cuyos autores hay que destacar a Juan de la Cruz Cano y Holmedilla y no olvidar a Goya como representantes de una actitud y una técnica relacionadas con el costumbrismo, aunque lejanamente, por lo que suponen de atención a lo popular y de observación directa de la realidad, más allá de coincidencias temáticas.

Sin embargo, el grabado característico del costumbrismo es el de madera que, además de adaptarse con facilidad a la técnica tipográfica, ofrecía unos costos inferiores a los del metálico. La moda, importada de Inglaterra, arraiga aquí entre 1836 y 1840 y llega a su perfección en torno a 1880 en las páginas de la Ilustración Española y Americana.

El grabado en madera, concebido y utilizado en principio como un aliciente más para la venta de las revistas, — ilustra luego los artículos esporádicamente, en especial — y por razones técnicas, los que tratan de personajes. y, más adelante, llega a imbricarse con ellos conformando una — nueva unidad artístico-literaria íntimamente vinculada a —

la aparición del artículo de tipos, como subgénero costumbrista. Luego, la función del grabado con respecto al costumbrismo variará de nuevo cuando llegue a desplazar el texto en las revistas donde predomina la información gráfica o este aspecto sea el más catizado de los que ofrecen. Se producirá así un fenómeno de "reversión" como el que se da en las colaboraciones de Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer, donde las muestras costumbristas pueden reducirse a un comentario del grabado que fluctúa entre el estueto pie de ilustración y el artículo pleno. Además, la faceta artística del género será una de las zonas compartidas por el costumbrismo y el folklóre, visible sobre todo en las colecciones de artículos de varios autores en donde la ilustración que da fe de la indumentaria es un elemento inseparable.

El subgénero costumbrista de "tipos", que nace como una variedad y particularización del de "escenas", en las que solía aparecer de forma indiferenciada, comienza su proceso de especialización mediante los grabados del Semanario Píntoresco Español, donde se presta especial atención a los tipos desde el punto de vista artístico. La tendencia se refuerza por el gusto hacia las fisiologías, modalidad costumbrista que no prospera demasiado entre nosotros sino es a través de traducciones del francés desde 1841. Sin embargo, las fisiologías tienen su importancia, ya visible en el empleo de esta denominación como sinónimo de costumbrismo, síntoma de lo que implican aquí: la preparación del terreno que permite comprender el éxito de la fórmula inaugurada por Los Españoles pintados por sí mismos. Precisamente es en esta obra y en sus derivados donde se opera en España la transición del costumbrismo "fisiológico", que ofrece perce

las aisladas de la sociedad al analizar completa, pero únicamente, un personaje significativo, a otros de tipos interrelacionados que busca dar una imagen global de la comunidad regional, nacional o internacional.

Entre la llegada de las fisiologías y 1843-44, en que aparece la obra clave de Los Españoles, ya se puede hablar de consolidación de los dos subgéneros: el de escenas y el de tipos. Las variedades de estos se contran en los personajes urbanos, los rurales y los profesionales, si bien suelen ser frecuentes los más generales o psicológicos. Su tratamiento es fundamentalmente doble: el interés recae en lo informativo en aquellos tipos que presentan cierta diferenciación regional o local, mientras que los del ambiente de ciudad se siguen apoyando en el humor y la sátira para lograr su presentación realista. (14)

2.2.2.5. Las colecciones de tipos.

Otro hito en el proceso del costumbrismo viene dado por las colecciones de tipos de varios autores, recogidos en un mismo volumen. Su cronología es en gran parte coincidente con aspectos de esta manifestación literaria como los recién considerados y llega a cubrir etapas posteriores en la evolución del género. Pero su historia y significación es, a todas luces, distinta tanto por los elementos en que se sustenta como por las "salidas" o derivaciones a que da pie y a las zonas aledañas al costumbrismo que roza o incorpora.

Hacia el otoño de 1842 debieron publicarse las primeras entregas de las ciento cuatro que componen Los españoles pintados por sí mismos, colección costumbrista de tipos que Ignacio Boix editaría en dos volúmenes en 1843 y 1844, respectivamente, y en Madrid. (15) En sus objetivos y detalles de realización, la obra responde a rasgos combinados de dos colecciones extranjeras: Les Français peints par eux-mêmes (1840-1842) y Heads of the people (1840-1841), conocida a través de su traducción francesa, Les Anglais peints par eux-mêmes (1840-1841) (16)

Cada volumen de Los Españoles contiene cuarenta y nueve tipos y, además, el segundo se cierra con el apéndice "Tipos perdidos, tipos hallados", donde aparecen otros doce. Al margen de los tipos generales o psicológicos, predominan los urbanos, con cincuenta y cuatro ejemplos. Los rurales, son minoritarios (trece, de los noventa y nueve) y muchos, de imprecisa adscripción geográfica dentro de la región castellana. La vinculación de sus autores con Madrid explica tanto esta proporción como el punto de vista limitado a la capital desde el que están tratados los artículos.

Aunque hay algunos artículos en verso, los más recurren a la prosa y no están ausentes los que descansan en gran parte sobre el diálogo. Un modelo muy habitual de artículo proveniente de las fisiologías, es el vertebrado mediante una introducción general del tipo seguida de varios apartados donde se analizan sus distintas clases y subclases. Cuando el autor opta por una descripción más breve no muy apoyada en la observación directa y se aparta de esta estructura, acostumbra a compensarla con un tono mucho más desenuelto.

Tal actitud suele aparecer, precisamente, en la retórica — recapitulación de los antecedentes del tipo con que comienzan sus colaboraciones los costumbristas de segundo orden. En algunos artículos predomina la información erudita sobre el tono festivo y la elaboración literaria. Otros, con más atención a lo poético, sobresalen por la descripción objetiva, próxima a la técnica folklórica. Los hay, incluso, muy alejados del costumbrismo por su carácter narrativo, precisamente entre los de los autores más conocidos en el mundo de las letras. Por supuesto que sobre todos ellos destacan los artículos debidos a las plumas más representativas del costumbrismo que aquí confirman sus respectivas líneas maestras. Al margen de hallazgos y desaciertos, de la mayoría de los artículos puede decirse que no llegan a dar la descripción de los tipos en sí mismos.

A cincuenta y uno ascienden los autores que, si son desiguales en ideología, calidad, e incluso dedicación profesional, a todos cuadra el calificativo de "prestigioso", — al menos en su época. (17) Cuando se evidencia la utilización de las firmas en virtud de su renombre es al ver incluidos entre los autores críticos, cruditos, periodistas, cronistas de sociedad y hasta médicos.

Parecido criterio movió al editor a reunir alicientes para cubrir el más amplio espectro de posibles lectores — evitando una homogeneidad literaria, política y generacional, pues, en Los Españoles, coexisten autores románticos y antirománticos, progresistas y reaccionarios, jóvenes y maduros. Pero mejor señuelo, si cabe, y quizá su rasgo más trascendente al margen de la historia del costumbrismo, es el aspecto artístico de la colección, objetivamente supe—

rior al literario. En este sentido, el número de los autores se engrosa con los de los dieciséis dibujantes y los cinco grabadores que colaboraron en la empresa ilustrando el texto con un centenar de láminas xilografiadas.

Tal cantidad de colaboradores fue acompañada de una alta calidad y una muy cuidada reproducción que otorgan a Los Españoles un lugar de innegable importancia en la historia del grabado español y, junto con el esmero tipográfico y de encuadernación, permite hablar del libro como objeto bello, moda acorde con el romanticismo. De todas formas, en el conjunto de la obra, lo más destacable de las ilustraciones es su interrelación con el texto, de la que se desprende esa unidad nueva del artículo artístico-literario.

Junto a estos rasgos, no hay que olvidar los que completan su trascendencia en esta fase del costumbrismo, como es la práctica ausencia en el texto del factor político explícito y del concepto histórico y vivencial de región. La colección, auténtica fuente de información para el folklorista, queda sin embargo fuera del folklore debido al tono sátirico que suele aflorar en sus descripciones y —aunque— el valor poético no pase de un nivel medio— por la actitud fundamentalmente literaria con que se da cuenta de la realidad.

Los españoles, en suma, reúne las características básicas de las colecciones de tipos nacionales escritas en colaboración e ilustradas y supone la consolidación del subgénero de tipos al tiempo que representa el lugar de encuentro de muchas de las líneas trazadas por los creadores del género. (18)

Derivados de Los españoles pintados por sí mismos.

Los españoles tiene una significación equiparable al Semanario Pintoresco por cuanto, como éste, aglutina los -- reasgos de una fase del costumbrismo, representa una aclimatación de experiencias extranjeras similares y sienta los precedentes para un conjunto de obras que siguen sus huellas -- más o menos de cerca a la par que introducen elementos nuevos en el proceso del género. La familia de Los españoles -- ronda la docena de títulos, llena más de medio siglo y modifica el esquema nacional propuesto en textos anteriores para ir desde las regiones peninsulares hasta todo el mundo -- iberoamericano.

El primer derivado por cronología, que no por mérito, -- es El álbum del bello sexo o las mujeres pintadas por sí mismas (1843), publicado a muy poca distancia de su modelo -- y catorce años antes que su homónimo francés. Resultó inconcluso, pues sólo vieron la luz dos de las ochenta entregas proyectadas, e incoherente como aportación femenina ya que -- la segunda entrega la escribió Antonio Flores. (19)

Al título y al plan se reduce prácticamente la relación entre el modelo y Las habaneras pintadas por sí mismas en -- miniatura (1847) de las que Bartolomé José Crespo, su único autor, ofrece quince tipos mediante versos más laudatorios -- que descriptivos -- lo cual de hecho no es costumbrismo -- sin ilustraciones y en formato notablemente reducido. (20)

De la misma zona es Los cubanos pintados por sí mismos (1852) que sigue mucho más de cerca a Los españoles y tiene conciencia de sus precedentes. En el único volumen publicado de los dos anunciados colaboran un solo dibujante y un solo grabador para las dieciocho láminas que lo ilustran, -- además de los veintitrés escritores, y aparecen representados treinta y ocho tipos, de los que sólo una minoría son -- autóctonos. (21)

El intento, fallido, de Los cubanos se consigue en Los mexicanos pintados por sí mismos (1855), la mayor de las colecciones sudamericanas en lo literario, lo artístico y lo tipográfico. El volumen recoge treinta y tres artículos y -- otras tantas láminas y un repertorio de tipos presentados -- con variedad tónica y rasgos geográficos diferenciales, a la vista de la notable presencia de elementos peculiares del -- país, especialmente de las clases populares, cuyo lenguaje -- es plasmado en los diálogos y cuya indumentaria constituye -- una rica fuente para el folclorista, (22)

Propiamente, la primera muestra peninsular de estas colecciones derivadas de Los españoles es los valencianos -- pintados por sí mismos (1859), que sigue de cerca al modelo, sin igualarlo, aunque su peculiaridad geográfica supone un hito costumbrista por el predominio de lo indígena en los -- tipos, en su mayoría populares y rurales. Son en total cuarenta y cuatro, con sus correspondientes láminas xilografadas y vieron la luz no por entregas, sino como libro, iniciando también este rasgo. El renombre de los veintidós colaboradores, sin no traspasa los límites regionales, viene avalado por la fidelidad minuciosa, casi folklórica con que --

describen una realidad tan inmediata. (23)

Con la misma intención que El álbum del bello sexo e inferior en calidad al modelo e incluso a Los valencianos, aparece Las españolas pintadas por los españoles (1871-72) como libro, en dos volúmenes de treinta y cinco y treinta y tres artículos, respectivamente, acompañados de sólo diez litografías. Aunque algunos de los autores son relevantes, el conjunto de los tipos descritos, preferentemente de la clase media y psicológica, carece de valor documental, está elaborado con técnica más periodística que literaria y ya deja traslucir un tratamiento festivo, letal para el costumbrismo. (24)

El aspecto de Los españoles de ogaño (1872) es muy similar a la colección coetánea dedicada a Las mujeres, su título difiere de los habituales y ni siquiera está ilustrada. No obstante, la importancia de su criterio temporal lo vincula estrechamente con el modelo, del que busca una puesta al día. En dos volúmenes, de cuarenta y cinco y cuarenta y un artículos, respectivamente, los tipos más representados son los urbanos de clase media y los de oficios populares. Índice de los cambios experimentados por el país en tres décadas es la novedad de profesiones relacionadas con la industria, la técnica, el derecho, la prensa —los más de los cincuenta autores son periodistas— y, especialmente, la presencia de la única nota diferencial geográfica: "El catalán", tipo que evidencia el regionalismo en ciernes al oponer el desarrollo industrial de la periferia a la burocracia central. (25)

Por los mismos años comienza a publicarse Las mujeres españolas, portuguesas y americanas (1872-73-76), en tres volúmenes de tipos femeninos que, al incluir también los de Filipinas, cubre todo el mundo iberoamericano. La amplitud espacial del plan va acompañada de una calidad tipográfica, artística y de encuadernación que no desmerece del lujo admirado en colecciones extranjeras y cuenta con una selección de colaboradores masculinos donde, más que los inevitables periodistas o los asperables costumbristas, figuran firmas de renombre literario, científico y político. Con todo, la importancia de la obra reside en que los sesenta y siete tipos se establecen con criterios geográficos antes que sociales, económicos o psicológicos. Por esto se abandona la descripción pintoresca y colorista y, sobre todo, el tono humorístico o satírico, mientras las costumbres tradicionales son tratadas en algunos casos con una seriedad y una documentación propias del estudio folklórico. — Tal cambio en gran medida supone una salida de la órbita del costumbrismo y no es de extrañas en el contexto del regionalismo cultural y del federalismo de la época. (26)

La última colección digna de ser mencionada entre las derivadas de Los españoles es un título doble: Los hombres españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos y su gemelo, Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas (h. 1880-85). El aspecto material, incluido el artístico, de ambos volúmenes, es de gran calidad y el móvil al que parecen obedecer resulta trascendente para la historia ya que pretenden dar cuenta de los usos colectivos del momento ante la gran transformación que están sufriendo. El intento hace pensar en Los españoles de

español, pero, aunque incluyen artículos como "El proletario del campo" o "la obrera catalana" que hablan de los cambios sociales, globalmente, Los hombres y Las mujeres apenas ofrecen novedades en el proceso del costumbrismo; con zonas tan amplias por describir, lo madrileño vuelve a tener una presencia desproporcionada, la mayoría de los autores carece de relieve, se insiste en tipos ya conocidos desde 1843-44 y, en conjunto, se trata de un repertorio regresivo ya que incorpora cuadros de costumbres, ajenos a estas colecciones por definición. Por otra parte, se incluyen artículos, como los folklóricos, más allá del costumbrismo. (27)

Antes de que el costumbrismo comience la lenta inflación hacia su desvirtuamiento o desaparición, Los españoles y sus derivados aportan al movimiento elementos significativos que hablan de las nuevas condiciones de la sociedad desde que comienza a mediar el siglo. En el momento en que el público quiere comprar su propio retrato literario, en que el editor arbitra fórmulas especiales para su fácil venta y en que el escritor trabaja mediante encargo y para un medio distinto al de los diarios, las colecciones de tipos suponen, como mínimo, un cambio de la función que cumple la periodicidad de las publicaciones. De la revista periódica se pasa a la entrega periódica. Se mantiene la periodicidad como ritmo de difusión pero se transforma el vehículo y se desplaza el marco de referencia por razones editoriales: los artículos forman parte de un libro que es proyecto previo a su aparición individual, frente al contexto "en presencia" de la publicación periódica y frente al volumen ocasional, pero no necesariamente, los recoge con-

posterioridad. Con respecto al periódico, que suele publicar artículos de costumbres y a la revista especializada -- donde abundan, las colecciones están íntegramente dedicadas a ellos.

Con las múltiples ilustraciones que las enriquecen, -- las amplias zonas descritas, la puntualidad -- a veces folklórica -- con que informan de la realidad circundante, estas obras colectivas resultan ser un ente nuevo surgido del conjunto de sus componentes. No obstante, siguen respondiendo, a su modo, a un móvil muy costumbrista remodelado por Los españoles: más allá de la pura recreación en lo característico del país, se intenta identificar y fijar literariamente las exiguas muestras del vivir tradicional o de lo -- aún no igualado con Europa. Tal intento, al menos en lo referente a España, es una despedida de lo ^{que} Estébanez, Mesonero y Larra habían observado en plena transformación. (28)

2.2.2.6. Otras colecciones de varios autores.

El jalón que marca Los españoles se puede calibrar una vez más atendiendo a otras colecciones de artículos de varios autores con intención y resultados distintos. Cierto -- es que cuentan con elementos no siempre desdeñables pero, en conjunto, son más recuerdo de la amplitud del fenómeno costumbrista que indicio de innovaciones significativas.

El sombrero, su pasado, su presente y su porvenir, que aparece en 1959, puede ser reseñada como muestra de obra co-

lectiva de escasa implantación o en virtud de la importancia de algunos de sus colaboradores y de la presencia de otros aparecidos en las colecciones de tipos más conocidas. (29)

Esta es una de las características de Madrid por dentro y por fuera (1873), en la que el aragonés Eusebio Blasco reúne a treinta y cuatro autores que contribuyen más con un periodismo a vuela pluma que con páginas literarias de calidad. En un momento en que las colecciones de artículos en castellano dan fe artística y literaria de las costumbres desde Argentine a Cuba y desde Brasil a las filipinas, la presente, sin ilustraciones, se limita a Madrid, del que describe calles, plazas, centros de reunión social y tipos de la Corte. Estos no pasan de la decena entre un total de cuarenta y seis artículos. Tal predominio de las escenas cuando el costumbrismo ya se ha especializado en el subgénero de tipos, supone un nuevo rasgo regresivo. (30)

Casos como el de Tipos y costumbres de la isla de Cuba (1881) testimonian la persistencia de un costumbrismo distante geográficamente de la Península pero no del todo alejado en su evolución. (31)

Notas al epígrafe 2.2.2.

- 1.- El primer artículo de Estébanez publicado en las Cartas, "Pulpete y Balbeja", aparece en la tercera entrega (de 27 de abril de 1831) del tomo I, que abarca del 26 de marzo al 30 de junio, y ocupa las páginas 56-69, según el ejemplar consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid (Signatura 2/51312). Ucelay (cf. 1951, 41 n68) da marzo, --- abril y mayo como contenido del tomo I; para Jorge Campos (1955, I, XV), la revista comienza en julio según reza la portada de Cartas Españolas, aunque luego rectifica (cf. 1955, II, X n6).
- 2.- Al margen de su obra costumbrista —que no se agota en las compilaciones reseñadas—, su devoción por la Corteja apunta en 1831 con su Manuel de Madrid, continúa en El Antiquo Madrid (1861), Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841 (1841), países que parece no ver, cegado por la Puerta del Sol y sus alrededores, y se caba en una mina de noticias sobre la época que le ha titicado vivir: Memorias de un setentón (1880).
- 3.- El pobrecito Hablador. Revista satírica de costumbres... por el Bachiller D. Juan Pérez de Munguía. (14 números, del 27 de agosto de 1832 al 26 de marzo de 1833).
- 4.- De la selección preparada por Larra, apreciaron tres tomos en 1836 con setenta y seis artículos publicados hasta 1835 en El Pobrecito Hablador, La Revista Española y El Observador. Otros dos tomos, probablemente preparados también por su autor, se editaron postumamente en 1837 -

con 40 artículos, aparecidos en El Español y El Mundo -- desde 1835. Cf. Seco, 1960, I, LXXV.

- 5.- Ucelay (1951, 46) aduce el testimonio de Hendrix (1933, 210-211) para confirmar la profusión de artículos "por lo menos hasta 1860", y el de Menéndez Pelayo (Estudios de crítica literaria, Quinta serie, Madrid, Revista de Archivos, 1908, p. 383) para atestiguar la dificultad del género.
- 6.- Para Correa (1964, XXXVII ss.), "la mera imitación de Mesonero, Larra y Estébanez [es] lo que da lugar a tres -- tendencias costumbristas muy determinadas." Cf. Ucelay (1951, 114, 155, 236, ...) y F. Montesinos (1972b, 75-94) que establecen filiaciones a propósito de Los españoles pintados por sí mismos y el Semanario Pintoresco Español, respectivamente.
- 7.- Cf. Benítez Claros, 1955, 51-69, 91-112 y, sobre todo, -- Rubio, 1977, 57-108; 1978, 7-23, 25-69, 71-172; 1979, 33-36, 91-98, 99-101.
- 8.- Los datos, fragmentarios y no siempre coincidentes, principalmente en Correa, 1964, XLIV ss. y Ucelay, 1951, -- "Apéndice II".
- 9.- Según los ejemplares consultados en la Biblioteca Nacional de Madrid (signaturas D-698 y D-5673), a cada año corresponde un volumen con paginación seguida, las tres -- primeras series van de 1836 a 1838, de 1839 a 1842 y de 1843 a 1845, respectivamente. La cuarta, denominada "Nueva Época", es la más extensa y consta de los 12 volúme--

nes publicados de 1846 a 1857. José Simón Díaz (1946a, - XI) prefiere hablar de tres épocas englobando las dos - últimas. Los años 1843-1844 que da Peers (1973, II, 129 n146) para la "Tercera Serie" y los doce volúmenes que - computa Ucelay (1951, 45 n79) son erratas evidentes.

10.- Para Ucelay (cf. 1951, 45 n79) sólo dirigió la primera - serie, pero de una lectura directa se desprende que la - dirección se extendió a la Segunda Serie. También fue - coeditor en la primera de sus fases y, al final de ésta, - propietario.

11.- El aliciente de estos títulos es tal que casi treinta - años más tarde aún es utilizado de forma plena (aunque - en sus páginas no abunde el costumbrismo) en el Semana- - rio Popular, Periódico Pintoresco (1862-1865).

12.- Valga como muestra la siguiente relación: El Artista - - (1835-36) y su continuación, No me olvides (1837-38), - El Panorama (1838-40), Nosotros (1838-39), Abenámbar y - El Estudiante (1839), El Estudiante (1839), El Corres- - porsal (1839-44), La Aurora (Zaragoza, 1839-41), Fray - Gerundio (1839-42), La Palma (Palma de Mallorca, 1840-- - 41), La Aureola (1842), El Nalón (Oviedo, 1842), Fray - Gerundio (1843-44), El Reflejo (1843), La Risa (1843-44) El Abencerraje (Granada, 1844), La Crónica (1844-45), - Revista General pintoresca del Avisador Malagueño (Mála- - ga, 1845-46), El Trovador (Barcelona, 1846), Revista de - Ciencias, literatura y artes (Sevilla, 1855-1860), El - Mundo Militar. Panorama Universal (1859-63), La sátira- - de Ambos Mundos (París, 1860), Revista de Cataluña (Bar

celona, 1862), Sancho Panza (Cádiz, 1863-65), ...

El conocimiento y, a veces, el acceso a publicaciones de este tipo se ve facilitado por trabajos como los de la "Colección de Índices de Publicaciones Periódicas", de José Simón Díaz y sus colaboradores (CSIC, Madrid), cuyos volúmenes XIX, XX, XXII y XXIII, correspondientes a Veinticuatro diarios (Madrid, 1830-1900), resultan muy útiles para el rastreo del costumbrismo en los periódicos madrileños. También ayudan a desbrozar el camino relaciones de títulos confeccionados con otros fines, como el de Campos (1955, I, XXXIX-XL) o, pensando en el investigador, como el de Ferreras (cf. 1979, número 1.693) o el de Zavala (cf. 1972, 83-125).

13.- Las revistas de esta clase, aunque ya aparecen antes, realmente son características de años posteriores: 1843: El Museo de las familias; 1849: La Ilustración; 1857: El Museo universal, que en 1869 se fusiona con La Ilustración Española y Americana; 1871: La Ilustración Republicana Federal; 1879: La Ilustración. Revista Hispanoamericana (Barcelona); 1882: La Ilustración Artística (Barcelona); 1882: El Semanario de las familias; 1886: Ilustración non plus ultra (Barcelona); 1887: El Museo Popular.

14.- Cf. Ucelay (1951, 62-64, 116-120, 121 n44, 130-135) para la relación grabado-costumbrismo, y F. Montesinos (1972, 95-106), Ucelay (1951, 77-80, 99-101, 164-167) y Correa (1964, XL nl), para el papel desempeñado por las fisiologías.

- 15.- Hay una reimpresión, también de Boix, el mismo año ---- 1843, al menos del primer volumen, y una nueva edición - de 1851 en un solo volumen, realizada por Gaspar y Roig en Madrid, sin el apéndice y con variaciones en el orden de los tipos y de las láminas. Con respecto a la primera edición, resulta de inferior calidad, debido indudablemente a razones económicas que llevaron a abaratar - el costo. Cf. Ucelay, 1951, 102, 108-109.
- 16.- Les Français peints par eux-mêmes. Encyclopédie Morale - du dix-neuvième siècle. Paris, L. Curmer, 1840-1842, 9 - vols. Las primeras entregas aparecen en 1839. Heads of - the People: or Portraits of the English drawn by Kenny - Meadows, With original essays by distinguished writers. London, Robert Tyes [Vizetelly and Co. Printers]. ---- 1840-1841, 2 vols. Es la colección inglesa que sirvió - de modelo a los Français... Comenzó a publicarse por -- entregas en 1838 probablemente. Les Anglais peints par eux-mêmes. Par les sommités littéraires de L'Angleterre, Dessins de M. Kenny Meadows. Traduction de M. Émile de - la Bédollière, Paris, L. Curmer, 1840-1841, 2 vols. Co- menzó a publicarse el 19 de enero de 1839. Cf. Ucelay - 1951, 68-71.
- 17.- A excepción de Larra, ya muerto, participan los creadores del movimiento costumbrista, junto con sus seguidores. Al lado de Mesonero, están Antonio Flores y Antonio Gil de Zárate. Tomás Rodríguez Rubí y Sebastián Herrero son los más significativos nombres de la "escuela" de Estébanez. La orientación iniciada por Larra está -- presente a través de Santos López Pelegrín, Abenámbar y -

Juan Martínez Villergas.

También contribuyen con su firma autores no directamente vinculados al costumbrismo como J.E. Hartzembusch y Manuel Bretón de los Herreros y otros aun más alejados del movimiento, como el Duque de Rivas, Antonio García Gutiérrez y Zorrilla.

- 18.- Para todo este apartado, cf. Ucelay, 1951, 99-180; f. - Montesinos, 1972b, 107-133 y Correa, 1964, XXXIX-XLI.
- 19.- Apareció en Madrid en la imprenta de El Panorama Español. Les femmes peintes par elles-mêmes fue editado en 1858. Cf. Ucelay, 1951, 182, 98.
- 20.- Bartolomé José Crespo: Las Habaneras pintadas por sí mismas en miniatura, La Habana, Imprenta Oliva, 1847, - 8^o. Cf. Ucelay (1951, 192 ss.), quien, en p. 193 n22, da una relación de los tipos incluidos.
- 21.- Los Cubanos pintados por sí mismos. Edición de lujo, - ilustrada por Landafuze con grabados de D. José Robles. La Habana, Imprenta y Papelería de Barcelona, 1852, Vol. 1, 333 pp. Cf. Ucelay, 1951, 193-195 y, 194 n24, para el índice de tipos.
- 22.- Los mexicanos pintados por sí mismos. Tipos y costumbres nacionales por varios autores. México, Imprenta de M. Murguía y Co., 1855, 290 pp., 4^o. Las colaboraciones aparecieron como anónimas. Según una edición de 1935, los autores fueron seis. Ucelay da como fecha -- 1854 y, si bien las entregas se publicaron en ese año, la obra solo apareció en volumen al siguiente. Cf. Uce-

- lay. 1951, 196-199 (Índice de tipos en 197 n30).
- 23.- Los valencianos pintados por sí mismos. Obra de interés y lujo escrita por varios y distinguidos escritores. - Valencia, Imprente de la Regeneración Tipográfica, de D. Ignacio Boix, 1859, 396-45 pp., 23 1/2 cm. Algunos artículos aparecieron en periódicos desde fines de 1847 Cf. Ucelay, 1951, 183-186. Índice de tipos en p. 185 - n8 y, con sus respectivos autores, en Correa, 1964, ---- CXXXIII.
- 24.- Las Españolas pintadas por los españoles. Colección de estudios acerca de los aspectos, estados, costumbres y cualidades generales de nuestras contemporáneas! Idaada y dirigida por Roberto Robert con la colaboración de... Madrid, Imprente a cargo de J.E. Morete, 2 vols; I: -- 1871, 310 pp., II: 1872, 308 pp., 21 1/2 cm. Entre los autores más conocidos, figuran Ramón de Campoamor, Eusebio Blasco, Ventura Ruiz Aguilera, Manuel del Palacio, Enrique Pérez Escrich y, sobre todo, Benito Pérez Galdós. Cf. Ucelay, 1951, 187-189. Índice de tipos en p. 188 n12 y, con sus respectivos autores, en Correa, 1964, CXXXIV.
- 25.- Los españoles de Ogaño. Colección de tipos de costumbres dibujados a pluma. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1872, 2 vols; vol 1: 396 pp.; vol 2: 394 pp., - 18 1/2 cm. Cf. Ucelay, 1951, 189-192. Índice de tipos en pp. 190-191, n19 y, con sus autores, en Correa, ---- 1964, CXXXIV-CXXXVII.

- 26.- Las mujeres españolas, portuguesas y americanas tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo, en los espectáculos, en el taller y en los salones. Descripción y pintura del carácter, costumbres trajes, usos, religiosidad, belleza, defectos, preocupaciones y excelencias de la mujer de cada una de las provincias de España, Portugal y Américas Españolas. Obra escrita por los primeros literatos de España, Portugal y América e ilustrada por los más notables artistas españoles y portugueses. Madrid-La Habana-Buenos Aires, Imprenta y Librería de D. Miguel Gijarro, editor, tres vols., 1872 1873, 1876, folio mayor, 82 -- Láminas, I, 434 pp.; II, 542 pp.; III, 298 pp. Cf. Uccelay, 1951, 199-205. La relación de autores y tipos, en Correa, 1964, CXXXV-CXXXVI.
- 27.- Los Hombres Españoles, Americanos y Lusitanos pintados por sí mismos. Colección de tipos y cuadros de costumbres peculiares de España, Portugal y América, escritos por los más reputados literatos de estos países, bajo la dirección de D. Nicolás Díaz de Benjumea y D. Luis Ricardo Fors, e ilustrada con multitud de magníficas láminas debidas al lápiz del reputado dibujante D. Eusebio Planas. Tomo primero, Barcelona, Establecimiento tipográfico-editorial de Juan Pons, S. a., 807 pp., 31 cm (Biblioteca Hispano Americana). Las Mujeres Españolas, Americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ella ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país a que pertenece. Obra dedicada a la mu-

jer por la mujer y redactada por las más notables es--
critoras hispano-americano-lusitanas, bajo la dirección
de la señora Dña. Faustina Sáez de Melgar, e ilustrada--
con multitud de magníficas láminas dibujadas por D. Eu--
sebio Planas. Tomo primero, Barcelona, Establecimiento--
Tipográfico-editorial de Juan Pons, S. O., 847 pp. 31 -
cm (Biblioteca Hispano Americana).

Ambas aparecen sin fecha. Por la de las ilustra--
 ciones (1880, 1881, 1882) y la que aporta Palau (1885)
 se obtiene una aproximada de publicación, si bien pare-
 ce que a la edición en volumen precedió la de entregas.
 Cf. Ucelay, 1951, 205-210 y, para el índice de tipos y
 autores, Correa 1964, CXXXVIII-CXL. Para otras obras -
 conectadas por la temática femenina con la aquí mencio-
 nada, cf. Correa, 1964, XLIV nl.

28.- Para lo que afecta a este apartado, cf. Ucelay, 1951,-
 181-210; F. Montesinos, 1972b, 133-134 y Correa, 1964,
 XLI-XLIV.

29.- El Sombrero, su pasado, su presente y su porvenir. Por
un gran número de escritores, por los señores... Ma--
 drid, Imprenta de La América, 1958. Son cuarenta y seis
 colaboraciones y, en prosa y verso, se presentan como -
 noticias históricas, monólogos, fabulas, ... Entre los
 autores, destacan Estébanez, Alarcón, Hartzzenbusch, --
 Ventura de la Vega, Antonio Trueba, Eduardo y Eusebio-
 Asquerino, Manuel Ossorio y Bernad, José Selagas, Nar-
 ciso Serra, Juan Pérez Calvo y Manuel del Palacio.

- 30.- Madrid por dentro y por fuera. Guía de forasteros incautos. Misterios de la Corte, enredos y mentiras, verdades amargas. Fotografías sociales. Tipos de Madrid, señoras y caballeros, políticos y embusteros. Lo de arriba, lo de abajo y lo de dentro. Madrid tal cual es. Madrid al pelo, etcétera. Dirigido por Eusebio Blasco y escrito por varios autores. Madrid, s. e., 1873. Debido a las características mencionadas, a las que se podría añadir el título, Ucelay no la menciona. Sin razón aparente, Correa la incluye entre las obras derivadas de Los Españoles. Cf. 1964, XLIII y, para índices de autores y artículos, CXXXVII-CXXXVIII.
- 31.- Tipos y costumbres de la isla de Cuba por los mejores autores de este género. La Habana, Miguel de Villa, -- 1861. En la colección participan muchos de los colaboradores de Los Cubanos pintados por sí mismos (1852); cf. Ucelay, 1951, 195 n27.

2.3. EL POSTCOSTUMBRISMO

2.3.1. La transición al postcostumbrismo.

Además de enlaces como el que el costumbrismo tiene con la novela posterior, por ejemplo, en virtud del germen de realismo que se aprecia en Los españoles, o de diferentes implicaciones con producciones vecinas, el género perdura hasta finales del siglo XIX, cuando tipos y escenas se diluyen en lo cómico, no se aprecian innovaciones y se sistematiza la involución. Ya en el último tercio del siglo, pero fundamentalmente en el período de entresiglos, se puede observar la generalización de creaciones literarias sólo vinculables al proceso iniciado en 1831 de manera superficial y con un significado necesariamente distinto. (1)

Los "desvíos" o "adherencias" que va mostrando el costumbrismo a lo largo de su proceso comienzan a ocupar un primer plano cuando las referencias admitidas como modelo quedan desdibujadas y a los ojos del lector destacan más ciertos rasgos hasta entonces considerados secundarios. Es un momento en que el criterio adoptado puede modificar no -

sólo el valor objetivo de estos casos y su estudio dentro o fuera del género, sino también la importancia relativa de los nuevos modelos a los que son remitidos. Se trata de obras que por sus cualidades genéricas, su lugar de producción o sus implicaciones extraliterarias pueden considerarse como transición hacia creaciones claramente costumbristas.

Un título que normalmente queda malparado al ser ubicado a mitad de camino entre el costumbrismo y la novela es Doce españoles de brocha gorda (1846), en el que su único autor, Antonio Flores, costumbrista en la línea de Mesonero, tras contribuir con cinco artículos a Los españoles, se propone describir veinticuatro tipos que echa en falta en esa colección. La originalidad del intento radica en que convierte en personajes a los tipos al individualizarlos, y los relaciona sirviéndose de un argumento ficticio que impide identificarlos pero no que, al actuar, revelen cabalmente la trabazón interna de la sociedad. Flores presenta a sus personajes con ese tratamiento realista, si bien los sitúa en un ambiente urbano, significativamente distinto al de la novela regional. Por todo ello, esta novela de costumbres contemporánea, cuyo planteamiento —y otros aspectos, como el uso de ilustraciones— no se explica sino en relación con Los españoles, escapa a los límites del costumbrismo en tanto que su realización técnica la aproxima al género novelasco. (2)

No hay duda, sin embargo, de que lo que viene a ser muestra de un género híbrido en Flores es decididamente novela en casos como las creaciones realistas de Fernán Caba-

llero a pesar de que cuenten con numerosos elementos costumbristas e incluso lleguen a anunciarse como obras de este género desde el título.

El costumbrismo que se escribe fuera del ámbito madrileño, sobre todo desde el último cuarto del siglo, además de rozar lo novelesco y el folklore, evidencia otra zona imprecisa en el terreno que ocupa el género. Ahora, más que del criterio adoptado, próximo a la novela o alejado de ella, se trata de dilucidar mediante análisis particulares cuándo se está ante un simple desfase cronológico que circunstancialmente se localiza en una provincia y cuándo el costumbrismo periférico posee notas diferenciales —al margen, incluso de la temática— impropias de la Corte sin que lleguen a resolverse en literatura regional. Conocidas o por exhumar de las publicaciones periódicas en que yacen, son muy numerosas las obras que esperan una adscripción al costumbrismo nacional, un reconocimiento de caracteres originales en el proceso del género o, sencillamente, una exclusión de éste.

En el caso, por ejemplo, del ámbito lingüístico catalán, entre las reseñadas con más frecuencia figurarían: Quadros populars (1881) y Plorant i rient (1891), de Emili Vilanova (1840-1905), recogidas luego en Escenes Barcelonines; también Escenes de la vida pagesa (1878) y Escenes de ciutat (1893), de J. Riera i Bertrán, costumbrismo, en su mayoría, de ambiente urbano,

Ya a principios de siglo, los últimos nombres de importancia vinculados al género son Narcís Oller (1846-1930) por sus colecciones de relatos y cuadros: Figura i paisatge ---

(1897), Rurals i urbanes (1916), Al llapis i a la ploma --- (1918) y Santiago Rusiñol, con El Poble gris (1902) y L'illa de la calma (1924) (3)

En Baleares, habría que tener en cuenta a Gabriel Maurra (Aigoforts, en el semanario L'ignorància), Pere d'Alcàntara Penya, S. Ferrà y Miquel dels Sants Oliver, para Mallorca y Angel Ruiz i Pablo para Menorca.

El costumbrismo que se inicia en Valencia con la fundación de El Mole por J.M. Bonilla y luego se desarrolla en periódicos liberales como La Donsaina y El Cresol, puede quedar representado por El Tabetot, donde S. Guinot y Pasqual i Tirado practican el género en prosa, y Badenes y Constantí Llombart, en verso.

Muestras de esta zona del costumbrismo ^{de la zona} entre géneros y siglos aparecen en otras áreas periféricas como es lógico, sólo que su enumeración no añadiría, de momento, ningún elemento significativo. (4)

2.3.2. El postcostumbrismo.

Admitidas unas coordenadas literarias y, en general, culturales, resulta relativamente fácil establecer el comienzo del costumbrismo pero no así su momento final, al carecer de las referencias correspondientes para situarlo. La necesidad apuntada de estudiar en cada caso el material existente y de fijar los elementos que hay que tener en cuenta para ello - explica la imprecisa pero inevitable calificación de costumbrismo de transición hacia lo que, a todas luces, no perte-

neces al género. Con todo, queda referirse explícitamente a algunos títulos y ciertos tipos de producción literaria para que, al menos, haya una mínima seguridad de cuándo se está fuera del terreno objeto de acotación y, por lo tanto, -- puede manejarse con propiedad el término postcostumbrismo -- en sentido cronológico y genérico.

2.3.2.1. Antologías.

Para la economía de la historia del género, ya no es costumbrismo (como aún no lo era lo anterior a 1831), por ejemplo, El Álbum de Galicia (Ferrol, 1897), caso poco frecuente de colección de artículos, en esta ocasión catorce, -- reunidos tardíamente y prologados por Victorino Novo García, Antonio Cívigo y Varca. La obra consiste en una mera antología --eso sí, temprana y de cotizadas firmas-- del costumbrismo gallego más que la representación de una nueva modalidad de vehículo de difusión o de iniciativa empresarial. -- Es más, la colección vino a suplir el vacío creado por el intento malogrado de Los gallegos pintados por sí mismos -- que hacia 1875-76 quiso dar a la luz en Madrid la tertulia Galicia Literaria. Todo ello abona el criterio que lleva a excluir el Álbum por la cronología, la forma, y los motivos de su publicación --y, con mayor razón, las antologías similares posteriores-- a pesar de que cada artículo pudiera tener pleno valor costumbrista en el contexto del que fue extraído. (5)

2.3.2.2. "Costumbrismo" retrospectivo y arqueológico. Costumbrismo y folklore.

De lo que no cabe duda es de que la reconstrucción de ambientes, en especial los muy pretéritos, y en época posterior al movimiento, o "costumbrismo" retrospectivo, apenas tiene que ver con el género en cuestión. Sólo comparte con este, y de forma accidental, lo literario de una evocación —no siempre presente ni del mismo tipo— del objeto descrito y, más notoriamente, el manejo de datos comunes sobre costumbres.

Falta este tratamiento literario específico y a veces incluso la coherencia entre la evocación y lo evocado en folletos y libros como Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa (1831), de Mesonero Romanos; Femoria histórico-artística del Teatro Real de Madrid (1850) de Manuel Juan Diana; Del Siglo de los Chisperos (1925), de Luis Martínez Kleiser; Costumbres y devociones madrileñas (1914), de Pedro de Répide; Estampas nuevas del Madrid viejo. Lugares, leyendas y patrañas de la antigua Villa y Corte traídas al tiempo de ahora (1947), de Diego San José; Cuerpo y Alma de Madrid (1945) y Madrid, Autobiografía (1948), de Federico Carlos Sáinz de Robles. (6)

El costumbrismo retrospectivo es la zona aledaña al costumbrismo literario por el lado de la erudición y la historia, así como otros costumbrismos que conforman el

contexto del género lo son por la parte de distintas ciencias, en especial el folklore y las próximas a la antropología, o de diferentes técnicas, documentales como las relaciones de viajeros o artísticas, como el grabado y la pintura.

Aunque muy vinculadas con el costumbrismo literario, las producciones cuya acento recae sobre lo histórico, científico e iconográfico no pueden considerarse parte o fase de aquél y menos cuando por su intencionalidad, vehículo de difusión y fecha de producción ni siquiera pertenecen al dominio de la literatura del siglo XIX.

2.3.2.3. Ejercicios literarios.

Otro tipo de obras a primera vista costumbristas constituyen las que, publicadas en el momento y en el vehículo para los que fueron escritas, reúnen rasgos tan característicos como el describir los usos colectivos costáneos o, incluso, mantenerse dentro de los límites intencionales propios de los costumbristas del romanticismo o del realismo, pero que, en su conjunto, no dejan de ser una pintura "a la manera de" los cultivadores más representativos del género realizadas en un momento histórico-cultural muy distinto del que proporcionó la creación de aquéllos.

Es este un fenómeno que se produce en las publicaciones periódicas de finales del siglo XIX y comienzos del XX de manera habitual y del que no falta la muestra esporádica pero significativa; así, durante 1915, la revista Espa-

ña, fundada por Ortega y Gasset, va ofreciendo una serie — de veinticuatro artículos bajo el evocador rotulo de Los españoles pintados por sí mismos.

Tales ejercicios literarios, en forma de artículo suelto o de colección, llegan hasta nuestros días aunque sus funciones no tienen absolutamente nada que ver con las de sus modelos. (7)

2.3.2.4. "Costumbrismo" en el siglo XX. "Costumbrismo" actual.

Un caso distinto, aunque no en todas sus implicaciones, es el de los artículos o pasajes fundamentalmente descriptivos que ya en el siglo XX, literariamente hablando, escriben autores destacados aunque no precise o exclusivamente por la atención dedicada a tales creaciones.

Hay ocasiones especiales en que estas son realizadas como si se tratase de un género "clásico" perfectamente codificado, intemporal y sin ningún vínculo con la corriente nacida en el romanticismo. Se puede pensar en autores como Unamuno (De mi país), Pío Baroja (La lucha por la vida), Valle-Inclán, Azorín, Santiago Rusiñol, José María Salaverría (Alma vasca, Sevilla y el andalucismo), Gabriel Miró (Hilván de escenas, 1903), Ramón Pérez de Ayala, José Francés, Ramírez Angel, Eugenio Noel, Gómez de la Serna (Elucidario de Madrid, El Rastro) y José Gutiérrez Solana (Madrid. Escenas y Costumbres, 1913 y 1918; La España negra, 1920; Madrid Callejero, 1923; Los pueblos de Castilla, 1924). (8)

2.3.2.5. La literatura costumbrista. El realismo.

Sin ser tan conocidos, otros muchos autores que cultivan la narrativa, el teatro y la poesía con especial devoción o facilidad para la pintura fidedigna de la realidad, suelen ser catalogados habitualmente como costumbristas. — Se trata, sobre todo, de quienes nutren las nóminas de escritores de la literatura regional, de la local y aun de autores que limitan la descripción de la historia menuda a un solo barrio o tipo, en cuyas páginas se aprecia lo que son o parecen ser rasgos costumbristas aislados; pero, por más que estos abunden, y muevan a confundir los límites, es preciso recordar que existe una clara frontera genérica entre el costumbrismo y cualquier otro tipo de literatura al que se atribuya: generalmente este calificativo, en especial fragmentos o aspectos de una novela o, incluso, novelas enteras, cuentos, sainetes, romances y hasta pregones de fiestas, sin olvidar los artículos evocadores del pasado urbano o rural que aparecen constantemente en la prensa. Tales manifestaciones literarias no pueden incluirse entre las que denominamos artículos de costumbres, a no ser que el término costumbrismo se use en un sentido muy lato, histórica y genéricamente incorrecto, y que, por extensión aún más discutible, se aplica con excesiva frecuencia a cualquier obra en la que se aprecien aspectos definidos, con propiedad o sin ella, como "realistas".

Notes al epígrafe 2.3.

1.- Cf. Ucelay, 1951, 173-175.

2.- Doce españoles de brocha gorda, que no pudiendo pintarse a sí mismos, me han encargado a mí, Antonio Flores, su retrato. Novela de costumbres contemporáneas. Madrid, — Saavedra, Librería Boix, 1846. Con grabados y doce láminas fuera de texto. Cf. Ucelay, 1951, 169-174 y 183-185 que incluye lista de tipos, Lo que para Ucelay es una "curiosidad histórico-literaria" (p. 169) para Correa merece el calificativo de "novela frustrada" (1964, — XXXVIII) de un "novelista sin imaginación" (p. LXXX). Para referencias más amplias, cf. Benítez Claros, 1955, — 91-112 y, sobre todo, Rubio, 1977, 129-186; 1979, 91-92.

3.- Otros autores menores que aparecen en obras de consulta y que hay que situar en torno a comienzos de siglo son: — J. Pons i Massaveu, Careta i Vidal, Ramón i Vidales, — Gení i Aguilar, Lluís B. Nadal, Dolores Monserrá y Juli Vallmitjana.

4.- En lo apuntado, puede que sobren algunos nombres y títulos, sean inexactos otros y, sin duda falten muchísimos. Por eso, fundamentalmente, no hay otra intención que la de reunir información olvidada, dispersa, y difusa, en general, al mencionar algo de lo producido en otras zonas, todo ello muy necesitado de revisión.

En la misma región valenciana que se acaba de ver, habría que considerar listas indiferenciadas como la aportada por Correa (1964, CXXIII): Vicente Boix, Peregrín García Cadena, Pascual Pérez y Rodríguez, José —

Bernat Baldoí, el Barón de Cortes, Joaquín Pardo de La Casta, José Zapater y Ugeta, Pérez Escrich, Blasco Ibáñez, Azorín y Miró.

En el País Vasco, Antonio Trueba, el marqués de Valmar, Sabino de Goicoechea, Argos (Pasevolantes, -- Otros Pasevolantes -- 1889 -- y Últimos Pasevolantes, -- 1895) Unamuno, José María Salaverría, Aranz Castellanos y Dionisio de Azkue, Dunixi.

En Galicia, Antonio Neira de Mosquera, el conde de Pallares, Manuel Murguía, Rosalía de Castro, Carlos del Valle-Inclán (Escenas Gallegas, Pontevedra, 1894), la condesa Pardo Bazán, Jesús Murais, Filomena Dato, Sallas y Quiroga, Ricardo Puente y Brañas y Luis Taboada, aunque estos últimos apenas describen su tierra.

En Andalucía, Gustavo Adolfo Bécquer y Salvador Rueda (El patio andaluz, 1886; Granada y Sevilla, 1896) La relación, ya dudosa, puede engrosarse con los nombres de los que han descrito la región: Beatriz Cienfuegos Estébanz Calderón, Fernán Caballero, Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Ganivet, Alcalde Valladares, Azorín, Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, Eugenio Noel, Salaverría, Alcalá Venceslada, Cruz Rueda y Emilio García Gómez.

En Canarias, Rafael Ramírez y Doreste (Donde nació, Cuadros canarios. Barcelona 1899) e Isaac Viera, ya en el siglo XX, con Costumbres Canarias. También describen las islas Antonio de los Ríos y Rosas y José García Ortega. Casi el terreno exclusivo del cuento escriben Luis y Agustín Millares Cubas (De la tierra canaria, Escenas y paisajes, Madrid, 1894) y Perez de Armas (Escenas ma-

rineras).

Para Aragón, objeto de este trabajo, los costumbristas mencionados normalmente han sido Vicente de la Fuente, Manuel Juan Diana y Miguel Agustín Príncipe, Eusebio Blasco destaca más por su temática madrileña o general - que por la aragonesa. Las narraciones de Luis López Allié a principios de siglo suelen ser consideradas tópicamente como límite genérico del costumbrismo aragonés.

En Asturias, Carlos Frontaura y Santos Manuel Rubín de Celis y Noriega.

En Santander, Pereda, Amós de Escalante y Gutiérrez Solana.

En Navarra, Navarro Vilhoslada y José María de Iribarren.

En Murcia, José Sealgas y Cerrasco y Vicente Medina.

En León y Extremadura, Además de los colaboradores de El Semanario de Salamanca, Enrique Gil Cerrasco, Ventura Ruiz Aguilera, José María Gabriel y Galán y Luis Maldonado de Guevara y Ocampo.

Por supuesto que no procede ahora la comprobación de lo mencionado, aunque sí añadir que la confusión reinante, a veces, se enmascara al agrupar las producciones regionales desde el punto de vista de la temática, soslayando el género, el tipo de vehículo de difusión y su localización, la patria del autor y la cronología. Así, Correa habla de un Mapa del Costumbrismo Español que, evidentemente, poco tiene que ver con el género tal como proponemos considerarlo. Cf. 1964, XLV, LXXIV, CV-CVI y, en especial CXXII ss.

- 5.- Cf. Correa, 1964, XLIV y, para la relación de títulos y autores, p. CXL.
- 6.- Cf. la extensísima y aún más discutible relación de títulos que aporta Correa, 1964, LXII-LXX.
- 7.- Correa considera el ejemplo citado como genuino derivado de Los Españoles de 1843-1844, cuyo ciclo cerraría. Cf. 1964, XLIV y, para la relación de autores y artículos, p. CXL.
- 8.- Cf. Correa, 1964, LII-LXI.

PARTE II

HISTORIA DEL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS.
(HACIA UNA DESCRIPCIÓN CRÍTICA DEL ARTÍCULO
PERIODÍSTICO-LITERARIO).

3.- EL PRECOSTUMBRISMO

3.1.- Hasta el Trienio Liberal (1797-1820)...

3.1.1.- Diario de Zaragoza (1797-1820). Semanario de Zaragoza (1798-1803) .

Aunque las fechas son suficientes para disuadir del empeño en encontrar muestras precostumbristas en la prensa aragonesa, sólo el escrúpulo obliga a recorrer las páginas de las Noticias Generales de Europa, venidas a Zaragoza -- por la vía Secreta de Flandes (sábado, 14 de mayo de 1689) y de la Noticia al Embajador del Rey católico en la Corte Británica, de las razones que han obligado a Su Magestad Católica a hazer la Guerra al Emperador (1733).

Tampoco la Gazeta de Zaragoza, cuyo primer ejemplar -- recogido en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza es el 7, del 17 de febrero de 1733, ofrece más aliciente para nuestros intereses.

El Diario de Zaragoza, con su prolongadísima trayectoria (1797-1907) y sus frecuentes cambios de rótulo (1), hilvana la discontinuidad de otras muchas empresas periodísticas. Hasta la llegada del Trienio Liberal ofrece algunos materiales destacables que, junto con los que exhibe el Semanario de Zaragoza, publicación más próxima a las revistas literarias y científicas, constituirían los indicios del -- precostumbrismo aragonés.

3.1.1.1.- La "mentecatechía", indicio de programa. Presentación aragonesista del marco de las escenas públicas. Tipos: el carrutaco (Rampín) (1797-1798).

Antes de cumplir un mes de vida, tras haber reproducido varias poesías de Ignacio Luzán y rompiendo la monotonía de los santorales aleccionadores y los anuncios de arriendos, sirvientes, ventas y pérdidas, el Diario nº 22 (2) presenta una "Carta" dirigida al Señor Diarista por un tal J.A. con el aire de introducir variedades literarias. El plan es rudimentario pero novedoso para el periódico: J.A. ofrece ir enviando parte de la herencia de su abuela, Dofia Simplicia Bolsa-Prieta, que consiste en

muchas fabulas, enigmas, epigramas, sonetos, odas, coplas dificiles de glosar, diferentes preguntas - y otras mil cosas de instrucción, ó inocente recreo. (p. 86)

El anuncio del legado y, sobre todo, la copla y las preguntas que adelanta hacen que encuentre eco en El Patricio, quien escribe una "Carta al Preguntador J.A.***, nieto y heredero de Dofia Simplicia Bolsa-Prieta", en el número 30. (3) El Patricio parece rebosar satisfacción al dar con una persona que, como él,

dotado de los sentimientos de patriotismo [...], trata de emprender algun proyecto interesante -- (p. 128)

Tanto aparato se debe a que el proyecto suponría un estímulo y una inestimable aportación de material para escribir

una historia la mas original; pero la mas intere-

sante, à saber la Mentecatechía (p. 118)
 pues adivina que, entre los papeles de la herencia,

ha de haber las ideas mas raras, los conceptos mas monstruosos, y las cosas mas estupendas; muy propias por lo tanto de mi asunto. (p. 118)

El proyecto puede que entusiasmase a algún lector coetáneo del Diario ya que, incluso a los ojos del lector actual, aparece como aperitivo de una jugosa correspondencia pública y donde, a propósito de ingenuos juegos, podrían desfilar por el papel las escenas y tipos que ilustran las variadas "ciencias" de la época en torno a petimeires y currutacos. Pero todo que da en lo apuntado pues, tras anunciar que, junto con J.A., va a "inundir a todo el mundo", El Patricio añade en postdata:

He pensado, que suspendamos nuestra comunicación mediante el Diario; porque los asuntos, coplas, y preguntas que han de formar nuestra correspondencia, no son objeto propio de este Periódico; (p. 119)

Es el colofón que invita, amablemente, a dar carpetazo al asunto porque, —es evidente que el abortado carteo no tendría continuidad privada— El Patricio no busca otra cosa que conjurar la presencia en el Periódico de "simplezas" como la del material adelantado del legado de Bolsa-Prieta, de quien se pregunta un poco antes

¿cómo esta buena vieja, [...], no pretó la bolsa al morir, y se llevó consigo à los infiernos los papeles en que consistia su mayor caudal? (p. 119)

En realidad, toda la carta de respuesta a J.A.***está llena

de aquella sátira fina, y delicada, que sin ser mordaz unde al que cae debajo de sus manos. (171)

como advierte el diarista en el número 43 (4) al echar un vistazo a lo publicado hasta entonces. Por ello, la carta es una forma peculiar de precostumbrismo pues, si se desvanece la hipotética presencia de algún tipo en la correspondencia, todo el texto podría rebautizarse como "Mentecatechía o la ciencia de los mentecatos" o, simplemente, "El mentecato". El ser la crítica de un mentecato —con su descripción indirecta incluida—, por lo visto real, y no la decidida voluntad de espantar un tipo mediante la ficción de una respuesta verosímil,

deja en técnica precostumbrista lo que está a un paso del artículo de costumbres.

La desazón se desvanece algo al cambiar el panorama de los remitidos y comunicados pues, en el número 35 (5), un criptónimo M.M.M. dirige al Señor Diarista una más que mediocre poesía con una nota introductoria. En ésta, el autor alude a las circunstancias de la composición: andando sin dirección fija para entretener el hambre del ayuno de un viernes, se acerca a * "El Paseo nuevo de Santa Engracia" (que así podría rotularse el escrito) y, prendado de "su gracia, su amenidad y su hermosura" produce unos versos para celebrar tales excelencias y otras similares de los demás paseos de Zaragoza, realizados

Gracias à los esmeros
de Protectores sabios,
y al zelo infatigable
de un Ilustre Togado
Del Sabio ilustre Puig,
que noblemente urbano
supo abrir de los Cresos
à este objeto las manos (vv. 101-108)

Del resultado del romancillo heptasilábico no está muy seguro ni M.M.M., quien lo ha confeccionado, según dice,

à pesar de Apolo, y de sus nueve Musas, à quienes
ni he saludado una sola vez (p. 137).

Sin que la composición sea tan deleznable que suponga un trasunto rimado de los borborismos del hambriento autor, éste corona la presentación con unas palabras de modestia, falsa pero necesaria. Con todo, el marco de esta "quisicosa", como la denomina M.M.M., ofrece rasgos propios de lo que luego será el costumbrismo. Así, la actitud deambulante y ociosa del autor, el presentarse implicado en la composición como protagonista observador, el disponerse a tomar como objeto de contemplación un lugar real, el que éste sea urbano y, además, resultado característico de la expansión que experimentan las ciudades en los albores de la Edad Contemporánea española (un paseo extramuros y varios parques) y, como rasgo particular, el que se trate de un lugar aragonés.

La composición poética conjuga de modo nada extraño, dada la época, elementos propios del Neoclasicismo, como la forma estrófica y los temas y el léxico bucólico-pastoriles, con el orgullo provinciano del desarrollismo. En ella conviven "El dulce jilguerillo" (v. 57) que "aquí canta, allí trina" (v.61) y "la abeja laboriosa" (v.69) que al llegar al prado "toma en él de sus flores/ los preciosos abastos" (vv.71-72) con "...un pensil en el campo,/ ayer lleno de abrojos/ y hoy de flores sembrado" (vv.6-8) y con

Azequias, que no solo
son de la vista alago,
sino que con sus aguas
fertilizan el Campo (vv.45-48)

Pero la artificiosidad ennoblecedora de lo lugareño no ahoga el entusiasmo que tiende a emanciparse de la celebración genérica neoclásica para apuntar, no sólo más allá del sensualismo de la naturaleza:

El placer que produce
el agua en sus remansos...(vv.29-30),

y de una atenta ponderación de la riqueza que generan

...inmensos olivares,
viñedos dilatados...(vv.89-90)

esparcidos entre el Moncayo y Zaragoza, sino también hacia una exhibición del ocio que resulta de tal riqueza, ya que los mencionados remansos "de la Huerva y del Ebro" (v.23) son lugares

Donde la caña ofrece
à todo Ciudadano,
un desago honesto
de su afan, y trabajo, (vv.37-40)

y —sobre todo para hablar de detalles más claramente precostumbristas— el autor incita a recorrer y contemplar lo que luego será el espacio propio de escenas costumbristas.

...sus Pasos llanos:
Sus Plazuelas, sus Calles,
sus Arboles copados,
sus riegos oportunos
sus Canapes, y bancos: (vv. 12-26)

aunque el apunte de los personajes para tal escenario sea prácticamente inexistente:

Aquella concurrencia,
 que ofrece à cada paso
 de Elenas peregrinas
 modelos animados (vv.17-20)

Pero el conjunto del romancillo tiñe de un matiz peculiar su dudosa calidad fronteriza entre la descripción convencional de un neoclasicismo en nada costumbrista y la descripción ambiental centrada casi en sí misma, propia del costumbrismo. Porque lo más característico de esta composición es que no sólo no es una amalgama de abstracciones con alusiones locales sino que el actor efectúa toda la celebración de Zaragoza tomando como referencia los lugares de esparcimiento madrileños y, sobre todo, con tono de ufana rivalidad hacia la Corte. Desde los primeros versos:

Venid, ò Madrileños
 à disfrutar del Prado,
 que hace nuestras Delicias
 nuestro Aranjuez, y Pardo. (vv.1-4)

hasta la ponderación que precede al final

...venid, ò Cortesanos,
 y vereis que este elogio
 todavia es escaso. (vv.94-96),

no faltan las provocativas comparaciones:

Aqui por las Cibeles
 del poder bellos rasgos,
 y otras fuentes tenemos,
 Azequias à dos manos. (vv.41-44)

... ..

En fin, aqui tenemos
 por dè quiera que vamos
 Paseos, y Jardines,
 y hasta Casas de Campo. (vv.85-88)

Tal sería el hito precostumbrista y prearagonesista que marca la composición de M.M.M., cifrable, con más amplia perspectiva, en su posible correlato intranacional y en tono menor de actitudes próximas a la xenofobia presentes en el costumbrismo nacional.

La "Carta" titulable * "¿Qué cosa es buen gusto? (6), con destacar por suponer una encendida defensa de la condición femenina frente a "los literatos de esta ciudad [Zaragoza]" que se le antojan "unos gusarapos" y a quienes tiene por "sabios de secano", muy difícilmente se podría rotular "la literata" —si no es "la marisabidilla"— o "los Zotes Zarramplines" con lo que ello supondría de ingredientes costumbristas. El único de estos que puede valer la pena recordar es el matiz aportado por el pseudónimo que emplea la autora: La Criticóna.

No cuenta con un pseudónimo tan característico pero también oculta su persona F.D.R.V. al dar a luz un "Romance" (7) que tampoco posee un título expresivo. De tenerlo, sería, evidentemente, "El currutaco" y, con más exactitud, * "Rampín o el dios de los currutacos". El "Romance" presenta un conjunto de rasgos que casan perfectamente con los del cuadro satírico-social de costumbres —y en perfecta sincronía con los producidos en el ámbito nacional— y aun lo haría con los del artículo si no lo impidiese la fecha, pues la actitud censora está muy atemperada por las complacencias en la descripción. En realidad, casi no hay sátira ya que incluso el colofón tiene un aire discursivo y calmó:

...de su alvedrío
Y su cuerpo son tiranos;
Sugetándose á la moda
Para ser del mundo esclavos. (vv.61-64)

El lugar de la esperable acritud o filo está acupado por el regusto en catalogar los detalles. La traza de los sesenta y cuatro versos del "Romance" es muy digna en conjunto y sobrepasa largamente en calidad la media de las poesías que suelen aparecer por estos años y aún después. Para disponer el material, el autor recurre a presentar al dios Rampín, quintaesencia de los valores cotizados por los currutacos, en los cafés públicos donde exhibe su múltiple muestrario de atuendos y afeites:

Otro [día] se aparece en pie
 Como maroma estirado;
 O como si fuera bruxo
 En lienzos emparentado.
 Un cimborrio es su sombrero
 Un molino su peynado;
 Patillas hasta las barbas,
 Y un maderito en la mano. (vv.21-28)

... ..
 [Otros días] Medias aculebrinadas
 Calzones alagartados,
 Sombrero de picolota,
 Y Zapato acornetado. (vv.33-36)

Incluso aparecen compendiosos los estados de ánimo caracterís-
 ticos:

Unas veces está grave,
 Otras veces botinflado,
 Otras canta el tarara
 Y otras habla de saraos. (vv.37-40)

y no falta, tras la descripción, el apunte de acción típica:
 desaires para los enemigos y atenciones hacia los devotos:

Siempre está frente à la calle;
 Mas si algun Español rancio
 Pasa vestido à lo antiguo,
 Vuelve la cara à otro lado.
 Muestrase alegre y risucño
 Quando vãn los Currutacos;
 Y dejando su lugar
 Va à darles dos mil abrazos. (vv.41-48)

* "Rampín o el dios de los currutacos" significa, en sí mismo y en el contexto de lo aparecido hasta ahora en esta época, la más cumplida muestra del precostumbrismo. Podría, pues, computarse como un cuadro satirico-social "normal", aunque esté en verso —condición rara, pero en modo alguno menor— y aunque se centre totalmente en un tipo y se convierta, por ello, en avanzadilla de lo que será teóricamente sistemático con la llegada de obras como Los españoles pintados por sí mismos, casi medio siglo después.

Tras "Rampín...", el año 1798 es doblemente desértico para la historia del costumbrismo aragonés: lo que resta del primer trimestre se agota en una Historia de Zaragoza, una anédo

ta sobre un proyectista, una poesía al Canal y ciertos rasgos de sensibilidad prerromántica de la "Reflexión sobre el espectáculo de la naturaleza" que escribe el diarista. Además, el volumen del Diario de Zaragoza correspondiente a julio-diciembre no aparece en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

Por si fuera poco, el Semanario de Zaragoza sólo ofrece algún material útil más que nada para evidenciar la ausencia de cuadros de costumbres: El jardinero retirado, M.A.X.S., bajo el rótulo de "Ciencia económica", da oportunos consejos para exterminar concienzudamente pulgas y chinches (8), mientras M.R.D. explica el "Modo de practicar la beatificación eléctrica" (9). Junto a estas preocupaciones domésticas y científicas, hace notar su presencia, por contraste, una serie de tratadillos. "Sobre la ambición y la avaricia" (10), firmado por T.B., es pura disquisición moral —aunque no moralizante— mencionable como ejemplo, a falta de algo mejor, de lo más próximo al precostumbrismo en la línea de los trabajos de corte psicológico o general sobre tipos. Muchos artículos de la época costumbrista plena serán de dudosa adscripción precisamente por pasajes como éste, donde el tema abstracto impide la descripción:

Esta pasión [la ambición], si llega una vez á apoderarse del hombre, se puede con toda verdad asegurar, que lo seguirá hasta el sepulcro; haciéndose el principio y la norma de todas sus acciones, y el ídolo, á quien sacrificará todo sus sentimientos, su felicidad, sus parientes, y aun sus primeras necesidades. (p.69)

Pero otros catalogados como costumbristas describirán al tipo con procedimientos generalizantes, si bien descriptivos, en términos similares a estos:

El Avariento bien considerado, es un hombre que por querer enriquecerse demasiado, vive el mas pobre de los mortales. (p.69)

... ..

Nadie mejor que el Avariento nos hace conocer lo poco que el hombre necesita para su subsistencia y qué inconsiderados é insaciables son sus deseos; porque ¿quién es el que consume ménos que él? y ¿quién es el que recoge y aumenta mas? (p.70)

Coordenadas precostumbristas algo más precisas se aprecian en el trabajo rotulable * "La educación de los hijos" que aparece presentado como "ciencia moral" (11). Su autor, que firma N***, se sirve de la técnica de la carta para contestar a un amigo. La ficción es tan convincente que, de haber algún detalle que lo sugiriese, se trataría de correspondencia real. Con gran verosimilitud, pues, N*** se implica en lo comentado al mostrar su estado anímico puntual:

recibo tu Carta, en medio del dolor y de la aflicción.
(p.313)

y la carga emotiva evocada:

Cercado de unos hermanos indolentes, y de un Padre que otro que no fuese, yo llamaría quizá ridículo, estoy sufriendo á cada paso las mayores desavenencias fruto de una educación indiferente, que me ponen en la situación de derramar lágrimas. (p.313)

La más adecuada forma de abordar la educación infantil, tema estricto de la carta, es presentada por su autor con una amplitud tal que se incluye él mismo como educado y como posible educador. Los toques de sensibilidad prerromántica llegan a hacerle dudar de la viabilidad de un consejo personal:

¿Te parece si en semejante situación te podré responder á tu pregunta? (p.313)

Los elementos roussonianos van desde la desconfianza hacia los tratados sobre educación, por buenos que sean, y hacia los consejos concretos entendidos como normativa, hasta la pregunta de referencias fiables:

¿Quieres educar bien á tus hijos? Estudia en ellos, y á la naturaleza. Coordina sus acciones y ellos te dirán lo que debes hacer. (p.315)

Pero, a la duda sobre los procedimientos habituales, se une un constante escepticismo, y un tono lastimero:

Los hombres forman la época de la infelicidad; en la que debían completar su dicha. (p.315)

No puede ser otra su actitud si cifra la felicidad humana en una buena educación infantil. El tema es también ampliado al trascender la anécdota de la carta y aludir a otros tres personajes: en primer lugar, Teodoro, "que pasa una vida filosófica" porque, según le comunica a N***,

ya en su gabinete, ya en el campo, consume la mayor parte del día en pensar. (p.315)

y sobre cuyo modo de proceder comenta:

Yo le digo que es muy bueno eso, pero no lo bastante para constituirle filósofo. Un Filósofo necesita saber mucho, y todo no se consigue pensando. (p.315)

luego, introduce a la inadecuada pareja de Teodoro:

Es lástima que ese Joven no se acomode, pero todo lo veo: un hombre de sus conocimientos no puede ligarse, ni ser feliz con una Estrafalaria, como son todas las jóvenes del día. (p.315)

Por fin, se menciona a la mujer del destinatario de la carta, sin abandonar el matiz desesperanzado

Escribeme que eres dichoso con tu Rosita, y con tus hijos, que aquel día vuelvo á tus brazos, y no me desasiré de ellos hasta la muerte. (p.316)

El caso del "filósofo" y su crítica, la censura de la "estrafalaria" y el panorama familiar del amigo dan un aire de precostumbrismo cadalsoiano a este texto, en el que se encuentra una carta, una correspondencia entre amigos, un aumento del perspectivismo con la inclusión de otros conocidos mutuos y un tema central entendido en su trascendencia para la humanidad. Todo ello, matizado por la hondura de la preocupación moral y la severidad en el juicio que exige reformas:

Jamas se habia visto un abandono tan universal de costumbres, y la indiferencia lo va ocupando todo. (p.315)

Lo destacable del resto del año es escaso. Quizá sólo para mostrar que la preocupación pedagógica cunde, y no siempre con la misma orientación, haya que mencionar las dos cartas, en tres entregas, de G.M.N.: "Cartas sobre la necesidad de torcer la voluntad de los niños" (12). En ellas, el autor —que aún volverá a escribir sobre la in-

fancia en el número 149— refleja, frente a las tesis de N***, la prevención antirromántica de que la razón no sojuzgada por la voluntad es desplazada por la pasión.

3.1.1.2.- Currutacos y petimetres. Serie: Chismografía (1799)

1799 se abre para el precostumbrismo aragonés y los materiales que lo enmarcan con una narración de matices moralizadores firmada por R. del H.S.: "El Bien-Hechor". (13) Repartido en dos entregas, versa sobre la ayuda a los desvalidos; en este caso, los zarandeados por la burocracia. Al enumerar las peripecias de una dama en pleitos, la intención del autor se encamina, más que hacia la alabanza de la virtud abstracta, hacia la defensa de los comediantes, pues uno de ellos es quien aporta la ayuda decisiva mientras el rico y el piadoso quedan en entredicho. Por contraste, el texto reviste cierta calidad ante lo publicado habitualmente aunque el narrador no sea muy afortunado al hablar como testigo tras haber presentado el caso como sucedido a un amigo. Aunque también queda apuntada la tesis del sentimiento nivelador de clases como rasgo novedoso, más lo es para nuestros intereses el intento de configurar una galería de actitudes sociales representativas que hacen pensar en su posible tratamiento como repertorio de tipos.

"El gabinete de modas" (14) es un cuadro del críptico B. —¿Boggiero?— tan interesante como los que publicará a la vuelta de un año. Consta de cuatro entregas y está dedicado a un tema no raro y ya aparecido, incluso con detalles

semejantes, en *"Rampín, el dios de los carratacos" (15). La descripción del "uso de la modas" se aborda con un elenco de técnicas reducido pero bien utilizado. La anécdota es mínima, como será característico del artículo de costumbres: el autor acompaña a un amigo que va de compras y, tras éstas, van juntos a la casa de uno de ellos, donde planean el establecimiento de un gabinete de modas,

así como los hay de Medallas, y de otras curiosidades. (p.386)

Evidentemente, lo dicho sobre el gabinete queda al margen de lo que hoy entenderíamos por proyecto de museo etnológico del vestido, ya que el interés está centrado en la descripción crítica de los excesos de los petimetros en cuestiones de lujo y moda. La crítica es suave, y no llega a sátira sino que se atempera al presentar lo enderezable mediante el artificio de una charla con un amigo para eludir el ataque frontal, posible de no mediar la amistad, pues el amigo

Es un señor extremadamente delicado ó descontento con su gusto; y así fue preciso revolver toda la tienda, lo que no me dejaba de incomodar al principio... (p.381)

Tal es el limitado margen a que se ve reducida la censura o, si se quiere, tal es el espacio ganado para la descripción de los usos sociales. El breve divorcio entre los amigos se objetiva en las "reflexiones" del narrador paralelas a la acción del coprotagonista.

Consideraba lo asombroso que debe parecer á qualquiera que pare su atención sobre las Modas, como el hombre civilizado há convertido en objeto de vanidad los vestidos con que ántes se cubria para defenderse de la inclemencia de las estaciones;... (p.381)

A estas consideraciones siguen otras sobre la relación entre las modas, el comercio y la economía en general. Ya en casa, las reflexiones han dado cuenta del punto de vista del narrador y de la situación de su amigo:

mi Amigo se mostraba tan satisfecho de sus diferentes compras, que mis reflexiones, si se las hubiera manifestado, le hubieran parecido regularmente una especie de desaprobación. (p.385)

El narrador opta, entonces, por no excluir al comprador de su punto de vista y le hace partícipe y formulador de su indirecta pero efectiva y ampliable censura:

asi que me pareció mas conveniente dexarle decir, y dirigir nuestro discurso, sobre el uso de las Modas. (p.385)

De forma que la siguiente "reflexión ya es compartida:

Considerabamos lo mucho que se previene el hombre a favor de los objetos acompañados de un exterior agradable... (p.385)

Subsanada la divergencia entre los amigos, la anécdota y sus consecuencias son más generalizables:

Mirabamos al hombre como parte de la sociedad: á esta, formada de diferentes órdenes, que se distinguen por sus diferentes vestidos. (p.385-386)

El procedimiento utilizado para evidenciar y mermar a un tiempo la distancia entre miembros de una colectividad implicados casi por igual en sus convencionalismos no es aislado. Se repite en la parte más sustancial del cuadro: los amigos no lanzan diatribas contra quienes son esclavos de la moda (el narrador no puede hacerlo pues su amigo es uno de los esclavos). De ahí que se configure el término entonces previsible a que llegaría la sacralización del vestido por la vía de lo que les parece absurdo. La efectividad de la crítica social resulta doblada pues incluso el amigo indirectamente aludido aporta elementos para la objetivación de la censura y de lo censurado. La perspectiva lograda dentro de la ficción marca la pauta que el lector apegado a la moda debe seguir para distanciarse de tal culto. El recurso al amigo, más las consideraciones a solas y luego compartidas, permiten acumular "despropósitos lógicos" en el diseño del gabinete de modas, ese recinto donde figuradamente todo petimetre puede desvestirse con discreción al verse representado.

Y el gabinete, claro está, no es otro que el propio artículo desde el momento en que narrador, autor, y, luego, lector confluyen en el mismo proyecto, alegórica síntesis de acciones y "reflexiones":

Por fin, el asunto nos pareció tan importante que proyectamos establecer un Cabinete de Modas,... (p.386)

Puesto en marcha el mecanismo de la autocensura, se visualiza la disposición del edificio: El exterior, significativo en todos sus detalles,

se debía construir de modo que rematase en figura de cabeza de mujer. (p.389);

el interior, dividido en dos secciones, una masculina y otra femenina; cada sala, alusiva a una determinada moda pasada mediante maniqués con rótulos explicativos completos.

Todo esto, que al lector moderno no sorprende, en 1799 se formula como un despropósito tan chispeante que el autor explota en lo posible el hallazgo planteando la utilidad de ordenar

que todo inventor de alguna Moda, presente un modelo (como se hace con los libros de las Bibliotecas) en su Caja de Cristales (p.390)

Asimismo, prevé la creación de una plaza de conservador del gabinete que sería ocupada por un "enterado en modas" o por un arruinado por ellas y cuya otorgación será peliaguda pues, dice,

Temo que sean muchos los pretendientes . (p.390)

La buena acogida por parte del público es casi segura dadas las tres importantes funciones que cumpliría el gabinete:

1º) suministrar ideas para encubrir defectos y resaltar gracias naturales; 2º) aportar información a los eruditos que dejarían de perder el tiempo descifrando pasajes de los clásicos en busca de datos para elaborar estudios históricos. (ello supondría un alivio para el público al verse librado de tales obras) y 3º) ofrecer pruebas de las extravagancias de épocas pasadas como toque de atención para los viejos,

que ya no podrían quejarse de los desvaríos de los jóvenes.

La trascendencia del gabinete sería tal que la moda pasaría a radicar en la Península y la juventud extranjera se desplazaría hasta aquí para informarse y

perfeccionar la educación necesaria á un Caballero Petimetre, ó sea Currutaco. (p.293)

El proyecto sobrepasaría la simple exposición de atuendos hasta dar lugar a formar

un cuerpo de los que gustan emplear su talento en cosas frívolas. (p.394)

y se haría necesario

una especie de Tribunal ó junta de Directores de la Sociedad Modista. (p.394)

para cuyos puestos, el narrador apunta una serie de candidatos ideales mediante una galería de tipos que se añaden a los ya aparecidos (el amigo, el conservador del gabinete, el inventor de modas, el que busca encubrir sus defectos, el que quiere resaltar sus gracias naturales y el erudito engolfado en textos clásicos). Los primeros lugares serían ocupados por los petimetres, "jubilados por sus años" "casi muertos por los vestidos", luego los de reata, es decir,

aquellos que sin una íntima convicción, ni mira de interés, mudan su trago solo por el terror pánico, de que le digan que vá á la Moda. (p.394)

En tercer lugar, por los que se dejan llevar de la moda aunque les parezca irracional,

aquellos que por temperamento bondadoso é indulgente son viciosos en este artículo, y siguen á sus corducciones por falta de valor para andar racionalmente, y á su modo. (p.394)

En cuarto lugar, los devotos incondicionales de la moda,

Los que estiman tanto la Moda, que son capaces de trocar por élla, el curso ordinario de las cosas (p.394)

y, por fin, se reservaría para cubrir los puntos de mayor responsabilidad a los más grises,

los que siguen la Moda sin mérito sobre saliente, se debe suponer están dotados de grandes cualidades, que se descubrirían en una plaza de la Dirección (p.394)

Cierto es que los tipos están más esbozados que desarrollados debido a la crítica sintética cifrada en el diseño del Gabinete; cierto es que el autor no conduce con destreza la verosimilitud de los personajes puesto que algunas alusiones al proyecto compartido por el narrador y el amigo se efectúan en primera persona del singular:

Temo que sean muchos los pretendientes. (p. 390)

... ..

espero que los Señores interesados me darán razón de los sujetos mas idoneos, y que crean mas proposito para el efecto. (p.394),

pero ambos pasajes, junto con el que cierra el cuadro,

Los que gusten enviar listas, segun estas calificaciones, ú otras que crean oportunas, procurarán enviarlas quanto antes. (p.394-5),

están en función de consolidar la exíigua pero imprescindible ficción apelando al contacto con los lectores; cierto es que la tesis sobre el vestido como índice de los grupos y clases sociales quedan embocadas en otros conatos de divagatas, pero, más que en el desarrollo razonado de tales ideas, la "pintura del siglo" está sugerida por el mismo talento burocrático del "absurdo" escalafón planeado. Y cierto es, en fin, que el tratamiento figurado del tema de la moda retiene esta composición en el dominio del precostumbrismo, pero no impide ver un conjunto de rasgos que anuncian la aproximidad del artículo de costumbres.

Pocos días después de la publicación del "Gabinete de Modas" en el Diario de Zaragoza, el Semanario presenta tres colaboraciones que forman una breve pero nada desdeñable serie precostumbrista. En la primera de ellas, (16) J.M. de F. —José Nor de Fuentes— se dirige al editor para proponerle una sección dedicada a la *"Chismografía" (así podría titularse esta carta que aparece en el apartado "Miscelánea"). Tal sección, aunque con inevitable ironía contextual, es echada en falta en el periódico; pues "nunca asoma en sus --

portadas la Chismografía que yo y todos los lectores buscamos tan ansiosamente." (p. 245). Además, siempre estaría surtida,—"pues todos los días llegan unas gentes ú otras [...], de tanto en tanto hay bodas, hay funciones que criticar"— (p. 245). Mor apunta otros temas como las funciones teatrales, las visitas y las críticas que, a propósito de la moda reciben las damas en el paseo, pero el autor aún apunta más a este germen y programa de anecdotario costumbrista ya que en el grueso de la carta menciona tres chismes a título de ejemplo: el del desequilibrio presupuestario de unas damas entre lo dedicado a sus arreos y lo gastado en la cocina, el del celo con que un marido protege el honor conyugal ante la noticia de que su esposa es galanteada por dos oficiales en el paseo y el del aspirante al amor de la dama que riñe estrepitosamente con su enamorado y luego vuelve con él para chasco del advenedizo.

Más allá de estas notas sobre las menudencias de la convivencia urbana, aparece el individuo que las revela, y, por lo común, las trastrueca; que no es otro que el que "averiguó", el "chismógrafo" "un observador", el "diligente chismógrafo", es decir, un tipo cuyos caracteres y acciones son susceptibles de promover toda una "ciencia chismográfica" como apunta Mor. Tal "Ciencia", tan frecuente en el siglo XVIII, queda arropada por aquella "Nentecatechía" nonata del Diario de Zaragoza (17) y proyectos equiparables como el de "El Gabinete de Modas". Súmense a estos elementos otros tan precostumbristas como la terminología, el mismo uso de la carta —con su posdata incluida— y, especialmente, la principal razón para incluir la sección chismográfica en el periódico que, junto a las ya mencionadas, coincide con las que se aprecian en el nacimiento del costumbrismo nacional, esto es, el fortalecer económicamente el periódico:

Todo esto es interesantísimo, con que enmendarse en lo sucesivo, y atenerse á la Chismografía, que este es, en mi dictamen, el medio más poderoso para sostener su Periódico, y aun darle cierto realce, en medio de esta temporada tan calamitosa para todo comercio, y en especial para el de libros. (p. 247)

La carta, que anuncia el valor del costumbrismo -- aunque no lo propugne directamente, sube de valor al dar pie a otra presentada ya como "Ciencia chismográfica" y titulada "Carta de un Ocioso en contestación a la publicada en el Semanario número 134" (18). El que la suscribe, M. de Y. Y., aprueba la propuesta de Mor:

¡Bendita sea la hora en que se le vino á las mientes el fomento y cultivo de la gran Ciencia Chismográfica! (p. 276)

y establece su necesaria formulación científica:

Ciencia hasta ahora frecuentada por personas de todas edades, clases y estados, pero no reducida á método ni principios como todas las demás. (p. 276)

Su interés es mayor que el ofrecido por el mundo del teatro; por eso, exige una sistematización académica:

De esta Ciencia debida haber escuelas públicas, maestros pagados, y exáminadores provinciales. Debían darse sus grados de Bachilleres, Licenciados, y Doctores en ámbos sexos. (p. 277)

Todo debe prevenirse, incluso con la convicción de que, a pesar de las ventajas que llevarían las mujeres sobre los hombres, "no se quedarían en zaga nuestros Currutacos, y Pirracas; que tal conozco yo, que hasta sobre la invisible punta de un zapato armaré un chisme, que dará quince - y falta al nudo gordiano, y al laberinto de Creta." (p.277)

En la misma línea trazada por Mor, pero más reforzada y valiosa, M. de Y.Y. presenta un caso por experiencia y con doble técnica costumbrista: la visita de que es objeto el narrador protagonista y la breve anécdota mediante la que se transfiere la habitual crítica teórica a un personaje determinado. Ambos recursos sustentan la mínima ficción que es necesaria para el artículo de costumbres y, es más, el personaje aparece configurado como el esperable chismógrafo con nombre propio incluido, representativo de un modo de ser y comportarse, es decir, un tipo de la especie de currutacos y pirracas:

Uno de estos vino á verme ántes de ayer con rostro macilento, un brazo metido en un pañuelo que pendía del cuello, y bastante coxo de la p^{er}na izquierda.

¿Qué es esto Don Lucio? le dixé... (p.277)

El Tal Don Lucio, le contesta que, recién leída la carta de Mor, quiso "ser el primero que pusiese Cátedra de tan gran Ciencia, reduciéndola á método y principios. Apenas digerí mi plan, convoqué á todos quantos de mí ralea en Coso, paseos y tertulias, despuntaban por chismógrafos." (p.277)

La "chispa" del cuadro está en que, al dar la primera clase que todos le exigen de inmediato, el "caso chismógrafo" elegido implica a terceros personajes y una escena de trifulca que resuelve con toques cómicos la condena moral de los chismógrafos. La intención de Don Lucio era, según cuenta el autor, "morder la estimación de una Señorita, sorda á las voces de mi amor, y vengarme de un Vascongado, que ufano disfrutaba la confianza que yo había deseado". (p.278) los medios empleados, simular "conversaciones entre la niña y el Vizcayno" (p.278) y, especialmente, inventar "citas á deshora por una reja baja que dá á una callejuela; salidas matutinas á la Fonda de Torrero, en donde se almorzaba á cencerros tapados" (p.278) y exhibir "un billete, fingida por mí la letra de él, que la Señorita escribía á su amante." (p.278)

El "caso chismógrafo" trasciende y es relatado en uno de los cafés del caso como verídico, llega a oídos del "Vizcaytarra" que sale a la calle "echando quatro Berroqueitia milia rayúa" (p.278) y se dirige a casa de Don Lucio. Este —y no el narrador— entretejiendo los tópicos lingüísticos que caracterizan al tipo vizcaino, da cuenta del resultado del "caso":

Cierra la puerta, y con lengua balbuciente, y mal idioma, me hizo cargo de mi culpa. No quedé descolorido de miedo, y sin poder hablar palabra; co nociendo en mi silencio el fondo de mi caracter Chismógrafo, con su nudoso y duro Poder ejecutivo me aplicó mas de veinte garrotazos que me deslomé ron, perniquebráron, y dexáron manco; diciéndome en estropeado castellano: Moriendas no come Señorita de callejuelas, ni Vizcayno habla por rejas de Torreros; y sino lienes cuentas de garrotes ahora, mas duro Currutaco Vizcayno te doy. (p.278)

Las etapas de ficción narrativa que ha conducido al encuentro de la "fuerza expeditiva" y el chisme enredador mediante la puesta en acción de los rasgos propios de los tipos en el escenario más característico de Zaragoza comienzan a desandarse con la conversación directa entre el narrador y Don Lucio. Este prolonga en el tiempo la configuración de su tipo pues está dispuesto a vengarse de nuevo pues dice, "primero dexará el sol de calentar, que yo de abandonar mi plan de enseñanza metódica en la gran Ciencia Chismográfica." (p.279) Por su parte, el narrador, tras el anuncio inútil de la posible respuesta del vizcaino, ve cómo se aleja Don Lucio y cierra el cuadro augurando J.M. de F. "que no faltará materia para mas cartas" (p.279) con lo que queda aprobado y comenzado el plan esbozado por Mor.

La serie se cierra con la carta que El Dachiller D. Mariano Amoriveta titula "Reflexiones sobre la Ciencia Chismográfica, dirigidas a Don M. de Y.Y., con ocasión de

la Carta que publicó en el Semanario de Zaragoza número 138 (19). En ella, el Bachiller apoya tanto la idea de J.M. de F. y la de M. de Y.Y. como la mejora de la "noble Ciencia Chismográfica" en manos de Don Lucio. Así, sugiere, además de "vanos preliminares" para mayor cualificación:

Es preciso tratar del origen y progresos de la Chismografía, como también de su utilidad, ventajas y principios fundamentales. Se ha de indagar si su estudio metódico puede suplir por toda carrera literaria, para hacer los hombres su fortuna. (p.308)

Y luego, aplicando al colectivo social el mecanicismo dieciochesco:

Debe el sabio Autor proceder con orden geométrico, cuando trate los diferentes ramos que abraza la Chismografía, y los modos superfinos con que deben practicarla las personas distinguidas de ámbos sexos; porque no tendría gracia que una Señora fuese Chismógrafa tan rastrera como su Criada, un Título de Castilla como su Lacayo, y un Cura como un Sacristan. (p.308)

La "via científica" seguida para llevar la chismografía hacia lo absurdo aún es aprovechable para proponer además de las matemáticas otros modelos auxiliares:

Y aun sería fuera de propósito tratar de la utilidad y ventajas que podría acarrear á los Chismógrafos el uso del Telégrafo simplificado, y reducido á un método fácil, sencillo y proporcionado á la vista y alcances intelectuales de los que se dedicáren á estos estudios. (p.308)

Pero, en conjunto, El Bachiller no añade nada sustancial a la carta anterior si no es la evidencia de que la idea inicial no cuaja —de hacerlo, estaríamos ante el nacimiento del costumbrismo aragonés— ya que, en vez de presentar nuevos "casos chismográficos", teoriza sobre la chis

mografía con menos variedad y gracia que Mor. No obstante lo fallido de la ocasión, El Bachiller refuerza con su cuadro el valor de las otras cartas (y en el supuesto de que las tres fuesen del mismo autor aún aumentaría la importancia del conjunto). De ello puede dar cuenta la variación en los títulos de la sección: de ser Miscelánea, a secas, pasa a subtitularse Ciencia Chismográfica hasta que esta denominación acaba por rotular el apartado. Mor de Fuentes, cuya firma, directa o encubierta, tanto menudea en el Semanario por esas fechas (El descubridor de los hechos memorables, El indiferente, El sensible J.M. de F.), habría conseguido lo sugerido en la primera entrega o, mejor, habría mostrado sus dotes para la técnica precostumbrista al llevar la ficción de la carta, nada extraordinaria en la prensa, hasta el artificio de la correspondencia verosímil, rasgo aún más costumbrista que recuerda el carácter periodístico-literario del género. Con todo, la carta de Mor puede emparentar con el programa costumbrista "Costumbres de Madrid" estudiado por Escobar (1977).

Tras ciertos trabajos sin apenas relieve, 1799 aún reserva alguna sorpresa para la historia del costumbrismo aragonés.

Como anónimo, aparece en el Diario el "Exámen de las ideas de los ciegos" (20) que promete más de lo que da. En principio, podría juzgarse que estamos ante un artículo psicológico o general sobre el ciego, incluso en la línea de las luego denominadas fisiologías, pero ahí queda todo, pues ni la técnica —muy rudimentaria— ni la actitud del autor hacia el tema —llena de apriorismos atávicos— permiten la aproximación al tipo del ciego por muy desdibujado que este fuese. Así, el filtro de los prejuicios morales parece transferir la ceguera al mismo autor que presenta a los invidentes como "amigos del orden" —para evitar las pérdidas—.

carentes de ideas, insensibles a las amenazas verbales, me nos temerosos de la muerte que los demás —ya que están acostumbrados a la oscuridad—, más torpes al aprender a hablar, con gran aversión hacia los ladrones, sin pudor ni vergüenza, insensibles hasta la maldad ... todo con razones tan peregrinas como esta:

Por lo general son despiadados, y todas las demostraciones exteriores que en nosotros despiertan compasión y sentimientos de dolor, y así lo único que los pueda mover son los quejidos y ayes. Así es que para ellos no hay diferencia entre un hombre que orina y uno que se está desangrando... (p.513)

Cierto es que, en el costumbrismo, la realidad no aparecerá exenta de velos pero el logro de un artículo se cifrará en darlos por propios de la realidad, no en mostrar su evidencia entre jaculatorias y moralejas como en el presente caso:

¡Quan diferentes de las nuestras deben ser las afecciones é ideas morales de los Ciegos! ¡y quanto mayores las de un Ciego y sordo! Dios nos conserve nuestros sentidos. (p.514)

Però también es cierto que ni la moralidad ni el desconocimiento de la realidad hubiesen impedido elaborar un cuadro más aceptable porque todo es cuestión de variación en la técnica. Con dotar de algo de acción a los rasgos atribuidos a los ciegos se habría transformado sustancialmente la función de anécdotas como esta:

en los contornos de Sevilla, hubo años pasados un Ciego ladrón de camino real, que después de preso escaló la cárcel y se escapó. (p.510)

o se habría convertido en "escena" el ejemplo que mejor cuenta de la verdadera tesis del autor:

muchas virtudes morales tienen en nuestro modo de concebir y sentir su mayor ó menor ejercicio, según el grado de viveza con que los cuerpos exteriores nos afectan. Todos los días vemos muchas personas (en el fondo muy compasivas) que van á la plaza á ver ejecutar un reo, pero á gran distancia, por no exponerse á sentir el dolor de la vista clara del paciente. (p.514)

El trabajo se queda, pues, en la puertas del costumbrismo como otros de fechas próximas. Así, "La buena casa da" (21), poesía moralizadora de Blas de Santos Llabes y Cisneros, que tiene una composición paralela, dedicada a "El buen marido" y también firma unas "Letrillas": "Que no es oro fino/todo lo que reluce" (22) en las que, a pesar de ofrecer en cada estrofa un tipo junto a un nombre propio, no rebasa los límites de la sátira general.

Tampoco tiene mucho más interés que el mostrar la preocupación existente sobre la educación infantil y algunos rasgos curiosos sobre la época el trabajo del ya conocido G.M.N. (23) titulado "Sobre el tiempo en que deben calzarse los niños y que diligencias deben practicarse antes" (24)

El Semanario va perdiendo aliciente no sólo para la historia del costumbrismo sino para el lector y por ello, en el "Nuevo plan para este Semanario" (25), el editor expone las dificultades para

mezclar los asuntos serios con los que no lo son, y procurar siempre el que se traten en ellos materias diferentes, para que capte la curiosidad y el gusto de los diversos lectores. (p.406)

Ante la imposibilidad de seguir publicando un extracto de la Historia Civil de este Reyno de Aragón parece remoto lograr interesar a todos, pues

facilmente se dexa ver que el estado en que nos hallamos es esto imposible. Las Ciencias las cultivan y las poseen solo un corto número de sabios y el internarse en ellas era hacer inútil para la multitud un Escrito que tiene derecho para llegar á sus manos. (p.406)

El editor se decide por un equilibrio entre la divulgación científica y "alguna Anécdota, algun rasgo de Historia, ó algun otro asunto que temple la aridez de estas materias." (p.407)

Pero ni lo dulce y lo útil de esta receta, ni las razones dadas para reducir al número de los jueves los dos que antes se publicaban los lunes y viernes pueden cubrir el declive que experimenta el Semanario. Casi no hay trabajos que sobresalgan en lo que queda de año (ni los habrá más tarde en los ejemplares conservados de 1803). Las "Reflexiones sobre el lujo" (26), de A* .A* .B* ., apenas retienen la atención, por la proximidad de otro trabajo, anónimo de menos calidad (27); por tratar de petimetres a los soldados del rey Dario en medio de citas tópicas o por exponer la habitual explicación maniquea según la cual, frente a la virtud y sabiduría de los que de él se apartan, el lujo es pura necedad, propia de mujeres (en quienes se tolera), tontos, fanáticos, pobres de entendimiento y vulgo en general. Todo ello, fruto del patriotismo:

El amor que profeso á mi patria me ha impellido á comunicarle estas sencillas reflexiones, particularmente habiendo llegado el lujo en ámbos sexos á su último colmo. (p.122-3)

Un patriotismo que se mueve ante el arbitrio (y así, el autor cita un proyecto de traje nacional para las mujeres) y el aspaviento:

la decadencia de los imperios, la ruina de las naciones, y la pérdida universal de todo ha tenido su origen en el lujo. (p.122)

De igual manera, poco aporta el anónimo "Sueño sobre la codicia" (28) aunque no dejaría de sobresalir en el cómputo de los relatos alegóricos, vía no muy usual para el costumbrismo.

3.1.1.3.- Del precostumbrismo a la novela: Don Abestruz (1799)

Sin embargo, 1799 encuentra en el Diario de Zaragoza un final difícil de olvidar mediante "Don Abostruz. Novela Vurlesca" (29), de R.C.R. (30). La extensión, propia de la novela corta, y lo excepcional del trabajo, dado el paupérrimo contexto precostumbrista, piden una nota detallada de esta "novela" —burlesca desde la caprichosa ortografía del título y subtítulo— distribuidas en siete entregas. Las tres primeras y parte de la cuarta constituyen la descripción de un curruteco en los términos y con los procedimientos de un cabal artículo de costumbres. El resto, la derivación del leve argumento hacia situaciones propias de otras prácticas literarias habituales en los siglos XVI y XVII.

La primera entrega presenta al narrador, identificado con el coprotagonista, refiriendo su vuelta a casa desde el "Paseo" (de Zaragoza, según parece), con un comienzo muy característico del artículo de costumbres, ya que la alusión a la reciente actividad u ociosidad del protagonista, ahora solitario, funciona como rápida vinculación con el lector, inmediata entrada en materia y considerable ^{v240} similitud de lo

que se avecina. El narrador viene "desazonado" porque ciertas personas —y aquí ofrece la primera aproximación a los currutacos con palabrería que quiero recordar la ironía de Cervantes y luego acercarse a Torres Villarroel a través de Quevedo— "Habían tenido la insolencia insolente por toda insolentísima insolenciabilidad de llamarlos Hombres in fieri, Mamarrachos de Sastres y zapateros; cosicosas amañecadas chiflantes afraternados; animales cuadrúpedos, y monísimos chichisveos" (p.1297). La reflexión —nuevo tema costumbrista—, de que nos hace partícipes el irónico narrador, delimita el talante de éste como personaje y redondea la pintura de los currutacos:

Enfadado de estos y semejantes insultos exclamaba mi cabezorra con un tono de padre Maestro:

"Mundo miserable, mundo fanático, mundo preocupado, ¿tu insultas con inaudito descazo los bellos Espíritus de nuestro siglo? ¿Los ilustradísimos, é inlustrables currutacos enjaezados, Pirracas afeligranados, y Señoritos mimados, ó de ciento en boca? ¿los cielos inmortales...? ¡oh delirios!...! ¡oh preocupaciones...! (p.1297)

La llegada a casa le depara el encuentro con el visitante inesperado, molesto y en demanda de ayuda —una de las formas en que el tipo costumbrista suele entrar en escena—: un currutaco real, cuyo comportamiento da pie a una tercera descripción aún entusiasta pero más matizada que las anteriores:

da conmigo un hombrecillo de dos palmos de alto, y uno de recio: me tira los perfumados brazos al cuello, lo enlaza, besa, y suelta inopinadamente. Bien pronto conocí por los Perfumes oloríficos era Currutaco de los de la cuadrilla del bronce, y no de la quinta esencia. Yo loco de contento con el advenimiento de Pisaverdes tan majerrio, y Bullebulle tan tarantan... le pregunté cariñoso... (p.1298)

A la pregunta — verbalización del contacto—, sigue la autopresentación —cuarta aproximación— del currutaco que, en términos, a juicio del narrador, "archiflonfionfbs, redumplénicos, redemaflaúuticos y sesquipedales," (p.1298), da cuenta de su burlesca prosapia, ya desde el nombre —cf. Papis, papión, papio—:

Yo soy Don Papis el hijo de vuestro amigo gacho Don Zampalimosnas casado con Doña Matutina, nieta legitima en veinte once grado de Don Tremebundo, Padre del Abate Mamaluco, que ensobrinó con Doña Verecundia la parienta de Doña Brianda de Bentivolli, aquella que murió del tumor que le hizo una verruga en el diente molar. (p.1298)

La sorpresa del narrador se suma al miedo: "Consideraba á mi bolsa estrujada, y á mi arcón ratoneado, para hacerle agasajo a la flor y nata de los Currutacos" (p.1298) y la ironía se agría ante las reservas que suscita un currutaco venido, "desde Madrid sin coche, sin Berlina, sin Cavallo, sin Criado, y sin maldita de Dios la Cosa." (p.1298) Son dos nuevas reflexiones que reorientan la actitud del narrador, la pintura del tipo y la atención del lector. La expectación crece tras estos cambios y ante el remanso que para la acción supone el encargo de la cena —una col y un nabo— al nuevo personaje que entra en escena: Doña Escorzonera. El narrador, pobre, exhibe como única riqueza la efusión verbal al evocar la minuta imposible:

Yo no podia darle de cenar carnero verde, ni seco; delicados Picatostes; guapo Fricandó; Ambigú segun se compone en Amsterdam; Kartalcto á la moda de Oxford; -- ragú como se estila en las Fondas de Berlin; ni finalmente Oxaldres á imitacion de los que se componen en los Pigeones de Deux-Ponsts; pues me faltaba aquello con que se compran los tomates. (p.1299)

La segunda entrega alude al desarrollo de la cena y de la primera fase del ritual desplegado por el currutaco al irse a dormir. Cada vez más acerados en la transformación de hombre admirado en muñeco ridiculizado, el estilo y el léxico no dejan de remedar los más divulgados del Siglo de Oro y los más exuberantes de Torres Villarroel e Isla. El autor parece encontrarse a gusto depredando sus páginas favoritas y no resiste la tentación de introducir a Don Quijote en la cena cuando refiere el ruido que producen las mandíbulas al comer los restos de la col y el nabó:

Parecía este choque al que el Héroe manchego sostuvo en la venta con el Retablo de Maesse Pedro, un poco después que el Señor Monisino hiciese sus habilidades al bienaventurado Sancho Panza (p.1301)

La cálida adhesión antes demostrada hacia el tipo comienza a atemperarse y a ser eliminada mediante un descripticismo degradador. Así, con la bebida:

poniéndol[a] en alto perpendicularmente a la cóncava canaleja de su Esófago, comenzóla vasija a chorrear, y mi Huesped a imitar bebiendo al Renscuajo con un Rotán continuado que me dexó papitieso de oír tan inesperada Música. (p.1302)

Así, con el gesto bufo:

fincó las rodillas en el banquetillo para dar gracias, y al doblegar sus flexibles, corvas se le rasgó el transparente pantalón. (p.1302)

Así, con las sorpresas que depara la cabeza de D. Papis: "sombbrero a la moruna", "patillas equilaterales" y, sobre todo, un historiado quiste:

frente a la Dura-Mator se le descubrió un gordísimo lobanillo más gordo que hambre-

de poeta, más fancioso que Executoria de Hidalgo Montañés y más tieso que el Rocinante D. Quijote con el qual nuestro Chigaravís intentaba ocultar otras cosas - todavía más feas. Quedose el buen Lobanillo a la luna de Valencia, pues gran parte del cabello se le cayó con lo que conoci ser cola de algún quixotesco Rocinante[.].

Al contorno de dicho Lobanillo tenían sus grutas, madrigeras y pastos una infinita muchedumbre de panzudos piojos, y menudas liendres... (p. 1302-3)

El narrador ya puede contar, pues, con la complicidad del lector, cuando relexiona brevemente:

¿Quién creyera que la naturaleza Currutaca criara también Liendres y Liendras, y Piojos y Piojas? (p. 1303).

La Pormenorizada descripción del tipo currutaco recorre, en la tercera entrega, el vestuario de arriba abajo hasta llegar a los pies. La relación entre la aparición y la realidad de D. Papis se va modificando a medida que cada prenda revela una deuda con la moda o una tacha oculta. Con esta intención se menciona a): "una corbata de suplicio", tras la que aparece "un papo tan gordo como un pecado mortal"; b) un "Citoyen de color de antipatia", c) una "casaca de Alza-cola entre verde y blanca con bueltas pagizas, y botones barnizados con color de entendimiento", d) un "chaleco zorongó bordado a tambor" e) un "Dominó verdemar", f) un "Deshabillé de color de imaginación", g) una "camiseta tricolor rara por todas rareces", ya que "el cuello era de finísimo Cambray, - las mangas de indiana con florongos y flecos; y el -- cuerpo de ella de zirristropa tan blanca como el azabache, y como la pez que arrojan las calderas de Perobotero." (p. 1305), la camisola, tan "almidonadísima",

también encubre algo, en este caso "pecas gordas y lunares horrendos". Continúa el inventario con h) un "Españín del disoluble lazo de una correa charoleada". -- Cuando se llega a i) la "bernizadas botas", el narrador deja de "observarlo en postura diagonal" (p. 1302) y ayuda a D. Papis a descalzarse, participando levemente en la acción. Las botas esconden j) unas medias de cáñamo "todavía sin curvar". Siguen unos "chapienes negriscos", unas k) "evillas elásticas trabajadas a punto de solfa con subidas y bajadas, y hoyos y altos, rayas, y botonicos". (p. 1307). Al quitarse l) las medias, aparece un panorama tan repugnante como el de la cabeza: "unas patas llenas de rancias costras, inveteradas quiebras, y costrezosos callos [...] unas pantorrillas de chicha y nabo; y unas canillas de nabo y chicha." (p. 1307). Desprendido de ll) los pantalones que le quita el narrador, D. Papis "descubrió los músculos laterales hechos unos esqueletos y figuritillas". (p. 1307)

Llegados a este punto, el narrador verbaliza el desencanto provocado por la realidad del currutaco y comienza a considerarlo en los términos que, oídos en el paseo, le habían "desazonado":

El que antes me había parecido epítome de la zalamería, y compendio de una humanidad hecha a moco de candil, y no por modo de chiripa, me vino a aparecer un Estantigua con visos de energúmeno, y perspectiva de Pigneo deshumanado. Pudiera muy bien hacer el papel de Duende, -- Trasgo, o coco espantador. Desnudose y quedo despirracado, descurrutacado, desmajurriado, deshumanado... (p. 1307)

Pero no acaba aquí el desencanto y la conmiseración. A D. Papis se le ocurre ejercitar sus habilidades de danzarín:

el desubstanciado cachibache comenzó a trenzar y a texer por aquellos aires de Dios: - hizo la espatarrada, la mortecina el paspié, y muchas mudanzas contradanzarias asaz bonitas y curiosas ... (p. 1307)

que acaban en el esperable gesto ridiculizador:

finalizando al lucido acto con una vuelta-perdiada, que le obligó a caer de porrazo - y a lo rampón (...) y de poco no se deshizo las mascaderas. (p. 1307)

y la animalización y cosificación degradadoras:

En el intermedio de su caída, y levantamiento paré observarlo. Me pareció tenía patas de carnero, tripa de tinaja, cabeza de bola de harandao, y boca de la cueva de Montesinos, donde don Quixote vio cosas muy cosas... (p. 1307)

La cuarta entrega encierra el remate de la descripción total del tipo y la transición hacia la segunda parte de la "novela vurlasca". Aún prosigue el ceremonial de D. Papis pues procede al cepillado de sus vestidos y aditamentos, lo que acaba por desencadenar en el narrador el paso de la usual reflexión --de la que sólo era partícipe el lector--, a la acción liberadora y agresiva:

Al ver esto me ref a carcaxada tendida: enseñé los dientes, como si mi D. Papis fuera Albeitar; se me encosquilló el gonzate; solté la zumba; desarriunaqué la gresca; desabroché la barahunda; armé la chacota, y por remate de canción amasé una trápala de los mil diantres. (p. 1309)

Toda esta parte concluye con una reflexión que disipa cualquier resto de admiración hacia los currutacos. La reflexión es, en contra de lo esperable, breve quizá porque,

técnicamente, está interrumpida por el desarrollo imprevisto de la acción: Doña Longaniza, la hija de la criada, en la primera señal; la segunda, que D. Papis despierta y comienza a santiguarse y a rezar y la definitiva, la llegada de los acreedores del currutaco:

Era el caso que, aquella chusma la componían el sastre D. Avejaruco, el Zapatero D. Triángulo, el Peluquero, D. Zampalimones el Mercader D. Hoziquimocho, y la Modista Doña Paniquesa, que acompañados de los Alguaciles, Mazarcoles, Pajalarga, y Manacuezos venían a ejecutar su prisión, si no pagaba quanto debía estos Artesanos de la Currutacuería. (p.1310)

El narrador no puede ni quiere ayudar económicamente a D. Papis y este acaba en la cárcel.

Al llegar a la quinta entrega, dos razones argumentales se convierten en rasgos técnicos que tienden a soldar lo que era un artículo de costumbres con lo que se presenta una novela corta. En primer lugar, el estupor del narrador, ante la cantidad de deudas contraídas por D. Papis en un solo día como parecen indicar los hechos. Esto le lleva a generalizar la desconfianza hacia toda la "bellacrianza currutacaria" mediante nuevas reflexiones que, si detienen la acción, ahora más abundante, contribuyen a mantener el tono de artículo logrado hasta el momento:

Los que antos me parecían jeremizaban lamentaciones, o Tronos hablando macarrónicamente, danielizaban sueños, jonizaban desengaños, socentizaban verdades, aristotelizaban efectos y sanaguizaban sentencias; me parecían ya mas bobos que el de Coria, y mas tontos que el de Lumpiaque. (p.1313)

La segunda razón que implica al narrador con el currutaco en la nueva serie de acontecimientos e impide que se convierta en mero observador es "La sincera amistad que

profesaba con su padre". Por ello, a la mañana siguiente, va a visitar a D. Papis al calabozo, le oye lamentarse de su estado, dada su condición de "currutaco profeso", enumera las piezas que ejecuta con la guitarra y, a continuación, dice: "me expuso esta patraña, que yo no penetré" (p.1314) Tal patraña consiste en que D. Papis le entrega unas letras giradas de la Corte y firmadas por su padre para que el narrador salde unas deudas olvidadas que había contraído unos meses atrás.

La historia contada por D. Papis vincula a los dos protagonistas y hace que progrese de forma más desembarazada una acción que hasta ahora se ha limitado a ser soporte mínimo e inevitable de la descripción del tipo.

En medio de una situación paralela a la producida al comienzo de la "novela", el narrador va a cobrar las letras a casa del agente y ni este ni su hija escapan a la burlesca pintura:

me abrió Doña Colondrina hija suya, y Señorita con camisa de Venus, Corsé fino, cintas a la gresca, y Plumage de color de cola de Duende (p.1314)

En cuanto al padre, D. Destripacuentos,

Era un hombretón seco, estirado de piernas y de cogote, ancho de boca y de espaldas, prieto de nalgas y de bolsillo, gordo de pelo, patizambo, zambó rotudo, manirroto, recordote, y con un papo tan largo como mentira de viajante. (p.1314)

Los trámites para conseguir el dinero y entregárselo al currutaco son mencionados rápidamente. D. Papis queda liberado y se despide del narrador hasta la comida. Este, har to de esperar, vuelve a la cárcel en busca de noticias. Con breve parlamento, "la Alcaldesa Doña Trementina" da al narrador y al lector la clave del suceso que originó la detención de D. Papis y la auténtica personalidad de este:

¿Qué Don Papis? Me dijo. ¿Preguntais á caso por el que visitasteis esta mañana? Ese no se llama D. Papis: es un picarón nominado D. Avestrúz; pagó cuanto debía, y se fue con su Madre de Dios (p.1315)

Es este el momento más delicado de la unión entre los componentes costumbristas y los novelescos de este artículo, pues ya no se trata de reducir la apariencia de un currutaco a su faceta más ridícula sino en transformar un tipo costumbrista en un personaje, propio de la novela y, en este caso, de caracteres antihéroicos más que burlescos. El cambio del nombre del protagonista, además de objetivar la mutación narrativa añade nuevas dimensiones otorgadas al tipo: "D. Avestrúz" sigue siendo nombre significativo, burlesco y animalístico, pero la connotación es ya distinta a la ofrecida por el simiesco "D. Papis". Además, en este pasaje aparece escrito con y frente a la p del título, donde, quizás como burlesco recurso ortográfico se insinuaban las condiciones del protagonista y quién era este realmente.

Al comenzar la sexta entrega, el narrador ya no actúa como observador del currutaco y de su contexto sino como su sujeto paciente del nuevo personaje. Ahora ya no se trata de la ecuanimidad de una opinión sino de la salvaguardia de la hacienda y la libertad, por eso, dice, "Con tan inesperada noticia se me revolvió la sangre; temí algún engaño, y sus consecuencias." (p.1317) Al llegar a casa, se encuentra con el agente y los alguaciles, que le prenden y confiscan unos "trastes" cuya enumeración era inevitable y necesaria como descripción que atempere el aumento de la acción:

un canchil, seis sillas entre rotas y despedazadas aunque macorriños, un respetable peluquín, cierto Bufetillo de corcho, un Estante quebrado con quatro librotanes sin principio ni fin como Dios, un manojo de romances, una garva de Sonetos, un fascal de Villancicos manuscritos y paráte de contar.
(p.1317)

El narrador pasa varios días en prisión antes de ser informado de la "substancia de mi proceso", como dice, esto es, de los detalles de la suplantación de personalidad basada en que "como yo no avia visto ni a D. Papis, ni a D. Avestruz le fue fácil hacorme tragar el fingimiento" (p.1318) El padre de D. Papis, enterado del robo de que había sido víctima su hijo, encarga que se prenda a quien presente las letras, lo que sucede con el narrador. La compensación descriptiva apunta de nuevo al referirse éste al escribano que le toma declaración, D. Tuétano,

Escribano que en seriedad y gravedad inaguantable las podia apostar a todos los Catones del Mundo nacidas, nacies y por nacer; a todos los Sénecas, y cien leguas al contorno. (p.1318)

y la versión que el mismo tuétano da de D. Avestruz:

Este Pseudo-Papis era embrollista eterno y sempiterno, [...] chismoso por los quatro costados y la asadura: arcupillo de los pies a la cabeza: y Prototunante a todos vientos, no tenia ni oficio ni beneficio, y no obstante iba petimetre. No había la boca sino acosta ajena; y se encajaba de mogollón en qualesquiera parte. Campaba, y trinchaba, y gastaba, y paseaba: corría por aquí, saltaba por allí; bailaba por acullá, gastaba antaño y tenía ogaño sin fincas, ni rentas, ni mayorazgo, ni maldita la cosa. (p.1318)

A consecuencia de la desaparición de D. Avestruz, el narrador pasa tres meses en la cárcel, sale de ella gracias al aval de "cierto amigacho" y se dirige hacia casa.

La unión, hasta ahora lograda, entre lo costumbrista y lo novelesco comienza a desvirtuarse en este momento final. Quizás el último pasaje de esta entrega representa el ejemplo más claro de la ineficacia del lenguaje cuando el autor deja de describir y no acierta a controlar la acción:

mi casa despojada de todo lo despojable, cual la pudiera despojar el despojador más despojante por toda despojadísima despojabilidad: ¡que oración tan altisonante! (p.1319)

El desarrollo de la última entrega confirma que lo insulso de este inciso preludia la falta de pericia en el desenlace de la historia. Con gran rapidez, se resuelve todo lo pendiente de forma encadenada excepto en el primer eslabon, demasiado fortuito: "Al cruzar cierta callejuela, me encontré con dos ladrones. Meché á correr, y me entré en la primera casa que hallé abierta" (p.1321) Si los ladrones son fantasmales, la casa resulta ser la de Doña Prosodia, donde se ha ocultado D. Avestruz. Este propina una paliza al narrador en un pasaje que viene a ser el más gracioso de la historia por la forma en que se refiere el movimiento ridículo de esta ocasión

me dieron una descarga de bofetones bien pegados; y a seguida se me agarró un hombrete forcejeando para batirme. Yo era más fornido y más alto: y así con más facilidad lo batí, pero encima de mí. El se aprovechó de mi desgracia; y comenzó a darme cachetes, soplamocos, puñadas y coscorrones. Yo clamaba, pero el no se compadecía; gritaba, pero no cesaba. (p.1321)

A los gritos acude la ronda y descubre a D. Avestruz, cuchillo en mano, dispuesto a dar cuenta del narrador. Este aún añade una relación de los destrozos sufridos en su cuerpo y menciona su permanencia en el hospital antes de "sanjar" el suceso. D. Avestruz va a presidio, Doña Prosodia "se consoló bien pronto" y él, dice de sí mismo: "me desengañé de lo que son los currutacos: necedades, sandeces, y vagateles sus acciones; aire su cabezorra; vacío su colete, y zancuoco su entendimiento." (p.1322) Pero esto ya no era necesario mencionarlo, pues la historia es suficientemente elocuente. Además, los últimos acontecimientos la han conducido por ca

minos alejados del mundo de los currutacos. Por ello, el colofón resulta demasiado forzado: "Desde entonces los aborrezco, y aborreceré con los hombres de juicio." (p.1322)

"Don Avestruz" es excepcional por lo temprano de su aparición con respecto a producciones equiparables del costumbrismo nacional; por el contexto, tan pobre en muestras similares; por lo curioso de la experiencia de fusión de elementos narrativos que quieren emparentar con modelos prestigiosos y elementos costumbristas (y no al revés, ya que no es un intento de "evolución" de lo novelesco a lo costumbrista); y por los resultados obtenidos.

Lo que flojea es la técnica —pero la técnica novelesca— y sólo al final. Las demás tachas pueden ser fácilmente contempladas como males menores entre curiosas virtudes y originalidades. Así, el léxico y el estilo y el aspecto humorístico, siempre difícil de manejar en el costumbrismo. La riqueza léxica es indiscutible por más que el autor la exhiba tan prolijamente que a veces resulte verborrónico. Pero todo lo que afecta a las enumeraciones suele estar en función de la descripción exhaustiva y cuando se recurre a la redundancia —y aun al retruécano— priva el intento de filiación cervantina o quevedesca. De ser agobiante, busca otros rines: humorísticos, irónicos, perspectivísticos. Así, las series "insolencia" (cf. p.1297), "explicar" (cf. p.1298) y, especialmente "despojar" (cf. p.1319), cuyo remate —"¡qué oración tan altisonante!"— habla de la conciencia de su uso. Parecidas notas podrían adjudicarse a series emparentables como "decurudoso—despiracado—descurrutacado..." (p. 1307) o "jeromizaban, danielizaban..." (p.1313), por no hablar del uso regocijado del léxico en las enumeraciones de comidas, danzas, melodías o las retahílas de adjetivaciones sinónimas. Lo que pudiera parecer exudación verbal se convierte, pues, en mérito al considerar las creaciones léxicas ("papitieso" = papitieso + Papis?) que manudean en cualquier párrafo y, el recurso —muy costumbrista— de los nombres

proprios simbólicos cuando no el de la fábula antigua —tan caro, luego, a Estébanoz, en quien hacen pensar todos estos rasgos— "faciendo" (p.1301), "finchadísima" (p.1302), "finco" (1302), "fecio" (p.1305), o la frecuente terminología es pecíficamente aragonesa —entre abundantes términos y giros compartidos con otras zonas—: "queradísimo" (p.1301), "ber nizado", "vueltas", "dessubstanciado", "barandao", "chapi(e) nes" (p.1307), "paniquesa" (1310), "mazorril", "garva", "que rado", "fascal" (p.1317)...

El trabajo no es nada improvisado. Además de lo apuntado hay que recordar las vinculaciones explícitas o que el autor quiere establecer entre su escrito y Cervantes o las no declaradas pero demasiado evidentes con Quevedo; el "picarón" (p.1315) o los menos dudosos "archipillo" y "prototy nante" (p.1318), calcados sobre "archipobre" y "protonisería" del Buscón (cf. lib.I, cap. III)

Algo similar puede decirse del aspecto humorístico de "D. Avestruz". Se halla entre el cúmulo de intentonas (con el único acierto pleno de la escena del narrador apaleado por D. Avestruz) y el abigarramiento que hasta, sólo que en este caso la balanza se inclina más fácilmente del segundo platillo pues el humor costumbrista suele nacer de la ironía sabiamente aplicada más que del chiste puramente verbal o la situación kinésicamente bufa y es quizá este rasgo el más de terminado por el componente "novelesco" del cuadro, ya que, más que de lo costumbrista, es propio de los modelos contemplados el recurso al desmenzamiento de un término o a la degradación que animaliza, mecaniza o cosifica. Con todo, también en lo humorístico parece haber clara conciencia de su empleo, aunque sea en un sentido limitado, pues desde el título se anuncia el carácter "vurlesco" de la "novela", y por vía doble: adjetiva y ortográfica. Además, lo humorístico, como burla —ya que no como matización irónica—, sirve perfectamente al descriptivismo esperable en un escrito costumbrista.

Sin que se agoten aquí las "excelencias" de "Don Avestruz" —superior con creces a las "tachas"—, su autor ha logrado rehuir lo moralizador, pintar un tipo —uno excepcional, el currutaco, pero hay más de una docena nominados, puestos en marcha y funcionales— y hacerlo desde la perspectiva aragonesa de léxico, localización y alusiones. El que no cree "escuela", el que no deje "poso" —más que los desajustes técnicos y los excesos léxicos y estilísticos— es lo único que empaña la importancia de este cuadro, claro precedente del modelo que la crítica atribuirá a Estébanez, interesante muestra práctica de la batallada relación entre costumbrismo y novela, e importante modalidad de integrar lo aragonés.

3.1.1.4.- Serie epistolar: Plácido y Salicio. Tipos: supersticiosos e hipócondríacos (1800)

En 1800 (31) sobresalen tres trabajos: una serie epistolar anónima y, flanqueándola, dos colaboraciones de un mismo autor —quizá Boggiero— y de rötulo equiparable.

"A los supersticiosos" [sic] (32) está firmado por B., ya conocido por "El Gabinete de Modas" (33), y se reparte en tres entregas (34). Es de calidad no desdénible, a pesar de que la proximidad de "Don Avestruz" tienda a ensombrecerlo. El título ya es significativo del talento que predomina al final: reconvencción, adobada con cierta morelina, hacia las personas supersticiosas. El cuadro se dirige a los supersticiosos, más que centrarse en su descripción (los supersticiosos), posibilidad esta propiamente costumbrista que no excluye la "enmienda" de quienes se sienten aludidos. Con todo, este cuadro, cuenta con recursos técnicos capaces de con

pensar lo que parece "desenfoque" costumbrista. Tras un p^ortico costumbrista como es el lema —en este caso, una cita de Horacio (35)—, el primer párrafo plantea el tema: más que las innumerables extravagancias de los supersticiosos, lo sorprendente es su arraigo en sujetos "entendidos y de un talento sobresaliente", ya que "no sería de admirar en una gente sin educación" (p.847) A esta claridad en el planteamiento —el cuadro va dirigido a corregir el "delirio" (p.847) que supone la superstición—, corresponde un esquema habitual luego en el costumbrismo. Título, lema e introducción garantizan un contacto con el lector que debe ser observador —cuando no cómplice— del enjuiciamiento de la anécdota. Esta se inicia con la situación que más a menudo crea la ficción costumbrista: "pocos días hace que un amigo me convidó a comer a su casa" (p.847) El narrador se encuentra con una familia costernada. Su amigo le explica: "que en la noche anterior su mujer había tenido un sueño muy extraño, que sin duda les pronosticaba alguna desgracia". (p. 847)

Y se van hilvanando los lugares comunes de los supersticiosos. Tras el sueño, sus detalles, aportados por la "Dama":

Querido nio, ahora puedes conocer al extranjero que anoche vi en medio del pavilo de la vela.
(p.847)

Ante el anuncio, por parte de su hijo, del inicio en martes de una nueva fase de aprendizaje:

¡El martes! ¡no nio nio! (replicó la Señora muy sobresaltada) no nio: no; si Dios es servido no principiaran en martes. Di al Domine que me haga el favor de esperar hasta el Jueves. (p.847-8)

Vuelve el autor a hacerse presente reflexionando hasta que, al servir un poco de sal con la punta del cuchillo, la vierte sobre los manteles, lo cual vuelve a horrorizar a la señora de la casa. Nueva reflexión del autor para abrir la segunda entrega y para introducir otros detalles supersticiosos de sus anfitriones; como el que comunica ella:

¡Ay, prenda mía: un desastre nunca viene solo!
¿No te acuerdas que el Palomar se cayó el mismo día en que la recia de nuestra criada vertió la sal en la mesa? (p.849)

o de la réplica del marido:

Si hija mía, yo también me acuerdo, que por el correo inmediato supimos la desgracia del Almirante de Grasse. (p.849)

Reflexión más globalizadora del narrador que alude a la debilidad de su amigo que se deja llevar por la esposa. Al romperse este contacto, dentro de la ficción, entre el narrador y su amigo, el autor recurre a reforzar el que estableció al principio con el lector (al que supone o necesita situar fuera del dominio de la superstición). Además, este cambio de interlocutor permite convertir en representativos unos pocos ejemplos y evitar menciones exhaustivas:

Pueden juzgar mis lectores la confusión en que me hallaba y mi ardiente deseo de que se concluyese prontamente la comida; durante la qual no hice caso de otras mil impertinencias que se dixeron sobre el particular. (p.849)

La comida, como era de esperar, resulta una experiencia desagradable. Situaciones parecidas serán explotadas por los costumbristas como recurso para congraciarse con el lector (a quien vendrá a "pedir ayuda") y presentarle el cebo más efectivo del costumbrismo: si el lector es "tocado" (el es-

estado del narrador es lamentable pero tiene su pizca de gracia), habrá tragado el anzuelo del artículo. Puesto que el narrador ha condensado en su persona los efectos de la "tacha" que quiere erradicar, el lector deberá evitar ocasionarlos (a no ser que comparta la tesis del autor de ante mano caso en el que el artículo tiene un funcionamiento más complejo).

La habilidad del autor en el caso de "A los Supersticiosos" no es poca ya que, además de poner en juego los mecanismos recién aludidos para corregir la perspectiva cuasirecriminatoria de los preliminares, se asegura de su efectividad al romper el hechizo de la ficción por tres vías: la ridiculización de los rasgos supersticiosos, la desconexión con el presumible aliado de la anécdota (el "amigo" pasa a tener "sevill naturaleza"), y la conexión explícita con el aliado real que más le importa: "mis Lectores". El nuevo rasgo supersticioso —una cruz formada con el cuchillo y el tenedor (cf. p. 849)— ya es referido de forma distinta, más alejadamente de la ficción: el narrador decide colocar el cuchillo y el tenedor en el paralelo y, en evitación de futuras desatenciones similares —es decir, más allá de la anécdota—, resuelve no volver a ponerlas en cruz, pero, añade el autor mediante un presente extranarrativo. "Aunque no hallo motivo que lo obligue". (p. 850). El narrador abandona la casa del amigo convencido de que la "Dama" lo "tenía por hombre extraño y del mal equero". (p. 850). Ya en su casa, el narrador cierra la anécdota a la usanza costumbrista:

Encerrado en mi cuarto medité con mucha aplicación sobre los males que los hombres nos acarreamos con nuestras necesidades, y supersticiosas ideas. (p. 850)

La orientación del cuadro ha cambiado. Ahora se trata de sistematizar los argumentos implícitos en las líneas anteriores aprovechando la presumible actitud favorable conseguida en el lector. La efectividad se refuerza en

este momento con la enumeración, no de los detalles de un caso, sino de varios supuestos diversos, que cumplen la función de cubrir el resto de la gama para que el lector no afectado por el ejemplo de la comida pueda sentirse aludido con más probabilidades. Narrativamente, la copresencia del ejemplo desarrollado convierte los apuntados en los otros artículos en el momento en que los lectores adecuados los evocan. Además, para los efectos de la pintura del "supersticioso" como tipo, todos los casos operan como elementos de la descripción plena que acaba por confirmarse en la mente del lector.

Los cuadros potenciales y los elementos aislados que van apareciendo son:

- 1) He conocido sugeto, que por haber visto una exalación al salir de su casa, se volvió a entrar en ella y no pudo dormir en toda la noche (p. 850)
- 2) He visto a un enamorado macilento y dexar totalmente de comer, porque al trinchar una ave en la mesa le había roto el pico. (p. 850)
- 3) el canto de un Buhó a media noche ha causado mayor sobresalto a una familia, que si le hubieran cercado una tropa de ladrones. (p. 850)
- 4) el encuentro de un clavo mohoso... (p. 850)
- 5) un alfiler torcido... (p. 850)
- 6) el tropiezo de algunas personas... (p. 850)
- 7) Hago memoria de haberme hallado en una merienda en donde la casualidad hizo, nos juntásemos trece(...) una Señora(...) hubiera desgraciado la función a no haber observado uno de nuestros compañeros, haber en el número una Señora embarazada, asegurando que éramos catorce... (p. 850)

- 8) He conocido algunos Sujetos que no podían sufrir que cierta personas los mirasen jugar, como si su vista pudiese infundir sobre la ba raxa... (p.851)
- 9) cierta Señora corrió riesgo de perder el juicio porque á las doce de la noche oyó ahullar un perro por tres veces, y que según ella debía de morir uno de aquella calle dentro de tres días y ella se hallaba con dolor de cabeza. (p.850)

Hay, pues, casos referidos a motivos aislados (3,4,5,6); otros a motivos personalizados y vinculados, por poco que sea, con el narrador (1,2,8,9) y un caso (el 7º) vivido por el narrador, que supone el punto medio entre todos los enumerados y el desarrollado en el cuerpo del cuadro y que muestra el carácter de cuadro potencial de todos los casos.

El mencionado caso 7º se sitúa en el lugar central de la segunda fase del trabajo, así como los casos 8º y 9º están vinculados por cerrar y abrir, respectivamente la segunda y tercera entrega. El final de la segunda entrega ofrece una variante con respecto a las "reflexiones" que va mezclando el autor: este, por primera vez da una explicación del caso:

y es en efecto muy dable, que sobresaltado con aquella preocupación hagan malas jugadas, y por consiguiente pierdase, achacando su desgracia, no a su atolondramiento, sino a la vista del sujeto, y así se afirman en su error cada vez más, viendo verificada la pérdida. (p.851)

Esta explicación "lógica" es retomada al comienzo de la ter ce ra entrega para vincularla con ideas muy próximas a las expuestas al comienzo del cuadro: si es lamentable que arrai que la superstición entre personas cultas, aún es más preocupante que los supersticiosos no instruidos contemplan tal modelo. Ahondando en esta recapitulación "lógica", el narra

dor apunta las posibles "causas" de la superstición: la ignorancia, "las preocupaciones que nos infunden las criadas en nuestros primeros años" (p.853), el miedo a la muerte, y la incertidumbre de su llegada. El esquema mental del autor comienza a manifestarse diáfano, con lo que la técnica costumbrista —y la ficción en general— se ahuyenta. Aparece con un planteamiento "racional", ilustrado, incluso terminológicamente:

Si los Filósofos trabajan por un lado en disminuir los males de la vida, esparciendo las luces de la razón, debemos también decir que por otra parte los ignorantes no dexan de afanarse para multiplicar las tinieblas del error y la superstición. (p.853)

El cuadro se remata con un par de consideraciones destacables en medio de la revelación tranquilizadora del autor, entre el racionalismo de divulgación y la chata sensatez del ciudadano bienpensante: en primer lugar la negativa a poseer el hipotético "don de adivinar todos los bienes, ó males que me han de suceder en este mundo; me basta —añade— experimentarlos quando vienen" (p.854). En segundo, lugar, la confianza en Dios como único medio "para fortalecerme contra tan funestos presagios o temores fantásticos" (p.854) Esta referencia "racional" a Dios, que redondea la explicación ilustrada y la forma en que ahora se presenta el autor como argumento de la autoridad —y no el narrador como personaje—: "Yoaseguro ingenuamente" "No hallo mas que un medio" "Quando me acuesto me recomiendo a su cuidado", "Aunque ignore la hora de mi muerte", "Dios me dexara de ampararme" (p. 854), dan la clave del retroceso de lo costumbrista logrado a lo largo del cuadro: en el costumbrismo, el autor no habla directamente de su intimidad ya que, de no existir la ficción por medio, su obra se transformaría en algo entre el drama y el ensayo.

Sin embargo, la parte final de "A los supersticiosos" prescinde de lo ficticio y retoma las connotaciones del principio. Además, lo costumbrista procede a la implicación solapada del lector a través de la ironía y aquí se recurre casi a lo silogístico para convencerle. Incluso podría proponerse una lectura más anticostumbrista del último párrafo (p.854): el autor habría postergado la corrección de la "tacha" social de la superstición ante la posibilidad de exhibir su propia sensatez, tan fragil como insultante. Queda así este cuadro —entre el tipo psicológico y la escena costumbrista— como una modalidad original de entrecruzamiento de épocas, técnicas y actitudes en el proceso hacia el artículo de costumbres consolidado.

La serie epistolar anónima "Correspondencia curiosa de Plácido y Salicio" se extiende de julio a noviembre y ocupa con sus entregas prácticamente todos los ejemplares en que aparece, y estos son bastantes, ya que las trece cartas se reparten en diecinueve entregas. En la "Carta primera Plácido a Salicio" (36), con planteamientos perspectivísticos que hacen pensar en las Cartas Marruecas de Cadalso, Plácido da cuenta a su amigo de haber llegado al "país" de éste, quien parece reside en la Corte. El viaje se debe a motivos de salud y la correspondencia, al deseo de tener informado a Salicio:

Ya deseas que te anuncie el concepto que voi formando de la tierra y de la gente: algo te indicaré en mi correspondencia, pero desde luego te digo que lo sabrás a boca. (p.822)

El punto de vista seleccionado para ello —el extrañío en tierra propia— supone que el lector del periódico —sin duda, siempre aragonés— cuelta con tres puntos de vista: el propio y el de los corresponsales. La primera nota apuntada por el recién llegado es la idoneidad del lugar para su salud, ya que ni siquiera va a tener "necesidad de pasar a los baños de la montaña" (p.822). Pero si el clima le parece aceptable, el ambiente, no tanto: echa en falta el suyo y, sobre todo, lugares de esparcimiento:

No me atrevo a decir lo que alguno de tus paisanos nos decía en esa corte, que esto era un jardín presidido por el Dios del mal humor. (p.823)

Quizá por cortesía, el extranjero duda que la razón de la inexistencia de un pasco sea esa o la que le dan los que ahora lo rodean —"que habria excesos..." (p.823)— y lamenta lo que es desidia para un hombre de la Corte:

Yo me averguenzo de que asi los naturales degraden a un pueblo, que acaso es el más pacífico y tranquilo de España (p.823)

Propone, pues, la creación de un paseo y añade otras reformas urbanísticas y de bienestar ciudadano (regulación del tráfico, eliminación de ruidos). Se cierra la Carta aludiendo al cambio de alojamiento que ha realizado en busca de mayor tranquilidad que, acaso, le lleva a componer "una comedia o tragedia" quizás estimulado por el excelente teatro que tiene la ciudad.

Se trata, pues, de un trabajo de técnica epistolar que ofrece datos físicos y quizá psicosociales pero no de recreación en términos costumbristas. Lo mismo puede decirse de la "Carta segunda. Salicio a Plácido" (37), dedicada por entero a disuadir a Plácido de sus proyectos teatrales excep

to en el primer párrafo, donde Salicio justifica que la ciudad no tenga, paseo todavía y que sea inevitable el que los carros hagan ruido como en todas las ciudades. A propósito de este tema una puntualización lingüística contribuye a la localización aragonesa de los hechos:

el que los carros lleven (aunque superfluos) esos hierros que tu llamas zarcillos, y por ay se dicen alfaldones para que hasta el nombre sea estrepitoso (p.825) (38)

En la "Carta Tercera. Plácido a Salicio" (39) se continúa el tema teatral ahora desde el punto de vista de la difícil satisfacción del gusto popular y la "Carta Cuarta. Salicio a Plácido" (40) cierra este intercambio de opiniones sobre lo dramático con una mención negativa de las "comedias de magia" y otra favorable al resultado placentero de una obra como criterio valorativo.

Cambia el tono con la "Carta Quinta. Salicio a Plácido" (41). Quizá ha intuido el paso de más de dos meses de época veraniega para ello. El primer rasgo advertido es que, a partir de ahora, cada carta tiene un título específico, que en la presente es "¿Puede todo un Pueblo ser Filósofo?" La mecánica del carteo ha variado algo: Salicio se dispone a responder a la pregunta del título, que le ha sido comunicada sin conocimiento del lector. Se da así mayor perspectiva a la correspondencia y proba lemento se ha querido aumentar su verosimilitud subsanando los meses en que no ha habido intercambio de cartas. Por lo demás, el tema, que resulta nuevo es tratado muy especulativamente, y sin interés literario. Este crece de forma considerable para la his

toria del costumbrismo en la "Carta Sexta. Plácido a Salicio. De las disputas en las tertulias" (42). Se trata de la descripción del ámbito donde había surgido la pregunta de la quinta carta. Tras leer esta y meditarla, Plácido vuelve a la tertulia. El comienzo de esta carta no difiere de lo habitual, que es el encadenamiento de la correspondencia mediante las primeras líneas. Pero la técnica varía inmediatamente. Infiltrando la vivificadora ironía costumbrista, Plácido ofrece una aproximación previa a la tertulia:

Esta se compone toda de varones, muchos son sabios muchos presumen serlo; hay algunos sujetos de mucha autoridad con quienes no puede disputarse sino a medias palabras; y sobre todo hay algunos que han viajado, y que a pesar de su discreción y finura, han contraído los resabios comunes en los viajeros de citar a cada momento y para todo como autores clásicos y decisivos a un tal Paris, un tal Londres, Amsterdam, y hasta los salvajes del Canadá (p.1117)

Toda la reflexión y preparación con que Plácido acompaña su respuesta negativa a la cuestión naufragan en la tormenta que se desencadena —y es el propio autor el que recurre a la imaginaria naval— de tal forma que el protagonista opta por acogerse "al puerto del silencio" (p.1118). Con habilidad, pues, se ha creado la escena y, especialmente, el actor se ha transformado en observador. Con el mismo o mayor acierto, el autor procede así a la descripción pormenorizada del desarrollo de la tertulia mediante la enumeración de media docena de participantes que son otros tantos apuntes de tipos costumbristas.

Aparece un "militar ingeniero [...]preciado de su espíritu geométrico" (p.1118) que desbarata la discusión pues, con su "tono lento, resonante y amaestrado" (p.1118) y su examen detallado de cada palabra, logra que, tras veinte minutos, se discuta sobre la existencia de Confucio. La iro-

nía con que se observa al militar es transferida a la actitud con que el segundo contertulio plantea la reconversión de la reunión: "con mucho modo y finura" (p.1118) sugiere que, si todo un pueblo puede ser fanático, con la misma razón puede ser filósofo. Y Plácido apuntala irónicamente la provocación: "Yo no puedo explicarme como se alarmaron todos contra su argumento." (p.1118) Se suceden luego un jurista, un teólogo y dos viajeros que exhiben sus correspondientes despropósitos con lo que los reunidos olvidan por completo el tema de la discusión. Plácido reserva para la intervención final a quienes más certeramente puede ridiculizar, dada su profesionalidad:

vino la desgracia de que dos personas de escuela, que habían hecho su fortuna y carrera en el caos de los ergos, quisieron hacer suya la decisión del importante problema. Pero la cabra tira luego al monte; es decir que disputaron con el frenesí escolástico que me parecían dos energúmenos, y se llenaron de impropiedades que me colmaron de rubor (p.1118)

Tras tres horas de tertulia y sólo un cuarto de hora dedicado al tema propuesto, Plácido deja de ser observador y efectúa una reflexión que confirma lo costumbrista de la escena pues toda ella es una recreación literaria de su opinión: "¿Como ha de ser todo un pueblo filósofo si una tertulia de 12 individuos no sabe ser racional?". (p.1119) La suave ironía de que ha hecho gala el autor ha desaparecido con este alejamiento del ámbito y del clima de la tertulia. Aunque no ha concluido la carta, lo que resta va textual y efectivamente dirigido a Solicio, a quien comunica su propósito de rehuir situaciones como la descrita. La compuesta sensatez con que lo expresa empaña el dudoso toque jocoso final: "creo que es más sufrible una tertulia de sugeres que una de sabios". (p.1119)

La "Carta Septima. Salicio a Plácido. Sobre la locuacidad de las mugeres" (43) trata la serie con procedimientos ya aparecidos: mención de dos cartas no conocidas por el lector (pero que resume en la página 1154) y prolongación del tema de las tertulias para hacerlo derivar hacia el apuntado en el título. La transición se justifica argumentalmente por la vista que Plácido, desengañado de las tertulias masculinas, hace a una mixta de la que también reniega por la loquacidad de sus miembros femeninos. Sólo destaca un par de notas en esta carta repartidas en dos entregas y destinada a la defensa por "causa de la razón" (p.1154) de las mujeres en aras de la psicología evolutiva. La primera, afecta a lo aragonés por la mera posibilidad de localizar a Plácido y sus observaciones en Aragón y por la inclusión de una pincelada caracteriológica regional, breve pero significativa por lo infrecuente:

si conforme has salido de esta Corte acia entre el Oriente y Norte, hubieras caminado acia el mediodia, yo no extrañaría que te desazonase el espíritu excesivo de loquacidad, que allí es como caracter de los habitantes; pero en mi patria ni los hombres ni las mugeres se pican de hablar mucho. (p.1153)

La segunda, por incluir en la mencionada defensa un pasaje que difiere —para bien del costumbrismo— del tono teórico predominante. Se trata, en la práctica de una pretorición que pergeña lo que en los artículos de costumbres sería un tipo psicológico o general:

Si las mugeres rompen en despropósitos y necesidades; si por un hábito invencible con el acote de las mutaciones arruinan el honor de las personas sensatas, y se destruyen ellas mismas; si para ellas mismas no hay secreto que no se les escape de la boca, si calumnian, si descubren los defectos de

sus mismas amigas, si siembran la discordia en las familias; si se alimentan del chisme, y se entretienen con la maledicencia, todo debe reputarse por afecto mas que de una malicia refinada, de este imprudente espíritu de charlatanería que las domina, pues como hablen, sea chisme calumnia o necedad lo que parlan, ya han sacado su partido. (p.1154)

Las dos entregas de la "Carta Octava. Salicio a Plácido. De la conducta del hombre de bien con los que no lo son" (44), están dedicadas al tema del enunciado, desarrollado muy lejos de lo costumbrista, aunque no dejen de contribuir al encadenamiento técnico de la serie (mediante la alusión a más cartas desconocidas por el lector) y, quizás, a su trabazón ideológica y regional si se entienden las tesis de Salicio en el contexto de los rasgos atribuidos al hombre aragonés directamente en otras entregas o a través de reminiscencias gracianescas:

Los hombres de bien son tan celosos de su moralidad que creen haberla prostituido con solo no mantenerla en el último punto de tensión posible; y habituados a oír y decir que la virtud siempre triunfa, no se cuidan de formar partido y unirse estrechamente para sostener la causa de la verdad, y su propio y justo interés, oponiendo una sagacidad prudente y disimulada contra las insidiosas intrigas... (p.1186)

Tampoco la "Carta Nona. Plácido a Salicio. Del estudio que deben hacer los poetas" (45) tiene más interés para el marco costumbrista de la serie que la alusión al escenario

yo excitado [...] por la hermosura de la campiña de tu patria que parece alejar al espíritu de los pensamientos muy áridos y fijarlo en los suaves y amenos, pasaba muy tranquilo por las deliciosas orillas del Canal... (p.1209)

o la dudosa posibilidad de ver en la caracterización de los poetas adocenados del momento un apunte del tipo costumbrista correspondiente (cf. pp. 1213-4).

El resto de la serie (46) sin ni siquiera alusiones como las ultimamente mencionadas está confiado a comentarios en torno a lo poético en cierta correspondencia con las opiniones sobre el teatro aparecidas en las primeras cartas.

La tercera y última muestra precostumbrista importante de 1800 cuenta con dos entregas, está firmada por el ya aparecido B. —quizá Boggiero— y lleva por título "A los hipocondricos" (47). Se presenta como una carta dirigida probablemente al editor a modo de consulta pues le sigue la respuesta o comentario del autor del cuadro. El suscriptor —que firma N.— expone en primera persona las preocupaciones de salud de manera que se autodescribe al estilo costumbrista como un tipo hipocondríaco:

Desde que me apliqué a la lectura de libros Médicos, observe mucha atención en mi pulso. Nunca lei la descripción de una enfermedad, sin que me pareciese sentir todos los síntomas de ella (p. 1.423)

De igual modo, la mención del historial equivale a la enumeración de los rasgos específicos de su neurosis. En primer lugar, el morbo por los síntomas. En segundo, la avidez con que consume escritos sobre temas de salud; así, 1) la fiebre: El docto tratado sobre las calenturas del Doctor Sidenhan,

me produjo una fiebre lenta, lenta, que no me abandonó en todo el tiempo que empleé en leerle." (p.1.423); 2) la hética o tuberculosis; 3) la gota; 4) el mal de piedra y 5), generalizando, "tanto estudié, que me eché a cuestras un cúmulo de enfermedades diferentes" (p.1423) Y en tercer lugar, la excesiva preocupación por las funciones excretoras y digestivas, como se puede adivinar en algunos de los achaques vistos y, sobre todo, en el relato del último estadio de este valetudinario que es el seleccionado por el autor como el rasgo más jocoso, ridículo y susceptible de tratamiento irónico familiar al costumbrismo. El hipochondriaco se detiene a explicar el método del doctor Santorio, al parecer la solución a sus problemas:

Todas las personas literarias saben que este gran hombre, para excutar mejor sus experiencias, había intentado una cierta silla matemática suspendida en el ayre con tal artificio, que todo se podía pesar con ella, como si fuera una romana. De este modo, sabía quantas onzas de su alimento se disipaban en la transpiración; que cantidad se le convertia en substancia y lo que la naturaleza arrojaba por otros canales. (p.1423)

La pomemorizada aventura de la silla matemática, comienza con su busca y consecución, sigue con su uso prolongado y entusiasta:

he vivido tres años en balanza... (p.1423)

... ..

Nunca tengo horas fixas para comer; pero si mi silla me advierte que toda la libra del alimento se ha disipado, sacó la consecuencia de que debo tener hambre... (p.1425)

... ..

Tengo un libro en donde asiento diariamente todo el peso que adquiere y que pierdo... (p.1426).

Llega a la proclamación del triunfo de la neurosis sobre la máquina,

a pesar de todas mis diligencias en tener mi cuerpo en justo equilibrio me hallo reducido a una increíble languidez. Estoy pálido y desfigurado, tengo el pulso desigual y la hidropesía me amenaza. (p.1426),

y concluye con el razonable desencanto

Tenga V. pues la complacencia de hacer patente en su Periódico este método que he observado, que pareciendo el más eficaz, no ha correspondido al fin a que se dirigió, respecto a estos accidentes que padezco... (p.1426)

y la angustiada petición de un substitutivo

tenga a bien comunicarme alguna regla mas cierta... (p.1426)

La respuesta del autor no es inmediata sino que la difiere hasta haberle asegurado que el lector ha captado sus tesis, razonables pero excesivamente razonadas. El caso de N. era más que elocuente y su tratamiento irónico tan efectivo o más que el otorgado en "A los supersticiosos". Como en aquella ocasión, se apunta alguna otra anécdota historiable:

Esta carta llama a mi memoria un Epitafio que vi esculpido en el sepulcro de uno de estos Valetudinarios, donde le hace hablar de esta manera:

Aquí yace un Español
En este ataud de palo,
No murio por estar malo,
Sino por estar mejor. (p.1426)

Pero el espacio entonces dedicado a alternar otros ejemplares con "reflexiones", aquí es ocupado por la exposición directa de la prescripción:

Una continua inquietud por la vida, borra el placer y llena de tinieblas la faz entera de la naturaleza. (p.1427).

que tiende a la consecución de la felicidad de manos de la lógica y con el aval de un clásico:

llegaremos a experimentar aquella gran satisfacción, aquel bien en su mas alto punto, que consiste, en sentir de Marcial, en esperar la muerte sin desearla, ni tenerla. (p.1427)

La notoria equivalencia de la presencia y el uso de Marcial aquí con la de Horacio en "A los supersticiosos" aclara aún más el componente dieciochesco que impide que carta y respuesta estén perfectamente trabadas al estilo costumbrista. Pero aunque la respuesta estricta, colocada al final, parezca contribuir a alojar el cuadro de un artículo, ya que se presenta en forma de fábula mitológica, a pesar de ello, remata la ficción costumbrista: en ella se abandona el tono doctrinal; supone una elaboración literaria de la principal idea del autor (lo contraproducente de una excesiva atención a los síntomas corporales) que en el momento paralelo de "A los supersticiosos" se resolvía de forma razonada; significa la cohesión de las dos partes del cuadro, ya que es "una regla mas cierta" (cf. p. 1426) dirigida a "nuestro Valotudinario de la Carta" (p. 1427), que consolida todos los elementos costumbristas aparecidos. El resultado final es técnica y funcionalmente casi equiparable al observado en "A los supersticiosos".

3.1.1.5.- La locura universal, entre Aristóteles y la Razón.
Una moneda, objeto-guía en el viaje por la sociedad (1803)

La fugaz reaparición del Semanario de Zaragoza en 1803 no depara excesivas sorpresas al margen de dos cuadros. El primero descuella en medio de una breve serie que aquí debe ser tomada como muestra de los contextos en que puede darse el costumbrismo. Tras un trasechado tema, como es el ataque a Aristóteles y al escolasticismo y la defensa de la Razón y Experiencia, desarrollado en tres días (48), un criptónimo U.E.I. firma las dos entregas del cuadro "Todos somos locos" (49). Se trata de un inteligente trabajo costumbrista en el que se huye de la seriedad y la sátira para conseguir, mediante la ironía, poner en solfa a las fuerzas vivas de la sociedad. De este jocosos ataque no escapan ni los editores, a quienes el autor envía una nota de presentación del cuadro (y a los que volverá a referirse al final) en la que deja a salvo la posible originalidad del escrito a la vista de lo que suele aparecer en el Semanario:

Ya me presumo lo que pueden echarme en cara,
que una ú otra idea, uno ú otro trocito será...
Ya me entiende V. ... (p.81)

Los sugerentes puntos suspensivos, los guiños, la pregunta con pretensión de ingenuidad... van a ser la tónica del cuadro. La misma nota se cierra con una alusión, sino es un reproche zumbón: "Dios les conserva el juicio, que hasta ahora se les tiene bien guardado." (p.81) Las primeras frases del cuadro están encaminadas a asentar el punto de vista que reza el título. Al comenzar a desarrollarlo, ensaya una definición a propósito de la que el autor lanza sus dudas sobre la fiabilidad de los criterios médicos:

La locura, a mi parecer, que es la vida del hombre... Pero vaya, no nos despacemos con los Señores Físicos, que harto tendremos que chocar con ellos. (p.82)

El tema del cuadro y la técnica con que se elabora comienza a funcionar por cauces costumbristas cuando el autor se coloca al margen del microcosmos de su escrito (y, correlativamente, de su sociedad) calificándose de loco para poder decir cuanto queiera sin tener que dar cuenta de lo ilógico o imprudente de sus palabras:

Es preciso, pues, que como tal no reconozcan, para que pueda cortar y partir según a mí me parece, y fuere de mi gusto... (p.83)

Frente a la clasificación médica de monomaniacos y locos totales, el autor establece su propia clasificación de la locura que anuncia las que serán moneda corriente en las "fisiologías" costumbristas:

contentémonos por ahora con distribuirla en dos géneros, así no faltarán infinitas especies que se subalternen; es a saber, loco por de fuera, y loco por de dentro. (p.83)

Con un esquema riguroso en la dosificación de los datos y en el orden de su aparición, el autor da sus definiciones:

Locura por fuera es aquella que no está por dentro. Yo no explicaré. Es una pasión del ánimo con que el hombre manifiesta exteriormente su genio, figura, aficiones, pasiones, &c., &c.. Locura por dentro, su contraria, es un Sacramento: no puede ser ni más breve, ni más clara, ni más compendiosa es esta definición, un Mr. Misterios: lo diremos de otra manera; una taimada política de encubrir genio, figura, pasiones, aficiones, &c., &c., &c., &c.. (p.83)

A las definiciones, acompañan las diferencias, como:

Diferenciase una de otra, en que la primera es de pobres hombres; la segunda de Argui sabios. La primera es una rabia mansa; la segunda un rabioso frenesí. (p.83)

La lógica expositiva del microtratado psiquiátrico se interrumpe brevemente con un paréntesis exigido por el trasfondo del cuadro que aquí vuelve a mostrar la soltura técnica de su autor además de la falta de improvisación. Si a) las definiciones y las diferencias establecidas suponen el planteamiento del tema del "mundo al revés", b) el paréntesis va a significar que tal tema no es circunstancial sino universalizable.

Cada día se va empeorando el mundo, nos dicen los viejos, y es preciso aprobarlo; porque sino se han armado contra nosotros, y nos echan por puertas; [...] pero yo digo a mi capote: [...] El mundo siempre ha sido un hospital de delirantes... (p.84),

Franqueado así el pórtico para la revisión de la sociedad "vuelta al revés", ya se puede comenzar la pormenorizada descripción de sus representantes. La técnica totalizadora (que evoca funciones semejantes en la Danza de la Muerte, entre otros textos), se aplica mediante el rasgo "fisiológico" de las subdivisiones de locos. Esto, además, significa que nos vamos a encontrar con una galería de tipos costumbristas y —gracias a que el tema de la locura funciona técnicamente y no sólo anecdóticamente—, que estos van a ser representativos socialmente y no van a quedarse en psicológicos o generales que era lo presumible a la vista del título.

El cuerpo del cuadro viene dado por el desarrollo —con muchos detalles de raíz quevedosca— de la clasificación establecida. En cuanto al primer grupo,

Hé aquí, que los locos por de fuera, unos son por gusto; otros de profesión, y otros de genio; y aun algunos, que lo son de todas maneras. (p.84)

y, tras el aviso —"Vamos al asunto; y al que le pique que se rasque." (p.84)— comienza la pintura de "los del gusto" definidos como:

aquellos que ridiculizan con su traje al linaje humano... (p.84)

La casilla clasificatoria esta reservada exclusivamente, como era de esperar, a los petimetres entre los que se llega a apreciar dos o tres variedades,

los gorriones:

petimetres de a dos tres, con unas tripas como un farol, que no se mantienen sino de mordiscos, hambreado en los cafes y paseos... (p.84)

los figurines:

delirantes en el oficio de titereteros y monos, muy ocupados y exhalados en saber la moda ajena, para proceder por imitación, no por razón... (p.85)

y, quizás —pues, en parte es matización de lo anterior—, los mujeriles:

quisieran ser unos hombres con honores de madamas, dignos de vestir las basquiñas que las mismas mujeres... (p.85)

Sigue el grupo de los "de profesión" y, aunque el autor puntualiza:

Aquí no hablaré de los que comienzan a serlo de profesión; porque todavía no se han limitado a te

ma fixo... (p.85),

en él aparecen 1) los leguleyos, escribanos y afines:

olvidados enteramente de todo negocio, ménos el de despojar la bolsa, aumentando papeles, reparando en pelillos, enredando, atrasando, ó impidiendo el debido efecto, y sobre todo, presentando las cuentas del Gran Capitán... (p.85),

2) los médicos,

Sacristanes de Galeno [...] aumentando necesidades á necesidades con sus recetas, re-volviendo vocablos que empalagan [...], con previsión de no entenderse para que no se reuse tomarlos ... (pp. 85-6),

3) los boticarios,

adulterando la simplicidad de la naturaleza con la multitud de extractos [...], formando un catálogo [...] para nada necesario [...], manifestando los documentos de la existencia de los Emalfroditas, por los ambisexos de sus plantas... (...p.86),

4) los cirujanos,

que cada día inventan tanta multitud de instrumentos, para aumentar el tormento en las dolencias del hombre... (p.86),

5) los astrónomos,

enviando Correos a los habitadores de la Luna, y poniendo a estos de atalaya, para que observen a Urano... (p.86),

- 6) los filósofos, subdivididos en nueve variedades; entre las que descuellan la novena, por aparecer, frente a las otras, claramente rotulada:

Y podrá autorizarse á los Dramáticos que sobre sí se ha disminuido una letra de un vocablo, sobre la etimología de un nombre, arman tot rixas, tot litos de lana saepe caprina. (p.90)

y la quinta, muy significativa, por aludir a trabajos recién aparecidos en el Semanario, lo que evidencia la imbricación de este cuadro en su contexto, el acierto en la forma de terciar en el tema de Aristóteles y la madurez del autor en el caso de que haya "improvisado" el cuadro a raíz de tal tema y de la escasez de materiales originales en el periódico. En esta quinta variedad, el autor se pregunta si "tendrán menos disimulo" que los locos ya mencionados, los filósofos que, "levantando la triste losa donde yace el Ilustrísimo Ente de Razon, aquel Señor digo, a quien se le celebraron años há las solemnes exéquias, con su fúnebre Oración, y se repitieron en esta Ciudad baxo el mismo nombre, debiéndose haber llamado Aniversario para resucitarlo y su dominio, no ya sobre estos determinados límites, sino por unos espacios interminables..." (pp. 89-90)

Tras el grupo de los "de profesión", aparecen breve y genéricamente los "de genio y humor", que son más disculpables:

estos sí, que con su marcialidad, con su genio alegre y divertido, procuran echárselas al capillo, no necesitan especificarse más... (p. 90)

El tono interrogatorio e irónico con que se recorre toda la sociedad sigue en el segundo, el de los locos "por de dentro", los que "están toda la vida representando con careta" (p. 90), que aparecen catalogados en seis especies:

1º) aquellos

cuya inflexibilidad de cuerpo, gravedad de peso, no
lancolia de rostro, los hacen insuñibles... (p.90)

2ª) los "Arqui-sabios", aquellos que

con una gravedad mas específica que la asnal, con
su mirar sobre todos los demás, más huecos que pa-
vos, van representando por donde pasan que llevan
el archivo de la sabiduría... (p.91)

3ª) los "Maestros" que

antes de entrar en sus ejercicios es necesario que
se suenen, tosan, y a fuerza de estas y otras evo-
luciones se incorporen, o rehagan, con el semblan-
te tétrico y minitante... (p.91)

4ª) el resto de los "letrados o creadores de cultura que pa-
san comunmente por "hombres de seso y juicio":

¿Y merecen perdon los demas letrados que lejos de
ir a buscar la verdad, la ocultan [...], o forman
bandas y partidos [...] haciéndose enemigos implaca-
bles solo por ser de diverso sistema [...], desa-
creditándose mutuamente? (p.91)

Tras esta especie, que agrupa a la mayoría de los clásicos y
eleva la locura a categoría universal, la parte final del cua-
dro sigue manteniendo la actitud de crítica global y el tono
joco-serio, porque el autor, para lograr la salidad airosa de
la composición procede a presentar "especies" menos inquietan-
tes.

La 5ª) casilla está reservada a las mujeres,

Pero vaya que su locura es de menos consecuencia y
mas disimulable [...], perdonémosles por la debi-
lidad de su entendimiento. (p.92);

Para terminar, la 6ª) pertenece a los "Señores Editores" a
quienes no sabe a qué tipo de locura adscribir y acaba otor-
gándoles tanto la externa como la interna en virtud de su
capacidad para hacer negocio con la publicación de las locu-
ras de todos, ya que han "encontrado medio con que engañar

con quatro fruslerias a los pobrecitos, para sacarles los quartos, reirse y burlarse a su costa" (p. 92)

El cuadro se cierra con la misma lógica que ha aparecido desde el principio: hay un paralelismo entre la especie de las mujeres y la de los petimetres (a quienes se inclinaba a incluir entre estas (cf p. 85), así como entre la nota dirigida a los editores y su inclusión formal en la ficción al final. Y en este caso, a la falta de originalidad de los materiales se añade no solo su aspecto económico sino la irónica puesta en duda de todo el cuadro como resultado de la crítica de su vehículo de difusión. Y aún hay un tercer paralelismo que habla de la consciente construcción del cuadro: el autor, que había comenzado calificándose de loco para poder escribir libremente, ahora opta "cuerdamente" por el tipo de locura que mejor le permite actuar. Tal paso de la literatura a la vida está incorporado sin estridencias a la vista de lo aparecido en el cuadro y, sobre todo, supone la prueba de que el autor ha logrado eliminar la comunicación puramente denotativa y abstracta desde el comienzo hasta la tan frecuente moraleja final. Así, el espíritu crítico y burlón—"asmodeico" y costumbrista—del narrador puede declarar como decisión personal el resultado de su viaje figurado por el "mundo al revés":

acomodarme a aquella locura por de fuera, que la suerte, destino, genio, humor, me dispusieren, para reirme de todo, y así hacer menos gravoso este universal delirio, dexar que cada loco siga con su tema, y al alma del negocio; y hacer bien, y no hacer mal, es la cura universal. (p. 92)

Para llegar al otro cuadro de costumbres con cierta dignidad que reserva el Semanario de 1803 hay que atravesar escritos tan representativos de los vientos ideológicos y culturales que soplan como que el trabajo "Cultivo de la planta llamada cacahuete..." (50) de Juan Antonio, Obispo de Valladolid quien lo presenta a los editores del Semanario con una car-

ta que termina así:

Huyan sobre todo en él de fábulas, coplas, nove--
las &c.; porque: Nisi utile est quod facimus stul--
ta est gloria. (p. 137)

Un texto complementario de este, podría ser la anónima "Car--
ta de un Filósofo desengañado á su amigo" (51) donde se fus--
tiga toda idea progresista, todo lo que tenga que ver con
los "filósofos". Un fragmento es suficiente para apreciar
su ultramontanismo:

El trono está asido al altar, y quanto más florec--
ca éste, tanto más esplendor tomará aquel [...]:
bien conocia esto nuestra filosofía; y para arri--
nar á ambos ora necesario rebatir todos los cimien--
tos. (p. 171)

En medio de este ambiente asfixiante, del que también
logró zafarse el U.E.I. de "Todos somos locos", aparece el
anónimo "Diálogo. El Escudito con habla" (52), cuadro en
el que se recurre a un procedimiento costumbrista equipara--
ble al ofrecido por U.E.I. Ahora se trata de la moneda ca--
paz de referir todo aquello de lo que ha sido testigo, esto
es, el medio inusual que cumple la función "asmodeica"
de mostrar un viaje supuesto al narrador, con lo que el au--
tor consigue la necesaria perspectiva costumbrista. Esta se
fragua tan rápidamente que la mínima anécdota se liquida en
el primer párrafo. El contexto de la "reflexión"-diálogo
que ocupa todo el cuadro viene dado por el narrador-protago--
nista:

Habiendome retirado un día mas temprano de lo
ordinario, y ocupandome en contar el dinero que te--
nia, me ocurrió que si aquellas piezas que allí
habia fueran capaces de inteligencia y habla...
(p. 217)

La posibilidad de que el reducido espacio de la acción se
compense temporalmente se basa en que haya "el oro reynado

siempre" (p.217). El tránsito a la ficción es instantáneo:

Aun no había acabado con este pensamiento, cuando un Escudito viejo, tomando la palabra en nombre de todas aquellas monedas, me habló en la forma siguiente: (p.217).

El diálogo, en realidad monólogo con ciertas observaciones del narrador, comienza tras un pacto de silencio:

nada sobre ello digas, y quede todo el mundo en la creencia de que no sabemos hablar. (p.217)

El escudo, como pícaro que hilvana su experiencia vital roca^lando en los amos que ha tenido, refiere su nacimiento de una mina "en tiempo del famoso Darío" (p.218) y va enumerando los sucesivos propietarios y metamorfosis que ha sufrido, con lo que se diseña una galería de actitudes, tipos psicológicos e, incluso, algún tipo costumbrista. Así, desfilan: 1) un avaro que lo entierra y muere sin disfrutarlo, como era de esperar. Pero, además, la anécdota justifica la forzada adaptación a nuevas situaciones y hace más verosímil la antropomorfización:

Muchos más siglos pasados allí sepultados; de modo, que cuando volvimos al mundo, a mí me fueron desconocidos sus maxinas y sus costumbres. Usábase ya otra lengua. Había mudado todo de forma... (p.218)

El escudo va a dar luego a 2) una colección de monedas, para satisfacción de anticuarios; 3) un platero engasta en él diamantes para formar el marco de un retrato en una caja; 4) si que un conquistador que lo hace adornar de esta forma diversos retratos; 5) pasa a una dama que lo separa de los diamantes y lo destina a 6) varios usos: anillos, reloj, cadenas y sello; circunstancia emblemática esta última que da pie a una explicación en torno a su capacidad para guardar secretos:

hacia yo la firma de un Amor p^oquito, al igual te
nia una venda, y no en los ojos, sino en la boca
[...]. Mil cosas podía contarte aquí; mas la qua
lidad de scilo en que me confiaron éstas, jamás po
dría llevarlo a bien... (p.219)

Con el tiempo, conoce 7) otros cambios: figuras de deidades,
animales y, de nuevo, moneda. Pregunta entonces el narrador:
"¿Fuiste empleado jamás en premio de algún Poeta?". (p.219)
lo que, al margen de la respuesta negativa que obtiene, viene
a ser 8) la referencia de un nuevo uso: "asegurarte puedo, que
rara vez fui empleado en premio de verdadero mérito." (p.220)
La proximidad cronológica de "Todos somos locos" hace recor
dar su visión sincrónica (excepto, sobre todo, cuando alude
a los hombres de cultura en general) de la sociedad y aun de
la humanidad y lleva a catalogar de diacrónica la ofrecida
por "El escudito con habla". Pero el desarraigo de lo inmedia
to queda compensado en la última de las mutaciones narradas:
9) la moneda es convertida en unos pendientes. En primer lu
gar, el escudito manifiesta uno de los rasgos más caracterís
ticos de quienes cumplen su función en el costumbrismo: el en
trometimiento curioso: "Imaginábame que sería así uno de los
confidentes más privados de aquella dama" (p.220) En segundo
lugar, el desencanto que experimenta da pie al esbozo crítico
de dos tipos costumbristas; el currutaco:

hay ciertos currutacos que solo hablan al oído, y
a la sombra del abanico a las damas, por aparentar
el papel de los importantes; o hacer creer a los
que los ven, que no están reñidos con las prendas
de aquella Señora. (p.220)

y la dama casquivana:

la mía era demasiado loca, y tan presto prestaba a
su cortejo el un oído; tan presto el otro, de lo
que sucedió, que siempre salí a medias de sus chi
rros charros. Solo fui participante en todo de

ciertas reprimendas que su Madre a veces solía dar lo; y es, que si no le entraban por el oído en que yo ponía, como le salían por el otro, luego quedaba informado al paso de su contenido. (pp.220-1)

La materia potencialmente narrable no se agota ya que el escudo se limita a callar, con lo que el final queda abierto, al tiempo que el autor añade verosimilitud al escrito con la alusión a la situación económica del narrador:

Emplacelo para otro día; mas como ando mas falto de moneda que de desventuras, pocas horas despues, con arto sentimiento mio, me vi privado de las lisonjeras esperanzas que habia concebido de él. (p.221)

Con todo, los rasgos de este final, tan expeditivo como el inicio, no logran evitar que el artificio del cuadro predomine sobre sus posibilidades descriptivas.

3.1.1.6.- Materiales reproducidos. Tipos: el rudamente franco (y Aragón); el ingotuno (extranjero). **Reticencias absolutistas (1815-1820).**

Curiosamente, la prensa conservada, coleccionada y catalogada —y, sobre todo, el material de interés costumbrista que refleja— desde 1803 a 1815 es tan exiguo que parece que no haya existido la guerra de la Independencia. El trastorno que esta supuso en la vida nacional —y en la local, por ejemplo, de Zaragoza— quizás explique la ausencia de prensa literaria y, más concretamente, su desaparición. Lo salvado hasta la llegada del Trienio Liberal tampoco ofrece indicios de las distintas esperanzas cifradas en la guerra, aunque, en

este caso, al talante moderado y aún acomodaticio del Diario de Zaragoza haya que añadir la sombra de la represión fernandina.

Alguna huella de la guerra como el — sólo formalmente literario— soneto dedicado "A la redificación del puente de America... [de Torrero]" (53) o la "Advertencia del editor de este periódico" (54) sobre el "pernicioso vicio" que tienen muchos de querer "lucir sus pensamientos al abrigo de los periódicos" (cf. p. 544) reflejan lo conservado del Diario de Zaragoza de 1815. El filtro de la censura inutiliza literariamente todo 1816 y el primer semestre de 1817. En el segundo comienza a gotear algún material próximo a lo literario entre escuetas noticias al estilo de la Gaceta de Zaragoza. Destaca una "Carta al editor" (55) sobre cómo educar a un hijo por estar tomada del Diario de Barcelona, rasgo que inaugura documentadamente una práctica muy extendida a lo largo del siglo XIX y no siempre comprobable aunque se pueda sospechar y aun encontrar denunciada (como en "Todos somos locos").

A los pocos días, el 27 de julio, bajo el rótulo de "Variedades" aparece, sin firma, "El hombre franco", (56), excepcional por su contexto y no exento de valores propios si se juzga como un cuadro costumbrista basado en un tipo psicológico: el de la persona que posee una franqueza, directa pero, más que ingenua, brutal y hasta estúpida. Los rasgos de comportamiento son tan mecánicos que impiden el matiz irónico del artículo de costumbres. En su lugar, hay un humor posible, no explotado a causa de la misma frontalidad de la narración. En primera persona —falta el relator costumbrista que presente al tipo— se establecen los rasgos del hombre franco y luego se enumeran cuatro casos que representan otros

tantos encontrenazos con la realidad. El primero:

una vez hice un viage a Madrid en compañía de dos señoras, cuyas caras eran tan diferentes que no pude menos de decirle a una: es vud. muy bonita, y a la otra es vud. muy fea. El marido de la bonita me hartó de palos por zelos: el marido de la fea medió coocs por despecho. Entonces empecé a conocer que no es tan facil ni tan barato decir la verdad a quien no la pregunta. (p.829)

El segundo, gira en torno a una comedianta. El tercero trae a colación a un arbitrista. El último presenta al tipo asentado en Madrid, retirado, en un barrio oscuro, atendido por una anciana y sin dar muestras de domesticación:

Ella es la única persona con quien hablo; pero ni aún por eso vivo tranquilo, pues quiere echarla de joven: yo la digo, porque me consta, que ha cumplido los sesenta, con lo cual estamos en perpetuas disputas. (p.830)

En fin, ni el no situarse originariamente en Madrid, ni la alusión a los Pirineos (cf.p. 830) pueden, con certeza, hacer ver en los rasgos de este personaje el estereotipo del carácter aragonés.

Con una "Carta de un modista de Paris a un elegante de Madrid" (57) que da cuenta de los chismes de aquella ciudad con cierta gracia; una "Letrilla" sobre la moda (58) y una "Oda" (59) al Ayuntamiento con motivo del establecimiento de la libertad de abastos concluye todo el material del resto de 1817 que pudiera encerrar algún detalle costumbrista.

1818 aún es más escaso. A una serie de artículos sobre el año, el mes, el día, sigue otra sobre temas morales: ira, vejez, suicidio (60) carentes casi totalmente de interés para nuestros fines. Más importancia puede tener que, a propósito de una polémica sobre la libertad de abastos, un pole-

nista firma El Despreocupado, (61) con el talante que va a caracterizar a los pseudónimos de los artículos de costumbres.

Tras todo un 1819 en el que lo más literario son las vidas de los santos de cada día, 1820, en el Diario de Zaragoza, sólo ofrece dos títulos destacables, sobre todo, el primero de ellos. Este viene precedido por la reseña biográfica de "Sta. Genoveva [sic] virgen", se titula "Alí-Delmin, o el importuno" (62) y va firmado por Claudio. En él, la localización en Alejandría y un cierto aire de anécdota historiadada es lo único que disuena del artículo. Quédase en cuadro —y muy logrado— de tipo aunque sea la acción lo que le describía más cumplidamente. El tipo anunciado en el título y presentado por el narrador como una desgracia social, es de finido así:

uno de aquellos necios que sin recelo de molestar se pegan al infeliz que se les antoja, y con sus preguntas y pesada conversación apuran la paciencia del más bueno. (p.9)

Tras esta presentación directa y eficaz, la del narrador-personaje ya hace intuir la clase de situaciones que van a aparecer:

Mi caracter es vivo y exaltado, y así preferiré siempro ser exaltado por un bandido de quien pueda abiertamente huir o defenormo, a sufrir a uno de estos asesinos de nueva especie que a cualquiera consume con su sangre fría. (p.9)

Todo esto es suministrado en un sólo párrafo que supera con creces al correspondiente al "El hombre franco", el más próximo y parecido. El paralelismo no acaba aquí ya que también se hilvanan las situaciones recurriendo a un viaje para lograr la misma perspectiva espacial que propicia incunidad en la crítica. Incluso el colofón del cuadro es equiparable en su chispeante confirmación del tipo. Pero algo ha cambiado sustancialmente: ahora tipo y narrador son personajes distin

tos, con lo que el autor encela al lector con el jocosu repudio del importuno para llevarle a la tesis defendida por el sufrido narrador con quien —corrigiéndose— pasará a identificarse según la mecánica del costumbrismo. En cuanto a la anécdota del cuadro, el importuno Alí-Delmin es un oficial turco a quien no consigue quitarse de encima el narrador durante todo un día, desde la "adhesión" inicial:

Este hombre funesto me saludó por mi desgracia en un café cierto día: se levantó de la silla en que estaba para sentarse a mi lado, se convidó a sí mismo... (p.9),

hasta la accidentada pérdida de vista:

Quise escapar de allí por una puerta secreta, pero notándolo el vigilante Alí-Delmin, coho a correr sin despedirse, gritando "espérame amigo"—Con la prisa rodé toda la escalera, me ensangrenté la cara, y oyendo su voz todavía [...] corría [...] pidiendo a todos socorro. A cada paso creía ver Alí-Delmin a mi lado... (p.10)

La conclusión, fruto de la experiencia, que espalma con la propuesta teórica de la introducción, no sorprende:

me contentaré con decir a mis amigos: Huid de los pecajosos ignorantes... (p.10)

Avalado por el recuerdo de "San Pablo, primer Hermitaño", y un epigrama contra médicos y boticarios, el anónimo "El viajero" (63) a simple vista no pasa de ser una divagata sobre los viajes cuando el título parecía anunciar la descripción de un tipo. Al margen de la ironía y, por supuesto, de la plena delectación en lo descrito, se enumeran con cierta pasión prerromántica las maravillas de la naturaleza y de la civilización que puede disfrutar un viajero... y las desazones. Porque, dice el autor con un quiebro inesperado,

¿qué son estos placeres al lado de los del corazón, de que jamás pudo gozar el hombre vagabundo? [...] El techo ajeno rechaza los pensamientos tiernos y las ilusiones de la benevolencia. El hogar en que no se

sentaron nuestros padres, el árbol que sus manos no plantaron, los muros que no presenciaron los primeros juegos de la niñez, nada dicen al corazón, hieren el alma, y su vista no inspire recuerdos ni deseos, ni amor ni esperanza. (p.58)

No se trata de un cuadro cuajado ni tampoco de un cuadro moral, ya que no parece que el autor recale en lo moral. Nada excepcional, pues, a no ser por la contraposición de las experiencias del viajero, el valor descompensador que otorga a lo afectivo y enraizado frente a lo intelectual y ajeno... y el ser publicado a las dos semanas del alzamiento de Riego. Esto quizás explique que lo que parecen cortos vuelos de la conclusión,

Conviene sin embargo viajar, aunque no sea más sino para saborear después con más delicia las ventajas del reposo y la suavidad de los vínculos domésticos. (p.58),

encubran hábilmente la propuesta —o funcionen, de hecho, como tal— ante la disyuntiva entre constitución y absolutismo. Si la lógica de la conclusión —'hay que salir al extranjero para disfrutar más lo de casa' equivaldría a 'transijamos con la inevitable y antiespañola situación política para preparar mejor la vuelta a la situación de siempre' — no fuese orientativa, ahí está el árbol plantado por los padres, frecuente símbolo del tradicionalismo. Y, si lo que parece no es, valga como muestra significativa de lo que podría ser más de una producción cultural en esos momentos de 1820.

Notas al epígrafe 3.1.

- 1.- Diario Constitucional de Zaragoza, en 1820; Diario de Zaragoza, en 1823; Diario Constitucional de Zaragoza, en 1836, Diario de Avisos de Zaragoza, en 1844; Diario de Zaragoza, en 1846; El Zaragozano, en 1850; La libertad, en 1854 y Diario de Zaragoza, en 1856 y hasta su desaparición. Cf. Fernández/Forcadell, 1979, 25-27, 31-32, 39, 45 ...
- 2.- DZ, 22 (D, 12-II-1797), 86.
- 3.- DZ, 30 (L, 20-II-1797), 117-120.
- 4.- DZ, 43 (D, 5-III-1797), 170-171.
- 5.- DZ, 35 (S, 25-II-1797), 137-139.
- 6.- EZ, 111 (V, 12-V-1797), 442-444.
- 7.- DZ, 14 (D, 14-I-1798), 53-55.
- 8.- SZ, 22 (V, 16-III-1798), 175-176.
- 9.- SZ, 68 (L, 27-VIII-1798), 129-134.
- 10.- SZ, 59 (V, 27-VII-1798), 61-63 y 60 (L, 30-VII), 65-72.
- 11.- SZ, 91 (V, 16-XI-1798), 313-316.
- 12.- SZ, 99 (V, 14-XII-1798), 377-382; 100 (L, 17-XII), 385-388; 103 (V, 28-XII), 409-412.
- 13.- DZ, 81 (V, 22-III-1799), 321-323 y 82 (S, 23-III), 325-327.
- 14.- DZ, 96 (S, 6-IV-1799), 381-382; 97 (D, 7-IV), 385-386; 98 (L, 8-IV), 389-390; 99 (M, 9-IV), 393-396.
- 15.- Cf. DZ, 14 (D, 14-I-1798), 53-55.
- 16.- SZ, 134 (V, 19-IV-1799), 245-247.
- 17.- Cf. DZ 30 (L, 20-II-1797), 117-120.
- 18.- SZ, 138 (V, 3-V-1799), 276-279.
- 19.- SZ, 142 (V, 17-V-1799), 307-309.
- 20.- DZ, 128 (X, 8-V-1799), 509-510 y 129 (J, 9-V), 513-514.
- 21.- DZ, 132 (D, 12-V-1799), continúa en los números 133 y 134.
- 22.- DZ, 136 (J, 16-V-1799), 140. "El buen marido", en los números 348 y 349.

- 23.- Cf. los números 99, 100 y 103 del Semanario.
- 24.- SZ, 149 (L, 10-VI-1799), 361-366.
- 25.- SZ, 154 (V, 28-VI-1799), 406-408.
- 26.- SZ, 161 (J, 22-VIII-120-124).
- 27.- Cf. Anónimo, "Política. Extracto de un libro que no se ha escrito", SZ, 170 (J, 17-X-1799), 241-246.
- 28.- SZ, 174 (J, 14-XI-1799), 311-314 y 175 (J, 21-XI-1799), 321-326.
- 29.- DZ, 325 (J, 21-XI-1799), 1.297-1.299; 326 (V, 22), 1.301-1.303; 327 (S, 23), 1.305-1.308; 328 (D, 24), 1.309-1.310; 329 (L, 25), 1.313-1.315; 330 (M, 26), 1.317-1.319 y 331 (X, 27), 1.321-1.322.
- 30.- Este R.C. R. firma un "Exorcismo contra los Duendes críticos..." —Cf. DZ, 339 (J, 5-XII-1799) y 340 (V, 6) — en el que hace referencia a unos pareados sobre colaboraciones publicadas anteriormente. La polémica así entablada continúa en los números 346 y siguientes al aparecer la contestación al "Exorcismo". No acier to por ahora a dar con la identidad de R.C.R. Los elementos cervantinos compartidos, la parcial coincidencia de las iniciales y el uso del mismo nombre (D. papis) en ambas obras, me mueve a apuntar, como mera conjetura, hacia Rafael José Crespo, autor de Don Papis de Bobadilla, Zaragoza, Imp. de Polo y Monge 1829, en 8º, 6 vols., imitación del Quijote, catalogada por Ruiz Lasala (Cf, 1977, 93).
- 31.- En realidad, durante el segundo semestre, pues el volumen I, correspondiente a enero-junio, no aparece en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 32.- ¿Errata? En el texto se lee "supersticiosos".
- 33.- Cf. DZ, 96 (S, 6-IV-1799), 361 ss.
- 34.- DZ, 212 (J, 31-VII-1800), 847-848; 213 (V, 1-VIII), - 849-851 y 214 (S, 2-VIII), 853-854.

- 35.- Epístolas, II, libro II, vv. 205-209.
- 36.- DZ, 206 (V, 25-VII-1800), 822-823.
- 37.- DZ, 207 (S, 26-VII-1800), 825-827.
- 38.- Alfardón: (Aragón). Alfarda [Contribución por el --
aprovechamiento de las aguas'] (María Moliner); Alfar
dón: 1.-'Arandela, anillo metálico'. (Rafael Andolz,
Diccionario aragonés, Zaragoza, Librería General, 1977).
- 39.- DZ, 208 (D, 27-VII-1800), 829-831.
- 40.- DZ, 209 (L, 28-VII-1800), 833-835.
- 41.- DZ, 279 (L, 6-X-1800), 1.113-1.115.
- 42.- DZ, 280 (M, 7-X-1800), 1.117-1.119.
- 43.- DZ, 289 (J, 16-X-1800) 1.153-1.156; 290 (V,17), 1.157
1.158.
- 44.- DZ, 297 (V,24-X-1800), 1.185-1.187; 289 (S, 25-X), --
1.189-1.191.
- 45.- DZ, 303 (J, 30-X-1800), 1.209-1.211; 304 (V, 31-X), --
1.213-1.215.
- 46.- "Carta decima. Salicio a Plácido. Proyecto de un --
diccionario poético", DZ, "306" [308] (M, 4-XI-1800),
1.229-1.230 y 309 (X, 5-XI), 1.233-1.234; "Carta undé
cima. Plácido a Salicio. Del exceso de filosofar so
bre las Bellas Artes", DZ, 318 (V, 14-XI-1800), 1.269
1.271 y 319 (S, 15-XI), 1.273-1.275; "Carta duodécima.
Salicio a Plácido. Del arte de juzgar en punto a la
poesía", DZ, 325 (V, 21-XI-1800), 1.297-1.299 y 326 --
(S, 22-XI), 1.301-1.303 y "Carta decimatercia. Sali
cio a Plácido. Diario del Parnaso", DZ, 332 (V, 28-XI
-1800), 1.325-1.327. El tono de revisión crítica de
la creación literaria procede a menudo de Horacio, --
trac a colación tanto a grecolatinos como a españo--
les --en especial, Meléndez Valdés-- y toda la serie
está enmarcada por un relato con rasgos prerrománti
cos. --Cf. DZ, 198 (J, 17-VII-1800) y 199 (V,18)-- y

un "Discurso sobre el estado moral actual de los actores españoles", firmado por El Bachiller D.M.A. y V. --¿Don Mariano Amoriveta?-- (Cf. números 310-314, del jueves 6 al lunes 10 de noviembre de 1800).

- 47.- DZ, 356 (L, 22-XII-1800), 1.423 (?) - 1.424 y 357 (M, 23), 1.425-1.428. El ejemplar consultado carece de la página o páginas correspondientes al principio de la primera entrega y presenta mutilada la parte inferior izquierda de la página 1.423. El título figura en la segunda entrega.
- 48.- Cf. Anónimo, "Oración fúnebre dicha en las exequias del Ilustrísimo Señor el Ente de Razon", SZ, 3 (L, 21-II-1803), 17-24; y los números 8 y 9.
- 49.- SZ, 11 (L, 21-III-1803), 81-86; 12 (J, 24-III), 89-92.
- 50.- SZ, 18 (J, 14-IV-1803).
- 51.- SZ, 22 (J, 28-IV-1803), 269-276.
- 52.- SZ, 28 (J, 19-V-1803), 217-221.
- 53.- DZ, 76 (S, 14-X-1815), 305.
- 54.- DZ, 136 (M, 12-XII-1815), 543-544.
- 55.- DZ, 192 (V, 11-VII-1817) y 193 (S, 12-VII).
- 56.- DZ, 205 (D, 27-VII-1817), 825-830.
- 57.- DZ, 127 (M, 5-VIII-1817), 865-866.
- 58.- DZ, 241 (V, 29-VIII-1817), 951-952.
- 59.- DZ, 251 (L, 8-IX-1817), 991-993. En los números 253, 256 y siguientes aparecen otras odas a propósito de lo mismo.
- 60.- Cf. DZ, 58, 61, 85 ... (1818).
- 61.- DZ, 140 (20-V-1818).
- 62.- DZ, 3 (L, 3-I-1820), 9-10.
- 63.- DZ, 15 (S, 15-I-1820), 57-58.

3.2.- El Trienio Liberal (1820-1823).

Durante la breve experiencia del Trienio Liberal o Constitucional (1820-1823), el Diario de Zaragoza, que refleja el cambio de la situación en su nuevo rótulo, Diario Constitucional de Zaragoza, comparte la libertad de expresión con el -- Ranillete Constitucional de Zaragoza, --cuyos pocos ejemplares conservados no presentan huellas costumbristas--, el -- Diario Político de Zaragoza --del que se puede consultar -- año y medio (I-VIII-1820 - 31-XII-1821)-- y el Zurriago Aragonesés (1821) (1).

3.2.1.- Diario Constitucional de Zaragoza. Diario Político de Zaragoza (1820)

3.2.1.1.- Tipo: el servil. Diálogo: anticlericalismo

En uno de los primeros ejemplares conservados del Diario Constitucional ya aparece la clase de composición característica del Trienio, con su predominio de lo político en la descripción. Así, el anónimo "Retrato de un servil" (2) presen-

ta en verso —pues es un soneto— el tipo absolutista que tan a menudo va a salir de las vigilantes plumas liberales. El tono agresivo con que es "retratado" no invalida su valor testimonial en la iconografía de esta época, a la que puede servir de pórtico:

El Ser-vil es aquel que su esperanza,
Clamando por un Dios á su manera.
Es para el liberal poor que ficra
Sin tener otro Dios mas que su panza.

El puñal y la sangre es su fianza,
De su pecho inhumano solo espera
Del pueblo la ignorancia, que venera
Para sacrificarlo a su esperanza.

Habla poco y fingido, enmascarado
En blanco y negro con que va vestido:
Este genio infernal á todo estado.

Cuando ciava el puñal veras que ha reido
En la furia y codicia entusiasmado,
¿Y habrá quién á un Ser-vil le preste oido?
(p.3)

Si el soneto tiene poco interés para la historia del costumbrismo, menos lo tienen los diversos "Diálogos" que le van a seguir como el "Diálogo moral y político entre un caballero y una monja" (3) donde la denuncia de la educación tiranizante oculta lo que pudiese haber de confirmación de "la monja a su pesar" como tipo.

- 3.2.1.2.- Redención social del campesinado a través de la prensa. Diálogos oídos. El recurso del hallazgo de un legajo. Temas municipales. Perspectivismo onírico.

El moderado Diario Político de Zaragoza sí reserva alguna sorpresa. En el primer ejemplar conservado, F.L. publica "Es obligación de los periodistas formar un buen espíritu -- nacional" (4), correlato teórico del soneto sobre el servil, que puede funcionar a modo de manifiesto y pauta de los trabajos que le siguen. Así, "El amante del pueblo sencillo" (5) artículo anónimo a caballo entre los muy frecuentes diálogos políticos y el cuadro costumbrista conocido hasta ahora. -- Consiste en el intento de literaturizar el tema de la redención sociocultural de los campesinos a través de la prensa, -- pero aunque se recurre a un boceto de carácter popular y al artificio de un narrador que visita el campo en busca de interlocutores se frustra cualquier escena costumbrista plena al no encontrar otros dialogantes --o hipotéticos tipos-- que "un caballero que ha viajado por Francia, y un militar que ha recorrido las principales Potencias de Europa" (p.3), con los que comenta la cuestión de los diezmos, ya que el primer objetivo es --social y descriptivamente-- inalcanzable:

Como yo siempre he deseado conversar con estos infelices procuro encontrarme con alguno de -- ellos en la calle, y aun buscarlos en sus casas; pero me quedo sorprendido al ver la manera brusca y feroz con que me contestan, si acaso no huyen sin responder palabra, como huyen a la vista de los viajeros los monos que habitan en Senegal. (p. 3).

En el anónimo "Conversación de dos serviles" (6) se ha prescindido de la presencia explícita del narrador como personaje o comentarista para dotar de verosimilitud a un diálogo que no se hubiese producido ante testigos liberales. Se trata de un diálogo casi puro en el que el testigo --obser--

vador y entrometido de raigambre asmodeica— sólo deja las mínimas huellas textuales al introducir las dos primeras frases:

- ¿En qué estamos de cosas?, preguntó un servil a otro el día pasado en el paseo.
- Amigo, le respondió, hemos perdido el pleito, y no hay otro remedio que resignarse. (p.2)

Por las mismas razones técnicas, la sátira política ha cedido terreno a la ironía a la hora de referir la adaptación de los serviles a los usos constitucionales por conveniencias. Los comentarios, las razones y las alusiones que el autor pone en boca de los interlocutores se encargan de la descalificación indirecta —y más efectiva— de los enemigos de la constitución. Y esto, aunque en clave política, no difiere del corrije ridendo moros sustancial del costumbrismo por lo que el presente cuadro supone la descripción de un tipo costumbrista cuya representatividad y cuya forma de conducir se acuñan variantes técnicas epocales específicas que aclaran al papel del costumbrismo en periodos no moderados o conservadores. Para la confección del cuadro, el autor ha desdoblado el tipo en dos innominados en perfecta adecuación con el carácter de la conversación y su conocimiento. Uno de ellos —clérigo beneficiado—, impulsivo y optimista; el otro, más apocado y resignado. Ambos simbolizan dos actitudes distintas ante la situación de quienes desearían la llegada de un ejército de la Santa Alianza, mientras contemplan el afianzamiento de los liberales:

- Por Dios no levante usted la Voz, que si le oyera algún liberal, entonces si que dirían que los serviles somos pancistas, pitancinis,

Y qué se yo que cáfila de epítetos que nos -- aplican.

- De cualquier manera, no cesan de repetirlo -- todos los días, ya hablando con usted digo que tienen razón, porque ya ve usted que gentes -- son las de nuestro partido: empleados que temen ser reformados, guardianes, priores, canónigos, y muchos que dicen son nobles... (p.3a)

Así, la mecánica del cuadro se basa en ir atemperando la peligrosa confianza del clérigo mediante la aportación de los datos comprobados y preocupantes que suministra su amigo. -- Como consecuencia, de la insensata ostentación inicial, el beneficiado pasará a prostrar un interesado mimetismo con el poder:

- Pues ea, al bien callar le llaman Sancho; a sacar partido de lo perdido tocan [...] haré que se cante en casa el himno de Riego, la niña bonita y las malagueñas constitucionales; y lo demás quede en el olvido [...] digo bien?
- Muy bien, me convence usted, viva la constitución ... (p. 4 a)

El procedimiento para denunciar la táctica y dejar inermes a los serviles es el resultado de la perspectiva dual adoptada por el estigo oculto que es el narrador: al tiempo que -- como vigilante liberal-- cosifica la información mediante un tipo derrotado políticamente, descalifica --como irónico caracterizador-- al otro degradándolo sistemáticamente con la auto-descripción moral:

- lo que yo siento es, que se acordaran muchos -- de que les hemos dicho que se acabaría la Religión si prevalecía la Constitución, y ahora conoceran que lo que deseábamos era engañar a

los incautos como a unos chinos [...] y conservar nuestro peculio.

- Eso sí que a mí me importa un pepino [...] . Lo que me da pena es mi beneficio simple, que sin ir al coro me vale más que la canonjía. Si le tuviera en Portugal, iría a reunirme a la Junta apostólica... (pp. 3h-4a)

A reglón seguido, tras la "Conversación de dos serviles", se encuentra, sin firma, "Cuento que no es cuento" (7), una mínima escena, con tipo incluido, que puede formar un todo con lo recién leído. Con técnica costumbrista más común, el narrador refiere el testimonio como vivido: "me hallaba ayer noche de tertulia en una casa donde se había de cantar el himno de Riego" (p. 4 h); presenta el liberal advenedizo: "cuando veo que entra [...] un caballero del tiempo de lascoletas muy conocido el año 14 por su apego a las opiniones serviles. (p. 4h); lo descalifica irónicamente ya que el servil invita a rapé "constitucional" y, ante la sorpresa de los demás, le hace justificarse:

yo todo lo tengo constitucional (...). Mi caballo se llama constitucional, mi perro constitucional, mi cenario constitucional y hasta -- un corta plumas que compré ayer he mandado que se llame constitucional, porque en línea de patritismo no quisera ceder a nadie. (p. 4b)

e incluso aumenta la verosimilitud haciendo emitir un veredicto a un alter ego:

- Que le parece de ese hombre tan constitucional pregunté a un amigo que estaba a mi lado.
- Lo mismo que de los cortejos que se fingen -- duendes, que hacen gran ruido de cadenas para aparentar que lo son, y con eso logran imponer al vulgo. (p. 4h)

La descripción costumbrista de escenas y tipos políticos tiene, pues, sus matices literarios, pero estos no se agotan con lo visto. Así, "Hallazgo" (8) se presenta como carta dirigida a los editores por El Madrugador (9), quien les envía un legajo con materiales referentes a los serviles para que los vayan publicando, lo cual aproxima este cuadro a un programa costumbrista literaturizado. El narrador-personaje cuenta las circunstancias del hallazgo y, con cierta ironía, el supuesto temor que suma a la emoción al ir comprobando de que se trata el "lio de papeles":

por fin a puerta cerrada descubro mi papelote - y me hallo con un frontispicio en letras muy -- gordas que decía: el pan, la opinión y otras -- muchas cosas. ¡Jesús mil veces! Me santigué, luego diciendo entre mi ¡malol pant... a panciastas me huele ... (p. 4 a)

Antes de someter las cartas que contiene a la consideración de los editores, llama la atención sobre "el buen humor de algunos de estos escritos" y su variedad: "Hay medicinas, avisos, noticias y al fin un cajón de sastro" (p. 4b) y, a propósito de estos avales, apunta la caracterización de tipos mediante nombres significativos: "un D. Camaleón, que es uno de los correesonsales: otro se nombra D. Conveniente" (p. 4b). El cuadro se completa, dando verosimilitud a la carta de El Madrugador y su "programa", con la reproducción por parte de los editores de los dos primeros papeles y el anuncio "de los demás progresivamente". El primer papel, que describe al liberal preocupado bajo la forma de enfermo afectado por la "Epidemia Constitucional", confirma el componente costumbrista del cuadro:

falsa sonrisa, andar precipitados, solos y por sitios no concurridos: cara a la queña, hablar irónico y comunmente de secreto ó á voz baja,

y huir de todo papel público como los rabiosos del agua. (p. 4 b)

No todos los trabajos son estrictamente políticos. Los hay de temas municipales aunque algunos no adquirieran suficiente tratamiento costumbrista, como el artículo comunicado sobre los problemas de salubridad de los * "Cadáveres en las iglesias" (10), firmado por J.V.D.C. En él se apuntan escenas urbanas como estas:

Salimos de casa y tropezamos en muchas calles con perros y gatos muertos y con una multitud de mariposas. Entramos en las cárceles y hallamos a los presos cantando en medio de una infinidad de insectos y rodeados de una atmósfera tan fétida que se percibe a veces en la vecina plaza del Mercado; vamos al paseo, y nos divide de los soldados que se adiestran en el manejo del arma un muro de estiércol humano y de bestias. Nos bañamos en el Huerva hombres y mujeres a la inmediación de las caballerías muertas, y el bello sexo se recrea con sus efluvios. (p. 3 b)

Una semana más tarde, El amigo de las aguas claras escribe otro artículo comunicado rotulable * "Lodo, podrido, -- basura, porquería" (11), que es lo que el autor dice que circula por el Ebro en vez de agua, claro refuerzo y complemento de lo recién apuntado sobre el río Huerva.

Pero lo que predomina en cantidad, ya que no siempre -- en calidad, es el cuadro político. El titulado * "Los serviles somos unos papanatas" (12) y que firma El Forastero tiene su interés. Al estar aceptablemente escrito, ya plantea la cuestión de los límites entre un artículo comunicado --que es como se publica-- y el cuadro de pretensiones literarias que recurre a la misma fórmula. En este último supuesto, la presentación dirigida a los editores se leería -- como rasgo de ficción: "SS. Editores: Soy un forastero que

estoy en Zaragoza por ciertos asuntos" (p. 3 a). La posibilidad se refuerza al considerar la calificación, a modo de latiguillo, que aparece en la fórmula de despedida: "Si VV., SS. Editores, gustan publicar en su periódico este cuento - que no es cuento, podran hacerlo" (p. 4b). El narrador-personaje hace concurrir siete tipos en una escena ambientada en la plaza de la Constitución y el Paseo de Zaragoza con la finalidad y alguno de los recursos ya advertidos en la "Conversacion de dos serviles". Aquí la escena es más representativa al contar con más personajes, al incluir por alusión o comparación las equivalentes escenas del lugar del forastero y de Madrid que al participar el narrador - como personaje y no sólo como observador. Esto último -- plantea, además, otro aspecto de la cuestión de límites - entre lo ficticio y lo real, ya que la acción del protagonista le confiere los rasgos asmodeicos que teóricamente se atribuye a sí mismo el autor costumbrista. Por ello, el mencionado desdibujamiento de límites es tal que este cuadro, con parecer menor ficticio literariamente, es más veraz que el de los dos serviles, pero también más verosímil y, sobre todo, más costumbrista. La estructura del cuadro resulta conocida en sus líneas generales aunque presenta ciertas novedades. Como introducción, el deseo que tiene el narrador de frecuentar los corrillos para poder llevar noticias frescas a su pueblo y la sorpresa que da origen al comunicado:

Pero es el caso, que hasta de ahora por mas que me arrimo a los corros, no he podido ingerirme en ninguno; y a fe mia que si to dos fuesen como uno, que a la luz de la luna descubri la otra noche allá por los últimos faroles del Paseo, no quiero semejar te sociedad. Eran ocho ó diez no muy mal vestidos: yo me senté en un rivazo a picar un cigarro, y ellos cerca de mi plantados

como estatuas, sin advertir, que habia quien los oyese empezaron á echar por aquella boca contra las Cortes y el Rey por haber jurado la Constitución... (p. 3 a)

La alusión a que la conversación de quienes están parados se inicia justo después de la puesta en escena del -- observador abonaría la tesis de una ficción literaria; más, quizá, la cumplida mención de los tipos serviles significativos, y especialmente, la intencionalidad con que se reproducen y subrayan términos o se juega a la verdad -- ficción de los puntos suspensivos para palabras o frases mal percibidas o recordadas, todo ello englobable en la ironía costumbrista que caracteriza al narrador como tipo liberal forastero y desacredita a los serviles urbanos y que crea unos usos y tipos sociales para intentar su modificación. El primer tipo es un hombre de leyes que lamenta la disminución de clientes a raíz de los juicios de paz. El segundo es un pluriempleado mencionado en el correo:

otro decia; pues amigo, un Señor que yo -- conozco, lo que mas siente es haberse quedado con el solo cargo pelado de ... no me acuerdo, despues de haber tendido dos ó -- tres mas agregadillos tales cuales y [...] dice, que eso de no ocuparse el hombre mas que en una sola cosa es monos valer en la sociedad, y que no esta deconte para gentes de cierta clase el haber de sugetarse a una cosa, que me parece nombraron respon sabilidad ... (p. 3 b)

Sigue la alusión al tipo --correlato del El Forastero-- que ha llegado de Madrid con bulos antiliberales, circunstancia que también se da en uno de los del correo, "un hombrecillo vivaracho de cuatro a seis palmos, que dijo habia

venido poco ha de la Corte" (p. 3b). No falte el absolutista —ya aparecido en "Conversacion de dos serviles"— que presenta su causa como imposible y es calificado por el --narrador de "más sentido de cascos":

lo que mas me esperra, y quasi me desespera-
es, que segun todas las cartas de mis amigos,
yo no se porque diablos de encanto se va en-
papando en los ánimos de los labradores, ar-
tesanos y de la gente mas sencilla un afec-
to a la Constitución, un interes y prurito -
de hablar y oír hablar de lo que se trata y
resuelve en las Cortes, unas esperanzas li-
songeras de mejorar de suerte, un ... no se
que::: (p. 3 b)

Le responde un canaleónico aún no consignado en la galería de tipos costumbristas del Trienio, que se define de entra-
da: "Soy liberal por convencimiento; aunque servil por mi propio interés ". (p. 3 b), y que cumple un papel complementario al del anterior:

Desengañémonos: los serviles somos unos papa-
natas [...]; hemos creído que con ahorcar á
los cabecillas de los liberales [...] ya es-
taba todo compuesto: no hemos consultado ni
el corazon del hombre, ni la historia de --
las Naciones, ni cosa alguna más que [...]
chupar y mas chupar: podíamos haber hecho
una Constitución y unas Cortes a nuestro
modo [...] y conservar al pueblo siempre -
debajo; y no ahora que se ha subido al lu-
gar que le corresponde; y la cosa no tiene
remedio. (p. 4 a).

Interviene, de nuevo, "el colega saltarín" para replicar que los queda el recurso de persuadir a los gentes sencillas de

que la Constitución se opone a la fe, que es sacada del alcoran, que el Papa le ha de excomulgar, que los constitucionales son los mismo que los jacobinos, ateos, judios, calvinistas, que mientras haya de esta gente -- no veremos buenas cosechas, que estas palabras de Nación, libertad, ley fundamental, ciudadano, derechos del pueblo y otras son -- todas ultrapirenaicas, diabólicas, extravagantes, perjudiciales, y por fin que aun tenemos quinientos mil rusos en nuestro favor que no nos dejaran caer :::" (p. 4 b)

El cuadro inicia su parte final con la intervención del narrador-personaje ante la retahíla de tópicos ultramontanos: "Al oír esto solté sin poderlo remediar una carcajada, que [...] dispersó [...] toda la cuadrilla, marchando cada conejo a su lado".. (p. 4a).

Si los serviles se han autodescalificado, la carcajada prueba la confianza de los liberales y redondea el tipo representado por El Forastero. Y más: su paso de observador a actor se confirma con las propuestas de dos personajes de su pueblo que el autor trae a colación para formular literariamente la respuesta más idónea que él -- evita pronunciar para hacerla más creíble y más efectiva. Añádase que, antes de reproducir las palabras del más anciano, sensatas, moderadas y, al parecer, verbalización de la tesis del autor, esto presenta la respuesta del "tío Calixto", impulsiva pero acertadamente graciosa para dar punta y motivo de distensión a un cuadro de tema preocupante en el fondo:

Lo que les aconsejo a VV. es que cuando uno de estos Apostoles falsos se presente á -- predicar entre nosotros contra la Constitución, o las Cortes, la sacudamos: zas::: No; le -- contestó otro más anciano; lo debemos asegu-

rar y dar parte al Gobierno, para que se vayan haciendo escarmientos. (p. 4b).

Como crítica social no exclusivamente política hay colaboraciones de diversa importancia. Así, *"Azotes anticonstitucionales" (13), firmado por El Chico, no pasa de ser una denuncia de los maestros sanguinarios, a más de serviles, redactada con la agudeza e ironía impropias del niño que la firma que dejan traslucir el tratamiento literario adulto de estos usos en la presentación:

Soy un pobre chico que voy a la escuela por mal de ser ciudadano allá... cuando lle-
gue el tiempo en que todos deban saber leer
y escribir ¡pero caramba! á buen bocado --
buen grito, no será malo la tal Ciudadanía
cuando tantos nos hace pegar. (p. 4 a)

en la demostración:

Al cabo la continua granizada de palmetas,
orejones, puntapios, latigazos y bofetadas,
pase, porque... me hago cargo que la
letra con sangre entra; pero lo que mas sien-
to son los azotes que con tanta abundancia
nos reparte el maestro de mi lugar!::: ¡San-
ta Maria! en mirándonos de mal ojo, (advier-
tan Vms. que no digo ojos) ya no hay mas --
remedio que prevenir las posaderas; todos --
taditos pasamos la Tabarda, el uno por echar
male, el otro por venir tarde, este por no
habersele quitado el sombrero, aquel por na-
dar, cual por no haber ido á visperas...
(p.4a),

y en la propuesta:

un remedio me ocurre, pero no me descubriran
Vms. Por Dios; pongan Vms. esta carta con le-
tras de molde en su diario, y cuando llegue
aquí, como el Sr. Alcalde va á ciria leer --
por la tarde al banco de la plaza, puede ser

que entienda la indirecta, y si á lo menos amena-
nazase al maestro con meterlo en la carcel...
(p. 4b)

Por el contrario, * "El sueño de un arbitrista" (14), de
C.D y N., a pesar de recurrir a técnicas más comunes para --
dar cuenta de situaciones sociales reformables, queda reza-
gado en el proceso de aproximación al artículo de costumbres.
Los aspectos más destacables, pues, son el marco --un viaje --
combinado con un sueño como ámbito--: "Soñé, pues, que empre-
dí un viaje para Andalucía, cuando ya á la salida de Zaragoza"
(p. 3 b), la perspectiva adoptada:

como desde el feliz restablecimiento de nuestro
sabio gobierno apenas pienso en otra cosa que
en discurrir arbitrios para mejorar nuestra exis-
tencia... (p. 3b)

Y los usos sociales mencionados a propósito de la carestía
del papel:

á la salida de Zaragoza me encontré con el ca-
rro mortuorio, y como los cadáveres iban cerra-
dos, pregunte si todavía se enterraban los ca-
dáveres vestidos con lienzo::: (p. 3b),

del estado de los caminos:

mi calesa dio tal porrazo que estuve a pique --
de perecer... (p. 3 b)

de la construcción y reforma del puente y de los gastos que
suponen los caballos del ejército.

3.2.2.- Diario Constitucional de Zaragoza. Diario Político de Zaragoza (1821)

3.2.2.1.- Diálogos. Cafés. Política. Clero y Constitución; el cura y el rústico Relancio.

Ya en 1821, entre abundantes odas y canciones patrióticas (15) que de vez en cuando muestran un corte romántico y exaltado, aparece otro cuadro en la línea de los característicos del Trienio, aunque sus méritos no son excesivos: el diálogo anónimo, titulado "Susurros de cafés" (16). No lleva rótulo genérico ni alusión a los editores. Es casi puro, como el de la "Conversación de dos servilos", aunque más breve, y -- posee un comienzo equiparable, pero escueto y objetivo:

Vaya que los Sres. extranjeros nos honran en sus periódicos, decía un Militar ayer mismo á otros a la puerta de un café.

(p. 4a)

El tema, resumido en estas líneas, se desarrolla con las menciones de acontecimientos y vivencias liberales desorbitados por el Observador Austriaco, periódico adicto a la Santa Alianza:

- compara [...] nuestra regeneración política a la revolución francesa
- En efecto; regeneración y revolución son consonantes, como Cielo y mochuelo. (p. 4b)

que originan la propuesta de mentís burlón,

Escribamosles directamente, y en vez de una -- carta o cosa que le parezca, incluyámosle dentro dos docenas de Trégalas. (p. 4 b),

más aceptable que la aplicación directa de una costumbre escolar:

- Y que se le ha de decir a ese necio?
- Le diré o les diré, lo que se hacía en mi escuela, cuando a alguno de nosotros se les deslizaban algunos de esos yerros, que llamaban gazapatones. Al pobrete que había dicho el desatino se le sobreponía una cabeza de burro hecha de carton con las correspondientes orejas, y pegado a la misma un letrero que caía sobre las espaldas; y decía Enderézate polli no. (p. 4 a).

Pero, más que la mención, de este uso social, lo costumbrista del cuadro es la reproducción literaria de una escena característica de los liberales del trienio, y sobre todo, la técnica del diálogo y las connotaciones encerradas en tan breve título: el café y sus inmediaciones como lugar de encuentro social y los susurros que revelan el carácter asmodeico del narrador-testigo y sugieren la probable ambigüedad ideológica de la conversación.

Más adelantado 1821, también el Diario Constitucional presenta materiales próximos al costumbrismo, como el anónimo "Diálogo entre dos monagrinos" (17) que exige una mención

aunque sólo sea porque sitúa la escena en un marco alejado -- del urbano y muy a propósito de la sed de lluvia "Constitucional" y por nominar a los interlocutores, algo infrecuente hasta ahora. La habitual y necesaria diferencia de tensión entre dialogantes se basa aquí en los matices clericales de las opiniones sobre los diezmos y en el alcance ideológico de dar -- en versión liberal el tópico ultramontano de la sequía como castigo divino contra la constitucionales:

Jusepe: Ah! tío Calvete, si esto oyera Mosen - Alejos, ya le diría a V. que era un herege. El tío Calvete: En su cara se lo diré; si hiene - al caso; porque ahora no me zamparán en la negra por decir las verdades, y ya puedo decirlas y se acabó la mentira y la hipocresía, y por - esto llueve, Jusepe, y no por otra cosa. Ya - verás que cosuchas tenemos mientras haya Constitucion, y la había siempre, a pesar de los que con capa de religión andan robando por los caminos en la Semana Santa (pp. 3b-4a)

Tampoco deben pasar desapercibidas las breves líneas de *"La agudeza de los serviles" (18), cuadro anónimo cuya calificación de "Anécdota" quiere compensar desde el rótulo la verosimilitud desmentida por su desarrollo. Se trata de un diálogo entre cuatro serviles nominados significativamente -- don Pancracio, don Canuto, don Deogracias y don Hilarión-- caracterizados irónicamente por su confianza en aliados imposibles:

ha llegado a Gibraltar un moro que piensa muy bien, y que es muy buen cristiano, el cual trae instrucciones de los amigos de Tetuan para obrar de acuerdo con nosotros. Lo primero que tratan de restablecer es la inquisición. [...] El Dei de Argel es de los nuestros, y ha dicho que hará él solo, lo que no ha podido hacer la santa alianza. (p. 3b)

Lo exiguo del cuadro no impide que el autor muestre alguna otra habilidad, como la de ampliarlo mentalmente con el apunte de otros tipos:

Voi con la noticia a mi primo el Sacristán, clamó don Canuto; y yo a mi hermano el de la mesta, dijo don Deogracias; y yo a mi tío el capiscol, gritó don Pancracio. (p. 3b)

Además, se aparta la habitual actitud del narrador asncdeico que hace recaer el peso de la escena en el diálogo escueto. A la denominación de "anécdota", que sugiere lo irreal aunque infrecuente, se añaden incisos introductores de los parlamentos y, especialmente, la ambigüedad final que, al margen de que se refuerce la confirmación de los tipos serviles, representa una variante técnica más del establecimiento de los límites de la ficción en el precostumbrismo político:

Habrá quien no crea este sucedido; nosotros no le ponemos a nadie un puñal en los pechos, pero el que conozca la agudeza de los serviles, hallará que si no es así, ha podido ser. (p. 3b)

El hueco que pide en esta relación de cuadros costumbristas el "Diálogo entre un cura del arzobispado de Zaragoza y -- el tío Relancio su feligrés" (19) cuyo autor es "el cura de T ..." (20) se debe, en principio, al recurso fundamentalmente lingüístico con que, de forma insual, se perfilan dos tipos formalmente constitucionalistas. Pero ahí no acaba lo novedoso, pues la caracterización de cada uno de estos y su forma de dependencia suponen una modalidad de cuadro costumbrista distintas a cuantas hasta el momento han compartido elementos similares y, al parecer, posible punto de partida, dentro de la historia del costumbrismo aragonés, de lo que tradicional-

mente se ha considerado un arquetipo de pareja baturra.

Entre los rasgos de presentación del diálogo liberal, la identificación de los personajes —práctica muy propia del Diario Constitucional de Zaragoza— parece consolidada, pero las distintas aunque escasas fórmulas de introducción de paréntesis, con las que el narrador se inscribiría en la galería costumbrista de seres observadores y curiosos, han sido abandonadas y el autor parece totalmente desligado de lo que — escribe. Así, el comienzo de este cuadro, semejante al del "Diálogo entre dos monegrinos" en que no es, literariamente, el fruto de una conversación escuchada, se aleja de él y de otros similares al adquirir un tinte luego consolidado de "escena", en el sentido teatral, más que costumbrista, del término:

Relancio. Tenga V. Buenas tardes, Sr. cura. —
Cura. Las tenga V. muy felices tío Relancio.
¿Qué hay en que servir a V.? (p. 3a)

La segunda novedad evidente es la actitud de Relancio quien, más que mostrar su falta de información, o sus dudas con respecto a la Constitución, aparece como incapaz de comprenderla:

R.O! Sr. Cura! se me ofrecen tantas y tales cosas con esto de la Constitución, que será — mucho no le apure a V. la pacencia en esta tarde, si tiene la bondad de oirme, como otras muchas veces; porque traigo el magin tan reguelto con lo que veo, con lo que oigo y con lo que observo, que la cabeza me pesa un quintal; y si V. no me aclara todas estas dudas y enconfusiones que padezco, yo voy a dar al traste con un juicio... (p. 3a)

Esto es nuevo. Hasta ahora, todos los tipos populares y aun rústicos que han hecho acto de presencia en semejantes circunstancias sabían o intuían muy bien lo que significaba la Constitución. Es más: en los casos en que el hombre rústico o humilde había figurado como un destinatario lejano de redención

social o como objeto de rapiña (21), en esos casos aparecía— como persona, estamento —o clase— sobre las que se hablaba, pero no como tipo con voz propia. En el cuadro presente se da, pues, una conjunción de ambos supuestos con lo que esto — implica: Relancio no sólo es incapaz de comprender la Constitución por su rusticidad sino porque ha transferido —por delegación y por renuncia— al cura la capacidad y posibilidad — de comprenderla. Necesita la intermediación interpretadora del cura que, sea objetivamente válida o no, lo será por provenir de él:

R. quiero que V. me desengañe, porque siempre man enseñao, que haciendo lo que dice el propio pastor, los que semps unos probes legos, no tiene que quedarnos ningunasguño en nuestra conciencia, porque estan puestos por Dios pa estruirnos y llevarnos como á los ciegos de la mano hasta meternos en el Cielo; y yo creo que todos, iríamos si nos dejáramos guiar y — hacieramos lo que Vmos. nos dicen... (p. 3a)

La tercera novedad apreciable viene dada por las funciones encomendadas al lenguaje. La gran extensión del texto permite al autor exhibir, a través de Relancio, un Corpus excepcional de términos, giros y locuciones vulgares y, sobre todo, aragonesas que hacen posible caracterizar al tipo rústico y reservar a sus intervenciones los resortes humorísticos del cuadro. Esto quiere decir que la ironía sustancial del costumbrismo ha desaparecido y ha sido substituida por los chistes puramente verbales de un tipo. Es el resultado de la eliminación del narrador que entra —como observador y personaje— y sale —como comentarista— del cuadro en virtud de la más elemental técnica costumbrista. Pero la caracterización de Relancio no está confiada exclusivamente a las connotaciones de su forma de hablar. También se define a sí mismo explícitamente:

yo me espricaré como Dios mayude... (p. 3)

... ..

nonca estará de mas cuanto V. diga para alabar esta medollera, mas escura que el mesmo pozu de los martiles. (p. 3b)

... ..

Poco a poco Sr. cura [...], porque esos frutos [...] yo no los puedo alcanzar sino me baja V. la rama, espicándome los tan claramente como el p-a-n pan. (p.3b)

... ..
 en esta rempuesta ha hecho V. un remolino de palabras que se remontao cien varas mas allá de la altura de mi rozal conocimiento... (n° 202, p. 2b),

y el cura no deja de confirmarlo textualmente:

- La buena disposición que V. manifiesta para escuchar la verdad, tio Relencio, me empeña mas y mas en iluminar a V. (p. 3a)

... ..
 - Son tantas las ventajas y los bienes que resultan a los españoles en particular y en general de estos frutos constitucionales, que ni yo los puedo debidamente explicar, ni V. debidamente entender; pero sin embargo, acomo dándome a la capacidad de V. diré de lo que mas le conviene saber. (n° 201, p. 3b)

El cura, además de por su actitud mediadora e iluminadora, se redondea como tipo lingüísticamente. Tanto lo que dice como lo que supone de contraste con Relencio le convierte en un castellano parlante culto. Y aunque es capaz de condescender usando alguna vez locuciones populares,

entonces ya verá V. a Marica bailar (p.3b)

... ..
 en buenas manos está el panderero (p. 3b).

... ..
 a los españoles nadie nos sorve por ancha que tenga la embocadura; y otros mas guapos que todos esos han intentado sorverselos en varias ocasiones, y les ha salido la perra capada... (p. 3b, n° 202),

en realidad esta "sanchización" es discutible por efímera y por estar desmentida por el contexto inmediato y global. Hay pasajes en que la disyunción de ambos tipos llega a ser inequívoca, como cuando el cura menciona las bondades de la Constitución:

y espere V. un poco que vean las otras potencias nuestra marcha constitucional y los felices resultados que yo ya estoy tocando con la mano... (p.3b)

El lenguaje actúa como elemento distanciador para abrir brechas entre tipos representativos de clases sociales. Y, quizá, para propiciar la vuelta a la división estamental, ya que su funcionamiento desmiente la teórica igualdad constitucional de que habla el cura y coloca en lugar de ella la dependencia moral e ideológica a que somete a Relancio. Naturalmente, esto no quiere decir que la persona real correspondiente al tipo rústico del cuadro pueda concebirse al margen de la importante labor de un cura del pueblo, sino que el autor plantea el tema de la Constitución exclusivamente en estos términos y en un contexto literario de cuadros que ofrecen planteamientos disonantes.

También la lectura del diálogo revela aspectos nada frecuentes que aclaran las consideraciones anteriores y las amplían. El modelo de diálogo ya no puede ser liberal, pues la relación entre los interlocutores no lo permite. Por eso, en lugar de un intercambio de opiniones, hay una rigurosa alternancia de preguntas y respuestas vertebradas a modo de catecismo; en lugar de agudos matices conceptuales, hay una vinculación prefijada similar a la que se da en un confesionario. En definitiva, se hace imposible el juego de perspectivas costumbristas que nace de la distancia crítica entre el narrador y los tipos porque aquí el autor elimina al narrador y sin dar pie a la ironía, se identifica con uno de los tipos, el cura, con lo que el otro —y ahora en el plano de la creación de la ficción— queda aislado, inerte y en dependencia —lo cual quiere decir anulado, pues es un trasunto o eco del primero— incluso cuando parece tomar la iniciativa. Correlativamente, Relancio, además de encarnar un humor verbal subsidiario de la ironía conceptual, parece acoger los restos de un atributo del narrador como es la curiosidad. Pero operada es

ta transferencia, la función no puede ser la misma: la cario-
sidad no es una actitud asmodeica sino un resorte argumental
que se traduce —otra vez el uso limitador del lenguaje— en
preguntas como la que abre el diálogo:

digame V. con verdad, ¿la Constitución es --
buena todita toda? (n. 3b)

Relancio, no es, pues, un auténtico interlocutor desde un --
punto de vista costumbrista. Pero en el contexto del diálo-
go liberal —una de las modalidades más significativas del
cuadro de Trienio— también resulta falso pues no ha sido
diseñado en función de su apoyo o su rechazo radical a la
Constitución sino en función de sus dudas sobre ella. Aquí ra-
dica la trama de este diálogo que supone un modelo nuevo ya
que la diferencia de tensión entre personajes o entre narra-
dor o personaje es substituida por una dialéctica aparente.
El cura representa el constitucionalismo que el autor suscri-
be real o nominalmente y el tío Relancio, las reservas que
condicionan su acatamiento efectivo. Esto quiere decir que
la sustancia del cuadro no estará, aunque lo parezca, en la
delectación con que se pintan los tipos —especialmente el
novedoso y sobresaliente Tío Relancio—, único atisbo cos-
tumbrista una vez que se ha prescindido de los rasgos funda-
mentales del género, sino en el proceso, el resultado y los
medios para ello dispuestos de interrelación entre el apoyo
incondicional a la Constitución y los aspectos que la cues-
tionan e incluso la invalidan, es decir, en cómo se plantea
la crítica de la Constitución.

Una aproximación al texto revela que los recursos ha-
bituales en el cuadro costumbrista del Trienio Liberal se -
modifican sustancialmente en este diálogo que utiliza un no

delo literario equiparable al pensamiento constitucionalista para cumplir unos objetivos ideológicamente opuestos. La tesis que trasluce el argumento es, esencialmente, anticonstitucional: tras las continuas protestas constitucionalistas se van concatenando alusiones al peligro de una guerra civil si la religión es atacada, alusiones a la insurrección, alusiones a la pérdida de la gracia de Dios, alusiones a la excomunión... en fin, alusiones que van engrosando las amenazas y llegan a cristalizarse en algo tan prosaico —después de haber imbricado tanto a Dios con la política— pero contundente como la amenaza velada de la invasión de las tropas de la Santa Alianza si —tras las facilidades dadas con la mezquina separación de causa conventual de la episcopal y el reembolso de la mitad de dinero al pueblo llano— la legislación sobre los diezmos no se produce en los términos exigidos. Pero el diálogo no supone solamente la formulación de un acatamiento condicional de la Constitución en virtud de las prerrogativas de los curas diocesanos. Dejando a un lado lo que el texto revela lingüísticamente, su técnica costumbrista permite contemplar, más allá de lo argumental, la función atribuida a los personajes: su relación es equiparable a las relaciones sociales del Antiguo Régimen. Correlativamente, la lectura debería efectuarse mediante la identificación exclusiva con el Tío Relancio puesto que la ausencia —de ironía costumbrista impide que se haga con el cura, trasunto del autor, con el que se debe mantener una relación de dependencia. Por tanto, además de la ideología y los objetivos particulares defendidos, la técnica del cuadro denuncia su forzado funcionamiento. Ambos extremos son confirmados incluso por los coetáneos. Así, unos días después, El ingenuo firma el comunicado *"pasar por sabio" (22) que supone una inteligente y fuerte réplica al diálogo a cuyo autor —descubre:

declaro en presencia de todo el mundo que es el cura de T..., constitucional acérrimo, liberal, meros cuando se trata de la extinción total de los Diezmos ... (p. 2b)

Le incluye entre los "escritorcillos, vanos y pedantuelos" (p. 3a), lo tilda de engreído redentor cultural:

¡qué satisfacción podía igualarse a la de este impertérrito patriota, luego que consiguió dar cima á su graciosísimo diálogo, y ponerle en disposición de [...] iluminar las tinieblas de nuestro grosero entendimiento! y con razón: porque ver uno flamantes en carta blanca sus primorosas invenciones con negros caracteres, oír el -- crugido de las prensas que sudan para eternizar nuestro nombre y antojarsenos que todos se alampañan y abocan para beber las aguas salutíferas en las fuentes abundantísimas de nuestro fecundo -- entendimiento; es un gusto que no se paga con dinero. (p. 2b),

revela la pedantería con que divulga la paternidad del diálogo identificable con el cura:

Gloria pues al cura de T... que se digno hacerles participantes de su conversación sabrosa con el tío Relancio. Buscó en ella el honor: ¿Qué nos cuesta satisfacer sus deseos? El ha publicado que era suya... (p. 2b)

En fin, tras repasar de arriba abajo la persona, la actitud la ideología del autor, desmantela el oportunismo con que se sirve de un tipo dependiente y falso como el tío Relancio y apunta lo que, referido al cura, el autor pretende que convenga al lector:

repite solamente lo que otros han dicho, copia difusamente, y en una palabra plagia a tropa y talega de aquí y de acullá, hasta llenar su morral de guijas. (p. 3a)

Lo dicho y lo traído a cuento basta para comprender que, - sin regatearle méritos literarios y técnicos al autor del diálogo; si es costumbrista, representa una modalidad nueva que en la historia del costumbrismo aragonés supone la posibilidad de detectar cómo y cuándo se confirma algo insólito hasta ahora como es la dependencia funcional de una pareja de tipos: el cura del pueblo y el rústico aragonés.

Con respeto a lo ya aparecido, hay pocas novedades en los múltiples trabajos de matiz político que nutren las páginas de los periódicos entre hito e hito. *"La tertulia patriótica", (23) artículo comunicado en el que el firmante, El amante celoso de la independencia nacional, ó igualdad civil, muestra la necesidad de no abandonar las tertulias patrióticas y de no bajar la guardia ante los serviles y recurre al uso de la falsilla pseudonímica inicial:

Paseándome la otra tarde por la alameda, que va desde la puerta del campo del cuartel de caballería á la de Santa Engracia, pude percibir bastante bien la conversación de los patriotas... (p. 3b),

no secundada en el resto de la composición, que remata con una arenga. El mismo pseudónimo figura dos días después al pie de "Plaza de la Constitución" (24) título que va a hacer fortuna y que acoge un cuadro donde se da cuenta de esas cenas presenciadas en Zaragoza en torno al comportamiento de los serviles que han apedreado una banda de música militar. El autor, redobla sus tesis exaltadas en este y otros cuadros (25) y, aunque no escribe costumbrismo, refiere su propia actitud entrometida en los términos del género.

3.2.2.2.- Milicia y municipio. Los diálogos de El Pobrecito Desocupado. Clérigos.

El limitado interés que revisten las colaboraciones -- del Diario Constitucional de Zaragoza durante el resto de 1821 --1822 es nulo-- se cifra en asuntos municipales formulados con cortedad de miras como el anónimo "Diálogo entre dos amigos Perico y Antonio" (26) o en temas milicianos ofrecidos con más largueza en el rótulo que en méritos como es el caso del también anónimo "Diálogo entre el capitán M.C. de una compañía de las tres que ha de formar el segundo batallón de milicianos voluntarios de infantería de esta ciudad, y el sargento primero de la misma J.M." (27). Frente a estos títulos sólo rescatables del olvido como ejemplares del frecuente y variado uso del diálogo, el Diario Político de Zaragoza aún más a menudo fervor político y densidad costumbrista. Sin que esta sea excesiva en el artículo comunicado "Un duende" (28), merece una mención su carga connotativa al hablar de sucesos fantasmales en el antiguo edificio de la Inquisición de Zaragoza, y, sobre todo, el pseudónimo que lo firma: El observador del duende. Un pseudónimo aún más significativo y evocador en la historia del costumbrismo es El pobrecito desocupado (29), que firma un artículo comunicado titulado * "D. Bartolo y D. Nacinigo" (30).

En él, el narrador construye con pretensiones de objetivi

dad un diálogo entre dos absolutistas del que ha sido testigo y lo hace reuniendo con acierto los rasgos fundamentales del mundo liberal e incluso innovando algunos detalles. Tras mencionar las circunstancias del hecho, entre ellas, que se produjo el día anterior, "al finalizar una de las alamedas que conducen a Torrero." (p. 4a) como dice no haber identificado a los interlocutores, manifiesta la conveniencia de hacer su "retrato" por si alguien les conoce. Tal artificio técnico, con su toque de ironía permite introducir una caracterización inhabitual por lo particularizada y por lo diáfano de su nacimiento literario:

Uno era alto, enjuto de carnes y muy amojadísimo señor, nariz agüleña y ojos africanos: - trage negro y cortado en todo por la mismísima tiguera de los corregidores de antaño. Su edad no bajaría de los 58 años. Se me olvidaba: lo del bastón, con grandes borlas, que por su longitud podía servir de llamaçera, al gañan de una carreta. A este tal, llamase como se llamare, lo distinguirá en el diálogo con el nombre de D. Bartolo. El otro llevaba trage talar, y no habiendose podido descubrir bien el rostro, podría por lo demás confundirse con otros muchos de su especie, y yo no quiero que paguen justos por pecadores, colgándoles milagros ajenos. Llamase, pues, D. Nacinigo (p. 4a)

Tras todo este preámbulo es cuando empieza el diálogo, a veces jalonado con acotaciones que atienden a lo gestual

(terciándose el ropaje por el brazo en forma - de jaique, y con muestras de grande inquietud) (p. 4a)

... ..

(D. Nacinigo suspenso mirando al suelo) (p. 4a)

... ..

(dando un gran suspiro) ... (p. 4a)

A lo significativo de los nombres añaden las matizaciones terminológicas, de gran expresividad, con sus subrayados, -- puntos suspensivos, admiraciones, paréntesis, cambios de -- tono. Todo ello permite que la alusión irónica presida la recreación de las escenas vejatorias más frecuentes a que se ven sometidos los serviles:

El otro día, vaya Doña Pilara se me puso - de mil colores, entré en su casa, y el muñe quillo del chico, que es de la piel de barrabás, empezó con trágala fraile, trágala cura, y la bendita de su madre muerta! -- --Periquito no cantes eso, y el chico empezó libertad, libertad y calabaza fritas... (p. 4a)

El cuadro resultante, simbiosis de escenas y de tipos costumbristas, reviste de unos caracteres derrotistas a los serviles tan similares a los ya aparecidos casi un año antes en "Los serviles somos unos papanatas" que muy bien podría pensarse que se debe a la misma pluma. Lo confirmarían los argumentos y procedimientos generales e incluso detalles como la fórmula final. Allí se decía "este cuento que no es cuento" y aquí:

"Esto no ha sido mas que relata refero." (p. 4b)

Si que es de El prohocrito desocupado, porque lo firma, - el artículo comunicado "Encuentro del abate cena-a oscuras con el P.F. serapión" (31). Con el mismo acierto en el -- tratamiento literario de la descalificación de los serviles, se escupa en esta ocasión de los clérigos absolutistas representados en los dos tipos de nombres significativos que presenta el título. Se ha prescindido de la ambientación inicial, pero queda el envío formulado al editor, - la actitud inquisidora, la alusión a otros tipos correligionarios, el subrayado de términos cargados política e -- ideológicamente y no faltan ni siquiera alguna de las características acotaciones con referencias gestuales.

El carácter fundamentalmente literario y, en especial, costumbrista de estos cuadros es notorio frente a la colaboración estrictamente política. Pero, como ocurre en otras ocasiones, en esta hay testimonios coetáneos que lo confirman como el artículo remitido* "Yo soy un clérigo lugareño y liberal" (32), cuyo anónimo autor propone el tratamiento religiosamente ecuaníme de los peligros que acechan la constitución, presentándose a sí mismo como un ejemplo de lo que quiere evitar. Así, tomando como referencia la auténtica situación de Zaragoza y Aragón puntualiza la actitud exaltada de unos autores que —como se ha visto, son los que describen tipos y escenas serviles con más carga costumbrista— no se ajustan a los hechos:

Yo veo que en el diario político salen poco tiempo hace, unos articulistas sin duda muy celosos, con los nombres de amigos, amantes, observadores, que han visto, oído, presenciado y observado, de día, de noche, en público y en parages retirados, cosas gordas gordísimas... (p.42)

Lo curioso del caso es que este clérigo lugareño, que -- confirma de esta manera la simbiosis del costumbrismo y progresismo, redacta su artículo como proclamación pública del liberalismo al referir a su persona el desajuste criticado en los escritores asmodeicos. Una de las escenas que menciona tiene como protagonistas a dos religiosos --él mismo y su amigo Fr. Antonio--, los dos constitucionalistas y los dos sometidos, simplemente por llevar hábito, a las situaciones vejatorias que sufren los serviles:

Yo mismo he padecido esta humillación por parte de la irreflexión y de la imprudencia en Zaragoza: íbamos juntos nuestro -- Fr. Antonio y yo a una diligencia bien --

constitucional, y al pasar por cierta casa nos embocan en los ocicos un tragala Frayle, tragala clérigo, que nos dejaron tamañitos; a renglón seguido otra vez, al parecer de vino, entonó ronquillosamente como un contramaestre: los Provinciales de Estramadura, espantan Frayles, apustan curas, y otras gracias, de cordalejo para el nezcuzo &c. (p. 4b)

Se trata pues, de un caso ideológicamente equiparable y al parecer opuesto —incluso en el hermanamiento de clérigos regulares y diocesanos— al del cura, también lugareño, que dialogaba con el Tío Relancio, y sobre todo, —para la historia del costumbrismo aragonés una prueba del arraigo de los moldes del género. Sucede que el artículo quiere presentarse como protesta contra la literaturización de las escenas y tipos más usuales, pero no es sino un cuadro de costumbres más que describe un diálogo con un estudiante, enmarcado en una escena —una tertulia con otros estudiantes, el cura, y el médico—, todo ello precedido por la autodescripción del autor y redondeado con lo que puede ser tanto un hecho real como un rasgo costumbrista de los usados para acrecentar la verosimilitud —por ejemplo en boca del Tío Relancio que pide al cura que publique lo que le está diciendo— y justificar lo escrito:

El estudiante quedó convencido, y todos quisieron que yo me encargase de remitir escrito lo sucedido para que v. Sr. editor lo de, si le parece del caso lugar en su periódico. (p.4b)

3.2.2.3.- Escena de café contra El Zurriago. Un artículo maduro: "Máscaras".

Hasta finales de 1821 no hay materiales demasiado sobresalientes en el Diario Político de Zaragoza, pero el año y lo conservado del periódico reservan dos títulos - importantes por razones distintas.

El "Café de la Reunion" (33), firmado por "el Imparcial" el 22 de octubre, ofrece noticias, comentarios y - datos precisos sobre El Zurriago Aragonés. En él se alude a su tono agresivo, su precio, los números publicados, su estilo satírico, su modelo y su autor -Arenillas- pero -y esto es lo realmente destacable- todo ello se - lleva a cabo dentro de los moldes del diálogo costumbrista del Trienio. Ya el título remite a un espacio donde verdadera o literariamente se suelen situar las escenas costumbristas, coincidente con los últimos títulos del - precostumbrismo nacional y al que se volverá a recurrir en el segundo de los cuadros anunciados. Lo connotado en el título se confirma en el texto, pues este se sustenta en el artificio del diálogo oído, presenciado y transcrito con pretensión de objetividad por un testigo asomático que incluso -esto es un detalle nuevo- se ve así

tido por otro:

yo que estaba no muy lejos de los tertulios, con el auxilio de Mademoiselle Ursula, pude trasladar a un papel la conversación que todos tuvieron [...] y para que haga pública la conversación que estos tuvieron se la remito a V. Sr. editor por si halla lugar en su periódico... (p. 4a)

No falta la descripción inicial de tipos:

Decía ayer noche un señor sexagenario de casa [ca] azul y bordados de plata, á uno de levita de bayeton ingles, que se encontraba sentado á su lado rodeando ambos una mesa... (p. 3a)

con la necesaria diferencia de criterios que permiten la conversación y justifican la crítica que encierra, ni la oportuna presentación como final del diálogo de un tercero que suministra datos sobre el autor de El Zurriago -- cuando los otros se estan refiriendo a ello:

En este momento entraba uno de estos que saltan y bailan por entretener el hambre, y que no hay café y rincón que no recorran... (p. 4a) (34)

Sin olvidar el uso del pseudónimo, el cuadro se completa técnicamente con las acotaciones que consiguen atemperar la rigidez de otros diálogos:

llegando aquí sacó el tal señor su caja, y tomando un polvo, prorrumpió con un suspiro ó! tempora, ó nones. Pero el caballero de levita pelada, que atento había estado escuchando á su amigo, soltando una carcajada - le dijo... (3b)

"Máscaras" (35) se presenta como el más cuajado de los cuadros del Trienio Liberal: reúne, amplía y utiliza los rasgos conocidos e incorpora algunos nuevos de tal forma que puede considerarse un artículo de costumbres pleno sin dejar de pertenecer al Trienio Liberal. Esta misma vinculación, rastreable sobre todo al final, es la que evidencia su función de gozne entre fases contumbristas, pues, de no haberse interrumpido este periodo liberal, el conjunto de cuadros políticos que asume y supera le harían figurar como hito inicial del costumbrismo pleno.

Se trata de una galería de diez tipos con ansias políticas y comportamiento hipócrita ante las próximas elecciones. La descripción de los tipos es tanto política como física. Si lo primero se debe al tema del artículo y a su presencia en el Trienio, lo segundo habla -- del rasgo definitivamente costumbrista que es la delectación con que se realiza la pintura de los tipos. La actitud del autor es la del que alerta a los electores ofreciéndoles un punto de vista idóneo --el suyo-- para que adviertan los auténticos intereses de quienes se presentan como salvadores. Esto supone en la práctica una campaña intelectual que atendiendo a sus pormenores, sitúa como referencia para el lector la huida de los extremismos por una cierta prevención hacia las soluciones revolucionarias. Pero, a todas luces, la técnica costumbrista predomina sobre la formulación estricta o notoriamente política y esta se da tanto por razones cuantitativas (la pura arenga es mínima) como de calidad: los artículos políticos, por ejemplo, de Larra serán costumbristas no a pesar de este tema sino por el tratamiento específico de acuerdo con el género.

En "Máscaras" ya merece reseñarse lo peculiar del título que figura en lugar de los géneros "Diálogo", "Plaza de la Constitución", o "Artículo comunicado ...". También, la extensión, pues ocupa tres de las cuatro páginas del periódico, y el recurso del pseudónimo: Un buen español. Si bien este pseudónimo tiene más resonancias patriotas que costumbristas, lo asmodeico no está ausente ni mucho menos. Lejos de limitarse a su objetivación en el nombre supuesto adoptado por el autor, cumple su función de forma significativamente nueva. Esto se sospecha al advertir que el narrador se dirige al lector -- y no al editor:

Qué! ¿Te sorprende el título? (p. 1a)

y se confirma al comprobar que al narrador se presenta -- como guía del lector:

Quieres que te enseñe algunos de los que andan disfrazados bebiendo los vientos? Sigue me ... (p. 1b)

El modelo lejano utilizado es el de los sueños morales, pero superado y convertido en costumbrista. Y esto se consigue ya que el lector es guiado directamente por el narrador y estamos lejos del geniecillo que guía a un narrador, reducido a intermediario. Las distancias se acortan y el contacto aumenta porque el autor se ha convertido en ese geniecillo. El procedimiento: suplir -- lo onírico o lo maravilloso por lo vigílico aunque no sea cotidiano; es decir, carnaval en vez de sueño o magia. Así, los preparativos para las elecciones políticas, reales aunque no se celebren todos los días del año, pueden ser tratadas desde ese punto de vista excepcional que adopta

el autor costumbrista para observar y permitir ver a los lectores la sociedad con profundidad. Así, el carnaval -- político permite el tratamiento plástico de la hipocresía al incidir en la distancia que separa la careta del rostro que disimula. Pero, además, lo costumbrista tiene funcionamiento pleno en la prevención característica con que el autor maneja los rostros descubiertos: los convierte en representativos de la sociedad --en tipos-- e incluso lo expresa con el tópico "pinto, no retrato" tan querido de Larra y Mesonero que, al tiempo que les exige de responsabilidad apunta el orgullo del autor que ha acertado en la selección de los tipos y en su cabal descripción y, por lo tanto, -- está seguro de la efectividad de lo que ha escrito:

ha arrancado la máscara á los que no se ---
atreven a presentarse con la cara descubier
ta. Confieso ingenuamente que nadie en par
ticular me ha servido de modelo para estos
retratos. En Francia, en Inglaterra en nues
tra España y en todos los gobiernos represen
tativos se ven al aproximarse las elecciones
hipócritas de virtudes y patriotismo. Si --
alguno se ve aquí retratado, procure no vol
ver procure no volver a disfrazarse supues
to que ya está conocido.

(p. 3b)

Este aviso separa el cuerpo del artículo de la apelación -- más dirigida al lector político que al lector literario, -- con que se cierra la composición y que formula el objetivo del autor: que los ciudadanos se dejen adular, que defienda la libertad "bien entendida de imprenta que elijan libremente a los políticos más responsables y que los electores de partido que han de nombrar a los diputados del congreso se atengan a la justicia, al amor a la Patria y al mantenimiento de la constitución. A los segundos les amonaza

~~quidos les amenaza~~ con "la maldición de las generaciones presentes y venideras" si no lo cumplen con su deber; a los primeros les aconseja:

no fieis vuestros derechos a los que nunca ven mas que los extremos: desconfiad de aquellos que ensancrientan sus plumas; de los que quisieran que el poder judicial se empleara solo en formar sentencias de muerte, y que los tribunales se convirtieran en otras tantas comisiones semejantes a las que produjo la espantosa revolución francesa.
(pp. 3b-4a)

Todo este marco costumbrista se revalida y enriquece con los tipos que acoge. Pero el autor no se limita a presentarlos monótonamente. Recurre a esa mínima acción característica del costumbrismo que permite la aparición de los que van a ser pintados y la hace creíble al otorgar al narrador el privilegio de ser personaje. La acción consiste aquí en un recorrido por la calle combinando con la visita a un café. El primer tipo que aparece es el clérigo —o clerical— radical:

¿Ves ese hombre gordo, que va vendiendo salud, en cuyos carrillos se notan los efectos del vino de Valdepeñas y de Jerez, y cuya panza es la prueba más segura de que es un buen Gastrónomo? ¿Oyes cómo dice que la religión peligra [...] ? Pues este es uno de los disfrazados [...]: lo que desea es restituir al clero el goce del diezmo entero y muchas de las bárbaras prerrogativas que gozaba en los tiempos de la edad media. (p. 2b)

El segundo, en contraste físico e ideológico, es el anticlerical que, según el narrador, confunde "la religión con los abusos que, necesariamente han existido, existen y existiran" (p. 2a) y que, igualmente aspira a ser diputado:

Mira ese otro sobre cuyas narices está a caballo la atrabilis que le enflaquece, que le devora,

que casi le hace saltar los ojos de sus órbitas; - que por la amarillez de su rostro parece un Tercianario, cubierto de hábitos negros, largos, que no hace mucho tiempo eran de color gris con capucha: oye lo que dice. "La España está inundada de frailes, de canónigos y de monjas... (p.1b)

El tercero, el patriota que ha sufrido persecución:

Escucha á ese hombre corpulento, que se ha metido en aquel corro, su figura colosal impone a los que le rodean: ya empieza á perorar con voz de estentor: observa con qué poco disimulo hace una relación lastimosa de lo mucho que ha padecido en el tiempo del despotismo; mira con qué poca gracia -- añade que la patria no estará segura en tanto que el congreso no se componga de desterrados y perseguidos. Pobre hombre! Este es de todos los disfrazados el que lo está con menos artificio (p.1a)

Los próximos tres tipos son situados en un marco común, un café cuyo ambiente es sugerido con brevedad:

Descansemos un rato en este café vecino ¡Que ruido! ¡Que voces tan descompasadas! Parece casa de locos y no de recreo. (p. 2a)

El café funciona como lugar apropiado para dos escenas. La primera, protagonizada por un periodista que presume ante -- los que le rodean -- auditorio que funciona como tipo colectivo -- de haber salvado la patria a base de dar lecciones al gobierno:

Aquel que está allí fumando un cigarro puro, y mirando con cierto aire de desprecio á los que pasan, con su voz ronca es el que más aturdo. ¿Qué extraño si está alabando el periódico que redacta? ¡Cuán a manos llenas y con que profusión ha derramado las luces que brillaban en su cabeza, y sin -- las cuales todos estaríamos a oscuras! (p.2a)

La segunda escena del café muestra de nuevo la habilidad del autor al montarla de forma distinta a la anterior e incorporar dos tipos en combinación: un militar altivo y hueco y un labrador:

¿Quién pensaría que aquel militar de vigote retorcido, de sable corto, y de mirar adusto se levantara de su sitio y alargaría el brazo para servir fuego a aquel paisano que tiene una gorra parda y limpia en la cabeza; hermo-seada por las canas de su horrorosa ancianidad, y que toma una taza de café mas bien por complacencia que por gusto?... -- (p.2b)

El labrador anciano supone una concreción con respecto a los indiferenciados oyentes del periodista y, sobre todo, un tipo digno, el único no criticado, que, frente a los ignorantes que se dejan convencer por el periodista, representa al sufrido ciudadano expuesto a la adulación de los que quieren ser diputados. La escena continúa con la progresiva aproximación física:

observa como el militar ha arrimado una silla, y se ha injerido en la conversación. (p.2b)

Tras el relato de sus supuestas hazañas bélicas, prosigue la confraternización:

Mira con que amabilidad, ajena de su caracter, toma la copa del anciano, y se la llena de licor: advierte como brinda ahora por la Constitución, -- por la patria y por la buena elección de los diputados. (p.2b)

La pintura del militar se dosifica entre los rasgos físicos dados en primer lugar, la mención de su interesado comportamiento y, para redondear y como contrapunto de lo relatado -

al labrador, la revelación de su auténtico historial:

Durante la guerra no hizo nada; cuando no había peligro se ha divertido en cantar el Trácala y el Layron y en prueba de patriotismo ha aprendido las vidrieras de los serviles (p.2b)

De nuevo en la calle, el primer tipo que aparece es un rico y elegante que se resigna a ser diputado provincial, lo que ni siquiera va a conseguir dado que "le conocen por ignorante y egoísta":

Allí vá uno con media de seda y zapato fino á pensar del frío que hace, bastón en la mano, la risa en los labios, y de bracero con un elector del partido: y á los que conoce que son electores les hace profundas reverencias... (p.2b)

El octavo es el tipo que pretende ser elegido mediante la desdeñosa mención de las tareas de un político y la insinuación de comportarse como "hombre de firmeza" al elegir responsabilidades a los ministros, rasgo de moda:

Aquí viene otro repitiendo á cada dos palabras la patria, y los apuros en que se halla; la indiferencia está retratada en su cara; el paso es mesurado el tono de voz grave; todo está unido al sombrero de tres picos, al modo de llevarlo y de tomar tabaco... (p.3a)

Sigue el que "aspira al renombre de filósofo" pero cuya ciencia es "un puro charlatanismo" con rasgos arbitristas:

Por el extremo de aquella plaza asoma un embozado con su capa azul, con cara de vinagre y sombrero hundido hasta los ojos. Dejále que se acerque... (p.3a)

No hay peligro de que se dirija públicamente a los electores por temor a deteriorar su imagen pero los ha visitado en sus

respectivas casas y les ha regalado su programa, en forma -- de libro, capaz de llevar la felicidad a todos los ciudada-- nos.

Cierra la galeria el Sabio que, en realidad, es una mez-- cía de erudito a la violeta y posibilista immoral que vive -- de la lisonja y el oportunismo:

Pero para que no falte en todo carnaval un arle-- quin, se nos presenta uno haciendo mucho ruido -- con los sellos y baratijas que cuelgan de la -- cadena de su reloj: lleva una lente, aunque no es corto de vista, un pañuelo blanco perpetua-- mente en la mano, un junquillo en la otra, bota reluciente, mucha pectora y voz gorgosa [...]. Habla en francés, chapurrea el latín, desboza el inglés, ha leído el Tasso sin entenderlo... (p. 3a)

La representatividad, variedad y aun novedad de estos tipos, la distinta presentación (a pesar de atenerse siempre a lo -- que se aparenta, lo que se dice, lo que se oculta), no sólo por la combinación de verbos de sentido, deicticos adverbial-- les y referencia relatada, sino por la habilidad para dispo-- ner a unos significativamente enfrentados y complementado -- dentro del marco general y a otros en una sugerente escena -- de interior, la lograda redondez de la pintura que aúna lo -- físico, lo psicosocial y lo ideológico... todo ello, junto -- con los importantes rasgos apuntados al principio es prueba clara de la calidad técnica de este artículo.

3.2.3.- El Zurriago Aragonés (1821)

3.2.3.1.- Diálogos exaltados.

El Zurriago Aragonés, publicado en Zaragoza en -- 1821 por Arenillas (36), aludido en "Café de la Reunión", recalca de vez en cuando en lo costumbrista para llevar a -- cabo su sátira política. "Tijeretas han de ser" (37) es -- un diálogo puro entre el autor y un innominado interlocu-- tor que le sugiere el tema de la República. En él se defien-- de al liberal exaltado y republicano mediante el perfila-- miento ideológico de los tipos "sevi-liberales":

No son pájaros sino pajarracos, y de capifia, lechuzos, mochuelos y gavilanos, gente libe-- ral de loca, y serviles de corazón (...) Ten-- den mucho que los pueblos intrinjan la Cons-- titución, pero no se les da un ardite de que lo hagan las autoridades, y mas sí ha de con-- tribuir á que ellos medren. (p. 2)

No obstante, el detalle técnico más notable es el uso de lo que luego será rasgo costumbrista: la referencia explícita a la dificultad, necesidad u obligatoriedad de escribir --

un artículo y la utilización de esta referencia como motivo parcial o total del artículo con lo que este adquiere rasgos de "nota-artículo" o artículo "autófago". Aquí aparece como juicio:

No me gusta este modo de principiar; pero de algún modo se ha de comenzar. De paja o he-
no el pancho lleno, el asunto es llenar el --
medio pliego del Zurriago; pero me falta ma-
teria. (p. 1)

Entre alegorías políticas presentadas como cuentos y breves comentarios generalmente en forma de diálogos hay cuadros, también dialogados, algo más extensos que no desmerecen de lo visto en el Diario Político con el título genérico de "Plaza de la Constitución" que connota una conversación pública de la que es testigo el narrador, aparece el rotulable *"¿qué tiempos aquellos?" (38) en favor de los militares jóvenes y bien preparados, y con tres tipos someramente descritos en lo físico además de ideológicamente:

Decía el otro día en ella [la Plaza de la Constitución] un coronel panzudo sexagenario y de la peluca á un señor de lebita negra, capa -- larga, juanetuda y aceitunada, que tenía traza de dependiente de Audiencia, o cosa tal... (p. 4)

... ..

Dijo un joven capitán de gallarda presencia; petimetre y algo calavera que se hallaba cerca ... (p. 4)

El "Diálogo entre un Pancista, un Moderado, y un Exaltado" (39) sólo añade a la caracterización anunciada en el título una alusión a sucesos coetáneos y, especialmente, la presencia del narrador en un colofón original:

Hasta aquí el Dialogo; porque concluyó á causa de un carro que pasaba por allí y obligó a los interlocutores á separarse. (p. 8)

A modo de lema, el estribillo

Ya no le arrancas
Ya no le arrancas
Del Aragón

abre el* "Dialogo entre un Canónigo y su Zapatero" (40), detalle inhabitual y, más, en lo que tiene de vinculación con esta conversación antimonárquica, que se suma a la autoca--
racterización, por sus propias palabras, de dos tipos tan opuestos y a un breve colofón del narrador:

Así hablo el Zapatero y se fue cantando el -
lairon, lairon. (p. 5)

*"El Demonio de la Plaza de la Constitución" (41), es el título que mejor cuenta puede dar de este cuadro que, además de proponer la quema de los zaragozanos Diario Político y Diario Constitucional según se ha hecho otros sitios con los madrileños Universal e Imparcial, (42) combina diálogo y comentarios del autor para pintar en términos asombrados nuevos el ambiente creado entre los corros del mercadillo zaragozano, que queda personalizado como la "geniecillos" costumbristas y pasa a ser protagonista de la escena:

El Demonio de la plaza de la Constitución es una verdadera Ginchra. Jesus mil veces! qué cosas oye uno allí: el uno dice Morejuyo se marcha, el otro Morejuyo se ha marchado; otro añade si habrá ido á convertir liberales al servilismo [...] Pasa Vds. á otro corro y oye Vd. decir: El Arzobispo [...] más daño -

hace el solo á la Constitución que un ejército de Merinos [...] . Pasa Vd. á otro correo y allí estan sin compesion desollando el ministerio [...] . Otro pregunta en que estado se halla - la causa de los asesinos de Cadiz. En el de la inocencia. -¿Cuándo veremos unos quantos - servilos en el Garrote? - Nunca [...] y otras trioleras á este tenor que horrores á todo hombre moderado. (pp. 5-6) (43)

3.2.3.1.- Dramatización y alegoría.

En el *"Diálogo entre un Diputado y un Ministro" (44) se confirma el lema en verso que ya anuncia la agresividad del cuadro:

Hoy el látigo enarboló
Aunque vaya á Cartagena:
Dios te la depare buena (p.6)

pero hay novedades, como la acotación inicial de filiación dramática:

Un representante se presenta en la antecámara de un señor Ministro, vestido diplomático, espada abullentada, sombrero de pluma bajo el brazo, y pelo á la títus (pl 6).

dos tipos hasta ahora no protagonistas de diálogos y, especialmente, la presencia del autor en un coloquio que confirma tal rasgo pero modifica la anécdota:

Aquí quedó truncado el dialogo, á causa de haber entrado una arrogante chica, mujer de un viejo empleado, que venia á solicitar ascensos para su marido, y por consiguiente tener que desalojar el puesto el representante. (p.8)

Lo dramático se desarrolla hasta dar lugar a escenas teatrales donde lo costumbrista es muy secundario quedando prácticamente relegado a las notas caracterizadoras -- que proporciona la acción. Así, en "Lamentos de Morejuye y consuelos que le dá el alforez Trabuco, con lo demás que verá el curioso lector" (45) que ofrece en verso la ridícula cobardía de los serviles y, más claramente, en "D. # Tracicas de Gil-Lin ó sea la Cachetina" (46) dedicado a -- desacreditar a un militar servil también en verso, mucho más extenso, con múltiples acotaciones, entre ellas, para música y telón y la novedad de ser atribuida a un alter ego del autor, el Abate Zurribanda, (47) que funciona como ficticio colaborador de un periódico personal al reproducir lo habitual en otras publicaciones y tiene sus tintes de ayudante dentro del periódico que recupera la perspectiva perdida en el paso del diálogo a lo dramático.

No es que el diálogo desaparezca, pues cuando vuelve -- a aparecer lo hace incluso en forma pura en la "Plaza de la Constitución", titulable * "Tamajon!, Tamajon!, Tamajon!" -- (48). No desaparece, pero la sátira política parece explicar la tendencia a modificar los moldes del precostumbrismo del Trienio, que también se advierte en * "Un precioso cuadro" (49), donde la descripción que pinta escenas sociales se ha transformado en una escena objetivada: un cuadro cuyo contenido se describe. Naturalmente, la ironía no tiene -- cabida y es substituida por una alegoría, en este caso de la Constitución amenazada, cercenada y traicionada por todos, excepto por los labradores y los pastores. Lo alegórico, que vuelve a usarse -- por ejemplo en "La linterna mágica" (50) -- y lo teatral serían, pues, los límites externos

del cuadro costumbrista en el marco de este periódico revolucionario.

3.2.4.- Diario Constitucional de Zaragoza (1822-1823)

3.2.4.1.- Diálogos. La Constitución, amenazada; la prensa irresponsable y asfixiada.

Si 1822 es nulo para el costumbrismo a juzgar por el Diario Constitucional de Zaragoza —único periódico accesible de este año—, desde enero de 1823 hasta martes 22 de abril en que tal cabecera sale por última vez durante el Trienio, lo computable casi sólo tiene el valor testimonial por la misma razón de soledad.

El "Diálogo entre un Maestro Artistas y su Oficial" (51), anónimo, denuncia la pasividad con que las autoridades acogen la evidente aproximación de los facciosos a Zaragoza. Para ello se recurre a un diálogo enviado al redactor que, para la economía de la historia del costumbrismo, además de presentar dos nuevos tipos, prueba el arraigo de esta modalidad como tratamiento literario de los hechos cotidianos. El autor dice tomar la pluma

para manifestar lo ocurrido [...] en la mañana del domingo 5 del presente, que en forma de diálogo es como sigue. (p. 3b)

El mismo prosaio del final del Trienio es el tema de la "Conversacion de dos locos del Hospital de Gracia" (52) en la que los interlocutores se infunden ánimo mutuamente minusvalorando la capacidad numérica de los ejercitados - de la Santa Alianza y su disponibilidad para efectuar una invasión. La reveladora inversión de términos con respecto a los diálogos descalificadores de los absolutistas explica que los tipos ahora seleccionados para este diálogo puro tengan nombres significativos --Farruco y Guinca-- y, sobre todo, que sean locos.

La anónima "Conversacion entre el Logroñés y Cotilla" (53) prefiere contribuir a evitar la ruina desmascaran-do a los escritores oportunistas que dividen la opinión y apelando a la responsabilidad social de los periodistas, con el único detalle para nuestros fines de seguir tratán-dose de un diálogo puro en el que el autor aborda un tema tan importante que convierte el último parlamento de "El Logroñés en declaración explícita de sus ideas.

En fin, * "Apuros de un redactor" (54) relata a un amigo los que tiene el Cel Diario Constitucional para componer este sin los periódicos de Madrid debido a que los faccio-sos interceptan el correo en Medinaceli. El interés que presenta, además de este testimonio, radica en arropar -- el motivo costumbrista , ya advertido en El Zurriago, de la composición "autófaga"

ahora, cullado de mí, que no hay más mate-riales que alguno que otro parte, conciso y que apenas ocupa cuatro líneas, que na-die quiere meterse a articulista, y que -- todos esperan les diga alguna cosa intere-sante, mi conflicto no puede ser mayor por

que mi mollo es de muy poca extensión, y se me acaban muy luego las ideas. (p. 4)

El redactor dice no encontrar sentido a hablar de viudas de Santos, a especular sobre política, a glosar las inexistentes glorias de la patria —y aquí en vez de razones que lo desaconsejen introduce una anécdota de la guerra de la Independencia—, y a comentar la protección, ineficaz, de la policía. Sólo tendría algo que escribir —y lo despacha en dos líneas— sobre los juegos prohibidos. El desolador panorama que relata con acertada ironía hace que se ésta adquiriera el cariz desgarrador —que va a aparecer en algunos artículos de Larra ante circunstancias parejas— del colofón:

No encontrando pues material sobre que escribir y noticiandome V. la buena planta de cosecha que hay en ese pueblo, la laboriosidad con que se aplican todos a cultivar los campos y conservar los ganados, bajo la dulce confianza de recoger optimos y abundantes frutos, Dios mediante, y si su bondad infinita les preserva de alguna mala nuva, y enfermedad, me ha parecido lo mejor suplicarle de todo me la molestia de decirme como se conservan los frutos hasta su sazón en esos campos, las frutas; los árboles, intactos estos a voluntad de sus dueños, y los ganados en las yervas para hacer sobre ello un manifiesto de mi diario, porque me parece que no ha de ser inoportuno, que yo en recompensa procurase anticiparle las noticias y documentos más interesantes a la causa de la libertad de que es Vd. tan acerrimo defensor. (p.4b)

Este cuadro, representativo de lo costáncico y de considerable calidad costumbrista, supone en la historia del costumbrismo aragonés el final cronológico de una fase -

pero, sobre todo, es técnicamente el punto muerto al que se llega por estrangulamiento cultural y político: la esterilidad de la anodina temática -más que esta misma materia- a que se va a ver reducida la prensa se convierte en un motivo y la descoyuntadora inversión del flujo de la información que representa el hecho de que el redactor abandone su oscuro lugar habitual para mendigar una colaboración se transforma, además de en denuncia ideológica, en índice literario de la involución del género.

Notas al epígrafe 3.2

1.- La colección del Diario Constitucional de Zaragoza de la Hemeroteca Municipal de Zaragoza presenta lagunas.

El Diario Político de Zaragoza, órgano de la Junta Governativa de Aragón, salía de la Imprenta de Francisco Magallón con cuatro páginas en tamaño de folio y se vendía por cuatro cuartos. De carácter moderado, debió aparecer el miércoles 22 de marzo a la vista del comienzo del primer volumen de los tres que localicé en la Biblioteca del Casino Principal de Zaragoza —135(M, I-VIII-1820) - 336(L, 31-XII 1821)—. Como documenta Gil Novales (1975, 1.011), su editor responsable, al menos el 31 de julio de 1821, era José Villarrubia. No se registra en Blasco Ijazo, 1947, ni en Fernández/Forcadell, 1979.

Según los cinco números de 1821 que —gracias a la noticia de Juan Manuel Cacho Blecua— pude consultar en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza (sig. D-66-182), El Zurriago Aragonés, de Zaragoza, se subtitula Periódico sin periodo y se debe a la imprenta de Andrés Sebastián, excepto el número 5, que carece de subtítulo y sale de la Imprenta de Cueto. Tiene 8 páginas en 16º y vale cuatro cuartos el ejemplar. Exaltado. Su autor es, como se desprende de "Café de la Reunión" —DPZ, 329 (S, 24-XII-1821), 3-4—, —Arcillas. Más referencias a El Zurriago en DPZ, números 336, 340, 348 de 1821. No aparece consignado en Blasco Ijazo, 1947, ni en Fernández/Forcadell, 1979.

De El Zaragozano que mencionan Gil Novales (1975, 1.045) y Francisco Asín Ramírez de Esparza (ARAGON, 1960, -374 p), no hay ejemplares en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza ni he encontrado ninguno fuera de ella. Lo mismo —debo decir del Diario Constitucional Observador, luego de-

nominado María Coseriuaga de Zaragoza y Chasquedor Zaragoza, y del resto de títulos aragoneses reunidos por Gil Novales (cf. 1975, 981-1.047).

- 2.- DCZ, 36 (X, 3-V-1820), 3.
- 3.- DCZ, 84 (I, 19-VI-1820), 2-4.
- 4.- DPZ, 133 (E, 1-VIII-1820), 3-4.
- 5.- DPZ, 135 (D, 3-VIII-1820), 3-4.
- 6.- DPZ, 136 (Y, 4-VIII-1820), 2-4.
- 7.- DPZ, 136 (Y, 4-VIII-1820), 4.
- 8.- DPZ, 143 (Y, 11-VIII-1820), 4.
- 9.- El final del cuadro reza: La Balanza. No tengo datos para decidir si es un pseudónimo o un periódico del que haya sido tomado. Por una parte, la firma lógica debería ser "Los editores", pero, por otra, lo normal es dar entre paréntesis el periódico usado como fuente. Lo duda sigue, pues Gil Novales (1975) no consigna ningún título con este nombre durante el Trienio liberal y la alusión a "Los Huertos del Pajar" (p. 4g), donde dice El Chasquedor haber hecho el folleto, despista más que aclara. Sólo la función la cantidad asignada a los editores explicaría técnicamente el problema al atribuirlos a ellos la firma. En cualquier caso, de ser un trabajo ajeno, para la economía del lector del periódico y del investigador funcionaría como original.
- 10.- DPZ, 144 (S, 12-VIII-1820), 3-4.
- 11.- DPZ, 151 (S, 19-VIII-1820), 4.
- 12.- DPZ, 156 (J, 24-VIII-1820), 3-4.
- 13.- DPZ, 178 (S, 16-IX-1820), 4.
- 14.- DPZ, 221 (D, 29-X-1820), 3-4.
- 15.- Cf. para este año y el anterior, algunas composiciones de más feliz unión político-literaria como F.L., [Poesía patriótica, con lema de Quintana], DPZ, 278 (N, 26-XII-1820) 3-4; F.L. "Fábula. Los barbaques", DPZ, 280 (J, 28-XII-1820) 3-4; Anónimo, "Romance. La pastora liberal", DPZ, 22 (L, 22-I-1821), 2-3; C. de B. ¡Dileña Se otisucio del de Barcelona? Cf. Gil Novales, 1975, 1290—, "Fábula. Los conejos" DPZ, 50 (I, 19-II-1821) y Anónimo, "Fábula. Los Jementos arrojados de la cuadra", DPZ, 200 (J, 20-VII-1821), 4.

- 16.- DPZ, 37 (M, 6-11-1821), 4.
- 17.- ECZ, 132 (S, 12-V-1821), 3-4.
- 18.- DCZ, 156 (M, 5-VI-1821), 3.
- 19.- DCZ, 201 (V, 20-VII-1821), 3-4 y 202 (S, 21), 2-4.
- 20.- Cf. DCZ, 222 (V, 10-VIII-1821), 2b y 3a.
- 21.- Cf. "El amante del pueblo sencillo", DPZ, 135 (J, 3-VIII-1820), 3-4 y "Conversación de dos serviles", DPZ, 136 (V, 4-VIII-1820), 2-4.
- 22.- DCZ, 222 (V, 10-VIII-1821), 2-3.
- 23.- EPZ, 200 (D, 20-VII-1821), 3-4.
- 24.- DPZ, 202 (D, 22-VII-1821), 3-4.
- 25.- Cf. DPZ, 204 (M, 24-VII-1821), 4; 207 (V, 27-VII), 3-4; 209 (D, 29-VII), 4; 210 (L, 30-VII), 3-4 y la réplica al número 204 con la que El primer entonador del tráfala y de la tía Calasparras entabla una polémica: 205 (X, 25-VII), 4.
- 26.- DCZ, 207 (J, 26-VII-1821), 3-4.
- 27.- ECZ, 225 (L, 13-VIII-1821), 3-4.
- 28.- DPZ, 206 (J, 26-VII-1821), 4.
- 29.- La denominación más próxima y conocida estaría en el título de Miñano y Bedoya, Lamentos políticos de un pobrecito holgazán, publicado, según Ucelay (1951, 36 n 57), simultáneamente a las Cartas del Madrileño y éstas lo fueron entre el 7-X-1820 y el 16-III-1821. Cf., después, El Pobrecito Hablador (agosto de 1832- febrero de 1833), de Larra.
- 30.- DPZ, 210 (L, 30-VII-1821), 4. Bartolo es una de las de nominaciones de los absolutistas. Cf. DPZ, 215 (4-VIII-1821) y Gil Novales, 1975, 975.
- 31.- DPZ, 230 (L, 27-VIII-1821), 4.
- 32.- DPZ, 215 (S, 4-VIII-1821), 4.

- 33.- DPZ, 329 (S, 24-XI-1821), 3-4.
- 34.- Cf.: "les dijo: [...] se llama Antonio Ramón Eusebio Narciso Ildefonso Lázaro Lorenzo Anastasio Silberio..."
(p. 4a)
- 35.- DPZ, 337 (D, 2-XII-1821), 1-4.
- 36.- El Zurriago Aragonés. Periódico sin periodo. Zaragoza, Imprenta de Andrés Sebastián (los números 1-4) e Imprenta de Cueto (el número 5), 1821. Los cinco números, consultados en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza (Sig. D-66-182) el autor, Arenillas, Cf. DPZ, 329 (S, 24-XI-1821), 4.
- 37.- ZAZ, 1 (1821), 1-3.
- 38.- ZAZ, 1 (1821), 4-5.
- 39.- ZAZ, 1 (1821), 7-8.
- 40.- ZAZ, 2 (1821), 3-5.
- 41.- ZAZ, 2 (1821), 5-6.
- 42.- Cf. la réplica en DPZ, 329 (S, 24-XI-1821), 3-4.
- 43.- Morejuye vuelve a ser tratado, esta vez como personaje, en un diálogo del número 4.
- 44.- ZAZ, 2 (1821), 6-8.
- 45.- ZAZ, 4 (1821), 1-3.
- 46.- ZAZ, 3 (1821), 1-6.
- 47.- El Abate Zurribanda volverá a ser utilizado con idénticos fines en "Política Poética", cf. ZAZ, 4 (1821) 3-7: "El Poeta Zurribanda nos asesina con sus versos, y á fin de que no nos muera, hemos condescendido en copiar las siguientes coplas que nos ha remitido. (p. 3).
- 48.- ZAZ, 4 (1821), 7.
- 49.- ZAZ, 3 (1821), 6-8.
- 50.- ZAZ, 5 (1821), 6-8.
- 51.- DCZ, 11 (S, 11-I-1823), 3.
- 52.- DCZ, 19 (D, 19-I-1823), 3.
- 53.- DCZ, 27 (L, 27-I-1823), 2-3.
- 54.- DCZ, 30 (S, 30-I-1823), 4.

3.3.- La Ominosa Década (1823-1833)

3.3.1.- Diario de Zaragoza (1823-1833)

3.3.1.1.- Censura, moralidad y artículos reproducidos de Madrid y Barcelona. Ridiculización del liberal (1823) La prensa, al servicio del absolutismo (1824). Tipos y temas intemporales: los casados, el matrimonio, el vestido; el petimetre, anécdotas (1825-1826). -- Contra la libertad de Imprenta (1827).

Los caracteres de la Ominosa Década no se prestan al equívoco a juzgar por los temas y lugares a que tienen que hacer referencia los periódicos. En el caso del Diario de Zaragoza —que es como se vuelve a denominar el Diario Constitucional desde el 23 de abril— el resto de 1823 se cubre casi totalmente con trabajos de peregrinos como *"Modo de imprimir que se usa en China" (1), "Noticia del viaje a la Armenia y a la Persia de Mr. Anacleto Joubert" (2), "costumbres de los árabes berberinos" (3), "Viaje alrededor del mundo por el capitán ruso Krusenstern" (4) y "Cómo puede parecer un hombre incombustible, esto es, inquemable" (5).

Ante la asfixia cultural y política reinante, no extraña que se siguiera la huida psíquica en trabajos como "La realidad de los locos" (6) y que la moralidad ahogue los mí-

nimos rasgos costumbristas de cualquier residuo creativo. En un contexto tan desolador, un cuadro puede destacar por contraste si, además de ofrecer la pintura de tipos políticos, los sitúa en "raquón y en un tiempo casi presente. Este es el caso, prácticamente aislado, del anónimo *"Vaya un cuentecillo ..." (7), rótulo que es el comienzo de su esclarecedora presentación:

Vaya un cuentecillo, que aunque se contó hace años, con alguna variación puede aplicarse al presente, para manifestar algo del estado en que estábamos hace dos meses. (p.3)

Con esta intención de connotar que el "Trienio Liberal ha sido un paréntesis y algo accidental, todo el relato —que está en primera persona— va jalonado por consideraciones —también en primera persona— unas, exigidas por el fraccionamiento del cuadro en tres entregas; otras, en función de las moralejas —con su propia anécdota— que se formulan al final: a) descubrir la auténtica condición de los liberales que, según la caracterización de los absolutistas, son:

Hombres sin talento, sin principios, que metidos todo el día en un café, un teatro, ó en ... no han tenido mas estudio que el cosajo de sus pasiones, y pasiones de las que unas oscurecen la razon, y ciegan los ojos del entendimiento para no ver la luz de la verdad ...

(148, p.3b)

b) desandar el trecho constitucional volviendo —social e ideológicamente— a la sociedad estamental:

Aplique todo este cuento y su nota cada cual para su gobierno, y ya que se acabó el tiempo de la cosecha de doctores de secano, procuremos dedicarnos todos a no querer saber mas de lo que nos conviene saber, respectivamente á nuestra clase.

(148, p.3b)

y a) censurar, por escandalosa, la actitud contemporizadora de los absolutistas. En realidad, todo el cuadro está diseña- do a la luz de esto último y de ahí la importancia otorgada a -- los tipos servi-liberales que lo ilustran. El comienzo del -- cuadro es confuso, los personajes son fruto de la duplicación -- más que de la distinta perspectiva y la moraleja final es dema- siado explícita, pero tales deficiencias técnicas no invalidan esta interesante visión complementaria dada por los serviles de un tipo tan vapuleado por los liberales. Aquí no se ha ecu- rrido al diálogo del trienio sino a una narración para dar cues- ta de los dos meses que un lugareño absolutista pasa en Zarago- za camuflado como liberal gracias a los consejos de un paisano que ya ha hecho lo propio. El servi-liberal experimentado pon- dera el escenario:

V. debe buscar el viage que medita: ese espíritu está muy abatido: Zaragoza, Zaragoza y á ello. Ideas nuevas, perspectiva alegre, objetos alha- gñosos, esparcimiento.... Allí no hay corridas -- por facciosos, no hay toros y no hay leones, ni Resieres. El paseo, el café, la comedia, los to- ros, la tertulia, los periódicos, el partido, las elecciones... y allá caiga el rayo en casa de se- layo. No hay en Aragón, ni en muchas partes otro Zaragoza que hacerse insensible a los males comu- nes. Mas claras son aquellas noches que nuestros días, y estos se van como un sollo. "Zaragoza -- amigo

(146, pp.3-4)

Tras animar al protagonista, porgeña los auténticos rasgos de éste: es contrario a la prensa librepensadora; la venta de aboli- ción de la Inquisición ("de la que Dios nos libre", añade el -- amigo con apariencia de más moderado); va contra a los clérigos; es incondicional de Fernando VII; entusiasta de los "teóricos realistas" y tragacantos cumplido:

Hace pocos días le vi ayudar á misa: V. no pier- de sermón, ni jubileo, ni hay cofradía en que -- no danze el primero. En casa es la casa de' -- mucho en varios rezos: mucho al acabar de co-

mer; runrun antes de levantarse de cenar; runrun siempre que suena el reloj; y runrun al acostarse. ¿Fues y su familia? El chiquillo sale con un escapulario por bandolera, la niña con un rosario al cuello, la criada al entrar la luz en la sala, dice muy sumisa, alabado sea el Santísimo Sacramento; la muger muy ocupada en el ejercicio cotidiano...

(146, p. 4 a)

Con vistas a disipar el escándalo del santúrron, le revela la clave para sobrevivir camuflado:

La gracia está en ser un servil aforrado de rancio, é incar el colmillo hasta la encía, y esto es lo que quiero que V. aprenda.

La actitud camaleónica corresponde a la tan a menudo denunciada en los diálogos del Trienio. Baste aquí apunatar su inicio:

Cuando yo llegué a Zaragoza, el primer paso fué pasarme á observar el ayre que soplabá; para esto me introduje en la tertulia patriótica: asistí á los cafés, y acudí de tapadillo á la calle del oso y plaza llamada de la Constitución: empleé mis dinerillos en leer los periódicos; pude entrar en una ú otra reunión. Cuando ya me aseguré del terreno que pisaba, me descombozó, y salí por aquellas calles como un frenético, maldiciendo de los franceses, rusos, austriacos...

(147, p. 3 b)

El cuadro ofrecido por el veterano es reproducido por el bisoño para confirmar el descrédito y la inmoralidad atribuidos a los liberales y el cinismo de los absolutistas que abusan de quienes, con patente ingenuidad, piensan que la mera vigencia de la Constitución implica su efectividad.

El resto de lo aparecido durante 1823, además de no alcanzar la categoría de literario, está tomado de otros periódicos, en especial de El Restaurador, madrileño y "realista furibundo" (C), del que en diciembre se copia algo de los diálogos

de fondo político titulados "Oficina del Restaurador".

La misma tónica y caracteriza todo 1824 lo que, si de una parte muestra la pobreza cultural de este periodo, de otra arroja luz sobre el fenómeno de la aparición del costumbrismo nacional en la prensa aragonesa pues tal como ahora abundan los materiales no computables para esta historia, al mismo tiempo se establecen las bases para la difusión simultánea del costumbrismo regional y nacional. Que la mencionada pobreza no es exclusiva de estos pagos lo revela, por ejemplo, "El Ministerio y La Cotidiana. Diálogo" (9) que está tomado de El Restaurador y éste lo reproduce de La Quotidienne. El cuadro, que plantea la alianza de la prensa y el absolutismo, es por otra parte una curiosa aplicación del diálogo a entes que no son tipos y supone, más que los términos generales de la función social de la prensa, su tendencia a instituirse en círculo sacropolítico con prerrogativas como la independencia y la impelabilidad, aquí quizá por analogía con los atributos de la monarquía absoluta pero con los rasgos de lo que será un cuarto poder revolucionario a la hora de liquidar el Antiguo Régimen. Si este uso de la prensa para reformar el absolutismo es, paradójicamente, el que contribuye a socavarlo pues supone la aceptación de un vehículo de difusión superior en efectividad al político, al que estas tesis se transplantan tan fácilmente de Francia a España muestran el talento falaz de la xenofobia tradicionalista solo exhibida para denunciar el supuesto antiespañolismo de los liberales. Y, entre otros aspectos de este cuadro, aún quedaría mencionar el componente organicista a que se apela para perpetuar la concepción tradicional de la sociedad, pues es el que se puede hallar en los planteamientos conservadores del costumbrismo:

que se zanjén los fundamentos de la sociedad antes de levantar la obra, y que se arraiguen nuestras instituciones en las costumbres, en los hábitos en el tráfico y no en vanas teorías y en los intereses de las personas.

(C. 3 a)

Por su parte, la reproducción de la "Oficina del Restaurador" (10) del día 19 se efectúa en función de presentar ante el lector saragozano la "Representación dirigida á S.M. por los Voluntarios Realistas de la ciudad de Zaragoza". El cuerpo del cuadro es el habitual diálogo entre el Secretario y el Censor en el que se pasa revista, para ratificarlos, a varios bandos antiliberales. Más interés que la alusión local tiene la pervivencia de este recurso pseudocostumbrista al que cabría sumar los rasgos de "astofagia" y cierto aire de ascofetismo:

Cen. (...) dígame que cuando te veo entrar cargado de legajos (...) se me tiemblan las carnes. Por mi parte te aseguro que ya no se había de poner una oficina.

Secret. Pues tén entendido que con eso hablamos por el palo del gusto á nuestros enemigos, que ya se jactaban no ha mucho de que esta parte periódica se la llevaba el diablo desde año nuevo, y como han visto que continúa, ya se contentan con llamar al Restaurador el Chisacito,...

(p. 12)

Lo particular de "El Político" (11), tomado de la Suceta de Madrid y anónimo como prácticamente todo lo así reproducido, es su pseudocostumbrismo. El título, engañoso y que sugiere la descripción de un tipo, acoge un tratado teórico tan carente de ideología absolutista aparente que podría tomarse incluso por alusión negativa al rey. Pero el contexto lo desmiente, si no bastase el subtítulo -"Fragmento de un antiguo escrito"- para mostrar la imposibilidad de describir la auténtica realidad inmediata.

Las mismas implicaciones hay en "Aritmética política" (12), donde se aplica tal adjetivo a curiosidades tan dignas de los segmentos más bajos del Semanario de Zaragoza como ésta:

Por observaciones hechas en el espacio de 30 años se ha hallado que el mayor número de muertes se verifica en el mes de Marzo, y el menor en los de Noviembre, Diciembre y Febrero.

(p. 4 a)

De septiembre a diciembre apenas aparece el marbete de "Variedades" que suele acoger el material no estrictamente oficial y, sea cual sea el rótulo de lo publicado, al final casi siempre figura una de estas abreviaturas: G. de K., D. de S., D. de C., D. de V., D.M. de C.

Algo similar puede decirse de 1825, ya que, tras una silva firmada por los editores y redactores del Diario de Zaragoza y dirigida "A la esclarecida [...] Cataluña con motivo de darse principio al Diario Mercantil y Económico de la misma" (13), este filón pasa a ser el más aprovechado. Así, en "¡Qué preocupaciones en el vestir!" (14) se ofrece otro tratadillo con algunas particularidades para costumbristas como el tema y la conciencia histórica de la pérdida de los trajes nacionales:

Había uno como vestido nacional, que é bien por su variedad, y por su forma manifestaba el carácter propio de cada nación. Mas ahora el español quiere vestir á la francesa, al inglés quiere y no quiere parecer francés. El italiano mezcla las modas francesas con las inglesas; y el francés quiere vestirse con todas las modas que se usan y se pueden usar en todo el mundo. (p. 25)

Hay también mención de las prendas particulares y se alude a los "afeminados", englobados con las mujeres pero no existe un tratamiento costumbrista. Todo deriva hacia el anecdotario (China, Roma) y de éste, sólo el prurito cronológico o la nota de galofobia atraen la atención sobre algún párrafo:

La corte de España conservó su modo antiguo de vestir hasta el día 20 de enero de 1717. Los franceses como se lee en el artículo Moda de la primera y errónea Enciclopedia de París, se vanaglorian o aventajarse á todos las naciones en la invención de las modas. (p. 35)

El año se cierra con un doblote: "Si yo fuera casado. Glosa" (15), "Si yo fuera casada. Glosa" (16), bastante literario para lo que suele aparecer y privado de las habituales connotaciones absolutistas. Por ello, se asemeja a lo costumbrista por la presencia de los tipos, aunque no salva el escollo de su talante programático más que descriptivo o fárnico.

Al margen de lo común de otros periódicos, en 1825 el Diario de Zaragoza apunta la creación original: su Redactor firma varias poesías (17), si bien ni la titulada "El Realista Valiente" (18), que es la que más costumbrista se presenta, pasa de ser una exaltación del absolutismo a la hora de narrar la milagrosa captura de "cuatro facinerosos".

Tras un primer cuatrimestre desértico para el costumbrismo, 1826 recoge, y con reservas, cuatro trabajos no originales destacables por rasgos muy dispares: algo literario como el "Cuento" (19) del anciano, su hijo y el perrico que lleva por lema y moraleja "Pon lo tuyo en consejo, y unos dicen que es blanco y otros que es negro"; un nuevo doblote y también en torno al matrimonio como el de 1825: "El pan de la boda o lo que llaman los persas la luna de miel" (20) y "Lo que va de ayer a hoy. Cartas de Leonor a Rosalía" (21), trabajos en los que se recurre a una técnica mixta de diario y cuento; y la historieta "Las desgracias de un petimetre" (22) en la que D. Narciso, más que como petimetre, aparece caracterizado como tipo desgraciado y sería computable para el costumbrismo si lo grotesco no predominase sobre lo gracioso —pues falta la ironía—, si acabase con punta más que de forma abrupta y no resuelta y si lo narrativo dejase más huella a lo descriptivo.

A modo de síntesis de este aragoneso periodo, ya que no como adelanto de las numerosas e importantes novedades costumbristas que se avecinan, 1827 sólo puede presentarse el colofón de un largo artículo sobre lo "nefasto" de la libertad de imprenta. (23)

3.3.1.2.- El final del precostumbrismo aragonés, a la par del madrileño. Artículos reproducidos de El Correo Literario y Mercantil: El Observador, "Costumbres de Madrid. Cafés". Tipos y temas convencionales: el importante, el lechuguino, el disavendo, el petimetre, el poeta, el marido y la mujer; modas, objetos. La presencia de Mesonero (1828), Aguinaldomanía (1829). Onirismo (1830).

1828 supone el comienzo la última fase del precostumbrismo aragonés, en correspondencia casi estricta con lo que sucede en la prensa madrileña. Precisamente el fenómeno se produce por la reproducción en el Diario de Zaragoza de una significativa muestra de lo publicado en el Correo Literario y Mercantil. Tras algún material exótico como el "Cuento de bisco" (24), de T. J. Serrano y tras la "Alegoría a la llegada de nuestros amados soberanos [...] Fernando VII y [...] Josefa M^a Anaía ..." (25) con que se celebra esta visita dos de los primeros días de mayo, el Diario de Zaragoza procede a llenar sus apartados literarios con lo temido de la revista dirigida por José María Camarero. El 12 de agosto, a los pocos días de salir a la calle el precostumbrista Correo Literario y Mercantil, (L, 14 de julio), ya puede leer los zaragozanos el cuadro "Los importantes" (26). En él el precostum

brismo es claro si se compara con lo de años recientes aunque no tan cuajado como lo publicado durante el Trienio Liberal y aun antes. El tipo no es totalmente de los de carácter general, pues se ambienta parcialmente en Madrid; su descripción va precedida de una introducción y es resultado de la observación:

Miren vnds. aquel constante abonado de café Solito, que habla al mozo sin mirarlo, halla detestable cuanto le sirven, y saca á cada instante su reloj, cual si le estuviesen esperando con ansia en alguna parte... Ese es [...] un Importante (p. 3 b.)

La carta (27) que Anfriso el del Miño dirige a los redactores del Correo, si bien se aproxima, por lo narrativo, al cuento —y así es mencionado por su autor, cf. p. 3 b— supone la denuncia del lado cruel e inhumano de las lechuguinas y pisaverdes que exhiben sus galas y perritos por el Prado madrileño. No obstante, lo satírico-moral queda compensado por la introducción, la actuación del narrador y el colofón que alude a la actividad literaria de éste.

Temas semejantes son tratados en "Sueño relativo a la disección del cráneo de un petimetre" (28), que anuncia lo mismo respecto al corazón de una coqueta, y en "Sobre la voz lechugino y sus consecuencias" (29). En el primer caso, lo alegórico empaña lo descriptivo; en el segundo, la seriedad aleja del costumbrismo lo que se prometía muy próximo a una fisiología.

Entre todo lo publicado en el Diario de Zaragoza desde 1823 —y hasta 1835, si se salvan algunos cuadros de 1831, 1832 y 1834—, resulta excepcional la publicación de "Costumbres de Madrid. Cafees" (30). En este trabajo, El Observa-

dor (31), ofrece a los redactores material para desarrollar un programa costumbrista aparecido en el número 12 (8-VIII-1828) de El Correo y que, a todas luces, escribió él mismo siguiendo los pasos del "Préface" de Mercier al Tableau de Paris. La oferta se hace mediante una carta en la que, además de presentarse como costumbrista, El Observador maneja diversos artificios que le convierten en un imitador de lo que Jouy había llevado a cabo en su "Portrait de l'auteur" para darse a conocer en La Gazette de France. El modelo costumbrista francés está tan presenté que, tras esta autocaracterización asmodéica, escribe el artículo "Cafees" tratando de emular "Les cafés", de Mercier. (32) El artículo, sin ser nada excepcional, tiene muchos de los rasgos definitivos del costumbrismo. Además del narrador-personaje entrometido y observador, el ámbito adecuado para la escena de costumbres, el lema —en este caso de Moratín—, y la galería de tipos. Para hacerlos desfilar, presenta el café literario, con el literato defensor del romanticismo, el clasicista que disiente, "dos lindos almidonados" que anuncian el comienzo de la ópera y los biógrafos y anecdotistas que evocan a Moratín padre. Aunque luego apunta el ambiente de los cafés políticos, no llega a vivificarlo de igual modo y el final del artículo deriva hacia la historia del café y los cafés y concluye con la promesa de pasar revista a los establecimientos madrileños. El artículo, a pesar de no quedar cuajado, no pierde su carácter de hito ya que supone la confluencia del influjo extranjero, de la prueba de su intento de aclimatación en la prensa madrileña y —esto es lo importante ahora— de su equivalente validez y efectividad para la prensa aragonesa. Porque la intermediación que hay entre lo francés y lo madrileño no se reproduce en este caso al pasar de lo madrileño a lo aragonés pues aquí aparecen los mismos textos y, a efectos prácticos, simultáneamente. Otra cosa sería que este artículo diese paso a una serie de otros que demuestran la aclimatación en Aragón del modelo francés, lo cual no ocurre en los

términos previstos en El Correo Literario y Mercantil pero es que lo diseñado tampoco se lleva acabo totalmente en este periódico (33), debido muy plausiblemente a que ambos medios de difusión responden a la misma realidad sociocultural. Un detalle significativo puede ser que, cuando Carnerero lance sus Cartas Españolas (1831-1832) y su continuación, La Revista Española (1832-1836) y se normalice el artículo de costumbres, se podrá decir algo muy similar del Diario de Zaragoza en torno a 1835.

En el Diario de Zaragoza, hasta 1830, los cuadros de costumbres y en algunos casos los artículos —aunque sin la consolidación que otorga la continuidad— siguen procediendo de forma sistemática del Correo Literario y Mercantil. Conforman este advenimiento, aún en 1828, "Un marido y su mujer" (34), débil diálogo de tintes sainetescos sobre un tema ya aparecido en 1826; "Mugeres = Esterioridades" (35), algo plúmbeo, por moralizador, excesivamente narrativo al despotricar contra las petimetras y con un cierto correlato temático en el "Caso Histórico" (36) que escribe El Elegante para autocaracterizarse como lechuguino entrometido y en el cuadro "Modas" (37) con que El viejo elegante da cuenta de las de París; "Los paraguas" (38), aceptable descripción de usos que cautiva por la ingenua admiración que demuestra hacia este "mueble" y que hace pensar en lo que más adelante se escribirá en torno al sombrero (39); "El ejercicio de los abanicos" (40) se vincula con "Los paraguas" por incidir en un utensilio también y con los anteriores, por los tipos de lechuginos y coquetas que protagonizan su uso, pero difiere de ellos al asemejarse a la modalidad costumbrista de una "ciencia", con su justificación teórica y su división en lecciones, desarrollada por La directiva incognita, pues así lo firma; "De las traducciones" (41), escrito por M. —Mesonero—, tiene particular envidia por su redacción, de calidad y suel

ta, por sus detalles "autófagos", por su inteligente defensa de lo español frente a los que extranjerizan por moda, por los usos y tipos que esboza y, sobre todo, por la ironía de que hace gala al "traducir" las connotaciones de las actitudes coetáneas a sus términos reales; y "El poeta de la desgracia" (42) —cuyo autor firma de la misma forma y añade "alias D. Máximo del Pardo"—, presentado como carta autobiográfica y demasiado narrativa y por ello no muy costumbrista, pero de interés si se atiende a la ironía con que queda caracterizado el tipo del poeta hambriento en busca de mecenas.

El primer trimestre de 1829 (43) sólo guarda para el costumbrismo "El día de Año nuevo" (44), que describe los usos de esa fecha con especial atención a la sangría económica que supone la "aguinaldomanía". Tiene, además, el interés de servir de original para un artículo posterior que, sin citarlo, lo reproduce casi idénticamente (45). Está flanqueado por "El año último" (46), inevitable meditación alegórica que quiere referir literariamente lo sucedido en 1828, y por "Los pediguños" (47) que, en verso, exhibe fugazmente una treintena de posibles tipos. En fin, el "Diálogo entre un Realista y las Parcas aludiendo á la temprana muerte de la Reyna nuestra Señora" (48), de J.L., sólo cuenta aquí por lo excepcional de tal recurso y, sobre todo, de cara al costumbrismo, como reflejo de la inflexión de la censura que se va a operar tras la muerte de María Josefa Amalia el 17 de mayo cuando Fernando VII case, el mismo año, con su sobrina María Cristina. Y cuando las presiones internas —tanto de los apostólicos como de los liberales— y externas —con el triunfo de la revolución de 1830 en Francia— comienzan a liquidar la Ominosa Década. Pero la "Ominosa Década" aún no ha concluido y 1830 lo recuerda con la pobreza cultural reflejada en el Diario de Zaragoza. El Correo Literario y Mercantil ya no es la única fuente de temas culturales. Las Gacetas de Madrid y

Barcelona directamente y publicaciones como el Diario de Sevilla y la Revista de los dos Mundos a través de otros pasan a engrosar la red de reproducciones que llegan a Zaragoza. Tras varias poesías que celebran el embarazo de la nueva reina (49) y otros materiales de poca monta, destacan algo los cuadros "Lechugino. Lechuginos" (50), que recuerda, por lo sesudo, al aparecido en el número 255 de 1828 sobre el mismo tema, y "Cosas que sucederían si se supiese de fijo que un coletazo de cometa había de acabar antes de un año con todos los vivientes", de El hipotesista (51), cuyo alejamiento del costumbrismo se da en virtud no de lo que denota el título sino de su funcionamiento técnico —a modo de sueño o visión— para hacer comparecer a todos los personajes típicos de su entorno.

3.3.1.3.- Artículos reproducidos: el jugador, el soltero, la mujer; objetos. Apuntan los originales: latiguillos; el adúlador (1831-1833).

Ya en 1831 —y hasta 1835— los cuadros originales o no declarados explícitamente como ajenos van haciéndose sentir entre otros tomados de fuera no menos destacables. "¡Cómo ha de ser!" (52), anónimo y breve, se sirve del latiguillo para apuntar tipos y escenas habituales:

¡Cómo ha de ser! repite el usurero que, contando con la moderada ganancia de un 70 por 100, halla que sus fondos no le han producido mas de un 55.

... ..

Corre presuroso á ver las listas un fanático por la lotería, ve que por un número no le ha caído, y el ¡cómo ha de ser! se escapa maquinalmente de su boca.

(p. 2 b)

Aquí, el recurso de la glosa de una expresión no llega a la madurez del "Vuelva Vd. mañana", de Larra, pero contribuye a explicar su sustrato en compañía de otros ejemplos ya aparecidos (53). El cuadro, que recuerda a "De las traducciones" (54) por la ironía con que se desvela lo connotado en cada tipo, la presencia de lo económico y la tendencia a nominar los tipos, pudiera deberse al mismo autor —hay, incluso, una problemática alusión a "esta heroica villa"— y, de no ser así, han de conceptuarse como rasgos mostrencos su introducción generalizadora y su colofón próximo a la autofagia:

Y en fin cuando se muere un suscriptor exclamamos no
sotros en tono sentimental; Como ha de ser! tras
este vendran otros. (p. 2 b)

"El jugador" (55) y "Las miserias de un soltero" (56) ahogan con su tono moralizador y serio la posible descripción de tipos. "Mujeres de Europa. Españolas y alemanas" (57) en realidad no responde a la técnica costumbrista —ya que es una recensión crítica de una obra extranjera— pero sí contiene alguno de los móviles más esgrimidos por el género, como la reivindicación de la imagen española deformada por los foráneos, y ofrece —aunque en tono de ensayo y a propósito de la oposición romántica de lo nórdico y lo latino— uno de los primeros pergeños de la mujer española como tipo nacional, en la línea de los futuros artículos de Los españoles pintados por sí mismos y sus derivados. "La Peineta manía puesta en revolución y en anarquía" (58), firmado por Lucas Alemán, vincula, mediante la idea de la volubilidad tópica, las antiguas petimetras y las coetáneas lechuguinas con las modas de trajes, abanicos y peinetas. "Carácter de los aduladores" (59), anónimo y, según parece, original, debería a este detalle su importancia más que a la calidad de la pintura del tipo psicológico que, eso sí, se presenta con la técnica anafó

rica apreciada en "¡Cómo ha de ser!":

En la presencia del ambicioso siempre hablan los
aduladores del amor a la gloria...

... ..

En presencia de un vengativo justifican su resentimiento y su ira...

... ..

En presencia de un pretendiente [...] le hablan de sus rivales con desprecio...

... ..

En presencia de un pródigo dan á sus profusiones los nombres de generosidad, y magnificencia: en presencia de un avaro, tratan su dureza y miseria de prudente moderación y de buen gobierno. (pp.998-9)

Con ser demasiado narrativo, "Historia de un paraguas" (60) merece un recuerdo por incidir en una técnica que quiere alejarse de lo alegórico. Como en el caso de "Cosas que pasarían si se supiese de fijo que un coletazo del cometa.." (61) y en el más remoto y de mejor calidad "El escudito con habla" (62), aquí este objeto de muchos años que es el paraguas enhebra en primera persona las caracterizaciones de diversos tipos sociales.

Notas al epígrafe 3.3.

- 1.- DZ, 115 (V, 25-IV-1823)
- 2.- DZ, 116 (S, 26-IV-1823)
- 3.- DZ, 120 (X, 30-IV-1823) ss.
- 4.- DZ, 126 (M, 6-V-1823) ss.
- 5.- DZ, 130 (S, 10-V-1823)
- 6.- DZ, 138 (D, 18-V-1823)
- 7.- DZ, 146 (L, 26-V-1823; 3-4; 147 (M, 27-V), 3-4 y 148 (X 28-V), 2-3.
- 8.- cf. Gil Novales, 1975, 1.037.
- 9.- DZ, 3 (S, 3-I-1824), 2-3
- 10.- DZ, 30 (V, 30-I-1824), 1-3; la "Representación" a que se alude en el texto, en pp. 3-4.
- 11.- DZ, 189 (X, 7-VII-1824), 3-4.
- 12.- DZ, 297 (S, 23-X-1824), 3-4. Tomado de la G. de M.
- 13.- DZ, 25 (M, 25-I-1825), 3-4.
- 14.- DZ, 92 (S, 2-IV-1825), 3-4. Tomado del D. M. y E. de C.
- 15.- DZ, 350 (V, 16-XII-1825), 3-4. Tomado del D. M. de C.
- 16.- DZ, 365 (S, 31-XII-1825), 3-4. Tomado del D.M. de C.
- 17.- cf. "Profecía del Ebro en la venida de su Ilma.", DZ, 18 (M, 18-I-1825), 2-3; "El labrador y sus hijos", DZ, 56 (V, 25-II-1825), 3-4; "Los dos médicos", ibidem.
- 18.- DZ, 131 (X, 11-V-1825), 3-4.
- 19.- DZ, 141 (D, 21-V-1826), 3. Tomado del D. M. de C.
- 20.- DZ, 163 (L, 12-VI-1826), 3-4. Tomado del D. M. de C.
- 21.- DZ, 189 (S, 8-VII-1826), 2-4. Tomado del D. M. de C.
- 22.- DZ, 261 (L, 18-IX-1826), 3-4. Tomado del D. M. de C.
- 23.- cfr DZ, 138, (1827), donde termina, y anteriores. Tomados de la G. de M.
- 24.- DZ, 197 (M, 15-VII-1828), 3-4. Tomado del D. M. de C. Otros cuentos hebreos aparecen en el volumen I (encro-abril).
- 25.- DZ, 157 (J, 5-VI-1828), 2-3 y 158 (V, 6-VI), 3-4. Lleva como fecha "Zaragoza, 31 de Mayo".
- 26.- "Miscelaneas críticas. Los Importantes". DZ, 214 (V, 1-VIII-1828), 3. Tomado del C.L. y M., 6 (V, 25-VII-1828)

- 27.- DZ, 223 (D, 10-VIII-1828), 2-3. "Correspondencia con el Correo Literario y Mercantil". Tomado del mismo.
- 28.- DZ, 250 (S, 6-IX-1828), 3-4. Tomado del C. L y M., Sección "Misceláneas críticas".
- 29.- DZ, 255 (J, 11-IX-1828), 2-4. Tomado del C. L y M., Sección "Misceláneas críticas".
- 30.- DZ, 256 (V, 12-IX-1828), 2-3. Tomado del C. L. y M., 22 (1-IX-1828), sección "Misceláneas críticas". El título pasará a convertirse en rótulo de sección.
- 31.- La personalidad real de El Observador permanece oculta. Cf. Escobar, 1970, 559-73.
- 32.- Escobar (1977, 29-42 y, especialmente, 34 y 40-41) trata con todo pormenor estos detalles y apunta su trascendencia para la historia del costumbrismo.
- 33.- Cf. Escobar, 1977, 41.
- 34.- DZ, 280 (L, 6-X-1828), 3-4. Tomado del C. L. y M., sección "Misceláneas críticas".
- 35.- DZ, 287 (L, 13-X-1828), 2-3. Tomado del C.L. y M., sección "Misceláneas críticas".
- 36.- DZ, 319 (V, 14-XI-1828), 3. Tomado del C.L. y M., con el epígrafe "Correspondencia". Como carta al editor que es
- 37.- DZ, 353 (V, 18-XII-1828), 3-4. Tomado de C. L. y M., con el epígrafe "Correspondencia".
- 38.- DZ, 313 (S, 8-XI-1828), 3. Tomado del C.L. y M., sección "Misceláneas Críticas".
- 39.- "Los paraguas" queda en apunte breve —pero muy anterior— y sólo anecdóticamente resiste la mención a su lado de El sombrero, su pasado, su presente y su porvenir. Por un gran número de escritores. Por los señores..., Madrid, Imprenta de la América, 1859. (Para esta obra, cf. Ucelay, 1951, 243)
- 40.- DZ, 347 (V, 12-XII-1828), 1-3. Tomado del C. L. y M., sección "Misceláneas críticas".
- 41.- DZ, 336 (L, 1-XII-1828), 3. Tomado del C. L. y M. Seco Serrano, en su edición de las obras de Mesonero en la BAE fecha este cuadro en 1840. Cf. Mesonero II, 278.

- 42.- DZ, 363 (D, 28-XII-1828), 2-3. Tomado del C. L. y M. sección "Misceláneas Críticas".
- 43.- En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza no aparece el segundo trimestre de 1829 del Diario de Zaragoza
- 44.- DZ, 23 (V, 23-I-1829), 3-4. Tomado de C. L. y M., sección "Misceláneas Críticas".
- 45.- Cf. AUZ, 18 (D, 29-XII-1839), 208-210.
- 46.- DZ, 19 (L, 19-I-1829), 3-4. Tomado del C. L. y M., sección "Misceláneas críticas".
- 47.- DZ, 32 (D, 1-II-1829), 3-4. Tomado del C. L. y M.
- 48.- DZ, 159 (L, 8-VI-1829), 3-4. Tomado del C. L. y M.
- 49.- Por ejemplo, las firmadas por dos seminaristas, cf. DZ 157 (D, 6-VI-1830), 2-3, tomados del C. L. y M., y por El Solitario, cf. DZ, 177 (S, 26-VI-1830), 2-3, tomada del mismo periódico.
- 50.- DZ, 235 (L, 23-VIII-1830), 2-4. Tomado del C. L. y M. sección "Variedades".
- 51.- DZ, 263 (L, 20-IX-1830), 3-4. Tomado del C. L. y M. -
- 52.- DZ, 288 (S, 15-X-1831), 2-3.
- 53.- Cf. "Si yo fuera casado" DZ, 350 (V, 16-XII-1825); "Si yo fuera casada", DZ, 365 (S, 31-XII-1825).
- 54.- Cf. DZ, 336 (L, 1-XII-1829).
- 55.- DZ, 36 (M, 6-XII-1831), 141-2. Tomado del B. de la H. a través del C. L. y M.
- 56.- DZ, 173 (J, 21-VI-1832), 701-2. Tomado del C. L. y M.
- 57.- DZ, 175 (S, 23-VI-1832), 709-711; 176 (D, 24-VI), 713-4 y 177 (L, 25-VI), 717-8. Tomado del Diario de Barcelona.
- 58.- DZ, 178 (M, 26-VI-1832), 721-2. Tomado del C. L. y M. sección "Correspondencia"
- 59.- DZ, 247 (L, 3-IX-1832), 998-9. Sección "Variedades". Cf. "¡Como ha de ser!", DZ, 288 (1831).
- 60.- DZ, 14 (L, 14-I-1833), 53-55. Tomado del D. de B.
- 61.- Cf. DZ, 263 (1830).
- 62.- Cf. SZ, 28 (J, 19-V-1803), 217-221.

4.- EL COSTUMERISMO

4.1.- Las regencias de María Cristina y de Espartero y el comienzo de la Década Moderada (1833-1844).

4.1.1.- Diario de Zaragoza (1833-1836)

Desde la muerte de Fernando VII y hasta que el restablecimiento de la Constitución de Cádiz se refleja en el cambio de rótulo del Diario de Zaragoza, éste publica un importante conjunto de materiales que se solapan técnica e ideológicamente con los del Trienio Liberal al tiempo que revisten caracteres totalmente nuevos. Lo original ~~predomina~~ sobre lo reproducido; el desencanto y el ímpetu liberales se zafan de la moralidad y la sátira poco a poco para acabar encontrando el tono adecuado en la ironía denunciadora; de los comunicados y remitidos espontáneos se quiere llegar a la sistematización de las colaboraciones; la actitud crítica es norma al revisar la sociedad aragonesa y española simultáneamente y temas —como los que afectan al gobierno— y tipos —como el pretendiente— coetáneos a más no poder van arrinconando a los convencionales y transepo calos —la moda, las caracterizaciones psicológicas— vigentes bajo el absolutismo. Resultado: al margen de excelentes pero aislados artículos anteriores y de lo que pudieran reservar las lagunas, limitaciones y pérdidas hemerográficas, el nacimiento del cog^o tumbrismo aragonés es un hecho.

4.1.1.1.- Larra y el carlismo (1833-1834). Objetos. Diálogos reproducidos (1834). Diálogos originales: El Duende (1835). Máscaras. El pretendiente - (1836).

Tras "Perdida" (1), romance anónimo y original del Diario de Zaragoza que al referirse al robo de una capa en el contexto de un baile de máscaras, no tiene nada de alegórico pero cuyos elementos costumbristas se desvanecen ante lo narrativo y lo cómico, un primer tramo de este periodo acaba con tres diálogos. "Un guante. Diálogo entre -- el ayuntamiento de Pelaoz y el párroco del mismo" (2) presenta una pareja similar a la que aparecerá en el "Diálogo entre un cura del arzobispado de Zaragoza y el tío Relancio, su feligrés" (3) y con planteamientos similares: el tío Candido muestra su dificultad para comprender los textos oficiales y el cura oficia de intermediario a la hora de comentar los asuntos económicos que afectan al clero. Tampoco es original el "Diálogo entre Mina y Zumalacárregui" (4), de R.O. --Ros de Olano--, de carácter político --militar y en el que los dos jefes tantean sus posibilidades de acuerdo con el procedimiento --tan frecuente en el Trienio Liberal-- de presentar a Mina favorablemente para conjurar por simpatía el peligro carlista.

El "Diálogo entre D. Fulgencio y el Duende" (5), de -- El Duende, es el único cuadro destacable entre el limitado material accesible de 1835 (6) -- pero es digno cierre de esta época de tanteos costumbristas. Y resulta un buen artículo: a la vista del recurso del pseudónimo; del carácter plenamente asmodeico del mismo; del diálogo como modalidad particular; de la introducción, en la que, además de adelantar los rasgos del tipo --empresario de teatros arruinado-- que va a pintar:

Don Fulgencio es uno de esos hombres bien aventurados, que cree saber de todo porque sabe un poco de algo; satisfecho de sí -- mismo, montado a la antigua... (p. 3b),

el autor inserta la breve anécdota en la que el narrador actúa como personaje que sufre la visita inoportuna:

Ayer á las nueve de la mañana vino segun su costumbre á mi casa á cambiar una jícara de chocolate mia, por un rato de conversación suya ... unica especulación en que no ha -- perdido ¡Ola Señor Duenda, (me dijo al verme con la pluma en la mano) está V. escribiendo algun artículo! ... no es mala especulación ... (p. 3b);

del desarrollo del diálogo, donde la ironía se dosifica -- con acierto en las intervenciones con que el Duende apostilla los detalles de la nueva empresa teatral proyectada por D. Fulgencio; y en el colofón característico del costumbrismo en que se interrumpe la acción por la huida apresurada del visitante: éste alude a encuentros similares próximos y el narrador concluye, sintetizando la crítica -- del tema efectuada:

desapareció y me dejó compadeciendo á los pobres teatros, que han caído en manos como la de un -- D. Fulgencio. (p. 4 a)

A estas alturas, cuando se llevan varios años de guerra carlista, cuando ha pasado el gabinete Martínez de la Rosa (abril de 1834), cuando se ha formado el ministerio -- Mendizábal (septiembre de 1835), cuando se producen motines antifeudales (7), cuando se va a restablecer la constitución de Cádiz (agosto de 1836), cuando se va a promulgar la Constitución (junio de 1837) y la Ley de Imprenta (octubre de 1837) progresistas, a estas alturas circulan aires nuevos por la prensa y por el costumbrismo. Ya en noviembre de 1832, cuando se reproducía en el Diario de Zaragoza la "Oda a la amnistía decretada por la Reina..." (8) se anunciaba el abandono progresivo del rigor de la censura. A veces ésta había endurecido en los últimos años de la Ominosa Década, tal como lo muestra el anuncio de -- prohibición de noticias políticas aparecido en el Diario de Zaragoza (9) que da lugar a una reducción de formato desde noviembre de 1831 y a una presencia de la sección "variedades" frecuente no muy pródiga en material costumbrista y aunque la recuperación del anterior formato a partir de abril de 1833 tampoco implica mayor proliferación de lo -- literario, al menos contiene interesantes reproducciones. Si la "Oda a la amnistía" era una de las pocas huellas que las Cartas Españolas dejan en el Diario de Zaragoza desde mediados de 1832, su continuación, La Revista Española, no se puede pasar por alto aunque sólo sea por los artículos de "arra que de ella se toman, como "Nadie pase sin -- hablar al portero o Los viajeros en Vitoria" (10) y "¿Qué hace en Portugal, S.M.?" (11). Porque, sea por la temá--

tica carlista tan preocupante en aquellos momentos, sea por el talante crítico de Figero, el hecho innegable es la casi nula acogida que aquí tiene la obra costumbrista -- de Estébanez y Mesonero publicada en ambas revistas y -- que no va a pasar mucho tiempo antes de que tal preferencia sea ratificada por el costumbrismo aragonés.

"Máscaras" (12), de A.R. y O. --Antonio Ros y Olano-- que abre 1836, presenta como técnica costumbrista una inusual correlación entre el salón de baile y el campo de batalla para tratar con connotaciones militares el enamoramiento mediatizado por los disfraces. Tal distanciamiento del género se acorta cuando el narrador pasa de meditador sin ubicación a observador. Pero, a la larga, lo que en otros artículos de igual temática acaba por apuntar a la pintura profunda de la sociedad aquí se difumina y adquiere un aire casi fantasmagórico. (13)

Tras este extraño trabajo, el rotulable "El pretendiente huérfano" (14), de El pretendiente en bolsa, responde casi enteramente a los cánones con que se suele pintar tal tipo. Es breve, mezcla el verso entre la prosa y ofrece las particularidades de que su narración en primera persona adquiere tonos lastimeros que merman la ironía descriptiva:

Toda mi desgracia ha consistido en ser --
huérfano, esto es, es no tener una persona
parcial, que con su poderosa protección --
haya colmado lo impetuoso de mis deseos...
(p. 3b)

y de que se presenta como un "comunicado" dirigido al redactor.

4.1.1.2.- El comienzo del costumbrismo aragonés. Aragonésismo larriano en la serie epistolar de El Mudo: política, empleomanía, teatro, policía municipal, reconciliación nacional, desgobierno, burocracia, facciosos (febrero-abril de 1836).

Precisamente uno de los primeros rasgos diferenciales de una serie costumbristas de primer orden que se vertebra como correspondencia entre El Mudo y su amigo Pepe es que, a pesar de encabezar las primeras cartas con el rótulo de "Comunicado" ya no se dirigen al redactor, lo cual puede suponer que la relación entre éste y el escrito no sea meramente accidental ni esté privada de vínculos económicos.

La "Primera carta á mi amigo" (15), va firmada por Un mudo, pseudónimo original pero indudablemente vinculado con los propios del costumbrismo aunque sea por contraste o, quizás, por simbiosis y entrecruzamiento de rasgos similares a los de "pobrecito" y "hablañor", si bien lo más probable es que aluda a lo poco que le está permitido mencionar directamente y de ahí su obligado recurso a la connotación del artículo de costumbres. La carta presu-

pone la existencia de otra del amigo no conocida por el lector, lo cual va a ser norma —extensible a la comparecencia de Fepe— de toda la serie, perfectamente preparada como se deduce del ordinal de título. La ficción de esta correspondencia semi-pública se establece en íntima relación con la fiel e irónica pintura de las circunstancias coetáneas de vida:

para que mi contestación te llegue mas -- pronto, te la dirijo por conducto de este periódico, porque al fin mejor que el que caiga en poder de los facciosos será, el que solo sepamos las cosas, tu, el público y yo. (p. 3a)

Igualmente, la materia sacada a colación y la forma de -- abordarla y su extensión se justifican como necesaria res puesta:

Me preguntas que hay de nuevo por acá; -- pregunta que conocido tu genio tiene mas ostensión, que esperar el pretendiente, y a la que por supuesto le habrás echado tu poquito de sal, pimiento y aun guindilla. (p. 3a)

Con esta actitud de crítica irónica e inteligente que se vislumbra: en la doble alusión al tipo costumbrista y a Carlos María Isidro, el candidato carlista al trono, el resto del artículo pasa revista --con guiños, puntos -- suspensivos y subrayados-- a la Guardia ^Nacional, las moñas y, especialmente, el teatro:

Tambien parece que se largan los de ópera italiana; croían que gustaría sin tenor -- presente que no se nos ha caído todo el pe lo de la dehesa. Ya ves en diez años se -- cria tan largo! ... (p. 3a)

El enjundioso artículo, que tan acertadamente pinta la situación política y cultural española desde un punto de vista regional y local, se cierra con un intento de disuadir a Pepe de su intención de ir a la ciudad. Así se crea una mínima tensión anecdótica que refuerza y hace más verosímil el artificio del carteo:

En tu carta advierto ciertos barruntos de que piensas venir á pretender. Haya maníal
(p. 3b)

Y en esta misma carta, se aprovecha para aludir a la corrupción administrativa cuando El Mudo recomienda a su amigo olvidar sus méritos si no tiene "algun hermano ó cosa que se le parezca en la Diputación Provincial". El colofón termina sintetizando el escepticismo matizado de ironía de toda la carta:

Cuídate mucho y convéncete de que al cabo--
scremos felices en esta ó en la otra vida...
(p. 3b)

La "Segunda carta á mi amigo" (16), también firmada por Un Mudo, confirma el talante, la temática y la técnica de la primera. Desde la inicial referencia a los proyectos de acercarse a la ciudad por parte de Pepe, hasta la despedida - con postdata incluida- en los mismos términos disuasorios, toda la misiva alude a la impunidad con que actúan los carlistas y a la dudosa gestión de los representantes políticos. En esta oportunidad, las palabras disuasorias de El Mudo ironizan sobre la firmeza en la lucha contra los facciosos y el control de cuantos entran o salen de la ciudad:

en ambas cosas se trabaja casi tan aprieta como en las obras de la Puerta de Santa Ingracia y Fuente nueva, que es cuanto hay que decir, y si los celadores olfatean que solo vienen con excusas de pretender ó á diligencias propias, aunque seas mas Nacional que los tres batallones juntos, y más Liberal que Riego, se plantaran fuera de las puertas y Laus Deo.

(p. 2b)

Se pasa revista a los alborotos callejeros, al alumbrado y la pavimentación, las elecciones de diputados, los donativos para la guerra y los bailes de máscaras y no faltan las alusiones al pretendiente ni a la adjudicación de puestos que pretende Pepe:

En el asuntillo de los empleos se me olvidó decirte que ya habemos determinado, que algunos carlistas que aun los tienen, se vayan muriendo poco a poco, y quedo en avisaerte las vacantes...

(p. 2b)

El valor de estas cartas se potencia más por contraste con algunos trabajos que van saliendo simultáneamente en el Diario de Zaragoza pues, sin ser nada desdeñables, obligan a fijar la vista en años pasados. Así, en* "Los nuevos diputados para el 22 de Marzo" (17) se tratan temas similares, tanto políticos como municipales, e incluso se da una caracterización muy original del narrador - que firma El Epiléptico- como cristino tartamudo que en los mentideros zaragozanos lucha a brazo partido con su lengua, "tan queda como el reglamento de censura y el arreglo del clero", para dejar oír su voz. Pero toda la composición se inclina más a la denuncia real que a la ficción insinuadora; más a la gracia que a la ironía.

La "Tercera carta á mi amigo" (18) ya prescindio del rótulo de "comunicado", y está firmada no por Un sino por El Mudo, y alude al aire optimista de la última de Pepe.

Precisamente El Mudo al contestar adopta un tono más serio sin abandonar la ironía. Ahora incide en el tema de la difícil reconciliación nacional, en las implicaciones de la ley electoral de Mendizábal (19) y en la actuación de los diputados:

helos aquí henchirse, entumescerse y do-
blojarse como la oja sensitiva; helos an-
teponiendo á la patria aquellos aparentes
laureles; y helos trocando por el plan de
regeneraciones el de la fusión y justo me-
dio.

(p. 3b)

Por si la preocupación por la marcha del país pareciese indicar que El Mudo ha abandonado los recursos costumbristas para hablar más desembarazadamente, el autor añade un nuevo elemento que refuerza la ficción el mensaje connotativo, la conciencia de la técnica costumbrista y el pseudónimo elegido: Pepe quiere que se imprima una de sus cartas y El Mudo recurre poco menos que a la protercción para mostrar lo imposible del empeño:

No puede ser amigo mio, no puede ser, al
menos por ahora; tiene cosas que pinchan
mucho [...] Ya ves esto incomoda [...] Si
por fin escribieras como yo, sin meterte
con alma nacida, pase; pero como lo haces
te repito que no puede ser. Y lo peor del
caso es, que estás siempre con la misma can-
tilena, pareces la orquesta del teatro.
Que te importa que la España del siglo diez
y nueve sea la misma que el trece o todavía
más atrás?...

(p. 3b)

En la "Cuarta carta á un amigo" (20), mantiene la tónica conocida y, además de insistir en el tema de los puestos ocupados por los políticamente dudosos y en la lentitud administrativa, menciona la situación desesperada de los pueblos que no ha cobrado el importe del suministro a las tropas que han aportado "cuando a ellos se los hace andar listos en el de Reales tributos". (p. 4a) y vincula la po-

lítica con las bromas y las máscaras en una de las más claras concomitancias con Larra (21):

Desenrollato, pues en España, todo el año hay más caras, todo el año es Carnaval.
(p. 4a)

El artículo, que termina con una nueva imbricación de la situación social reflejada y las condiciones del escritor,

Dicen que viene el decreto de libertad de imprenta: cuantas cosas te diré entonces tu apasionado: El Judío.
(p. 4b),

había comenzado de forma parecida pero con una nota de carácter regional:

Tu segunda carta recibida ayer me hace ver lo bien que llevas las cosas por allá y que eres testarudo si los hay: glorioso, pues eres la espuma y nata de los Aragoneses.
(p.4a)

La "Quinta carta á mi amigo" (22) está dedicada en gran parte a lo teatral, tema ya aparecido y que va a tener su peso en el resto de la serie. También en esta ocasión El Mundo innova pues recurre a su amigo para que haga llegar a la actriz Juanita Pérez la carta de despedida que inserta en el artículo. Esta carta dentro de una carta, además de dotar de mayor verosimilitud a la serie, se la añade al propio Pepe al hacerlo funcionar como intermediario e incluso le confirma con más claridad como la personalización de los lectores de toda la correspondencia. Y hay más: de nuevo queda justificado lo anecdótico al ser conectado hábilmente con las líni

taciones de la libertad de expresión que encarna El Hudo en su pseudónimo y con el otro tema principal de la carta que implica desde una posible alusión lingüística (Pepe rez-peroza) hasta "lo personal, lo local y lo nacional":

cogiéme la peroza por las narices como á casi todos mis compatriotas, de tal suerte que por peroza no acabamos con los faciosos, no escribimos, ni leemos; no se limpian las calles, andamos á obscuras á las nueve de la noche; nos acostamos tarde, y nos levantamos temprano. De pura peroza tardaríamos en llegar al siglo de oro, y aun creo que de peroza pura no ha bencos de llevar el bocado á la boca. De peroza no ha habido una pluma mejor cortada que la mia, que haya respondido á la despedida de la amable Juanita Perez, (inserta en este Diario) y como de peroza no hablan los que lengua espódida tienen, fuerza será hacerlo este miserable muco,

(p. 3b)

El recurso de los descos que muestra Pepe de ir a Zaragoza sirve para abrir la "Sexta carta a mi amigo" (23) en estrecha relación con el asunto de que trata:

¿Con que al fin y de postre te determinas á venir para Pascua? Me temo que quieres ver las primeras funciones teatrales, y me equivoco ó vas á llevarte un solenne chasco.

(p. 6a)

aunque la carta sólo está dedicada a lo poco que se puede esperar de la nueva compañía teatral, en el repaso que le da, El Hudo vuelve a exhibir su acorado lenguaje: el empresario reúne los rasgos del dibujado en el "Diálogo entre D. Fulgencio y El Buende" (24):

es hombre capaz de ennebrar las cosas por el caso de una abuja, sabe bien cómo el zapato le aprieta: él ha calculado el milagro, por su gusto, y se va por lo más barato.

(p. 4a)

ha contratado una actriz de medio pelo a quien obliga a representar unos papeles casi imposibles de congeniar y simultanear y es casi milagroso que no haga de "bufo y apunador". El panorama es tan desolador que o el Ayuntamiento cambia de compañía o - como sugiere El Mudo aludiendo con sorna a las oportunidades de esparcimiento - habrá que dejar de ir al teatro:

Bien que no nos faltará en qué emplear el tipo, porque en Zaragoza ya sabes que tenemos mil recursos para ello, por ejemplo el de echarnos a dormir, ocupación en que no se hace mal á nadie.

(p. 4a)

La carta se cierra desengañando a Pepe de poder contemplar los ensayos pues, de no ser introducido, por ejemplo, por "el que enciende las candilejas, que es hombre de luces", se expone a que le den "con la puerta en los hocicos".

La "séptima carta á mi amigo" (25) tiene cierto parecido con la tercera aunque sólo sea por el humor mostrado al presentar temas ya tratados - el de los facciosos en Aragón y el del dinero que se debe a los pueblos que han aportado suministros al ejército - con los rasgos que caracterizan a El Mudo como escritor hondamente preocupado por la realidad de la nación:

Ay mi Pepe, y que poco bueno te guardo para esta carta; cómo ha de ser, paciencia; y toda vez que como buen español estas acostumbrado á porrazos, vaivenes y transformaciones, hábrame de llevar en paciencia las impertinencias mías. Esto supues

to voy á desahogar mi mal humor, porque en tal estado me ponen cosas que por acá suceden.

(p. 3a)

En la "Octava carta á mi amigo" (26) se produce un imprevisto que, si interficiera parcialmente el diseño de la serie, va a propiciar que El Mudo aparezca en el Diario de Zaragoza una vez concluida. Se trata del eco que concede en el texto a la réplica que ha recibido la carta sexta por parte de "un sordo". Entre los múltiples comentarios con que El Mudo le vapulea en la contrarréplica, quizá merezca destacarse el que se ceba en la fo-
raneidad de los rasgos lingüísticos:

Un sordo que indirectamente me dá un ros-
tro porque escribí Derli, en lugar de ~~A-~~
Aderli, cuando él ha bautizado sin esto
la á la Josefa Palma, llamándola Pepita,
porque llevado de los acabados en ita, le
ha parecido así mas monita.

(p. 4a)

El Mudo cambia súbitamente el tono dando por terminado el asunto y comunica a su amigo una noticia distinta pero en la misma línea de interés lingüístico y costumbrista para Aragón ya que se trata de la inclusión en un artículo de costumbres de la favorable acogida de la obra de Mariano Peralta:

Acaba de dar á luz un amigo nuestro, un
Ensayo de Diccionario Aragonés- Castellano,
que se vende en la librería que fué de
Pardo calle de la Cuchillería número 90.
Es obra de poco coste y muy útil; casi
precisa á cuantos andan entre tinteros
y papeles; y mucho mas á los que tienen
relación con la administración de justicia,
formaciones de causas. No te lo encarezco

mas porque basta que leas su prólogo para que te convencas de su verdadero mérito; por ello he comprado dos ejemplares de los que te mandaré uno.
(p. 4a)

El resto de la carta adquiere el aire de sucesión de cuñetes dirigidos contra a los militares, de quienes se insinúan irregularidades en la atención a la tropa — a propósito de esta alusión, Pepe parece habitar en un pueblo—, en la administración del dinero y en su papel y comportamiento ya que pueden suplir perfectamente a las niñas.

La "Carta nueve á mi amigo" (27) insiste en los males que aquejan a la nación recalando en tres puntos cuyo tratamiento aún la amargura con la ironía como es propio de El Mudo. En primer lugar, el autor manifiesta el descontento global en términos personales:

¿Y qué te diré hoy de bueno amigo mio?
Yo mismo no lo sé, porque como buen español, no me atrevo á pronosticar lo que me concierne.
(p. 3b)

La solución esbozada del contentamiento individual mediante el logro de un empleo merecido no es viable. De ahí que plantee una solución para todos:

¿Tal vez una libertad política, sólida y permanente; una libertad en que el hombre pueda decir con dignidad que lo es, y la nación á que pertenece?
(p. 3b)

Pero su consideración detallada revela múltiples falacias: todas las esperanzas se desvanecen en unos trámites exagerantes de resultados de los cuales las medidas más revolucionarias quedan atascadas en la burocracia parlamentaria y solo se consigue "cambiar los nombres á las cosas, co

mo Milicia urbana en Guardia Nacional". (p. 4a), mientras los carlistas se mueven libremente y la administración gasta dinero en sueldos de ociosos no afectos al Gobierno. Los progresistas quedan con las manos atadas y aun ven que la obra legislativa de las Cortes de Cádiz es traicionada:

Ultimamente, aquí no hacemos jamás bien las cosas a la primera; es preciso siempre retocarlas una ó mas veces, para que puestas bajo su verdadero punto de vista, y con todas las adiciones, enmiendas, añadiduras, y pellizcos, sean de forma que no las entendamos casi todos, que puedan algunos darlas otro sentido, y que por resultado no obren los efectos que serian de desear.

(p. 4a)

El desengaño es tal que la tercera posible referencia para dar resultado a la vida nacional aparece amargamente vaciada de contenido. Formalmente la libertad individual es incuestionable pero la realidad muestra cómo es entendida por el poder:

Que te quieras ir á la facción, y que te estés un par de meses en ella á probar fortuna, ó para aumentar la poca que posees... con tal que te vuelvas á tu casa con algunas muestras de arrepentimiento, nadie se mete contigo, y esto aunque lo repitas dos, tres y cuatro veces, con tal que siempre te arrepientas. Es preciso confesarlo, nuestra libertad individual no tiene límites.

(p. 4a)

La serie se cierra con la "Décima carta á mi amigo" (28), privada del hierro de las anteriores aunque no de dos o tres alusiones al sordo ya zarandeado en la "Octava carta". Está casi por entero dedicada a repasar la lista de actores de las compañías dramáticas y líricas de la ciudad con especial atención a los tratamientos

—los Dones y las Doñas— otorgados a actores y ayudantes como forma de compensar el poco dinero que se les da y otras pullas contra el empresario de forma que el autor se ve obligado a sentenciar:

De los demas papeles no hay porque tomarse la pena de hablar, puesto que hablarán ellos, y nosotros no querremos oírlos, y se quedarán mudos y así no será solo que al fin siempre es consuelo. (p. 3a)

La carta se abre con la despedida técnica de la serie ya que, si ésta se sustentaba en la ficción de suministrar argumentos para disuadir a Pepe de su ida a Zaragoza, una vez que El Mundo la da por cerrada, el amigo es ubicado en Zaragoza:

¿Conque te has venido á Zaragoza Pepe de todos los diablos? No es lo malo que lo hayas hecho, sí lo es, que será con el ardiente deseo de pretender. Veo que mis sermones de nada te han servido ... (p. 2b)

El Mundo no se resiste a dar a su amigo un último consejo si se empeña en seguir pretendiendo: que se deje crecer el bigote la perilla a la vista de los buenos resultados obtenidos por otros camuflados.

La serie acaba pero ello no implica un final feliz de lo argumental. Esta perfecta consonancia con los temas tratados y con el talante crítico de su autor convierte las cartas de El Mundo en algo muy cuajado. No sólo por comparación cronológica y cualitativa con el programa precostumbrista que Mor de Fuentes diseñaba en 1799 (29) y con la más trabada "Correspondencia curiosa" de Flacido y Salicio" (30), porque a todas luces, nos encontramos ante lo que puede considerarse el nacimiento del costumbrismo aragonés o, si nue

vos hallazgos lo desmintieran o matizaran, ante una prueba de su estabilidad más allá de excelentes artículos aislados, de su arraigo como orientación crítica y progresista quizá no sospechada aquí, de su importancia capaz de trascender -- los límites regionales y de su valor técnico, literario y cultural.

Todo esto es verosímil en la medida en que se atiende a la pobreza de publicaciones aragonesas de esta época --prácticamente, el Diario de Zaragoza y los Boletines Oficiales de las tres provincias-- en comparación, por ejemplo, con lo que ocurre en Madrid y, sobre todo, ante las limitaciones de materiales conservados. Pero, además de este mérito relativo, bastará recordar, de lo entrevisto, el que le otorga el parentesco costumbrista con Larra y su periódico El pobrecito hablador no solo por la reelaboración que de este título y pseudónimo supone el de El Mudo, por las posibles huellas del artificio de las cartas usado por Larra o por las inspiraciones literales, sino por lo equiparable de la actitud ante la realidad y la ironía empleada para descubrirla. Pero hay más; porque a la filiación larriana que desde nuestros días se puede conferir a El Mudo se añade la de los testimonios coetáneos. Ocorre que la "Carta décima ..." tiene una réplica en la "Impugnación" (31) de un tal Pedelice que, un tanto dolido por lo que le afecta la crítica teatral efectuada, quiere situar a El Mudo entre los "simples escritores de artículos insustanciales" a los que recomienda --aunque a El Mudo no le haga falta, como se ha visto--:

ensangrientense Vds. contra la simulada intriga del carlismo, asesten sus saetas contra el impasible egoísta, propongan medios para terminar la guerra fratricida ... (pp 3a -4a)

La aguda pluma del aludido no tarda en responder con una "Carta del mudo" (32) en que el autor se ratifica en sus juicios críticos, añadiendo consideraciones sobre su forma de escribir:

con que es decir amigo mio que no sé hacer uso de la libertad de imprenta?... me alegro que me lo haya advertido, porque sin su aviso quién sabe a donde habría ido a parar. Bien me decía un amigo que no me metiese a escritor, y que en su caso en lugar de artículos pusiese los gozos de S. Pio ... (p. 4a)

deja en claro su progresismo:

No crea V. Sr. Pedelce que me resienten las reformas; probablemente tengo mas motivos que V. para desearlas, y mi sentimiento es que no se hayan verificado otras mayores. (p. 4a),

la diversidad de los temas que debe tratar quien no reduce los problemas sociales a la eliminación de los ultramontanos:

Tampoco entienda que la libertad de imprenta se ha establecido para hablar únicamente de facciosos; esta tiene sus registros y un día toca a los empleados, otros a los cómicos ... (p. 4a),

y establece la diferencia de tonos entre escritores

aconséjole que cuando trate de contestar á los artículos, no lo haga con inventivas insolentes, ni con la presunción de entenderlo mas que todos. (p. 4a)

Pero el asunto no se agota y aún reserva los datos de mayor interés porque en la "Respuesta á la carta del Mudo del día 24 de abril" (33), Pío del Castillo -que abandona el críptico Pedelce-, al margen de enzarzarse en puntillismos y --

creyendo que efectúa un ataque degradador, adjudica a El Mudo un loable objetivo:

¿Y es usted quién fue de inteligente pretende dirigir la opinión del público con sus -- exámenes críticos? (p. 3a)

y le otorga buena parte de los rasgos que mejor le definen -- que más le halagan, a juzgar por el silencio con que -- los acoge--:

Sepa Vd. Señor Mudo, que por acá no ignoramos el ataque y defensa contra la acriponia de un escritor, cuyo mérito solo consiste -- en querer copiar el estilo satírico de las cartas de Figaro; que por mas que Vd. se quebre la cholla emborronando papel no podrá con seguirlo: no señor: cuatro vulgares dicharachos con otras tantas sacullas, y una vana ostentacion de mordacidad, no constituyen la sana crítica que dicta la buena fe: en nada se asemejan á las gracias y pureza de estilo que campean en los escritos de aquel actor, ni menos un triste plagio podrá nunca producir al Nuevo Figaro (p. 3 b)

La mendacidad por la que Pío del Castillo vuelve a la palestra --negar cualquier alusión peyorativa al gremio afectado cuando utilizó la expresión "cajón de sastre"-- y hace publicar una "Bclaración" (34) con la que se autocalifica -- definitivamente como chinchorrero aún convierte en más positivos los rasgos que atribuye a El Mudo.

4.1.1.3.- La serie de El mismo del otro día: el abandono de los militares liberales, hallazgo, alegorismo, -- conversación oída (abril de 1836).

Antes de acabar la serie de El Mudo, entre la penúltima y la última carta, El mismo del otro día publica "Hallazgo" (35) artículo de título igual y artificio muy semejante al cuadro que firmaba El Madrugador en 1820 (36). La temática es la frecuente en el Diario de Zaragoza en esta época, sobre el pago de pensiones a militares retirados a las viudas de militares y a los mutilados de guerra, sin que falten las alusiones a los carlistas. La novedad del artículo radica en presentar el material supuestamente hallado como borrador o esquema —lo que multiplica las connotaciones— incluso subdividido con rótulos escuetos: "apuntes", "Despuntes", "Notas", "Preguntas" y "Noticias". Al darse al público como una auténtica noticia de hallazgo de "una cartera —muy vieja con varios papeles" de los que se transcribe algún fragmento para que lo pueda identificar su dueño, se crean —las condiciones para una breve serie.

Así, aparece otro "Comunicado", rotulable *"El Cosmorama" (37) y también firmado por El mismo del otro día, en el que se sigue copiando parte de los papeles hallados. Pero en esta ocasión se varía la lectura —como hacía El Mudo— al prescindir de lo esquemático y ofrecer en su lugar algo redactado, una carta, respuesta a la de un "querido amigo", sobre aspectos similares a los tratados por El Mudo más otros nuevos o que así parecen al estar englobados en una visión entre real y alegórica como es la ofrecida por un Cosmorama. Tal acumulación de recursos viene exigida por el riesgo que supone hablar directamente de las desigualdades económicas debidas a la arbitrariedad —léase injusticia— con que el gobierno distribuye las remuneraciones en perjuicio de las pensiones de guerra. Así, tras la alusión de El mismo del otro día a este riesgo —"iré copiando, si la censura me lo permite, los papeles" (p. 3b), se procede a redactar en --

tres bloques lo apuntado en el "Comunicado" anterior. Las primeras figuras contempladas son un militar desgraciado, una viuda de guerra, un joven soldado mutilado y un grupo de ancianos, paisanos y militares, de aspecto tan miserable como los anteriores. A lo verosímil de la visita a este cosmorama se añade ahora la nota que rompe la ficción:

el director cosmográfico observando mi admiración, me dijo, que era obra puramente española, de un famosísimo y célebre artista, que únicamente podían admirarla los conocedores ... (p. 3b)

En la segunda de las visiones, la alegoría es más definitiva —¿La Patria?, ¿La Reina?— quizá para poder arropar el ataque directo:

una hermosa joven que llevaba de la mano la justicia y la inocencia [...] decía [...] no os desampararé, seréis olvidados en vuestra desgracia; y desgraciado el magnate que os ha conducido á ese estado tan deplorable ... (p. 3b -4a)

Si la primera visión era la real y la segunda el elemento capaz de modificarla, la tercera es la formulación de lo deseado: "El honor, la grandeza, la felicidad y la abundancia". El ensueño vuelve a disiparse y esta vez brusca y definitivamente perciben una última alusión velada a la necesaria desaparición de las desigualdades —el baile más ropado, elegante, reciente y cortesano compensado con los más vivos, antiguos y populares— que es una síntesis de la denuncia de todo el artículo:

saqué mi reloj, eran las siete y me marché al teatro donde me distraje con el murmullo que produjo un bolero que bien pudiera haber promiscuado con la jota ó el fandango. (p.4a)

"Cartera. Copia de un papel" (38), de El mismo del otro día, es la prolongación natural del anterior "Comunicado" -- pero con una técnica distinta, como era de esperar. Sin -- otra huella del autor que el envío final al redactor, se re -- curre al simulacro de la "conversación oída", tan frecuente en el Trienio Liberal y que habla de la posibilidad de equi -- parar la realidad política y social de ambas épocas. Ahora se trata de seis militares retirados que, sentados "en los bancos del pasco que conduce al Monte Torrero", se lamentan de su situación y reclaman pensiones justas con argumentos variados, y casi todos conocidos, pero no hacen olvidar la pintura de estos tipos nacionales enraizados en Zaragoza y descritos con tal acumulación de rasgos propios de la ficción costumbrista. La sensación de haber sido utilizados y luego postergados que tienen las clases medias simbolizadas en los pretendientes, en los militares y en las quejas contra la administración dotan de unidad a todos estos artículos e incluso interrelacionan a algunos autores. Así, el caso de El mismo de siempre cuando escribe "Al mudo" (39) para plan -- tearle cinco preguntas a propósito de irregularidades teatra -- les y municipales.

4.1.1.4.- Militares, liberales y facciosos: onirismo, diálogos, latiguillos (1836).

Al margen de este detalle, sin otra importancia para el costumbrismo que el hecho del contacto --si no es la identificación-- de quienes se esconden tras esos pseudónimos, los cortapisas oficiales para el planteamiento directo de --

unos temas de gran implicación sociopolítica parece obligar a su formulación literaria mediante el artículo de costumbres. Sum se comprueba, aunque la calidad no alcance a la de El Buda, en otros autores. Así, El Perseguido, al escribir "Los militares enriquecidos" (40), por un lado personifica más el caso al presentarse como militar retirado, pero, por otro, para aludir a los de su condición que se han enriquecido en épocas de privación de libertad y a la corrupción administrativa, introduce en su "Comunicado" unas reflexiones ubicadas en el semi-sueño y declaradas a propósito de la visita de un amigo, artificios que casan perfectamente con el costumbrismo. El anónimo autor del "Diálogo entre otro y yo" (41) se sirve del recurso habitual en el Trienio Liberal para denunciar la tibieza con que en la sesión teatral se acoge el cumpleaños de la reina, ocasión teóricamente propicia para el protagonismo de los progresistas. En fin, una intención similar a todas las anteriores y que bien puede resumirse por su extensión se aprecia en "Ahora sí que vamos bien[...]" (42), de J. V., donde vuelven a comparecer los militares, los facciosos y los pretendientes, sólo que esta vez con la nota diferencial que supone que sea la perspectiva de "un posible aldeano que llega a Madrid la que sirve para sentar las bases de una denuncia del despilfarro que se efectúa en la Corte con las contribuciones de todos los españoles. El leitmotiv "ahora sí que vamos bien" con que se jalonan los irónicos comentarios al proceder de la Administración que aumenta los salarios en vez de los empleos redondea los caracteres costumbristas de este artículo a veces encubiertos por la seriedad de la exposición.

4.1.2.- Diario Constitucional de Zaragoza (1836-1844).

Si, tras los intentos fallidos de 1808-14 y 1820-23, "[e]ntre 1834 y 1843 se realiza en España la revolución burguesa antifeudal" (43), 1835 significaría su inicio irreversible. Aragón no es ajeno a este proceso, sino todo lo contrario. Así lo prueban los motines antifeudales del 3 de abril y del 5 de julio en Zaragoza más la actuación de su Junta Revolucionaria que culmina en octubre de ese año (44). En clara correspondencia, puede asegurarse que el costumbrismo aragonés ya ha nacido en 1836 al examinar los artículos conservados. Y lo mismo puede decirse al entender globalmente el género como un privilegiado indicio cultural de la transición del Antiguo Régimen a la sociedad contemporánea.

Desde la promulgación de la Constitución progresista de junio de 1837 —consecuencia inevitable de los hechos apuntados— hasta la llegada de la conservadora de mayo de 1845 con sus correspondientes leyes de imprenta, los artículos de costumbres aragoneses permiten apreciar una significativa bifurcación de las modelidades tanto dentro de lo publicado en Aragón como entre esto y lo dado a la luz en Madrid, sea de tema aragonés o no. Las tensiones ideológicas y espaciales de las que da cuenta el costumbrismo aragonés en términos específicamente regionales pero válidos para toda la sociedad española se deben, de una parte, al acaparamiento y la justificación de empleos, fortunas y prebendas rápidamente alcanzados frente a la denuncia de una Constitución conculcada y de unas aspiraciones populares utilizadas y, luego, traiciona-

das; de otra, al moderantismo gubernamental y central frente al progresismo esparterista de Aragón.

Así, por lo común a igual distancia teóricamente del carlismo absolutista que del republicanismo federal aunque más próximos a este, aparecen unos textos que corresponden a la mentalidad satisfecha con la situación sociopolítica y otros que recuerdan constantemente la lejanía, el olvido y las dificultades que hay entre el presente y el horizonte de las auténticas libertades. Sirva como apunte el contraste entre las huellas de la escuela de Mesonero en el amigable descriptivismo de lo aragonés en el Señalarlo Pintoresco Español o en Los españoles pintados por sí mismos y el elemento larriano que Modesto Lafuente hace llegar a El Eco de Aragón. Todo ello, tan complejo que impide una vez más identificar el costumbrismo con una única orientación ideológica y tan rico —a pesar de la relativización que suponen las limitaciones de las fuentes (45)— que obliga a reconocer en el periodo 1833-1845 uno de los momentos relevantes del Aragón político: Cincomarzada, esparterismo, levantamientos progresistas (46). Lo mismo se puede decir de lo cultural: romanticismo de nombres como Gerónimo Borao y Braulio Foz y de títulos como la Aurora (1839), Pedro Saputo (1844) e incluso Aragón (1844) de Recuerdos y bellezas de España del menorquín José María Quadrado (47).

4.1.2.1.- Fenaria costumbrista. Diálogos políticos. Milicia y dinero (1836). El aval de Larra. Esbozo de una cena de tertulia. Diálogo político reproducido (1837).

El Diario Constitucional de Zaragoza —que es el nuevo nombre del Diario de Zaragoza desde el 5 de agosto de 1836 al 21 de abril de 1844 en que pasa a denominarse Diario de avisos de Zaragoza— presenta en este periodo una sorprendente escasez de textos costumbristas casi imposible de sospechar un año antes. Quizá por la capacidad de este longevo diario para adaptarse a las nuevas situaciones, a trechos sus colaboradores apenas se inmutan ante la desvirtuación de las libertades oficialmente reconocidas que con tanta insistencia denunciara El Mundo mediante uno de los procedimientos —el costumbrista— más apropiados que permitía la simbiosis de prensa y literatura. No obstante, es posible advertir aisladamente huellas atribuibles al autor de las "Cartas a mi amigo", algún artículo de interés reproducido de otros periódicos y la presencia de alguna firma destacable aunque no siempre aragonesa ni específicamente costumbrista.

"Dos nacionales en el Paseo" (48), curiosamente firmado por más de una persona —los dos Nacionales M. S.—, resulta ser un diálogo político en la línea de los del Trienio Liberal y de carácter puro, sin acotaciones y no enderezado al redactor ni referido por su autor ni por testigos sino por sus protagonistas. Con esta sequedad técnica, el autor propugna sus tesis radicales para defender la constitución. Frente a la actitud confiada del primer interlocutor que se felicita por el advenimiento de un código que augura la felicidad de la nación, el final de la guerra carlista y la gloria de la Milicia Nacional, el segundo —trasunto de la ideología del narrador— atempera tal entusiasmo y le advierte hasta convencerle del peligro de quedar "estancados" con argumentos que invalidan la vía de la "indulgencia" con el "vil partido fusionista-carlista-clerical". La lucidez del

progresista que no se contenta con la proclamación formal de la libertad se revela al relacionar el triunfo de sus ideas con el "carácter" de los progresistas, auténtico talón de Aquiles de la causa liberal:

No nos queda otro recurso, amigo mío; nadie más sensible que yo, me horrorizo a la sola idea de que si hemos de afianzar la libertad en nuestra amada patria, debe ser sobre los cadáveres de los enemigos de ella: los carlistas que marchan directamente a su objetivo, tienen puesto en práctica este sistema fatal: repito y repetiré mil veces que nos llevan superioridad... (p. 4 a)

Las medidas revolucionarias, aunque impliquen derramamiento de sangre, parecen inevitables a la vista de la impunidad con que los carlistas obstaculizan la vida cotidiana, los canónigos y obispos cooperan con la facción y parte del ejército se opone al código de la libertad:

En esta última crisis algunos generales, gefes y oficiales han abandonado sus banderas por no jurar la Constitución; ¿sabes qué se ha hecho de estos señores? yo por mi parte les daría sus licencias absolutas; ¿sucederá así? supongo que no, y que serán colocados a cierta distancia para que no sean conocidos. (p. 4 a)

Aunque la calidad no le acompañe, queda próximo al anterior el diálogo anónimo "Dos nacionales dispuestos para el ejercicio" (49). "D. Bartolo y D. Basilio" (50), sobre el dinero para las quintas de 1836, se debe de nuevo a H. S. Lo cronatístico y lo militar se unen en "Cuánto da de sí un empleo" (51), comunicado firmado por el costumbrista pseudónimo de El Observador que denuncia el trato discriminatorio, debido a las influencias, en las pagas de los retirados.

Entre las composiciones poéticas de corte romántico, las abundantes críticas teatrales, los artículos tomados de otros periódicos y los variopintos recitados que constituyen el material literario o paraliterario de estas fechas, descuellan algunos títulos. "Noticias teatrales" (52), crítica entusiasta de Los amantes de Teruel para la que se recurre a la reproducción de lo que sobre esta obra publicó Larra en el número 48 de El Español, con lo que se unen el fervor romántico y la admiración hacia Ezquerro (53). *"Los ósculos" (54), peregrina carta al Redactor con la que El Escrupuloso critica el uso social del beso debido a su insalubridad para lo que amalgama teorías sobre las infecciones, recuerdos clásicos y el esbozo de la escena de una tertulia. El "Diálogo entre un moderado y un carlista" (55), reproducido, y de carácter puro —excepto por algunas alusiones al sonido de tambores que anuncia la presencia de la Milicia— presenta como en los del Trienio dos enemigos de la libertad —el primero, administrador y el segundo, albacea— aliados contra el pueblo y la Constitución, como dice el moderado:

es verdad que el pueblo es insufrible; pero es también dócil como un carnero, y en pasándole usted la mano por encima cuando lo ve incómodo, luego hace usted de él lo que le da la gana; y sino, ahí tiene usted las dos últimas revoluciones: cualquiera que entonces lo hubiera visto, diría que era imposible arrancarle su maldita Constitución; pero salimos gritando nosotros también con él, nos ergió sus amigos, nos dejó ensillar, y vea ustedes hoy que en sus barbas nos burlamos de su Constitución, de sus Cortes y de su gobierno, y con un poco de hipocresía hoy y de atrevimiento mañana, le encajamos el Estatuto, luego un despotismo solapado, y luego hasta la Inquisición si la Inquisición se necesita para meterle en cintura. (p. 3 a)

En conjunto, se trata de una denuncia más de la situación político-social a propósito del tema de los destinos que, como es habitual, saca a relucir los entresijos de la guerra

carlista y de la batalla por las libertades pero que se singulariza por ser más explícita que las conocidas, por la sugerente contraposición de las tramas encubiertas pero efectivas de los censurados por el autor y la brillantez aparatosa pero vacua de los que lamen serbo por aludidos y por la habilidad para imbricar en el estatismo del diálogo —forma indefinida de escena y tipo— la acción de los tambores.

- 4.1.2.2.- Serie larriana truncada de El Sacatranos (1839). Colaboraciones de Ayguals de Izco en defensa de los soldados (1839). Textos anticarlistas y esperteristas de Modesto Lafuente (1839-1840).

Tras las composiciones dedicadas al 5 de marzo de 1838 y entre las que descuellan las de Miguel Agustín Príncipe (56), sobresale la "Correspondencia con el otro mundo: primera carta a Figaro" (57) de El Sacatranos. A pesar del ordinal del título, es una serie truncada nada más empezar, lo que es lamentable ya que prometía ser digna de El Mundo (58). Con gran ironía desde el comienzo, la "carta" se dirige a Figaro como una confirmación del arraigo en Aragón de su costumbrismo crítico que vincula literatura y política y como una prueba de la aclimatación de las técnicas ya que Larra también incluye alguna vez a sus mentores en la elaboración de la ficción:

Querido amigo: por si no sabes los adelantos que hemos hecho por acá tanto en literatura como en política desde que faltas, trato de entablar contigo una correspondencia para notificártelos ahora que hay diariamente tanto correo para allá.

Empezaré por la literatura dramática por ser asunto más ameno y en el cual estuvimos acordados tú y yo. (p. 2 b)

Con una descripción ridiculizadora de los desacuerdos en la elección, la traducción, la adaptación y la representación de D. Enrique de Lorena, de Dumas, el articulista alude a otro que ha tenido la interesada desfachatez de elogiar una obra abucheada por el público. La carta concluye con una caracterización de tales traficantes de comedias:

Juego si tú has sido el traductor, introductor ó cosa así, te vés con las orejas gachas y buscas un amigo que salga á la palestra por tí, aunque ya te lo hallarás al paso; arreglais un artículo en que os repartais como desvalidos la ganancia del incienso que los demás os niegan; hechas la culpa a los cómicos de tu catastrophe [...] y en seguida te metes en tu casa, eliges con el mismo tino otra piececita traspirenaica, la llenas de maldiciones hasta encanijarla... (p. 3 b)

La postdata que mantiene y cierra la ficción vuelve a proponer a Larra como referencia para la crítica, lo cual significa transferir a un autor costumbrista consagrado y objetivarlos en él los rasgos asmodeicos de quien le emula:

Cuando me contestes, acuérdate de darme a conocer el modo de distinguir bien lo que hay de mostrar á agradar y la relación que puede tener esto último con un pateo. (p. 3 b)

Tras la incipiente descripción ahogada por el lirismo de "Los paseos de Zaragoza en la presente primavera" (59), firmado por V., el Diario Constitucional de Zaragoza recoge una colaboración de Guindilla —es decir, Wenceslao Ayguals de Izco (60) — que no parece tomada de otro periódico. *"La

visita del Patriota" (61), que este puede ser título, presenta de modo costumbrista al narrador que es interrumpido en sus actividades por la visita de un patriota magro. Se trata de una denuncia de la desatención que sufren por parte del gobierno los soldados que son utilizados como niferos y recaderos. El motivo puntual es la alusión a las celebraciones conmemorativas del 5 de marzo y la crítica implícita la actuación del canónigo Policarpo Romea que con tal ocasión ha pronunciado un sermón fúnebre por que ha recibido 320 reales de vellón. Como un ejemplo neto del funcionamiento del costumbrismo, todo lo censurado está enmarcado en la breve anécdota que permite al artículo multiplicar su efectividad: el visitante toma al narrador por "escritor público":

Dios me guarde de tal cosa le respondí: para eso se necesitan vastos conocimientos - de que no me hallo adornado: es verdad que alguna vez y solo por pasatiempo he empleado la prensa periódica, pero siempre sin fruto, y tal vez fastidiando á mis lectores.
(p. 3 a)

Esta autocaracterización deja paso al objetivo de la consulta que es encargarse un artículo. El comentario de su contenido mediante el diálogo y la negativa del narrador-personaje a llevarlo a cabo es lo que, por vía de la preterición crea literariamente lo que niega textualmente. El efecto logrado hace que el personaje aludido replique y Guindilla se vea obligado a exhibir su anticlericalismo en otro artículo donde tiene a bien sacar a relucir la tónica testarudez aragonesa (62). Por cierto: las polémicas, que no escasean, suponen ahora algo más que puntos de vista dispares sobre teatro o meros recos personales e implican las

orientaciones —si no es realmente la competencia— de los periódicos que comienzan a hacer sombra al Diario Constitucional de Zaragoza. (63).

Entre los artículos reproducidos destacan —por la importancia y orientación de su autor y por su temática— los del Fray Gerundio que abordan el carlismo. Así, "Fray Gerundio a Mr. Fezensac en su viaje a Francia" (64); "Los prófugos" (65), ambos en verso; "¿Con qué ya se fué? ¿Con qué yo acerté?" (66), donde se elogia a Espartero —que también merecerá los espontáneos "Versos..." (67) de un labrador de la Tierra Baja feliz, como casi todos, ante el final de la guerra— o "La espada de D. Carlos" (68), donde se celebra en tono de chanza la derrota del pretendiente. Poco después, Modesto Lafuente, como cualquier ciudadano progresista, denunciará que hay enemigos internos igual de peligrosos, como las leyes electoral y municipal moderadas de 1840 —"La poda del arbolito" (69)— y externos, como las injerencias de Francia en los sucesos de Barcelona que salpican a Espartero —"Grito de alarma de Fr. Gerundio" (70)— entre otras agrídulces realidades.

4.1.2.3.— Tres artículos destacables: lamentos del burgués medio (1839); alegorismo antiabsolutista (1840) la tertulia, escena en verso (1842). Vacío costimbrista: asuntos teatrales (1840), policía urbana, un artículo de Santos López Pelogrín —Aponámar— sobre objetos (1843).

Antes de acabar el periodo en que el Diario de Zaragoza se denomina Constitucional sólo son rescatables, y a duras penas, para el costumbrismo dos o tres artículos.

*"¡Buena es la época presente!" (71), anónimo, es una muestra del desencanto político social que sólo se ha de desvanecer mediante la elección de adecuados representantes políticos y, sobre todo, a través de la acción colectiva. Supone una autodescripción personal del tipo medio de ciudadano y de su entorno vivencial, una caracterización de los elementos transformados por la historia reciente y de los transformables mediante el trabajo común y el ejercicio de las libertades; es decir, el mundo de un burgués "pintado por sí mismo". Tras la expresión que abre el artículo y anuncia su tono irónico -"Buena es la época presente"-, el autor alude a la posible reacción de un emigrado equiparando a los que huyen de las autoridades y a los que las soportan y, con --plástica y mercantil espontaneidad asegura, repasando las --nuevas formas de vivir:

apostaríamos una libra de confites, ó si -- quiere, doce arrobas de esperanza, á que -- cree desde luego que gozamos algún benefi-- cio simple, de esos que la gente llama des-- tinos: que vivimos con la guerra, y que por consiguiente podemos gritar ¡Viva la Poca!
(p.2a)

El autor vuelve al tema inicial y lo detalla, apelando a un lector más próximo:

la época es buena, los hombres son medianos las mugeres... guarte de ellas, si no quie-- res llamarlas tal-cuales (p.2a)

Con respecto a la época, comenta zumbonamente las irregularidades atmosféricas, la sequía y las poco halagüeñas perspectivas para las cosechas y concluye con el irónico ritornello "¡uego la época es buena"; pero, a renglón seguido, añade:

Faltan tal vez las pesetas, merced á dos descuidos el primero es del gobierno de la provincia, el segundo es del gobierno de la nación. (p. 2 a)

La crítica de la gestión económica se centra en los políticos que representan a Aragón ya que han desatendido los proyectos —tan viejos y tan actuales— generadores de riqueza:

Desde Aspe á Gavallambre debía correr ahora un río de pesetas: desde Tortosa al Bocal debiera hallarse un lago de duros. Si esas catorce personas morales que desde 1834 tenemos en Madrid hubiesen tenido mas egoísmo provincial, el camino de Francia estaria corriente [...] tal vez fuésemos en un día de aquí á Cloron. (p. 2 a-h)

El olvido de los intereses de los electores, el encanto del poder y el espejismo cortesano que diagnostica el autor como origen de los males de Aragón tienen el correlato práctico, inmediato y cotidiano que supone la queja característica del ciudadano contemporáneo: los impuestos y pagos obligatorios, para cuya enumeración no se escatima la ironía:

Por un lado llega el apremio para pagar los subsidios (que decíamos antes pechas): desato una pagueta, que por casualidad es un proyecto de constitución y hallo en ella que se yó de cosas sobre las facultades del gobierno para imponerlas: no discurso pero cuento. (p. 2 b)

En cuanto al "papel del alumbrado" que le traen poco después lo paga con cuartos que guarda envueltos en un estatuto del que cuenta: "Si fuera para envolver besugos...". Sigue "un hermano de la tercera con el papel de la alfarda" y un nuevo inciso: "ya empieza á picarme la mosca al ver tanto tábano". No acaba la procesión ahí y hay que hacer otros pagos.

Si no queremos que el Sacristan nos despierte con sus ruidos, si no nos hemos de romper la crisma en una de esas recién barridas calles, ó secarse las judías por falta de riego. (p.2 c)

Tras las obligaciones, hay más gastos, tan inevitables como odiosos. Por Navidades, saquean los bolsillos el farolero el Sacristan, el limpiabotas —por "el vitriolo con que —quema mis zapatos"—, el farero, los cuñados, ahijados, sobrinos... "La época es buena", vuelve a recordar, por todo ello y por "las muchas mas obligaciones que se deben cubrir". Las que ahora considera el narrador suponen, simultáneamente un aspecto no aparecido al pintar a un tipo, el reconocimiento del protagonismo del medio de comunicación, educación, cultura y distracción: que vertebra el régimen constitucional y la configuración de alguna escena callejera nueva. Se trata de la mención —siempre afilada— de los periódicos saragozanos que adquiere por compra directa o por suscripción.

Empezamos el día con la Aurora, y fuerza es tenerla para ser hombres de letras (maldito galicismo) literatos: y aunque no cuesta mucho, con todo, cuesta, a pesar de que el mérito de ser de la tierra es muy apreciable, quiero decir, es muy valuable. (p. 3a)

Sigue el Diario, imprescindible por los anuncios, cartelería y órdenes. La adquisición de El Eco de Aragón es otra sanja y no siempre exclusivamente económica:

Si te pones a afeitarte el instante tienes el Eco alborotando tu barrio el ciego que lo vende tal cual vez te sucede que asustado con sus gritos, obra sobre tu carrillo la fuerza pulmonar del espondedor. (p.3a)

También es "indispensable que con el chocolate entre el oria do el Boletín" y aún hay más amenazas, pues "dentro de pocos días podrás entretener el tiempo en la Biblioteca", con apo yo en cuyo rótulo y ya que no ha salido todavía a la luz, lanza otra pulla:

Y de paso sea dicho que ésta cuando menos la ten dremos todo el día, al paso que la del Seminario está á nuestra orden solo de ocho á doce. Cualquiera diría que la fundó el mismo Coa, para que los dormilones no pudiéramos recrearnos en las bellezas que contiene. (p. 3 b)

Todo, en definitiva, forma "la bondad de la época", vuelve a recordar el autor; pero, según se acerca al final del ar tículo, va ahondando el tono burlesco hasta cifrar "en estos trabajos, en esta pugna por mostrarse las capacidades cien tíficas y artísticas" no sólo la compensación del desastro so aspecto que ofrece el resto del panorama sino incluso la referencia para el necesitado progreso de la nación. El planteamiento abandona el jocosos tono anterior y se transfor ma en llamada a la acción conjunta:

hace tres años nada mas que el proponer una aso ciación de cualquier especie tal vez hubiese esci tado el escarnio; ahora se accoge con gusto la idea díganos mas, es el asunto preferente que nos ocupa... (p. 3 c)

El anónimo * "Los tres viejos" (72) sólo entraría en el cómputo por contraste con su pobre entorno. En él predomina lo alegórico sobre lo descriptivo, aunque no tanto como para ocultar una denuncia más de los políticos que han traicionado de la causa progresista que prometieron defender. Con un

aire que recuerda a los diálogos precostumbristas del Trienio, los tres personajes exponen su doblez sin tapujos y se pesan las nuevas formas de manejar la situación para seguir aferrados al poder: falsear la Constitución, amañar las elecciones, recurrir a la fuerza incluso, como propone el segundo de ellos:

Hago una injuria atroz a la escogidísima porción de los hijos del pueblo, que juró sostener la causa de este con la sangre derramada por ella; lo sé: sé que es imprimir una mancha cobarde en el cuadro brillante de sus triunfos, pero no importa si hemos de mandar es necesario sacrificarlo todo. (p. 3 b)

Tampoco olvidan la necesaria manipulación de la prensa, aunque este es uno de los aspectos más delicados pues, otorgando a los periódicos la importancia que tienen en la revolución burguesa, el autor resalta su eficacia como control de los gestores públicos:

El ángel tutelar del pueblo no se había descuidado en mostrarlos; el genio benéfico de Guttemberg sonaba huracanes para arrancar las togas sostenidas quizá por el nudo formado por un peñal ó un tósigo... (p. 2 b)

Y aquí reside, como posibilidad y de hecho, uno de los más valiosos asideros de la libertad, pues el mismo artículo es una prueba de todo ello.

De los trabajos que siguen apareciendo sobre temas teatrales, ni las reseñas de obras importantes para Aragón, como la de D. Pedro el Cruel, de José María Guici (73), ni las notas sobre las reformas físicas de los locales (74) : suelen presentar tratamiento costumbrista. Sólo excepciones

nalmente se publica alguna carta dirigida al director, como "Ha sido, es y será si no lo remedia Dios" (75), de El Sufrido, en que, a vueltas de una protesta personal porque no se reservan las localidades como antes, quedan literaturizadas, mediante la reproducción de diálogos oídos, las escenas que rodean la entrada al recinto y se anotan los detalles de la estancia en su interior.

Según se acerca el final del presente periodo, el Diario Constitucional de Zaragoza languidece para el costumbrismo y llega al estiaje. En 1842 y 1843 las referencias a lo cotidiano dejarán de ser significativas al derivar hacia la crítica de asuntos municipales en términos curiosos pero extraliterarios (76). Quizá pueda salvarse del olvido un artículo como "Las Língas" (77) por la vinculación de su autor, Abanamar —Santos López Palegrín—, con Larra (78) aunque la exhibición de numerosas prendas, el diálogo con el lector y el entronque con viejos trabajos que versaban sobre abanicos y paraguas no bastan para contrarrestar la técnica casi grotesca de un humorismo que lo aleja del género. Si bien anterior, puede servir de digno broche por su muy aceptable calidad * "La reunión familiar" (79), escena costumbrista en verso de F. Mainer y González. En el comienzo "autófaço" el autor repasa las posibilidades poéticas que se le ofrecen para ilustrar y entretener a los asistentes a una sesión del Liceo y, tras descartar lo intrascendente: —"Hablar de amores y bellas/me cansa ya, me en palaga..." (vv. 9-10)— y lo mordaz —"Una sátira... Dios santo,/mi delirio perdonad..." (vv. 41-42)—, opta por la vía media que caracteriza al costumbrismo:

Mas ahora es mi deber
otra cosa bosquejar:
La reunión familiar ... (vv. 69-71).

Incluso la terminología pictórica es costumbrista cuando anuncia los rasgos generales de la reunión:

Si una tertulia pintara
desas donde la etiqueta
á ningún miembro sujeta
desde los pies a la cara ...

Mainar sitúa la escena en una sala donde hay "ocho ó diez
mamás" que "forman el senado entero", "otras tantas bellas",
colocadas

...ya de modo,
que los rendidos donceles
pueden hacer sus papeles
con la lengua, ó con el codo. (vv. 89-92)

Y, cerrando el reparte, los "papas" que juegan a las cartas
en silencio. Describe luego la creciente animación que es
aprovechada por los jóvenes para acariciarse, requiñarse y
darse celos. Mientras una "niña" coquetea, otra opta por
llamar la atención con el piano:

Sus teclas hace sonar
¡ah Dios! para atormentar
al oído ciudadano. (vv. 138-140)

Tras hacerse rogar, Margarita, que así se llama la hermosa,
comienza a cantar un aria alabada por sus devotos y socava
da por los sensatos:

-Cra estemos en el cielo,
dice un amigo á otro amigo;
-¿ues yo en el infierno, digo
hecho otro diable cojuelo. (vv. 165-168)

Entre los comentarios fugaces de los contertulios, va destacando el diálogo entre Fermín, defensor de Margarita, y Pascual, que echa pestes de los desafueros melódicos que tiene que soportar. Al llegar el momento de los aplausos, Pascual ya ha suplantado al narrador en la tarea de describir los falsos cumplidos. Incapaz de soportar tanta estupidez, se despide:

A los piés de usted... -¿ya es hora de marcharse, D. Pascual?
 -Sí, no lo lleva usted á mal me retiraré señora.
 -Hasta mañana?... -sí, sí.
 -¿Usted se habrá divertido?
 -Sí, señora, me he reído...
 (de todos hasta de tí).
 -Que usted descanse y abur, no deje usted de venir...
 -Pues yo me quisiera ir por no verte al mar del Sur.
 (vv. 237-248).

Tras la reproducción más objetivada que es el diálogo, el narrador consagra a Pascual como personaje principal y refiere su atropellada salida del local, con lo que acaba la composición y se agota su morigerada crítica.

4.1.3.- La Aurora (1839-1841).

4.1.3.1.- Sistematización del costumbrismo aragonés. Concomitancias con el madrileño. Lo histórico, artístico y cultural.

Frente a la discontinuidad y pobreza general de los artículos costumbristas del Diario Constitucional de Zaragoza, la revista romántica La Aurora (Zaragoza, 1839-1841), como semanario cultural que es, dota de cuerpo a sus materiales. Hechas todas las salvedades necesarias de importancia, duración y calidad, La Aurora supone para el costumbrismo aragonés lo que el Semanario Pintoresco Español para el nacional, al menos en lo que tiene de ámbito cerrado donde no suelen aparecer los remitidos espontáneos y donde lo que se publica responde a una programación que lleva al establecimiento de secciones fijas. Lo que aisladamente caracterizaba la serie de "Cartas a mi amigo" de El Mudo en 1836 ahora se sistematiza, incluso con el rótulo de "costumbres", si bien difiere en la orientación crítica, algunas veces tan suave en La Aurora como en el Semanario. En fin, aunque se aleja de este en lo "pintoresco" tomado en sentido estricto, pues no tiene el atractivo y complemento de los grabados (30), comparte con él otras connotaciones románticas y costumbristas del adjetivo en los artículos del género y en el contex

to inmediato en que estos se insertan, tan distinto del de un diario. Así, las descripciones de usos y costumbres, aragoneses o no, pero que tienden a estar ubicados en Aragón, están jalonados por diversos trabajos de divulgación cultural entre los que descuellan los dedicados a la historia y el arte de las tres provincias.

Antes de pasar revista al material que ahora importa, puede servir de pórtico, apropiado a lo dicho y representativo de todos los que no se van a mencionar, el artículo de R. Boira "La torre Nueva de Zaragoza" (81) que describe técnicamente lo que fue orgullo monumental equiparable al de Pisa, recuerda su protagonismo en la Guerra de la Independencia y alude a la vista que permite contemplar, "tal vez de veinte leguas, agradable, hermosa y pintoresca quizá la mas de Europa" (p. 163 b)

4.1.3.2.- Novedades temáticas. Los rústicos en las fiestas del Pilar. El aspirante a literato-periodista. Costumbres estudiantiles (1839).

"Mis parientes en las fiestas" (82) puede considerarse como digno inicio de los trabajos costumbristas de La Aurora. Ni el ir sin firma ni el ser algo breve empaña los méritos que encierra ni la trascendencia de inaugurar, a lo que parece, el tema de las fiestas del Pilar en el costumbrismo aragonés. En primer lugar, el tratamiento dado a los lugares no sigue los derroteros ridiculizadores, despectivos y a veces degradadores que, sin ir más lejos, se pueden encontrar en La Aurora en abril de 1840 (83). El autor no necesita cebarse en los tipos rústicos para ejercitar la ironía o mover a risa ya que plantea el "problema" del desajuste

entre lo rural y lo urbano a modo de caso particular del muy frecuente funcionamiento del artículo costumbrista como perturbación e intento de restauración de la normalidad cotidiana del narrador-personaje. Con ello, se opera una fusión de temática aragonesa y técnica costumbrista general. Comienza el artículo con un diálogo entre D. Cosme —el narrador— y su criado, quien le comunica la llegada de los familiares:

dos respetables tias, un tío, tres primitos, el mayor de siete años, dos criadas é igual número de criados de mulas; seis de estas habían entrado á la cuadra. (p. 82 a)

D. Cosme finge alegrarse con los inesperados visitantes aunque ^{se}siente asaltado como insinúa al lector al comentar lo que va apareciendo ante sus ojos:

maletas, paraguas, sombrereras, alforjas, y cuatro pollos que generosamente me traían de regalo mis respetables tíos. (p.82)

La casa resulta tomada cuando se efectúa el reparto de habitaciones ante las maldiciones contenidas de D. Cosme. Sigue el saqueo de la despensa. El narrador, aturdido por unos acontecimientos que le sobrepasan, potencia el calibre de sus tribulaciones presentándolas como inacabadas:

Ya desde aquel momento mis tias y sus domésticas se han encargado del gobierno de mi casa... (p.83 a)

Después de comer, los invasores muestran sus deseos de ir al teatro por gusto y —si es que es la razón más apropiada— porque,

Ya ves en nuestro pueblo no lo tenemos ni bueno ni malo. (p. 83 a)

Aún en casa, los sobrinos provocan el caos físico que no falta en tales circunstancias:

Y por saltar el mediano tiró una mesa y rompió un quinqué, un juego de café y dos candeleros de cristal que sobre ella había... (p. 83 a)

Antes de salir, el tío añade a la lista de deseos el ir a los toros, de lo que intenta disuadirle D. Cosme al tiempo que lanza una pulla contra Madrid:

-Ay, querido tío, aun no sabemos si habrá corridas: dicen que los toreros no vienen; que los madrileños en uso de sus omnímodas facultades los han embargado. (p. 83)

Lo que no puede evitar D. Cosme es la sangría económica diaria que supone el teatro y, sobre todo, la vergüenza de sentirse vinculado públicamente a personas desacostumbradas a los usos capitalinos, quizás el rasgo anti-rústico más definido del artículo:

No hubo remedio: mis parientes fueron al teatro, siguen yendo todas las noches á mis costillas, es decir á mi costa, y es de ver asomadas á un palco diez ó doce cabezas, que abren otras tantas bocas descomunales, que rien y alborotan y llaman la atención del público. (p. 83 b)

El tormento del protagonista se completa al aire libre: tiene que ir todos los días con los familiares por las calles, del brazo de las tías, con los sobrinos que se pierden o que van, dice,

arrancándome los faldones del frac á fuerza de tirones para que les compre muñecas de barro, cohetes dulces y fruta, parándonos á contemplar las colgaduras, tablados y demas adornos de las fachadas; sacándome el dinero en todas las diversiones, incluso el Cosmorama, hasta que quiera Dios se concluyan estos días de fiesta, para los que se divierten

gratis como parientes, y de tormento para los que nos divertimos á tanta costa. (p. 83 b)

El artículo, que se sustenta casi a partes iguales en narración y el diálogo, intenta establecer un puente de inteligencia entre narrador y lector, con lo que ambos quedan defi nidos frente a los autoinvitados, al tiempo que se describen usos festivos zaragozanos de estricta coetaneidad.

Dos artículos de este mismo año 1839 merecen tenerse en cuenta, especialmente el primero de ellos, "Quiero ser litarato" (84). Anónimo y breve como el anterior, comienza con los rastros fundamentales que vinculan a los personajes, anun cian el tema e insinúan su desarrollo:

Tengo yo un sobrino que me ha hecho pobre a fuerza de gastar en maestros... (p.123)

Evidentemente, el sobrino quiere ser periodista; los redac tores del diario donde ofrece sus servicios le recomiendan que vuelva al mostrador de donde no debió salir. Aclara su futuro profesional de forma definitiva la consulta que hace al tío, quien le amenaza con desheredarle si no sigue el dic tamen de los periodistas. El tratamiento del motivo del aspi rante a literato, tan frecuente en el costumbrismo, resulta aquí algo lineal y poco explotado a la vista de trabajos de la misma Aurora como el de 1840 de Gil y Alcaide, * "El señó rito redactor o ¿Qué hacemos con este joven?" (85).

"Anales estudiantinos: La función teatral" (86), firmado G. C., aborda las bromas que soportan pueblos enteros de Cas tilla la Vieja por parte de los estudiantes de Salamanca que estrenan las vacaciones y, a pesar de no concordar con la ubicación geográfica más normal en La Aurora (87), es prueba

de la variedad de matices que encierra la revista, corresponde al anecdótico nada infrecuente en el costumbrismo que se edita en Madrid —así, lo publicado en el Semanario Pintoresco Español y a menudo debido a la pluma de Vicente de la Fuente— y en parte anuncia situaciones como las de "Las fiestas de pueblo" que aparecerán en La Aurora al año siguiente (88).

4.1.3.3.- Calidad y riqueza de registros. Usos anuales colectivos e individuales: Navidad (1839), la casamoda, el cumpleaños o la objetivación de los lamentos del burgués medio. Tipos: el importuno, el aspirante a literato aragonés. Relatos: el usurero, gestas zaragozanas. El urbano en las fiestas rústicas aragonesas. El aspirante a literato, la educación de la juventud y las modas extranjeras. Denuncia epistolar de la situación del rústico. Defensa costumbrista de usos populares urbanos: la cercerrada en Zaragoza (1840).

Uno de los primeros artículos cobijados bajo el rótulo de "costumbres" resulta excelente por todo... excepto por tratarse de una copia o plagio. José Gama, que es quien firma "Fines y principio de año" (89) reproduce casi literalmente otro aparecido diez años antes en el Diario de Zaragoza que, a su vez, estaba tomado del Correo Literario y Mercantil (90). El entuerto se endereza rápidamente, y bien, con "La Casamoda" (91). Firmado por Torbellino, el artículo aborda el proceso de cambio de casa que se opera el día de alquiler. Los sinsabores del personaje que sirve de hilo conductor de la breve acción —y que coincide con el narrador—

comienzan al alba. Preparados los enseres, la escena se trasladada al exterior:

Nada mas pintoresco que ver por esas calles de Dios familias enteras que llevando en sus hombros sillas bancos, sartenes &c. se asemejan á las tribus ambulantes de Abdel-Kader. Tras un carro cargado de camas, marcha á paso lento un caballo de traquinero, se deja ver una linda muchacha que lleva al costado un florero con su correspondiente fanal; que se hace pedazos al volver una percha, precursora del muchacho su portador. (p. 11 a)

La imagen de confusión que sugiere la contemplación de cada familia, se complementa con el contraste que, con más dilatada perspectiva, ofrece el conjunto de la procesión a lo largo del día. No falta la alusión intencionada a las diferencias económicas:

A los magníficos muebles del empleado que cobra, siguen los humildes y sencillos del malhadado ciudadano que paga: la cama de cañas, á la de lustrosa caoba, á las sillas que el danasco embellece, las ordinarias de anea ... (p. 11 a)

ni las notas que recuerdan el punto de vista del autor costumbrista como "observador" y "espectador" de una representación odiosa para los actores. La pintura de la frase siguiente crece de interés precisamente porque se prescinde de ella y se apela, como un homenaje, a la realizada por Larra (92):

Dejando á un lado los inconvenientes que ofrece en las casas nuevas la introduccion de ciertos muebles, porque mejor que yo puedo hacerlo las ha descrito un distinguido y malogrado literato ... (p. 11 a-b)

Instaurado el caos en la nueva casa, que resulta impracticable, el próximo cuadro viene dado por la accidentada comida. Lo poco e improvisado que se va a comer se indigesta por la aparición de un gato que vierte las vinajeras y es perseguido por un perro que, además de ocasionar la caída de una cortina sobre la cabeza del paterfamilias, rompe la botella de vino cuyo líquido acaba en el mantel y las ropas de los ni-

ños. En el siguiente paso se abandona la comicidad mecánica y se substituye por connotaciones más conceptuales del desorden reinante. Al mismo tiempo que se apuntan detalles de la decoración de una casa normal, el sufrido y baqueteado dueño, absorbido por la confusión que le rodea, comienza el arreglo por el final: por la colocación de los cuadros - cuyo orden reproduce en el interior de la casa un contraste tan sugeridor como el de la procesión callejera:

Allí es ver salir de un extremo una porción de -- ellos que casualmente reunidos de un modo singular dan margen á mil reflexiones: nada mas ordinario que hallar Santo Tomás sobre una mancha, una immaculada Concepción entre los pecados mortales, y las tentaciones de S. Antonio Abad, debajo de una corrida de toros. (pp 11-12)

El día, marco del traslado, concluye y con él las fuerzas de "nuestro héroe" que se acuesta sin ver concluida la tarea. Vuelve entonces al primer plano la voz directa del narrador que se dirige a los lectores como testigo de la veracidad de lo descrito apelando, al modo costumbrista y con los términos pictóricos característicos, a la representatividad del caso referido:

Acaso parecerá á mis lectores exagerado el cuadro que presento, pero les aseguro bajo mi responsabilidad, que tiene muchos originales. (p. 12 a)

Tal alusión a la mecánica del costumbrismo, ya exenta de comicidad, se complementa con otro rasgo del género -el narrador-personaje además de observador- aunque ofrecido en términos potenciales y con una leve implicación económica:

El pobre escritor que no tiene habitación propia lo sabe por experiencia, y no puede menos de esclamar cuando v [e] el movimiento de la casamuda: "BIEN AVENTURADOS LOS PROPIETARIOS". (p. 12 a)

Como en "La Casamuda" y con idéntica conciencia de estar realizando un tipo de literatura similar y emparentable con la que se difunde en Madrid, D. Prospero escribe "Mi cum

pleaños" (93), título que aparece en el apartado explícitamente rotulado "Costumbres". El artículo, que no lo desmerece, describe en primera persona y con aire vivaz y gracioso el tópicos calvario que soporta el narrador-personaje. Al marchamo inequívocadamente costumbrista del uso social pintado y de la perspectiva de la víctima se suma la declaración de filiaciones concretas para algunos detalles:

lo que padecí mientras alumbró aquel sol de fatalidad solo puede compararse con los sufrimientos del hombre pacífico de Breton de los Herreros, que para quedar completamente divertido no le faltaba -- mas estar de días.

Desde por la mañana un ciego, que sin duda ma-
druga mas que el aguardentero de Fr. Cerundio, se
anunció rascando su destemplado violín ... (pp. 54-
55)

Tras este desagradable despertar, la segunda estación la protagoniza el criado, domilón y aficionado al vino, que junto a una felicitación farfullada pide la propina que espera el ciego. Continúan el ritual la cocinera y la lavandera con la fórmula manida que el autor nos permite conocer:

Señor, que los tenga V. muy felices en compañía de todas aquellas personas que sean de su mayor agrado. Dios quiera que el año que viene se los demos á V. con salud, y aumento de bienes temporales y espirituales en vida de todos. (p. 55 a)

El desfile sufrido desde la cama termina con dos sobrinos que le patean y piden dinero para dulces. Ya vestido, el protagonista es sableado por el barbero -que también le achilla el rostro- por dos cajistas del periódico donde escribe y que truecan bizcochos, licores y dinero por

un pliego de papel frances color de rosa con su linda viñeta en la que se leía el lema sinceridad de la imprenta y á su continuación una décima, que se

llamaba tal sin duda porque se componía de diez líneas cortas escritas al centro y en las cuales se descubriría muy bien el genio maleficio de su autor.
(p. 55 b)

y por una "dilatada caravana de actores dramáticos" que le felicitan y adulan para granjearse buenas críticas. El sujeto paciente les ofrece asiento con lo que demoran su marcha y el autor puede recrearse en las pullas pertinentes tras haberlas lanzado contra los malos poetas. Quéjense los cómicos del trato vejatorio a que les somete el empresario y de su excesivo trabajo:

en cuya comprobación que citaron haber puesto en es cena en los nueve meses que se contaban de tempo rada cómica cuatro funciones nuevas, y además algunas de grandes espectáculo como el médico á palos &c. y últimamente me manifestaron que todos ellos tenían ajustes para el año siguiente (mentira de - absoluta precisión) y que se hallaban indecisos por que habían recibido proposiciones de cuatro diferentes puntos. (p. 56 a)

Aireadas las lamentaciones y acabadas las copas, se despiden del homenajeadó estrujándole las manos. Pero este aún no ha apurado el cáliz pues a las doce, cuando se apresura a lanzarse a la calle para evitar nuevos sayones, es asaltado por cuatro amigos que se invitan a comer después de vaciar la bandeja de bizcochos y dos botellas de vino. No satisfechos, interpretan literalmente las irónicas palabras de su víctima y, en un café, hacen "sacar botellas a porfía" y causan mil desperfectos. El estado de los amigos permite al narrador distanciarse de la situación y efectuar la operación propia del observador costumbrista:

Entre tanto yo mohino y cabizbajo estaba reflexionando sobre tan desagradable cuadro, y decía para mí, ¿es posible que se vea uno obligado á celebrar

su natalicio, este tan grande suceso de los anales de la vida con semejantes auspicios de desorden y destrucción? (p. 57 a)

Una vez teorizado el artículo en el momento más propicio para congraciarse con el lector, el personaje narrador aún refiere, como digno colofón del día, la sesión de ópera a que tiene que invitar a los amigos antes de poder colocar sus maltratados huesos sobre la cama y de ponderar todo lo sufrido.

Si "la casamuda" era un ejemplo de maridaje de la devoción a Larra y el talante de Mesonero que en gran parte se ratifica en "Mi cumpleaños", el "Diálogo entre los dos Gigantes de la puerta del palacio de la Audiencia" (94) rompe con casi todos los rasgos ya advertidos quizá por tratarse de un artículo remitido. Su autor, Florencio Ballarín, hace arrancar la anécdota a la salida de un baile de máscaras, con lo que todo se desarrolla en un ambiente nocturno. En sustancia, el personaje narrador se separa brevemente de dos amigos que se quedan conversando con unos conocidos y, durante el tiempo que transcurre hasta que vuelven a reunirse, es testigo del diálogo anunciado en el título. La extraña conversación que sostienen los gigantes pudiera atribuirse a su condición pétreo pues no parece que tenga sentido el manifestar su temor a ser destruidos ante la noticia de cierta tala de árboles en Zaragoza, y hacer derivar sus cuantas hacia el problema de los límites entre cada uno de los "reinos de la naturaleza" para aterrizar finalmente en la posibilidad de emancipar al hombre del reino animal. Todo ello resulta demasiado peregrino para el costumbrismo y más si se advierte que el autor, vinculado a la cátedra de Ciencias Naturales, se está curando en salud (o echa un capote a algún amigo) por las teorías expuestas ante los alumnos sobre las bases teóricas para la Antropología. Con todo, el artículo ofrece la particularidad de su complicada técnica —pues los gigantes en realidad están comentando una conversación oída—, de su ubicación en un lugar concretísimo de Zaragoza aunque inusual para el costumbrismo, y de su novedad

de "hacer hablar a las piedras", detalle que, unido también al de la nocturnidad, luego podrá apreciarse en Estébanez - Calderón. (95) En fin, a la larga, representaría una de las vías de salida del costumbrismo pues significa la utilización de los moldes del género para la defensa de unos intereses prácticamente individuales.

Vuelve a recuperarse la calidad o, mejor, la normalidad del género en "Mi segundo amigo" (96), artículo de Vicente Valls que describe con gran acierto el tipo insufrible - pelmazo y estúpido, algunos de cuyos rasgos ha aparecido en "El castellano viejo" de Larra, o aparecerán en "El fastidioso" de Mesonero. No se debe a ninguno de ellos; por el contrario, y sin salir de Aragón, hace pensar en "Alí-Delmin o el importuno", escrito por Claudio en 1820 (97). El personaje narrador se configura como costumbrista ya a partir del momento en que presenta al amigo desde la perspectiva de quien soporta personalmente un peligro público. De entrada, apunta el gracejo con que va a adobar el recuento de sus peripecias:

Tengo un amigo que pienso regalar al que se encuentre sin un mueble tan indispensable para pasar con menor dolor las miserias de esta vida. (p. 129 a)

Antes de presentarlo al lector, ofrece la también característica introducción teórica, en este caso sobre la amistad perfecta. La ironía asoma cuando dice que tiene un amigo - que se acopla a ella pero, como ley de vida que es, tal gozo está mezclado "con un tantico de acibar". Esta amargura es el segundo amigo, semejante a un satélite que le sigue a todas partes. Los comentarios de la gente que objetivan tan agobiante devoción -ya que, entre otras parejas fieles, son comparados a los Amantes de Terauel-, y el natural bondadoso del narrador que no quiere desairar a su sombra hacen que -

el artículo se constituya en el medio idóneo para que el amigo se dé por aludido y se despegue sin sentirse ofendido. — Con esta limpia incorporación a la ficción de la mecánica más medular del costumbrismo el trabajo adquiere un nuevo interés que queda reforzado al coincidir la actitud del narrador con la virulencia media del género. El hierro que quiere quitar a la fustigación del pesado lleva al personaje narrador, por ejemplo, a emplear todo un párrafo para denominar simple a su amigo-carcoma, tras el cual, tomando como referencia los propios rasgos de carácter, acumula las facetas de su suplicio. En primer lugar, muestra la imprudencia derivada de la "tontería" del amigo, cuya conversación es tan vacua y cuyo volumen de voz es tan alto que inquieta y acongoja al narrador:

Si por desgracia llegó á encontrarme con algun personaje á quien debo comunicar asuntos particulares y de secreto, no sirve allí hacer señas á mi compañero para que se retire [...] ; nada comprende; es preciso tratar brevemente y en lenguaje oscuro lo que interesa: mas no hemos hablado cuatro palabras, cuando hé aquí mi amigo se introduce en la conversacion, dice mil despropósitos [...] ; el caballero que digo se queda atónito como quien vé visiones, yo abochornado nada veo de cólera, me dan tra sudores de muerte ... (p. 130 a-b)

No acaba ahí la escena: el amigo no se inmuta pues, cuando el narrador se finge enfermo para perderle de vista, aquel se ofrece para acompañarlo a casa. De nuevo, los rasgos -- del narrador, que ahora se presenta como "algo enamorado", sirven para calibrar la imprudencia del pelca. Al arrobamiento suceden "la frialdad, el hastio y el abatimiento" ante la idea de encontrarse con el espantador de su enamorada:

¡Ah! si cuando ella pasó por mi lado oyó algun disparate de boca de mi amigo, ¡qué juicio formaría de mí! No: es sencilla como la tórtola, y la turbacion que notára en mi semblante la atribuyó al maravilloso efecto que debieron causarme sus divinos ojos. (p. 131 a)

La breve anécdota que sustenta todo este artículo termina -- cuando el narrador, para solventar el dilema entre "llevar con paciencia la cruz" o encerrarse para siempre en casa -- aun a sabiendas de que ni allí estará a salvo, parece decidido a recluirse con la precaución de que le digan al entrometido que se ha ausentado. A ello le obliga una definitiva experiencia cuando, una tarde excepcional de mayo en que pasea "fuera de los muros" en compañía de su "amigo verdadero" e intuye que entre los deambulantes estará "aquella por quien suspira", todo está en un tris de venirse abajo al descubrir que el inoportuno no acecha de casualidad pues va pegado a otro que parece mantenerle a raya. La narración--adobada con un breve diálogo--de tal susto completa--tras la introducción, los rasgos genéricos y los ejemplos paradigmáticos--esta composición dedicada a un tipo puro y emancipado de la escena y que, al parecer, es el primer artículo aragonés que se presenta explícitamente como "cuadro de costumbres" en el texto además de adscribirse formalmente al género con el título --"Costumbres"-- de la sección (98).

El tono costumbrista se mantiene y aun eleva en el anónimo "Mi biografía" (99), excelente artículo que aclimata -- en Aragón algunos rasgos de "D. Cándido Buenafé o el camino de la gloria" y de "Don Timoteo o el Literato", de Larra (100), sin que la inspiración, muy libre, llegue en ningún momento a copia al criticar al escritor prolífico y deleznable que busca la gloria. El funcionamiento de este artículo del tipo del "aspirante a literato" no se basa en la ingenuidad -- del "infeliz" D. Cándido y del imberbe pedantuelo de su hijo ni en la vacuidad engréida de D. Timoteo sino en la lógica de la extravagancia a que se ve arrastrado el joven protagonista de "Mi biografía". Frente a "D. Cándido", que desgracia a su hijo para convertirle en el literato que él quisiera ser y frente a D. Timoteo, que representa al pseudoliterato identificado con su propia imagen, el joven que se autobiografía es consciente del ridículo de ambos casos de forma

que la crítica, más que recaer sobre él, rebota en su proyecto y se dirige hacia el contexto social que genera tales desvaríos. El autor de "Mi biografía" logra este cambio en la dirección e intensidad de la crítica ya desde el momento en que prescinde de la subordinación entre personajes que utiliza Larra. Si en "D. Cándido" padre e hijo visitan a un personaje narrador cuya intermediación y opinión son imprescindibles y si en "Don Timoteo" es el personaje narrador -- quien consulta en términos parecidos al prestigioso oráculo, en "Mi biografía" el motivo costumbrista de la visita se presenta como mera excusa. Es más, aunque el que se autobiografía requiera los servicios del periodista que va a verle, la relación que se da entre ambos es de amistad, no sólo -- porque se tutean sino porque lo despectivo y lo irónico de sus comentarios no buscan la agresión mutua, antes bien la fustigación común de las personas y usos aludidos. Junto a lo desprendido de la falta de ingenuidad en el aspirante a literato y de la ausencia de subordinación entre él y el narrador, el artículo muestra el mismo funcionamiento desde un tercer punto de vista. En vez del tono displicente, sarcástico y, a veces, degradador con que Larra trata a los aspirantes a la gloria literaria (101), aquí hay una proximidad mayor entre literato, narrador y autor con lo que éste no reduce al primero a la condición de títere sino que delega en él la tarea de sugerir las implicaciones de su autobiografía y con lo que el lector se aproxima más a la perspectiva del literato. En su desarrollo, el artículo se adecúa perfectamente a los modelos más prestigiados. Sustenta su mayor parte el diálogo entre "un joven" y el narrador que presenta la introducción teórica inicial como reflexión del joven justamente antes de comenzar la visita. La mención de esta, carente de alusiones al tiempo, al espacio y a las personas, da paso a un diálogo puro que no cesa hasta el final. Lo dialogado reparte la crítica en dos partes. La primera, centrada en el motivo de la manía de las autobiografías; la segunda, más diversificada pero siempre dirigida al mundo literario. La respuesta inicial del joven es contundente:

"Voy á escribir una biografía" y da pie a que, con igual inmediatez, el visitante, al calificar de locura el intento, permita al joven demostrar que no lo es tanto:

— ¿Estas loco? -No, no lo estoy. (p. 145 b)

Ante la posibilidad de que nadie la crea verídica y todos se rían del autor, comenta:

— ¡Búrlarse! pues qué no lo vemos todos los días. No vemos las biografías sin firmar de esos hombres célebres que todavía viven, y que nos insertan cada momento en los periódicos? Pues ¿quienes crees tú que puedan ser los autores sino las mismas personas de quienes hablan? O si no, por qué no nos ponen sus nombres? ¿Es acaso un crimen escribir la vida de otro hombre? (p. 146 a)

La réplica del visitante que apunta "que se convienen unos con otros en escribirlas", al tiempo que no echa atrás al joven, incorpora una crítica complementaria. Y este acumula la otra cuando, con más razón que ingenuidad, se define:

— Yo soy un hombre, sino muy célebre, tal vez mas estudioso que alguno cuya biografía nos han escrito, yo soy un aspirante a literato. (p. 146 a)

Puesto que todos sus intentos de imponer la sensatez son vanos, el visitante pregunta por el contenido de la biografía, con lo que el diálogo consume su primera fase. La transición a la segunda se da al mencionar el tratamiento de los datos personales

— Mira en primer lugar pasare por alto que nací en el año 1818, porque eso lo dicen todos y no quiero que la mia se parezca á ninguna.
Diré que soy aragonés y el que quiera saber -

donde nací que mire todas las parroquias de Aragón y lo encontrará. Pasaré por alto mi juventud y hablaré de mis escritos. (p. 146 b)

La satisfacción de la curiosidad que suscita en el visitante este último detalle constituye la segunda parte del diálogo, en el que, a propósito de las obras inventariadas, se dosifican las alusiones críticas sobre las poesías mediocres, - convencionales o extravagantes:

escribí dos sonetos inéditos al cinco de marzo, -- uno acróstico por los dos lados. (p. 146 b) ;

los tratados de igual calaña sobre métrica -y no en abstracto sino pensando en el Diario Constitucional de Zaragoza y en La Biblioteca (102)-; los malos pero prestigiosos actores; el conchabamiento entre críticos; el plagio de tratados científicos; las modas románticas del álbum, las improvisaciones, las felicitaciones, los laberintos y las adocenadas celebraciones patrióticas y religiosas, entre otros desvaríos - poéticos. Tras la poesía, el teatro, al que se dedica la parte final del diálogo tomando como pretexto el comentario del último de los títulos que piensa incluir el joven en su autobiografía:

un drama original en doce cuadros titulado El fin del mundo. (p. 148 a)

El amigo periodista, que lo califica de no original y de traducido, escucha, en forma de réplica, la crítica del espécimen del "director de escena" y la queja del dramaturgo novel pues el drama, al ser devuelto sin ser leído y ser calificado de bueno pero falto de garantías de éxito, es cambiado de título y presentado como "traducción libre de un drama - de Mr. Casimiro Delavigne", ante lo cual,

El director sin leerlo tampoco me dice que era muy bueno, que lo había visto en el original y que estaba muy bien traducido... (p. 148 a)

Aun con todo, el aspirante a literato no consigue ver representada su obra "por dos pequeños inconvenientes", el primero que,

como el último acto es en el valle de Josafat tienen que salir todos los que han vivido en el mundo y cada uno dice allí lo que le toca. (p. 148 b)

y el segundo que "no se sabe que trages se llevarán entonces". Y todo por culpa del director, pues el astuto dramaturgo tiene pensado cómo solventar los problemas: en el primer caso, "todos dirán una misma cosa"; en el segundo,

supuesto que allí hemos de ir todos después de resucitar, es claro que iremos sin vestidos porque ninguno [de los autores consultados] dice que los vestidos han de resucitar también; y eso de ir allí á buscar sastres sería nunca acabar. (p. 148 b)

El final, que no pierde la ironía ni la gracia, se produce cuando el visitante, pretextando prisa, y prometiendo llevar la biografía al periódico para que la publiquen, consigue despedirse del joven en el momento en que este le amenaza con la lectura de cuatro o cinco cuadros para exhibir el hábil plagio de Ramón de la Cruz y "el buen efecto de los versos de 14 sílabas".

Un mes después, en abril de 1840, y como anónimo (103), aparece "El Usurero" (104). Es uno de los trabajos de La Aurora que, a pesar de estar cobijado bajo el rótulo de "costumbres", sale del marco común del género y por razones que hubieran satisfecho a J. F. Montesinos. Aunque está dedicado a caracterizar un tipo, el procedimiento seguido es propio del cuento y sus rastros descriptivos resultan minoritarios en relación con la denuncia de la usura. A ello hay -

que añadir que la anécdota tiene el aire de autobiografía o al menos de caso que quiere pasar por conocido y sufrido por el autor para mejor demostración de la tesis. Con todo, si ambos elementos no resultan bien soldados técnicamente, la caracterización lingüística de alguno de los personajes -como la patrona- compensa en aciertos costumbristas.

Parecidos caracteres de marginalidad genérica presentarían, si se juzgan estrictamente, el también anónimo "Un cuento como muchos" (105), que lo es, y romántico, en su visión onírica de varios hitos de las gestas zaragozanas; "¡Zaragoza!", de T. Chic (106), descripción laudatoria de la huerta de Zaragoza que, aunque en términos geográficos y estadísticos, pudiera pasar por el panorama divisable desde "La torre Nueva de Zaragoza" (107), si bien en lo que más hace pensar es en la pérdida oportuna de disponer de una descripción urbana de Zaragoza que es lo que Chic promete para un próximo artículo pero no da; y, ya fuera del costumbrismo aunque no muy plegado a otros moldes narrativos, el anónimo "La Trinca" (108) y su continuación "La Lección" (109), ambos de 1841 y con un interés discutible para la economía de La Aurora a no ser que encierran alguna clave de las relaciones entre sus colaboradores.

Pero el costumbrismo de La Aurora es más consistente que el de estos últimos casos mencionados. Y todavía reserva artículos de igual importancia, y aun superior, que los vistos. Así, B.J. firma "Las fiestas de pueblo" (110), dosificado en dos entregas en junio de 1840, y próximo a los escritos un poco después por Vicente de la Fuente en el Semanario Pintoresco Español, aunque en ambos casos el componente científico sea imposible de ocultar (111). Presentado como algo

accidental y odioso, la primera entrega muestra las celebraciones presenciadas por B. J. desde el punto de vista del señorito ciudadano:

Era el día de San Pascual Bailón y precisamente tenía que pasar la noche en el miserable pueblo de N. donde me llamaban negocios urgentes del servicio nacional.

Sin que lo jure podrán creer mis lectores que yo hubiera querido de mejor gana quedarme en Zaragoza para bromear á algunas esquivas señoritas y para bailar el britano con otras mas amables y seductoras. Pero no hallé remedio y hube de conformarme. (pp. 229-230)

Con tal inicio ya se avanza lo que confirmarán varios rasgos del texto: conexión entre el autor y el lector, —por lo que éste deberá ser urbano y de la misma condición que aquél— y trato despectivo de los personajes y de los usos descritos. Ambos extremos son prácticamente nuevos con el costumbrismo aragonés si se atiende a su intensidad pero no desconocidos con otras implicaciones (112) ni ajenos al "menos precio de aldea" común es el costumbrismo español de esta época en que lo rural es algo desconocido o extravagante en muchos de los artículos del Semanario Pintoresco Español y de Los españoles pintados por sí mismos y a lo que se recurre en la medida en que casi todos los tipos y escenas urbanas están inventariadas y aún no se ha procedido a su estudio folclórico. (113). Aunque la altivez y la acritud mantenidas ante lo narrado en "Las fiestas de pueblo" pudieran recordar a Larra, es más evidente el modelo de Mesonero, al menos en la comicidad generada por el pandemonium y por la confusión entre ficción y realidad de "La comedia casera" (III-1832) más algo de "Los cómicos en Cuaresma" (IV-1832) y en la displi-cencia hacia lo rústico de "Los aires del lugar" (VIII-1832) sin que esto quiera decir que H.J. sea un simple remedador pues dos años después aparecerá material equiparable en el Semanario Pintoresco Español que, aunque firmado por Un aficionado lugareño, bien pudiera deberse a su pluma y además no será el último en tratar el tema en esa revista (114).

Tras la distante referencia a las circunstancias externas a la anécdota, esta comienza con el alocamiento del narrador en casa del vicario y el anuncio, por parte de la casera, de "la comedia que han de edhar que se llama el robador" -- El Trovador--, avance argumental que suelca técnicamente ambas entregas. Las concomitancias con el cuento se aprecian, además de en el predominio de lo narrativo, en la forma en que la mención y utilización jocosa de costumbres -- percibidas como exóticas predominan sobre la descripción -- costunbrista, basada en la ironía, la reflexión sobre la posibilidad y necesidad de reforma y la representatividad por proximidad vivencial. Quiere esto decir que de esta forma se fragua un desdibujamiento de los límites entre el uso y el tipo referidos --objeto posible de cuentista, el costumbrista, el folklórico, el historiador...-- y la perspectiva adoptada para referirlos. Así sucede con el "toreo" del -- señor alcalde:

—Pues que es toro? —No señor, si es casado. --
 —Pero señora y por eso lo torear? —No señor si --
 es costumbre de torearlo todos los años y el pasado torearon a un soltero. —Pues digo me rio de la --
 costumbre. —Es para divertirnos: mire V. entre los dos alcaldes tienen que hacer toda la fiesta de hoy y sortean, y el uno hace de toro y el otro paga los gastos. —Pues mas vale pagar los gastos. —No lo crea V. el que hace el toro le ponen uno de carton y su muger tiene el derecho de ponerle los cuernos, -- y si no está casado su querida. —Pues ese derecho quisieran tener algunas mugeres de mi pueblo. —Por eso aqui no lo cede ninguna, yo tambien se los pongo á mi querido. (p. 230)

La vena humorística se sigue explotando a propósito del pregón, donde se ofrece dinero "paravino" a quien dé con el extraviado "burro del señor regidor"; la relación de los incidentes del "toreo"; las obligaciones de los abanderados -- de las procesiones --celibato en el año de turno--; la presidencia del baile a cargo del santo patrón; la música --"la gaita tañía [..] jotas y fandangos y rigodones"--; los "dichos con su caracterización lingüística:

glorioso pasual tu que
 juiste pastor de tus crabas
 bendice las de este pueblo
 para que tenga otras tantas.
 (p. 232 a)

Y el final sainetesco en que, ante el hallazgo del burro, — el regidor, que ha estado callado tras el santo, grita de felicidad y la gente, creyendo que habla San Pascual, sale espantada. La entrega concluye cuando, al anochecer, el — narrador se dirige al ayuntamiento, donde va a celebrarse — la función teatral. En la segunda entrega, el narrador da cuenta del salón improvisado —salón de sesiones adobado — con elementos de la iglesia—, de su disposición, del escenario, de los actores, de la decoración, del tipo de representación:

los pobres diablos parece que habían aprendido de los cómicos de Zaragoza, como no sabían el papel decían mil desatinos á cada paso ... (p. 245),

y del apuntador —otra vez el rústico caracterizado lingüísticamente—:

al bueno del alcalde que hacia de apuntador no se le entendia tanto en esto de apuntar como en lo de hacer el toro [..] : de aqui resulta que los otros nos venian á cada paso con necesitar, gavinote, lechuga por lechuza... (p.245 b)

La jocosidad potencial de tales elementos estalla cuando se opera la confusión entre ficción y realidad en el escenario, cuando los accidentes e imprevistos escénicos conducen a la trifulca y esta es interpretada por el público como prevista en el texto y cuando lo grotesco es inevitable, como al sustituir las canciones del cuarto acto por unas improvisadas jotas a San Pascual Bailón. Todo acaba con el desastre final —a oscuras y con quantazos para el alcalde— que remata esta contrahechura del drama romántico.

Cinco meses después, Mariano Gil y Alcaide escribe uno de los mejores artículos de La Aurora. Bajo el letrero de "Costumbres", pero inominado y rotulable * "El señorito redactor o ¿Qué hacemos con este joven?" (115), presenta un trabajo de inspiración larriana más por su crítica irónica y actitud preocupada que por los rasgos temáticos —algunos provenientes de Mesonero (116)— que encierra como el del joven encaminado hacia la gloria por una persona mayor —c.f. "Don Cándido Buenafé"—, el de la mala educación de la juventud y el de la moda del extranjerismo, todo ello combinado con el tema de la difícil tarea del periodista. Ya la técnica de apertura es plenamente costumbrista:

No hace un año todavía estaba yo paseando por mi angosto zaquizami, revolviendo en mi cabeza el verdadero sentido de ciertas palabras y de ciertas cosas [..], cuando oigo llamar suavemente a la puerta de mi boardilla... (p. 148 b)

Quienes interrumpen al narrador en su intimidad son "un caballero anciano de aspecto grave" y "un joven de toscos modales cuya edad frisaría en los diez y ocho ó veinte". La caracterización sumaria y representativa da paso inmediatamente al diálogo, salpicado de acotaciones, en que se sustenta casi todo el artículo. La primera pregunta, próxima a la fórmula de cortesía,

¿Es V. el señor D. A. me preguntó el anciano, que en unión con otros jóvenes ha intentado la atrevida empresa de publicar un periódico en la capital del antiguo reino de Aragón? (p. 148 b)

da pie a que el narrador se autocaracterice como periodista y desvincule su actividad de la especulación, es decir, aúne la realidad más común con el tópico del escritor no sobrado de dinero. La exposición del motivo de la visita comienza con los antecedentes que relata al anciano mechados con inci

tos del autor que apostillan —para los interlocutores y el lector— lo que escucha y juzgan —para el lector— lo que ve:

Es el caso, continuó el anciano, que este joven que V. vé aquí, y señaló á su compañero, es mi sobrino; por mas señas que el señorito no se habia dignado quitar el sombrero, y repantigado en una silla se entretenia en ir sacando las anéas. —No ha conocido a su padre, y sepa V. que le dejó heredero de un mayorazgo de seis mil pesos de renta. —Al momento lo he conocido le interrumpí: la cara se lo dá. Como tal mayorazgo traté de darle una educación correspondiente. (p. 149 a)

La educación del joven efectuada desde los seis años en Francia, más los viajes en busca de ilustración por toda Europa, también merecen el comentario irónico del narrador:

-Bien hizo V.: en España no hay establecimientos de educación, los españoles somos unos burros.
-Pues por eso. (p. 149 a)

El resultado de tal aprendizaje —"este muchacho [...] pasa todo el día comiendo y durmiendo"— y la responsabilidad del tutor —"yo tengo un deseo extraordinario de hacer brillar sus talentos"— explican la implicación del narrador en el problema:

me he dirigido á V. esperando de su bondad, le admitirá en la redacción de su periódico. ¡O que placer tendre yo al ver consignadas sus producciones en un papel público, y al leer al pie con todas sus letras el ilustre y vambisonante apellido de mis preclaros ascendientes! (p. 149 a)

La petición del anciano confirma la combinación de temas que caracteriza al artículo que ahora entra de lleno en las responsabilidades e inconvenientes del periodismo formulados como pruebas iniciáticas y brochazos de crítica social a un

tiempo. El narrador interrumpe al anciano y enumera las condiciones que han impuesto los redactores para todos los que realizan el periódico y que representan la pintura de los entresijos de una publicación periódica, tantas veces abordados por Larra (117). En primer lugar, el aspirante, además de tener a punto los artículos que se le encomienden, deberá contribuir a subsanar las pérdidas, superar un examen gramatical controlado por "tres redactores sacados á suerte un momento antes", presentar "cuatro artículos de diversas materias dentro del término de dos días que merezcan la aprobación de todos los redactores" y ser admitido por votación. A propósito de las características de esta "oposición" aparece la crítica de los gobernantes:

=¿Pues sabe V., me dijo el anciano, que no se necesita tanto exámen y requisito para ser ministro? —Distingamos amigo, ¿de qué ministros habla V. de los alguaciles? —No señor, qué tengo de hablar de los alguaciles, para lo que les pagan á estos bastante saben: yo hablo de los ministros que suben y bajan y bajan y suben. =Hombre son pozales? =No señor. =Pues amigo si no se esplica V. mas claro no lo entiendo. =Vamos ya lo entenderá, V. no conoce a esos señores que cuando han hecho algun gatuperio, les dan 30,000 reales anuales? = Acabáramos: yo no me meto en dibujos, además debe convenirnos asi, y sobre todo si ellos tienen buena renta, para eso nosotros sacamos buenas contribuciones.
(p. 149 b)

Efectuada la crítica a través del tío, el narrador la duplica cuando expone - al modo de Larra- la justificación teórica del uso del costumbrismo:

cuando no haya pizca de libertad de imprenta entonces hablaremos con franqueza, en el día nos esponemos á ir á las Baleares. (p. 149 b)

El segundo de los requisitos básicos que debe reunir el aspirante a periodista consiste en "demostrar que es persona construida á prueba de bomba", capaz de soportar a) las

críticas y calumnias de quienes no estén de acuerdo con sus escritos, b) las acusaciones de "especulador con dinero ajeno", c) los riesgos de las posibles alusiones de sus artículos de costumbres derivados del enjundioso principio teórico "cuando pinto, no retrato", formulado por los maestros del género:

se ha de encontrar dispuesto á cualquiera hora á romperse la cabeza, porque le sucederá alguna vez al escribir un artículo de costumbres, donde satirize los vicios de la sociedad sin determinar persona, que algun amigo caritativo dirá al primero que encuentre por la calle que el artículo es contra él, que lo sabe de buena tinta, y que no tiene honor sino le rompe al articulista la cabeza, que es fulano de tal, y vive en tal parte, y se retirará á tal hora por la noche, etc., etc., etc. (p. 149 b).

d) la peligrosa reacción de los actores si no tiene la habilidad de reseñar una representación de forma que alabe a todos y e) las consecuencias de que no le impriman exactamente lo que ha escrito. Como ilustración de este último escollo, el narrador vuelve a referirse a sí mismo, como ha hecho al principio, para mostrar por experiencia lo que implica una errata: un desafío, una cicatriz, dos meses de cárcel, doce mil duros y una novia, todo por intentar congraciarse con el padre de su bella, comerciante, entre -- otras cosas, de carbón, insertando en el periódico donde trabajaba un anuncio redactado personalmente y que rezaba

En la calle de tal, número tantos, (que era precisamente la casa donde vivía el comerciante y tenía el almacén) se halla el mejor carbón de la capital y se arregla á precios equitativos: y ha de saber V. que en lugar de carbón me pusieron en la imprenta la r delante de la b. (p. 150 g)

El artículo efectúa un nuevo quiebro para incidir en el tercer personaje una vez que el anciano ha formulado su petición y el narrador, a propósito de las trabas que la separan de su cumplimiento, ha pintado el tipo del periodista. A la vista de tantos inconvenientes, el tío reconsidera sus ansias de gloria delegada y pide la opinión a su sobri

no. Lo mismo quiere saber el periodista. La sorprendente respuesta que reciben incorpora plenamente al artículo el tema ya apuntado —y también rastreable en Larra (118)— de la juventud problemática a causa de la mala educación y las modas extranjerizantes:

la mosquita muerta se levantó como si le hubiera picado una sanguijuela y mirándome con la mayor desfachatez exclamó, previa una interjección francesa y en un idioma que ni es francés ni español: mon oncle es un tiran: yo no haber necesidad de lui ohair: moi non plai travailler et souturt yo no nacer pour écrire. Alons á la cour de Paris: mis amigos mas chevaux et tout las diversions son mon affaire, sot condicion de l'Espagne, y concluyó con otra interjección. (p. 150 a)

El anciano no da crédito a lo escuchado, una vez traducido por el periodista, y discute con su sobrino. El periodista sitúa el origen de todo en la temprana educación recibida en el extranjero y formula una de las implicaciones del tema costumbrista de la xenofobia:

Sobrados son los extranjeros para morder y satirizar lo bueno y lo malo que tenemos, sin necesidad que nuestros hijos les ayuden y se constituyan en sus panegiristas. (p.150 a)

Se mencionan de nuevo los inconvenientes que debe superar el aspirante a periodista, insuperables a tenor de la condición y la voluntad del sobrino, con lo que se sueldan hábilmente el mundo de la prensa y el de la educación. Lo mismo sucede entre el periodista y el anciano cuando este reconoce los errores cometidos, y abandona las expectativas puestas en el sobrino y recurre al consejo del redactor:

Desgraciadamente veo los efectos de su educación pero ¿qué hacemos con este joven? no hemos de encontrar ningún remedio? -Tarde piache, amigo mío, le respondí, creo que da nada servirán nuestros

esfuerzos: sin embargo lo primero que debe V. hacer es que arranda el español, inspirándole afición a vuestras costumbres; hasta llenar su alma -entusiasmos patrio; tal vez con esto le podremos hacer entrar en el carril, y si con alguna linda -aragonesa consiguiésemos después establecerlo en Zaragoza ó en otra capital... (p.150 b)

El talante preocupado por el asunto que se advierte en el autor reaparece cuando, en vez de delinear un final apacible o, incluso, resignado para el argumento, lo convierte - en desenlace trágico de rasgos románticos. El joven interrumpe al periodista y manifiesta acaloradamente el cariz irreversible de su educación: a su tío le acusa de intentar "comerse sus intereses y quitarle lo que le había dejado su padre" y al periodista le espeta que estaba "medio casado en Francia" sin necesidad de sus consejos. Unos meses después los adultos se encuentran en la calle y el tío informa al narrador:

A los cuatro días de ver á V. se volvió al extranjero: el lujo, los vicios, y el torrente del libertinage, ha concluido con su existencia lejos del amigo que recibiera su postrer aliento... (p. 150b)

Una última nota cierra el artículo para añadir verosimilitud a lo escrito, enfocar la atención hacia al personaje narrador e iniciar la quiebra de la ficción que debe completar - el lector en provecho propio:

En seguida me volví á mi casa y escribí el suceso para conocimiento de quien convenga. (p. 150 b)

El narrador desvela así que su auténtico interlocutor es el lector, con quien intenta establecer una relación similar a la que, como personaje, ha fraguado en tanto que intermediario no sólo cronológico -pues equidista del anciano tío y - del sobrino -sino también funcional ya que actúa como oráculo en virtud, sobre todo, de su condición cuasi-sacerdotal de periodista y del valor atribuido a su profesión, piedra de toque para ponderar la educación, el aprendizaje y la responsabilidad social. Se imbrican así tres tipos, tres mentalidades y tres generaciones y todo ello en un trabajo literario -periodístico (un artículo de costumbres) en el que pens

y costumbrismo se compenetran como temas a la hora de reflejar críticamente aspectos significativos de la sociedad española costánea ubicados en un contexto aragonés y tratados con una maestría digna de los modelos.

"Recuerdos de un viage" (119), de Juan Miguel Burriel, vuelve a ofrecer en forma de carta a un amigo el contacto entre el hombre urbano y el medio rural, aunque esta vez sin el distanciamiento degradador de "Las fiestas de pueblo". Trátase, como esta, de una composición que comparte los rasgos del relato —lleno de temática e ironía costumbrista— y del artículo de costumbres, sólo que de orientación ideológica casi opuesta a la de B.J. pues viene a denunciar el estado desastroso en que se encuentra el pueblo del narrador. Las anécdotas hilvanadas para referirlo, unidas a la generalización del caso a toda la nación y a la actitud preocupada y ajena a la ridiculización con que todo se lleva a cabo, sugieren la simbiosis del planteamiento de "Las fiestas de pueblo" y el tratamiento de "El señorito redactor...", lo que recuerda las dificultades para mantener clasificaciones simplistas de escuelas o ideologías costumbristas a partir de rasgos interpretados a priori. La anécdota del artículo es, como anuncia el título, el viaje, con sus inconvenientes reales y tópicos, sus sorpresas, sus expectativas y sus resultados. Se inicia con la reflexión habitual —aquí dedicada a comparar la visión del campo que tienen el niño y el adulto— dada como objetiva pero luego adjudicada —como en "Mi biografía" —al personaje narrador que inicia el viaje. Se enumeran los preparativos dispuestos para trasladar a toda la familia, especialmente los servicios de un calefector:

Baste decir que el día señalado para la marcha estaba citado á las cuatro de la mañana, y llegó á las siete á mi casa á ver si marchábamos, porque

iba á aparejar; no habiendo venido antes por no turbar mi descanso. (p. 188 a)

Así comienza el trabajoso itinerario salpicado por varios de los detalles inventariados de Cadalso a Larra para similares circunstancias: el carruaje, las caballerías, los acompañantes y, sobre todo, el calesero. Un alto en el camino con la intención frustrada de "demandar en justicia á cierto moroso deudor" es aprovechada para fustigar a los leguleyos, airear la desidia de las autoridades civiles en el control de los transeuntes -pues acceden sin reparos a falsificar el pasaporte del narrador-, apuntar primorosamente las chapuzas caciquiles, lanzar pulles contra los clérigos que han sabido mejorar su situación tras la desamortización, y para apuntar primorosamente las chapuzas caciquiles:

hablé con los políticos del lugar acerca de estas cosas; y por el principal supe que disponia del pueblo para elecciones de diputados; que era dueño de la milicia por si fuese preciso secundar á la capital en lo que esta hiciera, tuerto ó derecho; y en fin, me demostró que la opinión pública tenia en él el único hombre por cuyo medio se expresaba: de todo nacia una encantadora uniformidad en los acuerdos del ayuntamiento, en las votaciones, y en los repartos de las bagagerías, raciones, pudientes, etc. etc., de los cuales le relevaban por lo que trabajaba de cabeza en formar las listas. (p. 188 b)

Si la ironía con que el narrador describe las condiciones físicas y sociales de lo rural no basta para sugerir al lector que debe trascender lo anecdótico, en medio del artículo -- aparece un toque de atención tan claro e imprescindible que incluso rompe la ficción de la carta pues el autor, que se dirigía a un amigo, apela directamente a una tercera persona:

El entendido lector me perdonará las digresiones en que incurro, excusables á mi modo de ver por mi inesperienza de lugares, la cual me hace dar importancia á lo que en sí no la tendrá. (p. 189 a)

La relación de la segunda jornada da cuenta de alicientes semejantes a los de la primera, como lo impracticable de los caminos. La llegada al destino evoca las travesuras de la niñez hasta que se impone una realidad inmediata con implicaciones más vastas:

Sacóme de mi ensueño un tropezón del caballo, que me hizo caer sobre un espino: pregunté qué sitio era aquel para apuntarlo, y me digieron que el monte del Paraíso. Tendí la vista y no descubrí sino aliagas, artos, carrascas y enebros: en el suelo cardos nacidos entre guijarros y peñascos. Ni una fuente, ni un sauce, ni un alamo, ni una flor: aquella vista y la caída me hicieron ver que en España hasta las inmediaciones del paraíso están llenas de maleza. (p. 189 a)

Se trata de un adelanto de la desolación y el abandono que, tras la guerra carlista, caracterizan al pueblo. La entrada en este supone el final del argumento pero no de las oportunidades para seguir lanzando pullas tradicionales:

Desmonté en una casa, cuyo dueño había muerto hace cuatro años por habérsele llevado la mandíbula un cirujano, que quiso sacarle una muela. Verdad es que como no tenía título, así como otros muchos charlatanes, su palabra era bastante para que el pueblo pagase un homicida. (p. 189 a)

y esbozando unas pinturas de tipos coetáneos que ni llegan a la ridiculización ni se quedan en chascarrillo :

Era el alcalde buen mozo, cuartudo, moreno y valentón: su instrucción bastante para saber firmar un oficio y leer la epístola en los días de fiesta: su política hablando de la paz y tranquilidad que ahora gozan, se reducía á esta palabra: "degollar los". Ni quise ni pude venir en conocimiento del prógimo á quien tanto amaba. (p. 189 b)

No es para chiste esta caracterización sino para conmiseración y protesta: prelude la exposición que tales autoridades hacen al visitante y que este, indirectamente, trasla

da a la "administración pública". La fórmula de despedida que cierra el artículo aún añade a éste dos notas: una que pondera la trascendencia de lo apuntado, aporta datos circunstanciales y sugiere una correspondencia epistolar, y otra que, paralela a la apelación hecha al lector, justifica ante el amigo un final que no se corresponde con el optimista inicio de la carta.

"La Cencerrada" (120), anónimo, aparece un mes después, en noviembre de 1840, aunque va fechada el 1 de septiembre de 1839. Si el tema responde perfectamente a lo que puede encontrarse en un repertorio de artículos de costumbres, éste, por más que recurra en gran parte al relato de lo que representa como espectáculo verídico contemplado la noche del 28 de agosto de 1838 en la "ciudad siempre heroica de Zaragoza", resulta costumbrista por partida doble. Además de la anécdota —y quizá más importante que ella pues la incorpora al terreno del género (121)—, el artículo cuenta con una introducción extensa y enjuiciosa que vincula una vez más el costumbrismo aragonés con el nacional al justificarlo teóricamente con el mismo argumento: la reivindicación de la imagen de España. El autor basa la exposición de su tesis en la contraposición entre el escritor de costumbres y el "viagero observador". El punto de partida es concebir las diversiones populares como un índice de verdadero "estado de civilización de un pueblo" y como temática privilegiada del costumbrismo:

barometro el mas seguro adonde siempre debe tener
vuelta la vista el escritor de costumbres (p.222 a)

En segundo lugar, se trae a colación la forma en que el "viagero observador" extranjero desvirtúa el sentido de diversiones públicas españolas como los toros, deduce "que el pueblo español es bárbaro" y

que no es posible que un hijo de este suelo acometa una acción grandiosa, se haga célebre por la heroicidad de sus hechos. (p. 22 a)

y difunde "tan precioso descubrimiento" en su patria. El tercer paso es referir estos desaguisados a determinados extranjeros,

entre los cuales se distinguen ventajosamente nuestros convecinos los franceses por la exageración de sus ideas y por la ridícula seguridad con que venden sus aserciones. (p. 222 a)

El cuarto, sugerir los prejuicios antiespañoles de los franceses cuando se considera el tratamiento chovinista que dan a una diversión —la encerrada— muy criticada pero tan arraigada en España como en Francia:

lo que aquí querrá presentarse como una muestra de poca cultura, aparecerá allende los Pirineos como señal fija de civilización y tolerancia. (p. 222 a)

Además de esta teoría explícita del costumbrismo español en la línea de "Las costumbres de Madrid" (abril de 1832), de Mesonero —auténtico manifiesto que abre el Panorama Madrileño—, la introducción encierra un rasgo que redobla su carácter de "prólogo con morrión". Si puede entenderse como justificación para tratar la encerrada, costumbre de la que el autor es entusiasta, de hecho también funciona como dignificación de un tema cuyos detalles, "barbaros" en un contexto rural —cf. "Las fiestas de pueblo"—, deben "civilizarse" si se quiere ubicarlo en un ámbito urbano. "La Encerrada" supondría entonces una prueba de cómo se aplica —en su procedimiento y en sus implicaciones— a la asimilación de lo rural por parte de lo urbano (liquidación simplista del contraste campo/ciudad) la excusa de la restauración de la imagen española deformada (liquidación simplista del contraste España/Europa) con que el costumbrismo español en

cubre, desde sus inicios, el proceso de explicación unívoca a que somete la realidad que describe.

4.1.3.4.- Mayor inflexión hacia lo moral y la gravedad. Tres artículos sobre la mujer: su educación (1840), la talentuda urbana y la rústica bella. La empleomanía como ambición. Relato romántico con tics: el periodista y el jugador. Antropomorfización de un objeto: el periódico o la autofagia. (1841).

La gama de matices del costumbrismo que encierran las páginas de La Aurora se amplía y enriquece con algunos artículos dedicados a la mujer. * "La educación de la mujer" (122) que firma N. S. —¿Nicolás Sicilia?— y que se reparte en dos entregas, quizá sólo merezca una mención como trabajo lindante con el género y arropador de los que le siguen, pues el rótulo "costumbres" de la sección en que se halla y el uso del lema costumbrista que exhibe no bastan para compensar el punto de vista histórico-jurídico con que se propone combatir la "costumbre" de la errónea educación de las mujeres. En definitiva, le falta el tratamiento literario que para acometer la defensa de la mujer se utiliza, por ejemplo, en "La mujer de talento" (123) aunque éste sea escaso en su autor, Francisco Sepúlveda. Este artículo está dirigido al público femenino, al que apela como "amadas lectoras" pero despide como "hermosas lectoras" a pesar de dedicar toda la introducción a renegar del

hombre del positivismo, el materialista para quien la mujer es el animal hermoso destinado a los placeres [...], porque guiado del instinto material no encuentra la belleza femenina en otra parte que en las simétricas proporciones, en las brillantes miradas, en las cinturas flexibles y en los talles voluptuosos. (p. 297 a)

Con más ánimo de alabar a la mujer en general y de ejercer la caridad con la fea en particular —"la hermosura seduce pero no encanta"— que de describir los rasgos de la talentada encontrados en un ejemplar concreto, el autor, con trazas romaticoides, emprende la pintura de su modelo teórico. Entre los caracteres de esta "versión a lo divino" de la mujer media —por clase y por virtudes— coetánea que el autor hilvana con el uso anafórico del título, cabe hallar sin embargo algunos toques descriptivos que evocan lo enaltecido:

La mujer de talento conoce todas las debilidades de su sexo y pone especial cuidado en remediarlas: no murmura por que la murmuración es patrimonio de almas miserables: no averigua la vida privada del prójimo por que en ella suele haber circunstancias horrendas y vergonzosas: detesta la adulación por que hace dudar la virtud [...]. La mujer de talento es compasiva y tiene mucho amor a su sexo. (p. 298)

Evidentemente, el mérito del artículo no está en los improbos esfuerzos que hace su autor por componer un retrato robot ideal sino en la técnica plenamente costumbrista a que recurre —tema, introducción, enumeración sistemática de rasgos—, en cierta medida equiparable a la de las fisiologías y en su resultado: un artículo de tipo general o psicológico cuya emancipación del artículo de escena ya aparece declarada en el rótulo de sección que precede al título: "Tipos originales".

El no muy brillante tratamiento de la mujer apreciable en estos dos artículos podría completarse —aunque no mejorarse— con el anónimo "La bella aldeana" (124) que también cuenta con lema y se anuncia con el marbete de "Tipos originales" cuya impropiedad se comprueba en la indicación que le sigue: "Imitación de ****" y en una declaración más explícita del texto que, además, avanza el tema:

Descripción que á la letra copiamos, y que segun hemos llegado á saber es mas bien en su fondo la historia contemporanea de dos actantes. (p. 329 b)

El artículo cuenta con una introducción de redacción nada clara en la que se proponen los viajes como ocasiones privilegiadas y excepcionales en las que "el joven observador" puede conocer más profundamente a las mujeres que en las visitas, las tertulias y los bailes. El cuerpo de la composición —a veces ininteligible de mal traducida y aquí y allá adornada con laísmos del desafortunado copista— viene a ser una trasposición al ambiente rural de "La mujer de talento" o, dicho de otra forma, el diseño del espécimen que el urbano desea encontrar en el campo para no echar de menos la ciudad. Pero a la aldeana se le exige que a todas las cualidades de la urbana añada la belleza física, por lo que la pintura del tipo psicológico que constituye esta entelequia sustitutiva del esperable tipo rural es fundamentalmente una pintura de la mentalidad urbana. La relación que esta mantiene con el mundo rural es trancunto de la establecida entre el viajero extranjero y su visión tópica de España; de ahí que el interés del artículo esté en su función más que en la originalidad, el descripcionismo o la ironía, ausentes por completo. El intento de aproximación a lo rural recuerda al observado en "La encerrada", sólo que aquí es más chirriante pues deja al descubierto que esta gema en el esciércol —o este ensueño próximo a una hortaliza: "planta privilegiada por la naturaleza, indígena del país donde ha nacido, pero que siempre agradece y paga con amor al dichoso hortelano

que se enriquece con su hallazgo" (p.329 b)-- que es la bella aldeana únicamente que puede ser interlocutor válido para el ciudadano si este logra asimilarla física, psíquica y espacialmente, pues a todas las cualidades que debe reunir se añade, al final, el trasplante a la ciudad que la desnaturaliza por completo:

Jovenes, aumentad vuestros placeres no reusando los variados y puros que ofrecen los viages; tal vez aumentareis también el cuadro de las Aldeanas con alguna mas elegante y feliz que la nuestra que toda su gloria la cifre en una fecta aldeana.

¿Mas para que salir de este precioso y elegido recinto? acaso si reparais en todas sus bellas, ¿no son las mas lindas las aldeanas? ¡ah, si nacieron en un pueblo! es verdad, mas su mérito las conduce á la capital, aqui se arraigan y vienen á ser hijas todas queridas de una sola Patria... (p. 332 b)

De nuevo, Mariano Gil y Alcaide reclama un puesto eminente en la nómina de costumbristas aragoneses e incluso un hueco en la de los nacionales al revalidar en "Un destino" (125) las habilidades técnicas ya mostradas. Alojado en la sección "Costumbres", este artículo sobre el tema de los empleos es eco literario de la confluencia de movilidad ocupacional, ansias de poder, compensación de servicios prestados, corruptela de textos legales y conaterio de progresistas. La desafortada caza de prebendas burocráticas que aqueja el constitucionalismo decimonómico que merecía la denuncia de El Mundo en 1836 y había sido tratada con tintes más benignos por Mesonero en 1832 (126), en Gil y Alcaide se orienta hacia una solución intermedia. "Un destino" se asienta en tres partes diferenciabtes: la introducción generalizadora, el esbozo de varios tipos que la ilustran y el desarrollo de un caso paradigmático de lo anunciado en el título. La transición de una a otra está resuelta sin violencias. A

la trabazón de las primeras se une la gran extensión resultante pues ocupan la mitad del artículo. Y no se debe a la pericia del autor sino a la voluntad de usar los elementos formularios de la composición para ampliar las implicaciones de la crítica y soldar varios temas y técnicas, tendencia ya manifestada en *"El señorito redactor...". La reflexión inicial quiere ser una honda consideración sobre la irracionalidad humana o, mejor, una invitación a dudar del sentido de la vida que, al menos, el autor logra formular en los términos románticos que adscriben todo el artículo a un tiempo histórico puntual:

el hombre mientras peregrina en esta tierra no hace mas que disparates uno tras otro. El hombre se enamora, al hombre le dicen que tiene libertad y se lo cree, al hombre lo vende su semejante y le erige un altar en su pecho; en una palabra el que dijo que era un ser racional, sin duda quiso huirlarse. Si fuera así existirían tantos alevases, tantos traidores, tantos infames? Viviría el virtuoso abatido, y entronizado el criminal? Fuera el hombre de mérito perseguido y moriría de hambre? (p. 308 b)

Los "desbarros" observados en los conciudadanos —y nó móviles abstractos— son el origen de la duda que pretende contegar. Con la apelación que invita al lector a emprender tal viaje comienza la enumeración de "equivocaciones" censuradas. Así, a la condena explícita se une la más efectiva mecánica que reduce al ridículo las anécdotas por obra y gracia de la connivencia entre autor y lector frente al aislamiento de sus protagonistas. Estos son tres. El primero, D. Juanito, "empeñado en que tiene oído, no teniendo mas que orejas":

Si ese hombre creyera que lo hacia mal no cantaría, cuando lo hace es prueba de que cree es un joven criado para la música, luego padece una equivocación. (p. 309 a)

Doña Sinforosa, por su parte, representa la idea equivocada de la belleza:

Maldita vieja, con mas lazos que pollo de rifa y con sus bucles postizos, y sus dientes postizos y su color postizo y hasta lo que le abulta por detras postizo también... (p. 309 a)

El tercer botón de muestra tiene rasgos más locales y su "equivocación" no es tan convencional:

Vean ustedes allá á D. Crisanto que fue á Sevilla á ver una tía suya, y por haber estado quince días en la tierra de N. Santísima, se nos viene á Zaragoza donde ninguno tenemos esa gracia vinculada en los que las aguas del Guadalquivir beben, haciéndolo se andaluz, sin considerar que peina canas el santo varon, que hace cincuenta y seis años que esta sobre la tierra y que jamás hasta entonces salió de Zaragoza... (p. 309 a)

Los ejemplos de esta clase podrian aumentarse a propósito del "buen tono", la "vanidad", el "orgullo" o la "mentecatez", según sugiere el narrador, aunque no le preocupan demasiado por ser enmendables con la edad y de poca trascendencia en comparación con

la maldita idea, equivocación ó como ustedes quieran llamar y que parece esta en boga y es el padre nuestro de cada día, esto es el destinito. (p.309a)

La transición a esta parte, la tercera y más epocal del artículo, se inicia con otra apelación al lector y la transcripción de los términos en que los coetáneos manifiestan la obsesión por el destino. La reflexión específica del caso medular del trabajo aborda la "teoría" del destino desde el punto de vista de los móviles

gentes que disfrutando de mil comodidades en su casa y tal vez en espectación de un bello porvenir no se creen sin embargo satisfechas [...] nadie se cree feliz con su suerte y [...] todos andan en busca del destinino ... (p. 309 a),

de la frivolidad con que se acomete su desempeño:

No sabemos si la ilustración del siglo en que vivimos ha infundido en tantas cabezas una ciencia infusa; capaz de desempeñar los empleos que ambicionan ... (p. 309 a)

y de los pobres resultados obtenidos:

Mudamos de oficio como de camisa, y nos morimos de hambre. Sabemos lo que hacemos? (p. 309 a)

La empleomanía queda así reducida a la antonomásica "idea equivocada" del siglo no sólo por ser entroncable con la ambición, propia de cualquier época, o porque se pueda tildar de moda banal, sino especialmente por la estúpida carrera en que embarca a todos para perjuicio de la mayoría. La crítica de la empleomanía queda redoblada por contraste con las limitadas pero seguras ventajas que proporcionaba la perseverancia en un oficio durante el Antiguo Régimen frente a una movilidad sin sentido para los que, sobrados de ambición y faltos de dotes, imitan a los que dominan las reglas del nuevo juego social. De ahí que el autor exhiba un caso significativo para escarmiento de incautos:

Sirva de ejemplo mi vecino D. Gregorio cuya historia contaré brevemente á mis lectores. (309 a)

El narrador, que vuelve a mencionar explícitamente a los destinatarios del artículo y avala la anécdota como testigo, resume los datos fundamentales al tiempo que se introduce como personaje:

D. Gregorio era un comerciante acaudalado, con una esposa y unos hijos que hacían hermosa su existencia, y sin embargo él no se contemplaba feliz: dira la mitad de mis bienes, me decía hace dos años, por hallarme oficial de cualquiera dependencia con una cintita en la solapa de mi frac. (309)

El grueso de lo referido es enumeración de los pasos seguidos por D. Gregorio durante los dos años mencionados. Los vínculos establecidos entre narrador y lector hacen que esta "idea equivocada" aparezca como recusable por el esguenatismo y el distanciamiento con que es comunicada. El protagonista se traslada a Madrid en busca de un destino, lo consigue y se traslada con su familia a la ciudad donde debe desempeñarlo. Su ineptitud para el cargo es absoluta y queda a la vista de todos; cuando quiere encubrirla,

perjudica á la oficina en 7000 rs. que le hacen pagar duro sobre duro. (p. 309 b)

Las penalidades de D. Gregorio se acumulan:

Por fin para no molestar á mis lectores el sugeto á quien traspasó la tienda le hace una quiebra horrorosa; los arrendadores de sus fincas no le pagan, y por último desconsuelo, cambia el ministro, y me apoca al comerciante para poder colocar á un pariente en décimo grado de la nuger del ministro en el destinito de D. Gregorio. (p. 309 b)

El personaje, arruinado, hundido, tiene que retirarse al pueblo de su mujer. Argumentalmente el artículo se cierra cuando el narrador alude al encuentro reciente que se supone da pie a todo el trabajo. El arrepentimiento explícito de D. Gregorio —quizás innecesario ya— se refuerza con el otorgamiento de la razón al narrador

Ah! amigo mio si yo hubiera atendido á sus consejos (me decía) que diversa sería mi suerte... (p.309 b)

la condena moral de D. Gregorio es plena. Los últimos párrafos del artículo no son sino una obligada confesión de las funestas consecuencias de su pretensión que, por si no fuesen conocidas o intuitas por el lector, aún son teorizadas con una generalización del narrador:

morire lleno de vergüenza en este lugaron, y gracias a Dios que el escaso dote de mi pura consorte nos proporciona con que alimentarnos estrechamente. Esta es la suerte de un hombre que despreció lo positivo por ir en busca de lo ideal!! Cuantos como él!! (p. 310 a)

La ausencia de humor en las situaciones —e incluso de gracias puramente verbales— confieren a "Un destino" un aire serio y preocupado propio de los artículos de Gil y Alcaide que va a teñir "La sociedad" (127). Según se lea este trabajo, sus elementos narrativos tienden a ahogar lo poco que de costumbrista encierra la pintura del tipo del jugador. Estrictamente sólo tendría el marchamo del género —y no es rasgo exclusivo— el arranque de la anécdota:

Hallábame hace dos años en alta noche en mi cuarto, cuando un fuerte llamazo á la puerta de mi casa absorbió mi atención. Salí á ver quien era y conocí á Eduardo: mandé abrirle y á los pocos momentos entró en mi estancia con el semblante pálido, la vista desencajada y el cabello crispado. (p. 361)

En vez de la reflexión inicial esperable, el autor ha suministrado el historial de Eduardo y los antecedentes que pueden convertir en tragedia irreparable lo que era envidiable existencia. El cuerpo del artículo será, precisamente, la referencia de esa situación temida. Lo que en "El señorito redactor" y, sobre todo, en "Un destino" era talante grave aquí llega a ser tétrico pero ya no tanto por la actitud del

narrador como por el carácter de lo narrado: la desesperación del joven arruinado que reniega de todos y de todo. Desde este punto de vista, "La sociedad" se convierte en un relato romántico, donde lo costumbrista desaparece casi totalmente. Pero, por lo mismo, las concomitancias de este artículo con los otros de Gil y Alcaide —visita, similar periodo como tiempo narrativo, cierto distanciamiento altanero y larriano, ufana confirmación del oráculo del narrador, tendencia a la combinación de técnicas y temas...— lo retendrían dentro de los límites del género y en vez de a la hipotética pintura del jugador habría que atender a la más plena y sustanciosa —muy lejos de la caricaturesca de Mesonero en "El romanticismo y los románticos"— del joven romántico que pone en duda la sociedad coetánea. En fin, la especial ubicación con respecto al costumbrismo que exige este artículo quizá se ilustre con la equiparable actitud de su autor con respecto al romanticismo: la madurez y el profesionalismo que profesa el narrador en "El señorito redactor..." y la probidad y firmeza de principios que trasluce en "Un destino" se compendian en la virtud capaz de contrarrestar la corrupción universal que exhibe en "La sociedad", con lo que se distancia argumentalmente de las actitudes rebeldes al tiempo que las asume como inexcusables temas coetáneos de ineludible solución trágica que apenas toleran la ironía y en modo alguno la jocosidad. (129).

Aunque no por estricta cronología, "¡Pobre periódico!" de Francisco Sepúlveda (129), puede servir de última muestra del costumbrismo que encierra La Aurora. El artículo, además de emparentar con la estirpe de los que se centran en abanicos, paraguas y otros "muebles", ofrece un tratamiento antropomórfico de periódico que lo aproxima a un tipo y, sobre todo, da pie para ser interpretado como un "meta-artículo" (o artículo especialmente "autofígo") sobre la propia revis

ta que lo sustenta y cuyo fin parece barruntar. El trabajo se abre con las palabras que "un anciano inteligente" dio como respuesta a "varios jóvenes literatos" que le consultaron sobre la creación de un periódico:

La abundancia es madre de la indiferencia; por lo mismo, señores, cuanto VV. hagan es inútil: ni su prestigio ni su talento lograrán que el público diga sí, como una vez haya dicho que nó. (p. 374 a)

El juicio, que funciona como lema inmediatamente glosado por las acotaciones del narrador, sólo parece tener sentido como premonición de la vida que le queda a la publicación, pues es el único apoyo literal para interpretar el alcance de todo el artículo. Tras esta introducción coyuntural, otra más específica, ocupa los dos párrafos inmediatos donde ya quedan asentadas las ideas básicas de lo que sigue: a) la sacralización del oficio periodístico, a pesar de la leve ironía con que se formula:

esta [la vida del periódico], aunque demasiado pública, tiene misterios profundos é incomprensibles que solo la mano del sacerdote puede revelar. (p. 374 a),

b) la dificultad —que aumenta los méritos— de la tarea, cristalizando en el epíteto "pobre" que el lector debe atribuir al periodista aunque esté referido al periódico y c) la imprescindible función de la prensa como medio de comunicación. El cuerpo del artículo simultanea el recorrido por la vida del periódico con el censo de los tipos de lectores o hilvana los comentarios anafóricamente con el lastimero y siempre subrayado sonsonete de "pobre periódico". El alcance y las limitaciones de la prensa, consustanciales al género costumbrista y tan certeramente establecidos por Larra —quizás su texto más próximo al tono del presente sea "Un periódico nuevo"— comienzan aquí con el nacimiento asistido:

Un periódico hace su primera entrada en el mundo con timidez, porque desconoce la clase de seres entre los cuales ha de vivir; pero estos le reciben con magnificencia y esplendor, gracias á los informes ventajosos, que con anticipación tienen cuidado de repartir algunas almas caritativas. (p. 374 a)

En la etapa juvenil se presenta "el principio y fin de sus desgracias y padecimientos" puesto que "tiene que sacrificar se para dar gusto" a todos. Su consolidación y triunfo dependerá de la adecuación entre lo que ofrece y lo que le piden unos lectores representativos —tipos— cuyas expectativas definen el tono y el contenido de las distintas secciones. Así, son traídas a colación a) "el joven de cascos alegres" que quiere que sea "jugueton, calavera y bullicioso"; b) el "enamorado" que

quiere formalidad, sentimiento y melancolía, entrevistas nocturnas, viajes aéreos, fantasmas y cementerios. (p. 374 b);

c) la "incomparable" devota de la moda que busca en sus páginas las novedades de París y Londres y, de vez en cuando, algo de distracción:

con dulces versucitos, baladas tiernas, ó con la historia lastimera de los personajes de allende, porque, son mas finos, mas sensibles, mas enamorados que nosotros. (p. 374 b);

d) el "Literato que rechaza todo lo ajeno a sus intereses pues "para él es una miseria ocuparse de chismografía, trajes y amoríos." (p. 374 b); e) los "fisgonos", de gustos opuestos a los del literato, que entre otros muchos detalles, exigen la publicación de "las obras traspirenaicas mas recientes, para poder de este modo hablar algo de interes en la tertulia de la Marcuesita" (p. 374 b); f) los artistas que le dicen al periódico: "como buen español, debe procurar por las

glorias de su país, ensalzando nuestro mérito." (p. 374 b); g) Y, cada uno con sus intereses, los abogados, médicos, naturalistas, historiadores, geógrafos, astrónomos, químicos, matemáticos, filósofos, teólogos, agricultores y arqueólogos. Pasada la juventud, "encuentrase luego el pobre periódico giboso, con arrugas, sin galas ni relumbrones, y empieza la época de sus calamidades." (p. 375 a) y cada vez es más incapaz de satisfacer los gustos de los lectores, que vuelven a ser traídos a cuento. Las penalidades no desaparecen ni con la muerte pues pocas veces llega a verse encuadrado: "puede darse por muy satisfecho, si [...] las pulcras manos de una señorita lo convierten en patronés de corsé." (p.375 b). Una tercera alusión a los simultáneamente creadores y consumidores que evoca todo lo que mata la tijera conduce al final del artículo. Allí se protesta ante el injusto criterio que hiere de muerte al periódico y se sugiere el poder y la debilidad de un elemento conformador de la nueva sociedad que devora sus propios productos:

porque hay que desengañarse lo primero que se pregunta en nuestros tiempos á un periódico es si saldrá elegante, no si dará buenos artículos ¡á tal punto han llegado los caprichos del gusto y las exigencias de la moda. (p.375 b)

4.1.4.- Eco de Aragón (1840-1843). El Centinela de Aragón (Teruel, 1841-1843). El Zaragozano (1842). El liberal Aragonés (1843-1844).

La primera época del Eco de Aragón, debida casi totalmente a Braulio Foz, se extiende de noviembre de 1838 hasta mediados de 1843 (130), momento en que finaliza la regencia de Espartero (131), a quien apoya desde Zaragoza como hará Víctor Pruneda en El Centinela de Aragón, desde Teruel (132) sin que ni a uno ni a otro les duelan prendas a la hora de denunciar las incoherencias políticas del Duque de la Victoria. Lo conservado de este periodo muestra aspectos valiosos del costumbrismo aragonés con respecto a los de La Aurora y de carácter bien diferenciado pues confirma algunas modalidades propias de la prensa diaria como las series, a menudo epistolares, y la presencia, directa o indirecta, de líneas críticas nacionales bastante enraizadas que consolidan una específica forma de inbricar —a veces con fuerte carga de aragonésismo y anticentralismo— la temática local con sus implicaciones nacionales.

4.1.4.1.- Artículos reproducidos: críticos de Modesto Lafuente (1840-1843); convencionales: objetos (1840), el cartero (1841).

Precisamente, el folletín del primer ejemplar con servado recoge "Una semana grande" (133), artículo reproducido del Fray Sermón, de Modesto Lafuente, quien va a aportar sus incisivos comentarios sociales a las páginas del Eco hasta los últimos días de esta época (134). Tampoco va a faltar la reproducción de artículos de tono más convencional, de cuya calidad media puede dar idea "El cigarro" (135) firmado con el pseudónimo Mascarate, aceptable repaso de los usos sociales relacionados con el consumo del tabaco -- que incluye desde la alusión ~~social~~ a su procedencia cubana hasta detalles "autófagos" sobre la inspiración

mis artículos, buenos ó malos al cigarro se deben, y con particularidad el de hoy. (p. 2 g).

pasando por menciones como:

En las oficinas lo primero que se hace es fumar, lo segundo charrar, lo tercero escribir.

(p.2 b)

Donde el término "charrar" --muy usado en Aragón--, unido al empleado en el pseudónimo --del catalán "mascarat", 'tiznado' o del aragonés "mascarar", 'tiznar'-- y al lema, tomado de Pensamientos de un fumador, de Príncipe, reforzaría la vinculación del artículo con Aragón ya establecida por el simple hecho de ser reproducido y poder ser consumido directamente por los lectores aragoneses. De parecido valor resulta algún otro como "El carterero" (136) que, publicado más de un año después, habla de la presencia en el Eco del especializado artículo costumbrista de tipos.

4.1.4.2.- En las lindes del costumbrismo: gaceticas vinculadas (1840), onorismo; política; devociones; melancía; paga y empleos (1841); burocracia (1842).

Aun siendo originales, tienen menos frecuencia e interés los trabajos que amalgaman gaceticas y chibletes. Así, "Olla podrida" (137) que tiende a lo sentencioso. Un tratamiento de similares asuntos municipales o nacionales -- más próximo al costumbrismo revelan los que, como "El puente colgante en el Gállego" (138), muestran críticamente la actualidad zaragozana. En este caso, se elabora literariamente lo expuesto en editoriales (139) sobre el desagrado con que se acoge en Zaragoza la noticia de que se ha confiado a un francés la ejecución de un puente de hierro. El artificio que condena tal medida es básicamente lo soñado por el narrador cuando se duerme mientras lee La Arcucana en Coquillada donde ha ido paseando a caballo para contemplar el Gállego. El sueño le sitúa en Tortosa ante una lápida cuyo epitafio reza:

Aquí yace Mr. Seguin, francés de nación, empresario del puente colgante del Gállego, en Zaragoza. Año de 1841. Por supuesto el 1841 estaba en números romanos. Eso ya se entiende. (p. 1 b)

El recurso a lo onírico como forma crítica se refuerza aun

que esto tampoco sea específicamente costumbrista - con las palabras, que quieren ser neutras por lo distanciadas, de un tercer personaje:

Me acerqué a un catalán (los demás casi todos --- eran franceses) y le pregunté de qué había muerto el monsieur de la lápida; me respondió, no se ha --- mort, se ha auegat, (no se ha muerto, se ha anogado). ¿Cómo, cómo? Le dije. Y en su mismo dialecto me respondió: Iba con una lanchuela, dicen mirando las obras del puente Gallego [...]. Dicen que la crecida del río no fue crecida, sino que no sabe quien echó en él las acequias ... (p. 1 b-c)

El marco del sueño se cierra cuando éste se rompe con el ruido provocado por un camarero en un café de Tortosa donde va el narrador quien, de regreso a Zaragoza medita sobre lo soñado, asumiéndolo.

Hay casos de artículos que, sin ser algo cuajado merecen mención por diversas razones. Así, el anónimo "Los cazadores del 12 en Cogullada" (140) que combina el diálogo con la narración, refleja ciertos recelos progresistas hacia -- tal unidad militar y compensa su farragosidad con la autoca-racterización esmodeica del narrador-personaje -- "Yo que soy un poco curioso ..." (p. 1 b)--; así, "Un título falso y algo mas" (141), cuyo autor también anónimo se dirige directamente al lector para glosar, con mejor intención que acierto, los despropósitos que rodean la denominación de una co-fradía -- "Nuestro Padre Jesús de las tres caídas" --, al pa-recer andaluz, con la finalidad de atacar las desviaciones de la religión y el resultado de aportar rasgos definidores del carácter aragonés, todo ello con argumentos próximos a los del autor de las "Elísticas sobre la guía de los

de Forasteros en Madrid" (142); así, "Empleos retrógrados" (143), anónimo, artículo que por su temática pareciera más propio de cinco o seis años atrás, pero en el que todo, -- excepto, quizá, el aire que tiene de ser verídico, es costumbrista -- introducción, comentarios irónicos, diálogos, pintura del tipo "retrógrado" -- a la hora de tratar la anécdota: en principio, Zaragoza acoge sin problemas a los empleados, incluso a los retrógrados, y todo parece que se trata de denunciar que en un café dos empleados se jactan de ser retrógrados, pero, a la luz de la ironía, se advierte -- que el autor pretende destacar lo significativo de un empleado patriota que cada vez cobra menos, lo cual viene a ser otra modalidad de denuncia del impago de los servicios prestados a la causa de la libertad; así, en fin, "El pozo de los mártires" (144), firmado por M.M.M., que, en forma de carta al redactor, juega con el equívoco de los mártires paleocristianos de Zaragoza, para denunciar el lamentable funcionamiento de la Administración -- el gobierno engaña al pueblo, el funcionariado sigue procedimientos de la época de Carlomagno -- y, en especial, de la Secretaría de la Diputación Provincial, auténtico pozo sin fondo donde son sepultados todos los asuntos que, de ser tramitados por patriotas, se llevarían al día.

4.1.4.3.- Tres textos sobresalientes no enmarcados en serie: la descripción de escenas en el paseo zaragozano (1841); denuncia del recorte de las libertades mediante una conversación oída sobre la república; el hallazgo, artificio para criticar las medidas Gubernamentales (1842).

Entre toda esta miscelánea de artículos no enmarcados -- en series, tres destacan por su rareza. El primero, "Costumbres zaragozanas. El paseo" (145), de D.M. [Martínez ?] auténtica escena de costumbres ciudadanas con rdtazos de diálogos que dan cuenta del ambiente de una tarde en el Paseo de Zaragoza, se tratará más abajo, a propósito del grupo -- de colaboraciones sobre monumentos altoaragoneses, debido a una probable coincidencia de las firmas. El *"Diálogo entre D. Atanasio y D. Cosme" (146), de El Investigador, presenta una serie de comentarios de fondo hilvanados con referencias a la actualidad para abordar el problema de la represión política y del reciente retroceso de las libertades que se sufre con la excusa oficial del peligro que suponen los revolucionarios y los "alborotadores". Dado el momento crítico para el progresismo en que aparece -- mediados de junio de 1842-- no es de extrañar --y de ahí lo aparentemente anómalo del artículo-- que se acoople al modelo de la "conversación oída" propio de la actitud vigilante de los cuadros constitucionalistas del Trienio Liberal. Comienza el narrador-personaje aludiendo a lo habitual.

Una de estas últimas modas en que por costumbre tengo salir á dar un paseo por el nuevo salón de San Francisco ... (p. 1a)

y sigue confiurando el contexto verosímil:

me senté en uno de los bancos que en el se -
hallan, lo cual me proporcionó oír la siguien -
te conversación que seguían dos hombres re--
costados a espaldas de mí en un ribazo.
(p. 1a)

El diálogo, conocido por el narrador de esta forma asmodei-
ca que cristaliza en el pseudónimo utilizado, versa sobre -
dos circulares que ordenan a los regentes de las audiencias
y a los jefes políticos que repriman cualquier alteración -
de la tranquilidad pública dado el temor del gobierno a que
se intente el restablecimiento de la Constitución de Cádiz
o, incluso, la proclamación de la República Federal. La --
mecánica de la conversación, que formula literariamente la
protesta por tales disposiciones en forma de duda, se basa
en la tensión generada por la diferencia de actitudes: D.
Atenasio reproduce ideas de la infancia —que le caracte-
rizan como ingenuo políticamente— según las cuales "Re--
pública" equivale a "Horror" y D. Cosme defiende la Repú--
blica con el argumento pretendidamente ingenuo de que un -
régimen no es bueno ni malo en si mismo sino en tanto pro-
picia o no la felicidad de los ciudadanos, si bien —qui-
zá por convicción, quizá por prevención-- al ilustrar
su tesis con el

majico y encantador sistema con que se ha--
llan gobernados los estados unidos de la --
América del Norte obra inmortal de la moder-
na civilización ... (p. 1 b-c)

niega que España reúna condiciones propicias para tal ré--
gimen:

atendida nuestra posición [...] es químico y [...] cualquier ensayo que en este sentido quisiera hacerse complicaría más y más nuestra actual situación pudiendo conducirnos al borde del precipicio: sensatez, cordura, y buen juicio es lo que necesitamos, y lo vemos el tiempo mismo lo dará. (p. 1g)

El resultado es que D. Atanasio se queda más tranquilo al convencerse de la conveniencia de la República en esos momentos —conclusión que, evidentemente hubiera impedido la publicación del artículo— sino de su ^{no} maldad intrínseca —lo cual es una repulsa más efectiva a las medidas gubernamentales aunque no fuese consciente— como la había concebido al oír de su padre y su "buen tío el canónigo"

que era el maspalo de todos los gobiernos conocidos, que allí no había moralidad, buenas costumbres, ni religión, que en el matrimonio era permitida la infidelidad, que este se contraía hoy y mañana podía deshacerse, — y otras mil cosas aun peores... (p. 1h)

El artículo concluye con una crítica de la posible malversación de fondos del regente de la Audiencia de Zaragoza, crítica local que adoba —y quizás pretende enmascarar en parte— la crítica nacional efectuada pero, antes, el autor ha ido acotando temporalmente el desarrollo de la conversación —"son las diez y media"— para, luego, redoblar la verosimilitud de lo narrado al concluir la acción:

En esto dieron las once se marcharon, y yo otro tanto hice. (p. 1g)

Y, además, ha reforzado la ficción de la narración al dejar abierta la posibilidad de remitir otro artículo similar pues,

a la cuestión del regente de la Audiencia, D. Cosme responde:

pregunta es esta [...] á que no puedo satis--
 facer a V. por ahora pero trataré de informar
 me de lo que haya en el particular para poder
 complacerle. (p. 1c)

El tercero de los artículos "extraños" anunciados, "Lance nocturno. Hallazgo importante" (147), de El Feliz Aventurero, se publica a los pocos días del firmado por El Investigador por lo que comparte su contexto periodístico-literario y político. Probablemente se explica así su similitud con artículos de épocas pasadas en que las libertades conseguidas se ven amenazadas o necesitan acrecentarse como en el "Hallazgo" (148), de El Madrugador, en 1820, o el "Hallazgo" (149), de El mismo del otro día, en 1836, donde se recurre al artificio de la invención de textos que busca -- contornar un carácter objetivo a la crítica. Además de esta particularidad de tipos político-literario, "Lance nocturno ..." presenta una, también infrecuente, combinación de relato y artículo de costumbres. Aunque soldadas con -- aceptable acierto, pueden apreciarse dos anécdotas de extensión equiparable. La primera, que engloba argumentalmente a la otra, narra la apresurada busca de una comadrona, la señora Sinforosa, a altas horas de la noche que se ve obligado a emprender el narrador-personaje para atender a su -- esposa, a punto de dar a luz. Camino de casa, y a causa de la oscuridad, el narrador y la señora Sinforosa caen al suelo al tropezar con un "grande embolterio" que el narrador recoge. Los comentarios de la señora Sinforosa sobre la repercusión del golpe en su instrumental -- "¡á Dios mi -- geringa! mis embudos! todo se me habra bollado" (p. 1b) -- comprenden al narrador y preparan al lector para el desenlace jocosos de la anécdota, pues debido a la noche cerrada

y la casualidad, la mal Sinfoniosa resulta ser una mondon-
guere. Esta permanece en la casa hasta el amanecer y el -
narrador, tras oportar la filípica de su suegra y dispuesto
a buscar la auténtica comadróna se entera de que no es ne-
necesario porque ya es padre y se retira a su cuarto para -
examinar el envoltorio. De éste, descrito en sus propor-
ciones y contenido, extrae la primera de las carpetas que
encierra y en la que figura como membrete:

modelo de un ministerio reformador, ó sea --
marcha que deben seguir los hombres que rigen
estos destinos, para poder labrar la felicidad
del pueblo español. (p. 2a)

Ante la importancia potencial de los papeles que hay en su
interior, el narrador se decide a leerlos:

Capista! exclamé! no paso adelante, sin ver -
este "hallazgo importante" de que tanta necesi-
dad tenemos, mucho mas en visperas de orga-
nizarse un nuevo gabinete (p. 2 b a)

El resto del artículo es una relación de todas las pautas
y exigencias que debe tener en cuenta cada uno de los minis-
terios: economías, limitación del número de los magistrados
patriotismo de los funcionarios, eliminación de los favori-
tismos, supresión de las provincias de nueva creación —por
la hiperfrotia de empleos y la carga económica que suponen—
reducción del ejército y de "los altos sueldos que todavía
se disfrutaban" y ayudas a la Marina. El alcance de esta crí-
tica, sintetizada e indirecta, de la realidad española, aun
que es aminorado formalmente por la historia de la comadróna,
se refuerza a la vista del párrafo final donde, además de
redondearse la vinculación de las dos anécdotas, el recur-

so técnico del hallazgo convierte a todo el artículo en un programa costumbrista por las potenciales críticas similares que supone el resto del material:

Aquí concluyó cuanto contenía el primer --
ligamen de los muchos que quedan en el cr--
volterio cuyo examen y que dejé para otro
día por hallarme cansado: salí á ver á mi
esposa, pregunté por la tía Sinforosa y -
habiéndome dicho se había marchado despues
de tomar chocolate, me retiré á dormir un
rato y descansar de la aventura nocturna.
(p. 2 c)

4.1.4.4.e Series.

No obstante los aspectos recién vistos, el más caracte--
rístico para el costumbrismo en esta época del Eco viene da--
do por los artículos seriados --aunque sea mínimamente--
por el tema o la actitud y, a veces, interferidos por ré--
plicas y contrarréplicas.

4.1.4.4.1.- Las "capilladas" de El Novicio (y su criada - Aldonza, sustituta del lego Tirabesque), frenadas por el poder de los comerciantes. Temas varios locales y nacionales. La empleomanía (1841).

La primera serie posee cualidades relevantes por cuanto supone la confluencia de los rasgos generales apuntados, - incluida la polémica, con el fuerte influjo de Modesto Lafuente. Se inicia con el artículo "Capillada de Novicio" (150), remitido al redactor a propósito de las elecciones a Cortes --febrero de 1841-- que se avecinan y firmado por El Novicio. El trabajo pretende el descrédito de una candidatura de comerciantes, profesores y artesanos zaragozanos, anunciada en "el diario del 22". Se abre con la frecuente reflexión que establece el contexto temático, aquí la reprobable falta de decoro social de quienes no se avienen con la denominación o el cargo que les corresponde. Dado lo corriente que es

que el cabo no quiera ser sargento, este oficial y si posible fuera general; que un revendedor se llame comerciante, un manco dependiente, y una criada doncella... (p. 1 a).

no es de extrañar que el narrador se sume a esta cadena y que,

vista la preza y buen renombre de un fraile, que haya vocación, se quiera ser novicio y aun se aspire a P. reberendo. (p. 1 a)

Y todo esto, no para aproximarse a los comerciantes sino para ridiculizar su "autoridad mostradoril" y restaurar el peculiar sentido común echado en falta:

¡Es posible que nadie Gerundie estas y otras gentes, que llevadas acaso de su buen deseo y abismadas en la ignorancia, con las mejores intenciones del mundo quieren ponernos en tal discordia que las urnas serán un Babel y las candidaturas las lenguas! (p. 1 b)

Lo exclamado no apela directamente al lector, cuya connivencia parece no necesitar el narrador, embriagado de ademanes gerundianos. Dispuesto a seguir explotándolos, invoca a Tirabeque, el lego fiel de Fray Gerundio. Pero la que acude es Aldonza, la criada de El Novicio, quien se sirve de ella para desarrollar la crítica. Tal desdoblamiento enriquece el perspectivismo pues Aldonza funciona, además, como lector delegado, público llano y elemento que, por comparación, ve revalorizada su sensatez y pone en entredicho la de los comerciantes. Los rasgos de este alter ego se dan en virtud del tema; —"de criada ya quiero ser doncella" (p. 1 b)—, de la caracterización lingüística:

si Tirabeque cogiera estos papeles de política, estas candidaturas, "aquí me interrumpió diciendo" Señor, señor, ante todas cosas, enseñeme V. esas caricaturas que serán cosas de sastres o boticarios y me reiré mucho. (p. 1 b-c).

y de la posibilidad de sustituir a Tirabeque:

[Tirabeque] diría mil cosas sobre el particular. Señor, señor, si por occiros, yo diré tanto como él, pues bien sabe V. lo charlatana que soy. Vaya, pues, dí algo de las cicciones? ¡Ay señor!; hága V. como cuando me confieso que el cura me dice un poco y luego digo lo demás. Si V. lo hace así, ya verá V. quien es Aldonza. (p. 1 c)

Instaurada Aldonza como interlocutora válida, va respondiendo a las preguntas que le lanza su amo sobre qué tipo de candidatos deben apoyar los electores, a lo que contesta que los mismos de las cortes anteriores, lo ratifica con una sarta de refranes en torno a "más vale malo conocido que bueno por conocer" (p. 2 a) que caracterizan a la criada como representante de la sabiduría popular y, como fruto de ese mismo razonar, sentencia:

si por un celo indiscreto, mandan a las cortes un chocolatero, un sastre o un boticario por mas dinero que tengan, me parece mi amo, que sino se asesoran o aconsejan poco entenderán de cánones... (p. 2 a)

Tras otras censuras de la posible unión del poder económico y el político, da la opinión que le pide su amo sobre la candidatura concreta anunciada el día 22:

Señor, es una ensalada que tiene bueno, malo y mediano... (p. 2 b)

y repite el refrán básico lanzado anteriormente. Ante la tercera pregunta, sobre los autores de la candidatura, menciona el obstáculo insalvable:

serán honrados, comerciantes íntegros [...], pero tocante a leyes no lo entienden... (p. 2 c)

Aún aprovecha Aldonza para ilustrar con una breve anécdota -el primo que se dice comerciante porque "en el pueblo ven día leña para comprar pan"- los recelos hacia las actividades de los candidatos. El Novicia, antes de despedir a la

criada hasta otra consulta, da por superada la prueba - --
 --"Bien, Aldonza [,] no sabía lo que tenía en casa" (p.2 c)- --
 lo cual quiere decir que, además de haber establecido los ele
mentos de su actividad costumbrista se ha despachado a gusto
 con los comerciantes sin ocultar sus prejuicios hacia estos
 representantes de las nuevas fuerzas sociales. Pero ni el re
curso al tipo de la criada logra enmascarar la carga ridícu-
 lizadora y degradante ni la propuesta de una necesaria profe
sionalización de la política consigue ocultar un corporati-
 vismo que trasluce incomprensión o miedo hacia los critica-
 dos. El artículo, comenzado como una variación de las "ma-
 nias" coctánicas --el no contentamiento con el propio estado--
 deriva hacia las propias tradiciones de su autor: contra co-
 rriente, defiende posiciones teóricamente progresistas que -
 quedan desmentidas oír la ceguera ante la movilidad social.
 No captar el poder ni los intereses de los comerciantes sig-
 nifica aquí ^{que} el intento de aclimatación del Fray Gerundio re-
 sulta fallido.

El desacierto de El Novicio no tarda en ser denunciado.
El profeso en la libertad, en un remitido titulable* "El saber
 de los comerciantes" (151), califica el artículo de "mordaz
 crítica" aplicada "no solo a personas sino a profesiones y
 "honrados modos de vivir" (p. 1 b), quizá perjudicial para --
 quienes pretende defender, sólo justificable como "resenti-
 miento particular con las personas que critica" (p.1 b) y -
 equivocado como diagnóstico social:

yo creo que [el saber] no se encuentra, como -
 el Novicio quiere en los sujetos que los diez
 y siete honrados comerciantes han indicado: -
 ¿pero en las clases a que estos corresponden
 se encuentran? Digo que sí... (p. 2 b).

y a su autor,

muy distante en todos sentidos del Tirabuzón que del apreciable Fr. Gerundio a quien en su apoyo llama. (p. 2 c).

No es esta la única réplica a la "Capillada del Novicio". P.J., uno de los candidatos, responde con ponderación en "El Novicio" (152) denominándola "satira" --a mayor alusión personal, menos costumbrismo-- y manifestando su orgullo:

no aspiro á otra profesión que á la del comercio que egerzo con honor... (p. 4 c).

El Profeso en la libertad, en el rotulable* "El sermón de un profano" (153), se alegra de que El Novicio parezca reconocer su error con el silencio y le propone que se dedique a componer poemas celebrativos, de tal modo que, unido a otras circunstancias, obliga a Mariano Gil y Alcaide, que se siente aludido, a desmentir públicamente haber escrito la "capillada" (154). Uno de tantos, "conservador decidido", firma* "La tertulia" (155), remitido donde el autor, gozoso, refiere a El Novicio la discusión suscitada por la "capillada" del número 802 entre unos contertulios que "los más de ellos son acérrimos progresistas". Si el remitido confirma lo apuntado por El Profeso en la libertad en el número 804 (156), a la reproducción memorizada de la tertulia sólo le impide ser un artículo de costumbres su casi cierta condición de real.

Vuelve a aparecer El Novicio en "Ultima hora. Se cierra la discusión" (157) para quitar hierro al asunto negando que haya habido mala intención al hablar de los comerciantes aunque no parece percibirse de las implicaciones de la polvareda levantada ya que sugiere que los diecisiete que

apoyan la candidatura no tienen nada que ver con los más de mil que debe haber en Zaragoza. Pero lo importante del artículo radica en que se sustenta, como el primero, en el diálogo con Aldonza, que es quien, a modo de conveñidile -función asmodeica delegada-, informa a su señor de la repercusión que la "capillada" ha tenido en la prensa. Además, Aldonza aumenta su relevancia al entrelazar la ironía con sus inquietudes amorosas: no sólo dice enternecerse ante el criado de uno de los que han replicado (158), "un montañés de 15 años y medio":

¡Quién le pillara! Muger, ¿tanto le gusta? El señor, debe ser un mozo con unas tragaderas... ¿Tragaderas Aldonza? Tragaderas, Señor, porque según dice su amo, aunque no tiene pinta de veraz, se traga el Eco desde la fecha hasta el editor responsable.
(p. 1 a-b),

sino que, cuando El Novicio le propone que se case con el montañés, responde que le acomoda. La excéntrica idea -- le parece al autor la mejor forma de zanjar la polémica. Antes de llegar a esta solución, que quiere ser ingenua, se ha disculpado directamente ante el P.J. del número -- 806 y ha comentado --con alusiones favorables a Esparte-ro incluída-- otras críticas recibidas. Todo ello, según El Novicio ha sido --o pretende que lo haya sido-- la causa de no poder dar salida a nuevas "capilladas". Lo importante --quizás lo más importante del artículo-- es que la mención de varias de ellas que hace Aldonza adquiere el aire de un programa costumbrista:

léc los títulos de las capilladas que -- están para entregar á la prensa. Suma y sigue. = A los electores. = A los elegidos. = A las señoritas del Liceo. = Los santos en la iglesia. (p. 1 c).

Al parecer, ninguna de estas supuestas capilladas llega a publicarse y sólo de la última hay algún dato a propósito del comentario de su autor que comienza:

Mira, esa rómpera que ya el hermano Don -- Angel Izardi los ha recogido en Córdoba -- y con decir que lo mismo debe hacerse en -- Zaragoza estamos corrientes. (p. 1 c).

En el mismo ejemplar de esta segunda "capillada", además del desmentido de Gil y Alcaide (159), aún aparece otro remitido sobre el tema, "Al Novicio" (160) firmado por -- L. A., también incluido en la candidatura, como P. J. y tan orgulloso de su profesión como él, ya que no sólo pretende

ser útil á mi Patria con la espada y mi -- bolsillo como lo he verificado siempre ... (p. 4 b),

sino que denuncia el exclusivismo político que pretenden los juristas, a quienes desmitifica:

aunque lego todavía se me alcanza que no -- hay que enorgullecerse tanto por haber mane-- jado el digesto [. . .]; pues cuando hay -- mas abogados que negocios todo se defiende porque es necesario comer ... (p. 4b)

Al día siguiente, El profesor F.B., tras aludir a la "fal-- ta de ortografía" --en realidad, intrincada sintaxis-- de El Novicio, reivindica en un "Remitido" (161) el ho-- nor y la formación de "profesores, comerciantes y arte-- sanos" mediante una pedantesca perorata. En las mismas páginas y con idéntico fin, publican otro "Remitido" (162) Un comerciante y un Profesor en el arte de curar. Ya en

el número 810 parecen aquietarse los ánimos cuando, en un "Remitido" (163), El Profeso en la libertad se da por satisfecho con las explicaciones de Gil y Alcaide, que son avaladas en una "Nota" (164) de la Redacción. El Novicio por su parte, parece no querer volver sobre el tema, a la vista de la falta de tacto --o miopía social-- demostrada y, pasados unos días, retoma la línea costumbrista con "Por extraordinario" (165). Aunque corrige su confusa redacción, escribe un artículo donde se aúnan la crítica varia y el motivo del chaqueteo, todo ello hilvanado con una serie de medias palabras que quieren ser acertijos o suposiciones. Se abre el trabajo con el recuento de la reflexión del narrador, a solas:

daban los dos, cuando mi paternidad yacía en la pieza refectorio con la cabeza sobre la mano y esta sobre la mesa meditando ... (p. 1 a).

Lo rumiado en esta ocasión es sobre el papel del historiador coetáneo, expuesto a no ser creído ya que los lectores parecen desconfiar de cualquier hombre o forma de gobierno. La divagación parece encerrar alguna implicación teórica acerca de las dificultades del costumbrismo en tanto que crónica social e incluso puede que aluda al des crédito de los juristas que ha conllevado la reciente polémica, pero ninguno de los dos extremos resulta palmario entre menciones de Cicerón, Luis Vives, Hipócrates, Galeno, Plinio, Marco Varrón, Jeremías, Dios, médicos, brujas, hechiceras y diablaños. El cuerpo del artículo comienza con la aparición de Aldonza que grita:

Un extraordinario, señor, un extraordinario. (p. 1b)

y que da pie a que El Novicio intenta averiguar de qué -- se tratã comentando irónicamente las cuestiones de actualidad: la necesaria lámpicza de las calles; el aumento de serenos, ya que sólo hay trece; la numeración de los asientos del teatro "para que cada cual tenga seguro su puesto"; el arreglo de empedrado; las "cosas tan buenas que venia ofreciéndose á enseñar un francés, en solo un año por unos pocos francos" (p. 1g); lo que se adeuda al clero; la usurpación de los méritos que le corresponden al que dirigió la ejecución de caminos mediante prisioneros; la entrega por parte del gobierno "al hermano Ayerve [de] la dirección del canal para que sirviéndola sin sueldo se ahorren algunos miles reales" (p. 2g). Al preguntar "Es cosa de baile?", Aldonza responde "Si señor" y es ella quien alude a ciertos conflictos sobre el particular, aunque no es exactamente el "extraordinario" anunciado, por lo que El Novicio sigue lanzando posibles soluciones: bandas de música, rifas de cerdos, capilladas "de nuestro padre fundador Fray Gerundio de Campazas y Caramanchel de abajo", la traducción, debida al "celebre literato Torrente" de "la obra titulada el Juanito", "quizá la mayor obra de educación que ha visto la luz pública en Europa". Cuando, agotadas las posibilidades, El Novicio pide a Aldonza que diga de qué se trata, esta responde:

Señor es que hoy me toca salir á pasear, hay baile en la plaza de toros y quería que por extraordinario me diese licencia para ir, permitiéndome disfrazar con esa casaca que está en el armario. (p. 2h)

La primera petición es concedida; la segunda, no, debido a su importante historial y cuyo extracto relatado por

El Novicio es, conjuntamente, síntesis de la cronología histórico-política reciente —con lo que se enlaza con la reflexión inicial—, esbozo del tipo costumbrista "numismático-político", (cf. p. 2 c) y solución original que armoniza el tor tuoso artículo:

esa casaca vino de la corte, de allí, donde tan fácilmente se vuelve la casaca, pertenecía á D. Ambicioso Empleomania, se la hizo para complementar al príncipe de la Paz, vino el intruso José y la mudó los vivos, se formó la marcha cívica y mudó los botones, fue destronado Pepe y cambió las solapas volvió el Rey Fernando al trono y la puso galones juró el Rey la Constitución y la guarneció de verde, vinieron los hijos de San Luis, quitó lo verde y puso colorado, pasó así hasta el año 34 en que cubrió lo colorado de azul, luego la reformó en uniforme de Prócer, la compuso y juró la Constitución del 12, la reformó de serio y juró la del 37, en esto acaeció la muerte del amo, que sino, sabe Dios qué destino le hubiera dado. (p. 2 b-c).

Se cierra el trabajo con la alusión a la colección "de mérito numismático-político" de que forma parte esta casaca junto con otras que todavía sirven y con la insistencia de Aldonza en ir al baile de la plaza de toros. El Novicio concede que vaya a divertirse ya que, dice, "Hoy hace 76 años 4 meses y 18 días que la dió por concluida el inmortal Pignateli" (p. 2 c)

4.1.4.4.2.- Comentarios de El Novicio y "pláticas" anónimas sobre la Guía de forasteros en España para el año 1841: aragonesismo contra asimilación histórica castellana (1841)

La presencia de El Novicio en las páginas del Eco se va diluyendo a pesar de su aparente consolidación tras el tropiezo con la candidatura de comerciantes, profesores y artesanos. Su firma vuelve a aparecer al pie de "Torna-Cuña" (166), remitido que viene a replicar al anónimo comentario "Guía de forasteros en España para el año 1841" (167) con el que comienza una breve serie. En este, se comenta la aparición en la guía de un soldado maltrecho y desnudo, representativo de sus compañeros, no de los generales y se protesta porque en el escudo que lleva no figuran las barras de Aragón. El Novicio, por su parte dedica, como es habitual en él, más de la mitad de su artículo a efectuar meandros para aludir críticamente a tasadores, profesores de gramática, funcionarios... hasta desembocar en la guía a propósito de la cual menciona otras y, con la excusa de que el autor del artículo que comenta no se ha fijado más que en lo superficial, dispone el cuerpo crítico del suyo al repasar el

resto irónicamente, en especial, los "Hijosdalgos de la M. H. V. de Madrid", "los que á fuerza de oro piensan cambiar su sangre" (p. 2 b), los batallones de cuerpo diplomático" frente a los "486.512 sin armas y 194.211 armados" de la Milicia Nacional, el "estadito mayor de 64 tenientes genera--les, la friolerita de 173 mariscales de campo, el corto número de 276 brigadieres (p. 2 g)... " Las tintas siguen cargándose en esta alusión al ejército ya que a lo dicho, y más,

Sigue la administración, con los intendentes, comisarios, asesores, etc. etc. etc. Luego la guardia real, la infantería de línea, la ligera, la caballería; en fin, para no can sarto, lo suficiente para consumir 543 millones estando á media paga y ligeros de equipos los activos, gimiendo y llorando los retirados, viudas y huérfanos, en seco la Marina, sin ha cerse a la vela por falta de lastre en la tripa de los marinos de quillas, palos y velas en las naves con otras cosas que de puro sabidas no repito. (p. 2.g)

Tal denuncia de las injusticias que supone y oculta la hiper trofia burocrática confirman el criticismo y la técnica de El Novicio, más meritorios que sus insinuaciones y vericuetos verbales. Tras "Torna-Guía", donde ha prescindido de Al donza, El Novicio parece declinar como costumbrista, aunque sigue dando muestras de cronista progresista como en "Tercer aniversario del 5 de Marzo" (168), remitido, al igual que to das sus colaboraciones en el Eco de Aragón.

La serie sobre la guía, cuyo comienzo se imbrica con el final de la de El Novicio, se continúa y termina con tres artículos anónimos pero explícitamente vinculados por su de nominación. "Pláticas sobre la guía de Forasteros en Madrid. Plática 1ª" (169) tiene una andadura farragosa que recuerda

la de El Novicio y se sirve del simil cuaresmal para sugerir que los lectores pueden encontrar gran provecho tras las formalidades insoportables. La "autofagia", o alusión al procedimiento es una constante en el autor:

No os altereis de antemano, porque no es mi propósito desesperaros...

... ..

(os dura aun el aliento lectores míos) pues sostenedle un poquito mas que ahora viene la aplicación y concluiremos el periodo)...

... ..

He dicho que vais á leer todo esto muy ordenadamente. (p. 1)

El autor anuncia que irá ofreciendo comentarios tal y como van dispuestas las materias en la guía—este es el orden a que alude—e independientemente de lo que sobre el mismo tema pueda aparecer en otros lugares del Eco, menudencia, quizá, para la economía del artículo pero que encierra una nota teórica sobre el folletín, sección donde suele aparecer lo costumbrista en este periódico:

Y esto, lectores carísimos, sin perjuicio de los discursos que diariamente van encima de la línea, ó sea que ocupan el piso principal, como inquilinos de mas autoridad y categoría. (p. 2 a)

Por fin, y tras otra alusión al propio artículo —esta vez para decir, y con razón, que se ha alargado demasiado en la introducción—, aborda un único punto de la guía: la cronología de los reyes de España. Importa lo que sobre ello se le ocurre comentar porque, a propósito de la ausencia de mujeres en la lista de los reyes godos, ironiza sobre la condición femenina — y la masculina— de su época pero, sobre todo, porque convierte otra digresión sobre su plática en una nueva nota teórica, ahora referente a la connivencia entre autor y lectores y rotulable* "La función del etcétera":

si los hombres no se han vuelto mugeres y las mu-
geres hombres, hay quien dice, y yo casi creo,
que falta muy poco. Por consiguiente & c. esta
etcétera la pongo por ahorrar palabras, y porque
supongo que las habeis ya suplido en vuestra ima-
ginación con la consecuencia que he omitido por
mayor brevedad. (p. 2 b)

El recurso es explotado en lo que queda de artículo que,
encubierto por la insinuación y como quien pretende que el
tema de las reinas esta prefijado por la guía, da un repaso
a la imprescindible existencia histórica de reyes y reinas
dadas las mudanzas de los tiempos modernos,

la introduccion de estos sistemas en que uno
reina, otros gobiernan y todos mandan... [...] d
digo que mandan todos, en cuanto que todos d
dicen lo que se les antoja de los que mandan, y
todos tienen derecho á nombrar á los que han
de hacer las leyes con que aquellos han de
mandarnos. ¿Quedó la frase explicada? Con
cuya mudanza, como iba diciendo se ha hecho to
toda via mas y mas indiferente ... ¿Otra etcétera
aquí y concluyamos (p. 2 c)

la despedida es una apelación al lector para que lea la "Plá-
tica II sobre la Guia de Forasteros en Madrid" (170), donde
vuelven a aparecer alusiones a la marcha interna del artícu-
lo:

No quisiera lectores míos, poner preámbulo
ninguno a mis pláticas, porque me veo despues
estrechado como entre vallas, y tengo que des-
pediros poco satisfechos... (p. 1 a)

No obstante, esta intención, el autor se alarga en un prelu-
dio sobre la discutible utilidad de muchos datos de la guía
para quien visite Madrid que le lleva a proponer una modifi-
cación de su título y mencionar otras guías mucho más prác-
ticas como alguna de Francia (palabra cuya mención le obli-

ga a otro excursio para disculparse ante el lector aragonés). El cuerpo del artículo, es decir, su segunda mitad, supone el paso del trato despectivo de la guía a la defensa de lo aragonés que tien~~de~~a ser asimilado y desvirtuado desde Madrid. La protesta, que exige sacar a relucir glorias -- mayores que las catellanas, se puede resumir en estas líneas:

Fu~~er~~on pues reyes de Asturias, de Leon y de Castilla, y no de España como dice la dicha Guía de forasteros en Madrid todos los 47 -- que reinaron desde Pelayo hasta Fernando -- el Católico. Y será bueno que otro año lo diga así la tal Guía, ó de lo contrario -- acá estamos nosotros para decirle otra vez que engaña á los estrangeros mixtiendo á la historia. (p. 2 h)

El autor vuelve a apelar a la paciencia de los lectores dando que, dice, "aun me cansan y fastidian mas á mí las cosas de la guía" (p. 2g) y se despide hasta la "Plática tercera sobre la guía de forasteros en Madrid" (171). En ellas sigue las alusiones a su labor y al cansancio de los lectores, cuya condición de aragoneses le lleva a formalizar más la tensión apuntada en la entrega anterior:

Sois aragoneses y sé por mil pruebas que no quereis que os majen; y hacedis bien; ese es también mi genio. Los castellanos tienen á todo el saber de los que han querido divertirse con ellos. (p. 1 a)

En esta oportunidad, el dato de la guía glosado es la sangre de Pelayo que corre por las venas de Isabel II y que es comparada en sus cualidades y pureza a la del vino encerrado en un tonel que constantemente es consumido y rellenado con otros y a la del un frutal que sufre sucesivos injertos.

La compleja explicación del símil es aligerada con los habituales "descansaderos" para los lectores a quienes les brinda alguna anécdota a propósito del "tufo de mosto" que puede despedir la plática, semejante al que

se recibe en la iglesia de cierto pueblo - de Aragón, que del baho que sale de los estómagos de los asistentes se para morada - la hostia de la misa mayor ... (p. 1c)

La última apelación a una inteligente lectura aragonesista del artículo deriva hacia la exposición de las dudas del autor sobre su habilidad para propiciarla de forma que llega a plantearse el abandono de estos folletines cuaresmales y, a lo que parece, lo hace.

4.1.4.4.3.- Las "cartas" a Pope: el Clero indigente; las molestias ciudadanas preocupan más que los debates parlamentarios (1841).

Un lejano aire de semejanza con la serie de 1836 de El Mundo (172) aunque sin aquilatar —pues, entre otras cosas, sólo consta de dos entregas y de talante no muy progresista—, podría apreciarse en la que se publica a mediados de abril de 1841. Se trata de dos cartas breves e innominadas que, como las de El Mundo, van dirigidas a un tal Pope y consisten en comentarios críticos de lo que ocurre en Zaragoza con alusión a lo nacional. La primera de ellas,

firmada por R. Y. P. y rotulable * "El pan de la Eucaristía" (173) --que es probablemente lo único que comen algunas monjas sacadas a colación entre los grupos sociales a quienes la Administración debe dinero--, se sirve de la terminología religiosa para dar cuenta de la actualidad local --una vez pasada la Cuaresma, pues es preferible hablar de Zaragoza a seguir las discusiones de senadores y diputados en las que se enzarza el esparterismo "sobre si la regencia ha de ser unitaria ó trinitaria" (p. 1a). Obras municipales como la Puerta de Santa Engracia y la Fuente de Neptuno; pagas y clases pasivas, estado del clero y de los conventos; actividad teatral; tertulias, peligros nocturnos... consumen esta epístola. La segunda, firmada ahora por B. I. P. y que podría denominarse * "Todo lo paga el C... del Fraile" (174), sigue la misma tónica y comienza declarando el riesgo de andar de noche por Zaragoza:

Este es los muchos vagos que abundan por -- esas calles y plazas en las que y parti-- cularmente en la orilla del Ebro y parte -- donde se verifican las ferias, no se ve otra cosa, que juegos de chapas, cané y otros, -- sin que se persiga activamente como se de-- bía á esta polilla de la sociedad, y de -- aquí las consecuencias que son necesarias. (p. 1 a)

A modo de noticia del estado de las gestiones que le ha -- confiado su amigo, el autor arremete contra la burocracia y sus requisitos, tan confusos y cambiantes

que es como decir á los pueblos, con todas esas trabas os ponemos en el caso de que -- perdais el valor de estos documentos de -- crédito, que siempre lo serán contra el -- Estado, y entretando todo lo paga el C... del Fraile, como dice el adagio (p. 1a-b).

También reza el autor en los cambios operados en el ritual de los magistrados de la Audiencia como índice de la lamentable pérdida de las costumbres del "tiempo de la tía Cailasparras", cuando "era de otro modo la gente de España". El final, de nuevo sobre lo teatral y otras diversiones, es realmente una queja contra el "realito de subida". El malestar por tal aumento de la entrada acaba por delimitar el horizonte crítico del autor, representativo de la situación de las clases medias que van encontrando su acondo conservador en la nueva sociedad y cuyo buen pasar se cifra en conjurar las molestias ocasionadas por menudencias cotidianas. Se configura así un tipo de artículos no siempre costumbristas y de temática frecuentemente municipal del que podrían ser muestra * "Abusos que se cometen" (175), de El Vigilante; * "Desafueros de los comerciantes" (176), de Un enemigo de los colcajos; "Mejoras públicas" (177), de L. YV. y "Mejoras urbanas. Empedrado" (178), de F.V. y V. Evidentemente, alguno de los aspectos aireados por las "Cartas a Pepe", cuando vuelven a ser denunciadas no siempre implican la misma actitud: las "Cartas a Prudencio", de Aguel; las "Epístolas al Redactor de este periódico", de Churrupito y las "Cartas del Primo", del Primo", encierran ejemplos (179).

4.1.4.4.4.- Artículos sobre historia y monumentos altoaragoneses (1841)

Vinculado parcialmente con una nueva aunque difusa serie pero, sobre todo, destacable por su rareza, aparece

"Costumbres zaragozanas. El paseo" (#80), de B.M. —que pudiera ser S. Martínez (181)—, artículo de méritos no empañados por la brevedad ni por cierta afectación inicial. Costumbrista explícito y aragonés desde el título genérico, se trata de un romancillo hexasílabo de ochenta y ocho versos que describe las escenas coetáneas observables en el paseo de Zaragoza aunando acertadamente lo generalizable y lo específico. Su núcleo principal es la reproducción de diálogos, enmascarados por la descripción directa del ambiente. Lo más convencional aparece al principio:

La luna está hermosa
la tarde muy fresca,
perfuman las flores,
el aura embelesa,
y cien pajarillos
dulces gorgojean:
no es tarde de estío
que es de primavera ... (vv. 1-8)

El autor selecciona, entre lo que se le ofrece a los ojos —"las gentes se agolpan/alegres risueñas" (vv. 13-14)—, a los "donceles", asidos del brazo "que van impacientes/-buscando á sus bellas" (vv. 19-20). Los tipos comienzan a poblar la escena y a representarsus papeles:

y llegan hermosas,
también luego feas
y á unas y á otras
sus madres las celan:
saludos corteses
reciben las bellas,
y empiezan los gestos,
y empiezan las señas ... (vv. 21-28)

El muestrario se va diversificado:

quién habla de amores,
quién habla de fiestas,
otros cuentan duelos,
otros dichas cuentan ... (vv. 29-32)

Y comienzan los ratazos de conversaciones que van caracterizando a los paseantes y mostrando directamente la bulliosa heterogeneidad de lo que es el corazón de la ciudad a esas horas: la compra reciente:

hay uno que dice:
"Mi jaca es muy buena,
cuarenta doblones
he dado por ella"

(vv. 35-37),

la ponderación de los posibles amores:

... "Vicenta
es la mejor chica de
la calle Nuova".- (vv. 38-40),

el comentario sobre el mercado:

¿qué tal qué es la feria?-
Hubo gran concurso
pero mala venta.- (vv. 46-48),

la inevitable crítica de las apariencias:

¿Ves esa elegante?
qué lujo que lleva!
pues tiene un marido
sin una peseta.- (vv. 49-52),

la actualidad política:

¿Qué tratan las Cortes?-
De abusos de imprenta.- (vv. 67-68),

el paso a escenarios colindantes:

te vienes adentro? -
te cansas? Espera. -
Me voy al café
á beber cerveza. (vv. 69-72) ...

El autor cierra el artículo de forma simétrica a como lo ha iniciado: aleja al lector de las escenas particulares y la muestra cómo se van deshaciendo los grupos, se despiden las parejas y se retiran todos según va llegando la noche

y suenan las diez
en la torre nueva... (vv. 81-82)

Es B.M. también quien, al día siguiente, escribe "El monasterio de San Juan de la Peña" (182) composición en verso más emocionada que descriptiva, mencionable no por su calidad sino como ejemplo de esta modalidad artístico-monumental del costumbrismo que puede encontrarse por estas fechas en el Ecc. El mismo autor probablemente, que ahora firma B. Martínez, ofrece en "Ainsa" (183) un trabajo similar a finales de año y entre ambos aparecen otros, quizá resultantes de un viaje de Braulio Foz (184) por Huesca: "Santuario de San Cosme" (185), donde del tono despectivo del comienzo se pasa a una honda admiración hacia el paisaje y las personas, y "Monasterio de San Victorián" -- (186), donde se repite el mismo proceso (187).

EL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS

Fernán Gil Encabo

Volumen II

Tesis de Doctorado realizada bajo la dirección del Prof.
D. Víctor G. de la Concha.

Ponente: Prof. D. Leonardo Romero Tobar.

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza.
Octubre de 1983.

4.1.4.4.5.- Las "cartas" de Aguel a Prudencio. El esparterismo zaragozano. Aragonésismo. Comunicaciones. Contrabando. Molestias urbanas. Teatro. Empleados y cesantes; clases pasivas y monjas. Media nía del poder legislativo, corrupción del judicial, contradicciones del ejecutivo. Utilización degradante de los soldados. La Cincomarzada: - glorias históricas y espíritu revolucionario - de Aragón frente al recelo de los "santones nacionales" (1841-1842)

De diciembre de 1841 a marzo de 1842 se extiende -- otra serie, esta vez epistolar y marco consciente de los artículos que acoge pues el primero ya lleva el ordinal correspondiente. Las "Cartas a Prudencio", por Aguel, - aun con altibajos en la calidad, revisten gran interés - para advertir de nuevo cómo se desarrolla un costumbrismo aragonés donde lo local y lo nacional, lo técnico y - lo político se explican de forma mutua e inseparable, - cómo actúa la ironía crítica, cómo se da cuenta de la - realidad en términos literarios, cómo se establecen las diferencias entre diálogos y series epistolares y cómo se convierten éstas en reflejo del esparterismo del Eco de Aragón.

La "Carta 1ª, subtitulable: "Esperando que Nueva" - (188) reúne los requisitos epistolares anunciados des--

de el "Querido Prudencio" con que se abre hasta los formalismos de la despedida:

Memorias muchas á las expresiones y queda tuyo tuya. "Aquel" (p. 10)

e incluso hasta la postdata, pasando por el relato y comentario de novedades que es la sustancia del artículo. La notificación del regreso a Zaragoza desde Barcelona de un amigo común sirve al autor para dar un toque de atención a los servicios prestados por las diligencias —la "Perezo diligencia" ha tardado cuatro días encubriendo el trayecto— y para glosar otros incidentes del viaje como los derivados del mal estado del puente de Fraga, la mala calidad de las mulas y un vuelco de la diligencia en el que el amigo

no se rompió las narices, pues su caída —fué tan suave y tan sin lesión, como la —de los Ministros. (p. 12).

La ironía no decrece en los tópicos anticatalanistas:

De lo que parece ha venido bastante contento es del módico precio de los alimentos —del parador de Lérida, en donde por un huevo frito, un panecillo de dos cuartos y un dedo de vino, le llevaron tres veintidosos [..] por lo cual no es extraño el que en —Cataluña no se robe en los caminos ... (p. 10)

La postdata, destinada al comentario teatral, resulta más suave, quizá como redondeo y compensación de la dura crítica sólo atemperada por la ironía que recorre todo el artículo.

La "Carta 2ª" o "Bañucelos y pasteles" (189) supone un cambio de la técnica. El objetivo es el mismo: la crítica de irregularidades nacionales y locales, estas general

mente con implicaciones nacionales. El recurso es la combinación de lo epistolar con una anécdota situacional frecuente en el costumbrismo: la conversación con el criado como desdoblamiento para lograr el perspectivismo censorador. Así, entre el autor y el lector se instaura la intermediación técnica del narrador personaje, del criado, de la conversación, con el criado como desdoblamiento para lograr el perspectivismo censorador. Así, entre el autor y el lector se instaura la intermediación técnica del narrador personaje, del criado, de la conversación, de la breve visita del hermano de Prudencio, de la carta y del destinatario figurado. El arranque, próximo a un modo muy habitual, presenta al narrador-personaje a solas y meditativo, aquí, a causa del insomnio:

Iróvvido marchaba mi pensamiento por los espacios imaginarios y dando mil vueltas en la cama no podía conciliar el sueño -- pues tan arraigados tenía los desvelos -- de costumbre ... (p. 1a)

A las seis de la mañana oye un sonido ciudadano:

la buñuelera... calentitos... á cohavo...
(p. 1a)

llama al criado y le encarga la compra de una docena de buñuelos para tomar con el chocolate. El criado cumple tarde y mal: le trae una docena de pasteles. Con esta anécdota como base el narrador comenta a Prudencio la ineficacia de su servidor que sirve para caracterizar a éste de acuerdo con la problemática relación amo-criado, nada rara en el género --piénsese en Larra-- y a veces, como aquí, de gradadora:

El mayor mal de los males es tratar con animales, dice el adagio; y no lo es menos el tener que tratar con sordos, porque has de saber que aunque no lo es mucho ni criado, tiene bastante sorpe el sentido auditivo, y á cada momento equivoca las cosas. (p. 1 a-b)

La equivocación del criado, unida a las posibles connotaciones sociopolíticas del adicto a los pastoles (190), - convierten el resto del artículo en desorbitada pero comprensible reacción ante una ineptitud que puede ser alusiva:

ven acá majadero, le he dicho, ¿te he mandado yo que trajeras pastoles? ¿No sabes que los detesto, y que una sola vez - que quise probarlos padeci una indigestión que casi me cuesta la vida? ¿Soy yo acaso empleado, ni tengo la menor intervención en el Gobierno? ¿Decanto patriotismo contra los verdaderos sentimientos de mi corazón puramente liberal? (p. 1 a)

De esta forma, la sarta de improprios se convierte en una cadena de hechos denunciabiles: las artimañas para conseguir un destino; las formas irregulares de subsistencia; la impunidad con que algunos empleados, tras cometer dos falcos y ser encarcelados, siguen ocupando sus puestos - por consentimiento de sus jefes; el trato inhumano a que se ven sometidos los soldados -medio descalzos y con traje de verano en diciembre- por desidia de sus superiores; el escandaloso estado del juicio -dieciséis años de proceso y aun sin resolver- contra los herederos de Santiago Cuéllar, responsable de la recaudación de contribuciones que no pudo dar cuenta de "mas de treinta mil duros" (191); el aumento de impuestos para la reparación del Puerc,

to de Piedra sin que nadie explique "cuánto producen las fincas de Propios de que aquel es parte"; el pago del mantenimiento del empedrado por parte de peatones mientras quedan exentos los propietarios de carruajes... El final del artículo es una declaración del ensamble de lo epistolar y lo anecdótico. La serie de preguntas formalmente dirigidas al criado es interrumpida cuando se presenta el hermano de Prudencio y, al interesarse por la correspondencia recibe como respuesta:

Hombre, pocas ganas hay de tomar la pluma, sin embargo voy a copiarlo el dialogo que acabo de tener con mi criado. (p. 12)

El criado, reducido definitivamente a instrumento, se desvanece mientras cobra importancia inesperada el hermano de Prudencio y este mismo, a quien el autor vuelve a dirigirse directamente para decirle que acaba de transcribir el diálogo, con lo que la redacción de la carta confluye con la del artículo y los destinatarios parecen coincidir.

La "Carta 3a" o "Hincar el diente" (192) comienza reforzando la ficción epistolar, ponderando el interés de la crítica efectuada y, especialmente, caracterizando al personaje-narrador con los atributos del costumbrista:

Exigente eres en demasia Prudencio mio, pues comprometerme en medio de mis muchas ocupaciones á que te ascriba todas las semanas para estar enterado de lo que por acá sucede, y de los buisilis que puedan ocurrir por ese mundo de Dios, es cosa que solo por complacerte podré hacer este tu amigo; pero pues no hay otro remedio, diréte aquello que en medio de mi afilamiento, he podido oírtear, ya repasando y leyendo aquí por encima algunos periódicos, [6] ya viendo y oyendo quejas y conversaciones por esas plazas, cafés e pasos. (p. 12)

En esta ocasión, Amel renasa la política industrial del -- gobierno a propósito de las fábricas de armas; las maquinaciones contra Espartero por parte del O. Donnell conspirador exiliado en París; la venta fraudulenta en Francia que llevan a cabo los montañeses -- "que no son tontos" -- del material precioso de una mina recién descubierta "en la alta montaña de Uaca", venta disculpable a la vista de la poca previsión y vigilancia de las autoridades y, sobre todo, comparada con un robo auténtico de objetos sacros en La Seo de Saragoza (193), cuyos implicados tardarán más tiempo de lo que se supone en ser castigados dada la lentitud de la Justicia y, en fin, el trato indigno que los magistrados -- otorgaban antes -- y quizás ahora -- a los subalternos. Como en las cartas anteriores, los temas tratados no oscurecen -- la rama epistolar, en la que a veces se insiste con apelaciones directas a Prudencio, ni difuminan las características del narrador que no dudó en recordarles:

si así no fuese te lo diré clarito: porque sabes que me gusta hincar el diente.
(p. 29)

Varios temas locales vuelven a nutrir la "Carta 4a" --
* "El tropezón y las palomas" (194) pero, una vez más, sobresale la ironía de su tratamiento y la vinculación de la ficción con lo tratado

Casi me rompí los narices Prudencio de --
mi alma, al llevar á la caja la última --
carta que te dirijí ... (p. 1 a)

El accidente ocurre después de las diez de la noche cuando, ya ha desaparecido la iluminación "pues tan tasado ponen -- el aceite en los faroles" y el narrador tropieza con un montón de "carronas" en el cruce de la calle del Horno de Santa Cruz con la de las "Botigas Ojdas". A l s molestias fisi--

cas se unen las preocupaciones por lo municipal ya que, -- aunque existen bandos que obligan a eliminar los cascotes o escombros antes del anochecer, Aquel llega a la conclusión de que

desde las diez de la noche en adelante, es preciso convertirse en murciélago para pisar seguro por las calles de Zaragoza. (p. 1b)

Tras la mención de otros aspectos denunciados, el artículo se orienta hacia lo teatral con dos notas diferenciadas. La primera, sobre las obras cercenadas por los directores de escena sin que los censores de teatro hagan nada por impedirlo. También aquí queda imbricada la ficción de las relaciones entre los corresponsales con lo comentado sobre un drama traducido y arreglado por Ventura de la Vega,

de cuyo argumento, y mejor dicho de todo su contenido estaba muy al corriente, -- pues sabes le leímos dos ó tres veces -- antes, de regresar á tu pueblo ... (p. 1c)

La segunda, de alcance no menor para la historia de los desahogados escénicos, tiene que ver con actores y con la jerarquización de las profesiones. Con motivo de una representación a beneficio de

el Sr. D. Pedro Carvajo, quien no sé -- que parte ocupa en la actual compañía, aunque no supongo será un décimo octavo galán (si los hay) y á quien antes llamabamos saca sillan ... (p. 2b)

además del intermedio de baile y del monólogo a cargo de una hija de siete años del tal Carvajo,

tuvo la concurrencia peregrina de anunciar que finalizada la función se arrojarían ocho palomas que llevarían pendientes de su cuello una cédula, con la cual -- presentándose el que las cogiese en la confitería de Sola, recibiría una libra de dulces.

Pero el tratamiento reticente e irónico otorgado al actor -- no se debe al recurso publicitario que, según el narrador -- "puede pasar, porque cada uno está obligado á mirar por sus intereses", sino a que

al Sr. D. Pedro Carvajo, con diez y siete Dones si quiere, haya tenido la poca delicadeza, en un anuncio en el que habla el mismo, de no tratar con el decoro que se merece, siquiera por política y buena crianza, á D. Jorge Sola, que es el confitero á quien se refiere... (p. 20)

La "Carta 5a ó sea Drama Contemporáneo y verídico en -- 4 cuadros" (195) es la primera de la serie que aparece con título específico, incluso con rótulos, para cada uno de los cuatro apartados temáticos o cuadros de que consta, con lo que se asume explícitamente el carácter misceláneo de los artículos. En "1^a. Vicios y costumbres públicas", notifica a Prudencio directamente la elección, entre los que -- formarán al Ayuntamiento en 1842, de Pascual Polo y Monge -- como Alcalde Primero y es a este en realidad, y no a su amigo, a quien sugiere unas cuantas medidas que vuelve a presentar el autor, como mínimo, distante de la realidad social que pinta (196). El criterio propugnado busca la continuidad de la vida apacible de las cada vez más asentadas clases medias: "suprimir con mano fuerte algunos vicios y excesos" (p. 1b). Entre estos, la abundancia de pobres,

muchos de ellos conocidamente viciosos todavía jóvenes, y algunos forasteros - sin impedimento conocido, y que una caridad mal entendida imprudente é inconsiderada dan pávulo tal vez, á que la mayor parte de ellos lo tomen como modo de vivir. (p. 1 b-g)

Los "Vagos" que más rigor en el trato merecen son los "jugadores de chapas y caná" (197) que "infectan" la ciudad "y de los que solo puede esperarse la mas criminal conducta; y por consecuencia precisa el robo y el asesinato" (p. 1c) y las prostitutas,

ese excesivo número de mugeres bandanas y escandalosas que vagan á todas horas de dia y de noche por las calles, y varages mas públicos de las inmediaciones inundando desde el oscurecer en adelante la proximidad de los cuerpos de guardia y los patios ó zaguanes de algunas casas ... (p. 1 g)

En resumidas cuentas, deberá ser erradicado como acaba diciendo el autor todo lo que no contribuya a la "moral pública y buenas costumbres", referencia definitoria de la ética nacional.

En "2º. Lo que puede el vestido", se censura el tratamiento discriminatorio que los funcionarios dan:

si el que se presenta [...] va vestido - con lujo, tiene su hábito de patriota y pertenece á la cuerda tirante ... (¿entiendes?) se lo recibe con la sonrisa en los labios, se le ofrece una silla, la petaca, mucha conversación, se le entrega al momento de cuanto desea saber, y hasta se le despacha al golpe si es posible. (p. 2 a-b)

La connivencia mostrada entre Amiel y Prudencio parece necesaria; los tópicos sobre la burocracia han quedado evocados por la comedia cuyo título queda al frente de este segundo "cuadro" y la entrada en materia recurre a la connotación de su ambivalencia:

De empleados en general, poco bueno ni malo puedo decirte por ahora ... (p. 2a),

todo ello quizás es precaución necesaria para alicar el -- auténtico trasfondo de la Administración decimonónica, sustentada por "el sueldo de la nación" pero nutrida en gran medida por aquellos -- y el subrayado es un nuevo toque -- de atención sobre lo que se supone denuncia habitual intencionada--

que hábiles han sabido en un cambio de -- de gobierno, restablecer el equilibrio de su situación, y subir poco a poco en honras de sus mismos enemigos los escalones que debieron rodar. (p. 2 b)

En ^{el} breve "3º. El anuncio superfluo", la ironía se desarrolla en forma de anuncio sobre el pronunciamiento de septiembre de 1840 y el igualmente escueto "4º y último. El hambre" retoma y refuerza el símil teatral que recorre todo -- el artículo desde el título y el "espectáculo" ofrecido -- por los "vegos" hasta el final de función con que al autor se despide del amigo:

Este cuadro solo pueden desempeñarlo, con todos los caracteres positivos y verdaderos, las clases pasivas, y los pobres monjas, que convertidas en momias, llegarán día que habían de alimentarse como el camaleón, del viento. Sobre esto pues, hoy ha caído el telón, te hablara largo otro día. = Amiel (p 2 c)

Como una nueva prueba de la conciencia con que escribe la serie, el autor, que firma una vez más Aguel, excluye del cómputo un artículo que queda fuera del planteamiento costumbrista de los otros pero que al publicarse entre el quinto y el séptimo obliga a darle un título significativo: "Esta carta no se cuenta" (198). En consecuencia, la siguiente se denomina "Carta 7ª. Año nuevo, y vida nueva" (199), con título específico por segunda vez. Lo de "vida nueva" es anuncio de la ironía con que se comentan las expectativas políticas y sociales ante la apertura de Cortes tras el discurso del Regente, Espartero. Esa perspectiva y las constantes apelaciones a Prudencio siguen manteniendo la ficción de este costumbrismo epistolar frente al tratamiento sustancialmente distinto que se da al tema en los editoriales de estas fechas (200). Se alude en esta oportunidad a la lenta consolidación de la libertad a propósito de los trámites parlamentarios, a la desaparición de las contribuciones extraordinarias, a la asignación para "las desgraciadas monjas", a la reforma en los empleos y destinos y a la represión del contrabando. El comentario casi larriano se continúa en la "Carta[8ª]", que puede rebautizarse como "Un vestido nuevo" (201). Así es calificado el discurso por Aguel tras repasarlo y concluir que lo entiende a pesar de tener el entendimiento, según dice, "bastante obtuso". La carta enfila hacia el poder judicial: reforma legal e inamovilidad de los jueces, con ataques a la gestión sobre el particular de Alvaro Gómez Becerra cuando fue ministro de Gracia y Justicia y a la corruptela localizable en Zaragoza que demuestra el pleito contra los herederos de Santiago Cuéllar, incoado por el Ayuntamiento "hace solo 21 años" (202). En ambas críticas el autor trata de generalizar y en la segunda, incluso con argumentos próximos a la norma costumbrista del "cuando pinto no retrato".

Quizá te parezca un poco fuerte mi lenguaje pero no se dirige mi pluma contra personas determinadas, y menos contra los actuales magistrados que ya han hallado el proceso lleno de vicios... (p. 2 g)

Con todo, lo costumbrista de la Carta no se reduce a esta precaución tras la que se ampara la descripción políticosocial pues, una vez más, la connotación irónica preside las reflexiones sobre el proceso de redacción. Así, la digresión en torno a los avatares de la Constitución, de la que el autor se pregunta al estilo larriano si, una vez convertida en vestido nuevo (203).

nos vendrá bien pues como sin duda somos muy jorobados, desde el año 12 que lo arreglan, puede que este nos sienta perfectamente, si los segundos operarios saben manejar la ahuja: al menos el maestro ha tenido muy buena tijera, le ha cortado bien cumplido, y creo que haya conocido el paño.... Pero que difuso soy, ya me iba por esos trigos de Dios, cuando he advertido que no me concretaba a la cuestión y he tenido que contener mi pluma. (p. 1 a-b)

La serie cobra verosimilitud como correspondencia con la "Primera contestación a Aquel" (204), firmada por Prudencio. Aunque el título hace suponer continuidad en las respuestas, ésta es la única pues viene a cubrir una ausencia temporal de Aquel coincidente con la llegada de Prudencio a Zaragoza.

La relación entre los desplazamientos de los corresponsales y la vida de su carteo -que recuerda a la de la serie El Mundo no significa en este caso el final de los artículos, pues han de completar la docena, sino la confirmación y refuerzo de la

opinión de Aquel sobre la situación políticosocial. Prudencio, de personaje pasivo e indefinido se transforma en co-autor

de una ficción en la que, además de actuar como Aquel, presenta a este en relieve, con rasgos personales. Todo el artículo está presidido por la idea, común a los dos amigos de la necesidad de una reforma de los empleados, motivo que ya se entrelaza con los datos ofrecidos por los formulismos iniciales:

Con que te has largado de Zaragoza amigo Aquel? Esporo vuelvas luego y me saques de este laberinto, porque amigo, esto de tratar con empleados no se me entiende una jota. (p. 1 a)

La idea de la reforma burocrática quizá deba implicar el aumento de los cesantes, condición a la que Prudencio -- parece querer reducir a bastantes empleados a la vista de casos frecuentes de pésimo cumplimiento de su cometido:

¿Ni cómo [evitar sin reforma] el que en llegando á ella [a la oficina] deje de quitarse el capote, guantes, sombrero, atusar el pelo, echar un cigarro, leer algun periódico, y ponerse al corriente de las novedades del casco ó sea de la población, antes de empuñar su pluma? Con estos preámbulos, algo de tiempo que siempre se ocupa cuando el portero avisa que está fuera la criada para echar el bocadillo, tienes que este hombre ha invertido cerca de dos horas en el despacho de negocios y ha ganado el sueldo que la Nación le señala. (p. 1 b-c)

La censura del funcionariado se extiende a las sospechas de corrupción a la vista de la lujosa vida que ostentan quienes no cobran más de "cuatro ó cinco mil rs. sueldo". La pintura crítica de estos se equilibra al darse como contras

te el tipo de vida que permiten tales ingresos. El ejemplo en segunda persona puede ser tanto general como referido a Aguel:

¿Tú tienes mujer, un hijo y criada, no --
malgastas un maravedí; vistes y comes --
con decencia; no vienes casi al teatro;
eres hasta perjudicial en los cafés don-
de ni aun agua gastas; y no obstante --
las entradas metálicas que tienes anual-
mente siempre vas con la capa rastrando.
(p. 2 a)

Un dato más claramente atribuido a Aguel es ofrecido a pro-
pósito de un caso concreto de cohecho:

Está visto que en España tenemos de te-
ner las manos puercas, así como las de
cierto Administrador que hubo hace al-
gunos años en la Ajua de tu pueblo de
Panticosa ... (p. 2 a)

Antes de acabar el artículo con un nuevo ejemplo de trato
denigrante para los subalternos por parte de los registra-
dos de la Audiencia, Paradencia vuelve a oxidar depuración
y retribución justas al tiempo que utiliza como autoridad
el personaje de Modesto Lafuente:

De otra manera la inrentatura seguirá --
porque el comer no tiene trampa ni es-
pera; y en esta Nación de los Vice-re-
sas como dice Fr. Gerundio, la virtud
seguirá en menguante y los vicios en
creciente. (p. 2 b)

La carta de Paradencia, donde se ha interrelacionado lo --
local, lo regional y lo nacional, obtiene confirmación en
la que Aguel, de regreso, la asegura que no ha cambiado na-
da desde que se fue de Zaragoza. Se trata de la "Carta
[ca]" c* "El soldado salesero" (205) escrita sobre todo para
denunciar la poca atención que se presta a los soldados, -

obligados a hacer asuntos particulares de los jefes militares como cocheros asistentes y niños, según comprueba el narrador, una vez más, ahora cuando pasea en Zaragoza "por la subida de San José á Torrero" y se acerca al Presidio. Ante la escena contemplada y descrita, Aquel sentencia sobre sus implicaciones:

parecime que estábamos en uno de los años de 1814 al 20, ó del 23 al 34 ... (p. 1 a)

y se convence de la vigencia de

aqueel dicho cierto y verdadero de nuestro difunto Monarca, hablando de milicianos y realistas, gobernantes y gobernados, á saber, los mismos nombres con distintos collares. (p. 1 a)

Aquel, que ha sido testigo de los hechos con la actitud del costumbrista —"naturalmente curioso, cerqué así como al Goscuido, echando mano de mi lente" (p. 1 b)—, teoriza sobre su labor en términos que hacen pensar en Larra:

en España no se lee porque no se escribe, y no se escribe sin duda porque no se lee, como dijo el otro ... (p. 1 a)

y literaturiza la queja al explicar con pormenores su intención de dar parte al Capitán General personalmente, su posterior renuncia a tal idea porque, dice, "se oiría como quien oye llover" (p. 2 a) y la irónica resolución de comunicarlo todo a Prudencio para que, si tiene oportunidad, se lo transmita él a Mariano Picafort, el Capitán General, para que haga lo que proceda. El lector continúa implicado queda así enterado gracias a este uso —pretendidamente ingenuo pero intencionalmente instrumental— de la prensa de cuya función crítico-literaria, es decir, costumbrista, ha podido dudar —"en España no se lee ..."— pero de la

que ofrece pruebas, aunque escasas, cuando el autor comenta al final del artículo la labor del alcalde Polo y Monge, -- que parece haber tenido en cuenta las propuestas sugeridas por Aquel para velar por la "moral pública" (206).

La "Carta [10ª]", que lleva como título "El pues y que? (207), sentencia de entrada sobre la situación nacional:

Amigo mio: Siempre estamos en tinieblas y -- siempre somos los mismos españoles á macha - martillo. (p. 1 a)

Y sienta los parámetros político-sociales para atender a -- una ciudadanía liberal cada vez más escéptica ante la inestabilidad de la regencia de Espartero. Con treinta y cuatro años "de guerras y chamusquinas", ya no se fía ni de lo dicho ni de lo escrito: Sólo se atiende a "los hechos positivos y palpables". que tal sentimiento tiene arraigo popular lo avala la alusión al "barbero de tu pueblo", cuyas palabras invoca Aquel con argumento de autoridad.

La intermediación básica que representa el costumbrismo --- epistolar, al reducir al lector a [estigo curioso que sor--- prende un supuesto mensaje entre particularas, se hace más compleja aquí, al reducir a un tercer personaje --el barbero no entra en la anécdota principal--, el carlista Agustín, - amigo común de los correspondientes pero directamente identificable por el lector, dada su caracterización significativa:

todo el día está á vueltas con veinte y cinco periodicos, haciendo conbinaciones y sacando consecuencias, está inaccesible; y --- siempre pensando en sus Caboras y en la venida del Mesias. Todo le parece mucho unas veces, y poco otras. (p.1 a)

A partir de estos elementos, el artículo se organiza como reproducción de la conversación mantenida entre Aguil y Agustín, cuya distancia, ideológica es ponderada a la luz de los acontecimientos que auguran la división de los liberales y la hegemonía de los moderados, situación a la que quizás no sea ajeno el contubernio de cristinos y carlistas como parece sugerir el leitmotiv "Pues ... ¿y qué?" en boca de Agustín:

Ayer, fiado en su honradez, porque prescindiendo de la opinión, la tenía por todos cuatro costados, me lamentaba yo, al ver el estado de nuestra situación política, yá todo me salía con su "Pues y que?" de costumbre. (p. 1 a)

Así, Aguil va enumerando pruebas del apoyo francés a los carlistas que hubiese alargado más la guerra a no ser por Espartero y de la tolerancia con que se conspira en el país de las "simpatías" oficiales hacia España. Son siete los embates de Aguil a los que Agustín responde con el monótono "Pues... ¿Y qué?", siete denuncias que acaban por apuntar a quienes consentan que continúe tal panorama frente a la claridad con que lo contemplan los "simples ciudadanos".

los españoles ha tiempo tenemos nos firmes los pies que la cabeza ... (p. 1a)

La cabeza -el gobierno- es responsable, de ahí que Aguil lamenta que no se vea

precesar y decapitar á un ministro, habiendo habido tales, que nos han robado, nos han vendido, y han negociado con -- nuestra sangre ... (p. 1a)

y declare el agiotaje político a que se han reducido los principios liberales,

a esas ausencias al extranjero; ese cambio de opiniones ora perteneciendo al -- partido de Carlos, de Cristina, Isabel -- 2ª y Espartero; ora asociándose á los Caballeros y satélites del despotismo... (p. 1 c)

El artículo, enteramente dedicado a defender el espaterismo en peligro, tampoco calla la parte de culpa que tienen "los liberales, los verdaderos avances de la patria" que se muestran tibios, indecisos e ingenuos u acaba proponiendo de--soir a los políticos de dudosa trayectoria y lamentando no

andar siempre con el látigo en la mano -- para que todo el mundo marche derecho... (p. 1 c)

La ingenuidad, cual endémico del liberalismo progresista es tan acusada en estos momentos que, aunque Arenal haya llegado a diagnosticarla en este último ejemplo de costumbrismo crítico, parece incurable de momento. Ni el "¿Hasta cuando?" (208), tomado del Fray Gerundio, que propone una reconciliación nacional y una Constitución y unos gobernadores estables, por criticables que sean, antes que una revolución, -- dado el cansancio de los españoles -- jüguetes de los vaivenes políticos, los recelos y la guerra de los destinos--, ni "El Romancero del Conde-Duque" (209) que pretende mitificar a un Espartero defensor inmarcesible de los intereses populares, ni otros textos de estos días aciertan a favorecer -- en la práctica la causa del progresismo. Arenal, quizá más -- lúcido, deja morir la serie epistolar y la técnica costumbrista tras insinuar su inpotencia e su desengaño: La "Carra 10ª" supondría el límite de su labor costumbrista. Tras ella sólo quedaría insistir con tan crítica actitud en temas sustanciales, como los debates de las Cortes -- que es lo que

promete al finalizar "¿El pues y que?"—o, intuyendo lo inútil del intento, optar por el silencio. La despedida de la serie -- que efectúa mediante dos cartas dedicadas al cuarto aniversario de la Cincoarzada-- "Carta 11ª. Día 5 de marzo de 1842. Teatro (210) y "Carta 12ª. * "Un cuadro asombroso" --- (211)-- mero anuncio -- la una y crónica la otra de los actos militares, religiosos y culturales celebrados. Al margen de la numeración correlativa con las anteriores y el mantenimiento de los elementales formulismos "Amigo Prudencio", "Prudencio mio" al comenzar, "Resta hablarte Prudencio" en medio de la primera y "siento mucho no hayas presenciado" -- al final de la segunda--, nada hay de costumbrista en estas cartas. Como trasunto literario de la situación política y social que son, el entusiasmo patriótico que muestran no logra enmascarar su carácter de consuelo o refugio en la evocación del suceso más que de propuesta de acción a partir de él. Sirva de ejemplo a este pasaje --quizás el único que se hurta a la simple relación-- que encarece la trascendencia de la celebración:

Quadro tan asombroso, no es dado poseer á los déspotas del Norte, ni concebir á nuestros santones nacionales; esta reserva, mal que les pese, á los españoles libres, en particular á los zaragozanos: á los zaragozanos sí; a pesar del tedio con que siempre les han vulnerado, y de la ojeriza que les profesan, suponiéndoles planes maquiavélicos y anarquistas -- en todas sus operaciones. (p. 12).

Sin embargo, la "Carta a Aquel" (212) que Quidam le remite el 10 de marzo, sin ser muy sobresaliente en destreza técnica ni en la importancia del tema, parece literariamente más a propósito con la efemérides, aunque, por lo mismo, tampoco se sustraiga a cierto anacronismo significativo. Pensada como una censura de la nota discordante que supone el atuer

do poco decoroso del Jefe Político Julián Sánchez Gala, la carta se organiza como reproducción del diálogo que Quidam y Sovero, su criado, han sostenido sobre los actos conmemorativos, es decir como un artículo próximo a los cuadros -- propios del Trienio Liberal aunque con rasgos de los trabajos de El Novicio. Claro que la pareja amo-criado --este caracterizado por su lenguaje vulgar, al estilo de la Aldonza de El Novicio-- y la colocación de la conversación en casa y no en la calle son rasgos que sitúan la carta en la época -- del costumbrismo pleno, pero esto no hace olvidar que aunque funcione como complemento costumbrista de la última de Aquel en realidad toma a ésta como "sucinta descripción" (p.3 h), es decir, sin conexiones literarias con el género y, aunque Quidam las logre para la suya están muy lejos de las sentadas en las "Cartas a Prudencio".

La prueba de que estos desajustes quizá sean corrolatos literarios de la confusión de los liberales progresistas podría hallarse en artículos que aún inciden más en la técnica precostumbrista propia de la actitud defensiva mostrada en el Trienio Liberal, como el "Diálogo entre D. Torcuato y D. Simplicio" (213), transcripción anónima y sin -- marco narrativo alguno, diálogo casi puro en suma, adoptado para tratar los temas ya denunciados por Aquel: el doble peligro nacional que representan los políticos corrompidos -- del interior y la conspiración carlo-cristina en Francia. -- Excepto el acierto del autor en hacer que cada dialogante -- aporte la fiabilidad de lo conocido de cerca -- Simplicio des

de Zaragoza y Torcuato desde otra ciudad innominada, "aquella", y la frontera-, el recurre al "El Tío Sandunguero de nuestra tierra" para sugerir que el sentir popular apoyaría que rodasen algunas cabezas y algunas notas que pretenden ~~notas que pretenden~~ enmendar el diálogo en un proceso de contactos similares, excepto esto, el artículo representa un retroceso, a la par costumbrista y político, a momentos en que la literatura periodística parece explotar a fondo sus posibilidades aleccionadoras -o adoctrinadoras o propagandísticas- cuando crea diálogos deseables y necesarios para conjurar casi por magia simpática los peligros que acechan a los avances políticos logrados. Así concluye el diálogo Simplicio, reconfortando a Torcuato que ve en los carlo-cristianos la muerte del esparterismo y comparando esa amenaza con la interior:

pues no les temas, porque no son gente de armas tomar: pero son gente de armas dar. Vamos, y qué gente te parece a ti que puede ser esa familia junta? no así como pagadores, intendentes, e intrigantes, porque estos son en mi política en extremo hipócritas que saben mascar á dos carrillos. (p. 4 b)

4.1.4.4.6.- Las "cartas" del zaragozano lego Crispiniano al madrileño Tirabeque. Los canónigos de La Seo, implicados en un robo. Desafueros centralistas. Frailes indigentes, soldados mal cuidados, carlistas impunes. Desamortización. Las obras del Pilar y la necesidad de puentes. Desgobierno (1841-1842).

Al caballo de la anterior y de la siguiente, se desarrolla la sexta de las series: las "Cartas del Lego Crispiniano a Tirabeque". Epistolar como la firmada por Aguel - aunque de inferior interés, consta de cinco artículos publicados desde mediados de noviembre de 1841 a primeros -- de mayo de 1842, cuya aceptable calidad media resulta del tratamiento irónico y combinado de lo local y lo nacional y de ciertos rasgos como las críticas del centralismo y la búsqueda y explícita presencia del modelo gerundiano.

Tras la "Carta Primera del lego Crispiniano a Tirabeque" no localizada, (214) que debería aludir, al menos, a la -- empresa de transportes de Zaragoza a Barcelona por el Ebro y por el mar en barcos de vapor y al juicio de los canónigos tratado en la siguiente carta, esta, la "Carta segunda del Lego Crispiniano a Tirabeque" (215), firmada por Crispiniano como todas las demás, acoge con agrado el fallo de la -- "causa canonical" (216) aunque muestra sus reservas con -

respecto al prologar pasado y futuro de "Valco Capablanca, el juez. Tal duda fundada es precisamente la que dota - de ironía gerudiana el artículo presentado técnicamente - en el recurso a un tercero conocido de ambos, "el bueno de Agapito nuestro compañero que fué" (p. 1b), que permite -- criticar con más protección, acrecentar la verosimilitud de la carta gracias al aumento de perspectivas, aproximar al lector a lo expuesto por Agapito y reforzar la ficticia relación establecida entre los correspondientes, a lo que -- también contribuyen otras alusiones a la crianza conjunta en el cuartiro. Todos los rasgos de autofiliación con el costumbrismo de modesto Lafuente --especialmente el homenaje de los correspondientes--, que recuerdan planteamientos de El Novicio y los superan, se redondean la hora de la despedida:

Te felicito por tu regreso á España en compañía de tu amo Fr. Gerundio á quien tengo -- algunas cosas que contarle, y en el entretanto que esto sucede, se repite tuyo= Crispiniano. (p. 1 c).

La "Carta 3ª de Lago (Crispiniano a Pirabeque" (217) -- vuelve a mostrar semejanzas con las de El Novicio por la alusión al paréntesis cuaresmal que, además, sirve de excusa argumental para adagiar diversos temas: a) la satisfacción por lo que su publica en favor de las "causas de comunidad", preocupación frecuente por las órdenes religiosas que aquí encierra dos notas particulares: la conexión explícita entre textos de artículos, pues Crispiniano dice enviar a Pirabeque un artículo de Churruarín sobre este aspecto de la Desamortización (218) y la referencia a las duras críticas escuchadas en los cafés; b) la mención a la ausencia de compañía dramática por falta de ventajabilidad, ya que "los capitalistas están por lo positivo" (p. - c). Se pie a cambios sobre la empresa de transportes de

Zaragoza a Barcelona "por el tiro y el mar con barcos de vapor"; c) la crítica del centralismo, a propósito de la subasta en Madrid el arriendo del puente del Gállego, lo que, apoyado en los comentarios de los más directamente afectados —los zaragozanos—, le lleva a ironizar al decir de estos que no tienen en cuenta

que es un interés de todo gobierno la centralización, y que todo se haga á la vista y barba de los gobernantes para que no sean defraudados, y á propósito de esto entre la chismografía de por aquí corre muy válida la voz de que vá á expedirse una Real orden para que todos los arriendos de pontones y pontones existentes en nuestras islas Filipinas se suscriban en Madrid por la ventaja de que -- esto deben reportar aquellas colonias; ... (p. 2 a-b)

d) la crítica de las costuras del vestuario de los batallones provinciales, cuyos uniformes —nuevo despropósito— serán

de paño para el verano y lienzo para el invierno, pues de este modo adquirirá el soldado la robustez necesaria para la campaña ... (p. 2 b);

e) Las incencionadas alusiones á la política que, además de recordar las maquinaciones carlistas, aporta más elementos para la filiación de la serie, entablada como correspondencia con la corte:

La política te aporongo más enterado que yo, tanto por estar en la fuente como suelo decir, como por las buenas relaciones de tu amo. (p. 2 b-c);

Y en fin, f) los ecos con que se abren "los nuevos -- proyectos de ley sobre administración de justicia y Arrendamientos" (p. 2 g).

La serie adquiere un matiz nuevo al comienzo de la "Carta 4ª a Tirabeque del lago Crispiniano" (219) pues el constante interés del autor por aproximar su obra a la de Rodolfo Lafuente se añade la mención del correo perdido aunque el lector no sea testigo de las respuestas de Tirabeque:

Querido. He recibido tu muy apreciable en contestación á mi última, por ella vez estás en satisfacer mis deseos respecto de las noticias que te pedía tan pronto como tus ocupaciones te lo permitan y ya que -- para entonces ha de ser procurado enterarte de tu año, para qué me lo participes, si en el día las curas párrocos respecto de su ministerio se hallan sujetos á alguna autoridad. (p. 1a)

Lo así apuntado sirve de entrada para airear la tirantez de relaciones entre algunos párrocos paraguayos y, con Manuel de la Hica, a quien no reconocen como legítimo "Gobernador de la Diócesis" (p. 2 b). El resto de lo comunicado, en parte habitual, incluye a) las dificultades para recaudar los fondos con destino al mantenimiento del clero b) la demanda --en el contexto de resistencias a la medidas desamortizadoras-- de firmas que llevan a cabo -- los "devoctos para oponerse a la venta del tesoro del Pilar hasta entonces destinado a continuar las obras del templo, demanda que refuerza la Dirección de la serie, -- pues está a punto de llegar a Tirabeque, y que contribuye a caracterizar a Crispiniano algo más, ya que este propone se atiendan antes a las obras del puente de piedra y de los pretilos del libro y de Nueva; c) la causa de los canónigos (220), d) los intereses particulares y los per-

juicios generales que puede suponer la creación de nuevas provincias y ... e) el aviso del fin del mundo para el 25 de abril de 1642, según un perégrino "lleno de virtudes o de vino" (p. 2g)

La "5ª Carta del Lejo Crispiniano a Tirabuzo" (221) es más larga que las anteriores y supone su adecuado colación con nuevos recursos costumbristas: combina el epistolario con el de la aparición de textos imprevistos y el de la vista, todo ello sustentado, como es habitual, en el comentario irónico de aspectos de la realidad local y nacional que se iluminan mutuamente. La carta arranca con la satisfactoria comprobación de que el mundo sigue rodando, aunque más sustancialmente con el artículo precedente es la cuestión de los proyectos de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales a los que se dedica esto como una parodia de la forma en que se legisla y gobierna en España. La extrañeza de Crispiniano ante la recepción por el Correo de los Proyectos, la convicción de que el envío no es obra de Tirabuzo y la queja por tener que abonar "treinta cuartos", ya que no va franco de porte, a nivelación e la introducción reflexiva que suele preceder a la vista inesperada. Esta no tarda en producirse:

No bien me había sentado para leer tan preciosos y nunca vier ponderados documentos, cuando me avisó la patrona que un hombre preguntaba por mí y quería hablarme... (p. 1 b)

El visitante es Fr. Timoteo Bienaventurante, antiguo superior de los dos correspondientes y persona "cuyas extravagantes ideas más de una vez no podía escapar de su juicio" (p. 1b). La curiosidad y desconfianza caracter-

rización se combina con la que el propio Fr. Timoteo esboza:

Ya sabes que nuestras opiniones políticas nos
atrajeron la envidia de nuestros compañeros
de comunidad, y las vejaciones y disgustos
que teníamos que sufrir en razón de habernos
declarado abiertamente en favor de la causa
liberal y espíritu reformador del siglo...
(p. 10)

De la tensión entre ambas referencias surge el comentario
joco-serio del artículo cuya parte central está consagrada a
un diálogo con acotaciones gestuales y temporales entre Cris-
piniano y Fr. Timoteo. Este presenta como actividad patrió-
tica sus variados escritos de "economía, política, legisla-
ción &c." y, entre ellos, los referentes a "Ayuntamiento,
Disputaciones y Jefes políticos" que sólo esperan el juicio
de Crispiniano —quien ha de actuar como censor—, para ser
publicados. Por deficientes que resulten ser, siempre aver-
tejarán a los del No. Nerno pues, como ironiza Fr. Timoteo
cuando echa en falta uno de los que va a leer,

si lo he perdido haré otro en esta misma noche
que para cosa de tan poco interés bastan cin-
co o seis horas, tiempo que no creo yo gasten
nuestros ministros para examinar estas y otras
cosas por las tardes que pasan... (p. 25)

El uso que el autor hace de la intermedicación de Fr. Timoteo
para la crítica aún aparece más claro cuando Crispiniano pí-
de explicaciones por el hecho de que en el proyecto de Dipu-
taciones se contemplara "con solo una reunion ordinaria que
comenzaría desde el primero de enero hasta el 29 del mismo"
(p. 29). Con las protestas por ser interrumpido en su
lectura, Fr. Timoteo razona:

el día 29 de enero es el que se refiere a Tirabeza el soldado Illanes de San Antonio; como vulgarmente se dice que este animalito es el de menos seso que se conoce, y cuando yo escribía esto tenía á la vista los proyectos del gobierno concebidos con tan poco, no parecían muy del caso buscar alguna analogía y creo haberla encontrado en el mio ... (p. 2 c)

Estos y otros extremos, como las atribuciones, las intromisiones de los militares, el acaparamiento de cargos, los sueldos y los empleos, expuestos de tal forma que se obliga al lector a identificarse con Crispiniano cuando su visitante le indica "juzga tú quien va mas descaminado si el gobierno ó yo" (p. 3 a-b), son los que llevan al personaje narrador a revalidar la crítica cuando comunica a Tirabeza su impresión sobre los proyectos a Fr. Dimoteo:

no confirmaron en la idea de su enajenación mental, pero amigo no es solo en el mundo y si sus dichos proyectos son desatinados, atestados de ellos estan los que nos ofrece nuestro gobierno. (p. 3 c)

4.1.4.4.7.- Las "epístolas" larrianas de Churupito al redactor. Devolver a España el prestigio internacional. El ciudadano exige cambios palpables. El erróneo planteamiento de la Desamortización. Las grandes fortunas de reciente creación. Hipertrofia burocrática. La libertad y las capas bajas de la sociedad, traicionadas. La lacra nacional del contrabando. La corrupción del poder (1842).

Las "Epístolas al Redactor de este periódico" firmadas por Churupito ofrecen la particularidad técnica, declarada en el título, de no estar dirigidas directamente al lector ni a un corresponsal intermedario. Los nueve artículos - de marzo a mayo de 1842- que las componen coinciden en gran parte con la temática y el tono advertidos en las series precedentes, solo que aquí se aprecia menos homogeneidad ya que lo más claramente costumbrista se va acrecentando hacia el final de la serie aunque no falte algún detalle destacable en las primeras cartas que compensa lo que pudiera parecer ruptura del género por el lado de la denuncia directa de la situación política y social. Este es precisamente el aspecto más característico de la serie, que presenta un costumbrismo crítico -más acre que el de El Hado y, sobre todo, que el de Aquel -muy aproximable al de Larra.

La "1.ª Epístola al Redactor de este periódico", titulada "¿Cómo habemos de moderar?" (222), y cuyo ordinal indica la conciencia de serie, está dedicada a la crítica de la Desamortización con una técnica discursiva que la aleja del costumbrismo si bien la actitud la vincula al género al menos por lo reflejado en su borrador inicial que evoca lo dicho por Aquel en su "Carta [84] " a Pludencio o* "Un vestido nuevo" (283) : remite a Larra:

Ya recordará V. Sr. Redactor aquellos divinos párrafos vertidos con tanto acierto en las producciones inéditas del don Jacinto Figaro. En España efectivamente no se hace más que tejer y destejer como la araña, no están cada día se corta y se cose más pésimamente. (p. 1 a)

Los ataques al gobierno y en especial por la desafortunada manera con que se acomete la Desamortización y por la impunidad con que prosperan ciertos negocios oscuros al abrigo de la corrupción administrativa marcan la tónica de la "2ª Epistola al Redactor de este periódico". Ya nos vamos conociendo" (224) y de la "3ª Epistola...", rotulada "Hondarines, santones y pasteleros" (225) y tenida en cuenta por Crispiano en su "Carta 3ª... a Tirabeque" (226). La "4ª Epistola... El Contrabando" (227) y la "5ª Epistola... Mas sobre Contrabandos" (228) particularizan en el tema anunciado en sus títulos en torno a las "lacras" de la nación (229). La "6ª Epistola... Un robo!!!" (230) además de insistir mediante la reproducción de textos ajenos- en la crítica de las grandes fortunas amasadas más rápida que litigamente, de los intereses creados y del desorden de la Administración hasta el punto de llamar a la ciudadanía para que no se lleve a engaño y se rebela, supone la aparición, por primera vez de un Churrupito caracterizado como escritor costumbrista. En lo anecdótico, el artículo es la presentación y comentario propagandístico de El Peninsular, periódico de cuyos números 29 y 30 transcribe algunos párrafos -en esto consiste "el robo"- que casan perfectamente con los planteamientos de Churrupito. Este, que se dirige -novedad- a los destinatarios reales de las cartas sin abandonar la ficción de la comunicación exclusiva con el Redactor,

Un robo cometido por Churrupito, que horror!... pero no se alarma V. Sr. Redactor, un poquito de paciencia, amados lectores. (p. 1 a)

se presenta en tercera persona y con una pueblera en escena inicial muy propia del costumbrismo:

Sin que sea de autorías para la presente epístola y después de haber apurado la última gota de una no pe uña jicara de chocolate, se hallaba Churrupito sentado en su butaca dando fin a un rico cigarro, repasando las apreciables columnas del Diario del pueblo, titulado el Peninsular. En sus meditaciones, concibió la idea... (p. 1 a)

Las preocupaciones de Churrupito suben de tono en la "7ª Epístola... No ha remedio" hasta tal punto que el artículo se convierte en grito pasional que incluso rompe la convención epistolar—ni siquiera se menciona al Redactor en el texto—para exclamar al estilo de Larra, aunque con matices más "populistas":

El sufrido pueblo cuando se fascina ó extravía es siempre justo, porque es fuerte; fuerte por que es generoso; y grande hasta que no le hacen apurar las heces del sufrimiento. Cuando se recuerda lo que podía ser esta Nación magnánima, y se compara con el estado de decadencia y angustia en que está sumida, preciso es convencerse que jamás saldrá de este postramiento y situación fatal, mientras que subsista la impunidad de los castigos... (p. 1 a).

La censura, que parece alcanzar a todos—"excepto de la testa coronada que es sagrada é inviolable por la ley" (p. 1 a-b) pero se dirige especialmente a los ministros—no huele caso omiso de la Constitución y abusan

de la buena fe con que desea labrar nuestra felicidad el vencedor de Luchana y de Victoria, el inocente Repartero. (p. 1 a).

se aproxima a los vehementes editoriales de esta época (231) ensanchando o desbordando las causas del costumbrismo como suele ocurrir—por ejempl., en Larra, en "el este b. fuente y

en sus seguidores de la prensa aragonesa cuando la distancia entre la sociedad deseada y la real es excesiva. Así llega Garrumbito, apoyado en la evidencia de que hay vías para remediar la situación (232) a plantearlo:

Y si los ministros no cumplen estrictamente con sus deberes, de qué servirá esa tan abundante sangre derramada, para consolidar un código político que no sirve más que para que los LIBRETTOS improvisen grandes fortunas? (p. 1 c)

La pintura de la atemperación revolucionaria de las clases medias según van accediendo al poder político y económico persiste con los mismos colores en la "82 Epístola..." (233) y aun más violentos pues, a las denuncias habituales, se añe de la que, a través del autor, efectúan las clases traicionadas por los falsos defensores de las libertades revolucionarias:

Hombres del poder, tantos desaciertos habeis cometido, tan mala cuenta dais de vuestra administración, que el soldado y las clases pasivas os maldicen, las viudas se querellan, el artesano y el comerciante sucumbe á la desesperación de sus agotados recursos. (p. 2 c)

La crítica, dura y seca, vuelve a olvidarse del teórico receptor expreso. Con todo, queda ahorrada por pautas costumbristas pues, además del recurso perspectivístico del repaso de periódicos "de antaño y de oggiño" para dar más relieve a lo tan constantemente repetido, Garrumbito disecta la carta tomando como referencia modalidades costumbristas más apagadas -asi las atendida a situaciones municipales que se alacan a la "moral pública" (234)-, a las que alude y supera mediante un posible reproche de su frivolidad al tiempo que convierte la descripción de este punto de vista en excepcional situación inicial del artículo:

Así como podía estar paseando por los parajos más inmediatos de Zaragoza presenciando los juegos de chapas y de cané, y los corrillos de vagos mal entretenidos; así como podía haber observado esa multitud de mujeres mundanas y andrajosas que infestaban las inmediaciones de los cuarteles y orillas de los ríos; ó estar-me en un café oyendo mentir de largo y tendido reformando gobiernos y potencias [...], ocurrióme pasear por mi limitado estudio y en lugar de matar el tiempo leyendo una insípida novela, ó repasando los programas en que tantas veces se nos ha prometido la felicidad, comencé á repasar periódicos de antaño y de ogaño ... (p. 1 a-b)

El final de la serie, la "9ª Epístola al "Redactor de este periódico" (235), a pesar de lo que sigue diciendo su título, no se dirige al Redactor sino que consolida la apelación directa a los lectores. Churrapito, que continúa refiriéndose a sí mismo en tercera persona, en esta ocasión da un toque pretendidamente liviano a su artículo al encabezar lo con un lema —novedad— en verso:

O el Alcalde es bueno
y yo soy muy malo,
ó questa ye una cosa
que eu nu la alcansu. (p. 1 a)

que glosa con ironía:

Y no es mala señal que empecemos con coplillas el presente artículo o llámase epístola, y que nos hallemos contentos como una pasqua. (p. 1 a)

La razón está en dar prácticamente por perdida la causa progresista a la vista de lo que suponen los proyectos de ley de Ayuntamiento, de Diputaciones provinciales y de atribu-

ciones de los Jefes Políticos. Revelando el pensamiento del Gobierno, Churrupito traduce lo que implica este último proyecto que convierte a los Jefes Políticos en transmisores de la voluntad de los "Mandarines" mediante férreas y "absolutas disposiciones":

Así no habrá que temer que os volvais anarquistas ni republicanos, ni que os dejéis seducir por esas doctrinas vertidas en casi todos los periódicos, ni por los discursos pronunciados por varios diputados de la oposición, que aun que ciertos unos y otras, no os convienen en manera alguna; porque nosotros sabemos muy bien lo que hacemos y lo que se necesita para llegar á haceros felices aunque os esquilmemos de cuando en cuando. (p. 1 b).

Puesto que no queda ni la esperanza de que los diputados de la oposición abandonen las Cortes para no contribuir a que se siga conculcando la Constitución, el panorama que refleja esta epístola es desolador y de ahí quizás que con ella acaba una serie (236) sintomática de que las clases medias y bajas, han sido traicionadas, la división cada vez hace más mella entre los progresistas, el esparterismo naufraga y soplan vientos moderados como indicio del postergamiento de los ideales revolucionarios a cambio de ventajas inmediatas para quienes ya se han instalado en el poder:

Entre tanto el pobre Churrupito se calabaceca, y repite la letrilla de marcas, y toma la cuchilla de la ley y vé que no corta un ápice mas que para la gente de alpargata [...]. Amados lectores, Dios les dé á V.V. el reino de Granada que es ancho y largo, y á nuestros mandarines la corona del martirio. (p. 1 c)

4.1.4.4.8.- Las "cartas" del Primo: incomodidades e injusticias municipales (1843)

Aunque con reparos, cabría denominar "serie" a un último grupo de artículos de aire similar constituido por tres cartas firmadas entre abril y mayo de 1843 por Primo, adaptadas en recursos ya aparecidos en el Eco. —están muy próximos a las "Cartas a Pepe" (237)—, elaboradas en torno a lo local y con menor carga crítica que las anteriores. La titulada "Un primo a otro primo" (238), dirigida explícitamente al supuesto familiar, refuerza la ficción de la correspondiente aludiendo a la promesa de informar de las novedades. La aparente ausencia de estas, además de la pereza, justifican el retraso en escribir:

no creas que hoy lo hago porque tenga mucho - que decirte, nada de eso, no ocurre nada de particular, y menos en estos santos días, en los cuales, la gente solo piensa en el ayuno, la penitencia y los misereres. (p. a-b).

De hecho —y si no hay que leer entre líneas— lo que sigue no es excepcional: las bromas e insultos a que se ven sometidos los asistentes a las iglesias por obra de

una porción de estos jóvenes que se apollidan románticos y que no tienen mas ocupaciones - que el pasear las calles é indagar las horas-

en que suceden estas y otras diversiones...
(p. 2 b)

La actualidad teatral, las actividades del Liceo,

que siguen perfectamente desde el pronuncia-
miento de Enero (p. 2 a)

y otras monudencias que —eso sí— pintan el aspecto diario
de la ciudad:

los aguadores, y sus horricos, siempre si-
guen marchando en batalla por las calles,

... :

los comerciantes con las tiendas abiertas en
los días festivos, y sus puertas y fronteras
llenas de colgajos: los cuartos del merca-
do interceptados con los canastos de estopa
espetones, botas, morrales de caza y otras
mil cosas que dificultan el paso de las carre-
tas... (p.2 b)

Tous son inconvenientes para el viajante probo que se ve
obligado a usar paraguas a diario por el "roceo de los mu-
chos tiestos de flores que hay por los balcones y venta-
nas" (p. 2 c) y que siente amenazado su físico por los -
mismos tiestos y por las "jarras ó botijas" colocadas en -
casi todas la ventanas debido al buen tiempo. Apenas que-
dan "novedades" que no denuncien la gestión de los alcaldes
constitucionales a quienes Primo exige reformas visible -
y, sobre todo, firmeza.

En "el mismo primo" (239) se mantiene la sección epis-
tolar con la alusión a la respuesta que le debe el destina-
tario de la serie y al interés mostrado —como en una carta
verosímil— por los familiares cercanos. Por lo demás, la
temática es continuación

de la vista en el artículo anterior —la carretera de Navarra, las obras en la ciudad— y aunque en esta ocasión Primo se felicita por la decisión del Ayuntamiento de demoler "la batesía que tan inútilmente frente á la puerta Guenada, se construyó en tiempos" (p. 1 b), más importa rescatar lo que de descripcionismo aporta al referir el uso actual militar de lo eliminado:

un abrigo para tomar el sol, un tropiezo para entrar y salir por aquella puerta, un desahogo para las necesidades de los vecinos de aquella parte, y un juego público de chapas... (p. 1 c).

La tercera y última de las cartas, "Al Primo. ¡¡¡Qué bando!!!" (240), sigue hilvanando la crítica municipal con la ficción de la correspondencia y —como novedad— también vincula a esta el tema del bando: el muchacho que tenía que echar al buzón la primera carta se equivocó y la introdujo por la reja de la casa de un alcalde, con lo que se explica que el destinatario, el primo del Primo, no la recibiese. Pero, además, el enramado de elementos resulta tupido pues según Primo, el tal alcalde no ha dado curso a la carta hasta haber solucionado lo que en ella se denunciaba. Queda cerrada así la serie mediante una curiosa analogía con lo ocurrido en la que firmaba Isuel y, aunque tampoco faltan en esta carta los detalles descriptivos —horario de tiendas en días festivos, colgajos en los comercios, aguadores que impiden el paso con sus burros reatados, caballos y coches que molestan al correr...—, lo caracterizador de la serie sigue siendo la curiosa mezcla de crítica municipal— en claro contraste con la directamente social de series anteriores—, y costumbrismo de cortas miras y utilización de la consagrada técnica epistolar. Con todo, y para ponderar adecuadamente esta serie, cabe recordar el bajón general que

en textos costumbristas se aprecia en el Eco desde abril de 1843 y que se adivina desde mayo de 1842 cuando se anuncia un boletín, a partir del día 15 y diario excepto los lunes, donde irán los anuncios, jergolíficos y novelas encuadernables en tomos en 8º (241). Esta "caída de tensión" sólo contrarrestada con los arrestos de Modesto Lafuente, los editoriales de vehemente aragonesismo (242) y algún artículo suelto—como el*"Diálogo entre D. Manasio y D. Cosme" (243) de El Investigador o "Lance nocturno. Hallazgo importante" (244) de El Feliz Aventurero" , ya comentados—que suele responder a modelos propios del Tribuna Liberal, es el correlato literario esperable del final de esta época esparterista y de sus implicaciones zaragozanas, aragonesas y nacionales. (245).

4.1.5.- El costumbrismo aragonés en publicaciones no aragonesas (1833-1845).

Aunque más adelante habrá oportunidad de abordar las implicaciones de lo que se puede entender por costumbrismo aragonés a partir de la conjugación de elementos básicos como tema, vehículo de difusión y autor, en esta ocasión se resuelve por la vía práctica. Fundamentalmente se inserta en este inventario cronológico lo que por lo común se entiende como costumbrismo aragonés desde la perspectiva del nacional, es decir, lo publicado sobre temas aragoneses en Madrid y en el Semanario Pintoresco Español casi con exclusividad. Por asociación, cabe mencionar lo que afecte a las tres provincias aunque no sea estricto costumbrismo e, incluso, lo que sobre otros temas y zonas hayan podido escribir algunos autores aragoneses relativamente destacables. Todo ello, como un aspecto más —y no, como podría preverse, el único— del contexto que debe ser tenido en cuenta a la hora de estudiar el costumbrismo aragonés y, en consecuencia, el nacional, cuyas páginas críticas, de esta forma revisadas, puede que necesiten ser reescritas ya que lo que han consagrado como costumbrismo aragonés no es ni lo mejor ni lo más abundante ni lo más significativo.

4.1.5.1.- Semanario Pintoresco Español (Madrid, 1836-1845).

La atención que el Semanario Pintoresco Español da a lo aragonés es notoria y constante, puesto que, aunque no siempre en forma de artículo de costumbres, es posible hallar páginas dedicadas a Aragón desde 1836 a 1857, es decir, a lo largo de toda la publicación, si bien tal trato no es excepcional y se equipara al de otras zonas en virtud de las características de la revista que, dispuesta a captar el mayor número posible de lectores, no duda en dar cuenta de lo esperado, por tópico que sea, ni de lo inhabitual, por distanciado o exótico que resulte. (246)

4.1.5.1.1.- Costumbrismo madrileño de temática o autor aragonés. La imagen romántica de Aragón: el pasado histórico-cultural, las gestas antinapoleónicas y lo rústico-folklórico. El ejemplo de Mesonero (1836-1839).

Para los creadores y consumidores del Semanario, lo presumiblemente conocido de Aragón —o, en el caso de los lectores no ilustrados, lo que se dio a conocer como definidor— coincide básicamente, y según el gusto romántico, con las glorias históricas y monumentales, aureoladas por la evocación de las viejas peculiaridades forales y las más recientes páginas de la Guerra de la Independencia, mientras que lo que podría describir más

de cerca la realidad y el carácter coetáneos de las tres provincias tiende a identificarse con lo excepcional—rasgo romántico y costumbrista— aunque no sea precisamente favorecedor. Como es de esperar, hasta que en torno a la Restauración se "descubran" las regiones, lo que se tiene por representativo —lo rústico, sobre todo— a veces es inseparable de lo jocosamente incivilizado, sin que ello signifique que este trato otorgado a Aragón diste del también en ocasiones casi denigratorio, fruto del desconocimiento y la incomprensión de la época, que reciben otras zonas.

Antes de que se publique en 1839 el primero de los artículos más importantes, lo aragonés aparece en el Semanario a propósito de varios de los elementos mencionados; el valor de los montañeses sale a relucir en "Los Contrabandistas" (247), título con el que se transcriben algunas páginas de un relato de viajes; la tópica celebridad de la "casa de locos" de Zaragoza, en "La Alquimia" (248); lo histórico en "Sepulcro de los reyes de Aragón" (249), "Los amantes de Teruel. Apuntes históricos" (250) y "Antonio Pérez. 1577-1596" (251); lo literario, en "Los Amantes de Teruel. Drama moderno" (252) y en "Zaragoza" (253), romántica poesía del zaragozano Juan Antonio Sazatornil dedicada a exaltar las excelencias bélicas y ambientales de la ciudad medieval. En fin, como avanzadilla significativa del costumbrismo del Semanario podrían funcionar los tipos aragoneses que ofrece Mesonero en "La posada o España en Madrid" (254) pues su ca-

racterización —e incluso el grabado que la ilustra—, aunque sumaría —o por ello mismo—, aúna algunos rasgos ennoblecedores habituales con la única faceta real que parece ser tenida en cuenta en la Corte, la de suministradores de alimentos, con lo que quedan, simultáneamente, asimilados a la capital y convertidos en tópicos:

"A los ricos melocotones de Aragón, de Aragón, de Aragón" [v]enían gritando por la calle abajo Francisco el Moro y Lorenzo Moncayo, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriales de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imagen fiel de la fruta que pregonaban, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza al comprador y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces más deliciosos. (Mesonero, II, 173-4) (255)

4.1.5.1.2.- Miguel Agustín Príncipe, "Aragón y los aragoneses": oficialización de una imagen tópica previa; teoría del costumbrismo "provincial"; lo geográfico, lo histórico y los restos del Antiguo Régimen definen a Aragón; caracteres aragoneses: austeridad y aspecto fiero, franqueza y audacia, sensibilidad y dignidad, tozudez o tenacidad, altivez y orgullo; mención oficial de la Virgen del Pilar y los Corporales de Daroca y minimización de la Cincomarzada (1839).

Precedido del rótulo genérico "Costumbres provinciales" y presentado como "Primer artículo" se publica "Aragón y los Aragoneses" (256), título con el que comienza y acaba una serie encargada a Miguel Agustín Príncipe por Mesonero (257).

El artículo, marcado por los criterios geográfico e his-

tórico, se centra en el "carácter" de los aragoneses, y en lo conceptual parece coincidir plenamente con la idea que cualquier lector costáneo tendría de Aragón al ir a leerlo o, salvando algún detalle de época, con la que pueda tener el actual. Nada es presentado como desconocido o extraordinario—excepto lo singular del propio carácter aragonés—sino, más bien, como parte natural del mosaico nacional que intenta componer el Semanario, a cuyo espíritu se amolda el caspolino Príncipe al refrendar—es decir, al hacer oficial, al objetivar—una imagen previa generalizada. Pero en "Aragón y los Aragoneses" se pueden detectar, igualmente, las razones que llevan a presentar esa imagen como atemporal pues no son otras que las del momento, romántico, que mueve al autor a intentar un compromiso entre el subjetivismo "provincial" y el subjetivismo nacional, es decir, una ubicación romántica del costumbrismo de Aragón. Así se explicaría el extenso y cauto preliminar en el que se interrelaciona lo aragonés, lo español y lo internacional conformando un interesante texto teórico para el costumbrismo aragonés. Un primer apartado de la introducción está destinado a destacar la original variedad de España frente a la homogeneidad de otras naciones:

el carácter de los habitantes de ciertas provincias ofrece un grado tal de contraposición y de contraste respecto de los de otras, que mas parecen individuos pertenecientes á diversos pueblos que miembros de una misma familia (p. 251 a)

El estudio de las "costumbres provinciales" no se presenta, en consecuencia, como algo anecdótico sino con las miras puestas

en la utilidad y necesidad de conocer sus diversos caracteres para poder gobernar mejor la nación con leyes acordes con su manera de ser. La formación histórica de Príncipe y la concepción romántica del derecho se unen así para teorizar sobre el "disgregador" Volkegeist español. A lo largo de los siglos, la desunión de las "comarcas" españolas ha posibilitado la conquista de la Península por diversos pueblos, con lo que la singularidad nacional es su propia servidumbre:

En las naciones, lo mismo que en las familias, el peligro de desunirse está en razón directa de la oposición de genios. (p. 251 a)

No obstante, estas "anomalías"—como las denomina Príncipe—de carácter se aminoran en los tiempos recientes y, sobre todo, las vicisitudes compartidas hacen que los pueblos tiendan a formas comunes de política y legislación. A los ejemplos del pasado—fin de la Reconquista bajo el mando único de los Reyes Católicos, unión contra Napoleón—se añaden los condicionamientos físicos—el mar y los Pirineos, contienen la dispersión—y la formulación explícita de la voluntad del autor que quizá piense en los componentes locales y extranjeros del problema carlista:

¡Execración eterna al que se complazca en fomentar nuestras divisiones! (p. 251 b)

La parte introductoria dedicada específicamente a Aragón puede que explique la prevención mostrada hacia los "genios" provinciales pues Príncipe, además de equiparar a Aragón como provin-

cia con lo que España supone entre las demás naciones;

Entre todas las provincias de España, pocas hay, acaso ninguna, cuyo estudio pudiera dar resultados tan importantes como Aragón. (p. 251 b),

instaura su valor subjetivo por encima del atribuido a las demás provincias y a la misma España ya que lo parangona directamente con otros "pueblos" usando este término de connotaciones disgregadoras al tiempo que tiende a rebajar la importancia de las restantes provincias al denominarlas "comarcas";

esta provincia ofrece siempre un cuadro tan singular y una originalidad tan marcada, que no solo puede reputarse como un tipo sui generis entre las demás comarcas de España, sino que puede decirse lo mismo respecto á todos los pueblos del mundo, sin que corramos el riesgo de ser justamente desmentidos. (p. 251)

La razón de la singularidad, apoyada evidentemente en las recientes hazañas bélicas, es formulada, a la manera romántica y en términos provinciales, con uno de los argumentos sustanciales esgrimidos por los fundadores del costumbrismo a la hora de justificar el género en tanto que rescate de lo no asimilado por la moderna sociedad europea—es decir, los restos del Antiguo Régimen—como base para la auténtica definición de lo español. Así, queda justificado teóricamente el "estudio" de las "costumbres provinciales" de Aragón:

Nuestras provincias en la actualidad, cualquiera que sea la influencia que hayan ejercido sobre ellas los adelantos sociales y las oscilaciones políticas,

siempre vienen á ser un reflejo mas ó menos animado de lo que antiguamente fueron; y Aragon en nuestro concepto es una de las que mas íntegramente conservan su antiguo carácter, y el temple de alma que es peculiar de sus hijos. (p. 251 b)

Que lo geográfico no es lo definitorio de Aragón, aunque tal aspecto haya llevado a incluir sus costumbres en el Semanario, queda claro en el Volkgeist —"carácter", "temple de alma" dirá Príncipe-- aragonés; han desaparecido los fueros e instituciones como la del justicia mayor

pero quedan todavía las consecuencias de todas estas causas morales del desarrollo de su carácter, causas que si no nos equivocamos han influido en él tanto ó mas que las físicas, como son el clima, los alimentos, la posición local y los cuadros que presenta la naturaleza. (p. 251 b)

Como gozne entre el preámbulo general y el aplicado a Aragón, Príncipe declara el objeto del artículo: describir el carácter aragonés de forma que sirva como prólogo a la proyectada serie.

El cuerpo del trabajo arranca de un bosquejo previo sintetizado en una décima del cacereño Francisco Gregorio de Salas:

El aragonés osado
 Todas las cosas emprende
 Con teson, y las defiende
 Con espíritu arrestado.
 Testarudo y porfiado
 A nadie cede su gloria,
 Y para formar su historia
 Jamas perdona fatiga;
Y aspira siempre á la intriga,
 Al dominio y la memoria. (p. 252 a)

Para la historia del costumbrismo aragonés, la importancia de la composición —casi prosaica como es propio de Salas—, más que en los rasgos caracteriológicos que condensa, radica en el uso que de ella hace Príncipe pues, al igual que los creadores del costumbrismo nacional, que dicen reivindicar una imagen verídica de España, procede a enmendarla pero sólo en parte, con lo que justifica la necesidad de su labor costumbrista y puede redundar sobre lo ya conocido:

Acordes con la verdad de este cuadro en general, no lo estamos respecto á la intriga que Salas nos atribuye, y por eso hemos copiado en bastardilla el penúltimo verso de la décima; pero de esto hablaremos despues. (p. 252 a)

El "de esto hablaremos despues" encontrará cumplimiento no sólo al remitir a la opinión de Salas en un par de ocasiones sino, sobre todo, al propiciar que funcione como "el extranjero" a quien se dirige una réplica de la que el lector es testigo, condición óptima para que éste pueda efectuar la aproximación a las tesis del autor. Y comienza la enumeración argumentada de las excelencias del carácter aragonés. Príncipe adelanta el rasgo más sobresaliente que se ofrece al observador foráneo: la austeridad, la fiereza del aspecto externo. Al igual que con la opinión de Salas, el autor realza los aspectos positivos y convierte en timbre de gloria los que pueden llegar a ser desostadores. En este caso, el "exterior grave, y si se quiere, adusto y desabrido" del

aragonés es visto como prueba de la resistencia al avasallamiento de la modernidad, es decir, causa atávica de o condición heroica para -así se consagra la ambigüedad básica del tópico- la preservación del "carácter":

una fiereza que no está reñida con la dignidad, y una austeridad igualmente distante de la barbarie que del extremo refinamiento de las costumbres. El aragonés es un medio entre el hombre de la naturaleza y el hijo mimado de la cultura y civilización moderna. (p. 252 a)

El segundo rasgo de los aragoneses "atiende a su conversación y á sus hechos" y viene definido por una aversión a la palabrería, por una franqueza "trascendental á su conversación" ya que sus palabras "están en armonía con lo que interiormente sienten" (p. 252 a). Como en el caso anterior, la gloria ampara los posibles defectos hasta donde es posible al convertirlos en testimonio de anti-modernidad:

Acostumbrados los hombres á la adulacion y á la falacia, acaso darán á esta franqueza el nombre de groseria; no seremos nosotros los que la llamemos candor; pero creemos que no merece otro título que el de una enérgica llaneza. [...] si la educación modifica en algunos la demasiada dureza que lleva consigo ese explicitismo de que hablamos, no por eso llega á ejercer tal influencia que le haga desaparecer. (p. 252 b)

Los ejemplos históricos de franqueza que inmediatamente recuerda Príncipe -fórmula para la coronación de los reyes, términos "bárbaros y desmedidos" del Privilegio de la Unión- tienden a enraizar el rasgo en la lejanía del medievo y, de forma particular, a otorgarle el marchamo de atemporalidad

ya que los opone frontalmente a la adjetivación más inmediata aportada por Salas, quien, es evidente, queda desacreditado;

Estas consideraciones me hacen creer que Salas les atribuyó el carácter de intrigantes con sobrada ligereza... (p. 252 b)

Vuelven las pruebas históricas para revalidar el tercer rasgo,

El valor, la audacia, el desprecio del peligro, la resolución decidida para abrazar indistintamente un partido cualquiera, por espuesto que sea, sin consultar ni temer las consecuencias ... (p. 252 b),

aunque ahora el ajuste no sea entre aspectos positivos y negativos sino para desbatar posibles contradicciones. Si la expedición al Mediterráneo oriental en el siglo XIV y la resistencia contra Napoleón pasan por ejemplos laudables —aunque, sin que lo mencione Príncipe, hayan supuesto expansionismo apoyado en mercenarios y confusa conjunción de intereses, respectivamente—, la proximidad y transparencia de implicaciones de la Cincomarzada impediría rodear de un halo esencialista su cariz ideológico y, sin embargo, la inercia de las evocaciones logra dar lo radicalmente histórico —las diferencias entre liberales y carlistas— como algo secundario:

presente está todavía, y lo estará por mucho tiempo, el memorable cinco de marzo de 1838. Aragoneses fueron los invasores, y aragoneses los que los rechazaron; tanto la invasión como la resistencia fueron dos aragonesadas á cual mayor, y cada una por su estilo. (p. 252 b)

Sigue, en cuarto lugar, la dignidad, no reñida con la fiereza y, como pruebas, las escenas del canje de prisioneros con motivo de la Cincomarzada, la forma de extrañarse los ricoshombres agraviados por el rey y—aquí lo doméstico irrumpe en la letra grande de la Historia—la relación entre los esposos:

el marido aragonés es generalmente poco afectuoso, pero trata á su compañera con miramiento; y siendo bastante general en otras provincias el bárbaro correctivo del palo, [...] es raro en Aragón ver un esposo golpear á su consorte ... (p. 253 a)

la razón:

Dignidad es en nuestro concepto hacer uso de la fuerza buscando al fuerte, y desdafiándose de provocar al débil ó apocado. (p. 253 a)

Para el final deja Príncipe "la tozudez ó testarronería que todo el mundo atribuye á los hijos de Aragon" (p. 253 a) y aunque lo dicho por Salas al respecto esa diáfano y, más, la plasticidad derrochada por quien "presentó en un cuadro á uno de nuestros paisanos empeñado en meter un clavo en la pared por la parte opuesta á la punta, dando en esta cabezadas..." (p. 253 a), la inevitable tacha es convertida en "verdadero símbolo de la tenacidad y porfía con que aquellos hombres insisten en su propósito, aprension ó capricho." (p. 253 a) En el balance de todo lo barajado, Príncipe sintetiza el conjunto de rasgos expuesto en "la altivez,

ó sea, la íntima persuasión en que están, sea ó no justa, de lo que valen y pueden." (p. 253a) y como fondo del carácter aragonés, ve el orgullo:

¿Se trata de una empresa atrevida, desesperada y que parece irrealizable? Por eso mismo es -- digna de su audacia; lo fácil es pequeño, y él -- siempre se considera grande. (p 253a)

También en esta ocasión recuerda la fórmula de coronación de los reyes y añade un argumento nuevo que quizá le parece definitivo, dado el lugar que le reserva, pero que ha debido desaparecer, como el autor quiere:

¿Y no la revela [la altivez] también el desden con que los aragoneses miran generalmente á -- los habitantes de las demas provincias? Mucho -- deseáramos ver desaparecer esta cualidad; pero -- no sería difícil manifestar que su origen es noble. (p. 253a)

Para ello, vuelve a evocar las glorias históricas e institucionales de Aragón y remata, como motivo de orgullo, con elementos no encontrados hasta ahora en textos costumbristas aragoneses:

¿Qué país de España cuenta dos tesoros comparables á la Virgen del Pilar de Zaragoza y á los -- Corporales de Daroca? (p. 253b)

Aún queda una mención de Salas para aludir a los cronistas aragoneses antes de que Príncipe concluya el artículo mediante el testimonio personal del carácter aragonés:

ese pueblo á quien yo mismo acabo de atribuir las

cualidades de una austeridad desabrida y de una noble fiereza, es sin embargo sensible á las mas dulces y delicadas emociones del corazon; yo he llorado con mis paisanos, y mis paisanos han llorado conmigo en una noche harto grata y satisfactoria para mi, y que nunca se borrará de mi memoria. (p. 253b)

4.1.5.1.3.- Lo histórico-cultural. Relato de ambiente rústico aragonés; la encerrada (1840).

Tras el pórtico de este artículo al gusto del director del Semanario y de sus lectores y en el que con los procedimientos propios del costumbrismo nacional se consagran como definitorios del carácter aragonés unos rasgos abstractos e intemporales que nunca han aparecido tan sistematizados y teorizados en la prensa local, es Vicente de la Fuente quien marca la pauta aunque no siempre dentro del campo estricto del costumbrismo. Antes de "Los aragoneses", artículo del bilbilitano de importancia similar al de Príncipe, otras presencias de lo aragonés jalonan el año que los separa. En la nómina figurarían: "La Campana de Huesca" (259), de José de Vicente y Carabantes, entre leyenda, historia y gufa monumental; "Puerta nueva de Santa Engracia en Zaragoza" (260) anónima y breve reseña del monumento conmemorador de los sitios; "El antiguo Alcázar de Híjar" (261), gufa monumental de Juan Guillén Buzarán probablemente encargada

por Valentín Carderera, a quien se debería la descripción histórico-artística "El templo del Pilar en Zaragoza" (262).

Con el rótulo de "Costumbres provinciales" aparece en junio de 1840 "Las segundas nupcias" (263), de Vicente de la Fuente, en lo fundamental relato, como la mayoría de las colaboraciones de este autor en el Semanario Pintoresco, -- por lo que sólo cabría consignarlo para excluirlo del género. No alcanza, ni de lejos, la importancia que encerrará poco después el anónimo "La Cencerrada" que se publica en La Aurora sobre el mismo tema (264). En "Las segundas nupcias" el descripticismo narrativo que lleva a F. Montesinos a incluirlo en su corpus costumbrista no pasa de ser -- ambientación basada en datos de costumbres que, en todo caso, contribuirían a la confirmación de la imagen nacional -- de la "provincia" aragonesa y esto a duras penas pues ni la anécdota --la cencerrada que acaba a palos entre los partidarios del marido, hidalgo, viudo y rico, y del novio, joven y pobre, desechado-- es exclusiva de Aragón ni hay grandes dificultades en aplicarla a cualquier otra zona con variar los elementos de localización y algunos detalles ambientales. Estos --por levantar acta que apure lo aragonés próximo al costumbrismo que contienen-- se reducirían a) al calificativo que recibe el protagonista viudo al esforzarse en sanear su economía: "constante á fuer de buen aragonés ---

(p. 203b), b) al anticuado atuendo del novio hidalgo; "su bien empolvada coleta recogida con una gran red de seda carmesí al uso del país" (p. 204b), c) al arreo de los invitados;

El acompañamiento era igualmente numeroso y galán; las mujeres llevaban sus basquiñas azules, los hombres entrados en edad llevaban sus capas de paño de Silueca, [sic, por Illueca] de color de pasa que tiraba á pardo, pues así lo exigía el ceremonial á pesar de la estación; ipero los jóvenes iban mas á la libera adornados con sus calzanes de pana azul, amen de las fajas moradas que les cubrían desde los pechos hasta las corbas, -- ocultando las asentaderas; completaban este adorno ocho varas de hiladillo azul en cada pantorrilla para sujetar la alpargata, las anchas cintas del escapulario, y el sombrero de quitasol. (p. 204b).

d) a la referencia a las jotas --raagada, alta, estudiantina, al aire, y de picadillo, cf. p. 205--, e) a la reproducción de un diálogo que quiere ser caracterización lingüística pero que tiene más de castellano vulgar y aun de chulapón que de aragonés (cf. p. 205b) y, en fin, f) al argumento con que el cura intenta que el secretario no sea duro al formular los cargos contra los responsables de la pelea;

El cura bien penetrado de los filantrópicos y justificados deseos del signatario de la república, le manifestó que la gente del país era muy mala para tratada con rigor, pues en vez de abatirse, se exasperaban y volvían contra la mano -- que les castigaba. (p. 206b)

El conjunto, pues, está mucho más próximo al cuento que al

artículo de costumbres. Carece de la técnica propia de --- éste. La descripción está condicionada, no por la fidelidad testimonial ni por la ironía crítica, sino por la busca de un tono apacible tan distante del tratamiento trágico como del cómico —pues a ambos se prestaba el tema— y aunque la costumbre rural de la cencerrada no está vista como muestra de brutalidad, De la Fuente tampoco se apega afectivamente a lo narrado; la erudición, las comparaciones mitológicas, las citas latinas, los andamiajes librescos, si ayudan a la casi feliz técnica —el final no es muy lucido— no dejan de propiciar un alejamiento, desde lo lingüístico;

Por lo demás su físico [el del joven] nada tenía de remarcable, pues apenas llegaba a la marca, -- motivo por el que se eximia de quintas... (p. 204a),

a lo cultural,

Arrojó las sillas, se tiró los pelos, pateó el -- sombrero, dióse a sí mismo estupendas puñadas en la barriga y en la frente, y saliendo al campo se arrojó en un sembrado a devorar su dolor como dicen los románticos. (p. 204a),

casi siempre acorde con el gusto de Mesonero, del Semanario Pintoresco y de sus lectores medios.

4.1.5.1.4.- Vicente de la Fuente, "Los aragoneses": tópicos costumbristas. Informe etno-folklórico sobre costum---

bres. Lo rústico, imagen oficial de Aragón. Caracteres: testarudez, religiosidad paracristiana, laboriosidad; instituciones tradicionales; fiestas populares sacras; productos agrícolas, comercio, industria; ocio; toros, rondas, -- jotas, juegos; compleción física; atuendo; monedas, pesos y medidas; lengua; límites espaciales (1840).

En "Los Aragoneses" (265), Vicente de la Fuente completa y modifica los planteamientos establecidos por Príncipe: si éste se preocupaba por definir el "carácter" de los aragoneses y su artículo se desarrollaba en términos cercanos a la intemporalidad, De la Fuente parece ofrecer el correlato "realista", si bien su trabajo no es tan distinto como -- tal perspectiva podría hacer sospechar pues en uno y otro -- caso el vehículo de difusión y el lectoripotencial coinciden. Si los cambios globales serían comparables a la modificación experimentada por el rótulo que precede al título --"usos y trajes nacionales", no "provinciales"--, las diferencias en el tipo de datos suministrados sí que son --- apreciables. A grandes rasgos, "Los Aragoneses" podría calificarse, con términos históricamente posteriores, como -- informe etnográfico y folklórico en el que se entrevera alguna que otra observación general o alguna nota anecdótica. La técnica expositiva que arroja su objetividad formal --- aproxima el artículo al "realismo" que presentarán Los espa-

ñoles pintados por sí mismos y sus derivados. La fiabilidad que promete tal andamiaje —sin perder su efectividad, pues la potencia— queda atemperada en el acto de la lectura por los hábiles enlaces asociativos con que se vinculan los capítulos de la información suministrada y por la más sutil —casi imperceptible, al lado de Príncipe— dosificación de los rasgos del "carácter" aragonés. Estos tienden a ser imbricados con los usos y costumbres descritos, generalmente coetáneos, como deducción "obvia" mientras -- Príncipe organizaba su artículo, justamente al revés, acumulando pruebas históricas que apuntalasen un catálogo de cualidades. Lo cual no quita para que De la Fuente sitúe al final de su artículo un balance o conclusión que, por -- los argumentos empleados y por el enfoque que establece para lo dicho, convierte toda la descripción en un conjunto de pruebas que conducen a planteamientos muy similares a -- los de Príncipe. La "demostración científica" que hay en -- las partes y en el todo del artículo no es más que una inversión en el orden de los elementos del mismo silogismo -- tanto en lo referente al carácter "aragonés" como a la i--- teoría del costumbrismo "provincial". Pero De la Fuente no repite el artículo de Príncipe, ni mucho menos; lo supera -- en los datos aportados, en la aproximación a las condiciones reales de vida --aunque no pueda hacerse en términos -- sociológicos ni, por supuesto, ideológicos-- y en las impli

caciones teóricas de su labor.

Las semejanzas y divergencias entre Príncipe y De la Fuente se advierten de inmediato en vez de la extensa introducción de aquél, que De la Fuente condensará y situará al final, este comenzará suministrando información directa al hablar de lo primero que se encuentra el que se pone en contacto con lo aragonés; en lugar del rasgo de carácter que antes capta el observador de cualquier tiempo y lugar, De la Fuente propone lo que se ofrece a los ojos del viajero que se desplaza de Madrid a Zaragoza. La eficacia del recurso es patente; en cuanto cumple su elemental objetivo el señuelo de evocar el contraste entre los "aridos montes" de Guadalajara, y "el apetecido verdor y la frondosidad por tanto tiempo deseada" (p. 281b) a los que se asocian Alhama, Bubierca, Cala y toda la ribera del Jalón, en ese momento se abandona para acrecentar el efecto remitiendo a lo que el lector ya sabe o puede encontrar en otra parte —sin ir más lejos, en el artículo de Príncipe, varios de cuyos aspectos quedan así reforzados y eludidos— y se espeta el objetivo perseguido:

Pero dejando aparte la descripción topográfica del país para los geógrafos, como también de su historia y fueros, para entretenimiento de cronistas y políticos pasaremos á observar las costumbres de este país, por tantos motivos célebres. (p. 282a)

Ese mismo tipo de connivencia con el lector es utilizado

para comenzar a hablar del carácter de los aragoneses en --
un primer párrafo que, además de resumir parte de lo más --
evidente dicho por Príncipe, lo da por aceptado:

Es bien sabido que la base del carácter aragones
la forma cierta firmeza del ánimo... (p. 282a),

elude la busca de pruebas, solventa expeditivamente si se
trata de constancia o de testarudez y parece consagrarlo --
como rasgo positivo al adosarle el correctivo de una tacha:

Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que
los aragoneses difícilmente retroceden de su pro
pósito, si bien tardan á decidirse, de donde se
derivó aquel adagio que dice "al aragones no de
járselo pensar". (p. 282a)

El primer rasgo nuevo de carácter que aporta De la ---
Fuente a la pintura de los aragoneses es el de ser religio-
sos. Es inevitable la alusión a la Virgen del Pilar pero
no en términos próximos al patriotismo tinto en glorias bé-
licas ni de forma genérica, sino en su aspecto de devoción
popular tan cotizada por el Romanticismo y, a posteriori,
de interés etnográfico:

Son los aragoneses peneralmente piadosos y -
amantes de su religion; prescindiendo de la embla-
grosa efigie de la Virgen del Pilar, á la que no
se puede menos de nombrar hablando de Aragón, por
la singular devocion que le profesan, hay alli --
mas vírjenes aparecidas quiza que en toda España,
de modo que pudiera muy bien disputar á Sevilla -
el título de tierra de María Santísima. (p. 282a)

Esta particular mención de lo religioso conduce inmediata-

mente a sus implicaciones sociales, pues así se explica que los aragoneses se reunieran "en cofradías y hermandades, de modo que casi todos los gremios y oficios tienen su santo titular". (p. 282a). Por derivación natural del tema, De la Fuente pasa a hablar de las fiestas en honor de tales santos, incluido el ritual de procesiones, sin que lo anecdótico y brillante oculte sus funciones institucionales:

tienen sus utilidades, pues sobre promover el espíritu de asociación, se ha solido echar mano de ellas para los festejos públicos, pedidos y reparos vecinales, pues se les cargaba un tanto, dejándoles la facultad de repartirlo, entre sus individuos, con proporción á sus haberes cuya estadística conocían ellos mejor que nadie. (p. 282a)

Entre los reguladores grupales de igual eficacia, se apunta:

Para igual objeto de nivelar las cargas sirve el catastro [..] cosa muy necesaria y útil en un país esencialmente agrícola. (p. 282a)

y el "juez de campo":

el cual termina verbalmente las controversias de poca monta, que se suscitan sobre asuntos rurales, haciendo los repartos para los reaces de cazas y acequias, y designando las épocas del riego, y las horas en que corresponde á cada uno, lo cual es también muy necesario en un país en que frecuentemente escasean las aguas. (p. 282a)

El tono "realista" que preside la descripción De la Fuente no puede ser más opuesto al de Príncipe, al que sirve de privilegiado complemento, dada la proximidad cronoló-

gica de la antítesis. Y de esta forma se desarrolla la --- mayor parte del artículo. Así, el tema de la agricultura y los riesgos se hilvanan con el de otro rasgo de "carácter";

Los labradores aragoneses están justamente reputados por unos de los mas laboriosos de España, pues cultivan un terreno en extremo duro... (p. 282b)

y esta virtud se conecta con los frutos "típicos" cosechados; cereales, hortalizas, frutas, vinos, a cuyo propósito se aportan catalogaciones e, incluso, precisiones técnicas:

En el bajo Aragon se hacen excelentes vinos, entre los que tienen especial nombradía los de Cariñena y Cosuenda, y los de Borja y Ainzon y --- otros varios, pero por lo común los demas vinos de Aragon son algo ásperos y de mucho cuerpo, lo cual los hace muy á propósito para los bautismos tabernarios; esta aspereza proviene en gran parte de la precision en que se ven algunas veces - de coger el fruto anticipadamente, y quizá tambien del método de elaborarlo. (p. 282b)

y se añade como producto sobresaliente el cáñamo:

Con este motivo abunda en Aragon la gente -- de estopa que son los alpargateros, sogueros y ta legueros... (p. 282b)

sobre cuya labor artesana se da un apunte que implica formas de convivencia y "usos" como el de las charlas de lado a -- lado de las calles. De este aspecto al del comercio hay un tránsito natural. Se anota que lo llevan a cabo catalanes y franceses para los tejidos y la quincalla, respectivamente, y no se prescinde del recuerdo del léxico particular:

los almacenes y tiendas de toda clase se conocen

con el nombre de botigas, de donde les viene á --
los comerciantes el de botigueros. (p. 282b)

Con la precisión esperada, De la Fuente sintetiza lo que se
refiere a la industria:

la industria consiste en algunos paños gruesos y
barraganes en Albarracin, Illueca, Tarazona y ---
otros puntos; fábricas de jabon, bajilla, curtidos
y algunas ferrerías. (p. 282b)

El cumplido informe --pues eso viene a ser el artícu-
lo-- abandona los aspectos económicos y pasa a los de ocio
y diversión. El primer motivo de esparcimiento que se enu-
mera es el de los toros:

Los aragoneses son por lo comun muy aficio-
nados á las corridas de toros, para lo cual hay
muy buenas plazas en Zaragoza, Calatayud, Tارا-
zona y otras. (p. 282b)

Entre las varias formas de celebrar lo taurino se trae a
colación el "correr toros por las calles, aunque lo comun
es uno solo y ensogado" (p. 282b) y un "uso" no tan fre-
cuente:

Antes solia haber por las noches corridas --
que llamaban jubillos; para ello ponian al toro --
unas grandes pellas de pez y resina en los cuer-
nos y en seguida les prendian fuego y lo solta--
ban; aunque esta costumbre ha caido en desuso por
los grandes inconvenientes que acarrea. (p.282b)

Como algo que se conserva "con mas ahinco" y "á pesar de --
los esfuerzos que han hecho algunas autoridades para abolir

las" son presentadas las rondas, cuya extensa descripción - abarca de la época en que eran temibles por su agresividad hasta la costánea en que los trabucos han sido sustituidos por una orquesta formada generalmente por "un par de guitarras, guitarrillo ó bandurria yerrecillos y pandereta" (p. 283a) y donde se vuelve a embutir un rasgo de "carácter" no avasallado por los usos foráneos:

[no ha desaparecido el "abuso"] de apalearse cuando se encuentran dos rondas opuestas, ó dos amantes rivales bajo unas mismas ventanas; pues los aragoneses prefieren las vias de hecho, á la palabrería impertinente de otras provincias; y al fin esto de sacudirse el polvo sobre la marcha y en un acceso de cólera es mas español, que no los exóticos desafíos á sangre fría con su obligado de padrinos y billetes, y el ridículo final de almuerzo en fonda. En Aragon no, apenas han mediado dos ó tres contestaciones siente el que ha replicado á un tiempo mismo un puñetazo y un "mia que te pego" (p. 283a)

La facilidad para la improvisación que muestran los aragoneses cuando tienen que dedicar "cuartetas ó jotas" a sus novias en las rondas da pie para que se aluda a la "mucha propensión para la música" que tambien poseen y a la cantidad y variedad de jotas existentes, cuya ponderación contiene elementos de caracterización sociológica:

con la mayor facilidad estará una criada cantando todo el día y sin repetir una sola... (p.283a)

y de alcance antropológico al referirse a las bailadas:

Observa un escritor que comunmente los pueblos mas graves suelen tener la música y el baile sumamente alegres [...]. Esto mismo se puede --

observar en Aragon, pues sus jotas son de lo más alegre, tanto que el canto como el baile, á pesar del caracter grave y serio de sus habitantes.
(p. 283a-b)

Tras la mención de otras notas —como la excelencia de la "jota al aire" y la habilidad de las mujeres para repicar — las castañuelas o pulgarillas—, De la Fuente indica los -- juegos más usuales: la estornija —palo al que se golpea -- con otro más grueso o marrillo— y la pelota, cuya modalidad á largo describe:

escogen un camino derecho ó una calle á proposito; botan la pelota sobre una banqueta de madera, y — la bolean con unos guantes grandes de baqueta --- cóncava en el fondo (p. 283b)

Por asociación con los requisitos para practicar tales juegos se desemboca en la constitución física, á la que se --- equipara lo no físico:

La organizacion física de los aragoneses parece que indice hasta cierto punto su caracter moral; por lo común son de buena estatura, robustos y fornidos, musculatura y facciones muy marcadas, gran cabeza, pantorrilla gruesa y bien tonneada, y sobre todo una espalda ancha como un trillo, en una palabra, lo que se llama un hombre cuadrado.
(p. 283b)

Menciona De la Fuente á los miñones como los que mejor ejemplifican tales cualidades, los equipara á los auténticos -- "almugabares" y los describe sumariamente:

Vestidos casi al uso del país, con su chaquetilla encarnada, su pistola al lado y su carabina al -- hombro, han sido siempre el terror de los malhe-- chores. (p. 283b)

Pero su presencia en el artículo no es accidental derivación de lo dicho anteriormente —de ahí, el miñón del grabado (266)— porque sus excelencias físicas y su función social sirven al autor para añadir otro rasgo aragonés que ha resistido la nivelación de las modas europeas:

Cuando en 1836 se los trajo á la Corte, y se incurrió en la ridícula torpeza de sustituirlos el uniforme extranjero á su traje holgado y nacional, fué tal el horror que les inspiró esta brusca transición, que en breve se desvandaron para volver á su país natal. (p. 283b)

Sigue la descripción física de las aragonesas, "robustas", "agraciadas", "buenas mozas", resistentes a las fatigas y eficaz ayuda para los hombres en las labores del campo. También en este caso lo presentado como singular ha sido recogido —aunque mal— en el grabado que precede al título:

lo mas chocante es el verlas conducir sobre la cabeza enormes pesos y objetos sumamente voluminosos; muchas veces se las ve llegar de la fuente con tres enormes cantaros, uno en la cabeza, y los otros dos sostenidos con los brazos sobre las caderas... (p. 283b)

Sin transición, tras esta habilidad se describe pormenorizadamente su traje (267) y el del hombre (268) —éste también aparece en el grabado—, descripción que parece concluir cuando se entresacan los elementos más fundamentales y diferenciadores:

las prendas de equipo que pueden considerarse -- como generales en todo Aragón, son tres cosas: -- las alpargatas, la manta y el sombrero á manera de rodela. (p. 284a)

pero luego se alarga con las anécdotas circunstanciales o apuntes reveladores de los usos que explican tales singularidades, como las referentes al "enorme sombrero ó rodela";

quitasol en el camino, paraguas en tiempo de lluvia, vaso para beber al pasar los arroyos, mesa durante la comida, mostrador para contar las --- cuadernas, almohada para arrodillarse en la iglesia, mueble en fin aplicado á otros mil objetos; ¡qué mas! si se ha visto más de una vez una de estas rodelas transformada en bacía de afeitar... (p. 284b)

Otorgada una dedicación al atuendo tan amplia como corresponde a tal rasgo de identificación de los aragoneses --y, al fin y al cabo, el rótulo que anuncia el artículo reza "usos y trajes nacionales"--, el tránsito al siguiente apartado ya se ha establecido al subrayar De la Fuente el término cuadernas y explicarlo en nota como "Las piezas de dos cuartos", porque, en efecto, ahora se trata de las monedas, pesos y medidas. Nuevamente, una conexión singular --los equívocos a que se presta el uso específico del término dinero, equivalente al ochavo de Castilla, donde se entiende en sentido genérico-- da pie a hablar del "dialecto de Aragón". Este es tenido como "el mismo que el de Castilla" en lo sustancial. Niega De la Fuente que el lemosín fuese lo hablado en Aragón hasta la llegada de Fernando el

Católico, como quería Mondéjar y, sin olvidar resaltar los muchos arabismos que se conservan en el "el lenguaje aragonés", traza el desarrollo de este:

estuvo casi siempre al mismo nivel que el de --- Castilla, y [...] fueron bajando por iguales grados desde el latín corrompido por los godos, hasta el estado que tienen en la actualidad, á pesar del poco roce que hubo entre ambos reynos por -- mucho tiempo. (p. 284b)

La casi exhaustiva noticia de lo aragonés se cierra - con lo que podía haber ido igualmente al comienzo del artículo de no haber dado allí un apunte de lo geográfico: la división natural en Alto y Bajo Aragón, con mención de las zonas y ciudades principales, y el detalle del aviso sobre las auténticas fronteras para el supuesto que ha tratado:

Todos estos territorios participan algun tanto, - como es natural, de las costumbres de los países limítrofes: así vervi-gracia hácia la parte de - Tarazona y Calatayud las costumbres se asemejan á las de las Castillas y rivera de Navarra; hácia Teruel tienen ya cierto sabor valenciano, y en tierra de Fraga y Barbastro las costumbres y el lenguaje se resisten algun tanto del catalán. (pp. 284b-285a)

El balance final encierra un particular interés para tres aspectos fundamentales del costumbrismo aragonés, del español y de su interrelación. En primer lugar, la implícita connivencia con el lector que ha ido logrando subrepticamente se aúna con el móvil teórico costumbrista de la reivindicación de una imagen no desvirtuada de lo que se

describe. De ahí que De la Fuente pueda resumir en un pá-
 rafo, como conclusión que parece irrefutable, lo que en --
 Príncipe era apriorismo necesitado de pruebas constantes.
 A tal efectividad coopera la distinta utilización de los -
 recursos: las apelaciones directas al lector que tenía que
 manejar Príncipe dejan paso a una lógica que excluye la po-
 sibilidad de disentir de la opinión de De la Fuente y aun
 puede que éste, consciente de su labor, censure solapada--
 mente algo de la de aquél;

De lo dicho hasta aquí se puede inferir una
 cosa, á saber, que el caracter aragonés no es pa-
 ra tratado con la superficialidad con que por lo
 común se ha hecho. De aquí provienen los parece-
 res estremados y absurdos que de él se han forma-
 do, pues considerandos unos á los aragoneses co-
 mo unos Espartanos modernos, otros por el contra-
 rio se han propasado hasta el punto de llamarlos
 africanos de España. ¡absurdo monstruoso! pues
 se valían para formar este juicio de dos ó tres
 costumbres aisladas y peculiares de un corto nú-
 mero de individuos. (p. 285a)

En segundo lugar, las implicaciones teóricas del pa-
 saje quedan potenciadas al delimitar con nitidez --no ----
 siempre presente en el costumbrismo nacional-- el objeto -
 de su descripción "provincial", lo cual lleva consigo que
 la divulgación de Aragón que ha efectuado se configure no
 como costumbrismo aragonés sino como una faceta del costum-
 brismo español --o, lo que es casi lo mismo, madrileño--
 mediante la identificación --no practicada en el costumbris-
 mo aragonés-- de lo diferenciador geográfico con los ras-

gos de una clase social determinada. Al margen de que el tributo no puede ocultar sus falsas bases (269), esta equiparación que exige el lector madrileño y, en general, el no aragonés, supone no sólo la conexión con otro móvil básico del costumbrismo como es el dar con la "esencia" de la colectividad descrita y su imagen real frente a las deformadas ofrecidas por los no naturales, sino, sobre todo, la explicación en el caso aragonés —pero con unas bases iguales a las del español— de la identificación entre costumbrismo y descripción de atavismos —pues, en el caso contrario, no podría existir el costumbrismo madrileño temáticamente no madrileño— e. insensiblemente, entre costumbrismo y conservadurismo, binomio éste más aceptable aforulado así que como fruto de una lectura denotativa. De cara a poder inferir lo dicho, De la Fuente, "justifica" su artículo diáfanoamente en un pasaje que arranca de una exclusión teórica de costumbres y tipos "provinciales" que no sean los ancestrales a la que sólo le falta que la crítica del género opere como el lector madrileño para que se consolide esta paradójica forma de desvirtuar la imagen de Aragón a propósito de rectificarla, procedimiento que el costumbrismo nacional aplica en la práctica a la descripción de España y que supone una petición de término libre para actuar y para su posterior posesión ideológica. Cuando la teoría del costumbrismo, básicamente sustentada en

lo publicado en Madrid, se generaliza para lo que vio la luz en otras ciudades, no sólo se consagra la imagen desvirtuada de lo "provincial" sino que esta suplanta y se apodera de la formulada desde la "provincia" y, en consecuencia, además de no haber otra, no pueden existir textos que nieguen tan impecable lógica. Que el mecanismo teórico del género y de su crítica no es tan sencillo y claro lo prueba lo dicho hasta ahora y lo que queda por decir a propósito de estos textos que, a pesar de todo, existen. El pasaje de De la Fuente en el que se puede sustentar toda esta elaboración teórica que caracteriza a los artículos del costumbrismo nacional con temática aragonesa reza así:

La clase acomodada de Aragón, el noble, el comerciante, el eclesiástico, el abogado, ect. son tan ilustrados allí como en el resto de España, y ni su traje, ni su porte, ni sus modales se diferencian de los de igual clase, y aun esceden en finura á los de otras provincias. Pero estos son los hijos de la civilización, y yo he creído que debía tomar por tipo al aragonés sencillo y primitivo, al hombre de los campos, porque como queda dicho el país de Aragón es esencialmente agrícola. (p. 285a-b)

El final definitivo del artículo encierra el tercero de los aspectos sobresalientes reservados para este momento y es una jugosa argumentación que remata las anteriores, justifica de nuevo el artículo implicando a los lectores en su responsabilidad, ratifica la identificación de la imagen real de Aragón con el Aragón rural e insiste en

el motivo de una reivindicación de una imagen colectiva -- fidedigna que se oponga a la deformada. Pero al declarar abiertamente los límites y peligros con que se encuentra el costumbrista en su labor desvela el interesado proceso selectivo con que el costumbrismo descubre la realidad, --- porque, en definitiva, la pregunta última es un precioso ejemplo del funcionamiento ideológico del género: ni puede ser formulada de manera más "natural", "sincera" y "objetiva" ni existe medio más eficaz para no poner en duda la obligatoriedad de aceptar la imagen propuesta. Tal es la vía unívoca de describir lo "provincial" desde Madrid y de sentar las bases para pensar que no es posible una autodescripción provincial en términos nacionales:

Por lo demás tomar por punto de vista un pequeño número de individuos desmoralizados, temerarios, y sin educación alguna para juzgar por ellos á todo un reino, sería lo mismo que juzgar del --- cuerpo humano por sus berrugas. ¿Que juicio --- formaría de la corte de España, el que tomase -- por tipo á los manolos? (p. 285b)

4.1.5.1.5.- Insistencia en los rasgos aragoneses ya difundidos. Lo histórico-cultural y los lugares al gusto romántico. Derivación hacia el relato ridiculizador de lo rústico. Relatos de tema no aragonés. Vicente de la Fuente, José Vicente y Carabantes, Juan Guillén Buzarán, C.R., José María de Andueza (1840-1841).

Tras este sustancioso artículo de De la Fuente que en cubre su técnica costumbrista para pasar por informe objetivo, que totaliza tanto el inventario de rasgos definitivos de Aragón como la imagen resultante y que completa y supera los planteamientos de Príncipe, el costumbrismo madrileño de temática aragonesa parece agotarse. En principio todo está dicho en estos dos trabajos; los que siguen del Semanario Pintoresco parece corroborarlo. Muchos se refieren a Aragón pero no son necesariamente costumbristas, lo cual no es extraño pues sólo queda insistir en lo ya -- formulado repitiendo o desarrollando --y, más tarde, manipulando-- lo dicho por Príncipe y De la Fuente --y hay posibilidades pues este llega a apuntar: "...los valles de Hecho y Anso cuyas costumbres y trages originales merecen artículo aparte" (p. 284b), aunque pasen trece años hasta que Álvarez y Adé se ocupe de "Los montañeses de Aragón" -- o sustentar la temática aragonesa en lo artístico, monumental, histórico, legendario... o en la narrativa próxima al cuento o totalmente identificada con él (270). Así se explicaría la labor de De la Fuente, que es quien más relatos de este tipo firma, no en virtud de pazguatas moralidades o supuestas incapacidades para componer novelas que describen la problemática realidad, como afirma F. Montesinos, sino de resultados de la necesaria creación previa de -- una imagen totalizadora y sin fisuras de la realidad, como

la de Aragón, que lleva a cabo el costumbrismo madrileño. En consecuencia, el lugar más adecuado para estudiar lo -- que ahora mismo se mencionará siguen siendo libros como -- Costumbrismo y novela, de F. Montesinos. Sólo para su exclusión del cómputo de títulos costumbristas y para reparar en su contribución a la creación y pervivencia de la imagen de Aragón ya advertida cabe recordar algunos relatos y trabajos varios que no presentan diferencias sustanciales con "Las segundas nupcias" ni con la miscelánea presencia aragonesa que precede a la aparición de "Los aragoneses", respectivamente.

"Las vaquillas de San Roque" (271), de De la Fuente, se localiza "en una rinconada de Aragon" (p. 348a) y, con tono irónico-jocoso, refiere tal diversión popular; su -- origen como forma de honrar a San Roque que arbitraron los salvados de la peste, el entorno festivo y ceremonial de -- su reinstauración y su desarrollo en los tiempos en que es -- escribe el autor. La anécdota tiene como protagonistas a -- Chirivías, horchatero valenciano que compite con Rompesqui- -- nas, destripaterrones de la ribera del Jiloca, por la Pe- -- pica en las vaquillas de la mañana. En éstas, como en la -- corrida de la tarde, el héroe es Rompesquinas, cuyas pala- -- bras dirigidas al horchatero pueden dar idea de cómo trata De la Fuente lo rural: "¿Entendimiento me ganarás, pero ¿a -- juéza no" (p. 350b) Tres varios lances nada ortodoxos, e -- incluso bufos, fruto de valentonadas, "todos se alegraron

de que terminara en sainete lo que pudo ser tragedia" -- (p. 351a). La representatividad de las variadas formas en que los lugareños se divierten con un toro y sus parientes pobres quedaría completada con circunstanciales notas ambientales como:

el color del cielo, que hasta entonces habia sido como plumizo, se trocó en un azul mas claro que el de las sayas que llevan las mozas los dias de fiesta... (384b),

el uso de algunos términos aragoneses y la alusión a anécdotas tradicionales condensadas en dichos populares como

Tarazona no recula
mas que lo mande la gula [sic] (p. 351b)

Ya en 1841 comienzan las "historietas estudiantiles", como las denomina F. Montesinos (272), de De la Fuente con "El aguacil alguacilado" (273). Ni en ésta ni en las que seguirán es fácil encontrar la temática aragonesa. Sí --- aparece en "Campiel" (274), que incita a viajar a ese valle de las proximidades de Calatayud, mediante notas histórico-arqueológicas y, en especial, por ser el lugar de donde proceden algunos de los mejores melocotones que los aragoneses venden en Madrid. "La Batalla de las Navas" (275) de De la Fuente podría representar el tipo de trabajos de este autor no centrados en lo aragonés. De lo pertinente

a Aragón sería su extenso "D. Juan de La-Nuza" (276). "La bajada del angel" (277), de De la Fuente, es un nuevo relato sobre costumbres provinciales, ahora de Tudela. Juan Guillén Buzarán firma a mediados del año varios trabajos sobre la capital de Aragón: "La catedral de la Seu de Zaragoza" (278), de carácter artístico, y "Zaragoza" (279), fundamentalmente histórico y donde sólo la parte final de la última de sus tres entregas reserva algo próximo al --- costumbrismo madrileño de tema aragonés que se ha visto en Príncipe y De la Fuente:

Las costumbres de los zaragozanos son sanas y sencillas, y su carácter leal y franco sobremodera; aunque su honrada ingenuidad, el noble orgullo y enérgico espíritu que los distingue se han calificado injustamente (como el de todos los aragoneses) de grosería, fiereza y terquedad. El que ha tenido la ocasión de tratarlos sabe que no es así; y que bajo un exterior severo y desabrido abrigan los hijos de Aragón un corazón tierno y generoso, capaz de las más delicadas impresiones y de los sentimientos más sublimes. (p. 278b)

"Un viaje a los Baños de Panticosa" (280), firmado por C. R., aunque reúne los requisitos de un informe provechoso para la salubridad pública —incluso se transcriben tres análisis completos de otras tantas aguas medicinales de la zona—, llama la atención por su forma de artículo de costumbres que se sustenta en la descripción de los avatares de un viaje y una estancia de moda y, sobre todo, por el tono que le da su autor de sucedido personal y transmitido

con irónico distanciamiento, que llega al trato despectivo, hacia el lugar y los montañeses.

José María de Andueza da en "La Venta de Aluenda y los arrieros" (281) un relato en la línea de los de Vicente De la Fuente, esta vez localizado en los puertos de El Frasco y Caveró, entre la Almunia y Caiatayud. El cuento tiene por marco el curioso proceder del ventero que apunta las historias que le cuentan los viajeros, a quienes así les sale gratis la estancia y la comida. Las alusiones a la gastronomía (cf. p. 409a) y al vestido (cf. p. 412b) de Aragón esmaltan, entre otras, el trasfondo de aventuras estudiantiles que da pie al cuento que se transcribe en esta ocasión sobre el hijo de un arriero que mata al novio de la mujer que pretende, quien lo sabe y le pide que no se case con ella. Con todo, nada de lo apuntado convierte el trabajo en artículo de costumbres como podría sugerir el rótulo —"Costumbres"— con que se anuncia sino que correspondería a lo que el autor dice que suele denominarse entre cultos lo que en la venta se escuchaba: "Leyendas, cuentos fantásticos, melodramas de grande espectáculo..." (p. 409b).

4.1.5.1.6.- Relatos, chascarrillos, locales, tradiciones populares. Lo rústico, degradado; fiestas, representacio-

nes teatrales, cuentecillos. Vicente de la Fuente, Juan Guillén Buzarán, Un aficionado lugareño, Miguel Agustín Príncipe (1842)

1842 se abre con un nuevo relato estudiantil de De la Fuente, "El día de San Blas en Meco" (282), sobre las costumbres de los universitarios de Alcalá de Henares, al que sigue otro más interesante, "El zahorí" (283) aunque no pasa de un chascarrillo (284) localizado en las proximidades del Moncayo por más que se presente como "Costumbres" y -- aunque De la Fuente diga del protagonista que vivía "bien ageno de llegar en algun tiempo á ser objeto de un artículo de costumbres". (p. 31a). El mismo autor firma unos -- "Estudios históricos" sobre "Los almogábarez" (285) y "Roger de Flor" (286) entre los que se mecha "Aventuras de ronda" (287), presentado como "Costumbres de lugar" y donde De la Fuente vuelve a ofrecer un relato, ahora en torno a una ronda desastrosa que lleva a cabo Pascasio Cañiguerra, alias Tragapintas, el hijo del garapitero. La anécdota, aunque ubicable más en la ribera navarra del Ebro que en el mismo Aragón, queda sin localización explícita de -- forma voluntaria, quizá por el tono despectivo hacia lo rural que encierra y que se puede advertir desde los prolegómenos de la acción cuando se identifica lo definitorio del pueblo llano con lo atávico y aun lo brutal;

afortunadamente la gente del pueblo respeta mas a las antiguas costumbres, y casi me atrevo á decir, que en esta parte como en otras muchas, está aun en los tiempos de Calderon, ó por decirlo así, atrasada en dos figurines. Verdaderamente para un pobre patan que no sabe leer ni escribir, y que por ser corto de genio no se atreva á dirigir la palabra á su querida, el de clararse es cosa que tiene tres pelos. Sería muy pesado y prolijo el referir los medios que tiene que usar, ora dando tormento á una esquina por espacio de muchas noches, ora haciéndose encontradizo en la calle para insinuarse con toses y estornudos, ó bien á la salida de la iglesia á codazos y pisotones, (vulgo estocadas de cuadra).

Pero entre todos ellos el mas galan, el mas romántico, y aun el mas usual es el de la ronda... (p. 54b)

En la misma línea que "El zahorí" escribe De la Fuente "La rabia y los saludadores" (288), chascarrillo del que con muy buena intención a duras penas se rescataría la difusa pintura del tipo del saludador porque, además del distanciamiento de los personajes que suele efectuar el autor mediante andamiajes culturales —en este caso con el tema y la historia de Juan Rodríguez del Padrón—, transcripciones de diálogos vulgares o avulgarados y tendencia a buscar lo gracioso en lo asalvajado, además de esto sería suficiente para excluir del costumbrismo este trabajo su pleno carácter de cuento —ya anunciado en la fórmula de inicio "Pues señor...", típica de Aragón (289)— sobre la hija de un mayorazgo que, enferma de rabia ante la oposición de su padre a los amores con un oficial, es curada por este tras el fracaso de las artes del saludador.

Nuevos "Estudios históricos", en esta ocasión de Juan Guillén Buzarán sobre "Huesca", (290), "Don Sancho Ramirez" (291) y "La Campana" (292) jalonan las páginas del Semanario dedicadas a Aragón hasta dar con otros trabajos de Vicente de la Fuente como "La tuna" (293) y "Las guerrillas españolas" (294), éste, con alusiones a los almogávares y a los miñones aragoneses. Siguen nuevos cuentos-chascarrillo suyos que no difieren sustancialmente de los reseñados, así "La astrología y los astrólogos" (295) y "El salmón de Alagón" (296). Tras "Don Juan I y el Justicia de Aragón" (297), otro "Estudio histórico" de De la Fuente, aparecen muy próximos, dos chascarrillos firmados por Un aficionado lugareño: "El teatro lugareño" (298) que, para el tema, tiene en cuenta a Mesonero y a él remite aunque está más próximo al B. J. de La Aurora en "Las fiestas de pueblo", cuando cifra el tono gracioso, como este, en la catástrofe que corona la confusión entre literatura y realidad por parte de

dos mozancones forasteros, en cuyas estúpidas miradas se revelaba que no sabían de vista ni de oídas lo que era comedia. (p. 220a)

y "El paniquesero ó la boda en grande" (299), que recuerda los relatos sobre el zahorí y el saludador por lo que tiene de explicación para el público madrileño de términos y expresiones características de Aragón y sus proximidades y de uso de protagonistas a medio camino entre el personaje

del cuento y el tipo del artículo de costumbres. "Tipo" 1 llega a denominar el autor al paniquesero de esta historietta (cf. p. 235a) pero su descripción sólo está en función de que el lector medio del Semanario Pintoresco pueda asimilar a lo que ya conoce tales rasgos diferenciales o --- "exóticos":

Hay una raza particular de hombres que por todas partes bullen y por todas pasan desapercibidos, como sucede por lo general con todos aquellos tipos que apenas son observados por lo mismo que son tan comunes: tal es la raza de los buhoneros, mercachifles, quinquilleros, ó mercaderes ambulantes. En Madrid este gremio está representado por los vendedores de fósforos y papel de hilo de Concetaina, y por los que recorren los cafés con almohadillas y jabón de olor. Pero en la parte septentrional de España, ó por mejor decir, en algunas partes de Aragón y Navarra son conocidos con el nombre de paniqueseros... (p. 235a)

Aunque con varios meses de separación, Un aficionado lugareño vuelve a escribir lo que podría formar un todo argumental y de actitud con "El teatro lugareño": "Las fiestas de lugar" (300), interesante repertorio de "costumbres" populares localizables en Aragón y quizás en el Alto Aragón que no alcanza a ser artículo de costumbres y ni siquiera informe folklórico por la predilección del autor --- está claro que es rasgo de época--- hacia el trato despectivo de lo rural, Con todo, el uso del pseudónimo no parece suficiente protección para convertir en bufonada y exhibición de salvajismo la descripción del jubillo o toro

de ronda, de la misa mayor con sermón y del dance pues el aficionado lugareño tiene que recurrir a un procedimiento --como De la Fuente con su erudición, a veces convencional-- que sirva para distanciarse de lo relatado y justifique su conocimiento sin contaminación: la carta que recibe, una carta que además funciona como objetivación --es un objeto al fin y al cabo-- de una imagen particular del mundo rústico que sistemáticamente es identificado con lo vulgar en todos sus sentidos peyorativos y que parece el caldo de cultivo del futuro "baturriano";

"Querido primo; me alegraré que al recibo de esta te halles con tan buena salud como para mi deseo amen; Sirve la presente para recordarte que dentro de pocos días son las fiestas de la degollación de S. Juan Bautista, patrona de este lugar y reuniendo en mi persona los cargos de --Pregoste de la cofradía y alcalde primero deste lugar de Viricuetos de abajo aspirante á juzgado y con inflas de cabeza de provincia he determinado echar la casa por la ventana y quisiera por tanto que vinieras aquí á divertirme que si te divertirás.

Y para que te decidas aun mas has de saber que ademas de la Misa de tres en ringla hoguera y trabucazos tenemos danza de moros y cristianos jubilillo por la noche y la vispera tres toros y, si vienes tu tendremos cuatro..." (p. 406a)

Aún en 1842 se pueden rastrear otros títulos que van dando una imagen positiva o negativa de Aragón, respectivamente, según eludan el tratamiento literario o lo sigan --con pautas aprendidas en Mesonero. La biografía de "El conde de Aranda" (301), de De la Fuente, sin ser de mérito

por los datos aportados --incluso algunos errores en lo referente al nacimiento y la muerte tienen que ser rectificadas dos números después--, se reviste de interés por la --contradicción que supone atribuir a un personaje aragonés "noble" y "acomodado" los rasgos que el autor había otorgado "al aragonés sencillez y primitivo, al hombre de los campos", en el artículo programático "Los aragoneses":

su genio impetuoso y constante (si quier testarudo) pero franco y sin doblez, le constituían un tipo acabado del carácter aragonés, en la historia moderna, cual lo que el papa Luna en la antigua, y si bien esta misma franqueza y el decir la verdad sin rebozo, le atrajo la desgracia de su rey y la amargura que acibaró los últimos días de su existencia, con todo, la España ha sabido honrar esta desgracia, y ha juzgado ya entre el consejero adusto pero verídico, y el ministro --palaciego que la provocó. (p. 261a_)

Tras el paréntesis de "La campana de Velilla" (301), informe presentado como "Tradiciones aragonesas" por un Príncipe que ya apenas escribe sobre Aragón, De la Fuente sigue hablando, ahora sobre "Tradiciones populares en Darcoca" (302), de las que da un breve repertorio --Los Corporales, el Ruejo, la Mina, el Hombre de piedra-- carente de tratamiento literario al que se añaden notas artísticas y monumentales de la ciudad para lograr un todo relacionable con las leyendas de los Amantes de Teruel, La Campana de Huesca y la de Velilla y otras ya aparecidas en el Semanario Pintoresco y presentable como contribución del exotismo del "pais" aragonés al gusto romántico;

Lo que acabamos de referir acerca de sus antiguas tradiciones, bastará quizá para darle más importancia a los ojos de aquellos hombres que se entusiasman al oír las extrañas tradiciones de nuestro país, tan abundante en ellas. (p. 332a)

Puede ser de De la Fuente, aunque lo firma Un estudiante, "El día de San Blas ó la matrícula" (304) perteneciente a las "Costumbres estudiantinas" no coetáneas ni localizadas en Aragón. [Lleva el habitual "V. de la F." al pie "El Monasterio de Piedra" (305), de la sección "España pintoresca", que, junto a un panorama histórico-monumental e incluso legendario —alude a La peña del diablo—, ofrece las bellezas del romántico lugar como dignas de distraer la atención de

las estampas extranjeras que representan vistas de otros países, como los lagos y montañas de la Suiza, los castillos de Francia, los palacios de Italia y las catedrales de Alemania é Italia... (p. 357a)

y de hacerse un hueco entre los tópicos nacionales de lo pintoresco:

al paso que tropezamos por do quiera con vistas del Escorial, de la Giralda y otros varios puntos reproducidos hasta lo infinito, apenas encontramos ni aun dibujos de otros puntos no menos interesantes, sino por su grandeza, al menos por su hermosura y originalidad. (p. 357)

Algo parecido lleva a cabo De la Fuente en "La Aljafaría de Zaragoza" (306) de la misma sección que el anterior, insistir en la evocación de un pasado histórico y legendario ya familiar para los espectadores de El Trovador y en

su romántica decadencia a partir de la unión de las coronas de España.

4.1.5.1.7.- Vicente de la Fuente: relatos, artículos costumbristas de tema no aragonés (1843-1844). Otros (1843-1845).

A principios de enero de 1843, De la Fuente publica "Las colaciones" (307) con el marbete de "Costumbres" aunque lo que quiere ser artículo sobre el sufrido empleado madrileño —D. Nemesio Telapégan— que recibe encargo de sus parientes toledanos se resuelva en cuentecillo que deja malparados a quienes no viven en la Corte. "Costumbres populares. Lances de Carnaval" (308) supone algo parecido al no ser plenamente costumbrista. Habla sobre costumbres pero sin la técnica del género. En su lugar, y tras la inevitable erudición emboscada en trivialidades, De la Fuente hilvana las bromas que el narrador-protagonista sufre en Carnaval. Pero ni esto es constante; el atisbo de costumbrismo coexiste con la enumeración de elementos folklóricos y el tono jocoso se mezcla con el tratamiento objetivo al referir otras formas de diversión de tipo rural, alguna centrada en Aragón y, al parecer, seleccionada por su brutalidad;

en algunos pueblos de Aragón el domingo de Carnaval por la tarde corren la gatada. Para ello se reúnen los mozos del lugar montados en sus rocines y con el brazo desnudo. Por medio de una cuerda atada á dos balcones fronteros, suspenden un gato por los pies, de modo que cuelgue en medio de la calle y á una altura regular. Los mozos pasan á escape por debajo de él, procurando descargarle una puñada, que rara vez queda impune, como lo muestran los terribles arañazos de que hacen gala los lidiadores. ¡Esto sí que es saber divertirse! La función concluye por una merendona, en la que los divertidos lidiadores suelen merendarse sus víctimas, transformadas en conejos de pastelería. (p. 71b)

Siguen dos trabajos de la sección "España pintoresca" debidos al asiduo De la Fuente: "Zaragoza vista de la Alameda de Macanaz" (309), panorama histórico-monumental de la ciudad que se suma a las descripciones parciales ya aparecidas y en el que, como pórtico, se recuerdan las glorias antinapoleónicas, que supusieron "una página brillante en nuestra historia, y una reputación verdaderamente europea" (p. 132a) y "Portada de la Iglesia de Santa María de Calatayud" (310), donde se dan a partes casi iguales lo artístico —el grabado— y su descripción encabezada ésta por generalidades entre las que se alude a la especulación y a la incuria, con ese ambiguo sentimiento costumbrista y romántico de mitificar lo que se destruye:

También nuestra época tiene ya consignado —su sello peculiar, aunque de un modo negativo, — pues consiste en la destrucción ó abandono de las obras de nuestros mayores. Cada día vemos ir desapareciendo una de estas páginas, á impulso de la fatal piqueta, ó á manos del tiempo, —mas lento pero no menos seguro destructor. (p. 138a)

El año concluye con un artículo casi canónico, "Cos--
 tumbres. Pauperibus" (311) que, aunque sin temática arago
 nesa, destaca, frente a los que normalmente escribe De la
 Fuente, por su cumplida adaptación a los moldes más comu--
 nes del género. En la línea de Mesonero y con suavidad en
 la sátira sigue --desde el tema-- el esquema próximo al de
 las fisiologías que se puede apreciar en Los españoles pin--
tados por sí mismos para describir las variedades del tipo
 que vive a expensas de los pobres. A los que explotan su
 profesión --médicos, curanderos, abogados, agentes burocrá--
 ticos-- sigue el que "tiene la filantropía por única y es--
 clusiva profesión" (p. 340a), representado en D. Bonifacio
Economía --no faltan otros nombres simbólicos tan caros al
 género y a Mesonero: D. Benvenuto Jeringuillo, D. Claudio
Pelanguilas-- , con lo que se completa una crítica social y
 aun política no muy frecuente en De la Fuente y que, si es
 barniz nuevo sobre tópicos clásicos, no está privada de --
 apuntes sorprendentes en el autor. Valga este ejemplo:

No es menos curioso el papel del abogado hu
 manitario. Bien es cierto, que está mandado, --
 que todos los abogados trabajen el primer año de
 su profesión para pobres, pero esto se entiende
 para los abogados de tres al cuarto. ¿A donde --
 ibamos á parar si se cumpliera todo lo que pres--
 criben las leyes! alguna distincion se merece el
 genio, (por regla general suelen ser genios, los
 hijos, sobrinos y ahijados de altos funcionarios,
 y de ciertas madres) y aunque salga de la Univer
 sidad para la Audiencia, ¿qué vale eso para un --
 genio? (p. 339b)

bres estudiantinas", titulado "Las vacaciones" (312) que tampoco debe retener ahora nuestra atención. Síguele el anónimo "La Torre Nueva de Zaragoza" (313), correspondiente a "España Pintoresca", con una página entera dedicada al grabado de las dos y pico que abarca la descripción nada literaria del monumento, un poco más amplia que la incluida en "Zaragoza vista desde la Alameda de Macanaz", de De la Fuente. Este, da en "Costumbres. Mascaras" (314) un artículo de asunto no aragonés con grabado, lema, introducción y crítica social. Las trazas son parejas a las observadas en "Pauperibus" pero con algunos de los resabios que desdaban "Lances de Carnaval", al que también se aproxima temáticamente. Su introducción, de andadura cansina y zigzagueante, sobre los malos poetas —que vuelven a ser zarandeados al final— intenta llevar al lector al cuerpo del escrito. Allí, con la añagaza de una crónica mundana sobre los disfraces que privan, ironiza —retirando el aguijón apenas insinuado— sobre los chaqueteos:

Estos años pasados estaba muy en boga el --disfrazarse de patriota, que era un traje medio entre paisano y soldado: este disfraz está arrinconado por este año, porque... pero dejemos esta materia, que ya pica en histórica. (p. 56a)

y otros cambios de tan importante momento político sin que falten --rezumando clasicismo español y atrincherados despectivamente en las proximidades del tópico del "mundo al revés"— las alusiones a las transformaciones socioeconómicas

micas (315):

los sastres y zapateros cansados de ser artesanos, se llaman artistas, sin que los pintores y escultores hayan podido evitar la irrupción. - Los tahoneros se apellidan á boca llena fabricantes de pan, los vendedores de relojes, constructores cronometristas, los barberos, cirujanos de estuche, ¡los empleados son apellidados turroneiros... (p. 56b)

Tras un interludio del casi oculto Juan Guillén Buzarán que recuerda las excelencias monumentales del Alto Aragón en "Antigüedades Españolas. El Monasterio de Montearagón" (316), artículo al parecer redactado como llamada de atención sobre el estado ruinoso del edificio, agravado, según declara una nota, por un incendio muy reciente, vuelve De la Fuente, con el mismo rótulo de sección, en "El pátio de la Infanta en Zaragoza" (317) para divulgar su valor artístico mediante una descripción abierta por el contexto y sentido históricos y cerrada por el preceptivo lamento de su deterioro.

Las principales menciones de Aragón en lo que queda de 1844 se deben a la pluma de De la Fuente (318). Así, "Recuerdos históricos. Los Corporales de Daroca" (319), - que desarrolla lo apuntado casi dos años antes, "España -- artística. El Canal de Aragón" (320), cumplida noticia del tema repartida en tres entregas que pueden ser cuatro si - en ella queda englobada la muy próxima por todos los conceptos descripción "La Iglesia de Torrero (321), menos ex-

tensa que el grabado que la ilustra.

En fin, 1845 no depara cosa más aliá de un par de títulos —con dudas— para este inventario: alguna alusión histórica en la última de las tres entregas de "Costumbres antiguas españolas. Del origen de los llamados Años, y Es trechos de Año Nuevo y día de Reyes" (322), de Basilio Se bastián Castellanos y, por lo que toca a Huesca y a Sancho Ramírez, "Recuerdos de España" (323), de Ramón de Vallada res. No en balde deja de escribir en el Semanario Pintores co Vicente de la Fuente, si no es suficiente explicación para tal penuria que la revista concluya en este año su Ter cera Epoca y que —desde 1846 y aunque sea por poco tiempo— pase a ser dirigida por Francisco Navarro Villoslada, sín toma del retroceso en las libertades que afecta hasta a esta aparentemente inocua publicación. Habra que esperar la llegada de firmas como la de Julio Alvarez y Adé para que Aragón tenga una presencia en el Semanario casi tan constante aunque no tan trascendente como la debida a las colaboraciones de De la Fuente.

4.1.5.2.- Los españoles pintados por sí mismos (Madrid, 1843-1844).

4.1.5.2.1.- Costumbrismo madrileño de autor aragonés. Tópicos aragoneses previos al costumbrismo. Lo urbano y lo rústico.

Una paradoja, pero sólo aparente, encierran las páginas de Los españoles pintados por sí mismos cuando se espera de ellas una presencia más decidida de lo aragonés, --- tras la consulta del Semanario Pintoresco. Si la imagen de Aragón queda en este fundamentada por los artículos programáticos y complementarios de Príncipe y De la Fuente y adobada por trabajos compañeros de viaje de los específicamente costumbristas, el título de Los españoles alimenta la confianza de encontrar la revalidación de lo leído sobre Aragón o cualquiera de sus posibles reformulaciones. Y sin embargo parece que no hay ni una cosa ni otra. ---- Porque el afán totalizador de Los Españoles no implica ni a todas las provincias ni a todas las clases sociales. Y su intento de legar a la posteridad un documento fidedigno de lo genuinamente español aclara una vez más cómo han de entenderse estos textos costumbristas, los restantes y todos los pasajes teóricos, que encierran. Obviado el modelo francés ---con su caracterización geográfica y folklórica para los tipos provinciales y coloniales, (cf. Ucelay, 1951, 73 123)--- debido a que Boix confió la redacción de los artículos a escritores nacidos en la capital o residen

tes en ella (324), el resultado no puede explicarse atendiendo sólo a las posibles razones económicas que llevan a reducir la envergadura de la obra (cf. Ucelay, 1951, 103, 126) y seguir el formato de Heads of the People, conocida por la traducción de La Bédoulière, Les Anglais peints -- par eux-mêmes. (cf. Ucelay, 1951, 71, 102). Tiene trazas de causa más plausible que las características del mercado literario español e incluso que el hecho de que una parte no pequeña de sus colaboradores lo fuesen también de El Laberinto, revista madrileña de Boix (cf. Montesinos, 1972 b) 114-115 nº 23), la identificación de los rasgos de la nueva sociedad española con la forma particular de insertarse en Madrid, que resulta antonomástica:

Madrid es el centro de esta burguesía cuidadosa de su exterior, que en su mayor parte vive mezquinamente, parásita del Estado Centralizado en la Capital. (Ucelay, 1951, 142)

Este papel desempeñado por la ciudad, la visión del mundo que van conformando sus clases medias y la consiguiente -- eliminación de su horizonte mental de cualquier realidad -- donde no alcancen sus conquistas o donde estas pueden ser puestas en duda se suman al desconocimiento físico de las provincias y a lo que el trato despectivo de lo no urbano tiene de prevención ideológica y política hacia lo popular. En consecuencia, lo provincial queda reducido a una variante menor de lo madrileño y, por lo tanto, no tan re-

representativo de España como lo de la Corte o al único aspecto que desde allí es posible conocer el submundo de la emigración, los inconvenientes surgidos en los desplazamientos o el refrendo del tópico sobre su tierra que lleva a cabo el escritor asentado en Madrid. (325) Así, aun en los contados casos en que se le reserva cierto protagonismo —cf. Ucelay, 1951, 153-161; F. Montesinos, 1972b, 119—, lo provincial funciona como referencia para delimitar las fronteras de las clases medias, como uno más de los materiales utilizados —por presencia o por ausencia— para que los españoles estrechamente vinculados con Madrid pinten a los españoles estrechamente vinculados con Madrid. (326). Incluso el Sur, la zona provincial más representada en Los Españoles no está vista en sí misma sino a través del filtro que se remontaría a los Siglos de Oro, se perfilaría a finales del XVIII —en gran parte, debido a los viajeros extranjeros— y se consagra con las Cortes de Cádiz y la Guerra de la Independencia. De ahí que

La Capital, que ignora el resto de España en mayor o menor medida —incluida Castilla— mira hacia Andalucía y trata de asimilar a su personalidad las características exteriores de esta región, que entusiásticamente admira. (Ucelay, 1951, 155).

Si "Madrid trata de apropiarse los usos de las provincias del Sur" (Ucelay, 1951, 156), otras son olvidadas por la misma necesidad básica que tienen las clases medias de crear una imagen selectiva de la realidad para adueñarse

de la realidad total. Este sería el caso de Aragón y el preámbulo que lo explica, significativo contexto de la presencia de lo aragonés en Los Españoles. Así, cobra sentido lo que parecía paradoja pues, al margen de los lugares comunes aragoneses con que se salpica la tarecea geográfica e ideológica que conforma algunos tipos, no existe ninguno de estos dedicado a Aragón. (327). El carácter auxiliar de los tópicos tampoco queda recompensado por el hecho de que algunos artículos vayan firmados por autores aragoneses. Se trata de textos costumbristas nacionales o, si se quiere — en vista del uso que el adjetivo españoles tiene en la colección—, madrileños.

4.1.5.2.2.- José Calvo y Martín, "El Médico (1843). Vicente de la Fuente, "El sacristan" (1843), "El estudiante" (1843), "El colegial (1844), "La posadera" (1844), "la monja" (1844).

Uno de ellos, "El médico", (328) se encargó a José -- Calvo y Martín debido a su prestigio profesional como tal. Ni qué decir tiene que, para nuestros intereses, resulta totalmente accidental que naciese en Aragón, "provincia" a la que no llega a mencionar. Por el contrario el artículo sirve subsidiariamente para apreciar el papel que juegan la mesocracia y Madrid en esos momentos. Tras los malabarrismos verborreicos con que se abre y adorna frecuentemen-

te y el empedrado de alusiones eruditas en que se sustenta —rasgos nada inusuales en la colección por otra parte— se delinea un tipo universal cuya necesidad remonta al Paraíso Terrenal (cf. p. 142b), situado en la clase media —coetánea y referido a la capital de España (cf. p. 143). — El artículo, más que descripción del médico, es el recuerdo y la propuesta del currículum normal para llegar a Madrid, objetivo básico del médico-modelo que soporta la estancia en capitales de provincia o en pueblos como inevitable fase de meritorio. (cf. p. 144). A la loa de la profesión así entendida sigue la defensa de la actividad que es fuente de sus ingresos frente a los "charlatanes" que pueden mermar su clientela. Claro que los argumentos esgrimidos hablan de la diferencia entre las artes embaucadoras y las ciencias respetables, pero la ambigüedad básica del artículo —resuelto sin excesivos hallazgos y con un cierto tufillo de arrogancia— que deja ver la elaboración de un caso particular de imagen burguesa de la realidad no está suficientemente camuflada ni en las inevitables muestras de xenofobia:

En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla gabacha ni británica... (p. 143a),

ya que el norte que se supone que debe seguir el médico español está en los adelantos científicos extranjeros, ni en la constancia con que alude negativamente —por más que las envuelva en lo que quiere ser ironía — a ideas como "el —

exámen ha reemplazado la fe". (p. 143b), ya que son las bases de la imagen científica del autor y del tipo y este demuestra los inconvenientes con que aquel tropieza para insertarlo en una sociedad, que no es "científica", de cualquier forma que no sea el enriquecimiento, referencia indiscutible en la época de la aristocracia del dinero;

la profesion está en poder de la mesocrácia; pues raro es el marqués que entra en esta groy.
(p. 143a)

Los otros cinco artículos de autor aragonés son obra de Vicente de la Fuente, quien, al margen de que sólo mencione accidentalmente lo aragonés, se sitúa con dignidad en el conjunto de colaboradores de la colección (329).

"El sacristán" (330) sigue el patrón de las fisiologías para ir mostrando las facetas de este tipo proteico, según lo considera el autor a vueltas de socorridas andaderas mitológicas. Esto, más el recurso a varios chascarrillos y alusiones que quieren ser graciosas (cf. la campana como instrumento de cuerda) le permite a De la Fuente dibujar el tipo atendiendo a lo que tiene de religioso, músico, poeta, administrador y padre de familia.

"El estudiante" (331) es la inevitable contribución de quien tanto ha escrito sobre el tema en el Semanario Pictoresco. Mayormente basado en apuntes y anécdotas retros-

pectivas, no deja de aprovechar el lugar común para lamentar la desaparición del mundo estudiantil que más le agrada:

Siguiendo pues la antigua costumbre, no podemos dispensarnos de presentar al estudiante entre los demás tipos españoles. Por desgracia -- este ha perdido ya mucho de su carácter original, y quizá dentro de pocos años el furor galo-filo que invade todas nuestras instituciones habrá -- concluido por despojarle de todo lo que tiene de puramente español. (p. 99a-b)

Otro de los elementos de la descripción, aprendido quizás en Mesonero, como es el de los nombres simbólicos, da entrada tímida a lo aragonés. Así, junto a Triponiaco Indigestum, figura en el artículo doña Sirena de Albarracín. Otras alusiones fugaces a la "provincia" del autor se producen cuando habla de las clases de estudiantes de Medicina; los que estudian en universidades y los que, a la vez, aprenden Cirugía en los colegios de Madrid:

-Los primeros tienen principalmente su asiento en Zaragoza y Valencia, y usaban en su tiempo de manteos y demás adminículos estudiantiles. (p. 103a-b)

o cuando menciona alguna moda coetánea con la que los estudiantes quieren seguir siendo identificados por el atuendo:

A estos conatos es debida la invención de los hongos, con que algunos de ellos trataron no ha mucho de adornar la cabeza vistiéndose de máscaras, sin respetar los tiempos que corrían. Pero la sociedad silbó a sus inventores, la mayor parte de la estudiantina se les rió en sus barbas y designó con el apodo de monicongos (menos con hongos) y hasta las autoridades tuvieron la bon-

dad de chulearse con ellos, dando a los presidia-
rios sombreros de aquella hechura, como sucedió
en Zaragoza. (p. 99b)

En "El colegial" (332) intenta bosquejar la historia de los diversos colegios y las circunstancias de sus respectivas fundaciones y, sin ahorrarse la conveniente dosis de erudición, resuelve el artículo de forma narrativa haciendo pasar al mismo protagonista por las tres instituciones características: Escuela Pía, Seminario y Colegio. En esta ocasión, la referencia a Aragón, siempre prescindible, es a propósito de la desaparición de los colegios tradicionales que, a lo largo del trabajo adquiere tonos de denuncia política más que de simple lamento:

Vino

Vino por fin la generación actual con su --
ilustración y su jamañería, y de un papirotazo --
echó abajo conventos, capellanías, mayorazgos y
colegios, y hasta los Seminarios han quedado en
el aire; como el alma de Garibay. En cambio ---
llegó la moda de los liceos, y no hubo pueblo, --
de Madrid á Belchite inclusive, que no tuviera
el suyo; cuando ya se iban agostando ha entrado
por fin la moda de los Institutos, que ...déje-
los V. estar. (p. 222b)

Aunque el planteamiento básico de "La posadera" (333) no --
escapa a la reducción de las variantes del tipo a su mani-
festación madrileña, y todas resultan denostadas e incluso
animalizadas --como la posadera de despoblado, cf. p. 295a--
excepto las vascas y las navarras, lo aragonés tiene algu-
na cabida en el artículo. Con todo, la alusión está al --

servicio del alarde erudito y la busca del chiste cuando, tras avanzar una definición, comenta que al diccionario

no le plugo usar, ni aun hacer mencion, de la -- palabra Posadora, como solia hacer con otros términos provinciales, puesto que se usa en varias provincias del Norte, y á nuestro pobre juicio con mas acierto que la otra de Posadera, pues no solamente tiene en su favor la regla, sino tambien el poderse usar en el plural francamente y sin rodeos, lo cual no sucede con la palabra Posadora. Igual desgracia le ha cabido á la palabra Posador, usual en Aragon y en otras partes -- para indicar al que hospeda en su posada, y con todo, la Academia se ha contentado con hacerlo sinónimo de Aposentador. (pp. 294b-295a)

Aparte de las nada sorprendentes referencias a los clásicos españoles e incluso a Mesonero (cf. p. 295a), el artículo todavía reserva una contribución al tópico costumbrista --al autor cae en lo mismo que critica-- del desagravio cuando hace coincidir la buena vida del posador y la simplicidad del viajero galo:

Por de dia, despues de haber ayudado á cargar á los arrieros, se tumba al sol sobre el banco inmediato, ó con los brazos cruzados espera la llegada de algún fatigado viajero que quiera posar bajo su hospitalario albergue, semejante en esto á los antiguos patriarcas, siquiera sus miras -- tengan mucho menos caridad y poesía. Al verle tumbado á la bartola, un frances que viene de ta honero á la córte, observador profundo, como todos los de su pais (cual si dejéramos una especie de Theofilo-Gautier) exclama con ademan patético, dirigiendo la voz á otro compañero suyo. "Voila á que sont bons les Espagnols! á prendre le soleil. "El posador por su parte, que no entiende aquel fiin-flán, como él lo llama estira los brazos, y abriendo una cuarta de boca dice: "cuándo querrá Dios, que estos demonios de gabachos hablen como cristianos". Con esto salen el uno y el otro á mocha por cornada. (p. 295b)

En fin, "La monja" (334) ahonda en las protestas contra las medidas progresistas apuntadas en "El colegial" -- hasta quedarse muy cerca del panfleto. Sin chistes ni -- atisbos de jocosidad, desde la introducción erudita y el -- panorama histórico que arranca de la Edad Media para aterrizarse en 1834, todo el artículo es un ataque encendido -- contra la literatura anticlerical y las disposiciones gubernamentales, un rasgarse las vestiduras ante las consecuencias de la exclaustación. El afectismo del planteamiento sube de tono y se remata cuando, sin haber mencionado ni de pasada las causas que han motivado tal situación, las monjas son presentadas como entes sufridos, piadosos, puros y medio muertas de hambre en su iglesia mal iluminada mientras

en la casa vecina se oye el concierto de una estrepitosa orquesta, los balcones abiertos para renovar el ambiente despiden un raudal de luz, mil antorchas iluminan los vastos salones donde reina el bullicio y la algazara. Allí mezclados en voluptuosas danzas, jóvenes elegantes y apuestas bellezas, se agitan en caprichosos giros, -- mientras que sus sentidos todos se hallan bajo -- la influencia de un aturdimiento indefinible que embota la sensación y hasta los goces mismos.
(p. 286b)

El clavo ardiente al que se aferra De la Fuente lo constituyen las monjas de la Caridad, que se han salvado de la quema, pero el intento de extender sus virtudes sociales al resto de las órdenes para ampliar la amnistía no basta para

ocultar el parti pris del autor, que aún quedaría más al aire —como "El exclaustrado" que ya había pintado Gil y Zárate— si se compara con el tratamiento divertidamente anticlerical que da Fermín Caballero —defensor de Mendizábal— a "El clérigo de misa y olla" e incluso con el informal con que el ultraconservador Navarro Villoslada pinta "El canónigo".

El recuento de lo aragonés en Los Españoles arroja, —pues, cifras bajas en lo que se refiere al tema provincial, pero, aunque parecieran simple compensación los seis artículos debidos a personas nacidas en Aragón, es su aspecto cualitativo lo que importa retener. Y no es preciso ahondar en el mérito literario de la participación aragonesa —en la colección —el nivel medio de la obra lo excusa— pues la trascendencia de estos artículos en la historia —del costumbrismo aragonés se cifra en servir de referencia para establecer sus límites. De lo escrito por Calvo y De la Fuente ni siquiera se puede decir que sea costumbrismo nacional de tema aragonés, categoría apreciada en el Semanario Pintoresco con toda nitidez entre tanto trabajo que incluso escapaba al género. No hay temática aragonesa de relevancia en estas contribuciones. Es más: no importa que sus autores hayan nacido o no en Aragón. Nos las tenemos, pues, con un costumbrismo nacional, pero un costum-

brismo nacional significativo para Aragón ya que, si los rasgos mencionados los sitúan fuera de los límites que aquí se perfilan, esta misma exclusión le otorga la función de constituirse en frontera: comparando lo observado en la revista y en el libro, lo sustancial para determinar qué debe entenderse por costumbrismo aragonés radica en el lugar donde se publica el vehículo de difusión.

4.1.5.3.- Otras publicaciones no aragonesas (1833-1845).

4.1.5.3.1.- Alusiones y tópicos en torno a la imagen de Aragón.

En nada varía lo dicho a propósito del Semanario Pintoresco y de Los españoles si se atiende a otras publicaciones no aragonesas y casi exclusivamente madrileñas de este periodo aunque al efectuar algunas catas se comprueban las bases y los aledaños de una imagen de Aragón que forman el contexto periodístico de los trabajos más señeros. Sin que el inventario pueda ser exhaustivo —ni debe serlo ahora—, además de otros datos de diverso interés, puede dar una idea de lo que el lector madrileño y el no madrileño suscrito a los periódicos de la Corte o frequentador de los gabinetes de lectura de otras localidades tuvieron ocasión de conocer sobre Aragón mediante trabajos —

que suelen quedar entre el artículo de costumbres y la ---
noticia o el elemento de variado registro cultural que los
contornean. (335)

Notas al epígrafe 4.1.

- 1.- DZ, 12 (D, 12-I-1834), 2-3
- 2.- DZ, 262 (V, 19-IX-1834), 2-4. Tomado de La Abeja. El título completo es: "Un guante. Diálogo entre el --- ayuntamiento de Pellaos y el párroco del mismo. El --- tío Cándido, síndico personero, lleva la palabra a --- nombre del ayuntamiento."
- 3.- Cf. DCZ, 201 y 202 (1821).
- 4.- DZ, 333 (S, 29-XI-1834), 2-3. Tomado del B.O. de A.; cf. DZ, 12 (M, 12-I-1836), 3-4
- 5.- DZ, 228 (D, 16-VIII-1835), 3-4
- 6.- En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza sólo aparece el segundo de sus tres volúmenes.
- 7.- Cf. Franco, 1981.
- 8.- Cf. DZ, 311 (M, 6-XI-1832), por A.G. Tomada de Cartas Españolas.
- 9.- Cf. DZ, 295 (S, 22-X-1831).
- 10.- DZ, 297 (J, 24-X-1833), 2-3. Tomado de La Revista --- Española.
- 11.- DZ, 113 (X, 23-IV-1834), 2-4. Tomado de La Revista Española.
- 12.- DZ, 12 (M, 12-I-1836), 3-4.
- 13.- Parece original del Diario de Zaragoza pero la parcial coincidencia de las iniciales con las del autor del --- "Diálogo entre Mina y Zumalacárregui" --- DZ, 333 (S, 29

XI-1834), 2-3— texto no original de este Diario, inducen a dudarlo. Si, por otra parte, la temática militar del "Diálogo", con la presencia de Mina, reaparece, aunque tímidamente, en "Máscaras" y éste artículo tiene unos rasgos extraños y aun crípticos que hacen pensar en Antonio Ros de Olano —el militar amigo de Espronceda, escritor de tintes románticos y ayudante de Mina en la primera guerra Carlista—, ambos trabajos podrían deberse a este autor de quien no puedo afirmar que escribiese directamente para el Diario de Zaragoza.

- 14.- DZ, 37 (S, 6-II-1836), 3-4. Presentado como "Comunicado".
- 15.- DZ, 45 (D, 14-II-1836), 3. Rotulada como "Comunicado".
- 16.- DZ, 47 (M, 16-II-1836), 2-3. Rotulada como "Comunicado".
- 17.- DZ, 47 (M, 16-II-1836), 3.
- 18.- DZ, 56 (J, 25-II-1836), 3-4
- 19.- Ley electoral con la que Mendizábal intenta sustituir el Estatuto Real por una constitución liberal y que motivará la fugaz alianza de viejos progresistas con moderados en medio de una maraña política en la que, entre otros progresistas desilusionados con Mendizábal, será atrapado Larra. Cf. Kirkpatrick, 1977, 64ms.

- 20.- DZ, 60 (L, 29-II-1836), 4.
- 21.- Cf. "Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y a una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aún suenan en mis oídos: El mundo todo es máscaras; todo el año es carnaval", palabras finales del artículo de Larra --I, 146h--: "El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval. (Artículo del Bachiller)", publicado en --El Pobrecito Hablador el 4 de marzo de 1833.
- 22.- DZ, 63 (J, 3-III-1836), 3-4
- 23.- DZ, 67 (L, 7-III-1836), 4.
- 24.- Cf. DZ, 228 (D, 16-VIII-1835), 3-4 La coincidencia apuntada y la raigambre larriana de este artículo, --firmado, además, por El Duende-- hacen pensar que se deben al mismo autor.
- 25.- DZ, 77 (J, 17-III-1836), 3.
- 26.- DZ, 81 (L, 21-III-1836), 4.
- 27.- DZ, 86 (S, 26-III-1836), 3-4
- 28.- DZ, 101 (D, 10-IV-1836), 2-3
- 29.- Cf. "Chismografía", por J.M. de F., SZ, 134, (V, 19-IV 1799) y prolongación en los números 138 y 142.
- 30.- Cf. DZ, 206 (V, 25-VII-1800)--332 (V, 28-XI-1800).
- 31.- DZ, 105 (J, 14-IV-1836) 3-4. Pedelce es Pío del Castillo; Cf. "Respuesta á la carta del Mudo del día 24 de abril", DZ, 120 (V, 29-IV-1836), 3-4.

- 32.- DZ, 115 (D, 24-IV-1836), 3-4
- 33.- DZ, 120 (V, 29-IV-1836), 3-4
- 34.- DZ, 125 (X, 4-V-1836), 4.
- 35.- DZ, 92 (V, 1-IV-1836) 3-4. Presentado como "Comunicado".
- 36.- Cf. DPZ, 143 (V, 11-VIII-1820).
- 37.- DZ, 104 (X, 13-IV-1836), 3-4.
- 38.- DZ, 111 (X, 20-IV-1836), 3-4.
- 39.- DZ, 129 (D, 18-V-1836), 3.
- 40.- DZ, 107 (S, 16-IV-1836), 3.
- 41.- DZ, 211 (V, 29-VII-1836), 3-4.
- 42.- DZ, 212, (S, 30-VII-1836) 2-4.
- 43.- Franco, 1981, 9; Cf. 13, 17, 32.
- 44.- "... los sucesos de abril y los que tienen lugar entre julio y octubre de 1835 en Zaragoza, no son pronunciamientos militares, ni acciones aisladas, ni asonadas, sino unos claros motines antifeudales. En abril se pretende que las propiedades eclesiásticas se transformen en bienes nacionales. El motín del 5 de julio y el proceso revolucionario posterior consigue la transformación de los bienes de regulares y prepara el camino de los del clero secular. La Milicia Urbana está implicada en todo el proceso y busca además una democratización del aparato estatal, a la vez que el triunfo contra los carlistas". (Franco, 1981, 68)

45.- A buen seguro, el costumbrismo aragonés de estos --- años y de los siguientes ofrecería un panorama sustan- cialmente más rico en cantidad y calidad de haberse - conservado y ser accesible un conjunto de títulos como los que consigna José Blasco Ijazo: La Biblioteca -- (1840), El Zaragozano (1842), El Suspiro (1845) —con la incorporación de las xilografías, tan vinculadas al costumbrismo—, El Progreso (1846), El Cisne, El Ebro, La Revista Aragonesa, La Sensatez (todos ellos en -- 1847), El Mosayco Zaragozano (h. 1855) —continuado en El Porvenir de Aragón—, La Revista, El Novicio, El - Astro de la Civilización (a. d. 1857); cf. Blasco -- Ijazo, 1947, 43-48.

46.- Además de Franco, 1981, cf. José Miguel Delgado Ida- reta, "Pronunciamientos de tendencia carlista en Zara goza durante la Regencia de María Cristina (1833-1840)", Cuadernos de Investigación (Geografía e Historia), Co legio Universitario de Logroño, mayo de 1975 (separa- ta), pp. 109-123; Id., "Pronunciamientos liberales en Zaragoza durante la Regencia de María Cristina (1833 -1840)", ibid., mayo 1977, pp. 83-94; id., "Aragón -- durante el reinado de Isabel II", en ARAGON, 1980, 380 -390; María Rosa Jiménez, "El municipio de Zaragoza - durante la regencia de M^a Cristina de Nápoles (1833-

1840), Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1979; Fernández Clemente, "Crisis del Antiguo Régimen: guerras carlistas y pronunciamientos", en ARAGONESES, 1977, 138-140; Francisco Asín Ramírez de Esparza, "La Guerra de los Siete Años y Aragón", en --- ARAGON, 1980, 392-402; EAEA, 1979, Ponencia 4; "El esparterismo zaragozano (1840-1856)", Fernández/Forcadell, 1978, 11-37; "La Cincomarzada. Historia de una fiesta popular", Fernández/Forcadell, 1978, 37-44. Para el problema de la existencia de la revolución burguesa en España, su interpretación y fechas, cf. Pierre Vilar, "Intervención de Pierre Vilar", en Tuñón et al., 1980, 139-146, especialmente, 141-142 y, —como marco global de lo aportado por Franco de E Espés y Delgado Idarreta— Juan Sisinic Pérez Garzón, "La Revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en Tuñón et al., 1980 91-138.

- 47.- Cf. José-Carlos Mainer, "Prerrománticos y románticos", "Aragón romántico", en ARAGONESES, 1977, 324-329; del mismo, "La Historiografía decimonónica", en EAEA, 1979, 998-1001 y "Del romanticismo en Aragón: La Aurora (1839-1841)", en Homenaje a Fernando Lázaro Carreter [1983, en prensa], 474-486.

- 48.- DCZ, 247 (S, 3-IX-1836) 3-4.
- 49.- DCZ, 273 (J, 29-IX-1836), 3.
- 50.- DCZ, 284 (L, 10-X-1836), 3-4.
- 51.- DCZ, 264 (M, 20-IX-1836), 3-4.
- 52.- DCZ, 85 (D, 26-III-1837), 2-4. Anónimo.
- 53.- "La pasión que tenemos por este bellísimo drama de la nueva escuela nos impulsaría á hacer su elogio, si el magnífico análisis que hizo de él un malogrado escritor no arredara nuestra débil pluma. Cediendo al convencimiento de nuestro corto talento y queriendo tributar un justo homenaje á la memoria del sábio y elocuentísimo Fíguro y del infortunado D. Mariano José de Larra extractamos el artículo que publicó en el número 48 del Español analizando esta composición."
DCZ, 85 (D, 26-III-1837), 2b-3a.
- 54.- DCZ, 128 (L, 28-V-1837), 3-4.
- 55.- DCZ, 289 (L, 16-X-1837), 2-3. Anónimo. Reproducido de El Defensor del Pueblo.
- 56.- Cf. DCZ, 66 (J, 8-III-1838), 3-4; 92 (M, 3-IV-1838), 2-3, Folletín.
- 57.- DCZ, 338 (X, 5-XII-1838), 2-3. Remitido.
- 58.- Esta "Carta a Fíguro" se presenta en realidad como reseña teatral que forma parte de una polémica —cf. nº 386. pp 3-4— y debe ser situada en el contexto de los abundantes comentarios que aparecen por estos días, algunos de ellos con ocasión del estreno de El

conde D. Julián, de Miguel Agustín Príncipe. Cf. la reseña anónima del número 357 (L, 24-XII-1838), 3, folletín, la firmada por G. y A. —Gil y Alcaide, muy probablemente— en el número 358 (M, 5-XII-1838), 2-3 folletín, otras en los números 362, 363, 364, 365 ... y la poesía que G. B. —Gernónimo Borao— dedica a Príncipe por su drama en el número 7 (L, 7-I-1839), 3-4.

- 59.- DCZ, 86 (X, 27-III-1839), 2-3, folletín.
- 60.- Como suyo declara este pseudónimo el vinarocense Ayguals cuando sale en defensa de la libertad de expresión conculcada con el periódico de Víctor Pruneda. Cf. la página 3 del folleto A los suscriptores del que fue Centinela de Aragón editado en Valencia después del 12 de febrero de 1842 y encuadernado entre el nº 12 (M, 27-IX) y el 27 (M, 1-XI) de 1842 de El Centinela de Aragón.
- 61.- DCZ, 100 (X, 10-IV-1839), 3, folletín.
- 62.- Cf. DCZ, 109 (V, 19-IV-1839), 3, folletín.
- 63.- En torno a El Eco de Aragón y El Aragonés, cf. Bartolito, "Contestación á D. Bartolo", DCZ 145 (S, 25-V-1839), 2-3, folletín; Bartolito, "Una contestación por necesidad", DCZ, 161 (L, 10-VI-1839), 3, folletín; El Comentador, "Modelo de concisión", DCZ, 163 (X, 12-VI-1839), 3, folletín; El Comentador, "El propósito -

de la enmienda", DCZ, 171 (J, 20-VI-1839), 3, folle--
tín; El Comentador de coplas, "A los redactores del -
Aragonés", DCZ, 179 (V, 28-VI-1839), 3, folletín.

Otra polémica con El Eco de Aragón se entabla en
1840. Cf. los artículos de Statute en DCZ, 45 (V, 14
II-1840), 2-3, folletín y 46 (S, 15-II-1840), 2-3, fo-
lletín y el anónimo del número 48 (L, 17-III-1840, 2-3.

A.M.D. ataca también en "Á la Biblioteca" en el
número 54 (D, 23-II-1840), 3, que recibe réplica dura
no exenta de rasgos costumbristas —como el diálogo -
inicial— por parte de El Banderillero. Cf. DCZ, 61
(D, 1-III-1840), 2-3, folletín.

B.M. y R.M. replican la crítica que La Aurora HA
hecho de unas redondillas en torno al "Abrazo de Ver-
gara" expuestas en la antigua plaza del Carbón. Cf.
DCZ, 307 (D, 3-XI-1839), 3.

En fin, Valero Ortubia ataca a Braulio Foz y a
XI El Centinela de Aragón en medio de una polémica con el
Eco de Aragón ya comenzada en 1842. Cf. DCZ, 11, ---
(X, 11-I-1843), 3.

64.- DCZ, 193 (V, 12-VII-1839), 3, folletín. No es la pri-
mera vez que aparece el Fray Gerundio: cf DCZ, 114
(1839): Fenzensac volverá a ser aludido en el número
221 (1840).

65.- DCZ, 264 (S, 21-IX-1839), 2-3, folletín.

66.- DCZ, 267 (M, 24-IX-1839), 1-3.

- 67.- DCZ, 272 (D, 27-IX-1839), 2-3, folletín.
- 68.- DCZ, 274 (M, 1-X-1839), 3.
- 69.- DCZ, 141 (X, 20-V-1840), 2-3.
- 70.- DCZ, 221 (S, 5-VIII-1840), 1-2.
- 71.- DCZ, 359 (X, 25-XII-1839), 2-3 folletín.
- 72.- DCZ, 12 (D, 12-I-1840), 2-3, folletín.
- 73.- Cf. DCZ, 301
- 74.- Cf. "Teatro", anónimo, DCZ, 21 (J, 21-I-1841), 1-2.
- 75.- DCZ, 225 (X, 12-VIII-1840), 3-4.
- 76.- Así, las cartas al redactor que escribe F.V. y V.: -
"Mejoras urbanas. Empedrado", sobre uno de madera, -
en DCZ: 234 (L, 23-VIII-1842), 2-3 y "Mejoras Urbanas"
sobre derribos, en DCZ, 9(L, 9-I-1843), 2-3.
- 77.- DCZ, 201 (J, 20-VII-1843), 1-3.
- 78.- Tal vinculación, sujeta a revisión, es establecida --
por Evaristo Correa Calderón. Cf. Correa, 1964, XXXVIII.
- 79.- DCZ, 98 (V, 8-IV-1842, 2-3. La composición es presen-
tada como "Liceo. Capricho poético leído por su autor
en la sesión del 30 de Marzo".
- 80.- La presencia del grabado en La Aurora es muy limitada
aunque se deba al mismo móvil de captación de lectores
que en el Semanario Pintoresco. El anuncio de La Au-
rora publicado en el Diario Constitucional de Zaragoza
número 235 (23-VIII-1839), p. 3, promete el regalo de
una litografía mensual a los suscriptores. Sin embar-
go, tras un grabado en bronce de Ramón Pignatelli que

reparte con el nº 5 (29-IX-1839) —según se declara en la "Nota" de la página 60, aunque en la colección consultada de la Hemeroteca Municipal de Madrid el grabado aparece entre las páginas 68 y 69 del número 6 (6-X-1839), donde se da la biografía del personaje— y tras el del "Plano topográfico de la siempre H. Ciudad de Zaragoza" que se anuncia en el número 9 (25-X-1839), p. 108, y se entrega con el número 10 (3-X-1839) según la "Nota" de la página 120, La Aurora parece contar con dificultades para continuar ofreciendo láminas y anuncia que va a dejar de hacerlo en la "Floresta" de la página 141 del número 12 (17-XI-1839). Para el papel de La Aurora en el romanticismo aragonés y las conexiones de éste con el nacional, cf el reciente e imprescindible artículo de Mainer, 1983.

- 81.- AUZ, 14 (1-XII-1839), 160-163. Sección "Aragon Pintoresco".
- 82.- AUZ, 7 (13-X-1839), 82-83.
- 83.- Cf. B. J., "Las fiestas de pueblo", AUZ, 16 (19-IV-1840), 229-232 y 17 (26-IV), 244-247.
- 84.- AUZ, 11 (10-XI-1839), 123-124.
- 85.- Cf. AUZ, 19 (8-IX-1840), 148-150.
- 86.- AUZ, 12 (17-XI-1839), 134-136.
- 87.- Hacen dudar de la originalidad del artículo la mencio

nada localización, la no clara identidad del autor y la proximidad de algún plagio como "Fines y principio de año", de José Gama. Cf. AUZ, 18 (29-XII-1839) 208-210. Para algunos trabajos de Vicente de la Fuente y otros sobre estudiantes, cf. F. Montesinos, 1972b, 85-6.

- 88.- Cf. B.J., "Las fiestas de pueblo", AUZ, 16 (19-IV-1840), 229-232 y 17 (26-IV), 244-247.
- 89.- AUZ, 18 (29-XII-1839), 208-210.
- 90.- Cf. "El día de año nuevo", DZ, 23 (V, 23-I-1829), 3-4.
- 91.- AUZ, 1 (5-I-1840), 10-12.
- 92.- Cf. "Las casas nuevas", La Revista Española (13-IX-1833). El pasaje aludido, en Larra, I, 282b. No es ésta una mención aislada de Larra. En un trabajo de tono serio aparece su nombre explícitamente con idéntica función: "No es nuestro ánimo entrar á competir con un artículo que bajo el título del duelo escribió el malogrado Larra, orgullo y gloria de la literatura nacional, y una de las mas bellas palmas del parnaso español. El objeto que nos mueve á ensayar nuestras débiles plumas sobre el mismo asunto, es, el ver que la sociedad continua, no muy frecuentemente por fortuna, en torcer el sentido de aquella palabra [honor], no obstante las repetidas aclaraciones con que se ha ilustrado". "Inteligencia de la palabra --

honor", AUZ, 2 (12-I-1840), 13. Cf. Larra, "El Duelo", El Observador [Madrid] (27-IV-1835), apud Larra: II, 79-82 (en p. 80a. las alusiones al honor astado que es tratado en ambos artículos). Otras huellas -- del magisterio de Larra, además de las que se mencionan en el texto, en "Compromisos de la vida. Escribir para un Album", AUZ, 14 (5-IV-1840), 200-201.

- 93.- AUZ, 5 (25-II-1840), 54-57. Un tema próximo pero con tratamiento distinto es el de "Las visitas de días", de Mesonero, Cf. I, 53-56.
- 94.- AUZ, 9 (1-III-1840), 116-119. Remitido.
- 95.- En eso queda todo el contacto. Cf. "Balcones viejos y nuevos de la Plaza Mayor", El Correo Nacional, 1, 213 (21-V-1841). En Estébanez, el recurso sirve para evocar aspectos del pasado de Madrid. He aquí las -- circunstancias del narrador: "No habrá mucho más de -- tres meses en que allá por las más altas horas de la noche, triste y solitario, discurría yo por las calles de Madrid, llena la fantasía de las imaginaciones más desvariadas y peregrinas". (Estébanez, II, 368a). En cuanto a los interlocutores: "escuché con sorpresa -- mía un diálogo, un parlamento entre los viejos y nuevos balcones de la Plaza Mayor, en que tomaban parte con retiñir agudo y voz ronquilla, y como de burla, y las veletas de la antigua Panadería". (Estébanez, II 369b).

- 96.- AUZ, "9" [=10] (8-III-1840), 129-132. Rotulado "Costumbres". El original.
- 97.- Cf. DZ, 3 (L, 3-I-1820) 9-10.
- 98.- "por cuyas razones he adoptado el medio de presentar al público este cuadro de costumbres para que no se sepa, y mi buen hombre entienda la indirecta" (p.130a)
- 99.- AUZ, 11 (15-III-1840), 145-149. Sección "Costumbres" El original lleva la fecha errónea de 15-II-1840.
- 100.- "D. Cándido Buenafé o el camino de la gloria", La Revista Española (2-IV-1833); "Don Timoteo o el literato", La Revista Española, (30-VII-1833).
- 101.- Cf. La descripción de don Timoteo: "Figúrense ustedes un ser enteramente parecido a una persona; algo más encorvado hacia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinados sobre el bufete; mitad sillón, mitad hombre; entrecejo arrugado; - la voz más hueca y campanuda que la de las personas..." (Larra, I, 260u). Frente a esta caracterización, el autor de "Mi biografía" ofrece una muy distinta en -- tono y función. Colocada en la introducción teórica, no se refiere al personaje literato sino a los que -- trabajan por la propia gloria y sólo la ironía des-- prendida del contexto --resulta que es la transcrip-- ción aproximada de las reflexiones del joven-- relati-- viza lo que es una descripción neutra --y aun entra-- ñable-- de un modelo de literato: ¿Veis esos hombres --

que se afanan, que trabajan asiduamente por la perfección de su arte, veis esos hombres amarillos, descarnados que pasan los días y las noches continuamente en el estudio, que ni se divierten, ni comen, ni descansan, que retirados enteramente del bullicio de la sociedad arrastran una vida penosa sobre sus libros y sus máquinas? Pues todos trabajan por conseguir un nombre que tal vez huya de ellos como las tinieblas al aparecer la riente aurora, y como los sueños de ventura que agitaron nuestra ardiente juventud." (p.145a)

- 102.- Cf. el artículo de A.M.D. "Á la Biblioteca", DCZ, 54 (D, 23-II-1840), 3, donde se califica la presentación de este periódico literario de "petulante y asaz barbara" ya desde el primer volumen. Cf., igualmente, más que la defensa de este periódico, el ataque a A.M.D. que El banderillero efectúa en el DCZ, 61 (D, 1-III-1840), 2-3, folletín, réplica un tanto interesada pues el folletinista aludido no capta la ironía con que -- A.M.D. engendra su ridícula poesía.
- 103.- La opresión "desde que tengo narices" (p. 209a) ----
 --siempre que no sea algo mostrenco en la época--, la calificación del narrador como estudiante (p. 209a) y como persona que lleva "ocho años de leyes" (p. 211a) y el aire de cuento son tres detalles que, a falta de otros a favor o en contra, sugieren la posibilidad de

que el autor de "El Usurero" sea B.J., a quien se debe "Las fiestas de pueblo" (números 16 y 17), artículo en el que se repiten estos rasgos. Por parecidos motivos la paternidad podría extenderse al anónimo -- "La Cencerrada" del número 28.

- 104.- AUZ, 15 (12-IV-1840), 209-211.
- 105.- AUZ, 16 (19-IV-1840), 236-239.
- 106.- AUZ, 21 (20-IX-1840), 165-166.
- 107.- Cf. AUZ, 14 (1-XII-1839), 160-163.
- 108.- AUZ, 48 (28-III-1841), 377-379.
- 109.- AUZ, 50 (11-IV-1841), 393-395.
- 110.- AUZ, 16 (19-IV) 1840, 229-232 y 17 (20-IV-1840), 244-247. Sección "Costumbres"
- 111.- Cf.: "Poquísimos de estos rasgos tienen relación con el cuento ni aun remotamente; algunos podrían considerarse tales en la medida en que puedan serlo los chascarrillos..." (F. Montesinos, 1972b, 85). Si la autorizada opinión de Montesinos sigue siéndolo en este caso, quien gana es el costumbrismo aragonés, aunque solo sea temáticamente.
- 112.- Cf. El intento frustrado de hallar interlocutores válidos en el ambiente rural que muestra el autor de -- "El amante del pueblo sencillo" -- DPZ, 135 (J, 3-VIII-1820), 3-4 -- achacado no a su actitud sino a la falta de ilustración de los lugareños, subsanable mediante la prensa. Sin salir del Trienio Liberal, es más que revelador el contraste entre la comprensión de la

realidad política y de la exigencia de sus auténticos intereses que muestran los campesinos en general y la intencionada reducción a patanes con que los presenta el autor del "Diálogo entre un cura del arzobispado de Zaragoza y el tío Relancio, su feligrés", DCZ, 201 (V, 20-VII-1821), 3-4 y 202 (S, 21-VII), 2-4. La crítica de lo provinciano plasmada en la "Carta primera. Plácido a Salicio" --DZ, 206 (V, 25-VII-1800) 822-3— sugiere que a los prejuicios por lo lugareño se suman los provenientes de su desconocimiento cuando no es causa de todo ello el narcisismo capitalino entronizado al modo de Mesonero en "El observatorio de la Puerta del Sol" (1836): "Lo mejor del mundo es la Europa (¡cosa clara!); la mejor de las naciones de Europa es la España (¡quién lo duda!); el pueblo mejor de España es Madrid (¿de veras?); el sitio más principal de Madrid es la Puerta del Sol..., ergo, la Puerta del Sol es el punto privilegiado del globo". (Mesonero, II, 9a)

113.- Cf.: "Los esbozos de costumbres lugareñas, tan poco simpatizantes con la vida campesina como suelen serlo todos los de esta generación...", F. Montesinos, 1972 b, 85.

114.- Cf. "Un aficionado lugareño, "La fiesta de lugar", --SPEM, 51 (18-XII-1842), 406-408 y "Un aficionado lugareño, "El teatro lugareño, SPEM, 28 (10-VII-1842), --

- 218-220. En cuanto a la insistencia en este y ----
 otros temas en el Semanario Pintoresco Español, cf.
 F. Montesinos, 1972b, 77.
- 115.- AUZ, 19 (8-IX-1840), 148-150.
- 116.- Aunque presenta rasgos temáticos y aun argumentales bastante próximos a los de "El extranjero en su patria" (enero de 1833), de Mesonero, el artículo de -- Gil y Alcaide resulta mucho más complejo técnicamente y, a la vista del desenlace trágico, bastante menos tranquilizador.
- 117.- Cf., además de la proximidad del diseño de "Yo quiero ser cómico", "Ya soy redactor", "El hombre pone y -- Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista", "Un periódico nuevo" y, entre otros, los artículos que -- desarrollan problemas específicos de la prensa, como la censura; "Lo que no se puede decir, no se debe decir", "El Siglo en blanco", "La alabanza, o que me -- prohiban éste"...
- 118.- Por ejemplo, en "Casarse pronto y mal" y "La educación de entonces".
- 119.- AUZ, 24 (11-X-1840), 188-189.
- 120.- AUZ, 28 (8-XI-1840), 222-223.
- 121.- No se puede decir lo mismo ni por las mismas razones de, por ejemplo, "Las segundas nupcias", de Vicente de la Fuente --SPEM, 26 (28-VI-1840), 203-207--, composi-
 ción próxima al cuento donde la cencerrada --Cf. p.

206-- se sitúa en un ambiente rural y es un elemento secundario.

- 122.- AUZ, 31 (29-XI-1840), 246-248 y 32 (6-XII), 255-266.
Sección "Costumbres".
- 123.- AUZ, 38 (17-I-1841), 297-299.
- 124.- AUZ, 42 (14-II-1841), 329-332.
- 125.- AUZ, 39 (24-I-1841), 308-310.
- 126.- La oportunidad sociohistórica de "La empleomanía" -- (mayo de 1832) y de "Pretender por alto" (noviembre de 1832) resulta relativa por las tempranas fechas de composición pero, sobre todo, se desprende del carácter algo convencional con que Mesonero trata el problema. Si en el primero de los artículos sortea el lugar común de la maldad intrínseca de la ambición, en el segundo recalca en el tema de la peligrosidad cortesana, no ajeno al siglo XVIII en la historia --- del costumbrismo.
- 127.- AUZ, 46 (14-III-1840), 361-364 y 47 (21-III), 369-371.
- 128.- Los argumentos, textualmente limitados, que podrían vincular "La Sociedad" al costumbrismo son comparables y no muy inferiores a los que ofrece "¡Vaya chasco!" --AUZ, 52 (25-IV-1841), 412-414-- pues, a pesar de que este trabajo lleve el rótulo de "Costumbres" y

se inicie con una mediana reflexión, no deja de ser - una narración sobre la posible ruptura de confianza - entre los esposos a propósito de determinados usos so- ciales. P. A., que firma el relato, ya advierte so- bre el tratamiento no costumbrista de la costumbre: - "A nadie se oculta que los bailes de máscaras son fe- cundos en amorosos lances, y, sin que sea nuestro in- tento describirlos, esplicaremos, no obstante, un he- cho cierto, que conviene á nuestro objeto.". (p.412b)

129.- AUZ, 47 (21-III-1841), 374-375.

130.- Eco de Aragón, Zaragoza, Imp. de Roque Gallifa, edi- tor responsable. La colección de la Hemeroteca Muni- cipal de Zaragoza comienza con el número 623 (S, 1- -VIII-1840), y este es el primer ejemplar conservado según el catálogo de Marina González Miranda aunque - el volumen en que se halla está marcado con el número 2.

A partir de esta colección y contando con que siempre fuese diario y sin interrupciones hasta la fecha in- dicada, el primer número debió aparecer el 17 de nove- viembre de 1838. Hace dudar si esa fue la fecha --- inicial --o pensar en alguna fase previa-- lo que pue- da desprenderse del número 899 (V, 7-V-1841), p. 2, - donde se da como inicio 1838 pero, con un asterisco, se anota: "con el título de Eco de Aragón". Blasco -- Ijazo, en el cuerpo de su obra, no afina: "Ya tenían en la calle, en noviembre de 1838, un nuevo periód-

co. El Eco de Aragón, en tamaño mayor, con tendencia progresista que constituía una rama derivada del tronco liberal". (Blasco, 1947, 45), pero en el Índice de periódicos citados (p. 198) puntualiza: "El Eco de Aragón (Desde 22 de Noviembre de 1838)". Ynduráin (cf. 1973, 399) duda que comenzase en 1837, año dado por Gómez Uriel. No obstante lo anterior, a partir del ejemplar conservado en la Hemeroteca Municipal de Madrid --58 (V, 28-XII-1838)--, el primer número debió publicarse el jueves 1 de noviembre 1838. Lo recogido de la primera época en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza llega hasta el número 1.681 (V, 30-VI-1843). Para datos generales, cf. Fernández/Forcadell, 1979, 40-43, 62, 68-70.

- 131.- Para la relevante vinculación de Zaragoza y otros núcleos urbanos aragoneses con el Duque de la Victoria, cf. Carlos Forcadell, "El esparterismo zaragozano. (1840-1856)", en Fernández/Forcadell, 1978, 11-37.
- 132.- La importancia que para el periodismo y la Historia política aragonesa del siglo XIX reviste el periódico de Victor Pruneda queda patente en el trabajo "El Centinela de Aragón", de Eloy Fernández Clemente --Fernández/Forcadell, 1978, 45-80--, "resumen de su memoria de grado en la Escuela de Periodismo de la Iglesia, en Madrid, 1968" (ibid., 3).

Según mis observaciones directas, el periódico - duró, en su primera época, del número 1 (X?, 1-XII-1841) al 58 (V, 13-I-1843) y no siempre se editó en Teruel, pues la censura y las supresiones obligan a publicar parte del material --por ejemplo, suplementos-- en Valencia. A las notas --cf. ibid., 55-56-- de Eloy Fernández que dan idea del estado fragmentario de la colección de la Hemeroteca de Teruel hay que añadir algunos defectos en la encuadernación ---- --cf. diciembre de 1842, en que ~~se~~ aparecían ejemplares encuadernados al revés y el suplemento A los suscriptores del que fue Centinela de Aragón, posterior al 12-III-1842 pero quizá no tanto como para aparecer tras el número correspondiente al 12-III-1842-- y la frecuente mutilación de ejemplares, por ejemplo, en noviembre de 1842. Sin embargo, las limitaciones apuntadas no impiden comprobar que este periódico republicano apenas acoge muestras de costumbrismo y que --para la economía del género-- los textos literarios de su primera época cifran su valor en lo que tienen de matización y refrendo sociopolíticos de lo advertido en el Eco de Aragón. Baste, pues, un apunte de este material extracostumbrista cuyo uso instrumental -- aquí es el de la configuración de un contexto. El folletín como lugar de aparición, el verso como -- forma literaria y un romanticismo a veces vehemente

aunque no cuajado podrían resumir los rasgos de las colaboraciones literarias de El Centinela. La "Fábula. El burro vestido de caballo" --CAT, 12 (M, 14-XII-1841), 2. Folletín--, de El Romancero, se endereza, con sabor neoclásico, contra "el que quiere alzarse/ sin él merecerlo" (p. 1 c); suscrita de igual forma, polimétrica y de tema histórico, aparece la -- "Conclusión de la matrona de Valderas" --CAT, 19 (X, 22-XII-1841), 2. Folletín--, Alfonso García Tejero, el nombre más frecuente, firma "A un rey" --CAT, "2" [3] (M, 6-IX-1842), 2-3. Folletín-- contra la tiranía monárquica; el título da idea de lo que supone -- "A una virgen llorando" --CAT, 5 (D, 11-IX-1842), 2-3 Folletín--, de José Luis Quesada; de lo más digno de A.G. Tejero resulta "La nación huérfana. Fragmento" --CAT, "8" [9] (M, 20-IX-1842) 2-3. Folletín-- patriótica composición con ambientación, metro, léxico, imaginaria y actitud románticas que comparte la página 3 del Folletín con la más convencional "Canción Republicana. La corte y la aldea", del mismo Tejero; la mutilación del ejemplar impide saber quién firma -- "Valencia!" --CAT, 35 (O, 20-XI-1842), 2-7. Folletín-- más interesante por lo que refleja de los vínculos entre Teruel y Valencia que por su calidad, lo -- que puede extenderse -- nexos y mutilación-- a la entu

siasta poesía "Al siglo XIX" —CAT, 45 (M, 13-12-1842); 2-? Folletín. Remitido—; por la misma razón no aparece el autor de "La cosa de la M. Nacional" —CAT, 35 (D, 20-XI-1842), 2-? Remitido— aunque pudiera ser el Mustafá que alude a esta poesía y compone otra sobre temas próximo en "Catarroja descubierta" —CAT, 43 (V, 9-XII-1842), 2 Folletín. Remitido; también es de Mustafá "Un libro rasgado" —CAT, 42 (M, 6-XII-1842) 2. Folletín. Remitido—, sobre la Costitución pisoteada, temática próxima a la de la traición política de la causa popular que denuncia I. de Urquía en "Al Pueblo" —CAT, 44 (D, 11-XII-1842), 2. Folletín. Remitido—, y que Alfonso García Tejero trata con romántico subjetivismo en "Mi epitafio" —CAT, 46 (V, 16-XII-1842), 2 Folletín— y con tono más acusador y directo, aludiendo a la incoherencia de la política de Espartero y a los manejos de los "santones" nacionales, en "A los tiranos" —CAT, 50 (D, 25-XII-1842), 2. Folletín—; planteamientos similares se advierten en "Al de la Invencible" —CAT, 54 (M, 3-I-1843), 2 Folletín. Remitido— de Luis Fraile y firmado en Vinaroz y en "A un rey" —CAT, 56 (D, 8-I-1843), 2. Folletín. Remitido—, índice, todos ellos, del malestar reinante, agudizado tras el bombardeo de Barcelona, y de la persecución a que se ven sometidos los --

republicanos y los calificados por las autoridades como "anarquistas". Tan alejados, o más, del costumbrismo como los artículos mencionados pero especialmente significativos para calibrar el republicanismo que defiende El Centinela —mas acendrado y declarado que el del Eco—, resulta "Al bello secso" —CAT, 29 (D, 6-XI-1842) 1-3. Editorial. Remitido—firmado el 25 de octubre en Baños de Béjar por José González Menéndez, sacerdote sufragista" (cf. p. 3a) que hilvana toda suerte de argumentos revolucionarios en torno a su tesis: "la república debe ser el bello ideal de las mugeres" (p. 2b).

En fin, la elaboración literaria y la proximidad al costumbrismo aumentan algo en "Todo es miedo", aparecido en las páginas 3 y 4 de el folleto A los suscriptores del que fue Centinela de Aragón, el más tardío de cuyos trabajos va fechado en Teruel el 12 de febrero de 1842 por Víctor Pruneda y Pedro Gutiérrez Solana y acompañado de la nota "Este artículo saldrá algo tarde, por tener que mandarlo imprimir en Valencia", donde lo hizo según se lee al final: Valencia: imprenta del pueblo Soberano". "Todo es miedo", que aún verso y prosa, es puro ataque contra Espartero, cuya impericia ocasiona la persecución de los republicanos. El autor es Gundilla, es decir, Wenceslado Ayguals de

Izco, como él mismo declara en la carta enviada a --- Victor Pruneda desde Vinaroz el 8 de febrero para rogarle que publique el artículo dada la suspensión de El Huracán, periódico donde debía aparecer.

- 133.- EAZ, 623 (S, 1-VIII-1840).
- 134.- Así, cuando escasea lo costumbrista y, en general, el tono polémico del Eco, aún aparecen los gerundianos - "Calvas y pelucas" --EAZ, 1.647 (S, 27-V-1843), 1-3. Folletín-- y "Allá voy" --EAZ, 1.657 (M, 6-VI-1843), 1-2. Folletín--, aunque lo más significativo de esta vinculación de Modesto Lafuente con Zaragoza estaría en su presencia en la conmemoración del 4º aniversario de la Cincomarzada; cf. "Convite patriótico celebrado en Madrid por los aragoneses en memoria del 5 de Marzo" --EAZ, 1.203 (V, 11-III-1842), 1-3 Folletín-- y, sobre todo, el artículo escrito como despedida especial de sus amigos y lectores de Zaragoza -- tras la hacha en Madrid el 15 de Junio, "Fr. Gerundio á los zaragozanos" --EAZ, 1334 (L, 18-VIII-1842), 1. Folletín--, fechado en Zaragoza el 17 de Julio y donde todo es alabanza de los caracteres aragoneses y -- prueba de aprecio mutuo entre Lafuente y Zaragoza. (
- 135.- EAZ, 627 (X, 5-VIII-1840) 1-2. Folletín. Reproducido de El Guardia Nacional.
- 136.- EAZ, 1.071 (S, 30-X-1841), 1-2. Folletín. Reproduci

do de El Liberal Guipuzcoano.

- 137.- EAZ, 647 (25-VIII-1840), 1. Folletín. Anónimo.
- 138.- EAZ, 778 (2-I-1841), 1. Folletín. Anónimo.
- 139.- Cf. "Puente de hierro en el Gállego", EAZ, 777 (1-I-1841), 1. Editorial.
- 140.- EAZ, 857 (S, 27-III-1841), 1-2. Folletín.
- 141.- EAZ, 881 (L, 19-IV-1841), 1. Folletín.
- 142.- Cf. EAZ, 836 (L, 1-III-1841), 1-2. Folletín; y ss.
- 143.- EAZ, 1.212 (D, 20-III-1842), 1-2. Folletín.
- 144.- EAZ, 1.268 (V, 13-V-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 145.- EAZ, 952 (M, 29-VI-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 146.- EAZ, 1.298 (D, 12-VI-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 147.- EAZ, 1.306 (L, 20-VI-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 148.- DPZ, 143 (V, 11-VIII-1820), 4.
- 149.- DZ, 92 (V, 1-IV-1836), 3-4
- 150.- EAZ, 802 (M, 26-I-1841), 1-2. Folletín.
- 151.- EAZ, 804 (J, 28-I-1841), 1-2. Folletín.
- 152.- EAZ, 806 (S, 30-I-1841), 4. Remitido.
- 153.- EAZ, 807 (D, 31-I-1841), 3. Remitido.
- 154.- Cf. "Al profesoro en la libertad", EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 4a.
- 155.- EAZ, 807 (D, 31-I-1841), 3-4. Remitido.
- 156.- Uno de tantos recibe la réplica de El Novicio en "Pio Pon", EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 3. Folletín.
- 157.- EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 1-3. Folletín. Remitido.

- 158.- Cf. EAZ, 805 (V, 29-I-1841).
- 159.- EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 4a).
- 160.- EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 4a-b).
- 161.- EAZ 809 (M, 2-II-1841), 3. Remitido. Este F.B. pudiera ser el F [lorencio] B [allarín] que escribe el "Diálogo entre los dos gigantes de la puerta del Palacio de la Audiencia", cf. AUZ, 9 (1-III-1840), --- 116-119. Hay otro remitido sobre esta misma polémica firmado por F.B. el día 30; cf. EAZ, 806 (S, 30-I-1841), 4a-b).
- 162.- EAZ, 809 (M, 2-II-1841), 3-4. Remitido.
- 163.- EAZ: 810 (X, 3-II-1841), 4 a).
- 164.- EAZ, 810 (X, 3-II-1841), 4 a).
- 165.- EAZ, 830 (M, 23-II-1841), 1-2. Folletín. Remitido.
- 166.- EAZ, 834 (S, 27-II-1841), 1-2. Folletín. Remitido.
- 167.- EAZ, 833 (V, 26-II-1841), 1-2. Folletín.
- 168.- EAZ, 844 (M, 9-III-1841), 1-2. Folletín. Remitido.
- 169.- EAZ: 836 (L, 1-III-1841), 1-2. Folletín.
- 170.- EAZ, 837 (M, 2-III-1841), 1-2. Folletín.
- 171.- EAZ, 845 (X, 10-III-1841), 1-2. Folletín.
- 172.- Cf. DZ, 45 (1836) y ss.
- 173.- EAZ, 872 (D, 11-IV-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 174.- EAZ, 878 (V, 16-IV-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 175.- EAZ, 1.127 (S, 25-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido.

- 176.- EAZ, 1.308 (X, 22-VI-1842), 3-4. Remitido.
- 177.- EAZ, 1.357 (X, 10-VIII-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 178.- EAZ, 1.369 (L, 22-VIII-1842), 1-2. Remitido.
- 179.- Cf. Aquel, "Carta 5ª ó sea Drama contemporáneo y verídico en 4 cuadros", EAZ, 1.122 (L, 20-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido; Churrupito, "8ª Epístola al Redactor de este periódico", EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2. Folletín. Remitido; Primo, "Un primo a otro primo", EAZ, 1.606 (D, 16-IV-1843), 1-2. Folletín. Remitido; Primo. "El mismo Primo", EAZ, 1.617 (J, 27-IV-1843), 1. Folletín y Primo, "Al --- Primo. ¡¡¡Qué bandol!!!", EAZ, 1.626 (S, 6-V-1843), 1 Folletín. Remitido.
- 180.- EAZ, 952 (M, 29-VI-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 181.- Cf. B. Martínez, "Ainsa", EAZ, 1.121 (D, 19-XII-1841) 1-2. Folletín. Remitido. Un tal B. M. firma, junto con R.M. una protesta contra quien en La Aurora ha juzgado de mala calidad unas redondillas expuestas en la Plaza del Carbón de Zaragoza; cf. DCZ, (3-XI-1839), 3.
- 182.- EAZ, 953 (X, 30-XI-1841), 1-2. Folletín. Remitido.
- 183.- EAZ, 1.121 (D, 19-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido.

184.- La "Advertencia" de la página 1 del número 952 (M, 29 VI-1841) dice: "El Redactor de nuestro periódico ha salido de Zaragoza por unos días; pero mandara los -- artículos que pueda escribir según el espacio y oportunidad que logre." En la "Advertencia" de la página 1 del número 1.060 (M, 19-X-1841) se lee: "Desde hoy vuelve á encargarse de este periódico su redactor don Braulio Foz habiéndose restituido á esta ciudad después de una ausencia de cerca de cuatro meses". El editorial "Montes y plantíos" —cf. EAZ, 1.155 (S, -- 22-I-1842, 1b— parece confirmar que Foz ha recorrido la zona implicada: "En el año 35 recorrimos una parte de su ribera del Cinca ; en el verano último la hemos recorrido todas desde mas arriba de Ainsa". Si, a lo que parece, Foz es el autor de los artículos que tratan sobre la zona en cuestión, viaje y escritos -- contribuirían a iluminar la gestación y los componentes de Pedro Saputo.

185.- EAZ, 963 (S, 10-VII-1841), 1-2. Folletín.

186.- EAZ, "984" (X, 4-VIII-1841), 1-2. Folletín.

187.- A propósito del mismo viaje, se publican artículos de distinta orientación y más difícilmente relacionables con el costumbrismo, como "A todos los médicos, cirujanos y boticarios del mundo que tienen ojos en la --

cara" —EAZ, 1.060 (M, 19-X-1841), 1. Folletín— y
 "Alumbrado de gas en Aragón" —EAZ, 1.070 (V, 20-X-
 -1841), 1. Folletín—, ambos referentes a la zona
 sureste de Huesca. Por lo que estos artículos pue-
 dan aportar al conocimiento del proceso creador de
 Foz, téngase en cuenta lo anotado más arriba sobre
Pedro Saputo.

- 188.- EAZ, 1.105 (V, 3-XII-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 189.- EAZ, 1.110 (X, 8-XII-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 190.- Además de uno de los sentidos actuales de pastelero
 como "persona que transige o contemporiza demasiado"
 (María Moliner), podría tener vigencia el del Trienio
 Liberal como "persona que incurre en pasteles" según
 registra Gil Novales, quien, para 'pastel' apunta:
 "Pastel es la medida insignificante que se toma en
 las grandes ocasiones y en los lances apurados, produ-
 ciendo por consecuencia inmediata la seguridad del
 que debía ser castigado y el temor del que puede ser
 perseguido". (...) "El enjuague hace que se pierdan
 treinta o cuarenta millones en un establecimiento Na-
 cional y el pastel hace que se extravíe el expediente
 de aquel negocio. Tanta afinidad hay entre enjuague
 y dilapidación como entre pastel e impunidad. Los
enjuagues empiezan la dicha de algunos y los pasteles

la consolidan" (El Amigo del Pueblo, M., núm. 3, ---
124-5).". Cf. Gil Novaies, 1975, 979-980. No tengo
datos de la diferencia de precios entre los buñuelosⁿ
y los pasteles como para entender la filípica motiva-
da por un despilfarro, interpelación, por otra parte,
no repudiada por el sentido del artículo.

- 191.- El pleito vuelve a ser traído a calación por Aquel en
la "Carta [B²] o * "Un vestido nuevo", EAZ, 1.143 --
(L, 10-I-1842), 1-2. Folletín, aunque allí dice que
son veintiuno los años que dura.
- 192.- EAZ, 1.117 (X, 15-XII-1841), 1-2. Folletín. Remi-
tido.
- 193.- Sobre este robo, puede leerse el "Remitido" --EAZ,
1.127 (S, 25-XII-1841), 4 a-b— de Fermín Giménez, --
quien dice haber vendido, sin saber su origen real,
parte del botín. También, la "Carta Segunda del ---
lego Crispiniano a Tirabeque", de Crispiniano, EAZ,
1.129 (L, 27-XII-1841), 1; folletín, donde se alude
al fallo del Juicio que se sigue contra los canónigos
implicados. En la misma página y tras el remitido de
Fermín Giménez, se puede leer el siguiente suelto:
"Sentencia en la causa de los Canónigos. Hoy según
nos informan, se ha publicado en la Audiencia la sen-
tencia pronunciada en la famosa causa de los canóni-
gos de esta santa iglesia. Son 13 los encausados; y

á 11 de ellos se les confina por 8 años á las Islas Baleares y secuestra los temporalidades; y á dos, los señores Lafuente y Ballabriga, se les destierra por 2 años sin fijarles punto de residencia, á diez leguas de Zaragoza y veinte de la Corte y sitios reales". - Una vez fallada, la causa interesa al Gobierno: Cf. Crispiniano, "Carta 4ª a Tirabeque del lego Crispiniano", EAZ, 1.241 (S, 16-IV-1842), 2a-b.

194.- EAZ, 1.120 (S, 18-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido.

195.- EAZ, 1.122 (L, 20-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido.

196.- Cf. Aquel, "Carta [9ª]" o *"El soldado calesero", -- EAZ, 1.179 (M, 15-II-1842), 1-2. Folletín. Remitido. Allí es donde el autor se hace eco del cumplimiento de alguna de sus sugerencias al Alcalde Primero. Para una posible alusión —quizá revalldadora, quizá censuradora— a lo tratado en esta "Carta 5ª", cf. - Churrupito, "8ª Epístola al Redactor de este periódico", EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2. Folletín. Remitido.

197.- Cf., sobre la misma temática, E.I.P., *"Todo lo paga el C... del Fraile", EAZ, 878 (V, 16-IV-1841), 1. Folletín. Remitido; Churrupito, "8ª Epístola al Redactor de este periódico", EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2

- Folletín. Remitido; Primo, "Un primo a otro primo", EAZ, 1.600 (D, 16-IV-1843), 1-2. Folletín. Remitido; Primo, "El mismo primo", EAZ, 1.617 (J, 27-IV-1843), 1. Folletín y Primo, "Al primo. ¡¡¡Qué bandido!!!", EAZ, 1.626 (S, 6-V-1843), 1 Folletín. Remitido.
- 198.- Cf. EAZ, 1.131 (X, 29-XII-1841), 1-2. Folletín.
- 199.- EAZ, 1.138 (X, 5-I-1842), 1-2. Folletín. Remitido. Original mutilado en la parte inferior de la página 1 por defecto de encuadernación.
- 200.- El editorial de este mismo día, sin ir más lejos, se titula "Sobre el discurso de apertura. Artículo 5º. Culto y Clero". Lo apuntado sobre la apertura de Cortes se reproduce, como se puede suponer, en el caso de otros asuntos abordados por Aquel en estas Cartas a Prudencio: El Vigilante dedica el remitido * "Abusos que se cometen" —EAZ, 1.127 (S, 25-XII-1841), -- 1-2. Folletín— a aspectos municipales similares y, a veces, coincidentes con los que aparecen en las -- Cartas e incluso hay editoriales paralelos—cf. "Ornato público", EAZ, 1.129 (L, 27-XII-1841)— sobre lo mismo y donde, igualmente, lo literario se halla ausente por completo. Quizá sobre añadir que en los varios remitidos que por esos días aparecen en el Eco

sobre los nuevos sombreros adoptados por los universitarios de Zaragoza hay mucho de "costumbres" pero nada de costumbrismo.

- 201.- EAZ, 1.143 (L, 10-I-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 202.- Aqual ya trató el tema en la "Carta 2ª" o * "Buñuelos y pasteles", EAZ, 1.110 (X, 8-XII-1841), 1. Folletín. Allí decía que el proceso duraba dieciséis años. Sobre la inmovilidad de los jueces aparecen más adelante algunos editoriales; cf. EAZ, 1.241 (S, 16-IV-1842), 1.245 (X, 20-IV-1842).
- 203.- Churripito en su "1ª Epístola al Redactor de este periódico. ¿Cómo habemos de medrar?" —EAZ, 1.201 (X, 9-III-1842), 1. Folletín. Remitido— vuelve a aludir al tema larriano del "vestido nuevo".
- 204.- EAZ, 1.155 (S, 22-I-1842) 1-2. Folletín. Remitido. Podría considerarse como la * "Carta 9ª". La inexistencia de tal título firmado por Aqual se explicaría por el artificio del viaje y tal numeración se confirmaría con los ordinales originarios que llevan las dos cartas que siguen —10ª y 11ª—, pero las otras dos posteriores presentan una numeración problemática: 11ª —otra vez— y 12ª?
- 205.- EAZ, 1.179 (M, 15-II-1842) 1-2. Folletín. Remitido. El original, reza: "Carta 10ª", por error quizás inducido por la ausencia de numeración en la "Carta [8ª]"

- 206.- Cf. Aquel, "Carta 5ª ó sea Drama Contemporáneo y verídico en 4 actos" --EAZ, 1122 (L, 20-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido--, donde el autor sugiere al Alcalde Primero algunas medidas municipales. Cf., además, CHúrrupito, "8ª Epístola al Redactor de este periódico" --EAZ, 1260 (J, 5-V-1842), 1-2. Folletín. Remitido--, donde parece aludirse a la forma en que Aquel comenta estos temas municipales.
- 207.- EAZ, 1.184 (D, 20-II-1842), 1. Folletín. Remitido. El original, por error, dice "Carta 11ª".
- 208.- EAZ, 1.189 (V, 25-II-1842), 1-2. Folletín. Tomado - del Fray Gerundio
- 209.- EAZ, 1.191 (D, 27-II-1842), 1-3. Folletín y 1.192 (L, 28-II), 1-4. Folletín. Cf. Marco (1977, 581-584), - que no lo recoge.
- 210.- EAZ, 1.195 (N, 3-III-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 211.- EAZ, 1.200 (M, 8-III-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 212.- EAZ, 1.202 (J, 10-III-1842), 3. Remitido.
- 213.- EAZ, 1.222 (X, 30-III-1842), 4a-h.
- 214.- Cf. La "Carta 3ª del Lego Crispiniano a Tirabeque", - EAZ, 1.226 (D, 3-IV-1842), Folletín. Remitido, 2a. - En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza falta la hoja primera del número 1.086 del Eco (D, 14-IX-1841), que parece el único sitio donde podría ir la * "Carta Primera".

- 215.- EAZ, 1.129 (L, 27-XII-1841), 1. Folletín. Remitido.
- 216.- Cf. Aquel, "Carta 3ª" o * "Hincar el diente" —EAZ, 1.117 (X, 15-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido— y lo anotado sobre el caso en el comentario de este artículo. La "Carta 4ª a Tirabeque del Lego Crispiniano" vuelve a mencionar el tema.
- 217.- EAZ, 1.226 (D, 3-IV-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 218.- Cf. Cherrupito, "3ª epístola al Redactor de este periódico" o * "Mandarines, santones y pasteleros" —EAZ, 1.211, (S, 19-III-1842), 1-2. Folletín. Remitido.— y, del mismo, la crítica de la dsamortización desarrollada en la "1ª Epístola al Redactor de este periódico. ¿Cómo habemos de medrar?", EAZ, 1.201 (X, 9-III-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 219.- EAZ, 1.244 (S, 16-IV-1842), 1-2. Folletín.
- 220.- Para este asunto, ya aparecido en la "Carta segunda del Lego Crispiniano..." y también tratado en la serie de Aquel, cf. "Carta 3ª" o * "Hincar el diente". —EAZ, 1.317 (X, 15-XII-1841), 1-2. Folletín. Remitido— y lo anotado al comentario.
- 221.- EAZ, 1.256 (D, 1-V-1842), 1-3. Folletín. Remitido.
- 222.- EAZ, 1.201 (X, 9-III-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 223.- Cf. EAZ, 1.143 (L, 10-I-1842), 1-2. Folletín Remitido. Las concomitancias con Aquel se repiten. Cf.

- lo aparecido en la "Carta [10ª] . ¿El pues y que?"
- EAZ, 1.184 (D, 20-II-1842), 1. Folletín. Remitido-- sobre "los hechos positivos y palpables" y lo que apunta Churripito: "El propietario, el labrador, el artesano, el comerciante, el ciudadano, en fin, quiere ver las ventajas palpables; como quien dice en la palma de la mano." (p. 1b)
- 224.- EAZ, 1.207 (M, 15-III-1842), 2-3. Folletín. Remitido.
- 225.- EAZ, 1.211 (S, 19-III-1842).
- 226.- Cf. EAZ, 1.226 (D, 3-IV-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 227.- EAZ, 1.222 (X, 30-III-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 228.- EAZ, 1.227 (L, 4-IV-1842), 1+2. Folletín. Remitido.
- 229.- En EAZ, 1.224 (1-4-1842), p. 3c, hay un "Remitido", de A.A. que pide explicaciones a Churripito y se siente herido, quizá por ser un oficial implicado en la represión del contrabando, del que Churripito sugiere que no se corta por ineficacia de gentes como el tal A. A. Churripito responde en la "5ª Epístola..."
- 230.- EAZ, 1.232 (S, 9-IV-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 231.- En el editorial "Sobre la inmovilidad y responsabilidad de los jueces, según el proyecto de ley presentado á las cortes por el ministro de gracia y justicia. -

Artículo 1º —EAZ, 1.241 (S, 16-IV-1842), 2a— inclu-
 so se leen frases como "Porque en fin los ministros —
 son hombres como los demas y á veces peores", para —
 aludir a los manejos políticos, relacionables con —
 otros de esta "7ª Epístola...": "... un ministro no —
 pasa de ser ciudadano como otro cualquiera, y su cabe-
 za no tiene más precio que la del último individuo de
 la Monarquía, siempre que sus procedimientos torpes —
 den lugar á castigarlo con el último suplicio." (p.2b)

- 232.- Así, el dictamen negativo que emiten los diputados —
 Joaquín Muñoz Bueno y Miguel Alejos Burriel a la auto-
 rización que el gobierno solicita para la emisión de
 \$160 millones de rs. en villetas del tesoro, sobre —
 las rentas de Aduanas". (p. 2b).
- 233.- EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 234.- Las palabras de Churripito evocan y refuerzan —si se
 leen sin ironía— o vapulean —si se advierte en ellas
 algo más que una preterición— artículos como la "Car-
 ta 5ª ó sea Drama Contemporáneo y verídico en 4 actos"
 de Aquel —EAZ, 1.122 (L, 20-XII-1841), 1-2. Folle-
 tín. Remitido— y la "Carta [9ª] o * "El soldado ca-
 lesero", del mismo, EAZ, 1.179 (M, 15-II-1842), 1-2.
 Folletín. Remitido. Para otros tratamientos de es-
 tas "incomodidades ciudadanas", cf. B.I.P., * "Todo

- lo paga el C... del Fraile" —EAZ, 878 (V, 16-IV-1841), 1. Folletín. Remitido—, Primo, "Un primo a otro primo" —EAZ, 1.606 (D, 16-IV-1843), 1-2. Folletín. Remitido—, Primo, "El mismo primo" —EAZ, 1617 (J, 27-IV-1843), 1. Folletín. Remitido— y Primo, "Al Primo. ¡¡¡Qué bando!!!" —EAZ, 1626 (S, 6-V-1843), 1. Folletín. Remitido—.
- 235.— EAZ, 1.269 (S, 14-V-1842), 1. Folletín. Remitido.
- 236.— Aún aparecerán algunos trabajos firmados por Churrupito pero sin interés costumbrista, como la "Contestación al caso notable", EAZ, "1.272" [4.270] (M, 17-V-1842). Folletín. Remitido.
- 237.— Las concomitancias llegan hasta los temas tratados. — Cf. B.I.P., * "Todo lo paga el C... del Fraile", EAZ, 878 (V, 16-IV-1841), 1. Folletín. Remitido. Para enfoques distintos de los mismos aspectos ciudadanos, cf. Aquel, "Carta 5ª ó sea Drama Contemporáneo y verídico en 4 cuadros", EAZ, 1.122 (L, 2Q-X)-1841), 1-2. Folletín. Remitido y Churrupito, "8ª Epístola al Redactor de este periódico", EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2. Folletín. Remitido.
- 238.— EAZ, 1.606 (D, 16-IV-1843), 1-2. Folletín. Remitido.
- 239.— EAZ, 1.617 (J, 27-IV-1843), 1. Folletín.

- 240.- EAZ, 1.626 (S, 6-V-1843), 1. Folletín. Remitido. --
- 241.- Cf. EAZ, "1.260" [1.258] (J, 5-V-1842), 4 y "1.270 -- [1.268] (D, 15-V-1842), 3-4. Folletín: "Biblioteca de recreo del Eco de Aragón. Colección de novelas. Zaragoza: Amor Filial Novela Histórica del siglo XIV..."
- 242.- Así, "¿Por qué hemos de ser nosotros menos?" --EAZ, 1.310 (V, 24-VI-1842), 1. Editorial--, sobre la República y la Revolución de la que dice que los zaragozanos están dispuestos a hacerla si va en serio, -- si es útil y no si es algo "pasajero" como el "alboroto" de Barcelona; así, las ocho entregas --del --- 1.373 (26-VIII-1842) al 1.382 (4-IX-1842)-- en las que, bajo el título "Del Jurado del Fuero", ahonda -- en el aragonésismo histórico-jurídico y se muestra orgulloso de poder utilizar palabras aragonesas --cf. - 1.373, 1ª y nota--; así, "Revolución en Zaragoza (Para los de Madrid)" --EAZ, 1.458 (S, 19-XI-1842), 1. Editorial-- sobre los recelos y la desinformación --- acerca de Zaragoza que se tienen en "esa aldea que -- llamamos Madrid" --todo reflejo de la situación que -- llevará el 17 de septiembre de 1843 al levantamiento progresista de Zaragoza contra el gobierno moderado -- de Madrid--; así, en fin, los cuatro artículos en cin

co entregas --del 1.495 (26-XII-1842) al 1.499 (30-XII)-- de "Al Castellano. Defensa de los aragoneses", réplica no aislada --cf. "Al Castellano", EAZ, 1.304 (S, 18-VI-1842), Editorial-- cuyo título resume la actitud de Braulio Foz, quien, en el 1.497 (X, 28-XII-1842) redacta una "Declaración" para comunicar que deja el periódico por orden del propietario, presionado por sus enemigos.

243.- EAZ, 1.298 (D, 12-VI-1842), 1. Folletín. Remitido.

244.- EAZ, 1.306 (L, 20-VI-1842), 1-2. Folletín. Remitido.

245.- Quede aquí constancia de lo que puede hallarse en -- otros títulos secundarios, que se conservan en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza. Cf.: "En Zaragoza y durante los años de la regencia de Espartero, proliferan otras publicaciones periódicas. En 1839 surge un periódico político con el título El Aragonés; el 1 de Mayo de 1842, El Zaragozano se presenta como periódico político, literario y comercial, y el 15 de octubre de 1843 sale a la calle El Liberal Aragonés, periódico político, administrativo y comercial. Todos son defensores de la Constitución de 1837 y oscilan -- entre el progresismo esparterista, bien representado por El Eco y un moderantismo más templado, siempre --

dentro del marco liberal". (Fernández/Forcadell, -- 1979, 43-45). De El Aragonés no hay ejemplares en la Biblioteca Municipal de Zaragoza. De lo allí conservado de El Zaragozano --1 (D, 15-V-1842) - 37(M, 21-VI)-- destaca la reproducción de "Viaje de F. Gerundio. Reforma completa del mundo", artículo del que sólo sale una entrega --13 (27-V-1842), 2-4-- y "Apuros de una visita" --30 (13-VI-1842), 2-3--, excelente artículo a cuyo pie figura una S. que no acierto a descifrar. Su título habla de la situación tan frecuente en el costumbrismo; cuenta con lema y apela al lector en la introducción preceptiva y a la altura de la "moraleja", suministrada antes del final de la anécdota. Ésta combina el tema de la visita con el del aspirante a literato. El narrador-personaje queda opuesto como anciano frente al joven inexperto. Trátase, en sustancia, de una crítica del poeta romántico superficial con algún matiz particular como la circunstancia de que el "moderno chapado á la antigua" de la capital entre en contacto con el "bardá provincial" en un viaje.

Lo conservado de El Liberal Aragonés --1 (D, 15-X-1843) -192 (L, 22-IV-1844)-- que tiene interés literario próximo al costumbrismo se aloja en el folletín:

el resto está confiado casi plenamente a comentarios políticos y noticias. Además de una discreta poesía de A., titulada "Las medias" --80 (V, 15-I-1844), 2-- y de otra más aceptable e impregnada de romanticismo, "El esplin" --189 (V, 19-IV-1844), 4--, firmada por F.R., merecen salvarse del olvido dos trabajos de -- Ibrahim Clarete --Gonzalez Bravo-- que muestran la -- furibundez con que el original, El Guirigay, sigue la pista de Fray Gerundio de Modesto Lafuente: "Cencerrada del Guirigay. Número 147, del 20 de junio de 1839. Fragmentos" --73 (D, 31-XII-1843), 2-- y "Cencerrada. Produccion del Sr. Bravo en el año 39. No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague" --89 (D, 14-I-1844), 2-3 y 90 (L, 15-I), 2-3--, de -- igual procedencia y catadura pero con un diálogo que recuerda los de El Zurriago Aragonés.

246.- Ver, más arriba, el apartado 2.2.2.3. "Las revistas" y, entre los títulos allí mencionados en las notas correspondientes, el de la eficaz guía de Simón Díaz (1946). En cuanto a comentarios literarios, los más aprovechables pueden encontrarse en F. Montesinos --- --1972b, 85 ss, 93 ss...-- que, siempre preocupado -- por lo novelesco, hace calas en los artículos más -- próximos al cuento.

247.- Anónimo, "Los Contrabandistas", SPEN, 29 (16-X-1836),

- 239-240. Con grabado (p. 240). Cf. el párrafo inicial: "En un viage moderno escrito por un autor ya célebre por sus varias obras de política y de administración, se lee el siguiente fragmento..." (p. 239a)
- 248.- Anónimo, "La Alquimia", SPEM, 32 (6-XI-1836), 258-259. Cf.: "Si se encontrase en el día un hombre dedicado a buscar la piedra filosofal, no se tardaría en enviarle a Zaragoza o a Toledo." (p. 259).
- 249.- Anónimo, "Sepulcro de los reyes de Aragón", SPEM, 37 (11-XII-1836), 297-299. Grabado. Lo histórico-artístico no queda reducido al pasado lejano: "Don José -- Alvarez" —SPEM, 52 (26-III-1837), 100-102. Grabado—, firmado por E. de O. —¿Eugenio de Ochoa?—, -- trata del grupo escultórico de este cordobés "que se conserva en nuestro Museo de Madrid" y "que representa una escena del memorable Sitio de Zaragoza: Un hijo defendiendo a su padre, herido por un soldado francés".
- 250.- Anónimo, "Los amantes de Teruel". Apuntes históricos SPEM, 45 (5-II-1837), 44-47.
- 251.- Anónimo, "Antonio Pérez. 1577-1596" I, II, SPEM, 97 (4-II-1838), 448-451) y "Antonio Pérez", III y IV, 98 (11-II-1838), 456-460. Grabado.
- 252.- Anónimo. "Los Amantes de Teruel. Drama moderno", 45 (5-II-1837), 48.

- 253.- Juan Antonio Sazatornil, "Zaragoza", SPEM, 3 (20-I-1839), 23-24. La nota de presentación indica que -- sólo se ofrecen "algunos de sus mas escogidos trozos" y aporta datos sobre el autor; "joven", "natural de aquella ciudad".
- 254.- Mesonero, "La Posada o España en Madrid", SPEM, 30 (28-VII-1839), grabados; en Mesonero, II, 169-180.
- 255.- Tras esta presentación de los aragoneses entre otros representantes regionales que concurren a la subasta de la posada, la actuación del tipo —ahora es sólo uno sin que se hayan dado explicaciones— se reduce a la formulación de una oferta en la que aparece la adjudicación directa de rasgos tópicos, la caracterización directa de rasgos tópicos, la caracterización por el lenguaje vulgar y la inevitable vinculación con la Virgen del Pilar que suele establecerse fuera de Aragón pero apenas documentada en la escritura aragonesa en esta época: "—Otra, otra, —dijo gravemente el aragonés—; aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua [el catalán] . Yo adelanto trescientos pesos mundos y redondos; con más, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja, y ofrezco icir tres misas a las ánimas por mor de la señá Cabezala, que Dios tenga allá abajo, y endiñale un risponso en el Pilar, -- que la Virgen se ha e reír de gusto.

"-¡Que viva el aragonés! →gritó el concurso alborozado→, y a los ojos del anciano Cabezal se asomó --- una lágrima, tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo había despertado Francho, el moro". (Mesonero, II, - 177a-b)

- 256.- Miguel Agustín Príncipe, "Aragón y los Aragoneses. -- (Primer artículo)", SPEM, 32 (11-VIII-1839), 251-253. Va fechado en Madrid el 27 de julio de 1839. En nota se indica: "En otro artículo se dará el dibujo de los trajes de los Aragoneses" (p. 251 $\frac{1}{2}$). Tres de ellos -- van al frente del artículo "Los aragoneses" --SPEM, -- 36 (6-IX-1840), 281-285--, de Vicente de la Fuente, -- lo que permite suponer que éste se ilustró con el gra-- bado destinado a la serie de Príncipe y que, en la -- práctica, ambos forman una unidad.
- 257.- "...sirviendo dicha descripción [la del carácter] como de preliminar á la serie de artículos en que pensamos ocuparnos de Aragón y los aragoneses, tarea que el -- ilustrado director del Seminario acaba de confiarnos y que aceptamos con tanto gusto como desconfianza, -- pues en medio de la complacencia que nos resulta al -- hablar de nuestro país, no deja de arredrarnos la mas que mediana dificultad de llenar dignamente tal car-- go, siendo nuestras fuerzas tan débiles como el lec-- tor echará de ver". (pp 261-252).

258.- Príncipe se refiere probablemente al homenaje que le ofreció el Ayuntamiento de Zaragoza a raíz del triunfo que suspuso El Conde don Julián, drama estrenado el 18 de diciembre de 1838 y por el que mereció ser coronado. Cf. la reseña anónima: "Primera representación del Conde D. Julian, drama original en siete cuadros y en verso, su autor, D. Miguel Agustín Príncipe.", DCZ, 357 (L, 24-XII-1838), 3, Folletín; G. y A. [¿Gil y Alcaide?], "Teatro. El Conde D. Julian", DCZ, 358 (M, 25-XII-1838), 2-3. Folletín; los comentarios que aparecen durante el resto de diciembre y en enero de 1839; las poesías que le dedican, como la de Gerónimo Borao "Al señor D. Miguel Agustín Príncipe" —DCZ, 7 (L, 7-I-1839), 3-4— y la notificación de la suscripción para imprimir la obra —DCZ, 22 (M, 22-I-1839), 4— entre otros efectos del éxito de este primer drama del autor. Por otro lado, no resulta —
el baldío comparar el diferente resultado de implicar el agradecimiento personal con la descripción "objetiva" en este artículo de Príncipe y en el de Francisco de Paula Madrazo, "Un mes en Aragon. Zaragoza. II", AZ, 722 (I, 15-XI-1853), 1-3.

259.- J [osé] de V [icente] y C [arabantes], "Crónica Nacional. La Campana de Huesca", SPEM, 8 (23-II-1840), -- 59-60. Es Simón Díaz (1946) quien descifra las ini--

ciales.

- 260.- Anónimo, "Monumentos Públicos. Puerta Nueva de Santa Engracia en Zaragoza", SPEM, 12 (22-III-1840), 96. - Grabado.
- 261.- Juan Guillén Buzarán, "España Pintoresca. El antiguo Alcázar de Híjar", SPEM, 18 (5-V-1840), 137-138. Gra- bado. La sección "España Pintoresca", así como la de "Viajes", estaba a cargo de Valentín Carderera según se advierte en "A nuestros lectores", SPEM, 1 (6-I- -1839), 3-4.
- 262.- Valentín Carderera (?), "España Pintoresca. El tem- plo del Pilar en Zaragoza", SPEM, 21 (24-V-1840), -- 161-163. Grabado. Para la atribución a Carderera de -- la paternidad total o parcial de este trabajo y de -- otros de similares características no firmados, cf. - la nota anterior. Aunque de interés más secundario, pueden añadirse a la lista de trabajos mencionados -- grabados aislados como el de la Brecha del Roldán del Pirineo oscense; cf. "Recuerdos poéticos de la Edad Media", SPEM, 33 (16-VIII-1840), 264.
- 263.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres provinciales. Las Segundas nupcias", SPEM, 26 (28-VI-1840), 203- -207. El relato se reproducirá ~~en~~ más breve, con pequeñas modificaciones, en dos entregas y sin fir- ma-- en El Corresponsal, de Madrid, 696 (M, 27-IV- -

1841). Folletín y 697 (X, 28-IV). Folletín. El -- ejemplar consultado --Biblioteca Nacional de Madrid, Signatura D-865-- , del que no tengo consignadas las páginas, está mutilado: una de las coplas ha sido recortada. En cuanto a las modificaciones textuales, -- aunque leves, hay algunas significativas para cali--- brar el proceso de aproximación al lector madrileño, como el paso de "La Roya" a "La Roja", eliminación de un rasgo lingüístico específico aragonés de un relato que pretende dar a conocer características aragonesas. Correa (1951, 66-75) lo incluye en su antolog_ía. Do mínguez Lasierra (1939, I, 57-67; cf. I, 20-21) lo ha reeditado recientemente. F. Montesinos (1972b, 85) lo tiene en cuenta --esta vez con acierto-- en su busca de lo novelesco como " [e]l más interesante y el más próximo al cuento de costumbres" entre los "esbozos de costumbres lugareñas" de Vicente de la Fuente.

- 264.- Cf. Anónimo, "La Cencerrada", AUZ, 28 (8-XI-1840), -- 222-223.
- 265.- V[icente] de la F[uente], "Usos y trajes nacionales. Los aragoneses", SPEN, 36 (6-IX-1840), 281-285. Gra- bado. El texto lo reproduce Correa (1951-, 58-66). -- Para la configuración, doce años más tarde, de la pa- trona de Aragón como virgen-guerrera, cf. Francisco de Paula M_adrazo, "Un mes en Aragón. Zaragoza. II", AZ 722 (L. 15-XI-1852), 1-3.

- 266.- Otra representación del miñón aragonés, ésta de 1808, puede verse en uno de los grabados (p.174) que ilustran el artículo de Vicente de la Fuente "Estudios históricos. Las guerrillas españolas". SPHM, 21 (22-V-1842), 163-167. y 22 (29-V-1842), 172-175.
- 267.- "El traje de las mujeres es regularmente un jubon negro ó de indiana, aunque frecuentemente van si el, en cuyo caso hace sus veces el corsé, pañuelo de percal al cuello, y de seda ó blanco los dias de fiesta, saya ó basquiña, que en verano suele ser de indiana ó percal azul celeste, y en el invierno de bayeta encarnada; mantilla de franela negra con un terciopelo estrecho, pero demasiado largas, lo cual las hace parecer por detras, algo desairadas; completan este traje una imagen de plata de la vírjen del Pilar, pendiente del cuello con un cordon negro, un delantal oscuro, medias de algodón azul, y algargatas, pues los zapatos se reservan para los dias de fiesta". (pp. 283b-282a)
- 268.- "Los hombres suelen llevar calzon y chaqueta de paño pardo ó negro pero mas frecuentemente de pana ó terciopelo azul, y el chaleco de lo mismo con botones de metal. Tambien suelen llevar en vez de botones unas carreras de realitos de plata, como igualmente en la

parte inferior del calzon; una faja morada de estam--bre que les cubre desde la mitad del pecho, hasta más allá de la mitad del vientre, la cual ademas de ser--vir de abrigo en invierno y verano y sostener las bra--gas, conduce en sus anchurosos pliegues, la nabaja, - el tabaco, las cartas, el pañuelo, la merienda, en - fin cuantas menudencias se colocan en los bolsillos de chaquetas y calzones; pero lo que tiene lugar pre--ferentemente en las fajas aragonesas, es el dinero, - el cual está en posesion de ocupar una de las puntas de la faja, la que para mayor seguridad se aprieta -- con una anillita de metal. Son tambien de ordenanza el pañuelo de color en la cabeza, que llaman cacheru--io el cual no cede el puesto ni aun al mismo sombre--ro, de modo que este tiene que situarse sobre lo que aquel alcanza á cubrir; y las medias de estambre ú al--godon azul las cuales no llegan mas que hasta los to--billos, y desde allí se sujetan por debajo de la plan--ta del pie con una trabilla de la misma hilaza, por - lo cual les dan el nombre de medias de puente. Este traje tiene como es fácil de suponer muchas modifica--ciones en un pais tan vasto como Aragon, asi es que - hácia la parte de Alcaniz son más comunes las medias blancas, y la faja azul y mas estrecha.

En otros pueblos estan admitidos los calzones de lienzo pintados de achote amarillo, y algunas otras - variaciones que seria prolijo enumerar" (p.284a)

- 269.- Si la derivación hacia lo narrativo de este pretendido costumbrismo aragonés no bastara a demostrarlo, -- hay textos del mismo De la Fuente donde priva la consolidación del "carácter" aragonés acuñado sobre su - identificación con una clase social exclusiva. Así, por ejemplo, con la biografía de "El Conde de Aranda" SPEM, 33 (14-VIII-1842), 261-264 y 35 (28-VIII), 277.
- 270.- Así despacha F. Montesinos estas implicaciones del tema aragonés que estamos revisando: "Peor parados salen los aragoneses de esta revista que de la realidad regional española para el Semanario Pintoresco. Ni - el artículo de Vicente de la Fuente sobre Los aragoneses (1840, V, pág. 281), ni el de Miguel Agustín Príncipe (1811-1863) Aragón y los aragoneses (1839, IV, - pág. 251), tienen interés mayor; éste último queda ~~tr~~ truncado, pues se prometía una continuación que nunca salió a luz. Tanto La Fuente como Príncipe se reducen a la psicología del pueblo aragonés, de la que nada nuevo ni original dicen. Algunas tradiciones locales de Aragón recogió el Semanario, pero en nada afectan a las costumbres que vamos examinando, ni, por su

puesto, a la novela". (F. Montesinos, 1972b, 93; cf. 93 n41).

- 271.- V[icente] de la F[uente], "Las vaquillas de San Roque", SPEM, 44 (1, XI-1840), 348-352). Grabado. Lo reproduce Domínguez Lasierra (1979, I, 67-77). F. -- Montesinos (cf. 1972b, 85), le encuentra "atisbos curiosos" a esta "atroz capea aldeana" que incluye entre los "esbozos de costumbres lugareñas, tan poco -- simpatizantes con la vida campesina como suelen serlo todos los de esta generación..."
- 272.- Cf. F. Montesinos, 1972b, 85-86.
- 273.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres estudiantinas. El Alguacil alguacilado", SPEM, 3 (17-I-1841), 21-24.
- 274.- Anónimo, "Viajes. Campiel", SPEM, 4 (24-I-1841), 97.
- 275.- V[icente] de la F[uente], "Recuerdos históricos. La Batalla de las Navas", SPEM, 9 (28-II-1841), 66-69.
- 276.- V[icente] de la F[uente], "Recuerdos históricos. D. Juan de La-Nuza", SPEM, 11 (14-III-1841), 82-85; 12 (21-III), 93-95; 13 (28-III), 99-100 y 14 (4-IV), -- 109-111.
- 277.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres provinciales. - La bajada del angel", SPEM, 15 (11-IV-1841), 116-118. Hace referencia, y positiva, a este trabajo el incógnito. Y. en "Usos populares. El carnaval en Tudela.

- Los cipotéros", SPEM, 6 (6-II-1842), 47-48, (p. 47a) y lo reproduce Correa (1951, 35-77).
- 278.- Juan Guillén Buzaran, "España Pintoresca. La Catedral de la Seu de Zaragoza", SPEM, 27 (4-VII-1841), -209-210. Grabado. Otro grabado correspondiente a este trabajo aparece en SPEM, 26 (27-VI-1841), 201, donde no cupo su descripción por exceso de material.
- 279.- Juan Guillén Buzarán, "España Histórica. Zaragoza", SPEM, 33 (15-VIII-1841), 259-260. Grabado; 34 (22-VIII), 269 y, con cambio de rótulo, "Ciudades españolas. Zaragoza", SPEM, 35 (29-VIII), 277-278.
- 280.- C. R., "Un viaje a los Baños de Panticosa", SPEM, 35 (29-VIII-1841), 279-280.
- 281.- J.M. de Andueza, "Costumbres. La Venta de Aluenda y los arrieros", SPEM, 52 (26-XII-1841), 409-412. Grabado.
- 282.- V [icente] de la F [uente], "Costumbres estudiantiles. El día de San Blas en Meco", SPEM, 2 (9-I-1842), 12-15.
- 283.- V [icente] de la F [uente], "Costumbres. El zaborí", SPEM, 4 (23-I-1842), 30-32.
- 284.- F. Montesinos (1972b, 85) lo sitúa entre el chascarrillo y el cuento junto con otros que se mencionarán en seguida ("La rabia y los saludadores", "La astrología y los astrólogos", "El salmón de Alagón").

- 285.- V[icente] de la F[uente], "Estudios históricos. Los almogábares", SPEM, 6 (6-II-1842), 43-44.
- 286.- V[icente] de la F[uente], "Estudios históricos. Roger de Flor", SPEM, 7 (13-II-1842), 51-52 y 8 (20-II), -- 60-61.
- 287.- V icente de la F uente , "Costumbres de lugar. Aventuras de ronda", SPEM, 7 (13-II-1842), 54-56.
- 288.- V [icente] de la F [uente] , "La rabia y los saludadores", SPEM, 10 (6-III-1842), 78-79.
- 289.- Cf. Los párrafos de Gregorio García-Arista en su -- Fruta de Aragón, II (1924), transcritos por Domínguez Lasierra, 1979, I, 8-12.
- 290.- Juan Guillén Buzarán, "Estudios históricos. I Huesca", SPEM, 17 (24-IV-1842), 134-136. Grabado.
- 291.- Juan Guillén Buzarán, "Estudios históricos. II Don Sancho Ramírez", SPEM, 18 (1-V-1842), 138-140.
- 292.- Juan Guillén Buzarán, "Estudios históricos. III, La Campana", SPEM, 19 (8-V-1842), 147-149.
- 293.- V [icente] de la F [uente] , "Costumbres estudiantinas. La Tuna", SPEM, 19 (8-V-1842), 149-152. Grabado.
- 294.- V [icente] de la F [uente] , "Estudios históricos. Las guerrillas españolas", SPEM, 21 (22-V-1842), 163-167. 5 Grabados, y 22 (29-V), 172-175. 4 grabados, el del miñón aragonés, en la página 174. En la 166b se da 1

la correspondiente explicación: "Cuarenta años después durante las guerras con Francia en tiempo de Carlos II (1689), principiaron á crearse en Aragón y Cataluña varias partidas sueltas de gente del país, con el título también de migueletes, y en Aragón de miñones (mozos), nombre que se daba entonces á los guardas de bosques y caminos. Por mucho tiempo no tuvieron un reglamento particular, ni mas uniforme que el traje del país. Su armamento consistia en una carabina ó fusil recortado, armado con una bayoneta en forma de cuchillo, una pistola ó dos al cinto, un frasco para la polvora y un mazo de cuerda para sujetar los presos. Posteriormente se les confió la persecución de malhechores, con cuyo objeto subsisten -- hasta el presente".

295.- V[icente] de la F[uente], "La astrología y los astrólogos", SPEM, 23 (5-VI-1842), 179-180. Grabado.

296.- V[icente] de la F[uente], "Tradiciones populares. El salmon de Alagon", SPEM, 24 (12-VI-1842), 187-189.

Lo reproduce Domínguez Lasierra (1979, I, 77-81). -- Con cierta ironía, puesto que va a referir el chascarrillo del Salmón. --que poca gracia haría a los de Alagón que lo leyesen--, el autor aporta otras señas de identidad del pueblo tras avanzar su longitud y la

titud. El pasaje interesa ahora por enumerar productos por los que son conocidas varias poblaciones de Aragón: "Además de estas cualidades, que podremos llamar esenciales é intrínsecas, hay otras varias que -- llamarémos accidentales, y que contribuyen también á su celebridad, tal como las tortas que llevan su nombre. Porque es de notar que apenas hay pueblo en Aragón que noadquiera algun tanto de esta celebridad --- accidental, por pagar cierto tributo al paladar. -- Así, v.g., es notable Zaragoza por sus roscones, Calatayud por sus vizcochos, y el término de Campiel por los melocotones, Muel por sus peras y cardos, Maella por sus higos, Riola por los ajos, Cariñena y Cosueda por sus vinos." (p. 188a).

- 297.- V[icente] de la F[uente], "Estudios históricos. Don Juan I y el Justicia de Aragón", SPEM, 24 (12-VI-1842), 189-191.
- 298.- Un aficionado lugareño, "Costumbres. El teatro lugareño", SPEM, 28 (10-VII-1842), 218-220. Grabado. -- Vincula su trabajo con el de Mesonero: "...el que quiere enterarse más á fondo, puede salir del paso con leer el artículo del CURIOSO PARLANTE, titulado Los cómicos en cuaresma (tomo 1º, pag. 45, 3ª edición)". - (p. 218b). Muy similar a lo escrito por Un aficionado

lugareño resulta la segunda entrega de B.J., "Costumbres. Las fiestas de pueblo", AUZ, 16 (19-IV-1840), 229-232 y 17 (26-IV), 244-247. Para la originalidad demostrada en "El teatro lugareño", cf. F. Montesinos, 1972b, 77.

- 299.- Un aficionado lugareño, "Usos y dichos populares. El paniquesero ó la boda en grande", SPEM, 30 (24-VII-1842), 235-236. 2 Grabados. F. Montesinos (1972b, 93 n 41) lo menciona, junto con "El salmon de Alagon" de De la Fuente, como casos de recogida parcial de tradiciones aragonesas.
- 300.- Un aficionado lugareño, "Las fiestas de lugar", SPEM, 51 (18-XII-1842), 406-408. La idea para vincular este relato con "El teatro lugareño" surge al pensar en la primera entrega de "Costumbres. Las fiestas de pueblo" --AUZ, 16 (19-IV-1840), 229-232 y 17 (26-IV), 244-247--, de B.J., trabajo en el que Un aficionado lugareño ha podido inspirarse fragmentándolo en dos e invirtiendo su orden si no es que nos encontramos ante un autor común. Un aficionado lugareño firmará otros artículos, como "Un barbaro y un barbero" (1844), que no presentan novedades. Cf. F. Montesinos, 1972b, 87. Es probable que Julio Álvarez y Adé tuviese presente la carta que abre "Las fiestas de lugar" al adaptar el artículo "Costumbres populares. La fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro" --originariamente publicado

en SAZ, 644 (M, 26-VII-1859), 1-2—, para el lector madrileño pues colocó una misiva parecida en sus términos y función —aunque no en el tono, ya que eliminó la intención despectiva y ridiculizadora de lo rústico— al comienzo de lo reproducido en El Museo Universal, 37 (13-IX-1863), 291-292. Grabado. Ante este hecho y el paralelismo de las "costumbres" que hay en los dos artículos, cabría pensar que Álvarez y Adé, —bajo el pseudónimo de Un aficionado lugareño, adoptó la perspectiva propia de la época que había empleado B.J. para burlarse de lo rústico y posteriormente, ya con su nombre y apellidos, dio una visión nueva y —próxima al objetivismo folklórico para, en último lugar, recuperar alguno de los recursos utilizados en 1842. Con todo, de no aparecer una prueba definitiva que revele la identidad del pseudónimo, habrá que considerar a B.J., Un aficionado lugareño y Álvarez y Adé como tres personas distintas no sólo por la distancia temporal entre el artículo de 1842 y el de 1863 sino también porque Álvarez y Adé, como aragonés y como colaborador del Seminario Pintoresco que fue, presuntamente estaría al tanto de lo publicado en él sobre su tierra —aunque no lo parezca o lo silencie cuando —aborda temas próximos a los tratados por De la Fuente—, además, porque el artículo de 1859 tiene todos los visos de ser reciente por el mencionado objetivismo y de respeto hacia lo descrito y por lo que se puede —

- leer antes de la firma: "Pina de Ebro 16 de julio de 1858" (p. 2^a).
- 301.- SPEM, 33 (14-VIII-1842), 261-264. La rectificación, anónima, en SPEM, 35 (28-VIII-1842), 277b.
- 302.- SPEM, 36 (4-IX-1842), 288 y 37 (11-IX), 290-292. El tema ya había aparecido en AUZ, 5 (25-II-1840), 57-60 y podrá encontrarse de nuevo en el Semanario Pintoresco. Cf. SPEM, 9 (2-III-1856), 68-69.
- 303.- SPEM, 42 (16-X-1842), 331-332. La tradición de los Corporales será descrita más ampliamente por el autor en "Recuerdos históricos. Los corporales de Daroca", SPEM, 23 (9-VI-1844), 181-183. Grabado.
- 304.- SPEM, 44 (30-X-1842), 348-349. Es extraño que el autor no lo suscriba como de ordinario si es que es suyo. F. Montesinos (1972b, 76 n6) lo cree más propio de De la Fuente que de Segovia.
- 305.- SPEM, 45 (6-XI-1842), 357-359. Grabado, del que dice De la Fuente: "quizá será la vista que acompañamos la primera que ha ocupado el buril de los artistas" (p. 357).
- 306.- SPEM, 52 (25-XII-1842), 409-411. Grabado.
- 307.- SPEM, 2 (8-I-1843), 11-13.
- 308.- SPEM, 9 (26-II-1843), 71-72. Apareció el mismo día en el nº 1.362 de El Corresponsal, de Madrid.
- 309.- SPEM, 17 (23-IV-1843), 132-135. Grabado.

- 310.- SPEM, 18 (30-IV-1843), 137-139. Grabado. Dice De la Fuente que de esta portada "hasta el momento no se ha publicado dibujo alguno" (p. 138_a). Poco después escribe otro artículo en la misma sección y de similares características aunque no dedicado a Aragón: "Palacio del Infantado en Guadalajara" —SPEM, 32 (6-VIII-1843), 240-252. Grabado—, ciudad que volverá a merecer su atención en "España histórica. Panteon de los Duques del Infantado en Guadaiajara", SPEM, 44 -- (3-XI-1844), 345-347. Grabado.
- 311.- SPEM, 43 (22-X-1843), 338-340.
- 312.- SPEM, 2 (14-I-1844), 14-16. ...
- 313.- SPEM, 6 (11-II-1844), 41-43. Grabado.
- 314.- SPEM, 7 (18-II-1844), 55-56. Grabado.
- 315.- La ambigüedad con que se protesta ante las innovaciones al paso que no se defiende decididamente lo tradicional es moneda corriente en esta época y en este tipo de costumbrismo tan próximo a Mesonero y a la obra colectiva Los españoles pintados por sí mismos (Cf. Ucelay, 1951, 152-153). En el apéndice Tipos perdidos, tipos hallados, colocado al final del segundo volumen (1844) de la primera edición de Los españoles y luego trasladado a Tipos y caracteres, Mesonero ofrece una altiva visión de los cambios, muy cercana ---

—incluso queda apuntado el germen de "Pauperibus"— a De la Fuente; "...el cortesano que antes adulaba a los reyes, sirve hoy y adula a la plebe bajo el nombre de tribuno; el devoto se ha convertido en humanitario; el vago y calavera en faccioso y patriota; el historiador en hombre de historia; el mayorazgo en pretendiente, y el chispero y la manola en ciudadanos libres y pueblo soberano." (Mesonero, II-249b)

- 316.- SPEM, 9 (3-III-1844), 65-67. Grabado del Monasterio, y 10 (10-III), 77-79. Grabado del "Sepulcro de D. Alfonso del Batallador". Guillén Buzarán no ha estado silencioso del todo. Como otros colaboradores del Semanario Pintoresco, ha contribuido a la miscelánea de sus páginas con poesías. Así, "Improvisación a orillas del Cinca", SPEM, 7 (12-II-1843), 55-56, de factura romántica como mucho discreta.
- 317.- SPEM, 16 (21-IV-1844), 124-125. Grabado.
- 318.- Carecen de interés equiparable a lo que se está revisando, aunque no dejen de hacer sonar nombres aragoneses, colaboraciones como la anónima "Miscelánea. -- Anécdota histórica" —SPEM, 21 (26-V-1844), 168— por más que lo que en ella se contiene se localice en Zaragoza e incluso se aluda a "costumbres" aragonesas. Cf.: "...el pregonero que estaba de acecho en una es-

- quina inmediata, llamo la atencion con su corneta ---
 (segun costumbre de aquella ciudad y otras muchas de
 Aragon) para publicar bandos y pregones..." (p. 168b)
- 319.- SPEM, 23 (9-VI-1844), 181-183. Grabado. Aunque va -
 sin firma, remite a "Tradiciones populares de Daroca"
 —SPEM, 42 (16-X-1842), 331-332—, de Vicente de la -
 Fuente.
- 320.- SPEM, 34 (25-VIII-1844), 265-266. Grabado del "Pala-
 cio de Carlos V en el canal antiguo de Aragon", 35 (I
 -IX), 273-275. Grabado de "El canal de Aragon" y 36
 (B-IX), 281-283. Grabado de la "Almenara del Pilar,
 y paso del canal sobre el Huerva".
- 321.- SPEM, 43 (27-X-1844), 337-338. Grabado. No va firma
 da y comienza: "En los números 33, 34 y 35 de nues-
 tro Semanario hemos dado algunas vistas y la descrip-
 ción del canal de Aragon, y hoy lo hacemos del monte
 Torrero..." lo que, ciertamente, no permite atribuir-
 sela a De la Fuente sin reparos.
- 322.- SPEM, 2 (12-I-1845), 11-12, 3 (19-I), 18-20 y 4 (26-I),
 27-29. El tercer artículo lleva título particular:
 "Jurado de los Estrechos de Amor de Castilla y de Ara-
 gon". El trabajo aparecerá de nuevo en 1846 en El Mu-
 seo de las familias, de Madrid.
- 323.- SPEM, 13 (30-III-1845), 98-99. Grabado.

324.- "La contribución de las provincias [...] se dejó de lado, encomendándose al trabajo a escritores residentes en Madrid". (Ucelay, 1951, 161). No parece importarle demasiado este aspecto a F. Montesinos, quien se fija en el número, no en su origen: "El éxito editorial dependía de la oportunidad y, naturalmente, -- del acierto en la elección de los colaboradores. En este punto, Boix no se mostró difícil. Llamó a colaborar a todos los escritores de renombre que por entonces había en España, sin excepción notable, y a muchos jóvenes, periodistas todos, que comenzaban a darse a conocer". (1972b, 112).

325.- Cf.: "La gran mayoría de los tipos pertenecen a la vida de la ciudad, y aun de los restantes, la mayor proporción tiene frecuentes contactos con ella. Y al decir ciudad, vale tanto aquí como decir Madrid, pues el espíritu que impregna el libro es esencialmente madrileño. En efecto, allí fue realizado, y aun cuando entre los colaboradores hallamos escritores de procedencia regional, son en su mayoría residentes de la Corte, a donde venían a parar todos cuantos esperaban hacer carrera, y ser reconocidos en el mundo de las letras." (Ucelay, 1951, 153)

"La mayor parte de los tipos del Norte que se

ofrecen, son [...] aquellos que por costumbre tradicional venían a incorporarse a ciertos oficios de la vida madrileña. Indirectamente a través de ellos advertimos el concepto que en la Capital se tiene de -- sus tierras de procedencia. No habiendo visto a los asturianos, gallegos, leoneses y montañeses sino en Madrid, en sus modestos oficios de aguadores, y segadores, de arrieros, cocheros, serenos y amas de cría, se envuelve a sus regiones de origen en la aureola de rusticidad e ignorancia, que caracteriza a estos humildes representantes". (Ucelay, 1951, 159-160; cf. 150).

F. Montesinos (cf. 1972b, 118-120) hace similares observaciones en cuanto a la localización en la Capital pero no parece darle importancia a la perspectiva madrileña con que es descrito lo provincial y -- destaca lo que el componente popular tiene de "residual" y de "detritus" para confirmar la chata realidad denotada por Los españoles.

326.- Algunos colaboradores de Los Españoles parecen caer en cuenta de la inexactitud del título de la obra e intentan componendas circunstanciales. Así, Jose María Andueza, al facilitar en nota el sentido de un -- término usado en Madrid: "Como Los Españoles pintados por sí mismos no son en mi humilde opinión los madri-

leños pintados por sí mismos, se me ocurre advertir - al lector que en Madrid se llama panilla al cuarteron o cuarta parte de una libra cuando se habla de aceite." (Cf. Ucelay, 1951, 154. Copio el texto de --- Ucelay, ibid., n. 67, pues la edición de Los Españoles que utilizo no trae la nota. Cf. "La criada", - LEPPSM, 1851, 29-33. El término panilla se menciona en p. 31b).

Por su parte, otros, como Fermín Caballero, al demostrar que no es posible llevar a la práctica el plan inicial de dedicar el primer volumen a tipos de Madrid y el segundo a representantes del resto de España, toca fondo y desvela falacias como la representatividad acaparadora y excluyente de Madrid que implica la identificación de lo provincial con las notas diferenciadoras: geográficas que, en este contexto, es lo mismo que decir atavismos: "Solo en una cabeza redonda cabe que el Ama del cura sea personaje - madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los ca nónigos de Toledo, los pavorde de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplares á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino se le hará tragar que en las pro

vincias no hay Coquetas, Criadas, Santurronas, Sacris-
tanes y Alcaldes de Monterilla; como que los mismos y
retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de
esta y de la otra comarca.

"...¿Y qué prueba esto el proyecto inicial, si
no que la tal división es un disparate? --Si á mis --
dignos colegas les pareciese dura la calificación, --
traduciréla en blando, diciendo, que es prurito de --
clasificar lo que no es conveniente separar para nin-
gun fin bueno. --Para cumplir con la oferta de la --
particion fuera indispensable pintar coquetas provin-
ciales; retratar por separado al sacristan de Mósto-
les, y al de Buen Retiro; dedicar un artículo al em-
pleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro
al que se distrae por la Fuente Castellana, de Ma-
drid; discernir en el primer tono la criada del dipu-
tado que asiste á las sesiones, y en el segundo volú-
men la misma criada cuando vive con su amo en provin-
cia durante el entre córtes; y pardiez que no faltan
entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones,
prórogas y disoluciones". (El dómine", LEPPSM, 1851,
146b)

"Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: -
que los tipos serían exclusivamente españoles. O esto

quiere decir que los españoles son españoles, que es una necesidad, ó quiere decir otra cosa, y entónces lo mismo se cumple esta que aquella; ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al Barbero indígena de España donde, no embargante la abolición capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que -- fingidos dueños de las patronas de huéspedes, siendo así que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultrapirineos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el Pretendiente de un empleo en Paris, y el que solicita en Madrid, hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo exclusivo de nación alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el Torero, y el Charran pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; más otros retratos que veo y leo, son, con perdón de Vds., cosmopolitas perfectos". ("El dómine", LEPPSM, 1851, 147a).

Ucelay tiene en cuenta las palabras de Caballero en tanto que aclaran por qué fracasó el intento de adaptar el plan de Les Français (cf. 1951, 104, 137-8)

o a la hora de comprobar la falta de base para estudiar los tipos de Los españoles agnupados en madrileños y provinciales (cf. 1951, 125-126). F. Montesinos también los menta al hablar de la modificación -- del plan inicial pero, atento a lo que afecta a lo narrativo, llega a decir, a contrapelo de lo que parece el sentido más lógico de los textos mencionados: +7 "Por lo demás, nada tenía de censurable estudiar modalidades españoles de los tipos universales. Van a -- ser muchas veces los españoles mismos los que en su -- empeño de buscar lo genuino hagan de España un país -- de excepción, segregándola en cierto modo de la comunidad europea". (F. Montesinos, 1972b, 109; cf. 107-112).

- 327.- Un rastreo que no es exhaustivo, ni necesita serlo para el caso, permite apreciar menciones de lo aragonés de esta laya: "Sabe pues que así como las provincias de España varían generalmente en lenguaje, costumbres y caracteres, varían también en sus útiles producciones. Ágiles horchateros de Valencia; inimitables héroes Aragón; admirables vagos Madrid; graciosos toreros Andalucía, é ingeniosos artistas Cataluña. Mas -- entre tan rara fertilidad ninguna puede disputar á la inmortal Asturias la gloria de producir nobles cocheros. (Cipriano Arias, "El cochero", LEPPSM, 1851, --

130b); "El Guerrillero no es catalan, ni aragonés, ni vascongado, ni andaluz, ni gallego, el guerrillero es español..." (José María de Andueza, "El guerrillero", LEPPSM, 1851, 82a); "Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al helle sexo, y volviendo á la Lavandera, confesemos que la Mántua Carpetana no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza". (Manuel Bretón de los Herreros, "La Lavandera", LEPPSM, 1851, 93a); "El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedi; todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses -- del año la provisión del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragón..." (El Curioso Parlante, "La patrona de huéspedes", LEPPSM, 1851, 9a).

- 328.- Licenciado José Calvo y Martín, "El médico" [1843], LEPPSM, 1851, 142-146. Grabado. Ucelay (1951, 115) cita a Calvo "entre un grupo de escritores de cuarta y quinta fila, algunos hoy de difícil o imposible identificación, [donde] encontramos los nombres de personas de prestigio social, pero extrañas profesionalmente a las actividades literarias". F. Montesinos, (1972b, 114-115 n. 23) explica su participación por las mismas razones y añade algún dato, como que

Calvo escribía sobre asuntos profesionales en El Laberinto. Una síntesis biográfica da Ucelay; en el "Repertorio de autores", cf. 1951, 229. El artículo es para F. Montesinos (cf. 1972b, 120) uno de los pocos en que los representantes de la élite nacional -- están libres, de sospechas en sus actividades y exentos de "degeneraciones siniestas".

- 329.- F. Montesinos (cf. 1972b, 114) coloca a Vicente de la Fuente en el grupo joven --entre 20 y 30 años-- de -- los colaboradores de Los Españoles y de la juventud -- dice que era "más que rebelde, sumisa y mimética". -- (1972b, 113). También recuerda que De la Fuente está en la órbita de influencia de Mesonero (Cf. 1972b, -- 116)
- 330.- Vicente de la Fuente, "El sacristan" [1843], LEPPSM, 1851, 65-68. Grabado.
- 331.- Vicente de la Fuente, "El estudiante" [1843], LEPPSM, 1851, 99-104. Grabado. F. Montesinos advierte que -- "en los artículos de Lafuente suele ir diluida mucha picaresca" (1972b, 131; cf. 86). Ucelay ve en "El estudiante" y en "El colegial" el procedimiento literario que se basa en una "estructura metódica, pseudo--científica, que las fisiologías habían puesto de moda. Consistía en una introducción general de caracte-

rización del tipo, y una serie de subdivisiones en que se presentaban diversas variedades de éste, como si se tratase de una especie zoológica" (1951, 127-128). Igualmente, los cita como ejemplos que confirman la representación "sorprendentemente desigual e incompleta" (1951, 144; cf. 145) de la vida intelectual y artística en lo que toca a la zona de la mesocracia cubierta por la enseñanza.

- 332.- Vicente de la Fuente, "El colegial" [1844], LEPPSM, 1851, 222-227. Grabado. cf. nota precedente.
- 333.- Vicente de la Fuente, "La posadera" [1844], LEPPSM, 1851, 294-298. Grabado.
- 334.- Vicente de la Fuente, "La monja" [1844], LEPPSM, 1851 283-287. Grabado. F. Montesinos cree que "La monja" se salva del "deiritus nacional" que acoge Los Españoles por un respeto ancestral (cf. 1972b, 120), y ve en el artículo "una inmensa nostalgia de lo pasado" (1972b, 120). Ucelay, además de anotar dicha cautela (cf. 1951, 146), destaca la beligerancia del autor; "En alguno de estos artículos, no obstante, hay una actitud de defensa de la Iglesia, presentándola como víctima de la persecución liberal; este es el caso de los dedicados a "La monja" y "El exclaustrado", que son en parte, críticas apasionadas de la reforma de -

Mendizábal. Frailes y monjas son mártires, entregados a las "rapantes uñas de la Amortización" [De la Fuente], y se describe ésta como una pura medida de desahogo jacobino, llena de inútil crueldad". (1951-146-7)

- 335.- De no indicarse otra cosa, las publicaciones son madrileñas y consultadas en la Biblioteca Nacional de Madrid. Los años que van entre corchetes corresponden a lo revisado o tenido en cuenta y no coinciden necesariamente con la duración total del periódico o revista en cuestión. Las referencias para la localización de los textos no siempre son precisas ni siguen las mismas pautas debido a las muy diversas condiciones e intereses que motivaron algunas consultas. Como es fácil imaginar, esto es resultado del procedimiento seguido —combinación del rastreo sistemático en unos casos con la consulta aleatoria y abandono — tras páginas y páginas sin hallazgos y la utilización de índices en otros— y de las limitaciones que las lagunas y mutilaciones de los fondos conservados imponen. Es ocioso recordar que la revisión de todo el material periodístico no aragonés publicado en el siglo XIX excede los límites y objetivos del presente trabajo.

Ya quedó apuntado el material que el Diario de Zaragoza reproducía de El Correo Literario y Mercantil [1828-1833] y en virtud de ello, éste puede servir de recordatorio del fenómeno repetido con otros periódicos. En el número 10 (30-VI-1831) de las Cartas Españolas [1831-1832], se reseña la "Galería fúnebre ó sea el historiador trágico, obra de Don Agustín Pérez Zaragoza". El comentarista, al aludir a la buena venta del libro, no puede sustraerse a la socorrida mención de Zaragoza como ciudad célebre por su manicomio y lo aprovecha para jugar con el apellido del autor: "La venta del libro ha de tocar en locura; y para Zaragoza, lo mismo que para otra ciudad, pueblo, aldea o vilorrio, este lucrativo modo de loquear es lo que se llama encontrar la piedra filosofal". (p. 228).

Los fueros aragoneses salen a relucir en el anónimo "Recuerdos históricos" del número 50 (19-VI-1834, pp. 1-2) de El Eco del Comercio [1834-1835] y, en el 522 (4-X-1835), otro autor anónimo, al repasar algunas expresiones en sí mismas incomprensibles en "Diccionario de vendedores", aclara una referida a lo que de Aragón se conoce a través de los mercados madrileños y ya se vio utilizado por Mesonero ("La posa

da o España en Madrid", 1839: "¡A los ricos de Aragón! Cualquiera pensaría que llamaba a las gentes -- para ir en busca de los hacendados aragoneses; pero -- los ricos de Aragón no se toman sustantivamente, sino que es un adjetivo de nombre tácito, que es melocotones. Por manera que dice dos cosas que al comprador no importan, callando el nombre propio que le interesaba saber. Habla de la buena calidad y de la patria del género que vende, y no dice cuál es este género".

El volumen III de El Artista [1835-1836], en sus páginas 10-12 publica el poema "El guerrero y su querida", de Marcelino Azlor, firmado en Zaragoza en Julio de 1834; Pedro Madrazo, en "Demolición de conventos" (III- 97-100) habla del peligro que corre el convento de Santa Engracia, de Zaragoza, debido a la especulación; se da la biografía del impresor zaragozano en "Imprenta española. Ibarra. Los dos Sanchas" (III, 153-158) y Vicente Carderera firma la de Goya. (cf. Simón Díaz, 1946b).

En el número 25 de No me olvides [1837-1838] --- aparece un grabado de Antonio Pérez copiado por Calixto Ortega de un cuadro de Tiziano. En una nota anónima inserta en el mismo número se da noticia de la representación, el 20 de octubre de 1837, de la obra de Manuel Muñoz Maldonado Antonio Pérez, drama original

en cinco actos. Salas y Quiroga acoge desfavorablemente El Rey monje; de García Gutiérrez (nº 34, pp. 7-8) mientras Los Amantes de Teruel (nº 10, p. 8 y -- nº 5, pp. 1-2), especialmente en la segunda. (cf. - Cabañas, 1946).

Merece el elogio de José Simón Díaz la poesía dedicada a Zaragoza por Juan Antonio Sazatornil que apareció en la página 8 del número VII de El Alba [1838-1839] (cf. Simón Díaz, 1946c)

El Panorama [1838-1839] publica en el primer -- volumen de 1838 "Doña Sibila Forcia. Episodio de -- los Anales de Aragon". Año de 1386", de J. Varela, repartido en tres entregas I, pp. 359-361; II y III, pp. 378-383 y IV, pp. 397-400) y en el segundo, "La -- cita del convento", historieta localizada en Zaragoza de Fernando de F. de Córdoba y Gólfín (cf. entrega 13, de 27-XII, pp. 193-197). En la página 237 del número correspondiente al 11 de abril ofrece la "Vista del paso de Rolando en los Pirineos", grabado que será reproducido en El Museo de las Familias (1845, p. 63), como "Paso de Roncesvalles".

El Corresponsal [1839-1844] revela una notable atención a lo costumbrista, cierta insistencia en la zona pirenaica (española, andorrana, francesa) y alguna presencia de lo aragonés, aunque rara vez como

artículo de costumbres. Además de la mencionada reproducción de "Las segundas nupcias", de Vicente de La Fuente --696 (M, 27-IV-1811) y 697 (X, 28-IV)-- allí puede leerse el anónimo "Una deuda de honor" --- --750 (D, 20-VI-1841), Folletín--, historia más que mediocre de un duelo donde lo zaragozano aparece forzadamente: se alude a tópicos como el heroísmo de la ciudad de los Sitios, a las "torres" como casas de -- campo típicas y a la belleza de las mujeres, dado que el militar protagonista siente debilidad por una de -- Zaragoza. Otros trabajos son; la reseña de las "Honraa: fúnebres tributadas en Barcelona al célebre naturalista D. Mariano Lagasca" --40 (10-VII-1839)--, "Va riedades. Portada de la Iglesia de Santa Engracia de Zaragoza" --177 (24-XI-1839)--, la poesía de Hartzembusch "A las aguas de Panticosa" --402 (M, 7-VII-184 -1840)--, la poesía "Cántico", de Príncipe --1.085 (22-V-1842)-- y "Costumbres populares. Lances de car naval". --1.362 (26-II-1843)--, de Vicente de la -- Fuente, artículo publicado el mismo día en el Semana- rio Pintoresco (nº 9, pp. 71-72).

En el número 1 (6-X, pp. 3-5) de El Arpa del cre- yente [1842], de Navarro Villoslada, Principa publica "La Virgen del Pilar de Zaragoza" (cf. Simón Díaz, -- .

1947a que reproduce el texto).

En lo que toca a estos años, El Museo de las -- Familias [1843-1871], publica "Glorias de España. -- Los Infantes de Aragón", trabajo de carácter histórico de Francisco Fernández Villabrilie --1843, I, 116-118--; "La Defensa de Zaragoza", estudio histórico con elementos anovelados de Francisco de Paula Mella--do ilustrado con un grabado de la Torre Nueva de Za--ragoza --1848, II, 25-29--; "Crónicas españolas. El conde de Luna", de Julián Sáinz Milanés --1844, II, --84-89 grabado--; "Estudios recreativos. Felicia", relato firmado X*** y localizado en Panticosa --1844, II, 242-247, grabado-- y "Glorias de España. Don Alfonso el Batallador", de F. Fernández Villabrilie -- --1845, III, 102-105, Grabado--.

En fin, no depara nada destacable la consulta de Ocios de españoles emigrados en Inglaterra, Londres - [1824-1825], El Ateneo [1833-1834], el Liceo Artístico y Literario [1839], (cf. Simón Díaz, 1947b), El Correo Nacional [1838], El Iris [1841], El Pensamiento [1841], la Revista de España y del Extranjero -- [1842], El Herald [1842-45] (las noticias que el corresponsal envía desde Zaragoza aparecen en la "Parte indiferente. Gacetilla de las provincias"), y de El Museo Literario [1844].

4.2.- La plenitud de la Década Moderada y el Bienio Progresista
(1846-1856).

4.2.1. El Diario de Zaragoza (1844 - 1850)

4.2.1.1.- Diario de Avisos de Zaragoza (1844-1845). Diario de Zaragoza. Periódico de Avisos(1846-1849).

4.2.1.1.1.- Censura y agostamiento creativo. La "Hoja literaria" y Asmódeo.

Las restricciones de las libertades de expresión que adquirirán rango oficial con la Ley de Imprenta moderada - de julio de 1845, hija de la Constitución de igual signo y año, ya se advierten en el nuevo rótulo de Diario de Avisos de Zaragoza con que se rebautiza el longevo Diario de Zaragoza perdiendo significativamente el adjetivo de -- "constitucional". La cabecera que indica el eclipse del esparterismo --y que se prolonga del número 113 (I, 22-IV) de 1844 al 365 (X, 31 - XII) de 1845-- acoge ahora una úni

ca hoja donde sólo caben los comunicados oficiales y los anuncios y, de vez en cuando, la noticia de la aparición de diversos periódicos y revistas, generalmente madrileños. (1) Incluso cuando, al cambiar de título, recupera las cuatro páginas hay momentos en que no publica nada de tipo literario. Así ocurre durante todo el segundo semestre de 1846 —cuando ya se denomina Diario de Zaragoza. Periódico de Avisos, desde el número 1 (J, 1-I) de 1846 hasta el 192 (11-VII) de 1850— y el primero de 1849.

Tras el agostamiento de un 1847 donde, a duras penas, se pueden encontrar dos poesías sacras de J.R.Escobedo (2) y una situación casi seguramente igual en 1848 (3), cambia el panorama a partir del número 121 (M, 1-V) de 1849 —cuando comienza a publicarse una "Hoja literaria del Diario de Zaragoza" cuyo firmante, Asmodeo, —¿Gerónimo Borao?— atiende preferentemente a la crítica teatral.

A este respiro no son muy ajenos acontecimientos como el final de la Segunda Guerra Carlista, en abril de 1849 —mes, por otra parte, del "Manifiesto Demócrata" que perfila en nuevo progresismo— y el despegue económico —el Ferrocarril Barcelona-Mataró se inaugura en junio de 1848— que los beneficiarios de la desamortización —el Concordato de 1851 tranquilizará las conciencias— conocen con las medidas dictatoriales de un Narváez que, ya trocada la Milicia Nacional en Guardia Civil (1844), sofoca los levantamientos progresistas de 1848 y refuerza el poder real con un centralismo de corte francés que va desde el atenazamiento político y administrativo hasta expeditivas y prácticas formas de eliminar los particularismos con la aplicación del Sistema Métrico Decimal (abril de 1848).

De momento, la confianza en las ventajas de esta política por parte de los moderados y luego la proximidad del triunfo progresista durante el bienio 1854-1856 aclaran fenómenos como los advertidos en la prensa. El hecho es que la "Hoja literaria" y el aumento en el formato son avisos claros de la proliferación del material literario —aunque éste no sea fresco —especialmente al principio—, original ni de gran relevancia costumbrista. Lo que más abunda es la poesía, generalmente amorosa y de no muchos quilates (4), y la crítica teatral. (5) No faltan los relatos (6) ni los anuncios de periódicos y otras publicaciones (7) y sobresale la atención dedicada a Aragón, en relación con Madrid (8), a la luz de la Historia (9) y de las posibilidades de desarrollo económico (10). Los trabajos de "policía urbana" sobre asuntos municipales de Zaragoza son lo más próximo a las "costumbres", por los datos que aportan, pero siempre quedan al margen del costumbrismo. (11) Rondan el género, aunque no acaban de cuajar como artículos, algunas composiciones que sobrenadan en este contexto periodístico-literario. Así, en verso, "Al mendigo. Soneto improvisado" (12), de Vicente Álvarez Miranda, tan distante del costumbrismo como de Esproceda, lo que, con algunos matices, podría decirse de "El mendigo" (13), de Elías Aguirre, que también firma "El vigilante" (14). En prosa, Julio Pompeyo escribe "Policía urbana" (15), donde los datos se literaturizan para aproximarse al artículo de costumbres, "Vivos y muertos" (16), título al que parece replicar Esparta en "Muertos y vivos" (17). Puede servir de muestra de las cercanías del costumbrismo por el lado de lo etnográfico "Fiestas de S. Juan en Soria" —

(18), de Francisco J. Pineda. Con algunos rasgos de éste y el detalle de su rútila, Domingo Doncel y Hordaz publica "Costumbres españolas. El día de S. Juan en Salamanca". (19) Más alejado del género y de la geografía aragonesa resulta "El domingo en Inglaterra" (20) Al margen de algunos trabajos con concomitancias folklóricas como "Estudios biográficos. Perico el de los palotes" (21), de Tulio Pompeyo, lo más sobresaliente podría ser "El redivivo minuet. Regeneración pedestre" (22), que va sin firma, y "Fábrica de reputaciones" (23) de Teodoro Guerrero.

4.2.1.2.- El Zaragozaño (1850-1854)

4.2.1.2.1.- Cautela. Artículos reproducidos. Tipos incuos: "El pequeño corto de vista" (1850).

Con este nombre se reanuda el Diario de Zaragoza en el número 145, correspondiente al 15 de julio, después de la suspensión sufrida tras en número 192 del 11 de julio. El subtítulo, Diario de avisos, y de materias no políticas ni religiosas, indica a las claras la cautela con que tiene que salir a la calle. Su contenido inicial lo corrobora: durante el resto de 1850 y todo el primer semestre de 1851 prácticamente no hay artículos de creación —y, menos, literaria— y cuando aparecen, suelen ser extractos de otros periódicos. (24) Una única excepción puede hallarse y merece la pena ser destacada: "Tipos originales. El corto de vista" (25), de Tulio Pompeyo. Prescindiendo de -

la posible huella de "El amante corto de vista" (26), - de Mesonero, que no iría mas allá de algunas situaciones jocosas (cf. p. 1a-b) que recuerdan el cuontecillo de El Curioso Parlante con un parecido que se desvanece atendiendo a lo mostrenco del tema, el artículo de Tulio Pompeyo es plenamente costumbrista. Lo que pueda tener de gracioso viene exigido por el tipo, cuyas desventuras forman tanta parte de la descripción como los usos sociales en que se producen. La introducción en que se abre generaliza sobre los defectos físicos como condición para que resalte la belleza. El seleccionado se presenta con la perspectiva que va a predominar en el trabajo:

El hombre corto de vista se halla espuesto á un sinnúmero de contingencias, contrariedades y trabajos de esos que no tienen compensacion con nada. (p. 1a)

El primero de los "trabajos" afecta al enamoramiento --y es aquí donde Tulio Pompeyo podría haber convertido en costumbristas los elementos narrativos de Mesonero-- con los inconvenientes que se acumulan en la ronda, el saludo,

Acontece no pocas veces saludar al barbudo papa ó á la zafia fregona, creyendo dirigirse a la señora de sus pensamientos. (p. 1a),

la cita, la visita,

Dice "á los pies de V." á un oficial de Artillería con grandes mostachos [...] Entre aquella confusion de gentes busca en vano é la que le tiene sorbido el seso, y se sienta en un rincón de la sala, mientras otro mozo, que es lince, pela la paba con la niña de autos ... (p. 1b).

La segunda parte del artículo se zafa de la tentación de lo narrativo apelando directamente a los lectores cortos de vista, a quienes les recomienda renunciar a algunas actividades para evitar "contingencias" o, simplemente, por la nulidad del empeño, al tiempo que deja caer alguna ligera crítica:

no busqueis los números de las casas y rótulos de las calles, microscópicos en unos pueblos ó encubiertos en otros bajo enormes muestras, ó borrados con el transcurso del tiempo. (p. 1b)

Entre lo vedado a los miopes está el contemplar los decorados teatrales, "las piernas de las bailarinas, y los ciudadanos y ciudadanas de los palcos y lunetas" (p. 1b), el arte, el paisaje, las vecinas, los viajes. Continuando con la descripción indirecta de usos sociales, el autor les dice a los cortos de vista:

no debéis asistir á los Parlamentos, ni á los tribunales, ni á las funciones gimnásticas, ni á las maniobras militares, ni á las exposiciones de industria, ni á los espectáculos de prestidigitación, ni al Hipódromo, ni á los toros, ni á las máscaras, ni á las iluminaciones públicas donde haya transparentes con versos [...] es inútil que recorrais la carrera de las grandes procesiones, inspeccionando, como todo el mundo, los adornados balcones, cuajados de innumerables y tentadoras bellezas. (p. 2a)

Sigue la enumeración de los inconvenientes con que tropieza el tipo, ahora modulados como "torpezas y desatenciones involuntarias" :

Se le califica de orgulloso ó distraído porque fuera del alcance de su vista le ha saludado una hermosa ó cualquier otra persona, y él no ha po

dido contestar. (p. 2a)

En el último bloque, se retoman y aglutinan aspectos anteriores: el de confusiones, el amoroso y el de las renunciaciones:

Trocáis en una palabra, todos los frenos, confundís todas las consignas, malograis y perdéis las mas bonitas ocasiones, tocáis el violon por todos los tonos; volvemos á repetirlo; el miope debe renunciar al amor. (p. 2a)

De la amorosa se pasa a las renunciaciones profesionales: debe despedirse de ser médico, cirujano, militar, pintor, arquitecto, agente de policía, y, sobre todo, diplomático. El artículo —tan inocuo en la crítica como liviano de técnica que remite al contexto literario y político— se cierra aludiendo al oscuro porvenir del que carezca de recursos:

al miope sin dinero no le queda mas arbitrio que esperar á que dentro de 500 años poco mas se funden en España buenos asilos de Inválidos-Civiles, en especial para ciegos. Entoces debe acercarse al vestíbulo de uno de ellos y esperar -- resignado á que le toque la vez de vestir el uniforme de la casa y comer el rancho hospitalario. (p. 2a)

4.2.1.2.2.- La serie teatral de Pancracio Cantaclaro (su sobrino Elas y su dueña Quintañona): criticismo aragonés frente a Madrid y nostalgia de tiempos pasados (1851-1852).

Hasta que, con los hechos revolucionarios de 1854, cambie el rótulo del periódico y bajo él se publique algún hito del costumbrismo aragonés, El Zaragoza ofrece, --

además de relatos traducidos, discursos académicos (27), -- poesías de variada catadura (28), polémicas sobre los toros (29) y reseñas de obras que afectan a Aragón (30), -- algunos artículos costumbristas de cierto interés -- aunque generalmente reproducidos --, entre los que destacan -- los de tipos y críticas teatrales, éstas de marcada técnica costumbrista.

Si los comentarios sobre teatro firmados por G.A. e, incluso, por Asmodeo son más o menos lo que se espera y -- carecen de ficción (31), los de Pancreacio Canteclaro, quieren hacer recordar la creatividad de las series del periodo anterior.

En "Teatro" rotulable * "La Nona o una bolera más" (32), Pancreacio Canteclaro logra aunar los recursos del -- artículo de costumbres con los de una crítica teatral -- creativa. En realidad, se trata de una protesta irónica -- del gusto por los espectáculos de baile y las bailarinas -- famosas frente a las representaciones dramáticas que comparten el mismo escenario. Hay en la contraposición de espectáculos cierto desdén hacia quienes, siendo artistas -- de variedades, cosechan un triunfo reservado a los "auténticos" artistas dramáticos y todo se adoba con el trato -- distante de lo que es moda con marchamo madrileño que por eso sólo parece que deba ser compartida fuera de la Corte. Para desarrollar la idea, el autor se sirve simultáneamente de dos artificios costumbristas, el del intermediario, en este caso Blasito, el sobrino del narrador, y el de la visita, que aquí aparece como pupilaje. El primer párrafo anuncia ambos mecanismos y particulariza el tipo de relación que hay entre tío y sobrino, de forma que este queda presentado de acuerdo con el uso instrumental con que va a funcionar:

Ya que Dios no me dá hijos, el diablo me -
 dió un sobrino que puedē arder en un candil, una
 alhaja inapreciable, digno donativo de tal donador.
 Ha venido de la tierra baja á estudiar medicina
 y ha fijado en mi casa sus reales gastāndome
 los mios de vellon con una gracia que no hay
 mas que pedir. Por supuesto es asistente cotidiano
 a todos los cafés, paseos y tertulias, le viste
 Paules, le calza el Portugués, le peinan los Chicos
 y en pocos dias se ha elegantizado de tal modo
 que no le conocería la madre que le parió. Es
 inútil decir que acude todas las noches al teatro;
 y mientras yo, por economía no voy mas que los
 Domingos, él, por tono, gasta diariamente en
 tal diversion lo que yo economizo en la semana.
 (p. 2a)

Se sientan así las características de un artículo costumbrista aragonés: tema teatral, localización aragonesa, actitud del autor, técnicas genéricas, e, incluso, presencia del tipo del estudiante, rasgos que, a la vista está, no tienen por qué depender de una diferenciación geográfica rural o popular ni de la inevitable adscripción a rasgos caracteriológicos esencialistas. La mínima anécdota se fragua cuando Blasito queda prendado de la actuación de La Nena. Las expectativas que en él despierta la bailarina hacen que, fuera de sí, llame Nena a Quintañona—nombre simbólico—, la dueña sexagenaria del tío, quien, a modo de condena y distanciamiento moral, se queda en casa leyendo el Tuifete. A la vuelta de la función, el sobrino, eufórico, dialoga con el tío, que amortigua la vehemencia con zumba, como cuando aflora la tensión Corte/provincia:

Vamos, es imposible mayor entusiasmo. — ¿Con que ha sido...? — Tantísimo. — ¡Qué me cuentas! — habíamos de ser menos que los madrileños? — Yo lo creo. — Vean que también nosotros con

ceamos el mérito. —¿quien lo duda?— Y que apreciemos lo que es español. —Mucho que sí. — (p. 2b)

o cuando, a través de la terminología, se denuncia un gusto que tiende a desbancar el universo cultural de los bienpensantes representados en el autor:

— Pero hombre ¿qué tienen que ver las artes con las piruetas? —¿Cómo que no tienen que ver? ¿No se necesita talento para hacer lo que la Nena hace? —Sin duda: talento pedestre. —Pues ¿cómo la llamaría Vd.? vamos á ver. —Hombre, yo la llamaría bailarina ó mas bien bolera. — — Antiguallas, tío mio, antiguallas. Eso sería en tiempo del diluvio; pero hoy día — —Es verdad, hoy día se llama también artista el que hace jaulas y ratoneras. —¿Y por qué no? —Bien, bien; como tu quieras. (p. 2b)

Si la discusión queda en tablas por concesión del tío, este, ante el gran éxito de la Nena, parece rasgarse las vestiduras por la usurpación de lo que corresponde al teatro y, aunque el sobrino puntualiza

—Tío, sino fuera usted mi tío, diría que es usted un jumento. (p. 2b),

el contexto preparado por el autor hace recaer el calificativo en el sobrino. Convenidos en ir juntos al teatro para comprobar quién tiene razón, el narrador se reserva el final del artículo para formalizar lo que se supone que ha querido hacer llegar al lector:

Llévome á remolque mi sobrino al teatro; ví una comedia verdecita como un perejil; ví una pieza andaluza mas ó menos tonta que otras

piezas andaluzas, con canto y baile, potpourri macareno; y respecto á la Nena, á la sílfide - española, á la artista, como decían el anuncio y mi sobrino; al asombro de la Corte, respecto á la Nena, repito, con perdon de mi sobrino y de otros sobrinos de sus tíos, ví tan solamente una bolera más. (p. 2b)

A los tres días, se publica otro artículo sobre "Teatro" o* "Carta á Florencia" (33) firmado por El Estudiante que no es otro que el sobrino de marras y, por lo tanto, debe ser atribuido a Pancracio Cantaclaro. Tantas - intermediaciones - que no acaban, pues no salimos del -- pseudónimo-- aumentan para la causa costumbrista al comprobar que ahora se recurre a dar protagonismo al sobrino, quien al escribir a su amigo de la "tierra baja", Florencio, cobra verosimilitud, aumenta el perspectivismo y -- potencia la técnica de Pancracio Cantaclaro. Este queda ausente como autor, aunque no como personaje, ya que la carta de la versión complementaria de la llegada del -- sobrino a Zaragoza y sus actividades en la ciudad si -- bien algo ha cambiado: el sobrino no parece un caballere -- rete fácilmente impresionable por las bellezas de moda en Madrid. Todo lo contrario, actúa incorporando la actitud del tío al efectuar la crítica teatral de La Segunda dama duende y D. Juan Trapisonda, obras de las que muestra -- conocimiento como para destacar una pésima representación no enjugada ni por piezas de baile que se supone le podrí -- drían haber encandilado. Si el grueso del artículo es la protesta por los malos actores, que llegan a ser abuchea -- dos, el entramado de la ficción arbitrada para ello revis

te especial interés. Así, se da la correspondencia fingida:

Amigo Florencio: como te ofrecí á mi salida de esa contarte todo cuanto ocurriese en esta ciudad... (p. 1^a)

... ..

Basta por hoy; otro día será mas largo tu amigo. —El Estudiante. (p. 2^a),

yla referencia de su implantación en la capital, no exactamente coincidente con la ofrecida por el tío:

Apenas me apeé del carruaje, fui, como -- puedes figurarte, á casa de mi amado tío: éste me recibió en sus brazos y puso á mi disposición unos cuantos maravedises que deposité en casa de Paules, elegantizándome, de pies á cabeza; y despues de hacer unas cuantas visitas, que como sabes me encargaron los amigos, cansado de cumplidos descanse, no al sexto sino al noveno día; traté de divertirme, busqué el medio de hacerlo y no encontré otro mejor que el del teatro; allí, dígame, encontraré todo lo mejor y mas bello de Zaragoza, respecto al sexo idem, me calaré los lentes, que aunque no soy corto de vista es de rigor el usarlos, flecharé á alguna hermosa, y héme ya hecho un hombre.

De El Estudiante como tipo no queda, pues, huella alguna de extremosidad —ni siquiera menciona a la Nena— pero permanece su función descriptiva y crítica del ambiente ciudadano —que, a su vez, aumenta su propia pintura— no sólo en lo mencionado sino en detalles verosímiles y amablemente censurables como el de la entrada en el teatro:

Tomé mi luneta principal y despues de dar unas vueltas por las aceras del Coso, porque no es de buen tono llegar á principio de función, me

encaminé al teatro, y llegué al caer el telón en el primer acto... (p. 1b)

La ficción, con tanta soltura trazada, prosigue en "Teatro." o * "Lo que hasta hoy sólo se leía en Zaragoza" - (34) firmado por Pancreacio Cantaclaro, y conviene seguir paso a paso este nuevo eslabón de la serie de crítica teatral para calibrar mejor su cuajado costumbrismo. Se inicia con la situación característica del género y de la relación adulto sensato / joven inexperto: la visita -- inesperada y abrupta:

"Tío Tío Donde está mi tío?" -- Así entraba mi sobrino en casa la mañana del Miércoles, dando cada grito capaz de despertar á un difunto. Mi vieja fámula, aturdida, ni -- aun acertaba á responder; y temiendo yo alguna catástrofe, salí despavorido de mi cuarto en busca del hijo de mi hermana. (p. 1a)

Sabida por la "Carta ..." la "sensatez" de El Estudiante, -- la tensión entre tío y sobrino se resolverá hacia un tercer elemento, lo teatral, aunque no, como cabría esperar, centrado en una actuación más. Ya lo avisa lo intempestivo de la hora para hablar de teatro. La nueva perspectiva crítica se refiere a lo que el sobrino, en cabal actitud asmodeica, ha presenciado al infiltrarse en el escenario durante los ensayos. Nuevo elemento: los actores -- aparecen como personajes del artículo. Más: ofrecen la réplica de los artículos de crítica teatral publicados -- en Zaragoza -- eco teórico de la efectividad de esta prensa, pues incluso se alude a Asmodeo -- y mas: remiten a --

la madrileña para encubrir su ineptitud profesional de cómicos recitadores culturales de "provincias":

oigo que una voz femenina decía: "Lo mejor es despreciar á tales articulistas, ó bien enviar sus necios artículos á Madrid para que desmenuzándolos aquellas antorchas del saber, prueben á estos necios que no hacen mas que escribir - disparates..." (p. 2a).

El sobrino, como personaje tras el que se parapeta el -- autor en su labor, cobra la verosimilitud que permite en cubrir este artificio al objetivar su actuación presentándola como no crítica o, mejor dicho, como no profesionalmente crítica:

Desde mi escondite oí poner á V. y á todas cuantos de teatro escriben como chupa de dómino, - (p.2a)

El tío también recurre al distanciamiento, pero al de la experiencia, para convertir la réplica de los actores en prueba de su propia maestría costumbrista a juzgar por el autor mentado:

--¿Pero eso es todo? ¿Acaso dudabas, mi querido Blas, que esos y otros muchos mas percances -- tienen que súfrir los que para el público es--criben? ¿No has leído los artículos del céle--bre Larra? (p. 2a)

Pero que el acontecimiento puntual sea remitido por el -- adulto al lugar común de la dificultad del ejercicio pe--riodístico no basta para que el sobrino atempere sus impulsos y, tras lo oído, refiere lo pensado --y de paso con

firma su "sensatez"— :

— [...] y á fé, á fé que sino hubiera sido por no causar á V. un disgusto, porque luego me mo tejase V. de calavera, hubiera saltado en medio de aquel círculo y hubiese^{dicho} á los que lo formaban...— (p. 2a)

y tras la venia del tío. — "¿Y qué hubieses dicho? Vamos á ver".—, éste hace enumerar al hijo de su hermana los motivos que le dan pie a juzgar a los actorzuelos como lo hace: no saben declamar, ni conocen la historia ni las bases del comportamiento humano aislado ni en sociedad, no se saben los papeles, ensayan poco, desfiguran la obra, machacan el lenguaje,

¿Puede llamarse actor, artista el que dice diferencia por diferencia, llegamos por llegamos, que no sabe, en fin, el castellano... -- (p. 2a)

La crítica larriana no baja de tono cuando se llega a contraponer la obligación que tienen los actores de ser excelente artistas por los "seis y mas duros" que cobran con las molestias que parecen recibir si, como dice el sobrino al tío, "no se convierten ustedes en incensarios [y] en medio de tanto artículo indulgente, mezclan ustedes alguna moderada corrección" (p. 2a) y se convierte en algo nuevo cuando El Estudiante propone estrechar el círculo de su ataque y eliminar el supuesto apoyo que parecen tener en la retaguardia de Madrid los malos actores contra los que arroja. Se plantea así la eliminación de la falsa tensión que los actores pretenden ins--

teurar entre la capital y la provincia —con lo que —
 quedan al descubierto— , la equiparación de la críti--
 ca sagaz sin distinción geográfica de escritores —como
 consecuencia, la atribución a la prensa zaragozana de --
 méritos superiores a la que en Madrid pueda apoyar a los
 comediantes— y un funcionamiento de la crítica provin--
 cial no previsto hasta ahora como táctica, a la vista del
 sobrino de habérselas

- Con los que van á tener el gusto, y los artícu-
 listas mismos se les proporcionaran, de ver --
 los artículos de teatro que aqui se publican,
 publicados tambien en los periódicos mas acre-
 ditados de la Corte: asi veran què son admiti-
 dos por aquellos escritores y tendrán ademas --
 la ventaja de que lean en toda España lo que --
 hasta hoy solo se leía en Zaragoza; veremos --
 quienes son los caballeros andantes desfacedo--
 res de entuerros que enristran lanza en defensa
 de las doncellas desvalidas. Si tio, sí; aun-
 que V. no quiera, los artículos de V. los de --
Asmodeo y cuantos aqui se escriban, allí se --
 publicarán entonces....(p. 2b)

Toda la ficción que vertebra el artículo se condensa y --
 experimenta un sorprendente cambio cuando el sobrino no
 encuentra objeciones a su plan y, de lo oído y lo pensado,
 pasa a lo hecho, llegando a suplantar textualmente al --
 propio narrador que queda convertido --es mérito, no des-
 liz del autor, por supuesto— en simple firmante aunque
 sólo lo sea "objetivamente" pues es él quien cierra el --
 artículo --prácticamente un diálogo— al referir cómo ha
 sucedido todo:

desapareció mi sobrino, y media hora despues --

entró con cinco cuartillas escritas al pie de las cuales, para llevarlas a la imprenta, me hizo firmar.)p. 2b)

Cuatro meses después, la relación tío-sobrino se reanuda en "Jaleo de Carnaval" (35), de Pantracio Cantaclaro, artículo de los de escenas en el que se adecúa el recurso del joven intermediario, incluso adaptando su versatilidad de estudiante, para describir los bailes de la época y censurar su inmoralidad con respecto a los de la mocedad del tío. El tiempo pasado desde la última aparición del sobrino y lo útil de su actuación llevan a Pantracio Cantaclaro a apelar directamente a los lectores para que lo evoquen al comienzo del artículo:

Mis lectores se acordarán de un sobrino - que el diablo me dió, llamado Blesito, estudiante, soi disant en esta universidad, y -- plaga de Egipto en mi casa [...]; mas alegre - que una gaita, mas gastador que el hijo pródigo y mas bullicioso que un día de toros... (p. 1b)

Una vez más, la anécdota arranca con el motivo de la visita intempestiva y desestabilizadora:

se presentó en mi cuarto una de sus noches, y cerrando bruscamente el libro que entre mis manos tenía... (pp. 1-2)

El diálogo ^{que} se establece —y que a lo largo del artículo se reparte mano a mano con la narración y la reflexión — sirve para caracterizar al joven de impulsivo y casi -- irrespetuoso frente al decente proceder del adulto que se instruye, pues el sobrino ridiculiza la actitud del --

tío al proponerle como mas "positivo" y moderno que va--
ya al baile con él para, así, descubrotecerse. Pero todo
el terreno que el tío pierde en este trance ante la esti-
ma de los "sensatos" lectores será recuperado a lo largo
del artículo, al final del cual quedarán censurados quie-
nes tan alegremente se divierten en los salones de baile
del Teatro, La Aurora y La Juventud de Zaragoza. El so-
brino, a base de amenazas y trastadas --demasiado infanti-
les si se recuerda su madurez, aunque algo vehemente, en
la crítica teatral--, logra arrancar al tío de su retiro.
Claro que, tras el forcejeo de argumentos en el diálogo,
éste debe excusarse ante los lectores por su debilidad -
mediante lo que se presenta como reflexión:

¿Qué hacer? Resistirme era obligarle á que --
cumpliese sus promesas: reñirle era predicar -
en desierto; ceder y acompañarle al baile, á -
mis años, con mis alifafes, era una debilidad;
pero era el menor de los males y hube de ceder.
(p. 2a)

Convertido el sobrino en personaje asmodeico que conduce
al tío en la confusa modernidad nocturna, se han inverti-
do los papeles de la relación adulto-joven y puesto que
la experiencia va a ser reprobable --por el hecho de ce-
der y por lo que ve--, el guía es alocado y quien le si-
gue, un enajenado fugaz como personaje aunque no como --
narrador pues la misma irresponsabilidad de los dos ele-
mentos de la pareja es útil para hacer posible y admisi-
ble la crítica final. A ratos juntos, a ratos separados,
sobrino y tío experimentan de forma muy diversa el baile
del Teatro. Tras el caos inicial que percibe, el adulto

se va alejando mentalmente, se ampara en el disfraz, se refugia en un palco y recupera la iniciativa asmodeica para ir describiendo críticamente el baile. Entre el -- bullicio, destaca para la consideración del lector algunos elementos significativos del panorama que se pinta -- a su vista:

En un corredor había una aldeanita, que yendo asida al brazo de un turco á quien decía "no temas, celoso mi; confía en mi fidelidad", alargaba con su mano libre un perfumado billete á un guerrero que de cerca le seguía. (p. 2b),

pero lo que mas hiere su retina y sensatez es lo que primero cree caso sorprendente aislado y luego comprueba -- que es moneda corriente:

Fijo mis miradas en una pareja.... ¡ Qué es lo que veo! un elegante y una señorita pegados como la lepa á la peña: él con ambas manos puestas en la parte posterior de su pareja, la sujeta, la estrecha; ella apoya su lindo rostro sobre el hombro del galán; forman de sus dos individualidades una sola individualidad; sus -- rostros se tocan, sus alientos se confunden Pero señor ¿en dónde estamos. Cómo esa pareja se atreve.... (p. 2b)

El escándalo es tal que, técnicamente, exige la presencia del sobrino para exteriorizarlo. El sobrino ratifica de palabra que tal es la forma de bailar en 1852 y, ante la apelación a la decencia y al decoro que hace el tío, -- se enzarzan en otro diálogo que, además de mostrar las -- diferencias generacionales, dibuja algunos de los usos -- particulares que rodean al tema:

—Tío, tío, cuando digo que es V. un pobre - hombre... Con que la polka, la polka mazurca, el vals polka, la redowa.... —Serán muy buenos bailes cuando se bailan bien; pero cuando se convierten en impúdico cancan, en un escandaloso chahu; cuando veo trocadas nuestras decentes reuniones públicas en los bailes de -- Mabille, Chateau-rouge y Valentino, me parece que soy presa de una diabólica pesadilla, apenas creo lo que viendo estoy y siento con toda mi alma el haber accedido á tus locas instancias. —¿Ahora me sale V. con esas, tío? Ya se vé, echará V. de menos sus alemandas, el gravísimo minué de la corte, el pausado vals de la reina de Prusia y de mas bailes del tiempo de doña Urraca. ¿No es verdad que aquello era preferible á esto? (p. 2b)

La respuesta del tío es evidente y le sirve para engolfarse en la descripción nostálgica que ni siquiera se aminora cuando el sobrino le pregunta si pensaría lo mismo de ser joven. La nueva respuesta —"Pensaría como pienso ahora, como he pensado siempre."— confirma el carácter de objetiva que se pretende dar a tal moral. El sobrino le demuestra, ahora de obra, que los usos sociales van por otros derroteros cuando enfila hacia una joven para bailar "una polka íntima" con "aproximacion, estrujones" y todo lo que su tío reprueba. Lo que parece batalla perdida para el tío queda en un victoria que, además de dudosa —dada la ventaja que se reserva de poder hablar el último frente a lo significativo de que haga el camino de vuelta solo—, quizá sólo sea formal a la vista de la poca virulencia con que se cierra este artículo plenamente costumbrista, plenamente dedicado a un tema habitual en el género y plenamente ubicado en Aragón sin

que necesite recurrir a caracteres geográficamente particularizadores:

Partió mi sobrino como una flecha; yo dejé el palco y el teatro; llamé á un sereno para que me acompañase a mi casa, y fui por el camino pensando en como hay padres, madres y hermanos que permiten á sus hijas y á sus hermanas, no digo el bailar, sino ni aun el ver bailar como hoy día se baila en nuestras reuniones. Adelantos de la época; progresos de la civilización. (p. 3a)

La serie, que combina elementos larrianos —temática teatral, filo en la crítica— con algunos emparentables con Mesonero —ciertos resabios moralizadores y necesidad de servirse del sobrino para censurar—, parece cerrarse con "Cosas de teatro" (36), también firmado por el costumbrista pseudónimo de Pancracio Cantaclero. Y quizá sea éste el único rasgo del género que persiste junto con los normalmente utilizados, pues, para hablar de los problemas económicos y organizativos en que se ve envuelta la compañía de teatro —empresario, actores y autoridades—, el autor no progresa técnicamente y se limita a referirlo por mediación del sobrino, quien vuelve a entrar en escena al uso:

Eran ayer las once de la noche; principaba á impacientarme la tardanza de mi sobrino, cuando al fin oigo recios aldabonazos en la puerta de mi casa; sale á abrir mi dueña, Quintaña y entra en el despacho mi esperado Blas. (p. 1b)

Y, si bien toda la explicación está elaborada literariamente, no carece de algún gracejo y pinta los entresijos de la actividad teatral zaragozana, queda en eso, en notificación y con tal puntualidad que arrinconan la representatividad. El mismo narrador parece prefigurar en su distanciada reacción —si no es regocijo solepado ante el "castigo divino" que sufren los malos actores— la frialdad a que conduce en el lector la pura utilización instrumental de la técnica costumbrista y a la que probablemente se debe el agotamiento de la serie:

Así dijo mi sobrino y yo me levanté para dirigirme hacia la cena, sin haber entendido ni -- una jota de tanta zambra, de tanta algarabía teatral: bien es verdad, que, según creo, lo mismo ha sucedido al empresario, á los actores, á la autoridad y al público. (p. 2b)

4.2.1.2.3.- Voces ultramontanas. Conservadurismo. Textos catalanes reproducidos: tipos (1851-1854).

Entre lo rescatable del olvido casi sólo en virtud de su función de contexto paracostumbrista que relativiza el valor de lo visto con más detenimiento, figurarían algunos trabajos por distintos conceptos. * "El tuteo del naturalizador" (37), debido a El Antiquo, presenta a un autor, escandalizado, que se muestra dispuesto

á combatir hasta donde pueda, esa costumbre de buen tono, exclusiva cuasi de la aristocracia, de tutear los hijos á sus padres. (p. 2b)

Si el pseudónimo no lo anunciara, cualquier párrafo con-

firmaría el ultramontanismo de lo que, a pesar de hablar de una "costumbre" y de su transformación, no puede considerarse estricto artículo de costumbres por la vehemencia explícita que conjura cualquier técnica que no sea el grito tradicionalista en bruto. He aquí una muestra:

la cristiana y antiquísima organización de la familia, centro de donde partían ideas de obediencia de sumisión y buen gobierno, verdaderos elementos de disciplina y subordinación para la formación de la gran sociedad nacional, se va desnaturalizando y transformándose, merced á los caprichos de la moda y á las exigencias de la elegancia. (p. 2b)

Y, si el pasaje no probase que el género costumbrista no es defensor del Antiguo Régimen por definición como a veces se afirma, el que El Antiguo reserva para el colofón quizá coadyuve:

Hay acaso mas distancia de un subalterno á un jefe, que de un hijo á un padre? (p. 3a)

Rondan el costumbrismo por diversos flancos trabajos como "Los estrechos" (38), "Círculos espiritistas" (39) y "Calamitas, calamitatis" (40), éste del mas conocido como versificador Ángel Vistuside. Por el lado de la noticia pormenorizada y prácticamente carente de elaboración costumbrista a pesar de lo que dice el pretítulo se acercaría "Costumbres de la Corte. Un día de besamanos" (41) cuyo autor, que no firma, pretende que el lector se extasie ante la evocación de Isabel II, que

descuella entre todas como una gallarda rosa - entre las demas flores del pensil ameno, como el águila real sobre las otras aves que surcan la region del viento. (p. 2b),

aunque de vez en cuando imposibilita su dudoso arte de convencer mediante gélidos comentarios:

Nosotros hemos procurado describir el primero [de los tipos del besamanos], por adornar -- nuestra narracion con todos los episodios que puedan embellecerla: prescindiendo o no de -- estos episodios, todos los demas son semejantes, y no tenemos para qué detenernos en bosquejarlos. (p. 2b)

La temática, debida al relato de viaje casi siempre, podría agrupar a títulos como "Una expedición á las cuevas de Monserrate" (42), de V.B.; "Viajes. Usos y costumbres de Buenos Aires" (43), de José Moreno, y "Una visita á la Sierra de Montilla" (44), de J.M. de A. "Los esquimales" (45), centrado en personas, aun resultando demasiado exótico --pero no excesivamente, pues hay trabajos sobre los chinos, los vampiros y los antropófagos-- acaso serviría de puente para un último grupo de artículos, dedicados a tipos. Estos, aunque no originales de El Zaratogozo, llaman la atención por mostrar que la difusión del subgénero en esta época también se detecta en Aragón, y como detalle, por proceder de periódicos no madrileños, sino catalanes. (46). Los sobresalientes serían: "El -- borracho" (47), firmado por S.L., de excelente factura basada en la técnica taxonómica de las fisiologías y concluido cuando se va a perder el tono jocoso que lo presi

de; "El pescador de caña" (48), sin firma, resulta menos sistemático que el anterior, con adherencias eruditas y tipo nominado —D. Casme— lo que, junto con otros rasgos, le aleja de las fisiologías y le aproxima al cuentecillo, como ~~que~~ es en su parte central, donde el mismo narrador se incluye como personaje; "Cocineros" (49), de L.F., preñado de erudición y casi reducido a loa de la profesión, queda prácticamente fuera del género y "Apuntes sobre los pollos" (50), sin firma pero debido a una mujer, ahoga en moralina la descripción de tales jovencuelos al referir una conversación oída —rasgo costumbrista pero desarrollado con un diálogo alicorto— entre una joven que los confunde —así se quiere pintar su ingenuidad— con las aves de corral y su redicha madre, a buen seguro trasunto de la autora.

4.2.1.3. La Libertad (1854-1856)

La Libertad es la transparente denominación del Diario de Zaragoza durante el Bienio Progresista que, abierto con la vuelta de Espartero a Madrid y la formación de gobierno con O'Donnell, restablece la Milicia Nacional, desarrolla las medidas desamortizadoras de Madoz, conoce un notable auge económico y recupera la ley progresista de Imprenta de 1837. El interesante material costumbrista de este momento podría agruparse en dos bloques. El primero, con los artículos de temática y

relieve distintos que jalonan las páginas de estos dos años y el segundo, con cinco series, alguna muy compacta y fundamental, que parecen confirmar una tendencia -- del costumbrismo aragonés ya advertida en periodos anteriores.

4.2.1.3.1.- Diálogo remitido. Facecias abaturradas. Larra y el carlismo (1854-1856).

"La coqueta" (51), de R.L., es un breve y discreto artículo de tipo que viene a representar el doblote femenino de "Apuntes sobre los pollos" e, igual que él, desdibuja la descripción y se desprende de su mínima punta irónica para perderse en morigeradas advertencias morales.

"Un buscapié" (52), alumbrado por Matusalén es un -- remitido al redactor que reproduce el diálogo mantenido entre ambos a propósito de los errores o "vicios latentes de la educación" y, aunque el tema no sea estrictamente revolucionario, por su forma de acceder al periódico y por estar dialogado emparentaría con los de tal -- ideología que eran propios del Trienio Liberal. En realidad, el artículo no llega a plantear cuáles sean los "disciplinazos" --cf. "zurriagazos"-- que necesitan esos errores, sino que se fragua como un conjunto de razones para no escribir un tratado sobre educación, que es precisamente lo que recomienda el redactor de La Libertad, al tiempo que se dejan caer las críticas solapadamente y --de ahí el título-- se sondea el terreno. Entre las razo-

nes esgrimidas, destacan la sexta, que propone que se escriba

en Zaragoza, para el bien de Zaragoza[...] bos quejando con el mayor decoro cuadros de la infancia de Zaragoza... (p. 2a)

para que los educadores afectados caigan en cuenta de sus defectos, y la séptima, en la que Matusalén ofrece un doble testimonio que afecta al periodismo: su mayor agilidad frente al libro y sus numerosos lectores potenciales:

porque el Diario Sr. redactor, le leen sin fastidio no solo los suscritores, sino tambien -- gran número de los que no lo son, y todos tendrán derecho á los saludables disciplinazas, -- sin gastar un maravedí. (p. 2b)

Además de los rasgos apuntados y otros como el motivo -- costumbrista de la visita, al principio, merece rescatarse del olvido la descripción, sintética y na reforzada, -- del tipo del dómine que hace el redactor:

--¿V. no me conoce? --No señor --¿Ni me adivina V.? --Si el hábito hiciese el monje, tal vez; porque esa levita con trabillas, esos pan talones deshilachados por su vencidad con el suelo, ese alzacuello misto de clérigo y abate, ese gorro negro y esos espejuelos no pueden -- convenir mas que á un maestro de niño ó á un esclaustrado. (p. 1c)

El anónimo "Recuerdos del cólera" (53) no es evocación dolorosa de la epidemia, como podría sospecharse, -- sino concatenación de cinco anécdotas dadas por verídicas

y glosadas aunque el comentario suele desgraciar la sal que pueden contener. Valga una muestra sin el añadido:

En el Pilar una mujer decía: "Señora dile á tu Hijo que qué saca de enviarnos el cólera si tan malos seremos de un modo como de otro".
(p. 2h)

A la larga, tales farsitas quizá supongan más interés - para la historia del chiste abaturrado de lo que para el costumbrismo tiene la declarada - pero no resuelta en técnica - actitud amodorrada de su recopilador:

Mientras duró el miedo á esta epidemia y la causa de tenerle iba yo con mucho cuidado - por las calles recogiendo con disimulo cuantas expresiones oía á unos y á otros al contarle - lo que pasaba ó habían oído. No tuve la curiosidad de apuntes, y lo siento, pues me parece que hubiésemos leído algunos ratos. Solo por su originalidad he procurado no olvidar algunas cosas que creo divertirán un poco á los que las lean. (p. 2g-b)

Queda tanto ó más alejado del género "En un baile de máscaras" (54), composición en verso de un Gilberto que se lucirá más en la prosa de varias crónicas semanales que escribe durante 1855 y 1856. "Invencion del miriñaque" (55), subtulado "Cuento", es una extensa poesía - polimétrica que Conrado Manuel Soriano dedica a Agustín Sevil de Miñis más destacable por tratar de un objeto de reciente moda e intentar su ridiculización por vía humorística que por el resultado algo insípido y nada descriptivo. (56)

Entre todos los artículos no originales de La Libertad, el que más razones tiene para hacerse notar es "Nadie pase sin hablar al portero ó los viajeros en Vitoria" (57), de Larra, por su temática carlista seis años después -- de acabada la segunda guerra, por sus casi veintidós años de existencia --es del 19 de octubre de 1833-- por haberse publicado anteriormente en el Diario de Zaragoza -- el 24 de octubre de 1833--, por estar reproducido, no de la Revista Española donde apareció originalmente, sino de El Progreso Barcelonés y, en fin, porque al margen de todo esto, prueba la vigencia del prestigio de Larra en el costumbrismo aragones. --

4.2.1.3.2.- Series.

4.2.1.3.2.1.- Ferico El-de-mas-allá.

4.2.1.3.2.2.- Juan Aquel.

"Californias. Año 1857" (58), firmado por Ferico El-de-mas-allá, abunda en el tema del miriñaque y, aunque -- lo hace más descriptivamente en la anécdota en primera persona que encierra y con más gracia que Soriano, presenta algunos detalles más curiosos como el estar escrito con versos no identificables gráficamente --el texto parece prosa con ecolalia-- y más sustanciosos, como el ser el final de una serie que conecta en tono amigable con -- otra firmada por Juan Aquel titulada "Alto de la Bernardo na" y, por esto mismo, puede servir de puente para acceder

a la observación de otras series, más cuajadas y de valor costumbrista más subido.

4.2.1.3.2.3.- El progresismo clarividente de Maese Pedro (y Viborezno): esparterismo y revolución en Zaragoza; - guiños antimonárquicos; el oportunismo de los "ínclitos mamones"; ¡Démos con el mazo!; más enemigos de la revolución (julio-agosto de 1854).

Vaya en primer lugar la debida a Maese Pedro, cuyo primer artículo, "El Retablo de Maese Pedro" (59), puede proporcionar el título genérico de los cuatro que -- la componen. Dos partes bien diferenciadas constituyen la introducción de este artículo que, por otra parte, -- podría subtitularse * "Presentación". En primer lugar, una apretada referencia --iniciada mediante la fórmula -- habitual de los cuentos aragoneses-- a la revolución tal como se ha experimentado en Zaragoza:

Pues señor ya nos hemos pronunciado; ya, al sacrosanto grito de libertad, levantó la - cabeza el león de Augusta, sacudió su melena - y lanzó un rugido capaz de aterrar á los mismos gigantes de la Audiencia. Ya vemos dentro de - nuestras tapias de barro, vulgo muros, al ilustre Duque de la Victoria, ídolo y esperanza -- del pueblo, como dice muy bien nuestro íntimo amigo. Ya tenemos una Junta de Gobierno...
(p. 1a)

La ironía vertida en estas líneas se completa con la panorámica que permite la experiencia decantada en escepticismo:

"Ya hemos triunfado" esclaman estos, ébrios de entusiasmo: "ya hemos reconquistado nuestra libertad" gritan aquellos, que novicios en esto de revoluciones ó flacos de memoria, olvidan lo pasado y no miran al porvenir. "La Patria se salvó", añaden los de mas allá al escuchar el marcial himno del héroe de las Cabezas... --
(p. 12-3)

En segundo lugar y como paso significativo de la denotación y la connotación a la técnica costumbrista, la contención en la euforia y la relativización histórico-social se transforman en personajes y artificios específicos para el perspectivismo crítico. El autor se identifica como narrador-creador de una realidad literaria capaz de representar la extraliteraria --la cervantina ficción-- dentro de la ficción-- y de hacerlo de forma totalizadora --toda la sociedad en el retablo-- y autogeneradora --sin limitaciones --especialmente, temporales y de ahí el carácter programático del pasaje--; además, la actitud asmodeica del narrador, ya advertida en su contemplación distante, se combina con las asimismo asmodeicas de un --artificio que --al modo de los anteojos, el sueño y otros recursos similares-- permite diseccionar la sociedad, y la de la ayuda y guía que supone la pareja amo-criado, --cuyos nombres simbólicos y cuyas diferencias de edad, de experiencia y proceder aún añaden otros tantos elementos críticos propios del costumbrismo. Esto, como mínimo, --es lo que se puede deducir del texto en cuestión:

en medio del público entusiasmo, Maese Pedro, servidor de ustedes, suhe a su desván, sacude el polvo á su retablo y se prepara á dar espectáculos sorprendentes, estupendos á sus carísi-

mos paisanos y á los que no lo sean. Mi doméstico, llamado Viborezno, me acompaña; y ambos principiamos á preparar los muñecos que han de jugar en nuestras próximas representaciones. (p. 1b)

Hecha la declaración de objetivos y medios en la introducción, el resto del artículo es la presentación de esos muñecos o personajes instrumentales de que se van a servir los personajes oficiantes, un esbozo de posible argumento para la primera representación y la convocatoria formal tras este ensayo. Como es de suponer, la revista que se pasa a los títeres, por su propia representatividad y por los comentarios que merecen a narrador y ayudante, constituye una representación, la número cero si se quiere, pero no menos efectiva por ser amago de las que van a seguir:

Aquí está, señor, la plebe ¡Válgame Dios y cuán mal parada la encuentro! Mírela usted; la polilla le ha dejado en cueros: allá vá == Trátala con cuidado, Viborezno: el pueblo es digno del mayor respeto. (p. 1b)

Repartido el asmodeísmo de esta manera entre Mause Pedro y Viborezno, tras la defensa en lugar tan destacado de la causa popular, siguen otros cinco personajes colectivos, en original confluencia —debido a la técnica empleada y la época del texto— de auténticos tipos costumbristas, papeles dramáticos generales —y aun particulares de las Danzas de la muerte y obras emparentables de Gil Vicente, Quevedo y Torres Villarroel—, estamentos feudales y clases sociales contemporáneas: patriotas, "curas

y dignidades eclesiásticas", empleados, "reyes y reinas", y aristocracia de sangre y de dinero. De este último grupo comenta Maese Pedro, retomando lo apuntado al aparecer "la plebe" y la declaración de intenciones:

Tráe esos condes, esos duques, esos marqueses, esos banqueros; sus palacios, sus trenes, sus caballos, con todos ellos representaremos bailes, banquetes, orgías, zambras y escándalos. Ofreceremos al mismo tiempo la miseria del pueblo, su esclavitud, sus lágrimas; la inmundicia cubierta de oro y en esplendidos salones; la virtud envuelta en harapos, habitando cuevas; los malvados magnates en el poder comprado; los honrados ciudadanos en los calabozos, en la emigración, en los presidios. Vamos, vamos, Viborezno; no perdamos tiempo; los momentos son preciosos. El pueblo tiene un día de huelga y es preciso aprovecharlo. (pp. 1c-2a)

Tras esto, Viborezno expone como posible modelo de representación un caso concreto que, aunque resuelto en tono humorístico y aun bufo es revelador de la actitud crítica de Maese Pedro. Presentado como

un pronunciamiento que muchas veces he oído contar á mi tío el albeitar de Cosueña [...] que sucedió allá en Galicia por los años de 1808. (p. 2a),

y, por lo tanto, con aire de anécdota tradicional o chascarrillo arraigado en Aragón, refiere que en un pueblo gallego, al querer imitar a los madrileños, se solicitó un motín del alcalde y éste, para evitar mayores problemas, tuvo a los lugareños tres días recorriendo montes y barrancos al grito de "viva el motín". Al cuarto, aborre

ció e y cansados,

juraron por el vencedor de Clavijo que no volverían á uertinarse aunque no dejasen los franceses ni aun los reyes de la baraja (p. 2c)

Representado de esta forma —teóricamente, una escena que complementa a los tipos del retablo— el peligro de que la cojunción de la acción mecánica e imitativa y de los intereses de quienes quíerán seguir detentando el poder lleven a la desvirtuación de los impulsos —o necesidades— revolucionarios populares, el narrador, como al principio pero más explícitamente, se dirige a los lectores-espectadores de la capital de Aragón mediante un formulismo que es, al mismo tiempo, lema costumbrista colocado al final, preservativo tópico —"pinto, no retrato"—, cierre del artículo y reclamo para el siguiente:

Conque, anados Zaragozanos, os ofrece su retablo Maese Pedro: acudid cuando os llame mi tamboril; cosas vereis estupendas, y oirais verdades como templos, diciendo con Iriarte

"Y pues no vitupero
señaladas personas,
quien haga aplicaciones
con su nan se las coma."

(p. 2c)

Sin solución de continuidad, "El Retablo de Maese Pedro. Primera representación" (60) comienza con la convocatoria prevista en forma de leitmotiv que, variado según convenga, jalonará los inicios y partes de las "Representaciones":

Tan tarantén, tan tarantén,
ya mis muñecos prontos están. (p. 1a)

El artículo, que forma un todo con el anterior y los siguientes, se resuelve como una escena —en sentido teatral y costumbrista— con sus anotaciones incluidas, dedicada a una apretada historia del proceso que, arrancando de la situación en el Antiguo Régimen y pasando por la Revolución Francesa de 1789, desemboca para los españoles en las esperanzas depositadas en Espartero. Los brochazos impresionistas del compendio evocan con ardor revolucionario la explotación a manos de los poderosos :

"Mas oro.... mas oro...." esclaman en coro los magnates. "Aun podemos sacar mas; duro en el pueblo; impuestos sobre impuestos; cuanto el pueblo tiene es nuestro: trabaja, labrador; negocia, comerciante; afánate, artesano; cuanto coges, cuanto ganas, nos pertenece: sufrid vosotros, gozemos entretanto; llored, imbeciles; nosotros bailaremos al compas de vuestros sollozos." Ahora, señores, dice el pueblo -- "Piedad, no podemos mas; dejadnos, siquiera, pan de centeno para nuestros hijos; piedad", y contestan los magnates "A la cárcel con los importunos, á Filipinas, á presidio." (p. 1)

y su oportunismo:

Ahora salen las tropas de los magnates; algunos de sus gefes abandonan á los buenos con quienes habían conspirado contra los malos. "Pero, mi amo, eso se llama doble traición". --Calla, Viborezno, y cuida de los muñecos; que de esas dobles traiciones estamos viendo á cada paso." (p. 1c)

y no faltan, para terminar, los guiños anti-monárquicos ya insinuados en la "Presentación":

El pueblo triunfa pero el palacio no cede. La reina quiere asomarse al balcón; se oponen los palaciegos y ella no insiste. Asegúralo, Viborezo la corona, mira que se le cae. No puedo, ni amo, hasta que concluya la representación. —Adelante, pues, y no te distraigas. (p. 2c)

La "Segunda Representación" (61), dedicada al momento histórico coetáneo y sus expectativas, modula ambos aspectos pasando de la escenificación habitual a la cuasi aranga directa. Para abordar el tema específico de esta ocasión —el peligro de desvirtuación de la Revolución—, Maese Pedro hace actuar a los personajes más enemigos de los avances logrados en forma de tipos aconotáticos. El artículo se abre con la no desacostumbrada pincelada de irónico recelo:

Tan tarantaa, tan tarantaa,
"vive quien vence" es buen refrán.

En este país que ven ustedes, señores, acaba de hacerse una revolución; es decir, dicen que se ha hecho. Lo cierto es que ha habido sangre, que se oyen todavía lamentos de viudas y de huérfanos [...]. Toca, Viborezo, el himno de Riego... Bravo, magnífico: esto es lo que se llama una revolución. (p. 1a)

Concedido así que ha habido revolución, Maese Pedro, para ir demostrando que no está consolidada, llama la atención sobre "una porción de pajarracos sin pluma" (p. 1b) que se esfuman cuando "mil y mil cazadores" van a buscarlos

a palacio. Más de cerca, identifica a los pajarracos — como tipos políticos. Su bosquejo global — que incorpora elementos folklóricos aragoneses — es contundente:

Vean ustedes, señores, toda esa gente -- que corre; llevan togas, peñas, solana y manteo, cintas y cruces, bastones, chafarotes, -- etc. etc. Estos pertenecían á las filas del ejército polaco. Durante muchos años, muchos años han hecho una guerra encarnizada á sus enemigos; ahora al ver a sus jefes derrotados, corren -- como galgos.... ¿Huyendo? No, señores; corren á colocarse los primeritos en las filas del -- ejército vencedor. ¡Oh, ínclitos mamones! -- ¡Oh camaleones sapientísimos! ¡Oh, Proteos -- mas listos que las ardillas del Pirineo! Para vosotros es la breva y aun los higos de Maella y de fraga; verdaderas botargas políticas, espuma de jabon sobrenadante, veletas giratorias -- yo os admiro. (p. 1h-c)

Al particularizar, Maese Pedro se ceba en tres tipos: el empleado de rentas que, de perseguidor de los "anarquistas" y "ojalateros", se transforma en "bullanguero" y se elige a sí mismo jefe político para dirigir la revolución; el secretario de personas influyentes que, habiéndose dedicado a conspirar, delatar e intrigar contra los liberales, se hace pasar por revolucionario publicando artículos patrióticos en la prensa madrileña; y el general "polaco" que, tras ir en busca de los sublevados "para cascarles las liendres", al ver que su jefe, — el general Longinos — hoye, asume el mando, se pronuncia y,

como Don Simplicio Majaderano y cabeza de buey, renuncia generosamente a triunfar de los enemigos... (p. 2a)

Exhibidos a la pública contemplación los enonigos camaleónicos de la causa popular, el autor procede a pergeñar el previsible desarrollo de los acontecimientos si los "ínclitos mamones" no son separados del poder, como se advierte en otras partes del mismo periódico(62). Comenzarán por obligar al pueblo a reconocer que ha habido "deplorables equivocaciones", proseguirán bautizando a los antimonárquicos y anulando a Espartero,

con que los antiguos y furibundos republicanos entonen laudes al trono, con acompañamiento de violón tocado por un horradísimo pero demasiado crédulo general... (p. 2b),

conseguirán tapar las bocas de los revolucionarios con los mismos lemas esgrimidos por éstos y, concluye el autor,

estén ustedes seguros de que á la vuelta de poca tiempo se lo lleva todo el demonio, y volverán los polacos, y desarmarán á los patriotas, y los llevarán á filipinas, y á presidio, y -- los fusilarán, y (p. 2b)

La parte final del artículo se convierte, sin que sorprenda, en apelación directa al lector-ciudadano. Pero Maese Pedro, aunque vierte en ella la consigna --"Demos con el mazo y no nos durmamos en las pajas" (p. 2c)-- , no la convierte en simple arango, sino que mantiene la ficción proyectando sobre sí mismo --como director escénico, como escritor libre-- la catástrofe que intuye:

¿Qué sería entonces de mi retablo? ¿Qué -

harían con el pobre Maese Pedro? (p. 2c)

y le refuerza al evocar la anécdota de la primera entrega que vincula al conjunto de "Representaciones" y a sus elementos:

si se imita ahora el motín de los gallegos, - que contó Vihoroyno el otro día, procuraré coger á tiempo mi retablo y no pararé de correr hasta la China. (p. 2c)

La "Tercera Representación" (63), que, al parecer, es la última, se ocupa de quienes, no ya por las apariencias sino por definición, son enemigos sistemáticos de la revolución: los poderosos vestigios del Antiguo Régimen. - Y, a distinto peligro que denunciar, el autor previene - distinta ambientación, distinta ubicación, distintos -- personajes; lo que da pie a arbitrar nuevas técnicas, o, si se quiere, nuevas funciones para las ya conocidas en momentos similares y que, combinadas con las fundamentales ^{de} "Retablo", arrojan un original balance. Básicamente, el artículo simultanea, y por vía doble -- técnica y temática --, el subgénero de escenas y el de tipos sin que el fenómeno suponga regresión en un momento de la historia del costumbrismo en que el tipo se ha emancipado. En cuanto a la escena como soporte de la ficción, el autor acota un ámbito distinto del pueblo gallego y del palacio madrileño:

El teatro representa, señores míos, una - lóbrega estancia con muebles y adornos del siglo pasado. (p. 1a)

Los títulos de la representación son anunciados sobria - pero suficientemente:

De la misma fecha son los cuatro personajes que ven ustedes sentados en ese canapé y en sus dos vecinas sillas de moscovia. (p. 1a)

Cuando Masque Pedro describe sus pormenores, quedan convertidos en tipos costumbristas hasta en la adjudicación de nombres simbólicos que objetivan la ironía con que son pintados. El padre Honobono de Castellote es un

ex-reverendo mercenario, furibundo realista y predilecto amigo que fué del obispo Abarca y del padre Cirilo. (p. 1a);

don Ibo Sanquiuele representa al

antiguo empleado en Espulias y vacantes y actual alistado en el innumerable ejército de los cesantes. (p. 1a);

doña Circuncisión Desamada es

mujer de cinco pies y algunas pulgadas, de una obesidad insolente, rica propietaria, viuda de un intendente de Puerto-Rico, que pasó á mejor vida víctima del trágala en el año 22. (p. 1a)

y don Valentín Absoluto reúne las condiciones de

usurero implacable y feroz ex-capitan de realistas. (p. 1b)

Introducidas las dramatis personae, la escena del "Retablo" pasa a ser un diálogo entre ellas formalmente identificable

con los publicados durante el Trienio Liberal. Sin embargo, no se trata de un uso atemporal del artificio: -- basta advertir que el antiguo observador asmodeico, -- narrador-personaje fundamentalmente testigo, se ha transformado en el creador omnisciente de la ficción. El antiguo cuadro de costumbres se convierte así en artículo del subgénero de escenas con características revolucionarias en perfecta adecuación con el pensamiento mostrado por el autor. Tácticas e ideología se interrelacionan y explican mutuamente sin que este progresismo haya tenido que abandonar los moldes del género por ineficaces, sino que los ha hecho evolucionar, ensanchándolos. El diálogo se modula en tres fases perceptibles según el plan general de la serie. La primera, constituye una exposición de las costumbres y maquinaciones habituales de los tipos ultramontanos mediante una transcripción de lo "oído" -- acotada mínimamente por Maese Pedro que representa una autodescripción de los interlocutores in fieri con las particularidades de las observables en el Trienio Liberal. El parlamento de don Valentin Absoluto, apretado -- historial de los de su cuerda, puede servir de muestra:

== " [...] Yo en 1814 tiré del carro triunfal en que entró en Madrid nuestro muy amado monarca Fernando 7.º, yo fui de los mas consecuentes absolutistas hasta el año 20, en cuya época, me colocaron á garrotazos una cinta verde en el sombrero; pero, gracias á Dios, devolví con usura los garrotazos el año 23; fui de los primeros voluntarios realistas y atesté de negros la cárcel y la inquisición. A los que se habían contentado con cantarme el tránala les canté yo La pitita, teniéndolos en chirona largos meses y dejándolos arruinados; á los --

que me dieron laña el año 20, los hice emigrar al otro mundo el 23; no me gusta deber nada á nadie." (p. 1b-c)

La segunda, es un repaso de los puntos flacos que presentaban los progresistas y sus defectos endémicos. También es don Valentín quien en esta ocasión formula el deseable desarrollo de los acontecimientos o, si se quiere desde el punto de vista de Maese Pedro, la premonitrice y clarividente conciliación de males que acabarán con la revolución y confiterán sus tesoros:

" [...] van organizando la milicia nacional á peso de tortuga [...] procuraremos enviar gente nuestra [a las Cortes], aunque para ello sea necesario que se disfrazen de revolucionarios. [...] ellos mismos darán crédito á nuestras calumnias; se gastarán el Duque, -- O'Donnell y comparsa; y antes que quiten los freiles [...] ; antes que el Concordato vaya por tierra; antes que vendan los Bienes del clero; antes que ajusten las cuentas á palacio [...] los hundiremos; los esterminaremos; -- y plantando una cárcel en cada calle y una inquisición en cada esquina, no dejaremos un liberal ni para un remedio y consolidaremos sobre bases indestructibles el imperio de la religión y del trono." (p. 2a-b)

Hasta aquí parece reproducirse el funcionamiento del diálogo del frienio Liberal en su variante que presenta a los enemigos de la libertad envalentonados como toque de atención para los confiados liberales. Sin embargo, queda una tercera parte en el artículo que modifica tanto la escena dramática de los títeres como la costumbrista de los tipos y esta innovación no carece, en consecuen

cia, de implicaciones para la ficción de la serie. Si el talento revolucionario de Maese Pedro como creador le llevaba a pintar tipos y escenas en un acto donde tan importante era el resultado como la exhibición del poder asumido para conseguirlo, la interpretación de la temática —peligro de devirtuación de la revolución y de su ulterior aniquilamiento— y la técnica —títeres que representan lo pasado y lo presente— hace que los tipos ultraconservadores se "subleven" y, usurpando el poder a su creador, se reparten papeles y pinten una escena —contraria a la voluntad de éste para adueñarse del futuro:

== " Una vez enterados ustedes del plan salvador [dice don Valentín], resta únicamente repartir los papeles. Usted, padre Homobono, escriba á Barcelona a nuestros amigos de La Escuela de la virtud: que continúen teniendo á aquella ciudad en continua alarma, y en combinación con los gefes carlistas para aprovechar el momento oportuno. [...] y yo, señores, estaré en todas partes, cantando con unos, bebiendo con otros, formando en las filas de la milicia y haciéndome el Marat de esta revolución, hasta que entre todos demos con la revolución y con los revolucionarios en el infierno." (p. 2b-c)

Así, la original combinación de componentes costumbristas del Trienio Liberal, de Larra, de Modesto Lafuente y de los artículos seriados explica que elementos como lo teatral, la pareja, el diálogo y las cajas chinas, cambien sus funciones y que la ficción costumbrista, el artificio de la serie, la temática y la acción se unan para mostrar al lector unos tipos que pueden dar al traste con la libertad tal y como los títeres acaban haciendo en este artículo y quizá con la serie del "Retablo".

4.2.1.3.2.4.- Gilberto y las "Revistas de Zaragoza": costumbrismo urbano con tipo auxiliar (Dña. Sevigia, vieja coqueta) (1888).

El conjunto de "Revistas" que escribe Gilberto podría considerarse como una serie abierta de artículos donde se tiende a homogeneizar la crónica ciudadana de Zaragoza con comentarios oportunos por aneddotajes que corresponden a la técnica del costumbrismo cuando la actitud real que adopta el autor para poder informarse acaba por llegar al papel convertida en el artificio de la actitud esotérica.

En "Revista de Zaragoza" o * "Ecos de Carnaval" (64), por ejemplo, se está entre la evocación de unos bailes puntuales y la descripción —o su esbozo— de escenas genéricas:

La cuaresma con sus lánguidas facciones rodeada de los ayunos y los rezos ha sucedido á los agradables compases de las pulkas y deliciosos giros del vals, ya no se oye el penetrante "te conozco" de un domino color de rosa ni las carcajadas de un arlequin con cascabeles, ni el chocar de las copas, ni el estampido de las botellas de champagne... (p. 15).

fenómeno que parece más claro —incluso con sus toques de ironía costumbrista— cuanto más concreto es el acontecimiento real que se toma como punto de partida:

Los salones de gran toro, vulgo Saldaña y Orientales, han estado no menos concurridos el Domingo de Piñata que los días de Carnaval y anteriores, reinando siempre en ellos esa franqueza y tolerancia llevadas á su mas alto grado que contribuyen poderosamente á hacer aceptable este género de reuniones donde se baila con capa, se fuma puro y se permiten á ciencia y presencia de los espectadores otras cosillas de mas ca libre que me reserva; en cambio ofrecen además la ventaja de ser transportados los concurrentes en magníficos carruajes tirados por briosas corceles y por la mezquina retribución de dos cuartos á sean ocho maravedís. Y luego se dirá que no adelantemos en el presente siglo. (p. 15-c)

Si la mención de la actividad teatral y la reseña, escueta, que Gilberto hace de los actos conmemorativos del aniversario del 5 de marzo re-

quedan el carácter puro de "revista", lo costumbrista vuelve a tener la referencia a las escenas que se contemplan —con la escasez de "hermosas niñas de la bordica"— y podrían contemplar —con su abundancia, según señala "una colección de salteros, fcos como ellos solos"— en

el paseo de Terrero, centro especial de la juventud fashionable zaragozana... (p. 21)

y cómo aumenta cuando, hablando de gallinas y gallos, Gilberto echa

una puntadilla sobre ese tercer piso del teatro principal en relación con el nombre de cazuela y vulgarmente con el de gallinero, por ser localidad reservada a ellas, gallinas y pollas... (p. 22),

"puntadilla" que llega a cristalizar en otro apunte de escena donde, — además, el autor se configura a la manera asmodeica como narrador, personaje y persona:

Los que, como yo cuando asistan al teatro llevan el doble objeto de recrearse con la función y fisgar y oscudriñar cuanto pasa á sus alrededores indudablemente que habrán podido — observar las diferentes líneas telegráficas establecidas entre el departamento femenino y la tertulia, platea y algunos otros puntos. Los juegos significativos de las miradas y guiños, ó por mejor decir, los juegos gemelo-mímicos están á la orden del día. Ignoramos si así lo prescriben las ordenanzas del autor, pero las baterías de cristales no cesan de hostilizarse durante las representaciones mal que lo cuadre á la lucerna, testigo pacífico de semejante lucha. De aquí — han resultado algunas pasiones inesperadas y se susurran tres ó cuatro enlaces próximos á celebrarse. (p. 22-c)

Y, de nuevo, si el autor, al figurar como persona y al referir acontecimientos tan precisos, aleja el costumbrismo en algunas partes de la "revista", ésta, al final, vuelve a incidir en el género y más decididamente. Casi repitiendo en el artículo el proceso que se da en el género, lo costumbrista se aquilata, no ya con otra escena, apuntada o plena, sino con un tipo: Doña Remedja. Esta es vinculada —como hermana— con otro personaje auxiliar del que el autor ha echado mano previamente; pasará a ocupar el papel ancilar en la pareja costumbrista recién formada, pero Gilberto, antes de anunciar que en la siguiente "revista"

va a dar "algunos personajes de este tipo social", la extruce de la es-
cena de gallinero y destaca varios significativos para identificarla:

-A mi solo me gustan las lunetas de ócuola. Allí se está cé-
modamente, se domina todo... la mira á una... y en fin...
Doña Remigia cuenta sesenta Navidades; es viuda en terceras
nupcias, toma rapé, gasta peluca y... se hace la ilusión de
que la miran, gracias á su sobriñita, hermana rubia de quin-
ce Abriles que la acompaña. ¡Oh senectud incomparable!
(p. 20)

En *"Doña Remigia" (66) se confirma lo que Gilberto anunciaba en
cuanto a describirla con más detalle y la tendencia a dárle de más rele-
vancia a lo costumbrista que a la pura crónica. Tanto es así que el -
artículo no se reduce a una simple inversión cuantitativa de los ele-
mentos que componían el anterior. Todo él se vertebra sobre una logra-
da síntesis cuyo material, génesis y resultado están insertos en el -
texto y son, al mismo tiempo, su explicación. Así *"Doña Remigia" es--
una escena basada en el diálogo y nacida de la fusión de la crónica za-
ragozana y la descripción de un tipo no necesariamente condicionado por
el lugar geográfico donde es ubicado. Comienza con el motivo del narra-
dor-personaje visitado en su habitación. El visitante es Doña Remigia,
caracterizada como una ridícula --pero más simpática que detestable--
anciana fashionable que coquetea y se ruboriza como una jovencuela pri-
meriza en amores. Lo bosquejado en el artículo precedente va a ser de-
sarrollado a lo largo de todo éste mediante una breve anécdota que de-
fine al tipo en acción. La minuciosa descripción de su atuendo consti-
tuye el prólogo:

Doña Remigia se encuentra hoy encantadora, admirable; lleva
un vestido glasé claro guarnecido de seis volantes pequeños
y cuyas puntas delicadamente festoneadas presentan un con-
junto maravilloso; sus pronunciadas, aunque fingidas formas, dan
á su talle la esbeltez de una colegiala de trece abrilos; lle-
va un bordado cuello á la mosquetera, sujeto por una ancha -
cinta de color naranja, cuyas longitudinales puntas vienen á
caer negligentemente sobre un blanco camisón de fina hule-
da. (p. 18)

El diálogo que mantienen Doña Remigia y el narrador sigue su curso --
equidistante de la ironía y el apago afectivo. Comienza con comenta-
rios galantes de la dama que Gilberto --caracterizado como periodista

aplaudido por las mujeres-- rechaza cortemente. Ella, preocupada por el qué dirán al visitar a solas a un hombre; él, alejando sus temores con tanta cautela por el temor a ofenderla que se transforma en adulación equívoca. Así, cuando el narrador le confirma que corren riesgos al estar juntos como hombre joven y mujer "fresca, alegre y bulliciosa", respectivamente, que son, Doña Remigia

se compone los buñós de su peluca con mucha gachonería la -
neca á la cabeza, tose y se reclina suelto sobre la butaca dejando descubrir un pie calzado con bata color de barquillo.

= Usted me ruboriza, amigo mío, con sus lisonjas y me obligará á retirar...

= ¡Ay! no señora, por Dios por todos los Santos.- Permanezca V. unos momentos más, pues el ícaro de sus hermosos ojos...

Doña Remigia se pone colorada, tose de nuevo y varía de posición en el asiento. El autor saca el pañuelo, finge que se suena y ríe como un bobo con el mayor disimulo. (p. 1b-c)

La pintura del tipo comienza a entrelazarse con el cometido básico de la serie cuando Doña Remigia declara al autor que el objetivo de su visita era "escuchar la lectura de la revista". Con esta particular fusión de los temas del artículo, Gilberto no sólo logra superar la nueva yuxtaposición de elementos costumbristas observada en la "revista" anterior, sino también consigue una nueva modalidad costumbrista. Esta correspondería a una interesante variante del artículo "autófago" desde el momento en que el autor hace coincidir la "revista" con el acto de redactarla y convierte al tipo que describe en personaje auxiliar que, como lector —mejor, oyente— privilegiado que es, se sitúa —lo mismo que el autor mediante la ironía— en la aparente línea que separa la ficción de la realidad y es, simultáneamente, tipo que se autodescribe, coprotagonista, casador y —al modo cervantino y sin advertirlo— testigo de todo el fenómeno. Gilberto da pie para todo esto cuando, al no poder satisfacer a Doña Remigia,

= La revista... eh? efectivamente, así la tenía ofrecido; pensé escribirla, pero... (p. 1c),

a un mismo tiempo evita que se desvirtúe la andadura del diálogo presentando a la doña como musa inspiradora,

Si ... hubiera estado usted á mi lado, quizá contemplando los atractivos de esa interesante fisonomía... (p. 1g),

imbrica lo condicional con lo real — la hipotética musa es personaje de hecho— y efectúa limpiamente la transición a la parte del artículo que dedica a "revista" haciendo que ésta se configure ante el lector — como enumeración ante la oyente de materiales insuficientes para que — se llegue a redactar. El resultado es que la ironía del autor en el diálogo obtiene un correlato en la distancia que separa al lector del oyente: lo que para uno existe, para la otra no y así ésta no pierde lo fundamental candidez que preserva su condición de tipo:

= No obstante la escasez de novedades para confeccionar una revista puedo decir á V. que á pesar de lo avanzado de — la cuersera el teatro principal ha tenido muy buenas entradas en la tercera semana de Marzo. (p. 1g)

De esta forma, Gilberto comenta los números circunses y, con benignidad y mayor extensión, la puesta en escena de un drama sacro, sin que olvide reseñar la actualidad en los paseos de Torrero y de Santa Engracia, bastante escasa debido al mal tiempo. Es esta circunstancia la que da pie a que retorne el protagonismo la escena-diálogo que pinta al tipo de Doña Remedios:

Usted habrá experimentado quizás con arto sentimiento...

= ¡Oh! sí. No se puede V. imaginar cuán sensible es para mí verme privada del paseo.

= Ya lo creo... La juventud necesita sensaciones y á — falta de otras mayores el paseo es un recurso que no debe mirarse con indiferencia. (p. 2b-c)

Los elementos conjugados parecen soldados cuando el autor hace observar a Doña Remedios la razón que tiene para no escribir una revista y a ella le sugiere —sin saber que ha actuado como musa realmente no que se está consumando lo que propone— que escriba lo que ya lo está para el lector.

= Escriba V. entonces un artículo sobre cualquier cosa... sobre el amor por ejemplo

= El amor? (Ya apareció aquello.) No es mala idea... si usted se prestare á ayudarme...

Doña Remedios calla, baja los ojos, suspira y juega con

la cadena de su reloj. El autor continúa riéndose.
= Si no fuera tarde, quizás...-

Pero aún no ha terminado la escena ni el trabajo pues, formado —en lo referente al tipo— este doblote con la mecánica real-fíngida de lo — que afectaba a la revista, la pescadilla que se muerde la cola no acaba de soltarse debido a la abrupta y fugaz aparición del hermano de Doña Remigia que habla con el autor de

política interior y exterior, de la marcha de los negocios — públicos, de la Asamblea... (p. 2c)

Ampliada así el juego técnico del artículo y completado con un nuevo — tema y un nuevo tipo, la labor de Gilberto parece redundante y, sin embargo, aún reserva una sorpresa al lector pues, además de doblarse en autor y personaje —incluso de "el autor" con que se describía pasa a escribir en primera persona— hace que todo el artículo juegue a ser metaartículo consolidando todos los artificios —aun el temporal— y — los logros —interrelación, nada regresiva genéricamente, de tipo y es — cena— al rematarlo como tema de sí mismo con las mismas pautas utilizadas para el tema del tipo y para el de la revista:

y un cuarto de hora después aliéndome solo en un gabinete escribía lo que sigue:

== Ya he cumplido en parte mi promesa. Mis lecturas concen a Doña Remigia... Enamorada tímida como una gacela y — tierna como un tallo de berengena, sueña con el amor después de haber cumplido doce lustros. ¡Oh prodigios de la naturaleza! (p. 2c)

Unas veces, la "revista" parece marco demasiado estrecho para la pluma de Gilberto y de ahí los comentarios, las digresiones y las técnicas no imprescindibles pero tampoco desafortunadas; otras, es la habilidad para rellenar una cuartilla cuando no hay materia específicamente revista lo que más le acerca al costumbrismo. Entre la variada gama de productos resultantes, quedaría reducida a la condición del subsuelo magnético la mayor parte de sus trabajos (66). En tal contexto puede aflorar, aquí y allá, la mención de "costumbres", como en * "Eierzo, estrujones y yerros" (67), título que quiere condensar lo que Gil-

berto apunta sobre los miranos en buca de faldas levantadas por el viento, las aproximaciones físicas de "pellos" y "pullas" a la entrada y la salida de los Oficios de Semana Santa y a los nacenos consentidos por las madres de hijas casaderas que se contemplan en los balcones al paso de la procesión del Santo Entierro; y en *"Octubre toca a su término" (69), donde, además de una paráfrasis sobre los festejos de las fiestas del Pilar, el autor esboza las escenas invernales que se avecinan en torno a la chibenea jugando a la lotería o contando historias. Con todo, este tipo de "revista", por más notas sobre costumbres que encierre, no engarza ni sistematiza los bosquejos como ocurre en el caso de *"Doña Remigia" y en otro —el último de esta serie que se citará—, también sobresaliente aunque de distinta factura, que obliga a rescatar del olvido a su autor.

Se trata de *"Un día de agosto en Zaragoza" (68), donde Gilberto, a falta de actualidad mundana que reseñar, formula en un par de párrafos sus expectativas ante la temporada teatral y las fiestas del Pilar inminentes y dedica el resto del trabajo, no ya al futuro ni al pasado, sino al presente habitual ofreciendo un artículo de escenas urbanas referido a Zaragoza, curioso por infrecuente aunque no aislado, pues puede ligarse con *"El Paseo nuevo de Santa Engracia", de 1797, "Los paseos de Zaragoza en la presente temporada", de 1839, y "Costumbres zaragozanas. El Paseo", de 1841 (70). La introducción, encierra una apelación a las lectoras —obsesión, más que norma, que pintaría a Gilberto como caballereito por matrimoniar—, una mención al tiempo que lleva sin escribir —dos meses de vacaciones—, tópicos de modestia y varias alusiones a su labor periodística. A la vista de "los escasos recursos que Zaragoza ofrece al ánimo en la estación canicular" (p. 1a) y de que "El verano es sin duda la estación de los inconvenientes." (p. 1a) y, por lo tanto, es imposible la "vida social", Gilberto da salida al "mal humor" y esboza las condiciones generales en que transcurre el verano con su calor y sus mosquitas:

si sale uno de casa malo, y si no sale peor; apenas el sol —tiende sus miradas hacia nuestros balcones, se corre la cortina, se cierran herméticamente las maderas y convirtiendo el piso de vuestro gabinete en un pequeño Atlántida, á fuerza del agua que la doméstica distribuye con la regadera, no

hay mas remedio sino esperar á que el sol transponga su dorada faz en el occidente para salir á dar cuatro vueltas por el collar de San Francisco, dando para mayor desgracia el alarbrado no nos permite ver mas que bultos en navimientos y esperar á tropezar con el capatzen. (p. 1b)

cómo el Gilbertu fuese atisbando la forma de solucionar la papalota de la "revista", decide ampliar la descripción y anuncio, convirtiendo el malestar en costumbrismo:

Ha aquí la risueña perspectiva de un día del mes de Agosto. (p. 1b)

La relación es personificada e incluso va enmarcada con anotaciones teatrales:

Levántase el telón. La escena es en Zaragoza. (p. 1b)

Con la pruta de las horas, se recorre la vida urbana:

Ha amanecido y en el reloj de la Torre nueva acaban de sonar cuatro campanadas. (p. 1b)

A esos horas, sólo se van por las calles las vendedoras del mercado; el resto de la población,

desde la mas tímida é inocente doncella á la experimentada jomara, desde el pollo mas almirado al respetable hombre de negocios... (p. 1b),

todos duermen entre esperanzas y cuitas: la joven en torno al amor que despierta; la madura, al desengaño; el joven, a

las conquistas que se presume hacer, gracias á soberbio puro de ocho maravedis (vulgo tagarrina) y unas botas de charol... (p. 1b)

y el adulto, a

la perspectiva político-europea, la campaña de Crimea que le suministra deducciones mas ó menos favorables á sus cálculos particulares. (p. 1c)

Los sonidos que emiten perros, gatos, aves y jumentos ambientan la es-

cerca nocturna, de la que han desaparecido hace poco los serenos tras -
arragar sus faroles y

haber dado antes los buenos días al Señor Cañero ó la Sra. -
Amalrosia, edulcoradas fabricantes de buñuelos, cuyo desayuno
remejado con un sorbo de aguardiente es el mejor estimulacal -
para los seres que pasan la noche cantando la hora y nublado
y escuchando el desagradable raspido de la cáguña.

(p. 1c)

El ambiente anuncia chicharra. A las siete, ya se han operado cambios
notorios:

Cocineras, asistentes y alguna que otra costurera platican -
alegremente junto a un guardacanton ó en el dintel de un por-
tal y se combinan los planes para el baile del Cabello blan-
co ó negro y Saldaña.

A pesar del calor —"veinte y seis sobre cero", Réaumur— que hará es-
papar en sudor un par de camisas a quien salga de casa, la gente acude
a sus obligaciones hasta que llega el mediodía tórrido:

Las doce...! Buena hora para atravesar la plaza de S.
Francisco sin peligro de un tabardillo. Apenas se vé un alma
por las calles: las bienaventuradas aceras del Coso están —
convertidas en un Vesubio y convidando á freir aunque sea un
ternero de grueso calibre. (p. 2a)

Tras el letargo obligado,

Chist!... son las cuatro...! y Zaragoza duerme la siesta. (p. 2a),

la merienda reporadora y las comprobaciones necesarias:

=> El chocolate y la horchata... eh? ya lo creo, sonaron las
siete y es necesario para no desfallecer; á ver... á ver...
abrid esos balcones para que entre el fresco... ¡huf qué ca-
lor...! vuelve á cerrar; hasta las ocho es imposible salir -
de casa. (p. 2a);

por fin, llega la hora esperada para la mesocracia ociosa y sus adláta-
res:

¡ Claa... é paseo...? ah? Es claro son las nueve de la noche y es la hora en que verdaderamente se respira... (p. 2a),

el momento de acudir al escaparate y ventidoro:

El salón de San Francisco está convidando con una brisa pura y asalsada, los hermosos reverberos de los faroles dan al paseo una tan apetecible luz que convierten á las personas en pardos fantasma de los cuentos de Hoffman; sin embargo, oscuro y todo, no deja de tener su atractivo porque en él desaparecen las angustias del Señor Galán y aparecen otras proporciones y otros recursos que no son desconocidos. (p. 2a)

El breve alivio cerebral pronto:

A las diez es por lo general cuando se empieza á tocar rubi-rada de este paseo; se antiende, durante el rigor del oñío, porque en el momento que el tiempo refresca á las seis y media de la tarde no queda en él vicho váviente. (p. 2a)

La actitud un tanto displicente con que se ha efectuado la descripción —no carente de rasgos irónicos— vuelve a hacerse explícita cuando Gilberto echa en falta la época del año en que él y sus lectores se encuentran más a gusto, sea por la actividad general de las clases medias,

Esta es en suma la deliciosa perspectiva de un día de verano en la inviata ciudad del Cinco de Marzo. Véase con cuánta razón debe anhelarse la llegada del Otoño, si con él resucitan los Teatros, las tertulias, la animación, en fin, que cesó el asomar Junio y cuya desaparición nos condena á cuatro meses de monotonía y de angustia. (p. 2a-b),

sea por las expectativas particulares de los pendientes de emparejar:

El Otoño, armado de punta en blanco, es el consuelo de los amantes que han llorado la ausencia durante el verano, es el Mentor de las solteras en estado de merecer, el alivio de los pollos y en una palabra la vida y alma de la sociedad. (p. 2b)

Todo ello lleva al autor a sintetizar el ser de la heroica ciudad que duerme la siesta:

Zaragoza no es justamente de las capitales que mas recursos pueden ofrecer al corazón ansioso de placeres ó de -

gloria. Materializada, por decirlo así, la existencia de su población se realiza pausadamente orlada con los graciosos recuerdos de sus hechos de armas y orgullosa con la riqueza de su territorio apenas presta su atención á los demás genes que constituyan en otros puntos el principal elemento.
(p. 2b)

Lo que desea Gilberto, en parte movido por su juventud, ganas de enamorar y sus ansias de gloria, es la creación de un liceo y "otras sociedades científicas y literarias" y, al formular lo que Zaragoza — debería ser, la propuesta redonda el retrato físico y moral de la ciudad.

4.2.1.3.2.5.— El nuevo observador: el rústico en las fiestas del Pilar (1856).

El anuncio que hace Gilberto de los festejos que se avecinan con las fiestas del Pilar y sus ideas sobre las diversiones populares encuentran complemento y meritorio desarrollo temático y técnico en los cuatro artículos que un año después —ya acabado el Bienio Progresista, aunque todavía en La Libertad— escribe El nuevo observador con el título de "Los forasteros en las fiestas del Pilar" si bien el auténtico contexto de esta serie es "Encuentro y conversación de unos forasteros" (71) publicado por Un Observador en 1850 y a quien se refiere el autor de 1856 en su "Artículo 1º" (72):

En 1850 un observador publicó el encuentro y conversación de unos forasteros con tal gracia, en un estilo tan puro, tan corriente y suelto, que si hubiera tenido el mismo humor todos los años; ¿quién no le rendiría la pluma para cualquier descripción ó relación de lo que se ve estos días? — ¿quién á su lado se pondría á escribir por ganas que tuviera?
(p. 2c)

El tópico de modestia en forma de reconocimiento de méritos ajenos y la declaración del modelo franquean la dificultad inicial del artículo y permiten al autor caracterizarse como escritor asomático —ya objetivado en el pseudónimo— anunciar el tono predominante de lo que sigue, — su implicación como narrador-personaje y la representatividad grupal de

lo referido a su individualidad:

mas no ha continuado, y su silencio me dá á mi lugar y aun v
valor y confianza para decir algo de los forasteros de este
año, pues tambien los observo y me divierto con ellos cuando
no se me viene encima un batallon de lugareños, medio en
costa, medio en otra parte, pero viniendo á horas tan despa-
chosas que hay que roblar la mesa y los platos. Porque al
año que esto me sucede se me apoderan del humor así como me
limpian la dispensa. A cuántos sucede esto? (p. 2c)

El autor no olvida hacer un inventario de las molestias que acorran a
los forasteros al ciudadano esquilmando económicamente a bastido de los
culpables que se ve forzado a derrochar y que son tomados al pie de la
letra y recuerda que los inconvenientes no se concentran en la época
de fiestas sino que se extienden a todo el año debido a los encargos
constantemente que recibe. Sólo ve que pueda disfrutarse con los lugareños
sía se es vendedor, empresario del teatro o de la plaza de toros o pro-
pietario de atracciones como "niños gordos, tigres marinos, monstruos
con cara de niño" (p. 2c) Con todo, queda la esperanza de que algún año
no le aterricen en casa los forasteros, que resultan peores que cóle-
ra,

Porque al fin el cólera se lleva á quien se lleva; pero tiene
el paso vivo, es pronto de genio y no gasta el patrimonio.
(p. 2c)

Tras una nueva mención de El Observador de 1856 y una loa de su labor
que teme sea desdorada por la que él acomete,

he querido, yo tomarle el oficio, así como me le parezca en
el gusto y en el amor á los forasteros. Mi escrito será lo
que pueda, y para que parezca menos malo, no acordarse del
suyo. (p. 3a).

el autor, libre de forasteros que disfruten a su costa este año de 1856
—y desvanecida la pesadilla de la que otros, como el protagonista de
"Mis parientes en las fiestas" (73) no pudieron librarse— está en con-
dicion de entregarse a disfrutar con ellos haciendo un espectáculo de
de quienes van a ver el que ofrece Zaragoza. Y esto lo declara incor-
porando el asmodeísmo que le permite caer en cuenta de ello y ponderar

de el material costumbrista potencial que su perspectiva y la temática unidas pueden aportar:

Si algunos curiosos quisieran entenderse y recoger en estas fiestas lo que su oye á los forasteros, lo que se ve en ellas, sus aventuras, sus chascos, sus miedos, sus suplicas y admiraciones, se podria formar un libro como los del cura de La Seo tan entusiasmado y gustoso de leer como de ver y — gozar son para ellos los mil y mil objetos que los tienen de continuo tontos y embobados. (p. 3a)

No obstante lo que pueden hacer pensar estas calificativas y la actitud de personaje sufrido que típicamente adopta el autor, su talante al describir los tipos de los lugareños y los escenas a que dan lugar, no es agresivo ni despectivo en lo fundamental y, — menos, según avanza la serie. El panorama que resulta de la observación podria quedarse en los límites del prejuicio nacido del desconocimiento a pesar de su descriptivismo:

No vivir: se les pasan los días en admirarse de hallar siempre cosas nuevas y estupendas, y en contárselas de unos á — otros, y en reirse, y en correr de una parte á otra, del Corso al Mercado, del Mercado á las platerias, de los toros al teatro, al circo á Torrero, cansados, rendidos de gozar y — nunca hartos. Van al Pilar, á la Seo, y los canónigos con — sus hábitos los parecen obispos, los sacristanes canónigos, los infantillos hijos de mugeres que no se usan en su tierra; las verduleras y tenderas, señoras; las señoras todas reinas ó cose como reinas... (p. 3a)

Pero el proceder asomático del narrador le lleva a ser personaje testigo y a conocer de cerca la verdad descrita:

Yo procuro disimuladamente mezclarme entre ellos por las calles, á pasar á su lado, cruzar sus corrillos, y ni toros ni cosa alguna me divierte tanto, ya por lo que dicen y se — cuentan unos á otros, ya por el gesto que ponen al contarlo ó oirlo. (p. 3a)

Además, suele ir a casa de algún amigo que hospeda forasteros para complatar con la visión doméstica, próxima y sistemática lo que ha sido cúmulo de impresiones en la calle. El artículo llega a su punto culminante cuando selecciona una costumbre observada, la del saludo entre —

los de distinto pueblo que se avistan en Zaragoza:

¡Qué menearle las mugeres! qué mirarse los penhientes, los pañuelos! qué preguntarse y contarse en un instante cien oae sacianbas, doccientas historias! A lo mejor llega uno nuawu por detras y da un golpe de caza á otro en el tpaibro, que se lo hunde un palmu, llama la atención del paciente que estaba enfascado en hablar en un corru de mugeres; se vuelva, y — con media docena de interjecciones valientes y otras tantas blasfemias a su modo sin que nadie se escandalice, se saca — on limpio ó que fueran soldadus juntos, ó que al uno se casó con la rue el otro tuvo pensamientos ó que tal ó cual año pp rrieron la siaga en la misma cuadrilla. (p. 3 a-b)

Pero al mismo malestar que le ocasiona tal uso y que le mueve a la queja ciudadana,

¿Entrán lo que es groseria y lo que es buen modo? (p. 3b),

le aloja del estricto objeto que describe para, por asociación, arremeter contra un uso gemelo extendido en las ciudades e igualmente recusable aunque en virtud de otro código, más épico y costumbrista, como es el que le obliga a rechazar las modas francesas que invaden España:

En las ciudades ahora nuestras mugeres se besan, moda — pasada con otras que valen tanto como esta del otro lado de los montes; y como importación de un país que no se parece — al nuestro en todo lo que dicen nuestros viejexillos, no ha quedado en el punto que allí está, á pesar de no se el mismo el carácter de los franceses y el nuestro. Han pujado de modo el uso nuestras románticas primero, despues ya todas, qué si cien veces se ven al día, cien veces han de hociarse, y cien veces refregarse y babosearse. (p. 3b)

Y aunque la inclusión del tópico costumbrista de la galofobia no ha sido forzada y ha relativizado el alcance de la censura de los usos lugareños, la salida de ese motivo no le resulta tan fácil al autor que, consciente de la digresión sobre los francés, dedica el final del artículo al tema de la galomanía tras dejar estacionados a sus tipos hasta la próxima entrega:

¿Y mis forasteros? Casi los olvidaba. No lo estreñe el lector; estando con mugeres ¿quién piensa en otra cosa? (p. 3b)

El "Arto. 2º" (74) lo abre el autor con el tema de la galofobia aunque para liquidarlo rápidamente puntualizando su punto de vista:

No soy francés, ni lo hay en mi ascendencia por ninguno de sus cuatro costados: pero no aborrezco á los franceses, — ni sus costumbres y costumbres: solo me parece mal que los imitemos en lo que no dice á nuestro carácter. (p. 2c),

postura que no debe confundirse con la dictada por el temor a ser tachado de adicto a lo francés. Si no bastara lo criticado al final — del artículo anterior, sería concluyente la comprobación de que El nuevo observador juzga los usos sociales con el rasero del "buen tono" — que las clases medias quieren mantener. Y esta ha de verse en la opinión que le merece el comportamiento de los forasteros, sujetos a las mismas pullas que los zaragozanos. La andadura nada lineal y bastante recurrente que se observa en toda la serie hace que, cuando va a enfilarse la descripción de escenas precisas, el autor no eluda la presentación actualizada de las circunstancias en que se entera de las venturas y desventuras de sus personajes: no ha recibido a ningún forastero, un conocido ha aterrizado en una posada junto con "una avenida de su pueblo y otra de uno vecino" (p. 2c) y a esa posada se ha dirigido El nuevo observador, calculando los momentos en que podrían estar todos. Particularizado de esta forma el motivo de la visita molesta de extraños y convertido casi en contexto de tertulia que sustenta u organiza novelas, cuentos o anécdotas, se desgranar varias de estas últimas —tras aludir genéricamente a la figura del forastero boquiabierto o desconfiado— referidas siempre a los personajes de quienes las oye el autor. Entre ésta y las escenas se establece así una intermedición muy comparable a la arbitrada por El observador de 1860 —una habitación próxima a la calle— que aporta credibilidad aunque no impide que se produzca un proceso selectivo: se va de la mención de rasgos comunes a todos los forasteros a sucesidos muy verosímiles y extensamente desarrollados, pasando por una enunciación de otros temas. Así, a

la ponderación de la noche que hablaban sus foresteros sobre toros y - la forma de hacerlo, siguen retazos de otras diversiones como las ra-
tas sabias, la culebra manca y la vaca adivina,

Una vaca que sin hablar (dicen ellos) como el barro (tigra marico) conocía y señalaba á la mujer que mas moña iba ó que mejor pañuelo ó pendientes llevaba, y al mas embustero del - corro y otras cosas [...]. No faltaba mas (añadido) sino - que conociera á la mas tona de todas.- Si tendrá el diablo - en el cuerpo?- Mujer, si lo tuviera, tambien sabria quien de vosotros nos engaña mas.- Y quien de vosotros es el mas traí- dor y el mas borracho... (p. 2c)

Y, por fin, el autor da al que lee algo más palpable en tres supuestas de distinto color --y olor-- y alcance, incluso para el conjunto de la serie, nutriendose como testigo, transcriptor y acotador. El primero, tiene como protagonista a la señora Carmela de Soja, muy aficionada a los toros, que a pesar de saber o lo que se expone, en la primera co- rrida tiembla y en la segunda se le afloja el vientre. Tras el caso - grotesco --y no será el único en la serie--, se refiere el timo repre- sentativo que sufre la señora Leocadia Trallo --denominación, como las otras, simbólica pero no despectiva--: paga una fuerte suma por unas - baratijas que cree joyas según le explica un soldado que dice verse - obligado a tal venta para sacar del apuro a su tía, supuesta víctima - de un robo. Lo que antes acababa en risa fácil, ahora deriva hacia - aclaraciones sobre tópicos y prejuicios entre locales y foresteros. cuando la timada concluye: "aquí no hay mas que pillos y ladrones". (p. 3a), un interlocutor --que puede muy bien ser el narrador, ahora - ya personaje-- le responde:

Foco á poco, señora Leocadia. Aquí hay algun ladrón y algun pillo, como los hay en todas partes, y en estos dias - algo mas. Sin embargo lo que en estas fiestas del Pilar abun- da siempre mucho son los tantos. (p. 3a)

y le explica que para no ser timado no hay que pasarse de listo e ir a las tiendas donde, evidentemente, no hay tales gangas y concluye:

Diga V. todo esto á los de su lugar: sí señora, dígaselo V. y no hablen tanto de engaños y de pícaros en Zaragoza (p. 3b)

Esta racionalización que acorta las distancias entre el autor y la escena descrita y censurable es índice de la actitud de El nuevo observador hacia el tema específico de lo rústico, pero también hacia el tratamiento de los lugares comunes --ya se ha visto el caso de la galanofilia-- e incluso hacia el tratamiento de la realidad, aparente y formalmente --otro cosa será la función que esto desempeñe-- alejado de la falsificación burda. Esto lo refuerza el tercer y último caso del artículo, en el que Geronimo no sólo confirma la dignidad con que el autor trata a sus personajes sino que representa al tipo, además de ni zafio ni --asilvestrado, sensato y con tal discreción que acabará por funcionar como correlato rústico de la ciudadana actitud del autor y así llegará a ser irrefutable censor de lo que Zaragoza y sus habitantes merecen al respecto. La anécdota de Geronimo, "joven de unos treinta años" que encuentra gracioso lo que las ocurre a los otros forasteros y se ríe de su actitud desconfiada, gira en torno a un robo, pero lo más sobresaliente es su fuerza de encajarlo en consonancia simultánea con su talante habitual, el del narrador-personaje, el del ciudadano y el del rústico --(aunque suponga el reverso de la señora Leocadia):

No dirán sino que lo oyese algún pilla de ratero, que un día volvió con la mitad del chaleco y cartada la faja donde llevaba los dineros. Afortunadamente no quería llevar encima sino lo que le parecían que podría gastar ó ofrecérselo. Pero no lo sintió cosa mayor, antes se reía, y a su mujer que lo decía: ¿ves, lo ves, Geronimo? le contestaba riéndose: calla mujer, calla, á mí me divierten mucho estas cosas. Por lo mismo hemos de volver otro año. Pero miran bien lo que hacen, porque si los cojo, allí mismo les arranco la cabeza de los hombros. (p. 3b)

El "Art. 3º" (75), sin ninguno de los preámbulos usuales, comienza presentando a los forasteros de la pensión ya casi adaptados a Zaragoza y, por lo tanto, con mayor capacidad para actuar como críticos de la ciudad. Y, en efecto, todo parece indicar que si el autor ha delegado en Geronimo su punto de vista principal, a los demás tipos les reserva el inesperado y rico papel de describir el ámbito que en principio iba a ser exclusivo escenario de su propia actividad. El conocimiento físico de Zaragoza será el punto de partida:

Ya las mugeras sabían las calles principales, y sabían ir del Casa á la Seo y al Pilar por la calle de San Gil y la Cuchillera, y del Pilar al Mercado; y todas juntas ya supieron ir y volver á Torrero, y hasta pensaron en la Casa Blanca. Tampoco no se perdieron una tarde que fueron al puente de Gállego, por verlo y desengañarse si es verdad que está en el aire. (p. 2a)

Y comienzan los detalles de las condiciones reales de vida:

Las mugeras se quejaban mucho del precio de las frutas y los hombres del vino: de los demás géneros apenas hablaban. (p. 2a),

los esbozos de chascarrillo,

decían que el Santa Cristo es mejor que el de su pueblo, y por eso hace mas milagros. Lo que no podían entender ni se les daba mucho era eso de las Cuarenta Horas, y decían que para rezar, á la Virgen, á la Virgen. (p. 2a)

y los traspies por exceso de confianza, como acota el autor, con ironía:

se entraban en todas las iglesias que veían abiertas, y después decían en ignorancias de los altares y de las columnas y arcos. Ya vé el lector que hablar de columnas y de arcos es de gente algo entendida. (p. 2a)

La segunda parte del artículo está ocupada por dos anécdotas que van más allá de la pura gracia del chascarrillo debido al protagonismo que el autor otorga a Geronimo. En un caso, éste se burla de la ocurrencia que tienen las mujeres de la pensión de aprenderse de memoria fórmulas ofendidas en una iglesia, como

Señor mío Jesucristo... á mí me pesa, pésame Dios mío de que no me pese mas de haberos ofendido... (p. 2a)

Y que para él

es como un juego que tienen los chicos de nuestro lugar, que se ponen dos enfrente el uno del otro, y el uno se dá en el pecho y luego el otro con la mano llana, luego junta así las dos manos, y el otro ha de adivinar qué dedo encoja de la de debajo; y dicen: Pégote á tí, pégome á mí, pego a los dos ¿dónde está Dios? (p. 2a)

El autor celebra la comparación, manifiesta estar de acuerdo con "nuestro buen labrador" y le reconoce,

mas discreción y mejor gusto que toda esa plabe de gentes que

cada día nos salen con una nueva invención de su devota ignorancia. (p. 2a),

rasgos que Geromico corrobora abundando en la crítica de la franja que media entre la religión y la beatería supersticiosa y a los que vuelve a asentir El nuevo observador, de forma que

él quedó tan alentado que ya me parece á mi que en adelante ha de criticar hasta las pláticas del cura de su lugar y los sermones del patrón del pueblo. (p. 2b)

La otra anécdota —Simoneta, la mujer de Geromico caz sobre unas boñigas de vaca— sirve para que el lebrador, dialogando directamente con el narrador comienza planteándole:

¿Qué diablos tienen Vds. esas vacas dentro de la ciudad?
(p. 2b).

y, sin que queda deberse a enfado por lo sucedido pues todos ríen que su mujer haya emporcado así las cañas que no se había vuelto a poner desde la boda, Geromico acomete la crítica urbana referida al tema,

¿esa policía hay en Zaragoza? Y tambien he visto en muchas aceras porquerías de persona. (p. 2b) (78),

que sube de tono al desvanecerse una teórica barrera entre lo urbano y lo rural:

Ya veo que Zaragoza es como Greves, un lugar que apenas conocerá V. en donde viven los persona donde los cerdos, las ovas y los otros ganados. (p. 2b)

Quando el narrador quiere atemperarlo, Geromico concede que el Gusc y el interior del Pilar y la Spa estén limpios... aunque de sus ca-

radas ya no pueda decirse lo mismo. Y entonces formula las dudas que deberían hacer reflexionar a quienes manoseaban con simbolismo lo rural:

¿Por qué nos llaman brutos á los de los pueblos? Allí por fin estamos criados á esa poca limpieza por las calles; pero aquí en Zaragoza... ¿Por qué se dicen tan señores? Si alguna vez lo oigo, he de decir: Cronas y Zaragoza, son Zaragoza y Cronas: título V. por donde quiera. (p. 24)

Lo excepcional aquí no es, claro está, la crítica específica —aunque no sea despreciable ^{el uso instrumental} del tipo para aludir a temas de cultura urbana— sino la posibilidad de llevarla a cabo en igualdad de condiciones que su interlocutor, quien se ve obligado a reconocer la razón que tiene Gerónimo y aun a cambiar de tercio para que las modificaciones experimentadas en la relación de lo que se describe y quien lo escribe no lleguen a la inversión formal:

El forastero tenía razón: yo estaba un sí es no es — avergonzado, y por disimular y pasar á otro punto, le pregunté del teatro. (p. 24)

Así se inicia la última parte del artículo, confiada casi por entero al diálogo y pensada, como compensación de lo anterior, a entresacar aspectos agradables de la estancia en Zaragoza. Frente a la Virgen del Pilar que quisiera llevarse la señora Carmela, Gerónimo opta por el teatro:

Es lo que mas me ha gustado, dijo él: y si lo entendiera todo, aun me gustaría mas. Si algo me hubiera de llevar de Zaragoza, y fuera posible, sería el teatro. (p. 24),

... y por

aquellas bailarinas de tanto empujame V. que voy. (p. 2c)

Nuevo quincero en la conversación dirigida por el narrador que ahora les pide su opinión sobre los típicos melones, agujas y roscones. Al no conocer todavía estos ni esas, su compra y degustación hacen que el final del artículo adquiera un tono apacible y "normal", fruto de la adecuación de los forasteros a la ciudad a tanta distancia de la asimilación definitiva como del rechazo incondicionado y sin que para ello haya sido necesario adular al lugareño ni ocultar los defectos de la capital. Los forasteros, cuya pintura se ha configurada al tiempo que describían la ciudad, han acabado, en efecto, revestidos de una dignidad similar a la de los zaragozanos, si no es mayor. Y esto sorprende si se considera no ya el trato normal que se suele dar al lugareño en el costumbrismo sino el caso de la prevención inicial mostrada por El nuevo observador a su posterior actitud desde la que, sin escomotear ningún aspecto de las escenas características del tema, puede presentar a sus tipos sin prejuicios y permite al lector adivinar en el anecdotario una variante originalísima —la visita "invertida"— de la desadecuación entre dos mentalidades que deben reducirse a la del autor según la mecánica más elemental del género. Ello explicaría que la serie no se acomode a las técnicas conocidas pues ni es simple tertulia aglutinadora de anécdotas ni éstas se concatenan según pautas uniformes ni el conjunto acaba por resolverse en narración, aunque haya de todo. Claro que, por encima de tanta variedad, campea el talento de un autor que ha sido capaz de describir a tipos rurales y de pintar su actuación en escenas veristas preconiando de la casi inevitable caracterización lingüística degradadora —los términos vulgares y aragoneses no sobrepasan la docena en toda la serie y carecen de implicaciones ridiculizadoras—; un autor que es viejo o se hace pasar por

tal; que escribe no con la acuciosa obligación de rellenar unas cuartillas sino cansado —o como si lo estuviera—; que alude le desafiantemente pose del narrador omnisciente —quizá para controlar mejor toda su creación—; que parece ir a cebarse en los forasteros y da un repaso a Zaragoza y los zaragozanos; que teme que el lector lo compare con un modelo que se encarga de recordar constantemente —quién sabe si porque los dos Observadores son una misma persona—; que muestra tal desojo hacia la serie que lo convierte en vínculo de sus componentes y señala —junto con todo lo anterior— para el lector ingenuo, como en el párrafo con que despide el tercer artículo:

Al fin lector, los días del plan de su viaje se fueron pasando, y llegó el último; los forasteros se prepararon y hubieron de irse. Bien quedaron aun otros muchos en la ciudad; y de aquellos mismos había mas y mas que contar; pero me canso de escribir y no tengo amanuense que me lleve la pluma. No sé pues si iré aun otro artículo. Entretanto desquitate de los malos ratos que te habrán dado los forasteros leyendo aquí alguna parte de sus cosas y vida en estas fiestas. Los dineros es otra cosa; esos no tienen desquite; si lo menos por ahora no lo encuentra =El nuevo observador. (p. 2c)

Pero la serie no ha terminado. En el "Artículo 4º y último" (77), El Observador de 1856 —que así lo firma ahora— aún ofrecerá un complemento y colofón de los anteriores. Su inicio recurrente —a pesar de lo que en él dice— no es sino la mejor forma de vinculación con la anterior entrega y de captación del lector:

No queria escribir mas, no porque me faltasen hechos dignos de historia, sino porque me cansaba, como dije al concluir el otro artículo. Vaya pues uno más: procuraré ser breve. (p. 2a)

y la entrada en materia, también declarado engarce:

Ya se sabe, como decía en el primero, y harto lo experimentamos los que vivimos en Zaragoza, que aquí hemos de ser agentes, procuradores, comisionados y pagadores [...] de todos los amigos, parientes y condulientos del reino y mas allá, si mas allá por -desgracia nos conocen. (p. 2a)

Incluso el autor volverá a los procedimientos familiares de amagar en una dirección y salir en ella... y en la contraria. Porque, al tiempo que desarrolla el tema del capitalino que soporta los inconvenientes de un pueblo —avís y complemento de los artículos anteriores—, son otra vez los pre-cuantos denigrados quienes se encargan de mostrar varias situaciones de tal supuesto. Y así consigue un tratamiento nuevo del tema del ciudadano entre rústicos sin que éstos resulten malparados ni carentes de sus rasgos reales ni haya mancha en el humor ni el fácil chascarrillo se imponga como —vertebración de los demás elementos. Una primera parte del artículo presenta al ciudadano que va a pasar unos días a un pueblo y no sólo se preocupa del compensar como puede los gastos que ocasiona sino que no puede librarse de un lluvia de encargos que le llegan del alcalde y el regidor —cuyas visitas de cumplido tiene que soportar, del "caciquín del lugar" (p. 2b) que le invita una vez a chocolate o a ver sus frutales, del cura que se le pega a la hora del paseo para endosarle conversaciones de pesadilla y conseguir de él libras inverosímiles para elaborar descabellados sermones o de una señora que pretende hacerse con varias gafas "en pago de que una la trataba de Doña de tal" (p. 2b). La conexión entre estos tipos y escenas de variado desarrollo y la parte central de la entrega la establece —El observador de 1886 presentándose como sujeto pasivo de algo de lo apuntado y rescatando la mina de los forasteros ya conocidos que, además de "que en tres días apenas pudieron con los encargos que traían" (p. 2b) a punto estuvieron de confiarle alguno típico como buscar acomodo a "un chico muy agudo y de mucha letra, que sabe ya mas que el maestro y casi tanto como el cura" (p. 2b). Así procede a reproducir lo que escuchó a los de la pensión en torno a sus compras aunque, como es de esperar, la línea seguida por el autor no siempre es recta ni del mismo material. El diálogo sobre una de las atracciones —"ese sapo, ese barbo, ese pezozon que llaman tigre marino" (p. 2b)— con un gracejo, da paso al comentario sobre el encargo de unas gafas que se convierte en chascarrillo, pues el lugareño

no está dispuesto a pagar cien reales por unas determinadas gafas cuando — piensa que a su padre le bastó pagar tres pesetas por otras con las que va perfectamente. Solución semejante tiene el encargo de un crucifijo de "media vara" para el cura de Tomea y ante cuyo previsible precio elevado comenta el del pueblo:

Ya lo veo: aquí habrá gente para todo. Pero una onza para darse con el puño en el pecho... Yo me doy siempre que me da la gana y no me cuesta nada. (p. 2c)

A los chascarrillos, y como si este artículo quisiera compondiar lo aparecido en los anteriores, siguen dos críticas. Una, por boca de un catalán de las proximidades de Aragón que es pariente de alguno de los de la pensión y que se queja "de las basas de Zaragoza con el pudor [hedor] y las porquerías por las calles" (p. 2c) y de las letras de los gozos que cantan los "infantillos", detalle que supone una infrecuente llamada de atención contra los "centralismos" religiosos:

Porque dicen: Aumentad la devoción de nuestra fé aragonesa, pues qué, ¿no hay mas que aragoneses en la iglesia? ¿O solo piden á la Virgen por los aragoneses? ¿O solo ellos tienen fé en la Virgen? Apuesto que no habrá un solo día al año que no vayan allí — unos ú otros de todas las provincias de España. (p. 2c);

aviso que es lección —una más de las que da el autor— para tantos costumbristas, aragoneses o no aragoneses, incapaces de efectuar un auténtico —distanciamiento que les aleje de las familias y las faculte para la relativización de la loca de su ámbito inmediato. Y a El Observador de 1856 —le interesa que esto no pase por alto:

Yo callaba y decía entre mí: qué razón tiene el catalán! ¿Cómo no retiran esa letra á gozas? Este se ha ofendido, y los sucederá á otros muchos. (p. 2c)

La otra crítica, mechada como siempre, al modo cervantino, con lo que en experiencia es ingenuo o grotesco humorismo, también la lleva a cabo un personaje-tipo, Gregorio, no presentado hasta ahora pero familiar de la víctima del tiro de las joyas. Descrito sumariamente como se ha hecho siempre con todos —"muy antonado de traje, entre aldea y ciudad" (p. 2c)— expone sus resquemores por "las invenciones para engañar á los forasteros y sacarnos las pesetas." (p. 2c) y su opinión sobre los mendigos de Zaragoza cuyo

deambular y asaltar a los ciudadanos es inaceptable existiendo, como existe, el Amparo --institución alabada y catalogada como de visita inexcusable-- y sabiduría, porque es notorio, que hay trampa en la mendicidad:

= [.] algunas pobrecillas mujeres van con un niño ó dos en brazos: ¿qué hacen de ellas y de los niños? --Vira, las cás, tacto-- les tocan ó ellas aquellas niñas como á tí y como á mí: los alquilan de otras que no piden pero que tienen tan poca vergüenza como ellas, y se parten lo que recojan. (p. 3a)

y que, en el fondo, es forzada:

el que les dá limosna se debía secar la mano de repente... (p. 3a)

El narrador, como era previsible, suscribe lo dicho por el señor Gregorio sobre estos temas hasta ahora no airados y menos de esta manera. El Observador de 1856 hace ver al forastero que el zaragozano es consciente de lo que ha criticado:

Nosotros vemos eso, y lo sabemos, y era y mucho era, y callamos. (p. 3a)

La conversación tiene una salida que, si no es graciosa, permite a todos --reírse: el narrador, sugiriendo lo que queda por criticar y por actuar y las limitaciones y coacciones que lo impiden, comenta algo al oído del señor Gregorio y se despide de los forasteros... y del lector, confiando --volver a escribir sobre lo mismo el próximo año --lo cual será señal de no tener huéspedes-- y, siguiendo con la recurrencia de tópicos, concluye, --quizá para sugerir lo contrario de lo que dice, pues no será para mal:

Sobre todo no me compare el lector con el observador de 1850. Cada uno somos lo que somos, y hacemos lo que podemos. El hizo aquello, yo esto. (p. 3a)

4.2.2. La Esmeralda. La Templanza. El Avisador. El Esparterista.
El Avisador (1848-1850).

Paralelamente al Diario de Zaragoza y con un carácter muy similar aunque al principio se decante por la defensa del catolicismo y al final por la revolución, sale a la calle el periódico La Esmeralda, rótulo que irá cambiando según la evolución política del país.(78) Visto en conjunto, son muy escasos los trabajos costumbristas que presenta. No más allá de una docena consiguen mantenerse en los límites del género frente al variado material que no logra atravesarlos —y a veces ni a ser literario— debido a una combinación de los ingredientes ideológicos del periódico y de las restricciones de la libre expresión: en las fases de censura política apenas cuenta para el costumbrismo y cuando ésta desaparece sus páginas se vuelcan casi con exclusividad en la política. (79)

4.2.2.1.- La Esmeralda (1848-1849). La Templanza (1849-1850).

4.2.2.1.1.- Censura. Desolación cultural. Aires cristiano-conservadores. Crónica ciudadana: la procesión del Corpus. Escenas urbanas: fiesta campestre en Torrera. Necesidad de variedad periodística. Escenas en el teatro (1849).

El primer artículo más o menos de fondo, es decir, que se atre-

ve a respirar entre los "avisos", es "A los genios de este siglo" (80), donde El Incógnito, muy acorde con los vientos que soplan, habla de Balzac y Chateaubriand. También se destaca por el desierto en que florece y por su extensión el anónimo "Crónica de la capital" (81), sobre el carnaval y sin la elaboración literaria a que el tema se presta en otras ocasiones. Poco más puede decirse de los que tienen su misma traza, como "El 5 de marzo" (82), por D.T.; "Revista de la Duarecma" (83) y *"La procesión del Corpus" (84), ambas de Aben-Humeya, que en este último trabajo sobrepasa tímidamente la escueta crónica al intentar hacer de guía, aunque, como si tuviese miedo de dejarse llevar del móvil creador, parece pedir acogerse a sagrado:

Grato en demasía es al escritor público cuando en vez de la punzante crítica tiene que emplear su ministerio en historiar aquellos hechos que pasan á su vista. Encuéntrase entonces en perfecto equilibrio: ni el alfiler de la adulación, ni el acíbar de la sátira dan impulso á su pluma; y entonces es cuando se goza en la dignidad de la prensa, en la neutralidad del publicista ... (p. 3a)

Incluso la justificación para hablar del tema que le ocupa lleva la prevención de la persona a la ciudad revolucionaria:

Tal es nuestra posición cuando hemos de ocuparnos de Zaragoza [...] en aquellas ocasiones en que á causa de la mucha afluencia de gentes parece debería abonarse á los que la presentan á la faz del mundo cual una ciudad anárquica, cual una población enemiga del orden. No: no es Zaragoza la que en vuestros insultantes escritos queréis vilipendiar ... (p. 3a)

Del mismo Aben-Humeya es "A Torrero" (85) que, ya a mediados de 1849, es el primer artículo de costumbres --escena urbana-- o, al menos, que sitúa al escritor en su casa y dispuesto a acudir a lugares donde se producen escenas populares:

Cuando todo el mundo se afana por dejar el mullido lecho algunas horas antes de lo acostumbrado, y dirigir sus

personas al hermoso pueblo que nos regaló el jonio de Pignatelli, había yo de estar en casa? Ni por sueños. Había para ello dos razones: que no había ido el día de S. Juan y era preciso que fuese el día de San Pedro, y que aunque no me llamo Vicente, me gusta ir á donde va la jente. (p. 2b),

por la fórmula final, que alude a la labor periodística al regresar a casa:

me volvi á la mis para descansar del paseo y dar cuenta de él á mis lectores. (p. 3b)

y, especialmente, por el talante descriptivo con que da cuenta de la celebración campestre del día de San Pedro en Torrero. Apoyada, a partes iguales, en la narración y el diálogo. Este lo entabla con el innominado compañero de paseo, con quien vuelve a expresar sus cuitas, quizás en relación con el motín zaragozano de 1848 (86):

-Esto, dijo mi acompañante, como todos los años.

-Ciertamente, querido, pero este año hay un orden admirable.

-Hombre, ese siempre le hay en las reuniones del pueblo de Zaragoza.

-No estrañe V. mi observación, porque hay quien le pinta... (p. 3a)

Lo más concerniente al festejo podría estar en los párrafos dedicados a los muñecos o al baile. Este es presentado con las implicaciones xenófobas propias del género:

Llegamos á un grupo donde varias labradoras con otros tantos jóvenes como ellas bailaban á compas del guitarra y la pandera la inimitable jota aragonesa. Gozamos mucho en aquel espectáculo, ya por ser puramente nacional, ya también por la animación que estaba pintada en todos los semblantes ... (p. 3a),

aunque el hermanamiento entre clases es sólo ocasional como se encarga de puntualizar Ahen-Humeya pues, sobre la facilidad para la improvisación de coplas que muestra la gente sencilla, se le ocurre comentar:

me hicieron conocer cuanto partido podría sacarse de tan fecundas imaginaciones si recibieran una educación esmerada. (p. 3d)

Con todo, el panorama cultural sigue siendo desolador como refleja Cesar-Augustano en "Ligeras reflexiones al alcance de muchas" (87), llamamiento ciudadano a servirse de un medio, la prensa,

el menos dispendioso y [...] mas á el alcance y á la moda... (p. 2b),

--capaz de cubrir lo que no alcanzan las autoridades y va más allá de la ilustración particular en bibliotecas o universidades y de la popular de los sermones religiosos-- para que no pueda decirse que Zaragoza

yace como muda y sin mas señales de vida pública literaria, artística, agrícola y comercial, que sus dos diarios de avisos altercando con diversos nombres; cuando otras cabeceras de provincia, cuentan bastantes publicaciones periódicas, hasta de política. (p. 2b)

Pero la convocatoria necesitará algo más que el final de la segunda Guerra Carlista (abril 1849) y la amnistía decretada por Isabel II para encontrar eco. De momento, y para el costumbrismo, el anónimo autor de "Arte dramático. Dabilidad de los actores" (88) evade la reseña y teoriza sobre la necesaria profesionalización y estudio de los actores sin que que logre acercarse al género. Si consigue hacerlo El Observador, astodeico pseudónimo de quien está como transeúnte en Zaragoza, o así quiere que parezca, en la carta en verso titulable *"El aroma del teatro" (89) que dice escribir a un amigo. Trátase de una dura crítica de los dramas y comedias que se representan, sin otro mérito

... que los unos ser abortos
de mentes disparatadas,

y las damas (que no hay pocas)
 al que son hijas de Francia... (p.2a)

y de los actores, de cuyo arte dice:

quien aquí mas luce,
 es el que no luce nada
 en cualquier compañía
 medianamente arreglada. (p. 2b)

Claro que el hierro y la gracia con que el autor adoba la composición no bastaría para que ésta fuese recordada. Ocurre pues, que en su ayuda viene la mención —con su escena bosquejada— de la única que cree que vale la pena referir al amigo:

cierto aroma,
 que este Teatro embalsama;
 al que esconden las narices
 cuantos por allí se hallan... (p.2b)

y que, tras varias pesquisas, logra identificar:

admiré en mi escrutinio
 á los juvenes y damas
 de los palcos y lunetas
 que ahora han dado en la monada
 de tragar en vez de dulces,
 malas castañas asadas,
 y dije para mis adentros,
 ya sé del olor la causa;
 la castaña es flatulenta:
 aquí de ellas se atracan:
 y no es extraño rebientan,
 por donde las cestas fallan...(p. 2b)

Tampoco consolidan estos mínimos hallazgos "Serenos. Apuntes para su historia" (90), de L***, que se limita a lo que dice el subtítulo; el anónimo "Que se debe honrar á la mujer" (91), simple defensa genérica de ésta ni "Modas" (92), de Julia, estricta referencia a los atuendos femeninos que "están en boga" y obtienen "gran favor".

4.2.2.1.2.- Un Observador: el rústico en las fiestas del Pilar (1850)

De pronto y a caballo de lo que resta de tan moderado nombre a la Templanza y el comienzo de su nuevo rótulo, El Avisador, se produce un período fructífero para el costumbrismo y que, a pesar de su brevedad —poco más de dos meses— es el más destacable del periódico. Se abre con el artículo mencionado en La Libertad de 1856 (93), "Encuentro conversación de unos forasteros" (94) cuyo autor, Un Observador, logra uno de los mejores artículos de la prensa ahora analizada. Pues aunque el contexto potencia su valor, éste se desprende de los propios méritos y aun de lo que sugere como hito en el tratamiento de lo rústico en el marco de las fiestas del Pilar. La referencia a la ubicación espacial del narrador aúna la inversión del motivo del escritor vistado, la objetivación en barreras físicas de la distancia necesaria para la perspectiva costumbrista y la reducción de un uso social a circunstancia personal y accidental como forma particular de actitud esmoleica:

Estando el otro día en casa de un amigo que tiene la habitación en el entresuelo con luz ó vidriera á la calle, miraba las olas de gente que pesaban notando los trajes, los trazas, el afán con que iban de una parte á otra, lo que decían, y hasta lo que pensaban en cuato por el gesto y algunas palabras podía traslucirse. Entretenimiento filosófico y gustosísimo, y que deben de tener y gozar continuamente los que pasan el día en las tiendas y puertas de la calle. (p.2b)

Instrumentalizados la casa del amigo y éste, que no figura para nada más, el autor selecciona una de las escenas y la ofrece al lector. Tras la presentación de "dos tribus de forasteros, que tal se pueden llamar por el número" del mismo pueblo que se saludan y hablan atropellada y simultáneamente, comienza a transcribir el diálogo que unas mujeres, entre las que descuella Tomasa,

una matrona bien vestida de labradora rica y así como señora de aldea; entre los treinta y cuarenta, gruesa, un poquito, no fea, amable de palabras, y aun graciosa y lista ... (pp. 2b-3a),

mantienen con "un viejo alto y descarnado", acompañado de dos jóvenes,

que en la fisonomía de la cara parecían hijas y nietas, y que ni bajaban de los veinte ni pasaban mucho; de parecer y gesto entre opiniones ... (p. 3a),

en torno a su estancia en Zaragoza durante las fiestas del Pilar y sobre lo que ambos bandos dan su visión complementaria ya que las primeras prolongan su estancia --de los cinco o seis días pensados a quince o un mes-- mientras las segundas van a volver al pueblo al día siguiente. La primera parte de lo que comentan es una panorámica general en la que las jóvenes, según dice el viejo, no parecen muy satisfechas con las compras casi preceptivas en tal ocasión --vestidos, pañuelos, mantillas, pendientes, anillos--:

-- [.] pañuelos no se han comprado ninguno [.]. Ya se han comprado unas chuchadas que les han apetecido y dos ó tres estampas de S. Antonio y la Virgen; y después de comprarlo, ya dicen que no les gusta y que sienten los dineros. (p. 3a)

Y Tomasa, describiendo lo usual y autocaracterizándose, se muestra encandilada:

-- [.] Ya no puedo ir por ninguna parte, porque todo es una provocación. Vas al Mercado? aquellas tiendas, aquellas cosas, todo me hace gozo: en la plaza del Pilar, ya he estado tres veces, y cuando voy no sé irme, y ya me guardan dos ó tres duros. Poca mira el Coso! Aquellas botigas y quincallerías que parecen camariles de la Virgen, y mejor, que se le queda á una el alma y los sentidos ... (p. 3a)

y las recomienda que no ahorren y se compren vestidos, pañuelos, mantillas, pendiente, anillos ... El precio --"seis ó siete pesetas"-- del que ella lleva da pie para pasar al segundo núcleo del diálogo,

en el que Tomasa refiere el robo de que fueron objeto en la plaza de toros dos aldeanos, Gregorio y su mujer, la tía Ramona que, naturalmente, hubiese preferido gastarse todo el dinero en lo que tan caro les parece a los jóvenes. Como colofón de lo contado, Tomasa opina sobre el tipo del descuidado, inevitable componente de las escenas de las fiestas:

- [..] Yo creo que cuanto mas miedo ven que tienen los forasteros, que nos lo conocen en la cara, y por lo mismo. Otra! y dicen que son hombres que van muy vestidos, y con reloj y todo. (p. 3a)

Otra parte, dedicada a describir y criticar un uso costáneo que no distingue entre pueblos y ciudades, se inicia con las quejas del viejo:

-Pues yo [..] nos vamos muy descontentos. Creeras Tomasa, que en toda Zaragoza no está el entremés del Palairé y la novena de San Sabil ni la Virgen de nuestra lugar? También esta chica se ha querido comprar Gritos del Purgatorio, y no la hemos encontrado. (p. 3a)

Tomasa, tan abierta a todo lo que ofrece la capital, exhibe entonces otra adquisición que le hace sentirse orgullosa: su devocionario repleto de oraciones:

-[..] Aquí está toda la misa, no como en aquellos libros viejos que solo hay unas oraciones tantas [..]; y lo han puesto en romance para las mujeres [..]. Y todo esto, mirad, por dos duros. (p. 3b)

Picada por el comentario de las jóvenes que dicen haber rechazado otro no tan bueno de dos pesetas, Tomasa se insinúa como protagonista de la moda que describe:

-Ahora se usa mucho ir las mugeres con libro á la iglesia; eso de llevar el rosario y darle vueltas en misa ya no se usa [..]. No veis que los clérigos, cuando alguna vez oyen misa nunca secan el rosario? (p. 3b)

El viejo no parece convencido —"las medas antiguas son las buenas", dice— y formula su balance:

- [...] aquello de tirar á la plaza las bates, los barrales, pan, cazuelas, y los bancos ... (p.3b),

y aún saca a relucir otro aspecto de los festejos, los gigantes y cabezudas, que tampoco le recuerdan nada bueno al viejo pues una de las jóvenes ha recibido un "frontinazo" que le ha dejado morado el hombro.

La segunda entrega —sólo separada de la primera por razones de espacio— sigue ofreciendo las quejas del viejo —que a veces implican la crítica encubierta del autor— sobre más atractivos de la ciudad festiva de esta forma discritos. Así, echa en falta un programa o aviso para que los forasteros sepan cuándo hay Rosario de la Aurora y cuándo cantan los que luego se denominarán infanticos y El nuevo observador llama "infantillos". Tomasa quiere recapitular y como no acaba de creerse que a los jóvenes y al viejo no les convenza Zaragoza por el simple hecho de que les hayan 'encorrido' los cabezudas y no hayan encontrado los Gritos del Purgatorio, sondea —y con acierto— a las muchachas y sugiere, completando su caracterización, que quieren volver al pueblo porque allí han quedado sus mozos. El diálogo termina con los últimos elementos de interés que enumera Tomasa para comprobar si los han visto o no: Torrero,

- [...] dicen que lo mas hermoso de Zaragoza ... (p. 3a),

el cementerio,

- [...] vér muertos! mira que vista!

- Es que los muertos de Zaragoza no son como los muertos de los lugares: que casi todos son ricos. Y allí no se ven los muertos sin los nichos con mas oro y mas letreros ... Dicen que el que va allí por un rato, se está toda la tarde y no sabe como salir. (p. 3a),

el hospital de la "Misericordia", las platerías, el teatro, el Café Suizo, la Casa-Blanca, el cosmorama, "el gigante", "los molinos de máquina" ... Los argumentos de Tomasa parece que van a surtir efecto ya que, combinados con el leve argumento de las amores de las jóvenes y descubiertos éstos, ellas comienzan a sentir el ansia de comprar:

- [...] Al cabo un anillo como ese ... padre?
- Vaya, vaya, un anillo dorado es mucho para vosotras.
- Cuando se casen.
- Sí, casar ...
- Pues á mí me dijeron que el chico de Pedro Jaime se casaba con tí.
- Con yo?
- Sí; ea, ea, que te pases colorada. (p. 3a)

y cuando Tomasa sentencia

- [...] Vaya, vaya, no digais que habeis visto Zaragoza, porque no será verdad. (p. 3a),

ellas mudan de opinión totalmente e intentan convencer al viejo:

- Al cabo, padre, dos o tres días mas ... (p. 3a)

Aquí queda cortada la charla que transcribe el autor porque, aunque dice que se despidieron muy apresuradamente a la llegada de un coche, es el momento mejor para potenciar los efectos logrados: la descripción simultánea de ambientes de Zaragoza y de tipos lugareños mediante una escena urbana que sugiere y aglutina a otras no desarrolladas. Lo primero, sin renunciar a ciertas críticas municipales y religiosas; lo segundo, sin necesidad de convertir el gracejo del diálogo o lo que en él se refiere en chiste degradador ni de caracterizar a los lugareños mediante un lenguaje que busque el ridículo pues, como en el artículo emparentado de 1856, los términos vulgares y aragoneses no se desperdician y se atienden a la aportación de rasgos definitorios. Todo ello, con la dinámica de los festejos aludidos y los protagonizados o presenciados, de la propia tensión argumental del diálogo, del nexo

que los une mediante la función de los jóvenes, ... y de silencioso y oculto observador que describe escenas ciudadanas a través de la escena lugareña fisgoneada. Y, como cumple en el costumbrismo, el autor vuelve al primer plano para efectuar la reflexión final que en este caso no es mera fórmula pues, además de la previsible alusión a la elaboración literaria —el autor no se autocaracteriza como periodista— de lo que se supone ha contemplado,

desaparecieron y yo me quedé riendo, y de ahí á un rato me fuí a casa y escribí la escena de aquel encuentro. (p. 3a),

además, da pie a que El nuevo observador de 1856 lo use como mentor o a que se pueda ver a un mismo autor tras los dos pseudónimos ya que el deseo formulado por Un Observador es tanto una potenciación de lo escrito —o recuerdo de que se ha limitado a efectuar una selección representativa— como un germen de programa costumbrista que incluye la indicación de la técnica más adecuada que se debe emplear en su desarrollo —precisamente, junto a otras apuntes temáticos como las confusiones, los engaños, los rebos y los recelos, será la seguida por el autor de 1856— :

Quien pudiera oír á algunos forasteros de los que vienen en cuadrilla, y cansados de correr todo el día por esas calles, se juntan en la posada de noche y cada uno cuenta su historia y gritan y se rien, y al fin se llevan que contar en su pueblo para todo el año! (p. 3a)

4.2.2.1.3.- Lamentos no costumbristas del burgués medio: mendigos; horario teatral (1850)

Baja el tono costumbrista con "Mendigos" (96), firmado por El autor de este escrito, que no es lo que pudiera parecer por el título pues su objetivo es la fundación de un hospicio para recoger a los

necesitados, reales o fingidos, que importunan a los ciudadanos acomodados pero con preocupaciones cívico-morales. Con todo, en la entrega tercera de las cuatro que tiene pedría verse el bosquejo de algunas escenas en torno a cuatro tipos de pedigüeños seguidos por las calles de Zaragoza por otros tantos amigos interesados, como el autor, en comprobar la autenticidad de su pobreza.

Un puesto similar pide la "Revista Teatral" o * "Sra. Empresa" (97), de El pape, no ya por lo que la crítica de la deficiente actividad dramática zaragozana supone de pintura social sino porque pedría representar a los artículos similares que dan esa pintura aunque no se deba a móviles básicamente descriptivos. Sirva de ejemplo algo de lo que el autor esgrime como razón para que la empresa teatral retrase el momento de la representación. Si con anterioridad la sesión era a las siete y ya resultaba inconveniente por coincidir con la hora

establecida tan solo para recibir en las tertulias de confianza donde se dá el consabido chocolatillo con vizcochos ... (p. 2a)

La nueva desespera al autor por obligarle a romper los usos sociales:

¡A las 6 1/2! ¡ -á las 6 1/2 se tropieza uno al ir al Teatro con los jornaleros que se retiran del campo con las criadillas de servicio que bajan á la tienda por el aceite para las primeras luces, con los soldados que llevan el parte de la Oración; y hasta casi casi, con los chicos que salen de la escuela: á las 6 1/2 principian los espectáculos en Cintruénigo cuando los hay; en fin á las 6 1/2 Zaragoza, estamos, si no comiende todos los concurrentes, mucha parte, y el resto pensando en lo que hará mientras llega la hora indicada verdaderamente para la función. (p. 2a)

4.2.2.2.- El Avisador (1850-1854). El Esparterista (1854-1856). El Avisador (1856-1858)

4.2.2.2.1.- Moralinas sobre el joven, el hombre y la mujer (1850)

Ya con el rótulo trocado en El avisador, el periódico publica trabajos igualmente casi desechables, como "Oes palabras á la juventud" (98) de La cotorra, excesivamente generalizador y proclive a la moralización, o "El hombre y la muger" (99), del mismo autor e idénticas características.

4.2.2.2.2.- La ironía larriana de Antero Juncos en la crítica teatral y ciudadana (1850).

Pero la veta costumbrista se ensancha de nuevo, aunque momentáneamente, con unos cuantos artículos que, junto a "Encuentro y conversación de unos ferasteros" y algunos publicados a partir de 1853, son lo más salvable del diario.

El primero de ellos, "Nombres y cosas" (100), de Antero Juncos [Juan Montero], supone una original forma de realizar la descripción y la crítica ciudadana al sugerir al lector la adopción de una actitud distanciadora por medio de la opacidad lingüística que intenta surtir los mismos efectos que la perspectiva basada en diferencias de edad, lugar y sus derivaciones. La introducción sienta la premisa:

acheque nuestro es [...] juzgar de las cosas: por los nombres, ó lo que viene á ser lo mismo, apreciar por los nombres las cosas. (p. 4b)

Adobada con una de las dosis de ironía que tal técnica segrega y la alusión a la censura que quizás está en la base de este tipo de costumbrismo, el autor anuncia su solución a largo plazo contra el enquistamiento de la capacidad crítica:

hemos resuelto en bien del país y provecho propio, publicar un catálogo de nombres equivocados, cuya publicación en noventa tomos, tamaño de papel continuo, verá la luz pública

tan pronto como el público tenga luz. (p. 4b)

y acomete "por vía de prospecto" el comentario en torno a tres nombres que muestra la manera particular de aplicar su planteamiento: plaza de toros, empresa del teatro y lucerna. Así glosa la segunda:

¿A quien sino á nosotros ocurriera llamar empresa del teatro á la sociedad de especuladores reunida con objeto de costear todos los gastos y llenar todas las necesidades que las representaciones teatrales originan? ... Empresa ... ¿qué quiere decir empresa? ... ó bien el lema que ostentaban nuestros abuelos en su escudo, ó un proyecto cualquiera de realización más ó menos fácil; por manera que siendo estas las razonables acepciones de la palabra en cuestión, la empresa del teatro de Zaragoza, v. g. viene á ser ó un emblema del teatro ó un proyecto in pectore, y en verdad que mal debe juzgarse del teatro zaragozano por su emblema, y peor aun de la realización por el prospecto (p. 5a)

Lo logrado para la historia del género con este procedimiento se acrecienta cuando se comprueba que, realmente, los tres casos propuestos son ejemplos, si no del catálogo prometido, sí de un potencial programa costumbrista pues esa calificación debe aplicarse a la mención de otras palabras en medio de sintagmas que son cabales títulos de artículos y que, al margen de su posible materialización, ya añaden a la técnica observada otro componente: hacer que funcionen como desarrollados en virtud de lo que avocan en el lector combinado con el dechado recién leído:

Si así como de paso y á la casualidad hemos denunciado ya tres nombres que significan completamente lo contrario de lo que debieran, ¿qué sería si tratáramos de engolfarnos en el inmenso piélago de nombres y cosas que en este momento la imaginación nos ofrece? ... Figúrense ustedes cuánto podríamos decir si trajéramos á cuento la doncella de labor --el escritor público--los serenos--la torre Nueva--los abonos del teatro--la navegación del Ebro--las pedras del Coso--la puerta del Sol--la casa de las Monjas--el paseo de San Francisco--el telón de boca ... (p. 5a)

La censura de nuevo o, tal vez, el no sentirse con arrestos para conti-
nuar lo comenzado llevan al autor a una prudente retirada:

Pero no hay que alarmarse, pues tenemos muy presente lo que se puede hablar en un periódico de esta clase; y como el que evita el peligro no parece en él, hemos dicho. (p. 5a).

pero no al silencio, pues Antero Juncos vuelve a la carga con "Cosas" (101), artículo vinculado con el anterior desde el título y el primer párrafo. En éste, sin ahorrar el recuerdo de las limitaciones que la ley de Imprenta impone, extiende a todo el país --como ya hiciera en el primer trabajo-- las implicaciones de la capacidad crítica alentargada, refiriéndolas ahora a

los que nos distinguimos por esos mundos de Dios como pueblo independiente, por los colores amarillo y encarnado ... (p. 5a).

lo que le permite jugar con lo normalmente asociado a esos colores --el adorno de los condenados a garrote vil, el de los judíos verdugos de Cristo, la rabia y la alegría-- para llamar la atención sobre su imposible equiparación y, abstraído este rasgo común, aplicarlo a dobletes que no son homogéneos y deberían serlo:

un hueso y una castaña, la empresa, ó sea emblema del teatro, y el público espectador, los trajes de los actores y la época que quieran representar, el cuadrante del Coso y el buen gusto, el aseo de las calles y la observancia á los bandos de buen gobierno y un artículo del piego gratis del Avisador y los artículos de la fé. (p. 5a-b)

El procedimiento es, en sustancia, una variante del tema de "Nombres y cosas" pero no resulta una prolongación ociosa del potencial programa costumbrista allí incluido pues todo lo que sigue a esta peculiar introducción confirma que se ha operado un cambio en la técnica: lo que antes era accidental ahora pasa a ser sustantivo. Tras indicar el

propósito del artículo,

De cosas pues, nos ocuparemos, porque cosas hay, se tienen, se hacen y se dicen, que increíbles parecieran aun á los mismos que las dicen hacen y tienen, si entre nosotros pudiera parecer nada increíble ... (p. 5b),

Antero Juman —aumentando la tensión sin cesar hasta destruir la efectividad de los mecanismos tópicos de captación del lector— procede a la descripción de la sociedad al tiempo que la critica en sus aspectos locales como el teatro, del que, entre otras circunstancias aireadas, pues se ceba en él, recuerda

el aire embalsamado por los perfumes que escalan ciertas la calidades no abonadas aunque sí de abono ... (p. 5b)

y nacionales, como las restricciones de la libertad de expresión:

este periódico, el cual, entre paréntesis, es otra cosa que pudiera [...] parecernos imposible, á no revelarnos la posi bilidad de una manera innegable su constante y poco interrupción. (p. 5b)

Pero la cosa no queda ahí pues la técnica utilizada implica, entre otras cosas, el acoplamiento del proceder a que obliga la censura con el mecanismo del motivo costumbrista del "pinto, no retrato":

De Cosas nos ocuparemos, porque es mas fácil y cómodo y económico tambien para el escritor público del año cincuenta, hablar de cosas que de personas, si bien hay tambien personas cosas y cosas en las personas que son inseparables y no pueden tratarse independientemente; circunstancia, y sea dicho de paso, que nos impide traer á cuento ciertas co sas personales, que fuera cosa de gusto ver en letras de molde, pero por las cuales no es cosa de esponerse á ver el Avisador, cosa que no harie maldita la gracia á su propietario ni á los sus suscritores. (p. 5b)

El resultado es que el andamiaje del artículo se va transformando de "programa costumbrista" en una sistematización de su función, combinan el uso del latiguillo "de cosas nos ocuparemos" y del equívoco conno-

tativo —"cosas"— con la digresión, la dilatación y la preterición hasta conseguir que el trabajo se devore a sí mismo, al estilo lerriano (102),

Decíamos pues ...? qué cosa decíamos? ... ¡Ah! ya nos acordamos: decíamos que nos ocuparemos de cosas por mil y una razones; y bien mirado razón teníamos en decir esto, pues de cosas nos estamos ocupando desde el principio de este artículo que contiene ya treinta y seis cosas enteramente distintas y una sola cosa verdadera, á saber: un artículo del Avisador ... (p. 6a)

y, entre alusión y elusión, que el malestar que ocasiona lo criticable y el que produce la imposibilidad de criticarlo abiertamente se convierten en una exasperación similar al leerlo. Compleja pero inteligente resulta la mecánica del artículo pues aún hay que añadir que si el móvil del autor no alcanzara a tanta, las condiciones para que funcionen de esta forma yacen en lo escrito. Y, aunque todo se debiese a una actitud lúdica o, incluso, impertinente, la simple lectura provocaría un desanquilosamiento ya no referido a lo explícitamente anunciado, glosado y apuntado en "Nombres y cosas" sino a la globalidad del proceso de creación del artículo cuya condición de osca y cuya paradoja —serlo de hecho pero no teóricamente según inclina a pensar el hábito— remiten otra vez a lo que lo criticado es y lo que debería ser, a lo que el ejercicio de la crítica es y lo que debería ser y a lo que la censura —léase gobierno que la dicta, léase sociedad que la soporta— es lo que debería ser para Zaragoza y para España.

4.2.2.3.- Tipos: el pollo; el tuerto; de Janoquí y sus teorías costumbristas; la coqueta. Mataartículo sobre teatro de Janoquí (1830).

"Las dos épocas del pollo" (103), firmado por el pseudónimo de rancia estirpe costumbrista El Ermitaño, es un cabal artículo de tipo, rematado por una breve y liviana consideración sobre los defectos de la educación que compensa la ceñida descripción del pollo. Comienza ésta sin prolegómenos situando el hito cronológico en que nace el pollo oficialmente:

el día del Corpus, de Pascua ó cualquiera otro de aquellos clásicos por excelencia, en que es de rigor que estrene un traje todo mocito hijo de una familia tal cual acomodada. (p. 6b)

El momento exacto, con los catorce años frescos. Los atributos de la iniciación,

vestir frac, calzar bota de charol, empuñar baston ... (p. 6b)

Por razones económicas para que el traje dure, éste sólo puede usarlo "los domingos y fiestas de guardar" --a diario, sigue con la chaqueta y la gorra-- durante un período que constituya la primera etapa de esta época. Es cuando hace sus pinitos gracias a

la consabida pesetilla, que invierte muy ufano en una taza de café con copa de coñac, sin olvidar el pero de á doce cuartos, que mas de una borrachera le cuesta. (p. 6b)

La segunda etapa consiste en llevar frac a diario, ser habitual del café y dejarse ver en el teatro cuando tiene dinero. Al margen de la suave ironía lingüística y el colofón mencionado, la presencia del autor es insensible y sólo se objetiva su actitud cuando traza el límite entre lo descrito y lo por describir:

Dejemos pues el pollo en su primera época... (pp. 6b-7a),

un "dejemos" que iguala al yo narrador con el tú del lector, un "dejemos" que guía asmodeicamente en el repaso de algo conocido para quien

es guiado, un "dejados" con el que El Ermitaño refuerza sus posiciones, coincidentes con las del lector y aísla el elemento que hay que modificar, como declarará al final. La segunda época la alcanza el pollo a los veinte años. Pruebas de que está facultado para el grado de "hombre" las va mostrando cumplidamente:

Ha tenido algunos amorcillos de los cuales cuenta mil proezas, ha asistido á algunas orgías, ha sido testigo de un desafío (que terminó en el café) ha provocado la venganza de un marido y ha gastado su naturaleza entregándose al libertinaje. (p. 7a)

Tal carrera le lleva a presumir de "hombre gastado",

cuando llega apenas á la edad en que por primera vez deberían abrirse las puertas del mundo y verlo todo á través - del prisma de las ilusiones... (p. 7a),

fin del proceso y momento en el que el autor emite su diagnóstico censurador que busca la modificación del tipo descrito, porque éste entonces

no pasa de ser un pollo aun mas ridiculo que lo fué en su primera época. (p. 7a)

Sigue la temática centrada en los tipos con el excelente "Pobres tuertos" II (104) de Janoquí (106), quien lo indica precisamente con una extensa y jugosa introducción sobre el lugar común costumbrista de las dificultades del género, riesgo y mérito conjuntamente considerados en este caso con ribetes de verosimilitud que desdibujan las fronteras entre la ficción y la realidad. En principio, Janoquí se auto-define como escritor y, más concretamente, como escritor del subgénero:

Es indudable que son infinitos los obstáculos que se encuentran para que pueda el escritor emitir sus pensamientos, y mucho mas el escritor de costumbres, de tipos, á - -

quien algunos desean llamar escritor de personas... (p. 1b)

El primer inconveniente, tópico y real es la escasez de material virgen u original y lo manido de los procedimientos:

porque habiendo hace tanto tiempo hombres que retratar y — hombres dedicados á hacer retratos, se comprende la dificultad de encontrar tipos de que no se haya hablado y expresiones de que no se haya hecho uso. (p. 1b)

El segundo, lo expuesto de recorrer caminos ya frecuentados por los — maestros:

Si se hace un artículo de un tipo conocido, ¿quién es el — atrevido que se entromete en la cosa del Figaro? dicen ¿cómo se atreve á tal empresa? ¡Qué audacia! ¡Qué pedantismo! Si no es el tipo de Figaro sino del Curioso Parlante de — Fray Gerundio, el Estudiante, etc. dicen lo propio, matan — la reputación del infeliz que no conoce a tales señores, si no de oídas... (p. 1b)

El resultado lógico son las nefastas consecuencias que para el autor — sea consciente o no de la labor de los costumbristas que le han precedido— tiene la "perspicacia" del que le critica desde la barrera. Esto, además de significar que el tópico de la dificultad del género no se desarrolla mecánicamente ni en abstracto —pues Janequí está — describiendo y censurando de forma indirecta al tipo crítico— conecta con el cuarto obstáculo, también consustancial al costumbrismo, el sintetizable en el preservativo "cuando pinto, no retrato" que delimita la franja de actuación del género entre la abstracción o la — alegoría y la sátira personal:

Si hace un retrato exacto, se vé al punto el original. —Es don Fulano, dicen y aunque don Fulano sea derecho y elegante; fino y atento, y el retratado sea corcobado, súcio, grosero y descortés, se atribuye á sarcasmo la verdad. Habla de un tuerto como hay muchos? —Pues es don José, que vive en tal parte, número tantos, portal grande. —Y aunque proteste que no conoce á tal señor, que nunca lo ha visto, no

hay remedio; el retratado es don José, está conocido, y nada podrá persuadir de lo contrario. Porque no se puede nada contra los que se alaban de listos. (pp. 1b-2a)

Y aún sigue Janoquí tratando de desentrañar la causa de este obstáculo para lo que, tras considerar momentáneamente la posibilidad de una coincidencia fortuita de los atributos de la persona con los rasgos — del tipo descrito, acaba declarando la inevitable coincidencia —obvia, pero olvidada por los "listos"— del riesgo externo con la componente básica del costumbrismo y, trasladando el protagonismo a ésta, formula la necesaria confluencia de abstracción y realidad que define al género:

Por que no habiendo ningún ser absolutamente perfecto, ni — completamente defectuoso, es preciso tomar de cada uno la — parte que se note en él de mayor relieve, para formar en — nuestra imaginación el ente moral que trasladamos al papel. (p. 2a)

El autor, que está preocupado efectivamente por la recepción de lo — que escribe y quiere curarse en salud o que, intuitivo —si no ducho— de las lides del costumbrismo, emite la protesta que preceptúa el género, amalgama ambos supuestos y objetiva todo lo dicho no como digresión por la que deba disculparse sino como obligado "exordio justificativo" —así lo denomina— al margen de su eficacia,

á pesar de estar persuadidos de que [...] se nos ha de acusar de copiantes atrevidos. (p. 2a)

Y así retoma la inquietud antes manifestada, lo que hace sospechar — que sus temores en este sentido ya no son los formularios del género sino que quizá nacen de la proximidad —mes y medio¹⁰⁰ con que se ha — publicado el artículo de Julio Pompeyo (186), aunque, de hecho, no le daba nada:

Es cierto que hemos leído cosas parecidas y que algunas nos han sugerido la idea de este artículo; pero como —

quiera que estemos persuadidas de que nada podemos aprender sin que nos guíen, volvemos á repetir, que de ningún modo nos agraviará el que nos tache de plagiarios. (p.2a)

Tras el "exordio" comienza lo que aparentemente —aparentemente, porque tanto lo anterior como lo que sigue es convención literaria— es el artículo propiamente dicho con la ubicación del escritor en su casa y reflexionando sobre su labor:

Tumbado á la bartola estaba en cama pensando del modo que podría este domingo cumplir mi compromiso, sin grave riesgo... (p.2a)

A la autocaracterización indirecta como escritor y los rasgos de eufagia que implica, sigue una circunstancia accidental y quizá demasiado falsa —a no ser que el artículo se redactase en verano dada la rareza de mosquitos caseros en invierno, al menos ahora— que da paso a la mínima acción:

cuando acertando á pasar cerca de mi ojo izquierdo, un atrevido mosquito [...], la idea de que pudiera cogarme de —aquel lado me sugirió la no menos feliz de contar mi desventura, si [...] hubiese cometido el sin igual delito de dejarme semi-á-oscuras. (p. 2a)

Pero Janoquí no refiere tal contingencia directamente sino que, utilizando una variante del recurso del sueño, se desdobra para obtener perspectiva y antropomorfiza el distanciamiento:

Invíté pues á mi atrevida imaginación sácará á relucir cuanto pudiera ocurrirsela, si en tan apurado trance me vigiera... (p. 2a)

Queda así convertida la imaginación en su alter ego pero; además, se opera una inversión de papeles pues el narrador pasa a ocupar el lugar del tipo que iba a describir y la imaginación —entre cuyos ingredientes aparecería lo que aporte al lector captado, que experimenta un viaje similar al del autor— actúa como guía asmodeica del narrador.

Lo que muestra esta criatura son tres supuestos personales, uno aplicado a un tercero y varios posibles solamente apuntados. Pero todo - ello va vertebrado no por la libérrima trayectoria que se atribuye normalmente a esa facultad, ahora con arreos de geniecillo, sino por una lógica casi silogística. Así, se establece el aserto de arranque:

!Oh, pobre y quasi arruinado, señor mío, nunca os veais de la manera en que por mi mediación os habeis figurado! No hay ente mas risible ni mas desventurado, que un tuerto (a escepción del ciego). (p. 2a)

El primer supuesto o prueba sugiere las desventuras del autor tuerto en un baile de carnaval; el segundo, los sinsabores a que se expondría por la calle, recibiendo insultos sin saber exactamente de que boca - provienen y el tercero, los inconvenientes que la parcial falta de vi sión le acarrearía en las diversas modalidades de un duelo. Un balan ce provisional valora las experiencias pergeñadas en las tres escenas:

No hay remedio el tuerto es el ente más risible de la sociedad y tanto mas risible cuanto mas flaco, mas súcio -- sea. (p. 2b)

Lo inesperado de los elementos introducidos por la coletilla se expli carían como puente entre partes que anuncia la pintura de un tipo no - minado en el que se objetivan como rasgos los atributos que para el - lector coetáneo debía suscitar la figura de un tuerto:

Imaginaros un don Tadeo delgado como rabo de puerco, - con narices de pantalla destilando tabaco, un ojillo pardo con bigotes negros, otro plegado y de color dudoso: bigote cano, cejiunta cara y cual escobillon de Artilleria su ca beza; el cuello algo inclinado hacia delante, los brazos - largos cual nudosa caña, sosteniendo dos manos formidables y los pies que á dos bercas se parecen, sujetadas al cuer po por alambres. (p. 2b)

La imaginación comenta la risa que tal apariencia provoca, capaz de servirle al sujeto de medio de vida si la explotase desde un escapa

rate, y prosigue con la actitud de quien no parece consciente de su espectacularidad:

Pero D. Tadeo no es de esta opinión; todos los días se levanta temprano y sale a lucir su talle desde ocho y media de la mañana hasta los diez de la noche; con su invariable gaban del año treinta y ocho, su pantalón con alforzas y -- sombrero de bombo; sin olvidarsele su inseparable compañero el bastón de borlas. (p. 2b)

Al parecer totalmente reducido a su vertiente festiva, el tipo no es recomendable, según concluye la imaginación:

Una vez probado por las consideraciones hechas lo malo, ridículo y absurdo que es ser unfojo [..] con aquellas sólidas razones con que suelo probar cuanto me propongo. [..], os dejo querido dueño y amo mio feliz, en cuanto os dejo -- sin ninguna alteración en vuestro hermoso físico. (p.2b)

A lo tan jactanciosamente esgrimido, aún añade otras posibles pruebas en forma de enumeración sucinta --ya que no programa costumbrista-- de tuerfos:

dejando á un lado los muchos otros apuros en que pueden verse el militar, el médico, el boticario, etc. etc, tuerfos... (p. 2b)

Esto basta para que el lector evoque, recuerde o construya por su cuenta tantos artículos y para que --suceda al recurso de la imaginación, los otros supuestos previos a la descripción del tipo y la quizá excesiva ridiculización de éste-- el autor pueda sentirse más seguro ante la acusación de haber retratado a alguien en particular. Jancouí marca el límite de esta ficción basada en la guía de la imaginación --y encerrada como una de las "cajas chinas" del artículo-- cuando, a fuerza de prolongar la antropomorfización, pretende que lo anteriormente transcrito no se le pueda atribuir a él:

Estas fueron las palabras con que concluyó mi torpe -- imaginación sus reflexiones y que repito yo con el objeto

de que las aprecien en cuanto valen. (p. 2b)

Por fin, después de este intento de objetivación del artículo, ejemplo de la mecánica general del costumbrismo, el autor cierra su trabajo con lo que sí podría considerarse puerta abierta a su continuación seriada con más bases que la enumeración previa y con ciertos detalles que dejan sospechar que el tratamiento ridículo del tipo se debe a su desconocimiento:

Tal vez llegue día en que por cualquier causa envidie la fortuna de algun tuerto y le pregunte las ventajas que no pueden menos de tener estos seres. Entonces haciendo la comparación se verá qué es mas apreciable, si tener un ojo ó dos. (p. 2b)

Tras "Una boda como muchas" (107), donde lo más destacable es la nueva aparición de un tipo--esta vez, la mujer hermosa y coqueta--, aunque su tratamiento es fundamentalmente narrativo, la voluntaria imprecisión de la localización --"así puede ser Zaragoza, Madrid ó Pekin" (p. 2a)-- y el pseudónimo con que está firmado (108), Janoquí aparece otra vez con "El hombre me obliga" (109). El artículo es, en suma, un metaartículo de crítica teatral más una caracterización y protesta del escritor asalariado y se basa en gran parte en la literaturización con anécdota de lo que, a la vista de "Pobres tuertos II" podría ser una introducción formalmente teórica. El artificio aquí discutido queda incluido dentro de los límites de la situación reconocidamente costumbrista --ubicación del escritor en casa, caracterización sumaria como tal, alusión a la tarea periodística y su dificultad pareja, interrupción-- con que se abre la composición:

Revolviendo estaba libros y folletos; cuadernos y apuntes sueltas, cierta mañana fría, para hacer un artículo picaresco y agradable, de corta extensión y sin ningún nombre propio: cuando mi impertinente criado, que todos los criados son impertinentes, abrió la puerta de mi reduci

do cuarto, enunciando, con voz campanuda y algun tanto diso-
nante "El Sr. Director del Periódico". (p. 2b)

Las fugaces notas descriptivas del Director, con "su sombrero, su bas-
ton y sus trementas guantes verdes" (p. 2b), y los comentarios y aco-
taciones de la acción por parte del escritor constituyen los elementos
de una primera escena en que éste se subordina de hecho ante aquel aun-
que sepa por qué lo hace:

Al fin me dá de comer. (p. 2b)

Acomodados ambos, el asalariado recibe la orden del Director:

-Sr. Janoquí! Un artículo de Teatros es necesario pa-
ra mañana. En el día el Teatro preocupa los ánimos, Es lo
único que se lee. (p. 2b)

La réplica del escritor

-¿ De Teatros? esclamo estupefacto. Si no hay Teatro en Za-
ragoza! (p. 2b)

da pie a una discusión en la que necesariamente tiene que perder el ar-
ticultista, pues es amenazado con ser borrado de la "lista de redacto-
res", y donde se airea el tema de la dificultad de la labor periodis-
tica:

- [...] Los artículos han de ser inofensivos y chistosos; muy
largos y verídicos. Pero Sr. si me pide V. imposibles ¿có-
mo ha de haber chiste donde no hay ofensa? ¿ni cómo puede
ser verídico un artículo largo, cuando son tan pocas y tan
pequeñas las verdades? (p. 2b)

Lanzando ultimátum por el Director, que se va "haciendo un saludo al
gé humillante" (p. 3a), el periodista queda a solas y comienza a es-
cribir lo que se supone que tiene el lector ante los ojos: una reflexión
sobre la inexperiencia en la crítica teatral que tiene que convertir-
se en maestría de un día para otro y un aviso público que es protesta
por sus limitaciones y arrasadora crítica de la actividad teatral a

un tiempo. LO vomitado comienza así:

Separ pues todos los que sus ojos pasen por este despreciable artículo que con toda la fé, con todo el entusiasmo de un novel escritor declara que el Teatro de Zaragoza, no es Teatro ... (p.3a)

Consciente de las consecuencias que le acarreará el haber escrito, como denuncia, "lo que he observado, lo que todos han visto, y lo que el hambre futura me hace decir." (p. 3a), o prolongando la ficción del metaartículo que se confunde con la realidad, concluye su labor dibujando el panorama que se ofrece a quien canta las verdades a su estilo:

Ya preveo lo que va á suceder; pero no me arredra.
Cien artículos, mil comunicados se conjuraran contra mí,
ya en otros periódicos, ya en este mísero papel. (p. 3a)

y, preparado para que le llamen ignorante y le exijan pruebas de cuanto ha dicho, se despide —de hecho, el pseudónimo Janoquí, según parece, ya no contará para el costumbrismo (110)— a lo desesperado como última protesta por sus condiciones de trabajo:

Pero es en valde, no contestaré, ó mis contestaciones serán sus caricaturas. Este es mi sistema. Una vez declarada la guerra nada me hace retroceder,

Y si el estado, se desquicia y cae,
Impertérrito y yrme entre sus ruinas

4.2.2.2.4.- Casi dos años sin costumbrismo: alabanza del tiempo pasado, moralizaciones, policía urbana, pollos ... (1850-1852).
Tres textos aislados: Madrazo y su aportación a la imagen tradicionalista de Aragón; las hijas de familia; la criada (1852).

Sigue a estos artículos de mérito un periodo de sequía para el gé

nero de casi dos años hasta que, en el último mes y medio de 1852, florecen aisladamente tres títulos (111). El primero de ellos, "Un mes en Aragón. Zaragoza. II" (112), testigo aislado de una posible serie de descripción itinerante, va firmado por Francisco de Paula Madrazo. Una lectura apresurada del texto haría pensar que no es, estrictamente hablando, costumbrista pues, aunque algo dice del carácter zaragozano y del paisaje y los monumentos de la ciudad, tiene el aire de una mezcla de lugares comunes y detalles demasiado particulares presidida por una actitud ni curiosa ni crítica, ni descriptiva y más bien parece responder a un casi obligado cumplido por las atenciones que el autor ha recibido de las autoridades y personalidades zaragozanas en su visita. Pero, no obstante lo anterior, su consulta más detenida permite observar cómo se arraigan, se transforman o cambiarán determinados tópicos que, insensiblemente, sintetizarán lo que para propios y extraños significan Zaragoza y Aragón mediante un componente —con muchas probabilidades inadvertido para el escritor— que tiende a hacer pasar esa imagen como espontánea, popular, universal, atemporal, objetiva y excluyente. Con elementos propios del costumbrismo y una de las características más definitorias de su mecánica, el artículo lleva el marchamo del género aunque no lo exhiba.

Su autor, autodefinido como visitante accidental, llega por segunda vez a Zaragoza, ciudad a la que denomina con la perífrasis frecuentada fuera de Aragón pero aquí generalmente sustituida por alusiones a hechos de armas más recientes:

No era esta la primera vez que visitábamos á la ciudad inmortal de 1808. Hace diez años la recorrimos con la superficial ligereza de viajeros inexpertos. (p. 19)

El viajero evoca el panorama revolucionario entonces observado:

cierta fermentación sorda, que revelaba las agitaciones propias de aquel período político azaroso (p. 1c)

ambiente esparterista que no sólo desdibuja con tal denominación sino que escamotea mediante la presentación de otro mucho menos preocupante según su punto de vista:

Ahora por el contrario, apenas se apea el viajero nota desde luego que la paz y la calma de los ánimos han sucedido a aquel estado de agitación y de lucha. Zaragoza es una ciudad tranquila, pacífica y serena. Esa tranquilidad se advierte en todas partes; en sus calles, en sus plazas y en sus templos. (p. 1c)

Sin que luzca en él un plan técnico coherente —hay repeticiones, descompensación de la importancia de los elementos, excesiva atención a lo personal—, a no ser el de su falta, dictado por la intención de lisonjear, el artículo está presidido por las directrices marcadas en un lugar tan privilegiado como la introducción recién vista. Nuevas palabras tranquilizadoras para el lector zaragozano y no zaragozano que comulgase con ellas abren el desarrollo —mejor, repetición— de lo avanzado:

Los zaragozanos que tan justamente adquirida tienen su fama de denodados y valientes en la guerra, en las épocas de paz, en los períodos normales son los hombres más dóciles del mundo. Nada según dicen sus autoridades es más fácil que gobernarlos. (p. 1c)

A renglón seguido, el lugar de lo que podrían ser pruebas o ejemplos —recuérdese el proceder del Príncipe y De la Fuente— es ocupado por lugares comunes totalmente desvinculados de los hechos históricos cuyo recuerdo parece querer borrar el autor:

Nada, según dicen sus autoridades, es más fácil que gobernarlos. La lealtad y la honradez, que se reflejan en aquellos semblantes tostados por el sol de los labradores aragoneses, son la base de su carácter ... (p. 1c)

Privilegiada así la imagen pacífica del carácter aragonés mediante un rasgo intemporal, queda conjurado el atributo revolucionario al ser éste vinculado con la accidentalidad y asociado a valores negativos. Pero la materia prima para elaborar esta interesada imagen de la normalidad ha sido extraída del elemento rústico combinando los principios románticos del Volkgeist y la tendencia costumbrista a buscar en el campo y la periferia la España no nivelada con las modas europeas modernas y, sin embargo el autor tiene que hablar de una ciudad y, además, debe dirigirse a los prohombres que la atendieron en su visita. Sean tales circunstancias las causas de su proceder —lo cual supone un documento puntual de por qué se actúa sobre los tópicos— o débase éste a su coincidencia o combinación con supuestos modelos previos —cuyos móviles habría que cotejar con los aquí hallados— el caso es que Madrazo, sin ninguna argumentación, extiende a los menos rústicos los rasgos de los lugareños ya transformados en los más deseables para las autoridades zaragozanas y quienes piensan como ellas, en los que se utilizan —por selección, modificación o invención— para crear la imagen que en ese momento y desde la posición ideológica dominante quieren que Zaragoza tenga en el exterior y, con la adecuada importación, que la reviste de objetividad, en la propia ciudad. De ser correcta esta exégesis y dados los términos en que Madrazo plantea la cuestión, entre los rústicos aragoneses de cualquier época y los dirigentes ciudadanos de este momento conservador no habría otro vínculo real que el tímidamente insinuado de las modalidades fónicas del lenguaje:

La lealtad y la honradez, que se reflejan en aquellos semblantes tostados por el sol de los labradores aragoneses, son la base de su carácter: y esa lealtad y esa franca honradez de los hombres del campo; que se revela hasta en el acento, se encuentra con las mismas señales en las clases más elevadas de la aristocracia aragonesa. (p. 1c)

Sigue la mención de las cualidades positivas atribuidas, preceptivamente o no, a Zaragoza: amistad, simpatía, ausencia de cálculo o doblez, amparo en la desgracia, goces para la juventud —no opinaré lo mismo Gilberto— "ventajas sin cuento" para la sociedad y, para la caridad,

todos esos recursos inagotables que tanto abundan en los pueblos donde predomina la bondad de los sentimientos del corazón. (op. 1g-2a),

retahíla de flores que quizá tenga un valor instrumental atendiendo a que el autor quiera aterrizar en la alusión a instituciones conocidas fuera de la ciudad:

Por eso en Zaragoza hay hospitales como el de Nuestra Señora de Gracia, y establecimientos de beneficencia como su magnífica casa de Misericordia. (p. 2a)

De nuevo, la reiteración hace acto de presencia, aunque la repetición de lo ya dicho no pueda ser ni idéntica ni ingenua. De momento, se observa que los valores otorgados anteriormente a labradores y aristócratas ahora se extienden a todas las clases. En segundo lugar, queda claro que, si tales prendas son patrimonio común, esto no deja de ser una concesión interesada porque Madrazo concluye explícitamente que la clase que es superior por nacimiento y poder también lo es en virtudes. Pero esta lógica que justifica el gobierno de "los mejores" desmiente de hecho que hay una igualdad entre aristócratas y labradores y que estos puedan ser generadores y depositarios de los valores aludidos:

Si los sentimientos de nobleza y de honradez se reflejan desde luego en el semblante del labrador, del artesano, del comerciante, y en las clases populares todas, la clase elevada, lo que podemos llamar la aristocracia aragonesa, reúne, á esos sentimientos hidalgos, una generosidad sin límites, una franqueza y una finura en alto grado simpáticas. Estas cualidades tan apreciables, hacen de la sociedad de Zaragoza

za una de las más alegres y amenas de España. (p. 2a)

Ahora bien, tanto halago y tan ubicado no podía ser gratuito, porque definir a ese significativo grupo como "noblesza espiritual" con rasgos localizados en los labradores o atribuidos a ellos supone una usurpación o una falsificación. Es más, este proceder utilitario con los labradores se ampliaría a los mismo valores manejados pues, confirmando lo antes sospechado, las razones personales apuntan de nuevo en forma de agradecimiento por las atenciones que el autor ha recibido de las jóvenes casaderas zaragozanas o, más estrictamente, a modo de simple galanteo hacia ellas:

Estas cualidades tan apreciables, hacen la sociedad de Zaragoza una de las más alegres y amenas de España. Las señoritas solteras de las más distinguidas familias, saben conciliar, gracias a la educación que han recibido, todas las exigencias de la virtud y del recato, propios de su estado y de su sexo, con una amabilidad y una candorosa franqueza de buen tono que da nuevo y mayor realce á su virtud misma, como se los dá también á sus gracias y su hermosura.

Contribuye a ratificar lo considerado sobre el uso, combinación y modificación de los lugares comunes con miras particulares al que el tema inmediatamente abordado sea el del pilarismo, de tan obligada mención como el del carácter aragonés, flanqueado por los cuales, el del gusto en el trato de las "señoritas solteras de las más distinguidas familias" parece disonante. Lo que Madrazo dice sobre la devoción a la Virgen del Pilar tampoco debe olvidarse. Ciertamente que, ni Príncipe ni De la Fuente la pasaron por alto, pero ahora este "uso social" es presentado como algo básico e incluso imponderable:

La devoción de los zaragozanos á su Virgen del Pilar, raya en lo maravilloso. Esta Virgen es para ellos todo: su consuelo, su amparo, su orgullo, y hasta su gloria. (p. 2a)

y cierto que ha mencionado al principio del artículo la resistencia

durante los Sitios como puede verse en otros autores pero aún es más incontestable que Madrazo vincula ambos elementos presentando la imagen, aún hoy considerada "natural", de la virgen-guerrera. El procedimiento observado en el ocultamiento de la faceta revolucionaria de Zaragoza y en el refuerzo y manipulación de los tópicos sobre el carácter es el que actúa una vez más. Y no sólo para ofrecer como indisolubles dos aspectos que Fríncipe y De La Fuente daban por separado (113) sino, también de nuevo, para escamotear lo que muestra la historia pues la alusión a los Sitios, que es el momento puntal en que la defensa contra Napoleón confiere esa romántica fama guerrera de Aragón, es exhibida como prueba próxima de algo intemporal. Pero, como en los casos anteriores, la falacia de la prueba y de la lógica que la esgrime queda al descubierto: si realmente es accesorio si lo que busca Madrazo es confirmar con ejemplos próximos y evidentes el tópico de la capacidad aragonesa para reaccionar frente a situaciones político-sociales inadmisibles, ¿qué hace con los acontecimientos que rodean a la Cincomarzada y al esparterismo, mucho más cercanos cronológicamente, y algunos de ellos mucho mejor conocidos por él e incluso recordados al comienzo del artículo? Fraude. El tópico del heroísmo aragonés queda asimilado a la devoción pilarista por el mismo motivo que se niegan sus valores al apego a una causa política progresista. Si el discurrir de Madrazo se debiera a simple cautela para no herir las susceptibilidades de lectores y gobernantes nada le obligaba a proceder como lo hace: más prudente, aunque no menos significativo hubiese resultado el silencio. He aquí, en fin, uno de los pasajes que dan pie a estas observaciones:

Con la Virgen milagrosa dentro de sus muros, no temen nada; ni los estragos de la peste, ni los horrores de la guerra, ni las amarguras del hambre. Aunque vieran sitiada su ciudad por los mas aguerridos ejércitos del mundo, la historia contemporánea les dice que con la protección de la Virgen

son invencibles y saldrán airosos de la prueba. Este entusiasmo verdaderamente santo, explica su heroísmo sin igual de 1808. (p. 2a)

Claro que, según éste y otros textos que nutren el catálogo del costumbrismo aragonés, esa unión no es tan objetiva ni se perpetúa tan impersonalmente... Pero el artículo aún no ha terminado, sólo ronda su ecuador espacial aunque ya ha sobrepasado la zona más sustancial. El resto está dedicado, sobre todo, a describir lo que podría ser comprobado con más facilidad que la existencia de la imagen de Zaragoza --y aun de Aragón-- que ha dado hasta ahora. Pero el autor sigue siendo el mismo y, al hablar del concurso de devotos que hay en el Pilar a cualquier hora, no podrá evitar dar por evidente lo invisible, efectuar nuevas conexiones entre valores y sugerir que el carácter aragonés anteriormente basado en la nobleza, lealtad, honradez y grandeza de los labradores y luego quintaesenciado en las clases altas, ahora, procede en gran medida del pilarismo:

Este entusiasmo y esta fé religiosa ejercen allí, como no podía menos de suceder, poderosa influencia en la educación y en el carácter. (p. 2b)

Madrazo lanza por delante su propósito de no insistir en lo que generalmente se conoce de la Zaragoza monumental fuera de ella, y declara el aspecto de la realidad que más le interesa:

Mas atentos y preocupados con el Zaragoza moral, si se nos permite la frase, que con el Zaragoza material, no entraremos en detalles descriptivos... (p. 2b)

y cierto es que se atiene a lo que él llama "moral": todos los adelantos y huellas del progreso que advierte,

su hermosa calle del Coso, embellecida con anchas y cómodas aceras, sus tiendas, sus cafés, sus fondas y sus paseos... (p. 2b),

le parecen equiparables a los de las mejores capitales de España, pero no suficientes para que lo "material" se pliegue a la identificación "moral" que hace entre Zaragoza y el Pilar:

casi son ya lo que deben ser en el pueblo que encierra en su seno para admiración del mundo, la maravilla del Pilar.
(p. 2b)

La reducción de todo lo que significa Zaragoza a su faceta pilarista trae en su ayuda, como se podía sospechar, una tercera mención de los Sitios, lo que supone el refuerzo del pilerismo belicista y una pala más de tierra sobre la tumba del progresismo; y, también previsible, la línea discursiva tiene que ver con el halago y lo personal:

Y seguramente que no parará en esto el movimiento de mejora, porque, por fortuna suya, la brinda á avanzar en ese camino, á mas de las delicias de la paz, en cuyos brazos se rejuvenece y vigoriza la bizarra población de 1808, las felices disposiciones y el buen deseo de las autoridades que están á su frente, y que no pueden ser más á proposito para dirigir aquel pueblo. (p. 2b) (114)

Cumplimentadas así las autoridades, Madrazo dice haber intentado ver algo de Zaragoza antes de abandonarla. Del núcleo, lo que refiere es las dependencias de la Casa de la Misericordia, a cuya visita dedicó cuatro horas, y el Pilar, las alhajas de la Virgen, la Seo y el Palacio arzobispal, que le llevan "una mañana entera" y de lo que los aposentos del obispo —ausente "por causa de los baños"— le merecen más atención por lo que tienen de "moral":

Pocas cosas dan tan cumplida idea de la misión episcopal, — como los palacios de los príncipes de la Iglesia. Lo magnífico y suntuoso de los edificios, sus inmensos salones parecen revelar todo lo elevado de la gerarquía, todo lo sublime de la misión de los pastores del rebaño de Jesucristo, —

al tiempo que la sencillez y modestia de los escasos muebles, que tanto contrastan con la grandiosidad de los salones, indican de un modo elocuente que la humildad cristiana y la pobreza evangélica tienen allí su natural asiento. (p. 2a)

El artículo acaba con el recuerdo de lo contemplado en los alrededores de Zaragoza: en primer lugar, el panorama de la ciudad, con la "amena y dilatada campiña" y la "magnífica y colosal obra del canal imperial", observado desde "la cima del Torrero" y calificado como "de los más pintorescos que puede describirnos la imaginación de un poeta." (p. 2g), y después, entre la "infinitud de casas de campo, conocidas con el nombre de Torres." (p. 2g), la de Bruil (115) y "la de la Perfumista",

por ser propiedad hoy de una señora que tiene una bien surtida tienda de este género en la calle del Coso. (p. 2g)

* "La educación de las hijas de familia" (116) está, como el artículo de Madrazo pero por razones distintas, en la confusa frontera del género. La actitud del anónimo autor ante el tema que contiene el título propuesto no es totalmente opuesta a las pautas costumbristas aunque se reviste de una seriedad que impide el distanciamiento crítico o irónico y queda expuesta con tal aplomo que ahuyenta la ficción. Desde las palabras iniciales,

Sin pretender nosotros que á las hijas de familia deba dárseles una instrucción tan sólida y general como á estudiantes de universidad, duélenos en el alma ver el lamentable descuido con que mira la generalidad de los padres la enseñanza y costumbres de sus hijas. (p. 2a)

hasta recapitulación final,

¡Cuántos raptos, fugas, desafíos y adulterios audieren evi-

tarse si los padres miráran con mas cuidado la direccion de sus hijas ! Es preciso no olvidar que la educaci3n de la mujer es la base de la felicidad de las familias, el crisol de toda sociedad bien constituida, y uno de los primeros elementos de prosperidad para los pueblos. (p. 2b),

la tesis del autor es diáfana ideológicamente y está exenta de cualquier artificio encaminado a captar la atención del lector, quien la compartirá o rechazará al margen de las argumentaciones subsiguientes. Sin embargo, éstas revisten la forma de descripción ejemplar de un tipo que, a pesar de su linealidad algo fría, puede cumplir la función costumbrista de mostrar un modelo que hay que rechazar. Una censura del proceder de los padres que une la introducción con la parte descriptiva situa a las protagonistas "desde sus mas tiernos años en un colegio cualquiera, donde se educan casi siempre bajo la direcci3n de preceptoras poco hábiles" (p. 2a) y donde son privadas de la vigilancia maternal. Pasado el tiempo en que de esa manera han realizado "estudios frívolos y superficiales", continúan recibiendo en sus casas la deficiente y peligrosa enseñaanza el uso:

Los maestros de francés y música frecuentan la casa, no sin ofrecer á veces los inconvenientes de un trato demasiado libre y familiar. A los catorce años ya saben las niñas ras-car el piano, hacer cortesias y saludar en francés. (p. 2a)

La obra se corona con lo aportado por las relaciones con las compañe-ras, la falta de control en las lecturas y el conocimiento de los asuntos y sucesos menos edificantes a través de quienes visitan a su familia. A los dieciséis años, "hacen con solemnidad su presentaci3n en el mundo, y el júbilo de sus padres llega á su colmo" (p. 2h). La vida de la joven —ahora el autor singulariza— se reparte entre el baile, la cosecha de elogios provenientes de los "pisaverdes", el paseo vespertino por El Prado, la asistencia al teatro por la noche y "algún sarao ó concierto de gran tono" que la ocupa hasta el amanec

cer. Recibe halagos por todas partes, incluso de sus padres y de ahí a buscar la lisonja y mantenerse en la mentira no pasa mucho tiempo. La senda del vicio ya está enfilada:

Vive al galope en un mundo lleno de placeres, respira un ambiente que sofoca, y su tierno corazón se funde en el molde de las malas pasiones. (p. 2h)

La pintura de estas jóvenes —de nuevo en plural— se completa con los rasgos del orgullo y la vanidad que, vistos y envidiados en otras mujeres, les llevan a hacer del lujo "su ídolo predilecto" y a fundamentar su vida en "el deseo de ser ricas". Incluso este último paso es fomentado por los padres —ahora el autor ya comienza a derivar hacia la conclusión—, quienes han propiciado que las hijas tuviesen falsas necesidades desde niñas y han estimulado "en ellas la costumbre de adornarse con cintas, moños, y relumbrones en vez de aconsejarlas la sencillez y la limpieza". (p. 2h)

Tras el tipo de las jóvenes desestabilizadoras del orden social acusadas por un intuitivo burgués apenas disfrazado de moralista católico, un nuevo tipo, y también femenino, es el objeto del tercer artículo anunciado: "La octava plaga" (117), anónimo, describe en tono más grácil e irónico el tipo de la criada aunque, claro, a la larga su papel no dista mucho de la de las "hijas de familia" pues cumple con la misma función costumbrista de pasar revista a motivos contemporáneos significativos para incluirlos o excluirlos del nuevo orden social e ideológico. Paralelamente y al margen de lo que de la familia se diga, el artículo revista el interés de atenerse a la descripción de un elemento que normalmente aparece tangencial o subsidiariamente para fraguar la pareja narrador-auxiliar doméstico que permite abordar un tercer tipo o tema. Puesto que la criada comporta ya desde el título connotaciones negativas, recibe un tratamiento

de repulsa que recuerda al otorgado algunas veces al rústico; pero quizá por la proximidad física y vivencial aquí no hace acto de presencia tanta agresividad despectiva o denigradora sino una ridiculización amable —aunque no necesariamente menos efectiva— a mitad de camino entre el lugar común del criado inepto, limitado en su mente e incluso malévolos de larga tradición literaria y las situaciones ya conocidas —y presentes en el artículo— del rústico que visita al familiar capitalino. De ahí que "la octava plaga" suponga la queja del "sufrido" narrador que soporta de forma permanente y con ribetes de ineluctable tiranía las molestias en otros casos accidentales.

El narrador establece inmediatamente el contacto con el lector, en este caso precisado:

¿Teneis por ventura, queridos suscritores, una criada?
(p. 1c)

da por supuesto que la tienen, con lo que establece la relación de complicidad necesaria para desarrollar su planteamiento y orillar la posible defensa del tino seleccionado. Esta, y como concesión previa mínima y única, la convierte el narrador en hipérbola que resulta burlesca desde que se establece la limitación de la extracción social:

tiene todas las virtudes domésticas que son compatibles con la clase. Es limpia, fiel, hacendosa, maneja la plancha como un bruñidor, la aguja con más acierto que Sebastián el Cano, el sábio marino; la escoba como pudiera manejar el pincel el fecundo Goya, y blande los zorros como podía blen dir las disciplinas el mas cruento dómine del siglo pasado.
(p. 1c)

A partir de ahora, en la medida en que el narrador saca a relucir los defectos de la criada, se aproxima al "suscriptor" que también es con figurado con más precisión:

ya supongo [...] que tú eres algo, que te ocupes en algo, que por necesidad ó por distracción manejas la pluma y tie-

nes un bufete. (p. 1c)

Así, la pintura del tipo —como suele ocurrir siempre que no es de alguien excesivamente exótico— no consistirá en aglutinar sus rasgos definitorios para que el lector llegue a su conocimiento cabal, sino una enumeración de desdichas sabidas o compartidas por quien es cribe y quien lee:

Yo supongo que fatigado del trabajo mental ó material, ó de uno y otro, te levantas para comer, para dar un paseo, para pasar una horita en el café. Ay de tí, pobre letrado, desgraciado literato, desventurado curial! ... El santuario de las musas, el templo de la justicia, abandonado de su dios tutelar, pasa a manos de la torpe sacerdotisa doméstica, que enarbolando la escoba y el plumero, no deja cosa con cosa ni papel con vida, ni libro en su sitio. (p. 1c)

Seis parece que son los desastres habituales con los que se pretende dibujar a la criada. Su conjunto corrobora lo sospechado hasta ahora: el mensaje del autor o, si se quiere, la función cumplida por la descripción del tipo, es mostrar la diferencia insalvable que existe entre clases sociales mediante sucesivas pinceladas —incuria, fuerza bruta, valor únicamente material, desaprensión ...— del obstáculo básico que presenta la fámula y aquellos a quienes representa: la insensibilidad. Así queda segregado el pueblo llano de un mundo que quiere ser exclusivamente acorde con la forma de concebirlo que tienen las clases medias y éstas se autodefinen indirectamente como poseedoras obvias, naturales, objetivas y excluyentes de los atributos necesarios para formar parte de él. Además de la insufrible facilidad que tiene la criada para deshacer con su orden peculiar el ordenado desorden del que trabaja con la pluma, a quien le "pasa el plumero por encima de un papel recién escrito, y deja en sombra la mas luminosa idea de rema feliz." (pp. 1c-2a), en segundo lugar, narrador y suscriptores afines se exponen a los desperfectos surgi-

dos de la colada y la plancha:

ay! guárdate de la plancha alcarreña, de los restregones de una mano que haría escurrir, no el agua de jabon de un delicado lienzo, sino el agua de mar de las lonas de un navío.
(p. 2a)

Como en el arranque de varios párrafos previos y en el que sigue, la anáfora "supongo, suscriptor" también mantiene el contacto retórico con el lector al imaginárselo conservador de periódicos, guardador de entregas y coleccionista de varias publicaciones y sujeto a otra calamidad:

¿Es así? pues renuncia a tener criada. Si ocurre chamuscar un pollo, guarnecer un vasal, ¿qué mas propio para esto que un número de periódico, que un par de cartas geográficas?
(p. 2a)

El cuarto riesgo que se corre es que la criada actúe como quien tiene una garlopa en la mano a la hora de cepillar "un frac y una levita de paño de Tarrasa ó de Louviese" (p. 2a). Otro peligro es el que supone tener una criada que, como "sabe de todo, sabe bailar, y sabe que hay sociedades de baile todos los días a todas horas" (p. 2a) y no sólo exige tiempo libre para "mensear las caderas en el templo de Terpsícore" sino que practica en casa:

La criada que ensaya la redowa en tanto que friega, mientras sirve á la mesa, no deja plato á vida, y en cada cabriola pierde las hechuras un engendro de la Cartuja, un hijo de Alcorcon ó un hechizo de cristal de la Granja. (p. 2a)

La última lacra que supone la doméstica es la que se refiere a sus parientes y la desaprenación con que estos usan y abusan de la hospitalidad del narrador. Como los rústicos que se dejan caer en la casa del conocido de la capital, el pasaporte de unas tortas de aceite, "una erza de miel" o una docena de huevos facultan al padre a la madre de la criada para "sentar sus reales en casa del amo como en país

conquistado." (p. 2a) e incluso hay que prepararse para recibir al primo, que,

con esa agreste franqueza que distingue al pariente de la criada, nos hace más primos que á ella, que no suele serlo. (p. 2a)

Prueba de que el tipo de la criada es perfectamente conocido por los "queridos suscritores" y que éstos comparten el juicio del narrador —o de que éste da tales extremos por sobreentendidos— es que el cabo del artículo se formula como una súplica, jocosa pero significativa, a los más visibles factores del progreso material para que sustituyan a la criada mediante alguna invención mecánica. Es como una invocación que los dioses titulares del templo de la sensibilidad y de la pluma —el narrador y los "suscritores" afines— dirijan a las nuevas deidades de los tiempos modernos para que les sean propicias en el tránsito a la nueva época, al dejar atrás la inconvenientes de lo antiguo —los defectos de las criadas— y conservar lo útil que encerrase —su imprescindible servicio que les libra de la servidumbre de los trabajos viles—; es un precioso testimonio —a pesar de ser figurado y humorístico— de la limpieza y frialdad con que se sacrifica lo que sea necesario para diseñar una determinada concepción del mundo:

Artistas del siglo diez y nueve, vosotros que habeis sujetado á la mecánica los cálculos de los números, vosotros que habeis anulado el trabajo manual, y que con vuestras ruedas y vuestras palancas parece habeis insuflado la vida en estas mil máquinas que suplen al hombre, suplid á la mujer; es decir, suplid a la mujer criada; ya ya que por acá escasean los orangutanes, máquinas vivientes que suplen, con su instinto, el ... instinto denominado razon de la clase doméstica femenina, dadnos una máquina, culins-frego-barro-jabonateria, que anule la-solidum la octava plaga. (p. 2a)

4.2.2.2.5.- Un trimestre yermo (enero-marzo de 1853). Artículos es-
casos y, en general, reproducidos desde abril de 1853 a ma-
yo de 1858: el novio de ventana; El viaje y la representación
de Pata de Cabra; la pollita; el cursi (1854)

Desde que aparecen estos artículos recién vistos, hasta el final
del periódico —que aún se denominará El Esparterista y, de nuevo,
El Avisador— a mediados de 1858, ya traspasado el Bienio Progresis-
ta sólo descuellan contadísimos títulos y más por contraste con el
yermo costumbrista en que se encuentran que por méritos propios. (118)

"El novio de ventana" (119), de R. Otero, es un artículo de tipos
en la línea más pura de los que siguen las pautas marcadas por Los es-
pañoles pintados por sí mismos y tanto que, por lo que se indica en-
tre paréntesis al final —"(Habana)"— como por la proximidad del
título con "El amante de ventana", uno de los contenidos en Los cuba-
nos pintados por sí mismos, de 1852, pudiera ser una reproducción
de éste (120). En un párrafo introductorio, el autor se dirige a los
destinatarios femeninos del artículo, presenta sumariamente el tipo
—lo da como conocido de la mayoría de los lectores— y endosa el
tópico de la falsa modestia. La descripción comienza por fijar la
edad del interfecto:

Es, por lo regular, un personaje de 16 á 17 años. (p. 1c)

y le sitúa emperifollándose para el particular cortejo:

Dadas que son las cinco de la tarde, el novio de ventana,
que está en su casa en mangas de camisa, corre al lavatorio,
limpia su cara y en seguida estira con toda la fuerza de un
atleta el cuidado pantalón, limpia la casaca y el conserva-
do sombrero, plancha cuidadosamente la corbata, pechera y
cuello de la camisa, y "se va metiendo la ropa", como dijo
el francés. Acicalado de este modo, y perfecta y cuidadosa-
mente peinada la melena, toma un junco aéreo (esto es de mu-
cho tono), soba curiosamente la pierna del pantalón, y sale

muy ufano ... (p. 1c)

Su máxima preocupación hasta avistar la casa de la enamorada —"una niña de catorce años"— es evitar las salpicaduras de barro. Llegado a la esquina elegida, mira como miope la ventana, ve que ella le ha visto y comienza el ritual:

se estira uno a uno los cuellos de la camisa, toma el junco por ambos extremos, ya forma un arco, ya lo destruye; la vuelve á mirar, pone la mano sobre su corazón, gesticula in dolentemente, se quita el sombrero (con cuidado para que quede de frente á la niña el pintado ferro) se pone la mano en la sien como si le abrumasen los pensamientos, se vuelve á cubrir, y vuelta al junco y vuelta a los cuellos ... (p. 1c)

La niña, que contesta con el aparato complementario, puede iniciar el diálogo verbal si se descuida la madre. Llega la noche y sigue el no via de plantón. Si sale la criada, envía y recibe billetes amorosos. Antes de llegar al final del proceso, el autor intercala dos supuestos: que la madre salga de compras con la hija, y entonces el novio la si gue como perro faldero, y que el galán tope con un amigo, caso en el que éste no tarda en recibir las nuevas de tan firme amor. La escena se cierra con el amartelado vigía —"sereno meritorio" le llama el autor en esta ocasión— que, a las diez y media, por mediación de la criada, envía a la novia un cartapacio o "certa-monstruo" elabora a la largo del día, recibe el permiso para retirarse y se entrega, ya en casa, a ensañaciones que el autor comenta con la ironía festiva que ha dispensado a todo el artículo:

El galan forma proyectos de raptos, matrimonio, casa de muebles y demás, sin tener un medio con que hacerlo. (p. 2a)

Simultáneamente, la niña ojea a escondidas los encendidos y rípidos versos del cartapacio. Y así pueden pasar varios años. El autor al final sentencia de forma algo inesperada si se ha olvidado para quien escribe:

la mayor parte de estos amores concluyen fatalmente, con lo que queda probado que si son malos al principio, son peores al concluir, pues casi siempre pierde mucho la niña que a ellos se presta. (p. 2a-b)

Desvelado así el objetivo aparentemente inocuo del artículo pero que acaba resolviéndose en indicación casi preceptiva, el autor se des- pide con el formulismo del "pinto, no retrato":

En cuanto á mi, digo con Iriarte:

A todos y á ninguno
 Mis advertencias tocan,
 Quien haga aplicaciones
 Con su pan se lo coma. (p. 2b)

"Teatro" o *"La magia de Pata de Cabra" (121), firmado por --
El viejo es una hábil fusión de costumbrismo y crítica teatral. Para efectuar ésta, el autor echa mano de varias técnicas habituales - en el género a la manera de lo visto en artículos similares, pero más abundantes, de años pasados. Su objetivo parece ser censurar la aparatosa y desafortunada reposición de la comedia Pata de cabra, de Grimaldi, desde la seguridad que otorga el haberla visto representada con más decoro "en otro tiempo" y con las garantías que a este distanciamiento añade el hacerlo mediante intermediaciones que protegen su opinión, la refuerzan y tienden a hacerla pasar por más aséptica. El artificio nuclear es la reproducción de un diálogo, pero éste va enmarcado en otros recursos objetivadores. El narrador comienza dirigiéndose directamente a los lectores para justificar todo lo que sigue; se autocaracteriza con las notas aglutinadas en el pseudónimo que quieren hacer simpático y fiable el argumento de la experiencia y de la "sensatez" y anuncia el tema y la anécdota de la escena interior:

Han de saber mil lectores que yo soy el ente mas raro, estrafalario y caprichoso, que han conocido los mortales, en

primer lugar soy viejo y como tal lleno de antojos, por eso ahora me ha dado el de referir p-e-n pan, como vulgarmente se dice la escena habida el sábado último, entre un sobrino que Dios me ha dado y yo. (p. 3a)

Instaurada la pareja familiar anciano-joven, aparece el motivo del -narrador ubicado en su casa y entregado a su actividad —u ocio— ca racterística como puesta en escena previa para la visita con la que se ha de quebrar la normalidad y comenzar la anécdota:

Franquilo estaba en un gran sillón de baqueta, las gafas caladas, y con un libro en la mano, cuando vi entrar á Luisillo con el semblante mas alegre que soltera en día de boda á que viuda en día de paga... (p. 3a)

La actitud asmodeica comienza a funcionar a pesar de estar encubierta y sometida a traslaciones. En primer lugar, El viejo ha sustituido la actividad inquisitorial personal sobre la comedia por las técnicas que acaban por confluír en la curiosidad hacia un componente - de la anécdota:

desde luego me chocó su aire; y le pregunté la causa. (p. 3a)

Luisillo explica que la obra está anunciada para esa noche, que al - día siguiente no tiene colegio y deja traslucir que el único inconveniente es la falta de dinero para la entrada. El tío, que dice estar "en un buen momento", le da una peseta con la condición de que le informe de todo. En segundo lugar, la curiosidad inicial se traslada de la anécdota al tema básico del artículo y el asmodeismo aparece en forma de interrogatorio:

Se fue en efecto y á las diez ya estábamos sentados en en la mesa, y ante un rico plato de ensalada, entablamos el siguiente diálogo.

- Vamos te has divertido?

-Si señor, calcule V. que en la comedia salen muchos personajes, que todos corren unos tras otros y ...

-Bien, bien deja el argumento, que por tenerlo ya olvidado te hago merced, y dime algo respecto de la magia como

vulgarmente se dice. (p. 3a)

Y así llega al artificio del diálogo, escena que permite al autor exponer lo más ridículo de la representación por boca del entusiasmo do sobrino y reserva al tío su censura mediante comentarios para cuya aceptabilidad se ha dispuesto todo el mecanismo previo y que se van trenzando con alusiones al propio desarrollo de las intervenciones: el tiempo que transcurre, el sueño que tiene El viejo y que aún justifica más su crítica,

-Vamos tío, que V. vé las cosas muy antiguas, pero como el sueño temo que le acometa, luego le contaré por encima lo principal de los dos actos restantes. (p. 3b)

y el acto de acostarse y dormirse que cierra la anécdota y el artículo.

* "La pollita" (122), anónimo, es artículo de tipos consagrado a la descripción del correlato del pollo, como ya indica el autor desde el comienzo:

En una época en que se aplica el nombre de pollo al joven que no pasa de veinte años, haciéndole el blanco de todos los tiros que puedan ponerle en ridículo, fuera delito no consagrar unos cuantos renglones al mismo tipo perteneciente al sexo femenino. (p. 2a)

Desde la "naturalidad" de estas palabras que hacen pensar cualquier cosa menos en la escasez de tipos por describir —auténtico lugar común— hasta el desarrollo de la descripción, llevada a cabo sin grandes problemas, todo parece obra de un experto —o intuitivo— en el género o de un momento en que se están "lexicalizando" algunos de sus aspectos. En este sentido, el artículo, que pasaría sin pena ni gloria en este cómputo y sólo sería una prueba más del menudeo de los tipos, adquiere su interés cuando se comprueba que no sólo recurre al tópico de la dificultad sino que la actitud de su autor

—sea falsa o no— tiene todos los visos de ser formularia:

Por tanto, llenos de ánimo enristramos con furor la pluma para describir de un solo rasgo el incorrecto retrato de las niñas del día. (p. 2b)

De la polla —que, a la vista de lo anterior, ya no es peligrosa o nunca lo ha sido— se dan cuatro conjuntos de rasgos con desenvoltura y acierto que bastan para la pintura fidedigna del tipo y aun para algunos apuntes de usos ambientadores. En primer lugar, es "provocativa y audaz", opina sobre las más variadas materias,

ora versen sobre alta política, bien sean las que se refieren á sombreros, abrigos, fichús, casabés, y toda clase de guirindolas megeriles. (p. 2a)

Todo queda sometido a su crítica :

Desde los anteojos de su aya y los zapatos de su aguador, hasta los gestos y contorsiones del pollito que la sigue á misa ó se sienta á su lado en los paseos ... (p. 2a)

El segundo bloque quiere dibujar su faceta de impenitente castigadora en la trastienda, pues los billetes amorosos que recibe y guarda en su

manguito de piel de raposo convertido en un buzón ambulante [...] unos sirven para devanadores, ó para envolver los fragcos de Philocomé y de Agua Chantal, otros se convierten en receptáculo de corchetes, botones, y acaso el más perfumado y elegante va á formar parte de algún patron ... (p. 2a)

En tercer lugar, se muestra la frivolidad con que juzga lo que acierta a llamar su atención en las representaciones teatrales. Las últimas pinceladas están dedicadas a la vacuidad de sus aires eruditos:

dirá á su criada al pedirle una taza de caldo: Portez moi de cuillon; llamará Ferrouquet al papagayo, soirée dansant al baile, y por último, á las amiguitas debe decirles Mes chers. (p. 2b)

Y á su casquivana vida, cifrada en "traer á los pollos danzando á su alrededor, como los verdaderos aletean en torno de una cazuela de salvado" (p. 2b). El artículo acaba con una pirueta previsible según se ha ido resaltando el lado risible del tipo: el autor hace coincidir el finel de su trabajo con un supuesto dictado de la prudencia pues sabe que se expone a la muerte si la polla contemplada, además de tener un "rostro alegre y vivarecho", lleva —y es un hábil complemento de la descripción realizada—:

lentes á la ginetá, sombrero de raso preciosa bota con bigotera de charol, cárcel de un breve pie del que sufriríamos gustosa un soberbio puntillon ... (p. 2b)

Terminaría la nómina de lo destacable del período *"El silbante" (123), anónimo y, como varios de los anteriores, muy probablemente reproducido de la prensa madrileña. Se trata de un nuevo artículo de tipos, modalidad que suelen darse como propia de estos años tras el éxito de Los españoles pintados por sí mismos. Más breve que el de *"La pollita", ofrece parecidos en la hechura con el recién visto y aun pudiera deberse a la misma pluma. Una sutura semejante se advierte en el primer párrafo, con el que el autor solventa lo que para otros son escollos de la introducción, presenta lo más definidor del tipo y liquida lo que en la colección de 1843-1844 a veces es enfangada erudición de compromiso:

Entre los diversos y variados tipos que nos presenta nuestra moderna sociedad, uno de ellos es sin duda el caballero pobre, llamado vulgarmente el cursi, ó como dicen nuestras manolas, el silbante. Su origen, como el del pollo, se pierde en la noche de los tiempos, si bien á medida que hemos adelantado, se ha ido perfeccionando la raza. (p. 1a)

Con la misma facilidad que ha logrado que pase casi inadvertida la atemporalización de lo muy localizable en la historia —ni la muletilla tomada del cronista o científico del siglo XIX ni el cliché

del fisiologista bastan para hacer del pollo o del cursi especímenes eternos-- el autor desarrolla el cuerpo del artículo. Todos los rasgos del silbante están en relación con la penuria económica. De entrada, "no tiene oficio ni beneficio conocido ni por conocer" (p. 1a). Su origen lo explicaría todo: el haber ido a menos sus padres acomodados hace que no posea demasiados conocimientos para escalar socialmente. Por eso, sólo aspira a conseguir

un modesto destino de escribiente en alguna oficina del Estado, si es que no le da por meterse á bolsista, es decir, á servir de agente de corredores, ó embaucar tontos, negociando en minas ... (p. 1b)

Con tales fuentes de recursos, casi impensables en sociedades anteriores a la decimonónica, se perfila la adscripción del tipo a ésta y a sus protagonistas, las clases medias. Pero aún quedan datos complementarios que, con suave ironía, el autor extrae del cúmulo de ruindades y miserias que componen el vivir del cursi. Así, "generalmente se levanta tarde, y de este modo ahorra el almuerzo" (p. 1b), va a los cafés en busca del primo que le convida, come en ínfimas fondas, compra ropa de segunda mano en el Rastro, se deja ver todo lo que puede en el teatro el día que le regalan una entrada o se cuela por el vestuario ... Cuando el autor quiere dar remate a su breve obra, se sirve de un procedimiento emparentable con el observado en "La pollita": el tiempo que establece contacto explícito con el lector, sintetiza los rasgos del tipo, expande la ubicación de éste hasta ahora madrileña, y encubre en la protocolaria declaración de buenos deseos la consolidación de la connivencia que ido fraguando para el rechazo del descrito:

Por último, y para no cansarte más, lector amigo, el silbante es una planta parásita que como la mala yerba brota por

dó quiera, y que lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas poblaciones, abunda en demasia. Librete Dios de tener por amigo á uno de estos entes porque de seguro pasarás el purgetorio en vida, si no te apresuras á quitártelo de encima. (p. 1b)

4.2.3.- Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales (1844). El Conciliador (1845). El Avisador Zaragozano (1848). El Mosayco - Zaragozano (1849).

De los otros periódicos zaragozanos de esta época que se conservan en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza, cabe recordar cuatro y, — sobre todo, lo que encierran dos de ellos para el costumbrismo aragonés. (124)

4.2.3.1.- Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales (1844)

4.2.3.1.1.- Rasgos descriptivos aislados.

El Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales, auspiciado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, comienza a publicarse el sábado 15 de junio de 1844. Tras unos cuantos artículos altisonantes y vacuos sobre literatura y composiciones poéticas, en el folletín durante los primeros números hay materiales que indican la posibilidad de encontrar algún artículo de costumbres. La "Carta de un músico a su amada" (125), de El Gómine B., es un falso señuelo, lo mismo que "El pobre" (126), de El Solitario, que, aunque lo parezca, no describe un tipo costumbrista pues desarrolla en verso el tan frecuente tema de la lírica romántica. "El canto de una inglesa" (127), de Zampa, se queda en relato en clave festiva, localizado en Madrid y presentado en primera persona, sobre un músico y sus problemas por no saber inglés. A pesar de que podría considerarse próximo a una escena de conciertos particulares, lo más destacable sería algún elemento descriptivo como el de la figura de la insufrible cantante, a quien acompaña al piano:

una inglesa de cincuenta y siete años, alta, seca, rostro arrugado, nariz larga, sombrero de ala ancha, tirabuzones —

postizos muy poblados y largos, cintura apretadísima, falda larga, y pegada alas piernas... (p. 3b-c)

Tampoco reúnen los requisitos del género "Torre Nueva" (128), anónimo, que apunta un proyecto para corregir la inclinación del monumento conservando su integridad, ni los fragmentos de una novela en folletín, - aunque algunos de sus capítulos tengan rótulos temáticamente tan prometedores como "El gitano" o "La monja" (129).

4.2.3.1.2.- La crítica teatral costumbrista de Don Quijote y familia.

El costumbrismo hace acto de presencia en su modalidad de crítica teatral gracias a Don Quijote y familia que escribe "El oriculista de teatros", trabajo con rasgos "autófagos" que arbitra técnicas originales para vapulear al tipo indicado en el título. Repartido en dos, la "Primera parte" (130) consta de una introducción con reflexiones generales y de una supuesta escenificación con críticas particulares, una queja contra la manía de escribir abre el artículo:

quién es el que no escribe en el día? ¿Qué hombre hay que no imprima sus ideas? ¿Cuál es la prensa que no suda, apretando el molde de una composición, hija nata del entendimiento de Juan, Pedro, Francisco, etc.? (p. 2a)

A ello se añade que se escribe frívolamente:

¡Oh benditos aquellos tiempos en que para escribir se necesitaba saber algo, tener mucha ciencia dentro de la mollera, estar flaco, taciturno, ser filósofo en fin . (p. 2a)

Llegado un momento, el autor personaliza, curándose en salud con la falsa modestia:

Pero vamos al caso, sabemos tal vez nosotros lo que vamos á escribir en este mal comenzado artículo? --Yo creo que no. --Somos capaces de decir algo? --Yo creo que no. --Qué sabemos nosotros? --Yo creo que nada. --¿Qué fruto pensamos sacar de estos disparates? --Ninguno. --Pues entonces por qué escribimos? --Para saciar este infernal apetito de ver algo nuestro marcado en letras de molde... (p. 2b)

Y aún coxanta irónicamente que, en un "tiempo de igualdades" como se está, no quiere ser menos. En consecuencia, acaba por dirigirse directamente a los lectores pidiendo disculpas, adelanta el tema, el teatro,

en el que dice ser lego y, equiparando la pluma a la lanceta, presenta el artículo como una sangría y declara explícitamente el final de la introducción:

el barbero, que es nuestra mano derecha, se dispone á hacer la herida, y enuncia á Vds. que aquí dió fin el preludio --
 á las programa. (p. 2b)

"Programa", porque la crítica particular se enmarca en una representación figurada:

Se levanta el telon, el público tase y se prepara á ver algo: aparece una señora que está perfectamente bien en su parte, á pesar de que la partitura (Gemma) es de grande y árido empuño para ella, (la tiple) y su tessitura muy alta...
 (p. 2b-c)

Y así, subrayando los términos que luego se sabe que pertenecen a lo — descrito por algún "articulista de teatros" concreto, el autor va repasando a cuatro actores de ópera. Bae el telón cuando van a aparecer — otros muchos criticables, y se muda la sustentación que, de teatral pasa a ser el relato de un cuento apenas esbozado y que corresponde al argumento de la comedia El robo de Elena, de Cristobal de Monroy, y Silva recordado para mostrar impropiedades del vestuario utilizado en las representaciones. El resquemor contra el crítico que censura sube de tono al abundar sobre estos temas. El autor echa mano incluso de Larra:

Sin duda se habrá olvidado de lo que dijo el inmortal Figaro, articulista de teatros y sublime modelo para los que quieren escribir algo de este género, según nuestro corto entender, — pues dijo "todo lo mas que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro y apoyándola con razónes." (p. 3b)

Comienza a proximarse al final del trabajo con nuevas confesiones de in competencia, tan formularias como las del comienzo, y las refuerza dirigiéndose al lector y declarando el objetivo de lo que escribe:

Estamos seguros que nadie se dignará leer esta colección de disparates en forma de artículo, si nosotros supiésemos — criticar el teatro no nos detendríamos en estas pequeñeces, — pero como nuestras luces son tan cortas, nos contentamos con criticar á los que le critican. (p. 3c)

El artículo se cierra avisando al "cachazudo lector" que hay una "Segunda parte" (131). Esta repite el esquema general de la primera aunque in

cluye nuevos artificios. Su introducción es ocupada por consideraciones teóricas que quieren dejar bien claro qué debe ser un crítico a la vista del que le ocupa el autor y que le ayudan a desacreditarle. Transcribe las definiciones que da el diccionario de "criticar" y "censurar" y objetiva las referencias tenidas como válidas par escribir correctamente al respecto esbozando un a modo de prontuario mediante cinco preguntas básicas:

¿Qué cosas ha de tener el que critica para ser severo? [...] ¿Qué tendrá presente un censor para formar juicio de una obra ó cosa? [...] ¿Consiguen esta fin los que escriben sobre teatros? [...] ¿Y qué lo motiva? [...] ¿No siendo crítico el que critica, y censor el que censura, qué fruto sacará de sus vigilias?... (p.2b)

Y va nutriendo las líneas de tal poética aportando las respuestas pertinentes que, en el caso de la cuarta, supone una conexión con el primer artículo puesto que remite a los planteamientos de su introducción y en el de la quinta se resuelve en pintura lúcida y larriana del panorama del crítico competente:

el articulista se desgañitará en vano, [...] el ofendido tratará de conocer personalmente á su agresor le pedirá una satisfacción, no por escrito sino verbalmente, no verbalmente, sino a fuerza de puños ó con la ayuda de algun solemnísimo palo, ante las pausadas razones del cual se estrellan los argumentos más sólidos y de mejor construcción. (p. 2b-c)

Como calco del final de la introducción del primer artículo, el autor vuelve a esgrimir la conexión de escritor como única explicación de lo que hace, ya que no tiene sentido, finaliza explícitamente el "preludio" y anuncia el levantamiento del telón. En esta oportunidad, la "escena" figuradamente teatral lo es también costumbrista. Después de presentarse el narrador como tipo que explica el pseudónimo y lo pretendidamente desesperado de su labor.

Yo D. Quijote, cuya dilatadísima familia vaga errante [...] , descendiendo de aquel héroe de la Mancha cuyas sandeces y locuras han hecho el tipo de nuestros vástagos... (p.2c),

se ubica en su habitación entregado a una actividad característica:

sentado en cierto bufete, próximo á cierta cama, cierta noche de cierto día, leyendo cierto periódico de cuyo nombre no me quiero acordar por no saberlo de cierta... (p. 2c)

Lo novedoso comienza cuando la esperable visita que la interrumpe no es persona, sino insecto:

oí que un tal animalucho apesar de la estación, importunaba mis tímpanos con cierta melodía monótona, violando el silencio sepulcral que siempre reinará en mi estancia. Levanté sorprendido la cabeza miré por todas partes, y se presentó a mi vista un Cínife, como invasor de mis cortos espacios. (p. 2c)

Tampoco sorprende que el siguiente paso sea el diálogo que se entabla entre narrador y visitante:

¿Qué quieres? [...] y díjome, no abandonando su tessitura monótona, y dando algunos puntos de grande efecto:

— Hemos llegado á saber que algunos individuos de la compañía lírica, parece se han mostrado un tanto quejosos de nuestra crítica. —Fues el caso no era para menos señor mosquito... (p. 2c)

Pero no es tan previsible la novedad técnica y argumental en esta ocasión, pues el tal diálogo sólo lo es formalmente. El autor da, subrayadas y fragmentadas, las frases que estaba leyendo antes de llegar el mosquito y que corresponden al artículo que ha motivado los dos de Don Quijote y su familia. Así, éste consigue dotar de una función nueva al diálogo cuyas consecuencias no sólo significan el empequeñecimiento y animalización del crítico que censura, sino, sobre todo y de cara al costumbrismo, la fusión del motivo del visitante con la crítica teatral y con la pintura teórica y la crítica aplicada del tipo del título del trabajo. Tal unión, aquí excepcional, de los elementos de la modalidad costumbrista del artículo de crítica teatral desmentirá la frecuente disociación a que la crítica del género somete la producción de un mismo autor —sin ir más lejos, de Larra, aquí mencionado— o el conjunto de artículos de una publicación. Desaparecido el mosquito, el autor —también como ha hecho en el primer artículo— comienza a despedirse aproximándose al lector hasta que se dirige directamente a él, integrándole en esta ficción de ficción —la caja china de la escena teatral que contiene la de la vista, a su vez recipiente del diálogo— al hacerla potencialmente extensible a él, al tiempo que, por si no lo hubiese asimilado subrepticamente a su juicio, le programa la conducta que debe seguir. Esto supone, asimismo, un mensaje particular para un lector concreto, el "articulista de teatros", que así recibe una puñala apenas encubierta sobre su incompetencia:

Supóngote, carísimo lector, el mas cachazudo de todos - los lectores, pues me lo asegura el que tenga paciencia para leer estos disparatados borroneos, y en cambio voy á descubrirte un secreto, para que si algún día tambien te quita el sueño el sobredicho animalejo Cínife, como á mí, le digas de nuestra parte, que en la ciudad del saber, calle de la inteligencia, numero del buen tino, vive el haber aprendido de música, el cual enseña lo que es una cavottina, aria, rondó, cuartetto, quintetto, & c. & c., y le aconsejarás al filarmónico mosquito vaya á tomar algunos lecciones para no equivocarse. (p. 3a)

4.2.3.2.- El Conciliador (1845)

4.2.3.2.1.- Galería de tipos a propósito del sastre.

La breve pero interesante muestra costumbrista del Boletín... se alarga algo en El Conciliador, título que continúa los propósitos del recién visto. (132). En lo poco conservado (15-V a 29-VI-1845), se puede leer un artículo sin firma, "Quiero ser sastre" (133) presentando como "Costumbres" y que supone el apoyo en los atributos y en torno del tipo de escrito para efectuar una crítica social y política en momentos tan poco propicios para semejantes riesgos. Con el mismo tono inteligentemente irónico y humorístico que impregna la pintura del sastre en la segunda parte del artículo, la primera está dedicada a revisar las posibilidades del seguir otros oficios o profesiones y constituye lo que hebrá que denominar una "galería de tipos" representativos de la sociedad burguesa coetánea que, además, resulta muy acorde con esta fase del costumbrismo. La apelación a los lectores y su asimilación a la opinión del autor al mostrarse éste categórico son los elementos de una fugaz introducción que da unidad a las dos fases distinguibles en el artículo como partes de una argumentación y que, por lo tanto, queda como proposición:

Si, señores, quiero ser sastre, y para ello tengo muchas y muy poderosas razones y aunque no las tuviera, no sería lo primero que sin ellas se ha deseado y conseguido. (p. 1a)

Son ocho los conjuntos de razones "lógicas" que se desprenden de la pintura crítica de otros tantos tipos. Así comienza el actor a rechazar al

primero de estos:

Sea Vd. abogado en país donde no hay leyes, ó donde hay tantas y tan malas que no se sabe donde escoger. (p. 1a)

Tampoco parece recomendable ser médico, amonazado por la competencia de los curanderos y expuesto a

vivir entre terruños en un pueblo de los montes, y casarse - con una moza de pezuña oncida, y ser visitado por el alcalde y desacreditado por el barbero y el albeitar, que también le disputan el oficio. (p. 1b)

Ser clérigo tampoco es atractivo como "al principio del siglo" a la vista de la situación de los exclaustados:

mas temible se ha hecho entrar en la casa de Dios que en la - del licenciado Cabra. (p. 1b)

En cuanto a los empleados:

Tan desesperado estaba todo, que los mas se han hecho empleados, por no saber ni estudiar ni pasar malos ratos. (p. 1b)

Los alicientes de la vida del propietario le parecen suficientes al autor para intentar serlo aunque, prescindiendo de

las rentas provinciales, paja y utensilios, ordinarias y extraordinarias, subsidios, millones impuestos municipales, culto y clero, industrial etc... (p. 1b),

sólo encuentra un obstáculo:

- No tengo ni propiedad ni dinero. (p. 1b)

La tentación de hacerse diputado la resiste recordando que

es tan ordinario y común ese encargo honorífico que no me satisface: á mas, carezco de maña para hacerlo lucrativo... (p. 1a)

El hambre y la cárcel le disuaden de la idea de dedicarse a las letras y a la labor intelectual:

Periodista, literato, poeta, ¡Jesus! estoy yo loco para alistarme en tales corporaciones? ¡Periodista! para comer Córdoba y dormir en Canarias! ¡Literato! ¡poeta! ¡en un país donde se murió de hambre Cervantes! Mas vale ser militar que al fin y al cabo no es necesaria gran cabeza y con cuatro pronunciamientos se llega á coronel en dos tirones. (p. 1a)

La perspectiva de un militar retirado, con poca paga y activo, "maricuí del mas alto", también le hace renunciar a las armas. Y así llega el autor a la conclusión avanzada en título e introducción:

No hay que reflexionar ni darle vueltas al negocio ¡Quiero ser sastre! (p. 1c)

Y comienza la enumeración y glosa de las ventajas del oficio. Con constantes alusiones irónicas que posibilitan una lectura entre líneas ya — desde las implicaciones políticas — prefiguradas en la introducción — de la primera cualidad o razón:

El sastre es señor absoluto, manda sobre sus oficiales — despoticamente y corta y deshace cuando se le antoja. (p. 1c)

Según hace ver sucesivamente el autor, el sastre es dueño de lujosas gabinetes — "forradas de elegante papel, con grandes espejos" —; tiene — gentes a sus órdenes — desde el aprendiz al oficial —; como las odalisacas del sultán, un coro de vírgenes — modistillas — depende de él; dispone de vigilancia y ayuda — en su mujer — cuando él descansa o trabaja; no tiene por qué avergonzarse si miente:

En España nadie puede mentir mas que el gobierno: los sastres lo tienen por obligacion y como cosa adherente al arte. (p. 2b);

su capacidad para disponer, ejecutar y comprobar es sorprendente y

De todo toma medidas, y manosea al militar mas bravo, al noble mas encopetado y al ministro mas orgulloso, les maneja — como á un maricuí, les ajusta la cuenta les sienta las costuras. (p. 2b) ;

no le engañan: si "se mama el dedo" es porque se pincha; tiene en sus manos los amores, los trabajos y aun la vida de la gente según cómo haga las prendas encargadas y es solicitada — por los clientes — y temido — por los acreedores — como un gran personaje. El artículo acaba cuando, expresados los argumentos razonables, el autor aporta un "ilógico" que quiere minimizar todo el proceso de la demostración pero que lo — reafirma, como pirueta festiva que es, al granjearle la complicidad del lector:

En fin, si todas estas razones no son convincentes, voy á dar la última, la más poderosa y contundente. Quiero ser sastre, porque de sastre a sastre no se pagan hechuras, y debiéndole

yo algunas al mio, quedará cerrada mi cuenta así seremos compañeros de oficio. (p. 20)

4.2.4.- El Turia (Teruel, 1855-1857)

4.2.4.1.- Entre el costumbrismo y el relato: el pollo y la coqueta en su baile de carnaval. Un uso periodístico: la broma del 28 de diciembre (1856).

Entre los materiales iniciales del primer año de vida de El Turia, destaca "El carnaval" (134), que, al conservarse incompleto, impide conocer su autor y el giro que tomaría al final. De sus cuatro entregas conservadas se deduce a primera vista que es un relato ambientado en Teruel durante esas fiestas que preceden a la Cuaresma. Pero su marco, -afín al costumbrismo, y la imbricación de escenas y tipos que encierra le aproximan bastante a un artículo del género. El autor principia el trabajo dirigiéndose a las "amables lectoras" y dando por terminado el carnaval con una breve evocación de lo efímero de los placeres a los que se le puede comparar. Este es el momento en que el contacto con el lector se literaturiza e incluye en la ficción:

-Sr. Articulista (oigo decir á una niña que lee el Turia - mientras su doncella pasa el peine por sus blandas cabellos) V. empieza su artículo como empezaría su primer sermón de cuaresma el más severo moralista. (p. 1a)

El corto diálogo que así se abre cumple, además, la función de caracterizar como periodista su autor, aludir a su deseo de ser leído y, sobre todo, ante la amenaza de la "niña" de arrojar el periódico al fuego se sigue sermoneando, significa la transición hacia la anécdota nuclear mediante la hábil presentación que el autor hace de la interrupción como torcedora de un supuesto propósito distinto:

No extrañéis, pues, hermanas Teruelanas, que apesar de que ya tenía formado mi plan, retroceda ante la aterradora -

idea de que vuestra compañera lleve a cabo su amenaza...
(p. 1b).

Un paso más para acercarse a donde quiere el autor es suponer que las lectoras ya conocen todo lo que pueda escribir:

Pero ¿qué os diré del carnaval que no sepáis mejor que yo?
(p. 1b).

Sin embargo, sirviéndose de la preterición repasa los elementos más sobresalientes de las fiestas y dibuja a las "teruelanas" enteradas como cronistas espontáneas ya que habrán informado a las amigas

que, menos afortunadas, por cualquier causa hubieron de acortarse a las 9 ó pasar la velada leyendo el Bertoldo ó jugando a la Oca, dignos pasatiempos de las damas del siglo XV. (p. 2a).

La transición se consume cuando el autor presenta como consecuencia de lo anterior el tener que relatar lo que le ha sucedido en la noche del lunes último. Lo que sigue tiene que ver con el baile de carnaval, cuya descripción directa no se busca aunque queda sugerida por el contacto en que se mueven los cuatro personajes principales. El autor se presenta:

Es preciso ante todo que sepáis que soy muy espiritual, entusiasta por lo bello hasta la exageración y capaz de rendir culto a la hermosura, donde quiera que la encuentra...
(p. 2a).

Y como contraste, da a conocer a su amigo Enrique, hasta hace un año - seminarista en Zaragoza,

que sin estar reñido con la sociedad alegre y bulliciosa, huya de ella [...] y le dan convulsiones solo de pensar que ha de verse un día precisado a asistir a una tertulia. (p. 2a).

El interés del narrador por demostrar a Enrique que en las reuniones sociales no "anda el diablo suelto" le mueve a invitarle a un baile de máscaras. La entrega acaba con el rechazo del amigo a asistir a "tan repugnante bacanal".

La segunda está dedicada a referir cómo, mediante un ardid, el na

narrador consigue su propósito y Enrique queda sorprendido por la amabilidad de un caballero a quien ha dado un pisotón. La tercera comienza mostrando a Enrique cautivado por un vals y dispuesto a no abandonar el salón hasta que finalice. Es el momento en que lo costumbrista tiene más presencia pues el narrador, actuando a la vez como guía auténtico y figurado, le propone a un amigo:

Retiremos querido Enrique [...] que no sea que alguno de estos locos bailarines nos estruje un callo como tu has hecho con el caballero [...]: nos sentaremos modestamente en aquel rinconcito donde observo dos asientos vacantes, y pasaremos revista puesto que veremos desfilar ante nosotros a toda la concurrencia. (p. 1a-b)

Creado este observatorio del escenario social compendiado, no tarda en comparacer el primer tipo:

Jamás: oímos decir á un pollo al pasar junto á nosotros valsando con un domínó negro. (p. 1b)

El narrador lo selecciona y comienza a dibujar:

¿Has oído Enrique ese jamas pronunciado románticamente por el barbilampiño que acaba de pasar? (p. 1b)

Al precisar las señas para que Enrique lo identifique, se añade la apariencia de su figura:

- Aquel que tiene casi abrazada á su pareja y que baila con las corvas encogidas á guisa de valenciano en ademan de transplantar arroz. (p. 1b)

La extrañeza que muestra el amigo sirve para dar otra nota del tipo y de la época:

- [...] ese modo de bailar es de moda y en este momento está persuadido que nunca M. Albert tuvo tanta gracia en la postura. (p. 1b)

Al interesarse Enrique por el sentido del "jamás" que ha oído el narrador, éste emprende la descripción "moral" del tipo en el que hubiera sido difícil que el ex-seminarista ubicase la temida corrupción tal co

no no sospechaba encontrarse con las buenas maneras del caballero agrado:

Este janas, amigo Enrique es la fiel expresión del carácter y ocupación ordinaria de todos esos conquistadores de — primer vuelo. Son una verdadera calamidad social... (p. 1b).

Sigue su perfil de destrozadores de corazones, luego el de estúpidos y vacuos:

hombrecitos en miniatura que hace seis meses llevaban andadores, y que se presentan hoy sin embargo con un puro de maduro real en la boca, toman parte en las discusiones y se mezclan entre las personas más caracterizadas, solo por que saben de memoria un trozo de verso del trovador ó un dúo de los puritanos. (p. 2a),

y acaba la pintura con la de sus engañosos modales:

Han aprendido á doblar el cuerpo para saludar á una mamá; á hechar el imprescindible lento á una niña, saben decir cómo está V. en frances... (p. 2a).

El narrador, siempre atento a valorar su trabajo, lo hace ahora por boca de Enrique:

—Razon de sobra en tu descripción... (p. 2a)

y, satisfecho de las enseñanzas que va impartiendo estabiliza su esmo:

Esta noche pues te haré observar todas las ridiculeces de los pollos en sus pretensiones amorosas... (p. 2a)

La entrega acaba con el interés centrado en la dama del dominó negro, a quien dice haber reconocido el narrador y cuya vinculación accidental con el pollo —"me da risa y compasion el pobre mozo que baila con ella" (p. 2a)—, crea la expectativa necesaria para leer la última entrega conservada.

En ésta, la dama es presentada como la mujer "de corazon seco y helado" contra el que se estrellan los devaneos de los hombres. Así se perfila la pintura de este tipo que es la horma del zapato del recién visto del pollo:

Los hombres para esta mujer incomprensible son lo que las muñecas para una niña: la sirven de diversion mientras la enamoran: acoge sus palabras con el entusiasmo pintado en el —

semplante, y dentro de sí misma se ríe porque los considera altamente necios y tanto más ridículos cuanto más rendidos y enamorados. (p. 1a)

La descripción no se completa con portadores paralelos a los mencionados del tipo masculino sino indirectamente, con las teorías que el narrador lanza sobre la mujer en general, cuya "debilidad" quedaría compensada por el proceder de la cruel castigadora. Quizá esta variación se deba al papel que tal dama debería desempeñar en la continuación — perdida donde, presumiblemente, el trabajo recobraría su faceta de relato y donde Enrique participaría más activamente pues, en una mezcla de asombro por ver una materialización de sus temores no sospechada y de vanidad ante tan desafiante mujer, hace exclamar el narrador:

-¡Calla! cualquiera diría que te propones conquistarla.
(p. 2a).

y disponer los requisitos para la prueba con un final de artículo en — suspenso para un lector coetáneo y, con más razón, para el actual:

-Vamos, vamos, te pondré en relación con ella; pero ya conoces su carácter, y por consiguiente sería en tí menos — disculpable que en otros el haber caído en un precipicio cuya profundidad has conocido previamente. (p. 2a).

1856 ya no reclama más atención que la merecida por "¡Inocentes!" (135), artículo que cubre prácticamente todo el ejemplar del día 28 de diciembre y que escribe el director, Pedro Pablo Vicente. Como "El — carnaval", es significativo que se produzca como fruto de un momento — excepcional en el que se subvierte el orden lógico y habitual de las — cosas. Aquí es un fugaz "mundo al revés" lo que permite que el autor, tras dirigirse directamente a los lectores para darles una inocentada y tras aludir al proceso de gestación del propio artículo, sentencia:

Yo soy inocente — tu, lector, eres inocente — el Turia es inocente, — nosotros somos inocentes — vosotros sois inocentes; — todos los hombres son inocentes. (p. 2a)

Con esta premisa y referencia, el autor habla de la "inocencia" o locura de sí mismo, del lector, del periódico y de todo el mundo mediante una perspectiva asmodeica deducida de los atributos del 28 de diciembre que le permite una visión global de la sociedad humana. Se trata, pues, >

de un curioso caso de artículo que, sin plantearse como costumbrista, comparte técnicas y actitudes específicas del género y, en cierta forma, alcanza resultados parejos excepto en lo que los de "¡Inocentes!" tienen de generalizador e intemporal. Ahora bien; si esto no es absolutamente desconocido en el costumbrismo, hay una notable diferencia —entre ambos fenómenos: lo que un autor costumbrista sistematiza, aquí aparece accidentalmente.

4.2.4.2.- Narcisismo profesional: el periodista. Una tertulia con galería de tipos para hablar de periodismo. En las lindes del género o reproducidos: frases usuales, baile de máscaras, el pollo, altoaragoneses en las fiestas del Pilar, el baile (1857).

Ya en 1857, "El paria" (136), que va sin firma y es muy breve, combina los rasgos de la "autofagia" con el enfrosamiento del profesional que siempre deberá quedar oculto como tal y viene a ser un producto híbrido de lamentación pública y de artículo de tipo. El "paria" no es otro que el periodista, al que el autor reserva —es decir, se reserva a sí mismo— la condición de ser excepcional:

El periodista es en nuestro tiempo un tipo especial, el personaje de un mundo aparte como el literato... (p. 2)

Su trabajo no es reconocido en lo que vale, apenas tiene gratificaciones y todo lo que le rodea son escollos e incompreensiones. Así se formula la realidad tónica de la dificultad del ejercicio del periodismo:

Si emite un juicio equivocado, se le llama ignorante.

Si acogé una noticia falsa, falsario.

Y no se tiene en cuenta que para emitir su juicio no —
tienen a veces mas tiempo que el materialmente preciso para
escribir su artículo, casi siempre improvisado. (pp. 2-3).

"Una tertulia de confianza" (137), anónimo pero de un redactor de El Turia como se desprende del texto, es básicamente un trabajo emparentable con el anterior pues versa sobre las expectativas que los lectores tienen de este periódico. Sin embargo, en esta ocasión está desarrollado como escena costumbrista —aunque el autor quiere hacer creer que es real— con gran protagonismo de varios tipos. El males-

tar del autor ante las exigencias de quienes le leen se resuelve en la ironía característica del costumbrismo que se puede advertir desde la apelación inicial que propone una diferencia tácita entre dos clases de público: el literaturizado y criticado y el que lee el artículo, y que, como probablemente coinciden, deben ser entendidos como dos actitudes modificables:

Figúrese el lector, ó la lectora, (que no quito a las mujeres el derecho de figurarse lo que se les antoja)...
(p. 2a)

Aunque el narrador manifiesta su propósito de describir lo que ocurre en una "tertulia de confianza" en otro artículo, en éste bosqueja el ambiente que crean sus personajes más característicos y dónde ubicará la anécdota particular:

figúrese repito, una sala cualquiera, cuadrada por lo regular, en donde se reúnen á matar el tiempo, esto es, á pasar algunas horas de la noche durante la estación de los hielos, cuatro ó seis papás que fuman ó toman rapé y juegan al tresillo ó á los cientos; otras tantas mamás que padecen jaqueca y se apoderan del sofá y del brasero; diez ó doce jóvenes de los cuales el de mas alcance, sabe tocar la flauta, la guitarra ó el piano, y otro número exactamente igual de muchachas, dispuestas á bailar, á apurar una letra y formar parte de un juego de prendas, y tendrá una idea de lo que puede dar de sí una tertulia de confianza. (p. 2a).

El autor selecciona una conversación que ha tenido lugar en esa tertulia y en la que sus componentes, cada uno desde sus propios intereses, acaban por exigir de El Turia algo particular. Así, exponen sus pareceres sucesivamente un "comerciante", una "muchacha casadera", una "señorita tonta", un "estudiante de leyes", un "cesante", un "ingratoro de las oficinas de hacienda", una "señorita nerviosa" y un "joven pálido que lleva el pelo á la romana". El narrador—protagonista refiere cómo consigue acallar a todos y proponerles que se hagan cargo del número de El Turia que le corresponde redactar a él —número que es el mismo del artículo en cuestión, con lo que esto supone de metaartículo— y cada uno de ellos se comprometa a preparar un suelto. El autor advierte el propósito que tienen de ir dando salida a todo el material y, para terminar el artículo, publica tres trabajos, el último de los cuales puede ahora servir de muestra:

3º La muchacha casadera. Que fastidio: todo el día metida en casa para pasar después la noche en una reunión de familia: yo no sé que jóvenes son los del día, ni dan bailes, ni se reúnen en tertulias, ni serenatas ni... Dichosos tiempos los que, según cuenta la mamá, los muchachos obsequiaban a las jóvenes como el bello sexo se merece; dichosos días aquellos en que sacaban la espada por su rey y por su dama; pero ahora ¡que diferencial no piensan más que en jugar, beber y fumar; y luego son tan poco atentos, tan insociables y tan... bien seguro es que el mundo como dice mi abuelita deganera y acabará por extinguirse todo lo bueno. (pp. 2c-3a)

En el anónimo "Usted dispense" (138) no logran fundirse plenamente sus dos componentes, uno general y basado en el leitmotiv del título y otro más particular, anécdota sobre un duelo debido a un equívoco y que no llega su final, presentada como un caso más de los propios para la frase de cortesía. Entre estos, aparecerán:

Quando se pide la lumbré para el cigarro.

[..]

Quando derribamos un sombrero con nuestro paraguas.

Quando atropellamos al público con nuestro paraguas.

(p. 2b-c)

El breve "Reflexiones sobre las máscaras" (139), sin firma, es una apretada y discreta pintura de esos bailes. Como en los artículos anteriores que abordan o bordean el tema, aquí también se presenta el uso social como atalaya asmodeísta:

A los jóvenes les sirve de entusiasmo y de luz un baile de máscaras; á los hombres, de estudio y de meditación, y á los ancianos, de recuerdos y desesperación. (p. 2c)

El autor, que prescinde de aludir a los lectores y de intervenir en lo que describe, sintetiza lo experimentable a lo largo de la diversión:

A todo el que se viste de máscara le sucede: gozar mientras piensa en los trages, reír mientras se los ponen; saltar cuando entra en el salón de baile; danzar y gritar mas han de sentarse después, aburrirse luego y marcharse á casa, lle no de mal humor y sin ilusiones. (p. 2b-c)

"Un tipo especial" (140), no firmado y casi seguro que reproducido de algún periódico madrileño como otros anónimos, se atiene a la descripción indirecta del "papamoscas" planteándose qué hace un invierno

ese mísero holgazán que siempre solitario y pesativo discurre por las calles sin dirección, sin guía, sin objeto y hasta sin voluntad... (p. 2c)

Lo del primero hace alusión, claro está, a la época en que las moscas desaparecen. La pregunta queda sin respuesta tras haberse comprobado que tres tipos tomados como ejemplo —el zapatero, el médico y el sastre— "aun en los momentos de ocio tienen algo que hacer" (p. 2g)

"Cuestión de propios y extraños" (141), de iguales señas de identidad y filiación que el precedente, reproduce un diálogo que el asmodeico narrador ha oído a un grupo de "pollos" en el Teatro de la Zarzuela. El autor lo presenta irónicamente como prueba del formado criterio que sobre las mujeres tienen esos "incipientes Tenorios", lo desarrolla con trazos como estos:

- [.] la mujer ha de ser alta, delgada, pero con cimientos y antepechos de buena ley.

-La prefiero morena, bajita, de pelo negro, de ojos grandes, de labios duros y anchos, de nariz abierta y corazón cerrado [.]

-Aprensión. Donde está una rubia pálida, inquieta, fría, mitad estatua y mitad sirena, es perimentada, descreída, engañadora, pero...

-No me gustan las mujeres con pero. Yo la quiero limpia de conciencia, de manos y de bajos. (p. 3a),

Le añade la intervención de otro testigo, casado con una mujer ~~casado con una mujer~~ perfecta físicamente a la que aborrece, y lo cierra —a su término, cuando se anuncia que va a levantarse el telón— con una conclusión en verso:

Y los pollos de esta escena,
dando testimonio y copia

de la blanca y la morena,
 miran por mala la propia
 y por sublime la ajena. (p. 3b)

Antes de que el editor, Pedro Pablo Vicente se despi-
 da —sin que sea muy ajeno a ello la represiva ley de pren-
 sa de Necedal— y finalice El Turia (142), sólo queda al-
 gún material literario en el penúltimo número que no tie-
 ne que ver con el costumbrismo, como "Cuento. * El cócora"
 (143), anónimo, sobre el Alto Aragón, mal resuelto y en el
 que se encuentra alguna referencia, que ya parece tópica,
 a las fiestas del Pilar —a las que los dos protagonistas
 consiguen llegar tras librarse de un tercero, fastidioso—:

Mientras el barbero y el escribano se pasea-
 ban por Zaragoza visitando la casa de los locos,
 subiendo a la Torre Nueva y divirtiéndose en los
 novillos... (pp. 2c-3a)

y "El baile" (144), también sin firma, donde muy sucinta-
 mente y con el perspectivismo que el recurso propicia, el
 autor, con la frialdad de quien transcribe definiciones,
 ofrece las opiniones que sobre el baile tiene seis tipos:
 un amante, un pollo, un escéptico, un absolutista y un fi-
 lósofo.

4.2.5.- El costumbrismo aragonés en publicaciones no aragonesas (1846-1857).

4.2.5.1.- Semanario Pintoresco Español (1846-1857) y otras publicaciones (1845-1856).

4.2.5.1.1.- Menor presencia del aragonés que en la etapa precedente. Biografías. Monumentos. Importancia de lo gráfico.

Comparado con el periodo anteriormente considerado, el Semanario Pintoresco Español --la revista donde más presente está Aragón (145)-- desciende en calidad e interés para el costumbrismo aragonés a partir de 1846: a penas se puede destacar algún relato y raros intentos de caracterización de tipos "exóticos". Aunque Julio Álvarez y Adé cubre con su peculiar dignidad el papel de valedor del Aragón tras el silencio de De la Fuente, incluso los trabajos que suelen circundar al artículo de costumbres experimentan un desplazamiento hacia lo que se podría considerar más "objetivo" pues, con la notable excepción de los estudios históricos que ahora son muy raros, la mayor parte de la información sobre Aragón es de tipo biográfico y, sobre todo, artístico y monumental. Este aspecto, el más a menudo tratado, combinado con los abundantes gra

bados —lo "objetivo" y "pintoresco" a que tiende el Semana-
nario hasta agotarse— en una relación gráfico-literaria
que puede llegar a la "inversión" debido a la importancia
de lo visual, suele ofrecer como información lo que años
pasados era materia literaturizada en artículos de costum
bres.

Como parte de las glorias nacionales que el Semana-
Pintoresco da a conocer, lo aragonés está representado por
las biografías de Mariano Lagasca, Berónimo Zurita, Igna-
cio de Luzán, José Pellicer, Quinto Sertorio, Bartolomé
Leonardo de Argensola, Ramón Pignatelli y San Lorenzo.
(146).

Sólo dos artículos —y con dudas— tratan de historia:
uno sobre la Guerra de la Independencia y otro sobre Qui-
nto Sertorio, en el que se dice que el personaje murió en
Denia, no en Huesca. (147).

Lo artístico más sobresaliente podría ser el conjunto
de trabajos que se abre con "La torre de Dunquerque y la
torre inclinada de Zaragoza" (148). En éste su anónimo au-
tor traza un paralelismo nada ingenuo entre ambos momentos
en tanto que testigos de "una misma ceremonia" (p. 385 a):
la de la procesión de los gigantes. Brevemente —pues el
texto es poco más que excusa para exhibir los grabados—,
se colejan las dos celebraciones:

La fiesta esencialmente flamenca de los gigan-
tes se celebraba también en Zaragoza y en to-
do Aragón, aunque los trajes de los héroes espa-
ñoles de la función no eran iguales a los de
las provincias septentrionales francesas. En
Dunquerque y en Duai eran tres los gigantes, el
padre y sus dos hijos, y vestían cota de mallas
y casco con penacho: en Zaragoza eran también

tres, pero llevaban trajes y turbantes musulmanes. En España lo mismo que en Flandes salían en procesion el día del Corpus, y pasaban en Dunquerque y en Zaragoza por el frente de la gran torre del Reloj. (p.385a)

Pero no queda todo ahí. El autor añade a este corto artículo folklórico-monumental el ingrediente del españolismo y casi, de la galeofobia:

Dunquerque, así como toda la parte flamenca de Francia, perteneció durante largo período á España: así pues, por más esfuerzos que se hagan para dar a la procesión de los gigantes un origen francés, será imposible conseguirlo. Zaragoza instituyó esta fiesta después de la espulsión de los moriscos. Algunos historiedores pretenden que su institución en Flandes se debe á Carlos V, quien de este modo halló medio de neutralizar el caracter inquieto de aquellos naturales con diversiones populares. (p.385 a-b)

Y por fin, habla de las características físicas de las dos torres y de su historia para acabar destacando la inclinación de la Torre Nueva que recuerda a las de Pisa y Bolonia, sobre cuya causa comenta, al parecer sin tener en cuenta que en trabajos precedente se ha dicho que estaba prevista por sus constructores:

Nada hace temer que la torre amenace ruina, pues permanece así desde poco después de concluida, y el daño no se ha aumentado: se notó además en el sitio de 1809, que habiendo estallado una bomba sobre ella, no comprometió sin embargo su solidez. La calidad del ladrillo fue sin duda la causa de la inclinación.

(p.385 a)

La villa de Luna es dada a conocer en varias ocasiones: "Luna y sus castillos" (149) y "Castillo de Villaver

de en Luna" (150), de Álvarez y Adé, "Santuario de Ntra. Sra. de Monlora, en Luna" (151), sin firma, e "Iglesia de Santiago en Luna de Aragón" (152), también de Álvarez y Adé. Todas ellas son estrictas descripciones historico-monumentales.

"El Monasterio de Nuestra Señora de Salas" (153), anónimo, es más importante por el grabado del monumento oscense que por las catorce líneas que a su pie se adosan. Lo mismo cabe decir de "La campana de Huesca" (154), cuyo breve e insignificante texto llega a estar separado de la ilustración, y poco difiere los artículos que Nicolás Castor de Caunedo dedica a "San Juan de la Peña" (155) y a "Sepulcro del rey Don Ramiro el Monje" (156).

A Julio Álvarez y Adé se debe "Arco de Toledo en Zaragoza" (157), a propósito del cual menciona el trazado general de la ciudad, las puertas aún conservadas y la tradición de los innumerables mártires". El excuso que está motivado porque el arco era "no tan respetable por su arquitectura como por sus recuerdos..." (p. 377b) y el conjunto del artículo —cuyo texto no llega a ocupar una página— se debe al espíritu del Semanario Pintoresco que Álvarez apunta al comienzo y declara al final y que implica la epocal dignificación de lo arrasado por la incuria y al desarrollo económico:

Este edificio fue derruido [.] el año 1842, quedando únicamente para los amantes de las glorias de su país la memoria de lo que fué; igual suerte ocupó a la histórica iglesia de San Juan del Puente con motivo del derribo de la Puerta del Ángel en 1845. Destinado nuestro periódico á admitir en sus páginas todo cuanto pintoresco ó histórico encierre nuestra patria, para lo cual lleve al frente con orgullo el hon-

roso epíteto de Español, ha creído que debía en él ocupar un lugar como hoy lo ocupa el Arco de Toledo. (pp.377b-378a).

"Parroquia de San Pablo en Zaragoza" (158) es anónimo y puramente histórico-monumental a no ser por la atención que presta a algunas particularidades de las procesiones, como la del gancho,

que consiste en una asta larga forrada de plata hasta su final que termina en gancho bastante grande de otro metal. Esta rara insignia ocupa su lugar delante de todas las procesiones entre las cruces parroquiales.

(p.2b),

Y para la que da la explicación que le parece más verosímil:

después de la traslación de la parroquia desde la antigua iglesia de San Blas al punto que hoy ocupa la actual de San Pablo, continuó la devoción de ir en procesión la parroquia todos los años el día de San Blas hasta su iglesia situada estramuros [...] y se supone que el camino estaba lleno de malezas que obstruían el paso, y para facilitarlo se establecería sin duda el famoso gancho á fin de ir cortándolas ...

(p.2b)

Zaragoza aún tiene presencia en las páginas del Semanario en otras ocasiones: "Fachada principal de la Catedral de La-See de Zaragoza (Incendio del chapitel de su torre)" (159), anónimo, dedicado en su primera mitad a descubrir lo que anuncia el título y en su segunda, lo particularizado por el subtítulo y representado en el grabado que ocupa tanto espacio como el texto. Lo que es "Zaragoza artística y monumental. Real Alcázar de la Alja-

fería o Alfajería" (160), de José Pastor de la Roca, también se cifra en su rótulo. Semejante aire tiene "El convento de Santa Engracia" (161), de Luis de Castro. (162)

De Álvarez y Adé es "Velilla de Ebro" (163), artículo enteramente dedicado a esa villa —primada así en su tratado como Luna y Alagón—, dada a conocer por la ermita de San Nicolás de Bari, por sus orígenes romanos y, especialmente, por su célebre campana, de la que, como advierte el autor, ya se había ocupado el Semanario. (164)

"Alabona" (165), probablemente de Álvarez y Adé, es el título del artículo dedicado a Alagón, la villa zaragozana de la que, además de la historia, paisaje y monumentos, se recuerda el chascarrillo por el que a sus naturales se les llama "los del salmón". (166) Contado éste sin haber mencionado lo escrito por De la Fuente en 1842 (167), el autor concluye su trabajo aludiendo a tres más:

Este cuento, así como el del barbo de Utebo [sic], la Salsa de Villamayor, la balsa de la culada en Almodobar [sic] y otros se han conservado hasta nuestros días, y nosotros así lo transmitimos deseosos de distraernos un rato y emborronar unas cuantas líneas en las páginas del Semanario. (p. 410b)

4.2.5.1.2.- Tres textos rescatables: Laroche y su visión romántica de Panticosa (1853); el prolífico Álvarez y Adé informa sobre los rústicos de Hecho y Ansó (1853) y recalca en el chascarrillo del "barbo de Utebo" (1855).

Después de comprobar que la imagen de Aragón se forja en este periodo a partir de lo visto y lo por ver de Huesca y Zaragoza sin que Teruel apenas figure (168) y dejando de lado otros artículos artísticos-monumentales o

próximos a ellos de menor interés (169) y otras presencias y alusiones a lo aragonés más circunstanciales (170), sólo quedaría hablar de un texto de A. de Laroché y dos de Álvarez y Adé.

El de Laroché, "Habitantes de las cercanías de Panticosa" (171), comienza con una evocación del paisaje del Balneario que intenta ser poética y trasmisora de la paz y felicidad que allí encuentra el autor. Lo inaccesible y salvaje del panorama adquiere tintes "románticos" en los sucesivos cuadros —diurno, vespertino, nocturno— que dibuja Laroché sólo molesto por la concurrencia de gentes que allí buscan la salud en verano. Engolfado en los atractivos naturales del lugar —que ha de oponer a los refimamientos ciudadanos—, el autor ha efectuado una digresión que —ya consumida más de la mitad del exiguo artículo— quiere corregir en unos términos que, si bien evidencian la prioridad del grabado, frustran la esperanza de dar con un artículo de tipos:

Pero no es una descripción lo que nos hemos propuesto escribir aquí, sino unas cuantas líneas que motiven la lámina que ofrecemos representando á unos habitantes de las cercanías de Panticosa; este grabado, notable por la verdad de los trajes, por el carácter de las figuras, por la naturalidad de las actitudes, es mas notable aun por el sentimiento grave y tranquilo, por la vaga melancolia que el artista ha sabido imprimir al paisaje. (p.4a)

Mucho menos frustrante, comparado con el de Laroché, resulta "Los montañeses de Aragón" (172), de Julio Álvarez y Adé, pues, aunque igual de breve, parece recoger las palabras que De la Fuente lanzaba en 1840 (173) y ofrece un jugoso artículo de tipos centrado en el aspecto folklórico

que más podría interesar al lector por su exotismo y enmarcado por comentarios que vienen a coincidir con los móviles teóricos del costumbrismo. En la introducción, proporcionalmente muy extensa, se llama la atención por lo singular que resulta —y no precisamente por lo que piensa el autor— que, siendo limítrofes con Francia los montes del Alto Aragón, no hayan cambiado trajes ni costumbres;

A pesar del imperioso dominio é influencia que la voluble y caprichosa moda ejerce desde allende la nación vecina, transmitiéndose sus rarezas y difundiéndose profusamente por nuestra patria ... (p. 36a).

Y se apunta tanto la referencia para lo que se va a describir como una nota sobre la aún general galomanía:

así al menos sucedía no hace muchos años, época en que se tenía una inclinación hácia todo lo que era verdaderamente español, que á las importaciones extranjeras. (p. 36a)

Consecuencia lógica de este españolismo, salvaguarda de lo que se da como auténtica imagen nacional, es el intento que a veces se esgrime en el costumbrismo de dejar testimonio de lo que puede desaparecer:

Desgraciadamente para los que se precian de amantes de las singularidades y objetos de su país, ven con sentimiento que la mayor parte de los habitantes de dicha montaña, arrastrados por el tumultuoso torrente innovador del siglo XIX, van estinguendo poco á poco unas y otras, quedando tal vez en breve tiempo no mas que la memoria de sus trajes en las páginas de nuestro SEMANARIO. (p. 36a)

Per ocurre que —y esto es lo más significativo— la repulsa o la necesidad de defensa que motiva lo francés no quiere decir, ni mucho menos, que se vea con más objetividad

o cariño todo lo que concierne a los tipos en cuestión. Lo que interesa no es el tipo en sí, sino la posibilidad de ejercitar con él la xenofobia o de poner diques a la galomanía. Esto supone que el tipo, desconocido en la Corte por la distancia geográfica, y la montaña, debido al aislamiento específico y la pobreza que conllevan, son concebidos como reducto en una España ancestral que se identifica, de forma excluyente e interesada, con la supuestamente auténtica —o, dicho de otro modo, en la España medio modernizada de 1853 se inventa otra España sumando interpretaciones como la de Álvarez y Adé— y son utilizados para apaciguar los ánimos de quienes leen sus descripciones en ese momento y luego, para mantener esa paz, obligaran al original a mantenerse fiel al modelo. Todo el artículo, a pesar de la aparente objetividad de su segunda mitad, rezuma estos planteamientos que, sin ir más lejos, se exhiben en el final de la introducción:

Antes pues de que los veamos perdidos para siempre, queremos tener la satisfacción de que queden aquí consignados, reproduciendo el dibujo de sus grotescas vestimentas, que por cierto, como verán nuestros lectores en la lámina que va al frente, no son de las más esbeltas ni airoosas. (p. 36a)

Lo que quiere ser cuerpo "inocente" "limpio" u "objetivo" del artículo como es la fundamental introducción no existiese, comienza con una imagen de la zona poco menos que desoladora no sólo por la evocación de las viejas glorias históricas, jurídicas y artísticas esfumadas sino también por el contraste que con estas supone:

La montaña del alto Aragón [E.] , es país mísero en lo general ... (p. 36a)

La única nota observada está en función de otro aspecto - parcial con el que epocalmente se identifica al montañés de Madrid:

pues si bien es cierto que en muchos de sus mejores pueblos hay casas de mas que medianas fortunas, estas son las menos, por lo que no es de extrañar que sus habitantes, especialmente los de los valles de Hecho y Ansó, se dedique á la introducción del contrabando con grave riesgo de sus personas y quiados tal vez por un insignificante salario en proporción á las incomodidades y peligros que arrostran. (p. 36 a-b)

Nada, pues, de los tópicos ennoblecedores del aragonés anteriormente vistos; nada de imágenes idílicas. Haciendo de tripas corazón, el autor sigue mostrando a la curiosidad pública lo que parece despreciar:

Las mujeres, por lo común, de aspecto varoñil y ánimo esforzado, se entregan á las faenas agrícolas arando por sus propias manos las mezuquinas tierras, ocupándose además en otras labores anejas á su sexo y condición: condócense estas en Aragón con el nombre de chusas. (p. 36b)

Dado a conocer el nombre —por cierto, sin distinguir entre Hecho y Ansó— como quien presenta una especie zoológica capturada en los confines del globo, el autor describe su aspecto exterior ya que el interior no cabe si su lugar ha sido ocupado por las ideas previas aún más periféricas. Y son, precisamente, las "grotoscas vestimentas" lo que apunta para el hombre y pormenoriza en sus modalidades de mujer pobre y mujer rica (174) para luego aludir a la amplitud temporal y espacial de su uso:

Estos trajes, mas generalizados en lo antiguo, se han circunscrito mucho; y hoy día solo los llevan en muy pocos pueblos, como Hecho, Ansó,

Jassa [sic] Verdun y algun otro. (p. 36b)

El pasaje es la única muestra de tono no despectivo de todo el artículo, que incluso en su párrafo final obliga a desconfiar de su "ingenuidad", "realismo" y "cientifismo" pues los datos lingüísticos y etnológicos y los tópicos de modestia allí recogidos, mas que arropar el orgullo de un privilegiado —el contexto lo desmiente—, encubren una doble excusa que pinta a Alvarez y Adé avergonzado por haber tenido contacto con gente tan "inmunda" y justificándolo mezquinamente con un argumento que nada tiene que ver con los móviles tan patrióticos y nobles —o presentados como tales— de la introducción:

La casualidad me deparó no hace mucho tiempo la ocasión de ver en Luna una cuadrilla de estas chosas, que habían bajado de la montaña á ocuparse en cierta preparación que allí se da al lino, y llaman desfarachar; operación análoga á la que se practica con el cáñamo, y se conoce con el nombre de grama: La casualidad, repito, me hizo aprovechar esta coyuntura y traer un borsaquejo de sus trajes, para formar hoy esta de salizada descripción que tengo el gusto de ofrecer á los lectores del Semanario. (pp. 36b-37a)

El último de los textos importantes firmados por Julio Alvarez y Adé y el que más interesa ahora entre otros relatos que afectan a Aragón (175) es "El barbo de Utebo (Cuento popular)" (176). Pero no es su calidad lo que mueve a consignarlo sino su rareza pues, muy en la línea de las narraciones de De la Fuente referidas a anécdotas lugareñas, ésta es la única desarrollada entre las varias apuntadas por Alvarez y Adé, quien también en calidad dista bastante del bilbilitano. El autor abre lo que denomi

na "cuento", aunque no lo elabore como tal sino como chascarrillo, con un lema en verso que anuncia su sustancia:

Aunque diga el vulgo vario
Que soy pegado, no es cierto;
Estoy por poscar, y advierto
Soy el pez imaginario. (p. 259b)

y lo presenta como algo muy conocido:

Varias son las tradiciones populares que en Aragón se conservan, pero una de las que mas boga han alcanzado entre el vulgo, acaecida casi en nuestros días, es sin duda alguna la del barbo de Utebo. (p. 259b)

Sitúa los sucesos como verídicos —"allá en el año 1797 hacia fines del mes de julio..." (p. 260a)— y narra con cierta habilidad cómo un habitante de ese pueblo que dista "dos leguas de la capital de Aragón", observa en el Ebro un gran objeto que, con la ayuda de la imaginación, cree barbo gigantesco. La honrilla local hace que, "Desearios los de Utebo de apresar á todo trance un objeto del cual tanta satisfacción y gloria les habia de redundar..." (p. 260a), dispongan todo para capturarlo. Llegado el día, y ante la expectación de la multitud y la precautoria presencia de "una pequeña fuerza de fusileros de Aragon (vulgarmente Miñones) que era, lo mas florido de la juventud del país..." (p. 260a) e incluso de "una pieza de artillería" (p. 260a), los más esforzados y aguerridos del pueblo lo gran amarrarlo con cables pero, al contemplarlo de cerca, todo queda en chasco como refiere Alvarez usando la fórmula inicial de los cuentos aragoneses:

Pues señor tira... que tira... que tira, lo que sacaron del rio con estramada alonzara fué un gran MADERO, ¡á ver!!!!... (p. 260a)

Cimentada así la bufa celebridad de Utebo, un pueblo más - queda identificado, para su oprobio, con una anécdota aislada por parte de los de la comarca, de la que alguien llega a escribir una parodia de la fábula de Fedro "El monte de parto" que transcribe el autor. Y éste consagra una -- imagen despectiva más de lo lugareño por mor del solaz de sus lectores madrileños, cuya afición quiere granjearse entre excusas hacia los de su tierra:

Hijos y habitantes de Utebo, si á vuestras manos por casualidad llegase los presentes mal -- apocriñados borrones, no hagais á enojo que uno que lo es de la insigne villa del Salmon, se haya tomado el trabajo de zurcirlo; pues lo mismo podrian hacer en este caso quejarse los madrileños con el cuento de su ballena: reflexionad mas bien sobre la ligereza de vuestros antepasados, pues yo no tengo culpa en que tal suceso haya -- llegado á mis oidos, como habré podido llegar á los vuestros, y con él quitarme un rato de ocio y llenar emborronando una página mas de nuestro SEMANARIO: entretanto disponed de quien tiene -- una gran satisfacción en ser paisano vuestro y -- estamper al final (como lo hace) sus iniciales.

J.A.
(p.260b)

Notas al epígrafe 4.2

- 1.- Con todo lo que imperten para el conocimiento de las posibles lecturas periodísticas de un aragonés, sobresale el esperable reflejo del desarrollo económico y social en la técnica de ventas. Así la noticia de la revista El Arlequín —DAZ, 151 (V, 31-V-1844), 1-2— deja de ser un simple anuncio —como los aparecidos en los números 37 y 115 del DCZ— para convertirse en un casi perfecto reclamo publicitario. Otros anuncios que aparecen en la "Sección Local" son El dómine aragonés, "Periódico contra todos los males, que dirá de todo, y que hará reir a cuantos viven y estan por nacer" —DAZ, 9 (J,9-I-1845), 1-; El Omnibus, "Periódico de la Unión Comercial, redactado por los escritores mas endemoniados de la Corte, bajo la dirección de D. Miguel Agustín Príncipe y D. Ramón de Satorres" —DAZ, 16-I-1845), 1-; El genio, "Semanario de literatura, escrito por acreditados autores y dirigido por D. Víctor Balaguer, 2ª serie" —DAZ, 182 (III, 1-VII-1845), 1- y El siglo Pintoresco —cf. DAZ, 184 (J, -VII-1845), 1-.
- 2.- J. R. E., "A Nuestra Señora de los Dolores", DZ, 85 (V, 26-III-1847), 1-2; J. R. Escobedo, "Himno a Nuestra Señora de Montier, venerada en el término de Sástago", DZ, 148 (V, 28-V-1847), 1-2.
- 3.- Los volúmenes correspondientes a 1848 fueron ilocalizables en las distintas consultas efectuadas en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 4.- Cf. Domingo Doncel y Hordaz, "Improvisación. A la vista del monumento de el dos de Mayo" (Soneto), DZ, 122 (X, 2-V-1849), 3, firmado en Madrid, 24 de febrero de 1844; Fausto López Villebrille, "Epigrama", DZ, 122

(X, 2-V-1849), 3, firmado en La Rañeza; Domingo Donzel y Hordaz, "A la primavera. Fantasia"; DZ, 123 (J, 3-V-1849), 2-3, fechado en abril de 1847; Avenzoar, "A Delaya" (romance), DZ, 120 (D, 6-V-1849), 1-3, donde también publicó "Chismografía literaria"; Agustín Sevil de Hiis, "A Luisa", DZ, 139 (S, 19-V-1849), 3, fechada el 6 de septiembre de 1848; F. Lumbreras, "A Zaragoza", DZ, 144 (J, 24-V-1849), 2-3; Manuel Dieste y Giménez, "Recuerdos de amor", DZ, 155 (L, 4-VI-1849), 1-2; R. Esperza, "Un escudo de nobleza", DZ, 159 (V, 8-VI-1849), 3; J. Eugenio Hartzenbusch, "A la señora Doña Cecilia Osburne en sus felices bodas", DZ, 168 (V, 15-VI-1849), 2-3; M. M. de Santa-Ana "Repulgos de una doncella", DZ, 170 (D, 17-VI-1849), 2; J. M. Villergas, "Los peseteros", DZ 171 (L, 18-VI-1849), 2-3; Antonio Alcalá Galiano, "A mi amigo D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas", DZ, 179 (M, 26-VI-1849), 2; F. Maynar y González, "Poesía", DZ, 188 (J, 5-VII-1849), 2-4; Alain Roben, "Anacreóntica. La felicidad en el campo", DZ, 194 (X, 11-VII-1849), 3; L [iborio] de los H [uertos] y L [arralde], "Poesía. Romance", DZ, 198 (D, 15-VII-1849), 3; A [gustín] S [evil] de H [iis], "Poesía. Traducción de Víctor Hugo", DZ, 208 (X, 25-VII-1849), 3; Agustín Sevil de Hiis, "A Margarita", DZ, 217 (V, 3-VIII-1849), 3; Asmodeo, —que podría ser Gerónimo Borao; cf. Cejador, 1917, 355-356, 358— "En la muerte de Petrarca", DZ, 223 (J, 9-VIII-1849), 3, trad.; Asmodeo, "En la muerte de Laura", DZ, 225 (S, 11-VIII-1849), 2, trad. y otros similares sobre Uante y Beatriz; Fausto López Villahri

lle y Cadórniga, "A mi vuelta de Valladolid", DZ, 232 (S, 18-VIII-1849), 2-3; Asmodeo, "A la memoria de Argüelles", DZ, 235 (M, 21-VIII-1849), 1-2; Tulio Pompeyo, "El Cementerio. Fragmento", DZ, 303 (J, 1-XI-1849), 1-2, fechado en 1845; Tulio Pompeyo, "Sátira IV", DZ, 14 (L, 14-I-1850), 1-3; Tulio Pompeyo, "Sátira V", DZ, 101 (J, 11-IV-1850), 2-3; Juan Valera "A Cristóbal Colon", DZ, 49 (L, 18-II-1850), 1-3; Ventura Ruiz Aguilera, "Meditación. Lejos del mundo", DZ, 61 (S, 2-III-1850) 2-3; Agustín Sevil de Hiis, "A Luisa durmiendo", DZ, 113 (M, 23-IV-1850), 2; Agustín Sevil de Hiis, "Poesía. Traducción de Victor Hugo", DZ, 126 (L, 6-V-1850), 2; los sonetos dedicados al actor José Valero por Liborio de los Huertos, Gerónimo Borao y Manuel Lasale en DZ, 141 (M, 21-V-1850), 1-2; ...

- 5.- El más asiduo firmante es Asmodeo —¿Gerónimo Borao?; cf. Cajador, 1917, 355-356, 358—: "Teatro. Los Aman-tes de Teruel, drama en 4 actos "refundido por su autor Hartzenbusch", DZ, 120 (M, 30-IV-1850), 1-3; aunque también menudean otros, como F. Lumbreras.
- 6.- Cf. Venancia López Villabrille, "Un encuentro casual. Adolfo y Elena", DZ, 225 (S, 11-VIII-1850), 1-2 y 228 (M, 14-VIII), 1-2, firmado en La Sañeza, de aire romántico y Tulio Pompeyo, "El callejon del Diablo. Leyenda", DZ, 69 (D, 10-III-1850), 2-3.
- 7.- Cf. "Gran baratura de libros en esta capital por solo siete días. Habiendo llegado un representante de una de las casas de Madrid ofrece al público una porción de obras por poco mas que se paga el papel. Entre

otras se encuentran: Españoles pintados por sí mismos
 [...] Escenas matritenses [...] Diablo Mundo [...] Diablo cojuelo [...] Fisiología del Easo [...] Album del Diablo [...], DZ, 139 (S, 19-V-1849), 3; "El acabador y destructor de libros ha recibido una remesa de obras entre las que se encuentran las siguientes [...] Escenas Andaluzas, bizarrías de la tierra, alardos de toros, rasgos populares, cuadros de costumbres [...] que [...] ha dado a la estampa el Solitario [...], edición de lujo con 125 dibujos, un tomo 49 vale 50 rs. y se da en 24". DZ, 267 (V, 12-X-1849) 2; "Páginas de un demonte, periódico agrídulce, por Teodoro Guerrero. Tres meses lleva de vida esta publicación, nueva y única en su género, siendo acogida en la corte y en las provincias del modo mas satisfactorio. Desde marzo se publican dos entregas al mes en los dias 15 y último; cada una consta de 16 columnas en 4º mayor, con impresión compacta y excelente papel. La obra constará de un tomo, debiendo hacerse la suscripción desde el principio por lo que el editor da los tres meses publicados aunque con doble número de entregas al mismo precio que en lo sucesivo. Se suscribe en casa de Brasé á 8 rs. por tres meses, 15 por seis y 30 por un año"., DZ, 38 (J, 7-II-1850), 2-3; el prospecto de El caballo de Oro, semanario de literatura, ciencias y comercio, editado en Santander puede leerse en DZ, 147 (L, 27-V-1850), 1-2, y el anuncio del tomo dedicado a "Poesías, artículos de costumbres, etc.", entre otros de Bretón de los Herreros, en DZ, 139 (D, 19-V-1850), 2.

- 8.- Cf. Anónimo, "Donde las dan las toman", DZ 133 (D, 13-V-1849), 1-2; Dolores Cabrera y Heredia, "Madrid y Aragón. Poesía", DZ, 350 (D, 16-XII-1849), 1-2.
- 9.- Samuel Anall [Manuel Lasala], ofrece una serie de artículos titulados "Cuestiones crítico-históricas sobre el reino de Aragón" hacia mediados de mayo de 1849 y, en torno a finales de octubre del mismo año, A. Cánovas del Castillo firma otro rotulada "Crítica literaria. Del juramento político de los antiguos reyes de Aragón, por D. Javier de Quinto, de la Academia de la Historia".
- 10.- Cf. "Estudios históricos-críticos sobre los Montes Píos en general y las Cajas de Ahorros, con aplicación á Zaragoza", DZ, 244 (J, 30-VIII-1849), 1-2 y números siguientes; N [Nicolás] M [Malo], "Bolsa de cambio de Zaragoza", DZ, 262 (L, 17-IX-1849), 2-3 y números siguientes; Malo, "Mejoras urbanas y rústicas", DZ, 201 (X, 18-VII-1849), 1-3; Malo, "Mejoras urbanas", DZ, 243 (X, 29-VIII-1849), 2-3, el mismo Nicolás Malo, tan preocupado por el "progreso" escribe una serie de once artículos titulada "Consideraciones sobre Zaragoza en sus intereses administrativos" que acaba en DZ, 198 (D, 15-VII-1849), 2; M. Lasala, "Intereses locales", DZ 296 (D, 21-X-1849), 1, que, además de hablar de las trabas para el desarrollo mercantil y económico de Zaragoza frente al auge del pasado, presenta a esta ciudad como centro de interés de los pueblos cercanos y de la región o incluso añade un dato sobre la "costumbre" de ir a ella como viaje de bodas: "...una condición necesaria, un obsequio imprescindible, que

los nuevos esposos ofrecen al objeto de su cariño el primer año de su boda, y que no hace mucho que solía pactar en los capítulos matrimoniales."; M. Aragón, "Intereses materiales", DZ, 302 (L, 29-X-1849), 2-3; D [omingo] D [oncel] y H [orda] , "Zaragoza algunos años después de canalizado el Ebro", DZ, 130 (V, 10-V-1850), 1-3 y 131 (S, 11-V), 1-3, tema sobre el que el DZ, 154 (L, 3, VI-1850), 1-2, enuncia, con un índice muy detallado, el tratado de Nicolás Malo, Estudios sobre el proyecto europeo de la union de los tres mares Mediterráneo, Cantábrico y Atlántico por el Ebro y el Duero, El Canal Imperial y el de Castilla Tales "intereses materiales" que entusiasman al ciudadano de mediados del siglo van parejos con otras preocupaciones como las del socialismo fourierista que divulga la prensa. Cf. "Recompensa y realce de los sabios y artistas en armonía societaria. (Utopia de Fourier), DZ 204 (S, 21-VII-1849), 1-2; "Plan de una ciudad en 6º periodo. (Utopia de Fourier) DZ, 205 (D, 22-VII-1849), 2-3.

11.-Cf. Esparta, "Policía urbana", DZ, 130 (X, 10-V-1849), 2-3; Esparta, "Ornato público", DZ, 155 (L, 4-VI-1849), 1; Anónimo, "Crítica literaria. Inscripciones de la fuente de Isabel II en Zaragoza", DZ, 156 (M, 5-VI-1849); Esparta, "Torre Nueva", DZ, 187 (X, 4-VII-1849), 3, tema sobre el que José Secall comienza a escribir una serie, "La Torre Nueva de Zaragoza", en DZ, 233 (D, 19-VIII-1849), 1-2; F. V. V., "Policía urbana", DZ, 129 (J, 9-V-1850), 1-2.

12.-DZ, 146 (S, 26-V-1849), 3.

- 13.-DZ, 57 (M, 26-II-1850), 1-2.
- 14.-DZ, 18 (V, 16-I-1850), 1-2.
- 15.-DZ, 159 (V, 8-VI-1849), 1-3. Fechada en diciembre de 1848.
- 16.-DZ, 158 (J, 7-VI-1849), 1-3.
- 17.-DZ, 168 (V, 15-VI-1849), 1-2.
- 18.-DZ, 177 (O, 24-VI-1849), 1-2.
- 19.-DZ, 175 (L, 24-VI-1850), 1-3.
- 20.-Anónimo, "Variedades. El domingo en Inglaterra".
DZ, 270 (M, 25-IX-1849), 3-4; 271 (X, 26-IX), 3 y 272 (J, 27-IX), 2-3. Tomado de La Patria.
- 21.-DZ, 43 (M, 13-II-1850), 2-3.
- 22.-DZ, 50 (M, 19-II-1850), 1-3.
- 23.-DZ, 63 (L, 4-III-1850), 1-3.
- 24.-La denominada "Parte literaria" sólo acoge títulos como "Inscripciones" --EZ, 222 (M, 13-VIII-1850), 2-3--, sobre las de Hospital de Gracia, la Universidad, etc. e "Improvisadores", por J. de B., que en ninguna de sus tres entregas --números 240, 244, 289-- da lo que parecía prometer.
- 25.-EZ, 298 (L, 28-X-1850), 1-2. Firmado en Zaragoza el 31 de julio de 1850.
- 26.-Cf. Mesonero, I, 102-106. Fechado en septiembre de 1832. En el mismo ejemplar de "El corto de vista" (p. 2 b), se anuncia la venta de las Escenas Matritenses por 36 rs. "en la librería de la viuda de Heredia, Cu chillería núm. 94". En diciembre se publica un artículo que puede tener más vínculos con el de Tulio Pompeyo que los simplemente temáticos. Cf. Janoqui, "Pobres tuartos!!", AZ, 19 (X, 11-XII-1850), 1-2.
- 27.-En EZ, 54 (23-II-1854), 3-4, puede consultarse un índi

ce de discursos y trabajos similares que ocupan el folletín. Si en el número 54 de 1853 se trata de Martínez de la Rosa, en el 152 de 1854 es el Jovellanos de la Ley Agraria. Del número 1 al 32 de 1853 se publican los folletos "Opúsculos literarios de don Gerónimo Gorao. Memoria histórica sobre la Universidad literaria de Zaragoza", que conocerán edición independiente ese mismo año. Cf. Ruiz Lasala, 1977, 139.

- 28.-Cf. R. Sans, "A la Torre Nueva de Zaragoza", EZ, 65 (V, 5-III-1852), 3; G [erónimo] B [orao], "A mi amigo Juan Guillén Buzaran, en la muerte de su esposa, Doña Teresa Ferriz", EZ, 177 (S, 19-VI-1852), 2; F. M. R. "Poesía. El Suicida", EZ, 194 (L, 12-VII-1852), 2-3, de corte romántico y "dedicada á mi invariable amigo D. Gerónimo Gorao"; Gilberto, "Caprichos de la moda. Ensayo cómico en un acto", EZ, 126 (S, 6-V-1854), 1-2; Angel Vistuside, "Cancion" [caligrama dedicado a la botella], EZ, 126 (S, 6-V-1854), 2; Gilberto, "El amor en nuestros tiempos", EZ, 146 (V, 26-V-1854), 1-2.
- 29.-En torno al nº 324 de 1851 hay una serie de artículos en que la fiesta es calificada de bárbara costumbre. A partir del 326 comienzan las replicas en defensa del toro que llegan hasta el 332. El tema vuelve a airearse con "Pro y contra de las Ridas de toros. Folletos en su defensa e impugnación" EZ, 98 (V, 8-IV-1853), 3-4; título que coincide con el del libro anónimo de 219 páginas en 8º que se publica el mismo año en Zaragoza y en la Imprenta y litografía de Mariano Peiró, cf. Ruiz Lasala, 1977, 141. El autor de ambas obras podía ser Emilio Foz, según Ynduráin, 1973, 410, aunque su fuente no parece digna del todo: "Dejador, cita,

- además, Pro y contra de las lidias de los toros, colección de "La libertad", Zaragoza, 1853, con seud. De Eulogio Arpe."
- 30.-Cf. Asmodeo "Bibliografía. Historia política de Aragón, por D. Braulio Foz", EZ, 334 (L, 29-XI-1852), 1-3.
- 31.-Cf. G.A., "Teatro", EZ, 279 (L, 6-X-1851), 1-2, además de anunciar el propósito de llevar a cabo la crítica teatral de la temporada, comienza reseñando la mediocre representación de El Trovador; G.A. "Teatro", EZ, 290 (V, 17-X-1851), 2; Asmodeo "Crítica teatral", EZ, 30, (M, 28-X-1851), 2-3; Gil-Blas de Santillana, "Teatro", EZ, 140 (M, 25-V-1852), 2-3...
- 32.-EZ, 281 (X, 8-X-1851), 2.
- 33.-EZ, 284 (S, 11-X-1851), 1-2.
- 34.-EZ, 305 (S, 1-XI-1851), 1-2.
- 35.-EZ, 62 (M, 2-III-1852), 1-3.
- 36.-EZ, 77 (X, 17-III-1852), 1-2.
- 37.-EZ, 335 (L, 1-XII-1851), 2-3. Remitido.
- 38.-EZ, 115 (L, 25-IV-1853), 1-2. Anónimo.
- 39.-EZ, 137 (M, 17-V-1853), 1-2. Anónimo. Tomado de la Gaceta de Madrid.
- 40.-EZ, 96 (J, 6-IV-1854), 1-2.
- 41.-EZ, 155 (J, 5-VI-1852), 1-2.
- 42.-EZ, 117 (L, 26-IV-1852), 1-2, que es donde comienzan sus once entregas, la última de las cuales aparece en el número 208. V. B. podría corresponder a Victor Belaguer.
- 43.-EZ, 66 (L, 7-III-1853), 1-3. Tomado de la Gaceta de Madrid.
- 44.-EZ, 64 (V, 25-III-1853), 1-2. Tomado de la Gaceta de Madrid. J. M. de A. quizá sea José María de Andueza.

- 45.-EZ, 85 (S, 26-III-1853), 1-2. Anónimo.
- 46.-Hay casos de temática catalana pero con curiosa trayectoria hasta llegar a Zaragoza. Así, "La procesión del Corpus en Barcelona" —EZ, 173 (L, 21-VI-1852), 1-2—, próximo al hacer de Juan Cortada y Sala y José de Menjarrés —cf. Correa, 1951, 122-141— pero tomado de la Gaceta de Madrid. Véase también la nota siguiente.
- 47.-EZ, 257 (L, 13-IX-1852), 2-3, firmado en Salaga y tomado del Correo de Barcelona.
- 48.-EZ, 59 (L, 28-II-1853), 1-2. Tomado del Correo de Barcelona.
- 49.-EZ, 104 (J, 14-IV-1853), 1-2. Tomado del Diario de Villanueva y Geltrú.
- 50.-EZ, 171 (L, 20-VI-1853), 1-2. Tomado del Diario de Villanueva y Geltrú. El tipo, femenino y sin tanta carga moral, aparecerá poco después de El Avisador. Cf. Anónimo, * "La pollita", AZ, 1.125 (L, 19-XII-1853), 2. "La coqueta", de R. L. —LZ, 207 (X-26-VII-1854), 1, tomado de El Regenerador— se aproxima más a "Apuntes sobre los pollos".
- 51.-LZ, 207 (X, 26-VII-1854), 1. Tomado de El Regenerador. Para un tipo similar, excepto en la moralización, cf. Anónimo, * "La pollita", AZ, 1.125 (L, 19-XII-1853), 2.
- 52.-Lz, 289 (L, 16-X-1854), 1-2.
- 53.-LZ, 125 (D, 4-V-1856), 2.
- 54.-LZ, 52 (X, 21-II-1855), 1-2.
- 55.-LZ, 325 (J, 20-XI-1856), 2-3; 329 (L, 24-XI), 2 y 349 (D, 14-XII), 1-3. Gilberto —cf. "Revista de la Semana", LZ, 285 (V, 12-X-1855), 1— habla del cambio de moda que parece motivar esta composición: dejan de usar-

se las moñas y se empiezan a extender los miriñaques o ahuecadores.

56.-Los ejemplos referidos están circundados por otras poesías, unas amorosas o circunstanciales como "Lo que es y lo que será" —LZ, 82 (V, 23-III-1855), 1-2. Folletín—, de Gilberto, sobre la felicidad y "La Flor del Valle" —LZ, 311 (X, 7-XI-1855), 2-3—, de la moralizadora María del Pilar Sinués Navarro; otras, celebrativas del progreso, como "El vapor" —LZ, 80 (J, 20-III-1856), 2-3—, de Gerónimo Boras, tan descollante en los hechos revolucionarios de 1854 en Zaragoza, y otras, muy abundantes, de tipo patriótico, a propósito del 5 de marzo, del aniversario de la revolución del 54 y de la llegada de Espartero, cf. LZ, 132 (11-V-1856) y ss. En cuanto al contexto narrativo, además del material que se ve dejando caer —así, Las ventajas de una mala reputación. Novela original de Mr. Julio Rostainq. LZ, 235 (V, 24-VIII-1855) y ss.— otros, aunque no haya para tanto, se anuncian con aparato, como "Colección de novelas, cuentos, anécdotas, artículos de costumbres, etc, etc, traducidos expresamente del francés para el folletín de La Libertad por Angel Whistusida [sic], LZ, 214 (V, 1-VIII-1856), 3-4 y ss.

57.-LZ, 309 (L, 5-XI-1855), 1-2. Tomado de El Progreso Barcelonés.

58.-LZ, 126 (L, 5-V-1856), 1-2. Anteriormente han aparecido tres artículos de la misma serie en LZ, 119 (L, 28-IV-1856), 2; 121 (X, 30-IV), 2 y 122 (J, 1-V), 2. Para la serie con la que conecta, cf. Juan Aquel, "Alto de la Bernardona", LZ, 120 (M, 29-IV-1856), 2-3 y 123

(V, 2-V), 1-2.

59.-LZ, 205 (L, 24-VII-1854), 1-2. Folletín.

60.-LZ, 210 (S, 29-VII-1854), 1-2. Folletín.

61.-"El Retablo de Maese Pedro. Segunda Representacion",
LZ, 213 (M, 1-VIII-1854), 1-2. Folletín.

62.-Sin ir más lejos, la página 1 del mismo ejemplar de la "Segunda Representacion" publica "Los defensores de las barricadas de Madrid á los Zaragozanos" (Madrid, 27 de julio de 1854), donde se puede leer: "El tirano sucumbió, Zaragozanos: el rayo del pueblo le ha herido en el corazón, pero aun nos falta esterminar la tiranía, aun es preciso sobreponernos á la flaqueza y prepararnos contra las intrigas. Cuidemos de no recaer en nuestra habitual desidia y abandono: no depositemos como otras veces nuestros triunfos en manos de las mismas personas, de reconocida ineptitud. [...] tened presente que aquí no hicimos mas que vencer al enemigo armado y que este triunfo pudiera ser estéril si la sagaz intriga nos adormece como siempre. Aun queda mucho por hacer para estar satisfechos de nuestro vencimiento [...] no depongamos ni nuestro enojo, ni nuestras armas hasta que de una vez para siempre brille con luz fija y radiante el hermoso astro de la Libertad". Dificilmente se encontrará en un mismo día y en una misma página un texto periodístico y uno literario que hablen el mismo lenguaje político revolucionario. Si lo hubiera, no haría más que confirmar este hito cuantitativo del costumbrismo que basta para dejar al aire las no escasas opiniones que presentan al género como esencialmente conservador y significativamente ausente en los periodos progresistas.

- 63.-"El Retablo de Maese Pedro. Tercera Representacion".
LZ, 225 (D, 13-VIII-1854), 1-2. Folletín.
- 64.-LZ, 75 (V, 16-III-1855), 1-2. Folletín.
- 65.-"Revista de la Semana", o * "Doña Remigia", LZ, 88 (J, 29-III-1855), 1-2. Folletín.
- 66.-Cf. otras "Revistas de Zaragoza" o "de la Semana", pues el título varía, en los números 109, 115, 124, de 1855 y 43 y 73 de 1856. Para nuestros intereses, su relieve es pequeño y a veces se reduce a estar en verso, como la del número 130 de 1855, o a testimoniar un cambio en las modas, como la del número 285 de 1855 que se hace eco del arrinconamiento de las moñas y la llegada del miriñaque.
- 67.-"Revista de la Semana" o * "Cierzo, estrujones y yernos",
LZ, 103 (V, 13-IV-1855), 1-2. Folletín.
- 68.-"Revista de Zaragoza" u * "Octubre toca a su término",
LZ, 303 (M, 30-X-1855), 1-2. Folletín.
- 69.-"Revista de Zaragoza" o * "Un día de agosto en Zaragoza"
LZ, 271 (S, 29-IX-1855), 1-2. Folletín.
- 70.-Cf. M.M.M., * "El Paseo nuevo de Santa Engracia", DZ, 35 (S, 25-II-1797), 137-139; V., "Los paseos de Zaragoza en la presente temporada", DCZ, 86 (X, 27-III-1839), 2-3; B. M., "Costumbres zaragozanas. El Paseo", EAZ, 952 (M, 29-VI-1841), 1.
- 71.-Cf. IJ, 545 (M, 22-X-1850), 2-3, sección local, y 546 (X, 23-X), 2-3. Sobre el mismo tema, recuérdese el anónimo "Mis parientes en las fiestas", AUZ, 7 (13-X-1839), 82-83.
- 72.-"Los forasteros en las fiestas del Pilar. Art. 1º",
LZ, 298 (V, 24-X-1856), 2-3. Sección varia.
- 73.-Cf. Anónimo, "Mis parientes en las fiestas", AUZ, 7

- (13-X-1839), 82-83.
- 74.-"Los forasteros. Art. 2º", LZ, 301 (L, 27-X-1856), 2-3. Sección varia.
- 75.-El nuevo observador, "Los forasteros: Art. 3º", LZ, 307 (D, 2-IX-1856), 1-2. Sección varia. Es la única entrega en que el autor firma así.
- 76.-En las Ordenanzas Municipales que El Avisador publica un par de años antes, puede leerse: "Se prohíbe tanto durante el día como en la noche ensuciarse en las plazas calles y paseos, y solo es permitido orinar en los sumideros públicos establecidos al efecto" AZ, 1.175 (M, 7-II-1854).
- 77.-El Observador de 1856, "Los forasteros. Artículo 4º y último", LZ, 312 (V, 7-XI-1856), 2-3. Sección varia.
- 78.-Cf. Blasco Ijazo, 1947, 46; Fernández/Forcadell, 1979, 48-57.
- 79.-Sirva lo que sigue de ejemplo de este material variado que no acierta a ocultar la ausencia de otro tipo de creaciones. Series epistolares de cariz amoroso como las que se publican muy al principio; cf. "Dorila a Periandro. Carta segunda", ESZ, 4 (S, 15-I-1848), 2 y números siguientes (no encuentro la primera); novelas, como El hijo de Angelo, de F. Navarrós, ESZ, 14 (M, 25-I-1848) y ss.; La sorpresa, D.E.C. de F, ESZ, 39 (S, 19-II-1848) y ss o El sepulcro en la selva, D.A. de Q., ESZ, 50 (X, 1-III-1848) y ss; charadas y escritos en torno a ellas, cf. ESZ, 62, 156, 158, 228 (1848) o "A tocolino", por La Cantárida, ESZ, 253. (X, 20-IX-1848), 1-2, donde puede encontrarse alguna alusión a tópicos de la zona: "seré una estólida, ó una tozuda, como buena aragonesa..." (p. 1) y, con algo similar,

"A Claudio Frolo", por El Mosquito, en el 254; pídoras moralizadoras: "Fensamientos y máximas", por L. Saint-Alme, ESZ 218, (X, 16-VIII-1848), 2, 220 (V, 18-VIII), 1-2 y "Máximas sobre la muger", Barcelones, ESZ 253 (V, 29-XII-1848), 3; poesías --además de las amorosas-- como "A la perla de Huesca", M. C., ESZ, 169 (X, 28-VI-1848), "A Zaragoza, los mártires, Oda", Tocolino, ESZ, 297, (V, 3-XI-1848), 1-2; "Al Sr. D. Braulio Foz...", L., ESZ, 365, (X, 10-I-1849), 1-2, "A Zaragoza", Dolores Cabrera y Heredia, TZ, 223 (L, 3-XII-1849), 2, "San Jorge y Aragon", Adolfo Blanch, AZ, 519 (X, 28-IV-1852), 1-2, "Las glorias de Aragón. A Zaragoza.", Maria Verdejo y Duran, AZ, 552 (X, 26-V-1852), "El Vapor", Manuel Ascensión Berroza, AZ, 604 (M, 20-VII-1852), 3, no faltan los artículos de temática municipal y policía urbana, como los numerosos del ya conocido Fileto Vidal Vicente, cf. TZ, 57 (1849); AZ 110, 137, 237, 359 (todos de 1851), AZ, 513, (1852) ni los preocupados por la economía, cf. ESZ, 206-208, 216 (1848) la industria, cf. AZ, 1.041, 1078 (1853); el comercio, cf. AZ, 1040 (1853) y las comunicaciones, cf. ESZ 443 (1849); TZ, 106 (1849), AZ, 366, 381 (1851), 1007. y ss (1853) AZ, 634, 646, (1852), 1.033, 1.045 (1853), 1.170 (1854), 956 (1853).

- 80.-ESZ, 187 (D, 16-VII-1848), 2. Sección literaria.
 81.-***; "Crónica de la capital", ESZ, 412 (L, 26-II-1849), 1-2. Remitido. Sección literaria.
 82.-ESZ, "412" (J, 8-III-1849), 3-4. Remitido. Sección local.
 83.-ESZ, 449 (S, 14-IV-1849), 2-3. Remitido.
 84.-TZ, 49 (R, 12-VI-1849), 3. Remitido.
 85.-TZ, 68 (D, 1-VII-1849), 2-3. Remitido.

- 86.-Cf. Fernández Clemente, 1975, 12-13.
- 87.-IZ, 135 (J, 6-IX-1849), 1-2. Sección local. Remitido.
- 88.-***, "Arte dramático. Docilidad de los actores", IZ, 196 (M, 6-XI-1849), 2 y 197 (X, 7-XI), 2.
- 89.-IZ, 212 (J, 22-XI-1849), 1-2. Remitido. Firmado en Zaragoza el 19 de noviembre de 1849.
- 90.-L***, "Serenos. Apunte para su historia", IZ, 262 (V, 11-I-1850).
- 91.-IZ, 266 (M, 15-I-1850), 1-2.
- 92.-IZ, 436 (J, 4-VIII-1850), 2. Sobre lo mismo, pero referido a los hombres, hay un artículo reproducido de El Clamor, —cf. AZ, 1.064 (X, 19-X-1853), 2—, donde el autor, al comentar la "costumbre" de llevar las perneras ilustradas con paisajes y dibujos diversos, utiliza un término —"esperpentos"— que Corominas fecha en 1891: "Si llega a generalizarse el uso de estos esperpentos, pronto espiaréis vuestro delito, jóvenes incautos y atrevidos". En el número 1.080 (1863) se detalla algo más esta moda pues se dice que la novedad es llevar dibujos de la choza del Tío Tom en los pantalones y de Los tres mosqueteros en las levitas.
- 93.-Cf. El nuevo observador, "Los forasteros en las fiestas del Pilar", LZ, 298 (V, 24-X-1856), 2-3; 301 (L, 27-X), 2-3; 307 (D, 2-IX), 1-2 y 312 (V, 7-XI), 2-3.
- 94.-IZ, 545 (M, 22-X-1850), 2-3. Sección local y 546 (X, 23-X), 2-3. Sección local.
- 95.-Cf. LZ, 312 (V, 7-XI-1856), 2^a.
- 96.-El autor de este escrito, "Mendigos. 1" IZ, 557 (?); "Mendigos. 2", 558 (L, 4-XI-1850), 2-3; "Mendigos. 3", 559 (M, 5-XI), 2-3 y "Mendigos. 4", 561 (J, 7-XI), 2-3. La primera entrega pudo aparecer en el ejemplar del nú

mero supuesto, que falta en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza. En una "Nota á artículos sobre MENDIGOS" aparecida a los pocos días —cf. IZ, 564 (D, 10-XI-1850) lb)— se anuncia con satisfacción que las ideas expuestas en tales artículos ya estaban en la mente de las autoridades, que piensan en la fundación de un hospicio. Al poco tiempo, comienzan a aparecer listas de suscriptores para la construcción de la "casa amparo o de mendigos", cf. AZ, 10 (L, 2-XII-1850) y ss. Insisten sobre el tema "Mendigos" de Fileto Vidal y Vicente, AZ, 105 (V, 7-III-1851), 2-3; "Mendigos" de Un suscriptor, AZ, 126 (V, 28-III-1851), 3; * "Mendigos", de Un entusiasta de la Casa de Amparo, AZ, 131 (X, 2-IV-1851), 2-3; ... e incluso se publica, reproducido del Diario de Córdoba, "Así los agrícolas", cf. AZ, 714, 715, 718, 724 (1852). Son pormenores que se anotan por si pueden contribuir a establecer —frente y junto a las posibles líneas de antecedentes genéricos en este y otros casos— el contexto "real" de lo literaturizado en artículos como los dedicados a las fiestas del Pilar.

- 97.-El page, "Revista teatral", o * "Sra. Empresa", IZ, 564 (D, 10-XI-1850), 1-2.
- 98.-AZ, 2 (D, 24-XI-1850), 3-4.
- 99.-AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 3-5.
- 100.-AZ, 2 (D, 24-XI-1850), 4-5.
- 101.-AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 5-6.
- 102.-Además de los tratados en latiguillos como "Vuelva usted mañana" o "En este país", se pueden considerar fenómenos parecidos a los que muestra "Cosas" en "Las palabras", "Por ahora", "Cuasi.Pesadilla política" ...

por no aludir a los que de distinta forma sortean y denuncian la censura al estilo de "El siglo en blanco" —cf. Romero Tobar, 1981—, "Lo que no se puede decir, no se debe decir", y "La alabanza, o que me prohiban este".

103.-AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 6-7.

104.-AZ, 19 (X, 11-XII-1850), 1-2.

105.-Un Janoquí [Joaquín...] cuya identidad se me escapa a pesar de lo que dice en "Janoquí al triunvirato para darse á conocer" —AZ, 65 (D, 26-I-1851), 2-3—, poesía donde se pinta con rasgos asmodeicos:

Soy en Zaragoza
 Un crítico duende
 que nadie conoce,
 que nadie comprende;
 cuando meto ruido
 en los gabinetes
 se asustan los hombres,
 lloran las mugeres;
 como no me miran,
 aunque me ven siempre
 ni saben quién soy,
 ni saberlo pueden.
 Yo sé sus secretos,
 sé sus intereses
 ... (vv. 1-14)

y confirma las dificultades para ser reconocido:

No hay que levantar cruzadas
 con el fin de conocerme,
 porque yo ya sabeis soy
 Janoquí el crítico duende. (vv. 65-68)

106.-Cf. Julio Pompeya, "Tipos originales. El corto de vista" [Z, 298 (L, 28-X-1850), 1-2. y, como al estudiarlo se sugirió, "El amante corto de vista", (septiembre de 1832), Mesonero, I, 102-106.

107.-AZ, 28 (V, 20-XII-1850), 2-3.

- 108.-La falta alusión clara a Aragón y la proximidad con que Janoquí ha mencionado a El Estudiante pueden inclinarse a ver tras este pseudónimo a Antonio María Segovia, pero por la primera razón, que no es definitiva, —sino todo lo contrario, pues si cita a Madrid, también cita Zaragoza—, y por hallarse este pseudónimo al pie de varias críticas teatrales en que se fustiga a la empresa zaragozana —cf. "Quosque tandem", AZ, 61 (X, 22-I-1851), 2-3—, es más lógico pensar en otro autor, incógnito de momento.
- 109.-AZ, 36 (S, 28-XII-1850), 2-3.
- 110.-Recuérdese que es posterior la poesía con rasgos esmodeicos en que el autor hace el amago de desvelar su identidad. Cf. "Janoquí al triunvirato para darse a conocer" AZ, 65 (D, 26-I-1851), 2-3.
- 111.-Desde finales de 1850 hasta el 15 de noviembre de 1852 la criba arroja material contextual donde puede darse el costumbrismo, aunque esto no ocurre, como el que sigue. "El siglo XIX" —AZ, 51 (D, 12-I-1851), 1-2—, de La cotorra, un laudator temporis acti que exclama "todo se hace por un puñado de oro y por él se venden los hombres y las conciencias:.." (p. 2a); "La historia del toreo" —AZ, 66 (L, 27-I-1851) 2-3—, poesía que va sin firma y que parece aludir al triste destino de la causa progresista; "Aviso á los casados" —AZ, 129 (L, 31-III-1851), 2—, también anónimo y posiblemente reproducido de otro periódico —El Orden, inspirado por Donoso Cortés?—, combina algunos elementos costumbristas como la visita de una dama al periodista con el aire de un suceso real motivado por el marido celoso; *¡Oh desventurada época! ¡Oh fatal mitad

del siglo 19!" —AZ, 147 (V, 10-IV-1851), 2-3—, de El Cristiano, es un auténtico sermón con motivo del Viernes Santo, en el que se insta a no permitir que la "razón" y la "utilidad" avasallen la fe porque, en ese caso, "la sociedad tiene que disolverse [..] , la organización de las sociedades actuales sería barrida como por un huracán!" (p. 3a); "El seise" —AZ, 206 (L, 16-VI-1851), 1-3, 207 (M, 17), 1-2; 208 (X, 18), 2; 209 (J, 19), 1-2 y 210 (V, 20), 1-2—, sin firma, no es lo que el título parece por comparación con el artículo de los Españoles pintados por sí mismos, sino una historia breve localizada en "Cruz Blanca", supuesta aldea "en la orilla izquierda del Ebro" y tras la guerra de la Independencia; "un recuerdo á Valencia" —AZ, 209 (J, 19-VI-1851), 2-3. Remitido—, de La Cotorra, es de tipo folklórico y referido a la procesión del Corpus; "El pobre vergonzante" —AZ, 286 (L, 25-VIII-1851), 2-3; 287, 289 y 290—, firmada por D.O., es narración moralizadora de ambiente aristocrático y francés; "Bellezas del domingo" —AZ, 447 (L, 2-II-1852), 1-2—, de un anónimo católico-sermonario, presenta los oficios religiosos del domingo como indispensable consuelo y alivio del obrero que "ha doblegado su cuerpo bajo el peso del trabajo seis días para ganar su pan y el pan de su familia" (pp. 1b-2a); *"El feliz restablecimiento de nuestra Reina" —AZ, 467 (M, 2-II-1852), 2-3; 470 (V, 5-III-1852), 2 y 473 (L, 8-III-1852), 3— es una crónica de los festejos zaragozanos tras el regio parto en forma de tres cartas, la que C. envía a su amiga; la contestación del ésta y la nueva de C., de las que el redactor transcribe algunos fragmentos; "El papel" —AZ

495 (M, 30-III-1852), 2—, anónimo y muy breve, se aproxima a los artículos costumbristas sobre objetos; "Empedrado" —AZ, 513 (J, 22-IV-1852), 2—, de Fileto Vidal Vicente, sobre las obsesiones de policía urbana ya conocidas del autor; "La hoguera de San Juan" —AZ, 582 (V, 25-VI-1852), 1-3, Reproducido en El áncora, de Barcelona—, firmada por D.D., es narración a pesar de lo folklórico que sugiere el título; * "Anuncios" —AZ 624 (L, 9-VIII-1852), 3— es un muestrario de una colección de rótulos, reclamas y avisos que remite un suscriptor; "Si fuera verdad...!" —AZ, 641 (J, 26-VIII-1852) 1-2—, anónimo, es relato moralizador, presentado como cierto, en que una dama misteriosa intenta regenerar a varios pollos libertinos; "Fiestas del Pilar" —AZ, 695 (D, 17-X-1852), 1-2—, de J.R&E., que también hace crítica teatral y a veces con símiles navales —cf. "Teatro" en el nº 698 y ss.—, es una simple crónica que, como la de los años siguientes, explican el relieve otorgado al "Encuentro y conversación de unos forasteros" de 1850 aparecido en La Templanza.

112.—AZ, 722 (L, 15-XI-1852), 1-3. No encuentro la parte I. En la colección de Hemeroteca Municipal de Zaragoza falta el número 712 (V, 5-XI), donde podría haber ido.

113.—Príncipe —cf. "Costumbres provinciales. Aragón y los Aragoneses (Primer artículo)", SPEM, 32 (11-VIII-1839), 251-253—, sintetizado el carácter aragonés en la altivez u orgullo y para probar el valor de los aragoneses, traía a colación la expedición de los almogávares y, con la misma extensión —tres líneas—, una referen

cia perifrástica a los Sitios: "la Europa contempló
 asombrada la resistencia de Zaragoza contra las huestes
 del guerrero mas diestro, mas audaz y mas afortunado que han conocido los siglos..." (p. 252b), pero
 la evocación reciente ^{de la} Cincomarzada le ocupa cinco líneas en el mismo párrafo y, como transición a otro tema, cuatro tras el punto y aparte. Por otro lado, sólo al final del artículo, cuando intenta justificar los motivos de la altivez de sus coterráneos y tras enumerar el glorioso pasado foral mediante seis orgullosos preguntas retóricas, formula una donde no se habla estrictamente de devoción y se comparte su importancia con algo que no tiene nada que ver con el pilarismo: "¿Qué país de España cuenta dos tesoros comparables á la Virgen del Pilar de Zaragoza y á los Corporales de Daroca?" (p. 253). Si, además de no haber ninguna conexión entre lo bélico y lo religioso, se considera que el artículo le fue encargado por Mesonero de forma expresa para que diese a conocer a los lectores del Semanario Pintoresco Español el carácter aragonés y que Príncipe era aragonés, no cabe pensar en deslíz ocasional o intereses particulares deformadores. Por su parte, De la Fuente —cf "Usos y trajes nacionales. Los aragoneses", SPEN, 36 (6-IX-1840), 281-285— también aragonés y en un artículo más extenso que ya tiene a la vista el de Príncipe por si fuera necesario corregir algún matiz o suplir alguna laguna, dice que toma "por tipo al aragonés sencillo y primitivo, al hombre de los campos ..." (p. 285b). En su concienzudo informe, la mención de la Virgen del Pilar se hace como obligada, colectada con el motivo tan cotizado y

los románticos de la devoción popular basada en leyendas de apariciones y compartida con el resto de las advocaciones extendidas por Aragón: "Son los aragoneses generalmente piadosos y amantes de su religión: prescindiendo de la milagrosa efigie de la Virgen del Pilar, á la que no se puede menos de nombrar hablando de Aragón, hay allí más vírgenes aparecidas quizá que en toda España, de modo que pudiera bien disputar á Sevilla el título de tierra de María Santísima" (p. 282a). Y nada más, ni siquiera una alusión en todo el artículo a la guerra de la Independencia ni a ningún otro hecho guerrero del siglo XIX estrictamente aragonés (lo dicho sobre Napoleón en la página 251 se refiere a un caso más de respuesta unánime de todos los españoles ante un enemigo común). A la vista de estos hechos, difícilmente puede Madrazo burlar la Historia o intentar borrar los capítulos y aspectos que no le interesen a no ser que, al margen de ella, el lector coetáneo —o el actual—, iluminado por sus convicciones a prueba de realidades, crea ver —y es libre de hacerlo— más verdades ^{en} que el artículo de 1852 que en los de 1839_x y 1840.

114.-La cosa no queda en la alusión a las autoridades; éstas son mencionadas con nombres y apellidos y convenientemente alabadas: "Baste decir que es hoy capitán general de Aragón el general D. Ramon Boiguez, persona de distinguidas maneras, recto, franco y tolerante; gobernador el Sr. D. Simón de Roda, cuya severa honra es proverbial y reconocida hasta por sus adversarios políticos, y que era aun por aquellos días secretario del gobierno de la provincia el joven don Iyna-

- cio Escobar tan simpático por su talento por su actividad y por sus nobles y generosas aspiraciones" (p. 2b).
- 115.-Juan Bruil, el que estará al frente del esparterismo aragonés durante el Bienio Progresista.
- 116.-Anónimo, * "La educación de las hijas de familia", AZ, 731 (X, 24-XI-1852), 2. El ir sin firma y la alusión a Madrid — "La niña concurre al Prado por la tarde.." (p. 2 b) — hacen pensar que el innominado artículo es reproducido de algún periódico de la Corte.
- 117.-AZ, 769 (L, 27-XII-1852), 1-2. Probablemente está tomado de otro periódico, quizá madrileño, pues va sin firma y menciona Alcorcón y La Granja, aunque esto último sea menos concluyente que la identificación como alcarreña de la planchadora típica.
- 118.-He aquí una muestra de lo que formaría ese contexto de 1853 a 1858: "El año en los tiempos antiguos" -- AZ, 782 (D, 9-I-1853), 2-3--, prácticamente en nada costumbrista y sólo mencionable por firmarlo el hijo de Figero, Luis Mariano de Larra; "Costumbres. El dos de enero en Granada" --AZ, 786 (J, 13-I-1853), 1-2--, anónimo, próximo al folkloro, como el ya citado "Un recuerdo á Valencia" --AZ, 209 (J, 19-VI-1851), 2-3--, de La Cotorra y sobre la ciudad que será el tema de "Viajes. Granada" --AZ, 946 (X, 22-VI-1853), 1-2--, de M. de Caldas; "De la melancolía" --AZ, 853 (J, 3-III-1853), 3--, anónimo y centrado casi exclusivamente en el aspecto médico de los que la sufren; "La muger" --AZ, 836 (V, 4-III-1853), 2-3--, anónimo, desarrollado con técnica próxima a la de la clasificación zoológica propia de las fisiologías, alude a las

bellezas españolas pero escapa al costumbrismo, así como otro del mismo autor que comienza evocando éste: "Educación de las mujeres" —AZ, 907 (s, 14-V-1853), 1-2; "Esperanza" —AZ, 911 (X, 18-V-1853), 1-2—, de J.M. de V. y con estas iniciales precedidas de "(Havana)" que indica de dónde se toma, en general, abstracto y moralizador; "Fiestas del Pilar. Revista" —AZ, 1.062 (L, 17-X-1853), 3-4—, de El Doncel, asiduo publicador de versos y traducciones de relatos que parece estrenarse por estas fechas, es una simple crónica; "Modas" —AZ, 1.068 (D, 23-X-1853), 2-3—, del mismo autor comenta las novedades, sin sombra de costumbrismo; "El guante" —AZ, 1076 (L, 31-X-1853), 1—, anónimo, artículo de los que tratan sobre objetos, es demasiado general y breve; "A la torre Nueva" —AZ, 1.109 (S, 3-XII-1853), 2-3—, de Simón Gállego y Guerrero, es poesía, y digna, que envuelve en simbolismos históricos al momento, hurtándolo a la descripción; "Percance de un curioso" —AZ, 1.128 (J, 22-XII-1853), 1-2—, de El Doncel es anécdota presentada como sucedida en Madrid al narrador, quien se proximaría al costumbrismo en la breve descripción de la vida cotidiana típica de un joven sin preocupaciones económicas; "Cada loco con su tema, Epístola" —AZ, 1.202 (L, 6-III-1854), 2—, de Gilberto, es poesía que no llega a describir plenamente a las mujeres zaragozanas ni a la ciudad de la que nombra de pasada los sitios más famosos; "No fui lo que pensaba ser. Anécdota" —AZ, 1.223 (L, 27-III-1854), 2-3—, de El Doncel, se queda en relato localizado entre Madrid y Zaragoza.

A estas alturas, en que la mayor parte del material no firmado procede de la prensa madrileña, María del Pilar Sinués y Navarra, perfecta y prolífica defensora de la tradicionalidad más católica, ya lleva una temporada —desde finales de 1853— inundando El Avisador de poesías. Entre ellas, y por lo inesperado que resulta a la vista de lo que más tarde escribirá, destaca una dedicada a Espartero en el número 1.347.

Al parecer, lo que El Esparterista, periódico fundamentalmente político, encierra para el costumbrismo es nulo. En él se puede leer, entre otras cosas, la novela histórica en folletón de la Sinués la Princesa de los Caspios —EPZ, 153 (J, 11-I-1855) -191 (L, 19-II)—, Luz de luna. Leyenda histórica del siglo XV —EPZ, 352 y ss; Folletín—, también de la misma autora que no deja de escribir y Como acaban los pobre. Estudios sociales, por Benjamín Castineau. Traducción de J. —EPZ, 195 (V, 23-II-1855) y ss. Folletín—.

Por lo demás, "Atención, noble auditorio. Lista de los individuos que nos cargan" —EPZ, 362 (X, 29-VIII-1855), 3— anónimo, deja en nómina lo que con alguna indicación podía pasar por posible programa costumbrista. En 1856 poco llama la atención. Más que en artículos como el anónimo y sin título que trata de modo general sobre la mujer —EPZ, 649 (J, 22-V-1856), 1, 650—, los ojos se posan sobre los ejemplares número 638, 639 y 640 (del 11, 12 y 13 de mayo, respectivamente) impresos papel amarillo el primero, en azul el segundo y en rosa el tercero.

Desinflado el Bienio Progresista, El Avisador,

de 1856 a 1858 tampoco suele publicar cosa que interese al costumbrismo. Uno se encuentra con el anuncio de un salón que, además de ofrecer los servicios de limpiebotas, es gabinete de lectura—cf. AZ, 56 (G, 26-IX-1856), 3—, Un corsario, de Eugenio Sue, en folletín —AZ, del 118, (V, 28-XI-1856) al 151 (X, 31-XII)—, "Proyecto de salubridad de la ciudad de Zaragoza" —AZ, del 207 (X, 25-II-1857) al 211 (G, 1-III): Folletín—, o "Del origen de las máscaras, su propagación y su conservación hasta nuestros días" —AZ, 534 (D, 24-I-1858), 546, 552, 553—, de M. Lozano, general y sin roces con el costumbrismo.

119.—AZ, 868 (M, 5-IV-1853), 1-2. Al final, pero antes de la firma, se lee: "(Habana)". R. Otero podría ser el cubano Rafael Otero y Marín.

120.—Cf. Ucelay, 1951, 193-195. Al no haber temido acceso a "El amante de ventana" no puede ^{más} que suponerlo. Además de los veintitrés colaboradores de la obra colectiva, Ucelay sólo menciona por sus nombres a cuatro, ninguno de ellos R. Otero. De ser el mismo trabajo, había que sospechar que el cambio de título se debe a criterios morales.

121.—El viejo; "Teatro" o * "La magia de Pata de Cabra", AZ, 1.120 (X, 14-XII-1853), 3. Remitido.

122.—AZ, 1.125 (L, 19-XII-1853), 2. Aunque el tipo, por sí mismo, carece de adscripción geográfica determinada, el artículo puede estar tomado de algún otro periódico, probablemente madrileño por la alusión a los buzones en forma de león de la calle de San Ricardo y por ciertas irregularidades lingüísticas como el laísmo. El tipo, en su variante masculina ^{había} aparecido poco an

- tes en El Zaratogozo, cf. Anónimo, "Apuntes sobre los pollos", ÉZ, 171, (L, 20-VI-1853) 1-2. Tomado del Diario de Villanueva y Geltrú y, con semejanza en la actitud moral, será tratado algo después en La Libertad, cf. R.L., "La coqueta", LZ, 207 (X, 26-VII-1854), 1. Tomado de El Regenerador.
- 123.-AZ, 1.270 (J, 11-V-1854), 1. Carece del título y firma y alude a las manolas, a la Fonda del Carmen y al Rastro, entre á otros elementos de Madrid, de donde debe proceder.
- 124.-Los otros dos, muy fragmentarios, no encierran nada costumbrista. Del Avisador Zaratogozo sólo se conserva del número 93 (S, 1-I-1848), el 101 (D, 9-I-1848) y en su "Sección Literaria", quitando las charradas, lo único destacable son las entregas de "Fragmento. Los primeros amores de D. Rodrigo", de F. Navarrés. En Fernández/Forcadell, 1979, 48, se hace a este periódico antecesor de El Anunciador (1863), pero González Miranda (1969) no apunta nada al respecto, El Mosayco Zaratogozo sólo se puede conocer por sus números 8 (J, 25-I-1849), 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 18 (J, 28-II), donde aparecen poesías, pero nada costumbrista. Lo más próximo, por la denotación, es la primera entrega que da el número 8 de "Consideraciones sobre los entierros. Sobre nuestras costumbres en los entierros", donde se comenta el exceso de gastos, la falta de higiene, el depósito de cadáveres ...
- 125.-BFZ, 92 (J, 19-IX-1844), 3. Tomado de La Moda.
- 126.-BFZ, 95 (D, 22-IX-1844), 2. Folletín. Con la edición de las obras de El Solitario que manejo —cf. Estébanez, I y II—, donde no figura esta poesía, no

puedo confirmar que se deba al autor más conocido por ese pseudónimo.

127.-BFZ, 96 (M, 24-IX-1844), 2-3. Folletín.

128.-Cf. BFZ, 120 (M, 22-X-1844) 1-2; 121 (X, 23), 1-2; 122 (J, 24), 1-2 y 123 (V, 25) 1-2. El trabajo debería comenzar con el 119 (L, 21-X), donde quizá figurase el autor, pero este número falta en la colección de la Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

129.-Cf. BFZ, 113 (1844), donde la moneda ya aparece en su página 13. Faltan ejemplares que facilitarían la precisión en los datos.

130.-Don Quijote y familia, "El articulista de teatros. Primera Parte", BFZ, 163 (X, 11-XII-1844), 2-3. Folletín. Aunque sea por escrúpulo, hay que apuntar la duda de si el artículo procederá de algún periódico madrileño coetáneo de El Cinife que cita Bretón de los Herreros en su comedia La Redacción de un Periódico, estrenada en junio de 1836 y anota Fermín Caballero en el Gobierno y las Cortes del Estatuto, Madrid 1837 —según los datos de Seoane, 1977, 204-209—; Cinife anterior a 1836 que no conozco y, evidentemente, distinto del 1868 estudiado por Juan Sampelayo en el volumen XI de la "Colección de Índices de Publicaciones Periódicas" del CSIC. La quizá remota posibilidad se basaría en las dos veces que el autor cita "Cinife" con mayúscula en la "Segunda Parte" del artículo —Cf. Ep. 2c y 3a— y en que tal denominación es utilizada para mentar al mosquito que le interrumpe la lectura de "cierto periódico de cuyo nombre no me quiero acordar por no saberlo de cierto" (p. 2c) y cuya parte del diálogo entablado con el narrador tienen todo el aire

de ser reproducción fragmentaria o intermitente de la crítica teatral que ha podido dar origen a las dos "partes" del artículo o, al menos, a la segunda.

131.-Don Quijote y familia, "El articulista de teatros. Segunda Parte", BFZ, 179 (D, 29-XII-1844), 2-3.

132.-Cf. Fernández/Forcadell, 1979, 48.

133.-Anónimo "Costumbres. Quiero ser sastre", El Conciliador (Zaragoza) 276 (J, 26-VI-1845), 1-2 Folletín. No creo que el pasaje "de provinciano convertirá vuestro exterior en madrileño" (p. 2c) apoye ni obstaculice definitivamente la posible reproducción del artículo de algún periódico de la corte. Es incierta la presencia del laísmo, factor que quizá coadyuvaría a la descripción madrileña; cf. "...las dirige, les aconseja en la penosa carrera de la aguja, les enseña á manejarla, les ajusta la cuenta..." (p. 2a). Y, aunque la misma vinculación pudo darse en alguna publicación de Madrid, "Quiero ser sastre" quizás esté motivado por la reproducción de los baremos de la contribución industrial y comercial, con la correspondiente lista de oficios, en los números de El Conciliador que preceden al 276. En fin, la anonimia aquí no sería de tanto peso pues "El canto de una inglesa", por ejemplo, va firmado y es casi obvio que no está originariamente escrito para El Conciliador.

134.-"El carnaval", II, "11" [12] (D, 10-II-1856), 1-2; "12" [13] (J, 14-II) 1-2; 14 (D, 17-II) 1-2 y 16 (D, 24-II), 1-2. Inconcluso por falta de los ejemplares donde continuaría y acabaría. Salvo indicación en contra, toda la prensa turolense ha sido consultada en la Hemeroteca de la Casa de la Cultura de Teruel.

- 135.- II, 103 (D, 28-XII-1856), 1-4. El resto del ejemplar sólo acoge una breve despedida al año que se va, unos anuncios jocosos, una nota en la que se avisa que los suscriptores van a recibir gratis lo que falta para completar el primer tomo del folletín y en la que se anuncia el aumento de formato de El Juria y el folletín que ocupa la parte inferior de las páginas 3 y 4. La cabecera presenta los datos de identificación volteados y dislocados y sobre ella el lema: "una [doce calaveras = "calaverada"] es hoy dispensada", también con varios "errores" tipográficos. El artículo "¡Inocentes!" en su página dos tiene varios párrafos con sus líneas colocadas verticalmente y de forma que obligan a girar el ejemplar para poder leerlo.
- 136.- II, 111 (D, 8-II-1857), 2-3.
- 137.- II, 113 (X, 11-II-1857), 2-3. Para la localización del autor, cf. "la conversacion, después de muchas idas y venidas y vueltas y revueltas, ha recaido sobre el Juria de cuya pobre redaccion formo parte" (p. 2b).
- 138.- II, 118 (M, 17-II-1857), 2-3.
- 139.- II, 124 (M, 24-II-1857), 2.
- 140.- II, 129 (D, 1-III-1857), 2.
- 141.- II, 137 (X, 11-III-1857), 2-3. Aparecerá reproducido también en la Nube, de Zaragoza. Cf. NZ "31" (X, 1-IV-1857), 3. Tampoco allí lleva firma, lo que corrobora ría su procedencia de un periódico madrileño.
- 142.- Cf. II, 141 (D, 15-III-1857), 4.
- 143.- II, 140 (S, 14-III-1857), 2-3.
- 144.- II, 140 (S, 14-III-1857), 3.
- 145.- Es mínimo resultado si se rastrean otras publicaciones madrileñas de la época: El Museo de las familias [1846-

-1856] contiene: O.S. Castellanos, "Del origen de los aguinaldos o regalos de navidad y de año nuevo y del origen e historia de los estrechos" (1846, 270-274), ya aparecido en el Seminario Pintoresco Español en 1845 y cuyo capítulo IV (pp. 273-274), "Jurado de los estrechos de amor de Aragon y Castilla", toca circunstancialmente del antiguo reino; Anónimo, "Apuntes biográficos. Nicolás de Azara" (1847, 21); Francisco Fernández Villabrilie, "Glorias de España. Sertorio" (1850, 249-252, grabado); algunos artículos históricos que hacen referencia a Aragón en 1851; Francisco Fernández Villabrilie, "Glorias de España. La batalla de Daroca" (1854, 186-188) y José Muñoz y Gaviria, "San Lorenzo Mártir" (1855, 241-244, grabado), que reproducirá en el Semanario Pintoresco en 1856.

El siglo Pintoresco [1845-47] : Miguel Agustín Príncipe, "Zaragoza sitiada y rendida". (1847, III, 163-165), traducción libre o, mejor imitación del poema heroico escrito en latín por el inglés Henrique Allen".

La semana [1849-1851] : Nard, "Causa contra Antonio Pérez, ministro de Felipe II", en cuatro entregas: 5 (3-XII-1849), 77-78; 6 (10-XII), 86-87; 7 (17-XII), 102-103 y 8 (24-XII), 118-119; Anónimo, "Alicia. Novela aragonesa", 21 (25-III-1850), 331-334, grabado —el mismo de "La defensa de Zaragoza" de El Museo de las familias (1844, 25-29)— de la Torre Nueva y 22 (1-IV), 346-348; Anónimo "Puentes colgantes" 31(3-VI-1850), 96-77, donde se mencionan los de Zaragoza en el Gállego, que lo arrasó, Fraga y Monzón; Anónimo (?), "Geró

nimo Borao. Variedades literarias (conclusión)", 42 (19-VIII-1850); Anónimo, "Grabado del final del acto tercero de El sitio de Zoranoza, 67 (10-11-1852), 120 y Nicolás Malo, "Ramón Pignatelli (Biografía)", 77 (21-IV-1851), 198-199.

La Ilustración [1849-1852]: algunos grabados referidos a Aragón y ya aparecidos: "Una novillada de lugar", y "La procesión de un lugar", 24 (11-VIII-1849), 192.

La Revista Española de Ambos Mundos [1853-1855]: Antonio Ferrer del Río, "El conde Aranda. Su dictamen sobre la América Española", (1855, 565-581).

El Iris de España [1854-1855], y La Iberia [1854-1855] no parecen acoger en sus páginas nada que se refiera a Aragón.

146.-Anónimo. "Biografía Española. D. Mariano La-Gasca, nacido en Encinacorva, Teruel", SPEM, 17 (26-IV-1846), 130-133, grabado; Eugenio García de Gregorio, "Biografía española. Gerónimo de Zurita", SPEM, 36 (5-IX-1847), 281-285, Grabado; Luis M. Romero y Las Casas-Daza, "D. Ignacio de Luzan", SPEM, 50 (10-XII-1848), 401-402; Anónimo, "D. José Pellicer", SPEM, 33 (17-VIII-1851), 261-262, grabado; Anónimo, "Bartolomé Leonardo de Argensola", SPEM, 3. (18-1-1852), 23, grabado; Julio Álvarez y Adá, "D. Ramón Pignatelli," SPEM, 1(2-I-1853), 5-6, grabado; José Muñoz Gaviría, "San Lorenzo Martir", SPEM, 32 (10. VIII-1856), 249-251, grabado —es el aparecido en 1855 en El Museo de las familias— sin ninguna alusión a Huesca.

147.-R.G. (?), "La Guerra de la Independencia", SPEM, 18

- (30-IV-1846), 137, grabado de Palafox en p.137 y de la Defensa de Zaragoza, con Agustina de Aragón, en p. 141; Remigo Salomón, "Apuntes históricos sobre Quinto Seratorio", SPEN, 51 (21-XII-1851), 406-407.
- 148.-SPEN, 49 (8-XII-1852), 385-386, grabado de la Dunkerque en la p. 385 y de la Torre Nueva de Zaragoza, en la 386.
- 149.-J.A., "Luna y sus Castillos", SPEN, 1 (2-I-1853), 4-5, grabado.
- 150.-J.A., "Castillo de Villaverde en Luna", SPEN; 34 (20-VIII-1854), 265, grabado.
- 151.-SPEN, 33 (19-VIII-1855), 257-258, grabado. Debe ser de Álvarez y Adé.
- 152.-SPEN, 49 (7-XII-1856), 385, grabado
- 153.-SPEN, 5 (30-I-1853), 33, grabado.
- 154.-Anónimo, "La Campana de Huesca", SPEN, 56 (11-XII-1853), 394, grabado en p. 397.
- 155.-Nicolás Castor de Caunedo, "Antigüedades españolas. El Monasterio de San Juan de la Peña" SPEN, 16 (18-IV-1847), 121-125, tres grabados, uno del monasterio y dos de sepulcros.
- 156.-Nicolás Castor de Caunedo, "Antigüedades españolas. Sepulcro del rey Don Ramiro el Monje", SPEN, 36 (5-IX-1847), 285-287), dos grabados.
- 157.-J.A., "Arco de Toledo en Zaragoza", SPEN, 48, (27-XI-1853), 337-378 grabado.
- 158.-SPEN, 1(7-I-1855), 2, grabado en p. 5. Otro, con breve texto y que remite a este artículo, en: "Portada del N.[ortc] en la parroquia de San Fablo de Zaragoza", SPEN,³2 (12-VIII-1855), 249.
- 159.-SPEN, 20 (20-V-1856), 153-154, grabado.

- 160.-SPEM, 22, (3-VI-1855), 169-170. El grabado que aparece al frente es, quizá por error, de "La Santa Capilla" (Sainte Chapelle).
- 161.-SPEM, 1(6-I-1856), 4-5, grabado.
- 162.-Otros sobre Zaragoza o relacionados con ella son: "Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza", SPEM, 29(22-VII-1849), 255-256, grabado; Anónimo, "Puente Colgante de Santa Isabel sobre el Gállego", SPEM, 34, (20-VIII-1854), 271, grabado en p. 269 y Anónimo, "Convento de Jerusalem en Zaragoza", SPEM, 46 (12-XI-1854), 414, grabado en p. 361.
- 163.-SPEM, 9 (2-III-1856), 68-69, un grabado de la iglesia de "San Nicolás de Bari en Velilla del Ebro" en la p. 68 y dos en la p. 69: "La nueva campana de Velilla" y "Antigüedades encontradas en Velilla".
- 164.-Cf. Miguel Agustín Príncipe, "La campana de Velilla", SPEM 36 (4-IX-1842), 288 y 37 (11-IX-1842), 290-292. En tal ocasión el tema va cobijado el rótulo de "Tradiciones aragonesas".
- 165.-SPEM, 52 (30-XII-1855), 409-410, grabado. Álvarez y Adó se identifica como "uno que lo es de la insigne villa de Salmón en "El barbo de Utebo (cuento popular)"; SPEM, 33 (19-VIII-1855), 260 b, es decir, de Alagón y no de Utebo, como apunta Simón Díaz (cf. 1946 b).
- 166.-"Cuentan que habiendo llegado á la posada un arriero con dos cargas del referido peccedo, en ocasión que en Zaragoza escaseaba este género de comestible, á los de Alagón se les antojó el probarlo á toda costa: al efecto hicieron al arriero abrir una de las cargas, y despacharla, obligándose los de Alagón á pagarle al precio mas elevado que en Zaragoza se vendiese. Al

dia inmediato marchó el arriero á la capital, y contando su cuita en la plaza y llegado á noticia del regidor que se hallaba de semana en el peso, este hizo que el arriero vendiese una onza de Salmon, teniendo la humorada de abonar por ella una onza de oro en una pieza. El arriero vendió muy pronto á buen precio la carga y tomando el correspondiente testimonio de cómo en Zaragoza se había pagado la onza á 320 rs., marchó por la tarde á Alagon, donde se presentó con su documento en regla reclamando á igual precio el valor de la carga que había dejado (que por cierto pasaba algunas arrobas). Aquí fueron los apuros de los de Alagon, que como al presente no tuviesen para satisfacerle, convinieron en darle cierta cantidad y se obligaron á pagar un censo anual con lo que el arriero quedó satisfecho y volvió contento á su casa." (p. 410)

- 167.-Cf. V. [icente] de la F. [uente], "El salmon de Alagon", SPEM, 24 (12-VI-1842), 187-189.
- 168.-Al parecer Teruel sólo llega al Seminario accidentalmente a propósito de Anónimo, "Descubrimiento y traslaciones de los cuerpos de los amantes de Teruel", SPEM, 30 (29-VII-1849), 235-236, grabado.
- 169.-Cf. Anónimo, "Real Museo de Escultura. Grupo llamado de Zaragoza", SPEM, 23 (7-VI-1846), 183, grabado; Julio Álvarez y Adé, "La cartuja de Aula Dei", SPEM, 4 (23-I-1848), 27, grabado; Anónimo, "Embarcadero del Canal Imperial de Aragón", SPEM, 45 (5-XI-1854) 253 (al parecer, sólo grabado); Manuel de Assas, "El nacimiento del Ebro", SPEM, 40 (5-X-1856), 313-314, grabado y J. [ulio] A. [lvarez], "Castillo de Sora, en Aragón", SPEM, 14 (5-IV-1857), 108, grabado.

170. —Merlin, en "Costumbres. Divisiones de Madrid" —SPEM, 43 (24-X-1847), 341— hacen la inevitable mención de alimentos provinciales cotizados en la Corte: "Te levantas por la mañana, tú, hombre pacífico y bondadoso, y con los ojos medio soñolientos, encasquetado el gorro, y muy envuelto en la bata; te arrellanas [sic] en el sillón, y mientras saboreas el rico chocolate de Soconusco, orlado de tiernos bollos de Zaragoza, pasas los ojos por tu periódico... "; en una referencia enciclopédica —cf. Anónimo, "Huesca", SPEM, 27 (2-VII-1848), 215-216— se da la inscripción que había en una de las torres de Huesca: "O Osca Osca nonaginta et novem turres habes / alienos amplecteris et proprios despicias". Grabados sobre Aragón en artículos dedicados a otros temas pueden verse alguna que otra vez: Danzantes aragoneses en los festejos por las bodas reales —cf. SPEM, 43(25-X-1846), 341— y, al parecer sin ningún apoyo textual, "El laçar"—cf. SPEM, 48 (26-XI-1854), 381—, aunque sólo es identificable el cachirulo, y "Contrabandista del Pirineo" —cf. SPEM, 48 (26-XI-1854), 380—, tipo que debe estar en función de otro de los asuntos reales o lugares comunes por los que suele aludirse a esa actividad y a esa zona en Anónimo, "El puente de España en los Pirineos", SPEM, 19 (5-I-1851), 1, grabado; Anónimo "Cascada de Ceriset (Francia)", SPEM, 2' (12-I-1851), 15, grabado; "San Huberto, en los Pirineos", SPEM, 36 (5-IX-1852) 281, grabado sin texto; Anónimo, "La sierra de Foz", SPEM 19 (8-V-1853), 150, grabado de ese paisaje navarro fronterero a Aragón en p. 148; "Una vista del Pirineo", SPEM, 19 (8-V-1853), 149, grabado sin texto.

- 171.-SPEN, 1, (2-I-1853), 3-4, grabado en p. 1.
- 172.-SPEN, 5 (30-I-1853), 36-37, grabado.
- 173.-Cf. "... los valles de Hecho y Anso cuyas costumbres y trages originales merecen artículo aparte ...", V [icento] de la F. [onte], "Usos y trajes nacionales. Los Aragonesses", SPEN, 36 (6-IX-1840), 281-285, grabado; la cita en p. 284 b.
- 174.-Al margen del testimonio que suponga para el folklorista, la descripción merece ser tenida en cuenta para comprobar que en ningún momento se abandona la actitud distante y despectiva: "El traje que usan los hombres se reduce á una almilla de bayeta encarnada; faja morada á la cintura, calzón corto de paño pardo y albagca de cuero, cubriendo la cabeza un ancho sombrero de rodela. El de las mugeres es rarísimo y desagradable á la vista; comienza por tener el talle excesivamente alto, ó casi más bien puede decirse que carecen de el; consiste el vestido en una ancha saya de tosco sayal verde de lana, hilado por ellas mismas, un diminuto corsé negro, que cuando mas es de paño, llevando los brazos cubiertos en todo tiempo tan solo con la manga de una grosera camisa y por cuello una alta y bien plegada gorguera; hasta el peinado en ellas es bien extraño por cierto; constitúyelo un cordón de estambre blanco, rodeado con el pelo y puesto circularmente en forma de corona; algunas suelen llevar un pañuelo en la cabeza, y por calzado unas alpargatas. Esto, por lo que respecta á las chegas de condición humilde; señoras hay en los referidos valles, que haciendo alarde en llevar el traje que les legaran sus ascendientes, visten, aunque con tan poco gusto, de riquísimas telas,

cuyos trajes no diferirá ó acaso serán tan costosos como los de las más elegante modas parisienses. (p.36 b).

- 175.-Desde el número 8 de 1847, Miguel Agustín Príncipe publica La casa de Pero-Hernández. Leyenda Española que ocupa las páginas 84-85, 91-92, 125-127, 143-144, 149-151, 167-168, 198-200, 205-208, 213-214, 223-224, 230-233, 247-248, 261-263, 269-271, 277-288, 293-296, y 417-419. (Tomo estas cifras Simón Díaz, 1946 b) y de cuya edición en volumen al año siguiente Ferreras (1979, 327, número 1.625) da esta papeleta: "La casa de Pero-Hernández. Leyenda histórica. Madrid 1848, XVI-440 págs., 8^a, Baltasar González. (Según algunos anotadores esta novela histórica quedó sin terminar.)" Con sus primeras páginas ubicadas en la ribera del Canal de Aragón, notable atención al ambiente estudiantil zaragozano, alguna alusión menor lo folklórico (así, el traje regional tal como se lleva en Gallur, cf.p. 231), Santos Alfaro publica Un ancel en prisiones. Novela original a partir del número 29 (19-VII) de 1857 y durante ocho en las páginas 230-231, 238-240 246-248, 254-256, 262-264, 270-272, 278-280, 286-288.
- 176.-J. [ulio] A. [lvarez] "El barbo de Utebo. (Cuento popular)", SPEM 33 (19-VIII-1855), 259-260. Lo reproduce Domínguez Lasierra en 1979, I, 83-86. El grabado que acompaña al texto del Semanario ("Aventuras de un loco coronado") nada tiene que ver con el cuento.

4.3.- La vuelta a la situación moderada y el Sexenio
Revolucionario (1857-1874).

4.3.1.- La Nube (1857). El Saldubense (1857-1862). El Aragón (1863). El Imparcial (1863-1864). El Correo de Aragón (1864-1868). El Imparcial Aragonés (1868-1870).

4.3.1.1.- La Nube (1857)

4.3.1.1.1.- Tono moral. Ausencia de costumbrismo. Megara y su "Revista de Zaragoza"

Lo conservado de La Nube --21 (s, 21-III-1857)--. 92 (s, 13-VI- 1857)-- no es relevante para el costumbrismo. El tono timorato de sus páginas acachadas por la censura sólo puede dejar con vida, además de los artículos sobre "intereses materiales", como la economía, el comercio o la agricultura (1) otros asfixiantemente moralizadores o simples reproducciones de lo apreciado probablemente en la prensa madrileña. Rastreando este material, en busca de artículos de costumbres, el lector puede encontrar la oda "A la muerte de Manuel José Quintana"(2), de Nicolás Monreal, "De la limosna" (3), cuyo lema "La limosna encerrada en el corazón del pobre se eleva á Dios como una plegaria" (p.la) proviene de lo escrito pensando en "mis queridas niñas" (p.la); "question de propios extraños" (4), ya aparecido en El Toria, de Teruel; "La vecina" (5) no describe el tipo que parece enunciar: esa anécdota, al parecer, am-

bientada en Madrid y nada costumbrista; "Telégrafos de los antiguos (6) transcribe, según afirma su ignoto autor,

un papel curioso del tiempo de Felipe V, en que se particularizan los signos que con los pañuelos solían hacerse los amonâos para manifestar sus pensamientos en presencia del mas severo padre del mas rígido hermano y de la mas impaciente y grave tía. (p.3c)

En fin, Megara, en su "Revista Semanal de Zaragoza. * "Antropófagos" (?) es el único que asema tímidamente su pluma aunque sólo sea para ofrecer una crónica inevitablemente teñida de prevenciones morales. Se trata de un panorama de la Zaragoza que, tras la Cuaresma se resarce de la penitencia:

Los habitantes de la S. H. han hecho alarde de su ferocidad hundiendo su cuchillo homicida en el pecho de inocentes víctimas, cuyas restos han devorado despues en opíparos banquetes, y para colmo de horror, los del ramo de vigilancia han permanecido impasibles ante el deguello general...
¡Antropofagos!...

(p.1a)

Sin haber logrado la gracia me pretendía, Megara, sintiéndose tal vez culpable como sus lectores costáneos, pasa a evocar las desagradables escenas que presenta la ciudad con tantos pobres "desnudos y hambrientos, escitando la caridad pública." (p.1b), aunque pronto lo asimila:

El tiempo, lo mismo que los pobres, ha hecho todo lo posible para quitarnos el buen humor...
(p.1b)

Y lo olvide cuando enfile el resto de la crónica: las "bellas" y los pollos en los paseos, las malas corridas de toros, los bailes para las "doncellas de servicio", los gas-

tos excesivos, las deficientes actuaciones en las zarzuelas y las indecencias en el cartel teatral;

Por decoro literario, y por el de Zaragoza, esperamos ver retirada de la escena esa incalificable comedia [El diablo predicador], que nunca debió haber aparecido en ella, por lo mal que suena en los oídos de toda persona bien educada.
(p. 29)

4.3.1.2.- El Saldubense (1857-1862)

En lo que bajo el nuevo rótulo de El Saldubense se publica de 1857 —número 1 (J, 10-IX) a 1862 —número 1.782 (D, 28-XII)—, yacen títulos más valiosos, incidan en el costumbrismo o lo rodeen y abonen. El talante liberal moderado del periódico, la atención que presta a lo "económico, industrial, literario y de avisos" —como reza su sub título (8)— y el espíritu emprendedor del nuevo director, Emilio de Miró, que cuenta con una plantilla de redactores mayoritariamente jóvenes, hacen de El Saldubense un lugar de encuentro excepcional de los síntomas del desarrollo industrial zaragozano y, en lo que cabe, de la región (9) y de la culminación del costumbrismo aragonés que se opera en torno a 1863 y a cuyo cénit en su continuación, El Aragón, contribuye poderosamente.

4.3.1.2.1.- 1857.

4.3.1.2.1.1.- El "prorregionalismo" del emprendedor Emilio de Miró y su equipo. "Regeneración" aragonesa

sista: editoriales, glorias históricas, intereses materiales.

Aunque no parezca que durante 1857 El Saldubense vaya a ofrecer una calidad y una cantidad excepcionalmente superiores a las de los textos costumbristas de La Nube, pues no ha variado mucho el contexto y su vida no llega a los cuatro meses, la diferencia de sus materiales es notoria en originalidad y vitalidad como para que se intuya el advenimiento de una floración del género.

Por lo deducible de algunos escritos, la redacción, gozosa de su quehacer periodístico, está compuesta por Emilio de Miró, Tiburcio La-Ripa, Agustín Sevil de His, Matías Pérez Moreno, Manuel Conrado Soriano, Agustín Paraíso, Joaquín Tomeo y Benedicto, Santos Sebastián y Gil, Calixto Bordanada, Liborio de los Huertos, Eugenio Rubí, B.R. Zaragoza y Vicente Andrés. (10)

Los trabajos de este equipo que ahora interesan aparecen como editoriales, gacetillas y en la Sección de "Variedades". Generalmente, en lo que luego se denominará "Editorial" van artículos "de fondo" sobre agricultura, higiene, educación, el deber (11) o temas similares. Algunos destacan por reflejar acontecimientos muy concretos pero de implicaciones histórico-culturales, como "Justicia y gratitud" (12), sobre la reciente muerte en Ceuta de Agustina de Aragón. Más sobresalen los que evocan con orgullo el pasado de la ciudad: "Salduba" (13), de Joaquín Tomeo y Benedicto que, amparado en un lema de José María Quadrado, se remonta a los "pacíficos indígenas, descendientes de Noé" (p. 3b); "Zaragoza" (14), también de Tomeo, donde la historia y el lirismo no ocultan una carga "prerregionalista" con títulos de glorias locales que cristalizan en la guerra

de la Independencia aunque los mote exhibidos impliquen la Cincocorazada:

La Imperial, la Muy Noble, la Muy leal, la Muy Heródica, la Siempre Heródica... (p.2b)

"Zaragoza y su provincia" (15), de Emilio de Miró, es prueba del desarrollo económico posible y deseable en esos momentos: copresentes pero dejados de lado los motivos de orgullo ciudadano tan aireados en el Semanario Pintoresco Español y tan susceptibles de manipulación después, la atención se centra ahora en las bases reales para la transformación:

Hace pocos años que Zaragoza sólo ofrecía el aspecto de un lugarón. El viajero que la visitaba recordando el aseo, la animación, la belleza, de otras capitales no podía acostumbrarse á la soledad de sus calles tortuosas y estrechas, bordeadas á uno y otro lado por sombríos caserones o gloriosas ruinas que, si bien formaban por decirlo así, como la ejecutoria de nobleza de la ciudad siempre heródica, eran también á un tiempo mismo los testimonios más elocuentes de su moderno atraso. (p.1a);

atraso que, según Miró, puede superarse incrementando la industria, apoyando el comercio más de lo que se hace, obviando la rutinaria convicción de que el porvenir de Zaragoza es exclusivamente agrícola, aproximándose a las cotas administrativas y de bienestar logradas por las provincias vascongadas, informando a los campesinos sobre las a veces ilusorias ventajas de asentarse en la capital con el consiguiente abandono de los campos, introduciendo en el cultivo de éstos los adelantos científicos y las ayudas de la maquinaria, trazando nuevas y buenas redes de comunicación, implantando nuevas industrias:

¿No da compasión y vergüenza que Francia y Cataluña se lleven nuestras lanas y sedas en bruto para después vendérselas elaboradas y cobrarse con creces en esta segunda venta las exiguas ganancias que nos proporciona la primera?. (p.3a),

modernizando la ciudad con la instalación del gas y el agua...

Las significativas intuiciones de Miró son claras: se trata de dejar atrás definitivamente las formas de subsistencia del antiguo Régimen cuando la necesidad y la posibilidad confluyen:

en materia de progreso no nos gusta quedarnos a la mitad del camino, y una vez que está dado el primer impulso justo es que nosotros ayudemos a la grande obra de la regeneración de Zaragoza y su provincia... (p.3a).

Lo dicho para la capital del antiguo reino y su provincia es extensible a otras zonas, tal como plantea Manuel Segura y Galindo en los artículos que dedica a "Albarracín" (16) donde se repite el mismo proceso: tras unas referencias inevitables a la historia y a las bellezas naturales, se deriva inmediatamente hacia la "regeneración" de la zona. Incluso otros temas que en años anteriores siempre adquirían resonancias moralizadoras y aún dieciochescas son tratados desde la perspectiva de la nueva mentalidad pragmática y acaban, como los tópicos de las glorias locales, reinterpretados y asimilados. Así ocurre en "Dos palabras acerca del Lujo" (17), donde Calisto Bordonada logra pasar del concepto hasta entonces vigente que consigna al comienzo del artículo:

Para algunos moralistas declamadores, en la palabra "Lujo", va envuelta la idea de "corrupción".

"El lujo, dice, es la ocasión de todos los crímenes que pesan sobre las sociedades".

(p.1a)

hasta su relativización al final del mismo que implica una visión nueva del mundo y la conquista de otra de sus parcelas:

El lujo que no se acomoda á la fortuna del individuo, podrá ser causa eficiente ú ocasional de muchos, no de todos los crímenes que pesan sobre las sociedades; bajo esta acepción admitimos la idea del lujo como precursora, no como equivalente de la idea de corrupción.

El lujo acomodado á la fortuna del individuo, en relación con sus deberes, implica para una gran parte, la más numerosa tal vez de nuestros conciudadanos, la idea de moralidad. (p.3b)

Además, el avance se ha conseguido con las armas de los nuevos tiempos, con argumentos específicos de esa mentalidad innovadora —no mediante disquisiciones escolásticas—: proponiendo como referencia la combinación de intereses económicos de las clases sociales que definen la sociedad moderna y, dentro de ésta, las de la parte más numerosa:

La gran masa de españoles, la constituye la clase que conocemos con el epíteto de "productiva".

De los individuos que componen este todo colectivo, unos son agricultores; otros braceros; otros menestrales. (p.1a)

Otros "editoriales" completarían la nueva forma de enfocar la realidad conectando los problemas locales, provinciales y regionales con los nacionales, como en "La Fronsa en provincias" (18), de Manuel Conrado Soriano, donde se plantea el sistema de transmisión de lo que se considera oficial, objetivo o superior por llevar el marchamo de la

Carta y donde se reclama el apoyo necesario en las provincias para que se reconozca el derecho de su prensa a ser tratada en igualdad de condiciones, es decir, el reconocimiento de una realidad no necesariamente identificable con la de la capital de la nación. Algo similar viene a suponer lo que el mismo autor desarrolla en "La crítica" (19) al proponer referencias emancipadas de prejuicios y asentadas en la razón como valor "objetivo" con el que dar la batalla a los residuos organicistas:

Es tan raro que el hombre desheche de sí ciertas preocupaciones, como que admita otras. La pasión la amistad, la simpatía, la impresión, son otros tantos enemigos de que nos vemos atacados cuando pasamos á emitir un dictámen de importancia ó insignificante: Querer negar el poderío que ejercen en nosotros tales afecciones, sería desconocer por completo el curso natural del mundo y de la humanidad. (p.2a)

... ..
Jamás existirá la crítica perfecta por que el hombre no es infalible: pero, en su defecto, se conocerá la crítica razonada, que honrará en egtreño á cuantos cuenten con dotes para ponerla en práctica.
(p.3a).

4.3.1.2.1.2.- Gacetillas no costumbristas.

Sin que tampoco tengan nada de costumbristas, estrictamente hablando, aunque configuren un rico contexto del género, las "gacetillas" pueden considerarse el lugar y el límite máximo tolerado de la crítica aplicada a temas concretos. Las hay que buscan la chispa exprimiendo anecdotillas como "Un alcalde coreográfico" (20), de Joaquín Tomao y Benedicto o "Va de cuento" (21), de Calisto Bordonada,

ambas rimadas, como muchas de las demás. A veces son críp-ticas en sus alusiones; así lo parecen al lector actual "Ycónicas indirectas" (22) y "¡No saben lo que se pescan! ..." (23), ambas de Agustín Paraiso. Las más, recalcan en los asuntos de policía urbana y casi siempre a vueltas del mal empedrado, los barrizales, el alumbrado y las incomodi-dades que ocasion la presencia de animales en las calles. Valgan como muestras "Nin parecen nin pares_cerán" (24), de Agustín Paraiso, y "Ya sabemos del otro" (25), de Matías Pérez y Moreno. Los mismos temas más otros como los teatra-les y los del oficio del gacetillero salen a relucir en "Calamidades" (26), de Calisto Bordonada. Algunas parecen incidir en el costumbrismo por el atractivo pero engañoso título, como "Costumbre no aragonesa" (27), con simples da-tos de usos escoceses aportados por Emilio de Miró; otros, sin proponerselo, se acercan más al género aunque les fal-te el tratamiento literario específico, como * "Entierros, jotas y polkas" (28), de Tiburcio la Ripa, sobre

la ridícula práctica introducida de largo tiem-po [en Zaragoza] , y no usada que sepamos en ningún otro pueblo civilizado, de acompañar con música los cadáveres al cementerio público, ex-citando con tal motivo la risa y el escarnio de las gentes, que ora se encuentran sorprendidas en los puntos mas concurridos de la población, con los alegres compases de la festiva jota, ó alguna de nuestras canciones populares, ora, y esto es mas impropio todavía con las armonicas notas de la voluptuosa polka. (pp. 2b -3b)

Y, en fin, puede leerse en algunas otras el suceso suscep-tible de ser materia prima para el chascarrillo que acri-sola el tópico aragonés desde la prensa de Zaragoza, como ocurre en "Generosidad aragonesa" (29), de Emilio de Miró, cuya brevedad permite transcribirla íntegra:

Pasábamos ayer por el Mercado á tiempo que un prógimo ajustaba una hermosa sandía; pero la fatalidad hizo que á otro se le antojara también. La lucha era dudosa, pues ambos la querían —y al verla ambos tenían— hambre de tal cosa. —Enta blose subasta,— y tanto se picaron —que un valor le fijaron— impropio de su casta. —Por fin quedó vencido— el menos codicioso, —mas fué tan generoso— con el triunfo adquirido —que de un golpe partido— el lauro de la lucha, —entre gente avechucha— fué dado y repartido.—Esto es lo que se llama— ser cabezudo: —ve, lector, el fac-simile— de un testarudo.—

Y no le estrañe, —porque á escenas como esta— no hay quien nos gane.

(pp. 7b-8a)

4.3.1.2.1.3.- Costumbrismo: contra los residuos escolásticos (el filósofo); las mujeres; crítica municipal en las "cartas" de Homo-bono a Bonifacio; "Sinapismos", un metaartículo de Bordonada; escenas en el teatro; la Nochebuena; autofagia y crítica teatral.

Lo más costumbrista aparece normalmente bajo el rótulo de "Variedades". Vayan en esta sección o no, habría que recordar por diversas razones no más de media docena de trabajos.

"Los filósofos" (30), de Emilio de Miró, tiene del artículo de costumbres ciertos elementos técnicos y aun la actitud irónica necesaria por parte del narrador pero no es una descripción directa de los tipos que anuncia sino indirecta ya que, de resultas de una supuesta busca de la definición de la filosofía, los pinta como inútiles. Localizados en París, la anécdota queda prefigurada en la breve introducción:

Vagaba yo por el palacio de justicia de París. El capricho me hizo entrar en una de las salas de policía correccional donde escuché un diálogo singular entre el presidente y un hombre acusado del delito de mendicidad. (p. 5b)

La transcripción del diálogo bosqueja la condición del filósofo que es lo que resulta ser el mendigo. Ello mueve al narrador a preguntar en qué consiste ser filósofo y a buscar la respuesta en cinco posibles informantes cuyas palabras van siendo juzgadas por el autor. De un "antiguo comerciante de paños" escucha:

=Ser filósofo [...] es llevar calcetas de lana en invierno y de hilo en verano, comer cuando se tiene hambre, beber cuando se tiene sed y ver pasar tranquilamente desde el balcón los ruidos, las cuestiones y los disgustos de este valle de lágrimas. (p. 5b),

lo que provoca el comentario:

Bueno, pensé, una ostra me hubiese dado igual respuesta. Esta filosofía me huele á egoísmo. (p. 5b),

Un "moralista, sabio, hombre austero y profundo" le dice:

=Es [...] ser dulce, paciente, modesto indiferente á las injurias y a las vanidades del mundo. (pp. 5b-6a)

y él replica:

=Muy bien [...], pero un asno es dulce, paciente, modesto, indiferente a las injurias y mucho más á las vanidades del mundo. Luego un asno es filósofo. (p. 6a)

Ante la amenaza física del que, contradiciendo sus propias palabras, se siente insultado, el narrador entra en la Sorbona y escucha una lección de filosofía a un "señor de fisonomía grave y seca":

"Señores, decía el ilustre sabio, guardémonos de confundir la esencia con la sustancia; en estos fenómenos del entendimiento que resisten al análisis, el contingente se convierte á veces en lo necesario y lo absoluto se transforma en una entidad en que se formula la idea de lo infinito. La objetividad y la subjetividad se resuelven en ecuaciones que nos dan el sentido del yo y del no-yo. Quizá os parezca, señores, muy atrevida esta doctrina, pero en cambio tiene el mérito de ser muy clara ... (p. 6a)

El narrador, que había creído percibir "el espíritu de la edad media" en aquellas aulas y se había sentido transportado "al París del siglo diez y siete", juzga la experiencia en estos términos:

Creí al principio que había entrado en una cátedra de chino. (p.6a)

Las respuestas particulares siguen siendo utilizadas para ridiculizar a todo el que se conceptúa como filósofo o cree saber en qué consiste la filosofía. El autor entabla ahora un diálogo con "un viejo alemán, encanecido entre el polvo de las bibliotecas":

-Caballero, le dije, á V. que es el del país de los filósofos le suplico me diga qué es la filosofía?

-Es la ciencia por excelencia, me respondió.

-Bien; pero qué enseña?

-Todo.

-Todo es muchas cosas.

-Si amigo mio, todo.

-Entonces el arte de criar conejos y de hacerse con doce mil reales de renta, será filosofía?

Con qué soy filósofo? (p. 6a)

El teutón le trata de ignorante pero concede en continuar hablando con el narrador, quien parece querer llegar al fondo de la cuestión:

- [E.] Enseñeme V. lo que es la filosofía?
 - Es la ciencia que se ocupa de los investigadores de las causas primeras.
 -Ah!!! Y hace mucho tiempo que existe esa ciencia?
 -Más de tres mil años.
 -Y se han descubierto muchas causas primeras?
 -Ninguna
 -Entonces no comprendo su utilidad.
 (p. 6b)

Por fin, el narrador da con un "joven de franco y risueño semblante" que reduce la filosofía a una palabra que todos usan con sentido distinto, duda de su condición de ciencia, la considera muerta a manos de la "historia, la fisiología, y la sociología" y ve en los filósofos simples "acrobatas que juegan en el vacío de las palabras". Al insistir el narrador en las actividades y enseñanzas de "esos profesores de filosofía y que hacen libros y tienen tribunas", el joven traza el perfil del tipo que parece estar más en consonancia con el pensamiento y las intenciones del autor, en busca de la objetividad de la definición, deja ver que la ha preparado "filosóficamente" destruyendo los argumentos de los demás que suenan a estipulación y no demuestran que la filosofía es o puede ser algo práctico en el moderno mundo donde cada vez cabe menos lo que no lo es. La descripción viene a compensar el tono a veces general de la temática pues el joven, tras admitir que los filósofos más razonables

enseñan la historia en sus causas, sus efectos y relaciones humanas" (p. 6b)

y que los metafísicos son vacuos e inútiles y hacer perder el tiempo a los que les escuchan o leen, completa la pintura de los charlatanes con rasgos más concretos:

Pero llevan corbata blanca, traje negro, rostros amarillentos, y encuentren medio de hacerse aplaudir por la parte del público que no los entiende; y por la otra que quiere aparentar que los entiende. Pero tranquilízaos dentro de cien años serán considerados los filósofos como lo son hoy día los tiradores de cartas conducidas á una casa de Orates. (p. 6b)

La particular descripción, cuyos trazos exactos acaban descubriéndose a través de un joven y la censura del inútil metafísico — y probablemente, del rancio tomismo — tan habilmente dosificada por el asmodeísmo, el perspectivismo protector y la ridiculización, encuentran en el final dispuesto por el narrador un remate de la eficaz ironía que evita el ataque directo y da por ganada la opinión del lector:

-Habría algún inconveniente, pregunté en conducirlos [al manicomio] desde ahora?

-Por mi parte ninguno. Y no bien dijo estas palabras desapareció mi interlocutor dejándome solo y con el firme propósito de no ser filósofo.

(p. 6b)

"Las mujeres (31), de J.M.C. — quizá José María Caro, aunque se responsabiliza de él Emilio de Miró — pretende, como dice su autor, "describir á grandes rasgos su caracter moral" (p. 2b) y lo hace a la luz de una cierta catalogación que recuerda a la de las fisiologías y sin perder de vista los principios religiosos. Esta doble referencia quizás es lo que la descripción se desdibuje en medio de peroratas moralizadoras. A una introducción que presenta a la mujer como más digna de estudio que muchos de los "objetos materia

las que nos rodean y proporcionan nuestras comodidades" (p. 1a) y que repasa el concepto que de ella tuvieron algunas culturas antiguas, sigue la propuesta de hablar del tipo de mujer

que siente en su corazón los latidos que subliman [la mente], y cuya ternura la conduce á amar, reflejo elocuente de la divinidad que imita. (p. 1b),

aunque no lo hace sistemáticamente sino apuntando rasgos sueltos de su amor, generosidad y nobleza y mostrando el contraste que supone con dos tipos o actitudes que las flanquean: la coqueta,

Lejos de ella la aceptada coquetería, su esperada compostura y natural pudor y timidez la presentan a nuestra vista objeto de simpatía y cariño. La verdadera coqueta es un dígito que de nada sirve á la sociedad. En un autómatas, cuyos movimientos dirige un estudiado resorte y cuyos movimientos por lo tanto son forzados. (p. 2a),

y la "infática",

insensible á todo goce y muy especialmente al amor, no ofrece á nuestra vista rasgos que copiar ni efectos de traducir, inconstante siempre en todos sus pensamientos, los abandona con marcada frialdad por otros que la seducen de nuevo, olvidándose con la misma facilidad del insulto que de la alabanza. Esta mujer que vive más tranquila porque está poseída del indiferentismo más puro, no nos presenta las maravillas de aquella, que por su exquisita sensibilidad, recorre las vicisitudes de la vida. Guiada solamente de sus propias exaltaciones. (p. 1b)

La devoción que le inspira al autor la mujer que propone como ideal es mayor que la capacidad para describirla atenta y puntualmente. El lector debe suplir —como ocurre la mayoría de las veces en el costumbrismo— lo no pintado o,

lo que es lo mismo, el autor selecciona unos rasgos, elimina otros y propone los que el lector que sintoniza con él ya está dispuesto a admitir. Queda así el artículo como un caso particular de los de descripción de un tipo general que se aproxima a la de los concretos: tres son los tipos someramente dibujados y aun se apunta la necesidad y posibilidad de acometer el de la mujer amorosa y razonable cuando se muestra irascible, frenética y supersticiosa o cuando "se precipita en el mundo que forja en su imaginación" (p. 2b), dos vías por las que la mujer puede escapar al control impuesto por las pautas de moral y comportamiento que ésta, como otros autores, contribuye a diseñar en su escrito.

José María Caro también firma —si es que son una misma persona— "El hombre" (32), que ya no tiene que ver nada con el costumbrismo pero puede funcionar como complemento de "Las mujeres". Aunque parece hablar en términos genéricos, el autor hace pensar en el varón concebido como centro de la creación y dotado de una inteligencia con la que debe sojuzgar a la naturaleza: una vez más, se trata de conciliar, formalmente al menos, religiosidad y desarrollo en medio de un inconmensurable optimismo que quiere explicarse a la luz de una lógica impecable.

La * "Primera carta de Homo-bono a Bonifacio" (33), de Emilio de Miró, tiene de aliciente su carácter de artículo epistolar y el probable artificio de la carta llegada a un destinatario erróneo,

Por el correo interior hemos recibido la siguiente epístola que publicamos con el objeto de devolvérsela á su legítimo dueño, pues sólo por efecto de alguna equivocación es como ha po-

dido llegar a nuestras manos. (p.7b),

más que las alusiones a las "costumbres" zaragozanas en torno a los festejos con motivo a la visita a Zaragoza de los duques de Montpensier, a las procesiones y, en especial, las de las fiestas del Pilar de las que se muestra, por ejemplo, la mezcla indeseada de elementos:

Figúrate, amigo Bonifacio, que desde el 1845, ú otro mas cierto, esta comitiva religiosa va acompañada y aun precedida por una mojiganga profana, ó sea por los gigantes y cabezudos, y desde luego comprenderás que sobre haberse esemejado por tal medio á las procesiones de aldea donde con tal empeño se da lugar á los moros, á los cristianos y á su gaita se la ha desposeído de la gravedad, silencio y compostura que tan de lleno cuadran á las funciones de tal género. (p.7b)

La carta se justifica formalmente como petición de ayuda al amigo para que le ayude a explicarse algunas disposiciones de Ayuntamiento para los que asistan a los procesos lleven luces.

La * "Segunda carta de Homo-bono a Bonifacio" (34), de la que se responsabiliza Emilio de Miró, alude nuevamente al temor de la luz pero, el margen de ello, destacan las nuevas preguntas —denuncia sobre los cantos en las procesiones y la costumbre anual de rifar una imagen de la Virgen del Pilar y, sobretodo, los rasgos técnicos que siguen situando a ambas cartas en el límite de lo real y lo ficticio. En ésta se menciona una contestación de Bonifacio que el lector no conoce y un cierto asombro por parte de Homo-bono al contemplar la primera impresa. Todo ello contribuye a la verosimilitud y al mismo tiempo, al artificio costumbrista de la correspondencia de la que es testigo el

lector. Pero más, la indicación sobre la intervención del censor —en realidad, de la Educación, según se explica en la nota— las erratas cometidas por el cajista y, en especial y para compensar la credibilidad que dan estos rasgos, la presentación explícitamente pública de ésta segunda carta:

Mas ya que tales percances a sufrido mi primera carta, y a que un extravío, cuyo origen ignora la hizo patrimonio del público, allí vá también en letras de molde, para que la leas con mayor descanso, esta segunda que al decir de cierto amigo mío, no es ni más ni menos que una continuación de la anterior. (p.7b)

La serie aún continua en 1858 con la *"Tercer carta de Homo-bono a Bonifacio" (35), también firmada por Emilio de Miró, donde se supone que Bonifacio ha escrito otra vez a Homo-bono —verosimilitud de la correspondencia— para que termine de comentarla los festejos. La crítica ahora se centra en los agasapos que la ciudad ofreció a los duques de Montpensier y para enmascararla algo —siguen las alusiones a la censura—, Homo-bono dice a Bonifacio que le recuerda a un amigo común de "genio caprichoso y exigente" —nuevo refuerzo de la ficción— y por ello accede a complacerle. Homo-bono —que quiere esconder su aguijón y el de su desdoblamiento mediante nombres simbólicos pero que lo exhibe al hacer caer en cuenta de los subrayados alusivos— viene a poner en solfa la actuación del Ayuntamiento y la Diputación pues los festejos han tenido una nefasta organización, mucha pretensión y mala suerte ya que, además han sido deslucidos por la lluvia. Un aspecto, quizá el más digno dentro del desaguizado general y el más descriptivo de la ciudad física, puede servir de muestra: los organizadores de

la visita parecen haber coincido con la opinión de alguien conocido por Homo-bomo:

Un amigo mío, nacido fuera de Zaragoza, pero entusiasta de sus glorias y nombradía, dice, que para no rebajarlas ante los ojos de los extranjeros que la visitan conviene darles entrada por el puente de piedra, y puerta del Ángel, conducirles via recta por la calle de Cuchillería al Coso, alojarles allí, hacerles ver los Stos. Templos Metropolitanos; las Casas de beneficencia, Torrero con los paseos que le circundan, el Canal, conservado (y estrechado antes que concluido) y luego despedirles a toda prisa, no sea que ilusionados con la perspectiva de aquellos grandiosos edificios y establecimientos, resuélvan andar en busca de otros equivalentes por el centro de la antigua ciudad de César, y hayan la funesta realidad del vacío. (pp. 7b-8a)

"Sinapismos" (36), de Calisto Bordonada, es un excelente ejemplo de "autofagia" o metaartículo costumbrista ya desde el inicio, donde se centra la atención en el narrador, en su labor y en la dificultad que ésta encierra:

Héme impuesto la tarea de dar original para dos ó tres columnas de El Saldubense, y no encuentro asunto de que echar mano para poner en contribución mi pluma y mi tintero. (p. 7b)

El resto de la composición, se vertebra sobre una cadena de asociaciones que a trechos se alejan y a trechos se acercan al motivo anecdótico de la persona:

Todo el calor vital afluye á la cabeza: esta circunstancia me produce nieblas intelectuales, y las nieblas me incapacitan para discurrir. (p. 7b)

y al objeto:

No se qué hacer; pero sé que tengo que hacer alguna cosa.

Haría propósito decidido de no hacer nada inter_in se resuelve mi crisis intelectual; pero hacer un propósito sería hacer algo, y en el caso de hacer quiero hacer un articulillo tuerto ó derecho que sirve para acreditar mi deseo de dar original á El Saldubense.

(p. 7b)

Ambos van combinándose e implicando otros motivos, a veces alusivos, que sacan a relucir los remedios caseros y la medicina oficial, los médicos y la patrona, el carácter del narrador y el mundo interno de la redacción de El Saldubense. Aunque la transición de unos temas a otros es suave, pueden advertirse hitos en las iteraciones que permitirían trocear el artículo en unos seis apartados.

Tras los rasgos de la introducción vistos, el narrador se plantea acercarse a casa del médico en busca de alivio para su congestión y embotamiento. La lejanía le hace optar por el rapé para estornudar, del que comenta que es de mala calidad como todo el que se vende en los estancos. La divagación parece cortada cuando el narrador se dispone a trabajar. Es el momento del tránsito a una segunda fase también marcada por la digresión en lo que se refiere al autor y por la opacidad y la autoalusión en lo que afecta a su trabajo:

Manos á la obra.

.....
(Los puntos suspensivos en las composiciones literarias, equivalen á lo que los compases de espera en las composiciones musicales).

Esta línea de suspensivos indica el tiempo que ha tardado en tomar una presa de rapé de mi caja clásica de raíz de olivo.

Lo he introducido por absorción en las cavidades nasales, pero ¡nada! la membrana pituitaria no se

dá por aludida, y no consigo estornudar. (p. 7b)

Obsesionado por el estornudo que lo despeje, el narrador piensa en el sol, pero está nublado. Igualmente envidia a los que escriben con "pluma de ave" "porque con los capilamientos de su ástil pueden cosquillearse las narices y estornudar cuando les plazca." (p. 7b) pero él tiene la desgracia de usar "pluma metálica". La última posibilidad es que le entrara en la nariz un "cánife", pero el mosquito no aparece, lo que comenta con una nueva asociación de ideas:

—Esto que es bueno no lo veremos;— como decían los mozos de mi lugar cuando se hablaba de la supresión de quintas. (p. 7b)

Vuelve la idea de llamar al médico. El recuerdo de su patrona que le puede preparar un "esparadrapo sinapizado" le hace centrar la atención en el sinapismo de mostaza:

Tengo un tarríto de moutarde, (salsa inglesa naturalizada en España), y puede servirse para el caso. (p. 7b)

Así comienza la tercera fase. Todas las divagaciones giran en torno al sinapismo desde ahora. El remedio real se asocia con el figurado y se constituye en tema improvisado. Pros y contras del sinapismo esaltan la mente obstruida del narrador aunque lo suficientemente lúcida para oponerse a una aplicación de la mostaza. El estado febril parece disiparse o quizás obsesionar al narrador; el hecho es que se inicia un tercer momento del artículo.

Antes que á un sinapismo propiamente dicho, recurriría á uno de esos sinapismos humaniformes de que está plagada la sociedad. (p. 8a)

El narrador comienza a salir de sí mismo mediante una pro-

puesta genérica que irá desarrollando y demostrando hasta el final del trabajo:

Porque han de saber Vds. que el mundo es una Compañía en comandita de sinapismos mútuos, que lle-
na su cometido tan satisfactoriamente como las de Seguros, aunque no está, como aquellas, autoriza-
das por reales órdenes.

(p. 8a)

Los ejemplos son mínimas pinturas conceptuales, unas, refe-
ridas a tipos:

El abogado es el sinapismo del litigante.
El marido es un sinapismo de la mujer que
propende á la infidelidad conyugal.

La patrona es el sinapismo de los huéspedes
viciosos. (p. 8a)

otras, a los redactores de El Saldubense, es decir, una ima-
gen reflejada más:

Santos Sebastian y yo, somos el sinapismo de al-
gunos histriones de garnacha, y de algunos artis-
tas desaplicados.

Toméo y Matia Perez son el sinapismo de los pro-
pietarios cuyas obras, por lo enteras, han sido
comparadas a la divinidad. (p. 8a)

Todo esto, que pueda conceptuarse como atisbo de galería
de tipos o parte del "catálogo de los epispásticos", como
diría el autor, es abandonado para efectuar una nueva alu-
sión personal. El autor exhibe irónicamente su contribu-
ción a la ciencia; de ahí deriva a la declaración de sus
propios rasgos:

El distintivo de mi caracter es la franqueza, soy
mas franco, que aquellos gloriosos hijos de San
Luis que en el año 23 atravesaron el Pirinéo pa-
ra intervenir en la policía nacional. (p. 8a)

Tras la mención de los "sinapismos sociales" que el autor

prefiere a los "oficinales", éstos y el remedio real marcan el paso a la fase quinta caracterizada por la comperación entre las ventajas de la mostaza y los perdigones:

Estoy refido con la mostaza desde que fui cazador y erraba cuentas codornices enfilaba con el cañon de mi escopeta.

Yo cargo siempre mi escopeta con mostaza.
(p. 8a)

Una vez más, se hace evidente la opacidad del artículo al declarar explícitamente el procedimiento discursivo:

De digresion en digresion he venido á colocar mi cabeza junto al cañon de una escopeta (p. 8a)

El narrador, que piensa que ese sinapismo sí que le despejaría, se lo receta a los médicos y sobre ellos divaga hasta enfilear la parte final del trabajo. Ésta se inicia con otra alusión a lo que, simultáneamente hace y no hace:

llevo enhorronadas una porcion de cuartillas, y todavía no he pensado en el tema sobre que ha de versar el artículo que me he propuesto escribir para El Salubense. (p. 8b)

El estornudo que aún no ha llegado y, por lo tanto, no ha disipado la nebulosa mental ni los espejos literarios, es sustituido por el sinapismo más oportuno para ese momento: llega el cajista de la imprenta a buscar el original. Los sinapismos se encadenan pues el del cajista es D. Emilio de Miró y el de éste, el original pendiente. El remedio parece ser efectivo pues consigue que se atajen las digresiones y, con ellas, el artículo en el momento en que el narrador lo sanciona como algo opaco que se centra sobre sí mismo y no da paso a un resultado convencional. Así, el tiempo de la redacción coincide con el narrado —lo que el lector es algo más complice, pues se le desvela que ha si-

do testigo excepcional-- y el tema del artículo se convierte evidentemente en "el tema del artículo". Sin tener que desplazar ironías, críticas y otras pinturas varias, pues están presentes, lleva el máximo posible en extensión e implicaciones los motivos costumbristas del narrador ubicado en su habitación, el de estar dispuesto a escribir un artículo y el de la alusión a la dificultad que ello encierra. Es, pues, un significativo caso que muestra en un supuesto particular cómo procede el costumbrismo para convertir lo que parece adjetivo y provisional en sustancial y definitivo, es decir, lo que presenta como subjetivo, en objetivo:

Va despejándose la cabeza, y casi me encuentro en aptitud de discurrir.
 No quiero desaprovechar este momento de lucidez. Me voy á ocupar en escribir el artículo ofrecido. Pero para que no aparezcan en blanco las columnas en que debía estamparse, daré al cajista estas cuartillas á fin de que el lector no quede sin su correspondiente sinapismo.
 Rásquese, que no dejará de picarle, quien haya tenido paciencia de venir paso á paso hasta mi firma.
 Queda probado que el mundo es una Sociedad de sinapismos mútuos. (p.8b)

"El paraíso" (37), de Manuel Conrado Soriano, puede enmarcarse dentro de los artículos dedicados al teatro, sólo que no encierra crítica alguna de obra dramática ni de persona concreta, aunque esto último parece adivinarse entre líneas. Pide ser consignado brevemente por ciertos rasgos técnicos y por la pintura que ofrece del público que se acomoda en la galería. El inicio es una declaración del autor en la que, debido a los comentarios de los amigos, se mues

tra dispuesto a transigir escribiendo sobre el teatro aunque se había jurado no hacerlo. Si todo el artículo es una crítica encubierta de quién debería subsanar los defectos del local y de la empresa, el motivo que le impide a Soria no declararlo abiertamente se transforma en técnica literaria y distanciadora. De ahí los varios incisivos que él denomina "aclaraciones"; de ahí que por retardar o para justificarse se presente como profesional del periodismo desde el principio y de ahí que mezcla elementos autófalos con el motivo de la dificultad de su labor cuando se decide escribir:

Ahora bien; ¿y de qué escribir? Hablar de modas me carga, de política me confunde; de novedades me incomoda; de amores..... ocasiona tamaña revolución en mi economía, que la convierte en jigote. No se me creará si confieso que me encuentro en un compromiso como el de no hallar idea apropiada para ocuparme de ella; este es un percance mayor que todos los que conozco: temo, dudo, vacilo: he aquí mi estado actual; ¿cómo remediarlo? me pregunto... (p. 6b)

Tras varias alusiones al paraíso y al Paraíso se centra en el teatral y sobre todo en lo que allí puede contemplarse, un uso social ya denunciado años atrás:

Muellemente acomodado en tu última grada, escucho los cantos de los alumbradores que dominan de techo arriba; el crujir de las castañas asadas que engullen mis vecinos, á mandíbula batiente: los suspiros de los caballeros de cuello azul, demasiado impresionables; la detonación de las orfudes de Cascante (vulgo cerillas) el perfume del fósforo y la yisca; el aroma que rechazan las tablas y se esparce en la atmósfera, y el ronquido de algún portero que descansa, merced á la tranquilidad que vierte en su conciencia el plausible cumplimiento de su deber. (p. 7a)

"Costumbres de Noche-Buena" (38), de Liborio de los Huertos, no es plenamente costumbrista a pesar del significativo título. Predomina en él la visión histórica de los usos de esa celebración —el autor desde su perspectiva desarrollista, incluso se remonta al ritual medieval— y deja poco espacio y detalle para la costáneo. De esto, además de la Misa del gallo, comenta algunos usos sociales profanos mas que describirlos con las actitudes de un escritor del género:

cámbianse presentes en muestra de recíproco cariño; consérvase la costumbre de reunirse amigos y parientes á hacer la colocion; suelen en muchos puntos juntarse los muchachos en grupos bulliciosos para molestar al prógimo con el ruido infernal que levantan haciendo sonar diversos instrumentos, y se ha introducido —por ultimo— la insufrible moda de pedir el aguinaldo, por la cual se vé uno asediado de un sin número de postulantes donde quierá que dirija sus pasos. (p. 2b)

En "La noche del domingo" (39), Manuel Conrado Soriano vuelve a la temática teatral ampliando los rasgos de autofagia de "El paraíso" hasta lograr un distanciamiento de lo criticado que hace pensar en el opacidad alcanzada por Calisto Bordonada en "Sinapismos". En este contexto, lo menos sobresaliente es la reseña de una función al canto, baile y diversas atracciones que acaba por dar en el último tercio del escrito. Más significativa es la displidencia con que la realiza, pura prolongación de la actitud en los interminables retardamientos y rodeos previos que son la sustancia del artículo: alusión a la hora, el momento y el

lugar:

Son las diez, según anuncia el sereno, el cielo se muestra tachonado de estrellas y aunque la luna niega su claridad, no por eso deja de estar alumbradas las calles de Zaragoza por faros y reverberos...

(p. 6a);

ubicación del narrador en su casa y motivo de la labor pendiente:

Acabo de llegar á mi vivienda y recuerdo un compromiso que tengo contraído; he prometido un escrito... (p. 6b);

la profesión:

La columna vertebral de un periodista necesita ser tan consistente como su conciencia, y tan activa, como su pluma y manos. (p. 6b);

sus condiciones concretas y las divagaciones:

Escrito por lo regular, contemplando mi último fin, y como por ensalmo esta noche mis ojos se fijan á algunas líneas del pavimento que me sostiene.

Mi visión mi calzado, el objeto que la hiere, la tapa de barro que cubre aquel. La consecuencia es legítima: debe haber llovido y estar intransitable alguna calle. (p. 6b)

la digresión accidental y la reconducción:

Guería continuar en mi narración actual mas un borrón de tinta que acaba de desprenderse de mi pluma, me participa indirectamente que me alejo por demás de lo que me he propuesto decir hoy á mis suslectores... (pp. 6b - 7a)

Por fin, comienzan a aparecer pistas del tema que hasta ahora ha sido sustituido por los meandros:

Mi memoria me traslada á las siete de la noche. (p. 7a)

Pero antes de iniciar la revista teatral propiamente dicha aún será necesario que el lector se aferre al artículo para tratar de desentrañar de qué está hablando el autor cuando se sirve de circunloquios para comentar que ha leído los anuncios de la función, que se ha desplazado hasta el teatro por calles casi impracticables, que dá por fin, con el edificio, que adquiere su localidad, que es relativamente admirable la decoración de la sala...

4.3.1.2.1.4.- La redacción de "El Saldubense" pintada por sí misma: el periodista; el aspirante a gacetillero; el gacetillero tenorio; policía urbana y censura; más policía urbana; el redactor estafalario; caricatura de los redactores y amenaza de la censura.

Con todo, por encima de lo visto y lo por ver —así otros materiales, como los relatos (40)— lo que más destaca de las páginas de El Saldubense en 1857, aunque no se acomode a los moldes costumbristas más habituales, es el ejemplar del día de los Santos Inocentes. Sus diez páginas —excepto media, en la que se liquidan los avisos y notas oficiales— están dedicados a siete trabajos joco-críticos en verso de otros tantos redactores y conformando capítulos o "cuadros" de lo que puede considerarse un derivado especial de Los españoles pintados por sí mismos. Como ésta, y salvando las distancias evidentes, es una obra costumbrista de varios artículos escritos en colaboración presididos por una intención común y una misma dirección e incluso ilustrados cada uno de ellos con un grabado. Hasta el título —que responde a la realidad— busca tal filiación —a no ser que se pretenda un remedo debido a las connotaciones de la fecha—: La redacción del Saldubense pintada por sí misma. Obra en siete cuadros, en variedad de metros, a gusto del fundidor. (41). El interesante trabajo colectivo, además de sus méritos propios —que los tiene y por diversas razones— cuenta con las que implica como prefiguración de una de las joyas del costumbrismo aragonés,

en parte atribuible a los mismos autores, Sombras chinescas, que se publicará en 1863 en El Aragon, continuador de El Salubense (42).

El que ahora requiere nuestra atención va precedido - de un lema en verso que es dedicatoria y aviso:

A nuestros suscriptores.

 En este día marcado
 damos por inocentada
 un trabajo improvisado,
 que si no es de vuestro agrado
 será... porque os desagrada. (p. la)

De "trabajo improvisado" poco tienen los siete "cuadros" a la vista de los mencionados rasgos generales que evidencian una programación y al comprobar que el primero de ellos, rotulable * "El director de un periódico o la barbería" (43), funciona como introducción a los que le siguen. Su autor, Emilio de Miró, ya apunta la temática general que quiere escapar a los límites de la crítica municipal o de policía urbana y la tendencia al protagonismo que los redactores se dan a sí mismos. Es este un aspecto que responde a lo que anuncia el título, al tiempo que aglutina motivos costumbristas particulares como la dificultad del oficio, formas canónicas del género como el tipo y la escena y rasgos coyunturales que individualizan la obra colectiva, así, el que los periodistas aparezcan como grupo trabado y con talante humorístico debido tanto a ser mayoritariamente jóvenes como a escribir para el día de las inocentadas.

Emilio de Miró, tras dirigirse a los lectores en tanto que hijos de "Inocencia", se presenta a sí mismo como joven que fue ingenuo y cuya blanca túnica sólo le servía para hacer sietes y llenarse de mocos hasta que decidió in

tentar la actividad teatral de acuerdo con los moláes román-
ticos:

Hoy corro por ahí solícito — buscando un sastre
romántico — que fie á mis miembros sólidos — un
abrigo mas dramático —... (p. 1b) (44)

Hijo de "Inocencia" todavía y, por lo taato, sin dinero, —
opta por ejercer la crítica mediante la simbólica barbería
que es el periódico:

como en este mundo pícaro — solo es bueno don —
Metálico, — abro mi tienda quirúrgica — do con
aire diplomático — blandiendo el hierro suavísi-
mo — repar ofrezco á los zánganos. (p. 1b)

El autor, que así queda configurado como el tipo del perio-
dista, da otras razones de su actividad explotando el símil
hasta pergeñar un cuadro genérico y breve de la sociedad
en sus aspectos desajustados:

Elejí este oficio, — que es de calidad, — por-
que en este mundo — cual menos, cual mas — to-
dos se desuellan, — todo es ageitar. — Afeita
á la hija — la loca mamá — que, viendo que pa-
sa — de los quince y mas — aun con andadores
— le hace pasear, — porque la jamona — rancia
por demas, — tiene aun pretensiones — de coque-
tear. — Afeita al esposo — su cara mitad [...] —
— Afeitan los pollos, — los gallos, ya! ya! —
[...] — Y chicos y grandes [...] — todos se
desuellan, — todo es afeitar. (p. 2a)

Reservada para el final, la presentación del conjunto de —
los redactores da una imagen de estos tan emprendedora y —
juvenil como inexperta e "inocente":

Por eso mis amigos — de escribenía — han
abierto esta tienda — de barbería, — donde es
sabido — que el inocente encuentra — muy buen
servicio. — Como el oficio es nuevo, — hay. —

quien se queja — de que en vez de afeitarlo — se le desuella [...] — Ya iremos aprendiendo — sin zarandajas — el práctico manejo — de las quijadas. — Pero entre tanto — cárguense de paciencia — los parroquianos. — Aquí se afoita gratis, — venga el que quiera. — ¿Quién por tal baratura — no se desuella? — Sed complacientes — con estos pobres mozos — tan inocentes!! (p. 2a)

Joaquín Tomeo y Benedicto, en el "cuadro" II, rotulable * "El aspirante a gacetillero" (45) se centra en uno de los redactores, Agustín Paraíso (46), para dibujar, a propósito de él, el tipo del gacetillero con motivos costumbristas que refuerzan lo que de individualizadores pueda tener la descripción. En lo que funciona como introducción, Tomeo se dirige al lector, alude a la dificultad del oficio y anuncia la anécdota particular como representativa:

Para que juzgues, lector — de las continuas desgracias — que pesan sobre nosotros — los que vamos siempre en alas — del saber, y en esas calles — no lanzamos y esas plazas — en busca de casos raros — y gacetillescos dramas; — que vamos tras los abusos, — y en crítica — mal trazada — los combatimos, que somos — pesadilla declarada — de cocheros y aguadores, — de perezosas criadas — que vierten líquidos migotos — por balcones y ventanas, — de los artistas del yeso — de los verdugos del habla — de Castilla, que letreros — espantan que nos espantan, — de los del sombrero de hule — que se duermen en las pajas, — y en fin, de cuanto en la tierra — á la razón desagrada... (p. 2a-b)

De la descripción de Agustín — "Agustinito en su casa" —, además de los rasgos físicos — "de mediana estatura, — más delgado que una espátula" — y alguno profesional — "con mas que Licurgo" —, importan los de carácter pues se le

atribuye el ser directo, quijotesco, valiente y tenorio y, sobre todo, porque para elaborar su dibujo Tomeo recurre a la mención de tipos tradicionales en la línea de los que serán usados como pseudónimos en "Sombras chinescas:"

tipo del rey que rabió, — nunca se anda por las ramas — y en sus antojos, ve al mundo — como — en el tiempo de Mérras. [..] — Es un Periquito entre ellas, — y por una tía Pondanga, — despreciará á Juan Portal, — Juan Fernandez y Juan Lanas; — Pero Grullo en el decir [..] — y si se le ponen dos damas — una joven y otra vieja, — á la primera se agarra, — dejando á la Mari-zápalo — mas fresca que una ensalada. — Mas valiente que el de Cribas — siempre va tras las jaranas, — y en ellas de Villadiego — no se acuerda de nada... (p. 2b)

La persona-tipo que es Agustín es presentada en este momento como un joven que quiere ser gacetillero, mediante la fusión de tres motivos costumbristas: la visita al director personalizada — "D. Emilio"—, el aspirante a periodista y el diálogo que se establece entre ambos. De resultados de éste, Agustín es contratado y el director le hace saber quiénes serán sus compañeros, con lo que las notas genéricas del pasaje inicial del "cuadro" adquieren soportes identificables y uno de los frecuentes momentos de protagonismo:

alternará con Soriano, — capitán de la mesnada, — con Matias, que del barro — Sacamos esta mañana; — con Liborio y con Tomeo; — con el niño Bordonada — que nos mete en compromisos — siete veces por semana, — y conmigo, que también — doy alguna pincelada — gacetillesca... (p. 3a)

La anécdota se completa con otra escena entre los mismos interlocutores ocho meses después cuando Agustín pretende renunciar al oficio pues, como expone en el diálogo,

gracias á las gacetillas — me encuentro ya sin espaldas, — las orejas me han crecido — de tanto, tanto tirarlas, — y todo mi cuerpo está — transformado en una llaga [...] — Me han cercado lo serenos, — me han acosado los guardias, — azotado los aurigas, — y rociado las criadas, — y acometido los canes, — y las calles y las plazas — presenciaron mis dolores, — mis martirios y mis ansias (p. 3b)

El "cuadro" finaliza en el momento en que el director tiene que consolar y animar a Agustín para que continúe siendo gacetillero. Un brindis con ron —reflejado en el grabado— consagra al aspirante.

A. Paraíso escribe el "cuadro" III o * "El gacetillero tenorio" (47) con la intención de dar a conocer a Matías Pérez Moreno. El tratamiento de la persona está más alejado del tipo que en el caso anterior, si bien puede conceputarse de igual manera como redactor representativo de los de su clase y condición. Estas son tales que Paraíso opta por abordarlas desde un punto de vista más humorístico y — basado en las situaciones que lo advertido en el "cuadro" I, donde se buscaba tal efecto a través de lo lingüístico y que en el "cuadro" II, casi carente del elemento festivo. En * "El gacetillero tenorio" se advierten dos partes claras, la una destinada a la pintura del personaje; la otra, a mostrarlo en una escena definidora. Apelando directamente a los lectores y estableciendo una total interdependencia entre texto y grabado, el autor comenta éste para describir a Matías :

Fijad, lectores, la vista — en ese hermoso individuo: — védle que jueque se encuentra — con su pantalon de estío, — eclesiástico chaleco, — gaben del pasado siglo, — ancho corbatin

de suela — y su sombrero sillico (p. 4a)

Junta la fealdad y la extravagancia, la glotonería redondea lo más aparente del personaje:

Ved como en su boca de asilo — á medio pastel de liebre — en figura de chorizo. — Atended que cara pone — cuando se apresta á engullirlo... — !! cielo santo!!... !!qué visages!!... — qué naso tan atrevido...! — !qué dentelladas!... !qué gesto!... — !qué de fieros resoplidos!... (p. 4a)

Sigue luego una larga caracterización de Matías como tenorio — más las notas que lo presentan como crítico de la policía urbana— anunciada como lo que mejor revela su forma de ser:

—... pero basta de pinturas — y anudemos luego el hilo — que mi pluma no es esquiva — y al punto quiere decirnos — quien es ese buen muchacho, — quien es ese guapo chico... (p. 4a-b)

y cerrada por otro contacto con los lectores que anuncia — el paso a la segunda parte:

mas veo, caros lectores — que esto os infunde — fastidio — por cuya razon me apresto — á emprender otro camino — dando á relación tan sosa — mas entretenido giro (p. 4b)

La escena que sigue supone la faceta bufa del rompecorazones que es Matías. Ambientada explícitamente en Zaragoza —en la calle del Portillo— y de noche, es, según la relata el narrador-testigo, un galanteo a una dama que acaba — con un garrotazo. El narrador corre en auxilio de su amigo y, para reconfortarle con la entrega a pasiones menos peligrosas, le sugiere:

vente al restaurant conmigo — que allí las penas se pierden — entre perdices y vinos (p. 5a)

y ambos se dirigen al de Fortis (48), en la calle de San Gil, donde esperan encontrar "filosofando en sanscrito — sobre el sabor de un pastel — al rechoncho Don Emilio..." (p. 5b). El autor, después de haber reatardado la identificación del personaje principal —revela que se trata de Matías cuando relata el accidentado trance—, da a conocer que la pintura inicial de su amigo corresponde a este momento último en que el tenorio intenta olvidar las penas:

yo y Matías el diablillo — en el fondin nos colamos — donde este á diente canino — (como el grabado demuestra) — declaró tremendo sitio — á un gran plato de pasteles, — merengues y bartolillos (p. 5b)

Todo acaba con risas y, ante el narrador y el director —integración de los miembros del periódico en el cuadro— Matías efectúa un brindis múltiple- nuevo final de "cuadro" con licores— por el amor de las mujeres, por el alcalde, por las felices Pascuas de Navidad, por El Saldubense y su larga vida y por los inocentes.

Las alusiones a los redactores que se aprecian en casi todos los "cuadros" se literaturizan de forma más sistemática en la escena que constituye el IV, * "Los saldubenses en el cauce de Cuchilleros" (49). En ella Matías Pérez Moreno consigue una interesante variación del motivo del narrador que sufre personalmente una incomodidad censurable — pues involucra al conjunto de los periodistas de El Saldubense en un accidente que es efecto y denuncia de las deficiencias de las calles zaragozanas lo que, a su vez, constituye la versión urbana de los más conocidos peligros a —

que se expone el que viaja de una población a otra. Queda así descrito el estado físico de la ciudad, se ejerce la crítica municipal, resultan "pintados por sí mismos" los periodistas que se atienen a estos temas y se connotan las causas sociopolíticas que constriñen al periodismo al tratamiento de asuntos tan domésticos y poco vidriosos. En la introducción, el autor anuncia el cariz ambiguo de la escena en virtud sobre todo, del día en que se cuenta, llama la atención sobre el punto de vista sintetizado en el grabado —aunque no sea el adoptado en la práctica pues el narrador-personaje se dirige directamente al lector— y opone significativamente la Zaragoza oficial y aun tópica a la real y cotidiana.

Es casi semi-tragedia — por tragedia casi vale, — pero tragedia ó sainete y zarzuela in parte — — pues que pintaros pretendo — la vis cómica — en la calle — de un auriga, ó de un cochero, — por si aquel nombre no os place — que en contemplación estática — mira con cara de abate— los adelantos del siglo, — la situación harto grave — de las calles de Salduba, — la patria de tantos vates; — la muy noble y siempre heroica — la que alimentó á los césares; — la que leal se apellida, — la que inmortal ser le place... (pp. 5b-6a)

La anécdota, referida con pormenores y tensión narrativa, presenta a los redactores de El Saldubense en un coche que, en un día de lluvia y barro, va por la estrecha calle de Cuchilleros, impracticable por el pestón,

la vida en peligro late — y el pobrete que á pié marcha — hasta que el torrente pase — á las paredes se pega — haciendo de escaparate (p. 6a)

topa con otro. Ninguno de los cocheros quiere ceder,

Paso! al auriga reclama. — No puede ser, grita un jaque. — Por San Juan que no me paro. — Por S. Pedro hay que aprarse. — Llevo el fuero, es mi derecho. — Voy de oficio, y llegué antes. (p. 6a),

cruzan insultos y latigazos y el coche de los periodistas cae en un bache. La escena pierde su dinamismo ni su aparatosidad cuando Matías Pérez descubre cómo van saliendo del vehículo los maltrechos viajeros. Precede al inventario de los desperfectos una jaculatoria en la que se funden su verosimilitud en tal momento y la probada razón en la crítica:

Socorro! gritan de dentro, — auxilio, municipales! — Oh virgen!! si sois patrona — de aquesta mezquina calle, — favor dad á los que claman — siempre tercios por su ensanche... (p. 6b)

En la mención explícita de los redactores destaca la caracterización sumaria y de tono similar al de otros cuadros:

Agustín, el pollo listo, — pesadilla de alacranes; — Sevil, á quien Dios le plugo — hacerlo mi buen compadre; — Calisto, el mozo de chispa — aficionado á los bailes, — engendrador de punteras — para suegras borricales; — Liborio, el gran mosquetero — de nuestra fiera falange; — Tomeo, el niño enconchado, — Santos y Soriano el vate — que, a trueque de gacetillas, — se enseñan los miriñaques, — y por último el se sudo — D. Emilo Barrigales — que con un puro — en la boca — comprimidos los hijeros — anima — al gran Tiburcio; — á Tiburcio, el hombre grave, — al historiador de fondo, — de los hombres na cionales (p. 6b)

Tras una nueva alusión al cohero meditativo que parece desear que le nombren alcalde para remediar males como el contemplado, el autor refiere cómo los tres poetas — Agustín, Tiburcio y Calisto —, apoyándose mutuamente se dirigen a —

la redacción "seguidos de diez galanes — que se dicen gacetilleros — y entre los que noi hace parte" (p. 7a) y se dirige otra vez al lector, ahora para advertirle que si de sea ir a contemplar el estado en que quedan los trece tenga cuidado "al atravesar el cauce — que llaman de Cuchilleros" sino quiere acabar lleno de fango y mugre "cual — el terno exnarigado — de Saldubenseros vates" (p. 7a). El "cuadro finaliza con una fórmula que concuerda con su presentación — "contaros pretendo un cuento"—, un quiebro que quiere ser gracioso y que tiene más de caracterizador de Matías Pérez y un recuerdo del carácter del día que justifica el tratamiento dado al tema:

Y pues finaliza el cuento — del gacetillero — amante — por vía de inocentada — pido una cosa no grande — y es un ósculo inocente — que sueñe siquiera en Flandes — á cada polla que diga — "me ha gustado este romance" (p. 7a)

* "El redactor naufrago" (50) podría denominarse el "cuadro" V, debido a Manuel Conrado Soriano, encadenado con el anterior por la temática de las catástrofes callejeras que amenazan a los zaragozanos, y perdedor tanto si se compara con él como si, al margen de un contraste tan inevitable, se considera el conjunto de los artículos, pues resulta flojo en su vertebración, inhábil en la versificación, se desarrolla con poca soltura y no le queda el consuelo de ser gracioso. Soriano intenta un planteamiento humorístico por vía del absurdo cuando establece el contacto con el lector:

Preveníos, mis lectores — yendo todos á comprar — instrumentos de Lacaze — para lograrne alcanzar, — pues solo usando de lentes — podreis mi voz escuchar. (p. 7a),

pero así queda todo. Inmediatamente se sitúa como narra-
dor-personaje rodeado de lodo e inundaciones y retoma el ai-
re de "domine — sin deseos de pegar" adoptado al comienzo
para plantear el "cuadro" a modo de lección explicada a la
vista del grabado:

Toso, y orden no suplico: — la lección princi-
pio dá; ojo alerta hácia la lámina — que intere-
sa en realidad (p. 7a)

Concluye así la introducción genérica para dar paso a la -
particular:

¿Veis esa calle anchurosa — tan preponderada —
ayer, — por la sabia metamórfosis — de que ha
tiempo objeto es? — Pues calle tan repetida, —
teatro no ha mucho fué — de un lance extraño y
curioso — suficiente á conmover — los gigantes
de la Audiencia, — y el brazo lindo y novel —
conque Neptuno, el del Coso, — cárdena pone su
piel. — Introducción a la historia: — no chi-
llar, que cuento es. (p. 7b)

Los excesivos preliminares no ven colmadas las posibles ex-
pectativas suscitadas en el lector dada la escasa sustan-
cia de la anécdota y su deficiente desarrollo. Consiste -
ésta en que, debido a que "Lloviendo estaba á torrentes --
desde el Ebro hasta San Gil" y se produce una inundación -
tal que el narrador se refugia durante tres horas en lo -
que parece ser una pastelería, aludida sin mucha fortuna -
como "la morada feliz — habitada de lo dulce, — sencillo
de digerir" y donde dice purgar los pecados manuscritos -
que llevaba a la imprenta del periódico. Tras contemplar
ruinas y casas en danza acuática, cesa la lluvia y se en-
cuentra aislado por el agua, hasta que oye y luego ve que
dónde un callejón próximo van a rescatarle los redactores
de El Salubense. En esta ocasión, la casi obligada apari-

ción de los periodistas en todos los "cuadros" saca a relucir a Emilio de Miró, Los Huertos, Pérez, Sevil, Bordonada, Tanco, Paraiso y "el probo Administrador" quien logra "descolgar desde su casa — un espacioso cajón — en el que, — sin gran trabajo, — á los naufragos sacó". El cuadro concluye cuando el narrador comenta que "la inmensa extensión azul, — el océano insondable" persiste a pesar del viento y del sol y que se ha encargado la realización de un puente —el que refleja el grabado— en el lugar para poder acceder a la imprenta del periódico.

Agustín Sevil de His, en *"El redactor estrefalarario" (51), que es como se presenta el "cuadro" VI, opta por retomar con más pureza el espíritu del 28 de diciembre para desarrollarlo desde la perspectiva del absurdo con mayor maestría que la advertida en Soriano. El tema de la inocentada que preside casi todo lo escrito en el ejemplar adquiere ahora el rasgo característico de los hitos anuales en que el grupo social decimonónico se sumerge en "el mundo — al revés". Sin salirse de los parámetros de los otros "cuadros", Sevil logra tocar todos los aspectos aludidos en ellos mediante la actitud entre asmodeica y extravagante — que se atribuye como tipo desenfadado y que mantiene a lo largo del artículo. En éste y sin que rompan su unidad, — pueden advertirse cerca de media docena de modulaciones temáticas que simultanean la descripción del narrador con las alusiones casi preceptivas de todos los "cuadros". El procedimiento para su desarrollo es sencillo: la enumeración. La primera nota, que funciona a modo de introducción fugaz y orientadora, supone el absurdo aplicado a la persona del narrador para singularizarla:

Cada quisque en este mundo -- tiene sus inocentadas; -- yo en eso soy sin segundo; -- las mias son estremadas. (p. 8a)

Varios ejemplos corroboran el aserto:

Visto en verno de paño -- y de dril en el invierno [. . .] -- como las sopas en jarra -- y me afeitado con un plato; -- duermo con una guitarra -- acostado en un zapato. -- Escribo con tenedor, -- llevo por capa un mandil, -- y paseo, ¡qué primor! -- de día con un candil. -- Y por dar señas mas fieles -- de mi genio original, -- guardo mis papeles -- con llave en un orinal... (p. 8b)

En segundo lugar, Sevil alude a las deficiencias físicas -- de la ciudad tan atacadas por él y sus compañeros:

No me gusta lo que á todos -- y quisiera, aunque no se halle, -- ver en los tejados -- todos pues van tejas por la calle. (p. 8b)

como comienzo de la pintura del absurdo general:

con albarda los chiquillos -- y fumando las nodrizas, -- las niñas en calzoncillos -- devanando longenizas. -- Los hombres embarazados, -- las mujeres de sargentos, -- los niños onamorados -- y de guardias los pimientos (p. 8a)

En la nómina de despropósitos acaban por entrar los redactores de El Saldubense con ridículas atribuciones que alcanzan a individuos hasta ahora no mencionados. Fruto de su "humor atrabiliario", Sevil dice desear ver toda la redacción "entregada a Lucifer" y, enumerando a sus componentes,

Bailando Matias Perez -- conmigo unas seguidillas, -- Miró, vestido de alférez, -- aderezando natillas; -- Santos Sebastian y Gil, -- vestido de memeluco -- cultivando el perejil -- y disertando en Kalmuco; -- Los Huertos dando papillas -- á Calisto Bordonada -- en un lecho de rodillas, -- de merengues y perada; -- á Tomeo que --

va á misa — vestido de cabezudo, — y á Paraiso en camisa — que hace cocos á un embudo — que Soriano, que es enano — y mas feo que el demonio, — obliga á Zaragozano — á pedirlo en matrimonio; — y tras moniciones tres, — como manda el Calepino, — los casa Vicente Andrés, — siendo Rubí su padrino; — y que nuestro grabador — geroglífica con arte, — esquelas, que — con primor — dán del matrimonio parte. (pp. 8b-9a.)

El último momento está dedicado a una nueva faceta del narrador, la del dispuesto a casarse con alguna lectora que se enamore de él, le llene la casa de hijos — como muestra el grabado — y le convierta en un "solemne pazguato — bailando Skotis y el Ole".

Cierra el ejemplar el "cuadro" VII, * "Croquis de los redactores" (52), de Liborio de los Huertos, quien lo centra en los artifices del periódico. La breve introducción en la que se llama la atención del lector y se anuncia el asunto,

La Redacción lectores — de EL SALDUBENSE, — es la cosa mas cuca — que puede verse. — ¡Vaya unos tipos! — Voy á hacerlos un croquis. — Pregtadme oídos. (p. 9a),

da paso a la primera parte del artículo, consistente en una nueva exhibición del nombre y atributos de los protagonistas. El autor no los presenta en esta ocasión tan festivamente como hiciera Sevil pero aporta una interesante visión de su jerarquía y sus relaciones. Así La-Ripa, Pérez y Sevil, "por su estructura análoga — forman el eje". El primero es definido como

hombre que tiene egallas; — grave, sesudo; — de faz adusta — desde que á trompicones — va con las tumbas. (p. 9a-b)

La caracterización del segundo—tan ampliamente ofrecida— en el "cuadro" III— resulta familiar en la historia y técnicas del costumbrismo:

Por el contrario Perez, — nuevo Asmodeo —, es como este diablillo — travieso y terco: — de nariz fina, — va siempre tras el rastro de gaceta. (p. 9b)

De Sevilla —quien ya se pintó diciendo diciendo "aunque estatua — soy en mis efectos grande" (p. 9a)— destaca su físico deficiente compensado por las virtudes. A continuación y emparejados figuran Soriano, de talante fiero; con Paraíso, peludo como un oso, y "Tomeito" con "Santitos", — que nada tienen de dulce ni de suave. El narrador parece haber agotado la nómina cuando menciona a Abí, Bordonada — "y otro que callo — porque su nombre evoca — duendes y trasgos" y que debe ser el mismo Liborio de los Huertos, — pero advierte que se ha olvidado "de don Enrique, — ¡Bonito peje, — que llamarse debiera... — don... Holofernes!". Así comienza la segunda parte del artículo. En ella, el autor acomete una descripción del director que implica algunos bosquejos del funcionamiento del periódico y supone el cierre del ejemplar en espejo ya que acaba con el mismo personaje-tipo que comenzó. Ello confirma la disposición armónica y el diseño previo de este conjunto de "cuadros" que cumple lo que reza en título más literalmente que la mayoría de las obras derivadas de Los españoles pintados por sí mismos, y aún que esta misma, sin que pierda demasiados méritos por el humorismo, no excesivo y excusable en el marco de una inocentada, ni por la alusión a personas reales, coincidentes con tipos nada infrecuentes y tratados con técnicas costumbristas. La desenfadada pintura de Miró

se consigue en dos fases o facetas: a la del jefe orgulloso de su labor, según lo demuestra el porte:

¿Os habéis tropezado — por esas calles — con un necito tieso, — de mucho empaque, — bigote rubio, — envuelto en la pañosa, — fumando puro; — uno que nunca altera — su grave peso — y que mira á las gentes — de arriba á bajo, — como diciendo, — "Ego sum; separarse: — plaza á D. Pedro?, (p.9b)

y dinámico a tenor del trabajo que dirige y exige:

sin cuyo VISTO, — no pasa á los cajistas — ningún escrito. — Es un jefe insufrible — y un elegábalo — que siempre está pidiendo — pasto y más pasto: — "las Gacetillas! — las Veriedades...! ¡Fondo...! — ¡Suelos...! Revista...! — Y se goza el maldito — en que la mente — sin cesar nos la ocupe — EL SILDUBENSE. — Y todo, al cabo — para que el fiscal diga: — "hoy no lo paso". — ¡El fiscal...! Recogida!!! — Terrible frase, — que deja á don Emilio — hecho un petate, — y transformado — en esta vera efigies — que aquí os estampo (p. 9b),

sigue la del periodista acosado por la censura, pergeñado en estas últimas líneas y luego dibujado, según se va comentando el grabado aludido, "acurrucado — sobre su sillón y como "castillo, — que el fiscal rindió" (p. 10a)

Las palabras finales de Liborio de los Huertos sirven de recapitulación de su "cuadro" y de despedida global:

Tal es el trastorno — que siempre causó — una recogida — en el director: — tales las semblanzas — de la redacción, — y tales... Mas basta — porque viendo estoy — que no hay quien aguante, — no siendo otro Job, — tanta inocentada. — Punto, pues, y adios. (p. 10a)

4.3.1.2.2.- 1858.

4.3.1.2.2.1.- Intereses materiales. Censura. Moralidad. Humorismo.

Durante 1858, El Saldubense mantiene el impulso inicial que le imprimen sus redactores, generalmente preocupados por asuntos municipales, de cultura y diversión locales y marcados por la juventud que denuncia la preocupación por "el bello sexo" tan frecuente en sus escritos. La nómina parece engrosarse o modificarse y salen a relucir colaboradores nuevos y dados como fijos. Así, R. Medel, en "Improvisación caprichosa" (53) alude a "los diez del SALDUBENSE": Moreno, Huertos, Bordonada, Miró, Paraíso, Monreal, Sevil, Soriano, La-Ripa y él mismo, Medel. El foco de atención del periódico, cuyos méritos son reconocidos por los colegas madrileños, (54) sigue localizado en los "intereses materiales" no sólo de la ciudad, mediante la propuesta de múltiples mejoras urbanas, sino también de la provincia, la región y aun la nación (55). Aunque los temas explícitamente políticos caen fuera de los propósitos de El Saldubense, las implicaciones de los demás no impide que el fiscal aceche y que la censura sea denunciada ante los costáneos y ante la posteridad como responsable de la aparición de algunas páginas en blanco, como ocurre de la 4 a la 7 del número 447. El reducto de la ideología progresista parece localizarse en la entusiasta evocación de hitos como la Cincomarzada aunque esté próxima al ritual con el número extra —el 167— orlado según la costumbre y con la fecha en tipos dorados; las otras señas bélicas y artísticas de Aragón mantienen el marchamo de referencias culturales que exigen o justifican el desarrollismo.

Del resto de los materiales no costumbristas sobresalen algo los estudios y críticas de literatura y, entre ellos, descuelga la mayor atención prestada al teatro y la propaganda de las obras de Pilar Sinués de Marco ya advertida en las páginas de El Avisador(57). El moralismo de la escritora conviene un tanto con los trabajos de tipo general que siguen apareciendo(58). Precisamente, lo moral, junto con el humorismo, son los límites infranqueables para que muchos materiales --de las "gacetillas", sobre todo, pero también de "variedades" y aun "de fondo" o "editoriales"-- alcancen la categoría de artículos de costumbres y no porque tales perspectivas sean anticostumbristas per se sino porque en la mayoría de las ocasiones coincidan con la ausencia de las técnicas del género (59).

4.3.1.2.2.2.- Moralidad: evolución de los bailes de moda. Tipos transepocales al resguardo de la censura: la suegra, gacetilla costumbrista; el borracho, en clave amable. Vía jocosa: un zaragozano en Londres.

Tras el paso por el tamiz del cada vez más creciente material que tiene visos de costumbrismo, son diez los títulos que entran en el cómputo aunque alguno de ellos se sitúe en el límite. "Asunto de actualidad" (60), de Liborio de los Huertos, trata el baile con tono marcadamente moralizador pero utiliza recursos que lo separan algo de los meramente sermonarios. Su introducción es diáfana: el autor, aunque desconfía de ser tenido en cuenta por la juventud que en esos días está inmersa en el "licencioso carnaval", se dispone a opinar sobre el baile,

cumpliendo la misión desagradable que nos hemos impuesto de censurar todo aquello que en nuestro sentir ó modo de ver merezca ser censurado (p. 1a)

a pesar de no ser experto ni aficionado:

jamás hemos sabido hacer un padeburé ni una cabriola ...
(p. 1a)

orillando el punto de vista técnico y ateniéndose a:

la influencia que esta diversion, en la manera como á ella se entregan sus aficionados, tiene sobre la decencia, en las buenas costumbres y en la moralidad (p. 1a)

A partir de estos planteamientos, el autor identifica por un lado, moralidad, separación de la pareja y ámbito rústico:

vemos á los habitantes del campo y de la aldea, sencillos y virtuosos, solazarse al compás de una guitarra y unas castañuelas con la jota, el bolero, las seguidillas y el fandango. Bailes característicos, indígenas y seculares, que son una diversion inocente ... (p. 1b)

y por otro, y con igual abstracción, civilización, pecaminosidad y mundo urbano:

los salones de nuestra sociedad, en donde apenas sentada la planta todos nuestros sentidos se escitan ... (p. 1b)

Al contraste especial que ha servido para dar por sentado que los modos de vida ancestral son la reserva de las virtudes gracias a una grosera manipulación del hombre rural, sigue una panorámica histórica que implica otra interpretación viciada de la realidad y que, tal como aquí se presenta, revela a las claras el origen del supuesto móvil costumbrista de la defensa de la "esencia" española frente al enemigo exterior, contra cuya corrompedora modernidad se utiliza el arma arrojadiza de la reserva espiritual que se atribuye a lo popular y primitivo:

Nuestros abuelos que entrando ya en la senda de la civilización, opinaron sin duda porque esta debia alcanzar tambien al baile, dejando para el común de las clases ó mejor dicho para el pueblo los que hoy llamamos bailes nacionales,

acogieron con entusiasmo y por tanto tiempo la contradanza y minué que de Francia salieron á peregrinar por el mundo (pp. 1b-2a)

la moda fue perfectamente asimilada, "según contaba nuestra abuela", por la suavidad, parsimonia y gravedad de los movimientos y especialmente, por lo que suponía de higiénica:

no había cuidado de que nadie contrajera ni el mas simple catarro á la conclusión de bailar porque no se experimentaba la menor agitación. (p. 2a)

y de casta:

el contacto entre las parejas solo se hacia por las puntitas de los dedos; el turgente seno de la doncella quedaba inclume ... (p. 2a)

pero en realidad, España había comenzado a rodar por la "viciosa" pendiente de la influencia extranjera:

Dado el primer paso en el camino de la civilización, la sociedad ansiosa de novedades, no podía detenerse en él y abrazó al wals y dio acogida al rigodon; con los cuales estableció ya mas contacto y confianza, viéndolo á servir de transición entre la moralidad y el abandono ... (p. 2a)

Y a la censura del "abandono" costáneo es adonde quiere ir a parar el autor, porque,

detrás de estos caballeros, algun tanto atrevidos aunque no faltos de respeto y decoro, llegaron esas aventureras polkas [y, sobre todo] las llamadas íntimas ... (p. 2a)

A partir de este punto, Liborio de los Huertos no es capaz de contenerse más:

Moralidad! decencia! ¿Donde están la moralidad y la decencia en esos bailes en que la mujer y el hombre forman un solo cuerpo ... (p. 2a)

y establece un criterio que, formulado como objetivo e innegable,

implica la identificación de su moral con la moral:

creemos que la civilización es la marcha, el progreso constante hacia lo bueno, lo moral y lo decente. (p. 2b)

Tras esta clara contribución al establecimiento de las pautas para crear y explicar la realidad burguesa, el autor, que sabe que la juventud no va a hacerle caso, apela a la responsabilidad de las madres, ya en términos de adoctrinamiento que ahuyente el costumbrismo, y acaba el artículo con una declaración de funcionamiento equiparable a la anterior. En ella, más que el recuerdo de la responsabilidad, extendida a todos, de impedir los bailes que atenten contra "las buenas costumbres", lo significativo es el argumento esgrimido que hace indisociable la moral que predica de la "esencia" española como solución viciada y puramente formal al conflicto entre lo antiguo y lo moderno:

El olvido de este deber trae en pos de sí la degradación de los pueblos y la esclavitud de las naciones, y nosotros no queremos que nuestra patria retrograde sino que avance por el camino del mejoramiento racional hasta ser admirada de extraños, feliz, libre, independiente. (p. 3a)

"La suegra. Aviso á mis lectores" (61), de Matías Pérez Moreno, es uno de los artículos de tipos de este año. Su particularidad radica en ser gacetilla y en verso y en el tono humorístico que lo distingue y que quizás no lo excluye del costumbrismo debido —si esto no es una apreciación histórica— a las connotaciones jocosas que suele tener el tratamiento literario de la suegra. El autor que, como otros redactores de El Saldubense, muestra con este tema la limitación de sus inquietudes y problemas, se dirige a unos lectores que supone identificados con sus cuitas, para advertirles del placer que hay tras el amor (62). La referencia a una situación personal y el anuncio explícito de la pintura que sigue —"Voy á hacerte su re-

trato - por si quieres conocerla." (p. 7b) — constituirán la introducción. El cuerpo de la descripción atiende a las molestias que provoca la suegra desde el amanecer:

Se pone en pie con el alba — y su primera diligencia — es asaltar la cocina — y armar la chocolatera. — Bosteza en pos, estornuda, — escupe, tose, moquea — y sus grandes narigales — hacen la vez de trompetas (p. 7b)

a la aparatosidad y malas trazas con que efectúa el arreglo de la casa:

con los zorros mete ruido, — á palos limpia la estera, — á escobazos quita el polvo — y los balcones portea (p. 7b),

a las difíciles relaciones que mantiene con la servidumbre y cuantos encuentra a su paso:

con la peinadora riñe, — con el aguador pelea, — con el ama se espeluzna, — con la criada reniega, — con los chicos se enfurece, — con la niñera se pega ... (p. 7b),

a lo insufrible de su carácter:

Rabia si la dicen algo, — si no la dicen se quema, — si la miman se previene, — si no la obsequian pateea. (p. 7b),

a lo bien que se cuida:

Para almorzar pide huevos, — despues bollos y manteca; — para las once buen caldo — y á las dos ricas jales; — para sopa toma glúten — de fábrica Iberia — y para principios pide — jamon perdiz y ternera. — Bebe vino, fuma en pipa, — como queso de Gruyera, — brinda cual un granadero — y por apéndice juega /p. 7b),

y su trato imposible, su engraimiento y pretensiones:

Es despótica mandando, — en todo á de ser primera — y si alguien la contradice — Dios se la depare buena. — Charla como una cotorra, — miente mas que la gaceta, — y dicen no sin razon. — que el castellano desuella. — Aun cantar quiere á lo Penco — Bailar cual la Guy Stefan, — pintar

como Miguel Angel, — y hacer versos cual Villegas. — En fin es tal su fac símile — que es toda una enciclopedia — de Lamartine, Izco y Dumas — se quedan niños de teta.
(p. 7b)

El artículo concluye con una apelación a los lectores para que no se lleven a engaño y vean "tras el amor ... la culebra" y para que rueguen por él para poder librarse de la suegra ya que, dice,

pues de lo contrario emigro, — me hago vecino de aldea — ó me instalo en la Circasia — en el Gongo ó la Crimea, — si es que antes no mudo el fondo — del Ebro, el Canal, ó el Huerva (p. 7b).

Un tono parecidamente amable late en el artículo transcrito por Emilio de Miró sobre el borracho, "Psicología del hombre ébrio ó el hombre juzgado por el vino" (63), de A. Lelion, aunque su aire es más risueño que el de las con frecuencia timoratas consideraciones de los redactores de El Saldubense, a veces asfixiantes en su senescentez. De cualquier forma, la permisividad con que se considera el tipo hace que, como en el caso de la suegra, se desvanezca su asepsia transepocal y resulte significativamente contáneo frente a otros tipos censurados más agriamente de manera parcial o plena. Formalmente supone una de las variantes del artículo de tipos, la fisiología, con título original —"Psicología"—, subtítulo algo más característico de las obras colectivas más conocidas y de procedencia francesa (64). Con todo, el cientifismo anunciado en el rótulo general y en los particulares con que se parcela el texto —"síntomas generales", "Medios dilatorios", "Axiomas", "Especialmente recomendados á los criminalistas", "Ejemplos", "Variedades del género", "Lucidez", "In vino veritas", "En la calle", "Ciencia de los números" y "El epicúreo"— no se cumple en la esperable catalogación rigurosa y cuasi-zoológica pues el artículo, más que descripción estricta del tipo es un conjunto de pensamientos y anécdotas bien escritos, y a

menudo con gracia, sobre el vino y los bebedores. Sirvan de ejemplo un pasaje sobre un célebre e innominado borracho que

al beber el netinal aguardiente le dirigia esta sabia recomendación:

-Cuida de tomar un buen sitio aquí dentro, porque esta tarde habrá gran entrada. (p. 9b)

y un fragmento del monólogo caracterizador de la variante del "sangüíneo" :

Qué apostamos á que me bebo toda la botella sin mojarme los labios? ... Yo no me achispo, tengo un estómago de buitre ... Dejar la política á un lado y cantemos, quiero divertirme, aunque sea solo ... Habeis visto nunca biceps como estos? --³ Cuatro duros a que no me haceis doblar la muñeca (p. 9a).

"Correspondencia particular del Saldubense" que, con título más expresivo, podría denominarse * "Un zaragozano en Londres o el buque Leviathan" (65) es un curioso trabajo en verso de Agustín Paraiso en el que un tal Gaspar que ha ido a Londres con su mujer, Blanca, y su hijo, Edmundo, relata a su amigo Tello lo que allí ha visto. Sin ser estrictamente costumbrista, merece un recuerdo por los tres grabados --uno de ellos representa al matrimonio-- que ilustran el desenfadado relato de la visita al gran buque, por sus someros apuntes del ambiente londinense:

.... yo en Albion
me encuentro divinamente
porque ni el calor se siente,
ni falta jamás el ron.

... ..

y un día al Támesis vamos
con la condesa de C,
ó con el duque de B
el gran túnel visitamos
y otro un milord nos reclama
para ver un coliseo
al par que el mismo deseo

nos muestra una ilustre dama,
de modo es, que no hay función
por muy mazquina que sea
que ya, Tello, no la vea
con hombres de distinción (p. 6b)

y por la parodia festiva que la carta viene a ser de los relatos de los extranjeros que visitan España: frente a una posible actitud pazuata ante las excelencias de Londres, el autor se envalecenta con displicente socarronería y llega a burlarse del asombro que él y su familia producen en los naturales:

Chico, desde que llegué
dicen que aquí me metí
pasmándose al verme aquí
de que en Augusta no esté,
y con candor estremado
esclaman en voz gangosa
al verme con mi esposa.
"¡Ese señor es casado!" ... (p. 6a)

... ..

¡¡Ay Tello, cuanto barullo ... !!
¡¡cuantos del feo y del bello ... !!
¡¡cuanto pelo rubio, Tello ... !!
¡¡Tello, cuanto Perogrullo ... !! (p. 6h)

4.3.1.2.2.3.- Entre la sátira y la alusión: el hortera, gacetilla no degradadora; gacetilla larriana, convites caseros; galería de tipos en los baños del Huerva; el cientifismo médico contra un enemigo económico: el curandero; metaartículo sociopolítico.

"Alleluyas" o "El hortera" (66) es la descripción de este tipo que lleva a cabo Joaquín Tomao y Benedicto en una gacetilla versificada. Con brío y sobriedad se pinta la andadura vital del dependiente a quien el autor mira algo desde arriba pero sin el desprecio que

que podría haber suministrado el humor, aquí sustituido casi enteramente por ligeras notas sociales en torno a la extracción, emigración, aclimatación urbana, ascenso mínimo y actividades definitivas. Son rasgos del artículo que ya pueden advertirse tras el fugaz contacto con su destinatario:

Lector, poco placentera es la vida del hortera. — Nace el niño que es un gozo, — y en un brinco pasa á mozo. — Sus padres, con alegría, — le contemplan noche y día. — Viendo joya de tal precio, — le dedican al comercio. (p. 8b)

Después de la llegada a la capital, en pollino, con ilusiones y sin dinero, el hortera visita, sin éxito, las casas para las que lleva recomendación, recurre a los servicios de los memorialistas y patea la ciudad hasta que logra acomodo en un comercio. También esta fase es ardua para el emigrante bisoño:

Está el muchacho aturdido, — sin saber donde ha venido. — Todos le riñen en casa, — siendo la comida escasa. — Se levanta con el día — a limpiar la estantería. — Barre la calle también, — y en todos halla desdén (p. 8b)

El consejo y la experiencia de los amigos de su misma condición que va teniendo le mueven a buscar otro amo. Gana con el cambio y muda su aspecto y vida:

Libre ya de la opresión, — respira su corazón. — Y á la pobre chaquetita — sustituye la levita [...] — Detrás él del mostrador, — se reptas emperador. — Por partida doble adora, — y á cuantas mira ... enamora. (p. 8b)

Comienzan ahora la fase del hortera perfectamente encajado en la vida ciudadana y la faceta que más suelen entresacar los costumbristas. Con su descripción, el artículo se encamina al final:

Pero el vivir le molesta, — si no es en día de fiesta. — El sábado por la tarde, — de alegrías hace alarde. — Se levanta con la aurora, — y elegante se decora. — De vinti-

cinco alfileres, — corre en busca de placeres. — y tan solo es su agonía — que dura tan poco el día. — Presencian sus devaneos, — bailes, teatros, paseos, — Pero el domingo termina, — y el hortera se amohina. — Con pesar y con dolor, — se vuelve á su mostrador. Y está toda la semana, — siempre pensando en mañana (p. 8b).

El cierre del escrito es tan directo como todo el artículo. Pero, abrupto y aun expeditivo, implica la misma distancia entre autor y tipo que en la descripción y revela la ausencia de humor o desprecio que podría reservarse para una última pirueta:

Y aquí paz y después gloria, — daremos fin a la historia (p. 8b)

"Me divertí" (67), de Liborio de las Huertas es otra gacetiilla, esta vez en prosa, que, de carecer de ciertos aires de sucedido real y de la forma narrativa aseja que señala hacia hechos puntuales, sería un correlato de "El castellano viejo", de Larra. No obstante; posee rasgos que, si no le confieren los méritos del de Larra, le permiten figurar como muestra urbana — pues en el ámbito rural se puede apreciar algo próximo — de los "convites caseros", variante del motivo del narrador-protagonista que soporta una situación incómoda y censurable. La introducción anuncia lo infausto de la anécdota, su condición de jocosa y su valor generalizable mediante la concurrencia de dos supuestos que se repelen:

Cuando uno se halla dominado por un humor atrabiliario, es cosa que revienta el verso comprometido a tomar parte en un Estraordinario de familia. Y cuando en este estraordinario tiene lugar lo que á mí me aconteció en el que no pude eludir el día de S. Pedro, habiendo sido convidado al efecto con porfiosa atención por la familia de B ... , como an tiguu amigo de la casa ... , vamos, hay para pegarse un tiro colgarse, del pescuezo, horadarse el corazón, precipitarse en el río, atracarse de veneno ... o tomarlo a risa. (p. 7a)

El relato, que se inicia con la frecuente fórmula aragonesa del "pues señor", se centra en tres bloques penitenciales. El primero comienza con los retrasos que sufre la comida --una "caracolada"--, prevista para las dos de la tarde. La impuntualidad de las señoras de la casa que han ido a misa y a cumplir con las visitas domingueras hace que el narrador tenga que

esperar largos tres cuartos, sosteniendo una interesante conversación (las lluvias, el viento y los calores) con B., que parece tonto y lo es, el papá de B. (anciano paralítico), y el cuñado de B., que es tonto y lo parece (p. 7b)

Se llega a las tres y media mientras las señoras proceden a

quitarse las mantillas, pulseras, cuatro pares de enaguas cada una, la colosal pollera y otras garambinas ... (p. 7b)

Los comensales son los doce de la familia y el narrador --trece-- por lo que éste debe soportar las "atenciones" de todas,

distinguiéndose la respetable mamá, que, tomando á empeño el agasajarme, me obligó á sepultar en el estómago tan estragada cantidad de alimento que no quedó botón seguro en la camisa, chaleco y pantalones que llevaba. (p. 7b).

El segundo conjunto de agravios se concentra durante la preceptiva siesta:

Yo fui destinado á un cuarto segundo debajo de un gallinero. El cacareo moderato de las gallinas y el continuo picar las semillas desparramadas por el suelo, producían sobre mi cabeza un ruido semejante al redoble de un tambor. (p. 7b)

A ello sigue el tormento de los mosquitos que le martirizan el oído, le chupan la sangre y le obligan a dar manotazos que se convirtieron en bofetadas. No faltan los aromas propios de la escena:

El olor acre y nauseabundo de los chinches que sentía correr por mi piel de vez en cuando, juntamente con el pestilencial que subía de alguna letrina, que descomponían el cuerpo. (pp. 7b)

ni el calor tórrido ni los gruñidos de "la perrita de las señoras de la casa". Cuando el sopor de la digestión parece que puede más que todos los inconvenientes externos,

hé aquí que entra la señora mayor preguntando por sus chinelas de camuza y detras la perrita ahullando y haciendo tales monerías que me dieron vehementes tentaciones de tirarle una bota. (pp. 7b-8a)

La tercera fase de esta crítica de los usos sociales que rodean la comida de compromiso va desde el imposible descanso hasta la salida de la despedida, tramo firme de calvario que incluye las estaciones de la indisposición que lo rodea todo:

Sentime de pronto unos acerbos retortijones de intestino y una tan apremiante necesidad de lo que ya podrá presumir el lector, que saltando de la cama fui corriendo en busca del reservado retrato de la casa. (p. 8a)

la abrumadora tanda de cumplidos:

¿ha comido V. bien? ¿señ ha divertido V.? ¿ha descando V. ? etc . etc. ... (p. 8a)

y la amenaza de una prolongación de la estancia :

contesté echando mano al sombrero y tomando la escalera como alma que lleva el diablo, diciendo cuando porfinaban para que me aguardase á tomar chocolate, "vuelvo! vuelvo!" Y no mentía: las espaldas para siempre. (p. 8a)

El artículo acaba con la formulación de un deseo que condensa su intención y es de suponer que comparte el lector:

¡No quiera el cielo que me vea en otra! (p. 8a)

"Fisiología de los baños" (68), de Matías Pérez Moreno, es una gacetilla muy probablemente motivada por la costumbre zaragozana de acudir en verano a los establecimientos del río Huerva principalmente, como se comprueba en otras páginas de El Saldubense (69). Pero el ar

título no está dedicada a descripciones particulares o a comentarios accidentales sino a ofrecer un panorama social a la luz del tal uso y mediante el repaso de un conjunto de tipos. Su introducción encierra dos generalizaciones: la extensión de tales usos, pues son

la medicina universal, la panacea, el refrigerante anti-cálorico a que acuden viejos y mozos, sanos y enfermos, buscando ansiosos media hora siquiera de placer ... (p. 7b)

Y la perspectiva fisiologista que proporciona si se contemplan asomadamente:

el baño varia según el temperamento de cada cual, ó como si dijéramos, á gusto del consumidor. (p. 7b)

La curiosa inversión que supone presentar un repertorio de tipos en vez de varios aspectos de uno de ellos, como es usual en las fisiologías, aumenta algo el valor del artículo, pero más, la fusión de descripción física del baño y atribución de rasgos definidores a sus practicantes. El espectro social que percibe el autor incluye a los viajeros, que suelen tomar los baños

de tina, templados de capricho y con algunas esencias de avaricia [...] : las inmersiones son cortas pero repetidas (p. 7b);

las viejas que, contrariamente, los prefieren:

tan frías de egoísmo y murmuración que se las pelan con ellos y sin embargo sus inmersiones son largas, muy largas. (p. 7b)

las solteras, que "van generalmente suspirando", también recurren a la tina, se envuelven en su "peinador de recuerdos" y

toman su baño de pura envidia, tan templado que durante él se muerden los labios de despecho ... (p. 7b);

los pollos y los gallos que comparten algunos gustos:

van todos regularmente á la alberca general, se arma cada

cada cual de su calzoncillo (que aquellos usan de tul de ilusion color amarillo con listas verde esperanza, y estos de punto torcido y de un tejido igual que el de las cotas de malla), reconocen con la punta de los dedos la temperatura del elemento que van a combatir, y al agua (p. 7b),

pero el autor advierte matices: los pollos, malos nadadores, no usan corchos, juegan demasiado con el agua

y á veces tienen que tragar tanto buche, que están á punto de ahogarse. (p. 7b),

mientras en los gallos predomina mayor prudencia,

engañan facilmente el oleaje sin correr riesgo. Sus baños son del verdadero placer y pasatiempo. (p. 7b);

las jóvenes, que son las últimas en ser nombradas, son adictas a los baños perfumados según esta fórmula:

mezclan por cada dráma de esencia de constancia cinco granos de coqueteria y dos libras de polvos de la palabra á todos, el corazón á ninguno, que presta al agua un olor empalagoso y mancha el peinador con los colores del iris (p. 8a);

en cuanto a la frecuencia y temperatura, abusan tanto que

á veces suelen tomarlos hasta de treinta y seis grados: en en el pecado llevan la penitencia (p. 8a).

Una nota sobre lo cosechado por cada uno de los tipos sirve al autor de recapitulación proporcionada por la perspectiva que ha adoptado: cuando concluye la época de baños, los recuerdos son variados pero acordes con las formas de ser tipificadas, por encima de las cuales planea la experiencia del observador:

las solteronas se quejan de que el agua estaba muy fria y les ha arrugado la piel del rostro, y las niñas de que su pasta era rancia y sus perfumes disipados y que vuelven en el mismo estado en que salieron. Los hombres son su estricta indiferencia repiten para sus adentros: -lo mismo

será el año que viene. (p. 8a).

"El curandero" (70), de José Fallarès, quien probablemente lo remite a El Saldubense, es, según la presentación que le precede, un

gracioso romance, en el cual se ridiculiza y se censura uno de los mayores males que afligen al cuerpo médico. (p. 8a)

y en efecto, supone un clarísimo ejemplo del proceder de las clases medias frente a quienes pueden empañar el proceso de acomodación de la realidad a sus necesidades. Lo que en otro contexto sería pura sátira, aquí queda atemperado por la descripción del tipo y, sobre todo y de resultas de ello, por la pintura del propio médico que debe ser el autor, quien recurre a las multas del cientifismo (71) y, con el "Anathema sit" que lanza contra el curandero desde el lema, prueba que los vestigios de la vida ancestral española --como ocurre con lo rústico y lo popular-- no son rastreados con amoroso patriotismo ni ennoblecidos ciegamente, pues todo depende de la peligrosidad que en cada caso suponen para los colectivos que se están adueñando de la sociedad literaria, ideológica, política y económicamente. El tipo que el autor quiere excluir del mundo objetivo, real y legal hecho a la medida de sus intereses no es situado en médula de la España "auténtica" que sirve para preservarse de las "inmorales" modernidades sino en un "extranjero" intrínsecamente perverso:

Entre los géneos del mal
Que ha vomitado el Averno,
El mas terrible de todos
Es sin duda el CURANDERO. (p. 8a)

Además del inmoral, explotador de necios, criminal, sabandija y actuante en secreto, la introducción del artículo y presentación del tipo y del punto de vista del autor reserva otras flores para hacerse con el lector --cliente por captar, en peligro o perdido-- como las que

componen la casi satánica imagen frecuentada por predicadores exaltados:

Reptil inmundo que meta
 Con su pestífero aliento,
 Y que envuelve su ponzoña
 En las sombras del misterio.
 Tal es, ¡oh lector amigo!
 Ese asqueroso portento,
 O repugnante axechucho,
 Que se llama Curandero. (p. 8b)

El "casi" que precede a "satánica" es ocioso pues la parte que sigue es una invocación a Dios para que libre a los mortales de la "plaga" de los curanderos que vienen a sumarse a las económicas y políticas, como

Contribuciones y apremios,
 Y crisis y candidatos,
 Y también pronunciamientos ... (p. 8b)

El cuerpo del romance está dedicado a la descripción del tipo pero, como era de esperar, no global y físicamente ni en el ámbito que le es propio y explica su razón de ser, sino desde el punto de vista profesional y éste, por necesidad, supone que del antagonismo de intereses y del riesgo de tener que compartir el mismo campo de acción, se ha de desprender una descalificación absoluta y, por supuesto, moral del curandero. Así, se le ve como vago, desvergonzado, irrespetuoso, mentiroso, hampón y carne de presidio, donde estudia su carrera. Según el autor, el curandero se prepara para el ejercicio inventándose un doctorado, preparando un remedio de oscuros orígenes entre los que puede figurar "Que lo heredó de un judío" y exhibiendo un falso título. Partrechado de esa manera, recorre pueblos y ciudades avisando con anuncios, reclamos, cartas y prospectos, de los que el autor da tres muestras que se pueden juzgar por el comienzo del segundo:

Otras veces nos espeta
 Este sabio sarraceno:
¡Fin de las penas humanas! ...
¡Ya no mas padecimientos! ...
 licor de los asesinos
Para los golpes funestos,
Y los rigores del hado,
Y los conatos del recto. (p. 9a)

En la conclusión, y a modo de indubitable moraleja, Pallarés se dispone a recoger el fruto de esta visión degradada de la carrera y la actividad del médico que ha utilizado como referencia para describir a un tipo cuyos propios parámetros ni se han mencionado. El lector que no acate las palabras del autor será prácticamente un majadero; a esta inapelable —por "científica"— sanción se añade la autoinvestidura de asepsia que el médico efectúa mediante la hábil transferencia a un chivo expiatorio de todas las connotaciones peyorativas que la mención de la profesión, cuyo prestigio se intenta, evoca en la literatura oral y escrita:

Así, pues, de esta manera
 Se engaña á los noveleros,
 Y se les quita la vida,
 Y se les roba el dinero. (p. 9b)

Y no queda ahí la cosa pues la pérdida del dinero parece más importante que la de la vida: el autor comienza en este propicio momento la pintura cándida de su grupo profesional:

Y en tanto que el fiel discípulo de
 De Hipócrates y Galeno
 Combate con la miseria
 Batiéndose cuerpo á cuerpo ... (p. 9b),

todo él caracterizado por el trabajo, los desvelos, la ausencia de premios y gloria ... y los intereses económicos lesionados, ya que

El mentecato, el intruso,

El charlatan, el fullero,
 Sin honor y sin vergüenza,
 Sin estudio y sin talento,
 En alas de la mentira
 Recoge muchos talegos,
 Y hace su agosto a la sombra
 De la farsa y del enredo ... (p. 9b)

La utilización del tipo popular y ancestral queda, pues, descubierta cuando se comprueba que los argumentos morales con que ha sido descrito tienen una lectura muy prosaica por más amparada que esté en el misterio de la ciencia y por muy halagadora que se presente en el "anuncio", "reclamo", "carta" o "prospecto" que viene a ser el artículo. El prestigio popular del curandero y quizá sus ingresos económicos debían de ser en la época del romance directamente proporcionales al grado de dureza de éste según la mecánica general también apreciable en el costumbrismo. Y el peligro que para el médico suponía un tipo que, como el curandero, le pone en duda debía ser grande. O si se quiere, el médico no permitiría que por el horizonte de su territorio apareciese la mínima nube y para ella recurre, se es preciso, a convertir en armas arrojadas contra un tipo esencialmente ancestral tanto los argumentos pre-modernos —le tilda de judío y de sarraceno— como los que pretenda hacer pasar por intemporales, absolutos y totalizadores pero que son los específicos de su momento histórico y de su forma de concebir la realidad:

El infame CURANDERO
 que se burla imouemente
 De la ciencia, del enfermo,
 Del mundo, de las costumbres,
 De la ley y del Gobierno. (p. 9b)

Cronológicamente el último de 1858 y no de los mejores en méritos resulta "Mis sandeces" (72), de Agustín Paraiso, artículo que tiene el aspecto de conjunto de gacetillas con marco pero cuya andadura

deslavazada responde en realidad a un propósito declarado: el autor se sirve de una modalidad de metaartículo distinta de la estrictamente autófaga y consistente en hermanar el tema del trabajo con su forma de desarrollo. Los párrafos iniciales —incluso en su fragmentación con los puntos y aparte— revelan la sustancia de lo que les sigue en cuanto al tema, el punto de vista adoptado, la actitud del autor y las implicaciones sociales:

Quiero escribir un artículo ó cuando menos un retazo de artículo.

—Mejor será hacer lo segundo, porque de esa manera caminaré acorde con el mundo español que según veo se ha decidido de lleno por la retacería.

Sin embargo, esto (como todo) tiene sus excepciones y en ellas se ampara mi alegre humanidad. (p. 8b)

El cuerpo del artículo lo constituye una serie de ejemplos de las medias tintas y componendas contra las que se rebela Paraíso mediante las connotaciones de los casos seleccionados y las alusiones de los comentarios —más bien crípticos y quizá apuntando contra el eclecticismo de la Unión liberal de O'Donnell si no es que son demasiado generales— que le sugieren. Frente a sus gustos cromáticos,

— A mí me gusta vestir ó de negro, ó de blanco, ó de azul, ó de encarnado ... (p. 8b),

presenta

— Ese color tan popularizado y hasta contagioso que por las opuestas y diferentes mezclas que entran en su composición, he dado en llamar de duda; color que ni es amarillo, ni verde, ni ceniciento, si bien tiene la rara cualidad de volver morados con bastante frecuencia a los que le ven, impulsados por la novedad. (p. 8b)

Algo equiparable formula en torno al barniz aplicado a un mueble "semi-

pintado". La ilustración mediante los vinos viene a suscitar idéntica idea, si bien incluye el detalle local:

→A alguno de vosotros le gustará quizás el agua mezcla da con vino, ó lo que es lo mismo un retazo de Carriñena ó Jerez pegado á otro de esencia de Ebro ó Gállego ... Buen provecho os haga. Yo bebo el vino puro y el agua pura.
(p. 8b)

Y sigue la crítica del tono medio a propósito de la virtud y el vicio, el zurcido nuevo en la ropa vieja, la vergüenza y los ideales puros entre la medianía reinante y el sí y el no:

→ Estos profetas [los que encogen de hombros] están montados al aire y comen á todas horas ilusiones en cazo que en breve les proporcionará una espantosa indigestión de la cual saldrán para entrar en el limbo, que también es un término medio, esto es, un retazo de bien y otro de mal.
(p. 9a-b)

El final es una sistemática afirmación del yo del autor frente a los tonos grises:

aquellos dicen ya vemos, yo digo ya lo tengo visto ... (p. 9b)

y una despedida del lector en la que se vuelven a vincular explícitamente tama y técnica, ahora para potenciar el alcance y extensión (de las muestras enunciadas):

Lectores, veo, que mi escrito va haciéndose pesado y aunque podía arlequinarme mas, por los muchos retazos que aun me sobra, hago punto final para que no abusar de vuestra paciencia.

Y aunque tocando á añadidos los odio en cuerpo y alma, quiero, lectores, con una terminar mi pura charla.

"Aquí acaban mis sandeces perdonad mis muchas faltas" (p. 9b).

4.3.1.2.3.- 1859.

4.3.1.2.3.1.- Afianzamiento y mejoras de El Saldubense. Material literario y paracostumbrista.

Con el número del 1 de enero de 1859 de El Saldubense se anuncian algunos cambios que prueban la consolidación del periódico. El formato pasa a ser el doble del anterior —puesto que se elimina el plegado— con lo que se obtienen ocho columnas de aumento, como se comenta en "la Advertencia" (73). Allí mismo se anuncia la inclusión

del Album, sección desconocida en el antiguo Saldubense —que publicaremos diariamente sin perjuicio del pliego semanal de novela— amenizándola con artículos recreativos —bien originales ó tomados de las mejores publicaciones literarias. (p. 1b)

En "Cuatro palabras al público" (74), la Redacción hace un balance de los dos años de existencia del periódico y, además de reafirmarse en el propósito de servir a los intereses zaragozanos y del país y de —mostrarse orgullosa de que El Saldubense

vive de vida propia y cuenta ya con elementos para mejorar en parte material (p. 1b),

resume lo publicado:

Mas de 300 artículos originales de ciencias, artes, industria, agricultura, costumbres, historia antigua y moderna [...] Sus festivas y originales gacetas han sido muchas veces copiadas por los periódicos de la corte y de otras provincias (p. 1b)

Aún hay otras novedades a principios de 1859, así, en "Interesan

te" (75) se anuncia el regalo a los suscriptores de un calendario cuyas páginas pueden encerrar material aladaño al costumbrista. Las mejoras, que llegan hasta la superior calidad y el mayor tamaño de los grabados de los anuncios (76), no se reducen a lo prometido en el número inicial del año: a primeros de junio se notifica que El Saldubense se ha suscrito a todos sus clientes a La Correspondencia autógrafa para que reciban directamente los anuncios y noticias antes resumidos - por el periódico zaragozano con algunas fechas de retraso (77): se vuelve al pliego doble y se abandona esa suscripción a primeros de agosto y, al mismo tiempo, se anuncia que se van a llevar a cabo las gestiones necesarias para convertir El Saldubense en periódico político y, de momento, sale en combinación con El Día, periódico político de Madrid. (78) Por lo demás, sus páginas mantiene el mismo tono del año anterior y dan la misma imagen de la ciudad sólo alterada por hitos como el carnaval (79), la Cincomarzada (80) y las fiestas del Pilar (81) o acontecimientos extraordinarios como los que rodean a la guerra de Marruecos. (82) Se advierte un descenso en el número de trabajos dedicados a temas económicos (83), históricos (84) y de historia literaria y lingüística. (85) Los de arte, monumentos y paisaje aún son más escasos (86). No faltan los artículos generales unos - en torno a pseudotipos, otros sobre aspectos sociales o educacionales; los hay de pura evocación lírica y no es difícil encontrar los marcados por el moralismo (87). Entre lo literario no costumbrista se puede encontrar alguna leyenda (88) y, por supuesto, el material no siempre novelesco de los folletines (89). Como gacetillas se presentan los más variados trabajos que, a veces, aportan novedades técnicas aunque no basten para que se les pueda denominar artículos de costumbres (90). Con todo, el número y calidad de los textos que merecerían tal rotulación son significativamente bajos: tres, y con reservas.

4.3.1.2.3.2.— Tres textos costumbristas: otra vez el borracho, en tono humorístico; "El Aguinaldo", de Mesonero Romanos; lo rústico y el folklora: fiestas de San Juan en Pina de Ebro.

"El Trinquis" (91), una gacetilla de Liborio de los Huertos, es lo más destacable del año. Supone un artículo de tipos en la línea de las fisiologías que desarrolla el lado jovial y socialmente asimilado del borracho. Sin que desmerezca en conjunto del ofrecido en 1853 (92), resulta menos complejo e, inevitablemente, privado de la originalidad que le hubiese rodeado de no haberse transcrito aquél. Su sencilla disposición tiene dos partes. Una breve y directa —ni siquiera se apela al lector— introducción sitúa al tipo en el contexto grupal costáneo demostrando su nula singularidad, el conocimiento general de lo que va a describir y los procedimientos de que se sirve el costumbrismo para asimilar —aquí, la perspectiva desenfadada— lo que pudiera ser rechazable:

Puesto que la época es precisamente la de empinar el codo, vamos á dar la teoría de la turca para conocimiento de los aficionados (p. 19).

la pretendida objetividad aportada por el cientifismo:

El trinquis está sujeto como todas las cosas á exactos principios sistemáticos, en sus distintas fases y grados. (p. 19)

y el sumario de las variedades que se van a "estudiar"

He aquí los estados que comprende y sus exactas graduaciones en escala ascendente.

Sobrio—confortable—animado—alegre—muy alegre—chispo—muy chispo—borracho—muy borracho—estúpidamente borracho—Turca mortal. (p. 19)

De la segunda parte, donde se da la descripción de los "caracteres" anunciados, puede servir de ilustración este fragmento correspondiente al "animado":

Caracteres: Se empieza á hablar, observaciones, insistentes y exactas, es el mas alto grado de fuerza del raciocinio [...] Es una especie de aurora mental que anuncia la salida del sol coloreando con su fantástico tinte, los nacarados horizontes del Alegre... (p. 1c)

"El aguinaldo" (93), de Masonero Romanos se reproduce a los veintiséis años de su publicación original y, aunque se pueda explicar por la relativa proximidad a las fiestas en que se practica tal costumbre, viene a ser índice no sólo de la penuria de materiales costumbristas en El Saldubense de 1859 sino también de las afinidades que a grandes rasgos parecen tener sus redactores con la forma de ver la realidad propia de El Curioso Parlante.

"La fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro" (94) se debe al Julio Alvarez y Adé colaborador del Semanario Pintoresco Español y responde al mismo tipo de artículos allí publicados para divulgar desde Madrid las tradiciones y costumbres aragonesas. "Costumbres populares" es el rótulo --el mismo que solía aparecer en el Semanario Pintoresco-- con que se anuncia el presente, que busca los mismos objetivos pero de cara a los lectores zaragozanos pues se anuncia como escrito expresamente para los de El Saldubense. Quizá debido a la proximidad entre Pina y Zaragoza, quizá porque el tiempo impone la modificación, quizá porque el autor tiene vinculaciones personales con la villa, el caso es que no se aprecian rasgos denigratorios ni actitudes despectivas en la descripción de lo rústico como ocurría, por ejemplo, en 1842 con "las fiestas del lugar", de Un aficionado lugareño, artí-

culo con el que el de Álvarez y Adé guarda bastante relación temática (95). Tampoco parece necesitar el autor ningún artificio que justifi que su contacto con el medio rural, frente a lo que demuestra en la reproducción del artículo para el público madrileño en 1803 (96), con traste a partir del cual la temática aragonesa quedaría en segundo plano ante la importancia de lo rústico, el momento en que es abordado y, en gran medida, la localidad del vehículo de difusión.

Las dos últimas partes de las tres que componen el trabajo vienen a ser una circunstanciada relación que hoy denominaríamos folklórica. La primera, que sirve de introducción, aporta el marco mínimo para poder catalogar el conjunto como costumbrista: sitúa al narrador en el medio rural y, aunque no queda claro si en su habitación —como es lo habitual— o al aire libre, con los indicios suficientes para advertir que no se halla de paso o contra su voluntad y que conoce perfectamente lo que va a describir:

Agradablemente entretenido en la pintura encontrébase yo la mañana del 23 del pasado junio: el ruido de las campanas que alegremente volteaban en la torre del pueblo, precedido el toque de oracion, me hizo conocer que me hallaba en la hora del mediodia, cuando mis oidos creyeron percibir y en efecto no se equivocaron, los ecos de la chillona gaita acompañada del monótono tamboril: era el exordio de la fiesta de San Juan cuyo principio tenia lugar entonces dando una vuelta al pueblo ambos instrumentos conmoviendo al vecindario, y como quien dice: preparaos (p. 1c-d)

Anunciado el tema al tiempo que se comunica, el narrador funde también su acción con el asmodeísmo y selecciona un público determinado con una validez en sí misma que la convierte en objeto de informes folklóricos.

Solité los pinceles, y cogiendo la pluma me propuse desde luego tomar apuntes de los incidentes más notables que ocurriesen en tal función para poder presentar á los lectores del SALDURENSE esta descripción, aunque desaliñada de dicha fies

ta, que bien merece consignarse, siquiera sea por su origen y demás circunstancias particulares que la acompañan (p. 1d)

La segunda parte está dedicada a dar cuenta de los festejos: las vísperas a las tres de la tarde, la comitiva formada por quienes a ellas asisten, el traje de algunos de sus componentes —"de la época de Carlos III"— y a propósito del cual se alude a la transformación y desaparición de los usos populares—, la marcha hacia la casa del "mayordomo conservador", la publicación, al anochecer, del bando por el que se invita a los cofrades a tomar un "refresco" —lo que también provoca un excursus para explicar al lector el término con que es denominado tal refrigerio—, el canto de las "albadas" que comienza sobre las diez, las rondas nocturnas; la convocatoria a la primera misa, los primeros tiros de las escopetas de los cofrades, la conducción del toro ensogado hasta la plaza por parte de los mozos, la preparación, ante la casa del mayordomo conservador de

una cuadrilla de danzantes compuesta de seis moros y seis cristianos con sus obligados mayoral y rabadan acompañada de los sargentos, gaita y tamboril ... (p. 1d),

el reparto del refresco a los cofrades:

dos grandes trozos [de rascón] a cada uno, y otros dos vasos de vino blanco por cabeza ... (p. 2a),

la distribución de pólvora, el "alarde"

impropiamente llamado procesión, pues ni va capitulo, ni a cruz parroquial: consiste en una cuadrilla de mozos que trean amarrado al toro y que forman, digámoslo así, la vanguardia de aquella grande masa [...] ; el bicho [...] ; los cofrades [...] ; sargentos de uniforme y alabarda, danzantes, gaita y tamboril, pendon de San Juan, la efigie del santo [...] ; sigue la bandera de la cofradía y cierran la comitiva como presidiendo los mayordomos. (p. 2a),

el recorrido del "alarde" por las calles del pueblo, el encuentro de

los toros con los "páiros" o peleles sostenidos de ventana a ventana a los que amurcan los bichos y contra los que disparan los escopeteros, la evolución del cortejo en forma de "caracola" cuando llega a la plaza, las distintas descargas de escopeta, una de ellas cuando el santo entra en la iglesia, la misa cantada para los cofrades, el agasajo con chocolate al celebrante y acompañantes, la misa conventual con sermón, los "dichos"

á la puerta del conservador en presencia de la imagen del santo y en loor del cual se citan los mayores elogios respecto á su vida y virtudes ... (p. 2a),

tras los cuales se efectúa una "danza ó pasa-calle"; tras las vísperas, por la tarde, tiene lugar la "verdadera procesión de San Juan", a cuyo final se lleva la bandera de la cofradía a la casa del nuevo mayordomo para tomar posesión de ella, ante la puerta se ejecutan "unas mudanzas de dance", se retiran todos y los danzantes siguen bailando hasta el anochecer delante de varias casas. Como ha ocurrido en otras ocasiones, el autor excita en ésta su comentario erudito sobre la melodía utilizada ese día por los danzantes de Pina:

es exactamente la que se tañe en Valencia en casos análogos cuando hay funciones de moros y cristianos ... (p. 2b).

Con él, acaba la segunda parte y comienza la última, perfectamente señalada --incluso con un guión que separa los párrafos-- y en la que el trabajo se decanta hacia lo erudito:

Hasta aquí la fiesta tal como es en sí: respecto á su origen y conservación nada con entera certeza hemos podido averiguar; Únicamente se sabe por tradición, que se instituyó en memoria de la expulsión de los moros ... (p. 2b).

Entendida la "costumbre" como uso arqueológico, el autor lanza hipótesis sobre su origen, da a conocer la investigación realizada con informantes y documentos --transcribe dos de ellos--, especula sobre los motivos de la expulsión de los moriscos intentando trascender la vere

sión tradicional:

sería muy duro suponer y la misma humanidad se resistiría á creerlo, que solamente por profesar distinta religión se apoderaron de aquellos desgraciados causándoles tan graves perjuicios en sus personas y en sus intereses. (p. 2b-c)

y concluye con la síntesis, en un párrafo, del valor que encierra lo referido en este trabajo que va de lo costumbrista a los pinitos de erudición pasando por el informe folklórico:

para el foresterero que se halla en Pina el día 24 de junio, ó por primera vez, el aparato de la espresada fiesta, no de ja de sorprenderle; bien seguro que en Aragón no se encontrará otro pueblo en que se celebre tan raramente el día de San Juan. (p. 2c)

4.3.1.2.4.- 1860

4.3.1.2.4.1.- Continúa la escasez de textos costumbristas plenos.

Gacetillas con apuntes de tipos: el rico, la cursi.

Tampoco es muy abundante el material estrictamente costumbrista de El Saldubense en 1860. Cabría destacar las breves descripciones de tipos que suponen gacetillas como "Vida de un hombre rico" (97), en verso y de Emilio de Miró, carente de un marco que compense su esquematismo y su tendencia a la superficialidad y que refuerce la pintura que supone de la burguesía bien acomodada realizada por la pequeña

Para que calme su enfado — despide á un criado [. .] — Come con mucho talento, — porque en esto es un portento. — Se acicala, se perfuma, — y un buen cigarro se fuma. — Con tres amigos ó cuatro se va despues al teatro. — Aunque no entiende una jota, — silba, aplaude y alborota. [. .] — AS(viven mas de ciento — que dicen tienen talento. (p. 1c-d)

Parecidos caracteres reúne "La cursi" (98) de José Santos, con la sola diferencia de estar formulada en primera persona, lo que convierte en algo forzado la condena del tipo, por otra parte la rima, como suele ocurrir en las gacetillas en verso:

Yo soy la que cada noche — cuento cien novios ó mil, — á pesar de no haber visto — un figurin de París. — Yo soy la que lleva cocas, — aunque á nadie se las ví — y un mirriñaque de esteras — sobre el cual suelo dormir. — Yo soy la que nunca falta — á los bailes de candil, — aunque empeñe la camisa — para poder asistir. — Gasto joyas de plaqué, — y vestidos de cutí, — mantones de no me toques, — y zapatillas de dril. [..] — Almas sensibles, que un día — vereis de mi vida el fin; — cuando á mi tumba modesta — vayais en un calesin, — derramad solo una lágrima — por esta cursi infeliz, — que vino á ser el escarnio — de este mundo baladí. (p. 3b)

Tanto o más orillados en la historia del costumbrismo aragonés quedarían los pseudotipos con nombre propio que escribe Victoriano Martínez Muller (99).

4.3.1.2.4.2.- El literato y la función de la prensa. Expresiones usuales. Textos eruditos y retrospectivos. Fisiología humorística: la mujer histérica. Amores de final desgraciado.

En "El poeta" (100), Joaquín Tomeo y Benedicto intenta dignificar lo que pretende ser él y, al menos, consigue no desdibujar el tipo del literato con sus habituales lirismos pues traza un artículo a caballo entre la defensa y la descripción costumbrista. De ésta posee el lema —tomado de un drama inédito del autor—; la introducción en la que va aludiendo a los posibles enfoques del tipo a propósito de su exclusión en ese momento para centrarse en

esponer en globo el todo de que se compone, trazar la figura

sin detenerme en sombras ni detalles. (p. 1a);

la perspectiva histórica que sirve para contrastar el pasado, aunque:

no ha concluido por completo ese tinte de desden con que cierta clase de la sociedad, solo cierta clase, mira al poeta. (p. 1a),

cuando el vate

vivia en el desorden mas completo, en una completa orgía, y de allí iban á sacarle los amigos de bufonadas y agudezas, de la misma manera que hoy se hace con un ciego romancero (p. 1a),

con el presente del autor, para quien el poeta ya

no es el hombre záfio que se rebaja con servilismo; hoy el poeta es orgulloso, sí, pero con ese orgullo que dá el talento: las sociedades mas escogidas le buscan; es introducido en los mas elevados círculos; basta su nombre para adquirirse simpatías, amigos y favores. (p. 1b);

los criterios que permiten establecer qué variedades de poetas no entran en el número de los socialmente respetables y forman "esas ramas bastardas" como la del

jovenzuelo que á los diez y seis años juzga los talentos desde la mesa de un café, hace leyendas y aun dramas; critica la modestia y se burla del saber que no comprende en su ignorancia (p. 1b),

la del "que cree que para ser un gran genio basta con correr de orgía en orgía y de escándalo en escándalo" (p. 1b), o la del "que prostituye sus cantares con el más asqueroso servilismo." (p. 1b), modalidades todas ellas presentadas como rechazables pero coetáneas y que en realidad no difieren mucha de la que da por periclitada históricamente, con lo que la dignificación del tipo no provendría de una evolución sustancial sino de un cambio en su estimativa y ésta se debería, co-

no es obvio, a que la propone el grupo social al que pertenece el autor, dispuesto a revalorizar todo lo que le atañe y sería posible gracias a que controla la prensa que es el medio con el que en esta ocasión se lleva a cabo; igualmente, casa con la mecánica del género la pintura positiva que sigue a las desprestigiadas y que —era de esperar— es una reelaboración del concepto romántico de poeta ahorrado por los parámetros de la respetabilidad burguesa. A la singularidad que le atribuye Tomeo,

El poeta es el que desde su edad mas tierna, siente en su interior una sensación de entusiasmo inexplicable por todo lo grande, por todo lo bello (p. 1b).

se oponen los puntos de vista de los mortales comunes o "jueces", como dice el autor:

Se le juzga en los cafés, en las tertulias, en los paseos, al verle pasar se le mira como un objeto raro, si el poeta es satírico, se ríen con solo verle, si es melancólico, se ríen también y le llaman loco. (p. 1b).

comentarios contra los que se alza la, más que lamentada, orgullosa - incomunicabilidad del tipo;

Nadie dice: Desgraciado de él, que está destinado á — que todos le juzguemos y á que pocos le comprendamos (p. 1c).

su entronización como ente de connotaciones sacerdotales —el "elegido"— y la apelación al testimonio de los representantes de esa minoría agrupados en las "dos pléyades" de la época entre quienes quisiera figurar Tomeo y con cuya mención concluye el artículo:

Junto á los autores de los Amantes de Teruel, Rosmunda, El Zapatero y el Rey, D. Alvaro ó la Fuerza del sino, Los -

partidos, El Trovador y el pelo de la Dhesa puede poner las preciosas creaciones, Verdades amargas, El Tejado de vidrio, La Oración de la tarde, Virginia, D. Tomás; sin que ni Herckenbuch, Zárate, Zorrilla, Rivas Vega, Gutierrez ni Breton, se desdeñen de deponer sus liras laureadas, junto á las de los Equiláz, Ayala, Larra, Tamayo y Serra, porvenir y Gloria de la escena española. (p. 1a)

Queda así dibujado el tipo del literato ("poeta", según la terminología epocal): cuyo contexto de modelos de ciudadanos que diseña la sociedad de las clases medias puede advertirse, sin salir de 1860, en trabajos no costumbristas como "El maestro" (101), de Mariano Ferruz y Gómez, que roza el género al mostrar su trascendencia para la educación y la cultura:

Si algun cargo publico merece toda clase de consideración de la sociedad y la protección de los gobiernos, es sin duda alguna el del maestro de primeras letras (p. 1a)

"Los periódicos" (102), del que se responsabiliza José Santos y que sistematiza sin ninguna de las limitaciones advertidas en "El poeta" el protagonismo decimonónico de la prensa como lugar privilegiado de encuentro de la historia, la razón, la libertad y la ciencia hasta adjudicarle uno de los atributos más efectivos y respetables, el pararreligioso, antes prácticamente exclusivo del poeta y del literato:

Creo que el periodismo es el sacerdocio por excelencia, el noviciado del poder, el torneo de todas las inteligencias privilegiadas, la tribuna mas augusta, el rey de la — opinión publica y el ques ego de la época (p. 1a)

El envés de estos "mensajeros de la civilización" que "envían hoy la luz al mundo entero" y, al mismo tiempo, el desdoro de las producciones de los "elegidos" o poetas vendría dado por "El romance" (103), también de José Santos, que supone un furibundo ataque contra la lite

ratura de cordei. Como si ésta amenazase los fundamentos de la sociedad, es calificada de "lectura Basterda" —emparentada con lo escrito por "las ramas bastardas" de los poetas—, inmoral, carente de méritos literarios y lingüísticos, "borron de la literatura" en medio de un signo que "blasona por todos los ángulos, de ilustración y de progreso" (p. 1b) y otras lindezas que la convierten en "el antagonista de la época; la burla de la ilustración." (p. 1c) Si el "buen gusto" no es un criterio absoluto ni intemporal sino referencia epocal e ideológica, el trabajo de Santos iría más allá de la nota antirromántica que implica el ataque de un modo popular de crear y consumir literatura o paraliteratura y supondría una desmesurada reacción defensiva proporcional a la peligrosidad detectada o intuida en los usos populares incomprendidos o temidos —y aquí se impone la equiparación con el trato otorgado a lo rústico— pues la condena del "romance" no sólo pide "cerrar el paso" a tales "intolerables paparruchas", declararles una "guerra abierta, guerra tenaz" y conseguir su "desaparición" sino que es total e indiscriminada y se fundamenta en una moral tan indefinida e incuestionable como eficaz para sancionar el exterminio de lo que la sociedad burguesa no puede asimilar ni controlar, todo ello —evalado con la aparente objetividad adoptada en la identificación del cuerpo del delito:

esa especie de hojas volantes, que solo pueden dar materia á una prensa olvidada y enmohecida, y son el producto de — una imaginación muerta, aguzada por el hambre.

[1.3.] Una relacion, las mas veces fingida, casi siempre falta de verosimilitud: un conjunto de cantinelas, donde obra la inmoralidad: la descripción de un hecho desfigurado, donde la atrocidad abunda: un cuento sin gracia: un engendro en fin de disparates. (p. 1a)

La variedad costumbrista del artículo ligado a expresiones costá

neas y vertebrado por las modulaciones de su uso estaría representado por "Cualquier cosa" (104), discreta gacetilla de Emilio de Miró que cuenta con su introducción sobre las connotaciones de lo lexicalizado, con sus dos diálogos como prueba, uno ambientado en los comentarios que se intercambian durante una visita a propósito de un novio plantado y el otro en el marco de un concierto tras cuyo refresco se gesta una conversación de alcance más general y alusivo:

-Vamos, refiere Ud. cualquier cosa de política.

-Ay, señora, no sé por donde empezar.

-¿Pues qué pasa?

-Friolera! empezemos por España: la guerra, la paz, O'Donnell, el ejército, el pronunciamiento carlista, Ortega, Montemolín: salgamos de España.- La actitud de Napoleón, la de los ingleses, la del Papa, la excomunión de Víctor Manuel, la proclama de Garibaldi, la guerra de la India, el bombardeo de Veracruz, La América entera, la Europa, el Asia, el Africa! vamos es cosa de no acabar! (p. 2b);

y se cierra con su conclusión, lanzada explícitamente al lector, que confirma lo inicialmente propuesto:

Ahí tienes con esto, amable lector, una muy débil muestra de lo que significa cualquier cosa! (p. 2b)

Aunque apoyados en una fase aparentemente igual, quedarían fuera del género los trabajos que, a pesar de explicar el sentido de una locución, derivan hacia la erudición y, en consecuencia, se convierten en retrospectivos o abordan directamente el estudio del "costumbres" pasadas. (105)

Con méritos más que medianos podría representar al costumbrismo de las fisiologías "Los nervios" (106), de Emilio de Miró, centrado en la mujer histérica, cuyas fases-desmayo,

vapores, vahído, soponcio, patetús y pataleta— son vistas a la luz de lo cómico. Sobre la mujer no faltan los habituales textos generales y moralizadores, así como ocurre con otros temas frecuentes en El Saldubense, que este año dedica poca atención a la crítica literaria y artística y a la historia mientras ambos aspectos parecen confluir en lo que publica sobre la guerra de Marruecos (107). En fin, sin que responda a los moldes más conocidos del género, - lo cual no le resta méritos, el panorama costumbrista de este periódico en 1860 podría redondearse a propósito del extenso artículo "Las conclusiones. Cuadro de costumbres del siglo XIX" (108), debido a C. del M. y más fiable en su rótulo que D. Luis Villaseñor ó Los ecos de una aldea. Cuadros de costumbres en variedad de metros escritos por D. Marco A. Galindo Catalán. (109), también publicado en folletín pero diseñado para ser encuadernado como un volumen de la "Biblioteca de El Saldubense". "Las conclusiones" cuenta con lema y a lo largo de sus cuatro entregas presenta media docena de situaciones amorosas de final infeliz, tesis que el autor tiende a generalizar más por la insistencia que por la agudeza lingüística, no muy abundante ni gloriosa a pesar de lo que él parece creer a juzgar por las disgresiones e itorreciones que quizá pretenden el guiño de complicidad con el lector pero que más probablemente conseguirían jugar con su impaciencia, sobre todo, en la lenta y divagatoria introducción. Al margen de sus aciertos y debilidades técnicas, el artículo representaría un caso más del tratamiento agrisulce —cuando no pesimista a pesar de las claves grotescas— de los que menudean sobre los conflictos amorosos que la realidad muestra como contrapunto de los ya periclitados planteamientos románticos —frecuen

temente ridiculizados— o las inveteradas divagatas recalitrantemente idealistas sobre la mujer que escriben autores como Joaquín Tomso y Benedicto.

Emparentable con "Las conclusiones" sería "Los apuntes de un tal Gomez: Historia de unos amores" (110), firmado por Lucifer, que no carece de rasgos costumbristas —como la ubicación del escritor en su cuarto, la aparición del criado que ^{int}rumpe su actividad y el recurso del material que le remite un amigo para que lo publique en el periódico— aunque se desarrolla como relato, y en el que lo significativo en esta ocasión es el enfoque bufo basado en la comicidad mecánica de los golpes físicos que recibe el protagonista. Parecida vinculación puede establecerse con "Historia" (111) de José Santos, donde si el amor no es imposible, queda confinado al enquistamiento traslucido en la ridícula conversación que el autor ofrece como diálogo presenciado —y con rasgos prácticamente costumbristas— entre "una petimetra con todas las condiciones de romántica" y "un pisaverde de 17"; ella, redicha pero no tonta con la Biblia como código traído por lo pelos según le interesa; él, castigador envarado aunque la rebaja que le han efectuado en su sueldo de escribiente le aleja cada vez más de la boca; los dos, degradadores del cándido amor tanto por la atención prestada al dinero como por el uso de vulgarismos que cercenan el tono libresco de la charla.

4.3.1.2.5.- 1861.

4.3.1.2.5.1. Escenas. Relato costumbrista: lo rústico, va-
puleado; costumbrismo y etnografía: el rústico
riojano, alabado; escenas concatenadas sobre el
amor problemático; necesidad y servidumbre de -
un uso social: las visitas.

Durante 1861, el costumbrismo que aparece en El Saldu-
bense experimenta un notorio aumento si se computan los ar-
tículos fronteros con el relato que, a la luz de las mues-
tras anteriores, deberían ser excluidos como "salidas" del
género o consideradas como nuevas formas. En cualquier ca-
so, estos trabajos suelen alojarse en el folletín y, por -
lo tanto, generalmente son reproducciones de lo publicado
en otros periódicos y aun de obras extranjeras. Origina-
les o no, revelan una coexistencia de la escena a un tiempo
teatral y costumbrista, de la reflexión o divagación más o
menos despegada del uso social cuya descripción anuncia y
de los artículos de tipos. Igualmente, junto a temas ya -
conocidos y a veces desde hace mucho, aparecen los motiva-
dos por acontecimientos puntuales, como la llegada a Zara-
goza del ferrocarril desde Barcelona, o las modalidades -
que introduce el progresista Eusebio Blasco, a la sazón de
unos diecisiete años y cuya presencia cada vez más frecuen-
te a partir de ahora --cuando se eclipsa la firma de Emilio
de Miró, que morirá a comienzos de 1862-- coincide signifi-
cativamente con la constante elevación en el número y la -

calidad del costumbrismo que publica El Saldubense y su continuación, El Aragón (112).

"El concejo de mi lugar" (113), de Farodes, puede ejemplificar el caso máximo de elementos dramáticos en una escena costumbrista entre las que publica este año el periódico. Anunciado como "Cuadros del país", aborda la temática de lo rústico para denigrarlo, más allá de su utilización cómica y en la línea de lo apuntado por Mesonero en "Una junta de cofradía". Aquí, la pretendida objetividad de lo pintado se logra precisamente por el ocultamiento de la mano del autor —lo cual explica la peculiar vinculación al costumbrismo de lo que escribe—, quien ofrece un diálogo puro entre el alcalde, el alguacil, el maestro, el ex-alcalde, un concejal, un procurador y varios vecinos, al que sólo añade las acotaciones y una introducción que se limita a ser estrictamente la acotación inicial. Los efectos de sainete se logran mediante el uso caracterizador del castellano vulgar, el grotesco autoritarismo del alcalde que quiere arreglar su calle y las desafortunadas intervenciones del maestro-secretario cuya pedantería aumenta la confusión,

MAESTRO.— ¡Silencio, ciudadano.

VECINO.— Cuidao con poner motes, señor maestro!

MAESTRO.— Yo no le he motejado á usted.

VECINO.— Usté me ha llamado ciudadano; y sepa usted que, con mucha honra, por mar y por tierra, yo me llamo Juan Pandejo donde que nací (p. 2a),

al tiempo que contribuye a que quede en artículo anti-rústico lo que podría ser parodia de los usos parlamentarios o ridiculización de su adopción en el medio rural.

Muy distinto es el enfoque elegido por Bernabé España para tratar las costumbres del mismo tipo de ámbito en "Los rústicos cameranos" (114), pues se aproxima a lo que hiciera Alvarez y Adé en 1859 con "La fiesta de San Juan en la Villa de Pina de Ebro" en lo que tiene de etnografía e incluso se asemeja a él por los vínculos de ambos artículos con la prensa madrileña (115). No obstante, el de El Riojano —que es como firma España— además de indicar el interés que suscita en Zaragoza lo de otras provincias no aragonesas, supone algo totalmente nuevo al trascender la mera descripción y al superar los tópicos sobre el mundo rústico y aproximarse al ensayo antropológico y sociológico. Y esta orientación del tema plantea otra vez la cuestión —de los límites del género pues, estrictamente, "Los rústicos cameranos" no responden a los moldes habituales a pesar de su aplicación a una zona muy concreta y de sus pinturas aisladas de quines en ella viven, si bien no disuena del conjunto de artículos que rondan lo etnográfico. Prescindiendo de lepodantería con que El Riojano recuerda lo que ya ha escrito sobre Cameros y con que califica lo que va a escribir (116), la introducción promete una "pintura" de "la vida, los hábitos y las cualidades que mas resaltan en los aldeanos ó labriegos de aquel liberal y pacífico país" (p. 3b) pero, en realidad, los cameranos quedan en segundo lugar, no por la perspectiva del lector actual que advierte que la mayor parte de lo dicho se puede aplicar a cualquier otra zona, sino por el uso que el autor hace de ellos —casi como simple ejemplo verosímil o verídico— para teorizar sobre la oposición y relación entre lo rural y lo urbano. El encendido tono del elogio de aldeanos podría entenderse en razón de la patria chica del autor pero no tendría tan sencilla explicación y habría que buscar

la en la época en que se escribe la faceta del rústico ape-
gado a su terruño y amante de él. El Riojano obvia cons-
cientemente la imagen idílica del campo para plantear el -
tema en condiciones de ser juzgado "objetivamente". A una
presentación del rústico camerano tal como lo conocería el
hombre de ciudad, sigue la novedosa forma de protesta por
el desprecio que el segundo suele sentir hacia el primero
mediante la pregunta básica, "¿Sois mas felices?" (p. 3b),
que se formulará al final del trabajo tras una serie de -
consideraciones en las que se sugiere al lector urbano que
contemple al rústico desde la perspectiva del rústico. -
El procedimiento perspectivístico se aprovecha al máximo
pues, si El Riojano concede que el camerano es ridículo en
la ciudad, inmediatamente recuerda la inadecuación del ur-
bano en el campo. La operación mental no es gratuita; tie-
ne un resultado doblemente interesado. En primer lugar, -
permite atribuir al rústico una serie de virtudes de las -
que su oponente carece o posee aminoradas o en trance de -
desvirtuación: así, el arraigo en la zona de los "conoci-
mientos morales",

de las ideas del deber y del derecho; de las obli-
gaciones del hombre para con Dios y sus semejan-
tes; en una palabra, de todo cuanto concierne á
los principios fundamentales de la familia y de
la sociedad (p. 3c);

así, la perfecta adecuación al medio natural frente al ar-
tificioso mundo urbano:

el labriego se espresa á las mil maravillas; desen-
volviendo su caudal de conocimientos, con una no-
menclatura tan propia cual hacerlo pudiera el más
hábil y experimentado naturalista.

... ..

en la vida de las grandes ciudades la naturaleza no entra; el arte la encubre ó la transforma...
(p. 3a)

así, frente a la información instantánea y pasajera del -
ciudadano, el vigor de la memoria ancestral del camerano:

él sabe todo lo que su padre, como éste sabía -
cuanto su abuelo; merced á las veladas en que reu-
nida la familia en torno de la lumbre de la chime-
nea, escucha enbelesada y con el mayor candor y
docilidad las narraciones del canoso anciano car-
gado de años y de experiencia (p. 3a);

así, la laboriosidad proverbial unida a los atributos más
cotizados en los tiempos pasados y en las sociedades tradi-
cionales:

la afición al trabajo; la diligencia estremada;-
la moralidad; el respeto á las personas; la vene-
ración á los objetos sagrados, el rendimiento á
las autoridades; la cortesanía con las señoras;
y el espíritu de hospitalidad y beneficencia...
(p. 3d);

así —y ya en la segunda entrega, donde se glosan estos ras-
gos y se ilustra el que afecta al trabajo con una escena -
próxima al descripticismo novelesco—, la educación en -
los modales, la templanza en tiempo de paz, el valor en -
tiempo de guerra —y se prueba con la guerra de Independen-
cia y las carlistas—, prendas todas ellas que abocan al -
segundo de los resultados de técnica perspectivística utili-
zada y con cuyo planteamiento acaba el artículo. Refutadas
las acusaciones superficiales e infundadas con que el hom-
bre urbano juzga al rústico para arrogarse una discutible
supremacía sobre él y demostrado que el rústico es fiel al
código moral presentado como referencia absoluta, posee una

ciencia específica basada en la experiencia y en las leyes de la naturaleza y elabora su propia forma de historia y cultura al recibirlas, conservarlas y transmitirles sin mutaciones y generación tras generación, el autor, que ha prescindido tanto del trato despectivo como de la loa absoluta de lo que representa el camerano, convierte a éste en piedra de toque del tránsito de la sociedad antigua a la sociedad moderna al eludir igualmente su estudio intrínseco y proponerlo como caso significativo y a favor del que quiere que se decante el lector —la técnica empleada tiene a esta función, que no se opone al endiosamiento del rústico para encauzar o acallar sus posibles protestas— del conflicto entre tradición y progreso. Así, se pregunta

qué le sucederá a estos sencillos habitantes de Cameros, el día en que el elemento mercantil é industrial penetre en sus pacíficas viviendas con la construcción de carreteras, ferro-carri-les, explotación de minas y establecimientos ó fábricas superiores... (p. 4a)

y acaba formulando la duda, ya avanzada, que, objetivamente, pone de manifiesto la que toda la sociedad moderna expresaría pero que, dado el funcionamiento del artículo —a la larga, ¿para qué lo escribe El Riojano si no?— parece sugerir una respuesta subjetiva favorable a la tradición o, si se quiere, indicar con esta opción formal un descargo de conciencia de quienes necesitan destruir un modo de vida para crear otro al que precisan transferir el prestigio y la coherencia interna de los valores de la víctima:

Transformaciones semejantes se han verificado ya en otros países, y esa transformación que ha comenzado, se completará mas ó menos tarde en los

territorios montañosos. Entonces se cambiarán - las costumbres, las ideas, los hábitos y los mo- dales de nuestros labriegos de Caneros; y serán sus pueblos mas ricos, mas brillantes, mas nume- rosos; pero serán mas felices... (p. 4a)

"Las dulzuras de Himeneo ó escarmentar en la ajena" - (117), quizá de José Santos, es un caso similar al de "El concejo de mi lugar" en lo que tiene de estructura teatral pues, además de estar dividido en tres actos, lo que ofrece en lugar del lema revela su carácter dramático:

Plan que tengo concebido para hacer una comedia.
(p. 2a)

aunque, en realidad, nadie habla y todo el artículo es una acotación por lo que viene a suponer el extremo técnico de aquel todo diálogo (118). El trabajo, con una andadura - muy lineal, a la que el ir en verso no estorba, no deriva hacia lo narrativo y puede contemplarse como la concatena- ción de tres escenas costumbristas en torno a la problemá- tica del amor y el matrimonio que no escasea en estos años. En sustancia, D. Silvestre es el padre, comerciante; doña Tiburcia, la madre, de rancia estirpe y carácter fuerte; - Luscindita, la hija de ambos, mimada, hermosa, frágil y ob- tusa; Narcisito, el enamorado, honrado, tímido y pobre,

...un aspirante
á tenedor, ya que apenas
logra extraer de la cuchara
cuanto sus tripas desean (p. 2b);

...y don Onofre, el otro pretendiente, viejo, feo, reumático y rico. A la presentación de tales personajes-tipo, sigue, en primer lugar, la situación titulable en términos costum- bristas "El novio de ventana", con la espera, las miradas

entre el que pasea la calle y la que sale al balcón y la criada vizcaína que los conecta mediante el billete amoroso. El segundo acto —ya en la segunda entrega— tiene como marco el establecimiento donde madre e hija compran vestidos. Allí se atreve a comparecer Narcisito, quien declara sus recursos en forma de arqueo, como contable que es:

En metálico... Tres pesos.
En papel Más de una resma.
En acciones .. Hay de todo:
 unas malas y otras buenas.
Muebles Lo que está a la vista.
Mas Una levita vieja.
Esperanzas ... Infinitas.
 Total Dios pague mis deudas. (p. 1b-c);

allí llega también don Onofre y ofrece dinero y joyas como si fuese pública subasta. Las dos mujeres se inclinan por él y Narciso se retira. El tercer acto, seis años después, representa a D. Onofre con siete hijos alborotadores, esposa y suegra de tiendas dilapidando el dinero y atemorizado ante ésta. Al llegar al final del artículo, el lector advierte que la sucesión de escenas-actos, aunque está vinculada por la relación de causa-efecto, el hilo argumental —es, más que débil —lo propio del costumbrismo—, potencialmente múltiple —algo que no excluye al trabajo del costumbrismo— pues entre "El novio de ventana" y "El dinero puede más que el amor" hay una relación esperable —y más en el contexto del "amor difícil o imposible" de la época— pero la situación final, que podría incidir en la ridiculización de los amores románticos, en el fracaso matrimonial de la que se guía por el interés, o en la censura típica de la suegra entre otras soluciones, adopta el tono de incipiente moraleja particular y afecta sólo a uno de los conyu-

ges y sólo por un rasgo cuando don Onofre exclama:

"¡Gran Dios!
Esta es mucha penitencia,
y si he de vivir así
ház que me trague la tierra!" (p. 2d)

y el autor apostilla:

Aprendan en este libro
los que pasan de cincuenta (p. 2d),

lo cual obliga a pensar en una solución improvisada o, quizá, en un refinamiento de la técnica de la suspensión para contrarrestar lo enquistado de estas situaciones. Trátese de impericia para solventar el mestizaje de lo costumbrista, lo narrativo y lo teatral o trátese de habilidad para sorprender al lector, en ambos casos estaríamos ante algo impropio del costumbrismo, por postergación de la función del género frente al relieve de sus componentes que aisladamente podrían seguir vinculados a él pero en conjunto sólo si se consideran como una nueva modalidad.

"Las visitas" (119), de Parcdes, es un extenso y excepcional artículo de costumbres en el que sólo aparece el elemento narrativo de forma accidental y siempre en función de la pintura de tipos o escenas. Precisamente es el tratamiento de estas dos variedades del género lo que impediría ver en "Las visitas" una simple y discutible regresión por el hecho de que coexistan con posterioridad a la consagración del subgénero de tipos que supone Los españoles pintados por sí mismos. El artículo, que se reparte en siete entregas, consta de cuatro partes dedicadas a variedades significativas de uso social que anuncia el título y gira en torno a la temática amorosa en el caso de los jóve

nes y económica en el de los adultos. Globalmente, más - que una mini-serie de escenas, podría considerarse como un tratamiento de éstas al modo de los tipos en el caso de - las fisiologías: como variedades, modulaciones o aspectos de la costumbre básica seleccionada. Sirve de marco al - conjunto la reflexión costumbrista o introducción general, donde Pareés teoriza sobre la trascendencia del asunto. - La ironía crítica de su actitud ya se advierte en los frecuentes términos subrayados, preludio del simbolismo de - los nombres propios que sacará a relucir después. Abre el artículo apelando al lector, a quien no reduce a la condición de destinatario pasivo de sus palabras sino que lo - convierte en sujeto activo y potencial de las visitas sugiriéndole el distanciamiento suficiente para que perciba su sentido, es decir, proponiéndole que se disponga a ser guiado al modo asmodeico:

Pónte los guantes, lector; sacude el blanco polvo de la levita que llevabas puesta cuando despachaste el último correo (supongamos que eres hombre de pró); calza las charoladas botas que de fijo posees, ponte majo en fin, porque hoy es domingo, no hay negocios en la plaza y nos vamos á hacer visitas.
(p. 2a)

A la invitación, sigue la crítica enunciaci3n de las ineludibles pautas que marca el grupo social al ciudadano medio que quiere diferenciarse del "mozo de cuerda que ha sacado un premio gordo á la lotería" (p. 2a), pautas de identidad que, sin añoranza, denuncian la pérdida de unos valores auténticos y la hipocresía con que se utilizan otros: la prosperidad de un negocio se cifra en su abandono temporal para cumplir con los formalismos sociales; el individuo es -

empujado a anularse como tal en aras de intereses sociales reducidos a puro formalismo; la amistad queda postergada - ante las exigencias de lo que se denomina "buen tono". Se mejante forma de considerar el asunto implica no sólo la posibilidad de contemplar la deshumanización del ritual si no también la manera de fraguarse y consolidarse un sistema de valores dados como indiscutibles cuando no pasan de ser mínimas e interesadas concesiones. Declarado el sentido del código, Parodcs puede relativizar tanto la transcendencia como el ridículo de los correspondientes usos pasados y por venir, optar por el tiempo que le ha tocado vivir,

!Quince años de ahora son veinticinco de en tonces...! Y si me dan a escojer me quedo con los primeros. (2ª entrega p. 1b)

y convertir el artículo en un toque de atención sobre las modernas servidumbres, dado que

El libre ciudadano de nuevo cuño mira con ojos de lástima al esclavo realista de aquellos tiempos, como si [...] su condición hubiese mejorado, ó sus rentas crecido (2ª entrega p. 1b),

de forma que el conciudadano trueque su ingenuo optimismo en visión más clara de su actuación:

Aplicate el cuento, lector, y si te decides porreir, suspéndelo por unos momentos, porque va mos á entrar de lleno en el asunto, y el asunto es muy sério, tan sério que la menor sonrisa le desfigura (2ª entrega, p. 1d)

Tras este aviso-moraleja que cierra la introducción, comienza la descripción de la primera variedad de la costumbre se leccionada: "la visita de rigor". Anunciada en términos mercantiles como "género", supone el contacto entre la antigua nobleza de sangre y la nueva aristocracia económica.

Consiste en la descripción de una escena que supla la acumulación de absurdos con que habría que definir el vínculo que une a dos familias provincianas —algo menos que amigas, algo más que conocidas— representadas por los tipos de "Doña Epifanía Mijo de Soconusco" y "doña Severa Cueto de Guzman". Ambas son degradadas en la pintura de Paredes. La primera, esposa de un rico comerciante, según se dan a conocer los detalles del escudo heráldico a que aspira: barra de hierro dulce, caldera vieja, gato —a falta de león rampante o raposo—, "un rosario de peluconas de don Félix Utroque" a modo de toisón para la orla y "un pañolón de Manila en defecto de un manto santiagués". La segunda, por la grotesca representación del que corresponde a sus apellidos:

Quién toma la torre por un barril de aceitunas; quién por un balde de un tabernero, á unos les recuerda el tajo de un herrador, á otros el yunque de un herrero, á éste un cuébano pasiego, al otro la cubeta de un zapatero, y en su afán etimológico, no falta quien le compare con el tamboril del renganche, (2ª entrega, p. 2d)

El encuentro de ambas surge cuando doña Epifanía,

enterada por su libro de memorias de las visitas con quienes está en descubierto (técnicos), se ha decidido por cumplir (id.)... (3ª entrega, p. 1b)

Con su sombrilla, su abanico y su tarjetero, se dirige a casa de "la de Guzman". Tras estrecharse ligeramente las manos, según es preceptivo, intercambian las frases de rigor para ratificarse en su posición social y zaherirse cuanto pueden aunque las victorias son pírricas y el autor sojuzga a una y otra —¿por su clase social? ¿por ser provincianas?— con un léxico autodescalificador:

— [...] ¡Qué bromas! ¡qué bailes! Aquella gente [la que va a los baños] parece que no tiene prencipios.

— Por supuesto que no los tiene, y por aquí sucede lo mismo; una mescolanza que naide la entiende. (3ª entrega. p. 2a)

Una vez indicado lo representativo del ejemplo y que huelgan más detalles por ser suficientemente conocidos, Pañedes se dispone a describir la "visita de confianza". El prelude de esta segunda escena es otra apelación al lector-compañero de viaje en la que se le recuerda el aire más relajado que se precisa para la visita, el atuendo —guantes más oscuros o sin ellos, corbata un poco más floja, botas de becerro— y la hora, que no será ni la de la comida ni la que emplean las señoritas en la toilette, costumbre femenina ésta sobre cuya inviolabilidad y función se hacen algunos comentarios. De nuevo, a la doble vía del lector que visita y lee de los tipos que visitan y son descritos, se añade la coexistencia de los dos subgéneros más conocidos del costumbrismo. Tampoco falta la descripción preliminar y a partir de la acción de "doña Narcisca y su linda polluela" y la de las dos amigas de ésta y su madre. Alguna nota tónica sobre la pobreza del autor queda mechada entre las palabras irónicas que le definen más cabalmente — cuando alude al revuelo del encuentro de las jóvenes o de los besos que se reparten:

Buenos son los besos; pero no deben prodigar se demasiado; entre la prodigalidad y despilfarro apenas hay término medio, y por último, ninguno tiene derecho a lo supérfluo, mientras todos no tengamos lo necesario.

Hé aquí una máxima capaz de acreditarnos de socialistas, considerada en el orden político.
(4ª entrega, p. 1c)

Paredes deja de lado a las mamás, pendientes "de la subida de los artículos de primera necesidad", y reproduce, con breves acotaciones, la conversación de las hijas sobre amoríos. La escena, ocupada principalmente por el diálogo de las pollas, enfila su conclusión cuando se interrumpe por el de las madres:

— ¿Te acuerdas, Carolina [...] a cómo costó la vara de percalina para el vestido que le regalamos á la cocinera el día de tu papá?
(4ª entrega, p. 2c)

y llega la hora de marchar:

— Pón los huesos de punta, Carolina, que tu papá nos estará esperando. (4ª entrega, p. 2c)

Transcritos los pormenorizados y verosímiles saludos, Paredes aleja a su guiado de la escena:

Los últimos ósculos se pierden en la escalera, en donde las dejaremos, lector.
Conozco tu temperamento y quiero evitar una imprudencia (4ª entrega, p. 2d)

La tercera parte está dedicada a la "visita del pésame", que es tratada con una ironía suavemente degradadora y sin que la escena se convierta en algo bufo. La introducción es una descripción de lo que se ofrece a los ojos del lector-visitante, a quien se dirige Paredes, como se puede comprobar tras hacerse cargo del panorama. Todo sucede "en un salón á media luz, adornado comm'il faut". -- Una señora de riguroso luto preside la escena desde el centro de "un muelle sofá". Todos se muestran "graves é impasibles" y cada sexo queda definido por un ritual particular:

Los hombres miran al suelo mientras tocan en el baston una mancha con los dedos, ó se afilan las puntas del bigote, ó se pasan la mano por la barba o juegan con los sellos del reloj.

Las mujeres agitan el abanico, se arreglan la mantilla, tosen de vez en cuando y miran de reojo á la presidenta del mustio comité.

(5ª entrega, p. 1a)

El silencio sólo se interrumpe cuando alguna dama suspira o algún caballero lanza

un rugido que bien pudiera tomarse por el resuello de un cetáceo, saca el pañuelo del bolsillo, cruza las piernas, y murmura: "¡Cómo ha de ser!"

(5ª entrega, p. 1b)

La entrada de nuevos portadores de pésames redondea la pintura de uso social hasta que el autor efectúa un corte en la descripción —marcado, como suele, con una línea punteada— y ofrece el supuesto diálogo que entablaría con el lector que pregunta por la razón del duelo. La crítica de la hipocresía social aparece entrelazada con tal técnica — cuando ésta sirve para conocer que el duelo es puramente formal ya que el muerto es "un Tío" casi desconocido y olvidado desde que marchó a América en busca de fortuna, fortuna que consiguió y ha legado a doña Casilda Buriezo. La escena se modifica desde el momento en que la heredera comienza a hablar con quien se sienta a su lado:

Esto es para la reunion lo que el "rompan filas" para un peloton de quintos, el "hasta mañana, señores", en una cátedra de humanidades.

(5ª entrega, p. 1d)

Entonces, y aunque a media voz, proliferan las tertulias. — Paredes pinta mediante el diálogo lo comentado en cuatro —

corros: negocios entre señores como el que

con todo conviene y todo le admira, lo mismo se trate de la elocuencia de Bellini que de la música de Demóstenes, pero que todo lo escrupuliza — si puede terminar en el diario de su casa... (5ª entr., p. 2a);

cotilleos sobre la servidumbre por parte de la señora; el tiempo, en quien ha agotado los temas; y las muestras de envidia hacia los enlutados. De resultados de todo ello el acto puede perder por momentos sus rasgos de identificación externa si tanto a los visitantes como a los visitados les acometen las ganas de reír, especialmente cuando alguien cuenta un chiste. El ceremonial de despedida es igualmente criticado por Pareés al relacionarlo con los usos pasados y las auténticas motivaciones de todos. Los visitantes van saliendo, y, ya en la calle, se expansionan criticando a los visitados abiertamente, aunque, como observa el autor dotando de mayor perspectiva a la escena:

Ni á uno se le ocurre una palabra sobre el papel que ellos han desempeñado en la comedia (6ª entr., p. 1c)

Cierra el cuadro la esperable apelación al lector, a quien se le hace caer en cuenta de la falsa moral coetánea:

!Magnífica apoteosis de la humanidad ilustrada! (6ª entr., p. 1d)

El último ejemplo de visitas pinta, conjuntamente, la motivada por amores y la preceptiva de despedida cuando se va a emprender un viaje. El tipo que las lleva a cabo es

Alfredo,

pollo incipiente con aspiraciones á hombre formal [. . .] , con el pelo escarolado, pantalon con crecederas, gaban con más vuelos que una golondrina, sombrero abarquillado, guante de color de calamina, botas de flamante charol y baston de sándalo. (6ª entrega, p. 14)

La técnica usada en este caso por Faredes, es, como en los anteriores, distinta a las demás. Aquí se comienza in medias res y por el momento crucial de la anécdota: cuando el caballere te pregunta por la señora de la casa, doña Tadea, autora de los días de Luisita, una polla por quien suspira desde que coincidió con ambas en una excursión en ferrocarril por tierras de León. La estupidez del uso social de la visita es mostrada por Faredes haciendo que Alfredo crea necesario incluir a su adorada entre los que son avisados del viaje a Torrelavega —ridículo en el contexto— que su padre le ha prometido como acompañante. To dos estos precedentes se dan a conocer al lector mientras Alfredo espera ser recibido por Doña Tadea. Como era de suponer, el petulante aprendiz de hombre queda corrido — cuando la mamá de Luisita demuestra no saber con quién está hablando. Una vez enterada, apenas puede contener la risa ante la afectada e ingenua exposición de los motivos de la visita. Alfredo presume de corazón baqueteado pensando que puede ser escuchado por Luisita, se engolfa en descripciones anímicas que jamás ha sentido, se trafuca y... recibe un jarro de agua fría:

—Dispense V., amiguito, que me llama la cocina, exclamó doña Tadea, cortándole su inesp-

rado discurso y lanzándose fuera de la sala para reír á sus anchas. (7ª entrega, p. lc)

Alfredito piensa en escaparse, sobre todo al caer en cuenta de lo tarde que es y recuerda el genio de su padre cuando llegan tarde a comer:

un retraso de media hora siempre le habia valido una caricia paternal con la punta de una bota por debajo de los faldones del fraque. (7ª entrega - p. lc-d)

La degradación del joven con tal observación no parece suficiente al autor, quien, mostrada la vacuidad del ritual — en que ha naufragado Alfredito, aún reserva un final abrupto y agrídulce —incluso para el lector, que ya no es mencionado— cuando censura definitivamente el tipo del pollo declarando la chata realidad alrededor de la que ha mariposeado el del ejemplo:

al fin de un carrejo, por la estrecha puerta de un cuarto adyacente á la cocina, salió una mujer desgrefiada con una bata de percal de color de polvo y en chancletas. Era Luisa. Pero Alfredo, como iba buscando á la elegante viajera de Renedo, pensó que aquella era la cocinera y se fué sin saludarla. (7ª entrega, p. ld)

4.3.1.2.5.2.- Tipos. Animalización de la clase baja urbana: el fematero. Reproducidos: el jugador de billar, la solterona beata y la solterona cocueta, el pretendiente, el vecino importuno.

"Los femateros" (120), gacetilla en prosa de José Santos, puede - pasar como discreto artículo en cuanto a la técnica, que es emparentable, aunque de lejos, con la de las fisiologías, pero sobresale más e por el tratamiento del tipo del basurero, aquí denominado con el término aragonés. Sin introducción ni alusiones al lector, está escrito con ritmo rápido y parece motivado exclusivamente por las molestias - que el "honrado" ciudadano medio recibe con la actividad e incluso la mera existencia de femateros. Sin embargo, la actitud despectiva hacia ellos y el intento de degradarlos hasta convertirlos en animales, vegetales y cosas responderá a la razones que suelen llevar a un tratamiento similar de lo rural, lo distanciado geográficamente y lo voluntariamente ignorado; sólo que aquí los materiales para la elaboración de las señas de identidad de la burguesía tienen un carácter inequívocamente social y el lugar del rústico o el montañés es ocupado - por representantes urbanos de la más baja extracción. El comienzo del artículo ya marca la pauta del texto:

Hé aquí unos seres que, como las coles, viven del estiércol y con el estiércol, con la diferencia de que las coles se riegan con agua, y los femateros con vino. (p. 3a).

La desaparición —más que quevadesca— de la esperanza se establece - con aires pseudocientíficos y no deja lugar a dudas:

Excepción de la regla general; el fematero nace, no para — llegar á ser hombre como los demás, sino para convertirse — en un escobon viviente, y en escarabajo pelotero de las calles, plazas y carreteras. (p. 3a)

La inexistente jocosidad quizá la cifre Santos en la atribución de co profilia:

Donde quiera que hay un boñigo, un estiércol ó una inmundicia, allí se ve á nuestro pequeño ciudadano aspirar con delicia sus perfumes, amontonar su tesoro con las manos, que á la vez que de pala y de cuchara, le sirven de pañuelo para las narices. (p. 3a)

El fematero es sucio, desgredado, peludo, blasfemo, gran fumador, bebedor y, por supuesto, "atropella á los transeúntes" (p. 3a). Sumado — lo vicioso á lo animalesco, aún se añaden burlas á propósito de su — compañera,

La burra, sobre todo, es al fematero lo que las insignias á los militares: el distintivo de su categoría y profesion. (p. 3a),

que recibe un trato encoblecador por encima de su amo —calificado de "coleóptero"— e, incluso, de la futura mujer de éste especialmente e cuando se alude al rival amoroso —tan relamidamente pormenorizado si se hubiese tratado de pollos—, donde apunta el antipopular chascarrillo y el tópico regional:

llega un día en que le dice á otra individua del gremio: — "Chíquia, ¿me quieres, ó que?" (p. 3a)

La desesperanza es total cuando el "reconfortante" determinismo remata las ambigüedades sobre la compañera del fematero:

Y si la moza responde que sí, como todas, nuestro hombre se

sacude por primera vez la basura de veinte años, se casa, y al año ya cuenta la sociedad con otra burra mas apaleada, y con un pequeño ciudadano que, como su padre, beberá, fumará, y recojerá estiércol, y echará al día mas juramentos y maldiciones que letras tiene un misal. (p. 3a-b)

Lo característico de "El jugador de billar" (121), que va sin firma, es la perfección que logra como artículo de tipo. De extensión media, sigue con pulcritud los cánones de las fisiológicas y ofrece una pintura detallada y complaciente de un aspecto de la realidad perfectamente asimilable por el grupo social. Incluso la suave censura que comporta queda compensada por una original piroveta final del autor, quien redacta con soltura y conocimiento del tema, sobre todo, si se considera el léxico específico que exhibe. La presentación, directa y cientifista, revela la modalidad del artículo inmediatamente:

El jugador de billar es una especie que compende diferentes razas, á primera vista muy semejantes entre sí, pero que para un observador profundo presentan modificaciones... (p. 2d).

Desbrozado el terreno al modo costumbrista, el autor se dispone a su conquista literaria —"esacta fotografia", "retratar" (p. 2a)— sintiéndose seguro de sus posibilidades y sugiere al lector que compruebe si la pintura se atiene fielmente al modelo. Un segundo apartado —del artículo sirve de puente entre lo dicho y la descripción anunciada. Esto, al menos, formalmente pues, en realidad y a modo de preterición, el autor menciona cuatro "razas" para indicar que ninguna de ellas es la elegida por él. Así, desfilan: a) el

jugador de billar que hace de su habilidad un oficio y trata de vivir á costa de primos. (p. 2d).

- b) el chambon, que no sabe lo que trae entre manos y que apa-
lea las bolas como quien sacude lana. (p. 1a),
- c) el jugador por distraccion, generalmente oficinista ú --
hombre del comercio. (p. 1a)
- y d) el jugador antiguo [...] que habla de trucos, y que, si
alguna vez quiere demostrar, que aún le queda la afe-
cción y el compás, desgarrá nuestros tímpanos con el so-
nido del mitológico taco seco. (p. 1a-b).

La descripción va a centrarse en la figura

del dilatante, del amateur, del aficionado inteligente; de
ese que prefiere el billar á una querida; que encuentra en
él goces y diversion; que pasa las horas muertas enredado en
un partido; que ama en fin al billar solo por ser quien es,
sin intención de hacer jugada ni miedo á romperse el cuello
de la camisa. (p. 1b)

El autor provoca la representación del tipo —"Védle"— mostrando cómo efectúa la entrada en la sala de billar, se hace la composición de lugar, juzga lo que va; cómo, después, se dispone a "mangonear y farijarlo todo" a aconsejar y cómo, por fin, procede a jugar: elige el taco,
co,

Tira á mandar: si sele y juega á palos, lo hace siempre de pérdida y doblote ó dos recodos con efecto: si ha mandado —
el contrario y se queda, desdenea los palos fusilados y aún
los de por derecho, y trata de bordar la tacada con algun-
dibujo, á menos que el partido no sea de mucho interés ó se
haya hecho á cara de perro. (p. 1d),

juega, reacciona según le vaya bien o mal y consolida un estilo perso-
nal con su jerga aneja:

Al efecto de costado, le llama de coté ó de laderibus:
una billar fuerte, es de bloc ó de piston: si se derriban pa-

los antes de dar bola, tiene lugar el pali en sequi... (p.2a)

El final conserva el tono amable cuando alude a la ausencia de remordimientos que experimenta el jugador tras haber dedicado al billar numerosas horas, quizá necesarias para sus obligaciones. Tal tono se potencia en la despedida al retomar el tema de la fidelidad del retrato y dar un particular enfoque al artículo, de modo que su título podría completarse con el "... pintado por sí mismo", al tiempo que convierte la anonimía en rasgo significativo:

¡Qué lástima de presidio!

¿Está bien hecho el retrato? Pues no quiero decirlo —
quién es el pintor. (p. 2b)

De la pauta prestada por las fisiologías también se sirve la catalana Angela Grassi al describir "La solterona" (122). En realidad el artículo trata de dos tipos o dos modalidades del tipo de la vieja solterona: la beata y la coqueta. La breve introducción encierra la invocación a la "Musa festiva de Villergas" y la alusión a la dificultad del trabajo:

Me piden un artículo satírico, y ahora podría repetir con el fénix de los ingenios: "En mi vida me he visto en tal aprieto" (Entr. 1ª, p. 1d)

Grassi desbroza su camino dejando a salvo la solterona-monja y comienza con la pintura de la beata. Guarentona e incapaz de echar "el anzuelo á ningún galán desprevenido" (2ª entr., p. 1b), la beata significa "la personificación del orgullo" (p. 1b). No hay para ella consideraciones; la autora acierta a dar crítica y sensatamente los rasgos social y moralmente nefastos del tipo: hipocresía, pues se dedica a "derramar la desesperación sobre cuantos la rodean, escondiendo cuidadosamente la mano que siembra desventura" (p. 1b-c); malevolencia y

murmuración:

Ya que no ha podido forjarse un pedestal de homenajes, quiere labrárselo con los despojos ajenos, y no hay reputación que no desflore con su gazmoña severidad. (p. 1c);

orgullo que corroee sus entrañas y la convierte en un cáncer social:

tiene demasiado orgullo para confesar que es el Tántalo de la sociedad; y es tanto más peligrosa, cuanto cifra su comato en despreciar ostensiblemente lo que en el fondo de su corazón desea. (p. 1c)

La descripción moral pasa a entrelazarse con la de su comportamiento y usos más visibles. Es madrugadora y falsamente religiosa

porque los áspides de la envidia no la permiten gozar de las dulzuras del sueño, y oye tres ó cuatro misas diarias, pero sin comprender el sacrificio del Cordero inmaculado. (p. 1d);

va con los ojos bajos por la calle, pero con los oídos prestos a captar cualquier injuria o trazo sucio que atañe a otras mujeres; viste de negro, tiene fobia a bailes y conciertos en nombre de una moralidad que ella no encarna; su mundo espiritual es vacío; en su interior siempre existe la desazón, es caprichosa y descontentadiza; se convierte en el "verdugo de cuantos la rodean" (p. 1d); se ceba en los deslices ajenos, especialmente en los amorosos; odia a los niños, su vista le crispa los nervios; es --con mención de Heine incluida-- el veneno de los matrimonios jóvenes:

¡Ay del matrimonio joven que tenga á su lado una de estas víboras! (p. 2a);

odia la felicidad de todos los que encuentra a su alrededor; todo lo

ve desenfocado, ya que

Para la infeliz, el único graduador de la felicidad humana es el matrimonio. (p. 2b)

Si por milagro, consigue que algún hombre se apiade de ella y le haga "el más ligero arrumaco" (p. 2b), queda al descubierto toda su farsa: ya no existe la virtud ni la religión ni el pudor y se comporta más exaltadamente que las que tantas veces ha criticado. Y, si no prospera el posible amor, la "rabia" se transforma en "horrible frenesí" y se obsesiona en el desquite:

referir á todos su desgraciada historia y vomitar injurias é imprecaciones contra los hombres. (p. 2c)

Grassi completa la cruda pero exacta pintura de la solterona orgullosa hipócritamente refugiada en la religión con una síntesis que es un aviso para quienes puedan entrar en contacto con el "desgraciado tipo" (p. 2a):

La oruga, convertida en mariposa, se transformará nuevamente en escorpión, y ésta será su última metamorfosis, porque pasará su vida entregada á una continua desesperación; y convertida en objeto de odio y de horror para cuantos la rodean, morirá ahogada por su mismo veneno, sin que nadie la lllore, ni la compadezca, como ella no ha abierto jamás su pecho á la conmiseración ni á la ternura. (p. 2c-d).

La línea fronteriza entre la solterona beata y la coqueta es la misma que separa a "un hipócrita usurero" de "un salteador de caminos". La coqueta permite a la sociedad ponerse en guardia y defenderse más adecuadamente; además, su desesperación queda atemperada por la atención que dedica a sus arreos y a los planes de caza. En esta ocasión el retrato de la solterona no se basa en la enumeración comentada de rasgos sino en la ilustración mediante una anécdota —la destrucción

del amor ajeno— que la muestra como ave de rapiña.

Un último apartado sirve a Grassi para intentar una reivindicación del tipo, al que sugiere contemplar como fruto en muchas ocasiones de la suerte más que de sus caracteres intrínsecos. Frente "al ávaro, al jugador, al ambicioso" (p. 2c), la solterona no puede salir de su estado voluntariamente. La, en parte, viciada sanción hace que la propia autora capte el prejuicio moral que substituye al diagnóstico social:

He querido escribir un artículo satírico, y me temo que ha acabado por ser moral... (p. 2c)

El motivo de la fidelidad de la pintura que cierra el trabajo queda asociado a la mención clásica:

pero está escrito, y puedo repetir con el gran Lope de Vega, aunque sin las ventajas que él:

"Catorce versos dicen que es soneto;
contad si son catorce, y está hecho". (p. 2c)

De otro catalán, Nilo María Fabra, es "Memorias de un pretendiente" (123), artículo también emparentable con los de tipos aunque de tratamiento marcadamente narrativo si se compara con los recién vistos. Aquí, el autor opta por el tono autobiográfico y priva a su trabajo de las técnicas más habituales en el costumbrismo aunque mantiene la que, con otra función, podría serlo —la apelación al lector— y contiene rasgos que, aislados del contexto anecdótico —los avatares del narrador-protagonista—, inciden de forma más directa en la definición del tipo. Así, de lo que podría rotularse con más precisión y como indica Fabra —"la vida del pretendiente en Madrid" (p. 2b)—, cabe destacar, en tanto que elementos descriptivos más impersonales, los que impiden segregar el artículo totalmente del género, como:

¿No habeis visto alguna vez unos rostros pálidos, abismados en largas patillas, mirada lánguida, pelo desgredado, y unos brazos que se balancean con negligencia? ¿No habeis notado cómo cruzan impasibles por las calles en donde todo es vida, bullicio y movimiento, sin dirección fija y á la ventura, sin que muestren jamás en sus labios la más vega sonrisa? (p. 2a)

No siempre giran en torno a la descripción más o menos canónica de un tipo los ejemplos de artículos de interés medio y, a veces, estimable que durante 1861 se reproducen de otros periódicos y se publican en la sección del folletín rotulada específicamente como "Folletín de El Saldubense". "La casa de huéspedes" (124), que Cristóbal Vidal y Belgado firma en Madrid en 1858, y puede servir para cerrar este grupo, acoge la pintura del tipo simultáneamente charlatán, pedigrño e inoportuno —como lo califica el autor, cf. entr. 4*, p. 10— de forma indirecta y como medio para la descripción de lo anunciado en el título. Este uso instrumental del personaje en cuestión —Don Eleuterio— permite al autor complementar su descripción directa y personificada con la desprendida de una técnica asmodeica: al fin y al cabo, es Don Eleuterio quien muestra simultáneamente al narrador y al lector cómo es la vida en una casa de huéspedes. El artículo parece que no va a ser costumbrista cuando se advierte su autobiografismo y el relato en indefinido, pero el resto de los rasgos lo mantienen con holgura en el género: una apelación al lector en forma de máxima inusual que refuerza los mecanismos de captación —a veces muy manidos— y que se convierte en hipótesis demostrada en el cuerpo del artículo y ratificada estutamente a su término:

Juzga tú ahora si tengo ó no razon para proclamar á -- voz en cuello, como verdadero en toda la extensión comprension de la palabra, el dicho vulgar de no hay bien que por mal no venga. Qué ¿te ries, lector? ¡Ah! Ya comprendo lo --

que tu maliciosa sonrisa quiere decir. "Por esta vez el refrancito no ha salido muy cierto, pues el artículo que tú supones ser el bien proveniente, nada tiene de bien y sí mucho de mal". Duro, más justo es tu fallo, lector; aun más severo lo merezco, porque he pecado á sabiendas; pero... siempre confiaba en tu indulgencia. (entr. 4ª, p. 10d)

El "mal y el "bien" aluden, respectivamente, al tipo censurado que, además, le ha impedido al narrador-protagonista su inicial propósito, por interrupción, avasallamiento, gorroneo y cháchara insufribles —en especial, estas dos últimas causas hábilmente entrelazadas—, y a la solución del problema inicial —necesidad de escribir e imposibilidad de hacerlo por falta de inspiración—, pues no sólo consigue la descripción de la casa de huéspedes sino que todo el artículo se fragua como tal en tanto que relación de los obstáculos que se han opuesto a su escritura.

4.3.1.2.5.3.- El papeleo y las apariencias. Textos adaptados sobre el ferrocarril. Escenas: la tercera clase, defensa del ferrocarril.

Entre los materiales que rompen temática o formalmente con lo que se publica con más asiduidad, "Una idea empapelada" (125), de Pedro Sinués sobresale por su manera torcida, más que críptica, de censurar las diversas clases de escritores o de personas de vivir vacuo. El artículo, que va en la sección de "Variedades" y está firmado en Zaragoza y en el mismo mes de marzo en que se da a luz, refiere una conversación que el narrador ha mantenido con un amigo la tarde anterior. Ni el tema de la visita ni las digresiones en torno a lo tratado se adecúan a los moldes costumbristas. Sí, la explicación y desarrollo del núcleo de la conversación: la definición de la sociedad. El na-

rrador la ofrece a su amigo por escrito y la glosa para el lector. Frente a lo que se entiende normalmente por sociedad, si Pedro Sinués propone denominar a la suya "gran FABRICA DE PAPEL" (p. 3c). La necesaria explicación aproxima más el artículo al costumbrismo y, especialmente, a las fisiologías, pues el autor concibe el grupo social constituido por cuatro clases de hombres que pinta —mejor, intenta— pintar, pues todo es alusión— en verso: "papeleros" o acomodaticios, "papelones" o presuntuosos, "papelistas" quizá burócratas y "empapeladores" que, al "ser profesión de moda" (p. 3c) aún resulta más difícil de identificar. Valga una muestra de sus rasgos:

Cuando ascienden altaneros,
á todos miran debajo,
porque de tejas abajo,
dicen, somos los primeros:
ministros y consejeros
los respetan en su altura,
y no hay reforma tan dura
que afecte ó trunque su escala,
que ni oscila ni resbala;
de forma, que están mejor
que un juez ó gobernador
ó un Presidente de Sala. (p. 3d)

Algo de claridad parece encontrarse en el diálogo mantenido entre — amigo y narrador que éste reproduce como final del trabajo. El amigo juzga la compleja definición de sociedad que ha escuchado y para demostrar al narrador que ha "faltado á la simpatía" (p. 3d) le obliga a leer lo que el "diccionario de la moda" trae en la voz "simpático". Entonces es cuando el artículo adquiere algo de sentido, pues se transcribe:

"...segun la ciencia de la época, es el hombre que viste —
exajerado, que vive perfumado, que lo concede todo, que es-

tudia lo que dice para no decir nada al fin del curso, que miente adulando ó adula mintiendo, que apoya una blasfemia, que no habla por entonado, ó si lo hace se desentona, que se educa en el café, estudia en la banca, crece en el Casino, y envejece en el teatro, y que es cumplido hasta saludar las cifras ó armas de un coche vacío ó los alambres del telégrafo." (p. 3d)

De lo dedicado al ferrocarril, tan de actualidad este año en Zaragoza, merecen reseña dos artículos. El primero, traducido —y mal— por J. del G., anuncia desde el título su origen e implicaciones costumbristas; el subtítulo habla de su posible inserción en una unidad mayor: "Fisiología de los caminos de hierro en Francia. La tercera clase" (126). Con todo, queda a caballo entre el artículo de escena y el comentario periodístico sobre los ferrocarriles franceses y las modificaciones experimentadas en su tercera clase para bien de los viajeros.. El trabajo no tiene consistencia técnica y da, sucesivamente, reflexiones sobre el alboroto característico que identifica a los usuarios de los vagones en cuestión; sobre los criterios económicos de los creadores de la tercera clase y sus inconvenientes; sobre las incomodidades que sufre el que viaja en ellos por parte de quienes le rodean; sobre los tipos que suelen ir en esa clase; sobre las relaciones francas que establecen frente a las inexistentes o distantes de los de primera... Al final figura el relato de una anécdota —más que escena— entre una tendera anticlerical y un misionero como ejemplo traído por los pelos de lo que se puede apreciar viajando en tercera y como prueba de que las personas "de talento" no lo pierden aunque se mezclen con la "turba tumultuosa de gentes". Aún se remata todo con un comentario chovinista que ya nada tiene que ver con el ferrocarril.

Más aceptable —incluso por la eliminación del galicismo— resul

ta "La poesía de los ferro-carriles" (127), de Xavier Aubryet, que la redacción de El Saldubense traduce y arregla. Va en prosa y en la sección "Variedades" y se articula como una fervorosa defensa del nuevo medio de comunicación. Arrenca de un supuesto diálogo entre el autor —"articulista insolente"— y los "carísimos viajeros del antiguo régimen" (p. 3b). Insensiblemente, los argumentos van olvidando su destinatario original y se dirigen a los todavía no adictos al ferrocarril y a los incondicionales hasta convertirse en despreocupada y optimista glosa de las convicciones personales del autor, quien concluye, entre festivo y contundente:

Sostengo, pues, que todo el que no tenga un logaritmo por corazón, puede sin inconveniente ir á plantar rosas en el sepulcro de Fúlton. (p. 3d)

El procedimiento de Aubryet consiste en obligar al lector a contemplar las novedades técnicas con perspectiva más dilatada que la que proponen sus detractores. Frente a la posible réplica inicial:

La poesía de los ferro-carriles! Anátoma que aparee estas dos palabras. Tanto valdría decir la sencillez de Sardanápalo ó el desenfreno de Vesta. Te veo venir, vas á sacrificar la ortodoxia de las sillas de posta al cisma del vapor... (p. 3b).

el autor recuerda el sistema de viaje en galera —que permitía una relación humana entre los que tardaban siete días en ir de Zaragoza a Madrid— para resaltar los inconvenientes que luego trajo la diligencia. Queda ésta desprestigiada definitivamente cuando se compara con el tren y su carga poética, tan curiosa —aúna amores, musas y estómagos— y enrolladora:

En un coche de primera clase, ¿quién sabe si vuestra conversacion, vuestra presencia y el buen gusto de vuestro traje no os atraerán las sonrisas de las mujeres que á nadie aman?

En diligencia da náuseas ver á nuestros compañeros chuparse los dedos despues de almorzar; de vez en cuando el ferro-carril os lleva á un buffet de irreprochable color local. ¿No es esto un gran consuelo? Pensar que uno puede ahora almorzar en Pamplona, comer en Zaragoza y cenar en Barcelona; sentirse el don de la ubicuidad, en vez de ir incrustado en el banco de su domicilio, no es poesía? Ser golondrina cuando uno era almeja, no merece un soneto? --Las diligencias eran las patas, los ferrocarriles son las alas.
(p. 3á)

Todo el artículo, que huye de la acritud gracias a la euforia desarrollista, viene a ser una combinación de tres escenas costumbristas correspondientes a otros tantos hitos en la evolución de las comunicaciones y de la sociedad como es de esperar en los momentos cruciales o sentidos como tales.

4.3.1.2.5.4.- Las apariencias y los contactos interclasistas en la serie de Eusebio Blasco sobre el vestido.

Como digno broche de este año en El Saldubense puede tenerse el trabajo de Eusebio Blasco. "Consideraciones sobre el vestido con relación al hombre. Artículos desnudos de toda pretension". (128)

Trátase de un conjunto de once entregas explícitamente seriadas donde el liberal autor, entonces jovencísimo —unos diecisiete años— aborda el tema del vestido como caso social significativo, para analizar, describir y censurar bajo cuerda o declaradamente y con un criticismo impensable en 1857 los desajustes, contradicciones y reacomodaciones que la plutocracia motiva en un cuerpo social al predicar una moral oficial y atenerse a unos modos puramente formales. Tal entronización real del signo externo de poder no sugiere a Blasco lamento alguno por la desaparición de los trajes estamentales o profesionales ni añoranza de los tiempos en que la estabilidad del sistema se basaba incluso en el vestuario. Centrada en el mundo urbano, la serie parece —sólo parece— un ligero deambular mental por los múltiples aspectos e implicaciones del atuendo, pero, observada en su mecánica iterativa, muestra otro centro de interés: denuncia la confusión en el sistema de referencias sociales y en la resultante falsedad de los valores de una colectividad devota del dinero que no admite que quien no lo tenga pueda parecer que pertenece a los elegidos y respetables por el simple hecho de simularlo. En el fondo, pues, Blasco no hace sino manifestar el temor burgués de verse desdibujado e incluso desbordado por quien utiliza en contra de la clase ahora hegemónica los mismos recursos —los económicos— que sirvieron a ésta para desbordar a la aristocrática. Vertebrados por este rasgo caracterizador del modo en que se construye y

defiende el edificio ideológico burgués, los diez "capítulos" y la "Introducción" que los anuncia suponen una aglutinación de recursos ya advertidos en sus diversas modalidades en trabajos de toda orientación y calidad: anécdotas, supuestos verosímiles, circunstancias personales del autor, refranes, expresiones habituales, sentencias de tono filosófico menor, pinceladas de autofagia, apelación al lector y connivencia con él, temas secundarios conocidos o infrecuentes... Todo ello sin llegar a una síntesis nueva de procedimiento o alcance radicales si sólo se atiende a que no se sale de la autodescripción del grupo social mediante la pintura —con reflexión implícita o declarada— de los usos coetáneos, pero que resulta de notoria originalidad si se advierte que tanto las partes como el conjunto tienen como hilo conductor la asociación libre de ideas. Tal "técnica" permite a Blasco dejar de lado el tratamiento esperado de cada uno de los elementos manejados, escapar a su rutinaria función crítica, adquirir mayor perspectiva sobre ellos y obligar al lector a que capte el peligro global que acecha al código de referencias definidoras de su clase y renuncia a la engañosa sensación de seguridad que obtiene al cebarse en la ridiculización o el ataque a amenazas evidentes, menores o ya neutralizadas. La asociación libre de ideas, en tanto que apariencia de falta de técnica —pues no es tan libre como quiere presentarse— supone operar sobre la lexicalización de las fórmulas costumbristas: la aparición del tema principal —el vestido— y de los temas secundarios se disocia de su "rupaje" técnico habitual. El lugar de éste es ocu-

pado así por una de las facetas más refinadas del asmodeísmo: el perspectivismo casi "desnudo" — no hay alter ego sistemático, cartas, observadores curiosos... — la actividad mental, la "consideración.

La serie se extiende de agosto a octubre y va presentada por una nota sin rótulo ni firma (129), quizá debida a Emilio de Miró. Allí se califica a Blasco de "querido amigo", autor de los

festivos y ligeros artículos que, con el fin de coleccionarlos y formar una obrita-ensayo, piensa publicar más tarde, está produciendo su pluma hace algunos días... (p. 3b),

y se le pide que remita "con permiso para su inserción" algunos de los que escriba tras el dado a continuación. Éste ya muestra la planificación de la serie en su rótulo, "Introducción", aunque su técnica no se distingue sustancialmente de la de los siguientes, plantea el tema básico:

Estamos en el siglo de los vestidos... (p. 3c)

y mediante varias anécdotas y ejemplos breves, el tema de las metamorfosis que permite el atuendo. También hace acto de presencia el juego de espejos críticos y autocríticos sobre el propio trabajo:

los hombres se murmuran unos á otros, á lo cual se llama cortar vestidos; yo voy a ocuparme en cortar vestidos á los mismos vestidos.

¡cuántos vestidos me acortarán muchos que lean estas páginas! (p. 3d).

El artículo I evoca y antropomorfiza los cambios que experimenta la naturaleza según las estaciones, siempre a

propósito de variante del pensamiento clave:

¿Será una verdad que el vestido hace á la persona? (p. 3b)

La lógica de la divagación mental que hilvana las frases cortas utilizada a veces desemboca en lo que el lector moderno juzgaría greguería:

Quando el cielo está nublado, es porque el sol tiene nebulas en los ojos (p. 3c)

El del ^{...}otoño ^{...}es un traje que se cae a pedazos (p. 3d)

En el II, la formulación de la tesis de Blasco,

La sociedad se ha convencido de que el traje hace á la persona, y ha echado por tierra el refrán de nuestros abuelos, el hábito no hace al monje. (p. 2d)

es ejemplificada con varias anécdotas, entre las que sobresale la del prestamista enriquecido en Madrid y luego asentado en Aragón como uno de los principales "capitalistas" que le sirve para vincular tesis y tipo:

¿La usura! ¿Qué es la usura mas que el robo vestido de préstamo? (p. 3a)

En el III se generaliza más lo en principio aplicado a la naturaleza y luego a la sociedad:

La humanidad es una colección de figurines. El mundo es un prendería. (p. 2d)

La creciente falta de significado de los trajes se aplica a lo que supone el término "caballero":

Antes para ser caballero era necesario ser armado con toda pompa {...}

Además era imprescindible haber dado muestras de valor, descender de hidalgos y aun había sus apurillos.

... ..
 Hoy para ser caballero ni aun caballo se necesita. Basta un poco de dinero y otro poco de paciencia para desperdiciarla con un sastre. (p. 3a)

Con la aparición de la mención fortuita de esta última palabra, Blasco introduce otro de los aspectos de la nivelación externa de las clases sociales:

¿Sastre he dicho? me he equivocado. Debí decir "artista en costuras" (p. 3a)

La depreciación de los títulos y clasificaciones motivada por la tendencia de los artesanos a denominarse artistas tiene curiosas —ridículas, para Blasco— consecuencias cuando se procede a la reubicación:

Un herrador se deja decir maestro, sin reparar que, siendo tal, sus discípulos... quiénes son?

De aquí resulta que los maestros de instrucción primaria han tenido que variar su nombre y se titulan "profesores"

Así han querido distinguirse de los demás maestros.

No les ha valido: un individuo coloca en la puerta de su casa un cartel donde se lee en gruesos caracteres:

"Profesor Dentista"

¡Ave María Purísima! la educación igual a una muela careada! (p. 3a-b) (130)

El artículo se completa con el recuerdo de canciones infantiles, apelaciones al lector y denuncia de otra de las variantes de la "vestido-manía" de la época: la prostitución de las jóvenes para conseguir el dinero que les permita ir a la moda.

Los dos artículos siguientes son —junto con el VII— los de más enjundia por la globalidad y precisión con que

se aplican las metáforas de la indumentaria. En el IV, el narrador se sitúa en un gabinete de lectura para mostrar la abundancia de prensa nacional y extranjera dedicada a la moda:

Un periódico, 80rs, tres, ciento destinados a la política... del vestido!

Porque no hay duda; lo que entre los hombres se llama política, entre los vestidos se llama moda (p. 3b)

A partir de ese momento, comienza la brillante explotación del filón de las analogías; así:

Al gabán le piden sus partidarios un nombre general, cesando las denominaciones de gabanes-sacos, gabanes-levitas, levisacs, etc.

Le sucede como a España con los resellados, ligueros, unionistas, neos, etc.

Pero al gabán no le arredra eso; él tiene en París ministros encargados de arreglar el imperio (los sastres) y tiene además la prensa de su parte.

¡Ay del día en que caiga el ministerio! Tras una moda viene otra y "los siglos á los siglos se suceden" como ha dicho Espronceda. (p. 3b-c)

Además de otras "consideraciones", como sugerir que los buenos poetas se distinguen por el traje o la incompetencia de las autoridades, que se "revisten",

No tener carácter, vestírselo y tener que obedecer.

Quien manda, manda. (p. 3c),

Blasco implica a varios interlocutores para insistir en la última alusión y curarse en salud al mismo tiempo. Al mencionar que el "carácter" --la competencia para un oficio-- no se puede pedir prestado como si fuera un traje, un lector le plantea el caso de los cómicos, lo que le permite opinar;

me obliga usted á decir lo que debiera callarse:

una autoridad sin carácter y un artista, ó cómico ó... farsante, son lo mismo que la oscuridad y las tinieblas comparadas. (p. 3d)

La equiparación del poder con una farsa es evidente y Blasco necesita desdoblarse de nuevo... y nuevamente aprovecha la ocasión para denunciar otra faceta de la desnaturalización de las señas de identidad social: la falsedad del poder obliga al ciudadano, al narrador, a degradarse camuflándose, autocensurándose:

Un redactor. Cuidado, cuidado que el fiscal no es ciego.

Yo. Ustedes lo pasen bien: ¡es mucho esto! Si uno dice la verdad, en seguida le acometen: me voy á mudar de... traje. (p. 3d)

El artículo V arranca de otro ámbito analógico:

Una tertulia es un gran taller de sastrería .
Se llevan algunos vestidos y se cortan infinitos
(p. 3a)

A partir del exterior, toda persona es sometida a comentarios juicios y sentencias definitivas. Lo mismo ocurre en la calle. Si el traje es pobre, su portador ni siquiera es mirado. Por lo tanto —argumenta el narrador—, los militares de gala deben despertar gran entusiasmo y aprecio. Así llega Blasco a sugerir que se observe, no a los militares sino a los uniformes y a propiciar, una vez más, la caída en cuenta de los deslindes internos básicos del mundo burgués:

Todos llevamos uniforme, si se examina.
Pueblo, clase media, aristocracia, milicia,
clero: cinco clases. (p. 3b)

y a llamar la atención sobre los desplazamientos experimen-

tados por éstas a la luz de las confusiones introducidas en el vestuario. El ejército es mencionado de pasada y como simple ilustración de las variedades advertidas en el pueblo:

Tipo general; chaqueta, pantalón, gorra.
Se me hablará de algunos individuos del pueblo que llevan gabán ó levita.

Los consideraremos como oficiales del ejército popular.

[...] el ejército popular tiene un cuerpo que viste chaqueta y gorra, otro que lleva sombrero y calzón, otro pañuelo y zamarra, etc. (p. 3b)

Pero la analogía no puede ir más allá y aparece el comentario intencionado:

En una sola cosa se diferencia este ejército del español y es en que no manda.

¡Y cuánto le pesa!

Hagamos punto y aparte (p. 3b)

La simpatía con que Blasco ha contemplado al pueblo se convierte en cierto trato despectivo al hablar de la clase media, ya desde la forma de presentarla, tan expeditiva como localizadora del foco de tráfugas y disfrazados:

La clase media: esta es elástica (p. 3b)

Las definiciones por aproximación y rodeo apenas ocultan las regocijantes insidias de Blasco. De un principio suave:

¿Qué es clase media? Su mismo nombre lo indica, un término medio entre lo más y lo menos.

Es como si dijéramos quien habita el piso principal del gran edificio de la sociedad.

(p. 3b-c)

se pasa a palabras que nada tienen de halagadoras:

"En el medio consiste la virtud", dice un proverbio latino, pero en esta cuestión el proverbio

es un cero á la izquierda.

La clase media, que no es clase entera, como indica su nombre si se trueca el orden de las palabras, viste como aristocracia y como pueblo á la vez. (p. 3c)

A la descalificación moral, sigue, por fin, la declaración de la causa de la inestabilidad y del reajuste sociales que protagoniza la burguesía, causa que lleva aneja una ridícula servidumbre a la que muchos se prestan pero —de ahí el obligado carpetazo al tema— que nadie confiesa públicamente:

Muchas veces nace del pueblo y siguiendo sus deseos quiere morir en la aristocracia, pero generalmente le sucede lo que al que quiere ver el interior del chapitel de La Seo.

Un letrero colocado a la puerta de la torre dice:

"NO SE PERMITE LA ENTRADA".

Hagamos un segundo punto de orden del señor fiscal. (P. 3c).

También reserva Blasco comentarios mordientes para la aristocracia: aunque su apariencia —su vestido— es respetable, entre los pliegues pueden descubrirse intrusos como el nacido del pueblo que

logró ascender á la clase media y compró despues un título. (p. 3c)

o los que escalan mediante profesiones que se autodefienden traficando con la vida de los demás:

Pues ¿y aquel otro caballero lleno de cruces, vestido como un príncipe y... etc?

- Ese era médico, me dicen, y el que está á su lado, cabo primero: el uno matando gente en la cama, y el otro en el campo de batalla han llegado á obtener dos títulos de Castilla.

¡Bah! ¡bah! Ó yo estoy equivocado ó la nobleza se hereda. Esto es atroz; corramos un velo. (p. 3c)

Si el prestigio de los militares queda reducido a relumbrón de matachines y su uniforme es considerado como mero vestido de clase, el clero aún es más fustigado con la irónica "anecdótica" que Blasco prefiere ofrecer —o se ve obligado a ello— para no mofarse abiertamente:

Háce días pasé por una calle; delante de mí iba un clérigo:

Un muchacho al verle, dijo:

-¡Parece un saco de carbón!

Pensé un momento en la comparación aquella; el carbón produce la llama, ésta la luz.

La fé es la luz del cristianismo.

Según esto un sacerdote está encargado de producir la llama que ha de dar la luz, esto es la fé.

Hecha esta observación, reprendí al insolente muchacho.

Dos ciudadanos que departían parados al ver que yo tomaba la defensa del sacerdote, exclamaron:

-¿Quién le mete á usted á redentor?

Me fui de allí riendo; para vivir bien con todo el mundo, no hay como no conocer a nadie.

(p. 3c-d)

El artículo VI está dedicado a la mujer. Su presentación puede servir de recordatorio de cómo combina Blasco el tratamiento iterativo de los temas con el puntual:

Hasta ahora no hemos hablado de la mujer más que en dos ó tres pequeños párrafos.

Pero es preciso que nos ocupemos de ella de tenidamente porque en la presente cuestión es el principal personaje. (p. 3a-b)

Salen así a relucir el miriñaque, la afición a hablar del vestido y a "pasar la tarde", que

consiste en colocarse (las mas veces) en un balcón y cortar vestidos á todo guisque que pasa por debajo (o por enfrente). (p. 3b)

lo que traslucen y ocultan las ropas femeninas, lo que cues

tan en dineros y virtudes, sus clases y simbolismo, la belleza y la coquetería, la jerga:

El vestido en la mujer tiene su dialecto especial que muchas veces solo es comprendido por ellas.
 - Las zuavas con vestido Magenta están atroces; dice una muchacha.
 - Pues con Solferino peor; exclama otra.
 (p. 3c)

y, al final, tras un híbrido silogístico-matemático, Blasco concluye:

"el corazón de la mujer está en su traje".
 (p. 3d).

El artículo VII encierra el meollo de la serie: el vestido deja de ser un uso social propicio para que la sociedad moderada contemple con satisfacción ingenua sus conquistas y pasa a funcionar como significativo indicio de transformaciones internas que anuncian una redistribución del poder. Para el confiado lector burgués conservador se trataría de un peligro; para el progresista Blasco, una realidad inevitable y deseada. El rol social y el profesional han dejado en segundo plano las cualidades humanas como advertiría en cualquier tiempo el escritor que obliga a reflexionar:

¿Qué somos?
 "Somos hombres"; se me contestará.
 No señor; somos abogados, ministros, músicos, poetas, militares, clérigos y otras bagatelas. (p. 3c)

Así inicia su trabajo Blasco. La aplicación de la idea a su mundo coetáneo a través del tema de la serie le lle-

va a recordar que lo esencial del hombre ha pasado a ser lo más superficial, el rasgo externo de su posición social. Tal rasgo de época se presta a la más feroz de las sátiras pero también a la eficaz ironía costumbrista a la que tan adicto es Blasco. Este es el camino que sigue al aliviar lo crudo de la argumentación —que afecta al colectivo burgués de cualquier país— mediante el gracejo de la nota local:

He dicho que se mira al hombre por lo que es é indudablemente habéis comprendido que se mira al hombre por la posición que ocupa.

En ese caso nadie hay tan mirado como Pignatelli en la Glorieta.

Pues no es eso. El ser consiste en el vestido y nada mas que en el vestido. (p. 3c).

Pero hay más —y en ello se cifra la tesis de Blasco—: a la falsificación de los valores teóricamente más estimados, se añade la subversión de las pautas de identificación grupal desde el momento en que el vestido no está respaldado por la posición social correspondiente y su uso —posible con sólo tener el dinero que cuesta— burla el control por parte de quienes crearon ese mismo código de apariencias basándolo en la usurpación, mediante el dinero, del sistema de señas de identidad del estamento aristocrático. De ahí lo que puede interpretarse como voz de alarma ante el portillo abierto por donde el mundo burgués puede ser invadido inadvertidamente por los miembros de su clase excluidos del poder, incluso, por las clases populares:

Hay grandes centros donde los hombres se reúnen y donde se encuentran todas las clases de la sociedad.

Allí está mezclado todo el mundo. Na mas fácil, pues, que distinguir al zapatero del ministro al militar del albañil y á este del verdugo.

Pues no hay tal; la igualdad mas completa reina en todas partes.

¿Es que todos tienen igual capital?

No es eso, es que hoy ya nadie trabaja para comer; todos trabajan para vestir. (p. 3c)

Siguen luego varios ejemplos —el avaro, el literato, el sa bio...— como correlato de una formulación asmodeica:

¡Qué felicidad sería traspasar hasta el cora zón de cada individuo á través de los ricos plie-
gues de su traje! (p. 3c)

y lo que por un momento parecía que iba a orientarse hacia lo sociopolítico, gira en torno a la apariencia como valor autónomo más allá de la hipocresía moral:

No os dé cuidado ser ignorantes, haber hecho estafas, haber sido conocidos como revolucionarios; vestíos bien y el mundo os abrirá los brazos. (p. 3d)

Por fin, Blasco desemboca en consideraciones sobre modelos éticos —Dante, Cervantes, Job, Cristo— que le llevan a proponer al "hombre de bien" frente a la existencia de un vestido para cada circunstancia, incluidas la enfermedad y la muerte:

Ninguno es lo que aparenta ser: el que no se disfraza con ropas disfraza su cara con un aire de lo que no es, capaz de engañar al mas avisado.

El hombre de bien no necesita disfrazar su rostro nunca: aunque quisiera no podría:

La realidad y la apariencia son dos líneas paralelas.

El hombre, pésimo matemático, quiere que estas paralelas se reunan en un punto.

Este punto es el hombre mismo. (p. 3d)

Después, Blasco alude a otra variante del uso en cuestión, el

disfraz, en el que sintetiza la definición de su sociedad tras haberla radiografiado reprimando un ascetismo ya en trance de desvirtuación técnica. Consigue así una globalización crítica semejante a la de los inicios del costumbrismo —cuando Larra abogaba por un cambio más radical de la sociedad— y que, como entonces, puede funcionar como anuncio de reajustes necesarios a la vista de disonancias profundas allí donde aparentemente existe cohesión:

¿Qué bueno estaría un empleado en una baile disfrazado de sanguijuela!

¿Y un avaro disfrazado de urraca?

Esto chocaría en un Carnaval, ahora no nos choca y está sucediendo.

Sin duda es que nos hemos acostumbrado á estos disfraces perpétuos. (p. 3d)

El artículo VIII se inicia insistiendo sobre el tema de las apariencias:

"El traje es el sobrescrito del alma y el fiador de la persona": ha dicho un célebre escritor de costumbres. (p. 3d)

Blasco va, poco a poco, haciendo derivar ese tema hacia el de los uniformes hasta centrarse en "los uniformes del talento" que parecen ser los únicos casos positivos de disfraz que encuentra. En paralelo con el hombre de bien recién visto, ahora propone los reductos de los valores sociales: la fuerza, el mando y el honor que evoca el uniforme militar; la seguridad de un poder judicial independiente en el traje del juez,

negro como el de un clérigo, lujoso como el de un militar, rico como el de un magnate... (p. 4a);

El talento y la protección que sugiere el del abogado y, sobretodo, el prestigio de la cultura que supone el del catedrático,

hombre cuya noble misión le hace aparecer á mis ojos (y creo que á los de todos) como la principal figura entre los hombres [...] Ved aquel traje, oscuro como un complicado problema, ya grave como la ciencia, ya adornado y caprichoso como el arte. (p. 4a)

Si Blasco hace una excepción con estos cuatro uniformes es porque supone que quienes los llevan responden a lo que significan, porque suele haber más hombres sabios entre quienes se los ponen y así se cargan de sentido. Al margen de este supuesto, el traje, sea uniforme o disfraz, sigue mereciendo al autor la misma opinión:

¿habrá quien dude que el vestido es la mentira más grande? (p. 4a)

El artículo IX es otra iteración, otro intento para hacer reflexionar al lector sobre la doble moralidad y la cordadad de miras con que se suele tratar el tema de las apariencias. Entre los aspectos que su sociedad tiene en cuenta, Blasco destaca la rutinaria lamentación de los inevitables predicadores y estrechos mentales:

"La desmoralización cunde y toma proporciones colosales". Oigo decir á alguno que otro clérigo, á tal cual gris y á muchísimos ancianos.

Y al decir esto me señalan una joven cuyo es cote pronunciadísimo ofende al pudor, según me dicen.

Y ¡cosa rara! siempre que me lo han hecho reparar he observado que la mujer que me señalaban era raquítica, enfermiza, de formas vulgarísimas y de ningún atractivo, en fin. (p. 3c)

También recuerda los ataques sistematizados contra el mirriñaque que, de desaparecer, haría más adivinables las formas de las mujeres bellas. También alude Blasco a otros extremos sobre los que se ceban los hipócritas preservadores de la moralidad, como el baile, el arte y el lujo. Sobre éste y sus implicaciones discurre el resto del artículo. El lujo, practicado primeramente —se menciona a Juan I de Castilla— por los ricos y justificado como signo de poder,

instó á la clase media que cedió también á sus deseos engalanándose.

Después se introdujo en el corazón del vulgo y le dijo: ¿ves esos? ¿porqué no has de ir tú lo mismo? (p. 3c)

A la exigencia del lujo en el vestido al margen de la riqueza relativa del individuo acompaña otro uso social del que finalmente se mofa Blasco, quien recalca ahora en la técnica del hombre simbólico:

Hasta á los nombres y apellidos se les ha vestido de de.

Don Homobono Revesino y Clorian ayer, hoy es Don Homobono de Revesino de la Lampaza y del Clorian.

Ahora que estamos abocados al invierno, vereis cómo arropan su apellido los que tengan en él una s, una t, o una p.

Si se llaman Papú Reset ó Antuyff serán del Pappú de la Rreset ó Anttuyf. (p. 3c-d).

Aún citará Blasco la proliferación de tarjetas de visitas con fantasmales escudos de armas antes de concluir con una invitación a no hacer caso de tamañas estupideces y a no ser esclavos del vestido.

La serie se cierra con el artículo X. Situado ya el centro de gravedad en el IV, V, y VII, éste, aunque no tie-

ne el carácter formal de final explícito o definitivo, reúne los elementos suficientes para serlo. Parte de una pregunta y una suposición

¿Qué es un vestido?
Me parece que á la altura en que nos encontramos, hora es ya de definirlo (p. 2d),

cargadas de todas las connotaciones aireadas previamente. Las posibles definiciones funcionan como otras tantas síntesis de las "consideraciones":

la cubierta del cuerpo y la descubierta del sastre.
El espejo de la fortuna ó el mentís que quiere dar la avaricia.
Un mueble con el cual pasamos por decentes.
La consecuencia inmediata del pecado de Adán, ó mejor dicho de Eva.
Y otras muchas cosas que no son del caso.
(p. 2d)

Tras unas típicas disquisiciones blasquianas sobre el vestido y la cordura y la desnudez y la locura, se menciona como contemplado por el narrador observador una anécdota que compendia lo que la moral y la justicia deben evitar: un muchacho desnudo pide limosna a una señora que lleva "un galguito inglés con una preciosa mantilla de terciopelo" (p. 2d); lo que recibe es el desprecio de la dama y dos mordiscos del perro. Otras consideraciones recuerdan el vestido o las prendas que pueden tomarse como símbolo del ansia de medro:

¿Por qué lucha el soldado, el oficial, el coronel? por atrapar una faja.
¿Por qué trabaja el cura párroco, el canónigo? por alcanzar el sombrero verde. (p. 2d)

Las notas antimilitaristas y anticlericales, nada infrecuentes en Blasco, quedan así en esta ocasión y el artículo recorre otros temas como el de las mujeres y el amor en rela-

ción con el vestido:

Los hombres del vulgo la expresión mas dulce que tienen para la mujer que quieren es ¡adios, prenda!

En materia de amores el traje es el todo.
(p. 3a)

Una segunda anécdota prepara el final. Se presenta como vivida y en ella el narrador, además de actuar como personaje, cuenta con el desdoblamiento técnico en forma de amigo innominado. El diálogo reproducido insiste en la relación entre prestigio y vestido y alude al poeta, vestido con modestia, que pasa desapercibido en la misma reunión en que el hortera relumbra

con esa cadena de reloj, tan grande, esa corbata encarnada, ese chaleco amarillo y guantes blancos.... (p. 3a)

Puesto que la crítica de los falsos exteriores afecta a todos, la conversación acaba refiriéndose al amigo interlocutor que presume de gabán y aún se lo debe al sastre. El final del artículo y de la serie es un breve párrafo dirigido a los lectores donde el narrador, tras hacerles un guiño sobre la propia implicación en la anécdota, se aleja de ella, se ubica y caracteriza como escritor de artículos y, a vueltas del tópico de modestia, vincula al tema de las "consideraciones" con la misma labor de escritura y se despide sin abandonar el tono ni pedante ni agresivo que ha usado en toda la serie:

Me retiré riendo... pero no era yo solo el que me reía; mis botas reían también como unas

locas; sin duda conocían la verdad de mis palabras. Fui á casa, tomé unas botas formales, y de paso escribí estos mal pergeñados renglones que acaban ustedes de leer: hasta otro día, que por hoy no tengo mas palabras con que vestir mis pobres ideas desnudas. (p. 3a)

4.3.1.2.6.- 1862 .

Recién comenzado 1862, El Saldubense da cuenta de la muerte de Emilio de Miró, ocurrida el 18 de enero (131), acontecimiento que necesariamente influye en los cambios del periódico y permite sospechar la nueva etapa, anunciada a mediados de diciembre y confirmada en los últimos días del año. (132). Entre tanto, la aproximación a la Unión Liberal es cada vez más clara: a principios de agosto se anuncia y comienza la reproducción de una serie de artículos procedentes de El Eco del País, uno de los portavoces madrileños de los planteamientos de O'Donnell (133).

4.3.1.2.6.1.- Contexto periodístico-literario del costumbrismo. Eusebio Blasco. La relevancia de Julio Monreal.

En lo que al costumbrismo se refiere, la frecuente presencia de Eusebio Blasco no implica especial atención al artículo de costumbres (134). Éste es cultivado, sobre todo, por Julio Monreal y Giménez de Embún. El resto del material contextual se nutre, sin innovaciones, de los temas de periodicidad fija, como la cuaresma y las fiestas del Pilar (135),

de los inevitables sobre modas y aspectos municipales (136), de los socorridos sobre tipos (137), de poesías de variada catadura (138) y de artículos generales y moralizadores (139).

4.3.1.2.6.2.- Predominio de las escenas y de los aledaños del relato. Encauzamiento del antimilitarismo popular. Escenas sobre chismografía. El Duende guía a Mr. Etonné por la Zaragoza oficial y la real. Historietas estudiantiles aragonesas. La novia, fisiología en tono menor. Usos literarios: los prólogos. Contra la democratización de la reproducción de la imagen que propicia la fotografía. El fracaso de una tertulia de confianza prueba la superioridad de la burguesía urbana sobre la rústica. Ascos formales y complacencia íntima ante la perturbación doméstica de la rutina: hitos vitales y anuales, personales y colectivos. Los inocentes: el mundo al revés en la despedida del año y del periódico.

La docena corta de títulos que destacan se abriría con "La quinta y los quintos" (140), de Carlos de Pravia, en atención a las escenas costumbristas que encierran las dos últimas entregas de las cuatro que lo componen. Trátase, en conjunto, de un artículo antibelicista pues el autor no se limita a vituperar el servicio militar, sino que propicia una aproximación al tema por vía argumental y emotiva. Para Pravia, tanto las ideas militaristas de Carlos V y de Ná

poleón como las pacifistas de Tomás Moro en Utopía y de Campanella en La Ciudad del Sol

vienen fanatizando á las clases que mas sufren y que ignoran mas... (1^a entr., p. 3c)

y lo que afirma el sentimiento, lo desmiente la razón:

entre todos los sueños de oro que han hecho fortuna en el mundo, ninguno tan deslumbrador ni tan sueño como el que habla de la paz universal; bella teoría que está en la creencia de todo el que tiene corazón; imposible reconocido como tal por todo el que sabe hacer buen uso de su cabeza. (1^a entr., p. 3d).

Para la ofensa o para la defensa, se crean los ejércitos y entre estos, los permanentes, compuestos de gente joven.

Tratando de explicar el "egoísmo" del pueblo que

se imagina que no hay derecho para exigirle algunos sacrificios en cambio de los bienes que recibe de manos del gobierno... (2^a entr., p. 3c)

Pravia refleja el sentimiento generalizado:

El pueblo aborrece las quintas, como aborrece las contribuciones, como aborrece las demás cargas que el gobierno le impone para el sostén del estado... (p. 3c)

Pero, a propósito de mostrar los detalles de ese egoísmo, evoca anécdotas verosímiles que continuamente refuerzan el antibelicismo: desde el intento de ser excluido en los juicios de exenciones y las tentaciones de efectuar "enjuague" (p. 3d) hasta la paulatina resignación a la idea de tener que incorporarse a filas:

los mozos así que se acerca la quinta, sienten ciertos deseos de ver nuevas tierras; y cuantas veces se reúnen á jugar á bolos ó tirar á la barra, recuerdan con delicia los vistosos uniformes de

los últimos soldados que pasaron por el pueblo y la historia del hijo del primo del sobrino del señor cura, que habiendo salido quinto llegó en un dos por tres á general. (p. 3d)

La engañosa aceptación queda, no obstante, en entredicho cada vez que se escucha

esta sentida al par que bárbara invocación: -¡Madres que teneis hijos! considerar la tristeza y desconsuelo en que se encuentra este pobrecito, ciego de un fogonazo de cañon en lo mejor de su vida y sin poderlo ganar (p. 3d)

A partir de la tercera entrega, Pravia se adentra más en las escenas características que describen al tipo del quinto en su calvario interno y en el ritual de tránsito. Primeramente el día del sorteo, que llega "entre temores y angustias". La misa de alba, generalmente poco concurrida, es oída por muchas madres que rezan ante la Virgen y numerosas jóvenes casaderas que

con los ojos arrasados en lágrimas, ofrecían á San Antonio una vela de á cuarteron y un ramo de lilas si sus novios sacan número alto. (p. 3d)

El bullicio dominguero de las calles contrasta con los "gritos ahogados" de los mozos que permanecen en sus casas. Con la misma técnica descriptiva y sugeridora y prácticamente olvidado de las reflexiones iniciales del artículo, Pravia sigue pintando la escena popular que incluye hasta la mención de aquellos que se alegran en medio de la tristeza general: los veteranos de la guerra civil que "se pronunciaron veinte veces sin saber por quién se pronunciaban" (p. 3d) y que -

miran casi con desprecio y lástima á los que se compungen y afligen á la sola idea de cojer el chopo, hoy que no hay guerra ni cosa que lo valga. (p. 3d)

Al antiheroísmo de las de "mediana edad" se suma el terror de las madres al oír las campanadas que llaman a las casas consistoriales y recuerdan los muertos familiares. Pravia ahorra la descripción del sorteo y centra la atención en "la risa y el llanto" que acompañan, respectivamente, a los que quedan libres y van "arrojando al aire los sombreros y gritando cándidamente: -¡viva Dios!" (p. 3d), y a los menos afortunados, a quienes persigue con su pluma e identifica al modo costumbrista:

pues ha nacido el quinto, tipo de cortísima existencia, no le abandonaremos un instante hasta dejarle convertido en recluta hecho y derecho. (p. 3d)

La entrega tercera acaba refiriendo las "primeras impresiones" del quinto, por cuya mente atemorizada desfilan "sus padres, sus hermanos, su nóvia, su lugar..." (p. 3d) y para quien cobra nuevo sentido lo inadvertido o cotidiano:

muchachas como la sobrina del boticario, pelona, chata, y por añadidura derrengada, tienen ya á sus ojos un no sé qué que le atrae y que no piensa en contrar en las mujeres de otros países. (p. 3d)

La última entrega refleja la etapa que sigue a los lloros. El quinto va haciéndose a la idea de lo que le espera mediante el autoengaño de la disonancia cognoscitiva: la suerte es así; Dios lo ha dispuesto, quizá sea para bien; ¿por qué ha de ser él de los que mueran y no de los que regresan ilesos?; conocer nuevas tierras y gentes "debe ser muy her

moso"; el soldado siempre es bien acogido:

la reina le dá lecho bajo que cobijarse, alimento, calzado, vestido y tres ó cuatro cuartos de sobras para tabaco, agujas, hilo, bola y jabon. (p. 3b)

Consolado, pasa a cumplir con el ritual público que espanta miedos y capta quereres. Este es el momento del artículo en que Fravia casi prescinde de intermediaciones como narrador y reproduce el verosímil diálogo que provocó la ronda de los quintos. Todo comienza con la copla:

Salid, muchachas, salid,
por ventanas y balcones,
que la gracia de los quintos
os roba los corazones. (p. 3c)

Sigue el diálogo que ocupa casi la mitad de la entrega:

Su novia se asoma á la reja.
-¿Con que te llevan, Colás?
- Es tan cierto como que se murió mi abuela, contesta el quinto chanceándose. (p. 3c)

Tras la salutación, los requiebros que encubren la angustia, las declaraciones —enternecedoras o grotescas— que propicia el excepcional trance:

-¡Ay morenilla de mi vida, si yo fuera burro
y tú cebada, qué atracon me habia de dar! (p. 3c)

y la petición de la escarapela "de cintas de varios colores y rosa de mano". Colás se reúne con los otros quintos y todos recorren el pueblo reclamando dineros con sus guitarras para la gran merienda ritual. El final de la entrega es un recorrido más somero por los hitos del tipo: la transformación de lo patriótico, familiar y amoroso en comportamiento

poco menos que antisocial:

El quinto habla en andaluz al segundo día, escupe por el colmillo, coge el cigarro como los matones y se atreve á lo que nunca se ha atrevido. Descuida el trabajo, bebe, echa tacos y engaña á las mozas. (p. 3c);

la espera, a veces incluso de un año, hasta que es llamado "á entrar en caja", momento en que afloran de nuevo el miedo y las coplas que pretenden conjurarlo:

¡Adios padre y adios madre!
 ¡Adios hacienda y dinero!
 Me voy á pagar al rey
 Ocho años que le debo

 Ya se van los quintos, madre,
 Caminito de Alcalá...
 Ya se van los quintos, madre' ...
 ¡Sabe Dios si volverán! (p. 3d);

La conducción a la capital de la provincia acompañado por sus padres, consolados con la esperanza de verle pronto convertido en cabo segundo; el desagradable contacto con la vida cuartelera:

El primer día no prueba el rancho ni el pan de munición; le repugnan. Tiene algunas pesetas y compra pan blanco y fruta. Las pesetas se acaban con la semana, y entonces la necesidad le obliga á meter la cuchara en la olla, y el rancho le parece exquisito. (p. 3d);

la selección, según la apariencia física, para los distintos destinos:

los mas altos y robustos para los cuerpos de artillería y caballería; las demás, los morralla, el deshecho, la parte flaca, queda para el arma de infantería. (p. 3d)

Pravia, que ha elaborado un muy decente artículo de costum-

bres sobre un tipo apenas frecuentado en las páginas del género y que lo ha tratado desde el punto de vista popular, sin ironía ni estridencias, llega al final de su trabajo sin necesidad de teorizar sobre las implicaciones sociales y militares del tema. Lo que al principio parecía encaminado a la justificación de un uso militar determinado ha acabado siendo una perfecta fusión de su repulsa indirecta y de la descripción de quien no la expresa literariamente pero la vive. Y no parece que en esta ocasión el autor se haya servido de un tipo para intereses particulares: la crítica subliminal se logra sin tener que acomodar el tipo a las deformaciones del filtro pseudopopulista. En todo caso, el tipo adquiere más credibilidad al ser despojado de los tópicos gloriosos, heroicos y patrióticos y al ser presentado más bien animalizado e, inevitablemente, casi grotesco:

El quinto deja de ser quinto; ya es recluta. Está pues, fuera de nuestra jurisdicción, y le abandonamos á los tormentos del corbatín de suela que le siega el pescuezo, y la falda del poncho, que no le deja andar, enredándosele entre las piernas (p. 3d)

A Julio Monreal se debe "Vidas y milagros" (141), excelente artículo dividido en dos entregas cuya primera característica salta a la vista por contraste con el recién considerado de Pravia: alusiones al tema, objetivo, destinatarios —y aun a la labor del autor— del trabajo. No obstante, su rasgo más notorio es la acertada puesta en juego de los variados y ricos elementos que contiene. La introducción, que ocupa una quinta parte del total, es una aproximación al tema —al ir precisando lo aludido por el título— mediante la

apelación al lector. La captación de la atención de éste y la falsa modestia a la hora de ponderar el texto se imbrican desde el principio:

Leyendo el epígrafe de este articulejo, acaso creerás, lector amantísimo, que trato de referirte algún chisme de vecindad ó alguna historia de callejuela, en que ponga como chupa de dómine á algún desventurado prójimo, pintándole con tales pelos y señales, que a la legua el mas topo señalarle con el dedo... (p. 3c)

Al original endose del tópico costumbrista "pinto, no retrato", aún se añade la formulación recta —también propia de la poética del género— de la actuación al margen de la sátira directa, lo que, además, sirve al autor para embutir otro de los elementos previsibles en un artículo, el lema:

Huyo y temo á los libelistas mas que al cólera morbo y á la fiebre levantina y puedo decirte con Miguel de Cervantes:

Nunca voló la humilde pluma mia
Por la region satírica: bajeza,
Que á infames premios y desgracias guia

(p. 3c)

El contacto con el destinatario se sigue asegurando al simultanear la eliminación del punto de vista moral que podrían sugerir el título y el tema con la exclusión de las expectativas de cierta clase de lectores e, incluso, de esos mismos lectores si se atiende a la diferencia en el trato y en la ubicación mental con respecto al tú "amantísimo":

Acaso, acaso algún beato leyente crea, que el titulillo promete las vidas y milagros de los justos varones que en los altares veneramos... (p. 3c)

En esta oportunidad, el desbroce por negación va seguido de la declaración del tema y el objetivo del artículo y conle

va nuevos rasgos de la función del costumbrismo:

no me propongo sinó ridiculizar y reprender, ya que no corregir, á los que se emplean en averiguar la vida del prójimo, para contarla después...
(p. 3c)

Mediada la introducción, Monreal desarrolla la mecánica social de la chismografía y considera su implantación general —con lo que el tema resulta representativo y el artículo justificado— y la participación de todos, "tú, yo, aquel y todo el género humano" (p. 3c), en el uso en cuestión. Éste queda catalogado como pecado al ser referido al del Paraíso bíblico, pero tal filiación se revela mero artificio a la vista del talante nada moralizante del trabajo, a la del marchamo de esencialmente humano —léase incuestionable, objetivo— con que permite tratar la muy epocal y burguesa preocupación de la imagen social y a la del avance de la unión entre tema y actitud costumbrista que Monreal establecerá al final del artículo cuando justifique su labor sobre la base de la inevitable curiosidad:

cuán difícil ha de sernos extirpar esta mala tendencia, estando en nosotros arraigada ab origine, es decir, desde que nuestra madre Eva, con su golosa curiosidad, nos desterró á este valle de lágrimas... (p. 3c)

La bien pertrechada introducción deja paso a la anécdota su puesta y verosímil en la que Monreal, movido por el legado de Eva o, si se quiere, investido del asmodeísmo costumbrista, actúa como cabal guía de un lector que ya debe estar captado aunque sólo sea por pertenecer al género humano. El recorrido a través del microcosmos urbano comienza por el

significativo ámbito burgués de las visitas:

lector, puedes venir conmigo á casa de doña Rosita, señora, para mí de toda confianza, y en cuya casa te presentaré como si lo hiciese en la mia propia.

El tipo nominado es presentado con más detalles:

alta y flaca como una lanza, adornada su cabeza con una cofia blanca y sumergido su amojamado individuo en un anchuroso sillón de gutapercha... (p. 3c)

Las dramatis personae se completan con

Julia y Margarita, nieta la primera y sobrina la segunda y las dos niñas de diez y ocho á veinte años: bonitas, gallardas y vivarachuelas; Julia rubia como las espigas y Margarita morena como una andaluza (p. 3c),

su amiga Gelisa —"fea y no muy joven"— la madre de ésta, doña Leona —"señora de un carácter avinagrado, y una lengua de escorpion"— y "dos atildados mequetrefes, de cuyos nombres no quiero acordarme" (p. 3d). La acción, referida en pretérito —único aspecto algo distorsionante—, tiene como tema la chismografía, claro:

En este momento, como en casi todos, la murmuración hacía el gasto... (p. 3d)

La escena potencia su verismo mediante un diálogo con las acotaciones imprescindibles. La víctima es Inesita Valduero, sobre quien se comienza a cebarse doña Leona. La comidilla cesa cuando un criado anuncia la llegada de otra visita: doña Ines, precisamente. Todo son besos y cumplidos hipócritas hacia ella. Pasado el trámite, se van doña Leona y su hija, quienes inmediatamente son repasadas de arriba abajo, hasta que una nueva visita obliga a concluir la murmuración

y sirve al narrador para sugerir un proceso interminable. Este es declarado como representativo al lector en la última fase de la entrega:

Dejaremos pues la casa de doña Rosita, y figúrate que todas son pintiparadas, y que en ninguna visita ó tertulia faltan doñas Leonas e Inesitas que se desuellan de lo lindo volviénsosen así las nueces al cántaro y pagando la pena del talion.
(p. 3d)

Las pruebas acumulativas se convierten en criba totalizadora cuando Monreal suma al ejemplo detallado de las visitas y tertulias extensos apuntes sobre otros ámbitos de la chismografía. Recurriendo en esta ocasión a los verbos de sentido y a los deícticos, el guía muestra al lector, en primer lugar, la hipócrita junta de cofradía que, olvidando la caridad que teóricamente la conforma, es un nido de comentarios aviesos:

¿Ves aquel grupo de damas sentadas simétricamente en dos hileras de sillas?... (2ª entr., p. 3c)

La mención colectiva se enriquece con tres indicios de individualización como:

Aquella delgadita y descolorida del rincón censura ágricamente á la presidenta por parecerle que se dá sobrada importancia... (p. 3c)

El abanico de casos se amplía por el lado de los sexos cuando Monreal muda el escenario y señala hacia los reunidos en torno a una mesa del café. También aquí sobresale alguien entre los murmuradores:

Aquel ente canijo de los anteojos es el que tiene la palabra y va contando anécdotas inéditas de todo el mundo. Con qué entusiasmo lo toma! cómo se chupa los dedos de placer! se levanta, gesticula,

vuelve á sentarse, dá mil vueltas al baston, y tor
na y gira como que está en su elemento maldiciendo
del prójimo. (p. 3c)

La tercera muestra supone la extensión de la censura de Mon
real más allá de la clase burguesa al tiempo que una reducción
en la distancia del ámbito observado, pues se trata de la
propia casa. En principio ésta sirve de alojamiento a un
tipo no delimitado socialmente;

puede ser muy bien una vieja beata y gazmoña, que
habita en la guardilla y lleva la alta y baja de
la vecindad... (p. 3c)

Luego, con más nitidez que esta víbora celestinesca, se pin
ta la inequívoca adscripción a la clase popular del --ya en
Larra-- peligroso tipo del portero y el de sus compinches,
los criados:

Los porteros, en las casas que los hay, suelen con
vertir su leonera en oficina de chismes; de donde
se desparraman por toda la vecindad, con el auxilio
de los domésticos de ambos sexos, inmejorables con
ductores de tales noticias y enemigos capitales de
la honra y de la hacienda de sus amos. (p. 3d)

El panorama consigue ser picamente abarcador con el cuarto
y último ejemplo. El lugar es la calle y no un interior y
los tipos llevan aparejado, aunque sea por contraste con la
mayoría de los citados, el componente de la edad:

aquellas cuatro muchachas que desde un balcon...
(p. 3d)

que dan la explicación más maliciosa que pueden a las fre-
cuentes salidas de casa de "fulano" o al lujo de "menganita".

Casi insensiblemente, Monreal ha ido modificando la ma
nera de exhibir los integrantes de la galería de tipos que

maneja. Cuando sólo queda un párrafo para concluir el artículo, se comprueba que se han difuminado las fórmulas demostrativas y las alusiones directas al lector singular guiado a la par que se mencionaban tipos quizá más próximos especialmente y más inevitables. De igual modo, el contacto con el destinatario se ha generalizado a todos los lectores tras insinuarse en el caso del café --"Ved allí", frente al anterior "ves...?"-- y conduce a retomar lo establecido al comienzo del artículo y desvela el procedimiento particular que éste usa dentro del funcionamiento global del costumbrismo. Si los que critican las vidas de sus iguales o próximos con el consiguiente riesgo de desestabilizar una sociedad burguesa basada en la apariencia son criticados por el autor y, en consecuencia, éste queda incluido en los criticados, ¿cómo justificar el contrasentido? Está en juego el poner a salvo la autoridad del que vela por la sociedad, el presentar como inevitable su proceder vigilante, el impedir que se cuestione si sus criterios son epocales y de clase o si son intemporales y esenciales. Monreal solventa el problema como si no existiese, remitiendo al carácter universal del móvil del "pecado", la curiosidad, a la vez que vincula tema y técnica y explota el contacto logrado para dejar despejado el terreno de su actuación. Por eso, lo importante no está en que la airosa exculpación se limite a lo que acaba de escribir: en realidad, ha conseguido sentar las bases auténticas de su labor costumbrista al identificar curiosidad con asmodeísmo. De ahí que sus últimas palabras escamoteen la presencia del crítico en tanto que individuo particularmente curioso, pues lo es como sus conciudadanos; de

ahí que, indirectamente, refuerce su efectividad al convertirse en modelo de crítico atemperado y que pueda marcar personalmente la pauta al fijar los límites de la crítica de acuerdo con su escrito, inocua para una sociedad apuntalada por las formas y suficiente como válvula de escape de la curiosidad y de ahí, en fin, que el artículo recién leído pueda considerarse como auténtico programa costumbrista:

No tiene remedio, está en nuestra naturaleza: la murmuración, la sátira, el epigrama, la calumnia tal vez, nuestra comidilla y el averiguar las vidas y milagros de nuestros semejantes nos deleita hasta no poder más. Yo mismo casi os prometo echarme á caza de vidas ajenas para podérselas referir y otro día tener con eso vosotros y yo un rato de agradable e inocente solaz. (p. 3d)

"El forastero y El Duende" (142) va sin firma y es, como indica la nota de presentación, la reproducción del artículo aparecido el domingo anterior en "nuestro ingenioso colega semanal El Duende" (p. 1a). Es esta misma nota la que obliga a considerarlo como un "trabajo crítico" (p. 1a) sobre la temática municipal de la policía urbana zaragozana y los que deben velar por ella. Así resulta un precioso ejemplo de artículo de costumbres que evidencia la proximidad al género que mantienen tantas y tantas gacetillas, unas veces por la técnica, otras por el tema y, a veces, por ambos aspectos (143). Con todo, este rasgo definidor no excedería en importancia al que convierte al texto en un caso diáfano de resultado literario muy dignamente equiparable a los que, por ejemplo, Larra escribiera con mayor destreza, ironía y

alcance, sí, pero con similar actitud ante realidades sociales iguales. El artículo no interpreta los atavismos cívicos como timbre de gloria local o nacional ni como residuo de esencialismo, quizá debido a la ubicación urbana de lo que critica. A las mismas causas se debería el uso instrumental del personaje francés —Mr. Etonné— que funciona, sin asomo de galomanía ni galofobia, como pretendida referencia objetiva del nivel cívico europeo y moderno. Junto a este punto de vista que propicia el extranjerismo, el artículo cuenta con un narrador-personaje, un destinatario explícito —los responsables municipales—, es decir, no va dirigido al lector en general y se basa técnicamente en el artificio asmodeico del recorrido urbano que efectúa el extranjero de la mano de un guía que se reconoce como tal. Consta de cuatro partes, además de la nota de presentación. Los antecedentes argumentales son despachados sucintamente aunque no tanto como para dejar de incluir la nota verosímil, epocal y de moda que alude a las comunicaciones:

Llegó el tren de Navarra, y tuvo el gusto de recibir á monsieur Etonné, rico negociante de Burdeos y cuya llegada me avisaban amigos de las provincias, recomendándomelo eficazmente. Después de descansar quiso ver cuánto notable hay en la ciudad de Cesar Augusto, y claro es que había de ser yo su cicerone. (p. 1a)

Mr. Etonné, que une a su nombre simbólico y presagiador del final del recorrido el de curioso, hace que el guía aparezca privado del asmodeismo crítico a pesar de tenerlo adjudicado desde el pseudónimo —El Duende—: en la medida en que lo que éste muestra al extranjero es lo físicamente visible de

la ciudad su censura municipal es más objetiva. De esta relación de fuerzas se desprende que la visita de Zaragoza sea un tránsito de la ciudad oficial a la real y que Mr. Etonné se convierta en el guía de las autoridades municipales, de los zaragozanos que no aprueban totalmente la gestión municipal y aun de los lectores no zaragozanos para quienes la capital de Aragón es un simple amasijo de tópicos. Precisamente por esto, la primera parte del recorrido se pliega a lo más ostensible y oficial de Zaragoza y el narrador refiere con brevedad pero con suave ironía que aporta a la acumulación de poder y riqueza. Entre los momentos religiosos, el Pilar —"magentuosa basílica"— queda necesariamente vinculado al culto mariano según la imagen que de Zaragoza se tiene con más frecuencia:

El buen bordelés estaba encantado de ver tanta magnificencia, tanta riqueza en un solo templo; y comprendió fácilmente la devoción que el pueblo zaragozano tiene a su escelsa Patrona. (p. 1a)

Tras visitar La Seo, es el turno de las instituciones de beneficencia y, por fin, de los lugares "pintorescos" de paseo y esparcimiento:

Eh, ya hemos visto la Misericordia, el Hospital, departamento de dementes, Torrero, Casa-Blanca y demás cosas mas ó menos notables de esta ciudad y su campiña. (p. 1a)

Cuando Mr. Etonné no se da por satisfecho y muestra sus deseos de conocer la Zaragoza real, comienzan los problemas del guía —a partir de ahora denominado "don Martinico"— y el artículo llega a su parte fundamental no sólo temática-

mente: la supuesta preocupación del narrador se ampara en la ironía crítica; de lo físico se pasa a lo cívico-moral; lo referido en pretérito para el lector es dramatizado mediante el diálogo. La curiosidad del extranjero propicia todo:

—¿Qué haremos ahora?—le pregunté. —Quisiera recorrer las calles; observar las costumbres de sus habitantes [...]. —Y echamos á andar y á cruzar la ciudad en todas direcciones; principié á preguntar Mr. Etonné y principié yo á sudar la gota gorda. (p. 1a-b)

Con este esquema, sale a relucir una docena de aspectos no siempre limitados a lo puramente municipal: el alumbrado, todavía de aceite a pesar de existir una contrata para instalación del gas; falta de fuentes en una ciudad con tres ríos y un canal, con lo que el agua podría llegar hasta las viviendas, como supone el extranjero:

—Perdone V... . Tenemos una, principiada en octubre de 1833, merced a una suscripción voluntaria, y concluida en 1845. —Ola... en doce años... —Eso es; nosotros hacemos así las cosas: de prisa. (p. 1b)

el agua, apenas potable, que exige que cada vecino posea "una docena de tinajas" para que repose y se aclare;

—Pero ¿y si no las tiene? —La bebe turbia; pero no importa. La porquería que no ahoga engorda. Por eso estamos tan lucidos y gordos los zaragozanos. No todo lo que se quiere se puede hacer. (p. 1b)

Tras un inciso para dar cuenta al lector de los apuros del guía y de que "Mr. Etonné estaba como su apellido" (p. 1b), sigue el repaso: la suciedad que abunda en las calles por obra de una brigada que llena de inmundicias a los protagonistas y les obliga a salir corriendo; los borricos de los

aguadores, que andan sueltos y atropellan a los viandantes,

-Porque estamos en un pueblo libre, y queremos la libertad hasta para los asnos. (p. 1c);

las criadas que arrojan la basura a la calle desde los balcones; las amenazas físicas de mayor calibre,

- Y ese carromatero que vá muy arrellanado en su carro en vez de llevar sus mulas de cabestro...
 --El pobre va mas cómodo... --Y si mata á alguno...?
 --Tenemos aquí una piadosa hermandad llamada de la Sangre de Cristo que recogerá el cadáver; todo es tá previsto. (p. 1c);

la manía de tumbarse en la acera, frente a las tabernas, con pucheros y tazas, para beber vino;

--sí, señor; aquí le tenemos muy bueno: particularmente el de... --Pero por qué lo beben en la calle, obstruyendo el paso y así tumbados? --Por que como nuestros vinos son tan fuertes, pudiera subírseles á la cabeza; y estando así, al aire libre... (p. 1c).

En este punto, el extranjero vuelve a observar la suciedad reinante --"Oh, c'est diablement sale"-- y se produce la inflexión final del recorrido al apuntarse directamente a los responsables:

tenemos municipales y bandos, y bandos municipales; pero nosotros no hacemos caso de los primeros ni de los segundos, ni la autoridad hace caso de que no hagamos caso: aquí no se hace caso de nada. (p. 1c)

Denunciada formalmente la desidia ciudadana y la falta de celo de sus regidores --"Oh, c'est drôle", dirá el francés--, se llega a la parte última del artículo. Don Martinico acompañal asombrado visitante a la fonda cuando se hace la hora de comer y, tras dejarlo en su cuarto, se despide de él.

y le desea feliz continuación del viaje a Barcelona. Las frases entonces cruzadas suponen no sólo la opinión global de ambos sobre el tema sino también su función como consideración crítica que trasciende lo zaragozano e implica lo nacional por la extranjería del visitante, por la fácil extrapolación de lo tratado y lo comentado y por los términos empleados —"vuestro país"; "Aquí"— por ambos. Una fórmula habitual en el género —vuelta a casa y reflexión— sirve de cierre a este trabajo para el que sería fácil encontrar modelos publicados en Madrid pero que se debe sustancialmente a la realidad zaragozana:

—Vuestro país es hermoso; pero os falta...
 —sí; le interrumpí; lo que Jesucristo dicen que negó á nuestro patron Santiago, entendido.
 —C'est dommage... —No quise oír mas y en dos saltos me planté en la calle. Al volver á mi casa decía yo reflexionando también: —Aquí, para que haya orden, para que estemos como en la gloria, solo faltan dos cosas de poca monta, á saber: que haya quien mande y haya quien obedezca. (p. 1c-d)

En Escriche y el 9 de julio firma Julio Monreal "El fin de curso. Episodio de la vida estudiantil" (144), título que ya habla de su compromiso entre la temática que puede ser costumbrista y el tratamiento proclive a lo narrativo de las "historietas" tan del gusto de Vicente de la Fuente. La conexión con lo que éste escribiera entre 1841 y 1844 en el Semanario Pintoresco Español y en Los españoles pintados por sí mismos y la ubicación zaragozana que Monreal efectúa es, precisamente, lo singular del artículo, a todas luces motivado por la época del año en que se publica.

Más que concomitancias con De la Fuente, serían huellas las alusiones cultas —"el alumno de Minerva" (p. 1a)—, librecas —"cuando apenas el rubicundo Apolo tiende las doradas hebras de sus lucientes cabellos" (p. 2d)—, sentenciosas —"aquellos polvos trageron estos lodos" (p. 1a)—, los latínajos y, evidentemente, la terminología estudiantil —"Peñaranda" (p. 2c)— que no es excesiva y aparece solapada con la común, convertida en significativa por el contexto. Además de por la ubicación en Zaragoza, el texto de Monreal difiere de su posible modelo por la menor insistencia en la evocación de épocas pasadas aunque algunos pasajes puedan suplirla:

Hoy, por desgracia, la especie estudiante ha degenerado notablemente desde que con la supresión de sotanas y manteos se dio el golpe de gracia á las caravanas que salían á correr la tuna; frase técnica de aquellos tiempos de feliz recordacion. (p. 1a-b)

Pagado este mínimo tributo a la técnica de las fisiologías, el resto del artículo fluéñía entre la atención a la "especie estudiante" descrita en presente o con formas destemporalizadas y la referencia a un solo individuo que, si no deja de ser representativo, conlleva un desencaje verbal pues es mucho más puntual y tendente al pretérito. Por su parte, la anécdota e incluso sus pormenores resultan previsibles ya que, en definitiva, giran en torno a un tipo conocido. La introducción recuerda que el estudiante desea volver a casa, es decir, dejar los estudios, desde que la abandona, apunta la forma en que se lleva a cabo:

la diligencia, ó el tren, (que han venido á sustituir al arriero del pueblo) ;Oh tempora ó mores! (p. 1a),

lo que ha desaparecido y lo que permanece del tipo y lo que ha hecho —entramparse— y lo que ha dejado de hacer —estudiar— durante el curso. Comienza entonces el agrídulce octavo mes del año académico en el que debe examinarse y solventar sus deudas y empeños y regresar a casa con aprobados, como mínimo, y con las prendas que sus padres van a echar en falta. El calvario tiene sus principales bases en el segundo plazo de la matrícula, la patrona, el juego, los acreedores en general —el asedio a que se ve sometido por los "pobres ingleses" es uno de los momentos mejor resueltos, cf. p. 2 b-c—, el rescate de lo que dejó en "Peñaranda", los exámenes y la consecución sigilosa del billete de la diligencia con la última ayuda económica que llega de casa, a donde huye dejando "con un palmo de narices" (p. 2d) a todos, incluida la preceptiva novia, cultivada desde el carnaval. En conjunto y por encima de la alternancia entre episodios e aspectos referidos genéricamente y en presente —preparación de los exámenes, pago del segundo plazo de la matrícula, problemas con la patrona, amores, acreedores, exámenes— y los en pretérito y con visos de individualización —desplume en el juego, empeños— el artículo se mantiene en el costumbrismo dado el predominio del tipo y la habilidad de Monreal para pintarlo con rasgos intemporales pero no retrospectivamente.

También sobre un tipo habla "La novia" (145), breve ar

título que va sin firma y puede deberse a Mariano Ferruz. Sus exiguas proporciones no son compensadas por la calidad pero contiene rasgos de alguna relevancia, como una parte introductoria donde se revela algo del funcionamiento del género: la necesaria referencia que se niega o modifica, en este caso oficial y culta —y no debida a extranjeros— según el modelo de algunas de las fisiologías de Los españoles pintados por sí mismos:

No estamos conformes con la significacion que dá el diccionario á la palabra novia. (p. 3b)

Los sinónimos o definiciones corrientes y vitales son enfrentados al criterio académico:

Mi futura, mi tormento, mi chica, mi consabida, mi acomodo, mi quebradero de cabeza, mi prometida, mi amada, mi Filis, mi pasa-tiempo, mi vida, mi cielo, mi gloria eterna... (p. 3b)

y, luego, ampliados "según el estado, la edad, temperamento y ocupacion" (p. 3b) del novio. Es en este momento cuando la pauta de las fisiologías queda modificada —quizá transformada, quizá resuelta en tono menor— al enumerarse "fases" del tipo que son perspectivas subjetivas aportadas por otros tipos en vez de variedades objetivas o catalogadas como tales por el autor. Éste transcribe once escuetas definiciones atribuidas, respectivamente, a un gacetillero,

—Niña pispireta, traviesa, que mira en el paseo, me saluda en la calle y me hace cucamonas en el balcon. (p. 3b)

un pollo,

—Especie de mata de calabaza. (p. 3b)

un estudiante, un médico, un capitán, un poeta, un viudo,

—Mazapan, turrón, jalea, almívar y sorbete
de gloria. (p. 3c)

un "nóvio verdadero",

—Buque de vapor con cargamento de almidón,
caprichos y costas. (p. 3c)

un "rehuido", un paseante y —con él termina el artículo— un
descreído.

"Los prólogos" (146), de Julio Monreal, es un ejemplo raro pero más que decente —a pesar de su prolongada introducción— de artículo de costumbres literarias al que no le falta la ironía, ni la coetaneidad con lo criticado ni el nada infrecuente recurso del recuerdo cervantino en busca de la aureola culta. Su primera mitad puede entenderse como un intento de efectuar una crítica transepocal, de encubrir las potenciales alusiones directas de la segunda mitad, de acometer con algo de originalidad la preceptiva mención de los antecedentes del tema o de aunar estos y otros propósitos. El primer párrafo de la introducción acaba declarando —entre tópicos de modestia, quizá necesarios al estar improvisando— el tema y su novedad:

Pero nuevo ó sabido, trillado ó nó, háme hoy veni
do en gusto perjeñar un articulejo sobre los pró-
logos, y ello ha de ser, si Dios fuere servido, ó
de lo contrario mal me las hé de haber. (p. 3a)

Otro párrafo sirve para ironizar sobre la decimonónica manía de la totalización formularia, aquí referida al nacimiento de los prólogos:

Nos quemaríamos las cejas [...] viniendo a sacar en limpio [...] que su origen se perdía en la oscura noche de los tiempos, como expediente para salir airoso del paso en más de cuatro lances apuradillos. (p. 3a)

En cualquier caso, el tópicos sirve a Monreal para dar por demostrado que, al igual que el tema, su crítica tiene validez intemporal y no se origina en el contexto inmediato desde y para el que escribe la primera definición del prólogo —"es como la fé de bautismo del libro..."— ya va en presente; inmediatamente, identifica el prólogo moderno —"prematura panegírico" debido a algún amigo y pensado para "dar al lector gato por liebre"— con los preliminares que cumplían idéntica función en otros tiempos. Una segunda definición queda esbozada a propósito de la dificultad con que se topa el autor del libro cuando quiere presentarlo con precisión y soltu —"Es como una excusa anticipada..."— y se completa con la definitiva pintura genérica —por sus detalles y por la mezcla de tempos verbales— del objeto en cuestión:

El prólogo es la carta de recomendación, la credencial con la que el neófito se presente en la república literaria, alegando las causas de su existencia, si es que las hubo, y dirigiéndose humilde, al pío, al benévolo, al discreto, al curioso lector, dictados que con otros mil más se prodigaban por los escritores, hasta que por fin á revueltas de lisonjas y sandeces llegaban al fin, despidiéndose con el acostumbrado vale. (p. 3b)

La imprecisión epocal de la definición permite a Monreal recordar la maestría con que Cervantes solventó el primer prólogo del Quijote e, indirectamente, fijar el ejemplo como modelo y piedra de toque de los prologuistas modernos y como antecedente de la propia labor del autor que, a estas alturas reconoce ante el lector tan digno y olvidado precursor. La

parte del artículo que afecta a los coetáneos lleva por delante la característica cura en salud de Monreal:

apretémosles el Cristo, por si algun dia tropezáremos nosotros donde ellos cayeron, para que entonces no pueda decirse que no llevamos la fraterna por delante. (p. 3b)

Dos son los supuestos que Monreal tiene en cuenta al repasar los usos literarios tan frecuentados, sobre todo, por los malos autores: el del protagonista de pocas luces y el del afamado. En el primer caso, se trata de

algún amigote con achaque de literato, que ó bien cede á las importunidades del autorzuelo, bien él mismo solicita garrapatearlo para tener el inefable gozo de ver su nombre en letras de molde, al frente del libro. (p. 3b)

Los apuros que pasa tal prologuista para entender, seleccionar y calibrar el libro en cuestión son proporcionales a la insulsez y adocenamiento de su autor. Sea cual sea la materia tratada, los elogios son tópicos habituales. Supuesto que se encuentre ante un poeta, todo es más falso y rutinario, si cabe, en sus resultados aunque al prologuista no le ahorre sudores la materia. Ya la mención de lo más legible resulta tan difícil como baldía:

Entonces es ella de citar acá y acullá trozos selectos, y sin embargo no escogidos, sino tomados al acaso, porque allí todo es selecto y no hay más que pedir. (p. 3b)

Descuelle el autor por lo elegíaco, lo lírico o lo satírico, da lo mismo: el prologuista le elogia ciegamente:

Aquí describe, en una oda moral, la primera azotaina que le dió su pedagogo, que no parece sino que

se oyen los disciplinazos y se ven los pucheritos del vapuleado vate: allá pinta en una melíflua anacreóntica el prado verde en que se engulló una tortilla con algunos camaradas, ó donde jugó á la pizpirigaña ó al salta tú con Nise, cuya Nise es alguna zagalona desarrapada de su aldea. (p. 3b)

A la hora de presentar el segundo caso, Monreal, debido a la común crítica recién hecha al autor y prologuista, invierte los términos y presenta a aquél en busca de éste. El protagonismo que adquiere el autor a la caza de avales hace que también se convierta en tipo. Dado el paso del tema objetivo --los prólogos-- a sus protagonistas, Monreal puede facilitar la connivencia con el lector e incluso la da por hecha:

Nuestro autor, y digo nuestro aunque maldito lo que tenemos que ver con él ni vosotros ni yo, desocupados lectores míos, se despepita porque alguna celebridad contemporánea en el horizonte literario se digna recetarle el prólogo... (p. 3c)

Como si se tratara de un producto mercantil nacional al que se hace pasar por extranjero para aumentar su cotización, el autor, cuando anuncia su obra con dien "cartelones puestos en sendas esquinas", no olvida:

añadir en letras como almendrucos, lo de; = encabezada con un prólogo que fecundísimo y popular escrito, Don X. K. de Z.= (p. 3c)

En el engaño caen los "críticos de aluvion" que se guían del renombre del prologuista y toda la falsedad literaria se completa con la fanfarronada del editor sobre las ediciones tiradas. En el último párrafo del artículo, Monreal reúne una consideración de falsa modestia sobre lo escrito, una nueva alusión a la posibilidad de incurrir en lo criticado y una

despedida del lector entre ritual y desenfadada, todo ello, broche de un trabajo donde la ironía costumbrista logra escapar tanto de lo particular como de lo indeterminado.

Aunque sólo fuera como muestra de otro de los usos sociales que la literatura periodística cataloga, habría que mencionar la manía fotográfica a que se refiere, para censurarla, Dámaso Delgado López en "Fotografías" (147). El texto, que no acierta a ser plenamente costumbrista, consta de cinco partes repartidas en cuatro entregas e importa por alguno de sus últimos pasajes y, sobre todo, por el enfoque del tema. Frente a la relativa limpieza con que Monreal abordaba la cuestión de los antecedentes, Delgado resulta pretencioso, tardo y decepcionante cuando se remonta a las grandes cuestiones de la humanidad y de las civilizaciones para acabar protestando por la expansión de la fotografía. No posee tampoco Delgado habilidad para ironizar ni soltura sintáctica e intenta suplirlas con una peregrina argumentación sobre los pros y los contras de los avances y retrocesos de las civilizaciones que conduce a representar su mundo contemporáneo como algo decadente, con más prisas y menos vida que los del pasado. A la altura de la entrega tercera comienza a aproximarse al tema anunciado en el título por el lado de la generalización, tampoco aceptada, de lo que antes era exclusivo de reducidas minorías: el álbum literario que de los grandes creadores pasa a las mujeres y acaba por ser moda universal. En la cuarta aplica idénticos criterios al invento de Daguerre y lamenta que el privilegio de la reproducción de la

efigie esté al alcance de casi todos. La fobia de Delgado hacia la reproducción objetiva sorprendería en un siglo tan "pictórico" pero resulta reveladora del temor que supone al cambio de formas de vida:

Antes era solo, esto de verse reproducido, privilegio exclusivo de los dioses.
 Pasó el tiempo y fué de los reyes.
 Despues de los grandes hombres.
 Hubo época en que estos se multiplicaron.
 A seguida se les denominó mas modestamente con el nombre de celebridades.
 Y los retratos ilustraron las obras literarias.
 Y en las novelas se pintaban las escenas de una criada pisando el rabo de un gato.
 Y en los viajes se dibujaban á los hotentotes.
 Y se pintó todo.
 Y ya fué preciso que nos pintáramos á nosotros mismos. (entrega 3^a, p. 3^b)

La entrega final se abre con el protocolario escándalo del autor ante la aparente deificación de la fotografía, capaz de dar sentido —y aun vida— a acontecimientos nacionales e internacionales y de hacer conocer la felicidad a todos. Para poder concluir execrando tan infernal invención, Delgado se aparta esta vez de la plúmbea argumentación y opta por reproducir una escena múltiple calificada de "conversación general" y en la que se puede leer, por ejemplo:

-Este [retrato] para usted, me dijo un día mi zapatero alargándome uno.

 -He leído un soneto de usted, y necesito el retrato del autor.
 -Bonita consecuencia dije para mí. -Gracias, ahí lo tiene usted.
 Ya tengo 321
 -Le daré á uste el mio, ¿no es eso?
 -¿Cuándo cambiamos?
 (entr. 4^a, p. 3^b)

Como remate, Delgado pinta varios aspectos del ritual de la

pose e incluso de sus detalles:

Ya el dedo pulgar introducido en la botonadura del chaleco; ya en el bolsillo del pantalón; ya prendiendo la solapa de la levita. Ya con sombrero y bastón y ya sin ellos. Ya los bigotes á la borgoñona: ya el pelado á lo Garcilaso de la Vega, ya el peinado á lo Napoleón, y los piés lánguidos, y caídos y estirados y cruzados como el trenzar de los boleros.

¡Ah! ¡Qué Pandemonium de figuras!...
(p. 3b)

Con su clara introducción, sus escenas —unas, dialogadas; otras, descritas— su aparente ironía y su conclusión en consonancia, esta quinta parte hubiera bastado a Delgado para dar cuenta de sus tesis. De haberlo hecho, se podría considerar como artículo de costumbres. Más que la extensión de las partes en que no abunda lo costumbrista, es muy plausible que sea su planteamiento lo que impida tal tratamiento dentro de los límites del género. La misma actitud despectiva hacia el lector con que abre el trabajo —"pese á los que no quieren leer"— ya disonaba de los parámetros de comunicación propios del costumbrismo. Estos quedan rotos si se entiende la crítica de la fotografía como actitud insultantemente defensiva de quien ve en ella un modo de reproducción de la realidad cuyo objetivismo pone en tela de juicio la fiabilidad de lo pictórico. Además, la constante asociación del método de reproducir y de su difusión implicaría el rechazo de cualquier indicio de nivelación de la sociedad y de democratización de sus usos. Por eso, no sorprende que Delgado concluya su artículo con una variante del tópico del mundo al revés para pintar lo que juzga locura universal:

¡Pobre humanidad! Hoy le ataca la manía foto
gráfica; ¿en qué pensarás mañana?

Ya has dado otro paso más. Quieres sellar con
tu fisonomía los cierres de las cartas, para que
los manoseen por todas partes, y con todas las manos...

¡Bueno es que nos convirtamos en perros por
un poco de tiempo!... (entr., 4a. p. 3b)

"Orígen y vicisitudes de una tertulia de confianza" (148)
es una de las más acabadas muestras costumbristas de lo que
Julio Monreal publica en la prensa aragonesa de esta época:
se acomoda sin problemas entre los artículos de temática seme
jante y próxima del costumbrismo publicado en Madrid en la
época de los creadores del género e incluso en su solución na
rrativa encaja con muchos de los debidos a Larra y Mesonero.
Resulta compacto, cuajado y debe computarse tanto si se atien
de a sus elementos aragoneses como a su tratamiento periodis
tico-literario de un uso propio de la burguesía española. El
trabajo puede dividirse en tres partes: una brevísima intro
ducción, la descripción de los personajes y su entorno que
sirve de antecedente de la acción y ésta, que ocupa algo más
de espacio. La referencia teórica que late en todo el artícu
lo y a la que apunta el autor es presentada lapídaríamente,
a modo de lema atribuido de forma ambigua al protagonista por
el narrador:

Los hombres no hemos nacido para vivir, como
los hongos, separados unos de otros, sino en socie
dad y como buenos amigos, por cuanto necesitamos
unos de otros. Esta idea, que aquí parece mía, no
lo es en verdad, sino de un D. Telésforo Nosécuantos,
persona muy decente, á quien conocí no hace mucho,
y que vivía próximo á mi casa. (p. 2c-d)

La anécdota será, precisamente, una puntualización de cómo y

hasta dónde piensa el autor —y el grupo ideológico que representa— que debe materializarse el presupuesto. La crítica de la forma particular de establecer vínculos sociales aquí descritos es resuelta por Monreal al modo costumbrista mediante la ironía, ya apreciable en el nombre simbólico, y en la sumaria caracterización resaltada tipográficamente que le sigue y aun en el artículo indeterminado que contribuye a la tipificación y no se halla exento de matiz despectivo. El conocimiento directo del caso que se va a referir permite al narrador funcionar como testigo que aporta verosimilitud y al autor, como omnisciente. La mujer del protagonista también es caracterizada con distancia, al menos con respecto al código de belleza urbana:

Nicolasa, jamona colorada y fresca, aunque ya peinaba peluca, y de un excelente humor... (p. 2d)

Algo similar ocurre con las hijas del matrimonio: sus nombres —Enriqueta y Clotilde— son ridiculizados:

muy de novela y que ya se van haciendo tan comunes entre nosotros como el pudding y los fricandós.
(p. 2d)

y su formación es mencionada para censurar, entre otros usos, el complemento galómano de la pasión por lo no español:

se habían educado en un convento á la francesa, por lo que chapurraban el francés, arrañaban el piano y tenían otras mil gracias que sería muy largo referir. (p. 2d)

Los antecedentes de la acción consisten en dar cuenta del afincamiento en Zaragoza de esta familia de extracción rural.

—"originaria de un lugarejo de Aragón"— en el momento en

que las hijas abandonan el colegio y tanto ellas como su madre —a medio camino entre el campo y la ciudad y con ínfulas de refinamiento— no pueden "sorportar la soledad del pueblo". El quid de la cuestión está, pues, en la ubicación definitiva en Zaragoza, frente a las visitas temporales y fijas, vinculación con la capital perfectamente reglamentada y tipificada a la que hasta entonces se había atendido D. Telésforo,

él se hubiera dado por contento con acudir todos los años á las fiestas del Pilar, (poque eso sí era muy aficionado á toros,) y aliquando á Semana Santa... (p. 2d),

y a la que tiene que renunciar por mandato de su cónyuge. La ironía apenas atempera la condena despectiva cuando el autor se refiere al cambio:

Una vez instalada aquella diminuta tribu lugareña, en Zaragoza, y en un segundo piso de el Salon... (p. 2d)

Exento en parte de responsabilidades D. Telesforo al ser calificado, conjuntamente, como "nuestro amigo" y "uno de esos maridos cuya raza va degenerando por desgracia, esto es, muy complaciente" (p. 2d), madre e hijas son las que cargan con ellas y quienes protagonizan y suscriben el modo de asimilar sus usos lugareños a los capitalinos. La soledad experimentada en el pueblo se repite en la ciudad y para remediarla, arbitran crear una tertulia casera cuando añoran la existente en el pueblo

con el médico, un antiguo retirado y la vetusta esposa de un intendente, que acudia para dormirse haciendo calceta, y dando horrorosos bostezos. (p. 2d)

La integración por otras vías parece problemática desde el punto de vista del protagonista masculino, caracterizado de paso como atento al dinero:

Asistir al teatro todas las noches tampoco les satisfacía, pues conocían muy poca gente, y por otra parte, D. Telésforo, no acostumbrado á tales trotes, miraba aquello como punible despilfarro.
(p. 2d)

Se fraguan así las condiciones para el nacimiento de la tertulia de confianza que en el artículo presente es encrucijada de lo rural, lo urbano, lo burgués e incluso de híbridos curiosos como el de lo capitalino, lo extranjero y lo moderno, aunque aparezcan formulados irónicamente y rodeados de los latines y toques cultos de Monreal:

Presentóse, pues, una mañana aquella triple alianza y tras algunos mimos y femeniles seducciones, desarrugóse el entrecejo del Júpiter de la familia y concedió su regium exequatur á los proyectos de tertulia. (p. 2d)

Tras los preparativos y el reclutamiento de los tertulios suficientes, el lector —por cierto, nunca aludido por el narrador— comienza a conocer las "Vicisitudes". Estas, en síntesis, son la inauguración —con la consiguiente pintura del uso—, el crecimiento de la fama de la tertulia que comporta una entrada selectiva y el paso del juego al baile, la primera sesión de baile, los problemas —a Clotilde le roba el novio una de las asistentes—, la crisis aireada por chismes y trifulcas, la decadencia, la vida lánguida y la desaparición. Herida de muerte en su momento de esplendor por

cuestiones femeniles, la tertulia cierra su ciclo vital en manos de quienes la crearon y podría entenderse como castigo figurado de la transgresión de las normas urbanas por parte del elemento rural y como aviso y demarcación de límites entre la burguesía de uno y otro ámbito. La experiencia, con su connotación de extranjerismo, ha sido posible argumental e ideológicamente por la renuncia al mando por parte de D. Telésforo, quien será el depositario de la modalidad de sensatez que el urbano adjudica al rústico aragonés. El protagonismo parece salir de su letargo espoleado por lo económico:

principió á comprender que aquellas grescas solo conducian á quitarle media docena de velas, cada jueves y domingo. (p. 3a)

Al cerrarse el ciclo estacional,

cuando llegó el verano y la familia de D. Telésforo volvió á respirar las auras del Jalón... (p. 3a),

todo concluye con el afianzamiento parcial en las auténticas convicciones del padre a pesar de que sus hijas proyectan la restauración de la tertulia en el invierno siguiente. En las últimas frases del artículo, Monreal sanciona tal actitud mediante las noticias inmediatas, el tiempo en presente y, especialmente, la configuración del protagonista como aragonés tópico y como representante de lo rural que actúa de dique frente a las modas "extranjeras". Se trata en definitiva de otro ejemplo --en la línea de lo ya sentado por Vicente de la Fuente en el Semanario Pintoresco Español-- de mención aparentemente ennoblecedora y dignificante de lo rural con un interés utilitario. Aquí, un representante de la burguesía agrícola es confinado a su dimensión no urbana, identificado con rasgos esencialistas aragoneses por lo común ubicados en el

medio rural y propuesto por el burgués ciudadano —defensor de sus propios privilegios y siempre desconocedor o receloso ante lo rural— como modelo de comportamiento y escarmiento de advenedizos:

cuando al octubre han regresado á las fiestas del Pilar, nada he vuelto á oír de la mal aventurada tertulia, porque el Sr. D. Telésforo es un aragonés muy terco y no le apearían de su burro frailes des calzos que le predicasen. (p. 3a)

"Los días en que inciensan..." (149), de Julio Monreal, no tiene color local aragonés como el anterior pero, al igual que éste, se basa en temas frecuentados por el costumbrismo nacional. El deseo o la necesidad de rehuir lo muy manido lleva al autor a abordarlos según la pauta ya marcada en "Vidas y milagros", es decir, aglutinando varios supuestos, que, además, significa una forma particular de totalización implícita en momentos de agotamiento temático. Los días a que se refiere Monreal son los hitos, normalmente domésticos, que salpican la existencia del común de los mortales o, lo que es lo mismo en el contexto del género, de los miembros grises de la burguesía. Tras una parte introductoria —más bien extensa y aun farragosa si se compara con otras del autor— cuya idea nuclear aparece inmediatamente,

Ello es que no todos los días son unos, y que los hay más ó menos seriados... (p. 3b),

Monreal busca el contacto con el lector, mediante la implicación universal en el tema.

Todos nos habremos visto alguna vez en esos lances [...] Y digo que todos, porque todos, siquiera una vez al año, celebrareis uno de esos días en el

de vuestro cumpleaños... (p. 3b)

Como es de esperar en este tipo de asuntos, la ironía no puede andar muy suelta so pena de dejar al descubierto el amor a tales migajas de protagonismo cuidadosamente presentado como inevitable rutina y molestia endémica —versión en zapatillas del tedio universal romántico— a las que se hacen ascos formales. Son tres los días fastos evocados y dibujados por encima entre consideraciones que quisieran ser trascendentes y acaban siendo dejadas de lado una vez reducidas a simple aspecto triste o negativo del acontecimiento en cuestión. La liquidación es artificio para aludir a tales perspectivas, protesta al costumbrista en cuanto dice huir de lo preocupante —al modo de Mesonero— y nuevo reforzamiento del contacto con el destinatario, que no es exclusivamente lector:

Alegres quiero ver los rostros, y lléveme una legión de espíritus si otra cosa que no la risa deseo ver aparecerse en los labios de los que me leen ó escuchan. (p. 3b)

Claro está, nada de hilarante ni aun de gracioso hay en el texto que sigue. Habría que buscarlo, en todo caso, en las experiencias personales de los que se hacen cómplices del autor. Es esta risa agridulce y evocable para todos aunque no motivada por el escrito la que suple a la ironía, siempre dirigida contra una parte del todo. El primero de los días, el de días —cumpleaños o santo—, es, a un tiempo, alegre para los demás por la comida, bebida, y dinero que reciben y triste para el afectado que, al margen de no poder olvidar que es un año más viejo, debe sorportar las murgas desde el ama-

necer, las poesías de hijos y sobrino, los inevitables obsequios de las niñas, la preparación de pastelillos, el alboroto general y los moscones y gorriones. Más importante que este día de perturbación de la rutina familiar es el de la boda, presentado primero desde el punto de vista de lo que piensan los novios, los suegros, los parientes y amigos y la mujer y los hombres en general y, luego, desde el del ritual social: felicitaciones, regalos que ofrecen los invitados y la participación del flamante estado y el ofrecimiento del nuevo domicilio por parte de los novios. Por si diese la sensación de que alguien queda al margen de la felicidad programada, Monreal se acuerda de las solteras y aprovecha para captarlas como lectoras:

¡Ay, cuántas de las que estas líneas vean estarán esperando con vivas ansias el maná de un marido, que acaso, como el de los israelitas, se les corrompa al otro día de tomarlo! (p. 3c)

El tercero de los días señalados es el de los bateos. En su consideración, Monreal mezcla el del nacimiento para dibujar la gloria incommensurable de los padres primerizos y, como inevitable envés, la actitud resignada y meditabunda de los que tienen familia numerosa. La globalización del tema, basada en la representatividad de los ejemplos seleccionados, ampliada por rasgos cultos y alusiones a tratamientos previos del tema — así, el de Leandro Fernández de Moratín —, sugerida por varios detalles implícitos y algunos explícitos, como el contacto entre matrimonio, bautizo y santo-cumpleaños, se ultima mencionando de pasada otras circunstancias fastas

aunque de carácter extraordinario:

El día en que recibimos un buen empleo, ó adquirimos una cuantiosa herencia, nos toca la lotería, nos encontramos un tesoro, conseguimos un buen amigo, todos aquellos en fin en los que el cielo nos depara alguna fortuna inmerecida. (p. 3d)

El mundo burgués queda precintado mentalmente: se sugiere la imposibilidad de modificar las condiciones de la existencia cotidiana y se cierra el paso a otras formas no burguesas de buscar el protagonismo y la felicidad. En su lugar, se ofrece "armarnos de santa resignación", esperar que llueva del cielo uno de esos días en que inciensan y, mientras tanto, no envidiar a los que ya los disfrutaban. Tan completo es el cerco que, además de implicar lo ideológico y religioso, afecta al propio artículo como objeto. Por rasgo personal —ya advertido en "Vidas y milagros"— o por haber reducido a impracticables todos los caminos excepto el seleccionado, Monreal acaba dirigiéndose al lector para presentarle una disyunción de forma explícita. Ahora bien, la habilidad técnica del autor hace que este momento de la mecánica del artículo se formule a la vez como rasgo de autofagia, explicit, captatio benevolentiae, inmersión del narrador en la temática y fusión de ésta con su tratamiento:

Con esto daré punto á mi artículo, y si al dejarlo no arrojas el papel con disgusto, será este día para mí, oh benévolo lector, uno de los en que inciensan y cantan recio. (p. 3d)

La fobia a cualquier perturbación del orden —y que tan a las claras refleja la defensa burguesa de lo que funciona

según las pautas de esta clase social— subyace con frecuencia en las menciones de usos cíclicos o no, grupales o personales. Puede apreciarse en las proximidades del costumbrismo, como la gacetilla "¡Noticia, noticia!" (150) que al anunciar las festividades navideñas aprota pinceladas y datos sobre la forma en que se celebra —"zambombas, rabeles, panderetas", es treno de vestidos, aguinaldos...— sin poder evitar la sintomática queja:

¡la pascua...! como si digéramos el barbero, el médico, el sereno, el cartero, el barrendero, el maestro de escuela, el abogado, el procurador de la casa, el repartidor, la doncella de la señorita, la cocinera, etc. etc. que son otros tantos enemigos de la tranquilidad doméstica; amén de los niños, que es imprescindible tengan en estos días algunos pastorcitos que les recuerden el nacimiento de nuestro Salvador, y su correspondiente zambomba para acompañar sus villancicos, armonizados con la almiraz y la amorosa chicharra. (p. 3b)

Lo mismo ocurre dentro de los límites del género con el artículo de J.A. [¿Julio Alvarez?] "El aguinaldo" (151), trabajo por otra parte correcto aunque tan plegado al ritual anual y a su socorrida e inevitable evocación que podría pertenecer a cualquier año de no presentar curiosos detalles coetáneos como la mención del propio Saldubense donde aparece y del Diario zaragozano. Con esta equiparación entre la regularidad del uso social y la acomodación a los cánones en su tratamiento literario, costumbre y costumbrismo se imbrican y hacen interdependientes. El autor escribe y el lector recibe el refrendo de su normalidad que se consagra como tal en tanto que disidencia programada. La queja que encubre el gozo por ver que todo se cumple como está previsto se formaliza en las an

típodas de lo religioso y sin conciencia explícita de lo antropológico o lo mítico que supone el día de Navidad:

Cada vez que transcurridos 365 días aparece el 24 de diciembre, hay que cerrar los ojos y dispónerse á pagar la contribucion indirecta llamada AGUINALDO. (p. 1a)

Iniciado así el artículo, su parte introductoría contiene otros elementos destacables. El autor cumple el requisito de decir que no va a remontarse a los orígenes en la costumbre y, como yo narrador, se incluye en la totalidad de los afectados —los "paganos"—, adopta la actitud asmodeica del observador, se desdobra para tipificar en un vecino el pagano medio y anuncia la clase de pintura que va a ofrecer:

instalados en el cuarto de enfrente al en que vive nuestro buen amigo D. Cosme, objeto en el momento á quien se dirigen las benévolas atenciones de tantos cobradores improvisados, nos permitiremos apuntar siquiera sea ligeramente, cuanto á este matutino colocio concierne... (p. 1a)

El cuerpo del artículo tiene tres partes. La primera de ellas, la más extensa, aporta una galería de diez tipos, detalles muy verosímiles en forma de felicitaciones y una débil pero suficiente trama argumental que da relieve al protagonista mediante algunas notas familiares. Desfilan por la casa de D. Cosme el cartero con su billete de poesía que, leída por aquél, es compensada con una moneda a través de la criada; el mozo de la compra que felicita oralmente por no tener con qué pagar un versificador ni una imprenta; el sereno del barrio, con su felicitación impresa y a quien atiende D. Cosme, pero no lo hace sin maldecir interiormente los aguá

naldos y á quien los inventara... (p. 1b);

la lavandera, los barrenderos, el aguador —estos tres son simplemente mencionados—; el repartidor del Saldubense:

¡hola! el repartidor del SALDUBENSE! dice admirado
D. Cosme: ¿tambien traerá versitos, eh? Si señor:
contesta la maritornes, vea usted:

Sin mirarte de soslayo
Este fiel repartidor
A tí llega mi señor
En diciembre como en mayo
Fría brisa del Moncayo
Le regala sus primicias
Mas tan pérfidas caricias
Resistiendo con valor
A la ley de buen suscriptor
Hoy viene á pedirle albricias.
EL REPARTIDOR DEL SALDUBENSE.

(p. 1b);

y, también de pasada, el portero, el ama que crió al niño, el repartidor del Diario, los sobrinos... A estas alturas, D. Cosme está cansado de tanta sangría. El autor, que también parece estarlo, afloja el estilo —dice "coge y oímos que..."— y refiere cómo se despide aquél de su "amable y obesa esposa" ironizando con el sonsonete de las poesías que ha sufrido:

Si vinieran los demonios
Y preguntáran por mí
Diles... que no estoy en casa:
Que se te lleven áti.
(p. 1b)

La huída de D. Cosme permite incluir sin ninguna distorsión argumental una muestra significativa del aguinaldo fuera de casa: en la peluquería. La transición no es tan limpia desde el punto de vista de la verosimilitud pues el narrador-testigo parece que se ha quedado en casa pero actúa como omnisciente. La huella del lapsus parece estar en el inesperado

cambio del tiempo verbal:

¡oh fatalidad! la bandejita inevitable colocada so
bre la mesa ostentaba su indispensable lema de ...
Los dependientes felicitan á V. ... (p. 1b-c)

En la última parte, casi tan breve como la segunda, vuelve el presente al tiempo que el protagonista se ubica de nuevo en casa. Allí le espera otra felicitación que comporta más datos personales y locales:

á la puerta encuentra un zagalote de Juslibol que le trae dos descarnados pollos y una cestita de tortas amasadas con agua-miel, obsequio que tiene que devolver con usura al cariño de sus parientes. (p. 1c)

La peripecia toca a su fin. Un héroe de tan pocos vuelos al canza un reposo a la medida. Su mundo parece delimitado por el bolsillo y el estómago. Protagonista y autor se identifi can —éste, olvidado ya de que se limitaba a observar desde su casa— en la formulación de su existencia uniforme, inmuta ble y cíclica:

D. Cosme sube á la cocina instigado por el olorcillo seductor que sale de su fogon y espera desechar el mal humor reconciliándose con el besugo é inevi table sopa de almendra, pero jura también no vol-
ver á dar mas aguinaldos... hasta el año que viene.
(p. 1c)

También es la fecha el móvil inmediato de "Los inocentes" (152), de Julio Monreal, pero su desarrollo del pie forzado difiere notablemente de las pautas recién vistas y le convierten en elocuente ejemplo de las relaciones que se dan

entre cauces genéricos e individualidad creadora, talante del texto y vicisitudes del vehículo de difusión —El Salduense se acaba— y cronología y tendencias del costumbrismo.

El artículo es canónico en lo que afecta al tema —una costumbre coetánea—, y a los elementos más identificables —repertorio de inocentes— pero su arquitectura rígida —proposición, pruebas demostrativas, conclusión ratificadora— ya habla de un contacto con el lector no basado en guiños, conivencias ni implicaciones festivas o emotivas. Esto desemboca en un tono algo distante, irritado, preocupado y pesimista con ribetes de transcendentalismo que rompe con el desenfado y la autocomplacencia esperables —el contraste con "El aguinaldo" lo patentiza más— y apunta a la volatilización de la frágil armonía doméstica, social, y mental por obra de un fastidio que haría recordar —muy de lejos, eso sí— al Larra final. La parte introductora apela a unos destinatarios específicos y da un toque localista al asunto entre pretericiones:

No vayan á pensar mis amados lectores de EL SALDUEÑENSE que quiero darles una inocentada, hoy que según rancia costumbre, todo el mundo se ingeniaba para dar un petardo á su prógimo haciéndole una burleta, más o menos lebe... (p. 3b)

El decir a propósito de no decir incluye la inevitable alusión a los orígenes de la costumbre —Herodes haciendo pasar los niños a cuchillo— que, a la larga, será funcional. Los deslindes son enunciados positivamente a la hora de formular la perspectiva adoptada:

quiero, sí, hacer ver que este dictado de inocentes no solo conviene a los párbulos sacrificados por el bárbaro tirano, sino que todos y cada uno de nosotros somos unos inocentes... (p. 3b)

Fusionada la idea de totalidad con el tema, el cuerpo del artículo se abre con la propuesta:

El mundo está plagado de inocentes... (p. 3b)

que abarca incluso al lector que se creía excluido al sugerirle el autor que repase su vida. El destinatario, ganado o no, pero seguro que convencido, debe emprender el viaje mental que suple a la ficción al quedar esta convertida en perspectiva inusual para contemplar un tema tan familiar. En estas condiciones, los cinco ejemplos que escribe Monreal quedan en supuestas situaciones más que en tipos: el que confía en la lotería, los accionistas timados por sociedades mineras que prometen "los filones del Potosí ó los placeres de California", los pretendientes que van a Madrid y vuelven defraudados, el amante al que inesperadamente "le dan con la puerta en los hocicos" y el que da crédito a las "protestas de adhesión, cariño, celo y otras zarandajas". La conclusión es evidente y, retomando la alusión a Herodes, se extiende más allá de las víctimas:

Todos á nuestra vez somos inocentes y todos verdugos de la inocencia del prójimo. (p. 3b)

De ahí a la imagen del mundo como ilusión y falsedad no hay más que un paso en esta cadena de reconvencciones:

¡Cuántas dulces mentiras que nos lisonjean no nos creemos siendo otras tantas inocencias en que incurrimos! (p. 3b)

Sin saber recalado en lo estrictamente sermonario, Monreal acaba dibujando un panorama de la realidad que rompe con la rutina del tema y de su tratamiento literario. El tono, si no trascendental, serio con que reviste algo tan jocoso como las inocentadas no es una originalidad simplista: buscado o no, coincide con la connotación de "el mundo al revés" que late en la costumbre tratada y que le permite mostrar su desacuerdo con lo que contempla:

Desengañémonos; el mundo, por mas que contra su malicia se predica, no es sino un atajo de inocentes, donde el mas avisado se le da una lección, y el mas estirado no es mas que un inocente como todo hijo de vecino. (p. 3b)

EL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS

Fermín Gil Encabo

Volumen III

Tesis de Doctorado realizada bajo la dirección del Prof.
D. Víctor G. de la Concha.

Ponente: Prof. D. Leonardo Romero Tobar.

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Zaragoza.
Octubre de 1983.

4.3.1.3.- El Aragón (1863).

4.3.1.3.1.- Calidad. Revistas costumbristas. Pseudónimos. Culminación del costumbrismo aragonés.

"Los inocentes" se publicaba en el último ejemplar de El Saldubense, donde se notificaba que éste se convertía en El Aragón y se declaraba la nueva orientación:

Su pensamiento será defender con perseverancia y energía las doctrinas liberales en su verdadera y generosa significación, y apoyar por cuantos medios le sea posible el desarrollo de los intereses materiales de este antiguo reino. (p. 1)

Quedaba atrás la etapa marcada por Emilio de Miró y sus seguidores, algunos de los cuales —Ángel Callifa, Liborio de los Huertos, Matías Pérez Moreno, Agustín Paraíso y Joaquín Martón y Gavín— se despedían explícitamente en "Al público" (153) debido a que El Saldubense iba

á sufrir una trascendental modificación, por motivos y consideraciones que afecta [ba] n única y exclusivamente á su propietario D. Vicente Andrés (p. 1a)

En cuanto a la orientación ideológica se refiere, poca variación se detecta en los textos literarios y afines a no ser por cierta proclividad a la defensa de los valores del tradicionalismo cristiano. (154) Pero ni esto ni la circunstancial y tópica protesta de apoliticismo de algún autor (155) harían pensar en la crisis de los moderados cuando O'Donnell

cae por segunda vez. Frente a este compás de espera, lo costumbrista aragonés llega a un momento culminante en su historia. Y no tanto por la calidad como por la abundancia y, en especial, por la forma en que se presenta. Tres rasgos básicos configuran este hito, al margen de la presencia de José Solgas y de Bécquer (156), la reaparición de la firma de Eusebio Olasco o la progresiva escasez de textos de Julio Monreal: a) la ubicación en las "Revistas" de actualidad, teatrales o teurinas de los elementos costumbristas que, por lo común se daban en otro tipo de trabajos, alcañanes del género o desvaídos, donde ahora predomina la autofagia y la digresión; b) el frecuente uso del pseudónimo, en especial el alusivo a personajes literarios y tradicionales y c) la aparición, excepcional en el contexto aragonés, de una colección de artículos de tipos debidos a varios autores en la que la crítica del género no parece haber reparado.

4.3.1.3.2.- Revistas costumbristas. Actualidad zaragozana. Asmodeísmo objetivado: un balcón que permite contemplar la política, el amor, la literatura y la vida. Otras revistas: definición del revistero, notas folklóricas, el beturro que va al teatro.

"Ojeada retrospectiva. Revista trasnochada" (157), de Sinsillo de Parapilla, puede dar idea del cariz de los textos de su especie, casi siempre alojados en el folletín. Trátase de una revista de actualidad que no se limita a la mera crónica pues se sirve de artificios habituales en el costumbrismo como los contactos formales con el lector --

—aquí, los "amabius lectoras"—, la amalgama de divagación y autofagia en que se basa la parte introductoria, el recurso a la anécdota nada infrecuente de la telegrafía amorosa entre el pollo y la polla que existe en el teatro —ella resulta ser bizca— y el notorio asmodeísmo del autor que, además de esconderse tras el pseudónimo actúa y^{se} define como "hablatín y mormurador" (p. 1a) y "curioso cronista" (p. 1c) e incluso confirma explícitamente su raigambre asmodeica:

Fues en punto á novedades ó acontecimientos, lléveme el Cojuelo, que es el mas malcante y pizpireto de todos los diablos, si ha sucedido nada que digno de una revista sea. (p. 1b)

* "El balcón de Lucas o Política, amor, literatura y vida" (158), de Perico de los Palotas, es el título que mejor indicaría la técnica y la temática de la más costumbrista de las "Revistas" de El Aracón. Más allá de la evidente cotidianeidad de lo referido, el texto cuenta con varios de los elementos básicos del género. Tras las alusiones al tiempo atmosférico y a la alternancia con Ginesillo de Parapilla en la confección de la revista, Perico transita por el lugar común de la dificultad:

Tócame á mi en la presente ser el cronista de los sucesos en esta, y sabe Dios cuan ruda es mi tarea... (p. 1a)

y se autodefine con relación a Ginesillo como inferior en gracia y donaire y, más importante, como observador y pensador preocupado por sus congéneres:

Falto de humor, y embebido como de costumbre en mis reflexiones, que no me atrevo á llamar filosóficas ni políticas, por [que] sin tener cinco

adarmes si quiera de filosófico, no entiendo de política más que la esquina de los Caracoles, he pasado estos días meditando las rarezas de que a nos componemos, y las ridiculeces que nos creamos logrando solo ser mas infelices á medida que anhelamos ser mas afortunados. (p. 1b).

El pesimismo y el tedio universal de eco romántico proporcionan perspectiva para efectuar una primera crítica, global, que puede tener tanto de auténtica como de lugar común:

Misera humanidad, exclamé fastidiado de mí mismo, y cuán digna eras del cólico, que te produjo la concebida manzana y que bien te sentaría andar vestida como tus glotonas ascendientes en justo castigo de tu estupidez! Imbecil parentela de Adán, nietas lagartijas de la serpiente, prensas ambulantes, muñecas de cartón piedra, ¿no os basta tener que sufrir los achaques inherentes a este compuesto de huesos y piltrafas, que todavía os afanais por aumentarlos, torturando vuestros pies, agarrotando vuestro pulmón, oprimiendo el pescuezo y triturando vuestras manos? ¡Hasta cuándo habeis de ser, oh, hombres y mujeres, fundas de personas, con cabezas vacías de seso, y faltas de sentido! (p. 1b-c)

La faceta meralizadora del esmodeismo revela su tramoye de circunstancias al asomar la ironía a propósito de la usual caracterización de gacetillero como enamorado:

Sabe Dios á donde hubiere ido á dar con el negro humor que me inspiraban mis hermanas en Cristo, salvo medio docena de hermanos que me traen al retortero... (p. 1c)

El párrafo es el gozne entre las dos partes de la revista; su continuación muestra el artificio de perspectiva costumbrista —si no es, a la vez, una anécdota real— según el cual la sociedad zaragozana y nacional son criticadas simultáneamente:

si mis amigos Ginesillo y Lucas no hubiesen aparecido llevándome velis nolis á la casa del ségundo situada en uno de los puntos mas céntricos de la ciudad, y cuyos balcones de entresuelo son un observatorio muy á propósito para disipar la melancolía de un mozambique (p. 1c)

Personificada la perspectiva y corporificada la distancia crítica —o restituido el esmodeísmo a la verosimilitud de sus orígenes anecdóticos—, todo queda listo para la escenificación de la realidad social. Esta se compendia en cuatro temas: el patriotismo, el amor, la literatura, y la vida. La primera de las escenas corre a cargo de

un grupo de cuatro ó seis hombres con capes azules, sombrero un tanto pardo y cuellos muy altos cuyo atavío revelaban á unos políticos de afición ó á cesantes por fuerza. (p. 1d)

Los tipos comentan el recién creado ministerio según uno de ellos va leyendo los nombres. La ironía y el escepticismo son inevitables:

- Matas, Conchas, Sierras, Flores...
- Ese Ministerio es un arco Iris.
- Un compuesto de los Reinos mineral, vegetal.....
- Señores, á mí me parece bastante bueno para estar en primeros de Marzo.... (p. 1 d-e)

Pero el autor incide sobre todo en la denuncia de los oportunismos y las veleidades que disocian el interés general del particular, sea por los favores que se espera recibir, sea por las necesidades crónicas de las clases medias tipificadas en el cesante:

hace cinco años que estoy cesante, que he vendido y empeñado hasta los quevedos, que tengo seis

hijos que comen más que una respa, y una mujer que necesita un guro de tres pisos cada mes. (p. 1e),

sea por el chaquetismo más flagran^{er}te:

—Sin embargo, como hombre que soy de prin^{er}cipios fijos...siguió el de las madres...

—Mucho, añadió el sechantre en fá grave; moderado con Narvaez, progresista con Espartero, en cuya época llevó V. el chopo, y de la union con O'Donnell. (p. 2a)

De ahí a los insultos no hay más que un paso. El mantenimiento de las formas sociales ahoga el jugoso espectáculo. El telón-moralaja es la voz de uno de los observadores:

Este es el patriotismo, dijo Lucas luego que se alejaron. (p. 2b)

La segunda escena es otro diálogo, el convencional que cabe esperar de sus protagonistas:

Dos pollitas de ojos garzos y chispeantes se encontraron al poco rato; se pararon; se besaron y mientras las mamás lanzaban rayos contra las criadas, las niñas... (p. 2b)

Tras denunciar el uso del grado de riqueza como indicador afectivo y hacer setenciar a Lucas "Ved el amor", el autor presenta los nuevos personajes,

unos cuantos jóvenes cuyos rostros revelaban que no habían comido cosa caliente en cinco meses. (p. 2c)

es decir, los representantes medios del literato real. Una vez más, el dinero es la clave. La escena es inequívocamente verosímil y revela la fantasmagoría del sacerdocio poético. Los jóvenes comentan cómo deben brillar sus gustos y someterse a las exigencias de los empresarios que sólo piden

dramas llenos de intriga y efectismo y obligan a seguir traduciendo "lo más detestable que se ha representado en Francia":

-Eso es prostituir el arte y pervertir las costumbres!

-Todo eso es cuenta del empresario. El autor y el poeta no tienen otra misión en este pícaro mundo que la de zurcir comedias, buenas ó malas, y cobrar su importe. Pero dejemos esta cuestión por ahora, y veníos conmigo á comer callos con chorizo... (p. 2d)

Lucas vuelve a formalizar el entreacto —"Ahí tenéis la literatura"— y aún añade algunas palabras sobre el contubernio de parricidios y callos. Para el último cuadro, los observadores descienden a la calle y contemplan cómo un grupo de personas lleva el cadáver de un padre de familia muerto accidentalmente al caer bajo las ruedas de un carro tras la celebración de la Cincomarzada. El narrador reflexiona con tonos sombríos:

La alegría y el llanto, la vida y la muerte, todo junto, y ruevoalta! y todo esto en un día, en una hora, en un segundo! (p. 2e)

El final del artículo queda así redondeado al engerzar con el inicio pero, además, el sentido de la última escena resulta asumido por esos observadores y lectores-delegados que son los compañeros de Perico, quien remata su trabajo con un sarcasmo romántico, síntesis de la ironía y la sátira exhibidas anteriormente:

- ¡Qué desgracia tan horrible, esclamamos nosotros!

- ¡Esa es la vida!, contestó Lucas, y nos fuimos al teatro (p. 2e)

Otras revistas retienen algo la intención por detalles de reiteración temática que delinear la tendencia al artefacto, sea convencional o híbrido. (159) Sobrenadan algunas por razones más particulares como la definición del revisitero que aporta Paco Palomo (160):

un fotógrafo con honores de pintor, puesto que dá colorido á los cuadros que presentan los hechos con la sola diferencia de que unas veces puede presentar á sus lectores la verdad desnuda y otras cuidadosamente velada con los atavios de la metáfora. (p. 1a);

la variante del cuento de los higos de Loarre que trae a colación Lucas (161); las reducidas dimensiones del circuito creado por los revisiteros y sus lectoras en torno al "todo Zaragoza" de la época que deja inferir Perico el de los Palotes (162) o el curioso testimonio —al parecer, el primero en textos costumbristas o paracostumbristas de Aragón— de la denominación "baturro" que Lucas (163) pone en boca de unos rústicos o representantes del pueblo llano que forman parte de los espectadores de una zarzuela y que reproduce como uno de tantos retazos de diálogo audibles antes de levantarse el telón:

- Cómo van las elecciones?
- En mi distrito?
- Pues.
- Perfectamente; con cinco candidatos...

Ya ve usted... ..

- Chiquis, no te subas á la silla; no estorbes á denguno.

- Pero cuándo escomienzan los peculines?

- Dempucs, y calla, no crean que semos qual que baturros.

- Hombre, qué buen pelo tiene don Canon,

apesar de sus 70 años!
-Ningun burro es celvo.

(p. 1a)

4.3.1.3.3.- Artículos no seriados. La definitiva vacuidad de las formas (las apariencias): "Las personas decentes". La reproducción de la imagen, índice de cambios sociales no deseados: la fotografía. El siglo XIX trae inventos y coquetismo inmoral (las apariencias). El aspirante a periodista critica las gacetillas convencionales, aboga por el desarrollo aragonés, avisa del peligro de divorcio entre la clase política y el pueblo, propone un programa costumbrista y deja ver el origen del problema de las apariencias.

Entre el conjunto de artículos con ciertos rasgos costumbristas —y al margen de la serie dedicada a tipos— no llegan a media docena los que piden mención particular. (164) "Las personas decentes", de Julio Monreal (165) es un artículo compacto, bien escrito y estructurado y nada despreciable en la historia del costumbrismo aragonés. Vertebrado sobre la iteración del sintagma del título, desarrolla el tema de las apariencias ya abordado por Eusebio Blasco en 1861 y por el mismo Monreal en 1862. (166) La breve introducción contiene suficientes elementos para que el autor manifieste el malestar de su grupo ante la pérdida de las referencias hasta entonces fiables para reconocerse mutuamente y ubicarse con respecto al resto de la sociedad:

Achaque de nuestros días es lo de intentar reconocer á las gentes por el exterior... (p. 1a)

Dado un individuo, "si su porte es bueno", podrá decirse de él que es "una persona decente", frase y baremo que el autor se apresta a ilustrar mediante un significativo espi-guero de casos: las pruebas a que debe someterse un joven para que la madre de su enamorada dé vía libre al matrimo-nio tras comprobar que el aspirante es "persona decente"; los informes que necesita un caballero para hacerse una idea cabal de quién ha visitado su casa cuando él no esta-ba:

desde luego dice á su criado: —¿y qué trazas te nia? ¿Eran de persona decente? (p. 1b)

Como si de una mimesis de la nobleza se tratase, la grandeza de acceder a tal categoría tiene también servidumbres como la del caballero que no puede dejar de saludar a unas damas conocidas al entrar a un café por más que se lo su-plique "un desfalco en su bolsillo" ni puede rehuir la ba-ja con que le seblean las matronas una asociación benéfi-ca:

Quélenle aquellos reales, como si estuviesen en él encarnados, ¿y qué dará? Es toda una persona decente y entre las tales, es preciso poner bien el pabellón; así es que deposita con negligencia dos monedas de veinte reales en el cepillo que lo saltea. (p. 1c-d)

A la definición de "persona decente" por vía práctica y a la pintura de lo que implica serlo, Monreal añade los tra-bajos del que no lo es y quiere. En breve párrafo, como suele, y sin renunciar a la ironía, el autor programa:

Uno que aspire á ser persona decente, necesita vestir como tal, comer como tal, (y será muy bueno que lo haga á la francesa,) ir al teatro á butaca, concurrir á las reuniones, abstenerse de ciertos desahogos, alternar con gentes que lo en cocoran, fingir, disimular, mentir en una palabra, porque la decencia (cosa rara) muchas veces consiste, en mentir sin sonrojo, diciendo lo que no se nos ocurri[er]a imaginar. (p. 1d)

Con todo, la auténtica definición del tipo es acometida por Monreal ahora, en el último tercio del artículo en lugar de el principio o en vez de ser suplida por las sucesivas aproximaciones. La inestabilidad de las pautas sociales que periclitán es probablemente lo que lleva al autor a plantear en este momento el lugar común de la dificultad de su tarea:

Quiénes son persona [s] decentes, apenas podríamos decirlo con precisión, ni menos dar las señas, los apuntes el bosquejo, digámoslo así de el tipo verdadero porque esto es mas bien asunto de apreciación individual, y cada uno agracie con ese título á quien le parece, aunque es muy general la regla de juzgar por el exterior de la persona. (p. 1d-g)

y a admitir que la denominación ya no es operativa —"no hay quien no se tenga por tal" (p. 1g)— y, por lo tanto, ha pasado a ser algo mostrenco que caracteriza una época:

la gran familia humana contiene en sí una especie tan numerosa como ella misma: la de las personas decentes (p. 1g)

Incluso el elemento fisiológico es inoperante para aislar un tipo. De ahí esta terminología y el uso de casos en vez de variedades parazoológicas. Al diluirse —por usurpación o por democratización: depende del punto de vista— los rasgos de un tipo, los dardos típicos deben dirigirse

a la totalidad pero es el autor, aferrado a la periferia, quien los recibe pues se autoexcluye, a no ser que recurra a la ironía, a un tiempo vinculadora y distanciadora. Así intenta proceder Monreal:

Nuestra época es la de las personas decentes.
Este es uno de tantos prodigiosos inventos
del siglo décimo nono. (p. 1g)

Paracido móvil al de Monreal es el que origina "La fotografía" (167), de Eduardo de No, artículo que hace pensar en aquel otro, "Fotografías", que Dámaso Delgado López escribiera en 1862 (168): un elemento de los nuevos tiempos cuya generalización es tomada como índice de cambio. En este caso, las reticencias del autor ante lo novedoso son menores —o están tratadas más hábilmente— que las de Monreal. En principio, frente a la alusión al carácter del siglo que Monreal efectuaba al final de su artículo a modo de rechazo insinuado, Eduardo de No comienza con la misma mención:

Oh precioso siglo diez y nueve! Por la sapientia que difundes entre los mortales serás memorable. (p. 3a),

pero su proceder, próximo a lo deductivo, implica una mejor asimilación que le permite dar más rienda a la ironía: desde el encomio formal del siglo hasta los detalles humorísticos, todo está encaminado al comentario zumbón de una moda como vía para asegurarse la connivencia con unos lectores, los más, probablemente captados por la manía en cuestión ya que los subrayados intencionales y las fórmulas de apelación, la actitud dialogante, las interrogaciones y admiraciones —elementos ausentes en Monreal— quizá no bastasen para ese fin. Con tales defensas, Eduardo de No se dispone

a contener el dique que revienta y a conjurar los presagios de que el mundo funciona al revés. Temáticamente, la ironía nace al presentarse el uso social de la fotografía como un ejemplo de aplicación de la ciencia, es decir, como uno de "los adelantos materiales que tanto cacareamos si bien con sobrada razón". (p. 3a) Tras puntualizar que, a pesar de todo, no se trate de un invento español y de justificar el artículo en atención a la importancia de la fotografía, Eduardo de No, en paralelo con la inevitable definición cuando se trata de un tipo, se ve obligado a suministrar la historia de aquella, pero sortea airosoamente el lugar común de la erudición:

La fotografía fué inventada por..., su inventor (maldita la falta que hace su nombre): después ha sido perfeccionada por mil y un físicos y maestros del arte. Esta es su historia. A [1] menos no direis que no soy breve (p. 3a)

Un excursus, sólo aparente, recuerda la ruina que la moda ocasiona a los pintores debido a la competencia de la fotografía en fidelidad y rapidez. Por si el lector no comparte sus ideas sobre los retratos al óleo, el autor tantea el terreno y lo adecúa a sus intenciones:

¿Y su duración, direis; y su mérito? Nada os niego; pero el hecho es que estais de baja y quedais hundidos completamente si mi pluma resbala hablando de grupos. (p. 3a)

La irónica defensa de la fotografía culmina al demostrar que un pintor no puede tener en su estudio a treinta personas durante horas: incluso Velázquez hubiese fracasado como retratista en el siglo XIX. Este tanteo suelda la parte introductoría con el cuerpo del artículo, hacia el que Eduardo de No reconoce explícitamente al lector:

Fero volvamos al uso ó abuso de las fotografías. (p. 3a)

Los aspectos de la moda que describe constituyen un anecdotario equiparable a la casuística apreciada en Montreal, sólo lo que con más porocnores y mayor gracejo. Los mentados usos o abusos ascienden a casi una docena: 1ª) el paterfamilias inquieto hasta que logra "un cartoncito en que conste su conjunta persona, su prole entera, su perro faldero, el canario y algun gato predilecto" (p. 3a); 2ª) la prueba que confirma los extremos de esta manía:

No creais que exagero, benignos lectores, porque cuentan de un buen señor que al llegar Diciembre, consiguió que un artista nobel retratase al marrañillo que habia criado en casa, antes de que la fatal cuchille lo convirtiese en jamones y chuletas. El tal marraño pasará á la posteridad merced a una fotografia. (p. 3a);

3ª) la irreverente promiscuidad y la mezcla de clases en el panteón gráfico de moda:

De aquí nace que circulen en millones de albumes desde el emperador de la China hasta el último pelafustan que posee treinta reales. (p. 3b);

4ª) el cruce de retratos entre enamorados y entre amigos, quienes "reducen sus retratos á hacer el triste papel de tarjetas de visite" (p. 3b) 5ª) la distribución que da su fotografia efectúa cualquier notabilidad política, que permite, "cuando ya no tiene á quien regalar que el público la compre por una peseta." (p. 3b) 6ª) el mismo uso, en los artistas; pero el revés: ponen en venta su efigie "por treinta y cuatro cuartos" aunque hay ocasiones en que las regalan, como recuerda el autor al lector para atraerlo hacia su punto de vista:

de esto ya sabeis algo sin que yo lo diga. (p. 3b);

79) de nuevo, la moda del álbum es presentada como el resultado de la generalización de la fotografía, esta vez para protestar por "esa amalgama monstruosa", pues ocurre que "de trás de nuestra excelso Soberana aparece un rollizo niño en cuernos" (p. 3b); 82) los reclamos de los fotógrafos, con novedades que implican una emancipación del orden natural marcado por la luz solar que parece escandalizar a Eduardo de No:

"Se trata aunque esté nublado" se lee en muchos anuncios. Muy bien, á este paso espero ver retratar á las doce de la noche, sin luz artificial y aunque la luna está oculta entre celages. (p. 3b);

92) el absurdo apuntado lleva al autor a explorar el recurso cuando supone que llegará un momento en que "se coloque una cámara ad hoc en los paseos ó las estaciones de ferrocarriles donde se fotografíe por obligación y gratis á todo el mundo, llegando á ser la estación una especie de registro utilísimo para la policía." (p. 3b), con la posibilidad de que los fotógrafos se conviertan en funcionarios y 102) cuando piensa si se recurrirá a otra "prociocidad estadística" que consiste en fotografiarse a diario "para saber en qué día del año ha estado el individuo mas demacrado ó mas obeso." (p. 3b) La ironía de estas visiones futuristas que cierran la exposición arrancaba de un nuevo toque de atención sobre los extravíos a que dan pie los cambios modernos: uno de ellos, la fotografía, es aceptado como un hecho:

No hay duda que el invento está generalizado has la sociedad... (p. 3b)

Frente a ello, Eduardo de No muestra su vinculación anímica con épocas más tranquilas y seguras y por eso la característica actitud burguesa que late en el costumbrismo y según la cual el entusiasmo ante los avances materiales que da empeñado por la sensación de haber puesto en marcha un engranaje cuyo control se escapa de las manos:

la humanidad es un peñasco lanzado desde gran-
de altura, buscando el centro de gravedad, esto
es, ilustración y progreso... (p. 3b)

El autor intuye contra innovaciones como la fotografía y lo que implica poco puede hacer y, aludido el ataque frontal, parece limitarse a confiar que la ironía haga algo de mella en el destinatario, a quien ha apelado con frecuencia:

* Pensad en ello, lectores, si os place, que
ya dejó la pluma para que vosotros dejéis de le-
er (p. 3b),

o no se que lo único que intente es dejar constancia, con cierta dignidad, de su postura ante la realidad. (169)

Similar referencia al carácter de la centuria, aunque con aire marcadamente tópico, estampa al comienzo de "El coquetismo" (170) su críptico autor, D. Gil de las Calzas-Verdes:

El siglo XIX es el siglo de los grandes in-
ventos. (p. 3a)

La distancia que el autor quiere introducir ante lo criticado y su actitud hacia ello explica que en esta oportunidad lo tópico no sea una simple lexicalización sino un intento de emancipar el tema de la servidumbre temporal para presentarlo como propio de la condición humana y no como fruto de la sociedad en que vive. Así procede D. Gil para

camuflar la parte de responsabilidad que pueda tener su persona y su representatividad grupal: la parte introductoria se nutre de una simplista idea —algunos inventos, en realidad son "faltas" o "extravíos"— aunque presentada de forma enmarañada gracias a su figurada discusión con el posible lector disidente, a quien vapulea con sobería:

Y si alguno de los mal aconsejados oyentes pensase de distinta manera, que se achante y calle, y sobre esto no disputemos, que soy el que lleva la palabra... (p. 3a)

La anécdota es ofrecida como verídica y sin prescindir de los aires ~~altaneros~~ que el autor quizá crea vigor o gracia:

pasando por cierta calle en una de las tardes más calurosas del finado Agosto, me dió la gana de mirar hacia un balcón... (p. 3a)

Contempla a unas damas, cuyos arreos describe y desapruaba, incurre en el lugar común del joven escritor enamorado a primera vista de una de ellas y, retrayéndose, técnicamente hablando, se esconde de modo que fusiona en la anécdota dos rasgos asmodeicos:

como soy un tantico curioso, me metí en un portal que no muy lejos estaba, procurando que no un viesan, para observar á mis anchas lo que las tales damas hacían. (p. 3b)

Desde su punto de vista físico e ideológico, describe una pareja de tipos recurriendo a otro prespectivismo aun más retrógrado, el remado del estilo clasicista:

No tardaron en aparecer por la esquina inmediata dos pisaverdes, con unas chaquetillas largas, unos junquillos en lo mano, y unos pantalones tan anchos que parecían hechos para el gigante Goliat.

Iban tan tiesos que parecia habian comido
almidón, y á fé que de unas sopas para almorzar
y unas lentejas para comer no pasaria, tan escuá
lidos y descoloridos estaban. (p. 3b)

Más atento a la moralidad formal que a la pintura de la es
cena, D. Gil da cuenta de la mímica amorosa lamentando la
ausencia de guardias municipales. Como un mirón con ribe-
tes de ríjoso y ya no como curioso convencional, el autor
hace ascos de lo que ve pero lo contempla escudado en algu
na que otra propuesta con la pretende remontar el vuelo coral
y epocal:

Embobado estaba mirando el teje y maneje que
traian las pollitas, como ahora dicen, y no sé por
qué.... (p. 3b)

Se procura una nueva protección cuando dispone que sea un
amigo que por allí pasa quien le explique lo que quisiera
hacer creer al lector que no comprende. Pero el artificio
es infausto: la elocución pseudoclasicista del personaje en
quien se desdoble deja al descubierto la inestabilidad de
narrador-personaje pues ni el trato dado al lector, ni el
uso del pseudónimo, ni el pretender estar contemplando co-
sas nunca vistas que estén orientados a reforzar los con-
tactos con el destinatario —a quien debería ganarse— sino
a endurecer la postura adoptada desde el inicio del artí-
culo:

—Casualmente las conozco á todas y sé los
puntos que calzan, y aun si hubiera tiempo y V.
lo tuviera para escucharme, cosas le habia de
contar, que le habian de dar mucho gusto y no po
ca admiracion. (p. 3b),

El "perdonavidas" en cuestión desvela los entresijos de las
damas para ir a dar al tema tan asendereado en esta época:

todo es apariencia en las damas, algo caducas, que se desviven por matrimoniar. Dientes, afeites y cabello son puro artificio velado por la distancia, los visajes y la nocturnidad, como lo es en gran medida la moral de la época en que escribe el autor, sólo que su actitud y estilo coquetean con migajas quevedescas para lograr la atemporalidad de la costumbre descrita. El escándalo de que protesta D. Gil al final del artículo tiene el aire inconfundible de la pose literaria más que de la fórmula costumbrista de despedida: D. Gil no posee la epicanidad asmodeica sino la descryptud ideológica:

No me diga V. más, no me hable V. una sola palabra, que ya llevo tósigo en el cuerpo para estar quince días de mal humor.

Me despedí de mi amigo, terciéme en el manteo y me fuí por la calle abajo murmurando:
¡Oh tempora! ¡Oh mores! (p. 3c)

"Artículo genundiano" (171), de A.L. representa una renovación con respecto a los materiales próximos a la par que entronca por varias vías con otros bastante conocidos. La primera de sus notas individualizadoras la da el título que comporta una filiación explícita en lo que respecta a la actitud crítica. En segundo lugar, el artículo se inicia con el motivo costumbrista del aspirante a periodista aunque de inmediato se aprecia que ha variado su tratamiento y su función. Al autor no le interesa describir a través de un tipo la profesión del escritor sino reducir el motivo a anécdota, si bien esta funcionará como organizadora de los temas tratados. Tal marco, un diálogo directo y sin presentación junto con la mencionada actitud son las pautas básicas de este artículo que comienza de forma ex-

positiva en la técnica y la denotación:

Señor Director de El Aragón; quiero ser periodista.

Sea V. bien venido y acepto con gusto sus deseos, porque necesito precisamente ahora mas que nunca colaboradores.

Mil gracias.

En qué sección del periódico quiere usted ocupar sus talentos?

En el de variedades, porque á falta de talento tengo muchos deseos de escribir y es el que está acomodado á mi superficialidad y variedad de datos. (p. 3b-c)

Tras la crítica de la endeblez de las gacetillas convencionales, de quienes las hacen y de quienes las exigen o toleran, el artículo enfila su auténtico objetivo: la realidad social y política del país. Esta es quizá la razón de la relativa novedad técnica pues llega incluso a borrar los límites entre las zonas adscritas al aspirante a periodista y el director, hace que se desvanezca el diálogo — que en ningún momento se marca con guiones— y que, haya que suponer que las últimas palabras vayan dirigidas directamente al lector, aunque éste no sea mencionado a lo largo del artículo. En consecuencia se fragua una curiosa variación sobre el artificio de la autofragia ya que el texto es, simultáneamente, una conversación sobre lo que debe contener y ese mismo contenido. Las sugerencias del director sobre los temas que el aspirante puede escribir van desde la política a los asuntos de interés local pasando por "las costumbres populares". Un largo parlamento —desde otro punto de vista, un párrafo realmente escrito— del periodista está destinado a manifestar su desapego hacia lo político como fruto del confucionismo, el oportunismo y la ineficacia que existe:

los desengaños ha venido á enfriar á los más exaltados y han petrificado á los mas pensadores que por su organismo recibían á beneficio de inventario las promesas pomposas de los partidos. (p. 3c)

Pero se trata de una preterición desde el comienzo:

Bueno; principio pues á escribir diciendo que no tocaré la política... (p. 3c),

ya que, además de la mención de la experiencia personal, el autor reorienta todo el artículo en la dirección apuntada de la necesidad de cambios sustanciales so pena de que se produzca una irreparable escisión entre la clase política y el resto de la sociedad:

No escribo pues de política porque no la conozco del modo que la han puesto los hombres políticos quienes la han llegado al caso de no saber ellos mismos lo que son en su mayoría, después de agotar la nomenclatura del diccionario de la rica lengua castellana. (p. 3c)

Y el autor no rehuye, en su denuncia, la enumeración de los partidos y sus figuras señeras en un pasaje que es tanto la culminación formal de la crítica como el posible abandono de lo estrictamente costumbrista. Bien que el pasaje en cuestión es breve y aterriza en el leitmotiv,

cúmulo de nombres clasificaciones y baraunda que han inventado los hombres para ocupar las regiones del poder y gozar de sus espléndidos banquetes... (p. 3c),

aunque lo que reconduce el texto hacia el costumbrismo es el sesgo de introducción que adquiere todo lo anterior: una introducción a la temática de los "intereses materiales" ya apuntados por el director y que ahora, al ser asumidos por el periodista hacen que se difuminen esos dos delegados

dos del autor:

Abrenuncio Satañe! fuera política con mil diablos y acupémonos del gas, de Zaragoza, del canal de las Cinco Villas, de los pantanos de Sádaba, de Caspe, y de Híjar y Albalato, de los caminos de Belchite, de la Granja modelo de Aragón, de los dochs [docks?] de Zaragoza, del colegio de inter nos del Instituto y hasta de andrómidas que el listo que entiende de política que se le toque á su gusto, que con mi paternidad me coy con la música á otra parte. (p. 3c)

Refuerza el aire costumbrista del artículo lo que éste tiene de puente entre las gacetillas debilmente vertebradas y el texto con rígido marco que acoge atomizaciones del tema. Otros tres aspectos obligan a mejorar la calificación. En primer lugar, el innegable carácter de artículo programático que crean la anécdota inicial, el abanico de temas abordables, el cariz introductorio del conjunto y —aunque no parece haber desarrollado en los números que siguen ni queda claro, por lo tanto, el camino editorialista, gacetero o costumbrista que se seguiría— el párrafo final:

Continuaremos pues en los artículos siguientes: nuestros ensayos periodísticos bajo los temas pacíficos de los intereses generales del país que no disgustará á nuestros benévolos lectores. (p. 3c)

En segundo lugar, la temática aragonesa no aferrada al localismo ni reducida a caricatura y presentada en clave de disyunción conjuntamente regional y nacional frente a la clase política identificable con Madrid al modo de otras ocasiones en que Aragón percibe, como casi toda España, la postergación. En tercer lugar, la posibilidad de entender todo este "artículo gerundiano" como una variante más del tema, tan habitual, de las apariencias y, si se atiende estrictamente al asunto, como la variante mayor, origen de todas las contempladas.

4.3.1.3.4.- Sombras chinescas, culminación del costumbrismo aragonés.

4.3.1.3.4.1.- Rasgos externos. Contexto y filiación. Lo pictórico. Preliminares. Narcisismo periodístico.

Sombras chinescas es la obra en que culmina el costumbrismo literario aragonés al tiempo que configura a éste - como una manifestación particular equiparable al conjunto de textos conocidos como costumbrismo español. Su título completo es Sombras chinescas. Retratos no claros y sí oscuros, garrapateados del natural (172) y se debe a los cinco autores que se parapetan tras los pseudónimos de Perico de los Palotes, Ginesillo de Parapilla, D. Gil de las Calzas-Verdes, Villadiego y Paco Palomo (173). Consta de dieciséis artículos de tipos escritos en verso —son romances—, una dedicatoria y un prólogo en prosa más la portada, el índice y dos hojas en blanco. El conjunto del material se reparte en veinticuatro números de El Aragón desde el 15 de abril hasta el 26 de mayo de 1863 y suma ciento cincuenta páginas en 8º.

Se trata de un título del que, al parecer, no hay mención en los estudios sobre el género ni en los repertorios bibliográficos usuales. Tal laguna deberá atribuirse probablemente a que su forma de publicación no es de las más habituales pues es un libro editado mediante entregas periódicas alojadas en el folletín, fórmula no contemplada - explícitamente por Ucelay, en cuyo trabajo hay que pensar

a la hora de establecer la filiación de Sombras chinecas (174). Si por el contexto periodístico próximo la obra se asociaría a La redacción del Saldubense pintada por sí misma, en el marco del costumbrismo español su explicación está en el fenómeno de Los españoles pintados por sí mismos y sus derivados (175). Excepto por la ausencia de alusiones directas en el título y en el prólogo al modelo del subgénero de tipos y por la carencia de grabados y de otros elementos propios de libro como objeto bello puesto de moda con el Romanticismo —rasgos que tampoco aparecen siempre en los derivados de Los españoles—, Sombras chinecas se ajusta a lo que se entiende por colección de artículos de tipos realizada por varios autores, no desmerece del conjunto de obras afines e incluso podría superar en méritos literarios y técnicos y en fidelidad genérica a algunas de las estudiadas por Ucelay que resultan inconclusas, no ajustadas al título, laudatorias más que descriptivas, regresivas en tanto que vuelven a las escenas, exclusivamente madrileñistas o muy proclives al folklore.

El título desplaza lo estrictamente pictórico pero su alusión al espectáculo lo mantiene en el campo de lo visual y lo vincula a la idea de teatro crítico y social latente en las colecciones similares y en suplantamiento de supuesta objetividad amparada en las ventajas y riesgos de lo artístico y aproximativo, aspectos connotados por el "Retratos" y el "sí oscuros" del subtítulo y, especialmente, por el "garrapateados" que implica la captatio benevolentiae —por su carencia de pretensiones más un pretendido aire festivo al modo de la "brocha gorda" de Antonio Flores en sus Doce españoles. Ese mismo aire es el que podría advertirse

en la breve dedicatoria donde los autores ya se presentan con pseudónimos nada graves y amasados de componentes populares —o popularizados, en el caso de Ginesillo y D. Gil— y actitudes atenuadamente maliciosas o propias de la sabiduría y las andanzas de tipos folklóricos. Anuncian así —la suavidad, al menos formal, de la crítica que van a efectuar y en sus palabras queda claro que, si bien ofrecen lo que sigue a un colectivo que traspasa las fronteras regionales, quedan recluidos en el —al parecer inevitable— narcisismo periodístico:

A todos los gacetilleros españoles, sus hermanos en Apolo, gacetilleros de El Aragon.

El que semeja aire desenfadado planea igualmente por las dos páginas escasas rotuladas "Al lector. Cuatro razones a modo de prólogo" (176), donde, a vueltas con los lugares comunes de que se hace gala en tales ocasiones, se intenta establecer con el destinatario un vínculo que resulta problemático por la incertidumbre de la acogida personal:

Lector benévolo ó adusto, pío ó neroniano, desocupado ó laborioso (aun cuando no deben ser muchas tus tareas si el tiempo te sobra para pasar tus ojos por estos renglones desiguales)... (p. 1c/5).

Con los problemas reales de un receptor tan diversificado se funden los convencionalismos que, solapadamente, revalorizan la tarea:

tan difícil empresa, que lo es seguramente dar gusto á tan encontrados pareceres... (p. 2a/6)

Por encima de lo encomiástico —"!Oh público amantísimo"— y de lo congraciante —"aficionados servidores", —"malandan

tes y descosidos romances"—, queda la denominación "carac-
teres" para los tipos y su descripción, el anuncio de la -
forma métrica que se utiliza y la prueba --confirmada a lo
largo de la serie— de que no se recurre a lemas ni a ci-
tas como rasgo inicial.

4.3.1.3.4.2.- "El gacetillero"

La galería se inaugura y prologa genéricamente con la
opacidad del intermediario: Ginesillo escribe "El gacette-
ro" (177), un artículo desenvuelto, ni problemático ni jo-
coso y dividido en dos partes. La primera es, globalmente,
una presentación del tipo que se va a describir. Ginesillo,
cumpliendo con la tendencia decimonónica a remontarse en la
historia en busca de los antecedentes de la materia, trata
de dignificar su propia actividad periodística mediante una
alabanza de Gutenberg y de la imprenta como origen del ga-
cetillero, una vez que el periodismo ha llegado a su mayo-
ría de edad y se ha convertido en poderoso instrumento del
cambio,

!Oh, la prensa! ¡Bravo invento,
del siglo cuarto poder... (p. 2c/8)

La parte de la loa referida al periodismo es puesta hábil-
mente en boca de los lectores, con los que Ginesillo simu-
la un diálogo que asegura el canal de comunicación y las -
connotaciones positivas de un tipo en el que quizá no han
reparado lo suficiente:

de todo un Gacetillero
la efigie os voy á hacer (p. 2b/9)

Cumplimentada la canónica introducción, comienza la parte descriptiva enumerando con desenfado los requisitos y características del tipo: inculta pedantería:

Su ciencia es la ciencia infusa;
y aunque nunca su magin
se atascó en el musa musae
ni pasó del quis vel qui,
decide de todo ex cátedra,
con aire de mandarin. (p. 1b/10),

juventud, elegancia facultativa:

si presume de elegante,
[...] se acicala y se repule
de la bota al corbatín. (pp. 1b-1c/10-11),

funador y bebedor por mor de la ostentación, altanero:

Mira por bajo del hombro
a cuantos ve por ahí... (p. 1c/11),

figón —asmodeico profesional—:

No hay nada tejas abajo,
donde no meta nariz (p. 1c/11),

sabihondo en política, entre otras gracias mal/asentadas.

Por lo que respecta a las que le definen como experto: domi
na la gramática parde, es entronetido, escurridizo y adivi
no —o mentiroso, según resulten los hechos— cuando ras-
trea las noticias, habilísimo zurciéndolas —sean sobre los
turcos, sobre los alemanes o los irlandeses— para conmovier
con sus fabulaciones

[...] á puro de puñaladas,
que reparte aquí y allí,
pone el pelo á sus lectores
lo mismo que un puerco espin. (p. 1a/13)

En cuanto a las actividades que redondean su forma de ser al margen de la profesión,

Al teatro va á butacas,
y condena sin oír... (p. 1a/13),

llega la parte final y más interesante de todas las reuniones sociales, no paga lo comprado ni lo prestado, ni lo perdido al lugar ni lo adeudado al sastre,

[...] un gaban,
de castor azul turquí;
al zapatero unas botas;
al rapista un botiquín (p. 2c/14),

a la lavandera ni a la patrona. Y, por fin, enamorado:

!Pues si se trata de amores!
D. Juan Tenorio, Amadís,
Lord Byron y Lovelance
no saben con el la í (p. 2c/14)

El artículo culmina con armonía al dar en sus últimos versos una síntesis ponderativa que apela de nuevo al destinatario:

Figúrate, en fin, lector,
el concurso mas feliz
de lo mas abominable
que se te pueda ocurrir,
y te hallarás circum circa
del tipo que describí. (p. 2b/15)

Y junto a esta renovada indicación de la actividad costumbrista, la a un tiempo fórmula para crear la sensación de verosimilitud y para mantener la distancia perspectivística entre autor y tipo y la distancia moral (pues toda la descripción ha sido pura hipérbole y repertorio de tachas sociales atenuadas para hacer aceptable y agradable el tipo):

Y no pienses que te engallo,
 pues abona mi decir,
 que pertenezco al oficio
 y he tratado á mas de mil,
 y pues quien conoce el paño
 no es mal sastre, a lo que oí
 yo, que tan bien lo conozco,
 puedo garante salir. (pp. 2p-1b/15-16)

4.3.1.3.4.3.- "El empresario de teatros".

"El empresario de teatros" (178), de Perico de los Pa-
lotos, sólo lleva indicada gráficamente la que podría ser
 tercera y última parte. Las demás van más trabadas. Como
 introducción, Perico establece la conexión con el destina-
 tario apelando a su conocimiento de la materia:

Lector; si has sido empresario
 no me leas, pues ya sabes
 los trabajos y las penas
 que pasan los de esta clase. (p. 1c/17)

Implicado así el lector, se lanza el lamento genérico por
 la frustrante actividad con el innegable propósito de que
 se valore más socialmente. De inmediato, se pasa a la de-
 mostración de los inconvenientes con que se encuentra el -
 empresario mediante la transcripción --sin acotaciones, en
 estilo directo-- de los diálogos que describen al tipo en
 su ambiente: los problemas con un vestido femenino imposi-
 ble --ni estrecho ni ancho, de "treinta y seis varas de te-
 la" y urgente--, con el galán que se ha puesto enfermo, -
 con Flora, la bailarina y con la guardarropía y los mala-
 barismos de las caracterizaciones. De los cuatro, el más
 extenso y gracioso es el tercero:

ber todo lo que aparceza en el escenario si es cierto, como se rumorea en el casino, que se marcha la bailarina. - Descrito el empresario con gracia, ritmo, verosimilitud y acierto técnico --en realidad, es una descripción escenificada, teatralizada, a la que no le faltan ni los apartes constituidos por el leitmotiv--, Ferico recapitula enlazado con dos aspectos de la introducción. El primero, solapaño, afecta al móvil, nada artístico ni cultural, de la actividad emprendida. Si al comienzo se indicaba que "Formera especulación/entran en negocios tales" (p. 1c/17), en la consideración postrera una de las notas que antes se destacan es la económica: "Ha perdido ocho mil duros" (p. 1c/23); el segundo es el cariz de confirmación que adquieren los versos finales según el proceso argumentativo de una introducción donde se propone una visión del tipo y una parte central donde se aportan ejemplos o pruebas. - Hay en esta conclusión, no obstante, un rasgo que la aleja de la simple repetición: aunque los dos últimos versos se reservan para las palabras del protagonista fracasado,

Si vuelvo á ser empresario
 merecía que me ahorcaran (p. 2a/24),

el autor responsabiliza al público de la ruinosa experiencia del contrato: los dramas han sido silbados porque no divertían; las comedias han sido motejadas de carecer de trama; la ópera no ha gustado por no haber contado con Ana Lagrange; la zarzuela, "por ser diversión gastada" y el baile porque la sustituta de la Flora, aun siendo mejor, no era tan guapa.

4.3.1.3.4.4.- "El pollo"

"El pollo" (179), del D. Gil, con sus siete páginas es casus, es de los artículos de extensión media. Va dedicado a un tipo que es blanco convencional de las críticas de los adultos. El autor resuelve su descripción en dos partes señaladas expresamente. La primera ofrece un conjunto de rasgos definitorios según se repasa la trayectoria vital del pollo hasta el momento en que madura. Don Gil entra directamente en materia comentando con retintín la universalidad del tipo. El "robusto Serafín" nace en cualquier momento del día, del mes y del año y en cualquier lugar:

En Valencia o Salamanca,
 en Pamplona o en Madrid
 en las riberas del Ebro
 o en las del Guadalquivir... (p. 1a/25)

La censura del pollo, que ya se insinúa en la cursilona rima en i, se afirma en las síntesis para el origen —"Su patria no importa un bledo"— su infancia —"no importa un grano de anís"— y su juventud, propia del de buena cuna y mal criado. Tras los preceptivos antecedentes, D. Gil acerca el tipo al lector acultándose como relator y reproduciendo el diálogo mediante el que el pollo se revela contra el débil padre y efectúa el ritual del tránsito:

!Papá! no estoy bien así,
 esta chaqueta es muy cursi,
 y estos pantalones id.,
 ya debo llevar sombrero,
 y levita, y corbatín
 pues no es justo que un muchacho
 con tal gramo y de tal chic,
 parezca un niño de teta
 en el modo de vestir... (p. 2c-2b/26-27)

El señorito —hace poco individualizado y ahora nominado — Francisco Ruiz—, amenaza a u progenitor con arrojarse al canal si no accede a un cambio de plumaje imprescindible — un avez llegado el momento en que, cuando ve a la vecina, le dan "intenciones". Transige el padre, va el hijo al sastre y vuelve a aparecer el autor mediante una apelación al destinatario con la que clausura una parte y anuncia otra:

Y..... atención, caros lectores,
que lo bueno empieza aquí. (p. 1b/28)

En la segunda, Don Gil, tampoco oculta su animadversión hacia el pollo consolidado. En tres tandas descriptivas y rechazando el detallismo entre el desprecio y el vapuleo, — bosqueja el aspecto, los amores y la actitud general del — tipo ante la vida. Lo ubica con displicencia en una tarde de abril paseando "de punta en blanco" para, en cuanto puede, dejar aflorar la vena xenófoba y patriótica al connotar el afeminamiento y la degeneración de las estirpes y — los valores más cotizados que implica la moda extravagante y servil:

Sobre su escuálido rostro
que no acierto á describir,
pues está medio velado
por cierto pelillo gris,
se ostenta..... mas no prosigo
porque me siento morir;
y se me irritan los nervios
y me pica la nariz
cuando veo ciertas cosas
en este hermoso pais... (p. 1c/29)

D. Gil no pasa por alto el pelo rizado que cae por los hombros, el tamaño desmesurado de los ojos, la nariz, la boca y las orejas, el talle a modo de balancín ni las piernas — de alfeñique que evocan el artificio y la endeblez del he-

cho social rechazado. D. Gil tiene la ironía de sátira al no tener que emplear energías en otro frente —el del destinatario del artículo— y, en vez de los artilugios para congraciarse con él en el caso de que el tipo fuese tolerable, muestra la seguridad de contar con aliado:

Añade, lector amado,
 á muchacho tan gentil,
 unos pantalones verdes,
 un chalcoo carmesi,
 una pechera de holanda
 y un inmenso corbatín
 y tienes ya bosquejado
 á mi amigo Paco Ruiz. (p. 2a/30)

La vida amorosa del pollo es igualmente huera y deleznable: dice idolatrar a su novia hasta el punto de estar dispuesto al suicidio si no es correspondido pero se limita a exhibirla en los locales de moda, a obsequiarla con niñerías,

y le compra cacauets
 y rosquillas con anís... (p. 1a/31)

y a jugar a no estar enamorado, que es lo que se lleva:

que ya La Correspondencia
 no es competente en Madrid. (p. 1a/31)

El "retrato" llega a su término mediante una condena sin paliativos de la juventud rica, ociosa y ridícula:

No quiere ser empleado
 que no le gusta servir
 y prefiere que le sirvan
 pues es mas cómodo al fin.
 Carrera.... !qué boberual
 oficio.... el zascandil
 bienes.... los de todo el mundo
 y ciencia... la de Merlin.

Estas son, lectores, sus prendas;
 ¡no es malo su porvenir!
 Con la mentira en los labios
 y la vergüenza en Pekin,
 antes de un año, posee
 mas dinero que Roschiltá [sic] (pp. 1a-2a/31-32)

4.3.1.3.4.5.- "La marmuradora".

"La marmuradora" (180), que podría titularse mejor en plural, se debe a Villadiego y está dedicado a un tipo tanto transepocal y rayano en lo moral como perfectamente definitorio de una sociedad que mantiene una doble moral. - Como si, además, hubiese diseñado una tipificación de lo asmodeico, el autor opta por limitarse a ser testigo. Excepto en los cuatro últimos versos, Villadiego transcribe el diálogo que sostienen Madre Clara y la señora Teresa, fisgonas por antonomasia. Al observar a las observadoras, Villadiego consigue también un parapeto técnico para hacer desfilar una galería de situaciones y tipos cotidianos que las cotillas evocan en ausencia o, a veces, cuando se dramatiza más la charla, describen según aparecen ante sus ojos. Sin preámbulos, se da la autopresentación:

-Buenos días, madre Clara.
 -Buenos, señora Teresa.
 -¿Qué se miente?
 -Nada sé
 ¿Qué se dice?
 -Pocas nuevas
 -Pues yo traigo cosas grandes
 que contarle.
 -Vengan, vengan. (p. 2b/33)

La primera de sus siete presas es una joven, hija de un retirado "que se murió de tristeza" a quien "según se dice",

visita de noche un hombre. La segunda, una vecina de Madre Clara crecida de barriga a raíz de lo mismo, pero con uniforme:

-¿Qué vecina?

-Luciguela.

¿No sabe V. lo que pasa?

-No lo sé.

-Cosas muy serias.

-¿A ver, á ver?

-Se asegura

que se casa por la fuerza
con un cabo de civiles
por aquello de...

-¿De veras?

-Como lo digo:

-¡Soldados!

¡Con buena gente se mezclan! (p. 1c/35)

Por asociación, salen ~~de~~ la palestra las relaciones entre "un tenientito muy guapo / que canta la marsellesa" y la marquesa del Sapo mientras su marido caza en una huerta próxima a la ciudad. Los breves comentarios con los que las comadres muestran su hipócrita escándalo es esta ocasión se dilatan quizá para evitar una transición no justificada al próximo chisme, pero contribuyen a alejar del esquematismo a los tipos dialogantes. Así, por la alusión a los sermones del Padre Antón que sugieren como antídoto contra la perversión mundana, aparece su faceta de viejas beatas. Los reparos que la señora Teresa pone a que vayan tales gentes a la iglesia dan pie a que su interlocutora comience con la cuarta murmuración: un caballero, tan importante que posee dos carruajes, la tarde anterior y en la iglesia

se pasó mas de hora y media
charlando con la mujer
del amante de Manuela,
la vendedora de pan,

y no sé en qué concluyera
 si no se oyera decir
 muy alto; "las manos quietas" (p. 2c/38)

El hilo asociativo conductor se refuerza mediante la referencia de las murmuradoras a lo que en ese preciso momento está sucediendo. La acción progresa al tiempo que la conversación evocadora de tipos y escenas sigue creando la escena global. Es el caso de la quinta víctima:

-¿Quién es esa currutaca
 que viene por esta acera?
 -La mujer de Juan el zurdo
 aquel que se fué á su tierra
 porque se moría de hambre. (p. 2c/38)

Trátase de la que, llena de deudas, lleva un tren de vida inconcebible sin que le importen demasiado las habladurías. Por contigüidad física y temática, las lenguas viperinas sacan al corro al sexto tipo,

-Oiga V., ese vecino
 que vive ahí.....
 -¿El poeta?... (p. 2b/39),

un escritor de comedias asediado por los acreedores y malhablado como todos los del ramo, al que las murmuradoras tampoco tragan:

-Creo que son mala tropa
 estos de los versos....
 -Perra. (p. 1b/40)

La depredación llega a su término también por contigüidad física:

-Allí viene el oso blanco. (p. 1b/40)

El así denominado es el integrante de una escena paródica del amante de ventana, pues todas las tardes, en cuanto se

va tras hacer guiños a una joven que se los devuelve, ésta

sale del balcón y hace señas
con aquel tendero gordo
que se rasca la cabeza.

(p. 1c/41)

la autodescripción escenificada de las viejas concluye con una sarta de lamentaciones por la pérdida de los valores morales, desde la honradez hasta la boatería. Madre Clara aprovecha la ocasión para indicar que ella sí es beata y, cuando dice que en ese mismo instante se va a la iglesia

á rogar a Dios me libre
de hablar mal, ni de que puedan
murmurarme por la cosa
mas sencilla.

(pp. 1c-2a/ 41-42),

el autor parece resolver en ironía graciosa lo que el lector sabe que admite tratamiento más severo:

-Usted es buena.

-Y usted también.

-Muchas gracias.

-No hay de qué.

-Me voy de prisa.

-Que el señor guie sus pasos.
y a las dos nos favorezca.

-Quédese V, con Dios, Clara

-Vaya V. con Dios, Teresa. (p. 2a/42)

La salutación cierra armoniosamente el vivaz y verosímil diálogo abierto con iguales pautas y, a primera vista, las murmuradoras están servidas; claro que, quiéralo o no, el autor ha descrito y criticado no a un par de víboras si no, a través de ellas, a toda la sociedad coetánea despojada de las apariencias, por el envés y punzando en zonas no muy convencionales como la gente de armas, la nobleza, la

religiosidad y el sexo. De ahí, quizás, el mas bien discreto final del artículo:

Estas, y como estas muchas
y muchas más como estas
son las que ponen al mundo
lo mismo que ropa vieja. (p. 2a/42)

4.3.1.3.4.6.- "El portero de vecindad"

"El portero de vecindad" (181), de Paco Falomo, tiene noventa y seis versos y resulta el artículo más breve de la serie. De él lo que más sorprende es el tono encomiástico con que es tratado el tipo: por su oficio podría haber sido el fisgón antonomástico, pero la palma se la han llevado las mormuradoras por los antecedentes, —ya desde Larra—, podría haber sido vilipendiado y, sin embargo, es descrito sin ser tenido por intrigante desde el punto de vista de las clases medias a las que sirve y, más, con planteamientos paternalistas, es presentado como laborioso, eficaz, paciente y condenado a un triste final cuando no sea útil. Los únicos rasgos negativos afectan a lo más exterior del tipo y se deben o al lugar común o, más probablemente, al reflejo de la realidad de las clases populares. En el artículo pueden apreciarse dos partes: la que describe los rasgos generales y físicos del tipo y la que completa el dibujo mostrándolo en sus actividades características. Comienza Paco Falomo incluyendo a los dos sexos en el oficio y ofreciendo una imagen del portero "invariable como un poste", solidario con su habitáculo y pendiente de él hasta el punto de desinteresarse de la vida política:

este individuo es un ave
que metido en su caserna
así canta como jure,

y así jura como reza
 sin importarle gran cosa
 las políticas contiendas
 si en el tugurio en que habita
 no tiene lugar la escena.

(pp. 1a-2c/43-44)

Sus vestidos estan plagados de remiendos, su rostro, reducido a nariz vegetalizada:

larga nariz, encarnada,
 gracias al zumo de cepas... (p. 2c/44);

su otro entretenimiento, el tabaco; su actitud, de "fusmeante centinela" y su expectativa diaria, que se recojan los de la casa para poder irse a dormir. Como esta condición no siempre se cumple enteramente, el portero se ve expuesto a un considerable ajetreo nocturno que Paco Palomo pasa a referir. La sufrida actividad del portero se pone de manifiesto cuando, recién acostado, le despierta una voz que le da el encargo de avisar a dos inquilinos que el coche saldrá a las cuatro y de que haga llevar los bultos a la posada. La blasfemia que entonces murmura el portero no es una protesta por la molestia, sino porque a esas horas no puede encontrar un mozo de cuerdas. Así, tiene que ir

cargando como una acémila
 con los bártulos del cura
 incluso la canariera
 y los baules del otro
 con más, cuatro o cinco cestas. (p. 2b/ 45)

Cuando, por fin, va a acostarse, una doncella le dice que su señora "tiene pujos y jaquecas" y necesita sanguijuelas

y vuelve á embutir el misero
 en el pantalón las piernas,
 y entre botica y viageros
 y almorranas y doncellas,

llega el día... (p. 1b/46)

La idea que Paco Palomo pretende dar de un asalariado digno que soporte un trato casi inhumano le lleva a ensartar los vejámenes de forma que esa supuesta jornada que selecciona para la descripción se colma de fatigas cuando llega el día,

[...] y con el día
 aquello de "si vinieran
 preguntando por mis huesos,
 diga V. que me hallo fuera."
 -Portero, lleve usted el niño
 de la mano, así, á la escuela.
 - ¿Dónde habrá misa, portero?
 - ¿Encontró V. mis tijeras?
 - Buenos días, Juan, ¿hay carta? (p. 1b/46)

Estas y otras servidumbres llevan a Paco Palomo a presentar al tipo como modelo de virtudes y lamentar su esclava vida:

Y dando el portero ejemplo
 de inusitada paciencia,
 calla y sirve á todo el mundo...
 más no nacer le valiera. (p. 1c/47)

A todo lo mencionado aún añade el autor los últimos grados del meritaje para igualarse a Job, pues el portero aguanta no sólo los gritos de un posible cornudo por obra de un militar y los sustos que le acarrea la relación de un cabo con una cocinera, sino que incluso

no le faltan los puyazos
 que el basurero le asesta... (p. 1c/47)

La defensa de la dignidad del tipo por parte de Paco Palomo es sistemática y no necesita el guiño al lector para reivindicar una profesión popular ni para sugerir bastante abiertamente que lo criticable es el conjunto de inquilinos.

El comentario final del artículo despeja toda sombra sobre la resignada actitud del portero: ni una referencia trascendente o religiosa que apoye la moral del esclavo, sólo la duda de si tiene sentido vivir de esa manera:

y al fin ¿para qué? miseria!
 Para ir cuando ya no ve
 los que salen ni los que entran,
 á parar al hospital,
 donde el pobre centinela,
 guardador de tantos cuismes
 los molidos huesos deja;
 descansando así el portero,
 á caso por vez primera. (p. 1c/ 47)

4.3.1.3.4.7.- "La modista".

"La modista" (132), de Perico el de los Falotes, es un artículo que recuerda a "El gacetilero" por el tono amable y nada problemático y por la vinculación anecdótica de ambos tipos. Perico no alude al lector en ningún momento ni aparece en el texto para interferir o insinuar mediante ironías o críticas. A la presentación y descripción física del tipo, siguen las notas sobre su trabajo y sus amores, aspecto este desarrollado mediante el diálogo autocaracterizador y la presencia de una amiga y, al final, el aspecto práctico de la coqueta. Al margen de la belleza y el encanto, la modista se define por su "gracejo" y su capacidad para provocar el enamoramiento de estudiantes y manjebos. De su atuendo, se destaca el "coliar de cristales"; el vestido —de percal en verano, de nubalina en invierno— el calzado,

Calzada siempre con botas,
 (esto es casi reglamento,)

bien de fino permanente,
ó cuando hay barros de cuero,
taconcillo alto y delgado,
ruido vago produciendo... (p. 2c/50),

elementos del arte de la seducción que se completan, por ahora, con la estudiada exhibición del tobillo. Perico la nombra —Juana—, le da el grado profesional —oficiala moñete— la ubica en Madrid —taller en la calle Jacometrezo— y la presenta explícitamente como criatura costumbrista:

es el mas completo tipo
que se encuentra en este género (p. 2b/ 51)

Las actitudes profesionales y particulares van entrelazándose según se repasa un horario representativo:

Se levanta al dar las seis
en verano y en invierno... (p. 2b/51);

sus andares, mirada y presencia despiertan amores; hasta las siete pasea por Recoletos con un barbero; come a las doce; un joven la espera y acompaña; reanuda el trabajo a las dos y

hasta las ocho en Enero,
y en Agosto hasta las diez... (p. 1b/52)

y la vuelta a casa no la hace sola ya que se le suele acercar siempre alguien, sobre todo estudiantes y gacetilleros. Este supuesto es descrito por Perico mediante la reproducción del diálogo genérico que, luego combinado con el relato, adquiere un aire de escena hasta la conclusión del artículo. Comienza cuando el representante de la prensa

le endilga un yo te adoro,
en toda clase de matos. (pp. 1b-1c/52-53)

ción del erotismo.

4.3.1.3.4.8.- "El presumido".

"El presumido" (183), de D. Gil, va dividido en dos partes, la primera totalmente dialogada y sin presencia del autor; la segunda, más narrativa y con la doble huella, al final, del autor y los lectores apelados. La anécdota se ubica en Madrid y está tratada con ironía que fluctúa entre la chispa desprendida de los aspectos grotescos y el aguijón despectivo cuando la repulsa hacia el tipo es más declarada. Lo significativo de todo esto es que la visión, como mínimo, despectiva del presumido va dirigida contra las clases altas y, en gran medida contra la nobleza. El diálogo, transcrito con la objetividad del autor-testigo, se abre --y se cerrará-- con los saludos de rigor que acrecientan la verosimilitud:

-A los pies de V., señora.
 -Muy buenos días, Pepito
 -¿Sigue V, bien
 -Muchas gracias
 ¿Y V. qué tal?
 -Tal cualillo.

(p. 2b/57)

El diálogo tiene como objetivo dar una descripción intensa del tipo y revela las inquietudes vitales del ya ridículo por el nombre, Pepito, de la baronesa y en consecuencia, de su clase. Aunque no queda totalmente definida la descripción social de Pepito, éste tiene por ámbito natural la alta. En primer término y tras la alusión al tiempo atmosférico, la conversación gira en torno al frac de D. Pepe, carísimo, pues lo ha confeccionado Grillo, y cuyo color da

pie a una de las notas irónicas que marcan la pauta del artículo:

quise hacérmelo amarillo,
pero como no me gusta
que me llamen presumido
y eso sería chocar,
me he fijado en el olivo,
¡verde oliva! francamente
es un color muy bonito.

(p. 1b/58)

Al preguntarle la baronesa si ha visto a la marquesa del Maritirio, D. Pepe es capaz de responder al tiempo que sigue presumiendo, ahora de una cadena: se la estaba enseñando en el casino

al baron del Pepinillo
cuando pasó la marquesa
con un primo de mi primo,
el oficialito de húsares,
aquel muchacho tan fino
que se quedó sin narices
peleando con los chinos.
¿le gusta a V. la cadena?...

(p. 1c/59)

Vuelve a la carga el del colgajo con que si tiene un dibujo muy lindo, que si es de casa Samper, que si es lo último, que si queda muy bien sobre un chaleco negro... La dama, que acaba por recibir una pregunta directa, no tiene más remedio que responder, desmarcándose del presumido:

-No me ha de agradecer, muchísimo.

(p. 1c/59)

Cuando se cambia de tercio y hablan sobre si ir a un beneficio —ninguno de los dos sabe de quién— que por la noche se da en "el Real", D. Pepe vuelve a lo suyo: su asistencia a la función depende de disponer del arreo oportuno,

pues presentarse

siempre con el traje mismo
es de mal tono, y no quiero
que me tachan de ridículo
(p. 2a/60)

El problema puede solucionarse si el sastre le entrega a tiempo un chalco para el que ha dispuesto un detalle que ha de causar tanta sensación como mofa insinúa D. Gil con el "fijo" y el "fijarse":

[...] con unos botoneitos
de brillantes que compré
ayer en el Precio Fijo,
de fijo haré que se fijen
en mi persona, los chicos,
las niñas y las marás,
los novios y los maridos.
(p. 2a/60)

El ritual de la despedida se inicia cuando la baronesa le pregunta si va a ir al Retiro, él responde que es "intempestivo" si va ella y luego enumera los pasos que dará hasta llegar allí: mudarse de traje, tomar unos pasteles en "el Suizo", mandar que le envíen allí —de nuevo, presume— el "Niño", que

es una jaca, pur sang
que no tiene mas que cinco
años, una gran estampa
y un castellano, ¡divino!
Monto, y en menos que V.
Á diez pollos vuelve el juicio
me encuentro en la Castellana,
en el Prado y en ... ¡Adiós!
A los pies de V., señora.
- Hasta luego, D. Pepito. (p. 1a/ 61)

La segunda parte, al tiempo que puede entenderse como relato de la acción inmediatamente posterior, es pintura, global dada actitud y el comportamiento del tipo en la calle y en

los locales sociales. La bajada por la escalera es como la del pavo real: va cantando Norma y lleva el bastón en el hombro mientras recibe una lluvia de saludos de toda la servidumbre a los que nos corresponde para evitar "desazones y trastornos" y —trás el desprecio al pueblo llano, la declaración de amor— porque

quiere saludar tan solo
 á marqueses y vizcondes,
 á las niñas y a los pollos. (p. 2c/62)

La imagen del tipo, al salir a la calle, presumiblemente se atiene al punto de vista de la servidumbre. Al menos, así la presenta D. Gil en la medida en que la animalización es explícita y cargada de agresividad ridiculizadora:

Sale á la calle D. Pepe,
 o mejor dicho D. Topo,
 atusa con gran esmero
 sus largos cabellos blandos,
 y anuda el revelde lazo
 á su pescuezo de choto.
 (p. 2c/62)

El zurriagazo va seguido de una alabanza igualmente significativa en su ironía y de una enumeración apresurada de las actividades del tipo con la que se connota un ajetreo estúpido. Con todo, D. Gil da pinceladas muy distinguibles: de la denominación descalificadora —"se emboba como un bobo"— a la confirmación de sus referencias vitales, en esta oportunidad más nítidamente contrapuestas:

Se contonea un poco
 para saludar á un quidam
 de fama y nombre notorios:
 le pide un pobre limosna
 y le deside furioso... (p. 2b/63)

De la proximidad que implicaba ser testigo de un diálogo,

D. Gil ha pasado al distanciamiento físico del vacuo bullebulle. Al acercarse la conclusión, el despeje es mayor y de distinto cariz: las alusiones al tipo nominado van implicando a todos los de su ralea, las pullas de diversa índole que se han dirigido a D. Pepe se resuelven en descalificación formal del presumido y de las matizadas descripciones se desemboca en la conclusión-moraleja que vincula —o lo pretende— ideológicamente a lector y autor:

entra, sale, corre, vuela,
 todo es alas, chispa todo,
 en el café, en el teatro
 en paseo y en los toros,
 en todas partes se encuentra
 el presumido, ó el tonto.
 Preferid, pues, ser idiotas,
estúpidos, recios, sosos,
 pero libraros de ser
 ni presumidos, ni pollos.

(pp. 2b-1b/63-64)

4.3.1.3.4.9.- "El amante callejero".

"El amante callejero" (184), de Ginesillo, tiene como precedente inmediato el "oso blanco" criticado en "La murmuradora" y, más distanciado, "El novio de ventana", de R. Otero, reproducido en El Avisador en 1853 (165). El tono del artículo, amablemente crítico, se modula con el desplazamiento que la actitud de Ginesillo experimenta del ligero distanciamiento a la comprensión e incluso cariño con respecto al tipo. Aunque no señaladas fijamente, el trabajo tiene tres partes: la central o descripción propiamente dicha y otras dos, breves, que la enmarcan. Los preliminares corresponden a una introducción costumbrista ca-

nónica —como ya hiciera Ginesillo en "El gacetillero"—, con la indicación, en primer lugar, del punto de vista, propuesta de enjuiciamiento o conclusión anticipada. Esta no es otra que la pauta para evitar el ridículo en los usos amorosos, lo cual unido a la sueva ironía con que es dibujado el tipo, supone que el hábito es bastante característico de la clase social a la que pertenecen el autor y sus lectores. En segundo lugar, Ginesillo presenta el tipo y el objetivo didáctico, establece contacto con el lector, proclama la objetividad y se sirve de la terminología pictórica costumbrista:

Hoy, pues, que me hallo con vena
de moralizar al público,
quiero pintarte oh lector;
benévolo ó cejijunto!
en menos que canta un gallo,
en un verbo, en dos rasguños,
al Amante Callejero,
tal cual es, punto por punto.
(p. 2a/66)

El contacto con el destinatario no se pierde sino que se refuerza desde el momento en que Ginesillo le sugiere que evoque el tipo,

Figurete, pues, al tal... (p. 2a/66),

y, luego, va manteniendo la ilusión de pintura en celebración mediante fórmulas defécticas como "Melo aquí", "Vedle allí", y artificios de convivencia de papel equiparable como el familiarizador "Nuestra Amante Callejero". El arranque anecdótico de la descripción tiene aire de relato —incluso apoyado en el indefinido verbal— pero, tras mentar el flechazo y el inicio de la pasión, esto es, del amor extremado que hay que evitar, Ginesillo vuelve al presente que acorta distancias y comienza a referir las penalidades del

que corteja desde la calle a un "ángel" que habita en un tercer piso "con un entresuelo adjunto". Mientras no quita los ojos de los balcones "pintados de verde oscuro" y adquiere aire de alelado y de irracional rutinario,

Vedlo allí papando moscas
 en Enero como en Julio,
 dando vueltas y mas vueltas,
 como en las norias el burro. (p. 1a/67),

se va convirtiendo en objeto de burlas por parte de todos. Y estos todos son predominantemente tipos populares: además de todo el vecindario que le apunta con el dedo, de la fegatriz que se mofa de él y de los perros que le ladran a dúo,

Ya le conoce el sereno,
 que á poco le clavó el chuzo,
 el farolero del barrio,
 el vigilante nocturno,
 el cartero del distrito,
 los aguadores de cubo,
 el de las burras de leche,
 y los barrenderos públicos.
 (p. 2c/68)

El sufrido y ridículo amante también cuenta con ayudas para aliviar su pasión como la de un dios Mercurio —así la denomina Ginesillo— un tanto degradado en forma de cocinera tuerta "que corteja con un chulo": le avisa cuando el padre está ausente o si la niña va a salir de compra.

Las formas de comunicación con la joven varían. De ser ésta de las que salen de vez en cuando, si bien acompañadas, el amante es casi su sombra al acecho de la oportunidad para decirle dos palabras aunque tenga que oír dos misas seguidas o sufrir al otro lado del escaparate mientras el hortera le dice estupideces a la niña. Si es de las mantenidas en casa por padres escrupulosos, el contacto es la te-

lografía gestual, expuesta a confusiones, sobre todo cuando lo que parecía la silueta de la ninfa tras los cristales es el padre que lee el periódico. Si el amante recurre a los billetes amorosos, le cuestan un dineral y no pocas discusiones con la "cocinera zafia" a quien confía el recado. Otra índole de penalidades es la que le acarrean los hermanos de la niña: si son crecidos y brutos, se expone a que le den una paliza cualquier noche; si son pequeños, con sus gracias denuncian el cruce de señas

Y luego, como energúmenos,
exclaman: —¡el novio, el novio!—
y lo hacen poner verdusco. (p. 2a/72)

Llegado a este punto del artículo, Ginesillo procede a ir cerrándolo de modo paralelo e inverso al comienzo. Ya la mención de la cocinera es eco de la aparecida antes. Tras la referencia al supuesto de los hermanos, vuelve al autor a enumerar las vejaciones que soporta el novio por parte de todos y, de nuevo, por los personajes populares especialmente: el zapatero remendón con sus cantares alusivos, la criada que le tira el feludo que está sacudiendo, los padres, los vecinos, los porteros, los criados,

los aguadores, sus burros, (p. 1a/73)

los muchachos callejeros, la servidumbre pedigrifeña

todos son los enemigos
los tiranos, los verdugos
del Amante Callejero
del pobre amante oculto,
(p. 1a/73)

Al trazar este panorama por segunda vez, Ginesillo va quitando hierro al amor-pasión al excuipar al tipo y hacer recaer la crítica en los demás de forma que el artículo deja de

ser censura del amante callejero y se transforma en una confirmación de la norma amorosa costénea, muy alejada ya de las pautas románticas. El tipo, que no es descrito físicamente ni ubicado geográficamente quizá porque afecta sobre todo a la clase media, acaba por ser definido por el autor sin que éste necesite otros recursos que insinuar al destinatario que cualquiera puede verse en ese trance y que limitarse a mostrar que la censura del amante la efectúa no él, sino la gente. La apelación final al lector que coorra el artículo en espejo es diáfana:

Tu, lector, si por ventura
has sido de tantas uno,
y tu, lectorcita hermosa,
si ante los balcones tuyos
en alguna ocasión viste,
algún galán de este año,
ved aquí las desventuras
en donde el amor lo puso
y no seáis tan crueles
ya que es amar nuestro flujo.
(pp. 1a-2c/73-74)

4.3.1.3.4.10.- "El gorrista".

"El gorrista" (186), segundo y último artículo de Villadiego, combina el relato y el diálogo en su parte central, la descriptiva del parasito socioeconómico criticado. La introducción, separada gráficamente, comparte la misma mezcla de censura sin paliativos e ironía —situaciones, comentarios, subrayados— que evita el tratamiento formalmente serio, pero, sobre todo, constituye un preciado texto costumbrista desde el punto de vista teórico pues confirma que la serie, por más desconocida que sea, no deja de ser

homologable con los artículos ortodoxos más divulgados o estudiados. De entrada Villadiego adelanta una presentación del tipo imprecisa pero clara en cuanto al tratamiento que piensa darle:

Existe una cierta clase
de los bípedos implumes,
digna de ser el objeto
de un largo romance en ue.
(p. 2b/75)

A la justificación del trabajo, la alusión despectiva y la mención de la forma literaria, sigue el tópico costumbrista de la dificultad del empeño, en primer lugar, a modo de invocación a la divinidad en busca de inspiración, todo en tono jocoso y dismitificador del trámite y de la trascendencia del asunto. Al precisar para qué necesita tal ayuda, además de mencionar el destinatario y su actitud respetuosa hacia él, recurre a la terminología pictórica del costumbrismo y es consciente del género que escribe:

[..] me faltan luces
para iluminar el cuadro
que, cual pintor de costumbres,
quiero presentar al público
que lo comente y lo juzgue. (p. 1b/76)

La segunda mitad de la introducción está constituida por tres nuevas referencias a la dificultad de labor. La primera de ellas implica otro artificio costumbrista aunque no pase del apunte: la alusión al elemento que posibilita el desdoblamiento perspectivístico:

¡Ahí es nada lo del ojo!
como dice mi Gertrudis
(una mujer que me cuida
y en mis dolores me acude). (p. 1b/76);

la segunda, una redoblada descalificación del tipo que incluye otro término pictórico:

¡Ahí es nada, diseñar
a esa secta de gandules...
(p. 1b/76)

y la tercera, la autoponderación del esfuerzo, la clave de la dificultad de congeniar precisión en la pintura y ausencia de rasgos individuales o que lo parezcan y la actitud resuelta de Villaciego que cumple con el requisito —"pinto no retrato"— al enunciar tal prevención pero sabe que cuenta con la aquiescencia en el lector al condenar su tipo:

Gran valor se necesita;
valor, pues, y el que disguste
mi paliza romancesca
porque crea que á él alude,
que con su pan se lo coma
y déjeme que le zurre.
(pp. 1b-1c/76-77)

La descripción muestra al gorrista triunfante en tres situaciones encadenadas que configuran sus andanzas diarias. El autor toma contacto visual con él podría hacerlo cualquier persona y lo caracteriza externamente:

Por la calle abajo viene
un cierto mocito impúber,
vestido con elegancia
y con el rostro agridulce.
(p. 1c/77)

La primera víctima sobre la que se cierne este peligro público es un lejanísimo conocido que selecciona entre la gente por su atuendo de "señoron". Comienza con el tabaco:

[..] —¡Adios, querido,
cómo estás? ¿no llevas lumbre?

hazme el favor de un cigarro
dice el médico que fume
y aun no he comprado, porque
del estanco son azufre.

(pp. 1g-2g/77-78)

El sablazo, muy educadamente, protesta y pregunta hasta
que el gorrista le recuerda el colegio y se presenta como
Manuel Luque:

[...] —Si, si, ya he caído.
—ya has caído, no lo dudes,
¿Y a dónde vas?

(p. 1a/79)

Pegando la hebra, el gorrista prácticamente se invita solo
a comer en la fonda donde dice ir el rico. Mientras no ce
sa de charlar para que el otro piense es un gran amigo que
se alegra del encuentro, se stiborra:

Traga rosbek y chuletas,
Difteak y jamón en dulce:
el salchichón, por arrobas
y las ostras por almudes

(p. 2c/80)

Con la misma finura con que le abordó, se libera de la víc
tima:

dice ¡vuelvo! y al amigo
le deja haciendose cruces ...

(p. 2g/80)

ya en la calle otra vez, el gorrista se dirige a un café,
irónico campo de batalla para el nuevo derrotado, un militar
que

[...] sucumbe
a pesar de su valor
ante nuestro héroe, que surge
a su lado sin que valgan
los bigotes ni el estuche

(p. 2h/81)

y por más que se huelga que va a tener que pagar el "moka" que está sorbiendo el enemigo infiltrado que efectúa disparos a discreción con una conversación cargante. La despedida es la de rigor:

Toma nuestro hombre y se larga
sin dar gracias (que eso es cursi)...
(p. 1b/82)

Situado por tercera vez a la calle, Villadiego resume como

pasa el día entre tahures,
entre gentes que convidan
lindas mozas y gandules.
(p. 1b/82)

y le sigue hasta el teatro, donde el gorrista entra por la trasera, consigue un cigarro y un ejemplar del drama y acaba, como lapa, en el patio de butacas junto a algún escritor que acaba por cederle el sitio.

La recapitulación que corona los casos con los tres primos —el rico, el militar, el literato— supone un alejamiento del tipo o, si se quiere, una aproximación al destinatario,

(obsérvense sus costumbres,...
(p. 1c/83)

para recordarle las tácticas del gorrista: falta de consideración, estabilidad, inquietudes, vergüenza y previsión y lleno de recursos para vivir como parásito del que trabaja. Villadiego, que ha rehuido la ridiculización del tipo quizá por considerarla poco eficaz, acaba en la misma línea profiriendo una maldición que quiere ser profecía y que puede tener un sentido sacropolítico más abarcador:

¡Dichosos y desgraciados
los que así el mundo discurren:
día llegará, y no tarde,

on que ni gasten ni triunfen,
ni coman, beban, y gocen
entrampen, luzcan y fumen!
(pp. 1c-2a/83-84)

4.3.1.3.4.11.- "El perezoso".

"El perezoso" (187), de Paco Palomo, va dividido en dos partes, aunque su lectura demuestra otra parcelación. El tipo, a primera vista, parece connotar lo psicológico o lo moral pero queda implantado con habilidad en su contexto de época y clase en tanto que rémora antisocial. A la larga, es censurado aunque el autor sugiere su disculpa apelando a los condicionamientos naturales. Sin preámbulos, Paco Palomo lo presenta acomodado, despertándose casi al mediodía y sin trazas de tener prisa:

abre un ojo, luego el otro,
y una mirada paseá
por los vidrios de la alcoba
á los objetos que encierra
su mansion de sibarita
su pacífica vivienda:
mueve el cuerpo con recelo
y dándo vueltas y vueltas
y bostezando no poco...
(p.2c/86)

Llama por fin a la criada para pedirle el desayuno, agua fresca y el correo. Lee El Diario mientras fuma un puro. Al mediodía se levanta poco a poco y se va vistiendo, lavando y arreglando. Al consultar el reloj en ese momento cae en la cuenta de que se le ha hecho tarde para asistir a una junta. Emrende una carrera con la que quiere compensar el tiempo perdido mientras

[...] maldice
su condenada pereza... (p. 2b/87)

detalle en el que persistirá el autor, pero la junta ya ha decidido en contra de sus intereses. Vuelvo a maldecir contra "el vicio de la pereza" y a hacer propósitos de enmienda. En ese momento y terminando la primera parte con un texto que repetirá al final del artículo, el autor sentencia, sermonea y, en cierta forma, justifica:

proponer en una cosa,
cumplir es otra, diversa,
y el propósito mas firme,
la voluntad mas sincera,
las mas fuertes decisiones
y la mas franca promesa
se estrellan contra los vicios
que nos dió naturaleza.

(p. 1b/88)

El pasaje más extenso y destacado de la segunda parte es el desarrollo de un ejemplo significativo del comportamiento del perezoso. Por alusión se ambienta en Madrid, parece tener como protagonistas al mismo sujeto y confirma su ubicación social como mínimo en la clase media alta. En gran medida es un diálogo sin introducción ni acotaciones entre el tipo y un amigo que recurre a él en busca de recomendación para una plaza de la provincia de Huelva, de donde es:

- Adios, mi querido amigo:
-Venga acá esa mano, aprieta,
y cuenta que soy muy tuyo,
conque dime tu querella
- Sé que tienes confianza
con el barón de la Estrella,
Ministro de la Nación,
y, francamente, quisiera
que un ascenso... ya sabes
que soy empleado a secas. (pp. 1b-1c/88-89)

Como era presumible, las promesas del perezoso, aun aguijoneado por las prisas del aspirante, malogran el asunto. Cuando va al ministerio le dice que podrá ver al titular en la embajada griega por la noche. Vuelve a casa ahíno y cuando llega la hora de asistir a la velada ya es presa de la pereza. Concluye así la anécdota y Paco Palomo, de nuevo con sus consideraciones aleja la descripción del posible tratamiento jocoso

Ay de aquel que al perezoso
necesita con urgencia!
No ha de complacerle nunca
porque el olmo no dá peras (p. 2a/--90).

agavilla otros inconvenientes del tipo —no atiende la correspondencia particular, habla pero no actúa...— y acaba declarando explícitamente el punto de vista costáneo y social del artículo que sortea la moral:

Probar fuérame sencillo
que el vicio de la pereza
es el primer eslabon
do principia la cadena
de otros mayores que minan
nuestra sociedad moderna;
mas ni yo soy moralista
ni viene á cuento la idea... (p. 1a/91)

Un breve enlace, consistente en persistir en la conciencia que el perezoso tiene de su tacha y en la inutilidad de sus propósitos, actúa como conclusión de todo el proceso informativo previo y da paso a la repetición del fragmento

Proponer es una cosa... (p. 2c/92)

que ahora es, como el enlace, confirmativo. Además, se convierte casi en moraleja a no ser porque implica una auténtica definición de la sociedad: el tipo no ha sido satirizado ni alabado; no es totalmente moral o psicológico ni exclusivamente costáneo; representa, sencillamente, una parte de la sociedad indeseable pero inevitable, una más de sus componentes.

4.3.1.3.4.12.- "El caballero de industria".

"El caballero de industria" (188), es el tercero y último de los artículos de D. Gil. Se divide en tres partes, las dos primeras extensas y numeradas; la última, reducida a breve colofón. El tipo, — ubicado en Madrid, es descrito en sus rasgos generales al comienzo — por un autor que se sirve de la ironía y sólo se deja ver más directamente en los últimos versos de esta parte, sintetizadores de la auténtica temática:

¡Oh mentira, cuánto puedes!
¡cuánto puedes seducción! (p. 28/96)

La caracterización es minuciosa y se da sin preámbulos si bien las funciones habituales de estos se cumplen por otras vías; así, la inicial apelación al lector y la justificación del tipo elegido aparecen asociados a los rasgos —el nombre simbólico, la apariencia— más significativos de este modelo de timadores:

D. Próspero Buenachicha
natural de Torrejón,
edad incierta, ojos negros
de regular exterior,
nariz granujenta y corva,
bigote largo, de voz
melíflua, finos modales
y esmerada educación
es, apreciable lectora,
un personaje muy digno
de fijar nuestra atención. (pp. 28-1b/93-94)

Refiere luego D. Gil con ironía y gracia cómo viste a la última moda,

cómo frecuenta los lugares más famosos y concurridos —Puerta del Sol, el "Suizo", la "Iberia", el Prado—, cómo no falta a ninguna reunión social

ni tertulia comme il faut
ni té dansant, ni soirée... (p. 1b/94)

para cortejar a alguna vieja rica, contar chascarrillos, proponer "negocios" o bailar un rigodón, cómo conoce a los ministros —incluso — "es primo de un senador"— y a la nobleza, cómo es capaz de hablar de toda clase de temas y pasar por rico y experto en varias ciencias e idiomas, extremo este que el autor aprovecha para dar punto final de esta parte al aludir a los acreedores:

lenguas las conoce todas
con entera perfeccion
y sobre todo, el inglés,
de la cual es profesor. (p. 1c-2a/95-96)

La segunda parte, mucho más larga, supone el conocimiento del caballero de industria en la práctica: un timo, nada leve, con que despluma a un tal D. Damián y que es ofrecido por D. Gil mediante un extenso diálogo —117 versos—, al final del cual, y como era de esperar, aparece la voz narradora para confirmar al lector lo que le ha dejado que se fuera figurando. Sin prolegómenos, pues, comienza la descripción escenificada:

-Muy buenos días, D. Próspero
-Muy felices, D. Damián. (p. 2a/96)

Se preguntan por la familia, el timador informa de las novedades internacionales y, en cuanto puede, empieza a disponer el cebo: el encuentro le ha ahorrado un viaje para ir a proponerle algo al incauto.

Éste da síntomas de picar; el timador difiere la explicación protestando de formal, de ir directamente al grano y de sincero. D. Damián asiente; D. Próspero insinúa:

Pues bien, para entre los dos...
 ¡es negocio capital!
 pérdidas... es imposible,
 ganancias... seguridad... (p. 2c/99)

La víctima se impacienta; el del embuste le pondera cómo estará cuando conozca el negocio si está sobre ascuas antes de saber lo que puede ganar y aún le tantea y motiva más preguntándole si es arriesgado. Por fin, D. Próspero se dispone a explicarse pero la expectación no concluye pues relata todas las circunstancias que contribuyen a hacerle concebir el negocio:

El año cincuenta y seis
 yendo yo á San Sebastian,
 se rompió la diligencia,
 en los llanos de Alcalá... (p. 2b/99)

El caso es que al dar un paseo mientras se reparaba el desperfecto topa con una piedra:

la examino, y... aquí está
 vedlo vos mismo querido,
 enteraos D. Damian,
 es oro en cuarzo, un filon
 inagotable quizás... (p. 2b-1b/99-100)

El infeliz se deshace en gratitud hacia quien tan generosamente parece compartir el negocio. D. Próspero le quita importancia al detalle, —"¡La amistad!" (p. 1c/101), dice y, al proponer con fingido desinterés que para empezar a preparar la explotación harán falta unos mil —duros, consigue que D. Damián le responda:

¡Qué pequeñecos! tomad
dos mil que llevo en papel... (p. 1c/101)

Habla, por fin, el narrador para dar por concluida la charla:

Y D. Próspero se marcha
riéndose del patan,
que traga tales mentiras
y su dinero le da (p. 2a/102)

y tras esta censura simultánea de los dos tipos y separados por un trazo que visualiza la perspectiva necesaria, D. Gil, ofrece los cuatro últimos versos con los que busca, más allá de la descalificación de -cameleónicos timadores e ingenuos ambiciosos, alertar al destinatario del artículo ante una versión costánea de uno de los peligros clásicos de la gran ciudad:

Caballeros como este
en cada esquina hay un par.
¡Tal es, lectores, la vida!
¡Tal es, pues, la sociedad! (p. 2a/102)

4.3.1.3.4.13.- "El vago de profesión".

"El vago de profesión" (189), de Ginesillo, es el artículo más largo de la serie: descontando los espacios en blanco tiene trece páginas. Va dividido en cinco apartados en virtud, sobre todo, de un rasgo formal: el alarde de dedicar las asonancias a cada una de las cinco vocales. El cuerpo de la descripción se da en las partes III y IV sólo divididas porque lo pide el artificio. El resto se nutre de la introducción general, la ubicación del tipo y, al final, la distinción entre vagos y vagos. En realidad, Ginesillo sólo censura de -

forma total al que es necio y presuntuoso; al que no lo es, prácticamente lo disculpa y, en parte, alaba por el mérito de saber vivir sin trabajar. O esta variedad del tipo menudeaba o el autor no quiere herir la susceptibilidad de ningún lector, lo más probable, este último se debe a lo primero. Se explicaría también así la pertinencia de cimonónica de un tipo transepocal, la ironía amable que campea por todo el artículo y los contactos con el costumbrismo fisiológico, útil tanto para la descripción como para las matizaciones que interesan a Ginesillo. El desenfado de la crítica se aprecia desde los primeros versos. A vueltas con la protocolaria pseudoerudición para los trámites de los orígenes o contexto histórico, el vago es presentado como uno, el mayor, de los inventores del siglo XIX pues ha dado con la clave de lo que más ha inquietado en todos los siglos:

El que resolvió el problema
de comer sin trabajar
puede decir que inventó
la piedra filosofal. (p. 1a/103)

El contacto con el lector se resuelve mediante alguna apelación genérica y aislada —“vean ustedes!”— y una, más particularizada, que se fusiona con la presentación —que incluye terminología pictórica— del objeto del artículo. Ginesillo aprovecha también esta fase preliminar para curarse en salud y, además, marca la tónica del artificio de la asonancia:

Mira, pues, ese portento
que te voy a bosquejar,
y si tú, lector, te ríes,
porque eres otro que tal,
y dices en tus adentros:
dime tonto y dame pan,
ténlo como un homenaje
de tu ingenio singular:

y empiezo un romance en é,
dejando el romance en á. (p. 2h/105)

En la segunda parte, Ginesillo sitúa al tipo inequívocamente como una realidad coetánea,

Encontrar un hombre vago
nunca gran milagro fué,
pero en el siglo del gas
se encuentran a puntapiés. (p. 1b/106),

interclasista, pues —la pulla antiaristocrática es clara— no es necesario que

sea conde ni marqués.
Holgazanes hay ilustres,
pero los hallas también
que de su oficio tiraron
las herramientas ayer. (p. 1b/106)

y ubica y, por lo tanto, como categoría social y no geográfica

A la vuelta de cada esquina
los tienen de tres en tres... (p. 1b/106)

Tras esto, queda establecida la perspectiva predominante en el tratamiento del tipo que, frente a lo que podría esperarse no es económica —al fin y al cabo, el vago es improductivo— sino próxima a la moral: se destaca el aspecto de la ociosidad pero porque supone un tiempo empleado en la murmuración y en minar la honra, sobre todo, de las mujeres en vez de dedicarlo a contemplar sus propias tachas. Puesto que no lo hace así, el autor se lo propone y lo lleva a cabo en las partes III y IV. El romance en í está dedicado a describir las actividades del vago. Tras aludir a esta aparente contradicción que el lector advertiría, Ginesillo repasa, en primer lugar, los iniciales pasos ma

ñaneros del interfecto que resultan muy similares a los de "El perezo-
so" y conectan con los de "El gorrista" por el despertar pausado y la
busca del primer "primo" del día, respectivamente. El resto de esta
parte es una aplicación del criterio moral —aunque no moralizador —
por necesidad—, al tipo,

Dice un refrán, que cual todas
rara vez suele mentir,
que la ociosidad es madre
de los vicios; y es así (p. 2c/110),

para un apunte de . . . clasificación fisiológica,

El que juega, es un teúr;
el que bebe, es una vid;
cuando pide, un salteador;
si disputa, un matachín. (p. 2c/110)

en la que ahonda la parte IV. Esta recoge, en primer lugar, los si-
tios donde actúa el vago —los asientos del casino, del café del pa-
seo y de otros mentideros urbanos— y, luego, una enumeración de ocho
formas de proceder y otras tantas variedades y especialidades del ti-
po: si es "vago noticiero" miente y murmura; si es camorrista, se re-
vela cobarde; presume de experto en política internacional; quiere pa-
sar por entendido en historia; es experto en el billar; manipula há-
bilmente las cartas; y, para terminar, está al tanto de todos los se-
cretos de los toros y domina el lenguaje de germanía:

Sabe lo que es volapié,
galletazo, y brabucon,
conoce a todos los chicos,
y sabe hablar el caló... (p. 1c/113)

Porque no le interesa demasiado el detalle descriptivo y también, qui-
zá, debido a la forzada fragmentación del artículo, el autor se con-

fiesa cansado de acumular rasgos y especies del tipo y anuncia el paso a la última parte. Es al inicio de ella cuando queda manifiesta —como hiciera Paco en "El perezoso"— su disculpa del vago por el condicionamiento natural —se nace con el "sino de gandul"— y cuando, con el mismo objeto, establece una clasificación peculiar al distinguir —entre el "gandul de bien" y el necio y presuntuoso. Se confirma de esta manera que Ginesillo ha soslayado, por lo menos formalmente, el alcance socioeconómico del improductivo vago y, además, resulta innegable ya una derivación hacia rasgos que no parecen exclusivos del tipo en cuestión. Se trata, pues, de algo más, de algo distinto a lo moral y a lo económico o, quizá, de una peculiar relación entre ambos aspectos específicos del momento y que atañe al mundo de las apariencias:

Pero hay muchos, y en los vagos
 los hay de gran magnitud,
 que se tienen por muy linceos
 y de sabios el non plus
 Otros se dan importancia
 aparentando, según,
 ó que son príncipes rusos
 ó que vienen del Perú. (pp. 2a-1a/114-115)

A estos gandules que no son los gandules "de bien" Ginesillo no les tolera, que, gracias al camuflaje, puedan acceder al sancte sanctorum de la sociedad,

No hay duque, conde ó marqués
 á quien no digan abur,
 y con familiaridad
 lo tratan de tú por tú. (p. 1a/115),

que se muevan a sus anchas y sin perjuicios en el aspecto erótico de sus relaciones con solteras y casadas y que se rían cínicamente —es

decir, que revelen que son puramente formales-- de los valores más sa-
 grados del grupo: la familia, la honradez, la virtud. Quiere esto de-
 cir que Ginesillo está confesando implícitamente que hay elementos so-
 ciales que escapan al control de la franja de la burguesía a la que
 pertenece. Criticar al vago por no atenerse al papel tradicional, así-
 milable y "decente" que tienen asignado resulta ser una curiosa mane-
 ra de reconocer que el gaudul español de 1863 es una denuncia ambulan-
 te del burgués medio, definido por una escisión moral entre la reali-
 dad deseada y vivida y la oficial. De ahí, el talante agresivamente
 defensivo con que Ginesillo le endosa una sarta de improperios que de-
 sea sean suscritos por la totalidad de la sociedad burguesa, es decir,
 transnacional:

Vé, lector, lo que es un vago
 lo mismo aquí que en Inspruk:
 la hez de la sociedad,
 que todos de mancomun
 deberían maldecir,
 en cuanto sale á la luz.
 Es como el cólera-morbo,
 que difunde infame pus;
 alacrén, que donde pica
 abre a la honra su ataud. (pp. 1a-2a/115-116)

La despedida del lector quiere ser amable y aun convencionalmente joco-
 sa: para quitarle hierro al asunto, Ginesillo recurre a algo similar
 al cansancio que afectara más arriba. Si antes se automotejaba de gan-
 dul para aparentar desdén hacia su escrito cuando lo había orientado
 perfectamente del descriptivismo al catálogo de vicios, ahora parece
 dar por hecho que sacudirse de encima el tono preocupante deja incómu-
 me el desplazamiento de criterios en que se basa la tesis defendida:
 el vago de nacimiento o psicológico-moral --referencia ética-- no es
 "vicioso"; el vago de profesión, producto de su grupo --referencia so-

cial—, sí lo es. Tal escisión, insostenible, no es gratuita: representa el paso previo al intento de superponer una entelequia formal a una realidad social. Esa superposición equivale a restaurar, mediante el artículo, lo que el tipo rompe en la vida. Ginesillo concluye así:

Pero ya me pongo serio,
 ¡por vida de rey Saul!
 y no quiero que el lector,
 me mire con acritud.
 Corramos un velo, pues,
 aunque mejor viene un tul,
 y concluyamos aquí
 con este romance en ú (p. 2c/116)

4.3.1.3.4.14.- "La familia forastera".

Varios rasgos singularizan "La familia forastera" (193), de Perico: presenta un tema original frente a los demás artículos de Sombras chinescas, más o menos inevitables en las series nacionales; es un tipo colectivo; se ubica explícitamente en Aragón y es de ámbito rural. El autor lo divide en dos partes casi por la mitad aunque tal partición no es muy significativa. Sí que lo es y mucho el modo en que se sirve, mediante la estrecha combinación de relato y descripción, de la anécdota de la visita a la ciudad por parte de la burguesía rural para marcar distancias y definir a la urbana como superior con respecto a ella. El procedimiento básico es doble: el comentario intencionado, zumbón y marcadamente despectivo y la complicidad, que se da por hecha, con el lector urbano. Dos notas más contribuyen a filiar el artículo: en primer lugar, el viaje, aunque realizado en uno de los hitos habituales, no se produce durante las fiestas del Pilar; en se-

gundo, si bien los protagonistas no pertenecen a la clase popular, que dan identificados con esta en tanto que rústicos deslumbrados por la ciudad pues, exceptuada la ausencia de vulgarismos abaturrados en las conversaciones que el autor les atribuye —aunque aparezcan rasgos equiparables— el burgués de lugar está definido como primitivo y estático: ambiente cerrado y arcaico, cultura elemental y falta de sensibilidad, ingenuidad y simplismo, vida rutinaria y chata. La época del viaje es Navidad o Pascua, cuando

acuden á las ciudades
 muchas gentes forasteras
 que ávidas de divertirse
 sus tristes lugares dejan. (pp. 2b-1b/117-118)

Particularizando, el autor selecciona una familia representativa.

Con tal distanciamiento que provoca hasta cierta animalización, Perico pinta el grupo:

El ricacho y su señor,
 dos chicos y una chicuela,
 una robusta criada
 que lleva un niño de teta;
 dos perros, pero no, miento,
 son un perro y una perra
 que jamás abandonaron
 y forman ya parentela. (p. 1b/118)

Que el trato despectivo puede justificarse por envidia del único aspecto deseable del rústico se puede confirmar en varios pasajes, sin ir más lejos, en el inmediato, donde se refiere que está al caer el momento de ir a las fiestas prometido por el padre dos o tres meses atrás y de tal expectativa se subraya que será la ocasión de

irse á gastar unos cuartos
 ahorrados con su paciencia

en diez y ocho años de estancia
en su miserable aldea. (p. 1b/118)

O no son muy ricos los personajes o son demasiado ingenuos en el ahorro y en la previsión de los gastos que comporta la estancia en la ciudad; de cualquier forma, lo económico sigue definiéndolos cuando Perico pasa a describir al padre y a la madre. Aquél es nombrado y presentado como pésimo estudiante cuando lo era —y, por lo tanto, como profesional no muy brillante— que sanea su economía mediante el braguetazo o casi:

Llámesse nuestro buen hombre
D. Eustaquio de Aguilera,
y estudió en la capital
diez y seis años de letras,
que aunque perdió cuatro ó cinco,
al fin hizo su carrera,
y es un señor abogado
con sus títulos y etcéteras.
Marchó á su pueblo, y allí
se casó con doña Pepa... (pp. 1b-1c/118-119)

Esta es oriente lejano, rica y un dechado de virtudes, normales en el ámbito rural pero que provocarían la sonrisa despectiva de las damiselas lectoras:

sabe guisar un gazapo,
hacer soberbias conservas,
volver capones los pollos
y echar las gallinas lluecas;
hace dulce de membrillo
y jarabes de grosella,
fabrica más calcetines
que dramas Lope de Vega... (p. 1c/119)

Su cultura queda completada, por lo que atañe a los libros, al saber su de memoria el Año cristiano y, en lo referente a las letras, con los rudimentos de escritura mal asimilados que le enseñó el cura:

Y aunque traza cada letra
 más grande que un campanario
 y usa ortografía griega... (p. 2a/120),

deficiencias caligráficas que no son obstáculo para que todos reconozcan la solvencia de su firma, lo que constituye una cualidad reconocida por el autor pues es

cosa que no pasaría
 á otros de distinta esfera
 que por no engañar a nadie
 se firman con letra inglesa. (p. 2a/120)

La primera parte acaba con una nueva mención del padre, a quien le pagó hugarería y aldeana alejó de sus correrías juveniles y quien, tras diecinueve años de haber estado en ella, se dispone a ir a la ciudad.

Al comienzo de la segunda, el autor retoma el estado expectante descrito y carga de nuevo contra lo que más parece troupe que familia: la impedimenta para tan corta estancia es desmesurada y bastaría para diez personas que inviertesen dos años en atravesar Europa

y esto que su pueblo dista
 bien poco de Zaragoza,
 pues con el ferro-carril
 pueden venir en seis horas... (p. 1a/121)

Perico aún los ridiculiza más al especificar el medio de transporte que usan, propio de gente atrasada y rutinaria, es decir, de "cristianos viejos" como él los denomina: viajan

tendidos á la bartola
 en su coche, que debió
 trece siglos ser de moda,
 tirado por cuatro mulas,
 tres castañas y una torda. (p. 2c/122)

Situados en una posada zaragozana tres tres días de viaje, el autor se distancia otra vez de los forasteros y habla directamente al lector —"lectoras", quizá por la rima— para que sume al guiño de complicidad la evocación que ahorre una descripción minuciosa de un fenómeno conocido y habitual. Perico procede entonces a reducir las andanzas de la familia a tres focos de atención: las tiendas de modas, las iglesias y el teatro. Mamá e hija dejan ver su gusto pueblerino o, mejor dicho, su gusto no urbano al comprar los complementos más extremados y las prendas de colorido más chillón:

la niña una pamelita
 que lleva encima una rosa
 rodeada de diez capullos
 y un ramito de amapolas
 con dos ó tres girasoles
 y unas violetas de Módena;
 item mas, una torera,
 dos garibaldinas rojas,
 un figero, solferino
 y zuava color de tórtola. (p. 2b/123)

Las mujeres —tocadas con jardines ambulantes y vestidas prácticamente de rojo— y el resto de la familia cuando van, a diario, al café —Perico los ubica ahí y no en la iglesia, como había anunciado—, engullen sin tiento:

lo primero un chocolate
 con bollos y pan y tortas,
 un mantecado despues
 y para fin de la broma
 un vaso de merengada
 o siete cervezas flojas. (pp. ab-1b/123-124)

Al describir su comportamiento en el teatro, el autor los presenta como niños que se dejan captar de forma total por la ilusión escénica —"se asustan, chillan y lloran"—; en cuanto a sus gustos, son igual

mente ridiculizados por su patriotismo démoté: profieren los bailes españoles a los franceses porque estos no tienen cabriolas y la zarzuela a la ópera. La parte final del artículo es la que corresponde cronológicamente y relata la vuelta al pueblo una vez acabadas las fiestas. Es el momento que Perico elige para la más significativa andanada pues anota con registro cómico-lingüístico —equiparable al en otros textos utilizado para ridiculizar mediante el vulgarismo a los rústicos de clase baja— los comentarios que la familia va haciendo durante el viaje sobre lo que más le ha impresionado de la experiencia ciudadana: las bondades que han visto y "lo que gana Zaragoza" por un lado y, por otro, las novedades y singularidades oídas:

que dicen chic é lo bueno,
y las niñas llaman pollos,
que los chicos hacen versos
y los escriben en prosa;
que hubo una cosa muy rara,
pues debutó una señora
que es el caso mas difícil
según dicen, pues que hasta ahora
muchos que lo han intentado
no han podido hacer tal obra. (p. 1c/125)

Si el balance del viaje que la familia forastera efectúa arroja el saldo de algunas "doblas" menos y "recuerdos para diez años" que nutrirán la escuálida tertulia lugareña —el albéitar, el alcalde, el cura, el sacristán, dos devotas...— desde el momento en que llegue a su destino y recobre la paz rural, el del viaje figurado que han realizado autor y lectores coetáneos supone, a primera vista, un rato de diversión; más profundamente, el uso instrumental —lo descrito ya es conocido— de la burguesía rural para autodefinirse mediante el repudio, como superiores a ella y, en el fondo —tras la catarsis y el refuerzo, la proyección—, quizá la autodescripción en sus relaciones con las clases altas.

4.3.1.3.4.15.- "El avaro".

"El avaro" (191), de Pablo Palomo, en lo formal es el artículo más insulso de la serie: consiste en una mezcla de descripción acusadora y moralizante. Esta acaba siendo prácticamente religiosa y ahuyenta la ironía —y, por supuesto, el humor— de todos los versos. El romance se divide en tres partes; la primera, más extensa; la última, brevísima, no numerada y quizá establecida por razones de maquetación. El tipo, que, en principio es transepocal y transespacial al ser psicológico-moral, resulta imbricado en la sociedad del momento en que es descrito por dos razones fundamentales. Junto a las notas generalizables, ya adelantadas por el autor desde el inicio del texto, hay otras, como las que afectan a la indumentaria y a los valores que le definen, que son coetáneas. Pero, además, el conjunto del artículo y en especial el pasaje en que se resalta la transcendencia de la usura son pruebas evidentes de lo justificado de la inclusión del tipo en la serie pues representa la propuesta de solución no económica ni social a un problema que implica ambos extremos. Tal propuesta tiene una apariencia muy reconocible, de inspiración conservadora por la resignación que recomienda pero, en realidad, es más definitoria del artículo la connotación de inseguridad y contradicción burguesas que suponen, primero, el querer conjurar las desventajas del sistema económico mediante el rechazo de un tipo que es presentado como chivo expiatorio y no como producto y síntoma de ese sistema y, en segundo lugar, el escaмотear la auténtica referencia para la solución del problema mediante una tímida alusión a los controles legales de la sociedad y una rotunda apelación a la justicia divina en cuyas manos se deja el

caso. Sin ninguna clase de preliminares técnicos y tras la ilusión a la universalidad del tipo, Paco reúne las notas que lo caracterizan individual y psicológicamente: es un rico insatisfecho, está obsesionado por la sola idea de aumentar su dinero sin reparar en los medios —"que tal vez son ilegales"—, es víctima de su afán debido a la angustia que se crea, cicatero y miserable. A la pintura del atormentador de sí mismo, Paco suma el castigo que recibe de la colectividad al reducirlo a marginado social rico que, además, se automargina por razones económicas. Esta fase está sustentada por la descripción física y es anunciada mediante una —prácticamente la única del artículo— apelación al lector, cuyo apoyo no parece necesitar si cuenta con la convicción moral-religiosa:

¿Queréis verlo en sociedad? (p. 1a/127)

Se le identifica fácilmente por su traje, calificado de "raro". Tal imprecisión parece suficiente para excluirlo de la normalidad ciudadana pues con su aspecto tétrico, su gesto avinagrado y su figura grotesca se hace acreedor de un puesto en el museo. La clave está en que se aparta de la moda por no pagar el tributo económico que exige esa pauta externa de identificación grupal. Por la misma razón, llega a autoexcluirse de forma radical pues

Honores, familia, amigos
y distinciones sociales
son para su alma de cobre
cosas insignificantes (p. 2c/128)

Su marginación no es nada agradable pues se mantiene a la defensiva recelando de todos. Gita Paco a algunos de los que lo sufren por proximidad, como los criados, y a otros que pueden distanciarse más de su desagradable presencia, como los comensales que se saben invitados

de mal grado. En ambos casos, el rechazo que sufre el avaro es suave en calidad —una malquerencia lógica— y limitado en cantidad —son personas contadas—, pero Paco los trae a colación como puente para el planteamiento de una exclusión de gran alcance y promovida por la totalidad de la sociedad, auténtica víctima del tipo. Todos los aspectos aireados resultan aledaños y circunstanciales ante el argumento básico que esgrime Paco para censurar al avaro: la usura; igualmente, todo el enfoque del asunto queda claro cuando Paco explique el lado inhumano del sistema económico simbolizado en la usura viendo en ésta un simple efecto de una tacha moral individual:

Como quiera que el caudal
 su vicio no satisface,
 la usura, plaga ruin,
 con profundidad arraigándose,
 germina en su corazón
 en censancio abominable
 con la hidra ponzoñosa
 que le domina y le abate. (p. 2b-1b/129-130)

La usura es, pues, lo relevante del tipo que, además, es calificado de cínico por llamar "negocio lícito" el préstamo con intereses desorbitados. La breve pero diáfana alusión a que tal actividad es permitida por las leyes comienza a desdibujarse cuando Paco, al tiempo que describe la realidad, apunta al efecto, entre humanitarismos y sensiblerías, y no a la causa y cuando señala al tipo y no a los responsables del país:

¿Qué le importa que un negocio
 la felicidad arranque
 á familias sin ventura
 que de él debieron guardarse? (p. 1b/130)

La caracterización psicólogo-moral es definitiva ya cuando al avaro

se le reprocha la insensibilidad hacia todo lo que no sea el dinero y la indiferencia e incluso la complacencia ante las desgracias ajenas. La segunda parte del artículo ecoga la propuesta de solución, lógicamente moral, del problema. En ella, todo es insistir en dejar el asunto en manos de

La Providencia divina
que nunca olvida al culpable... (p. 1c/131);

en confiar en que su justicia alcance al tipo y en consolarse al saber que

la existencia del avaro
ni es feliz, ni es envidiable... (p. 1c/131).

El remedio humano que sugiere Paco consiste, pues, en renunciar a todos los recursos de que puede servirse la sociedad y en esperar que sea el individuo quien, disuadido a la vista del ejemplo, no lo siga. De ahí el sermenario y desconsolador cuadro final: cuando el avaro es viejo, comprueba que otra persona gastará todo lo que él ha acumulado a costa de tanta privación y que no podrá llevarse nada consigo "al mundo de la verdad/ donde Dios ha de juzgarle" (p. 2a/132); cuando le llega la hora de la muerte, se da cuenta de que no tiene ningún recuerdo agradable y, por el contrario, todo el daño que ha hecho se le egolpa en la mente en forma de remordimiento atormentador. Por fin, concluye Paco:

Desaparece del mundo
sin ser llorado de nadie
y agobiada bajo el peso
de su conciencia culpable. (p. 1a/133)

Así el autor da por hecho que es posible eliminar lo que implica el

tipo sin que haya que modificar el sistema que lo prohija. Es decir, la apelación a Dios hasta para solventar tal contradicción.

4.3.1.3.4.16.- "El político de café".

En "El político de café" (192), Perico aborda directamente un tema sólo rozado en el resto de la serie: una ideología política. Debido a la indecisión formal de los últimos años del reinado de Isabel II, Perico se anda con pies de plomo al criticar las ideas revolucionarias. Deja constancia de ellas y refleja las ambigüedades de los moderados eligiendo tres tipos —el título podría ir, pues, en plural— revolucionarios pero desfasados históricamente y fácilmente ridiculizables por la contradicción que presentan entre su palabra y su acción. Además de lo que connota esta actitud del autor, su proceder técnico, al ir en consonancia, le lleva a introducir novedades con respecto a lo visto: como suele ocurrir en el costumbrismo cuando se quiere dar a conocer con cierto distanciamiento la realidad política, Perico llama la primera parte del artículo con la reproducción de un diálogo oído puro, sin acotaciones. Si así queda a salvo su prestigio pues justifica con verosimilitud el medio de informarse, el lector comprueba al adentrarse en el relato que constituye la segunda parte que el autor juega otra baza distanciadora ya que hay una intermediación más en el asmodeísmo: no es él quien oye directamente el diálogo sino un tercer personaje silencioso. Perico, que ha avanzado mediante varias notas irónicas y el guiño al lector, se pertrecha de nuevo en un colofón segregado de la segunda parte cuando sugiere jocosamente cierta prudencia al tratar a las personas reales tipificadas en el artículo.

La ubicación en Madrid, la importancia otorgada a la prensa y una notable soltura en general completarían las líneas maestras de este

texto que busca alejar el peligro revolucionario mediante la ironía y la parodia. Los dos interlocutores y en especial el preguntado definen su punto de vista desde el comienzo:

- D. Anacleto, ¿qué ocurre?
 - Nada, apreciable tocayo.
 La política está muerta,
 también muerto el entusiasmo... (p. 2c/134)

Al comentar lo que reflejan los periódicos se confirma la atonía y el confucionismo; por eso, al entrar en materia y tratar la situación política nacional van desplegando sus banderas. El primer tipo no cree, como el segundo, que si el gobierno se queda sin respaldo, se vaya a disolver las cortes y a convocar elecciones pensando en el bien del pueblo y del país: lo que prevalecerá será el interés de los gobernantes:

Sostenerse en la poltrona
 quien está en ella sentado
 es la primer circunstancia. (pp. 2b-1b/135-136)

Cuando D. Anacleto es alabado, declara abiertamente cómo sabe por experiencia que sus palabras responden al sentir popular:

El país piensa lo mismo.
 Conoce el pueblo los pasos
 que para mandar se dan,
 y á costa de su trabajo
 sabe que los hombres suben
 á los destinos mas altos. (p. 1b/136)

Una tercera fase de la conversación se refiere a la política internacional de la que, como apostillará su interlocutor, D. Anacleto es seguidor atento pues es capaz de comentar con precisión la marcha de los acontecimientos en México, Rusia, Polonia, Italia, Estados Unidos,

Conchinchina, Grecia, el imperio otomano y China. El final de esta parte es una declaración de la fuente de información y la forma de conseguirla, característica de la época. D. Anacleto dice no gastarse nada de dinero en los periódicos con que se ponen al corriente de todo pues hace "lo que hacen muchos"; leerlos en un café. Los que menciona cubren lo principal del arco ideológico: demócratas, El Pueblo y La Discusión; moderado-valeidoso, El Contemporáneo; moderado afín a la Unión Liberal, El Eco del País; moderado-conservador, La Época; carlista retrógrado, La Esperanza y, entre "otros de matices varios", el ultraderechista La Regeneración aunque, claro, puntualiza: que lo lee

[...] - A ratos.

Cuando no tengo que hacer
y dado estoy á los diablos,
leo, como leer podría
apunte: de un boticario. {p. 2a/138}

Si lo descrito hasta ahora es, por la técnica empleada y por las opciones reflejadas, algo posible, fiable y en modo alguno visible, el aire de objetividad logrado se esfuma voluntariamente en la segunda parte cuando Perico cambia del diálogo al relato y comentarios personales para situar la escena en un contexto apto para el objetivo del artículo. La ridiculización es gradual y acaba siendo rotunda y no por que suba el tono crítico sino porque los datos y observaciones que se suceden van aumentando el contraste entre las dos perspectivas de la descripción de forma que lo pintado en la primera parte adquiere todos los visos de una mera apariencia. Perico sitúa la conversación en el café Suizo, donde están apoltronados en un diván —postura y términos coincidentes con lo dicho por D. Anacleto— los dos tipos conocidos más un tercer elemento que escucha con entusiasmo y en profundo silencio. Poco a poco, el relator pasa de testigo a omnisciente.

En esta transición —quizá de forma voluntaria, quizá fruto de un mínimo lapsus técnico— parece que Perico da pie al lector para pensar que ese tercer tipo pudiera ser su informante o él mismo. Aunque la conectiva de la escena del diván pudiera reforzar tal lectura, la continuación del relato no la confirma en modo alguno. Perico sigue, pues, aportando datos como quien conoce muy de cerca a los tres tipos. Queda claro que la reunión no es esporádica sino diaria y que el título del artículo está justificado:

Todas las tardes reunidos
consumen los tres Palmerstons
tres horas en el café
arreglando el mundo entero... (p. 1a/139)

Hasta este momento, Perico ha dibujado al tipo canónico aunque, eso sí, referido a la coetaneidad mediante las alusiones históricas y, más, por los periódicos mencionados, pero, a partir de ahora, introduce el sesgo definitivo y específico del artículo al dar unos determinados antecedentes de los tres asiduos del Suizo:

Sirvieron el año de ocho
en la guerra del imperio
uno de soldado raso,
los otros dos de sargentos... (p. 1a/139)

Al saber la edad, al imaginar la trascendencia de las acciones y al comprobar las referencias vivenciales de las tres antiguallas, el lector puede comenzar a sonreír. Perico viene a decir que mienten descaradamente cuando hablan de sus hazañas y sugiere que son momias ideológicas pues pretenden solucionar todo "á fuerza de tiroteos" y que la vía expeditiva que defienden es más propia de locos que de revolucionarios: además de que odian la diplomacia

y la llamen vil comercio
 é invencion de Satanás,
 y aborto de los infiernos... (p. 2c/140),

no tragan la Constitución

y desprecian los congresos
 que dicen ser una farsa
 donde nada gana el pueblo. (p. 2c/140)

Con estos últimos detalles, la sonrisa del lector puede que se trocarse en carcajada pero lo importante del pasaje no es su posible humorismo sino que sirve para encubrir —o, en realidad se gaste en él— que la ridiculización de los tipos se ha transformado en su desprestigio político pues ya, más que locos, parecen reaccionarios. Una vez lanzado el mensaje de que causa popular y Constitución son elementos incompatibles, Perico no necesita o no quiere ser más explícito y recoge velas dirigiéndose al destinatario que supone captado y adoctrinado:

Ya conocéis sus ideas,
 pensamientos y proyectos... (p. 2c/140)

A la apelación que es recapitulación e invitación a evocar lo que cada uno pueda añadir de su cosecha sigue la última fase descriptiva de los tipos. Afecta a su vida diaria y sin ninguna acritud formal en el momento de la distensión, de la vuelta al suave humanismo y, según la convicción del lector y su capacidad para recordar la sensación producida en la primera parte del trabajo, puede llegar a ser el momento en que más sólidamente se descalifica al político de café.

Frente a la vehemencia y a la exaltación verbal de los tipos, y dejando al margen al entusiasta que ni siquiera habla, su vida es decepcionantemente rutinaria y chata y, sobre todo y para tranquilidad de quienes pudiesen inquietarse, apacible y exenta de transcendencia en la

política activa, que eso es lo que se trataba de demostrar: lee —ahora se trata sólo de D. Anacleto—, se da "un paseito higiénico" a la sombra o al sol, según la estación, se recluye a las ocho e inmediatamente se acuesta, se levanta al amanecer, hace sus compras en el mercado, comenta con el droguero las noticias de la prensa, come "a las doce en punto" y se va al café,

donde sin gastar un céntimo
pas[a] un rato de la tarde
con sus varios compañeros. (p. 2b/141)

El acierto técnico de Perico es innegable: con un procedimiento vinculador similar al de la referencia al diván, logra que el artículo se muerda la cola y que la imagen última del ancianete barre la del —al menos, verbalmente— revolucionario. La hábil transformación de una realidad objetiva en una simple apariencia durante el proceso del artículo y, al final, de ésta en aquella es un buen botón de muestra del funcionamiento nada ingenuo de este texto, de los demás de la serie y del costumbrismo en general. Pero Perico aún no ha terminado. Con ironía se ha revestido de paternalismo para exhibir su criatura convertida en persona decente, ha logrado identificar vejez física con anacronismo ideológico, pero al parecer no ha podido taponar la grieta por donde asoma la realidad que quisiera que fuese de otra forma: los tiempos quizá indiquen que lo ridiculizado en el artículo no es tan intrascendente. Da lo mismo que Perico se sienta seguro y juegetee con D. Anacleto hasta el final o que quiera enseñarse con la piltrafa en que lo ha convertido: de no ser una sutilísima forma de reivindicar una vieja causa por parte de un Perico criptodemocrático, en los dos supuestos el texto es una reacción literaria frente a un enemigo ideológico que puede serlo políticamente:

Esta es la vida, lectores,
 del Sr. D. Anacleto:
 si lo conoceis, callaos
 no me pegue y... la enredemos. (p. 1b/142)

4.3.1.3.4.17.- "El cesante".

El artículo que cierra la serie, "El cesante" (193), de Paco, no es precisamente su broche de oro. Gacillote y con versos de relleno para lograr la fácil asonancia en ó, no tiene divisiones explícitas ni parece haber sido muy meditado, dadas las reiteraciones que, sin aparente sentido, presenta. Tampoco se caracteriza por su gerra ni por su ironía. El mérito que, sin embargo, no se le puede negar es el de completar la gama de tipos representativa de la sociedad de 1863, en este caso referida accidentalmente a Madrid. Quizá también el de no ser un puro tributo al tratamiento mecánico del tipo pues, al fin y al cabo, algo hay en él de exigencia de justicia social por más que, planteada la reivindicación en su inicio, al llegar al final se haya convertido en una propuesta al lector para que se apiade del tipo. En la base de tal cambio está la que podría ser la idea más defendida del artículo: sugerir que cualquiera está expuesto a ser cesante y encontrarse con el hambre y las humillaciones descritas. Sin preliminares que anuncien al tipo o justifiquen su elección y sin apelaciones al lector porque no resultaría, ni mucho menos, extraña la existencia del cesante —y quizá por lo mismo se prescinde de su descripción física— ni supondría en sí mismo ningún peligro para nadie, Paco se dirige a los poderes públicos con un tono que parece provocador y que al instante se desinfla al tropezar con las inesperadas dificultades de la rima:

héroes escarecidos
 que gobernais la nación!
 La raza de los cesantes
 alza su apagada voz
 para que pagueis sus méritos
 propinándole el turrón
 que el estómago reclama
 mas vacío que un farol... (pp. 1c-2a/143-144)

Aunque el resultado bufo no parece deliberadamente buscado; Peco no lo evita tampoco cuando propone a los gobernantes que supriman su raza si quieren ser "hombres de pró" o, al menos, conseguir un millón --lo pide la rima-- de adictos. El peculiar introito deja paso a las únicas referencias claramente epocales del tipo y las socio-políticas más alusivas al progresismo como esperanza:

En los tiempos que corremos
 se encuentran de dos en dos
 por las calles de Madrid
 junto a la puerta del Sol,
 seres que desalentados
 buscan recomendación
 para el Ministro de Hacienda
 o el Diputado... Madoz... (pp. 2a-1a/144-145)

El brochazo siguiente evoca, sin muchas posibilidades de conmovir, cómo cualquier "sanguijuela elegante" recurre a empeñar el reloj de oro, la cadena y el "calzado de charol" y transforma su imagen en cuanto es cesante. Un nuevo recuerdo de la injusticia social que supone la existencia del tipo se desdora por encajar la rima:

Hay cesantes de cesantes
 y es una injusticia atroz.
 que se quite el pan á un hombre
 que su destino sirvió,
 lo mismo en tiempo de Pedro
 que de Juan, ó de Ramon.

Para este es mal muy añejo
 y es imposible que yo
 lo remedie, aunque quisiera,
 y querría, si señor. (pp. 1a-2c/145-146)

Aun haciendo abstracción de la rima ortopédica y, a trechos, de los rípios, el artículo no logra remontar el vuelo y se enquistá otra vez en el arquetípico caso de quien un día tuvo pan y buena posición, se ve de pronto en la pobreza por un detalle mínimo como el mal humor de un ministro y va en busca de recomendación. Cambia algo la andadura y, sobre todo, se desvela que el pundonor priva sobre el hambre cuando Paco enseña algunas de sus cartas al desquitarse con las clases populares a propósito de las vejaciones que un cesante debe soportar. Si el tipo, cuando activo,

a cien porteros mandó,
 tiene luego que sufrir
 los tufos y mal humor
 de gentecilla soez
 que no tiene corazón,
 y desprecia hoy ó mañana
 a los que ayer aduló. (p. 2b/147)

Como si el autor hubiese vislumbrado una veta original, introduce el paralelismo mitológico, pero con calzador y sin desarrollar ninguna idea nueva: del cancerbero, pasa al "moderno Caron" y la digresión le lleva a la laguna Estigia, a la barca y a Plutón. De todas formas, ya está demasiado avanzado el artículo como para imponer una pauta o clave, sea mitológica o no. De hecho se está acabando. El descenso de lo que no ha logrado ascender empieza inmediatamente después de la infausta mención del día de los muertos y es un simple lamento genérico, entre exclamaciones, sobre las desdichas del cesante. Inopinadamente, Paco parece acometer el dibujo de la vida del tipo pero, como era fácil sospechar, vuelve a traer a cuento el hambre que pasa, la

obsesión por recuperar la plaza y la incansante busca de recomendación.

No menos sorprendente es la pregunta que se formula y la respuesta añeja que vienen a echar por tierra algunos de los pocos versos normales que acaba de construir aunque sea con material usado:

¿Logra siempre lo que busca?
Estoy por decir que no
y lo prueba que hay cesantes
tan viejos como la tos... (pp. 1b-1c/148-149)

Por fin y para alivio del destinatario y, quizá más para el del sufrido cesante que se veía privado de una pintura costumbrista decente, Paco decide abandonar la pluma aterrizando donde menos se podía esperar, pues prácticamente celebra el no verse convertido en lo que ha intentado describir y sustituye definitivamente la reivindicación por la lástima socialmente conformista:

Lectores, que Dios os libre
de desgracia tan feroz;
donde veais un cesante
mirévaos á compasion,
es un cadáver andando
á quien dió muerte precoz,
el gobierno, ó la política,
ó causas de igual tenor. (p. 1c/149)

4.3.1.3.4.18.- Balance. Ubicación cualitativa y cronológica de Sombras chinecas en el costumbrismo español. Variedad de registros y coherencia global. Interrelación de los tipos. Clases sociales. Localización geográfica. Sociedad y burguesía. Control grupal y normalidad. Apariencias y doble moral.

A la vista está: Sombras chinescas es una serie muy digna de ser tomada en cuenta no sólo en el contexto aragonés sino también en la historia del costumbrismo español, en el que, por cronología y temática, puede ocupar el segundo puesto, tras Los españoles pintados por sí mismos. Si El álbum del bello sexo, de 1843, es un intento fallido, la colección dedicada a Los valencianos, de 1859, es de ámbito regional y las intermedias son extrapeninsulares --Las habaneras, de 1847; Los cubanos, de 1852 y Los mexicanos, de 1854--, Sombras chinescas afecta a lo aragonés por autoría, lugar y vehículo de difusión e incluso por observaciones particulares pero por planteamiento global, referencias madrileñas o indeterminadas, representatividad de los tipos y los temas y visión del mundo es innegablemente una obra de alcance e interés nacional perfectamente definidora de su momento y de la clase social que la produce.

Queda claro que Sombras chinescas no sigue el modelo de Los españoles por título, planteamiento editorial, sistema de difusión, autoría reducida, estrecha vinculación de los firmantes con una única empresa, encubrimiento total de estos por medio del pseudónimo, ausencia de referencias explícitas al arquetipo de 1843-44 o carencia de ilustraciones. Si, al modo de Ucelay, se toman Los Españoles como pauta para cualquier colección de tipos debida a varios escritores, Sombras Chinescas no resulta de la más ambiciosas, es evidente. Pero, estableciendo las pautas a partir de los propósitos y la realización de la serie aragonesa, esta no sólo supera en varios aspectos a obras conocidas sino que puede obligar a variar la filiación de tales series colectivas. Quedaría el rasgo común de constituir un proyecto empresarial basado en la coordinación de varias plumas que recurren al subgénero de los artículos de tipos. Lo diferenciador serían las circunstancias materiales de la publicación y la forma en que cumplen el ob-

jetivo básico de dar, desde el punto de vista burgués, una visión totalizadora de la sociedad. Tal criterio lo exige Sombras chinascas desde el momento en que, aunque haya tenido en cuenta a Los españoles, no se propone seguirla o imitarla ni siquiera en las pretensiones de globalidad. Precisamente, ahí radica una de las originalidades de la serie aragonesa: bajo la apariencia de obra modesta, intrascendente e, incluso, puramente jocosa, logra informar con precisión sobre la sociedad y juzgarla con la seriedad y firmeza que las clases medias recurren cuando están en juego sus intereses. No es obra de inexpertos ni acoge artículos de relleno sólo justificables por el relumbrón circunstancial de su autor. Sus conexiones internas —temas, actitudes, referencias— muestran una coherencia del producto total que ni siquiera tendría sentido buscar en otras series. Sus dieciséis artículos son un compendio de las inquietudes que, de forma sistemática, intermitente, intensa o difusa, han ido exhibiéndose en los textos costumbristas aragoneses de 1863 y los años precedentes. En este carácter representativo de lo que se ha publicado en muy variadas circunstancias es donde se legitiman los tipos elegidos y no —como dictaría un superficial positivismo— en las semejanzas de algunos títulos con los de series previas muy difundidas. La pretensión de referir una misma realidad mediante un mismo género es lo que explica la concomitancia de elementos como los tipos; la representatividad de los rasgos que permiten identificar a un tipo es lo que explica que, a pesar de las distintas funciones que desempeñan según épocas y contextos, su descripción esté pautada (194). En Sombras chinascas, obra que no se define por la imitación ni por la desvinculación, es de la tensión entre la realidad que contempla el burgués y el proyecto social que le imponen sus necesidades de donde surgen los tipos y su tratamiento particular como respuesta literaria a los desajustes no deseados.

La homogeneidad formal de la serie no desdibuja la variedad de registros que ofrecen los autores al describir unos tipos que, por propia definición, presuponen un determinado enfoque. Ginesillo resulta el más leve y convencional, sea por la poca peligrosidad que representan los tipos que dibuja, sea por el enfoque ^aamplio debido a la implicación del lector o personal que parece buscar más que encontrarse y, en cualquier caso, queda como narcisista en "El gacetillero", discreto en "El amante callejero" y frívolamente virtuoso de la rima en "El vago de profesión", donde, además, improvisa criterios para justificar la exculpación. En definitiva, juega y parece entretenerse con los tres tipos, que quedan en un plano secundario frente a la preocupación por no ofender al lector e incluso al intento de lograr su sonrisa. Perico escribe cuatro artículos con soltura, acierto técnico, gracejo y, sobre todo, con posibilidades de lectura mucho más compleja que los demás. Esto no significa, por supuesto, que lo que denota sea intrascendente: en "El empresario de teatros", la cultura, las diversiones y el dinero; en "La modista", las clases sociales, el amor y el dinero; en "La familia forastera", el dinero, lo rural y lo más anecdóticamente aragonés y en "El político de café", la ideología revolucionaria y la acción política. D. Gil es, junto con Villadiego, el más explícito y duro en las críticas. Sus tres tipos tienen un rasgo común en tanto se definen a partir de lo exterior e implican lo económico: "El pello" porque, siendo rico, no trabaja y es esclavo de la moda; "El presumido", versión adulta, aristócrata e irredenta del anterior, por lo mismo; "El caballero de industria", por vivir mediante una imagen falsa y engañosa. Con sólo dos artículos, Villadiego es igualmente agresivo que D. Gil aunque no tan directo. "El gorrista" supone el cinismo del timador cotidiano; "La murmuradora", la hipocresía religiosa. Paco es el más desigual en apariencia: sus cuatro artículos no son malos del todo, excepto si se prescinde de "El cesan

te"; "El Perezoso" y, sobre todo, "El avaro" resultan vapuleados mientras "El portero de vecindad" no sólo no es atacado como suele ser frecuente sino que es defendido y "El cesante" es reivindicado; en dos, el "vicio" es definidor; en los otros dos, el trabajo cumplido pero no recompensado, es decir, la virtud propia resaltada frente al defecto ajeno; dos son ricos; los otros dos tienen pocos o nulos recursos. Sin embargo, los cuatro tipos están contemplados desde un punto de vista idéntico: el social filtrado por el moral-religioso. De ahí que carezcan de ironía y no vayan más allá del humanitarismo y que el tratamiento social de los tipos definidos por sus tachas morales esté contrapesado por la compasión y el conformismo que late en los que casi exigen un enfoque social revolucionario.

Los tipos, presentados en un orden motivado por la variación de los autores, comparten una rica gama de relaciones de oposición, complementación y gradación a la vez que se multiplican gracias al carácter doble, múltiple, colectivo o genérico que revistan. Apenas ceden terreno a las escenas, pues, cuando éstas parecen darse formalmente, su función deja ver que se trata de tipificaciones escenificadas mediante el diálogo descriptivo. Incluso la inevitable presencia de los tipos puramente psicológicos o morales se sortea pues siempre son definidos, si no como efecto, sí como causa en la mecánica social. Los que pudieran tomarse por repeticiones a primera vista, poseen sustanciales rasgos diferenciadores contemplados de cerca: la oposición burguesía/aristocracia deslinda a "El pollo" de "El presumido"; "El gorrista" sablea sin encubrirse, sobre la marcha y forzando los límites de los convencionalismos que impone el buen tono, mientras "El caballero de industria", lejos de ser una lapa cotidiana identificable, un pelmazo y un artesano del timo, es profesional y falaz, no persigue a las víctimas sino que las atrae, juega duro y, en consecuencia,

apunta al mundo de los grandes negocios de la época; por su parte, "El vago" se margina del sistema productivo para vivir de sus subproductos al explotar la renuncia a los valores sociales, mientras "El perezoso" está instalado en la maquinaria social y la interfiere en contra de su voluntad.

La observación del espectro social que se exhibe en Sombras chinas permite adentrarse en la singularidad de la serie. Sólo hay dos artículos protagonizados desde el título por mujeres —"La murmuradora", "La modista"— aunque los tipos femeninos tienen una presencia más amplia: desde las alusiones caracterizadoras en casos como "El gacetillero", la presencia circunstancial en "El empresario de teatros" y la copresencia en "El amante callejero" hasta el parcial protagonismo de facto en "La familia forastera". En todos los supuestos predomina su carácter auxiliar en la definición y mediador en la técnica descriptiva. La única excepción —y con reservas pues define indirectamente al gacetillero— es "La modista" ya que es la nota antonómica de su belleza lo que la conecta al conjunto de la serie.

En cuanto a la ubicación geográfica, hay un ligero predominio de los tipos no referidos a Madrid. Se ambientan en la capital de España siete, aunque seis de ellos sin mucha justificación: "El pollo", "El presumido", "La modista", "El político de café", "El Cosante" y, el que menos, "El perezoso". Verosímilmente, sólo "El caballero de industria" parece exigir el marco de una ciudad como Madrid —y no por ser la capital sino por su tamaño— para que sus actividades queden imunes y puedan continuar. Con el mismo derecho que los seis indicados, podrían haberse localizado en Madrid "El gacetillero" "El empresario de teatros", "El gorrista" y, mediante el cambio de las alusiones, "La familia forastera". Tal como lo está éste, los otros tres y los cinco restantes no ubicados —"La murmuradora", "El portero de vecindad", "El amante callejero", "El vago de profesión" y "El

avaro"— podrían estarlo tanto en Aragón como en Madrid o cualquier otro sitio si contasen con leves referencias geográficas. Está claro, pues, que Sombras chinescas no se explica como fruto de una adaptación localista de una hipotética obra previa con la que guardase relación próxima o remota. De haber sido ese el objetivo de sus autores, nada hubiera sido más fácil de llevar a cabo. Incluso el único caso explícitamente aragonés, "La familia forastera", no tiene que recurrir a una saturación de notas locales —no menciona de forma específica ninguna calle, lugar de esparcimiento ni iglesia, ¡ni siquiera el Pilar!—, lo que prueba que la serie es conscientemente de validez nacional o, si se quiere, de referencias sociales más que geográficas, es decir, dictada por la burguesía zaragozana que, como la de cualquier ciudad, se define en relación con otras clases y sólo accidentalmente mediante otros criterios.

Si la pauta es social, se comprueba que el particularismo de Sombras chinescas es burgués con sólo atender a los tipos seleccionados.

Por la cantidad, diez tienen todos los visos de pertenecer a las clases medias. Por arriba, están flanqueados por cuatro muy relacionados con las altas esferas o pertenecientes a ellas: "El caballero de industria" trata con millonarios, ministros y nobles; "El perezoso", con ministros; "El pollo" es riquísimo; "El presumido" frecuenta círculos de aristócratas si no lo es él mismo. El pueblo llano aporta las bases del edificio burgués con "El portero de vecindad" y "La modista". La aristocracia es aludida en varios artículos y no precisamente para bien. Lo mismo ocurre, aunque más indirectamente, con los militares, que aparecen conquistando mujeres ajenas en "La murmuradora" y en "El portero" y derrotados por un civil en "El gorrista".

Al margen de la anecdótica alusión al sacerdote que lleva muchos bártulos en "El portero" y al cura y al sacristán de pueblo en "La familia forastera", la clerecía no es mencionada. La iglesia y la monar-

cuía son las únicas instituciones no salvicadas por la crítica. Lo que sí se denuncia —en "La murmuradora"— es la hipocresía religiosa.

No existe ningún tipo de clase baja y extracción rural, ámbito éste al que sólo pertenece el colectivo burgués de "La familia forastera".

Si todo el reparto de tipos incluidos se caracteriza por la normalidad con respecto a series equiparables —y aun las supera al no recurrir al relleno con lo psicológico o moral puro ni a lo folklórico—, lo que sí sorprende en Sombras chinescas es la ausencia de alusiones a representantes específicos de la burguesía como el abogado, el médico, el profesional neto de la cultura y las letras —al margen, claro está, de los contactos que ofrecen "El gacetillero" y "El empresario de teatros"— y otras formas "liberales" de ganarse la vida. Quizá se deba, precisamente, a que los autores de la serie tienen que ver con tales actividades y de ahí la connotación de "normalidad" que comporta su ausencia y los buenos ojos con que se mira al que colabora en periódicos —aquí, obviamente, están implicados todos los autores— y al que trafica con el teatro, a pesar de que lo literario resulta malparado en "El empresario de teatros" y en "La murmuradora".

Este aspecto del trato que reciben los tipos es precisamente lo más definitorio de la serie y de los parámetros ideológicos de sus creadores. Es significativo que los cuatro tipos que se vinculan con las clases más altas de la sociedad sean censurados y, excepto "El callero de industria" que tampoco sale bien parado, muy duramente. La misma relevancia se desprende de la coincidencia de trato favorable con los tipos populares: "La modista" podría resultar criticada en parte por comerciar con sus prendas pero, a la larga, es tratada positivamente; "El portero de vecindad" es descrito con sorprendente dignidad. El caso de la servidumbre despreciada por "El presumido" quedaría contrapesado por las gentes populares que se mofan de "El

amante callejero". Lo que parece guiar a los autores en sus veredictos es la defensa de su espacio social e ideológico. Así se explica la variada fortuna que acompaña a los tipos más claramente burgueses. De una u otra forma son aceptados "El gacetillero", "El empresario de teatros" y "El cesante". "El amante callejero" sufre un "purgatorio" que le vale la disculpa. "La familia forastera" no exige mucha pólvora para quedar ridiculizada. "El gorrista" y "El vago" son criticados pero no con tanta dureza como "El político de café", "La murmuradora" o "El avaro". Es evidente: de la franja intermedia sólo se "salvan" "El gacetillero", "El empresario de teatros" y "El cesante", lo que, presumiblemente, quiere decir que quienes juzgan a la sociedad es un conjunto de burgueses medios que escriben en periódicos —y otorgan a la prensa el protagonismo sociopolítico que tiene, por ejemplo, en "El político de café"— conocen —quizá por las críticas que deben hacer— el mundo teatral y se ven afectados por los vaivenes políticos que repercuten en los covachuelistas. Incluso, saliendo de las clases medias, el retrato robot no queda muy modificado por "La modista", pues sus rasgos tópicos y sus vínculos con los gacetilleros justifican el trato positivo que recibe, ni por "El portero de vecindad", pues en él operan el humanitarismo y, sobre todo y como en el caso de "La modista", el hecho de que no ofrezca tal como es presentado ningún motivo de temor, siempre que no se trate de una descripción "mágica" que intente conjurar el peligro típico del portero mediante el encomio acuitador.

De la conjugación de los tipos seleccionados y la forma de ser enjuiciados se coligen rasgos más totalizadores y relevantes. Si es innegable que todos los tipos son costáneos del momento en que se publica la serie —incluso "El político de café", aunque sólo sea porque la revelación de su presente es lo que le descalifica— otros asertos de la crítica del género, como el de la descripción de lo que va a de

saparcer o lo que resulta desconocido, quedan desmentidos. Todos resultan familiares a los autores y hay que suponer que tendrían que serlo a los ojos de los lectores. Excepto los burgueses que son bien tratados —y con matices en "El cesante"— todos los tipos se caracterizan por no ser "normales" —la "normalidad" no se describe, se da como referencia implícita—: o son marginales o marginables, sea por autoexclusión definitiva; sea por voluntad de escape, sea porque "deberían" ser modificados o eliminados del panorama social. Todo el repertorio y rasgos asmodeicos —incluidas las referencias explícitas y teóricas a la labor costumbrista— de la serie y, por lo tanto, la misma serie está en función de identificar, clasificar y juzgar a un conjunto que cuestiona la estabilidad burguesa. El concepto de término medio, de normalidad —tan claramente presentado en "El amante callejero"— que connota el de perfección y felicidad es identificado con la estabilidad de los valores burgueses. Los extremos, por lo tanto, son las zonas que deben ser modificadas o eliminadas. Los tipos positivos de Sombras chinescas, por afirmación, y los censurados radicalmente, por negación, enmarcan el grueso de la serie, nutrido por tipos limítrofes —por la política, la moral, lo amoroso, las actividades económicas, el trabajo...— tanto dentro de una clase social como entre varias. Pero más que la movilidad social anecdóticamente censurada —así resulta en "La modista" y, quizá, en "El caballero de industria"— o la marginalidad de los que se autoexcluyen —como "El vago" o "El avaro"— pero inextirpables, lo que preocupa a los autores es el no sometimiento de la mayoría de los tipos a las pautas sociales. Lo preocupante no es el desajuste de un tipo o de la suma de ellos, por grave que resulte, sino la inestabilidad ideológica de la burguesía que se hace patente. Esta es la auténtica descripción de las clases medias que aporta Sombras chinescas —y no lo puramente denotativo o detallista que sólo busca la complicidad del lector—

pues, además de revelar su autodefinidora agresividad tan necesaria en la época de ascenso y consolidación para cualquier grupo social, muestra, a su pesar, el lado oculto de su mundo: lo económico imposible de someter a controles morales, objetivos y estables; lo amoroso, reducido a erotismo, sexo y mercancía cuando no es pura estupidez, embobamiento o adorno de moda; los valores oficialmente máspreciados como el trabajo, el prestigio, la fidelidad, la amistad, la religiosidad, la honra, arrasados por el dinero en cuanto hay ocasión.

Todo son, pues, apariencias en esta sociedad descrita por Sombras chinescas y su única preocupación, no que se explote económicamente el disimulo, la trampa, el disfraz, el simulacro o el engaño —eso es lo básico en las críticas de la serie— sino que se convierta en norma oficial esa realidad, que el colectivo renuncie formalmente a la ética burguesa, que sus propias armas —la doble moral— se rebelen contra ella, que quede al descubierto esa moral de ubicación imposible, mera apariencia de un edificio ideológico que, por imperfecto e inestable que sea, debe mantener en pie si quiere seguir existiendo como clase social hegemónica.

Los rasgos que normalizan a Sombras chinescas y los que la individualizan en el contexto costumbrista español convierten la serie en un precioso e imprescindible ejemplo de cómo puede existir y existe un costumbrismo no producido en Madrid que no tiene que estar necesariamente marcado por rasgos argumentales geográficos. Esto quiere decir que la teorización usual del costumbrismo queda relativizada y es entredicho no sólo por lo que se refiere a la temática local sino, sobre todo y de forma obvia, por la mera existencia de Sombras chinescas que exige un puesto más que discreto en el costumbrismo español y ya lo tiene, y somero, en el aragonés, de cuya historia puede considerarse culminación por tantos conceptos.

4.3.1.4.- El Imparcial (1863-1864).

4.3.1.4.1.- Costumbrismo prácticamente inexistente.

La familia periodística, iniciada con La Nube y tan nutrida de textos costumbristas, llega a su fin en la páginas literariamente desvaídas de El Imparcial Aragonés. Aunque suma casi seis años y medio, el conjunto de los tres periódicos no aporta ni media docena de artículos costumbristas.

El Imparcial --del viernes 20 de noviembre de 1863 al miércoles 26 de mayo de 1864-- , además de los folletines originales o traducidos, sólo aporta el dato de que siguen escribiendo algunos de los autores de El Aragón: Constantino Gil, con algún folletín; Chloussowicz, con sus elementalísimas colaboraciones; Perico de los Palotes, a cargo de la "Revista de la Semana" durante el primer año, y firmada por O. Gil de las Calzas Verdes durante el segundo.

4.3.1.5.- El Correo de Aragón (1864-1868).

4.3.1.5.1.- Escasez de textos costumbristas. Reproducidos: el escañolismo de Benjamín (1866); el tipo del importuno (1867); un metaartículo destacable (1868).

La baja tónica literaria también caracteriza las páginas de El Correo de Aragón --del viernes 27 de marzo de 1864 al viernes 31 de julio de 1868-- y, al margen de que se haya perdido alguno de sus tomos, como el del segundo semestre de 1868, otros quedan reducidos a

los anuncios y a lo estrictamente oficial, como el correspondiente a la primera mitad de 1867.

Flanqueado por las "Revistas de Zaragoza", que escribe Zahorí y la publicación por entregas de La Aljafería, Las calles de Zaragoza y otros trabajos de Joaquín Tomen y Benedicto, aparece en 1866.

"¿Es posible?" (193), de Benjamín, autor de numerosos artículos que, reproducidos de El Telégrafo, de Barcelona, se ofrecen en El Anunciador. Lo sustancial de esta probable reaparición es que está más vinculada al costumbrismo por la actitud y la temática que por la técnica. Del género la aleja bastante el tono contundente y molesto de Benjamín que, a pesar de una aparente apelación al lector, prescinde de la pose dialogante y no deja lugar a la ironía. Lo argumentativo, aunque llega a recelar en alguna prueba real y demasiado puntual, con catena toda la temática que los costumbristas han aireado al mostrarse galófobos y españolistas. En esta oportunidad, se pasa revista a los diversos aspectos de una moda extranjera arraigada y ante la que nadie se extraña: atuendo —pérdida de la capa y la mantilla—, baratijas importadas, anquilosamiento de la producción propia, utensilios domésticos, literatura, lengua, toma de baños y rótulos de establecimientos. Uno de estos últimos cierra el marco de confesión de la batalla perdida que había abierto con la patriótica evocación de la sangre española derramada en la guerra de la Independencia.

El Manuel Tello Amondareyn que a mediados de septiembre de 1867 parangona la Torre Nueva de Zaragoza con las de Pisa y Bolonia está mucho más cerca del costumbrismo cuando escribe "Un tipo. El amigo de casa" (196) aunque sólo sea porque es capaz de "bosquearlo", como él dice, mediante técnicas inconfundibles si bien manejadas con poca garra. La ironía no llega a instaurarse entre los significativos subrayados y un guiño al lector que casi se resuelve en impropio adivinanza. Con todo, se trata de la descripción de un tipo por más que re

sulte anodina. La apelación al destinatario es constante y queda asegurada al presentar al amigo de casa como elemento globalmente molesto. La primera entrega del artículo paga tributo al lugar común de remontarse a los hipotéticos orígenes del tipo y aun de bordear nada airosamente la erudición de apuntalamiento hasta que aterriza en la familia coetánea, de la que el tipo es definido como "protector gratuito" entre términos engolados que buscan equipararlo, sin gracias, al héroe caballeresco. La segunda entrega es, sobre todo, una pintura mediante el recuerdo de los supuestos de actuación del tipo, tanto si procede de forma altruista, cuando muere el padre, hay una hija por casar o es preciso tutelar al estudiante, como si se mueve guiado por el interés, en especial, el de matrimoniar con la hija casadora. Tras anunciar la cercana conclusión del artículo, Tello sugiere al lector que evoque la experiencia, que presupone, de su conocimiento de un representante del tipo y termina recapitulando las críticas esparcidas mediante una vegetalización degradadora algo inesperada:

El amigo de casa es una playa de sociedad, es una planta de maldición que crece al abrigo de las pasiones, y se desarrolla al suelo de la adulación mas mezquina ó del egoísmo mas incomprensible y necio. (p. 3a)

De W. Ferrer Garayta, así como de su amigo Romualdo P. Fuentes Altafaj se publican abundantes trabajos que, a pesar de anunciar "costumbres" en algunos de sus títulos, sólo muy tangencialmente tienen que ver con el género. Fuentes hace piruetas técnicas en artículos de variado palaje y a menudo glosadores de percances emporosos circunstanciales (197). De Ferrer se transcribe una larga serie de "cuentos y cuadros de costumbres" donde alguna vez apuntan los usos, aunque ubicados en el País Vasco y con diseño folklórico (198), y otras se recalca de forma accidental en la autofagia desde la diafanidad del tí

tulo, como ocurre con "La confección de un artículo" (199). Aunque las trazas de éste parezcan tan mecánicas como las del artículo de Tello, a la larga es superior a muchos consignados por el mismo rasgo. Ferrer logra aquí un modélico metaartículo desde la apelación dialógante al lector hasta los toques humorísticos que alejan el texto del insufrible emborronamiento del espacio en blanco pasando por el hábil cruce de temas como el de la dificultad de la tarea, la orden insoslayable que procede del superior, las alusiones a los defintorios amores del periodista que le sitúan entre la obligación y la cita deseada y la justificación del género de escritura practicado. No se queda, pues, el artículo en lo divagatorio e insulso sino que reproduce ante el lector su propia génesis al referir el ágil diálogo que mantienen el jefe y el periodista y en el que éste trata de soslayar el encargo proponiendo títulos como "La civilización de España ó arte de teñir el pelo con lo demás que verá el curioso lector", "El pez sin espina" o "Estudios filosóficos acerca del libre cambio y las plumas de acero". Pasado el trago y redactado el artículo exigido, se produce el espejismo de seguir escribiéndolo —obviamente, otro— ante el destinatario pues Ferrer cuenta a éste los postreros avatares del asunto, ya que su trabajo ha sido bastardeado en aras de lo jocoso por el cajista, en quien se descarga la tensión de toda la anécdota, tanto la real de los obstáculos mecánicos de los profesionales inferiores en el escalafón como la supuesta y genérica de la dificultad del periodismo. Así, se ha impreso en el texto que jamás leerá el destinatario "sabañones" por "pasiones"; "becerro" por "consuelo", "el espada Lagartijo" por "charada y acertijo". Aun subsanadas algunas erratas en la corrección de pruebas, otras quedan impunes y, además, el soldo nunca puede ser aceptable pues el original ni siquiera es digno de ver la luz. El acto de descubrir tanto inconveniente se transforma en explícita declaración de autofagia:

Y mira como sin decirte nada de provecho, voy "llenando" mi objetivo que es "llenar" una columnita. (p. 3b)

La exhibición de las cartas que maneja el autor queda redondeada por una curiosa alusión al poco delicado paladar del destinatario que se convierte en justificación genérica de la autofagia por agotamiento de las modalidades periodístico-literarias:

Bien es cierto que abuso de tu paciencia: pero ¿qué hacer? los cuadros de costumbres te empalagan; la filosofía te se [sic] indigesta y la poesía te ataca al sistema nervioso. (p. 3b)

Como era de esperar, el colofón también es brillante: se multiplica el espejismo pues al recordar que debe liquidar el artículo antes de la hora de la cita con su Bonifacia, el autor hace coincidir esta referencia anecdótica con la esgrimida para intentar liberarse del encargo del artículo originario.

4.3.1.6.- El Imparcial Aragonés (1868-1870).

4.3.1.6.1.- Lo literario, orillado por la política. Crónica reticente de una procesión zaragozana (1869).

En fin, entre encendidos textos sobre derecho aragonés, la Constitución, Riego, agricultura, economía, el reglamento del ajedrez y algunas críticas teatrales, todo ello ya en el Sexenio Revolucionario, El Imparcial Aragonés —del miércoles 9 de diciembre de 1868 al jueves 31 de marzo de 1870— publica escasas páginas literarias. De estas, aún menos rozan el costumbrismo aunque el tema lo propiciase, como en "El lujo" (200), de Joaquín María Sanromá. Prácticamente, sólo

"El día del Corpus (á los foresteros)" (201), de El Gacetillero merece ser exhumado junto con los de Benjamín, Tello y Ferrer. Trátase de una original y colorista reseña —con este término lo presenta el autor— del uso zaragozano y con el objetivo enunciados en el título.

A la buena introducción que así lo explica, sigue el relato entusiasta pero repleto de alusiones intencionadas que el autor hace de los preparativos de la inminente procesión. El ajetreo en torno a las diez de la mañana se pinta con trazos certeros:

Cruzan en distintos sentidos las gerarquías sociales, un oficial (de sastre) que marcha telegráficamente á entregar el traje al estilo moderno (en toda la estension de la palabra) que ha concluido para un elegante improvisado, y una modista que con las mismas condiciones lleva un "polison", flor de su insomnio, para la señorita M. de N.". (p. 2b)

Tales fámulas sirven de anuncio de otros protagonistas: los pollos y las pollas. Ellos, almibarados y estoicos soportadores del "agudo dolor del callo que oprime su justa bota"; ellas, preocupadas por el polvo —una de las más hábiles fórmulas de recalar en el tópico municipal— que echa a perder "los trapitos de cristianar". Entre polvo, pollos y pollas, la crónica se literaturiza definitivamente cuando el autor se oculta y ofrece sin ninguna acotación los diálogos ambientales que casi logran equiparar el artículo a una descripción costumbrista. El Gacetillero aún gracia e ironía al hilvanar los retazos de conversaciones mediante intermitentes alusiones al peligro de lluvia. Se abre con la consulta al célebre "astrónomo" Mariano Castillo, con el que una madre y su hija topan en la calle cuando comentan las molestias de la polvareda y del que reciben el pronóstico de que es imposible que llueva, y se cierra con el colofón en verso que sintetiza todo el texto:

Resúmen de la función,
 Lindas chicas y abundantes,
 Muchos pollos elegantes,
 Y llovió por conclusion. (p. 2b-c)

Esta presencia de una persona concreta, entre tipos anónimos y en lugares conocidos —el Suizo, el Coso, La Seo— que ubican el artículo, es lo que más alejaría a éste del costumbrismo, si bien Castillo prácticamente funciona como tipo debido a las polémicas sobre sus dotes y sus aciertos. Al margen de este aspecto, su papel está integrado en el texto ya que es una forma menor del tratamiento que el autor da a la anécdota: la supuesta descripción de la procesión es falso señuelo pues El Gacetillero lo que muestra no es desfile sino sus espectadores. La escena de protagonista colectivo —Zaragoza— se sustenta en lo más periférico —el aire de los militares, los pisotones, las miradas amorosas— y lo hace con verosimilitud no refida con la aguda intencionalidad anticlerical y política a lo que hay que sumar que lo de "á los forasteros" del título podría estar pensado incluso para un Madrid siempre receloso de la Zaragoza revolucionaria:

- Mas de prisa, que chispea.
- ¡Chica, hasta el señor Arzobispo!
- Jesús, qué fastidio, ¡pobrecito!
- Caballero, que me ahoga V. al niño.
- ¿Quiénes son aquellos, Mangío?
- Aquellos son... Aquellos.
- ¿Y estos son los bomberos?
- Sí.
- Buena talla tiene el comandante, y la compañía no es mala.
- Chico, extiende el paraguas.
- Vamos, la suerte que falta poco.
- Ya entran en La Seo.
- Pues, chico, no se esperaba tanta animación.
- Así se dá un mentís á...
- Adios, chico, adiós. (p. 2b)

4.3.2.- Eco de Aragón (1864-1872).

Lo conservado en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza de la segunda época del progresista Eco de Aragón va del jueves 1 de septiembre de 1864 al sábado 29 de junio 1872, aunque entre ambas fechas hay frecuentes y, a veces, extensas lagunas (202). Si las mutilaciones llegan a afectar a artículos y series que posiblemente constituirían pruebas de un costumbrismo de ideología muy avanzada, los testigos literarios y no literarios permiten apreciar una trayectoria que recorre los arrestos liberales y críticos del comienzo y aterriza en una actitud final caracterizada por la extinción del fervor revolucionario inmediato a la Gloriosa. Lo bien acomodado que parece El Eco con el ortopédico régimen de Amadeo de Saboya hace que, tras cebarse en unionistas y neo-católicos, se decante por la insistencia en proclamar la compaginación de religión y progreso y, a la postre, por la difusión de una ética más bien timorata.

4.3.2.1.- Contexto del costumbrismo: aragonesismo histórico-cultural.

En torno al chascarrillo baturra. Notas costumbristas aisladas.

Efemérides locales como la Cincomarzada, coquetes federalistas y notas peculiares del Eco desde su primera época como la devota exaltación del antiguo reino confluyen durante este periodo en textos histórico-culturales que connotan la añoranza de la utopía con la misma

facilidad que otros símbolos aragoneses —por ejemplo, el Pilar y el Ebro— coadyuvan al comercio (203). Parecido contrapeso suponen para los materiales no costumbristas de acarreo firmados por apellidos señeros en las letras españolas las formas menudas y anécdotas que están a un paso —cuando no lo son— de la jota y el chascarrillo baturro (204). En este especial caldo de cultivo hay rasgos costumbristas dispersos y textos que engrasan la nómina del género: unos confirman lo propio de estos años; otros singularizan un aspecto innovador o aparentemente periclitado.

4.3.2.2.- predominio de la agresividad. Serie truncada para fustigar al tipo del neo-católico; una carta persa para reseñar una corrida de toros (1854); la familia de rústicos visista la ciudad; reproducción de "Pulpete y Balbeja", de Estébanez; tratamiento destructivo del pollo (1866).

Entre matices periodísticamente mostrencos y antes de llegar el número 2.687, último de los accesibles, cabe recordar unos doce títulos.

A.B. y C. firma "Cuadros vivos. Preámbulo" (205), excelente anuncio en verso de programa costumbrista, el parecer, truncado tras dos entregas. El uso del criptónimo y del romance recuerdan a Sombras Chinescas aunque de esta serie le aleje el —probable— autor individual y, especialmente, la actitud crítica mucho más agresiva que anuncia. Junto a los significativos subrayados y puntos suspensivos y al decidido contacto que establece con el lector-cómplice, este "Preámbulo" tiene el aire de intentar desbordar los límites del costumbrismo.

Así habría que interpretar la terminología inicial del autor cuando declara proponerse realizar

algunas fotografías
fac similes ó retratos (p. 3b)

y, aunque la "objetividad" quede, más adelante, reducida al convencio-
 nalismo del género,

Con que, lectores, silencio,
 que el lienzo está preparado,
 y dispuestos los pinceles,
 y la paleta en la mano... (p. 3b),

algo hay en el diseño capaz de forzar la capacidad crítica hasta los
 límites legales —"si el fiscal nos deja franco/el paso..."— que eli-
 mina el artístico dibujo frente a la precisión que permite la técnica
 —"y la máquina plantada/en su punto y apuntando..."— y propicia una
 censura social sin veladuras:

ó fin de que ciegos, sordos,
 y cojos, bicos y mancos,
 esclamen de sopetón
 y así... de golpe y porrazo,
 "ó no existo yo en el mundo,
 ó aquí tengo á D. Fulano." (p.3b)

El primer —y, por lo visto, último— retrato "de tan rica galería"
 aclara las dudas: "Cuadros vivos." * El padre de unas hijas" (206) de-
 muestra que el "Preámbulo" trataba de forma innovadora los lugares co-
 munes del contacto con el lector debido a la vulnerabilidad del tipo.
 Pues se trata de un tipo — y no de un personaje— lo "retratado" en
 esta ocasión. Un tipo neo-católico, absolutista, fácil presa de un
 periódico progresista en las vísperas de la revolución. La crítica
 llega a extenderse a las hijas, caracterizadas como hipócritas, ocio-
 sas, inútiles y mormuradoras. A tal descripción indirecta del tipo sí
 que la enunciación frontal, aunque atemperada por la ironía corrosiva,

de los rasgos del padre: hipocresía religiosa, gula, pues encarece el ayuno

mientras él come perdices
con trocitos de jamon
y se engulle el Cariñena
sin ningún golpe de tos... (p. 4c),

decididamente ultramontano:

Además tiene de bueno
este tipo de candor
que es ardiente partidario
de las suave Inquisición,
hasta el punto (y este punto
arrastra mas de un bemol)
de que comería en sopa
liberales con arroz. (p. 4c),

intemperante, vehemente... Nada hay, pues, de retrato objetivo y todo queda en el costumbrismo, un costumbrismo —¿será preciso declararlo para mostrar que es posible aunque accidental?— explícitamente progresista sin tener que renunciar a las notas más habituales ni en la despedida:

Pero... basta ya lectores,
que ni gota de color
ha quedado en la paleta,
el estuche y el cajon.
Si el retrato no está bien
culpa será del pintor;
le dais una cerradura
y una silba, y... se acabó. (p. 4c)

*"Un turista de Ispahan" (207), presentado como traducción realizada por X.K. de una carta que el persa Ali Kouli Nhan envía desde Zaragoza a su amigo Rheadf, es un sorprendente artículo que recurre en

1864 a la disciuchasca técnica del visitante oriental, la correspondencia sobre usos sociales y la interferencia de la misiva particular que permite su conocimiento a los lectores del periódico. Tanto artificio, adobado con la conveniente introducción explicativa y dos notas del "traductor" que quieren hacerlo más verosímil está nada menos que al servicio de una reseña taurina de las fiestas del Pilar. Y posiblemente no tiene otra explicación que la adopción de una perspectiva tan dilatada y especial que permita al cronista y a los lectores aficionados seguir las pautas del ritual de las corridas sin que se les pueda tachar de adictos al neo-catolicismo: dada su consustancial tendencia a la identificación de tradición con tradicionalismo, los neo-católicos convierten en bandera propia y excluyente la defensa de lo taurino y provocan entre los progresistas su rechazo en medio de una polémica que llega a afectar hasta al presente artefacto costumbrista (208). Éste, marcado por la costaneidad aunque la técnica lo niegue a primera vista, no se priva ni del narcisismo periodístico, ni de la alusión a las glorias históricas de Zaragoza, ni de las pullas antimunicipales —"esta ciudad de las fuentes sin agua"— a la hora de describir tanto el lado horripilante de las corridas como su faceta cautivadora.

De "Un viaje en familia" (209), sólo se ha conservado la entrega inicial, lo que impide saber su autor, su extensión, su carácter de original o reproducido y, especialmente sus conexiones y divergencias con respecto a "La familia forastera", de Sombras chinescas, al que recuerda por el tema —el viaje de los lugareños acaudalados a la capital—, el diseño de la familia —entre matriarcado de hecho y paterfamilias rutinario— y varios motivos menores. Todos ellos bastan, sin embargo, para advertir que la función de este artículo es la misma que la del escrito en 1863 por Perico de los Palotes: mostrar la supe

rioridad de la burguesía urbana mediante técnicas ridiculizadoras, aquí también apuntadas contra el elemento femenino con la variante de tratarse de una madre que intenta desbistar a su hija para que no se note su condición de lugareña cuando visita la ciudad.

Tras la insospechada reproducción del "Pulpete y Balbaja" (210) que Serafín Estébanez Calderón escribiera treinta y cinco años antes, 1866 se despide con "El Pollo" (211), del gerundense Teodoro Baró. Es un canónico artículo de tipos que sortea la descripción manida mediante un subido tono agresivo. Por ello, el pollo aparece degradado desde el principio, cuando el autor plantea el motivo de la dificultad de su tarea en estrechísima relación con la imagen del tipo que pretende transmitir:

¿Qué es el pollo? Quisiera definirlo, pero no encuentro palabras á propósito para una definición de semejante ser: las palabras significan algo, la necesidad las ha creado, no las hay que no signifiquen nada: ¿cómo, pues, dar una definición de un ser que no es nada? (p. 2d)

La eliminación prefigurada del pollo no queda en amago: Baró, dialogando con el lector le ofrece una definición --"El pollo es el vacío encerrado en la materia"-- que está dispuesto a sustentar con pruebas.

A partir de entonces, el artículo se vertebra como argumentación para dibujar la oscuridad del cerebro del pollo, su probable carencia de órganos vitales como el corazón, su condición de objeto, su capacidad para provocar horror y asco hacia la civilización occidental en el supuesto de que fuese el único superviviente... El cuerpo del texto es un cumplido repaso de la trayectoria vital del tipo ilustrada con alguna anécdota genérica de la que Baró sale fiador y con varios remansos entre frases donde el autor aprovecha para criticar todo aquello que el esquema cronológico no le propicia del todo. El final, sin ex-

cesiva punta y algo abrupto no desdora la malevolencia que preside tan exhaustiva y variada descripción, cuyos pasos son el nacimiento, la infancia insulsa, la cortedad en el aprendizaje y en los juegos, el letargo a los trece años, cuando se emboha ante el espejo en busca de los indicios del bigote, la adolescencia pendiente del cuidado del cutis, del peinado:

despues de media hora combina dos espejos para convencerse de que la raya de detrás es irreprochable bestialmente considerada. No me atrevo á decir artísticamente para no profanar el adverbio. (p. 2c),

de los ungüentos, el atuendo...

¡Cuánto tiempo perdido. Seria mas útil á la patria si lo emplease fabricando fósforos. (p. 3a);

la juventud —con ella comienza la segunda entrega—, que convierte al pollo en "un conato de bestia", le hace repugnante a la vista, el tacto, el olfato, el oído y al gusto de los demás, le confirma como ser infrahumano, ser no inteligente, ocioso, improductivo, difamador, cínico pseudotenorio incapaz de alcanzar el título de depravado, estúpidamente remilgado e hipócrita al tratar a "las jóvenes de la clase media", a quienes requiebra con frases aprendidas de memoria:

- A Dios Salero, -¡Uy! ¡Qué guapa! ¡Qué ojitos! (p. 2e)

y de cuyos parientes suele recibir alguna paliza de vez en cuando, frecuentador tacaño de cafés y refractario a la lectura del periódico; la edad de las conquistas foranías a los dieciséis años, cuando se comporta tímida y grotescamente; la cortedad de vista, junto con la obsesión por el bigote, a los dieciocho; el "corazon muy gastado" y el escepticismo preceptuados por la moda, cuando comienza a ser hombre y

el tinte del pelo y el atuendo de los catorcenaños, cuando tiene cuarenta:

entonces ni siquiera es tonto, repugna (p. 3a)

4.3.2.3.- Presencia del profesional de la prensa: gacetillas encadenadas para criticar, de la mano de un sereno zaragozano, el contrabando, los usos sexuales y la situación de los cesantes (1867); narcisismo: las quejas del tipo del periodista (1868).

Quizá sea de Drencio Padules Oliván, el secretario de la redacción, el trabajo distribuido en tres números que comienza "A caza de inocentes gacetillas" (212). En él, la elaboración literaria de lo que se presenta como verídico es, de hecho, costumbrista aunque los artificios dispuestos no se exploten a fondo. Al tratarse de gacetillas, la pose del autor-gacetillero es verídica en lo que tiene de buscador de noticias ciudadanas menudas al tiempo que coincide con la actitud asmodeica. El recorrido nocturno hace que tope con un sereno —caracterizado por su lenguaje avulgarado— con lo que el asmodeísmo se tipifica en este guía de la parte oscura —en sentido real y figurado— de la ciudad. La distancia crítica otorga credibilidad y protección al autor a la hora de incluir en el diálogo temas como el contrabando, la sexualidad —solteras que burlan a sus padres; casadas que engañan a los maridos—, los cesantes —en este caso, el autor resume lo dialogado— y detalles menores como las alusiones al "astrónomo" Castillo y las notas definidoras del tipo del sereno. El final resulta, como el principio, veraz y literario simultáneamente: un pitido, señal de que se está cometiendo un robo, hace que el guía acuda al reclamo y el gacetillero, miedoso, huya en dirección contraria y, al referir la

conclusión de la aventura, se sitúa a sí mismo en trance de comunicar la según los cánones del género:

al trote largo llegué sin novedad á mi casa, me acosté y pasé el resto de la noche entre despierto y dormido, resuelto á contaros como lo he hecho el resultado de mi nocturno paseo. (p. 3b)

"Lo que somos" (213) aparece sin firma pero, aunque por ello pueda estar tomado de otro periódico, sus características obligan a dejar de lado esta cuestión ya que es propio y definidor de toda la prensa. Su singularidad radica en la elevación a la categoría de artículo de lo que, técnicamente, no solía pasar de ser un rasgo entre otros. Desfondado así, el texto se podría excluir del costumbrismo pero, al tener como tema la dificultad de la tarea de los periodistas, se convierte, de hecho, en un artículo de tipo. El comienzo del artículo ya origina de la saturación de narcisismo que muda en opacidad lo que profesionalmente debe ser intermediación transparente:

No hay vida tan asendereada como la del periodista.
Todo lo que se pondere es poco. (p. 3b)

Su final confirma lo que parece indirecta enumeración de méritos que la sociedad debe reconocer al periodista por el simple hecho de serlo:

Si un botón es bastante muestra, este artículo es ya una botonadura completa. (p.3b)

4.3.2.4.- Tras la Revolución. Artículos reproducidos. En la frontera del costumbrismo: el autor se ve a sí mismo más que al tipo del cartero que pretende describir (1869); demagogia para con-

tenor el empuje revolucionario del obrero sin trabajo (1870).

Testigo de una serie crítica perdida: la beata carlista (1871).

"El cartero" (214), sin firma y reproducido del periódico barcelonés El Telégrafo, es un caso más de artículo costumbrista si se atiende a ciertos rasgos —tipo, descripción del oficio, contacto con el lector...— y ajeno al género en tanto que está demasiado filtrado por la particular perspectiva del autor. Ya sobresale en su inicio la alabanza del tipo por lo sufrido del oficio—trabajo a la intemperie, eslabón de la actividad social imprescindible pero humilde y poco reconocido— que, de no ser irónica, hace sospechar que la descripción no va a sorprender por la minuciosidad. Y así ocurre pues, aunque se mencionen los "siete reales diarios de su empleo" y se apunte cómo se entretiene con una criada, este cartero es más fruto de las reflexiones que de las observaciones del autor. Por eso, la anécdota de la charla amorosa con la sirvienta explica que el autor dé como ejemplo del sufrimiento del cartero lo que ocurriría en el supuesto de que su esposa le fuese infiel y tuviese que llevarle una carta del amante. A partir de esta hipótesis, el artículo se nutre de otras que no tienen por qué ser más descriptivas del tipo que del autor como es el posible reparto de misivas relacionadas con conspiraciones políticas, todo lo cual lleva a la definición última y subjetiva:

El cartero es un intermediario desdichado. (p. 3c)

"El derecho al trabajo" (215), de Miguel Moreno, aparentemente busca asesorar, más que adoctrinar, a las clases populares frente a las intrigas de los enemigos del gobierno revolucionario a propósito de la solución del paro laboral. Aun con este objetivo y esta temática, el artículo quedaría en los límites del costumbrismo al recurrir a

una técnica canónica en lo formal: parte introductoria sobre la desinformación política y social que genera falsas expectativas, sobre todo entre el pueblo llano; selección de un tipo --el señor Basilio-- "con escasa instrucción" y en el que es más disculpable lo que el autor califica de pedantería y que, en realidad, es conocimiento e intuición; motivo costumbrista de la pareja autor-fámulo o inferior; recurso de la visita para poner en marcha todo el dispositivo perspectivístico que nace de la distancia entre el autor y Basilio y desarrollo del cuerpo del artículo mediante el diálogo. Sin embargo, el tratamiento del tema convierte el texto en referencia modélica para poder excluir del costumbrismo a todos los que presentan sus características fundamentales. Pues ocurre que el asunto es abordado tan explícitamente que el señor Basilio no se confirme como tipo. Lo cual, unido a que aparece inerte frente a los arrolladores argumentos del autor y a que éste comparece como persona real --don Miguel-- y no es cedido en el pseudónimo o el papel de autor distanciada de lo que escribe, hace que no haya lugar para la ironía ni para la perspectiva. La clave está, lógicamente, en que Miguel Moreno pretende borrar de la mente del señor Basilio cualquier idea que conlleve una acción revolucionaria. Así, se va desde el comienzo del diálogo en que el señor Basilio muestra sólidas convicciones cuando su interlocutor sostiene sobre el trabajo que

creer que el gobierno ó las diputaciones ó los municipios tienen obligación de proporcionársela [sic] á los jornaleros es absurdo, es disparatado, es socialista.

-¡Es liberal, querrá V. decir! y veo, don Miguel, que V. se va haciendo reaccionario. (pp. 2e-3a),

pasando por la idea de que "si existiere el derecho al trabajo desaparecería el derecho de propiedad" y lo único aceptable es el derecho a trabajar pues, de lo contrario, se llegaría a "la confusión más espantosa".

tosa, el desorden, la anarquía, la disolución de la sociedad", hasta que el señor Basilio acaba manifestándose como quisiera el autor que lo hiciesen quienes mantengan ideas similares:

- Veo que tiene V. razón [...]
- Eso es, amigo mío.
- Pues hasta otro rato. Voy á decirle cuatro verdades á don Florencio, el abogado que me había entusiasmado con ese pretendido derecho.
- Adios, Basilio !Ya me figuraba yo que ese tuno andaba en este asunto! ¡Cómo engañan los reaccionarios á los ignorantes! (p. 3b-d)

Otra muestra de la lamentable falta de algunos ejemplares del Eco es "La beata" (216), de Margarito, artículo del que sólo se conserva la conclusión y que quizá formase parte de una serie pues lo que antecede al título reza: "Los héroes de la facción. Tipos carlistas". De tratarse de una serie y con tal orientación, la pérdida aún resultaría más deplorable ya que el texto salvado prueba una vez más que es posible un costumbrismo político y de carácter avanzado cuando se reúnen las condiciones necesarias. Aquí, éstas son, por un lado, la inminencia de la Tercera Guerra Carlista y la implícita autodefinición consolidadora de la sociedad burguesa como "normal" e incuestionable en la medida en que su enemigo pueda situarse en las antípodas; por otro, la utilización de los recursos técnicos canónicos capaces de evitar que la censura quede en sátira descarnada. Así, pues, en "La beata" se mantiene la descripción aun por encima de los rasgos narrativos y se puede apreciar cómo se ubica en un pueblo y pase de tener una vida marcada por las visistas, los rezos y las murmuraciones convencionales a convertirse en propagandista de la causa carlista: provoca rupturas entre familias, desempleos y discordias generales de resultados de su actividad como "predicadora á domicilio de la santa cru-

zada". Margarito da a conocer algún fragmento de las charlas políticas de la beata y, ya que no explota la ridiculización, la hace responsable de los males de la guerra y de sus preliminares, la presenta como ejemplo de antirreligiosidad al mostrarse seguro de que Dios no puede oír las oraciones de tal elemento:

semejante causa no puede ser patrocinada por el que jamás practicó la tiranía, por el que tiene dispuesto que el mundo progrese y adelante sin detenerse un momento. (p. 3c),

y la desacreditada definitivamente:

Todo pasa y no quedan sino tristes recuerdos y cenizas; ¿á la beata qué le importa? Su hipócrita corazón se consuela con un polvo de rapé. (p. 3c)

4.3.2.5.- Descenso pronunciado del costumbrismo y lo literario en general. Tipos anodinos y mal pergeñados: los enamorados (1872).

En las postrimerías del Eco, el bajón literario e ideológico se observa hacia octubre de 1871 —cuando Amadeo de Saboya visita Zaragoza— y se confirma a finales de febrero de 1872 a la vista del relleno de la "sección varia" con materiales no originales, anodinos, científico-filosóficos y moralizadores en las ocasiones en que tienen aires literarios. De todo lo publicado entonces sólo tiene conexión con el costumbrismo, y poco, "Los enamorados" (217). Su autor, Anselmo Salvá, quiere lograr la sonrisa del lector recurriendo a una perspectiva suavemente degradadora pero carece de la chispa a la que parece supeditar la descripción. La pintura queda en un salpicado de ocurrencias insulsas, como que la enamorada es "igual que los carlistas, porque siempre va mirando hacia atrás" o que el enamorado y el árbol

al que se arrima recuerdan al oso y al madroño del escudo de Madrid. Mediado el texto, Salvá aterriza en el baile como ámbito caracterizador de los enamorados pero vuelve a obcecarse con ingeniosidades demasiado romas, la más feliz de las cuales pudiera ser: "en estos tiempos de can-can y calamares..." El final es otro amago descriptivo. Aunque más prometedor, pues trata de la diferencia que hay entre la mujer real y lo que aparenta con peinados y vestuario, se resuelve sin acierto y casi al margen del título del artículo y de su desarrollo:

Si las mujeres se presentasen tales como son; el amor tendría más solidez; pero en el siglo en que vivimos es un continuado y grotesco carnaval. (p. 20)

Es evidente: "Los enamorados" apenas tiene técnica costumbrista, su calidad es mínima y su valor puede cifrarse exclusivamente en servir de referencia para calibrar la andadura del género en este momento. (218).

4.3.3.-- El Anunciador (1863-1866)

4.3.3.1.- Noticias. Moralidad. Economía. Política. Textos de Benjamín (reproducidos), Constantino Gil, Julio Monreal, Eusebio Blasco, Marcelino Isábal. El Bachiller Pero Fonce y El Licenciado Brandalagas.

El Anunciador --del 1 de mayo de 1863 al 31 de julio de 1866--, como diario noticiero que es, al comienzo se nutre de avisos y partes oficiales y apenas deja espacio para algunas gacetillas. A partir del número 137, del 5 de septiembre, es vinculado al Ayuntamiento como Diario oficial de Avisos de Zaragoza y su "sección de variedades" acoge algunos artículos de base moralizadora o tema económico y bastantes reproducidos de otros periódicos. Aumenta su formato a doble folio desde el número 33, del 2 de febrero de 1864, año en cuya segunda mitad ya muestra novedades de orientación que se confirman el 1 de enero de 1865 con un cambio en la Redacción (219) y una presencia cada vez mayor de temas políticos próximos a las ideas demócratas y republicanas de las que puede ser índice la firma de Marcelino Isábal al pie de bastantes editoriales. A salvo de lo que pudieran encerrar los primeros setenta y ocho números de 1866 --el volumen que debería contener

lo publicado del 1 de enero al 3 de abril falta en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza, los ejemplares de este año reducen el formato a la mitad, se prescinde de la "Sección de variedades", y, por lo tanto, son rarísimas las muestras literarias y los editoriales corren fundamentalmente a cargo de Benjamin, de quien el Anunciador publica desde 1863 numerosos trabajos, en su mayoría reproducidos de El telégrafo, de Barcelona (220). Junto a la de Benjamin, aparecen sobre todo, en las poesías (221) --Eusebio Blasco el mencionado Isábal, Vicente de la Fuente y, aisladamente, las de El Solitario Frontaura y Fernán Caballero. Entre los pseudónimos y hecha la excepción de Alisio y Polismi que escriben revistas teatrales en 1865 y de Galopin y otros menos frecuentes, destacan El Bachiller Pero Ponce y El Licenciado Brandalagas por su asiduidad y, en especial, por sus connotaciones rancias, librescas y parcialmente populares que hacen pensar en los utilizados en El Aragón.

4.3.3.2.- Roces con el costumbrismo. Aragonésismo histórico-cultural: lo monumental. Lo folklórico.

Afecta al costumbrismo periféricamente un conjunto de artículos seriados escritos a propósito de su publicación en un periódico que tienen por tema lo monumental zaragozano e implican la exaltación patriótica de la cultura y la historia locales por más que se presenten a modo de guía para el viajero. Otros, como los suscritos por Vicente de la Fuente :

sobre el Canal Imperial de Aragón, sin ceñirse a la capital cumplen una función casi pareja (222). El flanco de lo folklórico queda más parcamente representado con "La verbena" (223), de C. G. —a buen seguro, Constantino Gil—, apreciable texto, si no por méritos propios, al menos para amojonar lo extracostumbrista. En él se trata, con cierta nostalgia por su pérdida en las ciudades, la celebración de la noche de San Juan, cuyo ritual, aún vigente en "algunos pueblos de Aragón", es enunciado y queda enmarcado por notas históricas y literarias y por un apunte sobre su forma de pervivencia en las "grandes poblaciones".

4.3.3.3.- Artículos no seriados. Policía urbana. Intereses materiales y aragonesismo. El solterón, tipo acosado. Apariencias y trenes de vida incomprensibles (1863). La problemática felicidad conyugal. Desdibujamiento genérico y tipológico: el público. Objetos, el sombrero de copa. Mercantilización de las modas y nivelación europea de los usos. El bolero y la literatura (1864). Onirismo y política. El progresismo biológico de las nuevas generaciones. La indefensión ante el escrito anónimo. La corrupción de los representantes políticos (1865).

Antes de abordar una serie de veintidós —lo más original del periódico—, trece son los artículos de El Anunciador que pueden ingresar en el número de los costumbristas.

Si la duda asoma en algún momento al rescatarlos, los desechados en el rastreo establecen la frontera con más claridad (224).

De Tu primo es "Animacion" (225), gacetilla en versi-prosa que ofrece una panorámica de escenas zaragozanas agavilladas a modo de carta de quien invita a un familiar a conocerlas de cerca y al final le sugiere que no se traslade a la capital como pirueta que literaturiza el distanciamiento irónico del informe sobre el calor, los baños en el Ebro y en el Huerva, las chapas y el fornicio:

Vén y verás las fuentes -- muy concurridas -- de galantes muchachos, -- de mozas finas, -- que con sus juegos -- á la moral ofenden -- ellas y ellos. (p. 3c),

los amores en el paseo, los pollos que chupan tagarninas, las fiestas de barrio, los inevitables gacetilleros autoproclamados censores:

Verás a periodistas -- dejar la pluma -- y á dómínes lanzarse -- cual aquel Lucas, -- y la palmeta -- dejar caer con furia --sobre el que peca. (p. 3c),

el adecentamiento urbano, los municipales ineficaces y la colorista venta de impresos:

Vén y verás los ciegos -- vender con flema -- por la calle, á dos cuartos conrespondencias -- en que de Italia, de Méjico y Polonia -- noticias se hallan. (p. 3c)

"Un sueño. Zaragoza en el provenir" (226), de E. L., recalca demasiado en el asmodeísmo argumental onírico si se compara con los textos de estos años pero su mismo planteamien

to de enlace de las glorias pasadas con la crítica del presente y la prospectiva deseada para la ciudad y la región le da un aire de originalidad que explica el aparente anacronismo de la técnica empleada. Presidido por una euforia que anuncia la tónica localista de los artículos dedicados a los monumentos que se publicarán un mes después, se dividen en dos partes. En la primera, el relator-periodista, tras franquear el umbral de la ficción,

me créí, transportado á la cumbre de los cielos, en las inmensas regiones del porvenir y la eternidad. (p. 3),

topa con Ramón de Pignatelli, a quien alaba y comenta el estado del Canal con respecto a los viejos proyectos y por quien es guiado —algo de Dante, algo de Gracián— en busca del Destino. Mientras llegan a las puertas de su mansión, el periodista responde a las preguntas de Pignatelli sobre el estado "moral y material" de Zaragoza:

los aragoneses en lugar de haber decaído, han aumentado en valor y patriotismo... (p. 4),

analfabetismo y consiguiente penuria económica de los escritores, costumbres... las que D. Ramón conocerá puesto que su estatua preside una glorieta en el salón; necesidad de reformas urbanas:

Necesita estenderse también, y continuar el magnífico paseo llamado de la Independencia, hasta cerca del río Huerva, levantando allí una puerta y puente dignos de la capital de Aragón, enlazada ya por medio del vapor, con los dos grandes centros de Madrid y Barcelona. (p. 5),

algunos resultados de la empresa de Pignatelli:

Baste indicaros, que Terrero y sus cercanías se hallan convertidos en un ameno paraíso, que produce toda clase de frutas, granos y hortalizas (p. 5),

número de fuentes —una hasta hace un año—, probable desmantelamiento de la Torre Nueva y otros detalles acompañados de comentarios jocosos como el de la barriga de la estatua y los rumores de que de alguna de las fuentes nuevas salen judías y garbanzos, todo ello paliativo del predominio de lo cómico sobre la ironía. Con la misma compaginación de narración y diálogo, la segunda parte desarrolla el cumplimiento del deseo del guiado de ver en las "mansiones del porvenir" el futuro de Zaragoza. Superados todos los inconvenientes gracias a la mediación de Pignatelli, el periodista describe, asombrado, las altas esferas que recorre y la utópica visión de la capital de Aragón: desarrollo de la margen izquierda del Ebro, trazado funcional de las calles, campiña "cubierta de torres, fábricas y talleres", aumento de la población y de la animación, locomotoras —"serpientes" las denomina Pignatelli— que atraviesan el Ebro sobre puentes de hierro, globos —"la no menos sublime invención de Mongolfier"— por todas partes, avance en el cumplimiento de los sueños de Pignatelli:

Mas, ¡qué veo! ¡ah! ¡éste es mi canal; desagua en el Mediterráneo, y riega los campos del bajo Aragón, surcado ya por buques que parecen de vapor! ¡sí, sí,! ¡Oh! Tú cualquiera que seas, que has sabido llevar á cabo mi proyecto, yo te saludo, y te cedo gustoso el laurel, con que pensaba haber ceñido mis sienes. Corona tu obra, hazle beber las ondas del Occéano cantábrico, y tu gloria será eterna. (p. 7)

y augurio, por parte del Destino, de prosperidad moral y lite

raria de Zaragoza. Tras un recorrido, no relatado, por el futuro de España, Pignatelli y el periodista abandonan el alcázar. Cuando el relator pretende abrazar a D. Ramón, despierta de su sueño y con un rasgo autofágico --tan breve como la apelación al lector del comienzo de la segunda parte-- concluye el texto aludiendo a que lo acaba de referir.

"El solterón" (227), del madrileño Carlos Frontaura, ofrece un peculiar hermanamiento de una primera entrega marcada por la censura moral más que por la descripción y una segunda donde lo costumbrista campea más desahogadamente. La condena inicial, que podría corresponder a un artículo general o psicológico, queda, en el conjunto, como una extensa introducción donde la infame soltería es fulminada al no ser controlable socialmente el no casado a los cuarenta años. Eso es lo que traslucen los argumentos de Frontaura quien, con tono no siempre suave pero sin concesiones, ofrece al lector desde consideraciones históricas --divagata sobre la pareja primigenia para cumplir con el ritual de exhaustividad erudita-- hasta melodramáticas evocaciones de la soledad del solterón. Este queda clasificado como avaro o egoísta o escéptico antes de ser segregado explícitamente del grupo pues, si el autor gobernara el mundo,

serían condenados á vivir lejos de la sociedad y ganar el negro pan de los presidarios con el sudor de su frente. (p. 6)

El comienzo de la segunda entrega aún explota la veta de la modalidad escéptica, auténtica gangrena ya que tal solterón introduce la discordia, destruye la estabilidad familiar, ofen

de la sociedad y la corrompe con sus vicios. Hasta el autor cae en cuenta de la saña con que escribe y de la impotencia de su actitud policiaca. De ahí, que cambie el tercio y, para justificar un tono mucho más desenvuelto y una reorganización global de la clasificación parafisiológica usada —ahora las tres modalidades mostradas se unifican y oponen a una nueva— se dirija al lector en estos términos:

Pero me he formalizado mas de lo que pensaba, y el lector se creará engañado; por que al leer el epígrafe de este artículo habrá sospechado que iba á reírse de lo lindo. ¿Como ha de ser; sin querer estoy escribiendo en sério? procuraré enmendarme. Tengo, pues, el gusto de presentar á ustedes otro solteron, el solteron buen mozo. (p. 5)

Tanta diafanidad sorprende pues, más que congraciarse con el lector, lo que conllevaría sería una confesión pública de inevitable rectificación de un artículo sobre la marcha, esto es, la evidencia de la poca pericia de un autor demasiado preocupado por cercar y neutralizar a su presa: así, el aparente recurso a la efectividad de la ironía risueña sería una hábil forma de adobar como accidentalmente —motivado por el propio desarrollo del artículo— positivo el modelo de tipo seleccionado de antemano como socialmente permisible (en tanto que no instituye un peligro interno). De éste se dice que posee una inteligencia sin cultivar, "suele ser un animal", es un narciso, carece de problemas económicos, esclavo de la moda —prácticamente es descrito como el presumido y con la acusación social de tal tipo rico y ocioso— y, en definitiva, inofensivo en sí mismo y, sobre todo, cotejado con el diabólico escéptico de la primera entrega. La parte final del artículo se encierra entre dos apelaciones al lector. La primera, pa

ra tranquilizarle y sugerirle que evoque situaciones concretas —como el comportamiento en el teatro y la vejez y muerte— que confirman o quieren confirmar la estolidez del tipo; la segunda, con un aire de paternal amonestación que revienta la ficción como ocurría en la primera entrega, para adoc-trinar abiertamente:

Antes de terminar quiero aconsejar al lector que haga lo posible por no pertenecer á ninguna de las especies que acabo de describir, porque en la soledad se embota la inteligencia, se adquieren ma los instintos; se vive, en fin, una vida de desen-canto y descreimiento. (p. 6)

"Son secretos sociales" (228), de Benjamín, es presenta-do por la redacción de El Anunciador como reproducido de El Telégrafo. A partir de temas económicos que muestran los de-sajustes de mentalidad de los socialmente anticuados, el au-tor se parapeta en la ironía para criticar los usos modernos que no comparte. La construcción del artículo parece basar-se sólo en la respuesta —el título— que el relator da a las sucesivas dudas de su interlocutor. Pero tal respuesta pue-de estar empapada también por la ironía, con lo que el inter-locutor liberaría por el humor las tensiones del lector cap-tado y sobre todo, encubriría la identificación ideológica del tipo anticuado y de su creador. Benjamín es canónico en esta falta de ingenuidad costumbrista y lo es igualmente en los motivos que van sustentando la anécdota: el relator se ubica en su habitáculo, fumando ante la chimenea; la tranqui-lidad del ambiente es perturbada por la visita de D. Ambrosio, vecino y amigo; el lector es informado directamente de la

condición de laudator temporis acti del tipo; éste y el relator entablan un diálogo —presentado como transcrito— que abarca ya casi todo el artículo; la actitud de D. Ambrosio hacia el relator es la del consultante que sacraliza al asmo deico averiguador; la superioridad de éste se traduce en connivencia con el lector y sutil medio de refuerzo de posiciones al responder sin alterarse ante los casos de inexplicables trenes de vida —el que "cobra del presupuesto", el propietario, el bolsista, el constructor, las costureras— que le refiere D. Ambrosio y, en fin, la apelación postrera al lector donde se condensa la sustancia del artículo:

¡Cuán bendito es mi buen amigo! ¡Creerías lector, que se salió repitiendo á cada paso: secretos sociales, secretos sociales! ¡Qué querra decir es te hombre? De manera que se fué de mi casa tan en ayunas como habia entrado en ella. Esos hombres de antes del año ocho son muy tontos. (p. 7)

También es de Benjamín "Un consejo en fotografía" (229), ejemplo nada desdeñable de la engañosa objetividad del costumbrismo. Sus rasgos coinciden con los del recién visto desde la superioridad del relator y la vinculación de la pareja mediante consulta hasta la velada plasmación de la postura del autor. Ahora se trata de un recorrido por las variables sociales como respuesta a las preocupaciones que un joven tiene sobre la conveniencia de casarse. A la visita sigue la negación del relator a dar un consejo directo y la exposición, en su lugar, de la galería de casos de distinta fortuna tras la boda. El anuncio de la transcripción para el lector del modo en que se evacuó la consulta deja ver que el artículo

se vertebraba sobre un doble esbozamiento: el argumental vigílico que consiste en describir el interior de cada una de las viviendas de la casa que se contempla desde la ventana del consultado y el de la actitud fingida implícita del relator. Este, pues, guía al joven haciéndole partícipe de su observatorio físico y psíquico. Lo así descrito es un conjunto de ocho supuestos repartidos a partes iguales en las dos entregas. La primera ofrece los casos del carpintero y su mujer, casados hace medio año y todavía felices; Matías, el maestro sillerero que ocupa la otra tienda del edificio, casado hace nueve años y desgraciado a causa de las borracheras de su mujer; el dueño de la casa, D. Antonio, que habita en el primer piso, prácticamente arruinado por el juego y D. José, el cesante que habita el segundo derecha. Tras un alto propuesto por el relator y aprovechado para fumar un cigarro concluye esta entrega. La segunda enlaza limpiamente cuando el relator sugiere al lector que imagine lo que la pareja pudo divagar en torno al cigarro. Los casos luego expuestos son el del inquilino del segundo izquierda, un solterón amigo del relator, cuya servidumbre le proporciona sinsabores constantes, prelude de la triste muerte que le espera; en el tercero derecha, un comandante retirado y viudo casado en segundas nupcias con una mujer dilapidadora, historia ponderada como más grave que la del sillerero; en el tercero izquierda, un capellán que acoge a unos familiares malcriados e indeseables y a quien, por lo tanto, el celibato no le ha garantizado la felicidad pues sufre las plagas del matrimonio, por fin y tras un detalle que aporta verosimilitud a la extraordinaria anécdota,

Pues súbase V. al cuarto piso, y ahí verá V. otra que bien baila. Por fortuna uno de los dos cuartos pisos está desocupado, así es que no puedo presentarle a V. mas que la fotografía de otro.
(p. 2d),

el ejemplo de D. Francisco, rentista y agente de unos cuarenta años con una mujer celosa que convierte la vida familiar en uno de los peores infiernos de toda la casa. El artículo llega a su término cuando el relator escribe lo que le propuso al joven e indirectamente propone al lector:

Escoja V. en esta galería fotográfica, el retrato que V. prefiera para encabezar su album.
(p. 3a)

"El público" (230) está reproducido de El Alto Aragón, de Huesca, aspecto que le hace ser tenido en cuenta más que sus méritos propios. Estos consisten, sobre todo, en un somero repaso de la sociedad a propósito de un punto de vista in determinado que, no obstante, permite a su autor recalar en los lugares comunes conversacionales, culturales y vagamente políticos que acaban por caracterizar no al público sino al articulista, algo distante de lo que no acierta a controlar y a lo que se acerca de la manera más frecuentada: la asociación —casi divagación— de ideas contiguas.

"El sombrero de copa" (231), de Constantino Gil, supone un costumbrismo tan desvaído como el de "El público" y apoyado en similares rasgos —aunque está más presente la apelación al lector— sólo que entronizando la prenda como referencia más identificable y epocal.

Del madrileño La Política se reproduce "La moda" (232) más profundo y crítico que los de los anteriores en su planteamiento general —llega a afectar a Europa— de los usos como algo efímero y condicionado por esa "caprichosa deidad", índice de la movilidad y las demarcaciones grupales y clasistas e incluso coartada para la salvaguarda de los valores burgueses. La relativización de las pautas sociales que trasluce el enfoque de los códigos como veleidades resulta, evidentemente, más crítica que la mención puntual de costumbres ridiculizables. Implicando al lector con alusiones más que con apelaciones directas, el relator revisa lo que "aparentar" significa para "un capitalista", "los nobles atrasados", "un artista ó un poeta nominales" y "ciertas mujeres". A la breve introducción y a este bosquejo siguen detalles más concretos que denuncian el envés de la modernidad: la industria que sostiene la mercantilización de las apariencias:

ha inventado el similor, la placa galvánica ó ruolz, las piedras falsas, el miriñaque, los cabellos y las dientes postizos, las telas económicas, los coches de alquiler sin número... (p. 2d);

las incomodidades físicas y que suponen los atuendos preceptivos en hombres y mujeres; el surgimiento de "industrias curiosas y pintorescas" que sustituyen a las antes provechosas "mujeres que decían la buena ventura", "magnetizadores", "libelistas", "oradores al aire libre":

Hoy tenemos aereonautas, espiritistas, pitonisas, astrónomos, fotógrafos, hombres anuncios, corredores de todas clases, armadores de negocios y otra porción de industriales de mas baja estofa, que no hay para que nombrarlos. (pp. 2-3)

Un poco antes de terminar la primera entrega, el autor aborda otro tipo de costumbres de moda "tan ridículas como odiosas", entre las que, sorprendentemente, incluye los aguinaldos, las propinas y —en Europa— los huevos de Pascua y la finaliza con una alusión donde confluyen la complicidad con el lector y el malestar ante los viejos rituales presentados como moda:

Respecto de los regalos de Noche-buena entre las clases medias y el día de año nuevo en las aristocráticas nada quiero decir. Todos sabemos algo de esto, y como decía Sancho, aun algos. (p. 3a)

La misma tónica abre la segunda entrega con la mención del Carnaval y los bailes de máscaras, "modas que el autor ubica simultáneamente en Francia, Italia y España, dando por hecha la nivelación de las costumbres sin que para ello tenga que ampararse en la xenofobia. Luego, el catoniano periodista, tras anunciarlo explícitamente, saca a colación otros convencionalismos: las saluciones,

Todos los que se encuentran se preguntan indefectiblemente unos á otros:

-¿Cómo lo pasa V.?

- Bien, gracias, ¿Y V.?

- Para servir a V. gracias.

Con estas frases comete la moda un pleonasma ó mejor dicho un ripio. ¡Preguntar lo que se ve! (pp. 2-3);

el positivismo de la época que lleva a la creación en Inglaterra y Francia de "agencias y seguros matrimoniales"; los autores, artistas, hombres, mujeres, industriales y comerciantes de moda, moda efímera, "escrita sobre la arena" que consagra a personalidades, con su ebhorte de parásitos, en toda Europa y de las que aquí menciona a "Velluci, Campanon y los

y los duques de San Carlos y Osuna"; los artículos comercializados por su prestigio nominal:

Hemos tenido el sombrero Gibus, los bastones Verdier, el agua de Colonia de Juan Marina, el agua Dubost, la camisa Laforest, el frac Utrilla, el pantalón Borrell... (p. 3a);

la moda de los cafés, que ha dado "un golpe moral á la familia" al constituirse en prolongación de los lugares específicos de negocios; los "thés dansants y chocolates" que sustituyen a los salones literarios que habían hecho furor en Francia un siglo antes y en los que el ingenio ha sido desplazado por

la ligereza de piés para bailar, la flexibilidad del cuerpo para hacer cortesías, y sobre todo con un buen frac. (p. 3a)

Ya con un cajón de sastre, el autor menciona otras modas igualmente censurables:

las carreras de caballos, los jokeys, el tanto por ciento, los viajes de verano, los circos ecuestres, en donde se ofrecen coronas de laurel á las ecuyeres; las tarjetas fotográficas... (p. 3a)

Añorante del pasado y gruñón ante el cambio por pose asmodeica o por convicción, el autor ha descrito los usos sociales de su época y, más, queriéndolo o no, ha objetivado literariamente la vulnerabilidad de la visión burguesa del mundo al reducirla, de hecho, a la moda por antonomasia. Por similares razones, los latiguillos irónicos que ha ido adjuntando a la mayoría de los supuestos sobre la moda se elevan a la categoría de autorreflexión totalizadora en la nota autofágica y distanciadora final:

Conste que detestamos sus caprichos; pero, como dice Pascal, burlarse de la filosofía es filosofar, y este axioma puede aplicarse á la hermosa deidad.

Hablar mal de la moda, es moda. (p. 3a)

"Literatura pedestre" (233) es presentado por la redacción como "humorístico artículo del conocido escritor D. Eusebio Blasco, nuestro muy apreciable amigo". Por supuesto que, leído hoy, no hace reír pero su chispa epocal se cifra, como anuncia el jugoso título, en el contraste entre la decadencia del talento frente a la aceptación del público del auge de habilidades físicas como la del baile del bolero! La ironía se apoya en cierta suspensión inicial creada por la consideración de las partes del cuerpo donde ha ido cotizándose el talento hasta su deslizamiento a los zapatos. Tal degradación del gusto popular es también apuntada desde el campo culto de lo literario, con lo que confluyen los componentes del título:

La literatura, brillante en otras épocas, entonó elegías á sus pasadas glorias, pero sus cantos fueron ahogados por el ruido de unas castañuelas.

Otra literatura venia á eclipsarla, la literatura pedestre. (p.;2c)

El "bolero seductor" resulta ---cómo ironiza Blasco, con el lector apelado--- el consuelo de quienes, en vez de talento, están dotados de pies grandes, son calvos o se dedican al magnetismo y a la frenología. Tras varias formulaciones de absurdos parecidos que le permiten decir que "el bolero es el gran filósofo del siglo" y que lo que priva es que el hombre se gane el pan "con el sudor de sus piés", el autor se ceba

en las pretensiones expresivas del baile, para cualquier par de pies afamados es capaz de transmitir, por ejemplo, este "trozo de historia griega":

"Aquiles, que era un mozo muy echao palante, entregó la jeta á Júpiter, al recibir un pinchazo en el talón izquierdo". (p. 2c)

y en cómo afecta a los giros literarios y a las fórmulas de la oratoria ya que va a ser inevitable que todo discurso solemne concluya no con el "he dicho" sino con una alusión a la importancia del "arte de la coreografía en sus relaciones con la moral y el derecho" a la vista de que ocupa las mentes de las jóvenes generaciones. De nuevo, pues, un texto da cuenta de un uso y de la revisión crítica a que es sometido por el "cuarto poder" guardián de la sociedad y, una vez más, el grupo representado por el guardián queda definido en su función básica al dejar bien claro que lo de menos es la costumbre censurada o, incluso, los argumentos epocales aducidos y que lo importante es mantener activos mecanismos de conformación ideológica como son los artículos de costumbres. Si lo escrito por Blasco y la técnica y el tono empleados no bastasen a connotarlo, lo confirmaría el trato dado a la aceptación de un baile español frente a los múltiples ejemplos en que se clama contra la adopción de usos extranjeros.

"Un sueño" (234), de Galopín --pseudónimo asmodeico--, es relacionable, ya desde el título, con "Un sueño. Zaragoza en el porvenir".(235) Como aquel texto de 1863, éste de 1865 se caracteriza por las alusiones a Aragón y por un asmodeísmo argumental onírico, aunque la temática los separe radicalmen

te pues la de ahora es coetánea y política. La frase inicial da la clave de la ficción y de la actitud del autor:

La otra noche tuve un sueño ridículo. (p. 2d);

la final, igualmente escueta, liquida de forma convencional el viaje figurado:

Al llegar a ella [a la casa] desperté. (p. 3a);

entre ambas, sustentada básicamente en la reproducción de un diálogo y sin apelaciones al lector, se describe la escena que sucede entre el relator y "dos diablos disfrazados de fraile uno y de monja el otro". En la mesa que estos tienen delante

se ven un anteojo, un silbato ferrocarril y una vela de sebo puesta en el cuello de una botella de gaseosa... (p. 2d)

Con el anteojo, el relator contempla una locomotora que arrastra un tren de mercancías que el fraile quiere hacer descarrilar y la monja permite que continúe ya que los productos transportados producirán dinero y éste fiestas y éstas situaciones propicias para la actividad de los diablos. También contempla y oye a tres hombres que comentan la conveniencia de suprimir la lotería por las ruinas que ocasiona. A los diablos tampoco les interesa su supresión pues desaparecerían algunos prestamistas... El mismo plan rige la visualización de un baile de máscaras. Tras ésta, el relator cumple la orden de llamar con el silbato a un "diablillo con frac y sombrero de copa" que informa de las novedades de su "distrito": escasez de dinero que conduce a los préstamos y posibilidad de

ampliar la libertad de prensa y de que circulen más impresos contrarios a los intereses de los diablos. Marcha el del frac a cumplir órdenes y el fraile saca una petaca negruzca hecha con parte de su propia piel, ofrece un cigarro —no del gobierno, sino americano— al relator y tras aludir a su origen le pide información:

Dime, dime y dejemos esta conversacion, tú eres de Aragón, y aunque allí puedo hincar muy poco el diente, deseo saber lo que sucede. (p. 3a)

El relator comienza a dar cuenta de lo que se le demanda:

-[...] Hay poco de nuevo, Sr. diablo, lo único que se prepara es el aniversario de los que en el cinco de marzo... (p. 3a)

Pero es interrumpido bruscamente por el fraile para lamentar haberse comportado como un necio en aquella ocasión. Cuando el relator le comenta que "Dicen que vienen de la Corte unos Señores", el fraile zanja la conversación y despide al informante al tiempo que le entrega un recuerdo. La ingenuidad del artificio y la aceptable transparencia de los temas aludidos y de los personajes diabólicos —quizá los intereses y acciones de los reos— conducen a un final del artículo con implicaciones más crípticas:

Me entregó una caja que en seguida abrí, encontrando en ella, la petaca de su piel, un traje de fraile y un seis de hierro, junto á una palabra de ocho letras, cuya sola vista me causó hipo. Yo contento con mi presa marcheme á mi casa, no teniendo necesidad para hacerlo mas que ponerme el hábito. Al llegar a ella desperté. (p. 3a)

"Las preocupaciones" (236), de M. I. —probablemente,

Marcelino Isábal—, aunque parece no contar con el tono ni los rasgos costumbristas más habituales cae dentro del género no sólo por lo que tiene de repaso a la sociedad. Quizá por contraste con los artículos más próximos, su falta de apoyos ficticios lleve a entenderlo como mero texto periodístico. Pero si el leitmotiv del título no bastase para hilvanar todo lo aludido en las dos páginas del folletín donde —inusualmente— se aloja, en contraste entre viejas y nuevas generaciones que plantea como referencia lo convierte en un ejemplo de costumbrismo muy crítico por más que parte del plomo se debe a los arrestos juveniles del republicano Isábal. Con algunas notas de autofagia y constantes y variadas referencias al lector, a quien pide disculpas por las digresiones, habla con "franca sinceridad" y a quien supone que es joven, el autor —"apenas si la barba me apunta"— proclama la ubicuidad y el carácter proteico de las "preocupaciones". Tal forma de totalización apunta en la primera parte del artículo al descrédito de "los ancianos", cuyos lamentos tópicos enumera y acaba por volatilizar cuando sentencia sobre la vinculación de biología e ideología:

Estos venerables Jeremías achacan á decadencia social su decadencia personal.

Son ictericos que todo lo ven de amarillo.

Hombres de débil vista pidiendo que se abran las ventanas de la casa para que la luz penetre, cuando la falta está en las ventanas de su alma.

(p. 1d)

y cuando—globalización contra globalización— proclama el progresismo inherente al hombre social:

consolémonos con que sus ideas de decadencia son una preocupación mas, porque es lo cierto que de las cenizas de las generaciones caducas renace, nuevo Fénix, la eterna juventud que asegura las conquistas del presente y se lanza en el porvenir que un día, al borde del sepulcro, maldecirá también... (p. 1d)

El resto del artículo mantiene la tónica y la aplica a tres casos de sentido relativo a la luz del paso del tiempo de las implicaciones de los valores oficiales y de la distinta perspectiva que ofrece tener el poder o sufrirlo. El primero se refiere al prestigio que otorga la prensa a un político de la oposición y del que la priva cuando,

mas cuidadoso de su vientre que de su honra, se entrega en cuerpo y alma al gobierno en cambio de un destinillo de un par de miles de duros. (p. 2a)

El segundo, a la catalogación indeleble como "ladrones, bandidos, salteadores" que pesa sobre "José María, Jaime el Barbudo, Candelas, el Polvoroso" y sus acompañantes cuando salen al camino y "roban unas veces, asesinan otras, y otras roban y asesinan" frente a la denominación de "heroes," grandes hombres, ilustres capitanes" que se granjean personajes como Carlomagno o Napoleón cuando, al frente de un ejército, "asaltan los pueblos, hacen víctimas sin cuento". A la vista de estos "bandidos en grande", "ladrones gigantes" y "salteadores al por mayor", Isábal se pregunta sobre el origen y el uso del poder:

No es esto una preocupación, una inmensa preocupación que facilita la tiranía y santifica la barbarie de la fuerza? (p. 2c)

El tercero de los casos significativos habla de "una costum-

bre, bárbara resto de pasadas épocas", el duelo, para calificar de "aberración el hecho de

Crear que el honor está en la punta del florete ó en el cañon de la pistola! (p. 2d)

Efectuada la apasionada y juvenil denuncia de la claudicación ideológica, la razón de la fuerza y los valores asesinos y, consecuentemente, de la sociedad que se define por tales caracteres, Isábal alude a la cantidad de "preocupaciones" pendientes de análisis y —antes de acabar definiendo a la sociedad como un "conjunto de preocupaciones" más que de relaciones— sugiere al lector que las contemple a su alrededor:

dirige tu consideración á cualquiera parte, al individuo ó á la sociedad, á los viejos ó á los jóvenes, á los ricos ó á los pobres; entra en el hogar doméstico, en los talleres, en los cafés en los casinos, en los templos, en los paseos... (p. 2d)

"De la firma en los periódicos. Carta a Roman" (237) de Eusebio Blasco, trata de lo anunciado en el título mediante el artificio que indica el subtítulo e importa por lo que muestra de una sociedad basada —como los textos denuncian frecuentemente— en las apariencias, preocupada por la indefensión en que la sitúa el escrito anónimo. Más que el notable apego a lo inmediato —y la consiguiente falta de perspectiva costumbrista— lo que desdibuja a este texto es su tono discursivo y vehemente al protestar por ese rasgo "inoble", ilegal —y eficaz— de la ausencia de firma en los periódicos madrileños que zahieren al gobierno.

Un alumno de Zoología firma "El diputado. Apuntes para

su monografía". (238), artículo que concuerda con la preocupación política mostrada por Blasco aunque se distancia de él al revestir con eficaces atuendos costumbristas acontecimientos de cierta trascendencia pero bastante puntuales. En esta oportunidad, el móvil inmediato es el conjunto de "contradicciones, contrasentidas, ligerezas, injusticias y desaciertos", nada inhabituales, del Secretario de la gobernación, el nefasto José Posada Herrera, a propósito del apartamiento de José Varela Montes de su cargo de Administrador del Hospital de Santiago para reponer interinamente en su lugar al inepto canónigo José Varela Temes. Este había sido cesado en 1863 por una real orden —boicoteada por el alto clero y autoridades afines al carlismo— a punto de ser firme cuando cayó el gabinete Narváez. El escándalo del asunto es mayor desde el momento en que el desaguisado del canónigo es sancionado por un gobierno liberal. La crisis ética, económica y política del país es tan evidente y la actuación de personajes como Posada —cuya corrupción contribuyó no poco a la caída de Isabel II— tan sintomática que el autor del artículo puede decir sin paliativos:

Se ha hecho una grande ofensa al señor Valera de Montes; la justicia padece, su reputación no, porque hemos llegado á un punto, y se suben los colores de la vergüenza al rostro confesando esta verdad, hemos llegado á un punto en que los gobiernos no pueden quitar ni dar honra. (p. 3c)

Por las mismas razones, el autor no convierte su escrito en una sátira: denuncia explícitamente al alto cargo responsable pero no se ceba en el artífice inmediato de la injusticia obviando el nombre del diputado en cuestión y planteando la

crítica social como algo que afecta a todo el sistema coetáneo. Pero todos estos datos e ideas sólo quedan claros en el último tercio del artículo que, precisamente, nada tiene de costumbrista. Los otros dos tercios, por el contrario, constituyen un cumplido ejemplo de costumbrismo en lo que suponen de técnica del género y de tratamiento periodístico-literario basado en la ironía de un caso que podría haberse liquidado mediante una denuncia directa y aliteraria. El conjunto del texto es armonioso aunque extrañe pues su segundo tercio sirve de gozne entre la denuncia paladina final y la fisiología canónica del principio ya que constituye un desarrollo por menorizado de una de las especies descritas, precisamente aquella a la que pertenece el innominado diputado. Así —y siguiendo el orden de lectura—, el autor, con mucha destreza, plantea en la introducción la referencia de las ciencias naturales, el evolucionismo y la selección natural para explicar los fenómenos del "mundo moral". El filósofo, como el naturalista, se encuentra en su estudio con fósiles como

El juez de un tribunal secreto,
 El rey de derecho divino,
 El regidor perpétuo
 El covachuelista,
 El fraile,
 El mayorazgo,
 La manola. (p. 2a)

y aprecia que su espacio ha sido ocupado por nuevas especies:

El rey consorte.
 El jugador de bolsa.
 El falseador de billetes de banco.
 El empresario de obras públicas.
 El secretario de ayuntamiento.
 El periodista.
 El diputado á Córtes. (p. 2a)

A tan hábil forma de cifrar literariamente las diferencias entre el Antiguo Régimen y el Nuevo con este sugerente compendio de tipos perdidos y tipos hallados --como diría Mesonero-- sigue un perfecto camuflaje del lugar común costumbrista de la dificultad de la tarea que se le presenta al autor. Este sugiere lo "curiosas y útiles" que serían las "monografías" de los nuevos especímenes y --sin olvidar la terminología pictórica aunque la contextual es científica-- comenta:

Empresa es esta muy superior á las fuerzas del que va trazando estas líneas, que ni tiene vocación de retratista, ni pulmon apropiado para vivir como era menester en la atmósfera de los personajes retratados. (p. 2a)

El subtítulo del artículo encuentra su sentido ahora, cuando el autor propone su trabajo como unas notas testimoniales, lo que, al coincidir con uno de los móviles de las descripciones costumbristas, permite disfrazar la ironía crítica de actitud científica:

¿Y por qué escribir lo que todo el mundo sabe? Precisamente porque de resultados de saber todas las cosas muy sabidas, suele no escribirlas nadie, y el historiador de mañana imaginará lo que todos sabían hoy. (p. 2b)

sin dirigirse al lector sino al supuesto "sabio naturalista" que ha de redactar la monografía del tipo selecciona a partir de esos apuntes, todavía lanza algunas pullas a quienes, pudiéndolo hacer, no aclaran los entresijos de lo denunciado y deja constancia de las coacciones que le impone la censura. Finalizada la no breve introducción, el autor comienza la fa

se nuclear de la descripción del tipo según el modelo de las fisiologías:

El diputado á Cortes puede dividirse en tres especies que se subdividen en otras muchas variedades; (p. 2b)

pero, en realidad exhibe cinco: el amante de la patria —el único salvado de la quema y, por lo tanto, catalogado como casi fósil—, el vanidoso, el ambicioso, el fanático y el calculista. En la pormenorizada pintura que se hace de este último se le identifica de entrada:

Quiere conseguir un destino, avanza en su carrera, colocar á los suyos, ser ministro, ó hacer más fáciles y lucrativas sus especulaciones y mejorar el estado de sus negocios. (p. 2c)

Se apuntan sus variedades: "ó lo es por la influencia del gobierno, ó tiene distrito"; se revela el lastre, constituido por los compromisos adquiridos para ascender, que le impide actuar limpiamente y le lleva a una sucesión de injusticias para poder pagar los favores ya que

El diputado calculista es producto de una guerra mas que civil, de una guerra doméstica, en que los ejércitos son bandos, las banderas nombres propios, las armas astucia é inmoralidad, los móviles personales, la estrategia, cinismo, la cólera concentrada, el objeto mezquino como el teatro, el odio con el sello permanente del egoismo, el combate una vergüenza, y el triunfo un aprobio. (p. 2c-d)

Se le adscribe a lo grotesco y al sainete —"aunque sus consecuencias responden al drama"— al comentar cómo consigue ser elegido; se le considera falto de dignidad y de vergüenza; "desmoralizador en alto grado", "hipócrita de libertad, de orden ó de religión" y

Diputado por La nación.
 " La provincia
 " Su distrito
 " Su pueblo.
 " Sus amigos
 " su familia
 " Su casa.

(p. 3a)

Se le localiza en todas las provincias de España, se indica lo fácil que es dar con un ejemplar y cómo conseguir su conservación —"se logra como la de los anélidos (sanguijuelas)"—, se le rebaja de lo animalesco a lo inanimado —es ubícuo, como el hierro— y, por fin, se aclara su funcionamiento social con nuevas ironías científicas:

El bien se lleva á cabo muchas veces, pero es raro que se consume el mal, sin diputado; y esto se comprende recordando lo que hemos dicho; su composición química desdeñada tiene que dar lugar á desdichadas reacciones. (p. 3a)

Con un breve párrafo en el que se recuerda la interrelación del diputado y el gobierno, se efectúa la transición al último tercio del artículo, dedicado a un ejemplo, entre los reacios,

está chorreando ligereza, inconsecuencia, arbitrariedad, injusticia y descrédito para el gobierno.

(p. 3a)

4.3.3.4.- La grisácea existencia del ciudadano medio a través de la "Revista de la semana" de El Bachiller Pero Ponce (y su vecina): modas, bailes de sociedad, ritual amoroso, crónica ciudadana, jerga amorosa, tertulia, teatro, taurofobia, hitos sacros y profanos, baños de verano, escenas en el paseo, tono pazguato y sermonario, narcisismo del periodista (1863-1864).

Aunque en otros periódicos es habitual la sección y parecidas sus notas, la "Revista de la Semana" de El Anunciador forma una serie compacta sustentada por un tono, una ficción anecdótica y unas técnicas constantes. En ella se incluirían hasta veintidós entregas, casi siempre dominicales, mediante las que El Bachiller Pero Ponce consigna una crónica ciudadana en tono menor de noviembre de 1863 a julio de 1864 que afecta a la grisácea existencia del grupo social más próximo a los intereses del periodista jalonada por los hitos anuales profijados por el calendario litúrgico y el ritual burgués y apenas sobresaltada por los ecos de sociedad. El conjunto es un testimonio de las costumbres e inquietudes de las clases medias zaragozanas a lo largo de una temporada y, desde el punto de vista costumbrista, una muestra híbrida del género literario y la reseña de la actualidad. En lo particular, hay entregas plenamente costumbristas y otras que no lo son en prácticamente nada. Todas se hermanan por la suavidad y la prevención crítica y por el motivo de la pareja. Esta se configura como un filtro atemperador de la información: el relator, por lo general recluido en su habitáculo, dialoga con su innominada vecina de ventana a ventana; es ella, pues, la que suministra los datos y la que cumple la función de sintonizar con las preocupaciones urbanas y sus pro

tagonistas seleccionados por el autor.

*"Apercibimiento" (239) es el programa de objetivos e intenciones de la serie. Dirigiéndose como será norma en cada "Revista de la semana", a los lectores, el autor lanza por delante el motivo de la dificultad de la tarea que emprende, se arroja en recuerdos cervantinescos que afectan a su autocaracterización esmodeica —bachiller, oropenso a las travesuras, husmeador, escudriñador, descontentadizo, con humor negro, anticuado—, objetiva este distanciamiento crítico en el pseudónimo ahormado en el contexto salmantino del Siglo de Oro, no se priva de referencias autofágicas el desarrollo de la entrega y apunta la toma de contacto en un pseudodiálogo —"soliloquio", dice él— que prefigura el desdoblamiento que mediante la vecina adoptará en adelante y, tras aludir a la presumible parquedad de la materia prima —"Zaragoza está en un marasmo sepulcral"— y a la posibilidad de solucionar tal problema dedicándose a la crítica teatral —que llevará a cabo El Licenciado Brandalagas (240)—, anuncia:

sirva esto de apercibimiento; sepan cuantos se ocupan en pasar sus ojos por las modestas páginas (¡si quiera columnas!) del exíguo y manso de condición, ANUNCIADOR, que el Bachiller Pero Ponce, piensa, imagina, medita, calcula sacar á la luz del día todas aquellas observaciones que vaya haciendo por esos mundos adelante.

Él contará á los curiosos los sabrosos y salpimentados cuentecillos que recoja por la vecindad:

Él dirá á las niñas, los proyectos de bailes, ruidos, y morandengas que se preparen y hasta contará con solapería los matrimonios que se vayan urdiendo á la chita callando.

Él os dará su opinión sobre teatros... (pp. 5-6)

* "Una vecina morena y linda" (241) supone el establecimiento de la forma literaria y técnica de toda la serie: establece el rasgo costumbrista del tipo de la vecina que fundamenta el perspectivismo que

brota entre dos edades, dos mentalidades, dos maneras de vivir y de recibir, transformar y transmitir la información a la par que amaña en una leve anécdota la hipotética variedad temática. También puede tomarse como muestra media de lo que reservan las siguientes "revistas": el relator apela al destinatario; reflexiona sobre los días transcurridos desde la cita anterior; pondera la dificultad de extraer de ellos el material para la presente si quiere proceder como "historiador" prescindiendo de invenciones; se ubica física y psíquicamente —en su casa, meditando—; quiebra tal linealidad con la aparición de la vecina en la ventana; desarrolla el diálogo que llena casi toda la revista en el que la vecina le confirma en sus rasgos asmodeicos —carretea, es curioso—, él le expone la dificultad que tiene para complimentar el informe y le sugiere solventarla hablando de los amores que la desvelan, ella —formulando a su modo el principio del "pinto, no retrato"— le responde que eso es materia particular y que en ese caso, podría asumir el papel de revistera directamente, le comenta el chisme inevitable —los preparativos, vistos con envidia, de la vecina de abajo para el concierto—, es requerida por su madre para que zurza unos calcetines y se retira de la ventana; se dirige entonces el relator a los lectores por lamentar —nueva presentación de la "dificultad" y prueba, ya que no denuncia, de la mediocridad de la sustancia más que de la ineficacia de las técnicas arbitradas— el ridículo testimonio histórico que constituiría limitarse a hablar del tiempo, de cierta animación en el teatro, de la carencia de tertulias y del retraimiento invernal de los rituales amorosos y acaba la revista intentando crear alguna expectativa mediante la alusión a un asunto al que sigue la pista.

* "La enfermedad de la vecina" {242} tiene de costumbrista el marco y algunos de los rasgos inciertos de la entrega anterior: ubica-

ción del relator en su restringido alojamiento; apelación al lector; dificultad por la falta de noticias; autocaracterización como ente extraño, malhumorado y, aludiendo a Diógenes, como hipocondríaco, solitario que funciona como referencia y guía social; anécdota que consiste en que tras cuatro días sin ver a la vecina, ésta sale a la ventana y le habla de bailes, funciones litúrgicas y otras menudencias poco desarrolladas.

* "Doña Tribulación y la lotería" (243) supone alguna novedad: el relator evoca lo que significa para la ciudadanía a quien se dirige el mes de diciembre y sus celebraciones; protesta por la dificultad de su tarea; entabla un diálogo sobre la lotería con el público, a quien personifica; introduce el personaje auxiliar nuevo y luego apenas explotado de Doña Tribulación que vive en un zacuzamí próximo, es vieja y algo bruja y gracias a cuya actuación se logra dar un tratamiento costumbrista a "la más general manía" coetánea que es la lotería; prescinde luego de la anécdota y comenta bailes y rumores de bodas próximas y de noticia —con comentarios golófobos por la importancia del uso— de la inauguración de una tertulia en la casa de "una de nuestras damas principales".

* "Nochebuena" (244) presenta el ambiente próximo a tal celebración; tras apelar al lector y evocarle lo que supone la fiesta con la simple alusión a las golosinas y los aguinaldos, le pide permiso para dirigirse a la vecina; dialoga con ella, que se muestra coquetamente —ofendida por haber sido rélegada, aunque de forma provisional, como fuente de información frente a la celestinesca Doña Tribulación —¿este personaje podría haber reorientado sociológicamente la serie?— y se entera de la ocasión para los contactos galantes entre pollos y pollas que suponen funciones religiosas como las celebradas para la Con

gregación de las Hijas de María, de cuchicheos sobre matrimonios desiguales y de otros asuntos de falda. La revista termina con una nota de autofagia: al relator le reclaman el original para imprimirlo.

* "Pascua" (246) puede conceptuarse como un convencional artículo de costumbres a pesar de contener elementos poco canónicos en su tramo final, donde, simplemente, se refieren costumbres y donde el autor está muy cerca de dar consejos paternales. Tras unas pinceladas sobre lo que significan las fiestas navideñas para niños, anciano, doncellas y escolares, El Sachiller lo sintetiza en comilonas, aguinaldos y propinas. Al llegar al tema del aguinaldo, ya visto como algo temible en la revista anterior, el artículo emprende un camino muy similar en el tono —las preceptivas y, en el fondo, entrañables protestas económicas— y en la anécdota —el rosario de pedigüños— a la mayoría de los textos que todos los años tratan este uso. Quizá debido a esta pauta, aquí se prescinde de los tipos auxiliares aparecidos y su lugar es ocupado por el fámulo que, ya a las ocho de la mañana, anuncia al relator la presencia del primer felicitador: el repartidor del periódico. Siguen, menos desarrollados, los asaltos

del cartero, el sereno, el aguador, el sacristan de la parroquia, el pelucero, el portero de mi casa, el del casino, el del teatro, el de la oficina y las de todas las puertas del orbe... (p. 5).

cada uno con sus "memoriales en diferentes prosas y versos". El relator cumple religiosamente con su parte del ritual quejándose y, en atención a las distancias, trayendo a colación incluso a Ovidio —aunque mal citado— ante la merma de la bolsa y las atrocidades que lee. Luego, ya sólo se apuntan, si bien están referidas al propio relator, costumbres como la colación a que está invitado por un amigo

que según me dijo tenía preparada la consabida sopea de almendra, caldo crudo y cocido, alguna otra verdura y unas tablas de turrón de avellanas y de quirlochê, frugal refacción que tendría á las nueve, como lo hicimos, yéndanos después á la misa de galla. (pp. 5-6)

Un comentario sobre la falta de decoro en la iglesia —afección habitual en el autor— que ocasionan los fieles que asisten a esa misa algo borrachos motiva probablemente que el siguiente párrafo carezca ya de cualquier rasgo de ficción literaria aunque conserve la ironía. En él habla el Bachiller de las visitas que al día siguiente es normal efectuar entre amigos para felicitarse las pascuas y agradecerse las "colaciones o presentes que se han enviado" —mazapán, pavos, botellas—; en los dos restantes del artículo la ironía ha sido sustituida por una mezcla de felicitaciones y lugares comunes sobre la reflexión y el cambio de vida que propicia el nuevo año, lo que puede ser testimonio de un uso aunque no se presenta como tal.

* "Los estrechos" (246), denota la costumbre pero no la trata desde el punto de vista costumbrista. Con una explicación farragosa y sin gracia quiere el relator excusarse ante el lector por no haber escrito antes debido a un catarro. El frío reinante en Zaragoza que lo ha ocasionado le lleva a recordar que las niñas permanecen herméticamente encerradas en sus casas y tras los cristales después de mencionar el obstáculo que supone para el ejercicio del consustancial fisgoneo del revistero. Una forma intermedia de hacer crónica de la celebración de los estrechos y de evocar el viejo uso entre lo más sustancioso del texto que se completa con algunas anécdotas y alusiones a los Reyes Magos y a la proximidad del Carnaval.

* "El baile de la Asociación de Señoras para la hospitalidad domiciliaria" (247) contiene algo de crítica descriptiva de las modas fe-

meninas y —desde dentro— del ritual de autoselección de los asistentes a los bailes de sociedad pero se aleja del costumbrismo al carecer de la perspectiva temporal y de actitud irónica. La apelación al lector y el tópico de la dificultad dan caso a la aparición de la vecina para suministrar materia mediante un diálogo del que se desprende que es rubia; lleva adornos de tela en el pelo y elementos del atuendo como zegalejos y guardapiés, que están de moda y sufre, al igual que todas, la cárcel del calzado —ahí se desliza alguna nota irónica al salir a relucir los sabañones— e, igualmente, el conjunto de expectativas que promueve un baile de caridad o del Círculo Zaragozano entre "lo que ahora llamamos personas decentes." Para finalizar, el relator comenta a la vecina, al despedirse de ella, y luego al lector —rasgo de autofagia— el propósito y el hecho de trasladar al papel la conversación sostenida.

* "El carnaval" (248) se caracteriza por un tratamiento tan envarado y solemne de actividades importantes para un grupo reducido de la sociedad —al del lector medio en que piensa siempre el autor— que adquiere un aire marcadamente provinciano: el baile anunciado en la revista anterior y las ilusiones de las pollas. Con preterición, el relator reflexiona sobre lo trillado que es hablar del Carnaval; acomete la crónica del baile inaugural de ese conjunto de usos sociales; recurre al diálogo con la vecina —que tiene 16 años— ya que él no lo presencié por ser "carimustio" y no tener "buen humor" —caracterización asomodeica y posible crítica velada—; la vecina informa sobre cómo concurrió lo más escogido de la sociedad y comenta con su interlocutor los próximos bailes del Círculo; tras indicar que la vecina es requerida por su madre, algo habitual de la anécdota, el relator se desdice del lector, también como hace siempre.

* "La careta" (249), excepto por el marco y las pautas de la serie —apelación al lector, "dificultad", diálogo con la vecina informante—, carece de elementos costumbristas. Lo novedoso sería que se da en el zaguán el encuentro con la vecina, que ésta le echa en cara su vemente al relator su condición de laudator temporis acti y que el autor adopta un tono exultante, belicista y bufamente pseudorrevolucionario en la glosa del triunfo del carnaval y de su lema "broma a exteriorismo".

* "La cuaresma" (250) es crónica ciudadana más evocación de costumbres y, por lo tanto, poco costumbrista. El relator, con pose de malhumorado porque llega la Cuaresma, se dirige al público femenino para condolerse por las jóvenes que van a verse privadas de los bailes; avejentándose, evoca y enumera los bailes según se fueron sucediendo en la moda:

El alcanzó la Zerabanda y la Chacóna en sus buenos días; mas tarde la Pebana y la Alemana; vinieron luego Los Minuets, el Britano, las Contradanzas, Rigodones, Escocesas, Mazurcas, hasta que han llegado la Rika, las Habaneras y Lanceros...
(p. 2c);

habla de lo que es permisible llevando máscara; reseña los bailes —dice estar enterado del celebrado en el Círculo por su vecina—, comenta su ambiente e insiste en que la información procede de la fuente habitual. Al no haber diálogo con la vecina —sí que se reproducen los característicos del baile—, la ficción de la intermediadora se desvanece y es demasiado evidente que el autor relata directamente.

* "Sermones y morisquetas" (251) también es mediano. Excepto en la mínima y convencional despedida final de los lectores, el relator se atiene a la ficción del diálogo. Este está dedicado a la reseña

del baile del domingo de Piñata y a las costumbres amorosas practica-
das durante los sermones. La actitud anticuada del relator se herma-
na con la prescrita por el calendario litúrgico hasta el punto de que
se lo ocha en cara la vecina —"ya me predicará V. otro rato, que me
llaman"—, quien le pone al día en jerga amorosa:

allí la conquista: él empezó á osearla, ella le hizo cara, y
principiaron los telégrafos: pero no crea V. que llegue á
casaca; eso no pasará de babeo: ocho días hace que se cono-
cen y ya estuvieron de nonos, porque él creyó que ella le
daba marro por un cadete que hacía esquinas y le amenazó
con tronar pero ya han vuelto

... ..

!Hoy se hace el amor, se hace música en los soirées, y se
hace furor...! (p. 3b)

* "Arrepentimientos" (252) no es costumbrismo, sino crónica ciuda-
dana. En él se evoca la cuaresma con el tono clerical ya insinuado.
A propósito de las confesiones y la necesidad de arrepentirse plantea
algunas notas de crítica social que afecta a lo económico y a lo feme-
nino. El diálogo, que trata del recogimiento y el ayuno, alude, en-
tre los que se avecinan, al banquete del cinco de marzo en cuya cele-
bración participa el padre de la vecina preparando el brindis y apres-
tando su pañuelo "de seda que tiene en medio el retrato de Duque", prue-
ba del enraizamiento de la efemérides, por la que ella muestra un vi-
vo interés:

-[...] también á mi me gusta oír hablar de esas cosas, por-
que aunque mujer, soy zaragozana, y me entusiasma todo lo
que toca á mi ciudad. (p. 2c)

* "La Cincomarzada" (253), sin salir de la tónica más frecuente
de la serie, presente algún detalle novedoso. El relator cifra lo más
importante de los días transcurridos en la celebración de la Cincomar-

zada. Tras ella, todo ha sido calma y de ahí la dificultad para cumplimentar la revista. La anécdota varía algo: ve desde la ventana a la vecina y a sus padres —a quienes describe— que vienen por la calle de tomar el sol después de asistir a un sermón. El diálogo, ya de ventana a ventana, trata de las conversaciones que sustituyen a las tertulias, paralizadas, y a los bailes y de lo que traerá la Pascua: los toros, contra los que se manifiesta el relator. Los ruidos de los platos que anuncian la comida hacen que la vecina se retire. El relator concluye la revista haciendo referencia a su redacción y a la patrona que le llama a la mesa.

* "Dolores y Pepitas" (254), con algunos desajustes técnicos que afectan a la coherencia de la anécdota y sin el diálogo habitual —aunque se dice que la informante sigue siendo la vecina—, es una revista con bastantes elementos costumbristas. Se dirige el relator a las lectoras; felicita a las Dolores y Pepitas; reflexiona sobre el contrasentido de dar parabienes a quienes se han acercado un año más a la muerte; con un rasgo de autofagia decide abandonar la reflexión; literaturiza la mención de la celebración de la onomástica contando la de la amiga de la vecina, Pepita, y la del padre de ésta, D. José; describe los preparativos que doña Mamerta, la madre, lleva a cabo:

una gran fuente de natillas y otra de monte nevado, sin contar con la docena de agujas que compra en la pastelería antigua... (p. 2d)

y cómo para ese día D. Pepe: los ciegos rondadores, las propinas, las dos misas, recepción de los que van a felicitarle personalmente —no a través del uso nuevo de las tarjetas—, el agasajo con bizcochos, azucarillos,

una copa de Mistela de Magallon ó de Ratafia de guindas...
(p. 2d),

la comida, el ramillete —entre otros regalos— a la hora del postre... e interrumpe bruscamente la descripción para hablar en términos de cronista y predicador del Miserere de San Pablo y de otras iglesias, lo que le lleva a quejarse de los arrullos amorosos que en ellas se contemplan. Se despide de sus lectoras, bosqueja los acontecimientos de próximos y alude —autofagia— al propósito de transcribir lo que observe.

* "Un lego pur sang" (256) es una de las revistas más alejadas del costumbrismo. De él sólo tiene el rasgo asmodeico de la presentación del firmante accidental: El hermano Meliton:

soy curioso como una comadre y charlatan como un sacamue-
las... (p. 3a),

quizá, también, el motivo de la dificultad; aquí formulada de manera curiosa pues radica, más que en la falta de noticias, en que el lector las conocerá todas ya que "la gente de hoy es tan fisgona que todo lo averigua". La sustitución tiene como causa algo que explica la continua nota religiosa del titular de la revista: éste ha ido a Roma a ver las funciones de Semana Santa. En lo que queda del texto, Meliton alude a los forasteros que han llegado a Zaragoza a propósito de lo mismo, a los toros —tema en el que prefiere no ahondar—, a la afluencia al teatro en las funciones de Pascua y a un concierto de guitarra "en el nuevo teatro del Circo", donde sufren estrecheces los que ocupan lunetas y malos olores los que están cerca "del lugar escudado".

* "Amor de militar" (256) carece de técnica costumbrista. El día

logo con la vecina se da de forma directa, sin presentación. Ella teme haber sido olvidada. La charla alude a los toros —"ya es hora de que cese tan bárbara diversión", dice él—, a las tertulias —la jerga amorosa a propósito de la expresión "hacer el oso"— y al hueco que los corazones femeninos experimentan tras la marcha de los regimientos del Infante y de Isabel II. Antes de la esperable autofagia final, es el mismo relator quien da por terminado el diálogo.

* "La primavera" (257) encierra algo de costumbrismo en su diálogo. Se inicia la revista con una reflexión sobre la naturaleza y las pollas que aligeran las ropas, fenómeno que el relator censura jocosamente al aludir a los peinados de moda, a los sabañones y a las narices. Aborda luego el lenguaje mímico del amor y se centra en los planes de verano. Esto —excepto la mención de las tertulias al final y la carencia de despedida y de autofagia— es lo que constituye el cuerpo de la revista en forma de diálogo que sirve de ilustración. Establecido no entre los interlocutores de siempre sino entre Juan —nombre dado como simbólico para un marido— y su mujer, constituye una aceptable esdema por lo que tiene de representatividad, literaturización de inquietudes burguesas no aireadas en la serie y aun por su gracejo.

* "Las sillas del Salón" (258) se ajusta al calibre medio del costumbrismo visto y, al margen del diálogo con la vecina que trata de bodas y amoríos y contiene lo que, a modo de ejemplo ella narra —como si fuese una historia o cuento, con diálogos incluidos— sobre un lance sucedido en el paseo zaragozano y la alusión final del relator a que no transcribe todo lo que le contó la vecina, al margen de esto, lo más sobresaliente es el desarrollo inicial del motivo de la dificultad pues el lamento, porque ni la vecina ha tenido acceso a nuevos chismes ya que no los ha habido, se transforma en una breve teoría que

vincula prensa y costumbrismo y, como late siempre en el tópico de la dificultad, pondera la meritoria —en realidad, la lógica— labor de los periodistas.

* "Mayo" (259) no tiene casi nada de costumbrista. Es pura crónica ciudadana. La vecina no figura. La presentación es la rutinaria alusión a mayo, sus flores y —era inevitable— sus misas; se evocan las festividades y costumbre primaverales conservadas y, para lamentarlo, las desaparecidas; se da por supuesto que todo es motivo de alegría excepto, para las jóvenes, la marcha del regimiento de caballería, lo cual se ilustra mediante la transcripción de un breve diálogo oído en el paseo por el relator y éste —inovador!— se despide no por falta de material sino de tiempo.

* "Los baños" (260) sí que es costumbrista. El relator comienza hablando directamente sobre el verano y las necesarias vacaciones para paliar el calor dadas las ventajas que, a pesar de sus inconvenientes, ofrece el viaje frente a la estancia en casa. Como ejemplo, trae a colación el de su vecino D. Pánfilo —nombre simbólico— que habita en casa de la vecina, es "un señor gordo y colorado", "de puro bonachón se cae a pedazos", está casado con una mujer más joven "que aun se conserva fresca y regularcilla" y tiene una hija "monuela y elegantona". Con técnica nueva, pues la oportunidad de acordarse de D. Pánfilo proviene del diálogo con la vecina que aún no ha transcrito, el relator se retrotrae al origen de la anécdota introduciendo, según suele, la charla con su interlocutora —ahora recordada como la informante de toda la serie y denominada "U...." —que consiste en una escena más rica y pormenorizada que la de *"la primavera" y también más graciosa según se ve cómo madre e hija dominan el cabestro de D. Pánfilo. La extensión de la anécdota impide —según dice el rela-

tor-- hablar de lo ocurrido en Zaragoza; además, la vecina es llamada por su madre para cenar. El relator concluye la revista despidiéndose de ella y de los lectores.

Quizá porque El Bachiller Pero Ponce también se ha ido a los baños la serie llega a su fin y es La Vecina quien firma la última revista, rotulable * "Amadero de verano" (261). Esta es su importancia y no lo que pueda tener de costumbrista, que es poca. Su forma literaria es la de una carta dirigida al Bachiller de la que es testigo el lector y en la que parece volatilizarse la ficción tan sistemática mantenida pues la vecina llega a opinar más segeramente que El Bachiller sobre lo que ha oído. Evidentemente, la revista no puede tener la estructura habitual basada en la charla. Comienza la firmante con muestras de afecto hacia el destinatario ficticio; relata luego cómo visitó el salón, "delicioso amadero de verano" para las parejas en la edad de aprestarse al matrimonio y transcribe dos diálogos oídos en su pasear vigilado por la doméstica, anécdota que clausura argumental y críticamente de manera inesperada:

Me levanté cansada de oír tanta necesidad... (p. 3b)

También sorprende, porque tiene las trazas de un lapsus técnico que afecta a la verosimilitud del tipo de la vecina, que ésta se distancia de lo escrito con una nota autófega que sería más propia del Bachiller:

me fui á casa y tomé la pluma para darle á V. cuenta de mis impresiones nocturnas. (p. 3b)

El resto de la revista es, de hecho, una agenda de los actos que van a tener lugar ese domingo en que se publica, a la que se añade, como evidencia de la interrupción de la serie, un saludo sintomático:

Con que si llega EL ANUNCIADOR por esos apartados sitios donde V. se halla, y no le ocupa á V. mucho tiempo la contemplación de las bellezas de la naturaleza, no sea V. estafalarlo ni lunático y dedíqueme algunos renglones... (p. 3b)

Quizá sea la confirmación de lo insinuado en la parte introductoria:

¿quién sabe á donde se hallará V. Sr. Bachiller, llevado por las rigurosas leyes de la caprichosa moda?, despues de haber dejado entre nosotros tan buenos recuerdos y sin llevar acaso el sentimiento de abandonarnos. (p. 3a)

4.3.4.- Otros periódicos aragoneses (1862-1874).

4.3.4.1.- Prensa zaragozana.

4.3.4.1.1.- Hasta la Revolución.

4.3.4.1.1.1.- Escasez de artículos.

La Crónica de Aragón, de la que sólo se conservan diez ejemplares —del 2 al 10 de abril de 1862— publica reseñas teatrales firmadas por Merlín, poesías y leyendas en los folletines, gacetillas de algún interés, aquí su autoría, como "Caducidad de la moda" (262), versos paródicos de los de Jorge Manrique debidos a Marcos Zapata, que es el secretario de la redacción y, entre lo que más se aproxima al costumbrismo, "Gaspar á su amigo Baltasar, de la Corte" (263). El texto, a pesar de ser anunciado como "Costumbres" no alcanza la plenitud genérica ni con su prometedor aire de serie epistolar entre Zaragoza y Madrid ni por ampararse en el recuerdo de Fíguro a propósito de lo que le ocurre al relator, embarcado en

un amor viejo vestido de joven, ó como decía Larra, hablando de la difunta, con traje pequeño para un cuerpo grande.
(p. 3d).

ni por su andadura —meandros y autofagia para sugerir la verosímil dificultad de comunicar algo censurable— ni por su tono, entre la pu lla irónica y el humorismo. Con todo, el tema lo propiciaba: el rela tor, ya maduro —a avejentado al modo costumbrista—, se ha enamorado de una joven caprichosa que le obliga a practicar la esgrima y le pone a su perrito Zelín cuando pasean por el Salón de Pigeatelli. Que Baltasar oficie de consultor es lógico desdoblamiento técnico para que la crítica apunte al uso social y no al autor.

La Gacetilla de Zaragoza —1 (L, 1-V-1865) a 23 (J, 25)—, cató lica, contiene poesías de Julio Monreal y Constantino Gil, un folle tín de Fernán Caballero y una "Revista de la Semana" redactada por Quien V. quiera, pero nada costumbrista. Lo mismo hay que decir de los pocos ejemplares conservados de El Rayo, El Instructor y El Ebro. (264).

4.3.4.1.1.2.- La serie "Fraseología contemporánea". Colaboraciones de José Solgas. El costumbrismo ultraconservador de Marino Layta y Moya.

El pro-carlista La Perseverancia que sustituye a La Gacetilla —cf. Fernández/ Forcadell, 1979, 63— desde finales del año —2 (S, 2-XII-1865)— hasta los días de la "Gloriosa" —908 (S, 26-IX-1868)— es una interesante muestra de cómo la ideología no actúa como elemento decisivo a la hora de juzgar si un artículo es costumbrista. Tras varios textos sobre la blasfemia, la murmuración, el respeto a los an cianos, los peligros de la masonería y toda clase de temas neo-católi cos sólo aligerados espacialmente por la "Revista de Madrid" y lite rariamente por el material novelesco que coexiste en el folletín con

historias de la Virgen y discursos de arzobispos (265), se publica una extensa serie, no conservada en su integridad, que lleva por título "Fraseología contemporánea" (266). Amparada en lemas de Forner y Espronceda, pasando por Marcial y Bartolomé Leonardo de Argensola, que, evidentemente, no darían ninguna pista, su cariz ideológico es ultraconservador tanto en el planteamiento global como en los detalles. Pero esto no sería obstáculo para que el conjunto de entregas fuese una serie costumbrista a propósito de usos lingüísticos coetáneos. Sin embargo, no pasa de ofrecer rasgos aislados del género y, sobre todo, se autoexcluye al carecer, excepto dos o tres detalles aislados, de ironía. También le falta la estructura característica que fraguaría una anécdota a partir del desdoblamiento del relator pues ni presenta esmodelismo ni establece los contactos canónicos con el lector. Ahuyentado, por supuesto, el gracejo que tan entente suele propiciar, los textos que alguna vez prometían la pintura de tipos o escenas siempre concluyen con un refuerzo político, moral y religioso de lo avanzado en las primeras líneas y recordado sin cesar por una pluma neo-católica. A ello se une algo en principio nada discordante con el costumbrismo, como es el ampararse en un cientifismo lingüístico y en la erudición. Pero, al funcionar por analogía como referencia para afianzar las ideas ultraconservadoras del autor, impide la potencial captación del lector y merma considerablemente la técnica. Y en cuanto a la verosimilitud del enjuiciamiento, más que defender la pureza del castellano —que propone como símbolo de la corrupción del sistema—, lo que es realidad se produce es un rechazo inconcebible del sentido figurado de los términos y expresiones comentados, rechazo que es correlato cabal de la intransigencia mental del autor.

En "Atrocidad. Barbaridad. Horror. Ferocidad. Espanto" (267), que es el "Artículo II", ya queda claro que el objetivo es combatir

ardorosamente la decadencia de las costumbres, el "instinto materialista" del siglo XIX y el "virus de los partidos militantes anticatólicos", como dice en "Francamente" (268) y complementa en "Gracias" (269) al acometer contra el "frívolo lenguaje" con otro que quisiera sembrado de jaculatorias y catequísticas notas galófobas.

Algún rasgo costumbrista hay en el artículo V, "Soberbio. Magnífico. Sublime. Divino." (270), así, los apuntes de escenas que quieren mostrar el envés de lo conseguido por la "escuela sensualista" de los "modernos filósofos" y contrastan la autosatisfacción de quienes salen de la sesión de ópera con un carro de basura, la dama lujosa con los pobres que podría divisar desde su casa y las noticias optimistas que un ciudadano medio lee en el periódico con el hundimiento de sus escuelas, el apedreamiento de su balcón y las blasfemias que suben desde la calle. También tiene elementos costumbristas aislados "Formalmente" (271). Para hacer ver la falsedad universal, el autor insinúa escenas de timos, seducciones amorosas, demagogia política, coquetería femenina, hipocresía de los partidos y plazos y compromisos incumplidos. A estos "ejemplares de informalidad é inexactitud" se añaden frases que son "corolarios" de tales "vicios" y pruebas de la vanidad y el orgullo del siglo. Lo que, con la técnica adecuada, sería costumbrista en "Señor. Don. Caballero" (272) se cifra en el tema de la manía del don y en los atisbos irónicos con que se menciona, entre otros, al "señor barrendero"; pero el artículo tiene un final inequívoco: esos tratamientos si hay que aplicarlos a alguien con propiedad es a Dios, "Quoniam tu solus sanctus...". Como oratoria de púlpito queda "Centro" (273), contra la tendencia, copiada de Francia, de las asociaciones e instituciones que son propias de un sistema democrático y contra la desamortización, enemigos que no teme un autor que sabe que el árbol de la impiedad será arrasado según ha profetizado el Pa-

pa. En "Si. No. Qué se yo" (274) se evoca inicialmente el juego de prendas propio de niños y, atravesado un concienzudo sermón, se ofrecen ocho ejemplos de preguntas y respuestas —no se puede hablar de diálogo pues carecen de réplicas— contra lo que el férreo autor juzga ambigüedad en el proceder y que está a punto de tratar con ironía al convertir las neutras ilustraciones en rehiletes que apuntan a temas como la Milicia Nacional.

Posiblemente donde más se ronda el costumbrismo es en "Listo" (275) pues poco le falta para ser artículo canónico sobre el tipo anunciado y, además, con tratamiento fisiológico. Los listos son —definición preliminar— "aquellos que adquieren crédito, fortuna y honores artera y maliciosamente, y con desprecio de todo sentimiento religioso..." En primer lugar, desfilan los "listos afortunados" mediante breves diálogos —cuando llegan a serlo— costumbristas: D. Hamerto, enriquecido al tener a su cargo una representación; Civiaca, cocinera casquivana que luego se adueña de un viudo que la contrató como ama de llaves; el hijo de la Tía Urraca, antiguo memorialista medio muerto de hambre convertido en encumbrado camaleón político y el encargado de los negocios de D. Liborio, a costa de cuyos reverses amasa una fortuna. En segundo lugar, más que pintar, se alude a los listos "de corto vuelo y desdichados", es decir, aquellos cuyas artimañas nunca les permitirán escalar socialmente ya que pesa sobre ellos el determinismo de las porras. En tercer lugar, el autor quiere agotar el muestrario de fraudes y deslealtades que caracterizan al País y que achaca a los progresistas mediante la definición sumaria de los tornadizos, los aduladores y explotadores, los que viven de las apariencias, los falsos patriotas, los contrabandistas, los falsificadores, los timadores, los tramposos en el juego, los demagogos y los intrigantes. Inevitablemente, el gracejo asmodeico queda de lado cuan-

do se recurre a San Juan Crisóstomo para recomendar —mejor, dictar— desapego hacia las riquezas y a la fama y amor al trabajo. "Un pobre hombre" (276), que es el artículo que le sigue cronológicamente parece pensado como correlato positivo del "listo", pero no tiene tanto mérito desde el punto de vista del costumbrismo: su segunda mitad es sermonaria y sólo en la primera reproduce cuatro diálogos —así son presentados— que no pasan de pares de parlamentos. Casi tan completo como el dedicado al "Listo" es el titulado "Probo" (277), nuevo caso de uso lingüístico extendido pero incorrecto y nueva prueba de la confusión de un siglo "vaporoso y eléctrico" en el que la virtud se ha convertido en "artificio práctico". En esta oportunidad no son su puestos diálogos captados al azar lo que usa como prueba el autor sino la consulta de la prensa. Esta depara a) una serie de casos nominados y que tienen que ver con la Administración; b) muestras de "modismos, muletillas y frases nuevas é inadecuadas..." y c) hechos que desmienten el valor de "probo" y que afectan a robos y falta de honradez y a la actuación de cesantes, socios capitalistas y políticos.

"Sobre el tapete" (278) comenta esa expresión y el término "palpitante" anidados recientemente en la Administración y en expansión y, sin ninguna elaboración literaria, intenta convencer de que usar incorrectamente las palabras es mentir. La misma carga religiosa pesa sobre "Hacer tiempo" (279), repartido entre un sermón y ejemplos de los daños "físicos, morales y políticos" de la ociosidad. "Bestial" (280) insiste en desinflar el orgullo de los "ateos materialistas", nuevos Ícaros que acaban por caer en el fango de la inmundicia. Llega a rozar la ironía o el humor cuando, tras reducir a los "ateos" a una condición animalasca, defiende que el hombre siempre será superior a las bestias por mucho que haya perros y monos sabios y pulgas inteligentes. Como en otros artículos quedaría en documento lingüísti

co el repaso del léxico que tiene que ver con los servicios que los animales prestan al hombre. Sin embargo, lo más destacable es la ubicación aragonesa de uno de los ejemplos:

—¡Qué devoción, qué piedad la de D. Plácido!

-- ¡Ah! Es bestial lo que hace ese pobre hombre. Figúrese V. que, al amanecer, se dirige ya á la iglesia y, en ella, se clava de rodillas, en actitud tan fervorosa, que espanta. Allí permanece hasta las nueve ó las diez de la mañana, que vuelve á su casa á desayunarse, y después, visita y socorre algunas familias pobres, reza las cuarenta horas y se dirige de nuevo á su casa á la una ó las dos de la tarde. A las tres, con el calor más horroroso en verano, vuelve á visitar los pobres, luego al Pilar, hasta la hora de la reserva... (p. 2a) (281)

Las colaboraciones de José Selgas son más fáciles de filiar.

Por un lado, las "Revistas de Madrid" que, desde marzo de 1867, sustituyen a las que firmaba en su Lorca natal, son crónicas que rare vez se aproximan al costumbrismo. (282). Por otro, los artículos que quieren hacerlo pero carecen de ironía o quedan difuminados por la divagación. Así, respectivamente, "Una nueva clase" (283) que censura al tipo del "rentista" —estafador, jugador, socio capitalista, pedigüeño, casado por interés, negociante inmoral— cuyos ingresos nadie sabe de dónde proceden y "La casualidad" (284) consideraciones anecdóticas en su primera entrega y en torno a la rotura de una pierna en la segunda. En tercer lugar, algún artículo suelto que, al margen de su rotulación de sección, es una cumplida muestra del género. Tal es el caso de "Revista semanal. *Las visitas de cumplimento y las tarjetas" (285), redactado en Lorca el 28 de agosto de 1866 y publicado el 5 de septiembre en La Perseverancia. Remite el uso social a poblaciones de dimensiones intermedias, como Lorca, y lo propone como rasgo definidor. Tras esta introducción, añade la referencia de lo que en gran

des ciudades —así, Madrid— sustituye a las visitas de cumplimiento: la tarjeta, "telégrafo de las relaciones", "camino de hierro de los conocimientos". Una tercera parte vuelve a situarse en las ciudades pequeñas donde aún perviven las visitas, que define y describe con cierta gracia irónica. Esta permite a Selgas ver la costumbre como rito consustancial pero vacío y —tras una digresión sobre la mujer hermosa— como parte de la comedia social de las apariencias y, para terminar, con una síntesis personalizada en la que reniega de las visitas porque "no son sociedad".

En un 1867 que presenta algo menos foribundo en su divina misión a La Perseverancia y que reserva curiosas sorpresas al lector actual, como una oda "A la virgen de Covadonga" (286) del progresista Gerónimo Borao, aparecen dos excepcionales artículos del neo-católico Mariano Laita y Moya que, en inestimable contraste con la serie de la "Frasesología contemporánea" demuestran que no es la ideología sino la técnica la que convierte a un artículo en costumbrista. Los de Laita lo son por el diseño general, la ironía —incluso sobre la propia ideología— y los artificios más representativos del género. A ello, se suma el mérito de representar dos descollantes casos del tema de la visita a la gran ciudad —Madrid— por parte del urbano de provincias que rechaza la Corte en tanto que quintaesencia de lo que a los ojos del autor es la corrupción social. Esta variante del tema de la visita a la ciudad y del peligro cortesano comienza con lo que parece inicio de serie epistolar: "Mi primera visita al Teatro Real" (287). Laita se dirige a su amigo Valentín para adelantarle desde la introducción el espanto y el rechazo que le ocasiona Madrid a él que, intencionadamente, se autocalifica paleta. La anécdota es simple: por indicación de su compañero de viaje —que actuará como guía aunque

quede orillado por las premisas ideológicas del guiado— Mariano —que así firma— va a una sesión de ópera del Teatro Real. El Trovador, que es lo que va a contemplar, es nueva excusa para criticar el microcosmos espacial que asiste a la representación. Esta es machacada en lo que respecta al tenor, al barítono, a la tiple y a la falta de adecuación al drama de García Gutiérrez. El relator, que se ha distanciado irónicamente denominándose "retrógrado" y recurriendo a una digresión ideológica con notas autófagas, apunta a su auténtico objetivo: los espectadores. Mediante un diálogo que recuerda que existe un guía formal, Laita echa mano de las alusiones, los subrayados y aun de los chistes ultraconservadores para una censura tan abarcadora que, dejando de lado lo que encierre de posible programa costumbrista, arremete contra lo que cree estatuas desnudas y resultan ser mujeres generosamente descotadas; contra la ligereza de ropas, los afeites y las actitudes "inmorales" —sólo tolerables, y con reservas, en los jóvenes—; contra la despersonalizadora uniformidad de los trajes, actos y pautas masculinos —el relator comenta que eso debe ser la auténtica democracia—; contra la frivolidad de la aristocracia y la clase alta y contra los pollos —"fuera del mono no conozco nada más parecido al hombre que esos vichos"—, entre otras críticas particulares. La escena elaborada a propósito de lo teatral concluye simultáneamente como ficción y como representación reseñada cuando cae el telón, salen todos a la calle y el relator se dirige al destinatario de la carta en un colofón irónico que, a vueltas del objetivo moral —"principios"; "buen fin"—, remite a lo expuesto al comienzo del artículo y lo cierra con una cita que funcionaría como lema además de incluir el motivo del "pinto, no retrato"

El otro texto que continúa la ficción de la serie epistolar,

"Máscaras" (268) es de calidad y características similares. Mariano comienza dirigiéndose a Valentín para conectar con la carta anterior e insistir en la pésima impresión que igue cuasándole Madrid por la falta de decencia observada, ahora a propósito de representaciones de zarzuelas y, sobre todo y como se aprecia nada más acabada la introducción, a raíz del baile de máscaras celebrado el Miércoles de Ceniza en el Teatro Real, con lo que al motivo básico del viaje se añade el muy frecuente de la mascarada —hipocresía— universal. Tampoco faltan aquí las alusiones irónicas a la condición de retrógrado de que hace gala el autor cuando evoca malévolemente la figura de Carlos III que expulsó a los jesuitas e introdujo la costumbre de las máscaras o cuando califica de lupercales y saturnales las escenas que giran en torno a una comida ~~estatatoria~~ contra la abstinencia cuaresmal que se sirve en un salón-fonda en el Teatro. Un tercer apartado se refiere a las escenas de máscaras al aire libre y al entierro de la sardina —aquí, no cuaja el humorismo irónico al jugar con máscaras y más caras—, para cuya crítica se distancia mediante el diálogo con el guía —D. Nemesio— y la consulta del diccionario y las notas eruditas y mitológicas. Sugerida esta referencia objetiva de qué debe entenderse por máscaras, D. Nemesio hace observar a Mariano la inmoralidad y la falsedad que se infieren de los diálogos ambientales que se captan —y transcriben— en el Paseo del Prado. En un nuevo apartado, Mariano se dirige a Valentín —más distanciamiento para ir al meollo— y formula el lugar común de que los disfrazados en carnaval son los únicos que no engañan y que, por el contrario, existen máscaras reales mucho más censurables: la pollita, la señora, el marido, el anciano, el matrimonio, el rico, el jugador de bolsa, el rentista, el orador... Recala luego en la hábil defensa de la actitud modélica de los ultraconservadores cuando, argumentalmente, visita varias iglesias y, dia-

logando con su guía —siempre más a la izquierda que él—, encuentra unas "pocas señoras" y unos "mas pocas caballeros" que cualquiera de los que disfrutaban del Carnaval calificaría, respectivamente, como "m^g gigatas" e "ignorantes y fanáticos partidarios del neo-catolicismo". Al despedirse de Valentín, Mariano apunta que si tuviese tiempo, acometería el significado de ese último término tal como lo emplean los liberales. Queda así abierta la posibilidad de continuación de la serie aunque, al parecer, no la tuvo.

4.3.4.1.2.- Tras la Revolución.

4.3.4.1.2.1.- Prensa republicana: el neo-católico, el rico, el pobre, el soldado; onirismo político; la voz del pueblo, en las paredes; diálogo antirrevolucionario; baturrisimo anticantonalista.

Escasísimos son, en general, los textos de interés costumbrista que se pueden encontrar en los periódicos mayoritariamente progresistas y republicanos que salen a la luz tras la Revolución de septiembre.

Nada hay en los que mantienen vinculación con el Eco de Aragón, como su Revista semanal política-satírico-literaria, al menos a juzgar por lo conservado (289), ni en los que llenan su hueco ideológico, como El Progreso Radical —que sí tiene títulos que lo parecen (290)— o El Progreso Aragonés (291), ambos demócrata-republicanos.

Aunque su carácter político no lo hiciera sospechar, el republicano dirigido por Marcelino Isábal La Revolución, que dura de comienzos de 1869 a mediados de 1870 y sufre alguna supresión (292), obli-

ca material literario próximo al costumbrismo. Sus poesías, muy a modo de Facundo Rivas, abordan tipos u objetos habituales en el género (293), pero lo de más calidad y más característico del periódico es su artículo político con pauta fisiológica titulado "Enfermedades de los neo-católicos" (294). En él, Rivas logra atemperar la sátira y convertirla en agresiva ironía ya prefigurada en la introducción. El texto es una relación de enfermedades y —como anuncia el subtítulo, "Arte de curarlas sin necesidad de médico ni botica"— su definición y tratamiento, propia de quienes ha pintado por sus caracteres físicos:

Piel del... Diablo, cara redonda y colorada, pelo y no de tontos, pecho estrecho y digestiones enérgicas. (p. 3a)

y morales:

Osadía, propensión á dominar á todo el mundo, algo envidiosillos, muchos defectos políticos y escasas buenas cualidades. (p. 3a)

Baste, como muestra, lo que Rivas apunta para una de las dieciséis afecciones:

Fotofobia, ó aversión á la luz, enfermedad crónica de los neos; se combatirá este padecimiento esponiéndolos constantemente los adelantos del siglo. (p. 3a)

No llegan a ser costumbristas otros textos de Rivas como por ejemplo "Los saludos" (294), que, precedido por un intento de definición, se basa en una sarta de telegráficas consideraciones sobre lo que significa el saludo en trece supuestos distintos interpretados con tono amable.

Salidos de otras firmas, sobresalen "Ricos y pobres fotografía-

dos por sí mismos" (295), de El Bachiller, original artículo que ofrece, además de los aludidos, una galería de cinco tipos: el avaro, el paralítico, una esposa, un proscrito y el tío Desgracias —un falso pobre— pintados realmente por sí mismos puesto que, salvo breves reflexiones del autor, son los tipos, que hablan en primera persona, los que se describen, ya desde el comienzo, abrupto y sin introducción. También son notas novedosas el criterio socio-económico a que recurre el autor al seleccionarlos y anunciarlos en el título y la denuncia del sistema que suponen, aspectos todos ellos no empañados por la falta de apelación explícita —sí la hay indirecta— al lector.

Ya en 1870 hay dos textos de valor desigual: "El Soldado" (296), de Cayo Graco, tiene algún rasgo de los artículos de tipos pero se destaca por el editorial como forma periodística más directa para su defensa. "En el infierno" (297), de Daniel Ortiz y Sorroiz, sólo parece tener de anticostumbrismo la mención de nombres propios. Por lo demás podría haber pertenecido al género ya que su humorística sátira de altos políticos —incluido Espartero—, cargos eclesiásticos, como el nuncio y nobles —vapulea a los Borbones—, está amparada por el recurso simultáneamente prospectivo, onírico y asmodeico de un recorrido por los infiernos que cien años después efectúa el relator de la mano de un "diablo cojuelo".

El único ejemplar conservado de La Crónica Aragonesa —que sustituye temporalmente a La Revolución— no cuenta para nuestros intereses (298).

El Republicano (299), federal extremado, también publica, aunque no se espere, materiales literarios al comienzo de su breve trayectoria de febrero a agosto de 1869. Además de los editoriales, poesía y textos de folletín debidos a Joaquín Gimeno Vizarra, que se responsabiliza de todo lo no firmado, se puede recordar el anónimo

"¡Pobre soldado español!" (300) que semeja artículo de tipos pero que da en loa con retazos descriptivos y evocadores.

La ausencia de folletines y la escasez de lo literario en los últimos ejemplares de El Republicano es la tónica de su continuador, La Tribuna desde septiembre de 1869 a marzo de 1870 (301).

La Propaganda, donde confluyen ideológicamente en 1871 los presupuestos de los cuatro últimos títulos reseñados no contiene nada costumbrista (302).

En La República que se publica de marzo de 1872 a mayo de 1873 (303) predominan los trabajos políticos. Los de carácter literario no se libran por lo general de tal orientación. Sea por ello o no, ninguno alcanza la plenitud costumbrista aunque los hay dignos de ser salvados del olvido. Así, "Historia de un adoquín" (304), de Perico Chusma, crítica administrativa y política próxima a la gacetilla donde se ataca al gobernador; "El habla de las paredes" (305), de P. K. muy deficiente en su técnica pero de interés para comprobar que las glorias históricas zaragozanas parecen reducirse a las de la guerra de la Independencia —con olvido de la Cincomarzada— quizá por asimilación de la versión tradicionalista y como recopilación y comentario de graffiti considerados como manifestación tan sencilla de la cultura popular como los "romances" y "cantares"; "Los títulos" (306), de F. R., texto divagatorio que quisiera ser glosa aguda y "Diálogos" (307), de Un patan, donde el tío Francisco trata de contener la imbecilidad republicana popular mediante el diálogo catequístico con Juan, caracterizado mediante un lenguaje entre aragonés y vulgar.

De su continuación en el segundo semestre de 1873, El Estado Aragonés (308), poco más vale la pena evocar que las "Cartas parisien-
ses. La epidemia reinante" (309), donde Federico de la Vega traza

una parodia abaturrada de la fiebre cantonalista mediante una escena —teatral— de ubicación rural que muestra vías paralelas al costumbrismo aunque no lo roza. Es de suponer que el tercer título de esta familia republicana, La República —de enero a abril de 1874— no variaría sustancialmente el saldo (310).

4.3.4.1.2.2.— Otros periódicos: temas convencionales en la prensa femenina.

Perfectamente deslindados de los progresistas y republicanos que dan alguno periódicos de esta época que no añaden nada sustancial al enrarecido panorama costumbrista.

El Trovador del Ebro (311), cuya orientación se cifra en el subtítulo de "Semanario dedicado al bello sexo", no franquee el límite del costumbrismo ni en "El Baile. (Apuntes para una revista)" (312), endeble divagación apenas reforzada por las expectativas que sobre tal uso reflejan una polla, un elegante, un padre de familia, un periodista, una mamá y un poeta; ni en las noticias sobre Panticosa que da Joaquín Tomeo y Benedicto (313); ni en "Los saludos" (314), de Facundo Rivas, texto ya considerado aunque El Trovador la publicase antes; ni en "La miseria" (315), moralina de Modesta Periu.

De El Pilar de Zaragoza (316), que sale a la calle entre julio de 1869 y septiembre de 1870, tampoco alcanzan a ser costumbristas textos que lo parecerían como "Tradiciones populares. La ermita" (317), del licenciado Julio Bernal Soriano; "Fantasía y verdad. Historie de los conventos" (318), de M. S., alegoría contra la desmortización; "¿A dónde vamos a parar?" (319), de Gregorio Kover, que ni aun con

muy buena fe pasaría de artículo de fondo de crítica socio-moral, rasgos que pueden definir también a "La revolución española y las costumbres públicas" (320), de F. Jardiel.

Es prácticamente nulo para el costumbrismo lo que aparece en El Grito Aragonés (321) y de forma absoluta, lo publicado en el Diario Comercial e Industrial Aragonés (322) y en la Revista Cronométrica (323).

4.3.4.2.- Prensa turólese y oscense: ausencia de costumbrismo

Lo más próximo al costumbrismo que publica El Centinela de Aragón (324) en su segunda época —de noviembre de 1868 a enero de 1869— puede compendiarse en alguna "Sección de los tontos" donde dialogan sobre política los tipos populares Tarratuta y Pelambres y se mencionan otros de similar índole en textos generalmente reproducidos de otros periódicos (325), un "Diálogo de circunstancias" (326), inconcluso, entre la monarquía y un unionista y un soneto, reproducido, sobre el tipo de "El Neo" (327).

En lo conservado de su continuación de 1873, El Federal, ni siquiera hay textos literarios. (328). Lo mismo hay que decir de La Bruja (329) y quizá del material fragmentario oscense, de momento ilocalizado si es que existe todavía.

4.3.5.- Publicaciones no aragonesas (1857-1874).

4.3.5.1.- Hasta la Revolución.

4.3.5.1.1.- El Museo Universal: los tambores de Alcañiz -
(1863); el "costumbrismo" gráfico de los Bécquer -
(1865-1870).

El Museo de las Familias (330) publica una media docena de textos, sobre todo históricos y legendarios donde Aragón está total o parcialmente presente.

En El Museo Universal (331), lo aragonés es mucho más abundante y al margen del material histórico previsible y otros escritos varios destacan los informes etno-folklóricos y los grabados, vayan acompañados de textos sustanciosos o sean éstos meros pies de la ilustración (332). En cuanto a los primeros, se trata de una reproducción, modificada, de "Costumbres populares. Fiesta de San Juan en la Villa de Pina de Ebro" (333), de Julio Álvarez y Adé y de un trabajo de Elio Tropa repartido en dos entregas, "Costumbres españolas. Los tambores de Alcañiz" (334), con las

características propias de lo pensado para el lector madrileño y donde la noticia folklórica es telón de fondo para el esparcimiento de la clase media-alta o, como mucho, un tercio del híbrido que se completa con la crónica de viaje y el relato amoroso.

Por lo que respecta a los grabados, tienen más importancia que los textos donde se comentan —se trata de la 'reversión' que menciona Ucelay—, como suele ocurrir en esta época y en este tipo de publicaciones, sólo que en esta ocasión, si descuella el nombre del dibujante puesto que es Valeriano Bécquer, tiene una relevancia especial el comentarador, su hermano Gustavo Adolfo y, más, porque los textos pueden tomarse como una serie dedicada a "costumbres" aragonesas. Así son rotuladas al editor las obras de Gustavo Adolfo aunque es evidente que esos tipos y esas escenas son fundamentalmente folklóricos. La serie consta de trece —diecisiete, si se añaden los dedicados al Monasterio de Veruela (335)— artículos ilustrados o grabados comentados publicados entre 1865 y 1870. Refieren costumbres o retazos de ellas pero no son costumbristas y son —excepto "Los dos compadres", reflexión general sobre el amor al Vino con la excusa de glosar las libaciones de un manchego y un aragonés— brevísimos comentarios con el pie forzado del dibujo de Valeriano. Estos son los títulos de la parte literaria: "El hogar. Costumbres de Aragon" (336), "La misa del alba. Tipos del Alto Aragon. Dibujo de Don Valeriano Bécquer" (337), "Las jugadoras. Escena de costumbres

de Aragón, dibujo de Don Valeriano Bécquer" (338), "El tiro de barra. Costumbres de Aragón" (339), "La salida de la escuela" (340), "La pastora. Tipo aragonés" (341), "El pregonero. Tipos de Aragón" (342), "La vuelta del campo. Tipos aragoneses" (343), "El alcalde (Tipo aragonés)" (344), "La corrida de toros en Aragón" (345), "Los dos compadres" (346), "La rondalla" (347) y "Las segadoras" (348).

En el resto de las revistas madrileñas anteriores a la Revolución de Septiembre no hay vestigios costumbristas aragoneses; sólo, en algunos casos, alusiones temáticas o firmas de la región. El Album literario contaba con Príncipe (349); la Sinués escribe en la Educación Pintoresca (350); el Semanario Popular, Periódico Pintoresco (351) publica algún texto histórico y un par de grabados; El Iris y El Siglo Ilustrado no contienen nada. (352),

4.3.5.2.- Tras la Revolución.

4.3.5.2.1.- La Ilustración Española y Americana: el "costumbrismo" gráfico y Eusebio Martínez de Velasco (1872-1873); Eusebio Blasco: Teruel y las mujeres (1874).

Tras la "Gloriosa", el Semanario Familiar Pintoresco (353), de Barcelona, arroja un saldo negativo en sus tres primeros volúmenes. La Ilustración Española y Americana (354) cumple para el costumbrismo aragonés una función si-

milar a la de El Museo Universal, de la que es continuación, y a la que desempeñara El Semanario Pintoresco Español anteriormente, por lo que ahora bastará recordar que - junto al material histórico, artístico-monumental, legendario narrativo y gráfico coetáneo o retrospectivo, plena o parcialmente dedicado a Aragón (355), descuella otro conjunto de grabados comentados como los de El Museo Universal que contienen breves notas sobre "costumbres", es decir, etno-folklóricas, términos característicos y, sobre todo, loas continuas de las excelencias de los dibujos --hay uno de Valeriano Bécquer-- salidas de la pluma de Eusebio Martínez de Velasco. Son estos cuatro: "El ramo ó la madrugada de San Juan en Zaragoza, cuadro de don Nicolás Ruiz de Valdivia" (356), "Tipos y costumbres de Aragon. Una boda en Ateca" (357), "La siega" (358) e "Interior de una posada en Aragon" (359).

A ellos, hay que sumar un relato en la línea de los que escribiera Vicente de la Fuente en el Semanario Pintoresco: "De Teruel (Recuerdos de viaje)" (360), de Eusebio Blasco que, excepcionalmente, se acerca al costumbrismo. Es muy extenso si se compara con los del contexto. En la primera de sus dos partes el autor se abre paso a golpe de tópico --Teruel, ciudad del amor, de los "Amantes", del P. Ripalda, el del catecismo-- y va recuperando el tema principal --alabanza mesurada y no sometida al lugar común de las mujeres-- a propósito del viaje a la capital desde Madrid. Tras las inevitables alusiones a las incomodidades

físicas del desplazamiento, nueva loa de la turolense y la aragonesa —y, de paso, tópicos bélicos y raciales regionales— para llegar al carácter expeditivo con que la aragonesa soluciona algunas fases del ritual amoroso. La segunda parte es una censura suavemente irónica de una familia "de reglamento, tipo y modelo de la mayoría de las familias", a la que tiene que visitar por encargo. Refiere Blasco su vivencia del tópico de las atenciones abrumadoras, de los convites caseros, de la sobremesa interminable mechada de sustanciosos tentempiés, convertida en tertulia al olor del visitante por parte de los conocidos y en observatorio para "estudiar tipos y caracteres" por parte del relator. Según éste va contemplando a lo largo de la tarde hasta cuatro ejemplos de la forma de ser de los aragoneses, el artículo va subiendo de tono en su aragonesismo —incluso en la mención del léxico— hasta acabar con una exultante declaración de amor a su patria por parte del autor.

En El Museo de las Familias (361) sólo hay algunos textos históricos que afectan a Aragón. La Ilustración Republicana Federal (362) llama la atención por reproducir sin comentarios —excepto uno, breve y plagiado— varios grabados de Valeriano Bécquer aparecidos en El Museo Universal (363). En fin, en el Eco de Ambos Mundos (364), de Londres, al margen de algunas poesías a la Virgen del Pilar que escribe Cosme Blasco, la Sinués, entre "estudio moral" y "estudio filosófico", pergeña unos "Tipos femeninos" referidos al de "La madre" donde es imposible que anide el cog

tumbrismo. (365)

4.3.5.2.2.- Las mujeres españolas, portuguesas y americanas (1873)

4.3.5.2.2.1.- Manuel Juan Diana: la mujer de Huesca.

Prescindiendo de las alusiones a Aragón que hay en el conjunto de obras derivadas de Los españoles pintados por si mismos y de los artículos de autor aragonés publicados en ellas que, con ser numerosos, no son significativos a la hora de comprobar cómo surge, se desarrolla y consolida una imagen "costumbrista" de la región en parte suscrita por los naturales de ella y teorizada como el único costumbrismo aragonés existente, queda reseñar los tres artículos del volumen de 1873 de Las mujeres españolas, portuguesas y americanas (366) que hablan de las aragonesas.

"La mujer de Huesca" (367) de Manuel Juan Diana resulta una amalgama de tópicos residuales anti-rústicos, notas folklóricas no específicas ni de la mujer ni de Huesca y constantes reducciones al aspecto amoroso de lo que debería caracterizarse geográficamente. Casi nada de lo que aporta es novedoso y menos si se recuerdan los textos del Semanario Pintoresco Español que escriben Fríncipe, De la Fuente y Alvarez y Adé. Aunque Diana dice atenerse a la "clase media" por ser la más significativa desprecia lo

más diferenciador que le ofrecía la montañesa y casi acaba por identificar su mujer con la rústica del resto de la provincia. Una nueva parte del artículo acomete, con desgana y actitud similar a la propia de treinta años atrás, los tipos de Hecho y Ansó: Sus mujeres son feas y varoniles debido al clima y al trabajo —labrar, pastorear, hilar—, "seres infelices" y contrabandistas —sigue la verdad-tópico que pesa sobre esos valles— ya que lo son los hombres. Menciona luego Diana las diversiones muy esquemáticamente pero no tanto como para resaltar que al ataviarse llevan "al cuello una imagen de la Virgen del Pilar" y, tras anotar los pueblos que hay en los valles, alude algo al traje. Como sobre ascuas, Diana abandona tan preceptivo y molesto: "Pero dejemos estos valles".

Como si las ansotanas y las chesas no lo fuesen el autor comienza a hablar de las oscenses de la "clase media" después de excluir a la "mujer acomodada" porque está "al corriente de las modas de la corte" y a las "sumamente pobres" por ser como todas las pobres de España. De las seleccionadas da como rasgo caracteriológico la "agradable malicia" en el trato —es decir, en el amoroso— que nunca llega a poner su honra en peligro. El resto del artículo sigue esta pauta establecida como prueba de galantería hacia las lectoras más que como descripción de algo que pueda interesar a las no oscenses por desconocido. Siempre en torno al ritual amoroso, las dos terceras partes del texto aluden al traje, el Festejo de majos y majas, las en

razadas de la noche de San Juan, las rondas de fin y comienzo de año y la persecución de los recién casados. Todo —ello, taracea de "costumbres" —no costumbrismo, claro— da da como algo orgánico y definidor de todas las oscenses que no sean ni ricas ni pobres aunque en realidad lo sea de la rústica no montañesa. A tales despropósitos —fruto, probablemente, de un artículo de compromiso— sirven de guindas peculiaridades tan oscenses (¿?) como el amor a las flores, que los mozos lleven a su prometida montada en la grupa de la mula durante las romerías y que las noches de las fiestas tengan como marchamo la imagen de la moza "con un cántaro, colocado en pie sobre la cabeza, en dirección a la fuente".

4.3.5.2.2.2.- José Muñoz Gaviria y Maldonado: la mujer de Teruel.

"La mujer de Teruel" (368), de José Muñoz Gaviria y Maldonado, vizconde de San Javier, resulta un artículo de calidad muy inferior al de Diana y, en relación con lo que la obra de la que forma parte promete y con el calibre medio de cualquier texto costumbrista, es poco menos que bochornoso. Ni siquiera es una deficiente y tópica sarta de notas folklóricas. Ni siquiera tiene la peculiar estructura que proporciona una mediocre divagación. Ni siquiera suministra información básica aunque sea por trasposición de la de otras provincias o por adjudicación de la que con

vendría a todas. De sus dos partes, marcadas explícitamente, la primera es una consideración general y convencionalista sobre la mujer como entelequia a la luz de lo que el autor utilizaría de la historia, la erudición bíblica y la moral religiosa para hablar de cualquier otro tema. De la segunda parte dará cuenta la simple enumeración de los aspectos tratados: límites geográficos de la provincia de Teruel; notas históricas para deducir el carácter de la teruelense, definida no en sí misma sino como transición o síntesis de la zaragozana —energía y valor tópicos para todo Aragón— y de la valenciana —educación a la belleza—; anécdotas históricas que quieren probar lo referente al valor; demostración de la sensibilidad para el amor mediante el endose de la leyenda de los Amantes de Teruel y la historia de los amores entre Aldonza de Entenza y Berenguer de Azlor, argumentos que Muñoz dice ser paladinas evidencias de la "exquisita sensibilidad y el apasionado temperamento de las mujeres de la Provincia de Teruel"; alusión a instituciones benéficas como la Casa de Misericordia y el Hospital fundado por Magdalena de la Cañada; pobreza industrial de Teruel y predominio de la agricultura, en cuyas faenas la mujer ayuda al hombre; breve descripción del traje, también transición entre el zaragozano y el valenciano; nueva alusión a la pobreza industrial de Teruel y a que la mujer ayuda al hombre en las faenas del campo; caracterización como madre cariñosa, religiosa y atenta a la escolarización de sus hijos; mención de lo bien dotada de maestros y maestras que está la provincia de Teruel; alusión a una

industria incipiente, la fabricación de "encaje de hilo", tampoco exclusiva pues es imitación de la de otras provincias; sumarios apuntes sobre su aspecto físico; del que destaca el "gracejo en la conversación, graciosamente acentuada con el deje aragonés"; tras esta perogrullada, el carácter, aplicable a cualquier mujer tal como la desea el autor; aficionada a la jota. El artículo se cierra con dos observaciones. La primera quizá quiere ser muy esclarecedora: "la clase acomodada de la sociedad es tan instruida, - como trabajadora y honrada la clase media y el pueblo"; la segunda aún dice menos de la turolense pero mucho más del autor: "Teruel es una de las pocas Provincias donde las ideas socialistas y demagógicas no han herido aún las delicadas fibras de la mujer."

4.3.5.2.2.3.- Emilio Castelar: la mujer de Zaragoza.

El artículo de Emilio Castelar sobre "la mujer de Zaragoza" (369) posee más relieve que los dos anteriores. Su trabazón, nacida de los arrebatos oratorios del autor, le confiere un fuste ideológico que deja casi ultimada la imagen de la zaragozana, el zaragozano y los aragoneses - Castelar los involucra - que manejarán como moneda corriente y realidad objetiva las sucesivas generaciones que necesiten tales presupuestos como "señas de identidad". No es que el tribuno dé con una veta inexplorada que arroje luz definitiva sobre lo esencial del tipo sino que pro-

voca este espejismo como consecuencia de que su pensar epocal y de clase ya ha decidido qué versión hay que dar de sí mismo. En estas circunstancias, "La mujer de Zaragoza" es un medio más para consolidar tales adquisiciones y un ejemplo de cómo se puede reproducir el artefacto en cualquier momento una vez despejadas las dudas y las inseguridades previas que convertían un tema similar en artículo de costumbres.

Bastante distanciado de la convencional galantería de Diana y de la frívola improvisación de Muñoz, Castelar se parapeta en el cientifismo desde el comienzo para explicar el carácter aragonés —no el de la zaragozana— a la luz de lo que la historia de los primeros pobladores de la Península le propicia. Frente a la titubeante fijación del objeto del escrito de Diana —una mujer de la "clase media" que es y no es rústica— y al socorrido criterio de zona de transición geográfica con que Muñoz amaña el suyo, Castelar convierte en objetividad tranquilizadamente unívoca el contraste como rasgo básico de lo aragonés. Soluciona así la ardua papeleta personal de tener que decir en el meollo del artículo que la mujer zaragozana —y la aragonesa— adolece de falta de sensibilidad y es más bien varonil mediante habilísimas argumentaciones, circunloquios, excursos y anécdotas que hilvana en torno al determinismo geográfico y al derecho aragonés. Pero también logra dar airosa salida a lo que la prehistoria de este pseudofolklore había establecido sobre Aragón. En esta ocasión aún la eru

dición y las consideraciones todavía no tópicas que Príncipe y Vicente de la Fuente manejaban en El Semanario Pintoresco en torno a las gestas antinapoleónicas con alguna nota —como el gracejo comparable al de Andalucía— sobre la mujer para cifrar en lo femenino —ya no en lo rústico— el depósito de las virtudes raciales. De este modo, Castelar reformula, amplía y consolida el sesgo tradicionalista y los elementos anejos sobrevalorados que predominan en la imagen de Aragón salida fundamentalmente de los textos publicados fuera de la región.

Si se orillan mínimos detalles sobre los rasgos físicos, el carácter y, quizá, diversiones como la jota, nunca dados por sí mismos sino porque el tópico obliga a mencionarlos y Castelar los ahorra a sus fines, el artículo no trata de la zaragozana ni aun de la aragonesa, antes bien, de los valores adjudicados por el conjunto nacional —entiéndase de momento por la burguesía que gobierna España desde Madrid— a Aragón. El esquema es simple, pero posee una peculiar coherencia interna que le hará pervivir: puesto que el pie forzado de la colección es la mujer y el del artículo encargado lo peculiar de Aragón cifrado en la entelequia del "contraste" que surge, más que de los rasgos propios, de la mayor nitidez con que se han fijado otros tópicos regionales, como el meridional, el septentrional y el mediterráneo, Castelar parte de la idea de la mujer aragonesa como feminidad definida por el contraste. Puesto que la imagen tradicionalista de Aragón se reduce a lo

enérgico del carácter --Príncipe y De la Fuente lo relativizaban y adobaban--, las gestas antinapoleónicas --confusa clave de nacionalismo, galomanía y antimodernismo que desbanca al progresismo y a la Cincomarzada-- y la religiosidad pilarista --dada en el Semanario Pintoresco a la luz del Volkgeist y no como devoción puntual--, Castelar desarrolla su concepto de la región en torno al de la virgen y la guerra. Puesto que las circunstancias le obligan a centrarse en la mujer pero hablar de sus trajes, costumbres y lo demás esperable le debe parecer no significativo frente a las grandes verdades oficiales con que se tratará de cubrir la desmesurada oquedad de la Restauración, Castelar, con lógica simple, novedosa y amparada en los encantos del flatus vocis, viene a proponer a la aragonesa como la virago correlato de una virgen a la que --al ser piedra angular de todo lo que tenga que ver con Aragón y, por lo tanto y aunque no se indique explícitamente, con la definitiva faceta bélica de la aragonesa-- se le puede asociar el adjetivo de "guerrera". Ambos elementos y el atractivo doblete que forman encontrarían su explicación en el filtro cómodamente determinista y con apariencia de indiscutible hermenéutica que Castelar aplica a la historia de Aragón: lo ibero-femenino-religioso colisiona con lo celta-masculino-guerrero, de manera que la región queda definida por la devoción a la Virgen del Pilar, el hombre, algo merzado debido a su "sentido político, que parece patrimonio de los débiles" (p. 526) y la mujer, quintaesenciada en las herof

nas de la Guerra de la Independencia. Pero, sopesando los matices del artículo, si esta lógica no puede ser discutida desde dentro —puesto que la convicción es previa y sus fases no se declaran—, se puede apreciar que las dos grandes verdades a que, de hecho, queda reducido Aragón no tienen tanta prosapia ni excelsitud pues puede que la hábil —interpretación de lo celtífero se la haya dictado a Castellar no el estudio "objetivo" de la historia remota sino — circunstancias más prosaicas y, en parte, recientes. Así, la voluntad de borrar de la memoria colectiva las páginas revolucionarias de la historia de Aragón mediante el señuelo de otras gestas anteriores, a las que sería más fácil de aplicar un pilarismo básicamente galófono y españolista o, lo que es lo mismo, antimoderno; así, la necesidad de censurar —ya que no es posible extirparlo— el germen de libertad de la mujer aragonesa frente al hombre que el derecho foral propicia y el de iniciativa para la acción violenta frente a la opresión que los hechos de armas han demostrado, germen que viene a ser concebido como amenaza, — si no de la familia, sí del respeto a la autoridad. Si el primer supuesto se soluciona fijando las bases —sobrevaloración contigua de la Virgen y de las gestas— del incuestionable pilarismo que refrendará muy pronto la religiosidad oficial, el segundo es difícil de solventar pero, a la larga, también encuentra acomodo en la lógica del tradicionalismo: ante la inevitable objetividad de las leyes y de los hechos protagonizados por mujeres como Agustina de Ara

gón, la realidad es rechazada indirectamente. Castelar sintetiza rasgos caracteriológicos atribuidos a los aragoneses en general, como la sinceridad, la nobleza y el tesón, y los extrapola convirtiéndolos en merma de la feminidad de las mujeres. Hasta aquí lo ya sabido y enunciado explícitamente o inducido, pues cuando el autor dice que la zaragozana "se parece á su vecina la francesa en que participa de los negocios, coopera á la administración, preside á los trabajos, alcanza y allega ideas definidas y justas satisfacciones para la igualdad de los sexos" (p. 529), lo que se connota es una modernización, un afrancesamiento, un antiespañolismo, a la vista del cual, que la aragonesa sea tildada casi de virago no sería un insulto a lo diferenciado geográficamente sino una llamada de atención a las clases sociales afectadas. La ingenuidad con que el vizconde de San Javier quería convencer al lector de que en Teruel no había fuerzas progresistas es genialmente sorteada por un Castelar que conjura la existencia oficial —es decir, niega la existencia real— en Aragón de cualquier rasgo socialmente más avanzado que él aunque para ello unas veces interprete lo celta-masculino-guerrero como positivo y esencialmente definidor de la aragonesa y otras como recusable y subsidiariamente caracterizador. Para definir a la zaragozana —y, en general, a la aragonesa—, más que virilidad y feminidad, lo que Castelar baraja es la sombra de un progresismo indeseable y una religiosidad que necesita expandir, dos elementos que da como incompatibles. La disyun-

ción, efectuada sin excesivo respeto a la realidad, arroja un saldo doblemente positivo para el autor pues permite, a la larga, escamotear lo sociopolítico con el pilarismo aunque en ese momento sea a costa del absurdo de caracterizar a la mujer por lo no femenino y, además, auspicia que la contradicción perpetrada por el intérprete posea la seductora apariencia de ser una antinomia objetiva; el axiomático "contraste" aragonés.

La perspectiva que proporciona el conjunto de textos costumbristas y paracostumbristas que anteceden al de Castelar puede llevar a explicaciones como ésta, pero el artículo fue consumido por los coetáneos según una secuencia que no es ocioso recordar aunque sea sumariamente. En una primera fase, hasta llegar a la interrelación de lo aragonés y lo femenino, Castelar intenta fijar el rasgo del "contraste": invita al lector a encontrar en el carácter del natural de Aragón "la astucia mezclada con la energía"; en la historia, "los talentos políticos acompañados de los ímpetus heroicos"; en la "fisiología moral", es decir, en la "complexión de su ánimo", "otra mezcla también, el valor celta [...] unido á la gracia, á la ligereza, al ingenio, á las cualidades amables de los iberos" y, más recientemente, la unión de "la sangre latina con la sangre germánica". Luego, corrobora lo dicho con el aval personal:

Quando he visitado las regiones aragonesas, las he visitado con mi natural espíritu de observación, y he visto en ellas y he sorprendido con contrastes que jamás se estudiarán ni se admirarán bastante. Unas veces notais toda la gravedad -

castellana, y otras toda la gracia andaluza...
(p. 525);

insiste en esta comparación regional: "El escritor más grave de la Roma imperial, Lucano, es de Córdoba; el escritor más gracioso es el de Calatayud"; recuerda los contrastes de Goya y resume los rasgos del carácter aragonés:

El aragonés reúne á la gravedad la gracia; á cierta rudeza natural, un sentido común sin igual quizás en nuestra España; al heroísmo en el combate, el sentido político, que parece patrimonio de los débiles; á instintos aristocráticos dimanados de sus leyes, tan semejantes á las leyes inglesas, la universalidad de esos generosos instintos en todas las clases, lo cual constituye la verdadera democracia, venida á igualar á los hombres, no en los abismos, sino en las eminencias de las humanas sociedades. (p. 526)

La segunda fase comienza cuando Castelar indica que "Las cualidades morales de un pueblo se explican por las cualidades de sus mujeres". (p. 526); resalta después la importancia de la mujer en la educación, lo que esto afecta al hombre, el contacto entre estos elementos y el pilarista:

El culto al ideal femenino está naturalmente en los pueblos enérgicos. Cuando vayais á Zaragoza encontrareis quizás muchos hombres que duden de Dios del cielo, y no encontrareis ninguno que du de de la Virgen del Pilar (p. 526);

sigue una larga digresión sobre el culto mariano y lo explica por los condicionamientos geográficos —"Aragón se distingue por la severidad de sus paisajes y por la multitud de sus contrastes" (p. 528)— y por los de la raza, —de "grande analogía con todas las familias centrales de la Península" (p. 528); tras una comparación con la mujer an-

daluzas en la que sale a relucir la jota, una síntesis caracteriológica de la aragonesa con doble ración de masculinidad:

Así, buscad en la mujer aragonesa el término medio entre la viril hermosura cántabra y la oriental hermosura valenciana y andaluza; la corrección, la naturalidad, el equilibrio en las facciones, la paz en la mirada, la satisfacción - proveniente de una dominación efectiva, y cierta energía varonil que la caracteriza y la distingue de todas las mujeres de España. (p. 529).

La tercera fase comenzaría cuando Castelar da como origen de los caracteres de la mujer de Aragón el "estado social de aquella Provincia y de sus leyes civiles" (p. 529). Trata cómo se relaciona la aragonesa con su marido, las conexiones con la francesa que le quitan "una parte de la poesía" de las meridionales; mecha una anécdota conocida personalmente y próxima al chascarrillo y saca a colación el ser Aragón la patria de los Amantes de Teruel. Vuelve a insistir en que la "aragonesa, en general, y la zaragozana, en particular, es en sus afectos de tal fuerza y tal constancia, que algo tiene de varonil indudablemente." (p. 530) y lo refrenda con el ejemplo observado de que la aragonesa vaya a los entierros, lo cual le lleva a otra larguísima digresión donde aparece "la previsora religión católica"; aborda el tema ya apuntado de que "rara vez se encuentra una legislación á la mujer tan favorable como la legislación aragonesa" (p. 532); nuevo excursus erudito desde la Edad Media caballeresca hasta Eva, pasando por los Santos Padres y los serrallos asiáticos, para llegar a la exposi-

ción demorada de lo previsto en las leyes para la viuda aragonesa. Recala, por fin, en el importante aspecto, también avanzado, de la trascendencia social de la mujer,

Para estudiar el reflejo moral de la mujer, no investigueis tanto su naturaleza y sus aptitudes, como los resultados producidos por la virtud de su educación. Se conoce la madre en sus hijos, y se resume en la madre la mujer. [...] Del corazón de la mujer dimana la educación, y en la educación se forma y se modela el alma de los pueblos. Para comprender cuánta energía guarda el corazón de las zaragozanas, hay que estudiar el sitio de Zaragoza... (p. 534)

y dedica a ello el resto —más de la mitad del total— del artículo.

Notas al epígrafe 4.3

- 1.- Cf. Fernández/Forcadell, 1979, 59.
- 2.- NZ, 23 (O, 24-III-1857), 3.
- 3.- NZ, 29 (D, 29-III-1857), 1, 2. Sin firma.
- 4.- NZ, "31" (X, 1-IV-1857), 3. Sin firma. Cf. II, 137 (X, 11-III-1857), 2,3.
- 5.- NZ, 31 (J, 2-IV-1857), 3. Sin firma.
- 6.- NZ, 40 (D, 12-IV-1857), 3-4. Sin firma.
- 7.- NZ, 46 (D, 19-IV-1857), 1-2. Folletín.
- 8.- Para la evolución de esta familia periodística, cf. Fernández/Forcadell, 1979, 58-60.
- 9.- Según Fernández Clemente (cf. 1975, 16-25, 45), hacia 1860 parece haber cambiado de signo la economía aragonesa, básicamente agrícola a mediacos de siglo. La "Sociedad Maquinista Aragonesa" se funda en 1858; en 1864 ya llegan a Zaragoza el ferrocarril de Madrid, el de Barcelona y el de Alsasua, éste último ya en funcionamiento desde 1861 como forma de empalmar con la línea Madrid-Irún; como réplica y complemento del Casino de Zaragoza, lugar de reunión desde 1843 de la aristocracia terrateniente, se crea el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola de Zaragoza, o Institución de la burguesía dinámica en 1858. Un año antes, Zaragoza contaba con 63.446 habitantes, "de ellos son militares 3.346; eclesiásticos, 269, y de 'establecimientos', 3.281. Es aún, una estratificación social "antiguo régimen", en la que la desamortización ha diezmoado al clero, todavía muy numeroso, pero no a los abundantísimos miembros de la guarnición". (Fernández Clemente, 1975, 21)

- 10.- Cf. SAZ, 109 (L, 23-XII-1857), 1-10. A principios de 1858, el equipo de redacción pareciera haber variado y estar constituido por Moreno, Huertos, Bordonada, Miró, Paraiso, Cevil, Soriano, Julio Monreal y R. Redol. Cf. SAZ, 162 (1858), 8-9. En SAZ, 1766 (D, 14-XII-1862), 1a, Huertos, Pérez Moreno y Agustín Paraiso dan a conocer su intención de abandonar El Saldubense en el momento en que se transforma en El Aragón.
- 11.- Cf. SAZ, 6, 10, 11 y 18 de 1857. La falta ocasional de referencia a fechas o páginas en las notas correspondientes a 1857, 1858 y 1859 de El Saldubense se debe a motivos ajenos a mi voluntad y de prolija explicación pero intuibles por quienes hayan soportado las a veces extrañas circunstancias de consulta en centros oficiales.
- 12.- Cf. SAZ, 16 (1857).
- 13.- SAZ, 1 (J, 10-IX-1857), 3-4.
- 14.- SAZ, 80 (S, 28-XI-1857), 1-2; 81 (D, 29-XI), 1-3; 83 (M, 1-XII) 1-2 y 84(X, 2-XII), 1-2.
- 15.- Emilio de Miró, "Zaragoza y su provincia. Artículo I" SAZ, 93 (V, 11-XII-1857), 1-3. No encuentro las posibles continuaciones.
- 16.- SAZ, 20 (M, 29-IX-1857), 1-2 y 42 (X, 21-X-1857), 1-2.
- 17.- SAZ, 102 (M, 22-XII-1857), 1-3. Cf; Un erudito á la violeta, "Dos palabras sobre el lujo", SAZ, 753 (S, 12-XI-1859), 1, remitido, contrario a las opiniones de Bordonada pero convenientemente comentado en la presentación y en una nota.
- 18.- SAZ, 13 (M, 22-IX-1857), 1-2.
- 19.- SAZ, 29 (J, 8-X-1857), 1-3.

- 20.- SAZ, 68 (1857), 6-7. En verso.
- 21.- SAZ, 85 (1857), 6. En verso.
- 22.- SAZ, 48 (1857), 6. En verso.
- 23.- SAZ, 48 (1857), 6-7. En verso.
- 24.- SAZ, 90 (1857), 7.
- 25.- SAZ, 91 (1857), 6.
- 26.- SAZ, 92 (1857), 6. En verso.
- 27.- SAZ, 5 (1857), 7.
- 28.- SAZ, 91 (1857), 2-3.
- 29.- SAZ, 5 (1857), 7-8. Prosa y verso. Cf. También Manuel Conrado Soriano, "Ya la cogí" SAZ, 40 (1857), 5.
- 30.- SAZ, 40 (1857), 5-6. Sección Variedades.
- 31.- SAZ, 44 (V, 23-X-1857), 1-2. El artículo, que va a modo de editorial, lleva a su término las iniciales J. M. C., que pueden corresponder a las del José María Caro que firma "El hombre" —SAZ. 79 (V, 27-XI-1857), 1-2. Remitido.—; Sin embargo, tras esas iniciales, se lee "Por el artículo, Emilio de Miró". Puede ser la forma en que el transcriptor se responsabiliza de algo cuyo autor no aparece diáfaramente o no pertenece al periódico, dado que el material de El Saldubense suele tener clara su paternidad.
- 32.- SAZ 79 (V, 27-XI-1857), 1-2, remitido, "editorial".
- 33.- SAZ, 79 (V, 27-XI-1857), 7-8, sección "variedades".
- 34.- SAZ, 89 (1857), 7-8. Sección "Variedades". La carta la firma Homo-bono; la sección, que sólo incluye este artículo, Emilio de Miró.
- 35.- SAZ, 118 (1858), 7-8. Sección "Variedades"
- 36.- SAZ, 63 (M, 1-XII-1857), 7-8. Sección "Variedades".
- 37.- SAZ, 92 (1857), 6-7, sección "Variedades". Cf. Antero Juncos, "Cosas", AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 5-6 y El

- Observador, *"El aroma del teatro", IZ, 212 (J, 22-XI-1849), 1-2. Remitido.
- 38.- SAZ, 106 (J, 24-XII-1857), 1-3. A modo de Editorial.
- 39.- SAZ, 107 (1857), 6-7. Sección "Veriedades".
- 40.- Cf. Macías, Leyenda, SAZ, 10 a 13 (1857); Liborio de los Huertos, Amor y caridad, SAZ, 96 a 99 (1857); Eugenio Rubí, Mi novia y su familia, SAZ, 47, 49 y 50 (1857); Liborio de los Huertos, "A bofetada de amante/cuchillada de Quevedo", SAZ, 7 (1857) y, todavía con menos interés que los últimamente citados, Joaquín Tomco y Benedito, "El día de los difuntos. Fantasía", SAZ, 54 (1857).
- 41.- SAZ, 109 (I, 28-XII-1857), 1-10. Siete grabados. Los autores de los textos son: Emilio de Miró, Joaquín Tomco y Benedito, Agustín Paraíso, Matías Pérez Moreno, Manuel Conrado Soriano, Agustín Sevil de His y Liborio de los Huertos.
- 42.- Cf. ARZ, 102 (M, 14-IV-1863), 1-2, folletín y ss. En cuanto a la continuidad de los redactores, Ángel Gallifa —que es el nuevo director hasta la muerte de Miró—, Liborio de los Huertos, Matías Pérez Moreno y Agustín Paraíso firman, junto con Joaquín Martón y Gavín, un "Al público" —SAZ, 1.768 (D, 14-XII-1862) la— en el que anuncian que no "pasaran á formar parte de la redaccion del nuevo periódico, El Araucón".
- 43.- E. de Miró, la redaccion del Saldubense pintada por sí misma, I [El director de un periódico o la barbería], SAZ, 109 (L, 20-XII-1857), 1-2, grabado.
- 44.- Ruiz Lasala (1977, 141, 145) anota estas obras dramáticas de Miró: El bufón de la Reina. Zarzuela en tres actos y en verso, puesta en música por Tomás Genovés,

- Zaragoza, Imp. de Cristobal Juste, 1853 y Aurora.
 Zarzuela en tres actos, puesta en música por D. Tomás Genovés, Zaragoza, Imp. de Antonio Gallifa, 1854.
- 45.- J. Tomeo y Benedicto, La redaccion del Saldubense pintada por si misma, II [El aspirante a gacetillero], SAZ, 109, (L, 28-XII-1857), 2-4, grabado.
- 46.- Debe ser Agustín Paraiso pues en el "cuadró" IV a Agustín Sevil de Hiis se le denomina por el apellido: "Agustín, el pollo listo, —pesadilla de alacranes;— Sevil, á quien Dios lo plugo— hacerlo mi buen compadre;— Calisto, el mozo de chispa ..." (p. 6b). Ambos son mencionados únicamente por sus apellidos en el "cuadro" V (cf. p. 8a) y en el VII (cf. p. 9a y b); sólo Paraiso por su apellido en el VI (cf. 8b) quizá porque el "cuadro" se debe a Sevil. También inclinan a pensar que se trata de Paraiso los rasgos que hacen más joven a este personaje —"Agustinito", aspirante — que al Sevil considerado "parte del eje" de El Saldubense; cf. "Don Tiburcio La-Ripa, —Sevil y Perez, —por su estructura análoga— forman el eje". (p. 9a).
- 47.- A. Paraiso La redaccion del Saldubense pintada por si misma, III [El gacetillero tenorio], SAZ, 109, (L, 28-XII-1857), 4-5, grabado.
- 48.- Sobre este establecimiento, cf.: "Fórtis ha trasladado su fonda desde el salon de Pignatelli, al palacio de Torresecas. "No hay duda que Zaragoza necesitaba una fonda, como la creada por Fórtis. "Es magnífica" Joaquín Tomeo y Benedicto, epístola. A mi querido amigo***", SAZ, 336. (M, 7-IX-1858), 7-9, sección variedades; p. 8b.

- 49.- M. Pérez Moreno, La redacción del Saldubense pintada por sí misma, IV [Los soldubenses en el cauce de Cuchilleros] , SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 5-7 grabado.
- 50.- M. Conrado Soriano, La redacción del Saldubense pintada por sí misma, V [El redactor náufrago] , SAZ, 109, (L, 28-XII-1857), 7-8, grabado.
- 51.- A. Sevil de Hiis, La redacción del Saldubense pintada por sí misma, VI [El redactor estrefalarío] , SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 8-9, grabado.
- 52.- L. de los Huertos, La redacción del Saldubense pintada por sí misma, VII [Croquis de los redactores] , SAZ 109, (L, 28-XII-1857), 9-10, grabado.
- 53.- R. Medel, "Improvisación caprichosa", SAZ, 162 (1858), 8-9, remitido, en verso, sección variedades.
- 54.- Cd. E. de Miró, "Interesante", SAZ, 233 (V, 24-V-1858), 1-2, a modo de "editorial" y Anónimo, "El correro de un día. Prensa de provincias", SAZ, 351 (X, 22-IX-1858), 1-2, a modo de "editorial", transcripción por E. de Miró de un artículo de El Lunes, de Madrid.
- 55.- La canalización del Ebro es tratada, entre otros lugares, en SAZ, 175 (1858); la del Jalón, en SAZ, 279 (1858), el Canal Imperial de Aragón, en SAZ 216 (1858); la conveniencia del ferrocarril de Huesca —en medio de una polémica con El Alto Aragón, de esta ciudad— en SAZ, 220, 224, 228, 238, 239, 240, 246, 247, .. (1858); la coordinación nacional de las notas y anuncios económicos para facilitar el dinamismo del mercado, en SAZ, 233 (1858); incluso los temas morales o educacionales son tratados —como

"El lujo", en 1857— a la luz de la productividad en artículos sobre el juego —cf. SAZ, 229 (1858)— o el desarrollo físico de los niños —cf. SAZ, 433 (1858)—.

- 56.— Cf. J. Tomeo y Benedicto, "Glorias de Aragón. Los Sitios de Zaragoza. Artículo I", SAZ, 167 (5-III-1858), a modo de "editorial"; un segundo artículo en el número 168 y un cuarto en el 173 (en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza faltan los números 170, 171 y 172), todos ellos con tendencia a la evocación difusa, como es habitual en Tomeo; Manuel Lasala, "Recuerdos históricos", SAZ 255 (X, 16-VI-1858), 1-3, una segunda entrega, en el número 257, ambas sobre Lanuza; J. Tomeo y Benedicto, "Crónicas aragonesas", SAZ, 261 (X, 23-VI-1858), 1-3; J. Tomeo y Benedicto, "Historia. Fragmentos", SAZ 402 (S, 13-XI-1858), 1-3, trabajo del que, a pie de página, se dice: "Estos fragmentos pertenecen a la obra que con el título de Zaragoza, su historia, descripción, glorias y tradiciones, está escribiendo su joven autor, nuestro compañero de redacción" y que sigue dándose a conocer en "Historia. Fragmentos de la de Zaragoza, SAZ, 415 (V, 26-XI-1858) 1-3; E. de Miró, "Breve reseña de Zaragoza monumental y artística", SAZ, 205 (M, 16-XI-1858), 1-3, 406 (X, 17-XI), 1-3, 408 (V, 19-XI), 1-3 y 413 (X, 24-XI), 1-2; M. Pérez Moreno, "Recuerdos históricos", SAZ, 195 (X, 7-IV-1858), 1-3 sobre el incendio de la torre de La Seo el 7 de abril de 1850; Juan J. Cotarelo, "Episodios de Zaragoza", SAZ, 316 (X, 18-VIII-1858), 6-7, poesía hecha a la vista del grupo escultórico de Álvarez.

- 57.- Cf. J. Tomao y Benedicto, "El teatro español, Artículo II Desde Lope de Vega hasta Moratín", SAZ 193 (D, 4-IV-1858), el primero aparece en el ejemplar del 31 de marzo, el tercero en el número 199 y el cuarto en el 207; P. García Cadená, "La zarzuela histórica", SAZ, 256 (S, 19-VI-1858), 6-7 y 262 (J, 24-VI), 7-9; Anónimo, "Glorias de Aragón. Las Argenso-las. Art. 1", SAZ, 274 (1858), a modo de "Editorial"; E. de Miró, "Revista de teatros. Variedades", SAZ, 375 (D, 17-X-1858), 4-6; M. Conrado Soriano, "Revista de teatros. Variedades", SAZ 389 (D, 31-X-1858), 6-8; J.M.V., "Revista de teatros. Principal", BAZ, 392 (X, 3-IX-1858), 6-8; Antonio Navarro Asensio, "Escritores aragoneses", SAZ 436 (V, 17-XII-1858), 1-4, presentación elogiosa y transcripción del prólogo que el presbítero escribe para La ley de Dios, colección de leyendas morales de la Sinués cuyo prospecto y condiciones de suscripción a las entregas se pueden leer en el número 443. El 437 de una relación de las obras de la autora en venta.
- 58.- Cf. I. de los Huertos, "Influencia de la instrucción en la sociedad", SAZ, 187 (1858); N. Monreal, "Ligeras consideraciones referentes al suicidio", SAZ, 216 (1858); E. de Miró "La adulación", SAZ, 223 (D, 9-V-1858) 1-2, con algunos pasajes centrados en el tipo del adúlador; Manuel Conrado Soriano, "El juego", SAZ, 229 (D, 16-V-1858), 1-3, con interesantes pasajes sobre las clases sociales que, a efectos prácticos y en lo que afecta a la relación juego-economía, son reducidas a "industriales" y "propietarios" pues tal afición se descarta para los "menestrales";

J. Antonio Puicercús Abizanda, "Estudios morales. El duelo", SAZ, 301 (M, 3-VIII-1858), 1-3, remitido; E. de Miró. "Estudios sociales. (Artículo 2º)", SAZ, 433 (M, 14-XII-1858), 1-3, que con rótulo moderno, podría ser "La salud de los niños al servicio de la productividad"; L. de los Puertos, "Escuelas dominicales", SAZ, 440 (M, 21-XII-1858), 1-3, índice, como otros muchos artículos, de las implicaciones del desarrollo y del tratamiento otorgado a los obreros y a las clases populares en general.

- 59.- Entre las gacetillas, cabe destacar, J. Tomco y Benedicto "Mi madre me predica...", "Y yo la digo...", "Predicar en desierto...", "Sermón perdido", "Resumen", SAZ, 115 (D, 3-I-1858), 6, gacetillas con marcò que abordan la crítica urbana hasta donde "el fiscal" permite, caso que se repite, por ejemplo, en Agustín Paraiso, "Cosas oscuras", "Cosas claras", "Cosas espesas", "Cosas claras, oscuras y espesas", SAZ 267 (1858) 7-8; Agustín Paraiso, "Que le apliquen una pitime", SAZ, 182, (1858), 7, tratamiento jocoso del motivo del hallazgo de un escrito; A. Paraiso, "¡Lo que inspire un miriñaque...!!", SAZ 337 (M, 19-X-1858), 3-4, sobre lo enunciado; E. de Miró "Vaya un par", SAZ, 216 (S, 1-V-1858), 6-7, anécdota chistosa sobre dos mentirosos, uno que sube al Fuente de Piedra y otro a la Torre Nueva y que permite observar cómo se pueden fraguar los chascarrillos baturros; E. de Miró, "El mechero de gas improvisado", SAZ 216 (S, 1-V-1858), 7, anécdota supuesta sobre la incredulidad de los aldeanos, tratados como "pelatos" y engañables; Agustín Paraiso, "Escena tragi-cómico-burlesca", SAZ, 273 (1858) 6-7, tratamiento ridículo y antirromántico de un encuentro amoroso en el

salón Pignatelli; Agustín Paraiso, "Ya está de monos, Ruperta", SAZ, 273 (1858), 6, que quiere acercarse al artificio costumbrista de la criada-auxiliar, igual que ocurre, entre otros, en Manuel Conrado Soriano, "Abajo Ruperta!", "Pregón", SAZ, 278 (1858), 6; Agustín Paraiso, "Modas de moda", SAZ 273 (1858), 7, fugaz revisión crítica de la sociedad muy similar a Manuel Conrado Soriano, "Así anda ello. Modas para señoras", SAZ, 278 (1858), 7; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Me voy á matar cipayos", SAZ, 317 (D, 19-VIII-1858), 5-6, de carácter autófago: el periodista habla de la dificultad de ser gacetillero; Agustín Paraiso, "Guapo chico", SAZ, 329 (M, 31-VIII-1858), 6-7, desarrolla los pros y contras del siglo XIX clamando por la defensa de los principios morales; A. Paraiso, "Carta al canto", SAZ, 336 (M, 7-IX-1858), 6-7, prefiguración epistolar de las fiestas del Pilar, tema abordado tras ellas también en gacetillas.

Fuera de las gacetillas y generalmente en el apartado de variedades, podrían recordarse: E. de Miró, "La telegrafía del amor", SAZ, 216 (S, 1-V-1858), 7-8, con la oposición mudo espiritual y antiguo mundo material y moderno; A. Paraiso, "El corazón del oidium y el oidium del corazón", SAZ, 329 (M, 31-VII-1858), 7-9, ejemplo de literaturización próxima —pero distinta— al costumbrismo del tipo de la coqueta, cuyas tachas glosa el autor despechado; Rogelia Leon, "Los bomberos", SAZ, 341, (D, 12-IX-1858), 1-3, a modo de editorial, caso representativo de un hipotético artículo de tipos que no lo es por carecer de la técnica costumbrista y, sobre todo, no por su talante moraliza-

dor sino por la manipulación de la realidad—similar a lo observable con el rústico o, mejor, con el obrero— pues resulta demasiado tendencioso presentar a los bomberos como héroes salidos del pueblo, ejercitadores de las "sublimas doctrinas de nuestro Redentor" (p. 1b) y cabales cristianos frente al "gran señor que adormido entre cortinajes de seda y otro es-cucha el rebato del fuego sin alterarse si quiera..." (p. 3a) y demasiado endeble en sus disquisiciones como para no traslucir que se quiere hacer pasar por altruismo lo que no deja de ser una forma de ganarse la vida y que se ensalza lo que se quiere que siga donde está; El Tío Melampio --que puede ser Emilio de Miró, cf. "El día de ánimas"; SAZ, 750 (X, 9-XI-1859), 1--, "Los treses", SAZ, 443 (V, 24-XII-1858), 6-7, con algunos atisbos --o residuos-- costumbristas completamente anegados por la erudición en torno al número tres; todo ello con pocos pero significativos rasgos de castellano vulgar que, junto a otros artificios para lograr el contacto afable con el lector, convierten el artículo en algo nuevo pero muy distinto al costumbrismo y al autor, en insulso y agobiante aunque se pretende agudo y dicharachero: es quizá el humor que da por supuesto, en vez de crearlo, lo que le desvía del género; lo suyo parece estar en otro sitio: cf. Melampio, "Fábula. Juan y su carro", SAZ, 323 (X, 25-VIII-1858), 8; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Epístola. A mi querido amigo***", SAZ, 336 (M, 7-IX-1858), 7-9, tiene todo el cariz de una crónica de la actividad zaragozana al estilo de las aparecidas en años anteriores sólo que basada en el artificio de

la correspondencia y más extensa y minuciosa a la hora de aportar datos de todo tipo, pero ni el ser noticiosa ni el respaldo técnico de la supuesta carta al amigo que está visitando El Escorial son suficientes para entrar en el costumbrismo: el recurso apenas es explotado —saludo, despedida y poco más— y, sobre todo, le falta nervio y elaboración literaria de lo criticado; diseño y resultados se confirman en "Revista de la Semana. Epístola. A mi querido amigo***", SAZ, 377 (M, 19-X-1858), 4-6, donde sólo ha variado la residencia del destinatario —ahora en Madrid—, la temática —la reseña incluía, entre otros extremos, los festejos del Pilar— y el rótulo con un antetítulo que es el que realmente le corresponde.

- 60.- SAZ, 151 (O, 14-II-1858), 1-3, a modo de editorial.
- 61.- M. Pérez Moreno, "La suegra. Aviso a mis lectores" SAZ, 197 (V, 9-IV-1858), 7, gacetilla, en verso.
- 62.- Del mismo M. Pérez Moreno son otros textos que insisten en el tema a sus aldeanos, como "No es broma" —SAZ, 201 (X, 14-IV-1858), 7, gacetilla, en verso— donde da otro aviso a los jóvenes casaderos en forma de carta en la que se anuncia que está al acecho una que desea ser suegra y exhibe como cebo a su hija colmada de virtudes y atractivos. Para el costumbrismo, más que la descripción de la "linda y bella pollita", interesa el artificio dispuesto por el autor, quien dice haber topado por la calle con un "mocito de buen aire y mejor fila" —encuentro, contacto adulto-joven— que requiere sus servicios como gacetillero —protagonismo de periodismo— y le entrega la mencionada carta —proximidad al motivo del hallazgo

y distanciamiento técnico— que se anuncia así: "PARA PRETENDIENTES GALLOS—QUE AL MATRIMONIO SE INCLINAN".

De las preocupaciones por lo que rodea a la consecución de la pareja también es índice la reproducción de materiales tan efamados, aunque añosos, como la "Proclama del solteron", SAZ 210, (S, 24-IV-1858), 7 y 211 (D, 25-IV), 7-9, del gaditano José Vargas Ponce. Por supuesto que ni la fecha —1827— ni el tono —burlesco— permiten conceptuar como costumbrista lo que de descripción de un tipo parecen contener las octavas reales de esta composición.

- 63.- SAZ, 223 (D, 9-V-1858), 7-8 y 224 (M, 11-V), 9-10, sección variedades. Cf. el trabajo más próximo en El Saldubense sobre el mismo tipo y original: Liborio de los Huertos, "El trinquis", SAZ, 457 (V, 7-I-1859) 1, gacetilla.
- 64.- Cf. el autor, A. Lellonx, posibles huellas galicistas —"se sabía de coro todo el Horacio"— (p. 105)— y la alusión al poeta parisino Pierre Jean Béranger, muerto en 1837.
- 65.- Agustín Paraíso, "Correspondencia particular del Saldubense [Un Zaragozano en Londres o el buque Leviathan]" SAZ, 266 (M, 29-VI-1858), 6-8, en verso, tres grabados, sección "variedades".
- 66.- J. Tomeo y Denedicto, "Alleluyas [El hortera]", SAZ, 268 (J, 1-VIII-1858), 8, gacetilla, en verso.
- 67.- SAZ, 269 (V, 2-VII-1858), 7-8, gacetilla.
- 68.- SAZ, 323 (X, 25-VIII-1858), 7-8, gacetilla.
- 69.- Cf. La gacetilla de Manuel Conrado Soriano —SAZ, 268 (1858), 6-7—: "Piense ir. Muy pronto quedará abierto para el servicio del público el establecimiento de

baños del Huerva. Digna de elogio es la solicitud con que los dueños del mismo, á pesar de lo avanzado de la estación [hacia el 15 de junio], se apresuran á habilitarlos con objeto de que los aficionados puedan disfrutar de aquél recreo. En el número 289 (22-VII), p.11, aparece un anuncio de los "Baños de las Delicias", antes "Baños del río Huerva", situados entre las puestas de Santa Engracia y Quemada. En el 336 (7-IX), p.9, figura otro que aporta nuevos datos: "Baños de las Delicias. El espresado establecimiento seguirá abierto hasta el 15 de septiembre, las tarjetas de abono serán admitidas hasta el indicado día, pasado el cual, pierden su valor."

70.- SAZ, 333 (S, 4-IX-1858), 8-9, en verso, sección "variedades".

71.- El artículo se apuntala con cinco notas, cuatro de ellas breves apostillas y una, "objetiva" definición según el diccionario: "Curandero.-m. el que se hace médico sin serlo. Empíricus (Diccionario de la lengua castellana, por la Academia: octava edición). Curandero, s.m. Médico sin título ni autorización, que propina remedios de invención suya, sin tener conocimiento médico alguno; charlatan, empírico, (Diccionario nacional de la lengua española por D. Ramón Joaquín Domínguez: tercera edición.)" (p. 8a). Huelga cualquier comentario sobre las posibilidades que tendría el curandero de contribuir a la definición de sí mismo o a redactar la correspondiente a la voz "médico".

72.- A. Paraiso, "Mis sandeces", SAZ, 384 (M, 26-IX-1858), 8-9 sección variedades.

- 73.- SAZ, 451 (S, 1-I-1859), 1a-b.
- 74.- SAZ, 451 (S, 1-I-1859), 1 b-c.
- 75.- Aunque quede fuera de los límites actuales de la presente investigación, no está demás apuntar esta posible veta que, junto a las guías de ciudad, otros folletos y algunas modalidades de la literatura regional, podrían contribuir a delimitar las fronteras externas del costumbrismo y las vías de evolución o conexión con otros géneros antes que pensar de forma exclusiva en la novela. El calendario que se anuncia es un volumen en 8^o con 88 páginas y varias "caricaturas"; su índice: "Epocas celebres". =Cómputo eclesiástico. =Fiestas móviles. =Cuatro tómporas. =Días en que se saca Anima. =Cuatro estaciones. =Eclipses de sol y luna. =Notas. =Santoral. =Ferias y mercados en cada mes. =Operaciones agrícolas en cada mes. =Productos de la huerta. =Juicio del año. =MORAL. =El Remordimiento. = El Juego. =HISTORICO. =Introducción. =ARAGON. =Zaragoza monumental y artística. =Caricaturas" (p. 1a). Por sus especiales características, es difícil encontrar ejemplares de este u otros calendarios.
- 76.- Cf. SAZ, 530 (S, 31-III-1859), 4. Otros, igualmente significativos, en los números 535, 583...
- 77.- Cf. SAZ, 591 (X, 1-VI-1859).
- 78.- Cf. SAZ, 651 (X, 3-VIII-1859), 1.
- 79.- Cf. Pedro Pardo de la Cesta, "Bailes de máscaras", SAZ, 509 (S, 10-III-1859), 1-2, no costumbrista.
- 80.- Cf. Joaquín Tomez y Benedicto, "El eco de los siglos. Fantasia", SAZ, 504 (S, 5-III-1859), 1-2, evocación histórica envuelta en los lirismos propios del autor;

A. Nadal, "Diálogo entre un padre y su hijo" SAZ, 504 (S, 5-III-1859), 1-3, folletín, donde los recuerdos, presentados como autobiografía ya son necesarios para que nuevas generaciones sepan qué hay tras la fiesta que evoca El Saldubense, con sus artículos y su portada orlada.

- 81.- Cf. SAZ, 722 (X, 12-X-1858); el ejemplar, con portada extraordinaria, contiene "La luz de los siglos. Alegoría", de Joaquín Tomeu y Benedicto; "Glorias de Zaragoza", de Emilio de Miró y "A Ntra. Sra. del Pilar", poesía de Marco A. Galindo Catalán. La crónica de los festejos, en "Fiestas del Pilar", SAZ, 733 (D, 23-X-1859), folletín y la "Crítica teatral", en SAZ, 731 (V, 21-X-1859), folletín. El editorial del 689 (V, 9-IX-1859), muestra preocupación por la proximidad de las fiestas y la ausencia de su preparación.
- 82.- Cf. Joaquín Tomeu Benedicto, "Al Riff, al Riff", SAZ 691, (D, 11-IX-1859), 1, a modo de editorial de encendido patriotismo, lo mismo que caracteriza a poesías como las del número 719 (D, 9-X-1859), 2; La Redacción firma "Al Africa", SAZ, 735 (M, 25-X-1859), artículo de exaltación nacional a los tres días de la declaración de la guerra; la poesía de Rosa Pía del número 763, con su tono jocosa ya resulta más soportable leída hoy.
- 83.- Cf. M. A. Galindo, "Desamortización de los bienes á propios y comunes de los pueblos", SAZ, 452 (D, 2-I-1859), 1, y 454 (M, 3-I) 1-2, se explicaría por los trámites que llevaron a la firma del Convenio con la Santa Sede el 25 de agosto siendo Ríos Rosas embajador en el Vaticano; Un erudito á la violeta, "Dos pa

labras sobre el lujo", SAZ, 753 (S, 12-XI-1859), 1, remitido cuyo autor se opone a la producción de lo superfluo y localiza el espíritu más religioso entre los labradores y al que contesta la redacción mediante una nota para rechazar algunas de sus tesis y en la presentación que le precede, donde también se apoya el lujo no excesivo como impulsor del desarrollo y se recuerda las mismas ideas expuestas en 1857 en El Saldubense; Cf. Calisto Gordanada, "Dos palabras acerca del lujo", SAZ, 102, (M, 22-XI-1857), 1-3.

- 84.- Cf. A. Nadal, "Zaragoza histórica. Ojeada retrospectiva", SAZ, 473 (X, 2-II-1859), 1-2; B. [Borao?], "Crítica literaria", SAZ, 476 (S, 5-II-1859) 1-2, sobre la historia de España, de Modesto Lafuente; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Historia. Fragmentos de la de Zaragoza", SAZ, 487 (X, 16-II-1859), 1, continuación de lo ya publicado en 1858; Enrique del Castillo y Alba, caballero de la Orden, "Reseña histórica de la Orden de San Juan de Jerusalén", SAZ, 570 (X, 11-V-1859), a modo de editorial.
- 85.- Cf. Joaquín Tomeo y Benedicto, "La sobra de Cervantes (Fantasía)", SAZ 604 (M, 14-VI-1859), 2-3, cuyo subtítulo ya sugiere el limitado interés que revista; que de constancia también de la reseña del Diccionario de voces aragonesas, de Borao, en Bibliografía, SAZ, 740 (D, 30-X-1859), 1.
- 86.- Cf. Joaquín Tomeo y Benedicto, "La tempestad. (Impresiones)", SAZ, 580 (S, 21-I-1859), 3-4, donde la ambientación en el valle del Jalón y las alusiones a las ruinas del Chodes están en función de una visión

romanticoides del paisaje.

- 67.- Cf. E. de Miró, "Estudios sociales", SAZ, 455 (1859), a modo de editorial y en la línea del publicado en el número 433; A. Nadal, "Los pobres", SAZ, 477 (D, 6-II-1859), 1; A. Nadal, "La mujer", SAZ, 480 (X, 9-II-1859), 1, con su tercera entrega en el número 491, (D, 20-II-1859), 1-2; E. de Miró, "De la educación de la mujer y de las escuelas dominicales", SAZ, 481 (J, 10-II-1859), 1-2; Joaquín Tomeo y Benedicto "El amor", SAZ 496 (V, 25-II-1859), 3-4; A. Nadal, "El niño", SAZ 501 (X, 2-III-1859), 1-2, cuya tercera entrega aparece en el número 511 (M, 21-VI-1859), 1; Joaquín Tomeo y Benedicto, "El amor del poeta. Fantasía", SAZ, 578 (J, 19-III-1859), 3-4 en verso; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Las cuatro flores. (Fantasía)", SAZ 623 (M, 5-VII-1859), 2; Joaquín Tomeo y Benedicto, "La flor de los muertos" SAZ, 696 (V, 16-IX-1859); M. Pérez Moreno, "El día de ánimas. Fantasía.", SAZ, 743 (X, 2-XI-1859), 1; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Ayes del alma. (Fantasía)", 754 (D, 13-XI-1859), 2; Joaquín Tomeo y Benedicto, "Flores y suspiros. Oriental", SAZ 761 (D, 20-XI-1859), 1; E. de Miró, "El día de ánimas", SAZ, 750 (X, 9-XI-1859) 1, artículo que interesa por las referencias que hace a la "costumbre" de ir al cementerio con alimentos y bebidas —da da la distancia que le separa de la ciudad— y a las escenas de jolgorio e incluso de borracheras que allí se producen tras el refrigerio; igualmente, y aunque se responsabiliza E. de Miró de todo lo no firmado, en él es El Tío Melampio quien reprende a los zaragozanos irreverentes del "Siglo del hongo y del miriña

que" (p. 1a), lo que desvelaría la identidad de este pseudónimo ya encontrado en 1858 y que en 1859 escribe, entre otros, * "Un cornejalito para El Tío Malampio", SAZ, 451 (S, 1-V-1859), 1c, donde además de pedir al director ese mínimo espacio en el momento del cambio de formato, se autocaracteriza como "un si no es dado a la intriga", escritor gratuito e independiente, lo cual, sumado a la experiencia y los años que se atribuye en el número 750 y en el 456, le configurarían como el tipo del escritor costumbrista. Sin embargo, tal como ocurría en 1857, sus escritos son presentados como reclamados por los lectores, intentaban lograr una gracia imposible —por más que en ellos se proteste contra lo serio— y tiene cierto aire de paternalismo; así, el "Artículo joco-serio" —SAZ, 456 (J, 6-1-1859), 1-2—, donde la probable pose de "viejo cansadó" (p. 1b) y "viejo regañón" (p. 2a) está al servicio de una arenga de principio de año encaminada a conseguir que los jóvenes rinden tributo y contribuyan al progreso y entre cuyos argumentos llegue a decirse: "Los extranjeros no nos ganan en nada... en nada... en nada. Y si nos ganas será porque nosotros lo queremos así y porque no nos morimos de vergüenza". (p. 1a)

- 88.- Cf. José María Goizueta, "Aquelarre. Leyenda", SAZ, 488 (J, 17-II-1859), 1-2, folletín, siguen los números 489, 490, 491 y 493 y trata de Zugarramurdi y Echélar; otras del mismo autor comienzan, respectivamente en los números 493 ("La bucina de Roldan"), 517 ("Basa Jauna") y 550 ("Lamia").
- 89.- Cf., entre otros, "Al fondo del oceano", sobre Federi

co I de Sicilia, que comienza en el número 451; "El luner de los mujeres", del 455 al 456; "Costumbres orientales", 447 sobre chinos e indios extraído de "La Ilustración inglesa"; "Los zuavos", en el 625 y procedente de Irupec-bat; "El príncipe desmemoriado. Cuento de figuron", de Antonio de Trueba, en el 468; "Tribulación de un boticario. Imitación del alemán" en el 503. Junto a este material del "Album de El Saldubense", no siempre conservado en su integridad, conviene recordar lo publicado en la "Biblioteca de El Saldubense", muy a menudo mutilado o recortado. Según mis observaciones directas —no sistemáticas en el momento de la consulta por no tratarse de costumbrismo— más los datos de Ruiz Losala (1977) y algunos de Ferreras (1979), serían veinte, al menos, las obras que se pueden considerar de tal "Biblioteca" diferenciándolas de lo anunciado como "Album". Por descontado, los años 1858-1860 que da Ferreras (1979, 75) para la "Biblioteca" son erróneos, pues comienza en 1857 y llega a 1862, y lo mismo hay que decir del supuesto número de novelas que contiene: frente a las "25 por lo menos" que apunta, de momento yo no veo más que ocho títulos que puedan serlo.

- 90.- Cf. E. de Miró, "Una Fé de Bautismo", SAZ (V, 18-III-1858), 3b-c, que puede servir de ejemplo del tratamiento como chascarrillo del contraste entre el "hombre del campo" (p. 3b) y el ciudadano, en este caso a propósito del regateo del precio de un formulario oficial; E. de Miró, "Revista Mercantil de Himeneo", SAZ, 619 (X, 29-VI-1859), 1c-d, comentario liviano sobre los amoríos de la juventud a modo de informe

bolsístico y no excesivamente alejado del costumbrismo; E. de Miró, "Informe la comisión", SAZ, 623 (M, 5-VII-1859), 1c-d, en verso, de parecido alcance que el anterior al basarse en el esquema de la instancia para llevar a cabo la crítica municipal del alumbrado en los paseos de Zaragoza y que forma un todo con "No há lugar", SAZ, 625 (J, 27-VII-1859), 1b-c, su puesta contestación con idéntico tono festivo y similares subrayados y nombres propios simbólicos; E. de Miró, "Cabras y conciertos", SAZ "624" [626] (V, 8-VII-1859), 1, en verso, sobre las molestias, que ocasiona el paso del ganado, por la ciudad; E. de Miró, "Tomaré otro rumbo", SAZ, 638 (X, 20-VII-1859), 1, sobre la subida del precio de los coches de alquiler con motivo de los viajes de verano; E. de Miró "Dice la carta", SAZ, 687 (X, 7-IX-1859), 1 b-c, en verso, sobresale por imitar el habla cubana en la misiva que la habanera Nicasia escribe a "Defaelito" para anunciarle su intención de ir a Zaragoza, de la que se recuerda el mal estado de faroles y empedrado; E. de Miró "No, no quiero !!", SAZ, 689 (V, 9-IX-1859), 1c-d, en verso, parece contestación a la anterior y negativa a la propuesta de boda; E. de Miró, "Costumbres de todas partes", SAZ, 719 (D, 9-X-1859), 2a, diálogo entre dos zaragozanos sobre escombros, malos olores, mendigos, angosturas de las calles y otros aspectos de policía urbana presentado como conversación objetiva oída por "un observador", también víctima parcial de tales incomodidades y refrendado por unos herradores que "tomaron coto de los actos del observador",

rasgos todos que aproximan de forma extraordinaria esta gacetilla al costumbrismo.

- 91.- SAZ, 457 (V, 7-I-1859), 1c-d.
- 92.- Cf. A. Lelionx, "Psicología del hombre Ébrio ó el hombre juzgado por el vino", SAZ, 223 (D, 9-V-1858), 7-9 y 224 (M, 11-V), 9-10, sección "variedades".
- 93.- SAZ, 483(S, 12-II-1859), 1-2, folletín y 484 (D, 13-II), 1, folletín. El original de Mesonero vio la luz en diciembre de 1832
- 94.- Julio Álvarez y Adé, "Costumbres populares. La fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro", SAZ, 644 - (M, 26-VII-1859), 1-2, sección "variedades". Fechado en Pina de Ebro el 16 de julio de 1858. Según dice E. de Miró en la gacetilla "Aclaracion" (P. 1b) del mismo número, estaba prevista "una gran viñeta dibujada por el mismo señor [Álvarez] representado el orden de la procesión que [...] se describe; pero un percance ocurrido á última hora a nuestro gravador le ha inutilizado su trabajo...". Allí mismo se promete efectuar "otro día la inserción del grabado tan luego como esté corriente" pues ha habido que comenzarlo de nuevo, pero no he dado con la ilustración si es que se llegó a imprimir. Quizá se publicó en un pliego suelto, como ocurrió con la litografía de las figuras de los protagonistas del "Diálogo entre don Fedancio Terrones y un partidario de la Reforma de Aranceles" -- --SAZ, 795 (D, 15-I-1860), 1, 797, 809, 811 y 812-- según se anuncia en su tercera entrega --809 (D, 29-I)--, donde se explica que se continúa el "Diálogo" después de haber sido interrumpida para dar tiempo a la realización del grabado que se ofrece ese día en

pliego suelto y que tampoco he localizado.

- 95.- Cf. SPEM, 51 (18-XII-1842), 406-408.
- 96.- Cf. Julio Álvarez y Aós, "Costumbres populares. Fiesta de San Juan en la villa de Fina de Ebro", El Museo Universal [Madrid], 37 (13-IX-1863), 291-292, grabado. La principal diferencia entre la versión de 1842 y la de 1863 radica en la introducción de ésta, cuyo modelo bien podría estar en la de "Las fiestas de lugar", de Un aficionado lugareño.
- 97.- SAZ, 873 (M, 3-IV-1860), 1, gacetilla, en verso.
- 98.- SAZ, 1.007 (M, 6-IX-1860), 3, gacetilla, en verso.
- 99.- Cf. V. Martínez Muller, "Juan Velasco", SAZ, 987 (S, 28-VII-1860), 3, romance sobre el personaje que frecuenta los ambientes más vitales, no tiene remilgos, etc., y V. Martínez Muller, "Juan Clarantes", SAZ, 988 (D, 29-VII-1860), 3-4, romance. En nota se dice: "Este romance y el que ayer insertamos pertenecen a una colección que está escribiendo el conocido poeta D. Victoriano Martínez Muller".
- 100.- SAZ, 1.016 (D, 26-VIII-1860), 1, a modo de editorial.
- 101.- SAZ, 1.046 (M, 25-IV-1860), 1, a modo de editorial. Va sin firma pero Mariano Ferruz y Gómez se responsabiliza de todo lo que carece de ella.
- 102.- SAZ, 1.095 (J, 15-XI-1860), 1, a modo de editorial.
- 103.- SAZ, 1.109 (X, 28-XI-1860), 1, a modo de editorial.
- 104.- SAZ, 891 (O, 22-IV-1860), 2, gacetilla.
- 105.- Cf. textos de V. Joaquín Bastús tomados generalmente de El Telégrafo, de Barcelona, como "Arqueología sagrada y profana. San Jorge va hecho un San Jorge.", SAZ, 896 (V, 27-IV-1860), 1, a modo de editorial; "Curio-

sa antigualla. Privilegio singular del año 1446"; SAZ, 900 (M, 1-V-1860), 1, variedades, centrado en Cataluña; "Antigüedades. Arbol de Mayo. Arbol de de la libertad. La maya. Mes de María", SAZ, 911 (S, 12-V-1860), 1, también referente a Cataluña, "Curiosa antigualla", SAZ, 1.002 (D, 12-VIII-1860), 3-4, es una reproducción de la Relación del entierro del príncipe de Viana; "Cojer una turca. ¿Qué quiere decir cojer una turca?", SAZ, 1.007 (V, 17-VIII-1860), 4; "refrán antiguo. No todos podemos ir á Cofinto", SAZ, 1.007 (V, 17-VIII-1860) 4; "Costumbres populares", SAZ, 1.019 (X, 29-VIII-1860), 3, referida a Cataluña y general; "Locucion antigua. Cuando Dios queria[sic]", SAZ, 1.087 (M, 6-XI-1860), 3, variedades; "Antiguas costumbres españolas", SAZ, 1.088 (X, 7-XI-1860), 3, una vez más, comentarios sobre frases hechas. Una línea muy semejante a la de Bastús es la que muestra Adolfo de Castro en "Ligera idea de las antiguas costumbres españolas en Semana Santa", SAZ, 876 (S, 7-IV-1860), 1, título que refleja el tema y la ausencia de cotidianidad --se refiere a la época de Carlos V y Felipe II, siglo "en el que nos parece que el respeto á las cosas sagradas estaba mas en su punto" (p.1b)--, aunque no al uso de textos literarios del Siglo de Oro como testimonio.

106.- SAZ, 969 (M, 10-VII-1860), 3, variedades.

107.- Cf. Mariano Ferrúz y Gómez, "La mujer", SAZ, 956 (X, 27-VI-1860), 3-4, variedades, con el mismo carácter general y difuso que otros trabajos del autor de igual título aparecidos en SAZ, 995 (D, 5-VIII-1860), 1-2 y SAZ, 1.037 (D, 16-IX-1860), 1; Joaquín Tomez y Bene

dicto, "La mujer", SAZ, 1.014 (V, 24-VIII-1860), 1; tan general y lírico como el de José Selgas, "Las mujeres", SAZ, 1.130 (X, 19-XII-1860), 1-2 sobre el mismo tema pero más marginales y en clave humorística son gacetillas sobre el vestido más criticado como Mariano Ferrúz y Gomez, "Manos blancas no infaman," SAZ, 1.019 (X, 29-VIII-1860), 2-3 y José Santos, "Mi riñaque comprometedor", SAZ 1.083 (V, 2-XI-1860), 3. Variados en lo tratado pero alejados del costumbrismo, casi siempre con implicaciones moralizadoras y rara vez literarios son, por ejemplo, B., "La caridad Oriental", SAZ, 844 (D, 4-III-1860), 1-2, variedades; Joaquín Tomez y Benédicto, "Ecos de la creación", SAZ, 936 (J, 7-VI-1860), 1; E. de Miró, "sobre la educación de ciegos y mudos", SAZ, 922 (X, 23-V-1860); Mariano Ferrúz y Gomez, "La prostitución: 1", SAZ, 1.013 (J, 23-VIII-1860), 1; varios editoriales sobre el lujo como los de SAZ, 1.018 (M, 28-VIII-1860) y SAZ, 1.008 (X, 7-XI-1860); L., "La vanidad y el orgullo", SAZ, 1.028 (V, 7-IX-1860); A.J. y S., "Matrimonios", SAZ 1.026 (X, 5-IX-1860), 1, donde se propugna una legislación que obligue a los hijos a obedecer a los padres para evitar la relajación de las costumbres y al que se pueden sumar otros trabajos sobre la normativa de los niños trabajadores que aparecen a finales de diciembre o los más teóricos sobre la justicia y los jueces que escribe Zaragoza en marzo y abril; entre los dedicados a los intereses "materiales", no falta los que tratan del ferrocarril, de tanta actualidad en Zaragoza, como F. de Baynar, "Influencia de los caminos de hierro", SAZ, 889 (V, 20-IV-1860). La ubicua

crítica municipal se lleve a cabo en gacetas como Mariano Ferrúz y Gomez, (4), "Playas de Zaragoza" SAZ, 1.011 (M, 21-VIII-1860), 3; "Sr. Alcalde", SAZ 1.021 (V, 31-VIII-1860), 3, donde también es Ferrúz quien denuncia la peligrosidad de la capital, amenazada por las aguas negras, los cerdos y otras incomodidades, prácticamente lo mismo que viene a airear José Santos en "Estamos como queremos", SAZ 1.083 (V, 2-XI-1860), 3, pero de más elaboración resulta el remitido por Un buen ciudadano y dado en folletín "Cuestion de bancos", SAZ, 995 (D, 5-VIII-1860), 1-2, que se refiere a los del Pilar, y aún más, la jocosa mezcla de crítica municipal y ridiculización de los amores románticos del trabajo en verso, alojado en la sección de variedades cuyo título es sobradamente elocuente: "La columna mingitoria ó Llorar por culpa ajena. Inspiración romántico-erótico-fétido-lírico-bullanguero-espeluznante, en una hora y cinco escenas: original de tres ingenios indebidamente oscurecidos y dedicada á la Abatidísima Sra. D^a. Decencia Pública", SAZ, 871 (D, 1-IV-1860), 2-3, no firma ninguno de los tres ingenios y quizá se deba a Emilio de Miró que se responsabiliza de todo lo no firmado. Otros aspectos de Zaragoza como las glorias locales tienen por relieve aunque se puede leer la divagata que en torno a la Cincomarzada escribe Joaquín Tomeo y Benedicto en "El ángel de España. Alegoría", SAZ, 845 (L, 5-III-1860), 1-2, las poesías dedicadas al día del Pilar en el ejemplar extraordinario SAZ, 1.063 (V, 12-X-1860) y alguna composición sobre el río como Vicente Manuel Álvarez, "Placeres del Cbro. Dda", SAZ,

971 (J, 12-VII-1860), 2-3. En torno a la guerra de Marruecos, además de los editoriales y extraordinarios —a veces con poesías a los voluntarios—, cf. SAZ, 819, 820, 931, 932, 933, podrían recordarse los que ofrecen supuestos diálogos entre marroquíes, como el de SAZ, 835 (V, 24-II-1860), 1, firmado por J. M. del C. o un forzado castellano vulgar, no muy distinto a que caracterizará a la literatura baturre, como el de Emilio de Miró en "Correspondencia. Sigue la de Bastian y Ursula", SAZ, 893 (M, 24-IV-1860), 1, gacetilla. De lo poco que hay sobre historia no coetánea podía ser índice Joaquín Tomeo y Benedicto, "Crónicas aragonesas. El alcaide de Sábagna", SAZ, 963 (X, 4-VII-1860), 1-2 folletín. La autofagia quedaría representada por la gacetilla en verso de José Santos "Modo de hacer una gacetilla", SAZ, 1.085 (O, 4-XI-1860), 3. Entre las anécdotas-cuento, "Por un sordo", SAZ, 1.009 (O, 19-VIII-1860), de Mario Ferruz y Gómez, resulta ingenua comparada con "Hazañas de un herrador", SAZ, 1.007, (V, 17-VIII-1860), 3-4, variedades, relato-denuncia firmado por El Borborino en el que el ataque contra el curanderismo rural se basa en la no mención del abandono sanitario que sufre el campo y en el uso degradado del castellano grotescamente vulgar con que se caracteriza a los rústicos.

- 108.- SAZ, 1.131 (J, 20-XII-1860), 1-2, folletín; 1.132, (V, 21-XII) 1-2, folletín; 1.133 (S, 22-XII), 1-2, folletín y 1.134 (D, 23-XII) 1-2, folletín. Puede tratarse de un trabajo reproducido de otro periódico, circunstancia frecuente en el folletín de El Caldubense.

Aunque muy vagamente, podría localizarse en Madrid.

- 109.- Al pie: "Zaragoza, Imprenta y librería de Vicente Andrés. Cuchillería, núm. 42. 1860". Ruiz Lasala (1977, 159), que toma la referencia de Palau, da "Mateo A," y añade: "En 82, 222 p.". El coleccionable comienza en SAZ, 951 (V, 22-VI-1860), 3-4, folletín y concluye en el número 1.014 (V, 24-VIII-1860). La inestabilidad de la terminología con respecto a la actual generalmente queda dentro de los límites trazados por Baquero Goyanes (1949) y resultan excepcionales los casos como la denominación "Sección manufacturera" para un trabajo sobre el bacalao. Sf. SAZ, 912 (D, 13-V-1860).
- 110.- SAZ. 1.071 (D, 21-X-1860), 1-4, "Folletín de El Saldubense".
- 111.- SAZ, 1.083 (V, 2-XI-1860), 3, gacetilla.
- 112.- Entre el material contextual del artículo de costumbres que ronda a éste o lo explica, pueden recordarse relatos como "Una noche como pocas", de Javier de Palacio, SAZ, 1.143 (M, 1-I-1861), 2, folletín y 1.144 (X, 2-I) 1-2, folletín; "El año nuevo" de Alarcón, SAZ, 1.444, 1.145 y 1.146; "El amor de moda", de Javier de Palacio, SAZ, 1.155 (V, 11-I-1861), folletín y 1.156 (S, 12-I), 1, folletín; "El velo. Reflexiones entusiastas", de El Liceísta, SAZ, 1.160 (V, 18-I-1861), 1-2, folletín "Lo que es poesía", de Trueba, SAZ, 1.283 (X, 22-V-1861) a 1.291 (J, 30-V) folletín; "La reunión de Doña Claudia" de Francisco de P. Entrala, SAZ, 1.423 (J, 10-X-1861) a 1.435 (M, 22-X), folletín, firmado en Madrid en 1.861. Entre la eru-

dición y el artículo que trata las costumbres de forma genérica estarían "El baile", de El Desaliñado, SAZ, 1.185 (M, 12-II-1861), 1-2 folletín; "Lo que nadie sabe definir", de Emilio R. Toribio, SAZ, 1.186 (X, 13-II-1861) 1-2, folletín, 1.187 (J, 14-II), 1-2, folletín y 1.188 (V, 15-II), 1, folletín; "La mujer", anónimo, tomado de La I. de M., SAZ, 1.220 (M, 19-III-1861), 1-2; "Remitido [*El pordiosero de Zaragoza]", de Rógi, SAZ, 1.234 (X, 3-IV-1861), 3, variedades. Junto a estos títulos, a veces tan cerca del costumbrismo, especialmente los reproducidos de otros periódicos y publicados en el "Folletín de El Saldubense", otros se atienen a la crónica o la temática variopinta de la gacetilla; cf. "Y va de comedia", SAZ, 1.227 (M, 26-III-1861), 3, gacetilla, escena sobre las predicaciones de Semana Santa referida a Zaragoza; "Anuncios-modelos", SAZ, 1.216 (V, 15-III-1861), 3, gacetilla sobre anuncios y rótulos jocosos de Madrid que transcribe Ferruz, quien redacta otra gacetilla bastante extensa en torno a lo mismo en "Atención lectores", SAZ, 1.228 (M, 19-III-1861), 3, y da cuenta de una carta que envía una lectora sobre el tema en "Al señor concejal revisor", SAZ, 1.252 (D, 21-IV-1861), 3; la moda y, sobre todo, el miriñaque, en las gacetillas de Ferruz "Opinion que agradará", SAZ, 1.290 (X, 24-V-1861), 3 y "El miriñaque ha muerto", SAZ, 1.313 (V, 21-VI-1861), 3; del mismo autor y próxima a la autofagia, "Definición de la gacetilla y del gacetillero", SAZ, 1.285 (V, 24-V-1861), 3; para lo municipal, recién llegado el ferrocarril, cf. la gace

título "Resurrexit", SAZ, 1.405 (D, 22-IX-1861), 3; con perspectiva más dilatada hay editoriales como "Zaragoza de ayer y Zaragoza de hoy", que comienza en SAZ, 1.414 (M, 1-X-1861), 1; no faltan las reseñas de las fiestas del Pilar —número 1.428 y ss.— ni las del carnaval —cf. 1.187, 1.206—; lo histórico puede quedar representado por "Apuntes históricos. Los amantes de Veruel", SAZ, 1.227 (X, 3-IV-1861) a 1.240 (M, 9-IV), folletín, "el "Romance" remitido por A. B. sobre Lanuza que comienza en SAZ, 1.422 (X, 9-X-1861)3, y la Exhortación á la instancia de la canonización del rey D. Jaime I de Aragón llamado el Conquistador, obra póstuma de Gaspar Galcerán de Castro y de Pinós que comienza a publicarse en la "Biblioteca de El Saldubense" en el número 1.247 (M, 16-IV-1861); en fin, en la misma "Biblioteca", aparece desde el número 1.312 (J, 20-VI-1861) el anónimo y festivo romance El monasterio de Veruelo. Sitio de Verano.

- 113.- Paredes, "Cuadros del país. El concejo de mi lugar", SAZ, 1.164 (M, 22-I-1861), 1-3, "Folletín de El Saldubense".
- 114.- El Riojano "Los rústicos cameranos", SAZ, 1.335 (S, 13-VII-1861), 3, variedades, remitido y 1.336 (D, 14-VII). Para la identificación del autor, cf. la nota siguiente.
- 115.- Cf. SAZ, 644 (M, 26-VII-1859), 1-2, variedades. En la introducción, España relaciona su artículo con lo que ya había publicado sobre la Sierra de Cameros once años antes: "En La Ilustración Española número 17 de 1850, y en el Semanario Pintoresco Español núme

ro 20 del propio año, describimos con propiedad y exactitud, la naturaleza y particularidad mas notables del escondido territorio de Cameros..." (p. 3a-b). La primera de las revistas mencionadas debe ser La ilustración que Ángel Fernández de los Ríos crea en Madrid en 1849. En el número aludido —17 (27-IV-1850), 133-134— el artículo "Cameros" va firmado por Bernabé España, quien lo escribe tras protestar porque nadie se ha ocupado de la sierra de tal nombre.

116.- "En La Ilustración Española número 17 de 1850, y en el Semanario Pintoresco Español número 20 del propio año, describimos con propiedad y exactitud la naturaleza y particularidad mas notables del escondido territorio de Cameros, con algunas de las costumbres y carácter peculiar de la mayor parte de sus laboriosos moradores; pero ahora vamos á completar tan nuevo como curioso cuadro reseñando con especial esmero y precision la vida, los hábitos y las cualidades que más resaltan en los aldeanos ó labriegos de aquel liberal y pacífico pais, Hagamos pues, su pintura" (p. 3a-b)

117.- SAZ, 1.188 (V, 15-II-1861), 1, folletín y 1.189 (S, 16-II), 1-2, folletín. Va sin firma y de todo lo así publicado en ese número se responsabiliza José Santos.

118.- La tendencia a presentar escenas, generalmente con templadas con técnica dramática aunque desprovistas de carácter costumbrista, se pueden apreciar también en gacetillas como José Santos "Pasillo" SAZ, 1.190 (D, 17-II-1861), 3; "Y va de comedia" SAZ, 1.227.

(M, 26-II-1861), 3.

- 119.- SAZ, 1.201 (J, 28-II-1861), 2; 1.202 (V, 1-III) 1-2; 1.203 (S, 2-III) 1-2; 1.204 (O, 3-III), 1-2; 1.208 (J, 7-III), 1-2; 1.210 (S, 9-III), 1-2 y 1.213 (M, -12-III), 1; todas las entregas en el folletín. No sé si el autor de "Las visitas" es el Fernando Javier de Paredes mencionado por Zavala (1971, 33) como traductor, en 1832, de Los rebeldes en el reinado de Carlos V de Francia, de Arlincourt. En cualquier caso, el artículo no parece proceder del ámbito aragonés si se atiende a las alusiones a Alaejos (Valladolid), Madrid, Renedo (León) y Torrelavega. El interés del tema para el lector de El Saldubense queda reflejado en textos de este mismo año como la gacetilla de Mariano Ferruz, "Visitas de cumplimento" --SAZ, 1.235 (J, 4-IV-1861), 3-- breve trabajo rimado de tono no totalmente costumbrista pero con su planteamiento o introducción, su reproducción de los diálogos representativos y su corolario que lamenta la vanidad y vacuidad del uso.
- 120.- SAZ, 1.202 (V, 1-III-1861) 3, gacetilla.
- 121.- SAZ, 1.240 (M, 9-IV-1861), 2, folletín, y 1.241 (X, 10-IV), 1-2, folletín. Va sin firma, lo que, unido a la sección en que aparece --"Folletín de El Saldubense"-- implicaría que se trata de un artículo no escrito originariamente para este periódico. No obstante, aquí la anonimidad es significativa y viene justificada por la relación entre el tipo y el autor, como se advierte al final del texto. En este número

es Mariano Ferruz quien se responsabiliza de todo lo no firmado. El uso del término "farijar" en este artículo y en "Memorias de un pretendiente" --SAZ, 1.261 (M, 30-IV-1861), 1-2--, de Nilo María Febra, quizá --arroje luz sobre la autoría.

- 122.- SAZ, 1.291 (J, 30-V-1861), 1; 1.293 (S, 1-VI), 1-2, y 1.296 (M, 4-VI), 1-2, todos, en el "Folletín de El Saldubense". Es más que probable que se trate de un artículo reproducido de otro periódico.
- 123.- SAZ, 1.261 (M, 30-IV-1861), 1-2, folletín. Su alojamiento en el "Boletín de El Saldubense" y la ubicación argumental en Madrid hablan de su probable redacción para otro periódico.
- 124.- SAZ, 1.278 (V, 17-V-1861), 1; folletín, 1.279 (S, 18-V), 1, folletín; 1.280 (D, 19-V), 1, folletín y 1.282 (M, 21-V), 1, folletín.
- 125.- SAZ, 1.216 (V, 15-III-1861), 3, sección "variedades". El artículo va fechado: "Zaragoza, marzo de 1861".
- 126.- SAZ, 1.218 (D, 17-III, 1861), 1-2, folletín, y 1.220 (M, 19-III), 1-2, folletín. Ambos bajo el rótulo "Folletín de El Saldubense". No se declara el autor. -- Al final de la segunda entrega, puede leerse: "T. -- por J. del C.". A las seis de la tarde del jueves 1 de agosto, la campana del reloj de la Torre Nueva -- anunciaba la llegada a Zaragoza de dos locomotoras -- procedentes de Barcelona, cf. SAZ, 1.355 (V, 2-VIII-1861), 2; la inauguración oficial de la línea queda reflejada en SAZ, 1.400 (L, 16-IX-1861), y ss. Acerca del tema se publicó en la "Biblioteca de El Saldubense" el folleto de 41 páginas en octavo Ferrocarril de Zaragoza a Barcelona. Memoria sobre el origen del

ferrocarril de Zaragoza a Barcelona. Zaragoza, Imp. y lib. de Vicente Andrés, 1861.

- 127.- SAZ, 1.400 (L, 16-IX-1861), 3, sección "Variedades".
Al fin: "Trad. y arreo. por la redacción".
- 128.- "Introducción", SAZ, 1.360 (X, 7-VIII-1861), 3; I, 1.362 (V, 9-VIII) 3; II, 1.370 (S, 17-VIII), 2-3; III, 1.374 (X, 21-VIII), 2-3; IV, 1.378 (D, 25-VIII), 3; V, 1.384 (S, 31-VIII), 3; VI, 1.388 (X, 4-IX), 3; VII, 1.394 (M, 10-IX), 3; VIII, 1.411 (S, 28-IX), 3-4; IX, 1.419 (D, 6-X), 3; y X, 1.438 (V, 25-X), -- 2-3. Todas las entregas, en la sección de "Variedades". Junto a este trabajo tan sobresaliente, Eusebio Blasco aporta otros que demuestran su peso en El Saldubense; cf. "Revista de la semana", SAZ, 1.412 (D, 29-IX-1861), 2-3, folletín; "Segunda enseñanza. Estudios de aplicación", SAZ, 1.409 (J, 26-IX-1861), 1.
- 129.- Cf. SAZ, 1.360 (X, 7-VIII-1861), 3b.
- 130.- En el mismo ejemplar y en la misma página, hay dos anuncios de dentistas que comienzan, respectivamente: "Palles, profesor de protexis y constructor de dentaduras, establecido en la calle de San Gil, núms. 73 y 74, piso segundo". Y "Don Francisco Moreno. Profesor dentista, calle baja de San Pedro, números 91 y 92, piso principal, frente á las casas nuevas, junto á la plaza de Ariño". A los cuatro días, y como puede verse en el anuncio al final del artículo IV, Palles --¿se daría por aludido?-- se intitula "Cirurgano dentista".

- 131.- Cf. SAZ, 1.524 (L, 20-I-1862), con la noticia a toda plana, de la muerte de Emilio de Miró y González el sábado 18 a las seis de la tarde y SAZ, 1.525 (M, 21-I), donde se indica que, entre los que fueron al entierro, llevaron cintas por El Saldubense los señores Paraíso, Blasco y Pérez Moreno.
- 132.- Cf. SAZ, 1.768 (D, 14-XII-1862), 1. "Al público", firmado por Ángel Gallifa, Liborio de los Huertos, Matías Pérez Moreno, Agustín Paraíso y Joaquín Martón y Gavín; SAZ, 1.782 (D, 26-XII), 1. Conviene tener en cuenta que la numeración de los ejemplares de El Saldubense sufre un error en los originales consultados: del número 1.689 (M, 8-VII) se pasa al 1.610 (X, 9-VII). De ahí, que pueda aparecer un mismo número en distintos días (así, el 1.689, que vuelve a aparecer el viernes 26 de septiembre) y sea más fiable atender a las fechas.
- 133.- Cf. SAZ, 1.637 (M, 5-VIII-1862) y, para El Eco del País Seoane, 1977, 374.
- 134.- Cf., cronológicamente, "Serenata", SAZ, 1.561 (V, 28-II-1862), 1, poesía; "Las nubes", SAZ, 1.569 (S, 8-III), 1, poesía; "La Cuarema", SAZ, 1572 (M, 11-III), 1, a modo de crónica ciudadana tras el Carnaval, con alusiones al tema de las máscaras y al lado moral del baile; El rey de las hermosas. Novela - cuento, SAZ, del 1.568 (J, 27-III) al 1.675 (M, 24-VI), folletín, perteneciente a la "Biblioteca de El Saldubense"; "La felicidad", SAZ, 1.615 (X, 29-IV), 3, variedades, general y de técnica rudimentaria; "Quejas", 1.637 (J, 15-V), 3, poesía; "Revista de Zaragoza", SAZ, 1.647 (D, 25-V), 1, fo-

lletín; "La modista y el pollo", SAZ, 1.659 (V, 6-VI), 3, breve escena dialogada y en verso; "Revista", SAZ, 1.661 (D, 8-VI), 1, folletín; "Recuerdos", SAZ, 1.670 (M, 17-VI), 3, poesía; "Amor y Dinero", SAZ, 1.672 (J, 19-VI), 3, variedades, general; "La música y los músicos. A mi amigo Agustín Paraiso", SAZ, 1.679 (S, 28-VI), 1-2; "Habla Pignatelli", SAZ, 1.687 (D, 6-VII), 1, folletín, poesía, crítica zaragozana que va desde las "columnas mingitorias" al liberalismo; "Revista", SAZ, 1.611 (J, 10-VII), 1, folletín, sobre la vida cotidiana bajo el calor, lo mismo que "Revista", SAZ, 1.635 (D, 3-VIII), folletín; "Las flores (artículo aromático)", SAZ, 1.642 (D, 10-VIII), 3, variedades, divagatorio; "El porvenir", SAZ, 1.694 (X, 1-X), 3, variedades, próximo a la "fantasía"; "Revista", SAZ, 1.702 (M, 14-X), 1-2, folletín; "Revista de la quincena", SAZ, 1.747 (D, 23-XI), 3.

- 135.- Cf. Mariano Ferruz, "¡Qué noche tan feliz!", SAZ, 1.565 (M, 4-III), 1, escenas de conquistas amorosas en un baile de máscaras, todo soñado; en el mismo lugar y del mismo autor y temática, aunque en verso: "¡Jesús! ¡Qué barbaridad!"; Eusebio Blasco, "La cuarema", SAZ, 1.572 (M, 11-III), 1, ya mencionado. - "Hasta la vista", SAZ, 1.679 (M, 16-IX), 2, gaceti-lla mediante la que una supuesta lugareña anuncia su ida a las fiestas; R., "Toros. Prueba del día 13", SAZ, 1.708 (X, 15-X), 1, folletín, con ciertos rasgos costumbristas que superan la crónica escueta y que ya no existen en Lucas Gómez, "Corrida del 13", SAZ, 1.708 (X, 15-X), 2, folletín.

- 136.- Cf. "Las modas", SAZ, 1.593 (M, 1-IV-1862), 3, extensa gacetilla en versí-prosa de la que se responsabiliza, como casi siempre, el Secretario de la Redacción, Mariano Ferruz, más creativo en esta ocasión al remedar las Coplas de Jorge Manrique; Rafael García Santisteban, "Muera el frac", SAZ, 1.595 (J, 3-IV), 3, variedades, poesía. "Bando de buen gobierno", SAZ, 1.523 (D, 19-I), 1, irónica crítica municipal sin firma, que es gacetilla aunque la sección se rotule "chismografía"; "Todo se andará", SAZ, 1.542 (D, 9-II), 1, variedades, donde Mariano Ferruz recuerda una vez más los arreglos que necesita Zaragoza; Eusebio Blasco, "Habla Pignatelli", SAZ, 1.678 (D, 6-VII), 1, folletín, poesía ya citada que trasciende lo estrictamente municipal; Mariano S. Muñoz, "Observaciones de verano", SAZ, 1.637 (M, 5-VIII), 3, variedades, firmado en Escriche en julio de 1862 y ejemplo de texto entre la revista de actualidad y el artículo de costumbres, incluso con protestas de aragonesismo frente a los usos sociales madrileños; "Como me lo cuentan es lo cuento", SAZ, 1.644 (M, 12-VIII), 3, gacetilla sobre un exhibicionista en el Mercado Central; Z., "Zaragoza", SAZ, 1.739 (S, 15-XI), 1, a modo de editorial, sobre mejoras; "A él" SAZ, 1.767 (S, 13-XII), 3, variedades, poesía sobre el gas tomada de La Aboia Montañesa.
- 137.- Cf. Eusebio Blasco, "La modista y el pollo", SAZ, 1.659 (V, 6-VI-1862), 3, ya citado.
- 138.- Cf., además de las reseñadas de Eusebio Blasco, J.B. "A la Casa de Beneficencia", SAZ, 1.603 (V, 11-IV) 3, Julio Monreal, "El Tocador de Marfisa", SAZ, 1.633

(D, 11-V-1862), 1, folletín; José María Le-Cort, "Amor farmacéutico", SAZ, 1.677 (J, 26-VI), 3, variedades; Julio Monreal, "Los celos", SAZ, 1682 (M, 1-VII), 1, folletín; del mismo: "Arte de agradecer. Poema inocente y festivo dedicado á las damas", SAZ, 1.718 (S, 25-X), folletín, y ss.; Bernardo López García, "El día de difuntos. Ante la tumba de Espronceda", SAZ, 1.732 (S, 8-IX), 2-3, variedades; Julio Monreal, "El baile", SAZ, 1.742 (M, 18-XI), 2-3, variedades, entusiasta y festiva defensa; M., "A las Conchitas", SAZ, 1.763 (M, 9-XII), 3, variedades.

139.- Cf. "El labrador", SAZ, 1.551 (M, 18-II-1862), 1, a modo de editorial, a cuyo pie figuran las iniciales E.C.; nada tiene que ver con el costumbrismo aunque parezca anunciar la descripción de un tipo: se trata de una defensa del campesino a quien augura mejores tiempos con la llegada de asociacionismo, redención social que el autor encomienda a Dios por el momento. Carácter distinto, explicable por la época del año, tiene "¿Es bueno dormir la siesta?", SAZ, 1.634 (S, 2-VIII), 3, variedades. El título indica la orientación de "La prostitución", SAZ, 1.529 (S, 25-I), 2, a modo de editorial y "El juego", SAZ, 1.737 (3, 13-XI), 1-2, a modo de editorial, de Regino Basterrechca. Por su autor costumbrista, Antonio María Segovia, merece recordarse "Reglamentabilidad", SAZ, 1.605 (D, 13-IV), 3 y 1.617 (V, 25-IV), 3.

140.- SAZ, 1.600 (M, 8-IV-1862), 3; 1.601 (X, 9-IV), 3; 1.602 (J, 10-IV), 3 y 1.603 (V, 11-IV), 3, sección Variedades. Puede tratarse de un artículo reproducido

do de otro periódico.

- 141.- SAZ, 1.656 (M, 3-VI-1862), 3, Variedades y 1.657 - (X, 4-VI), 3, Variedades.
- 142.- Anónimo, "El forastero y El Duende", SAZ, 1.682 (M, 1-VII-1862), 1. Por la forma de presentar el artículo —"Trasladamos" y no "adoptamos"—, el periódico de donde proceda debe ser de Zaragoza dada la ubicación en esta ciudad en esta ciudad de toda la anécdota. La nota introductoria reza así: "Trasladamos - con gusto á nuestras columnas el siguiente bien escrito artículo que publicó el domingo en las suyas nuestro ingenioso colega semanal El Duende. Nos mueve a ello la idea, en que estamos, de que nunca se dicen ni repiten lo bastante todas las palabras y conceptos que se emplean en combatir obstáculos, atrasos y abusos que tanto daño causan al interés público, interés que es siempre el primero en la línea de la consideración y el de mas ciego respeto. Vuelva otra vez nuestra municipalidad, vuelva el Sr. Alcalde á leer el artículo que nos ocupa, y traten todos con perseverancia é incansable celo de llenar pronto algunos de los vacíos que se notan en esta capital, cortando al par cierto número de abusos que no por ser "Envejecidos" han adquirido derecho á ser respetables.

"he aquí ahora el trabajo crítico de nuestro confrade:"

- 143.- Cf., como puente, el muy próximo cronológicamente de Eusebio Blasco, "Habla Pignatelli", SAZ, 1.687 (O, 6-VII-1862), 1, folietín, poesía.

- 144.- SAZ, 1.621 (D, 20-VII-1862), 1-2, folletín. Para otra aproximación al tema, ésta de las que pierden sus amores estudiantiles durante las vacaciones, cf. la gacetilla en versi-prosa de Mariano Ferruz "¡Ay, que se van!", SAZ, 1.657 (X, 4-VI-1862), 3b.
- 145.- SAZ, 1.670 (D, 7-IX-1862), 3, variedades. Un día antes, Monreal publica una poesía nada costumbrista pero de similitud temática: "Sanos consejos", SAZ, 1.669 (S, 6-IX-1862), 3. Ronda la cuestión de la definición de un tipo y sirve de muestra de los vigentes y tratados con algún elemento del género el anónimo "Los fashionables", SAZ, 1.764 (X, 10-X-1862), 3, variedades, a grandes rasgos, transcripción de un texto de Jules Janin aunque rematado con alusiones a lo español: "A pesar de esto, ¿cuántos fashionables y aspirantes á fashionables no hay en Cádiz?" (p. 3c)
- 146.- SAZ, 1.686 (M, 23-IX-1862), 3, variedades.
- 147.- I, SAZ, 1.687 (X, 24-IX-1862), 3; II, 1.688 (J, 25-IX), 3; III y IV, 1.689 (V, 26-IX), 3 y V, 1.690 (S, 27-IX), 3, variedades.
- 148.- SAZ, 1.714 (M, 21-X-1862), 2-3, variedades.
- 149.- SAZ, 1.718 (S, 25-X-1862), 3, variedades.
- 150.- SAZ, 1.773 (V, 19-XII-1862), 3, gacetilla, sin firma.
- 151.- SAZ, 1.778 (X, 24-XII-1862), 1, editorial.
- 152.- SAZ, 1.782 (D, 28-XII-1862), 3, variedades.
- 153.- SAZ, 1.768 (D, 14-XII-1862), 1. La nota va fechada el 12 de diciembre.
- 154.- Cf. J. C. G. M., "Variedades", ARZ, 189 (V, 10-VII-1863), 3, sobre la juventud, a propósito de Chateaubriand; J. C. C. M., "Las tres de la mañana", ARZ,

207 (M, 28-VII-1863) 3, variedades, bajo la misma sombra del francés para defender el amor-castidad - como dique a la juventud descreída, Francisco Navarro y Aznar, "Lo que fue la historia en Roma. A mi querido padre don Miguel Navarro, en prueba de cariño", ARZ, 209 (J, 30-VII-1863), 3, Variedades, última de las cuatro entregas dedicadas a la defensa de la civilización cristiana tal como la concibe el autor desde su conservadurismo.

- 155.- Cf.: "...no entiendo de política mas que la esquina de los Caracoles..." Perico el de los Palotes, "Revista de la semana", ARZ, 72 (V, 13-III-1863), 1-2, folletín, lb.
- 156.- Cf., José Selgas, "La lisonja", ARZ, 303 (D, 1-XI-1863) 1-2, folletín y 305 (M, 3-XI), 1-2, folletín; José Selgas, "El mundo", ARZ, 306 (X, 4-XI-1863), 1-2, folletín y 307 (J, 5-XI), 1-2, folletín, los dos, teñidos de moralismo; Gustavo Adolfo Bécquer, "El Miserere. Leyenda religiosa", ARZ, 91 (X, 1-IV-1863), 1-2, folletín y 92 (J, 2-IV), 1-2, folletín, texto publicado originariamente en El Contemporáneo, de Madrid, en 1862 y reproducido en El Aragón probablemente debido a la vinculación de Eusebio Blasco con Bécquer.
- 157.- Cf. ARZ, 26 (S, 24-I-1863), "Folletín de El Aragón".
- 158.- Perico el de los Palotes, "Revista de la semana. [El balcón de Lucas o Política, amor, literatura y vida]", ARZ, 72 (V, 13-III-1863), 1-2, "Folletín de El Aragón".
- 159.- Cf. Perico el de los Palotes, "Revista de la semana" ARZ, 31 (J, 29-I-1863), 2-3, variedades; Lucas, "Revista teatral", ARZ, 34 (D, 1-II-1863), 1, folletín;

- Ginesillo de Parapilla, "Revista de la semana" ARZ, 45 (J, 12-II-1863), 1-2, folletín; Lucas, "Revista teatral", ARZ, 48 (D, 15-II-1863), 1-2, folletín; - Perico el de los Palotes, "Revista de la semana", - ARZ, 59 (J, 26-II-1863), 1-2, folletín; Lucas, "Revista Teatral" ARZ, 67 (D, 8-III-1863), 1-2, folletín; Lucas, "Revista taurómaca", ARZ, 97 (J, 9-IV-1863), 1, folletín; Perico el de los Palotes, "Revista de la quincena", ARZ, 98 (V, 10-IV-1863), 1-2, folletín; Perico el de los Palotes, "Revista de la semana", ARZ, 104 (J, 16-IV-1863), 3, variedades.
- 160.- Paco Palomo, "Revista de la semana", ARZ, 78 (J, 19-III-1863, 1-2, folletín.
- 161.- Cf. "Revista teatral", ARZ, 123 (M, 5-V-1863), 1-2, folletín, p. 2a-c.
- 162.- Cf. "Revista del mes", ARZ, 146 (J, 28-V-1863), 1, folletín.
- 163.- "Revista Teatral", ARZ, 273 (V, 2-X-1863), 1-2, folletín.
- 164.- Para los demás, bastará no relegarlos al olvido: al fin y al cabo constituyen el contexto genérico. Cf. Julio Monreal, "Un tris", ARZ, 5 (S, 3-I-1863), 3, variedades; E. Blasco, "Contrastes. Artículo agri-duice", ARZ, 44 (X, 11-II), 1-2, folletín; Eusebio Blasco, "La almohada", ARZ, 86 (V, 27-III), 2-3, - variedades, de aire próximo a los que ya dedicare al vestido pero nada costumbrista a no ser el recurso a un objeto como rasgo vertebrador; Félix Pizcueta, "La envidia y los envidiosos", ARZ, 87 (S, 28-III), 3, variedades y 90 (M, 31-III), 3, variedades, de -

carácter abstracto (tipo moral en algunas ocasiones, pero nunca social) y alcance general, no epocal; Eusebio Slesco, "Los celos" ARZ, 98 (V, 10-IV), 2-3, variedades, equiparable al anterior; Constantino Gil, "Ilusiones", ARZ, 93 (D, 5-IV), 2-3, variedades con lema de Espronceda y próximo a la "Fantasía"; - Mercedes la Enamorada, "Mercedes la Enamorada", ARZ, 107 (D, 19-IV), 1-2, folletín, irónica autopresentación de una joven hermosa y con dinero en forma de supuesta carta dirigida a Lucas para pedir ayuda a los gacetilleros en su busca de Adoradí, el enamorado que ve en sueños y que, según la interpretación de su criada negra, se halla en Jauja; Julio Monreal, "El piano y su influencia en las costumbres", ARZ, 116 (M, 28-IV), 3, variedades, comparación entre épocas donde no falta la xenofobia suave e irónica al mostrar el autor su prevención hacia los bailes íntimos y donde la evocación de tertulias, bailes y conciertos caseros a propósito del instrumento preferido por los románticos no va acompañada de artificios esmóquicos sino de la actitud grave del censor; Constantino Gil, "El tuteo", ARZ, 128 (D, 10-V), 3, variedades, almibarada disquisición, rebosante de autorreferencias, enderezada a las pollas que se enamoran y elogiada luego por Perico el de los Paletos en la revista del número 146; Santos Sebastián y Gil, "El barranco de la muerte", ARZ, 135 (D, 17-V), 2-3, variedades, raro trabajo —en esta época y tipo de periódico— sobre la divulgación histórica al modo de los aparecidos en el Semanario -

Pintoresco Español y que cumpliría parecida función entre los lectores zaragozanos al lamentar y denunciar la ruina y el derribo de monumentos; Chloussowicz, "El mal humor" ARZ, 137 (III, 19-V), 2,3, variedades, segundo de tres capítulos de igual título que, si no es costumbrista, testimonia, con la comparación de épocas, que lo romántico, como forma de vida, es moda pasada y que lo que ordena sin tapujos las relaciones sociales es el dinero y, además, recela en el "cuando pinto, no retrato", a lo que parece no tópicamente pues el autor ha recibido un anónimo; Chloussowicz, "Artículos de verano", ARZ, 152 (X, 3-VI), 3, variedades, divagata insulsa sobre el amor y el calor de igual celadía que los numerados II, ARZ, "220" [210] (V, 31-VII), 3, variedades, y III, ARZ, 246 (S, 5-IX), 3, variedades, en los que la única novedad es la diferente transcripción del apellido, ahora Chloussowicz; N. [¿Eduardo de No?], "Después de los exámenes" ARZ, 154 (V, 5-VI), 3, variedades, tratamiento nada costumbrista de la costumbre estudiantil de prometer guardar la ausencia a las enamoradas que dejan a final de curso en la ciudad; Constantino Gil, "La Vergüenza", ARZ, 155 (S, 6-VI), 3, variedades, planteamiento no costéneo, a pesar de casos singulares, abstracto y teñido de morelina aunque tiene algo de los esquemas de las fisiologías; Chloussowicz, "La risa", ARZ, 158 (III, 9-VI), 2-3, variedades, con alusiones a Zaragoza y alguna nota de crítica social como los usos amorosos no canónicos, pero estéril como casi todos los del autor a la hora de comprobar si las

apelaciones al lector, las digresiones y la autofagia sirven para algo más que para rellenar el espacio asignado; Chloussowicz, "Buenas noches. Artículo nocturno", ARZ, 170 (D, 21-VI), 3, variedades, quizá el más digno de los firmados por el apellido inestable: con rasgos costumbristas como el diálogo, a veces con los lectores, a veces con la criada y como el desdoblamiento técnico gracias a esta, quien recibe un tratamiento despectivo, casi infrahumano, pero, en general, quiere ser interesante y queda en hueco y simplón; Chlusowicz, "Requiescat in pace. - Artículo fúnebre", ARZ, 193 (M, 14-VII), 3, variedades, escrito, como otros, desde su veraneo en Escriche y esta vez con pose pseudoromántica al aludir a los suicidios por amor; J.C.C.M., "Las tros de la mañana", ARZ, 207 (M, 28-VII), 3, variedades, surgido de la misma pluma que en el número 189 pretendía regenerar a la juventud con el elixir Chateaubriand, es capaz de llamar la atención cuando el autor apela a los lectores presentándose como holgazán y perezoso envuelto en la autofagia, pero la insufrible tendencia a hablar de sí mismo espanta todo vestigio costumbrista: de los cajistas y la confección del periódico pasa a los amores personales —y aun coquetea con el destinatario eludiendo a que debe conocerlos— y todo concluye en vomitivo cuando propone el amor-castidad como antídoto contra la juventud descreída; Anónimo, "Capítulo de novela", ARZ, 209 (J, 30-VII), 3, sección local, con un ligero cambio en la técnica —de narrativo a esmodeico—

ería costumbrista y casi lo es en la práctica al efectuar con cierta ironía algunos matices críticos —sociedad, moral, costumbres, policía urbana— un recorrido vespertino por Zaragoza, con abundantes referencias concretas a la ciudad; Chlousowicz, "Nada", ARZ, "322" [232] (S, 22-VIII), 3, variedades, consideración insubstancial en torno a la distancia que media entre el sentido de los términos usuales y las definiciones oficiales de la Academia; Chlousowicz, "Humo. Artículo ligero", ARZ, 249 (M, 8-IX), 2-3, variedades, sobre el aumento del precio del tabaco; Constantino Gil, "Cartas á un enamorado. Carta preliminar", ARZ, 253 (S, 12-IX), 3, variedades, cursi y remplón; Anónimo, "Una carta de Cicerón", - ARZ, 267 (S, 26-IX), 3, variedades y 268 (D, 27-IX) 2-3, variedades, tomado de La España, sobre el uso propio del lenguaje y con el artificio técnico de la carta —interceptada— de Cicerón que visita París.

165.- ARZ, 40 (S, 7-II-1863), 1, folletín.

166.- Cf., respectivamente, Eusebio Blasco, "Consideraciones sobre el vestido con relación al hombre. Artículos desnudos de toda pretensión", SAZ, 1.360 (X, 7-VIII-1861) ss. y Julio Monreal, "Origen y vicisitudes de una tertulia de confianza", SAZ, 1.714 (M, - 21 -X-1862), 2-3, variedades.

167.- ARZ, 176 (S, 27-VI-1863), 3, variedades.

168.- Cf., SAZ, 1.687 (X, 24-IX-1862), 3, variedades, a 1.690 (S, 27-IX), 3, variedades.

169.- ARZ, 254 (D, 13-IX-1863), 3, variedades. Un aspecto

de generalización de la fotografía que escapa a la crítica de Eduardo de No o que éste prefiere no mencionar está reflejado en lo que se puede leer en algún "Boletín religioso": "Después el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Diócesis, en unión con su Ilmo. Cabildo Metropolitano, que todos los fieles puedan adquirir una copia exacta de la Santa Imágen de Nuestra Señora del Pilar, han creído lo mas oportuno al efecto reproducir en fotografía la que á instancia y expensas de SS. MM. se sacó del sagrado original; y han convenido con un artista de esta capital en hacer una larga tirada de ejemplares, que se venderán á 4 rs. uno, cediendo el fotógrafo la mitad del precio á favor de la fábrica y nuevas obras que van á ejecutarse en el templo del Pilar..." ARZ, 267 (S, 26-IX-1863), 3, d-e.

- 170.- ARZ, 254 (D, 13-IX-1863), 3, variedades.
- 171.- ARZ, 264 (X, 31-IX-1863), 3, variedades.
- 172.- La portada que aparece en ARZ, 102 (M, 14-IV-1863), 1, folletín; reza así: "Album de El Aragon. /SOMBRA CHINESCAS/ RETRATOS/No claros y sí oscuros, garrapateados del natural,/ por/ P. de P.—Don C. de las C. V.—G. de P./ P. P.—y V./ Zaragoza/ Imprenta Cesaraugustana, á cargo de Gregorio Juste/ calle de la Virgen, núm. 3./ 1863."
- 173.- Respecto a la identidad de los autores, sólo cabe apuntar ahora la posibilidad de que D. Gil sea Constantino Gil, no sólo por la homonimia sino también a la luz de su artículo "En la tumba de Tirso de Molina", ARZ, 239 (S, 29-VIII-1863), 3, variedades. De estar

Julio Monreal entre los autores, quizá fuese el que firma Perico de los Palotes pues el talente proclive a la gravedad que se advierte en sus artículos podría responder a la autocaracterización que Perico ofrece en "Revista de la Semana", AHZ, 72 (V, 13-III-1863), 1-2 folletín: "Falto de humor, y embebido como de costumbre en mis reflexiones..." (p. 1h); "... el negro humor que me inspiraban mis hermanos en Cristo..." (p. 1c). Más delicado es dar con el escritor que, en tanto que usa el cervantino Ginesillo, es "travieso" y tiene "gracia y donaire" según esa misma "Revista" del número 72. Pocos indicios para creerlo el A.L. del "Artículo gerundiano" del número 264, donde su personaje es un aspirante a periodista de la sección de variedades, son que Ginesillo se presenta como gacetillero-revistero en el número 26 y firme el artículo "El gacetillero" de Sombras chinescas. Puesto que los pseudónimos en cuestión normalmente sólo se usan en Sombras chinescas y en las "Revistas", podría sospecharse que responden a los apellidos que más aparecen. Así, habría que añadir a los citados Chlousowicz y Eusebio Blasco si es que no se trata de firmas nuevas o un mismo autor utiliza varios pseudónimos.

- 174.- Ucelay (1951, 184) indica que Los valencianos pintados por sí mismos se publicó en 1855 "inicialmente como libro y no por entregas", lo cual "pasará a ser un rasgo común de todas las colecciones posteriores españolas" aunque en otro lugar (p. 186) comenta: "Sabemos que algunos de los artículos incluidos en Los valencianos vieron la luz primeramente en periódicos

de Valencia" y, en nota, señala varios que se publicaron entre 1847 y 1848. No queda claro, pues, si todos los artículos se editaron antes en periódicos pero, de todos modos y atendiendo a la distancia entre las dos apariciones y a la existencia de láminas en la segunda, no parece que se trate de un caso similar al de Sombras chinescas.

- 175.- Cf. SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 1-10. Aunque el "pintada por sí misma" que exhibe su título y los siete grabados que contiene la aproximan a Los españoles, se aleja de esta obra mucho más que Sombras chinescas debido a que, en realidad, no describe tipos sino personas --por más que tiendan a la tipificación--, en un ejemplar de un periódico y su tono es festivo no por casualidad sino porque todo el número está motivado por la celebración del Día de los Inocentes.
- 176.- ARZ, 102 (E, 14-IV-1863), 1_a-2_a/5-6. Para facilitar la consulta, las páginas de Sombras chinescas se indican de forma doble: a la habitual referida a la página del periódico, sigue, separada por una barra, la correspondiente a las páginas del libro.
- 177.- ARZ, 103 (X, 15-IV-1863), 1-2 y 104 (J, 16-IV), 1-2, folletín/ 7-16.
- 178.- ARZ, 104 (J, 16-IV-1863), 1-2 y 109 (B, 21-IV), 1-2, folletín/ 17-24.
- 179.- ARZ, 111 (J, 23-IV-1863), 1-2 y 112 (V, 24-IV), 1-2, folletín/25-32.
- 180.- ARZ, 112 (V, 24-IV-1863), 1-2 y 113 (S, 25-IV)-2folletín/ 33-42.
- 181.- ARZ, 114 (U, 26-IV-1863), 1-2, folletín/ 43-48.

- 182.- ARZ, 117 (X, 29-IV-1863), 1-2 y 118 (J, 30-IV) 1-2, folletín/ 45-56.
- 183.- ARZ, 118 (J, 30-IV-1863), 1-2 y 119 (V, 1-V), 1-2, folletín/ 57-64.
- 184.- ARZ, 119 (V, 1-V-1863), 1-2; 120 (S, 2-V), 1-2 y 124 (X, 6-V), 1-2, folletín/ 65-74.
- 185.- Cf. AZ, 868 (M, 5-IV-1853), 1-2, sección varia. Es reproducción de Los cubanos pintados por sí mismos (1852); cf. Ucelay, 1951, 193-195.
- 186.- ARZ, 124 (X, 6-V-1863), 1-2 y 125 (J, 7-V), 1-2, folletín/ 75-84.
- 187.- ARZ, 128 (D, 10-V-1863), 1-2 y 130 (M, 12-V), 1-2, folletín/ 85-92.
- 188.- ARZ, 130 (M, 12-V-1863), 1-2 y 131 (X, 13-V), 1-2, folletín/ 93-102.
- 189.- ARZ, 132 (J, 14-V-1863), 1-2; 134 (S, 16-V), 1-2 y 138 (X, 20-V), 1-2, folletín/ 103-116.
- 190.- ARZ, 138 (X, 20-V-1863), 1-2 y 139 (J, 21-V), 1-2, folletín/ 117-125.
- 191.- ARZ, 139 (J, 21-V-1863), 2; 140 (V, 22-V), 1-2 y 141 (S, 23-V), 1, folletín/ 126-133.
- 192.- ARZ, 141, (S, 23-V-1863), 1-2 y 142 (D, 24-V), 1-2, folletín/ 134-142.
- 193.- ARZ, 142 (D, 24-V-1863), 1-2 y 144 (M, 26-V), 1-2, folletín/143-149.
- 194.- En Los españoles hay algunos títulos que coinciden con los de Sombras chinoscas, como el del cesante y, de forma parcial, el del portero. Los artículos allí dedicados al elegante y al lechuguino podrían relacionarse con el del presumido y lo mismo puede decirse

de los del periodista y, en parte, el poeta, por un lado y el del gacetillero de Sombras chinescas por otro; igual con el usurero y el avaro; la santurrón y la murmuradora y, quizá, el patriota y el político de café. En todos los casos, los mínimos contactos en el tratamiento se deben a la preceptiva referencia a los rasgos definidores del tipo, no a influencia. Hay, pues, coincidencia lógica en algunos rasgos mencionados, no en el planteamiento del artículo ni en su desarrollo, tono ni función. Las mismas observaciones han de valer para la descripción de la beata y la costurera en Las habaneras, de 1847, y la murmuradora y —ya más distante— la modista de Sombras chinescas; el vividor, la comadre y el amante de ventana de Los cubanos, de 1852; el portero y la costurera de Los mexicanos, de 1854 y los tipos aparentemente relacionables de nuestra serie. Las obras de Antonio Flores, paracostumbristas —y, por lo tanto, con derecho también a no ser definidas exclusivamente con respecto a Los españoles— y ya mencionadas por otros aspectos, ofrecen la misma clase de similitudes: en Doce españoles de brocha corda, de 1846, el caballero de industria, el haragán, el doceañista y el sargento de 1808 y, en Ayer, hoy y mañana, de 1853, el patriota, los pollos y el cesante.

- 195.- El Correo de Aragón, 481 (L, 1-I-1866), 3, sección varia.
- 196.- El Correo de Aragón, 1.011 (O, 27-X-1867), 2-3 y 1.012 (M, 29-X), 2-3, Variedades.
- 197.- Cf. "La mañana de un martes", El Correo de Aragón, 1.059 (M, 7-I-1868), 3; 1.060 (X, 8-I), 3 y "1.060"

- (J, 9-I), 3, variedades, y "Al galope de los caballos. Historia ligera (Al estilo del día)", El Correo de Aragón, 1.062 (S, 11-I-1868), 2-3, Variedades.
- 198.- Cf. Colección de cuentos y cuadros de costumbres en varios tomos, XII, "Una romería en Vizcaya", El Correo de Aragón, 1.053 (L, 13-I-1868), 2-3, Variedades.
- 199.- Colección de cuentos y cuadros de costumbres en varios tomos, XV, "La confección de un artículo", El Correo de Aragón, 1.074, (S, 25-I-1868), 3, Variedades.
- 200.- El Imparcial aragonés, 176 (M, 13-VII-1869), 1-2.
- 201.- El Imparcial aragonés, 138 (V, 28-V-1869), 2, Sección Local.
- 202.- Falta todo julio de 1865, el primer semestre de 1866, ejemplares sueltos del segundo de este año, del segundo de 1870, del primero y el segundo de 1871 y han sido recortados varios folletines del segundo semestre de 1865, del primero de 1866 y de 1869 y del segundo de 1871.
- 203.- Cf., en el número 2.151 (1870), el grabado de una vista del Pilar y el Ebro en un anuncio de "Chocolates Superiores". Por lo que respecta al patrimonio espiritual, cf. Ramón Salas y Rives, "La campana de Huesca", EAZ, 29 (J, 29-IX-1864), 3, Sección varia, en verso; J. Tomeo y Benedicto, "Glorias de Aragón. I, Garcí Jiménez", EAZ, 1.086 (S, 9-XI-1864), 3, Sección varia, donde —era previsible— se lee: "Nos, que cada uno valemos tanto como vos y juntos más que vos, os hacemos rey si guardáis nuestros fueros y libertades, y si no, no", artículo redondeado en el núme-

ro 1.088 con "Glorias de Aragón, II, Reyes del Pirineo"; Anónimo (?), "Aniversario del suplicio del Justicia Mayor de Aragón Don Juan de Lanuza", EAZ, 1.121 (V, 20-XII-1867); J. Tomco y Benedicto, "Los sitios de Zaragoza. Cuadros históricos, I, La batalla de Alagon", EAZ, 1.152 (M, 28-I-1868), 3, Sección varia, seguido de II, "El primer ataque", EAZ, 1.160 (J, 6-II-1868), 2-3; Abenumeya, "Al defensor de sus amigos", EAZ, 1.154 (V, 31-I-1868), 3, sección varia, sobre Antonio Pérez y su episodio zaragozano; Roberto Fuster, "Los Argensolas", EAZ, 1.162 (S, 8-II-1868), 3 y 1.168 (S, 15-II), 3; T.S., "El Conde de Aranda", EAZ, 1.596 (X, 16-VI-1868), 2-3 y 1.597 (J, 17-VI), 3; Agustín Funes, "¡Lanuza!", EAZ, 1.310 (V, 7-VIII-1868), 1-2, folletín, poesía; Carlos Melchor Egozcue, "San Juan de la Peña", EAZ, 1.740 (X, 3-XI-1869), 3 y 1.741 (J, 4-XI), 2-3; los folletines dedicados a la Aljafería que acaban en el número 1.147 (1868); a las Cortes de Tarazona, a partir del 1.077 (1867); al proceso de Antonio Pérez, desde el 1.675 (1865); las poesías de Egozcue y de Borso en los números conmemorativos de la Cincomarzada...

- 204.- Cf. Víctor Balaguer "Las brujas de Tartasa", EAZ, 448 (X, 29-XI-1865), 3 y 449 (J, 30-XI), 3; Ramón de Campoamor, "El nivel de la muerte. Fábula", EAZ, 715 (V, 31-VIII-1866), 3; Gustavo Adolfo Bécquer "Los ojos verdes. Leyenda", EAZ, 715 (V, 31-VIII-1866), 716 (S, 1-IX) y 717 (D, 2-IX); Benito Pérez Galdós, "La conjuración de las palabras. Cuento alegórico", EAZ, 1.219 (S, 16-IV-1868), 1.221 y 1.223;

Antonio de Trucba, "Camino de la sidea", EAZ, 2.653 (S, 25-V-1872), 3 y la poesía de Zorrilla a Zaragoza con motivo de su visita a la ciudad, en EAZ, 1.890 (1870). Por lo que se refiere al humorismo bedado en asimilación de las pautas del progreso maternal, cf. "La prima y la polla", EAZ; 1.284 (M, 7-VII-1868), 3, gacetilla; "El nuevo sistema de pesas y medidas, en la práctica", EAZ, 1.285 (X, 8-VII-1868), 3, sección varia; "Canciones populares", EAZ, 2.336 (1871), 3; "Diálogos", EAZ 1.599 (S, 15-VI-1869), 3; "Diálogos", EAZ, 1.600 (D, 20-VI-1869), 3; "Cantares de rondalla a la virgen del Pilar", EAZ, 2.439 (1871), 3.

- 205.- EAZ, 46 (S, 16-X-1864), 3, Sección varia.
- 206.- EAZ, 56 (X, 26-X-1864), 4. Sección varia.
- 207.- EAZ, 49 (M, 19-X-1864), 1-2, Folletín.
- 208.- Cf. M. Pina Domínguez, "Un club de neos", EAZ, 1.146 (M, 21-I-1868), 3; la alusión a las cátedras taurinas en B.M., "Todo es farsa en este mundo. III", EAZ, 1.166 (J, 13-II-1868) y, entre otros, M. del Palacio, "Revista de la prensa", EAZ, 1.284 (M, 7-VII-1868), 3.
- 209.- EAZ, 664 (X, 11-VII-1866), 3, Sección varia. En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza faltan los ejemplares que van del 12 de julio al 2 de agosto, donde probablemente irían las demás entregas pues la conservada anuncia "se continuará" y no "se concluirá".
- 210.- EAZ, 790 (J, 15-XI-1866) y 791 (V, 16-XI), sección varia.
- 211.- EAZ, 813 (S, 9-XII-1866), 2-3 y 814 (D, 9-XII), 2-3,

sección varia. Probablemente es un artículo reproducido dada la patria del autor y la alusión al café Guyás, que no parece ser zaragozano.

- 212.- *"A caza de inocentes gacetillas", EAZ, 923 (S, 30-III-1867), 3, gacetillas, *"Continuemos nuestra escena", EAZ, 925 (M, 2-IV), 2-3, gacetillas y *"Prometimos á nuestros lectores..", EAZ, 927 (J, 4-IV), 3, gacetillas. En este último número aparece también la gacetilla "Pero señor, ¿de qué escribiremos?", donde el autor se queja de que los lectores que se creen aludidos en sus escritos se dan por ofendidos, circunstancia que ha ocurrido con un sereno. La protesta del gacetillero es digna de ser tenida en cuenta no sólo porque remite a la base real del motivo costumbrista de la dificultad de la tarea del escritor de costumbres —"pinto, no retrato"— sino, especialmente, porque plantea los términos del problema evocando el magisterio de Ficaro: "Aquí repetiríamos aquel epígrafe que, traduciéndole del festivo Beaumarchai [sic], puso el satírico Larra al frente de uno de los mejores artículos. Pero nos ahorramos el trabajo de hacerlo porque pudiera tropezar en algún ostáculo. Lo que sí diremos es que cuando, con nuestros escritos, queremos atacar á algún individuo ó á alguna clase, lo hacemos sin rebozo y sin ambages; y que si, no obstante nuestra franca conducta, quiere darse por aludido, recuerde aquello de

'Quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.' " (p. 3c)

- 213.- EAZ, 1.143 (V, 17-I-1868), 3, sección varia. Es dudoso que se deba a Orencio Padules Oliván. Sobre el tema del artículo, cf. M. del Palacio, "El periodismo", EAZ, 1.295 (D, 19-VII-1868), 3, poesía.
- 214.- EAZ, 1.747 (X, 10-XI-1869), 3. Sección varia.
- 215.- EAZ, 1.856 (J, 3-III-1870), 2-3, sección varia. Puede ser un artículo reproducido: Miguel Moreno es quien suele firmar los artículos tomados de Los dos reinos, de Valencia
- 216.- EAZ, 2.236 (V, 24-III-1871), 3, sección varia. El ejemplar es de lectura difícil debido a la impresión defectuosa. Faltan en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza varios números próximos a éste: 2.219, 2.220, 2.224, 2.227, 2.228, 2.229, 2.232, 2.234, 2.235, 2.237, 2.240, 2.242 a 49, 2.252, 2.253, 2.258...
- 217.- EAZ, 2.657 (X, 29-V-1872), 3, sección varia.
- 218.- Sin que necesariamente resulten muy inferiores a algunos de los comentados, otros trabajos dan claves - circunstanciales y ayudan a recomponer la experiencia de la lectura. Cf.: Julio Monsere, "Ojálá", EAZ, 6 (M, 6-IX-1864), 3, glosa de la expresión, como "prueba de lo flaco de la naturaleza humana" y con alguna nota autófaga al final; "Notabilidades notables", EAZ, 39 (D, 9-X-1864), 3, gacutilla, relación de anti-glorias locales; Antón Ferulero, "Mercado político", EAZ, 45 (V, 15-X-1864), 2-3, sección varia, poesía que ofrece una visión política de las fiestas del Pilar, relacionable con "El día del Corpus (á los forasteros)" de El Gacetillero aparecido en 1868 en El Imparcial Aragonés; E. Blasco, "Gil Blas de

viaje. Artículo 12", EAZ, 344 (M, 15-VIII-1865), 3, reproducido del Gil Blas; N. A. Galindo y Cablán, "Pobres y ricos", EAZ, 373 (X, 13-IX-1865), 3, poesía político-social remitida desde Atea; Mateo Soler, *"Carta al director", EAZ, 434 (M, 5-XII-1865), 2-3, refiere, con el artificio de la visión en sueños, cómo la visita de un extranjero demuestra que un cambio de las costumbres sociales no se improvisa; M. Díaz Lavilla, "Estudios sociales. I, El ridículo del mundo" EAZ, 805 (V, 30-XI-1866), 2-3, próximo al costumbrismo comparativo de épocas a partir de la coetánea —"en que todas las cosas llevan impresas el carácter de dobles"— pero con desarrollo ensayístico; Julio Monreal, "Costumbres del siglo XVII. Ruar del coche", EAZ, 860, 861, 865, 866, 867 y 868 (1867); Orencio Padules Oliván (?), "La leche aguada" EAZ, 930 (D, 7-IV-1867), 3, gacetilla, abaturrada en parte y con anotaciones escénicas, de talante sinetesco ya anunciado por el autor: "Tragedia en cuatro actos, y en prosa, original de varios discípulos de José María, de Jaime el barbudo y del tío Crespo"; *"Días pasados nos ocupamos...", EAZ, 947 (V, 26-IV-1867), 3, gacetilla, próximo al costumbrismo artístico y monumental en su información sobre la iglesia zaragozana de San Carlos"; A. T. [Ambrosio Tapia], "El beso", EAZ, 1.055 (X, 20-X-1867), 3, sección varia, elemental y moralizador; Ambrosio Tapia, "Intereses morales, La familia", EAZ, 1.074 (V, 25-X-1867), 3 y 1.075 (S, 26-X), 3, similar al anterior y al siguiente; Ambrosio Tapia, "La mujer. Apuntes para un artí

culo", EAZ, 1.141 (X, 15-I-1868), con lema; Lorenzo Pineda, "La coqueta", EAZ, 1.136 (J, 9-I-1868), 3, poesía sin apenas rasgos costumbristas; M. Pina Domínguez, "Un club de neos", EAZ, 1.146 (N, 21-I-1868), 3, sección varia, escena —en el sentido teatral— satírica; B. M., "Todo es farsa en este mundo"; EAZ, 1.164 a 1.167 (1868), ataque contra los neos —la religión sólo produce hipócritas— vertebrado sobre la frase del título; L. P. [¿Lorenzo Pineda?], "Apuntes para una revista", EAZ, 1.161 (V, 7-II-1868), 2-3, —sin ser tampoco costumbrista, supone un paso más que el anterior en la formulación progresista de las pautas de la época pues trasciende el simple criterio moral de la hipocresía, rasgo más decisivo que otros como la defensa del baile; Hermenegildo Gorriá, "El contrabando y los valles de Hecho y Ansó", EAZ, 1.188 (X, 11-III-1868), más moral que informativo y nada costumbrista; H. G. [¿Hermenegildo Gorriá?], "La tristeza", EAZ, 1.215 (N, 14-IV-1868), 2, aún más distante del costumbrismo que el anterior; Lorenzo Ballesteros, "Tratado de matrimonio. Breves definiciones para uso de los que estudian en toda clase de escuela", EAZ, 1.218 (V, 17-IV-1868), 3, próximo al artefacto cómico basado en pobres parodias de lo eclesiástico, lo legislativo y lo mercantil y con las socorridas referencias a la suegra; Bernardo Aparicio, "El lujo", EAZ, 1.225 (S, 25-IV-1868), 3, denuncia del boato antisocial en tanto que insulto a los pobres y cuyos elementos descriptivos buscan contener el desplazamiento; L. Infante, * "¿Qué es una...

revista?", EAZ, 1.249 (N, 24-V-1868), 3, revista autófaga que ironiza sobre Jose Selgas y arremete contra los neos y las desigualdades sociales; "La prima y la polla", EAZ, 1.284 (M, 7-VII-1868), 3, gaceti-lla sobre la moda cambiante y ridícula con elementos baturristas; "El nuevo sistema de pesas y medidas en la práctica", EAZ, 1.285 (X, 8-VII-1868), 3, sección varia, serie de chistes-chascarrillo que refuerza lo humorístico mediante el uso del lenguaje avulgarado; M. del Palacio, "Sinónimos", EAZ, 1.374 (X, 21-X-1868), 3, puede servir de muestra de los escritos contra Isabel II tras la Revolución de Septiembre: "vicio, mal, tonto y Borbón / desde hoy sinónimos son"; Salvador Mainer, "El valor", EAZ, 1.414 (S, 5-XII-1868), 3, lucubración endable; "Un paseo por las reposterías", EAZ, 1.790 (V, 24-XII-1869), 3, ga-cetilla en versi-prosa no costumbrista, con datos sobre los establecimientos donde se aprovisionan los zaragozanos para las comidas de las navidades; Ricar-do Sepúlveda, "El primer hombre (cuento antediluvia-no)", EAZ, 1.982 (V, 15-VII-1870), 3 y 1.983 (S, 16-VII), 3, divagación nutrida por el optimismo dese-rollista oecimonónico; Ambrosio Palau Lafuente, "La amistad y los amigos", EAZ, 2.487 (J, 7-XII-1871), 3, propio de un "joven autor", como indica la nota de la redacción y de interés para Miguel Núñez, a quien va dedicado; María del Pilar Sinués de Marco, "Enfer-medad mortal", EAZ, 2.640 (D, 12-V-1872), 3, caracte-rístico de la prolífica y moralizadora autora y sín-toma de lo que el Eco publica antes de desaparecer -

pues aquí la Sinués se muestra apocalíptica al querer atajar la movilidad social que propicia el lujo amonestando a las jovencitas casaderas para que se responsabilicen de la estabilidad familiar y social ateniéndose a lo sentimental y renunciando a las tentaciones de la fama, la belleza y el uso del cerebro; el anónimo "Usos y costumbres de los pueblos antiguos y modernos. Juegos y ejercicios", EAZ, 2.646 (S, 18-V-1872), 3, no tiene nada de costumbrista ni —excepto por dos anotaciones circunstanciales— está referido a España; Antonio Trueba, "Camino de la aldea", EAZ, 2.653 (S, 25-V-1872), 3, es moralizador, como cumple; Antonia Casanovas de Franco, "Cuestión vital", EAZ, 2.654 (D, 26-V-1872), 3, propone la regeneración social mediante la educación de los jóvenes.

- 219.- Cf. ANZ, 1 (D, 1-I-1865): "ADVERTENCIA: la redacción que ha tomado á su cargo El ANUNCIADOR resigna todo género de responsabilidad y de gloria, que pueda haber en lo publicado hasta el día por este periódico, en sus anteriores ilustrados redactores."
- 220.- Además de los provenientes de El Telégrafo, El Anunciador reproduce textos de El Ampurdanés, La Gaceta de Cataluña, El Alto Aragón —de Huesca—, La Política —moderado afín de la Unión Liberal y, luego, — en el Sexenio Revolucionario, conservador— La Democracia —castelano, republicano— y Gil Blas, cofundado por Eusebio Blasco.
- 221.- Cf. a título de ejemplo, "Letrilla: ¡Arda Troya!", ANZ, 45 (D, 14-II-1864), 3, de Julio Monreal, a quien

probablemente se dedica "Fragmentos. A mi querido amigo D. J. M.", ANZ, 38 (D, 7-II-1864), 3, de Constantino Gil. Cf. también Manuel del Palacio, "Los nuevos cruzados", ANZ, 191 (S, 22-VII-1865), 3, contra los neos y el soneto anónimo "A las columnas minjitorias", ANZ, 153, (M, 17-VII-1866), 3.

- 222.- Cf. "Zaragoza monumental", ANZ, 176 (X, 14-X-1863), 4-6, sección de variedades, presentación seguida de la descripción de la casa de Torrellas, luego llamada del Comercio y después de los Marqueses de Ayerbe; "Zaragoza monumental. II", ANZ, 179 (S, 17-X-1863), 5-7, sección de variedades, sobre la casa y patio de la Infanta ("la Vallabriga"); "Zaragoza monumental. III", ANZ, 184 (J, 22-X-1863), 5-7, sección de variedades, primera entrega sobre el Monasterio de Santa Engracia; "Zaragoza monumental", ANZ, 187 (M, 27-X-1863), 3-5, sección de variedades, conclusión de la anterior; "Zaragoza monumental. IV", ANZ, 195 (X, 4-XI-1863), 4-6, sección de variedades, primera entrega sobre la plaza de La Seo y el Seminario Conciliar; "Zaragoza monumental. IV", ANZ, 196 (J, 5-XI-1863), 5-6, sección de variedades, conclusión de la anterior; "Zaragoza monumental. El Castillo de la Aljafería", ANZ, 240 (S, 19-XII-1863), 3-6, sección de variedades, sin número de serie y firmado por V. de la F. El mismo Vicente de la Fuente escribe una serie de tres artículos sobre el Canal Imperial de Aragón que concluye en el número 151 de 1864. También afecta al tema monumental "La Torre-Nueva", ANZ, 172 (S, 10-X-1863), 1-3.

- 223.- ANZ, 162 (V, 23-VI-1865), 2-3, sección de variedades. Aunque el título pudiera sugerir algo folklórico, resulta una simple crónica —pero jugosa y aviesas— el anónimo "Fiestas de Tudela", ANZ, 209 (S, 30-VII-1864), 3, sección de variedades.
- 224.- Para estos, cf. Juan María Sanjuan "La madre", ANZ, 124 (D, 23-VIII-1863), 2-3. Benjamín, "Palos y pelos", ANZ, 157 (V, 25-IX-1863), 4-6, reproducido de El Telégrafo, sobre la tendencia de las mujeres a parecerse a los hombres; del mismo autor, procedencia y tema: "Bastones, palos y palizas", ANZ, 165 (S, 3-X-1863); Simón García y García, "El Teatro", ANZ, 190 (V, 30-X-1863), 4-6; N. M., "El Suicidio. Breves consideraciones", ANZ, 61 (M, 1-III-1864), 2-3; E. de R. C., "El lujo", ANZ, 75 (X, 16-III-1864), 1-2; El Solitario, "Origen de los francmasones", ANZ, 95 (X, 6-IV-1864), 1, reproducido de El P. de L.; Benjamín, "Si vis pacem para bellum", ANZ, 125 (S, 7-V-1864), 3; D. Irazoqui, "El diablo anda suelto", ANZ, 141 (D, 22-V-1864), 2-3; "Una noche toledana", ANZ, "207" (D, 7-VII-1864), 2, por concluir, quizá en el número 208, que falta en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza; Frontaura, "Arria", ANZ, 303 (S, 12-XI-1864), 2-3, relato en torno al emperador Claudio; Fernán Caballero, "Cuadros sociales. Las mujeres cristianas", ANZ, 316 (V, 25-XI-1864), 2-3 y ss., Benjamín, "No más calvos", ANZ, 348 (X, 28-XII-1864), 2; Ernesto "El fin de año", ANZ, 8 (O, 6-I-1865), 2-3, reproducido de La Democracia; Eusebio Blasco, "Examen de ingenios", ANZ, 19 (J, 19-I-1865), 2-3, repro

- ducido de Gil Blas; El cura de la aldea, "El portazgo. Episodio del viaje del cura de aldea", ANZ, 250 (M, 19-IX-1865), 2-3 y 250; "El espiritismo", ANZ, 254 (S, 23-IX-1865), 1, editorial.
- 225.- ANZ, 109 (S, 8-VIII-1863), 3.
- 226.- ANZ, 138 (O, 6-IX-1863), 3-5 y 147 (M, 15-IX), 5-7, - sección de variedades.
- 227.- ANZ, 171 (V, 9-X-1863), 4-6 y 174 (L, 12-X), 4-6, sección de variedades, quizá reproducido de otro periódico.
- 228.- ANZ, 251 (X, 30-XII-1863), 5-7, sección de variedades. Reproducido de El Telégrafo.
- 229.- ANZ, 31 (D, 31-I-1864), 3-5 y 36 (V, 5-II), 2-3, sección de variedades. La segunda entrega lleva el título modificado: "Sigue el consejo en fotografía". Es presentado por la redacción como reproducido: "De nuestro ilustrado colega El Telégrafo, tomamos el artículo siguiente."
- 230.- ANZ, 126 (D, 8-V-1864), 2-3, sección de variedades. Como es frecuente en los casos de reproducción de materiales de otros periódicos no se indica el autor.
- 231.- ANZ, 189 (D, 10-VII-1864), 2, sección de variedades.
- 232.- ANZ, 328 (X, 7-XII-1864), 2-3 y 329 (J, 8-XII), 2-3, sección de variedades. Reproducido.
- 233.- ANZ, 344 (V, 23-XII-1864), 2, sección de variedades.
- 234.- ANZ, 65 (M, 7-III-1865), 2-3. Variedades. Una llamada dice: "Este artículo fué escrito el día 4 de Marzo".
- 235.- E.L., "Un sueño. Zaragoza en el porvenir", ANZ, 138 (D, 6-IX-1863), 3-5 y 147 (M, 15-IX), 5-7, sección de variedades.
- 236.- ANZ, 79 (J, 30-III-1865), 1-2, folletín.

- 237.- ANZ, 189 (J, 20-VII-1865), 2-3, variedades.
- 238.- ANZ, 233 (V, 25-VIII-1865), 2-3, variedades.
- 239.- "Revista de la semana.* Aparcibimiento", ANZ, 213 (D, 22-XI-1863), 4-6, sección de variedades.
- 240.- Aunque El Bachiller Pero Ponce anuncia en su primera entrega la intención de ocuparse de la crítica teatral, será El licenciado Brandalagas quien la lleve a cabo en su "Revista Teatral". En la primera que efectúa —*"Las comedias hermafroditas", ANZ, 217 (J, 26-XI-1863), 4-6, sección de variedades— se adorna con los atributos asmodeicos avejentándose y mostrándose desecostumbrado al teatro costánes y, a propósito de Un Tesoro escondido y partiendo del lamento por el olvido del teatro clásico español, que se representa poco y refundido, expone sus ideas sobre las refundiciones y, más detenidamente, sobre las "comedias hermafroditas" —las zarzuelas—, a las que acepta teóricamente y, en parte, defiende y trata de dignificar. El texto adopta la forma de carta dirigida al Bachiller Pero Ponce, que le ha propuesto hacerse cargo de la crítica teatral, cosa que acepta obligado. La carta parece un artificio para la transición al desdoblamiento en dos clases de revistas, cada una con su pseudónimo, efectuadas por un mismo autor pero hay algún detalle que obliga a dudar de esta explicación: en la "Revista de la Semana" del número 38 de 1864, Pero Ponce se refiere a Brandalagas como si fuera un amigo al que acaba de visitar. En cualquier caso, la serie teatral no supera en interés para el costumbrismo a los rasgos de "las comedias -

hermafroditas".

- 241.- "Revista de la semana. *Una vecina morena y linda", ANZ, 220 (D, 29-XI-1863), 5-7, sección de variedades.
- 242.- "Revista de la semana. *La enfermedad de la vecina", ANZ, 227 (D, 6-XI-1863), 4-7, sección de variedades.
- 243.- "Revista de la semana. *Doña Tribulación y la lotería", ANZ, 234 (D, 13-XII-1863), 2-5, sección de variedades.
- 244.- "Revista de la semana. *Noche buena", ANZ, 241 (D, 20-XII-1863), 3-5, sección de variedades.
- 245.- "Revista de la semana. *Pascua", ANZ, 248 (D, 27-XII-1863), 4-6, sección de variedades.
- 246.- "Revista de la semana. *Los estrechos", ANZ, 10 (D, 10-I-1864), 2-4, sección de variedades.
- 247.- "Revista de la semana. *El baile de la Asociación de Señoras para la hospitalidad domiciliaria", ANZ, 17, (D, 17-I-1864), 2-5, sección de variedades.
- 248.- "Revista de la semana. *El carnaval", ANZ, 33 (M, 2-2-1864), 2-3, sección de variedades.
- 249.- "Revista de la semana. *La careta", ANZ, 38 (D, 7-II-1864), 2-3, sección de variedades.
- 250.- "Revista de la semana. *La cuaresma", ANZ, 45 (D, 14-II-1864), 2-3, sección de variedades.
- 251.- "Revista de la semana. *Sermones y morisquetas", ANZ 52 (D, 21-II-1864), 3, sección de variedades.
- 252.- "Revista de la semana. *Arrepentimientos", ANZ, 59, (D, 28-II-1864), 2, sección de variedades. La gaceti-
lla "Ayer nuestro apreciable colega El Diario...", -
del número 52, informa, sobre los preparativos del
"gran almuerzo" que el Comité progresista va a dar en
el Teatro de Variedades, servido por el Sr. Fortis y

con la asistencia previsible de hasta 400 personas puesto que esa es la capacidad del local. El cubier to cuesta 26 reales —"20 para el fondista y 6 para el servicio"— y se anuncia como menú: "Ustras á la limon, chuletas á la papillot, un pescado, un frito, timbales de carne, y otro que no recordamos por lo raro en el arte culinario". Una gacetilla del número 59 reza así: "Según la Correspondencia los demócratas de Madrid han recibido ya la invitación de las de esta Capital, para asistir á la celebración del aniversario del 5 Marzo."

- 253.- "Revista semanal. *La Cincomarzada", ANZ, 72 (D, 13-II-1864), 2, sección de variedades. Según se dice en el texto, el domingo anterior no hubo periódico ni, por lo tanto, revista.
- 254.- "Revista de la semana. *Dolores y Pepitas", ANZ, 79 (D, 20-III-1864), 2-3, sección de variedades.
- 255.- El hermano Meliton, "Revista de la semana. *Un lego pur sang", ANZ, 90, (V, 1-IV-1864), 3, sección de variedades.
- 256.- "Revista de la semana. *Amor de militar", ANZ, 99 (D, 10-IV-1864), 2-3, sección de variedades.
- 257.- "Revista de la semana. *La primavera", ANZ, 106 (D, 17-IV-1864), 2-3, sección de variedades.
- 258.- "Revista de la semana. *Las sillas del Salón", ANZ, 120 (D, 1-V-1864), 2-3, sección de variedades. En la colección de la Hemeroteca Municipal de Zaragoza, falta el número 113, correspondiente al domingo 24 de abril, donde podría ir otra revista.
- 259.- "Revista de la semana. *Mayo", ANZ, 126 (D, 8-V-1864)

2, sección de variedades.

- 260.- "Revista de la semana. * Los baños", ANZ, 170 (M, 21-VI-1864), 2-3, sección de variedades.
- 261.- La Vecina, "Revista de la semana. * Amadero de verano", ANZ, 182 (D, 3-VII-1864), 3, sección de variedades. Al llegar el comienzo de la temporada teatral, en octubre, la primera "Revista teatral" va sin firma —Cf. ANZ, 263 (D, 2-X-1864), 1-2, folletín—; la del día 23 —número 283— es de El Licenciado Erandelaqas, quien se sigue refiriendo a El Bachiller Pero Ponce, pero éste no vuelve a firmar revistas; es más, la del número 308 —(J, 17-XI-1864), 1-2, folletín— es anónima y se titula "Revista de la Quincena". Si el Licenciado y el Bachiller son una misma persona que se mantiene en el último trimestre de 1864 con el pseudónimo asociado a la crítica teatral, en 1865 este cometido no es firmado por El Licenciado sino por pseudónimos como Polismi en el número 65 y en el 80, y Alisio en el 69.
- 262.- La Crónica de Aragón, 4 (V, 4-IV-1862), 3, gacetilla.
- 263.- La Crónica de Aragón, 3 (J, 3-IV-1862), 3, variedades.
- 264.- Cf. La Gacetilla de Zaragoza, 15 (M, 16-V-1865) ss., "La mujer fuerte", por Fernán Caballero. La "Revista de la Semana" comienza en el número 16. De El Rayo se conservan los números 93, 94, 95, 96, 97 y 100; éste último correspondiente al viernes 25 de diciembre de 1857. El Instructor es órgano de la Universidad y no encierra nada costumbrista en los números correspondientes al año XI de su publicación guardados en la Hemeroteca Municipal de Zaragoza; del

- 1 (5-I-1865) al 19 (5-VII). El único ejemplar conservado de El Ebro —9 (M, 30-IV-1867)— contiene una biografía de Valentín Zabala y Argote firmado por Joaquín Tomeo y Benedicto.
- 265.- El Cura de Aldea comienza a escribir a partir de PZ, 136 (M, 15-V-1866) según el número 70 y ss., de todo lo no firmado se responsabiliza Antonio Laplana. Otro de los responsables, ya desde junio de 1867, es María no Laita y Moya.
- 266.- Por ejemplo, faltan los números 1 y 3, donde podría ir la primera entrega de la serie. Esta llega, al menos, hasta veinte entregas; cf. PZ, 598 (M, 27-VIII-1867), 1-2, "Artículo XX. Bestial", las características de la conservación impiden saber el nombre del autor. Éste quizá sea Mariano Laita y Moya si puede considerarse decisivo el indicio del número 468, donde se muestra muy apegado a las definiciones oficiales —recurre al Diccionario— y echa mano de la mitología en breves digresiones eruditas, rasgos que concordarían con los del autor de la serie. Tampoco puedo precisar ahora si los artículos son originales o reproducidos. En general, no se ubican en ningún sitio y las alusiones que hay a las sesiones de ópera y a los diputados localizados en Madrid, además de no ser definitivas, estarían compensadas por un apunte de escena clarísimamente situado en Zaragoza —cf. la mención del Pilar en la entrega XX, del número 598— y por la datación en esta misma ciudad de varias entregas.
- 267.- PZ, 12 (V, 15-XII-1865), 1.

- 268.- PZ, 37 (D, 14-I-1866), 1. Es el artículo III.
- 269.- PZ, 47 (S, 27-I-1866), 1. Es el artículo IV.
- 270.- PZ, 70 (S, 24-II-1866), 1.
- 271.- PZ, 105 (S, 7-IV-1866), 1. Es el artículo VI.
- 272.- PZ, 159 (M, 2-VI-1866), 1-2. Es el artículo VII.
- 273.- PZ, 164 (D, 17-VI-1866), 1-2. Es el artículo VIII.
- 274.- PZ, 180 (S, 7-VII-1866), 1-2. Es el artículo IX.
- 275.- PZ, 218 (S, 25-VIII-1866), 1-2. Es el artículo X.
- 276.- PZ, 232 (M, 11-IX-1866), 1-2. Es el artículo XI.
- 277.- PZ, 344 (M, 25-IX-1866), 1. Es el artículo XII.
- 278.- PZ, 268 (X, 24-X-1866), 1-2. Es el artículo XII.
- 279.- PZ, 517 (L, 20-V-1867), 1-2. Es el artículo XVIII.
- 280.- PZ, 598 (M, 27-VIII-1867), 1-2. Es el artículo XX.
- 281.- Sobre el mismo tema obsesionante de la pureza lingüística y sin asomos de costumbrismo, cf el remitido anónimo en tres entregas "Decadencia literaria", PZ, 706 (S, 21-XII-1867), 3; 707 (L, 23-XII), 3 y 710 (S, 28-XII), 3, sección variedades.
- 282.- Cf. las de los números 460 (X, 13-III-1867), 3, fundada el 28 de febrero de 1867, crítica frívola y descalificadora de la pluralidad de los mundos habitables, de Flammarion; 547 (X, 26-VI-1867), 3, españolista comentario de la moda de veranear en Biarritz que incluye algunos diálogos ambientales; 568, sobre los alicientes de Madrid; 578, sobre espectáculos circenses; 583, sobre el triunfo de los liberales en México y, por lo tanto, sin alusiones a Madrid, como confiesa el autor al final; 607, protaurino...
- 283.- PZ, 872 (M, 11-VIII-1868), 3, variedades
- 284.- PZ, 882 (L, 24-VIII-1868), 3, variedades y 844.

- (D, 27-VIII), 3, variedades.
- 285.- PZ, 227 (X, 5-IX-1866), 3, variedades.
- 286.- Cf. PZ, 458 (L, 11-III-1867).
- 287.- PZ, 408 (X, 27-II-1867), 3. Variedades. La única firma que hay es la que corresponde al autor de la carta, Mariano, que debe ser Mariano Leita y Moya.
- 288.- PZ, 468 (V, 22-III-1867), 3. Variedades. Firmado por Mariano, como el anterior.
- 289.- En la Hemeroteca Municipal de Madrid —Sig.P.V. T 4— hay un ejemplar que se anuncia así: El Eco de Aragón: Revista Semanal Política-satírico-literaria. Artículos en serio y en broma, cuentos, poesías, crónicas y otras zarandajas. Gratis para los suscritores a El Eco de Aragón. Es el número 38 (L, 12-X-1868).
- 290.- Lo conservado de El Progreso Radical va del número 1 (L, 1-VII-1872) al 233 (S, 22-III-1873). En el número 104 (L, 28-X-1872), 1-2 comienza La felicidad humana. Cuadro de costumbres, de Domingo Alcalde Nieto. Se publica como folletín encuadernable, llega a 51 entregas y es presentado por su autor como "Cuadro de costumbres, leyenda, novela ó lo que el lector quiera que sea". Ya sin apenas carácter literario el número 233 (S, 22-III-1873), 1-2, —ultimo ejemplar conservado— comienza un conjunto de dos artículos remitidos por un particular desde Guipuzcoa sobre "El cura de Santa Cruz" con un antetítulo de sección algo despistante: "El pais pintado por si mismo". Según González Miranda (1969) este periódico es continuación de La República que va de marzo de 1872 a mayo de 1873.
- 291.- Es continuación de El Progreso Radical y ambos, según González Miranda (1969) continuados de La República

- tal como se ha indicado en la nota anterior. De El Progreso Aragonés se conservan pocos ejemplares y mal encuadernados —lo que lleva a González Miranda a algún error al catalogarlo— pues comienza en el 18 (M, 22-IV-1873) y llega al 40, aunque su orden es el que sigue: 30, 33, 38, 40, 18, 19, 22, 25.
- 292.- La Revolución va del 101 (V, 29-I-1869) al 533 (D, 31-VIII-1870). El volumen de 1869 acaba en el número 344 (J, 7-X), reflejo de la supresión que será cubierta por La Crónica Aragonesa.
- 293.- Cf. F. O'Sullivan, "Los neos", 106 (J, 4-II-1869), 3, variedades; F. O'Sullivan, "Bromazo de Carbavel", 111 (X, 10-II-1869), 3, variedades, ensalza la república; Facundo Rivas, "La coqueta", 185 (M, 30-III-1869), 3; Facundo Rivas, "El polisson", 277 (L, 19-VII-1869), 3. A partir del número 229 se publican las Poesías, de Boreo.
- 294.- La Revolución, 294 (S, 7-VIII-1869), 3, variedades. Se publicó dos días antes en El Trovador del Ebro, 5 (J, 5-VIII-1869), 7-8.
- 295.- La Revolución, 163 (L, 1-III-1869), 3 y 164 (M, 2-III), 3, variedades. Aunque lo firma en Villacarriso (Santander) el 24 de febrero, este Bachiller colabora en editoriales como el del número 165, por lo que el artículo puede computarse como original.
- 296.- La Revolución, 433 (V, 1-IV-1870), 1.
- 297.- La Revolución, 430 (L, 30-V-1870), 3, variedades.
- 298.- La Crónica Aragonesa, 1 (M, 19-X-1869)
- 299.- Abarca del 54 (M, 2-II-1869) al 225 (M, 24-VIII-1869).
- 300.- El Republicano, 58 (S, 6-II-1869), 3; 59 (D, 7-II), 3 y 60 (M, 9-II), 3, variedades.

- 301.- De La Tribuna se conserva lo que va del 3 (V, 17-IX-1869) al 40 (S, 19-III-1870).
- 302.- Lo conservado de La Propaganda abarca del número 20 (L, 30-I-1871) al 56 (L, 13-III-1871).
- 303.- La República, 1 (V, 1-III-1872) - 372 (S, 31-V-1873). González Miranda (1969) la hace predecesora de El Progreso Radical y de El Progreso Aragonés, quizás por lapsus pues también indica que continúa en El Estado Aragonés.
- 304.- La República, 166 (V, 20-IX-1872), 3, variedades.
- 305.- La República, 185 (L, 14-X-1872), 2-3; 186 (M, 15-X), 2 y 187 (X, 16-X), 2, variedades.
- 306.- La República, 206 (V, 8-XI-1872), 2-3, variedades.
- 307.- La República, 247 (V, 27-XII-1872), 2-3; 260 (M, 14-I-1873), 2-3 y 261 (X, 15-I), 2-3, variedades, remitido.
- 308.- El Estado Aragonés abarca del número 1 (D, 1-VI-1873) al 207 (X, 31-XII-1873).
- 309.- El Estado Aragonés, 107 (L, 15-IX-1873), 1-2 y 108 (M, 16-IX), 1-2, folletín. El texto va firmado al pie: "Paris, Setiembre de 1873"; de ahí el antetítulo.
- 310.- No ha sido posible la consulta de La República —1 (9-I-1874)— 105 (3E-IV-1874) por estar "en encuadernación" las distintas ocasiones en que se intentó estudiar este periódico.
- 311.- El primer ejemplar de El Trovador del Ebro sale el jueves 8 de julio de 1869. En septiembre se alcanza el número 13. En el Eco de Aragón, 1.790 (24-XII-1869) se anuncia una remodelación para 1870. El Semanario fue consultado en la Biblioteca Nacional de Madrid, sig. D-367.

- 312.- El Trovador del Ebro, 2 (J, 15-VII-1869), 3-4.
- 313.- "Apuntes de viaje. Los baños de Panticosa", El Trovador del Ebro, 3 (J, 22-VII-1869), 4 y 4 (J, 29-VII), 3-4. Cf. Otros trabajos, históricos, en los números 9 y 10.
- 314.- El Trovador del Ebro, 5 (J, 5-VIII-1869), 7-8. Se publicó dos días después en La Revolución, 294 (S, 7-VIII-1869), 3, variedades.
- 315.- El Trovador del Ebro, 8 (J, 26-VIII-1869), 2-3.
- 316.- El Pilar de Zaragoza, del 1 (D, 4-VII-1869) al 101 (4-IX-1870). Consultado en la biblioteca del Casino Principal de Zaragoza hasta el número 93 (J, 4-VIII-1870).
- 317.- El Pilar de Zaragoza, número 8 (1869), pp 7-8. Firmado en Salillas de Jalón.
- 318.- El Pilar de Zaragoza, 59 (L, 22-III-1870), 1-3.
- 319.- El Pilar de Zaragoza, 11 (D, 12-IX-1869), 1-3.
- 320.- El Pilar de Zaragoza, 93 (J, 4-VIII-1870), 1-3.
- 321.- El Grito Aragonés, del 39 (J, 29-IV-1869) al 363 (D, 22-V-1870).
- 322.- Diario Comercial e Industrial Aragonés, del 13 (M, 22-III-1870) al 26 (S, 9-IV-1870). Totalmente declarado a lo económico.
- 323.- Revista Cronométrica, del 1 (enero de 1870) al 12 (diciembre de 1870). Totalmente técnica y matemática.
- 324.- El Centinela de Aragón, Teruel, del 1 (D, 1-XI-1868) al 71 (X?, 25-I-1869). Consultado en la Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 325.- Cf. El Centinela de Aragón, 35 (12-XII-1868), 4, gacetas, Fondo de El Tio Clarín; 41 (20-XII-1868), 4.

- 326.- El Centinela de Aragón, 45 (26-XII-1868), 4. No se conserva la continuación.
- 327.- El Centinela de Aragón, 40 (19-XII-1868), 4. Reproducido de Las libertades PÙblicas.
- 328.- El Federal, Teruel, del 1 (15-III-1873) al 23 (22-V-1873).
- 329.- La Bruja, Teruel. Se conserva un par de ejemplares. Comienza en noviembre de 1877.
- 330.- El Museo de las Familias; de Madrid, como todas las publicaciones no aragonesas de las que no se indique algo distinto. Lo mismo vale para la consulta, en la Biblioteca Nacional de Madrid. [1857-1868], para esta época. Las fechas aludidas tanto en el texto como en las notas —en este caso, entre corchetes— se refieren siempre a lo consultado y no coinciden necesariamente con la duración total de la publicación, abandonado tras la consulta infructuosa o ya mencionada fases anteriores.
- 331.- El Museo Universal 1857-1866
- 332.- Cf. : María Pilar Sinués, "La fé", MUM, 4 (28-II-1858), 25-26; Gerónimo Boreo, "Pignatelli", MUM, 4 (28-II-1858), 26-28, grabado en p. 28; María Pilar Sinués, "La Esperanza", MUM, 7 (15-IV-1858), 49-50; María Pilar Sinués, "La Caridad", MUM 22 (30-XI-1858), 170-171. En 1859: Grabado de "Los Amantes de Teruel", p. 13; grabado de "Tipo Aragónés", p. 88. En 1860: Grabado de "San Lorenzo", p. 44 grabado de los "Baños de Alhama de Aragón", p. 268, texto en pp 270-271, reaparecerá en 1887 en El Museo Popular; grabado de la "Cabalgata conmemorativa de la coronación de Fernan

do de Antequera. Representada en Zaragoza, durante la estancia de los reyes el 9 de octubre de 1860", p. 381; grabado del "Arco de Santa en Gracia con ocasión de la recepción de los reyes", p. 389; grabado de "Templete en el Coso", por lo mismo, p. 392. En 1861: Miguel Agustín Príncipe, "Fábula", la primera de la Colección de Apólogos que va a publicar, p. 86, grabado de "La Torre Nueva de Zaragoza" (sobre fotografía de Clifford), p. 196, texto en pp. 197-198; grabado de "Vista de los Baños de Panticosa (sobre fotografía)", p. 221; grabado de "La laguna en los Baños de Panticosa", p. 221, cuya explicación —"Baños de Panticosa"— se da en pp. 227-229; grabado de la "Servidumbre de los Baños de Panticosa", p. 232; además de los poemas que se intercambian Zaragoza y Barcelona, "Inauguración de los ferrocarriles de Barcelona a Zaragoza", pp. 309-311, grabado en p. 309. En 1862: grabado de "Chesos de Aragón", p. 29. En 1863: epigramas de Miguel Agustín Príncipe, en p. 31; grabado de "Entierro de San Lorenzo (cuadro de Alejo Vera)", p. 132, texto en p. 134. En 1864: Jerónimo Borao, "La muerte de Jesús", pp. 90-91, poesía; grabado de "Vista de la iglesia de Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza", p. 244, texto en 246, que da notas de carácter aragonés, entre ellas la devoción a la Virgen del Pilar. En 1865: grabado de la "Cascada de la Cola de Caballo. Aragón", p. 69, texto de J.A.A. —¿Julio Álvarez y Adé?— en p. 71, titulado "El Monasterio de Piedra y sus curiosidades naturales"; grabado del "Torreón de ingreso al Monasterio de Piedra", p. 80. En 1866: J. Puiggari, "Cuadro de costumbres en la monarquía aragonesa durante el siglo XV según el Libro de Consejos de Jaime Roig...", parte I en pp. 133-134,

- parte II en pp. 150-151, parte III en pp. 166-167.
- 333.- MUM, 37 (13-IX-1863), 291-292. Se había publicado en SAZ, 644 (M, 26-VII-1859), 1-2, variedades.
- 334.- MUM, 40 (4-X-1863), 319-320 y 42 (18-X), 331-334.
- 335.- Anónimo, "Santa María de Veruela", MUM, 11 (18-III-1866), 86, grabado en p. 84, cf. Bécquer, 1981, 984-985; Anónimo, "Santa María de Veruela", MUM, 35 (2-IX-1866), 86, grabado en p. 84, cf. Bécquer, 1981, 985-986; Anónimo, "Monasterio de Santa María de Veruela. Enterramientos del fundador y sus hijos", MUM, 49 (9-XII-1866), 390, grabado en p. 389, cf. Bécquer, 1981, 987-988; Anónimo, "Vista interior del Monasterio", MUM (4-VI-1868), "Con un dibujo de V. Bécquer"; según datos de Bécquer, 1981, 1.249, donde —pp. 988-989— se reproduce el texto.
- 336.- Anónimo, "Costumbres de Aragón", MUM, 24 (11-VI-1865), 189-190, grabado en p. 189; cf. Bécquer, 1981, 1.125-1.126.
- 337.- Anónimo, "La misa del alba. Tipos del Alto Aragón. Dibujo de Don Valeriano Bécquer", MUM, 27 (2-VII-1865), 215, grabado en p. 213; cf. Bécquer, 1981, 1.126-1.127.
- 338.- Gustavo Bécquer, "Las jugadoras. Escena de costumbres de Aragón, dibujo de Don Valeriano Bécquer", MUM, 30 (23-VII-1865), 234-235, grabado en p. 236; cf. Bécquer, 1981, 1.124-1.125.
- 339.- Anónimo, "El tiro de berra. Costumbres de Aragón", MUM, 41 (8-X-1865), 324, grabado en pl 325; cf. Bécquer, 1981, 1.129-1.130.
- 340.- Anónimo, "La salida de la escuela", MUM, 42 (15-X-1865), 333, grabado en p. 333. El epigrafe del dibujo ante

- pone: "Costumbres de Aragón"; cf. Bécquer 1981, 1.127.
- 341.- Anónimo, "La pastora. Tipo aragonés", MUE, 44 (29-X-1865), 350, grabado en p. 349; cf. Bécquer, 1981, 1.130-1.131.
- 342.- Anónimo, "El pregonero. Tipos de Aragón", MUM, 46 (12-XI-1865), 366, grabado en p. 365. El epígrafe del dibujo dice: "El pregonero. Costumbres de Aragón..."; cf. Bécquer, 1981, 1.131-1.132.
- 343.- Anónimo, "La vuelta del campo. Tipos Aragoneses", MUM, 9 (4-III-1866), 70, grabado en p. 58; cf. Bécquer 1981, 1.135-1.136.
- 344.- Anónimo, "El alcalde (Tipo aragonés)", MUM, 32 (12-VIII-1866), 252-253, grabado en p. 253; cf. Bécquer, 1981, 1.127-1.129, para la reproducción del texto y 1.250, donde se da como fecha 1865, por error.
- 345.- Anónimo, "La corrida de toros en Aragón", MUM (14-III-1868) "con un dibujo de V. Bécquer", según los datos de Bécquer, 1981, 1.251 y 1.133-1.134, donde se reproduce.
- 346.- Bécquer, "Los dos compadres", MUM (17-I-1869), "con un dibujo de V. Bécquer", según los datos de Bécquer, 1981, 1.250 y 1.117-1.124, donde se reproduce.
- 347.- Anónimo, "La rondalla", MUM (21-III-1869), según los datos de Bécquer, 1981, 1.251 y 1.132, donde se reproduce.
- 348.- Anónimo, "Las segadoras", La Ilustración de Madrid (12-VII-1870), "con un dibujo de V. Bécquer, según los datos de Bécquer, 1981, 1.251 y 1.134-1.135, donde se reproduce. La información que el inconnido preparador de las notas de Bécquer, 1981 da sobre este dibujo se repite para el del artículo --de texto distin-

to— de igual título dedicado a los tipos y costumbres de Soria —cf. 1.251, 1.134-1.135 y 1.141— por lo que, de no estar equivocadas estas referencias, se habría utilizado un mismo grabado para tipos teóricamente distintos. El valor autónomo de estos grabados explicaría también que varios de ellos se reproducen luego en La Ilustración Republicana Federal; cf más abajo. Sobre este conjunto de trabajos interrelacionados de los Bécquer, Ucelay, 1951, 174-175n, anota: "El Museo Universal [...] bajo el epígrafe "Tipos y costumbres" publica entre los años 1857-1865 cerca de un centenar de tipos populares; muchos de ellos repetición de los de Los españoles [pintados por sí mismos] . En el año 1865 Bécquer entró a formar parte de la redacción de esta revista, con la obligación de escribir artículos para grabados sobre costumbres y tipos nacionales, que era considerado la parte importante de cada número. En el número 24 de ese año, del 11 de junio, empieza la primera serie ilustrada con dibujos de su hermano Valeriano. En el año 1869, pasa Bécquer, junto con su hermano, a La Ilustración de Madrid, para continuar el mismo trabajo. Vid. F. Schneider, "G. Adolfo Bécquer as "Poeta"" Modern Philology, vol. XIX, 1922, Feb. 3, pp. 245-256." En "El hogar. Costumbres de Aragón" MUM, 24 (11-VI-1865), 189-190, p. 190 se lee: "Pensionado el señor Bécquer [sic] por el gobierno de S.M. para recorrer con este objeto [el estudio de los "vestigios del pasado"] las diferentes provincias de España, creemos que los suscriptores de El Museo verán con gusto los apuntes de su cartera de viaje". Además

de los datos que aportan estas líneas, el conjunto del texto no comenta absolutamente nada del dibujo en cuestión, lo que habla del nulo carácter "costumbrista" de estos y otros escritos similares.

- 349.- Album Literario [1857-1858]. En el número 8 (30-XII-1857) se anuncia la participación de Miguel Agustín Príncipe.
- 350.- Educación Pintoresca [1857-1859]. Según Simón Díaz, 1948, María del Pilar Sinués de Marco escribe "Las dos amigas" en III, 169-174.
- 351.- Semanario Popular. Periódico Pintoresco [1862-1864]. En 1863, en entregas que comienzan en la página 333 y acaban en la 403, Florencio Javier escribe "Compromiso de Caspe"; la página 368 de ese mismo año trae un grabado sobre la "Defensa de la inmortal Zaragoza durante la guerra de la Independencia"; otro, de 1864, en la página 288: "Vistas de España. Puente de Zaragoza sobre el Ebro."
- 352.- El Iris [1850]; El Siglo Ilustrado [1867].
- 353.- Semanario Familiar Pintoresco, Barcelona [1868-1870].
- 354.- La Ilustración Española y Americana [1871-1874]. Los años 1869 y 1870 no fueron consultados por estar "en restauración" en dos ocasiones en que se solicitaron. La revista durará hasta 1921. En el volumen XXIII (16-VI-1872), 354 se anuncia la fusión con La Ilustración de Madrid.
- 355.- Cf., y por orden cronológico, en 1871: a partir del número del 25 de enero se dan noticias y grabados —cuatro y debidas a Tomás Padró— del desbordamiento del Ebro; noticia y dos grabados dan paso de Amadeo I por Zaragoza, p. 504. En 1872, Cayetano Rosell, "Pala-

cio de los duques de Fedrolo, residencia temporal de Don Quijote", pp. 254-255, grabado en p. 241; "Aragón. Real Monasterio de Piedra", breve texto en p. 246, grabado múltiple en p. 245; "Huesca. Naufragio de una barca de pasajeros en el río Cinca", texto breve en p. 550, grabado en p. 549; "Zaragoza. Fiestas del Pilar. Cabozudos y Gigantones.", texto en pp. 611 y 613, grabado en p. 617 y otros dos en p. 620.; "Fiestas del Pilar en Zaragoza. Cabelgata de Jaime el Conquistador", texto en pp. 660 y 661, grabados en p. 664 y 665, este titulado "Solemne consagración del Templo"; "Sitio de Zaragoza. Defensa por el brigadier Qüadros", texto de P. García Cadena en pp. 751-752, grabado en p. 748. En 1873: Juan M. Villergas, "A mi antiguo amigo don Manuel Juan Diana" notas y poesías, en pp. 206-207; "De Madrid a Barcelona. Apuntes de viaje por Pellicer", texto de Eusebio Martínez de Velasco en p. 643, grabado en p. 652. En 1874: "Zaragoza. Aspecto de la calle de Flandro el 4 del actual, momentos antes de la lucha", texto en p. 19, grabado en p. 28; Jerónimo Sorao, "meditación", poesía en p. 46; "Huesca. Claustro del convento de San Pedro el Viejo", texto de Eusebio Martínez de Velasco en p. 118, grabado en p. 126; "Teruel. Ataque y defensa el 4 del actual; texto en p. 467, grabado en 468; dos grabados de Alcañiz, atacada por los carlistas, en p. 508, texto en p. 499; "La Campana de Huesca", texto en p. 515, grabado en p. 524; "Crónica ilustrada de la guerra: Logroño, Miranda de Ebro, Teruel", texto en p. 597, grabado —con un miliciano nacional de Teruel— en p. 597; dos vistas de Teruel

- atacada por los carlistas en p. 644, grabado en p. 644.
- 356.- IEAM, VI (8-II-1872), 96, grabado en p. 84. Lo fundamental es el dibujo, reproducción del cuadro presentado por el pintor granadino "en la última Exposición artística". El texto no lo firma nadie. Quizá sea de Martínez de Velasco.
- 357.- IEAM, XII (24-III-1873), 160, grabado en p. 128. El epígrafe del grabado suprime "costumbres" del título y añade "Salida de la Iglesia" texto sin firmar. Quizá se deba a Martínez de Velasco.
- 358.- ICAM, XXVIII (24-VII-1873) 452, grabado. El texto lo firma Eusebio Martínez de Velasco. El rótulo del grabado antepone: "Tipos y costumbres de Aragón" y añade: "Dibujo de V. Bécquer".
- 359.- IEAM, XXIX (1-VIII-1873), 467, grabado en p. 473. Firmado por Eusebio Martínez de Velasco. El epígrafe de la ilustración antepone: "Tipos y costumbres de Aragón; dibujo de Pradilla" Trabajos similares se publicaron en 1875, 1877, 1880, 1881 y 1884.
- 360.- IEAM, XXXI (22-VIII-1874), 487 y 490.
- 361.- El Museo de las Familias [1857-1868, 1870]. Cf. en 1857: F. Fernandez Villabrilie, "Glorias de España: Rui Díaz de Gaona", pp. 74-76, en torno a la época de Alfonso IV de Aragón. 1858: El Conde de Fabraquer, "El prisionero. El príncipe Don Carlos de Viana" pp. 118-119, con grabado entre las dos: la prisión en la Alfajería. 1861 El conde de Fabraquer, "Estudios históricos. Gran Conjunción contra Felipe IV para alzar rey de Aragón el Duque de Híjar", pp. 76-82 y 59-102.
- 362.- La Ilustración Republicana Federal [1871-1872]

- 363.- Cf., en 1871: "El pregonero (Tipos de Aragón)", texto breve y plagiado en p. 302, grabado en p. 293. en 1872: "Combate entre la facción Gamundi y las tropas del Gobierno. —Bajo Aragón", grabado en p. 186; "Escenas de Aragón. La Escuela", grabado en p. 192; "Cascada de la Cola de Caballo. Aragón", grabado en p. 197; "La pastora. Tipo aragonés", grabado en p. 249; "El alcalde. Tipo aragonés", grabado en p. 312; "Vista de la Iglesia del Pilar (Zaragoza. 1864)", grabado en p. 332; "Tipos españoles. Escenas de Aragón", grabado en p. 354 que corresponden a "El hogar"; "Costumbres populares. Fiestas en la villa de Pina de Ebro", grabado —el aparecido en El Museo Universal— en p. 396. Al margen de este material gráfico, hay que recordar la poesía "El Tío Jorge, (Héroe famoso de Zaragoza en la guerra de la Independencia)."; de Marcos Zapata, en el número 30 (11-IX-1872), 387-389.
- 364.- Eco de Ambos Mundos, Londres [1872-1874].
- 365.- La poesía del "Sr. Blasco" se incluye en uno de los "Ecos de Madrid" que escribe la Sinués hasta finales de 1872: En el número 97 (17-XI-1872), 5-6. Lo mencionado de esta autora comienza en el número 94 (2-XI-1872), 6 y siguen los números 98, 101, 102.
- 366.- Las mujeres españolas, portuguesas y americanas. Tales como son en el hogar doméstico, en los campos, en las ciudades, en el templo, en los espectáculos, en el taller y en los salones. Descripción y pintura del carácter, costumbres, trajes, usos, religiosidad, belleza, defectos, preocupaciones y excelencias de la mujer de cada una de las provincias de España, Portugal y Americas Españolas. Obra escrita por los primeros literatos de España, Portugal y

América, e ilustrada por los más notables artistas españoles y portugueses, Madrid —La Habana— Buenos Aires, Imprenta y librería de don Miguel Guijarro, editor, 3 vols., I, 1872; II, 1873; III, 1876; cf. Correa, 1964, CXXXV, de donde tomo esta referencia y Uccelay, 1951, 199-205.

- 367.- Sigo el texto que reproduce Correa, 1951, 441-445. No incluye las dos láminas correspondientes. Una comprobación de última hora ante una fotocopia del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid —pp. 13-31; lámina ante p. 13 y ante p. 25— me revela que Correa ha cercenado el texto de Diana quitándole nada menos que catorce de las diecinueve páginas que tiene. Sólo lo puedo añadir ahora que lo eliminado corresponde al marco narrativo que, antes y después de lo aquí comentado, refiere el viaje en tren —con un dialogante inglés incluido— desde Madrid—y, luego, la vuelta— que sirve para incorporar en forma de anécdota varias "costumbres" presenciadas.
- 368.- Sigo el texto del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, pp. 413-425. Lámina ante p. 413.
- 369.- Sigo el texto del ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid, pp. 525-541. Lámina ante p. 525.

5.- EL POSTCOSTUMBRISMO

5.1.- Sesenta y dos catas entre el final de la Primera Re
pública y las vísperas del 98 (1875-1897).

Sólo por formulismo tiene sentido hablar de forma explícita de postcostumbrismo. El límite entre éste y el costumbrismo queda propuesto por una hipótesis sociopolítica y corroborado con holgura por el número y la calidad de los textos analizados. Si el costumbrismo existe como género literario en tanto que coadyuva al ascenso de la burguesía al poder y da cuenta de tal proceso, en el momento en que esta clase social se afianza institucionalmente y se convierte en hegemónica ideológicamente, el artículo de costumbres dejaría de ser funcional. Su pervivencia en épocas posteriores será puramente formal y mecánica de manera que lo que la inercia periodística dé a la luz o no tendrá que ver con la técnica del género o cumplirá necesariamente otra función, siempre que no coincidan ambos supuestos. Este caso, que es el más fácil de identificar, es el que de hecho parece caracterizar a los textos de la Restauración. Si la hipótesis sociopolítica manejada para el estudio del costumbrismo faculta para prescindir de lo publicado tras el Sexenio Revolucionario, la elemental prudencia que exige efectuar una comprobación no parece invalidar las líneas teóricas hasta ahora sostenidas.

Consultados sesenta y dos títulos de este periodo entré lo conservado y accesible de las tres provincias aragonesas y de fuera de Aragón para cubrir —a veces sistemática, a veces intermitentemente— los años que median hasta 1897 y así cumplimentar un siglo de pesquisas que deja márgenes más que suficientes a un género cuya vida útil es de

unos treinta años, ni la cantidad ni la calidad ni la concentración del saldo arrojado permiten hablar de existencia de costumbrismo. A salvo, claro está, de lo que accidentalmente pudiera deparar lo no consultado —y que habrá que someter a revisión exhaustiva en posteriores investigaciones— todo se reduce a ejemplos muy aislados que sólo por contraste con su entorno totalmente yermo podrían inducir a ser tenidos por textos con rasgos genéricos sueltos que, de haberse publicado antes de 1874, hubiesen sido clasificados como material periodístico-literario contextual o paracostumbrista. Bastará, pues, con un breve comentario de lo que queda tras la criba.

5.1.1.- Publicaciones aragonesas.

5.1.1.1.- Prensa zaragozana (1878-1897): el joven conservador (1895); onirismo para la crítica municipal (1896).

La primera Revista de Aragón (1): algún rasgo asmodeico en la sección "Crónica aragonesa" salido de la pluma de E. Mariano de Cavia, Saldubio, Cojuelo, Juan Pedro Barcelona, Baldomero Mediano y Ruiz y, más interesante, algún otro artículo de Eusebio Blasco, Pablo Ordas y Sabau y José María Matheu. (2)

Prácticamente nada en El Diario Democrático de Zaragoza, Nuevo Avisador de Zaragoza, El Diario de la Mañana, Crónica de vinos y cereales, La Derecha, Diario Católico, El Mercantil Zaragozano, El Anunciador de Aragón, La Alianza Aragonesa, El Intransigente, El Integro, la Gaceta literaria Aragonesa. (3)

En "Los monteroides", de Aragón Político se alude a Larra, pero se trata de una crítica administrativa; "Sobre los cuneros", contra los diputados que no conocen ni en el mapa la demarcación que representan, no es nada costumbris

ta, como tampoco "la empleomanía". (4) En La Voz Aragonesa tiene algún relieve "La Timba" y, menos, "El Baile". (5)

Resulta casi nula la consulta de El Mercantil Aragonés, La Cartera, La Esperanza del Pueblo, Diario Mercantil de Zaragoza, El Aragonés, El Capelito Aragonés, Diario del Pueblo y La República. (6)

De El Republicano sobresale la primera entrega de "Esos tipos.....", de Felix Acero, que se aproxima mucho a un artículo costumbrista al censurar al "hipócrita joven que cuida prematuramente de aparecer fidelísimo guardador de las formas, amante del quietismo, respetuoso con lo establecido, enemigo de toda evolución, apóstol de lo tradicional y celosísimo cumplidor de actos y prácticas exteriores y ostensibles." Un mérito añadido es que el autor desplaza explícitamente de su descripción al pollo convencional para realizar la crítica política del jovencito conservador y pazguato y, un rasgo particular, la doble alusión - a Galdós y a Zaragoza: "Cada uno de ellos es el Rafael del Horro de Pérez Galdós. Zaragoza está infestada de Horros." (7)

En el carlista El Tesón, Zebedeo escribe "Noche de almas", crítica de la suciedad del Canal apuntalada en un onírico diálogo con Pignatelli. (8)

Aunque era de esperar, ni El Magisterio Aragonés ni el Suplemento Ilustrado del Mercantil Aragonés aportan nada. (9)

5.1.1.2.- Prensa turolense (1876-1897): tipos, carnaval, chismografía, fin de año.

Es infructuosa la consulta de la Revista del Recreo Turolense. (10) El Turolense, entre reproducidos y originales tiene algunos trabajos que se aproximan formalmente al costumbrismo: Un suscriptor firma "Un tipo especial", que se acerca a una fisiología; "Preludios del Carnaval", de L.P. es como los que todos los años por esas fechas aparecen en la mayoría de los periódicos. (11) En la primera época de La Provincia, quiere ser artículo de tipos "La mujer casera" (12). En su segunda época, La Provincia contiene bastante material literario con apariencias de costumbrista, sobre todo en el "Suplemento Dominical". Joaquín Guimbao, su encargado, es quien escribe "Las coquetas" (13). La Unión no contiene nada que interese. (14)

La Revista del Turia es la publicación más extensa y densa en textos literarios. Bastantes de ellos tienen visos de costumbristas. Destaca "La chismografía", de Eusebio Mullerat y, entre los reproducidos, "La Noche buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico", de Larra. (15)

La Crónica y El Aragónés apenas cuentan (16). En El

Ferro-Carril hay algunos artículos de Martín Piñango que sobresalen, como "Juan Metal" (17). En La Antorcha, las costumbres de fin de año que se literaturizan en "Lo que queda el tiempo" y alguna poesía sobre tipos (18). El Correo de Teruel tiene poco destacable (19), lo mismo que El Turonense de 1888, hijo de la Revista del Turia (20). De El Ateneo, que publica no poco material literario y crítico, se puede recordar "La corrida de pollos. (Apuntes para un cuadro de costumbres aragonesas)", de Ángel Alcalde Alejandro (21). Poco y no muy excepcional hay en La verdad, Las Circunstancias y La Opinión (22). Del Heraldo de Teruel, cabe apuntar "La escardadora" y "La esbriznadora" (23).

5.1.1.3.- Prensa oscense (1880-1897): tipos, aguinaldomañía, objetos, carnaval.

Lo más parecido al costumbrismo que hay en La Provincia de Huesca es "El carnaval", absolutamente moralizador. (24) Tres comprobaciones en el longevo Diario de Huesca permiten comprobar que hay un par de artículos sobre costumbres y uno que quiere parecer costumbrista. (25) Son prácticamente artículos de fondo moralizadores los otros dos que descuellan en el Eco del Pirineo Central, de Jaca (26). El Iris de Paz sirve como fuente de costumbres denostadas por los espiritistas pero no contiene "costumbrismo anticlerical". (27) La Crónica encierra bastante material paraliterario y algunos títulos con rasgos costumbristas; entre los no reproducidos cabría resaltar los escritos por Juvenil, Roberto Bueno, Manuel María Guerra y Gimoy. (28) Por comparación, su sucesora, La Crónica de Huesca es muy pobre. (29) Aragón. Diario Republicano Federal aún lo es más. (30) El velocipedista El Pedal publica a lo largo de veintisiete números algún texto de interés. (31) El carlista La Cruz de Sobrarbe, de Barbastro, no trae nada destacable. (32)

5.1.2.- Publicaciones no aragonesas.

5.1.2.1.- La Ilustración Española y Americana: "costumbrismo" gráfico (1875-1890).

La Ilustración Española y Americana sigue prestando atención a Aragón. Quizá contribuyen a ello en algún momento noticias como las inauguraciones de líneas férreas —la de Zaragoza a Canfranc, en 1882— o la peregrinación al Pilar de 1880. Más que los frecuentes trabajos sobre historia, arte y monumentos —sobre todo, el Pilar—, leyendas, viajes y paisajes —el Monasterio de Piedra y los Baños de Panticosa—, lo que hay que reseñar son los grabados —con texto breve, casi siempre de Eusebio Martínez de Velasco— de escenas y tipos y los de personas concretas o cualquier otro asunto que cumplen la misma función y privan a la unidad gráfico-literaria de todo vestigio costumbrista excepto los rótulos. (33)

El Semanario de las Familias también tiene algunos grabados sobre personajes y temas históricos aragoneses (34). La Ilustración de España no tiene ningún interés. (35) La Ilustración. Revista hispano-americana, de Barcelona, apor-

ta noticias, con grabados, sobre Aragón. (36) La Ilustración Non Plus Ultra, de la misma ciudad, no trae nada aragonesa en sus multicolores páginas. (37) La España Regional, también de Barcelona, sí que alude y bastante a Aragón, pero su planteamiento, reflejado en el adjetivo del título la excluye de nuestros intereses. (38) En fin, El Museo Popular trae grabados sobre Aragón. (39)

5.1.2.2.- Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Rosa Martínez de Lacosta: la aragonesa (h. 1881).

En torno a 1881 se publica en Barcelona "la aragonesa", colaboración de Rosa Martínez de Lacosta para la obra colectiva Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas, prácticamente, la última de las derivadas de Los españoles. (40) El artículo de la Martínez no es nada brillante a pesar de disponer de los de Diana, Muñoz y Castelar de 1873, a los que se pliega demasiado en ocasiones.

Esto, la morafina que no tiene el pudor de dosificar con discreción y los meandros en que es proclive a perderse le resta algo de mérito al no muy grande que tiene técnicamente si hay que compararlo con las construcciones medias del costumbrismo.

Como es norma en esta clase de obras, las "costumbres" quedan casi marginadas y los tipos desdibujados frente a una acumulación de lugares comunes hilvanados con mayor o menor forma pero siempre al servicio de una línea de pensamiento progresista que dista tanto de la actitud teóricamente imparcial del folclorista como de la irónica del árbitro de los comportamientos sociales. De ahí, el frecuente híbrido de datos conocidos y fórmulas particulares de la preceptiva loa; de ahí que la soldadura a menudo no sea perfecta

ya que la correctiva entre componentes priva de forma descarada sobre éstos. A la Martínez lo que parece obsesionar la no es la cantidad o fiabilidad de las informaciones que escopie o que transcrita sino la posibilidad de que alguna mujer aragonesa se salga de la senda de la virtud y no guarde una "intachable conducta".

Levantando el índice en vez de abriendo los ojos, la autora comienza la primera de las cuatro partes diferenciales en su artículo confesando la dificultad con que se encuentra de no poder reducir a una sola pintura los rasgos de la aragonesa debidos a las variantes que produce una tierra tan diversa. Inmediatamente se comprueba que tal dificultad radica sobre todo en no poder decir que todas las aragonesas son virtuosas ^{para} para el supuesto de pintar al hombre no habría problemas ya que se compendiaría en "su valor y nobles hechos". La Martínez opta por zanjar el problema uniformando las variedades geográficas con un criterio nada geográfico

No obstante de esa diferencia de caracteres, debido á la influencia del clima, y á la mas ó menos benignidad de la atmósfera, lo mismo la que habita en la alta montaña del Pibineo, que la vecina al reino de Valencia; lo mismo la de las grandes poblaciones, que la que pasa su vida entre las rudas faenas del campo; se distingue por su especial condición en la especible vida doméstica y su entusiasta amor á la familia. (p. 554).

Este pórtico anuncia la ristra de caracteres que a continuación atribuye a la aragonesa y que, en realidad, son los que desea que reúna cualquier mujer de cualquier época y lugar: honrada, virtuosa, vigilada para que no ocurra que, "desoyendo la voz de sus sagrados deberes, se precipite en el abismo de bastardes y mezquinas pasiones", "modesta

y hacendosa", "amante de su casa" y volcada en la consecución de la "felicidad de la familia". La fórmula que prescribe la autora para impedir que la mujer se descarríe, desestabilice el hogar y sea un brote de sociedad ingobernable no puede ser más explícita:

Verse señora y reina de su hogar, inculcar en sus hijos el germen del bien, apartarlos del mal sendero... Esta es la vida del alma, la verdadera grandeza de la mujer. (p. 555),

aunque para ello tenga prácticamente que llamar estúpida —o desear que lo sea— a la de Aragón:

!Qué importa no se distinga la aragonesa ni como artista, ni como literata y filósofa!

¿Tiene ingénia para la educación moral?

¿Tiene alma para amar todo lo grande y raciocinio para separar lo bello de lo defectuoso?

Pues basta para quedar engrandecida por la fuerza poderosa de esa misma virtud. (p. 555)

y aunque indirectamente tenga que prohibirle la capacidad de iniciativa que la historia demuestra que la define mencionándola como algo innegable pero excepcionalmente esporádico, "cuando el momento del peligro se aproxima".

En una segunda parte la Martínez lleva a cabo una confusa clasificación social para dar con la aragonesa más representativa. Afirma no poder decir mucho ni de la "elevada" ni de la "media" pero no desaprovecha la oportunidad de tolerarlas por ser capaces de seguir puntualmente la moda madrileña ni de atribuirles rasgos físicos aplicables a cualquier mujer de cualquier latitud so pretexto de que no "se encuentra en estas clases tipo físico definido" ni de

solventar la molesta existencia de variedades físicas sometiendo, como suele hacer, a un criterio único, el moral de la "grandeza" proverbial ni de volver a caer en lo que —atendiendo al carácter laudatorio del subgénero— es una tacha nueva y una prueba más de que se juzga a la aragonesa de acuerdo con criterios nada aragoneses:

Cierto que su modo de decir no es tan suave y gracioso como en otros pueblos, en particular los meridionales, mas no por esto pierde sus atractivos, supuesto que la acompañan distinguidos modales y facilidad en la gesticulación.
(p. 556)

Confundidas la clase alta y la media, la autora las define mucho más de lo que cree desde el momento en que, al habérselas con la clase que queda y que, por exclusión, debería ser la más pormenorizable, la volatiliza desde el punto de vista social:

En cuanto á los pertenecientes á las clases modestas, no se pueden caracterizar en un solo tipo de Zaragoza ú otra ciudad de Aragon. (p. 556)

y la transfiere, con cambio de criterio, al ámbito rústico que, luego, en la tercera parte que se abre a continuación, resulta no serlo enteramente. Todo es fruto de la confluencia indiscriminada de referencias que maneja la autora: a un tipo que hay que definir por las peculiaridades geográficas, le endosa pautas morales y, cuando intenta confirmarlo socialmente, comprueba que el propósito es inviable porque se interpone lo geográfico-madrileño que lleva al absurdo de tener que situar las variedades regionales únicamente en la clase baja. Es el momento en que la autora

comprueba definitivamente algo ya intuido por los ~~comparadores~~ de la serie-madre el 1843-1844: si quiere describir a la aragonesa no puede recurrir a la perspectiva moral ni a la social pues habría que modificar o eliminar el título. Prescinde entonces momentaneamente de sus prejuicios e intenta atenerse al pie forzado de la colección pero le salva: de la encrucijada que produce este tipo de artículos —que ya no son ni costumbristas ni folklóricos— es menos airosa que la de el término medio de Diana, Muñoz y Castellar. Frente a la precisión con que es capaz de indicar cómo comportarse de acuerdo con la moral y la moda, su recorrido desde el Alto Aragón al Bajo y desde el Moncayo a la raya de Valencia es un puro paréntesis, anodino, pobre en reformatión con respecto a los textos de 1873 y no exento de errores pues, tras, pintar genericamente a las montañesas —se supone que la consabida mezcla de chesa y ansotana—, recita al lector a descender, recorrer los valles de Llecho y Ausó (sic) y llegar hasta donde "~~el caracter de la aragonesa es mas expansivo~~

el caracter de la aragonesa es mas expansivo, aunque siempre sério y[...] se cuida con mas esmero de su persona. (p. 557)

y añade de forma inexplicable sino es fruto de la confusa redacción:

Entre estas últimas se distinguen las Chesas [sic] por su rico y pintoresco traje... (p. 557),

a lo que hay que añadir que antes, al hablar de las montañesas había sentenciado negativamente: "... dándolas por consiguiente este vestido un aspecto raro." Además, el recorrido parece definitivamente formulario porque acaba por

hacer representativa de todas las demás a la que debe con
cer algo más:

Lo que resta que decir y que corresponde á
las de la huerta de Zaragoza, se extiende sin em
bargo á todas las naturales de aquel rico y bie-
naventurado suelo. (p. 558)

y quiebra de nuevo el criterio geográfico establecido para
aludir sin fortuna —sí la tiene para el lector actual que
así documenta el dato de la mención de la obrera— a la
equiparación social de las que ya pertenecen a una misma
clase:

Cuanto llevo manifestando de las mujeres de
campo es aplicable á las obreras que trabajan en
las fábricas de diferentes industrias estableci-
das en Aragón; si bien debo de advertir que di-
chas obreras blasonan de unas ilustradas, y sin
pretender salir del pobre círculo en que se agi-
tan, se afanan por aparecer de mas esmerada edu-
cación y procuran vestir con mas elegancia.
(p. 558)

La última parte del artículo está dedicada a "las ge-
nerales cualidades que atesora la aragonesa", de cuya in-
terpretación dice la autora, con más inmodestia que oisni-
mo:

Procuramos, hacerle justicia como correspon-
de á nuestro imparcial criterio. (p. 558)

Para empezar, aporte algo nuevo que, o se debe a aconteci-
mientos muy circunstanciales e inmediatos o es fruto de su
mente:

La halagan los triunfos de su hermosura, le
gustan, las honradas diversiones y bailes, pero
constante en sus afectos amorosos no demuestra
nunca ni veleidad ni coquetismo, pues comprende

las funestas consecuencias que tienen en aquella tierra las cuestiones de celos. (p. 559).

Del inesperado aragonés celoso, pasa a resaltar que en Aragón hay mas mujeres alfabetizadas en la clase baja que en el promedio nacional y que la aragonesa sigue "las opiniones políticas de los seres queridos y las tradiciones de la familia", lo cual no es decir nada específico a no ser que esté atribuyendo a toda la región lo que en la decada de la historia de los Amantes de Teruel o de algún otro dramón, pues añade:

lo que impide muchas veces uniones convenientes; porque el rencor político puso una barrera entre dos corazones quizás nacidos para amarse. (p. 559)

Emocionada por lo que acaba de escribir, la Martínez se entrega a sutiles pero improcedentes consideraciones hasta que da con el tema de la devoción a la Virgen del Pilar del que las observaciones vienen a ser una versión prosaica del inflamado verbo castelano y una reducción a "entusiasmo religioso que vaya ya en idólatra fervor" y a base para la educación de los hijos. Tampoco es muy hábil la autora cuando siguiendo de nuevo la pauta de Castelar, debe hablar de las heroínas de los Sitios de Zaragoza: habiendo derrochado argumentos al comienzo del artículo para que la mujer aragonesa se recluya en casa y se atenga a la familia, de pronto se pregunta:

Mas porque está la aragonesa circunscrita al hogar. ¿Olvida acaso que procede de una heroica raza? (p. 560)

y, mencionado el valor demostrado en la guerra de la Independencia por las dos mujeres más conocidas —dice "condesa de Buresa"— no debe parecerle muy tranquilizador que

actuasen "al grito de peligro é independencia" y vuelve a su prédica:

Sin embargo, su misión de ahora es la del hogar.
(p. 560)

Lo que queda de artículo es una glosa del rasgo que tiene por "don exclusivo" de Aragón: la "honradez acrisolada", además del "temerario valor". Pero una honradez de acuerdo con las convicciones de la autora pues vuelve a derivar hasta los disonantes comentarios apuntados al comienzo:

Y esa virtud de que tanto clasona, esa virtud que es la base de todos sus actos, que es el fundamento de sus obras, donde se alberga mas pura, donde vive mas resplandeciente es entre las clases proletarias, en el mísero hogar de la obrera, en el humilde aposento de la campesina.

Hay empero sus lamentables excepciones.

(p. 560)

La glosa de la virtud y las excepciones es teorizada de acuerdo con la idea de que "la humanidad está siempre regida por las leyes del contraste: junto á la virtud, aparece el vicio..." ¿Será que la Martínez ha entendido el concepto de "contraste" tan astutamente manejado por Castelar como un contraste exclusivamente moral? ¿Tan espeso es el velo de sus convicciones religiosas que no puede leer lo escrito por Castelar ni a ver la mujer real que tiene que escribir? No sorprende, pues, que el párrafo final tenga todo el aire de un tapoño entre el grito patriótico de Castelar, la obsesiva idea de que la aragonesa no debe abandonar la dedicación a la familia para seguir el camino de la iniciativa que marcaron las hermanas ni debe ser viciosa —¿el vicio es ahora el moral o el social de la emancipación?— y la inde

licada repetición de lo referente al talento (viene a llamarla estúpida sin estar obligada; ¿censura así la iniciativa de las heroínas?):

Gloria, pues, ó Aragón, gloria á la aragonesa que sin ocupar un trono entre las princesas del g nio, ha sabido conquistarse un sitio preferente: en la historia como heroína; en el hogar, como mujer en virtud. (p. 561)

5.1.2.3.- Miscelánea Turolense. Concepción Jimeno de Flaquer: la mujer aragonesa (1897).

Como colofón, de la Miscelánea Turolense, que dirige y reparte gratis Domingo Gascón, al margen de algunos ejemplos de "costumbrismo" gráfico, se debe entresacar "La mujer aragonesa", de Concepción Jimeno de Flaquer (41). El artículo es general y tópico pero resulta aceptable se se compara con los similares, tan repetitivos, que se encuentran en los últimos derivados de Los españoles. Ahora bien, cotejado con los demás dedicados total o parcialmente a la mujer aragonesa, merece el calificativo de muy notable: no por la técnica, que no pasa de convencional, ni por descolgar genéricamente pues, además de no ser costumbrista —por supuesto—, incluso abandona lo folklórico. Su importancia radica en dar un paso más, el definitivo, con respecto al tramo recorrido por Castelar en 1873 —en parte desandado por la Martínez— en la elaboración de la imagen típica oficial de Aragón. Ya su tono exultante deja atrás al entusiasmo profesional de Castelar y anuncia el panegírico que se avecina. Desbordante, segura y un tanto narcisista —parece que habla de lo que cree que es o quisiera ser ella misma—, la Jimeno comienza con una andanada de erudición al servicio de la ejemplaridad aragonesa involucrando, como el político orador y casi todos los autores de artículos similares, a la mujer, al hombre y a la región: la tierra aragonesaes, según la autora, "patriota", "heroica", "formal", "creadora de la soberanía del pueblo, engendradora de la libertad" —son notas novedosas— y lugar "donde

sólo se rinde acatamiento á la ley". Frente a Castelar, —y a la Martínez—, la aragonesa "no es un ser débil é insuficiente" sino "una criatura dotada de inteligencia, voluntad y energía" y además de no ser virago, el elemento femenino no erosiona al hombre puesto que

los aragoneses pertenecen al número de los pocos pueblos que han podido salvarse de la enfermedad del siglo, de esa anemia moral que envuelve á nuestra raza. (p. 401b)

Quizá espoléada por el entusiasmo españolista previo al desastre del 98, la autora confirma y cristaliza las palabras con que Castelar clausuraba su artículo —"... las mujeres de Zaragoza sosteniendo nuestra idolatrada España. ¡Benditas sean!"— convirtiendo a Aragón en reserva moral de la nación:

El proverbial pundonor español no se perderá jamás, porque en cualquier rincón de la noble tierra aragonesa se encontrarán siempre almas altivas. (pp. 401b-402a)

La fuente de esta energía queda cifrada en que el pueblo aragonés es "fuerte porque es creyente" y "grande porque ha recibido lecciones de su brillante historia", historia que se retrotrae al "pedestal de los Pirineos". Añade la Jimeno la inevitable mención de Aragón como pueblo "donde la ley era más que el rey" y ensarta una relación de monarcas egregios. Pasa a resaltar que en la región "ha existido siempre un gran espíritu de justicia" y "se ha dado gran importancia á la religión, la ciencia y el valor" y, entre los prohombres, incluye al Goya ya aireado por Castelar.

Consumido un cuarto del artículo, la autora se centra en lo femenino otorgándole un protagonismo más positivo, sintético y nítido que Castelar:

Interesante es Aragón con sus admirables y admiradas instituciones, pero lo más interesante de Aragón es la mujer aragonesa, esa mujer que mata por patriotismo, como Agustina, y muere de amor, como Isabel. (p. 402a)

El cambio comienza a ser revelador pues, más que tratarse de una negación, justificación o encubrimiento de lo viril de la aragonesa —que es lo que la autora lleva a cabo inmediatamente a propósito de varios aspectos para llegar a decir que no es "dura" ni "fría", "posee gran fuerza pasional", "es equilibrada" y "su sensibilidad no se evapora en frases"—, se está planteando la posibilidad de expandir y privilegiar lo femenino hasta el punto de poder deducir que Aragón es básicamente un matriarcado. Tras toda la letanía de autoalabanzas regionales esperables que coronan con "el amor á la Virgen del Pilar y el amor á la verdad", la autora destaca en el último cuarto del artículo el gran —siempre "gran"— "sentido práctico" de la aragonesa. Propuesto como positivo lo que para Castelar era censurable atisbo de emancipación, la Jimeno confirma y amplía sus tesis "feministas" yendo al quid de la cuestión rectamente interpretada: las peculiaridades del derecho foral. Así, puede proclamar sin paliativos la evidencia del poder femenino:

La mujer no ha sido esclava en Aragón, ha sido siempre señora: nunca fué cedida, entregándose voluntariamente al más digno, al más valiente. En el hogar aragonés es reina: observando a la familia rural, adviértese que la mujer apellida al marido mi hombre, y éste la denomina mi dueña.
(p. 403a)

Quede claro, además, que la reserva de los valores regionales ya no está en lo rústico en tanto que ámbito no avasallado por la modernidad, sino en la mujer en tanto que elemento femenino al margen del tiempo. Lo que Castelar veía como virilidad es, evidentemente, poder

a la luz de esta interpretación. Dotada la feminidad aragonesa de sentido a partir de sus propias características, y no por negación de lo que no es y superado el hábil Castelar en este punto, el artículo de la Jimeno tiene el remate más acorde con sus innovaciones que se pueda esperar: la interconexión mediante el elemento femenino de todos los conceptos manejados y el establecimiento de una coherente jerarquía de valores presidido por el símbolo del poder femenino deificado, en sí misma al margen del tiempo y las ideologías —como todo lo mítico y arquetípico— pero inequívocamente presentada desde el punto de vista epocal y parcial que se puede explicar —explicar, no justificar— atendiendo a la confluencia de euforia prenoventaiochista, belicismo inminente, liquidación física y mental del símbolo cubano —donde se enquistaban tantos vestigios del Antiguo Régimen— y crisis disgregadora de la conciencia nacional de calibre equiparable a la nitidez y el vigor que deben advenir los símbolos latentes útiles para un momento puntual o, llegado el caso —la honra que debe consolar por el hundimiento indeseado de los barcos—, para sustituir formalmente a los viejos.

Puesto que la Jimeno culmina lo que había dejado casi listo Castelar y el macrotópico aragonés resultante se provee de acuerdo con una fórmula ya casi idéntica a la más familiar para el lector actual —cerca de un siglo de existencia, con guerra parcialmente pilarista incluida, no la ha afectado más que en detalles mínimos—, el final del artículo no necesita más glosa y bastará con transcribirlo:

El repeto de los aragoneses hacia la mujer emana de su religión y de sus sabios códigos: la religión de esta tierra es completamente femenina. ¿No son los aragoneses los caballeros de la Virgen?

El ferviente culto hacia la Virgen del Pilar suaviza la rudeza de estos hombres dotados de carácter férreo. El feminismo palpita en el corazón; en los ideales del hombre

aragonés, y el feminismo es flor, estrella, onda espumosa, rosada nube, fragante brisa; es lo diáfano, lo nítido, lo tenue, lo etéreo.

En Aragón, el arte, la ciencia, la industria, el progreso, la cultura, la civilización, tienen por cimiento un sólido Pilar; sobre ese Pilar álzase una mujer.

¡Loda sea el culto de lo femenino! ¡Cien voces loda la religión de la Virgen, inspiradora de hazañas sublimes! La religión, el patriotismo y el amor, ¡hermoso consorcio! La religión, el patriotismo y el amor únense en las armónicas notas de la jota, en ese hermoso himno aragonés que tiene acentos de plegaria, entonaciones bélicas, tiernas cadencias.

Oíd al baturro tañendo la guitarra con gran soltura:

Quítame á mí tu cariño,
siendo él tan sólo mi vida,
fuera igual que á Zaragoza
quitarle su Pilarica.

El Pilar de Zaragoza
á todo Aragón sostiene:
los franceses en el sitio
vieron la fuerza que tiene.

Aragón puede enseñar virtudes cívicas á todos los pueblos: esta tierra, que no retrocedió ante moros, turcos y argelinos; la primera en arrancar una hoja de laurel á la corona de Napoleón; esta tierra, cuna de la libertad de España, que doblegó a reyes y caudillos, que tuvo leyes antes que reyes; creadora del Justicia Mayor; tipo más perfecto que el del óforo griego, no perderá su prestigio jamás, porque alienta en ella el patriotismo y la fe, porque es la tierra en donde ni se miente, ni se teme, ni se cede.

(p. 403a-b)

Notas al epígrafe 5

- 1.- Revista de Aragón, 1878-1880
- 2.- cf. para las "crónicas", los números 8-9, 10, 22, 24, 25, 36 y, especialmente, el 44 (D, 9-XI) de 1879; Eusebio Blasco, "Relación de viaje", en 1 (15-I-1880), 13-15, en verso; Pablo Ordas y Sabau, "En un baile (Carta oriental)"; en 5 (15-III-1880), 68-70; José María Matheu, "Bosquejos sociales. La tienda", en 52, 77, 82, 91 y 92, de 1878.
- 3.- El Diario Democrático de Zaragoza [1879-1880]; Nuevo Avisador de Zaragoza [1880-1881]; El Diario de la Mañana [1880]; Crónica de Vinos y Cereales [1880-1882]; La Derecha [1881]; Diario Católico [1884-1885]; El Mercantil Zaragozano [1882]; El Anunciador de Aragón [1882]; La Alianza Aragonesa [1882]; El Intransigente [1884-1887]; El Integro [1887]; Gaceta Literaria Aragonesa [1886].
- 4.- Cf. Aragón Político [1886]; los tres citados van sin forma y aparecen, respectivamente, en los números 2, 9 y 14.
- 5.- La Voz Aragonesa [1887]; cf. los números 4 y 7; van sin firma.
- 6.- El Mercantil Araconés [1887-1888]; La Cartera [1888]; La Esperanza del Pueblo [1888]; Diario Mercantil de Zaragoza [1888-1889]; El Araconés [1892-1894]; El Papelito Araconés [1894]; Diario del Pueblo [1894]; La República [1894].
- 7.- El Republicano [1895]; el artículo de Félix Acero, en el número 5 (9-III-1895), 3. En la Hemeroteca Municipi-

pal de Zaragoza no se conserva el número 6, donde podría ir la continuación.

- 8.- El Tesón [1896-1897]; cf. 4 (31-X-1896), 2.
- 9.- El Maqisterio Aragonés [1897]; Suplemento Ilustrado del Mercantil de Aragón [1897].
- 10.- Revista del Recreo Turolense [1876].
- 11.- El Turolense [1876-1879]; cf. Un suscriptor, "Un tipo especial", nº 227 (S, 6-X-1877), 1-2; L. P., "Preludios del Carnaval", nº 30 (D, 3-II-1878), 1-2.
- 12.- La Provincia [1879-1880]; cf. "La mujer casera", número 28 (5-XI-1879), 3-4. Variedades. Al final se lee: La AVECILLA.
- 13.- La Provincia [1880-1881] cf. número 191 (D, 6-III-1881), 1.
- 14.- La Unión [1880].
- 15.- Revista del Juria [1881-1883]. Cf. el de Mullerat, en el número 58 (31-VII-1883), 289-290; el de Larra, en el 67 (15-XII-1883), 429-431.
- 16.- La Crónica [1882-1884]; El Aragonés [1884-1885].
- 17.- El Ferro-Carril [1885-1886]; cf. el número 22 (16-IX-1885), 3-4. Firmado en Madrid.
- 18.- La Antorcha [1887-1889] cf. el número 81 (18-XII-1887), 3, al final del cual se lee: Confitura, y el 55 (17-XI-1889), 3, donde aparece "La beata".
- 19.- El Correo de Teruel [1888-1889].
- 20.- El Turolense [1888-1890]. El editorial del número 1 es el que establece esa paternidad.
- 21.- El Ateneo [1892-1896]; cf. el número 37 (1-II-1894), 208-210.
- 22.- La Verdad [1893-1895]; Las Circunstancias [1895-1896];

La Opinión [1895-1896].

- 23.- Heraldo de Teruel [1896-1897]; cf. respectivamente, el número 4 (24-X-1896, 3-4, firmado por Andrés el Tornero y el 12 (19-XII-1896), 2-3, firmado por S. Gisbert.
- 24.- La Provincia de Huesca [1880]; lo citado va sin firma en el número 512 (D, 15-II-1880), 10-12.
- 25.- El Diario de Huesca [1885, 1887, 1897]; cf. el anónimo "Fiestas en desuso", en el número 3.473 (M, 30-VIII-1887), 15, noticia y comentario de las "vacas onsegadas", costumbre de Barbastro contra la que claman los periodistas; Anónimo, "El Carnaval", en el número 6.238 (L, 1-III-1897), 9-10, noticias sobre el de Huesca, en decadencia; José Fernández Bremon, "los amigos de las feás", en el número 3.540 (V, 18-XI-1887), 10-12; intenta defenderlas.
- 26.- Eco del Pirineo Central, Jaca [1881]; cf. Pascual Vicente y de Corlázar, "la educación de la mujer en el siglo XIX", en el número 13 (10-VII-1881), 2, fechado en Borja, junio de 1881"; V. Vieites, "la limosna" en los números 14 (17-VII-1881), 2 y 415 (24-VII), 2-3.
- 27.- El Iris de Paz [1883-1885].
- 28.- La Crónica [1885-1892]; cf.: Juvenil, "la hermana de la caridad", nº 67 (X, 19-VIII-1885), 67; Juvenil, "Aguinaldo mania", nº 175 (S, 26-XII-1885), 1-2; Roberto Bueno, "Biografía o cosa así de cualquiera", nº 200 (L, 25-I-1886), 11-12; Roberto Bueno, "Fricleras", nº 202 (X, 27-I-1886), 10-11; Manuel María Guerra, "Los atolondrados", nº 256 (V, 2-IV-1886), 9-11; Roberto Bueno, "Comparaciones", nº 392 (M, 14-IX-1886), 7-9; Gimoy, "Corresponsales", nº 1.286 (M, 24-IX-1889), 8-9; Mariano Ucelay, "Observaciones de café", nº 1.547

- (X, 20-VIII-1890), 10-11; Angel de la Guardia, "El Extranjerismo. I", nº 1.549 (V, 22-VIII-1890), 7-10.
- 29.- La Crónica de Huesca [1892]: cf. Juan Nuñez Losos, "El Licenciado", nº 265 (V, 23-XII-1892), 11-13.
- 30.- Aragón. Diario Republicano Federal. [1897]
- 31.- El Pedal [1896-1897]. Ejemplares propiedad de Luis Gracia Vicién. Cf. Don Juaneto, "Paseo higiénico", nº 3 (15-XI-1896), 8b; Ramón López Montenegro, "¡Qué lata!", nº 2 (20-I-1897), 3; R.E. Corrido, "Garrotazo ... y tente tieso", nº 2 (20-I-1897), 4;****, "¡Dichosos chiquillos!", nº 4 (10-II-1897), 4.
- 32.- La Cruz de Sobrarbe, Barbastro 1896. Consultado en la Hemeroteca Municipal de Madrid.
- 33.- Cf. "Una barbería aragonesa", por Francisco Laporta, grabado IFAM, XVII (8-V-1875), 289, texto de Martínez de Velasco en p. 283; "Zaragoza. Calle Montserrat" por Pradilla, grabado, IEAM, XXXVII (1875) p. 220, texto de Martínez de Velasco en p. 213; "Tipos populares de Aragón. La tienda de un herrador", dibujo de Isidro Gil, grabado, IFAM, XXXVIII (1875), p. 232, texto de Martínez de Velasco en p. 228; "Tomando el sol de invierno en el corral de un pueblo", dibujo de Domec, grabado, IEAM, XLIII (1877), p. 321, texto de Martínez de Velasco en p. 315; "Tipos populares de España. 'Virolo', vendedor de rosarios en Panticosa", de Comba, grabado, IEAM, XXX (1878), p. 93, aludida en varios textos contiguos; "Costumbres populares. Un domingo en Aragón", dibujo de Castelucho, grabado, IEAM, XV (1880), p. 253, texto de Manuel Bosch; "De vuelta del trabajo. Estudio de Costumbres aragonesas", dibujo de Yanguas, grabado IEAM, XLIII (1881), p. 308, texto de Martínez de Velasco

- en p. 299; "Aragonés vencedor de melocotones", cuadro de Yus y Colás, grabado ICAM, XLIII (1884), p. 300; texto de Martínez de Velasco en p. 298.
- 34.- Semanario de las Familias. [1882]; cf., para Pignatelli, pp. 205-210; para la Campaña de Huesca, pp. 417-418 para el compromiso de Caspe, pp. 533-534, para la "Heroica defensa de Zaragoza", pp. 537-538.
- 35.- La Ilustración de España [1884-1885]. Es un "Periódico consagrado a la defensa de los intereses del magisterio español".
- 36.- La Ilustración. Revista Hispano-americana, Barcelona [1886-1886].
- 37.- La Ilustración Non Plus Ultra, Barcelona [1886-1887].
- 38.- La España Reformal, Barcelona [1886-1886]
- 39.- El Museo Popular [1887, 1889]. El grabado de los "Baños de Alhama en Aragón" del número 28 (1887) p.2, texto en p.4, apareció en El Museo Universal de 1860, p.268.
- 40.- Rosa Martínez de Lacosta, "La aragonesa", en las pp. 554-561 de Las mujeres españolas americanas y lusitanas pintadas por sí mismas. Estudio completo de la mujer en todas las esferas sociales. Sus costumbres, su educación, su carácter. Influencia que en ellas ejercen las condiciones locales y el espíritu general del país á que pertenecen. Obra dedicada á la mujer por la mujer y redactada por las más notables escritoras hispano-americano-lusitanas bajo la dirección de la señora Doña Faustina Sáez de Melgar é ilustrada con multitud de magníficas láminas dibujadas por D. Eusebio Planas. Tomo Primero. Barcelona. Establecimiento Tipográfico-Editorial de Juan Pons. Olmo, 13. ¿ 1881 ? . El ejemplar que sigo es de la Biblioteca Nacional de Madrid. Cf. sobre esta obra Ucelay, 1951,

205-210, quien juega con las fechas de las ilustraciones —1880, 1881, 1882— y la que da Palau —1865— para datarla. Correa, 1964, CXXXVIII-CXL, es quien propone, con dudas, 1881.

- 41.- Miscelánea Turolense, Madrid, [1891-1901]. Utilizo una fotocopia de toda la revista proporcionada por Eloy Fernández-Elemente. Cf. Concepción Jimeno de Flaquer, "La mujer aragonesa", número 21 (20-III-1897), 401-403. Va fechado en Zaragoza en octubre de 1896. La biografía de la Jimeno, natural de Alcañiz, en las páginas 406-407; la nota de la página 403 indica de dónde se toman los datos. En cuanto a los grabados, cf.: "Tipos de Teruel. Cazador de codornices en los prados de Cella", número 7 (10-XI-1891), 117; "Tipos turolenses. La comida del Guarda", número 9 (20-III-1892), 158; "Tipos turolenses. La aguadora", número 10 (25-V-1892), 175; "Tipos turolenses", dibujo múltiple de Gascón en el número 16 (30-IX-1894), 291.

PARTE III

DEL COSTUMBRISMO ARAGONÉS AL COSTUMBRISMO ESPAÑOL:
SINCRONÍA, SINTONÍA Y RECIPROCIDAD

6.- RECUENTO: HITOS TEXTUALES Y TEMPORALES

6.1.- Cuantificación y clasificación

6.1.1.- Fuentes ~~hemerográficas~~ y artículos totales.

La elaboración de una historia del costumbrismo literario aragonés como esta, provisional al igual que toda primera aproximación a un campo sin roturar, es fruto del rastreo de ciento sesenta y cinco publicaciones (1). De ellas, tres corresponden a colecciones de artículos editados en varios volúmenes precedidos normalmente por la difusión de las entregas que los forman; el resto, a periódicos y revistas. Ciento dieciséis vieron la luz en Aragón: ochenta y cinco, en Zaragoza; veintidós, en Teruel; nueve, en Huesca. De las cuarenta y nueve publicadas fuera de la región, la mayoría, cuarenta y dos, lo fueron en Madrid; cinco, en Barcelona y dos, en Londres.

En unos casos, los títulos son puramente testimoniales, como los anteriores a 1797 y en otros, los pocos ejemplares conservados desmienten las ponderaciones optimistas de cabeceras poco aireadas. Pero también ocurre que una sola fase de un periódico puede representar ocho años, como la segunda época del Eco de Aragón, o trece años y medio, como la tercera del Diario de Zaragoza, supuesto que en lo editado fuera de Madrid podría quedar representado por la primera ración aquí establecida del Semanario Pintoresco Español, con diez años; la segunda, con doce; los once de la Miscelánea Turulense y

Las similares rastreadas de El Museo Universal y La Ilustración Española y Americana que totalizan treinta y dos años. Claro que, por término medio, el grueso de los títulos suele tener una vida de un par de años pero, en definitiva y grosso modo, los cien años cronológicos cubiertos por la investigación supondrían unos tres siglos y medio lineales, equivalentes a más de cien mil ejemplares hipotéticos y estos, reducidos al mínimo de cuatro páginas por día para compensar el déficit de los títulos no diarios, aunque los hay y no es casos de más páginas o de formato que supera el doble folio y las obras colectivas son de suyo voluminosas, representarían un número de páginas en torno al medio millón.

Drillando cifras teóricas tan espectaculares como sujetas a error, resulta más orientativo y exacto el hecho de que la busca de artículos costumbristas aragoneses se emprendió contando únicamente con la convicción de su hallazgo en el Semanario Pintoresco Español y en Los españoles pintados por sí mismos y sus derivados. Para el resto de los casos, que son los que, a la larga, importan por su cantidad y calidad, no había ningún indicio sobre su existencia y, de haberlo, era contrario a ella, según se desprendía de los estudios de Ucelay, Correa y Montesinos que, como mucho, permitían suponer que alguna otra publicación madrileña podría reservar materiales aislados pero nunca significativos. Sin embargo, el riesgo corrido al adentrarse en "el terrible osario de los viejos periódicos", como rotularía el autor de Costumbrismo y novela las fuentes hemerográficas consultadas, no ha sido inútil: eliminando todo el material contextual que a veces tiene aires costumbristas pero que de momento debe permanecer alojado en las notas como parte de la información literaria que contribuye a calibrar el valor relativo de lo costumbrista y a pergeñar las circunstancias reales del consumo del

género, entre 1797 y 1874 es posible inventariar quinientos sesenta artículos.

6.1.2.- Clasificación ^{por} periodos y según las variables "vehículo de difusión aragonés/ no aragonés", "artículo original/ reproducido", "temática aragonesa/ no aragonesa" y "técnica costumbrista plena/ no plena".

Aun con las limitaciones de las verdades estadísticas y los inevitables desajustes del caso (2), es necesario manejar referencias numéricas para ponderar el alcance real de la cifra total de artículos catalogados. Excluyendo por su irrelevancia actual la fase del Postcostumbrismo, los seis restantes —1797-1820, 1820-1823, 1823-1833, 1833-1844, 1844-1856, 1857-1874— se pueden reducir a otros tantos periodos de años naturales: 1797-1820, 1821-1823, 1824-1833, 1834-1843, 1844-1856, 1857-1874.

El periodo donde se agrupan más artículos es el último, con 212, seguido del cuarto, con 154. Entre ambos, sólo se computan 74. Queda así el costumbrismo repartido entre dos momentos que corresponden, respectivamente, al esparterismo zaragozano y al desarrollo económico que sigue al Bienio Progresista y que en Aragón se cifraría en torno a la llegada del ferrocarril. Aunque la cantidad absoluta de textos del primer periodo del precostumbrismo es, con cuarenta y tres, superior a los treinta y nueve de la Ominosa Década y a los veintiocho del Trienio Liberal, Son estos tres años los

que reúnen más textos tanto proporcionalmente como en la cantidad máxima por año pues en 1821 se registran veintitrés, frente a los trece de 1828 o a los onces de 1800. Los saludables efectos de la libertad política que reflejan estas cantidades aún son más evidentes si se trasladan a un gráfico (3).

Si se establecen variables que permitan relativizar las cifras absolutas al tiempo o que establezcan los subgrupos más significativos, son cuatrocientos sesenta y nueve los artículos publicados en Aragón, frente a los ochenta y uno correspondientes a lugares no aragoneses, sobre todo Madrid. Cuatrocientos cincuenta y nueve aparecen originariamente en la publicación consultada mientras ciento uno son reproducidos de otros periódicos no aragoneses o presentan rasgos que no permiten conceptuarlos con toda seguridad como originales (4). Es posible hallar la temática aragonesa de forma total o parcial en ciento sesenta artículos, casi la tercera parte del total (26,57 %); desde el punto de vista de las alusiones geográficas, los otros trescientos, de haberse publicado en Madrid —dieciocho de los dados a la luz en la capital de España no presentan el rasgo "Temática aragonesa"— hubiesen sido de imposible adscripción aragonesa, lo que supone que más de dos tercios de los artículos aragoneses no tenían probabilidad teórica de existir para la crítica que, siguiendo la pauta de las "escuelas" o, lo que es lo mismo, tomando lo madrileño como referencia, identifica lo producido en una región con lo temáticamente vinculado a ella. Dicho de otra forma, significa que en el costumbrismo aragonés, como en todo costumbrismo, lo básico es el punto de vista social y que, obviamente, al entrar en juego este criterio geográfico, el costumbrismo temáticamente madrileño deja de ser español por entonomasia y adquiere la categoría de regional.

Por lo que se refiere a la calidad técnica, los artículos que

llevan el marchamo de plenamente costumbristas ascienden a doscientos cuarente y cinco, mientras que trescientos quince poseen rasgos genéricos pero en cantidad o trabazón insuficientes de manera que, a pesar de hablar de usos sociales, no los literaturizan o carecen del tono irónico definitoria.

El cotejo de las variables "vehículo de difusión aragonés/ no aragonés", "artículo original/ reproducido", "temática aragonesa/ no aragonesa" y "técnica costumbrista plena/ no plena" con las cifras correspondientes a cada periodo permite comprobar que el grupo mayor de artículos, con cincuenta, es el de los de plenitud costumbrista que entre 1857 y 1874 se escriben originariamente para periódicos aragoneses y no tratan de la región. La cifra inmediatamente inferior, cuarenta y cinco, se ubica en el otro periodo de esplendor costumbrista, el marcado por el progresismo zaragozano en torno al Duque de la Victoria y reúne los mismos rasgos que el caso anterior excepto por tratarse de artículos que aluden a Aragón, con lo que los vínculos entre esparterismo y aragonesismo quedarían reforzados. Sigue, con cuarenta y uno, el grupo igual al primero pero sin técnica cuajada. A continuación, con treinta y cinco y treinta, respectivamente, los plenos y no plenos de tema aragonés que aparecen también entre 1857 y 1874. Para llegar al próximo grupo del periodo esparterista, con veinticinco artículos no plenos de tema aragonés, hay que pasar antes por los veintinueve de la Ominosa Década que se publican en Aragón sin diferenciarse geográficamente por el tema y sin ser del todo costumbristas y recordar que hay otros veinticinco en el grupo de los publicados fuera de Aragón en el periodo 1834-1843 que, aunque sin alcanzar la plenitud técnica, trata de la región. Del periodo intermedio que va de 1844 a 1856, lo que más destaca es el conjunto de veintidós artículos plenos aislables por re-

ferirse a Aragón y publicados originariamente en él.

En definitiva y para ir depurando los quinientos sesenta textos con criterios cada vez más exigentes, los artículos de carácter original publicados en Aragón ascienden a trescientos setenta y ocho, que son ciento noventa y cuatro si se excluyen los que no alcanzan la plenitud y ciento doce si sólo hubiese que computar los de tema o alusiones aragonesas. Y, si hubiese que ceñirse a los cronológicamente costumbristas, quedarían en ciento setenta y dos o en ciento dos, una vez descartados los que no aludiesen a Aragón (5).

6.2.- Selección y periodización

6.2.1.- Criterios para la selección de un corpus básico.

Es obvio que las cifras que hay que barajar son la que corresponden a las dos combinaciones de variables mencionadas en primer lugar, es decir, trescientos setenta y ocho y ciento noventa y cuatro. Dejando de lado la cuestión del tema y los artículos que sean o pudieran ser reproducciones y los publicados en Madrid y otras ciudades. Estas cantidades, resultado de una extracción mecánica y abstracta como es el cómputo desde el momento en que hay que olvidarse de títulos, autores, periódicos, matices individuales y contextos relativizadores, guardan, con todo, cierta coherencia pues casi resultan proporcionales con los que, al hilo del estudio pormenorizado de los textos, se han ido decantando como las adecuadas para una selección de textos significativos. Si, en aras de la efectividad, hubiese que llegar a una historia sucinta pero veraz del costumbrismo aragonés cercenando cientos de páginas donde se sopesa con tanto la conveniencia de aplicar un calificativo técnico intermedio y sacrificando miles de datos más o menos exactos o definitivos pero siempre relevantes como puntalés del mundo decimonónico que prohiye al género, en ese supuesto, habría una imprescindible cadena de textos descollantes por su calidad o, sin tenerla, por ser repre

representativos de momentos históricos, temas o modalidades genéricas o paragenéricas; por su rareza testimonial o por constituir, junto con otros similares, un eslabón nítido; por su interés como documento aunque se sitúe en los límites del costumbrismo o por su modelística medianía genérica.

Una historia breve del costumbrismo aragonés que, a pesar de los riesgos reduccionistas, fijase sus líneas maestras y sus caracteres definitorios, se constituiría mediante el establecimiento de épocas marcadas por los componentes históricos, políticos, sociales y económicos de la nación y de la región imbricados con técnicos y temáticos de los emanados de la singularidad de los textos, de la similitud, contigüidad y contraste de su secuencia y de las correlaciones con el costumbrismo español ya historiado.

La selección de textos, de ser muy estricta, constaría de ciento sesenta y nueve, cifra incluso inferior a los ciento setenta y dos que sumaban los publicados en Aragón, originales y plenamente costumbristas por técnica y cronología. Si se añadiesen doce textos imprescindibles del período precostumbrista y sólo dos —los dos últimos estudiados que tienen como tema la mujer aragonesa— del post costumbrista, los ciento ochenta y uno resultantes también seguirían siendo inferiores a los ciento noventa y cuatro a que ascendían los publicados en Aragón entre 1797 y 1874, originales y técnicamente plenos. Procediendo en sentido inverso, por supuesto que, de los quinientos sesenta inventariados, se puede prescindir de todos los publicados fuera de Aragón y llegar a cuatrocientos setenta y nueve o tomar sólo los cuatrocientos cincuenta y nueve originales o incluso atenerse únicamente a los doscientos cuarenta y cinco plenos, aún inferiores a los trescientos setenta y ocho originales y publicados en Aragón. Entre unas cantidades reales pero constrictivas y otras más desahogadas pero teóricas, quedaría refrendada la de

doscientos dieciséis —poco más de un tercio del total computado— que, de hecho, representan los artículos que permiten dar noticia, escueta pero sin merma en la información básica, del costumbrismo aragonés (6).

6.2.2.- Pautas cronológicas.

6.2.2.1.- Orígenes inmediatos (1797-1835): la herencia dieciochesca (1797-1819); inicio abortado (1820-1821); latencia (1822-1835).

El Precostumbrismo aquí estudiado puede considerarse globalmente como la época de los orígenes inmediatos que irían desde 1797 hasta las postrimerías del reinado de Fernando VII. Aunque se diese con textos importantes previos hasta en el Siglo de Oro, como la crítica ha propuesto para el costumbrismo español, su relevancia genérica no sería mayor que la de las páginas de los años que anteceden a la Guerra de la Independencia, inicio de la frontera entre el Antiguo Régimen y la sociedad moderna. Y, aunque se podría apostar por el comienzo del costumbrismo aragonés a finales de 1821 privilegiando el excepcional "Máscaras" (7) que firma Un buen español, quizá se conseguiría una gloria localista más al contar con un inicio del género anterior a la obra de Estébanez, Mesonero y Larra e incluso al propuesto en 1820 con "Costumbres de Madrid. Cafees" (8) por Escobar, pero es más coherente tenerlo como hito que confirma que el costumbrismo no nace en el vacío. Las correlaciones entre lo aragonés y lo español en general son, pues, suficientes y norma-

les para esta época y aun resultan holgadas pues quedan sancionadas de manera múltiple: antes de que transcurran quince días, "Cafees" es reproducido en la prensa zaragozana (9), lo que significa que, aun tratándose de un texto no original, su función de artículo programático del género hubiese sido efectiva para el costumbrismo aragonés; además, los textos señeros del precostumbrismo de la región, incluso prescindiendo de "Máscaras", son cualitativamente superiores al reproducido; también cuenta que el artículo de Un buen español se adelanta en más de diez años a "El café", de Larra (10); añádase que "Máscaras" comparte la temática del café como lugar de observación social —y aún suma la política— que vincula al artículo de El observador y al de Larra entre sí y a ambos con los modelos franceses, paralelos si no coincidentes, de "Les cafés", de Mercier, y la obra de Addison y Jouy (11), con lo que el texto aragonés podría entroncarse directamente, por cronología, tema y calidad, con las fuentes extranjeras del costumbrismo español sin tener que pasar por el trámite madrileño y podría tomarse como índice de la situación sociocultural que permite tal aclimatación.

Por otra parte, en esta época se puede hallar el resto de los casos que completarían la gama de los artículos esperables en cualquier periódico español, con los resabios dieciochescos de la moralidad cívica y las luces y los tipos y temas que hablan de la preocupación coetánea por la moda y el lujo. La nota localista ya aporta su distintivo desde el comienzo en la descripción de lugares públicos, la alusión accidental o buscada de temas o elementos reconocibles, el uso del léxico regional perfectamente distinguible del vulgar, la inclusión de asuntos que pueden ser tan mostrancos como familiares de los que recalcan en los tópicos del carácter aragonés y hasta en posibles antecedentes del baturrismo (12).

Junto a los temas que, aunque con función distinta pueden aparecer en cualquier época —el aguinaldo, la crítica municipal, el amor, el matrimonio y la familia e, inevitablemente, el periodismo— y los que tienen caracteres menos esperables como la extensión o las formas literarias híbridas (13), son obvios los rasgos dictados por la situación política que fijan de antemano los tres momentos de la época: el anodino y confiado y el asfixiante y desolador que enmarcan, respectivamente, el Trienio y el vivificante y esperanzador de éste tan cruelmente yugulado por la vuelta al absolutismo cuando los textos costumbristas por número y mérito mostraban una sintonización entre el grado de evolución sociocultural y las normas legales. Pero, frente a la perfecta equiparación con los nacionales de los cuadros que anteceden y siguen al Trienio —aquellos, en Aragón, algo más abundantes y muy superiores en técnica, variedad y originalidad (14), estos casi en su totalidad reproducidos y sin menciones localistas (15)—, hay que señalar, precisamente, la existencia de este precostumbrismo liberal, a menudo no mencionado si no es para excluirlo del género. El prejuicio contra el tema político, en el que tanto tuvo que ver Mesonero para atribuirse méritos frente a Larra y al que tanto ha contribuido la crítica "rescatando" a un Fíguro mutilado —recuérdese esa fragmentación usual de sus artículos de costumbres y artículos sociales o sociopolíticos—, debe ser dejado de lado ante los asuntos y las técnicas que caracterizan a una no despreciable cantidad de páginas del género: quizá la exhumación de estas del Trienio aragonés (16) contribuya a ir admitiendo algo tan obvio como que el costumbrismo se modula en la denotación y en la forma de acuerdo con las circunstancias sociales. Si no qué sentido tienen los textos poco menos que idénticos a estos, si no es por la cronología, que salpican la historia aragonesa del género cada

vez que las libertades se ven amenazadas o conculcadas de hecho cuando el código constitucional vigente dice defenderlas? Basta recordar ahora sólo dos datos: por un lado, el contraste entre el aumento de la producción al comienzo del Trienio y el descenso vertiginoso tras él permite ver que, como toda manifestación cultural, también el costumbrismo es un puente intelectual que se tiende entre la realidad y el deseo (17); por otro, los temas y los tipos que tienen que ver con el servilismo de los absolutistas y la necesidad de conjurar el peligro que estos representan constituyen, precisamente, el contexto del artículo más acabado de esta subépoca y uno de los mejores de todo el precostumbrismo (18).

6.2.2.2.- Nacimiento (1836) y consolidación (1839-1844).

De forma abrupta, el costumbrismo aragonés inicia su andadura plena en 1836. Este año, aislado, es la antesala de uno de los momentos culminantes del género en Aragón. 1836 como hito absoluto reúne algunos rasgos anómalos: resulta un nacimiento "tardío" para el género en relación con los años 1831-1833 fijados para el madrileño y está seguido por dos años casi yermos. Si esta última circunstancia no parece tener causa muy evidente, la primera puede deberse parcialmente a la pérdida de material hemerográfico (19). Queda, pues, un testigo precedido en los años inmediatos por textos reproducidos que no alcanzan la madurez técnica. Sin embargo, 1836 adquiere sentido para la historia del género en la región y obliga, como en el Trienio, a vincular al costumbrismo con las ideas avanzadas pues guarda relación innegable con los hechos revolucionarios zaragozanos de 1834 y 1835 que culminan con el pronunciamiento progresista de 1836 —anticipo del Motín de La Granja— y la Cincomarzada de 1838 (20). Igualmente, 1836 es claro aviso del esparterismo zaragozano (21). Sumado a esta explicación regional lo que supusieron las leyes desamortizadoras de Mendizábal, el costumbrismo aragonés, que ha nacido adulto en 1836, sí que posee rasgos diferenciadores con respecto a Madrid pues no procede del padre cutetivo, sea Estébanez por mor de las particularidades locales, sea Mesonero que todo lo prohija, sino de Larra. Tanto por alusiones nominales como por actitud, Fíguro es lo que priva. Evidencia palmaria de ello es la serie que escribe El Hudo, auténtica recapitulación de inquietudes regionales, nacionales y de clase y donde no falta ni el tema.

carlista que obliga a recordar lo que las intrigas absolutistas significaban en el Trienio, ni el municipal ni el de la busca de una paz político-social que permita la expansión de los planteamientos burgueses (22).

La consolidación, coincidente con el periodo más característico del esparterismo, se produce entre 1839 y 1844. En su centro se hallan los dos años que acumulan mayor cantidad de textos inventariados desde 1797 a 1874: 40 en 1841 y 49 en 1842, e, igualmente, el año de más alusiones temáticas locales: 1841, con 25 (23). En esta oportunidad, el cotejo con los hitos madrileños muestra una perfecta adecuación atendiendo, sobre todo, a que el Semanario Pintoresco comienza a prestar atención a las regiones en 1838 y aumenta su producción de tipos en 1841, tendencia consolidada como subgénero a partir de 1843 y 1844 con Los españoles pintados por sí mismos. En lo que sí se adelantaría Aragón tras observar lo que supone este periodo dentro de su historia del costumbrismo y, por lo tanto, no de forma absoluta, es en el apogeo del género que se suele ubicar a mitad de siglo y aun después de franqueado el meridiano.

En consecuencia, hay cantidad y variedad en los textos de estos años. A grandes rasgos, La Aurora ofrece, con técnica irreprochable, en muchos casos, artículos que parecen unidos por consanguinidad con el Semanario Pintoresco mientras éste introduce la temática geográfica aragonesa y publica dos textos programáticos que harán fortuna (24). Desde uno y otro lado se comienza a escribir sobre el tema rústico con trato vejatorio (25) y aquí se inicia, como particularidad, el motivo de lugareño que viaja a Zaragoza con ocasión de las fiestas del Pilar (26). Flanqueados por las descripciones de lo paisajístico y monumental o de la ciudad (27) estos asuntos rurales más que definir lo que anuncian son una queja del ciudadano medio

que así establece su demarcación mental y clasista. Las incomodidades que salpican su vida al tiempo que la definen se refieren a las prosaicas referencias que impone el grupo (28) y a las inquietudes que quieren ser más trascendentes por su barriz de moral cívica, preocupación por lo cultural y endiosamiento del periodista-literato (29). Cuando la denotación sociopolítica es más clara, como ocurre en los textos críticos del Diario Constitucional de Zaragoza o en las interesantes series del Eco de Aragón, las clases medias se muestran orgullosas de su capacidad social y suspicaces ante la crítica (30), se sigue batallando por las mejoras municipales y políticas (31), se critican los inconvenientes de las leyes desamortizadoras, en especial para el clero (32), se clama, mediante el tema de la empleomanía, contra la impunidad con que los facciosos y los absolutistas campean por la Administración y el Ejército (33) mientras la ley sancionada no tiene los efectos prácticos deseados (34) e incluso se exhibe un aragonesismo combativo que identifica venalidad, incapacidad y traición política con centralismo madrileño (35).

6.2.2.3.- Transición (1845-1859): Continuidad (1845-1856) y reorientación (1857-1859).

A mediados de siglo se configura una época de transición. Viene jalonada por los bruscos descensos en la producción que se observan de 1845 a 1849 y de 1858 a 1859 y correspondientes, respectivamente, a las regresiones políticas del comienzo de la Década Moderada y de los años morigerados de la Unión Liberal que siguen al Bienio Progresista. La transición es, en principio, de cambio en la correlación entre costumbrismo y política pues parece que los hechos revolucionarios aragoneses de 1854 encuentran su reflejo en el género algo diferido, en 1857. Es este el año que más textos tiene, con veinticuatro, seguido de 1850, con doce. La producción resulta, pues, asociable al final de la Segunda Guerra Carlista en el caso de 1850 y a un predominio creciente de las ventajas y consecuencias económicas prácticas de los avances revolucionarios, en el caso de 1857 —así, la desamortización de 1855 de Madoz—, reordenación de las variables este que se consolidará en la época siguiente (36). Frente al supuesto apogeo del costumbrismo nacional en torno a mediados de siglo y a su profusión creciente hasta 1860, Aragón no se adecúa a tal generalización de lo teorizado especialmente sobre la base de las publicaciones madrileñas. Los setenta y cuatro artículos del periodo 1844-1856 —que subirían a noventa y ocho entre 1845 y 1859— están entre la mitad de los ciento sesenta y cuatro del periodo anterior y la tercera parte de los doscientos doce del siguiente. Los caracteres de época intermedia quedan ratificados por el talante reorientativo de sus temas y líneas generales. Has-

ta 1856 los tipos suelen ser los convencionales y reciben un tratamiento a veces próximo a la lexicalización (37); los parámetros de lo cotidiano tampoco escapan a lo prefijado por el calendario y las falsillas técnicas (28). La crítica teatral propicia el deslizamiento de notas delimitadoras de clase social y de protagonismo antimadrileña (39). El periodismo, como tema costumbrista y como perspectiva crítica muestra una profesionalización creciente cuyas dificultades se deslindan de las tópicas al tiempo que conservan un aire larriano (40). Por encima de todo esto, descuella la calidad técnica y los planteamientos lúcidos y progresistas del costumbrismo político que denuncia el fracaso del Bienio 1854-1856 (41). Del lado de la temática local, el rústico sigue recibiendo un trato denigratorio en las páginas del Semanario Pintoresco (42), Madrazo ofrece en la prensa zaragozana de 1852 un eslabón más de la cadena que une los textos programáticos de 1839 y 1840 con los tardíos del post costumbrismo (43) y el motivo prebaturrista de los forasteros rústicos que acuden a las fiestas del Pilar llega a su punto culminante dentro de los límites del costumbrismo por extensión, técnica, calidad, conciencia de lo que se escribe e incluso por la ausencia del enfoque vejatorio esperable (44).

De 1857 a 1859 se aprecian cambios que, a la larga, serán sustanciales. Hay tipos pintados con tonos convencionalmente severos si se relacionan con las modas y la estupidez (45) pero la actitud crítica es sustituida por el humorismo amable e, incluso, gracioso si afecta a lo transepocal (46), por el ataque inmisericorde si se ventilan cuestiones de prestigio social y de dinero (47) o por alguna que otra aproximación cuasi sociológica a las clases populares urbanas engrosadas por el rústico que emigra (48).

Precisamente, lo rústico experimenta modificaciones más sustan

ciosas al ser presentado en 1859 con técnica prácticamente folklórica (49).

La tercera de las variaciones tiene que ver con el protagonista del costumbrismo, el literato, poeta, redactor o gacetillero, advocaciones del periodista que, como otras similares, van connotando el abandono del sacerdocio pseudorromántico y el predominio de la profesionalización de la casta. Su presencia es cada vez más inevitable en la medida en que la intermediación crítica entre el tema y el lector, al estilo de Larra, va escaseando (50) y se convierte en usurpación del vehículo para la consolidación del prestigio que precisamente aportó el talante revolucionario (51).

6.2.2.4.- Culminación (1860-1868) y cese de vigencia (1869-1874)

La posible segregación de los años 1857-1859 de esta época presenta el inconveniente de fraccionar la original trayectoria de El Saldubense pero permite contemplar los años 1860-1874 como un bloque casi compacto limitado por la penuria de textos precedente y el cese de vigencia del género que le sigue. De esta forma, adquiere mayor nitidez el momento culminante del costumbrismo aragonés. Dentro de la época, el tramo más importante es el que va de 1860 a 1868, año éste en que la producción vuelve a bajar para, tras una breve recuperación después de la Revolución, ir decayendo sistemáticamente en técnica e innovaciones.

Los años que giran en torno a 1863 —hito que disputa la primacía total con 1842 y, para algunos detalles, con 1821— cifrarían la trascendencia de su correlato costumbrista en las leyes moderadas de gobierno provincial de 1863 y 1864 dentro del contexto de retraimiento de los progresistas y, por lo que respecta a Aragón, en la latencia revolucionaria y, mucho más evidente, en el desarrollismo mercantil e industrial que propicia la llegada de sucesivas líneas ferroviarias a Zaragoza. A las restricciones de las leyes moderadas puede que corresponda, como reacción, el gran aumento de la temática aragonesa en 1863 y 1864 mientras que el conjunto de textos de la parte principal de la época podría interpretarse como una respuesta cultural-literaria a la tensión político-social que precede a la Revolución que, diferida prácticamente desde 1812, ahora es el inevitable refrendo político de la hegemonía económica y social de la burguesía, clara más que nunca en el caso aragonés y,

sobre todo, zaragozano. Quizá por ser este desarrollo tan excepcional y puntual en relación con los periodos nacionales propicios a ello, la brillantez costumbrista se ubica a caballo entre épocas más definidas: el Semanario Pintoresco ha dejado de publicarse en 1857 y entre esa supuesta segunda generación costumbrista que nutría sus páginas y la a veces denominada "generación" o grupo naturalista que escribe en torno a 1880 y por lo tanto ya no es costumbrista, se produce la derivación del género hacia lo folklórico, regional y gráfico en El Museo Universal (1857-1869) y La Ilustración Española y Americana (1869-1921). Al margen de la conclusión y edición en volumen en 1862 de Tipos y Caracteres, de Mesonero, los restantes parámetros nacionales son las derivaciones de Los españoles pintados por sí mismos: Los Valencianos, en 1859; Las españolas pintadas por los españoles, en 1871 y 1872 y, ya prácticamente fuera del costumbrismo y no siempre dentro del folklore que se da a propósito del regionalismo y el federalismo, Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, en 1872, 1873 y 1876. Es este entorno de las colecciones dedicadas al subgénero de tipos el mejor de los que podrían explicar la producción coetánea aragonesa y precisamente para resaltar su preeminencia cualitativa pues Sombras chinescas, de 1863, sin ser espectacular editorialmente, resulta de las más homogéneas y antecede cronológicamente a todos los títulos de ámbito nacional. Tal importancia de la colección aragonesa aún es mayor si se atiende a su absoluto desconocimiento oficial hasta ahora; más, al comprobar que su validez no se cifra en definirse por su localismo, lo que la hace doblemente acreedora de su estudio en el contexto español pues, en primer lugar, afecta, con criterio social como es preceptivo en el costumbrismo, a la burguesía de cualquier punto del país sin caer en notas particulares madrileñas; en segundo y desde el punto de vista de los lugares comunes que vertebran la críti-

ca del género, desmiente de una vez por todas que el costumbrismo no madrileño deba identificarse por rasgos geográficos. Dentro de la historia del costumbrismo aragonés, Sombras chinescas tiene una trascendencia equiparable y en realidad mayor pues corona toda su trayectoria y se sitúa en el momento culminante, que contribuye a crear, no como algo extemporáneo sino como fruto de un rico contexto que en cualquier instante podía decantarse por esta o por muestras de excepción similares: la observación de los rasgos de los textos seleccionados entre 1860 y 1868 contribuye a corroborarlo.

Lo más sobresaliente en calidad y cantidad de la época se publica en El Saldubense y su continuación, El Aragón y lo escriben plumas tan buenas como las de Eusebio Blasco, Julio Monreal o los varios pseudónimos habituales. Una parte de los asuntos es rutinaria o, al menos, esperable aunque se distinga por su técnica; así, las visitas, las tertulias, el coquetismo, las expresiones lingüísticas usuales (52), si bien lo que descuella es la temática amorosa por su nuevo sesgo, no tan intrascendente, marcadamente antirromántico, interferido sin ambages por lo económico y con tendencia al final infeliz (53). En los tipos, junto al no raro del importuno y el ubíquo del pollo (54), quieren hacerse notar otros como la novia y la histérica (55); lo consiguen el jugador de billar, el quinto y el neo-católico (56) y la modalidad o subgénero se sistematiza en la serie Sombras chinescas (57). Por encima de modas y tendencias, quien campea a sus anchas es el literato-periodista: por si no le bastase la reserva de un artículo de Sombras chinescas, se dedica toda la obra a sí mismo (58). Lo rústico parece incapaz de remontar el tratamiento de la época anterior: retrocede a enfoques conservadores convencionales (59) o, en las publicaciones madrileñas, deja de ser costumbrista y, a veces hasta etno-literario para rendir tri

buto al fetichismo gráfico (60). Con la clase baja urbana, el trato insultante del "fematero" también es el habitual (61), pero la relativa benevolencia advertida en 1858 en el hortera ahora es alabanza en el portero (62). También se siguen viejas pautas al glosar según el género los días culminantes del calendario individual y colectivo (63), la temporada litúrgica, teatral y de bailes (64) y la actualidad ciudadana (65).

Junto a esta normalidad, es notoria la frecuencia con que se abordan temas muy vinculados entre sí: el oportunismo y la hipocresía sociales (66), las apariencias y su relación con los contactos y trasvases interclases (67). Lo social y lo económico arrinconan los textos políticos progresistas (68), mientras sorprenden, por su rareza, algunos textos plenamente costumbristas ultraconservadores y de gran calidad (69). Con caracteres ya regresivos, genéricamente hablando, que anuncian el desdibujamiento del costumbrismo descuellan los inesperados artículos sobre la vida estudiantil (70), el alegorismo críptico para asuntos políticos (71), el uso del viejo recurso del visitante extranjero para efectuar la crítica municipal (72) y, aún más sorprendente, la fórmula dieciochesca de la carta persa (73).

De 1869 a 1874, el costumbrismo aragonés deja de tener vigencia paulatinamente para ir convirtiéndose en puro ejercicio literario que repite fórmulas y temas por inercia periodística. Desciende la cantidad total de artículos, desaparecen casi por entero los de técnica acabada, apenas hay alusiones localistas y lo único destacable es la presencia de algunos tipos y la disonancia entre lo escrito en la región y lo publicado en Madrid. La tónica de lo difundido en vehículo aragonés es la politización de sesgo progresista y democrático. Al margen de trabajos no enteramente costumbristas que su

ponen guiños anticlericales e, incluso, antimadrileñistas o antigu-
 bernamentales (74), lo más notorio es la virulencia con que se pintan
 los tipos ultraconservadores del neo-católico y la beata carlista
 (75). La misma costumbrista de que es correlato esta agresividad
 corrobora otros indicios de desdibujamiento del costumbrismo, al pa-
 recer, de forma ideológica irreversible. Ese sería el caso de la
 dialéctica relación entre clase alta y clase baja que ofrece algún
 artículo con criterios que apenas tienen que ver con la moralización
 y sí con la puesta en duda de la armonía y coherencia de la socie-
 dad que el costumbrismo tendía a denotar como normalidad de la que
 se alejaban los tipos y temas que había que "pintar" (76). Las
 otras "salidas" del género tienen caracteres reconocibles desde tiem-
 po atrás y por doble vía: escriben en Madrid reduciendo lo aragonés
 a lo geográfico, cuando precisamente en Aragón el costumbrismo ha
 culminado por otros derroteros y, además, en sí mismas ya no pertene-
 cen al costumbrismo aunque sus títulos y su filiación subgenérica
 puedan inducir a pensar lo contrario. Se trata de los artículos dedi-
 cados a la mujer de cada una de las provincias aragonesas que se pu-
 blican en 1873 (77). Del resto de lo publicado fuera de la región
 y al margen del "costumbrismo" gráfico que complementa la imagen
 aragonesa que dibujan los derivados de Los españoles pintados por
sí mismos, quizá sólo valga la pena rescatar del olvido un artículo
 que, en otro contexto anterior, se hubiese cotizado: "De Teruel (Re-
 cuerdos de viaje)", de Eusebio Blasco, en 1874, se adecuaba perfecta-
 mente a esta época del "costumbrismo" madrileño del que ya no queda
 casi nada del género por su reducción a lo geográfico, por el trato
 laudatorio de lo rústico y por la concentración de los caracteres
 regionales en el elemento femenino, cuando en Aragón lo que se dilu-
 cida o, al menos, se plantea es el federalismo, el cantonalismo y
 el republicanismo demócrata (78).

6.2.2.5.- Continuidismo formal (1875-1897) y derivaciones genéricas (1863-...).

Todo lo que el costumbrismo aragonés ha dado de sí desde los años desarrollistas de la década de los sesenta que corona la Exposición Aragonesa de 1868 y desde el último progresismo revolucionario hasta que la Restauración zanja durante años las formulaciones regionalistas dictadas por la economía y la política, toda la cantidad y variedad de textos costumbristas que culminan con Sombras chinas es algo que no vuelve a repetirse ni en versiones reducidas ni parangonables. Algún texto aislado habla, de vez en cuando, de la maestría de su autor o de la rareza de un tema o tipo pero lo normal es que lo que aparentemente es proliferación costumbrista en los años ochenta se reduzca a mero reflejo del gacetillerismo profesional que encuentra un molde familiar y fácil en las formas que fueron costumbristas. Sólo la contemplación de algún caso señero o el espejismo producido por la acumulación de numerosos rasgos sueltos a lo largo de décadas podría llevar a engaño. Y también, claro, la pérdida de las referencias genéricas y el olvido de las funciones básicas del costumbrismo, circunstancia que obligaría no sólo a prolongar la vigencia de éste hasta nuestros días sino a dar por inútil todo lo que hasta aquí ha aportado este trabajo para la fijación de parámetros clarificadores. Por eso hay que mencionar, debido a su valor agénérico inferior al ideológico, textos como los que, publicados fuera de Aragón han dado la imagen oficial de la región y, más importante ahora, la del costumbrismo auténtica y exclusivamente aragonés (79) y por eso hay que referirse explícitamente a fenó-

Menos literarios producidos en Aragón que no son costumbristas, como el baturrismo que, al menos desde 1854 (80), coexiste con el costumbrismo pero cuya técnica y cuya función son disocares por más que ambas formas compartan la temática de lo rústico, por más que sean bautizadas con el nombre de costumbrismo aplicando al término el más lato de sus sentidos, es decir, no reconociendo la existencia del artículo de costumbres como género y por más que no se advierta que a esta volatilización técnica del género ha contribuido poderosamente que en Aragón se haya acogido como propia la imagen del rústico aragonés y aun la de toda la región producidas fuera de ella.

Notas al epígrafe 6.

- 1.- Cf. el Apéndice 1.
- 2.- Como es natural, al estudiar en una misma fase varios periódicos cuya vida o vigencia de rótulo no coinciden, los años establecidos como límites se solapan. Fruto de este condicionamiento general ha sido la inclusión en el epígrafe 4.1. del año 1845 de Semanario Pintoresco Español, con el que concluye la tercera época de la revista, luego dirigida por Navarro Villoslada y Fernández de los Ríos. Por otra parte el desajuste, a la hora de la verdad, es mínimo pues en ese ~~año el Semanario no aporta de la verdad, es mínimo~~ ~~pues en ese~~ año el Semanario no aporta nada significativo a la historia del costumbrismo aragonés. Para comprobar la tendencia general al enrarecimiento costumbrista en el que se insertaría, cf. el Gráfico 1. Similares razones explican la inclusión de todo El Turia en la fase que concluye en 1856.
- 3.- Cf. el Gráfico 1. y, para lo que sigue, el Cuadro 1.
- 4.- Se han excluido del cómputo los artículos que, publicados fuera de Aragón pudieran haberse editado por primera vez en periódicos distintos a los consultados. Por ser irrelevante, pues, no se considera la variante "Reproducido" para las publicaciones ^{no} aragonesas. No obstante, al historiar el género se han indicado algunos casos de reproducción entre varios de los periódicos madrileños consultados e incluso el atípico del artículo de Julio Álvarez y Adú — "Costumbres populares. La fiesta de San Juan en la villa de Pina deebro", SAZ, 644 (III, 26-VII-1858), 1-2, sección "va-

riedades"— que pasa de la prensa aragonesa a la madrileña —cf. BUM, 37 (13-IX-1863), 291-292, grabado— con breves modificaciones y acompañada de una ilustración que, a su vez, volverá a reproducirse de forma independiente; cf. La Ilustración Republicana Federal, 30 (11-IX-1872), 396, y el epígrafe 4.3.1.2.3.2.

- 5.- La observación del mencionado Cuadro 2 permite seguir extrayendo conclusiones numéricas de importancia no desdeñable, entre otras, el contraste entre los cinco artículos plenamente costumbristas de tema aragonés que se publican en Madrid frente a las ciento once de igual clase que, como mínimo, se pueden encontrar en los periódicos de Aragón. Para la visualización de los totales anuales de los artículos originales publicados en Aragón con técnica plena, cf. el Gráfico 2. Los de temática regional escritos para publicaciones aragonesas quedan reflejados en el Gráfico 3.
- 6.- Cf. el Apéndice 2, donde se relacionan cronológicamente los ochocientos dieciséis textos. Por varias razones, entre las que hay que anotar la originalidad no confirmada plenamente y la representatividad de cualquier clase excepto cualitativa, serían de inclusión más dudosa los números 7, 12, 13 y 14 en el precostumbrismo; 15, 39, 45, 47, 52, 56, 66, 71, 72, 73, 87 y 88, en el primer periodo costumbrista; 89, 90, 91, 114, 116, 117 y 122, en el segundo periodo y 139, 141, 142, 143, 144, 151, 184, 185, 186, 188, 196, 201, 205, y 206, en el tercer periodo. En total, lo que, de ser necesario, se tendrían en cuenta para una posible eliminación, ascienden a treinta y siete, con lo que la selección constaría de ciento setenta y nueve, ciento

sesenta y siete de los cuales afectarían a la época costumbrista plena. Tal como queda establecida provisionalmente la lista, catorce artículos —de ellos cuatro dudosos— pertenecen al precostumbrismo; dos, al postcostumbrismo y doscientos al costumbrismo. En cuanto a la también provisional periodización de estos artículos que sigue, hay que advertir, aunque sea casi obvio, que los límites y las diferencias entre etapas podrían volatilizarse a raíz de cualquier hallazgo hemerográfico; cf. lo comentado y anotado al respecto al comienzo del epígrafe 4.1.2.

- 7.- Cf. Un buen español "Méscaras", DPZ, 337 (D, 2-XII-1821), 1-4.
- 8.- El Observador, "Costumbres de Madrid. Cafees", El Correo literario y Mercantil, Madrid (1-IX-1828); cf. Escobar, 1977, 29-42 y el epígrafe 1.1.3. de este trabajo.
- 9.- Cf. DZ, 256 (V, 12-IX-1828), 2-3.
- 10.- "El cafe", de Larra, se publica el 26-II-1832 en El Duende Satírico del Día.
- 11.- Cf. la nota 6 del epígrafe 1.1. de este trabajo.
- 12.- Cf., en la Relación cronológica de los textos seleccionados del Apéndice 2, los siete números iniciales. Para lo baturro, cf el número 9.
- 13.- Cf. el texto seleccionado número 4.
- 14.- Cf. los textos seleccionados 1 a 7.
- 15.- Del periodo 1824-1833 apenas si se puede seleccionar otro artículo que el número 14, de muy buena cetera y con todos los visos de ser original.
- 16.- Cf. los textos seleccionados 8 a 13.

- 17.- Obsérvese el "pico" correspondiente al Trienio que se produce en los Gráficos.
- 18.- Cf. la perfecta adecuación al contexto, tan homogéneo, del Trienio que presenta "Máscaras" entre los artículos 8 a 13.
- 19.- En la Hemeroteca Municipal de Zaragoza sólo se conserva el segundo de los tres volúmenes correspondientes al Diario de Zaragoza de 1835.
- 20.- Cf. Franco, 1981, 9, 13, 17, 32; Fernández Clemente, 1975, 8-11.
- 21.- Cf. Fernández Clemente, 1975, 11-13 y la referencias bibliográficas mencionadas en nota al comienzo del epígrafe 4.1.2.
- 22.- Cf., en la relación de textos seleccionados, los números 14 a 30.
- 23.- Cf., respectivamente los Gráficos 1 y 3.
- 24.- La Aurora queda representada por las selecciones número 32, 34, 35, 36, 37, 38, 41, 42, 43, 47, 52 y 51. Aragón queda definido para el lector madrileño y español por los textos número 31 y 40.
- 25.- Cf. los números 38, 39, 42, 47.
- 26.- Cf. el número 32.
- 27.- Para lo paisajístico, cf. el número 56 y, para lo urbano el 55.
- 28.- Cf. los textos 33, 36, 34, 35, 75 y 78.
- 29.- Cf. los textos 37, 41, 43, 52, 83, 87 y 88 y, entre los artículos donde la referencia y la crítica teatral, los números 89 y 90.
- 30.- Cf. los textos 44, 45, 46, y 46.
- 31.- Cf. de la serie de Aquel, los números 57 a 61 y 63 a 71; de la de Crispiniانو, los números 62, 74, 79, y 81

de la de Churrupito, los números 76, 80 y 82 y de la de Primo, los números 84, 85 y 86.

- 32.- Cf., además de numerosos textos seriados y sin seriar, el número 54.
- 33.- La empleomanía, en el número 72 y en varios incluidos en series.
- 34.- Cf. los textos 73, 77, 83 y casi todos los mencionados en las notas 29-a 32 y en la 36.
- 35.- Cf., especialmente los textos 49, 50 y 51.
- 36.- Cf. la uniformidad de la correspondencia de estos hechos en los Gráficos 1, 2 y 3.
- 37.- Ef en la selección de textos, los números 91, 94 y 97.
- 38.- Cf. los textos seleccionados con los números 92, 117, 112, 113, 114, 115 y 116.
- 39.- Cf. la serie de Pancreacio Cantaclaro en los textos seleccionados 100, 101, 102, 103, 104 y , además el número 107.
- 40.- Cf. los números de la selección 95, 96, 98 y 99.
- 41.- Cf. la serie de Maeese Pedro en los números 108, 109, 110 y 111 de la selección.
- 42.- Ef. el número 106 de la selección.
- 43.- Cf. el número 105 de la selección.
- 44.- Cf. el texto número 93 y los 118, 119, 120 y 121, que se presentan como "reedición" del tema.
- 45.- Cf. el número 135 de la selección.
- 46.- Cf. los números 132 y 137 de la selección.
- 47.- Cf. el número 136 de la selección.
- 48.- Cf. el número 138 de la selección.
- 50.- Ef. el texto seleccionado con el número 134.
- 51.- Cf., para las quejas tópicas de la dificultad de la la-

- bor periodística, los números 122 y 123 de la selección; para la conversión en técnica, el número 124 y para un protagonismo más descerado por más que se arroje con el humor de la inocentada, los números 125 a 131.
- 52.- Cf. los textos número 144, 158 y 181, estos dos últimos, de bastante calidad.
- 53.- Para el tema del amor problemático, cf., entre otros, el artículo número 143.
- 54.- Cf., respectivamente los números 205 y 201.
- 55.- Cf., respectivamente, los números 155 y 140.
- 56.- Cf., respectivamente, los números 147, 151 y 194.
- 57.- Sombras chinescas ocupa los números 164 a 179 de los textos seleccionados.
- 58.- Para el periodista y el periodismo, cf., los textos 141, 156, 164, 182, 206.
- 59.- Cf. los números 142, 183 y 199.
- 60.- Cf. el número 198.
- 61.- Cf. el número 145.
- 62.- Para el hortera en 1858, cf., el ya mencionado número 133; para el portero, el 168.
- 63.- Cf. los número 159, 160, 203 y 161, éste, con enfoque novedoso.
- 64.- Cf., de la serie de El Bachiller Pero Ponce, los números 184 al 191.
- 65.- El texto número 204 es gacetillesco; el 163 quiere trascender las menudencias urbanas y municipales; entre ambos se sitúa la mayoría de lo alojado en las "Revistas" semanales o quincenales.
- 66.- Cf. los números 146 y 152 de la selección.
- 67.- Cf. los números 148, 149, 150, 157, 162, 180 y 195 de la selección.

- 68.- Cf. diversos matices de la presencia de la progresista, en los números 182, 192, 194, 196 y 197 de la selección.
- 69.- Cf. los números 202 y 203 de la selección.
- 70.- Cf. el número 154 de la selección.
- 71.- Cf. el número 169 de la selección.
- 72.- Cf. el número 153 de la selección.
- 73.- Cf. el número 193 de la selección.
- 74.- Cf. la reseña, con rasgos costumbristas, de la procesión del Corpus en el artículo seleccionado número 208.
- 75.- Cf. respectivamente, los textos seleccionados número 209 y 210, ésta, perteneciente a una posible serie, trunca y sin elementos de juicio definitivos para computarlo como originalmente publicado en el Eco de Aragón.
- 76.- Cf. el número 207 de la selección.
- 77.- Cf. los artículos número 211, 212 y 213 de la selección de textos.
- 78.- Cf. el número 214 de la selección de textos.
- 79.- Cf. los números 215 y 216 de la selección de textos.
- 80.- Cf. Coeme Blasco y Val, Recuerdos del "Tío Jéroe" el de Zaragoza. Cuadro de costumbres escrito por un barbero y literato hecho contra todas las leyes de la naturaleza. Zaragoza, Imp. de Calisto Ariño, 1864. Sigue la reedición de "La Cadiera" efectuada en 1961.

7.- PARADIGMAS

7.1.- Técnica

7.1.1.- Coetaneidad y subgéneros.

Los lugares comunes más frecuentes que la crítica del costumbrismo maneja cuando se refiere a aspectos literarios podrían compendiarse en explicarlo como descripción detallada de los aspectos del vivir hispánico en trance de extinción y modalidad narrativa subsidiaria del género novelesco apenas delimitada en su aparente informalidad por una mezcla de criterios técnicos, temáticos y cronológicos que se decanta como división en dos subgéneros: el de escenas y, como derivación especializada en torno a 1843-1844, el de tipos. Comentadas en varias ocasiones estas ideas a la luz del ejemplo concreto o de la apreciación cualitativa, es ahora el momento de contrastarlas, en la medida en que son susceptibles de someterse a cómputo, con los cifras que arroja el costumbrismo aragonés al respecto.

Con las mismas ventajas e inconvenientes de los criterios observados en la clasificación general, los quinientos sesenta textos que hilvanan la historia del costumbrismo aragonés pueden ser referidos primeramente al tiempo denotado en sus descripciones. El resultado es tan esclarecedor que casi permite prescindir en adelante de tal variable pues, subdivididos en retrospectivos, coetáneos, prospectivos y contrastivos, sólo hay dos de la primera clase y se sitúan entre 1844 y 1856, cinco de la tercera repartidos entre el cuarto periodo, con tres y el último, con dos y quince de la cuarta, desglosables en uno para el segundo periodo, uno para el tercero, uno

Para el quinto y doce para el último. El resto de los artículos, es decir, quinientos treinta y ocho, hablan fundamentalmente de asuntos coetáneos, con lo que el costumbrismo aragonés se separaría de forma radical del madrileño o, lo que es más probable, lo teorizado sobre el costumbrismo producido en Madrid no puede aplicarse mecánicamente a todo el costumbrismo nacional, es decir, no debe identificarse costumbrismo madrileño con costumbrismo español. Claro que aún es mucho más plausible la posibilidad de que especies como que el costumbrismo español tiene entre sus objetivos prioritarios la descripción de los usos y tipos periclitados no se puedan confirmar ni en el costumbrismo madrileño y sean un esbojismo producido por la credibilidad otorgada a varios textos falaces de Mesonero o por la extrapolación de lo leído en algún pasaje de obras como Los españoles pintados por sí mismos, incluidas las páginas introductorias de esta colección y de otras, donde se han tomado por hechos reales y generales lo que no pasa de declaración de intenciones (1).

En cuanto a los subgéneros, las cifras conducen a planteamientos no muy distintos. El total de artículos que pueden clasificarse como de tipos es de ciento veintiséis, de los que ciento veintidós son coetáneos, tres prospectivos y uno contrastivo. Este se da en el periodo 1857-1874, los prospectivos entre 1834 y 1843. La cantidad mayor de los coetáneos se computa en el último de los seis periodos, con sesenta y uno, a la que le sigue el conjunto de veintitrés del periodo penúltimo. La menor se aprecia en el periodo 1821-1823, donde, aunque se producen cuarenta y dos alusiones o descripciones parciales de tipos, no hay ningún artículo que pueda anotarse como representante del subgénero, es decir, enteramente dedicado a la pintura de un tipo (2). Por ello, la mayoría de los textos de

este periodo ha sido considerada como correspondiente a "escenas", clasificación que, por lo recién dicho podría convertirse en "mixtas" de no haber privado el lógico criterio de evitar que casi todos los textos acabaran en el cajón de sastre que lleva el rótulo de "otros". Y, sin embargo, esto es lo que ha sucedido pues, frente a la lábil categoría de "mixtos" que acoge a veinticuatro coetáneos y a los ochenta y siete de la misma temporalidad que corresponden a escenas, son trecientos cinco los excluidos de esa división que teóricamente agruparía a todos los textos en subgénero escena o subgénero tipo. Así, los artículos vertebrados por la glosa de una expresión lingüística usual, por una reseña teatral o de la actualidad ciudadana o nacional, por una referencia objetual como el abanico, el miriñaque, el paraguas, el sombrero o una moneda, por la ficción epistolar, la del hallazgo de documentos o la del sueño o por la alusión al proceso de elaboración del propio artículo, entre otros, no tendrían la suficiente entidad numérica ni técnica como para dar pie a subclasificaciones mucho más significativas que las rutinariamente mantenidas como indiscutibles. En esta ocasión, pues, los textos aragoneses vuelven a mostrar la necesidad de una reformulación de las categorías técnicas del costumbrismo español. No obstante, el inconveniente para que esto se produzca no parece radicar en demostrar que la especialización del costumbrismo en el subgénero de tipos es un capítulo de su historia algo discutible por desorbitado: en principio, se debería a la moda de las fisiologías que en España apenas arraiga y que en Aragón produciría veinte tipos frente a ciento seis no fisiológicos; en segundo lugar, a la innegable repercusión, sobre todo editorial, del fenómeno de Los españoles pintados por sí mismos y sólo alguno de sus derivados, pues Ucelay se ha encargado de puntualizar la poca coherencia con que se

sigue al modelo de 1843-1844 y eso, en los casos en que no se abandona casi totalmente el costumbrismo; en tercer lugar a la coincidencia —quizá en esta ocasión no tenga por qué ser una muestra más de oportunismo— de los planteamientos fisiológicos de Los españoles con los que Mesonero lleva a cabo en los "Tipos perdidos, tipos hallados" con que cierra la primera edición de esa colección y los Tipos y caracteres que escribe del año 1843 a 1862, en que los edita en volumen y, en cuanto lugar, la confusión que se ha podido producir en la crítica del género entre el alcance real de los artículos de tipos, sean fisiológicos o no, la difusa apelación a la época "regalista" del costumbrismo y la inevitable clasificación en subgéneros a que se ve obligada Ucelay si quiere dar relevancia a lo que estudia. La dificultad para introducir otras categorías que, inevitablemente, reducirían a la condición de secundaria la clasificación en escenas y tipos, parece deberse a una razón de mayor peso y que, por ello, se da por sobreentendida e indiscutible: la negativa a reconocer en el costumbrismo un género nuevo de la literatura moderna por los prejuicios ideológicos que pesan sobre él o como consecuencia del prestigio otorgado a la novela. Es este un efecto admisible sin ninguna clase de reparos si se desprende de un cotejo de cantidades y calidades en términos absolutos pero muy discutible si es fruto de una inconfesada necesidad de acumular méritos en un platillo de la balanza detrayéndolos del otro. De ocurrir así, habría que pensar en la frustración ante la ausencia de rasgos novelescos donde se creía que iban a darse o, más oscuramente, en la negativa implícita a admitir como origen colateral de la novela lo que formalmente se proclama que lo es: el costumbrismo, el género que permite contemplar el simplísimo andamiaje del edificio ideológico burgués y lo reciente de la fijación de unos valores inmediatamente

consagrados como etemporales, dos rasgos tan sustanciales que obligan a reconocer la categoría de género en una forma literaria que ya la tiene por técnica y que pueden arrojar luz sobre la aparentemente zanjada cuestión de la relación entre costumbrismo y novela.

Hay ochenta y ocho artículos que pueden considerarse escenas, todas coetáneas excepto una. Abundan más en el último período, donde se computan treinta y seis y luego, en el segundo, con veintitrés. Donde menos se producen es en el primero, que sólo cuenta con tres y en el tercero, con cuatro. Divididas en habituales, periódicas y eventuales, suman, respectivamente, cuarenta y tres, veintitrés y veintidós. La acumulación mayor de estos subgrupos corresponde al período 1821-1823, con veintitrés habituales, seguidas de las dieciocho eventuales que aparecen entre 1857 y 1874 y las once periódicas de 1857-1874. En conjunto, hasta 1843, hay cuarenta y tres y de 1844 a 1874, cuarenta y cinco; cifras que, contrastadas con las correspondientes a los tipos y que son, respectivamente, cuarenta y una y ochenta y cinco, no indican otra cosa que la suma de los artículos de los dos últimos períodos es, con doscientos ochenta y seis, ligeramente superior a todos los restantes, con doscientos setenta y cuatro y que en los últimos años hay más tipos que escenas pero no que el "subgénero" de tipos sea un fenómeno exclusivo de 1843-1844 en adelante ni que las escenas posteriores a esas fechas sean genéricamente regresivas. Esta última hipótesis, desmentida por los textos aragoneses, se debería con bastante probabilidad a que las consideraciones de Ucelay sobre las colecciones de tipos, donde sí se conceptúa como regresiva la presencia de escenas, se han extendido inadvertidamente al grueso de la producción costumbrista que sigue publicándose en periódicos y revistas. En cualquier caso, si este desdibujamiento de la supuesta nitidez que apor

taba la división en subgénero no bastase, aún aumenta con los veinticuatro artículos —todos coetáneos— mixtos de tipo y escena que podrían, por lo menos, doblarse si se conceptúan como tales los "diálogos" o "conversaciones oídas" típicas del Trienio Liberal pero rastreables en otros momentos, por no hablar de los clasificados como "Otros", desglosables en dos retrospectivos, otros dos prospectivos, trece contrastivos y trescientos cinco coetáneos, en total trescientos veintidós. Son muchos artículos incluso cotejados con los doscientos treinta y ocho que suman los de escenas, tipos y mixtos y muchos más si contrastan los "nítidos" doscientos catorce que hay entre tipos y escenas con los trescientos cuarenta y seis que resultan de añadir los veinticuatro mixtos a los del rótulo "otros".

7.1.2.- Motivos. Motivos nucleares. Cadenas. Paradigmas argumentales. Asmodeísmo. Tono. Clases de artículos. Series. Paradigmas temporales.

Resulta, pues, más que discutible la coherencia y fiabilidad de las clasificaciones intragenéricas usuales en la crítica del costumbrismo. Es casi seguro que su replanteamiento se haría necesario a partir del estudio de cualquier costumbrismo no madrileño y quizá también del madrileño que intentase aplicar una ordenación semejante. De momento, el caso aragonés, que obliga a relativizar, si no es a negar, un lugar común tan práctico como inservible cuando se adopta de la forma sistemática que exige un balance numérico, debe llevar igualmente a la propuesta de nuevos criterios cuya viabilidad, a su vez, deberá ser verificada en la propia región con estudios especializados, a la espera de poder contrastarla con lo que aquí mismo se puede hacer analizando con estas pautas el costumbrismo madrileño y mientras se producen planteamientos equiparables en otras regiones españolas (3).

Frente a la limitada operatividad de la clasificación en subgéneros y, al mismo tiempo, frente a la irrelevante identificación técnica del costumbrismo como forma literaria definida por el carácter prioritario de la descripción, resulta más viable o, al menos aporta un no despreciable complemento, el manejo de los rasgos que,

sin ser exclusivos, parecen tan básicos que pueden tenerse como significativamente genéricos.

En primer lugar, hay unidades mínimas de combinación de tema, técnica y función a veces mencionadas por la crítica del género con ocasión de cotejar diversos textos para establecer su proximidad cronológica o cualitativa o su fuente común que aquí se han ido identificando sistemáticamente al historiar el costumbrismo aragonés y en cuyo inventario figuraría, por ejemplo, la invitación a comer que recibe el autor-relator, el encuentro inesperado con alguien, generalmente indeseable, la consulta del aspirante a literato-periodista, la visita del rústico a la ciudad.

En segundo lugar, hay un paradigma argumental al que se pueden referir las diversas cadenas posibles de motivos y que, como en toda ficción, supone un viaje real o figurado desde una situación de estabilidad inicial hasta otra equiparable en que se restaura la alteración del orden experimentada que es lo más definitorio de la anécdota concreta, alteración que, en el caso del costumbrismo, estaría limitada por el motivo del relator ubicado en su habitación y el de su vuelta a la tarea en que estaba o el de su vuelta física a casa; momentos en los que se suele cerrar la ficción aludiendo a su traslado al papel.

En tercer lugar, hay entre el motivo aislado y el paradigma global, cadenas especialmente relevantes por su efectividad en el contexto de los objetivos del género y que se nuclean en torno a los motivos más significativos de manera que, una vez detectada la presencia de uno de estos, es previsible un desarrollo sintagmático convencional y, según resulte en la práctica, de las claves personales o epocales que convierten el artículo en hito o lo relegan a la condición de anodino. Así, es posible identificar lo más sus-

tancial de la anécdota tanto si es el relator el que se desolaza —por ejemplo, emprende un viaje (4)— como si son los demás —así, los familiares que se presentan en su casa (5)—, circunstancias en las que suelen ser excusa denotativa de las motivaciones no declaradas que mueven a efectuar la crítica. La rutina se rompe por causas a las que es ajeno el relator de manera directa: hitos anuales individuales (6) o grupales (7) o hitos estacionales y de temporada (8); acontecimientos municipales o políticos o asuntos no sujetos a calendario como la moda o los amores (9) y, sobre todo, la visita más o menos inesperada, individual o de varias personas, como consulta o como petición de favores o en busca de dinero (10). El relator puede romper la normalidad estando él más implicado como cuando se produce una dificultad —la ubicua 'dificultad' del costumbrismo— en el desempeño de su tarea profesional (11) o cuando tiene que cumplir con una de las convenciones sociales, como con ocasión de los convites caseros (12), de las visitas de cumplimento (13) o de las tertulias de confianza (14). La quiebra de la existencia rutinaria puede producirla también el relator al encontrarse con situaciones aparentemente no buscadas y fruto del deambular que lo propicia, el encargo eventual o la mala suerte: es el caso de la descripción de un lugar público abierto o cerrado (15), de la conversación oída o la escena presenciada (16), del hallazgo de textos comprometedores o denunciadores de la situación (17), del viaje por motivos profesionales o no enteramente de placer (18) y de la compañía del insufrible (19). Cuando el relator busca explícitamente el asunto que quiere someter a crítica, lo normal es que la anécdota que tiende a exonerarle de cualquier implicación dudosa en lo descrito sea subordinada —o incluso substituida— a la sistematización de la actitud indagatoria, comprobadora y censora de forma profesional o parapro-

fesional. El indicativo más usual de este supuesto es la adopción de un pseudónimo intencional y la agrupación de los artículos en serie.

En cuarto lugar, el conjunto de motivos, sus cadenas sintagmáticas y sus modelos teóricos se crean y relacionan entre sí mediante el perspectivismo específico del género: el desprendido de esa actitud recién mencionada, a menudo cifrada en el pseudónimo, y que, como aglutinación plástica de los rasgos de perspectiva general observables en el costumbrismo, los particulares del género y las conexiones con el denominado "anatomístico" de El Diablo Cojuelo, que de denominarse asmodeísmo (20).

En quinto lugar, esta macroconectiva constituida por el esmodeísmo, si por su lado temático puede incluso decantarse como motivo cuando el relator-personaje o un tipo actúan argumentalmente como guías (21), por el de la actitud del relator-autor se configura como tono —satírico, irónico con diversos matices, amable, humorístico, cómico, e, incluso, supuestamente neutro— que ajusta la distancia ideológica, política, moral o cívica entre quien escribe y lo descrito y da la clave, a veces velada pero siempre funcional, para que el lector pueda sintonizar con los planteamientos del autor.

En sexto lugar, los artículos pueden clasificarse obviando la mecánica contigüidad temática —políticos, literarios, morales...— que, en todo caso, podría aplicarse a los paracostumbristas —históricos, biográficos, de viaje, artístico-monumentales...— que entroncan con los más próximos al periodismo puro como la gacetilla o el editorial. Es esta pauta técnica la que posibilita, una vez más, consignar como categoría las modalidades espontáneas que se encuentran de hecho en los textos estudiados: así, los comunicados y remitidos por cuya supuesta espontaneidad se oponen a los que son fru-

to del encargo de circunstancias, del compromiso amistoso o del contrato; así, evidentemente, los originales y los reproducidos, cuyas particularidades diferenciadoras serían prescindibles en el acto de la lectura; así los seriados y los sueltos; así, los motivados por acontecimientos o fechas previsibles o no pero puntuales y los que pueden adelantar o diferir su publicación debido a la temática o al enfoque; así, los no rotulados genéricamente y los que poseen antetítulo, sea el a veces engañoso de "costumbres", el más común y desorientador de "variedades" o los más específicos de "carta", "epístola", "plática", "cahillada" y que pueden llegar a ser características de una época, como "Plaza de la Constitución", "Conversación entre..." o "Diálogo de ...".

Con todo y aunque las anteriores no siempre prescinden de ello, la clasificación más acorde con la técnica propia del género vendría dada por las mismas categorías de los motivos, en especial los que suelen aglutinar una cadena que puede ocupar la totalidad del texto.

En séptimo lugar, las agrupaciones de artículos más lógicas no son las establecidas a priori por traslado automático de las propuestas para el costumbrismo madrileño, como las "escuelas" vinculadas a nombres concretos o las ideologías. Si bien el "ciclo temático" no resulta excesivamente incorrecto pues permite trazar líneas denotativas muy caracterizadoras como la moda, lo rústico o el aragonésimo, lo más propio es atenerse a lo obvio que, al mismo tiempo, implica el aspecto técnico y muchas veces el temático y el ideológico: las unidades macrotextuales del costumbrismo aragonés no vienen dadas por la antesala del prestigio de unos pocos autores señeros —aquí, son múltiples y por lo común anónimos o escondidos tras el pseudónimo— o por el título de su edición posterior en volumen, si no por su presentación en forma de "serie" que si el comienzo y por

lo que respecta a las epistolares podrían parecer vestigios dieciochescos el modo de las correspondencias fingidas de Cadalso o, incluso, de Larra, en conjunto es un fenómeno dieciochónico, dada su continuidad y pervivencia hasta en el último periodo.

En octavo lugar y recordando que estas observaciones en torno a la técnica están motivadas por la limitada operatividad de la clasificación de los artículos en subgénero de escenas y subgénero de tipos, el costumbrismo aragonés —y hay que suponer que cualquiera otro que se estudie o se revise— prueba que es posible ensayar un criterio de sucesión cronológica más enriquecedor aunque, como es lógico, deba prescindir del pragmatismo de las soluciones simplistas. A partir, como siempre, de las categorías que propician las unidades básicas de la técnica del género, se puede hablar de paradigmas que, si aparecen funcionalmente en diversas épocas, en realidad son definidores de una concreta (22); así, en la primera subépoca de los orígenes inmediatos, lo relevante es la perturbación de rutinas sociales físicas (moda-lujo), el viaje figurado de la correspondencia epistolar y, en menor medida, la extranjería y el onirismo y las técnicas de perspectiva asociadas (objetos); durante el Trienio Liberal, la conversación o diálogo oídos y la escena presenciada, el hallazgo y el alegorismo teatral y en los años de latencia que preceden al costumbrismo cronológicamente pleno, como si fuera un retroceso a los años de la herencia dieciochesca, los desajustes en las convenciones físicas (moda-lujo) y los pseudodesajustes o disonancias perfectamente tolerables (temas y tipos convencionales: casados, matrimonio).

En la época de nacimiento y consolidación se inician las cadenas estables de motivos en torno a la dificultad de la profesión periodística, los viajes reales (del urbano al lugar y del rústico a

la ciudad) y en las visitas-consulta, pero lo definidor es el fenómeno de las series críticas —de filiación lerriana, garundiana...— cuya técnica tiene por objeto denunciar la distancia que separa la letra de la Constitución de las libertades y leyes efectivas, función equiparable a la de los diálogos del Trienio Liberal con tanta evidencia que en algunos casos —como cuando se trata el tema de la República— la técnica de la serie no es adecuada por demasiado expuesta y en su lugar se recurre otra vez al diálogo oído.

Durante la subépoca de continuidad, dentro de la transición, el moderantismo oficial no parece apreciar más que las fórmulas técnicas de perspectiva limitada que exige el tratamiento de los desajustes convencionales —frases usuales, lujo-moda, hitos del calendario, convenciones sociales—, es decir, en cierta forma como en los años anteriores y posteriores al Trienio. Más novedosa es la fusión del motivo de la visita del rústico a la ciudad con el de la conversación oída pues el resultado es digno de recordarse: la técnica acuñada en el Trienio se descolitiza totalmente y el tema rústico, si no se despoja de connotaciones peyorativas por completo, sí se libra del convencional trato agresivo, vejatorio y animalizador. Aún hay otra innovación que también presenta caracteres de hibridismo tan curiosos o más que la anterior y que, con ella, permite captar desde el punto de vista técnico la búsqueda de caminos que caracteriza a estos años: si las series críticas de la época anterior no bastaban cuando el tono de la denuncia era muy elevado, la serie más progresista que hay entre 1845 y 1856, la de Maese Pedro, recurre al alogorismo teatral para alertar a la ciudadanía del peligro de fracaso de la Revolución de 1834. En la subépoca de reorientación hay tres modelos técnicos que anuncian pautas muy notables de los años siguientes: los derivados de la dificultad de la profesión periodística

—que adquiera un protagonismo descorado en La Redacción del Saldubensa pintada por sí misma—, del viaje del urbano al medio rústico —con el paso al folklórico— y del trato distante pero no degradador de representantes de la clase baja urbana, como "El hortera".

En la época de culminación hay tres fenómenos técnicos que explican el rótulo puesto a la producción de 1860 a 1868: junto a la presencia de prácticamente todos los paradigmas conocidos convencionales o reducidos a tal condición, y junto al fenómeno descolante de la técnica totalizadora de la crítica de la sociedad burguesa que supone Sombras chinascas, se da una clase de artículos que indican el límite técnico máximo del género. Unos, por constituir claras anomalías casi siempre ya que recurren a modelos de otras épocas —carta persa dieciochesca, onirismo para temas políticos, desvirtuación de las fisiologías, esmoqueísmo argumental para la crítica municipal...— sin aparente cambio en la función y con claros síntomas de regresión; otros, por suponer hibridismos contra natura dentro de la historia del costumbrismo aragonés pues traen a las páginas de los periódicos de la región el tema del estudiante que Vicente de la Fuente había tratado en el Semanario Pintoresca (23) y otros, en fin, que implican la salida técnica del género por predominio de la comicidad, como en el tipo de "la suegra"; por no cuajar en serie los temas siempre tratados en artículos sueltos, como en las "Consideraciones sobre el vestido...", de Eusebio Blasco, que quiere efectuar una crítica totalizadora recurriendo prácticamente a la asociación libre de ideas y como en los artículos dedicados a la fotografía en tanto que índice de contactos interclases inadmisibles, tema muy próximo al de las experiencias de Blasco; por la imposibilidad de tratar con los recursos del costumbrismo asuntos tan medulares a pesar de su intrascendencia aparente como el amor problemáti-

co desromantizado y mercantilizado; por querer incorporar la cuestión de los antagonismos generacionales, algo más ajeno al costumbrismo que el folklore o la sátira extremada a pesar de que Isébal no lo advierta; por plantear la dialéctica de las clases sociales al denunciar sin moralinas el ebismo que media entre ricos y pobres como fuente de los males de la nación. Y —quizá lo que más claramente pide una técnica novelesca— por pintar a un tipo como 'El político de café' no mediante un bloque homogéneo de rasgos caracterizadores que le desacreditan de antemano sino ofreciendo a la consideración del lector la contradicción entre sus palabras y sus actos.

Frente a estos modelos epocales que subyacen en la historia del costumbrismo de Aragón, el costumbrismo de tema aragonés publicado fuera de la región aportaría paradigmas tardíos y disonantes aunque todos de la misma orientación temático-geográfica.

Hasta la época de la consolidación, no existen más que menciones aisladas de los tópicos previos al costumbrismo. En 1839 y en 1840, respectivamente, Príncipe y De la Fuente escriben sus artículos programáticos sobre el carácter y los usos aragoneses con técnica más próxima al informe etno-folklórico que al costumbrismo (24) y arropados por los relatos antirrústicos extracostumbristas del segundo de los autores y los múltiples textos sobre historia, leyendas, arte y paisaje que no tienen nada que ver con el género que se publican durante todas las épocas. Los artículos de temática no aragonesa del mismo De la Fuente ni siquiera deberían computarse aunque tengan un valor testimonial o sean demasiado conocidos (25). En la primera parte de la época de transición, Álvarez y Aulé se aproxima algo al costumbrismo en su artículo antirrústico convencional que dedica a "Los montañeses de Aragón" (26) y se produce un cruce de paradigmas al publicarse en Zaragoza el texto que Madrazo dedica a

la loa de la región y su capital (27). En la época de la culminación sobresale la mezcla de relato con el motivo del viaje del ciudadano al lugar y ciertas notas de problematismo amoroso que se puede apreciar en el artículo de Elio Trogo sobre "Los tambores de Alcañiz" (28) y la reproducción en 1863 del informe folklórico con rasgos del motivo de la visita del ciudadano al ámbito rural que Álvarez y Adé había publicado en Zaragoza en 1859 sobre "La fiesta de San Juan en la villa de Pina de Ebro" (29). A caballo entre esta época y la de cese de vigencia del género, se consolida el paradigma del pseudocostumbrismo o "costumbrismo" gráfico de los Bécquer (1865-1870) y de otros dibujantes comentados, sobre todo por Eusebio Martínez de Velasco, durante los años siguientes (30). De igual o mayor repercusión para el perfilamiento de la imagen de Aragón que desde Madrid se da al resto de España son los textos de 1873 derivados de Los españoles que escriben Diana, Muñoz y Castelar y cuyo modelo técnico y genérico no tiene prácticamente nada que ver con el costumbrismo. En el artículo dedicado a "La mujer de Huesca" la referencia folklórica no supera a la aportada veinte años antes por Álvarez y Adé y se da el marco de un relato sobre el motivo del viaje del ciudadano al ámbito rústico (31). -El artículo sobre "La mujer de Teruel" ni a folklórico llega en su desdibujamiento técnico (32) y el de "La mujer de Zaragoza" bien podría calificarse como pieza oratoria (33). En fin, tras la mezcla apenas costumbrista del relato de viajes y los tópicos aragoneses del artículo de Blasco de 1874 (34), incluso escapan al rótulo de continuismo formal del postcostumbrismo los dos dedicados a la mujer aragonesa por la Martínez y la Jimeno en los aladaños de 1861 y en 1897, respectivamente, completan el bloque de estos cinco últimos textos donde, más que el folklore, lo que priva es la loa periodístico-oratoria de los caracteres tópicos

cos aragoneses cifrados en el elemento femenino tras su extracción de la clase baja rural (35).

7.2.- Ideologia

7.2.1.- Costumbrismo y conservadurismo; clases sociales; ámbitos urbano y rural; censura, tolerancia y loa.

Se suele dar por supuesto que el costumbrismo español, con con-
tadas y discutibles —por lo hipertrofiadas que resultan— excepcio-
nes como la de Larra, es intrínsecamente conservador. Pero, al mar-
gen de que sea más que sospechoso que todo un género pueda estar
marcado por un solo color ideológico cuando uno de sus tres fundado-
res es de ideología opuesta a él, el análisis de casos acetados co-
mo es el del costumbrismo aragonés revela que es más coherente, por
ser obvio, que se puede hablar de la marca particular ideológica de
cada texto concreto aunque, a veces, sea por exclusión y que se
pueden apuntar las tendencias ideológicas de determinados años o
épocas aunque estén básicamente en función de lo que el régimen po-
lítico del momento dicte o tolere. Claro que lo que a la larga re-
sulta más revelador es que, abstrayendo, generalizando y adoptando
la perspectiva pertinente para lograrlo, con lo que se encuentra
quien analiza los textos y se atiene más a sus pautas repetidas que
a un parti pris de carácter, precisamente, ideológico, es que todos
los artículos están referidos a una misma forma mental cuyas impli-
caciones son las que poseen el auténtico marchamo de significativas
hasta tal punto que sus manifestaciones ideológicas particulares a
veces quedan reducidas a la pura anécdota. Esta evidencia también

se desprende de la transformación en datos numéricos de los elementos ideológicos observables en el costumbrismo aragonés: si, eliminando matices y reduciendo el cajón de sastre intermedio todo lo que no sea notoriamente distinto, se pueden computar cuarenta y cinco artículos de sesgo conservador, ciento sesenta y cuatro de talante progresista y trescientos cincuenta y uno que parecen moderados por exclusión (36), la gran mayoría —cuatrocientos ochenta y cuatro— están referidos a la clase media y el resto, repartido en catorce que aluden a la clase alta y sesenta y dos que tratan de la baja, siempre se escribe desde el punto de vista de la clase media (37).

Las cifras indican, pues, que hay que centrar la atención en cómo ordena y juzga el mundo la clase media. Si entran en juego las variables "ámbito urbano/ ámbito rural", el costumbrismo aragonés parece centrarse casi exclusivamente en lo que pueda ocurrir en las ciudades y a los ciudadanos pues son cuatrocientos noventa y nueve los artículos que hablan de lo urbano frente a los sesenta y uno que se ubican en el campo. Son números que impiden seguir diciendo que el artículo de costumbres tiene como uno de sus objetivos básicos describir lo más diferenciador de España con respecto a la igualdad con Europa que introduce las modas y el progreso en general; en todo caso se podría aplicar tal idea al costumbrismo de tema aragonés publicado fuera de la región, en el que, más que predominar lo rústico, es de presencia casi exclusiva.

Conectando la variable del ámbito con la de la clase social, se comprueba que el reducto de la clase alta es la ciudad —catorce casos—, donde, de todas formas, es hegemónica la clase media —cuatrocientos sesenta y nueve casos—, que advierte la existencia de los representantes de la clase baja —con dieciséis casos— como sirvientes suyos sobre todo entre 1867 y 1874 —trece casos—, cuando

está en el aire la inclusión de los demócratas en el nuevo estado que surja de la Revolución. Del campo se excluye a la clases alta —ningún caso—, hay temas y tipos asimilables a la clase media en cantidad prácticamente igual —quince casos— a la que representa la clase baja urbana y, de un total de sesenta y un artículos que se sitúan en ámbito no urbano, la mayoría, con cuarenta y seis, afecta a la clase baja: está claro que la transformación política, económica y social de la región se lleva a cabo en la ciudad y que el campo queda reducido a un espacio por el que, desgraciadamente, hay que transitar para cumplir con la profesión y las exigencias familiares o para ir a veranear o usar las curas de salud que el ocio y el dinero permiten.

Si se observa el trato que el costumbrismo aragonés otorga a esos ámbitos rural y urbano y a esas clases sociales en que divide la realidad al desplazar la parcelación ideológica, se puede arrojar bastante luz sobre la cuestión del apoliticismo del género. Añadida la variable del juicio o fallo que los artículos emiten a las dos variables recién manejadas, se advierte que la censura predomina, con trescientos treinta y cinco casos, le sigue la tolerancia con ciento veintitrés y la loa o alabanza, con ciento dos, y que los artículos ^{condemnativos} se acumulan en el periodo 1857-1874, —ciento dieciséis— y entre 1834-1843 —ciento catorce—, los tolerantes, en el último periodo —cincuenta y uno— y los encomiásticos —con cuarenta y cinco— también en el último periodo.

Se comprueba que la clase más censurada es la media, con trescientos ocho artículos mientras las clases que la enmarcan por abajo y por arriba cosechan un juicio negativo en quince y doce ejemplos, respectivamente. Un trato tolerante o indiferenciado —que viene a ser lo mismo— afecta a la clase media en ciento quince ocasiones y a la baja en ocho. La clase alta aparece censurada o alabada con

claridad pero no tratada indiferentemente. Es loada la clase media en sesenta y un artículos, algo más de la mitad de las veces, treinta y nueve, la baja y sólo dos la alta.

Por ámbitos físicos, descuellan los trescientos diecisiete artículo en que ^{se} censura a los urbanos frente a los dieciocho que denigran lo rural. En ciento doce casos no se emite un juicio claro contra lo urbano, lo que ocurre once veces con lo rural. El fallo es positivo para el mundo de la ciudad en setenta artículos y en treinta y dos para el rural.

Si entran en juego las tres variables simultáneamente, se equalata el valor de las magnitudes precedentes pues lo que más destaca son los trescientos un artículos en que la clase media urbana resulta atacada y censurada. Esta misma clase habla de sí misma sin que, aparentemente, sea para bien ni para mal en ciento nueve casos, es decir, un tercio de las veces anteriores pero casi el doble de las ocasiones —cincuenta y nueve— en que se muestra orgullosa de sí misma (38).

Que la clase alta sea atacada o alabada en contadas ocasiones habla claramente de que su importancia es limitada —o el costumbrismo quiere que lo sea— en el mundo burgués; al fin y al cabo es la clase a la que la burguesía está arrebatando el poder. En cuanto a la clase baja, si las alabanzas que recibe, especialmente entre 1857 y 1874, más que deberse a un intento de congraciarse con ella es un veredicto que, excepto en dos o tres casos, proviene de lo escrito fuera de Aragón, mayoritariamente en clave costumbrista, los ataques de que es objeto en casi ninguna ocasión pueden deberse, como se ha escrito tan a menudo, a desconocimiento. Lo urbano es conocido o puede serlo sin otros inconvenientes que los filtros de clase. De lo rural tampoco puede decirse que sea desco-

nacido; 1º) la mayor parte de los escritores que abordan temas no urbanos son de la zona de que tratan o la han frecuentado —al menos blasonar de ello como aval de la información que suministran—; 2º) aunque no hubiesen nacido en el campo ni lo hubiesen frecuentado por motivos profesionales, los viajes de placer o cura propiciarían una familiaridad mínima; 3º) si lo recién apuntado no pasase de ser una suposición, resulta innegable^{que} es tratado y de forma positiva por lo general en los textos folklóricos o pseudofolklóricos, lo que indicaría que la clave del asunto no está en el supuesto desconocimiento de lo censurado sino en el punto de vista con que se escribe el costumbrismo y 4º) al entender el costumbrismo como género característico del proceso de acceso al poder por parte de la burguesía, se consolida la idea de que la clave del trato está en el género y la de éste, en la clase social que lo monopoliza creándolo y consumiéndolo.

7.2.2.- Burguesía. Descripción denotativa: normalidad y excepcionalidad. Taxonomía connotativa: objetividad y totalidad. Paradigma de clase y paradigmas temporales.

Todas las cifras mayores tienen que ver con la clase media de forma que una de las connotaciones más elementales del costumbrismo es que el mundo se reduce a esa clase. Excluyendo a las otras dos y orillando la cuestión de la ideología política concreta como no determinante, la clase media va afirmando su hegemonía. Pero cabe preguntarse por el sentido de tanto hablar sobre sí misma y, sobre todo, de tanto autocensurarse puesto que lo que menos hace es autoalabarse, que sería lo lógico dada su prepotencia. Es evidente que, a la luz del costumbrismo —al menos del aragonés aquí estudiado—, la clase media se está ordenando internamente y de ahí que, como cualquier grupo aún no totalmente definido ni consolidado, se someta a juicio.

También es lugar común en la teoría del costumbrismo afirmar que el género descubre, además de lo más definitorio de la España del Antiguo Régimen, las escenas y tipos más característicos de la sociedad o, incluso, los más excepcionales. La historia del costumbrismo aragonés permite comprobar que quizá no sea cierto: se describe la España a punto de ser barrida por el progreso sí, pero es una cuestión que afecta casi exclusivamente al ámbito rural; se des

cribe lo más característico si por tal se entiende al esclavo de la moda, al político, al rústico, al periodista y a los criados y artesanos que sirven al burgués medio, pero resulta que el burgués medio no responde a ninguno de estos tipos; se describe lo excepcional pero para encontrarlo descrito hay que remitirse una vez más a la temática rústica, a casos que son excepcionales pero por la frecuencia de su aparición —la beata carlista, el pescador de caña, la histórica— o, ya fuera del costumbrismo, a los informes folklóricos (39). En realidad lo que ocurre es que el costumbrismo describe la parcela de la sociedad que hay entre el supuesto caso excepcional y la normalidad. Lo extraordinario es la ruptura de la normalidad o de lo que quiere hacerse pasar por tal; el burgués medio está, pero fuera del texto, leyéndolo.

Los textos describen para dar pautas sociales no para divulgar la vida española que está ante los ojos de todos. Pero las pautas, en principio —sólo en principio— consisten en proponer al lector modelos de comportamiento grupal: positivos para seguirlos; negativos para evitarlos y neutros para confirmar que la ubicación es correcta. Este aspecto denotativo de lo que prescribe el sacerdotal periodista-literato es relativamente fácil de identificar si se presta atención a los tipos que aparecen en los textos, las veces que lo hacen y los microgrupos que forman a modo de testigos de castas, profesiones, actitudes e intereses (40). Los más a menudo descritos total o parcialmente son, en orden decreciente, el rústico —veintisiete descripciones—, el periodista —veintiuna—, el absolutista —diecisiete— y el currutaco —dieciséis— y, si se prescinde de los pertenecientes a la clase baja y se asocian los que, a pesar de la denominación concreta con que aparecen, son prácticamente idénticos, el más sometido a juicio es el currutaco, con cuarenta

ta y siete descripciones, seguido del que resulta molesto desde el punto de vista económico-laboral, moral-religioso, presenta tachas sociales o es incívico (41), con cuarenta, el periodista-literato-aspirante a literato, con treinta y dos y el ultraconservador (absolutista-carlista-neo-católico), con veintisiete. Sumando los tipos que integran cada uno de los veintidós grupos de afinidad que se pueden establecer a partir de los trescientos noventa y un tipos descritos, el orden y cuantía de los cinco más destacados quedaría así: el encabezado por el currutaco, con cuarenta y siete; el del absolutista, con cuarenta y seis; el del rústico, con treinta y nueve; el del periodista, con treinta y siete; y el del criado, con treinta. Los resultados que se desprenden manejando el segundo de los criterios parece el más orientativo al limitar la cuantificación al ámbito urbano y hacer figurar a tipos que se perderían en la dispersión frente a grupos más nítidos sin que queden desplazados de los primeros lugares los que figuran siguiendo otros criterios. La presencia del periodista, de protagonismo preceptivo y de trato bochornosamente positivo, puede, no obstante, tomarse como índice no sólo de la relevancia de la prensa en la revolución burguesa sino como símbolo del procedimiento de acceso al poder de la clase media, necesariamente caracterizado por la autosatisfacción, el acaparamiento, la exclusividad y el solipsismo. El grupo de los tipos políticos habla inequívocamente de la obligada vela ante el enemigo mayor de la liquidación del Antiguo Régimen. Los avaros, beatos, borrachos importunos y afines constituyen el lastre interno de la sociedad burguesa y, aunque se den en otras, lo significativo es que figuren en el costumbrismo. La aparición de los elegantes resulta un compendio de inercia moral dieciochesca, preocupación religiosa por el escándalo, ambigüedad ante el acicate comercial y económico que supone el lujo y crítica de las innovaciones extranjerizantes cifrada en la

servidumbre de los cambios que impone la moda. En resumidas cuentas, nada que hiciera imprescindible la existencia de un género nuevo y específico para que se dé autobombo el que maneja los medios de comunicación, se denuncie el peligro de involución política, se critique lo criticable y criticado en otras épocas de acuerdo con el mismo código ético-religioso, ni para que se ridiculice a quienes se separan del grupo por un atuendo que, a la larga, será el usado como uniforme.

Así, pues, la aproximación al costumbrismo por la vía denotativa no aporte otro resultado que la posibilidad de utilizarlo como documento, pero un documento de lo que no es la normalidad. Por eso, para dar con una explicación más satisfactoria a la cuestión de la ideología del género la vista debe dirigirse a otra dirección. Dado que no tiene mucho sentido que se ofrezca tantas veces la pintura de un mismo tipo y de que cada vez que es anunciado desde el título del artículo ya se puede aventurar cómo va a ser descrito y enjuiciado, lo fundamental del costumbrismo —así lo permite proponer el aragonés— parece radicar en esa misma iteración. Esta funcionaría como la "normalidad", como el lector, como el autor y como el código de referencias: por ausencia. Así es como el costumbrismo transmitiría su auténtica pintura de la clase media: proyectando la opacidad sobre la forma de llevarlo a cabo de modo que se connote la infalibilidad de los veredictos. Con el ejercicio repetido de la lectura de los artículos lo que se difunde y aclimata en el ciudadano medio es la convicción de estar integrado coherentemente al familiarizarse con la forma mental que enjuicia sin poder ser sometida a juicio. El control grupal no se efectuaría de forma explícita censurando, alabando o dando por tolerables unos temas y tipos sino transmitiendo implícitamente los conceptos de neutralidad, normali-

dad, objetividad a quien acepta, más que los resultados de la gigantesca criba social que es el costumbrismo, la misma criba, la misma actitud taxonómica que permite al lector pasar de ubicarse en el grupo a ser capaz de ordenar toda la realidad de acuerdo con ella y, por expansión, llegar a la convicción de que la forma de explicar el mundo que tiene su grupo es excluyente puesto que necesita formularse como totalización. En este sentido, el costumbrismo sí que lleva a cabo una auténtica y precisa descripción de la realidad burguesa, sí que hace un inventario de lo que es representativo de la sociedad —identificando el concepto de clase media con el de nación española—, sí que se debe al móvil de la pintura fidedigna de España frente a las imágenes que no ha producido la clase media, sí que necesita proclamarse español en sus orígenes —contribuye notablemente a su objetividad—, sí que es apolítico —por la misma razón anterior y porque la variable "política" supone dialéctica en un grupo que antes necesita afirmarse como clase social— y sí que es difícil en tanto que tiene que describir sin nombrar —"pinto, no retrato"— su auténtico objeto, mecánica y finalidad enseñando al lector a segregarse del grupo a quienes ponen a éste en peligro al mostrar con su comportamiento que los valores que lo sustentan son relativos sin que el adoctrinado —o el confirmado en sus doctrinas— pueda sospechar jamás que quizá lo sean. Y es difícil, en fin, en tanto que tiene que dar lo relativo por absoluto, lo parcial por total, lo histórico por intemporal es decir, en tanto que tiene que delimitar, expandir y consolidar una ideología de clase sin poder referirse nunca a ello so pena de que, una vez introducida la duda, se destruya toda la obra.

Resultaría así un paradigma ideológico capaz de dar sentido al costumbrismo como género del proceso de acceso al poder de la burguesía

sía y solventador de la cuestión de su conservadurismo o no conservadurismo intrínseco. Los únicos sesgos ideológicos atendibles serían, obviamente, las modalidades epocales que el género adopta para llevar a cabo sus fines y que, como se apuntó al comienzo de este epígrafe, son tácticas particulares ahormadas por lo que permiten o niegan los regímenes políticos concretos, la orientación específica de un periódico y la ideología de un determinado autor. En consecuencia, cabría advertir un costumbrismo conservador en la primera subépoca de los orígenes inmediatos, progresista durante el Trienio Liberal, y conservador durante la Ominosa Década; el género sería progresista en la época de nacimiento y consolidación, moderado en la primera subépoca de la transición aunque progresista en sus últimos años, moderado en la subépoca de la reorientación y en la de culminación, progresista en la de cese de vigencia y moderado a conservador en la de continuismo formal (42).

No es que resulte, pues, muy clarificadora esta tabla cronológica. Con todo, su obviedad puede dotarse de sentido si se acopla a las grandes líneas ideológicas que caracterizan al costumbrismo aragonés: habría, así, un paradigma de toda la época precostumbrista caracterizado por el conservadurismo y en el que lo producido en el Trienio debería conceptuarse como perteneciente a la siguiente época, la de nacimiento y consolidación, marcada por el progresismo esparterista y que llegaría hasta el final de la subépoca de la continuidad. A partir de aquí y hasta las vísperas de la Revolución de septiembre en que se extingue la época de culminación, el paradigma ideológico sería conservador en la medida en que los planteamientos, de políticos, pasan a ser ^{principalmente} ~~secundariamente~~ económicos y cívico-morales como síntoma de que el poder burgués está asegurado en la práctica de forma irreversible. Tras el paréntesis del Sexenio Ro-

volucionario en que se efectúa la toma real del poder político y se produce la escasez y cese de vigencia, la época, puramente formal, del continuismo tendría más acentuados los tintes conservadores por la lógica del mantenimiento del poder conseguido. Por encima de estas variaciones ideológicas y por lo que se refiere al costumbrismo en general, estaría el hecho incuestionable del carácter intrínsecamente revolucionario del género en la medida en que es un índice literario de ese proceso de ascenso al poder de una clase social históricamente revolucionaria. Por lo que se refiere al costumbrismo aragonés en particular, el cariz progresista de su paradigma ideológico global también resulta diáfano sin que sea preciso apelar exclusivamente a la vigencia de los modelos larriano y gerundiano y equiparable sin violencias al progresismo cifrado en la causa de Espartero.

7. 3. Filiación

7. 3.1.- Las "escuelas" de Estébanez, Mesonero y Larra.

A la luz de lo teorizado sobre el costumbrismo español, más que deducción de lo observado en los textos, parece presupuesto básico que el costumbrismo aragonés, como todo el no madrileño, pertenece a la llamada "escuela" o manera de hacer de Estébanez e, igualmente que, más que su nota sobresaliente, su rasgo cualitativo viene dado por la temática local. Se trata de un nuevo aspecto de las relaciones entre el costumbrismo madrileño y el no madrileño que el análisis de la historia del aragonés puede obligar a replantear desde el momento en que tales ideas dejan de ser axiomáticas si se otorga más crédito a los textos que a lo teorizado sobre ellos a pesar de no ser conocidos. Ya se ha comprobado que, de predominar en el costumbrismo aragonés una de las líneas establecidas por la crítica, sería la larriana que destaca sobre el conjunto de materiales indiferenciados (43). Debe quedar igualmente claro que los textos que, por exclusión, se pueden computar como normales, moderados o neutros en técnica, temática e ideología son, claro está, el punto de referencia interno que da el costumbrismo aragonés para poder marcar a los que se alejan de él de manera que la interpretación de los rasgos diferenciales del costumbrismo se equipare lo más

posible al propio proceder del género. Este es el sentido que tiene el predominio de los artículos que tratan sobre la clase media o de los que, para no hacer impracticable una clasificación —su función en el contexto de la época, de la publicación, del tema y de la técnica obligaría a establecer matices variadísimos—, deben anotarse como de sesgo ideológico moderado; esta es la explicación de atenderse a lo convertible en cifras y no que en el costumbrismo, sea nacional sea regional, predomine la "escuela" de Mesonero a pesar de que El Curioso Parlante no dejase de aprovechar ni una oportunidad de presentarse a sí mismo como causa de lo que, en realidad, era efecto.

Quedaría, pues, comprobar la adscripción o "escuela" que los números otorgan al costumbrismo aragonés centrandó la atención en los rasgos que teóricamente caracterizan a cada uno de los tres fundadores del género y, en especial, al padre putativo del costumbrismo aragonés, Estébanez (44). A Mesonero se le atribuye, además de la temática urbana que, en verdad, no es marca suya sino del género, una actitud crítica morigerada, no hiriente, alejada de la sátira que, como mucho es ironía suave o, mejor, un humor amable y un supuesto apoliticismo —para cuyo sentido ya se han apuntado explicaciones (45)— que se decantaría como sesgo ideológico conservador si el moderantismo de sus textos se contrasta con los de Larra en vez de suscribir la autclasificación como moderado —"normalidad"— que Mesonero establece al excluir del costumbrismo en virtud de su progresismo a Figaro. Este, lógicamente, quedaría mar

cado por la ideología progresista de su politicismo ex-
 plícito como temática, y por su ironía fuerte y a veces
 con tintes satíricos. Por su parte, Estébanez, además de
 por la temática regional, rasgo del que se puede prescindir
 ante la evidencia de que el costumbrismo aragonés publica-
 do en Aragón no contiene textos numéricamente significati-
 vos que estén dedicados explícita y mayoritariamente a la
 región —sí los hay, y son lo más distintivo, en el cos-
 tumbrismo de tema aragonés no publicado en Aragón—, se
 caracterizaría por una voluntad de arcaizar el estilo y el
 léxico intentado cervantizarlo aunque no pase de un casti-
 cismo intrincado y fablesco, y por una programática y
 efectiva actitud de entusiasmo por lo descrito, aunque este
 españolismo o andalucismo pueda alejarle del costumbrismo
 en la medida en que selecciona temas delimitados geográfi-
 camente —por ejemplo, el terec, peculiar si no privativo
 de España— pero no siempre los desarrolla según las pautas
 técnicas del género. En consecuencia, barajando las va-
 riables del tono satírico / irónico / humorístico, del
 sesgo ideológico conservador / moderado / liberal, del
 avejentamiento léxico y estilístico y su carencia, y de
 la actitud entusiasta o no ante lo descrito, se pueden tra-
 zar, como aproximación, las líneas generales del costum-
 brismo aragonés. Así, la mayoría de los artículos —dos-
 cientos setenta y tres— giraría en torno a la referencia
 básica del tono suave en la crítica. Ahora bien, si al
 elevado número de los que muestran un tono irónico
 —doscientos dos—, se suman los más agresivos —ochenta

y cinco-- , resulta que hay una cantidad de textos —doscientos ochenta y siete-- bastante críticos que es ligeramente superior a los que lo son en grado mínimo. Si el costumbrismo aragonés se aleja de Mesonero con este criterio, el del sesgo ideológico muestra prácticamente lo mismo, pues, los trescientos cincuenta y un artículos moderados o reducidos a esa condición por exclusión son más que los conservadores puros o ultraconservadores —cuarenta y cinco— y, de haber dudas sobre si en Mesonero predomina lo moderado o hconservador, los ciento sesenta y cuatro textos liberales o progresistas hasta el democratismo o el republicanismo, al triplicar a los cuarenta y cinco conservados, desplazarían el centro de gravedad de los moderados o indiferenciados hacia la filiación larriana. En cuanto al tercer rasgo, no hay dudas: los once artículos que quieren remedar un léxico y un estilo entendidos como propios del Siglo de Oro —novela picaresca y pasajes estilísticamente paródicos del Quijote, sobre todo— se pierden entre los quinientos cuarenta y nueve que no muestran estas veleidades casticistas al tiempo que representarían una paupérrima huella de Estébanez en el supuesto de que ambos casos respondiesen a idénticos motivos. Por lo que respecta a la actitud entusiasta, es decir, la "pasión ciega por todo lo que huele a español", en el caso de Estébanez y el madrileñismo que lleva a Mesonero a situar el centro del mundo en la Puerta del Sol, el costumbrismo aragonés no parece muy inclinado a cifrar el orgullo regional ni nacional en el narcisismo localista: eso es lo que se

desprende de cuatrocientos ochenta y seis ejemplos frente a los setenta y cuatro que lo contradicen pero de los que habría que excluir los correspondientes a los artículos publicados fuera de Aragón en los que, si se prescinde de la marca peyorativa preceptiva que lleva el tema rústico, todos los de cariz folklórico supondrían un elogio de la región. En la región, la defensa de lo aragonés no es puramente geográfica excepto en contadas ocasiones (46); suele darse asociada a las posturas progresistas que enfrentan política y administrativamente a la Zaragoza esparterista con el Madrid gubernativamente conservador y estructuralmente centralizador.

Tras esta aproximación, si se combinasen los rasgos de "humor", "conservadurismo", "no avejentamiento" y "entusiasmo" como posibles definidores del paradigma de la "escuela" de Mesonero, el resultado es sorprendente: sólo habría dos artículos de tal filiación. Ampliando el criterio para compensar lo mecánico del cálculo mediante el discutible cambio del último rasgo en "no entusiasmo", se obtienen dieciocho. Si lo que se modifica es el segundo rasgo y se considera moderado al Curioso Parlante, su huella en Aragón ascenderá a treinta y ocho artículos. Sólo si se introducen simultáneamente ambos cambios —ninguno de los dos convincentes— y se ve en Mesonero un costumbrista de tono humorístico suave, de ideología moderada, sin muestras de intentar aproximarse al estilo ni al léxico del Siglo de Oro y sin actitud entusiasta hacia el "Ma-

drid que describe, sólo en ese supuesto se reuniría una can-
tidad de artículos aragoneses —ciento noventa— bastante
 significativa como para hablar de la vigencia de su escue-
 la en la región.

Por el contrario, el posible paradigma larriano no ne-
cesita de tantas manipulaciones para encontrar artículos
 aragoneses que se acojan a él o coincidan con sus rasgos.
 Si éstos son la sátira, el liberalismo progresista, la ca-
rencia de avejentamiento léxico y estilístico y la ausen-
 cia de muestras de entusiasmo localista, se pueden compu-
 tar cuarenta y tres artículos que los reunan y ascienden
 a ochenta si el rasgo "sátira" es sustituido por el de
 "ironía".

No obstante lo que resulta más asombroso de todas es-
tas comprobaciones numéricas es que tanto si a Estébanez
 se le adjudica un paradigma integrado por los rasgos "hu-
 mor suave", "conservadurismo", "avejentamiento estilístico
 y léxico" y "entusiasmo ante lo descrito" como si el "con-
 servadurismo" es sustituido por el rasgo más generoso de
 "moderantismo", en cualquier caso el recuento es baldío:
 no existe ni un solo artículo entre los quinientos sesenta
 inventariados en la historia del costumbrismo aragonés ofre-
cida por este trabajo que responda a ninguno de los dos
 paradigmas.

7. 3. 2.- Lo subjetivo regional y lo subjetivo nacional.

Paradigma crítico.

Invalidades de una forma tan palmaria las premisas teóricas con que debería abordarse la explicación y el estudio del costumbrismo aragonés por haberse elaborado sobre presupuestos falsos dictados por el propio carácter del género, por haberse asentado a partir de los paradigmas diseñados por Mesonero a su imagen y semejanza y por haberse extrapolado del costumbrismo producido en Madrid a cualquier otra manifestación posible del género en el resto de España, el punto de vista adoptado —lo aquí historiado— que lo ha hecho posible sólo probará que es una referencia válida en la medida en que, a partir de él, pueda proponerse una explicación alternativa coherente para el problema de la filiación no sólo suya sino de todo el costumbrismo o, lo que es lo mismo, que sea capaz de propiciar que cualquier teorización del género efectuada desde las diversas perspectivas en que pueden constituirse tanto la revisión de un aspecto —técnica, ideología, ...— como los caracteres definidores de otros costumbrismos no madrileños —y aquí habría que esperar que todas las regiones estudiaran el

suyo— pertenezca a un mismo paradigma crítico total pero no totalizador. Sea cual sea el color con que éste se presente, su rasgo más sobresaliente habrá de ser que salga —o intentar salir— del paradigma ideológico del costumbrismo. Sólo esa perspectiva —o la aproximación a ella en forma de hipótesis— puede permitir contemplar el fenómeno costumbrista como un objeto de estudio que se analiza sin prejuicios y como un género histórico que, si no es historia, debería serlo ya en la medida en que es posible plantear su descripción total desde fuera de su espacio ideológico.

Si lo fundamental del costumbrismo no es la ideología política particular sino la ideología global de clase, el criterio ideológico puntual es inservible para la filiación. Si lo básico del costumbrismo no es la denotación, el criterio temático resultará inviable; y, si lo esencial del costumbrismo es que afecta a una clase social en tanto que dura su proceso de ascenso al poder, el criterio geográfico, al convertirse en intemporal en la medida en que se fija precisamente prescindiendo de lo social, carece de sentido. Siguiendo estas pistas falaces es cuando se llega a ver en el costumbrismo un subgénero —es decir, una "literatura" sin el rango de género— ideológicamente deleznable, un puro documento histórico para reconstruir las menudencias del vivir cotidiano decimonónico, y como se llega, confundiéndolo con el folklore o el pseudofolklore, a identificar costumbrismo con "costumbres".

Si el costumbrismo aragonés de temática local que se escribe fuera de Aragón se conecta con el escrito en la región por el tema rústico, se distancia de él en cuanto se presenta como indagador de los caracteres y los valores aragoneses y como artífice del encomio de la región. Por el contrario, tomando como punto de referencia lo más significativo en número y orientación del costumbrismo publicado en Aragón, lo que priva es la actitud censora ante cuantos usos o tipos se apartan de unos valores sociales nunca nombrados explícitamente. La conclusión es obvia: no es que existan dos paradigmas genéricos sino que, al no ser costumbrismo lo más representativo de lo que con tal rótulo se ha denominado a lo publicado en Madrid sobre temas aragoneses, sólo existe un paradigma genérico. Dicho de otra forma: el madrileño es un pseudoparadigma al no responder a la realidad. Pero, si funciona como modelo aunque sea falso, debe responder a un planteamiento coherente en su momento. Y éste no es otro que el segregado por la mecánica totalizadora burguesa que, dada su tendencia a hacer pasar como algo objetivo nacional lo que es un subjetivismo de clase literaturizado con el romanticismo en los artículos de costumbres, aplica la misma mecánica totalizadora a cualquier manifestación intranacional. De ahí que lo subjetivo regional, como es el caso del costumbrismo aragonés, no pudiera existir teóricamente. Y menos en la medida en que, más que sus posibles particularismos temáticos —que eran lo único reconocible en tan-

to que contribuían a refrendar los valores tradicionales—o sus matices ideológicos —sistemáticamente silenciados, en especial en los textos folklóricos del final donde no hay ni un vestigio de la Cincomarzada ni del esparterismo— su sola presencia supondría la introducción de la duda relativizadora en el aparentemente completo edificio costumbrista.

Ocurre pues que, como se advertía al contemplar los orígenes del género, la realidad es interferida e incluso suplantada por la interpretación interesada que de ella se hace. Esta perfecta adecuación con los parámetros del costumbrismo es la que permite ver que en el caso aragonés no existen dos paradigmas genéricos sino uno solo al que se ha superpuesto el paradigma crítico segregado por la ideología del género.

Queda, en definitiva, un costumbrismo aragonés, el publicado en Aragón, que responde perfectamente al paradigma genérico; queda una imagen costumbrista de Aragón, la creada y difundida en textos "costumbristas" publicados fuera de la región y queda, ocupando el lugar que, aparentemente, le correspondía al costumbrismo madrileño de tema aragonés ahora segregado del género, una explicación teórica del costumbrismo en la que se ha introducido la duda.

El costumbrismo aragonés, de existencia teórica imposible, es un hecho numérica y cualitativamente innegable aunque, de momento, la inercia crítica pueda empeñarse en seguir reduciéndolo a unos textos espurios —los etnofolklóricos de tema aragonés publicados fuera de la región—

como resultado de una interpretación particular de la historia del género en la que El Curioso Parlante tuvo el privilegio de escribir la primera línea, a pesar de que sea posible probar que

A Mesonero no hay que tomarlo demasiado a la letra ni en esto ni en ninguna otra cosa (Peers, 1973, II, 90 n 35).

La imagen de Aragón que se desprende denotativa y connotativamente de su costumbrismo está más teñida de color progresista que de cualquier otro, aunque siga seduciendo más la que ofrecen los textos pseudocostumbristas de tema aragonés publicados fuera de la región, que se coronan con el símbolo tradicionalista de una virgen guerrera inexistente en los artículos publicados en Aragón y que, de momento, continúa gracias al marchamo cientifista del estudio folklórico, al llamado relato o novela costumbrista o regional y al baturrismo que explota en clave cómica el tema rústico dejado en sazón por el costumbrismo. Y quizá la imagen real, histórica y relativizadora de Aragón que ofrece el costumbrismo aragonés siga siendo suplantada por una ajena a la región, conceptuada como la genuina costumbrista, intemporal e indiscutible porque, como comentó otro de los interesados en que la historia pareciera así, Menéndez Pelayo, con palabras que se le pueden aplicar en primer lugar a él,

todos los lugares comunes, y más si son irracionales, traen aparejada larga vida (Menéndez Pelayo, 1942, 358).

El costumbrismo aragonés, en fin, con su sola existencia y, más, con sus peculiaridades, obliga a emprender reformas sustanciales en el edificio teórico del género y, sobre todo, sin salir de su propia historia, otorga a éste con todo lo que ello implica, el carácter del género literario homologable con el proceso histórico de acceso al poder de la burguesía revolucionaria. Con todo y aunque se haya probado la viabilidad de esta reinterpretación cualitativa del género, no es de extrañar que se sigan dando como definitivas las palabras con que Montesinos concluía su frustrado viaje por el costumbrismo en busca de lo que no era el costumbrismo:

Los escudriñadores podrán darse el gusto de reproducir tal vez páginas egregias perdidas en el terrible osario de los viejos periódicos. Lo que no creo es que esos investigadores descubran muchas novedades históricas distintas de las de aquí [Costumbrismo y novela] expuestas. La historia del costumbrismo es simple, o al menos yo no hallo en ella grandes misterios. (F. Montesinos, 1972 b, 138)

Notas al epígrafe 7.

- 1.- Cf el Cuadro 2.
- 2.- Cf el Gráfico 4.
- 3.- El apunte de análisis de la técnica que sigue es un adelanto de los varios estudios que completan el proyecto de investigación cuyo destroce y punta de lanza constituye el presente trabajo. La aplicación de estos presupuestos teóricos al costumbrismo madrileño es parte fundamental del mencionado proyecto so pena de condenar al localismo estéril lo que cifra su validez en ser un punto de vista determinado y particular, el regional, para analizar un fenómeno general, lo nacional. En cuanto al tercer tipo de estudios, es obvio que hay que confiar en que otras personas, cada cual desde su región y sus posturas teóricas, la vayan abordando.
- 4.- Cf, entre otros muchos, no seleccionados, el que lleva el número 214.
- 5.- Cf, por ejemplo, el texto seleccionado número 32.
- 6.- Cf. los textos seleccionados número 35 y 159.
- 7.- Cf, entre otros, los textos 34, 92, 103, 112, 117 de la selección.
- 8.- Cf. los textos 135, 191, 199...
- 9.- Cf. Las series firmadas por Aquel y por el Sachiller Pero Ponce, y los números 2, 3 y 4 de la Selección.
- 10.- Para la visita esperada, cf los números 100, 101, 102, 103 y 104; para las inesperadas que recibe el relator: individual, el 37; dos personas, el 41; varias personas, los números 32, 35, 159, 160; petición de favores,

dinero o casos similares, 160, 205; visita inesperada pero previsible, 184 e 191; vistas que no se dirigen directamente al relator: colectivas, 93, 118, 119, 120 y 121; individual, 205.

- 11.- Cf. en general todos los textos seleccionados que se refieren a la prensa y al periodista.
- 12.- Cf. el número 134 de la selección.
- 13.- Cf. los artículos 76 y 144 de la selección.
- 14.- Cf. los artículos 45, 75, 123 y 158 de la selección.
- 15.- Cf. para el paseo, los números 1 y 55 y, para el café, el 11.
- 16.- Cf. los números 8, 10, 12, 77, 93 y 118 a 121 de la selección.
- 17.- Cf. los números 26, 29 y 83 de la selección.
- 18.- Cf. los textos 38, 183 y 244 de la selección.
- 19.- Cf. el número 36 de la selección.
- 20.- Cf., respectivamente Saquero Goyanes, 1963, 11-41; Uccelay, 1951, 44-45, 47-52, 56-57, 61, 85-93; Peale, 1977, 23, 29-30, 32-33, 92, 99, 120-129, 132-133.
- 21.- Cf. el artículo número 153 de la selección.
- 22.- Cf. el epígrafe 6. 2., para las épocas establecidas y el Apéndice 2, para los artículos seleccionados en cada una de ellas.
- 23.- Un caso equiparable pero de signo contrario sería el artículo —número 105 de la selección— publicado en la prensa aragonesa en que Madrazo canta las glorias de la región y de su capital.
- 24.- Cf. los artículos 31 y 40 de la selección.
- 25.- Cf., para el primer caso, los textos 87 y 88 de la selección y recordar, para el segundo, las colaboraciones de Vicente de la Fuente en Los españoles pintados por sí mismos.

- 26.- Cf. el número 106 de la selección.
- 27.- Cf. el número 105 de la selección.
- 28.- Cf. el número 183 de la selección.
- 29.- Cf. MUM, 37 (13-IX-1863), 291-292, y el número 138 de la selección.
- 30.- Cf. el texto 198 de la selección.
- 31.- Cf. el número 211 de la selección; el de Álvarez y Adé, lleva el número 106.
- 32.- Cf. el número 212 de la selección.
- 33.- Cf. el número 213 de la selección.
- 34.- Cf. el número 214 de la selección.
- 35.- Cf. los números 215 y 216 de la selección.
- 36.- Cf. el cuadro 4 para estas cifras.
- 37.- Para estas cifras y, en general para las que siguen, cf. el cuadro 3, el Cuadro 5 y el Gráfico 4.
- 38.- El resto de las cifras, comparadas con las comentadas, carecen prácticamente de interés: treinta artículos de los de la clase baja rural; doce de censura de la clase alta urbana, once de censura de la clase baja rural, nueve de los de la clase baja urbana, siete de censura de la clase media rural, seis de tolerancia de la clase media rural, cinco de tolerancia de la clase baja rural, cuatro de censura de la clase baja urbana, tres de tolerancia de la clase baja urbana, dos de los de la clase media rural y otros dos de los de la clase alta urbana. No hay ningún caso de censura de la clase alta rural, ni de tolerancia de la clase alta urbana, ni de tolerancia de la clase alta rural.
- 39.- Cf. la frecuencia de los tipos mencionados en el Cuadro 5.
- 40.- Los grupos de afinidad establecidos en el Cuadro 5 no son homogéneos — ni pueden serlo — de una manera absoluta y — menos algunos como los dos últimos — y, en parte, el número 20 —, fosa común de los elementos

dispersos. Una relación alfabética hubiese sido, evidentemente, de confección más rápida y simplista pero no hubiese sido más que la referencia para las múltiples clasificaciones de lo en ella integrado de forma tan mecánica. Se ha optado, pues, por establecer una única clasificación que, si no se atiende —porque no es posible— a un único criterio, resulta la más práctica y significativa a pesar de que un mismo tipo pudiera haberse incluido con igual o mayor razón en otro u otros grupos. Es ocioso advertir que lo computado en el Cuadro 3 así como lo visualizado en el Gráfico 4 son descripciones totales o parciales de un tipo y no artículos del "subgénero" de tipos.

- 41.- Se suman aquí los grupos 6, 15, 19 y 16.
- 42.- Para el establecimiento de estas épocas, cf. el epígrafe 6.2.
- 43.- Cf. el epígrafe 7.2.
- 44.- Cf., para lo que sigue, el Cuadro 4.
- 45.- Cf. el epígrafe 7.2.2.
- 46.- Cf. el "primitivo" texto número 2 y el anómalo número 105 de la selección.

CONCLUSIONES

Toda la Parte III de este trabajo es la síntesis de las dos anteriores. Está dispuesta como estudio orgánico de las conclusiones que se desprenden del cotejo entre las líneas teóricas generales asentadas en la Parte I y la presentación cuantificada de los datos más significativos que la Parte II revela. En consecuencia, hay que remitirse a los epígrafes 6 y 7 y, sólo por mor del formulismo se extrae ahora lo más substancial de las páginas precedentes aunque tal reducción implique el riesgo de privar de sentido a algunos asertos, de mermar o ampliar el alcance de otros y de dejar a la mayoría sin la matización que puede dar la clave para calibrar la relevancia de todos.

El costumbrismo español nace en el momento en que confluyen los tres componentes básicos que están en su origen: la relativa liberalización política de las postrimerías del reinado de Fernando VII, el influjo del costumbrismo francés, a su vez deudor del inglés, en el que se apreciarían lejanas huellas técnicas de obras españolas asociables a la literatura picaresca, y el desarrollo del periodismo español sustentado por su fase dieciochesca.

Frente a esta explicación histórica, el propio costumbrismo, especialmente por obra de Mesonero, reniega de la influencia extranjera previamente admitida y se presenta como renovación decimonónica de una tradición literaria que se remonta al Siglo de Oro español y a cuyo término el costumbrismo francés e inglés intervienen limitándose a actuar como estímulo inicial de un modo de escritura que así es "restituida" a España. Menéndez Pelayo impide que se dude de la veracidad de esta versión vinculando el costumbrismo con la novela hasta el punto de que ésta lo integra como un descriptivismo realista. Con contadas excepciones, los

que después se ocupan del género parten de las palabras de Menéndez Pelayo basándose en su autoridad o suscribiéndolas por afinidad ideológica.

En torno a mediados del siglo XX se publican tres estudios con los que la historia del costumbrismo parece quedar explicada de una forma coherente y definitiva. Evaristo Correa Calderón recopila sus estudios parciales previos para prologar una amplísima antología del costumbrismo. Sus ideas son actualización de las de Mesonero y sus criterios selectivos se atienen al descriptivismo agénérico que le permite denominar costumbrismo tanto a Rinconete y Cortadillo, de Cervantes, como a Silla del moro y nuevas escenas andaluzas (1948), de Emilio García Gómez. Margarita Ucelay da Cal, al tener que estudiar el subgénero de tipos, también fruto de una moda extranjera, se muestra ambigua en torno a los auténticos orígenes del costumbrismo español. José Fernández Montesinos, quizá fiado de lo que Mesonero dice literalmente y del refrendo de Menéndez Pelayo, incluye entre sus estudios sobre la novela del siglo XIX el análisis del costumbrismo. Sus conclusiones, a pesar de ser lógicas porque comprueban que en el artículo de costumbres no hay elementos novelescos cuando creía poder encontrarlos para establecer los orígenes de la novela, se formulan como un rechazo afectivo e ideológico hacia el género, una privación de este rango al costumbrismo y una reducción de su función a mero preparador del gusto por lo novelesco. Aunque el libro no sea confuso ni contradictorio en sí mismo, de hecho ha funcionado como si lo fuera al predisponer a toda la crítica posterior en contra del género y al constituir un callejón sin salida aparente para el tema de sus

relaciones con la novela.

A partir de los estudios de Correa, Ucelay y Montesinos, el costumbrismo resulta una manifestación literaria - informe y molesta que se interpreta en términos ideológicos y políticos para sistematizar una escisión ya propuesta por Masonero y que cumple la misma función que la vieja cuestión de los orígenes extranjeros o nacionales: el costumbrismo es conservador en sí mismo pero Larra, que es uno de sus tres fundadores, es progresista. Sin comprobar las circunstancias del camino recorrido por Montesinos ni indagar de dónde procede la idea de que el costumbrismo se ha dado siempre que ha habido realismo literario, se procede a reducir al costumbrismo a puro dato denotativo fuente de información histórica y, en consecuencia, a no reconocerlo como género ni, incluso, como literatura.

En este contexto y a estas alturas del trabajo, se hace preciso rastrear los rasgos ideológicos del costumbrismo -- y dar con su mecánica medular para tratar de encontrar sentido a esta interferencia que una explicación del género -- llega a producir en su historia hasta suplantarla. Así, la "españolización" del costumbrismo puede deberse a un componente tradicionalista como el que opera en la formulación conservadora del romanticismo. Tal hipótesis permite contemplar que la reacción costumbrista contra la imagen romántica de España que se produce en el extranjero es un medio para, a la larga, hacer pasar la tradición por tradicionalismo y acaparar el derecho a dar como incuestionable la interpretación de la historia de España que interese. Puestas al -- descubierto las falsas conexiones de los elementos de la -- argumentación, es posible llegar a proponer que el costum-

brismo debe entenderse como género literario que tiene un origen puntual debido al influjo extranjero y que cumple una función históricamente revolucionaria al ser testigo y actor en el proceso de acceso al poder que la burguesía española emprende de forma decisiva a la muerte de Fernando VII y que culmina con la Revolución de 1868. Y, al contemplar la coherencia de esta nueva interpretación, fruto de la revisión de los textos costumbristas y de la forma en que han sido enjuiciados hasta ahora, aparece la evidencia de que es en el propio costumbrismo y en su función -- ideológica donde se sitúa la causa del desdibujamiento de sus orígenes e incluso de la ocultación de la mecánica que lleva a ello desde el principio y sigue manifestándose en la crítica actual. Si esta perspectiva permite contemplar todo el fenómeno en su conjunto, también podrá relativizar todo lo dicho sobre el costumbrismo. Bastará la elección de un determinado aspecto significativo que interese para comprobar la hipótesis de la necesidad de modificar básicamente la interpretación del costumbrismo.

Ante la imposibilidad práctica actual de revisar uno por uno todos los elementos que entran en juego en el establecimiento de la historia del género y de rellenar todas las lagunas que se aprecian en ella, se procede a establecer los parámetros temporales con carácter provisional en lo que supone síntesis de datos ajenos pero de forma definitiva al fijar la denominación "artículo de costumbres" como específica del costumbrismo, del que son antecedentes -- los "cuadros". Igualmente, como forma de privilegiar la función que en esta historia cumplen los fundadores del costumbrismo, se estudia la poética del género. Con esta

comprobación del alcance ideológico del costumbrismo a la luz de sus lugares comunes y sin que en el esquema histórico haya sido reservado por la crítica precedente otro espacio para el costumbrismo aragonés que el ocupado por los artículos publicados casi con exclusividad en Madrid que aluden temáticamente a Aragón, la posibilidad de la existencia de otra clase de costumbrismo aragonés se convierte en realidad y su estudio, en el aspecto que puede confirmar la hipótesis de que la historia y la teoría actuales del costumbrismo español presentan contradicciones de grueso calibre.

La primera evidencia es la propia existencia de esa otra clase de costumbrismo hasta ahora no conocido oficialmente y, luego, las pruebas encadenadas que matizan, relativizan o invalidan lo que parecían ideas definitivas sobre el género y que permiten apreciar cómo, de permanecer en la órbita ideológica del costumbrismo o, al menos, de no partir de la base de que se está en ella, todos los caminos obstruidos ~~siguen~~ siguen siendo impracticables.

De no proceder así, la exhumación del auténtico costumbrismo aragonés no hubiese supuesto otra cosa que la simple adición numérica de quinientos sesenta textos a la lista que la investigación aumenta de vez en cuando. Pero la convicción de que el cierre del viejo edificio costumbrista no se debía a falta de nuevos inquilinos sino a la necesidad de reformas, unida a la descripción crítica de los textos rescatados, prueban que su aportación al costumbrismo nacional es cualitativa y no sólo una cuestión de cantidad. El costumbrismo es un género literario y exige que el estudio de su técnica específica sea prioritario frente a las posibles conexiones con la novela, exi

ge que excluya de él el descripticismo, el relato, el informe folklórico, el baturrismo y todo lo que hasta ahora ha contribuido al confusionismo, comenzando por la propia terminología. El costumbrismo responde a una ideología de clase y no a una partidaria e impide efectuar con él condenas ideológicas totales al tiempo que encuentra su explicación como fenómeno histórico que no puede existir antes de 1831 ni después de 1874. El costumbrismo no puede parcelarse en "escuelas" geográficas creadas por el oportunismo de Mesonero sino que debe concebirse como un macrotexto -- unitario donde se elabora la imagen burguesa del mundo y -- se transmiten los mecanismos para su consolidación y expansión. De no entenderse todo esto así, habría que reconocer que el costumbrismo aragonés es sustancialmente distinto -- al español conocido hasta ahora...

BIBLIOGRAFÍA CITADA

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ABELLÁN, José Luis (1977), Los españoles vistos por sí mismos. [La visión que los españoles han tenido de sí mismos a partir de los años en que se constituyó la unidad nacional], Madrid, Ed. del autor, [Gráficas Ibarra].
- ALBURG, Juan Luis (1980), Historia de la Literatura Española. IV: El Romanticismo, Madrid, Gredos.
- ALONSO, Cecilio (1971), Literatura y poder. España 1834-1868, Madrid, Alberto Corazón. "Comunicación, Serie B, nº 14".
- ALVAREZ ARREGUI, Federico (1962), "Larra en España y en América", Insula, 188-9 (1962), en Benítez, 1979, 310-315.
- ALLEGRA, Giovanni, (1980), La viña y los surcos. Las ideas literarias en España del XVIII al XIX, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla. "Colección de Bolsillo, 84".
- ARAGÓN, (1980) VV. AA. Director general, Ángel Canellas López, Aragón en su historia, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1980.
- ARAGONÉSES, (1977), VV. AA. Los aragoneses, Madrid, Istmo.
- ARTOLA, Miguel (1976), La burguesía revolucionaria (1808-1874), Madrid, Alianza-Alfaguera. "Alianza Universidad, 46", 4ª ed.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1949), El cuento español en el siglo XIX, Madrid, CSIC. "Anejos de Revista de Filología Española, L".
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1963), "Perspectivismo y crítica en Cadalso, Larra y Mesonero Romanos", en Perspectivismo y contrastes. [De Cadalso a Pérez de Ayala], Madrid, Gredos, "Campo Abierto, 10", 11-41.
- BAQUERO GOYANES, Mariano (1969), "La novela española en la segunda mitad del siglo XIX", en Historia General de las Literaturas

- Hispánicas, Barcelona, Vergara, reimpresión de la 1ª ed., V, 55-143.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1981), Obras Completas, Madrid, Aguilar, decimotercera edición, segunda reimpresión.
- BENÍTEZ, Rubén (1979), Mariano José de Larra. Edición de Rubén Benítez, Madrid, Taurus. "Persiles, 110. El Escritor y la Crítica".
- BENÍTEZ CLAROS, Rafael (1965), Antonio Flores. Una visión costumbrista del siglo XIX, Santiago de Compostela, Secretariado de Publicaciones de la Universidad.
- BERGAMÍN, José (1937), "Larra, peregrino en su patria (1837-1837). El antifaz, el espejo y el tiro", Hora de España, XI (noviembre de 1937), en Benítez, 1979, 85-95.
- BEYRIE, J. (1976), "Problèmes du costumbrismo: Mesonero Romanos et le roman", Caravelle, 27 (1976), 73-81.
- BLANCO GARCÍA, Francisco (1989), La literatura española en el siglo XIX, 3 vols., Madrid, Sáenz de Jubera Hermanos, editores, 3ª ed.
- BLASCO IBAZÓ, José (1947), Historia de la prensa zaragozana (1683-1947). Zaragoza, Tall. edit. "El Noticiero".
- CABAÑAS, Pablo (1946), "No se olvides" (Madrid, 1837-38), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del CSIC, 1946. "Colección de Índices de Publicaciones Periódicas, II".
- CABRERA, Vicente (1977), "El arte satírico de Larra", Hispanófila, 59 (1977), en Benítez, 1979, 296-304.
- CABRERA et. al. (1975), Mercedes Cabrera, Antonio Elorza, Javier Valero, Matilde Vázquez, "Datos para un estudio cuantitativo de la prensa diaria madrileña (1850-1875)", Prensa y sociedad en España (1820-1936), Universidad de Pau. Centro de Investigaciones Hispánicas. Edición a cargo de Manuel Tuñón de Lara, Antonio Elorza y Manuel Pérez Ledesma. Madrid, Edicusa, "Colección I.T.

S.", 47-147.

- CAMPOS, Jorge (1955 a), "Introducción" a la Vida y obra de D. Serafín Estébanez Calderón. "El Solitario" [I], en Estébanez, I, VII-XLIII.
- CAMPOS, Jorge (1955 b), "Introducción" a la Vida y obra de D. Serafín Estébanez Calderón. "El Solitario" [II], en Estébanez, II, IX-XV.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1883), El Solitario y su tiempo. Biografía de don Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras; 2 vols., Madrid, Pérez Dubrull. "Colección de Escritores Castellanos, 9 y 12".
- CARNERO, Guillermo (1978), Los orígenes del romanticismo reaccionario español: El matrimonio Böhrl de Feber, Valencia, Universidad de Valencia. Facultad de Filología. Departamento de Lengua y Literatura. "Serie Mayor, 1".
- CASO GONZÁLEZ, José (1970), "Introducción biográfica y crítica" a Gaspar Melchor de Jovellanos, Obras en prosa, Madrid, Castalia. "Clásicos Castalia, 18", 7-67.
- CASTILLO, Rafael (1978), "Los prólogos a las novelas de Fernán Caballero y los problemas del realismo", Letras de Deusto, 8, 15 (enero-junio, 1978), 185-193.
- CEJADOR Y FRANCA, Julio (1917), Historia de la lengua y literatura castellana. Comprendidos los autores hispanoamericanos. Tomo VII: época romántica (1830-1849), Madrid, Tip. de la "Revista de Archivos, bib. y museos", 1917. Edición facsímil: Madrid, Gredos, 1972. "Biblioteca Románica Hispánica, IX".
- CORREA CALDERÓN, Evaristo (1964), Costumbristas españoles. Estudio preliminar ["Introducción al estudio del costumbrismo español", pp. XI-CXL] y selección de textos por E. Correa Calderón, 2 vols,

Madrid, Aguilar. I, Autores correspondientes a los siglos XVII, XVIII y XIX, 2ª ed. [1ª ed.: 1950]

CORREA CALDERÓN, Evaristo (1951), Costumbristas españoles. Estudio preliminar y selección de textos por E. Correa Calderón, 2 vols., Madrid, Aguilar, II, Autores correspondientes a los siglos XIX y XX.

COTARELO, Emilio (1925), "Elogio biográfico de D. Ramón de Mesonero Romanos", Boletín de la Real Academia Española, XII, 155-191, 309-343, 433-469.

DÍAZ PLAJA, Fernando (1972), La sociedad española. (Desde los orígenes hasta nuestros días), Espugas de Llobregat, Plaza y Janés. "El arca de papel, 22".

DOMÍNGUEZ LASIERRA, Juan (1979), Cuentos, recontamientos y conceñillos aragoneses. 2 vols. Zaragoza, Librería General, 1979, "Colección Aragón", 40 y 41.

EAEA (1979), VV. AA., Estado Actual de los estudios sobre Aragón. Actas de las Primeras Jornadas celebradas en Teruel, del 18 al 20 de diciembre de 1978. 2 vols. Zaragoza, [Cometa], 1979.

EAEA (1980), VV. AA., Estado actual de los estudios sobre Aragón. Actas de las Segundas Jornadas celebrada en Huesca, del 19 al 21 de diciembre de 1979. 2 volúmenes. Zaragoza, [Cometa], 1980.

ESCOBAR, José (1970), "Sobre la formación del artículo de costumbres: Mariano de Rementaría y Fica, redactor del Correo Literario y Mercantil", Boletín de la Real Academia Española, 50, 559-573.

ESCOBAR, José (1972), "El pobrecito hablador, de Larra, y su intención satírica", Paneles de San Armadans, 64, 5-44.

ESCOBAR, José, (1973), Los orígenes de la obra de Larra, Madrid, Pre

- se Española, "El soto, 23", 2ªed.
- ESCOSAR, José (1977), "Costumbres de Madrid: Influencia de Mercier en un programa costumbrista de 1828", Hispanic Review, 45, 1, 29-42.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Serafín (I/ II), Vida y obra de D. Serafín Estébanez Calderón. "El Solitario". Edición, prólogo y notas de Jorge Campos, 2 vols., Madrid, Atlas, 1955; "Biblioteca de Autores Españoles, LXXVIII, LXXIX".
- FABRA BARREIRO, Gustavo (1867), "El pensamiento vivo de Larra", Revista de Occidente, 50, en Benítez, 1979, 119-134.
- FERNÁNDEZ CLIMENTE, Eloy (1975), Aragón contemporáneo (1833-1838). Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1975. "Estudios de Historia contemporánea. Siglo XXI".
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy y FORCADELL, Carlos, (1978), Estudios de Historia Contemporánea de Aragón, Zaragoza, Facultad de Ciencias Empresariales y Económicas.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy y FORCADELL, Carlos (1979), Historia de la prensa aragonesa, Zaragoza, Guera.
- FERNÁNDEZ HERR, Elena (1973), Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage 1755-1823, París, Didier, "Études de littérature étrangère et comparée".
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1968), Galdós, II, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, VIII".
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1969), Pareda o la novela idilio, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, VI".
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1970), Valera o la ficción libre, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, V".

- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1972 a), Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas. (1800-1850), Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, I" 3ª ed.
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1972 b), Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, II", 3ª ed.
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1972 c), Galdós, I, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, VII", 2ª ed.
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1973), Galdós, III, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, IX".
- F[ERNÁNDEZ] MONTESINOS, José (1977), Pedro Antonio de Alarcón, Madrid, Castalia, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, IV".
- FERRERAS, Juan Ignacio (1970), "Novela y costumbrismo", Estudios Hispánicos, 242-244, 345-357.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1973), Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830), Madrid, Taurus, "Estudios sobre la novela española del siglo XIX, Iª".
- FERRERAS, Juan Ignacio (1974), "El costumbrismo", Historia de la literatura española, Madrid, Guadiana, III, 81-86.
- FERRERAS, Juan Ignacio (1979), Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX, Madrid, Cátedra.
- FONTANA LÁZARO, Josep (1973), Hacienda y estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1833, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales-Ministerio de Hacienda.
- FONTANA LÁZARO, Josep (1974), La quiebra de la monarquía absoluta

- (1814-1820), Esplugues de Llobregat, Ariel, "Ariel quincenal, 100", 2ª ed.
- FONTANA LÁZARO, Josep (1977), La revolución liberal. Política y Hacienda en 1833-1845, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales-Ministerio de Hacienda.
- FONTANA LÁZARO, Josep (1980), La Hacienda en la Historia de España. 1700-1931, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales-Ministerio de Hacienda.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1920), "Le modèle innové du Panorama Matritense, de Mesonero Romanos", Revue Hispanique, XLVIII, 257-310.
- FRANCO DE ESPÉS, Carlos (1961), Los motines y la formación de la Junta revolucionaria de Zaragoza en 1835, Zaragoza, Diputación Provincial. Institución "Fernando el Católico".
- GARCÍA-PANDAVIÉS, Elsa (1972), "Introducción" a El Censor. (1781-1787), Barcelona, Labor, "Textos Hispánicos Modernos, 19", 19-59.
- GIL NOVALES, Alberto (1975), Las sociedades patrióticas (1820-1823). Las libertades de expresión y de reunión en el origen de los partidos políticos, Madrid, Tecnos.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Marina (1969), Prensa zaragozana en el Archivo Municipal, Zaragoza, [Excmo. Ayuntamiento, 1969], "1ª Jornada Culturales".
- GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás (1969), "Periodismo y literatura periodística en el siglo XIX", Historia General de las Literaturas Hispánicas, Barcelona, Vergara, V, reimp., 148-183.
- HENDRIX, W. S. (1920), "Notes on Jouy's Influence on Larra", Romanic Review, XI, 37-45. ["Notes sobre la influencia de Jouy en Larra"] en Benítez, 1979, 217-225.

- HENDRIX, W. S. (1921-1922), "Guevada, Guevara, Lesage and the Inter
ler", Modern Philology, XIX, 177-186.
- HENDRIX, W. S. (1933), "Notes on Collections of Types, a Form of
'costumbrismo'", Hispanic Review, I, 208-221.
- HERRERS, Javier (1963), Fernán Caballero: un nuevo planteamiento,
Madrid, Gredos.
- HERRERO, Javier (1973), Los orígenes del pensamiento reaccionario
español, Madrid, Edicusa, "Colección ITS", 2ª edición.
- HERRERO, Javier (1978), "El naranjo mecánico: esencia del costumbris-
mo", Hispanic Review, XLVI, 343-354.
- HOFFMANN, Léon-François (1961), Romantique Espagne. L'image de
l'Espagne en France entre 1800 et 1850, New Jersey, Université
de Princeton-Paris, Presses Universitaires de France, "Publica-
tions du Département de langues romanes de l'Université de Prin-
ceton".
- HUBBARD, Gustave (1876), Histoire de la littérature contemporaine
en Espagne, Paris, Charpentier et Cie., Libraires-Éditeurs,
"Bibliothèque Charpentier".
- MURTADO Y J. DE LA SERNA, Juan y GONZÁLEZ-PALENCIA, Ángel (1949),
Historia de la literatura española, Madrid. Santa, 6ª edición.
- IA, W.A.A. (1978), Informe Aragón. I Congreso de Estudios Aragoneses,
Zaragoza. Institución "Fdo. el Católico".
- JUTGLAR BERNAUS, Antoni (1968), Ideología y clases en la España con-
temporánea. 1808-1874, Madrid, Edicusa.
- KIRKPATRICK, Susan (1977), Larra: el laberinto inextricable de un
romántico liberal, Madrid, Gredos.
- KIRKPATRICK, Susan (1978), "The Ideology of Costumbrismo", Ideolo-
gies and Literature, II, 7, 26-44.
- LARRA, Mariano José de (I/II/III/IV), Obras de D. Mariano José de

- Larra (Figaro). Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano. 4 vols., Madrid, Atlas, 1950, "Biblioteca de Autores Españoles, CXXVII, CXXVIII, CXXIX, CXXX".
- LE GENTIL, Georges (1909 a), Le poète Manuel Bretón de los Herreros et la société espagnole de 1830 à 1850, París, Hachette.
- LE GENTIL, Georges (1909 b), Les Revues littéraires de l'Espagne pendant la dernière moitié du XIX^e siècle. Aperçu bibliographique, París, Hachette.
- LEPPGM (1851), Los Españoles pintados por sí mismos. Por varios autores. Adornada con cien grabados, Madrid, Gaspar y Roig, editores, 1851. "Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig".
- LÓMBEA Y PEDRAJA, José Ramón (1932), Costumbres españolas de la primera mitad del siglo XIX, Santander, Imp. Lit. y enc. Vda. de F. Fons.
- LÓMBEA Y PEDRAJA, José Ramón (1926), Mariano José de Larra (Figaro). Cuatro estudios que le abordan o le bordean, Madrid, Tip. de Archivos.
- L [ÓPEZ] ARANBUEN, José Luis (1974), Moral y sociedad. Introducción a la moral social española del siglo XIX, Madrid, Edicusa, "Divulgación Universitaria. Cuestiones españolas, 61", 5ª edición.
- LLORENS, Vicente (1958), Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834), Madrid, Castalia, 2ª edición.
- LLORENS, Vicente (1980), El romanticismo español. Ideas literarias. Literatura e historia, Madrid, Fundación Juan March-Castalia, "Pensamiento Literario Español, 7".
- MACHADO, Antonio (1937), "Miscelánea apócrifa. Palabras de Juande Mairena", Hora de España, XII, en Benítez, 1979, 80-81.
- KALZTU, Hamiro de (1903), "Larra y su tiempo", Nuevo Mundo, XV, 774, en Benítez, 1979, 51-54.

- MAINER, José-Carlos (1983), "Del romanticismo en Aragón: La Aurora (1839-1841)", en Homenaje a Fernando Lázaro Carreter [1983, en prensa], 474-486.
- MARCO, Joaquín (1972), Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX. 2 vols., Madrid, Taurus, 1977, "Persiles, 182".
- MARTÍN, Gregorio C. (1975), Hacia una revisión crítica de la biografía de Larra, Porto Alegre, PUE-Emma.
- MARTÍN GAITE, Carmen (1972), Usos amorosos del dieciocho en España, Madrid, Siglo XXI de España.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1942), Estudios y discursos de crítica histórica y literaria, VI, Santander, CSIC, "Obras completas de Menéndez Pelayo, XI"
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1956), Varia, II, Santander, C S I C , "Obras completas de Menéndez Pelayo, LXIV".
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (I/II/III/IV/V); Obras de don Ramón de Mesonero Romanos. Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, 5 vols., Madrid, Atlas, ¹⁹⁶⁷ "Biblioteca de Autores Españoles, CXCIX, CC, CCI, CCII, CCIII".
- MILLER, Stephen (1980), "Mesonero Romanos y la novela moderna", Insula, 407, 1, 10 y 11.
- MONTES HUIDOBRO, Matías (1970), "La actitud diferencial en Larra: superficie y fondo de la angustia", Hispanófila, 39, 3, 29-41.
- MONTGOMERY, Clifford Marvin (1931), Early "postumbrista" Writers in Spain, 1750-1830, Philadelphia, University of Pennsylvania.
- NAVAS-RUIZ, Ricardo (1970), El romanticismo español. Historia y crítica, Salamanca, Anaya, "Temas y Estudios".
- NAVAS-RUIZ, Ricardo (1979), Imágenes liberales. Rivas-Larra-Galdós, Salamanca, Almar, "Almar Universidad, 1".
- OLIVER, Miguel S. (1908), "Larra", La Vanguardia, en Benítez, 1979,

55-77.

- PEALE, G. George (1977), La anatomía de "El Diablo Cojuelo": Deslin-
des del género anatómico, Chapel Hill, University of North
 Carolina Press [Artes Gráficas Soler, Valencia], "North
 Carolina Studies in the Romance languages and literatures, 191".
- PEERS, E. Allison (1973), Historia del movimiento romántico español,
 2 vols., Madrid, Gredos, 2ª edición, reimp.
- PETERSEN, H. (1936), "Notes on the influence of Addison's Spectator
 and Marivaux's Spectateur Français upon El Pensador", Hispanic
Review, IV, 3, 255-263.
- PLAGE, E. B. (1936), "A Note on El diablo cojuelo and the French
 Sketch of Manners and Types", Hispania, XIX, 235-240.
- PORTER, M. E. (1940), "Eugenio de Tapia: A forerunner of Mesonero
 Romanos", Hispanic Review, VIII, 145-155.
- RÍO, Ángel del (1963), Historia de la literatura española. 2 vols.,
 New York, Holt, Rinehart and Winston, Edición revisada.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1976), La novela popular española del siglo
XIX, Madrid, Fundación Juan March-Ariel, "Colección Monografías".
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1981), "Circunstancia y alusión en un artí-
 culo de Larra ("El Siglo en blanco)", Homenaje a Gonzalo Te-
rrente Ballester, Salamanca, Biblioteca de la Caja de Ahorros y
 Monte de Piedad de Salamanca, 1981, 639-647. Separate.
- ROBIO CREMADES, Enrique (1977/1978/1979), Costumbrismo y folletín.
Vida y obra de Antonio Flores, 3 vols., Alicante, Instituto de
 Estudios Alicantinos.
- RUIZ LASALA, Inocencio (1977), Bibliografía zaragozana del siglo
XIX, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico" (CSIC) y
 Excmo. Ayuntamiento, 1977.
- SALCEDO RUIZ, Ángel (1916), La literatura española. Resumen de His-

- toria Crítica, Madrid, Casa Editorial Calleja, 2ª edición.
- SEBOLD, Russell P. (1975), "El costumbrismo y lo novelístico en los Pronósticos de Torres: Análisis y antología", en Novela y autobiografía en la "Vida" de Torres Villarroel, Esplugues de Llobregat, Ariel, "Letras e Ideas. Minor, 5", 151-198.
- SECO SERRANO, Carlos (1960), "La crisis española del siglo XIX en la obra de Larra", en Larra, I, VII-LXXX.
- SECO SERRANO, Carlos (1962), "De 'El Pobrecito Hablador' a la colección de 1835. 'Los arrepentimientos' literarios de Fíguro", Insula, 188-189, en Benítez, 1979, 158-162.
- SECO SERRANO, Carlos (1973), Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX. (En torno a Larra, Mesonero, Galdós y Baroja). Madrid-Barcelona, Guadiana, "Biblioteca Universitaria Guadiana".
- SEGANE, María Cruz (1977), Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX, Valencia, Fundación Juan March-Castalia, 1977. "Pensamiento literario español, 4".
- SIMÓN DÍAZ, José (1946a), "Semanario Pintoresco Español" (Madrid, 1836-1857), Instituto "Nicolás Antonio" del C S I C, "Colección de índices de Publicaciones Periódicas, IV".
- SIMÓN DÍAZ, José (1946 b), "El Artista" (Madrid, 1835-36), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del C S I C, 1946. "Colección de índices de Publicaciones Periódicas, I".
- SIMÓN DÍAZ, José (1946 c), "El Alba" (Madrid, 1838-39), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del C S I C, 1946. "Colección de índices de Publicaciones Periódicas, III".
- SIMÓN DÍAZ, José (1947 a), "El Arca del Creyente" (Madrid, 1842), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del C S I C, 1947. "Colección de índices de Publicaciones Periódicas, VII".

- SIMÓN DÍAZ, José (1947b), "Liceo Artístico y Literario" (Madrid, 1838), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del CSIC, 1947. "Colección de Índices de Publicaciones Periódicas, VI".
- SIMÓN DÍAZ, José (1949), Educación Pintoresca (Madrid, 1857-59), Madrid, Instituto "Nicolás Antonio" del C S I. C., 1948. "Colección de Índices de Publicaciones Periódicas, X".
- TARR, F. Courtney (1928-1929), "Larra's Quende Satírico del Día", Modern Philology. XXVI, 31-46, en Benítez 1979, 143-157.
- TORRE, Guillermo de (1937), "Larra", Sur, VII, en Benítez, 1979, 86-99.
- TRUEBLOD, Alan S. (1961), "'El castellano viejo' y la Sátira III de Boileau", Nueva Revista de Filología Hispánica, XV, 529-538, en Benítez, 1979, 226-235.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, et al. (1980), Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen. Madrid, Siglo XXI de España.
- UCELAY DA CAL, Margarita (1951), Los Españoles pintados por sí mismos (1843-1844). Estudio de un género costumbrista, México, Fondo de Cultura Económica, "El Colegio de México".
- ULLMAN, Pierre L. (1962), "Larra y la policía", Insula, 193, en Benítez, 1979, 163-170.
- UNAMUNO, Miguel de (1931), "Releyendo a Larra", El Norte de Castilla, 5 de diciembre, en Benítez, 1979, 78-79.
- VALERA, Juan (1961), Obras completas, II, Crítica literaria, Madrid, Aguilar, 3ª edición.
- VARELA, José Luis (1950), "Sobre el estilo de Larra", Arbor, 47 (diciembre), 30-51, en Benítez, 1979, 277-295.
- VARELA IGLESIAS, José Luis (1987), La palabra y la llana, Madrid,

Prosa Española, "Colección Viglumbres, 7".

VARELA IGLESIAS, José Luis (1970), El costumbrismo romántico, Introducción, notas y selección de José Luis Varela, Madrid, Magisterio Español, "Novelas y Cuentos, 63".

YNDURÁIN, Francisco (1973), "Vida y obra de Braulio Foz", en Braulio Foz, Vida de Pedro Saputo, Barcelona, Laia, 1973, pp. 391-441.

ZAVALA, Iris M. (1972), Románticos y socialistas. Prosa española del XIX, Madrid, Siglo XXI de España.

APÉNDICES

APÉNDICE 1

FUENTES HEMEROGRÁFICAS Y OBRAS COLECTIVAS CONSULTADAS

FUENTES HEMEROGRÁFICAS Y OBRAS COLECTIVAS CONSULTADAS

En la siguiente relación alfabética se respeta la fragmentación epocal de algunas publicaciones tal como han sido estudiadas en el cuerpo del trabajo. Los años consignados corresponden a los consultados. En la mayoría de los casos, coinciden con todo lo conservado. Además de la localidad, se añade el depósito y, cuando se ha recurrido a ella, la abreviatura.

- 1.- El Alba, Madrid, 1838-1839. Biblioteca Nacional de Madrid
- 2.- Album Literario, Madrid, 1857-1868. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 3.- La Alianza Aragonesa, Zaragoza, 1882. Hemeroteca Municipal de Zaragoza
- 4.- La Antorcha, Teruel, 1887-1889. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 5.- El Anunciador, Zaragoza, 1853-1866. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. ANZ.
- 6.- El Anunciador de Aragón, Zaragoza, 1882. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 7.- El Aragón, Zaragoza, 1862-1863. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. ARZ.
- 8.- Aragón. Diario Republicano Federal, Huesca, 1887. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 9.- Aragón Político, Zaragoza, 1886. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 10.- El Aragonés, Teruel, 1884-1885. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 11.- El Aragonés, Zaragoza, 1892-1894. Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Hemeroteca Municipal de Madrid.

- 12.- El Arca del Creyente, Madrid, 1842. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 13.- El Artista, Madrid, 1835-1836. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 14.- El Ateneo, Madrid, 1833-1834. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 15.- El Ateneo, Teruel, 1892-1896. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 16.- La Aurora, Zaragoza, 1839-1841. Hemeroteca Municipal de Madrid, Biblioteca Nacional de Madrid, Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Casino Principal de Zaragoza. AUZ.
- 17.- El Avisador, Zaragoza, 1850-1854. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. AZ.
- 18.- El Avisador, Zaragoza, 1856-1868. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. AZ.
- 19.- Avisador Zaragozano, Zaragoza, 1848. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 20.- Boletín de Fomento y Saceta de los Tribunales, Zaragoza, 1844. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. BFZ.
- 21.- La Bruja, Teruel, 1873 (?). Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 22.- La Cartera, Zaragoza, 1868. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 23.- El Centinela de Aragón, Teruel, 1841-1843. Hemeroteca Municipal de Teruel. CAT.
- 24.- El Centinela de Aragón, Teruel, 1869-1870. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 25.- Las Circunstancias, Teruel, 1893-1896. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 26.- El Conciliador, Zaragoza, 1845. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 27.- El Correo de Aragón, Zaragoza, 1864-1868. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 28.- El Correo Nacional, Madrid, 1838. Biblioteca Nacional de Ma-

- drid.
- 29.- El Correo de Teruel, Teruel, 1888-1889. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 30.- El Corresponsal, Madrid, 1839-1844. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 31.- La Crónica, Teruel, 1882-1884. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 32.- La Crónica, Huesca, 1885-1892. Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Pública de Huesca.
- 33.- La Crónica de Aragón, Zaragoza, 1862. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 34.- La Crónica Aragonesa, Zaragoza, 1869. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 35.- La Crónica de Huesca, Huesca, 1892. Biblioteca Pública de Huesca.
- 36.- Crónica de vinos y cereales, Zaragoza, 1880-1882. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 37.- La Cruz de Sobrarbe, Barbastro, 1896. Hemeroteca Municipal de Madrid.
- 38.- La Derecha, Zaragoza, 1881. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 39.- Diario de Avisos de Zaragoza, Zaragoza, 1844-1845. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. DAZ.
- 40.- Diario Católico, Zaragoza, 1884-1885. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 41.- Diario Comercial e Industrial Aragonés, Zaragoza, 1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 42.- Diario Constitucional de Zaragoza, Zaragoza, 1820-1823. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. DCZ.
- 43.- Diario Constitucional de Zaragoza, Zaragoza, 1836-1844. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. DCZ.

- 44.- El Diario Democrático de Zaragoza, Zaragoza, 1879-1880. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 45.- El Diario De Huesca, Huesca, 1885, 1887, 1897. Biblioteca Pública de Huesca, Particular: Imprenta Martínez, de Huesca.
- 46.- El Diario de la Mañana, Zaragoza, 1880. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 47.- Diario Mercantil de Zaragoza, Zaragoza, 1888-1889. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 48.- Diario Político de Zaragoza, Zaragoza, 1820-1821. Casino Principal de Zaragoza. DPZ.
- 49.- Diario del Pueblo, Zaragoza, 1894. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 50.- Diario de Zaragoza, Zaragoza, 1797-1820. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. DZ.
- 51.- Diario de Zaragoza, Zaragoza, 1823-1836. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. DZ.
- 52.- Diario de Zaragoza. Periódico de Avisos, Zaragoza, 1846-1849. Hemeroteca Municipal de Zaragoza, DZ.
- 53.- El Ebro, Zaragoza, 1867. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 54.- Eco de Ambos Mundos, Londres, 1872-1874. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 55.- Eco de Aragón, Zaragoza, 1840-1843. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. EAZ.
- 56.- Eco de Aragón, Zaragoza, 1864-1872. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. EAZ.
- 57.- El Eco de Aragón. Revista Semanal Política-satírico-literaria, Zaragoza, 1868. Hemeroteca Municipal de Madrid.
- 58.- El Eco del Comercio, Madrid, 1834-1835. Biblioteca Nacional de Madrid.

- 59.- Eco del Pirineo Central, Jaca, 1881. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 60.- Educación Pintoresca, Madrid, 1857-1859.
- 61.- La Esmeralda, Zaragoza, 1848-1849. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. ESZ.
- 62.- La España Regional, Barcelona, 1886-1893. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 63.- Los españoles pintados por sí mismos, Madrid, 1843-1844. Biblioteca Nacional de Madrid. LEPPSM.
- 64.- El Esparterista, Zaragoza, 1854-1856. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. EPZ.
- 65.- La Esperanza del Pueblo, Zaragoza, 1888. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 66.- El Estado Aragonés, Zaragoza, 1873. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 67.- El Federal, Teruel, 1873. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 68.- El Ferro-Carril, Teruel, 1885-1886. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 69.- Gaceta Literaria Aragonesa, Zaragoza, 1886. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 70.- La Gacetilla de Zaragoza, Zaragoza, 1865. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 71.- Gazeta de Zaragoza, Zaragoza, 1873-1814. Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Biblioteca Nacional de Madrid.
- 72.- El Orito Aragonés, Zaragoza, 1869-1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 73.- El Herald, Madrid, 1842-1845. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 74.- Heraldo de Teruel, Teruel, 1896-1897. Hemeroteca Municipal de Teruel.

- 75.- La Iberia, Madrid, 1854-1855. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 76.- La Ilustración, Madrid, 1849-1852. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 77.- La Ilustración de España, Madrid, 1884-1885. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 78.- La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1871-1874. Biblioteca Municipal de Madrid. IEAM.
- 79.- La Ilustración Española y Americana, Madrid, 1875-1890. Biblioteca Nacional de Madrid. IEAM.
- 80.- La Ilustración Non Plus Ultra, Barcelona, 1886-1887. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 81.- La Ilustración Republicanas Federal, Madrid, 1871-1872. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 82.- La Ilustración. Revista Hispano-Americana, Barcelona, 1885-1886. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 83.- El Imparcial, Zaragoza, 1863-1864. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 84.- El Imparcial Aragonés, Zaragoza, 1868-1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 85.- El Instructor, Zaragoza, 1865. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 86.- El Integro, Zaragoza, 1867. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 87.- El Intransigente, Zaragoza, 1884-1887. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 88.- El Iris, Madrid, 1841. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 89.- El Iris, Madrid, 1858. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 90.- El Iris de España, Madrid, 1854-1855. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 91.- El Iris de Paz, Huesca, 1883-1885. Biblioteca Nacional de Madrid.

- 92.- El Liberal Aragonés, Zaragoza, 1843-1844. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 93.- La Libertad, Zaragoza, 1854-1856. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. LZ.
- 94.- Liceo Artístico y Literario, Madrid, 1839. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 95.- El Magisterio Aragonés, Zaragoza, 1897. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 96.- El Mercantil Aragonés, Zaragoza, 1897-1898. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 97.- El Mercantil Zaragozano, Zaragoza, 1892. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 98.- Miscelánea Turulense, Madrid, 1891-1901. Particular: D. Eloy Fernández Clemente, de Zaragoza.
- 99.- El Moseyco Zaragozano, Zaragoza, 1849. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 100.- Las mujeres españolas, americanas y lusitanas..., Barcelona, Juan Pons, h. 1881. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 101.- Las mujeres españolas, portuguesas y americanas..., Madrid-La Habana-Buenos Aires, Imprenta y Librería de don Miguel Guijarro, editor, 3 vols. I, 1872; II, 1873 y III, 1876. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 102.- El Museo de las Familias, Madrid, 1843-1845. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 103.- El Museo de las Familias, Madrid, 1846-1856. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 104.- El Museo de las Familias, Madrid, 1857-1868. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 105.- El Museo de las Familias, Madrid, 1857-1868, 1870. Bibliote-

ca Nacional de Madrid.

- 106.- El Museo Literario, Madrid, 1844. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 107.- El Museo Popular, Madrid, 1887, 1889. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 108.- El Museo Universal, Madrid; 1857-1866. Biblioteca Nacional de Madrid. MUM.
- 109.- No me Olvides, Madrid, 1837-1838. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 110.- Noticia al Embajador del Rey Católico en la Corte Británica, de las razones que han obligado a Su Magestad Católica a hacer la guerra al Emperador. Con licencia: En Zaragoza, en la oficina de Francisco Revilla, en la calle de San Lorenzo. Año 1733. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 111.- Noticias Generales de Europa, venidas a Zaragoza por la vía secreta de Flandes, Zaragoza, 1609. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 112.- La Nube, Zaragoza, 1857. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. NZ.
- 113.- Nuevo Avisador de Zaragoza, Zaragoza, 1880-1881. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 114.- Ocios de Españoles Emigrados en Inglaterra, Londres, 1824-1825. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 115.- La Opinión, Teruel, 1895-1896. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 116.- El Panorama, Madrid, 1838-1839. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 117.- El Papelito Aragonés, Zaragoza, 1894. Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Hemeroteca Municipal de Madrid.

- 118.- El Pedal, Huesca, 1896-1897. Particular: D. Luis Gracia, de Huesca.
- 119.- El Pensamiento, Madrid, 1841. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 120.- La Perseverancia, Zaragoza, 1865-1868. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. PZ.
- 121.- El Pilar de Zaragoza, Zaragoza, 1869-1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Casino Principal de Zaragoza.
- 122.- El Progreso Aragonés, Zaragoza, 1873. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 123.- El Progreso Radical, Zaragoza, 1872-1873. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 124.- La Propaganda, Zaragoza, 1871. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 125.- La Provincia, Teruel, 1879-1880. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 126.- La Provincia, Teruel, 1880-1881. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 127.- La Provincia de Huesca, Huesca, 1880. Biblioteca Pública de Huesca.
- 128.- Famillete Constitucional de Zaragoza, Zaragoza, 1820. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. RCZ.
- 129.- El Rayo, Zaragoza, 1857. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 130.- La República, Zaragoza, 1872-1873. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 131.- La República, Zaragoza, 1874. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 132.- La República, Zaragoza, 1894. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 133.- El Republicano, Zaragoza, 1869. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

goza.

- 134.- El Republicano, Zaragoza, 1895. Hemeroteca Municipal de Zaragoza
- 135.- Revista de Aragón, Zaragoza, 1878-1880. Biblioteca Nacional de Madrid, Casino Principal de Zaragoza.
- 136.- Revista Cronométrica, Zaragoza, 1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 137.- Revista de España y del Extranjero, Madrid, 1842. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 138.- Revista Española de Ambos Mundos, Madrid, 1853-1855. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 139.- Revista del "Recreo Terolense", Teruel, 1876. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 140.- Revista del Turia, Teruel, 1881-1888. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 141.- La Revolución, Zaragoza, 1869-1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 142.- El Saldubense, Zaragoza, 1857-1862. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. SAZ.
- 143.- La Semana, Madrid, 1849-1851. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 144.- Semanario Familiar Pintoresco, Barcelona, 1868-1870. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 145.- Semanario de las Familias, Madrid, 1882. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 146.- Semanario Pintoresco Español, Madrid, 1836-1846. Biblioteca Nacional de Madrid. SPEN.
- 147.- Semanario Pintoresco Español, Madrid, 1846-1857. Biblioteca Nacional de Madrid. SPEN.
- 148.- Semanario Popular. Periódico pintoresco, Madrid, 1862-1864. Biblioteca Nacional de Madrid.

- 149.- Semanario de Zaragoza, Zaragoza, 1798-1803 (discontinuo). Hemeroteca Municipal de Zaragoza, Biblioteca Nacional de Madrid.
- 150.- El Siglo Ilustrado, Madrid, 1867. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 151.- El Siglo Pintoresco, Madrid, 1845-1851. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 152.- Suplemento Ilustrado del Mercurio de Aragón, Zaragoza, 1877. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 153.- La Templanza, Zaragoza, 1849-1850. Hemeroteca Municipal de Zaragoza. IZ.
- 154.- El Tesón, Zaragoza, 1896-1897. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 155.- La Tribuna, Zaragoza, 1869-1870. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 156.- El Trovador del Ebro, Zaragoza, 1869. Biblioteca Nacional de Madrid.
- 157.- El Juria, Teruel, 1856-1857. Hemeroteca Municipal de Teruel. II.
- 158.- El Turgolesense, Teruel, 1876-1879. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 159.- El Turolense, Teruel, 1888-1890. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 160.- La Unión, Teruel, 1880. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 161.- La Verdad, Teruel, 1893-1895. Hemeroteca Municipal de Teruel.
- 162.- La Voz Aragonesa, Zaragoza, 1887. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 163.- El Zaragozano, Zaragoza, 1842. Hemeroteca Municipal de Zaragoza.
- 164.- El Zaragozano, Zaragoza, 1850-1854. Hemeroteca Municipal de

Zaragoza. EZ.

165.- El Zurriago Aragonés, Zaragoza, 1821. Biblioteca Universitaria de Zaragoza. ZAZ.

APÉNDICE 2

RELACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS TEXTOS SELECCIONADOS.

RELACION CRONOLÓGICA DE LOS TEXTOS SELECCIONADOS

- 1.- M.M.M., * "El Paseo nuevo de Santa Engracia", DZ, 35 (S, 25-II-1797), 137-139
- 2.- F.D.R.V. "Romance. * Rampín o el dios de los currutacos", DZ, 14 (D, 14-I-1798), 53-55.
- 3.- B. , "El gabinete de modas", DZ, 96 (S, 6-IV-1799), 381-382; 97 (D, 7-IV), 385-386; 98 (L, 8-IV), 389-390 y 99 (M, 9-IV), 393-395.
- 4.- R.C.R., "Don Abestruz. Novela varlesca", DZ, 325 (J, 21-XI-1799), 1.297-1.299; 326 (V, 22-XI), 1.301-1.303; 327 (S, 23-XI), 1.305-1.308; 328 (D, 24-XI), 1.309-1.310; 329 (L, 25-XI), 1.313-1.315; 330 (M, 26-XI), 1.317-1.319, y 331 (X, 27-XI), 1.321-1.322.
- 5.- Anónimo, "Correspondencia curiosa de Plácido y Salicio. Carta Sexta. Plácido á Salicio. De las disputas en las tertulias", DZ, 200 (M, 7-X-1800), 1.117-1.119.
- 6.- V.E.I., "Todos somos locos", SZ, 11 (L, 21-III-1803), 81-86 y 12 (J, 24-III), 89-92.
- 7.- Anónimo, "El hombre franco", DZ, 205 (D, 27-VII-1817), 829-830.
- 8.- El Forastero, * "Los serviles somos unos papanatos", DPZ, 156 (J, 24-VIII-1820), 3-4.
- 9.- Anónimo [El cura de T...], "Diálogo entre un cura del Arzobispado de Zaragoza y el Tío Relancio, su feligrés", DCZ, 201 (V, 20-VII-1821), 3-4 y 202 (S, 21-VII), 2-4.
- 10.- El Pobrecito Desocupado, * "D. Bartolo y D. Nacinigo", DPZ, 210 (L, 30-VII-1821), 4.
- 11.- Un buen español, "Máscaras", DPZ, 337 (D, 2-XII-1821), 1-4.

- 12.- Anónimo [Arenillas], * "El demonio de la Plaza de la Constitución", ZAZ, 2 (1821), 5-6.
- 13.- Anónimo, * "Apuros de un redactor", DCZ, 30 (J, 30-I-1823), 4.
- 14.- Anónimo, "¡Cómo ha de ser!", DZ, 286 (S, 15-X-1831), 2-3.
- 15.- El Duende, * "Diálogo entre D. Fulgencio y El Duende", DZ, 226 (D, 16-VIII-1835), 3-4.
- 16.- Un mudo, "Primera carta á mi amigo", DZ, 45 (D, 14-II-1836), 3.
- 17.- Un mudo, "Segunda carta á mi amigo", DZ, 47 (G, 16-II-1836), 2-3.
- 18.- El Epiléptico, * "Los nuevos diputados para el 22 de marzo", DZ, 47 (M, 16-II-1836), 3.
- 19.- El Mudo, "Tercera carta á mi amigo", DZ, 56 (J, 25-II-1836), 3-4.
- 20.- El Mudo, "Cuarta carta á mi amigo", DZ, 60 (L, 29-II-1836), 4.
- 21.- El Mudo, "Quinta carta á mi amigo", DZ, 63 (J, 3-III-1836), 3-4.
- 22.- El Mudo, "Sexta carta á mi amigo", DZ, 67 (L, 7-III-1836), 4.
- 23.- El Mudo, "Séptima carta á mi amigo", DZ, 77 (J, 17-III-1836), 3.
- 24.- El Mudo, "Octava carta á mi amigo", DZ, 81 (L, 21-III-1836), 4.
- 25.- El Mudo, "Carta nueve á mi amigo", DZ, 86 (S, 26-III-1836), 3-4.
- 26.- El mismo del otro día, "Hallazgo", DZ, 92 (V, 1-IV-1836), 3-4.

- 27.- El Hudo, "Décima carta á mi amigo", DZ, 101 (D, 10-IV-1836), 2-3.
- 28.- El mismo del otro día, * "El cosmorama", DZ, 104 (X, 13-IV-1836), 3-4.
- 29.- El mismo del otro día, "Cartera. Copia de un papel", DZ, 111 (X, 20-IV-1836), 3-4.
- 30.- El Sacatrapos, "Correspondencia con el otro mundo. Primera carta a Fígaro", DCZ, 338 (X, 5-XII-1838), 2-3.
- 31.- Miguel Agustín Príncipe, "Costumbres provinciales. Aragón y los aragoneses (Primer artículo)", SPEM, 32 (11-VIII-1839), 251-253.
- 32.- Anónimo, "Mis parientes en las fiestas", AUZ, 7 (D, 13-X-1839), 82-83.
- 33.- Anónimo, * "¡Buena es la época presente!", DCZ, 359 (X, 25-XII-1839), 2-3.
- 34.- Torbellino, "La Casamuda", AUZ, 1 (D, 5-I-1840), 10-12.
- 35.- D. Próspero, "Costumbres. Mi cumpleaños", AUZ, 5 (D, 25-II-1840), 54-57.
- 36.- V.V. [¿Vicente Vallespín?], "Costumbres. Mi segundo amigo", AUZ, "9" [10] (D, 8-III-1840), 129-132.
- 37.- Anónimo, "Costumbres. Mi biografía", AUZ, 11 (D, 15-II [III]-1840), 145-149.
- 38.- B.J., "Costumbres. Las fiestas de pueblo", AUZ, 16 (D, 19-IV-1840), 229-232 y 17 (D, 26-IV), 244-247.
- 39.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres provinciales. Las segundas nupcias", SPEM, 26 (28-VI-1840), 203-207.
- 40.- V[icente] de la F[uente], "Usos y trajes nacionales. Los aragoneses", SPEM, 36 (6-IX-1840), 281-285.

- 41.- M. G. y A. [¿Mariano Gil y Alcaide?], "Costumbres.*
El señorito redactor o ¿Qué hacemos con este joven?",
AUZ, 19 (D, 6-IX-1840), 148-150.
- 42.- Anónimo, "La Cencerrada", AUZ, 26 (D, 8-XI-1840), 222-
223.
- 43.- M. G. y A. [¿Mariano Gil y Alcaide?], "Costumbres.
Un destino", AUZ, 39 (D, 24-I-1841), 308-310.
- 44.- El Novicio, "Copillada de novicio", EAZ, 802 (M, 26-
I-1841), 1-2.
- 45.- Uno de tantos, * "La tertulia", EAZ, 807 (D, 31-I-1841),
3-4
- 46.- El Novicio, "Ultima hora. Se cierra la discusion",
EAZ, 808 (L, 1-II-1841), 1-3.
- 47.- Anónimo, "Tipos originales. Imitación de****. La
bella aldeana", AUZ, 42 (D, 14-II-1841), 329-332.
- 48.- El novicio, "Por extraordinario", EAZ, 830 (M, 23-II-
1841), 1-2.
- 49.- Anónimo, "Pláticas sobre la Guía de forasteros en Ma-
drid. Plática 1ª", EAZ, 836 (L, 1-III-1841), 1-2.
- 50.- Anónimo, "Plática II sobre la Guía de forasteros en
Madrid", EAZ, 837 (M, 2-III-1841), 1-2.
- 51.- Anónimo, "Plática tercera sobre la Guía de forasteros
en Madrid", EAZ, 845 (X, 10-III-1841), 1-2.
- 52.- Mariano Gil y Alcaide, "La sociedad", AUZ, 46 (D, 14-
III-1841), 361-364 y 47 (D, 24-III), 369-371.
- 53.- F. S. [¿Francisco Sepúlveda?], "¡Pobre periódico!",
AUZ, 47 (D, 21-III-1841), 374-375.
- 54.- B. I. P. , * "todo lo paga el c... del fraile", EAZ,
876 (V, 10-IV-1841), 1.
- 55.- B. M., "Costumbres zaragozanas. El Paseo", EAZ, 952
(M, 29-VI-1841), 1.

- 56.- Anónimo, "Santuario de San Cosme", EAZ, 963 (S, 10-VII-1841), 1-2.
- 57.- Aquel, "Carta 1ª [a Prudencio]. *Esperando que llueva", EAZ, 1.105 (V, 3-XII-1841), 1.
- 58.- Aquel, "Carta 2ª. *Suñuelos y pasteles", EAZ, 1.110 (X, 8-XII-1841), 1.
- 59.- Aquel, "Carta 3ª. *Mincar el diente", EAZ, 1.117 (X, 15-XII-1841), 1-2.
- 60.- Aquel, "Carta 4ª. *El tropezón y las pelomas", EAZ, 1.120 (S, 16-XII-1841), 1-2.
- 61.- Aquel, "Carta 5ª ó sea Drama contemporáneo y verídico en 4 cuadros", EAZ, 1.122 (L, 20-XII-1841), 1-2.
- 62.- Crispiniano, "Carta segunda del lego Crispiniano á Tirabeque", EAZ, 1.129 (L, 27-XII-1841), 1.
- 63.- Aquel, "Esta carta no se cuenta [6ª a Prudencio]", EAZ, 1.131 (X, 29-XII-1841), 1-2.
- 64.- Aquel, "Carta 7ª. Año nuevo, y vida nueva", EAZ, 1.138 (X, 5-I-1842), 1-2.
- 65.- Aquel, "Carta [8ª]. *Un vestido nuevo", EAZ, 1.143 (L, 10-I-1842), 1-2.
- 66.- Prudencio, "Primera contestacion á Aquel", EAZ, 1.155 (S, 22-I-1842), 1-2.
- 67.- Aquel, "Carta 10ª [9ª]. *El soldado calesero", EAZ, 1.179 (M, 15-II-1842), 1-2.
- 68.- Aquel, "Carta 11ª [10ª]. ¿El pues y que?", EAZ, 1.184 (D, 20-II-1842), 1.
- 69.- Aquel, "Carta 11ª. Día 5 de marzo de 1842. Teatro", EAZ, 1.195 (J, 3-III-1841), 1.
- 70.- Aquel, "Carta 12ª. *Un cuadro asombroso", EAZ, 1.200 (M, 8-III-1842), 1.
- 71.- Suidam, "Carta á Aquel", EAZ, 1.202 (J, 18-III-1842), 3.

- 72.- Anónimo, "Empleos retrógrados", EAZ, 1.212 (D, 20-III-1842), 1-2.
- 73.- Anónimo, "Diálogo entre O. Torcuato y D. Simplicio", EAZ, 1.222 (X- 30-III-1842), 4.
- 74.- Crispiniano, "Carta 3ª de lego Crispiniano á Tirabeque", EAZ, 1.226 (D, 3-IV-1842), 1-2.
- 75.- F. Mainar y González, "Liceo. Capricho poético leído por su autor en la sesión del 30 de marzo. * La reunión familiar", DCZ, 98 (V, 8-IV-1842), 2-3.
- 76.- Churrupito, "6ª epístola al Redactor de este periódico. Un robo!!!", EAZ, 1.232 (S, 9-IV-1840), 1-2.
- 77.- El Investigador, * "Diálogo entre D. Atanasio y D. Cosme", EAZ, 1.298 (D, 12-VI-1842), 1.
- 78.- S., "Apuros de una visita", El Zaragozaño, 30 (L, 13-VI-1842), 2-3.
- 79.- Crispiniano, "Carta 4ª á Tirabeque del lego Crispiniano", EAZ, 1.241 [1.239] (S, 16-IV-1842), 1-2.
- 80.- Churrupito, "7ª epístola al Redactor de este periódico. No hay remedio", EAZ, 1.245 (X, 20-IV-1842), 1.
- 81.- Crispiniano, "5ª carta del lego Crispiniano á Tirabeque", EAZ, 1.256 (D, 1-V-1842), 1-3.
- 82.- Churrupito, "8ª epístola al Redactor de este periódico", EAZ, 1.260 (J, 5-V-1842), 1-2.
- 83.- El Feliz Aventurero, "Lance nocturno. Hallazgo importante", EAZ, 1.306 (L, 20-VI-1842), 1-2.
- 84.- Primo, "Un primo á otro primo", EAZ, 1.606 (D, 16-IV-1843), 1-2.
- 85.- Primo, "El mismo primo", EAZ, 1.617 (J, 27-IV-1843), 1.
- 86.- Primo, "Al primo. ¡¡¡Qué bando!!!", EAZ, 1.626 (S, 6-V-1843), 1.

- 87.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres. Paupéribus", SPEN, 43 (22-X-1843), 338-343.
- 88.- V[icente] de la F[uente], "Costumbres. Máscaras", SPEN, 7 (18-II-1844), 55-56.
- 89.- Don Quijote y familia, "El articulista de teatros. Primera parte", BFZ, 163 (X, 11-XII-1844), 2-3.
- 90.- Don Quijote y familia, "El articulista de teatros. Segunda parte", BFZ, 179 (D, 29-XII-1844), 2-3.
- 91.- Anónimo. "Costumbres. Quiero ser sastre", El Conciliador (Zaragoza), 276 (J, 26-VI-1845), 1-2.
- 92.- Abenhumeya, * "La procesión del Corpus", IZ, 49 (M, 12-VI-1849)), 3.
- 93.- Un Observador, "Encuentro y conversación de unos forasteros", IZ, 545 (M, 22-X-1850), 2-3 y 546 (X, 23-X), 2-3.
- 94.- Tulio Pempoyo, "Tipos originales. El corto de vista", EZ, 298 (L, 28-X-1850), 1-2.
- 95.- Antero Jumon [Juan Montero], "Nombres y cosas", AZ, 2 (D, 24-XI-1850), 4-5.
- 96.- Antero Jumon [Juan Montero], "Cosas", AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 5-6.
- 97.- El Ermitaño, "Las dos épocas del pollo", AZ, 13 (J, 5-XII-1850), 6-7.
- 98.- Janoquí [Joaquín...], "Pobres tueritos!!", AZ, 19 (X, 11-XII-1850), 1-2.
- 99.- Janoquí [Joaquín...], "El hambre me obliga", AZ, 36 (S, 28-XII-1850), 2-3.
- 100.- Pancracio Canteclaro. "Teatro. * La Mena o Una bolera más", EZ, 281 (X, 8-X-1851), 2.
- 101.- El Estudiante [Pancracio Canteclaro], "Teatro. * Carta a Florencio", EZ, 284 (S, 11-X-1851), 1-2.

- 102.- Pancracio Canteclaro, "Teatro. * Lo que hasta hoy sólo se leía en Zaragoza", EZ, 305 (S, 1-XI-1851), 1-2.
- 103.- Pancracio Canteclaro, "Jaleo de Carnaval", EZ, 62 (M, 2-III-1852), 1-3.
- 104.- Pancracio Canteclaro, "Cosas de teatro", EZ, 77 (X, 17-III-1852), 1-2.
- 105.- Francisco de Paula Madrazo, "Un mes en Aragón. Zaragoza. II", AZ, 722 (L, 15-XI-1852), 1-3.
- 106.- Julio Álvarez y Acó, "Los montañeses de Aragón", SPEN, 5 (30-I-1853), 36-37.
- 107.- El viejo, "Teatro. * La magia de Pata de Cabra", AZ, 1120 (X, 14-XII-1853), 3.
- 108.- Maese Pedro, "El Retablo de Maese Pedro. * Presentación", LZ, 205 (L, 24-VII-1854), 1-2.
- 109.- Maese Pedro, "El Retablo de Maese Pedro. Primera representación", LZ, 210 (S, 29-VII-1854), 1-2.
- 110.- Maese Pedro, "El Retablo de Maese Pedro. Segunda representación", LZ, 213 (M, 1-VIII-1854), 1-2.
- 111.- Maese Pedro, "El Retablo de Maese Pedro. Tercera representación", LZ, 225 (D, 13-VIII-1854), 1-2.
- 112.- Gilberto, "Revista de Zaragoza. * Eco de Carnaval", LZ, 75 (V, 16-III-1855), 1-2.
- 113.- Gilberto, "Revista de la Semana. * Doña Remigia", LZ, 68 (J, 29-III-1855), 1-2.
- 114.- Gilberto, "Revista de la Semana. * Cierzo, estrujones y yernos", LZ, 103 (V, 13-IV-1855), 12.
- 115.- Gilberto, "Revista de Zaragoza. * Un día de agosto en Zaragoza", LZ, 271 (S, 29-IX-1855), 1-2.
- 116.- Gilberto, "Revista de Zaragoza. * Octubre toca a su término", LZ, 303 (M, 30-X-1855), 1-2.

- 117.- Anónimo, "El Carnaval", II, 11 [12] (D, 10-II-1856), 1-2.
- 118.- [El Nuevo Observador], "Los Forasteros en las fiestas del Pilar. Art. 1º", LZ, 298 (V, 24-X-1856), 2-3.
- 119.- [El Nuevo Observador], "Los Forasteros. Art. 2º", LZ, 301 (L, 27-X-1856), 2-3.
- 120.- El Nuevo Observador, "Los forasteros. Art. 3º", LZ, 307 (D, 2-XI-1856), 1-2.
- 121.- El Observador de 1856 [El Nuevo Observador], "Los forasteros. Artículo 4º y último", LZ, 312 (V, 7-XI-1856), 2-3.
- 122.- Anónimo, "El paria", II, 111 (D, 6-II-1857), 2-3.
- 123.- Anónimo, "Una tertulia de confianza" II, 113 (X, 11-II-1857), 2-3.
- 124.- Calixto Bordonada, "Sinapismos", SAZ, 83 (M, 1-XII-1857), 7-8.
- 125.- E [milio] de Miró, * "El director de un periódico o La barbería", La Redacción del Saldubense pintada por sí misma. Obra en siete cuadros, en variedad de metros, á custo del fundador, I, SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 1-2, grabado.
- 126.- J [Jaquín] Tomeo y Benedicto, * "El aspirante a gaceti-llero", La Redacción del Saldubense pintada por sí misma, II, SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 2-4, grabado.
- 127.- A [gustín] Paraíso, * "El gaceti-llero tonorio", La Redacción del Saldubense pintada por sí misma, III, SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 4-5, grabado.
- 128.- M [atías] Pérez Moreno, * "Los saldubenses en el cauce de Cuchilleros", La Redacción del Saldubense pintada por sí misma, IV, SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 5-7, grabado.

- 129.- M[anuél] Conrado Soriano, * "El redactor náufrago",
La Redacción del Saldubense pintada por sí misma, V,
 SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 7-8, grabado.
- 130.- A [gustín] Sevil de Hiis, * "El redactor estrefalarío",
La Redacción del Saldubense pintada por sí misma, VI,
 SAZ, 109 (L, 28-XII-1857), 8-9, grabado.
- 131.- L [iborio] de los Huertos, * "Croquis de los redactores",
la Redacción del Saldubense pintada por sí misma, VII,
 SAZ, 109 (L, 20-XII-1857), 9-10, grabado.
- 132.- Matías Pérez Moreno, "La suegra. Aviso á mis lecto-
 res", SAZ, 197 (V, 9-IV-1858), 7.
- 133.- J[oaquín] Tomeo y Benedicto, "Alleluyas. * El hortera",
 SAZ, 268 (J, 1-VII-1858), 8.
- 134.- Liborio de los Huertos, "Me divertí", SAZ, 269 (V, 2-
 -VII-1858), 7-8.
- 135.- Matías Pérez Moreno, "Fisiología de los baños", SAZ,
 323 (X, 25-VIII-1858), 7-8.
- 136.- José Pallarés, "El curandero", SAZ, 333 (S, 4-IX-1858),
 8-9.
- 137.- Liborio de los Huertos, "El trinquis", SAZ, (V, 7-I-
 -1859), 1.
- 138.- Julio Álvarez y Adé, "Costumbres populares. La fiesta
 de San Juan en la villa de Pina de Ebro", SAZ, 644
 (M, 26-VII-1859), 1-2.
- 139.- E[milio] de Miró, "Cualquier cosa", SAZ, 891 (D, 22-
 -IV-1860), 2.
- 140.- E[milio] de Miró, "Los nervios", SAZ, 969 (M, 10-VII-
 -1860), 3.
- 141.- Joaquín Tomeo y Benedicto, "El poeta", SAZ, 1.016
 (D, 26-VIII-1860), 1.

- 142.- Paredes, "Cuadros del país. El concejo de mi lugar", SAZ, 1.164 (M, 22-I-1861), 1-3.
- 143.- Anónimo [¿José Santos?] , "Las dulzuras de Himeneo ó escarmentar en la ajena", SAZ, 1.188 (V, 15-II-1861), 1 y 1.189 (S, 16-II), 1-2.
- 144.- Paredes, "Las visitas", SAZ, 1.021 (J, 28-II-1861), 2; 1.202 (V, 1-III), 1-2; 1.203 (S, 2-III), 1-2; 1.204 (O, 3-III), 1-2; 1.208 (J, 7-III), 1-2; 1.210 (S, 9-III), 1-2 y 1.215 (M, 12-III), 1.
- 145.- José Santos, "Los femateros", SAZ, 1.202 (V, 1-III-1861), 3.
- 146.- Pedro Sinués, "Una idea empapelada", SAZ, 1.216 (V, 15-III-1861), 3.
- 147.- Anónimo [¿Mariano Ferruz?] , "El jugador del billar", SAZ, 1.240 (M, 9-IV-1861), 2 y 1.241 (X, 10-IV), 1-2.
- 148.- Eusebio Blasco, "Consideraciones sobre el vestido con relacion al hombre. Artículos desnudos de toda preten sion", IV, SAZ, 1.378 (O, 25-VIII-1861), 3.
- 149.- Eusebio Blasco, "Consideraciones sobre el vestido con relacion al hombre", V, SAZ, 1.384 (S, 31-VIII-1861), 3.
- 150.- Eusebio Blasco, "Consideraciones sobre el vestido con relacion al hombre", VII, SAZ, 1.394 (M, 10-IX-1861), 3.
- 151.- Carlos de Pravia, "La quinta y los quintos", SAZ, 1.600 (M, 8-IV-1862), 3; 1.601 (X, 9-IV), 3; 1.602 (J, 10-IV), 3 y 1.603 (V, 11-IV), 3.
- 152.- Julio Monreal, "Vidas y milagros", SAZ, 1.656 (M, 3-VI-1862), 3 y 1.657 (X, 4-VI), 3.
- 153.- Anónimo, "El forastero y El Duende", SAZ, 1.682 (M, 1-VII-1862), 1.

- 154.- Julio Monreal, "El fin de curso. Episodio de la vida estudiantil", SAZ, "1.621" (D, 20-VII-1862), 1-2.
- 155.- Anónimo [¿Mariano Ferruz?], "La novia", SAZ, "1.670" (D, 7-IX-1862), 3.
- 156.- Julio Monreal, "Los prólogos", SAZ, "1.686" (M, 23-IX-1862), 3.
- 157.- Dámaso Delgado López, "Fotografías", SAZ, "1.687" (X, 24-IX-1862), 3; "1.688" (J, 25-IX), 3; "1.689" (V, 26-IX), 3 y "1.690" (S, 27-IX), 3.
- 158.- Julio Monreal, "Origen y vicisitudes de una tertulia de confianza", SAZ, "1.714" (M, 21-X-1862), 2-3.
- 159.- Julio Monreal, "Los días en que inciensan...", SAZ, "1.718" (S, 25-X-1862), 3.
- 160.- J. A. [¿Julio Álvarez?], "El Aguinaldo", SAZ, "1.778" (X, 24-XII-1862), 1.
- 161.- Julio Monreal, "Los inocentes", SAZ, "1.782" (D, 28-XII-1862), 3.
- 162.- Julio Monreal, "Las personas decentes", ARZ, 40 (S, 7-II-1863), 1.
- 163.- Perico el de los Palotes, "Revista de la semana. *El balcón de Lucas o Política, amor, literatura y vida", ARZ, 72 (V, 13-III-1863), 1-2.
- 164.- Ginesillo de Parapilla, "El gacetillero", Sombras chinescas. Retratos no claros y sí oscuros, carrapateados del natural..., [I], ARZ, 103 (X, 15-IV-1863), 1-2 y 104 (J, 16-IV), 1-2.
- 165.- Perico el de los Palotes, "El empresario de teatros", Sombras chinescas, [II], ARZ, 104 (J, 16-IV-1863) 1-2 y 109 (M, 21-IV), 1-2.
- 166.- D. Gil de las Calzas-verdes, "El pollo", Sombras chinescas, [III], ARZ, 111 (J, 23-IV-1863), 1-2 y 112

- 167.- Villadiego, "La murmuradora", Sombras chinescas, [IV], ARZ, 112 (V, 24-IV-1863) 1-2 y 113 (S, 25-IV), 1-2.
- 168.- Paco Palomo, "El portero de vecindad", Sombras chinescas, [V], ARZ, 114 (D, 26-IV-1863), 1-2.
- 169.- Perico el de los Palotes, "La modista", Sombras chinescas, [VI], ARZ, 117 (X, 29-IV-1863), 1-2 y 118 (J, 30-IV), 1-2.
- 170.- D. Gil de las Calzas-verdes, "El presumido", Sombras chinescas, [VII], ARZ, 116 (J, 30-IV-1863), 1-2 y 119 (V, 1-V), 1-2.
- 171.- Ginesillo de Parapilla, "El amante callejero"; Sombras chinescas, [VIII], ARZ, 119 (V, 1-V-1863), 1-2; 120 (S, 2-V), 1-2 y 124 (X, 6-V), 1-2.
- 172.- Villadiego, "El gorrista", Sombras chinescas, [IX], ARZ, 124 (X, 6-V-1863) 1-2, y 125 (J, 7-V), 1-2.
- 173.- Paco Palomo, "El perezoso", Sombras chinescas, [X], ARZ, 128 (D, 10-V-1863), 1-2 y 130 (M, 12-V), 1-2.
- 174.- D. Gil de las Calzas-verdes, "El caballero de industria", Sombras chinescas, [XI], ARZ, 130 (M, 12-V-1863), 1-2 y 131 (X, 13-V), 1-2.
- 175.- Ginesillo de Parapilla, "El vago de profesión", Sombras chinescas, [XII], ARZ 132 (J, 14-V-1863), 1-2; 134 (S, 16-V), 1-2 y 138 (X, 20-V), 1-2.
- 176.- Perico el de los Palotes, "La familia forastera", Sombras chinescas, [XIII], ARZ, 138 (X, 20-V-1863), 1-2 y 139 (J, 21-V), 1-2.
- 177.- Paco Palomo, "El avaro", Sombras chinescas, [XIV], ARZ, 139 (J, 21-V-1863), 2; 140 (V, 22-V), 1-2 y 141 (S, 23-V), 1.
- 178.- Perico el de los Palotes, "El político de café", Sombras chinescas, [XV], ARZ, 141 (S, 23-V-1863) 1-2 y 142 (D, 24-V), 1-2.

- 179.- Paco Palomo, "El cesante", Sombras chinescas, [XVI], ARZ, 142 (D, 24-V-1863), 1-2 y 144 (M, 26-V), 1-2.
- 180.- Eduardo de No, "La fotografía", ARZ, 176 (S, 27-VI-1863), 3.
- 181.- D. Gil de las Calzas-verdes, "El coquetismo", ARZ, 254 (D, 13-IX-1863), 3.
- 182.- A. L., "Artículo gerundiano", ARZ, 264 (X, 31-IX-1863), 3.
- 183.- Elio Trogo, "Costumbres españolas. Los tambores de Alcañiz", MUM, 40 (4-X-1863), 310-320 y 42 (18-X), 331-334.
- 184.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Apercebimiento", ANZ, 213 (D, 22-XI-1863), 4-6.
- 185.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana". * Una vecina morena y linda", ANZ, 220 (D, 29-XI-1863), 5-7.
- 186.- Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Doña Tribulación y la lotería", ANZ, 234 (D, 13-XII-1863), 2-5.
- 187.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Pascua", ANZ, 248 (D, 27-XII-1863), 4-6.
- 188.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista Semanal. * La Cincocomarzada", ANZ, 72 (D, 13-III-1864), 2.
- 189.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Dolores y Pepitas", ANZ, 79 (D, 20-III-1864), 2-3.
- 190.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Las sillas del Salón", ANZ, 120 (D, 1-V-1864), 2-3.
- 191.- El Bachiller Pero Ponce, "Revista de la Semana. * Los baños", ANZ, 170 (M, 21-VI-1864), 2-3.
- 192.- A. B. C., "Cuadros vivos. Prólogo", EAZ, 46 (S, 16-X-1864), 3.

- 193.- X. K., * "Un turista de Ispahan", EAZ, 49 (M, 19-X-1864), 1-2.
- 194.- A. B. y C., "Cuadros vivos. * El padre de unas hijas", EAZ, 56 (X, 26-X-1864), 4.
- 195.- Eusebio Blasco, "Literatura pedestre", ANZ, 344 (V, 23-XII-1864), 2.
- 196.- Galopín, "Un sueño", ANZ, 65 (M, 7-III-1865), 2-3.
- 197.- M [Arcelino] Y [sáhal], "Las preocupaciones", ANZ, 79 (J, 30-III-1865), 1-2.
- 198.- Gustavo [Adolfo] Héquer, "Las jugadoras. Escena de costumbres de Aragón, dibujo de Don Valeriano Héquer", FUM, 30 (23-VII-1865), 234-235, grabado en p. 236.
- 199.- Anónimo, "Un viaje en familia", EAZ, 664 (X, 11-VI-1866), 3.
- 200.- Anónimo, "Listo", Frasesología contemporánea, Artículo X, PZ, 218 (S, 25-VIII-1866), 1-2.
- 201.- Teodoro Beró, "El pollo", EAZ, 813 (S, 8-XII-1866), 2-3 y 814 (D, 9-XII), 2-3.
- 202.- Mariano [¿Laita y Moya?], "Mi primera visita al Teatro Real", PZ, 408 (X, 27-II-1867), 3.
- 203.- Mariano [¿Laita y Moya?], "Máscaras", PZ, 468 (V, 22-III-1867), 3.
- 204.- Anónimo [¿Orencio Padules Oliván?], * "A caza de inocentes castillas", EAZ, 923 (S, 30-III-1867), 3; 925 (M, 2-IV), 2-3 y 927 (J, 4-IV), 3.
- 205.- Manuel Tello Amenderayn, "Un tipo. El amigo de casa", El Correo de Aragón, (Zaragoza), 1.011 (D, 27-X-1867), 2-3 y 1.012 (M, 29-X), 2-3.
- 206.- Anónimo [¿Orencio Padules Oliván?], "Lo que somos", EAZ, 1.143 (V, 17-I-1868), 3.
- 207.- El Eschiller, "Ricos y pobres fotografiados por sí mis

- mos", La Revolución (Zaragoza), 163 (L, 1-III-1869), 3 y 164 (M, 2-III), 3.
- 208.- El Gacotillero, "El día del Corpus (á los forasteros)", El Imparcial Aragonés (Zaragoza), 138 (V, 28-V-1869), 2.
- 209.- Federico Rivas, "Enfermedades de los nec-católicos. Arte de curarlas sin necesidad de médico ni de botica", La Revolución (Zaragoza), 288 (S, 31-VII-1869), 3.
- 210.- Margarito, "Los héroes de la facción. Tipos carlistas. La heate", EAZ, 2.236 (V, 24-III-1871), 3.
- 211.- Manuel Juan Diana, "La mujer de Huesca", Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, II, Madrid, Guijarro, 1873, 13-31, dos láminas.
- 212.- José Muñoz Gaviña y Maldonado, Vizconde de San Javier, "La mujer de Teruel", Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, II, Madrid, Guijarro, 1873, 413-425, lámina.
- 213.- Emilio Castelar, "La mujer de Zaragoza", Las mujeres españolas, portuguesas y americanas, II, Madrid, Guijarro, 1873, 525-541, lámina.
- 214.- Eusebio Blasco, "De Teruel. (Recuerdos de viaje)", IEAM, XXXI (22-VIII-1874), 487 y 490.
- 215.- Rosa Martínez de Lacosta, "La aragonesa", Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas, Barcelona, Juan Pons, h. 1861.
- 216.- Concepción Jimeno de Flequer, "La mujer aragonesa", Miscelánea Turolense (Madrid), 21 (20-III-1897), 401-403.

APÉNDICE 3

CUADROS

CUADRO 1

CLASIFICACIÓN GENERAL

Cuadro 1.- CLASIFICACIÓN GENERAL

Leyenda:

- + V: Vehículo de difusión (periódico, revista, colección) aragonés.
- V: Vehículo de difusión (periódico, revista, colección) no aragonés.
- O: Artículo Originalmente escrito para la publicación en que ha sido consultado.
- R: Artículo Reproducido de otra publicación.
- + T: Artículo ubicable en Aragón por las alusiones Temáticas.
- T: Artículo carente de Temática aragonesa.
- + P: Artículo de técnica Plenamente costumbrista.
- P: Artículo de técnica no Plenamente costumbrista.

Fuente: Elaboración propia.

PERIODOS				1797	1821	1824	1834	1844	1857	TOTAL
				a	a	a	a	a	a	
				1820	1823	1833	1843	1856	1874	
+ V	O	+ T	+ P	5	4	-	45	22	35	111
			- P	8	8	-	25	8	30	79
		- T	+ P	12	-	1	13	7	50	83
			- P	17	15	1	23	8	41	105
	R	+ T	+ P	-	-	-	-	-	3	3
			- P	-	1	1	1	-	1	4
		- T	+ P	-	-	7	3	8	20	38
			- P	1	-	29	11	5	10	56
- V	O	+ T	+ P	-	-	-	3	2	-	5
			- P	-	-	-	25	11	22	58
		- T	+ P	-	-	-	3	2	-	5
			- P	-	-	-	12	1	-	13
TOTAL				43	28	39	164	74	212	560

CUADRO 2

SUBGÉNEROS

Cuadro 2.- SUBGÉNEROS

Leyenda:

- R: Predominio del tiempo Retroactivo.
 C: Descripción de temas Coetáneos.
 P: Descripción temporalmente Prospectiva.
 X: Comparación entre épocas.
 T: Subgénero de tipos.
 E: Subgénero de escenas.
 M: Artículo Mixto de tipos y escenas.
 O: Otras clases de artículos.
 + F: Subgénero de tipos, variedad Fisiológica.
 - F: Subgénero de tipos sin rasgos Fisiológicos.
 H: Escena Habitual.
 P: Escena Periodica.
 E: Escena Eventual.

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 2 A

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL
R	T	+ F	-	-	-	-	-	-	-
		- F	-	-	-	-	-	-	-
	E	H	-	-	-	-	-	-	-
		P	-	-	-	-	-	-	-
		E	-	-	-	-	-	-	-
	M	-	-	-	-	-	-	-	-
	O	-	-	-	-	2	-	2	

Cuadro 2 B

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL
C	T	+ F	2	-	-	4	3	8	17
		- F	7	-	11	14	20	53	105
	E	H	3	23	3	7	-	7	43
		P	-	-	1	3	8	11	23
		E	-	-	-	3	1	17	21
	M		3	2	-	13	1	5	24
	O		28	2	23	117	38	97	305

Cuadro 2 C

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL
P	T	+ F	-	-	-	3	-	-	3
		- F	-	-	-	-	-	-	-
	E	H	-	-	-	-	-	-	-
		P	-	-	-	-	-	-	-
		E	-	-	-	-	-	-	-
	M	-	-	-	-	-	-	-	
	O	-	-	-	-	-	2	2	

Cuadro 2 D

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL	
X	T	+ F	-	-	-	-	-	-	-	
		- F	-	-	-	-	-	1	1	
	E	H	-	-	-	-	-	-	-	
		P	-	-	-	-	-	-	-	
		E	-	-	-	-	-	1	1	
	M	-	-	-	-	-	-	-		
	O	-	1	1	-	1	10	13		
	TOTAL			43	28	39	164	74	212	560

CUADRO 3

FALLO

Cuadro 3.- FAILLO

Leyenda:

A: Artículo que afecta a la clase social Alta.

M: Artículo que afecta a la clase social Media de forma evidente o por exclusión.

B: Artículo que afecta a la clase social Baja.

U: Ámbito Urbano.

R: Ámbito Rural.

C: Censura de lo descrito.

T: Trato indiferenciado o Tolerante de lo descrito.

L: Loa, alabanza de lo descrito.

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 3 A

PERIODOS			1797	1821	1824	1834	1844	1857	TOTAL
			a 1820	a 1823	a 1833	a 1843	a 1856	a 1874	
A	U	C	-	1	-	3	-	8	12
		T	-	-	-	-	-	-	-
		L	-	1	-	-	1	-	2
	R	C	-	-	-	-	-	-	-
		T	-	-	-	-	-	-	-
		L	-	-	-	-	-	-	-

Cuadro 3 B

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL
M	U	C	28	11	25	100	37	100	301
		T	10	3	12	23	16	45	109
		L	4	6	2	19	11	17	59
	R	C	-	-	-	4	-	3	7
		T	-	1	-	4	-	1	6
		L	-	-	-	1	-	1	2

Cuadro 3. G

PERIODOS			1797 a 1820	1821 a 1823	1824 a 1833	1834 a 1843	1844 a 1856	1857 a 1874	TOTAL
B	U	C	-	-	-	-	1	3	4
		T	-	-	-	-	-	3	3
		L	-	2	-	-	-	7	9
	R	C	-	-	-	7	2	2	12
		T	-	-	-	2	1	2	5
		L	1	3	-	1	5	20	30
TOTAL			43	28	39	164	74	212	560

CUADRO 4

FILIACIÓN.

Cuadro 4.- FILIACIÓN

Leyenda:

- S: Tono Satírico.
 I: Tono Irónico.
 H: Tono Humorístico, amable, neutro.
 C: Artículo de sesgo ideológico Conservador o ultracon-
 servador.
 M: Artículo de sesgo ideológico Moderado o indiferenciado.
 L: Artículo de sesgo ideológico Liberal o progresista.
 + A: Avejentamiento estilístico o léxico.
 - A: Ausencia de rasgos Avejentadores del estilo o el léxi-
 co.
 + E: Actitud Entusiasta, orgullosa, encomiástica ante los
 temas locales.
 - E: Carencia de muestras de Entusiasmo ante los temas lo-
 cales.

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro 4 A

PERIODOS				1797	1821	1824	1834	1844	1857	TOTAL
				a	a	a	a	a		
				1820	1823	1833	1843	1856	1874	
S	C	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	1	-	-	-	-	1
		- A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	1	-	-	1	14	16
	M	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	1	-	-	-	-	-	1
		- A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	2	1	5	5	1	5	19
	L	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	-	-	-	-	-	-
		- A	+ E	-	-	-	-	4	1	5
			- E	6	17	-	15	-	5	43

Cuadro 4 B

PERIODOS				1797 a	1821 a	1824 a	1834 a	1844 a	1857 a	TOTAL		
				1820	1823	1833	1843	1856	1874			
I	C	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-	-	
			- E	-	-	-	-	-	-	-	-	
		- A	+ E	-	-	-	-	-	-	-	-	-
			- E	1	-	-	1	-	4	6	6	
	M	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-	-	
			- E	1	-	-	-	-	3	4	4	
		- A	+ E	-	-	-	2	3	1	6	6	
			- E	11	2	3	15	20	39	90	90	
	L	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-	-	
			- E	-	-	-	-	-	-	-	-	
		- A	+ E	-	-	-	13	-	3	16	16	
			- E	4	4	1	44	9	18	80	80	

Cuadro 4 C

				1797	1821	1824	1834	1844	1857	TOTAL
PERIODOS				a 1820	a 1823	a 1833	a 1843	a 1856	a 1874	
H	C	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	-	-	-	2	2	
		- A	+ E	-	-	-	-	1	1	2
			- E	-	-	1	-	8	9	18
	M	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	-	-	-	-	3	3
		- A	+ E	1	-	-	24	9	4	38
			- E	6	1	29	44	18	92	190
	L	+ A	+ E	-	-	-	-	-	-	-
			- E	-	-	-	-	-	-	-
		- A	+ E	5	-	-	1	-	1	7
			- E	5	1	-	-	-	7	13
TOTAL				43	28	39	164	74	212	560

CUADRO 5

TIPOS

Cuadro 5. TIPOS

Los tipos, parcial o totalmente descritos, se presentan en grupos de afinidad por orden numéricamente decreciente.

Fuente: Elaboración propia.

	1797	1821	1824	1834	1844	1857	TOTAL
	1820	1823	1833	1843	1856	1874	
1.-							
Currutaco, Petimetre, Pi saverde	4	-	10	-	-	2	16
Pollo, Pólla, Gallo	-	-	-	-	7	9	16
Coqueta	-	-	-	-	3	5	8
Vieja Coqueta	-	-	-	1	1	-	2
Cursi	-	-	-	-	1	1	2
Hija de familia	-	-	-	-	1	-	1
Presumido	-	-	-	-	-	1	1
Elegante	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	4	-	10	1	13	19	47
2.-							
Absolutista, Servil	5	10	-	2	-	-	17
Carlista	-	-	-	7	-	1	8
Político	-	3	-	-	-	4	7
Diputado, Ministro	-	1	-	-	1	1	3
Liberal	-	3	-	-	-	-	3
Neo-Católico	-	-	-	-	-	3	3
Patriota	-	1	-	-	1	-	2
Republicano	-	-	-	-	-	2	2
Proscrito	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	5	18	-	9	2	12	46
3.-							
Rústico, Lugareño	1	3	-	8	7	8	27

	1797 1820	1821 1823	1824 1833	1834 1843	1844 1856	1857 1874	TOTAL
Alcalde	-	-	-	2	-	1	3
Esturro	-	-	-	-	-	2	2
Montañés	-	-	-	1	-	-	1
Zahorí	-	-	-	1	-	-	1
Pastora	-	-	-	-	-	1	1
Segadora	-	-	-	-	-	1	1
Jugadora	-	-	-	-	-	1	1
Progonero	-	-	-	-	-	1	1
Behedor	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	1	3	-	12	7	16	39
4.-							
Periodista	-	4	-	1	3	13	21
Literato-poeta	1	-	2	-	-	4	7
Aspirante a literato	-	-	-	3	-	1	4
Empresario de teatro	-	-	-	2	-	1	3
Editor	1	-	-	-	-	-	1
Cajista	-	-	-	1	-	-	1
TOTAL	2	4	2	7	3	19	37
5.-							
Criado, criada	-	-	-	2	1	2	5
Artesano	-	2	-	1	1	-	4
Aguador	-	-	-	1	-	1	2
Cocinera	-	-	-	1	1	-	2
Modista	-	-	-	-	-	1	1
Lavandera	-	-	-	1	-	-	1
Prostituta	-	-	-	1	-	-	1
Posadera	-	-	-	-	1	-	1
Hortera	-	-	-	-	-	1	1
Cartero	-	-	-	-	-	1	1

	1797- 1820	1821- 1825	1824- 1833	1834- 1843	1844- 1856	1857- 1874	TOTAL
Portero	-	-	-	-	-	1	1
Zapatero	-	1	-	-	-	-	1
Farolero	-	-	-	1	-	-	1
Limpiabotas	-	-	-	1	-	-	1
Fandero	-	-	-	1	-	-	1
Burbero	-	-	-	1	-	-	1
Carromatero	-	-	-	-	-	1	1
Sereno	-	-	-	-	-	1	1
Carpintero	-	-	-	-	-	1	1
Sillero	-	-	-	-	-	1	1
Fematero (Masurero)	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	-	3	-	11	4	12	30
6.-							
Avaro, Usurero	2	-	-	1	-	2	5
Pedigüeño	-	-	1	2	-	-	3
Gorrista	-	-	-	-	-	1	1
Caballero de industria (Timador)	-	-	-	-	-	1	1
Falso Pobre	-	-	-	-	-	1	1
Vago de profesión	-	-	-	-	-	1	1
Vago-pobre	-	-	-	3	-	-	3
Mendigo	-	-	-	-	1	-	1
Perezoso	-	-	-	-	-	1	1
Papamoscas	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	2	-	1	6	1	6	18
7.-							
Novio, novia, enamorado	-	-	-	1	1	5	7
Soltero, solterón, soltera	-	-	1	-	-	5	6
Novio de ventana, amante ca- llejero	-	-	-	-	1	1	2

	1797-1820	1821-1823	1824-1833	1834-1843	1844-1855	1857-1874	TOTAL
Viudo	-	-	-	1	-	-	1
TOTAL	-	-	1	2	2	11	16
8.-							
Cura, clérigo	-	5	-	5	1	1	12
Sacristán	-	-	-	2	-	-	2
Teólogo	1	-	-	-	-	-	1
Monja	-	-	-	-	1	-	1
TOTAL	1	5	-	7	2	1	16
9.-							
Rico	1	1	-	-	-	3	5
Propietario, rentista	-	-	-	-	1	4	5
Comerciante	-	-	-	3	-	-	3
Bolsista	-	-	-	-	-	1	1
Constructor	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	1	1	-	3	1	9	15
10.-							
Militar	1	2	-	5	1	2	11
Soldado	-	-	-	-	-	2	2
Quinto	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	1	2	-	5	1	5	14
11.-							
Empleado	-	-	-	1	4	-	5
Pretendiente	1	-	-	3	-	1	5
Cesante	-	-	-	-	-	4	4
TOTAL	1	-	-	4	4	5	14
12.-							
Aragonés	-	-	-	3	-	-	3
Española	-	-	1	1	-	-	2
Turrolense, La	-	-	-	-	-	2	2

	1797 1820	1821 1823	1824 1833	1834 1843	1844 1856	1857 1874	TOTAL
Oscense, La	-	-	-	-	-	1	1
Zaragoza	-	-	-	-	-	1	1
Aragonesa	-	-	-	1	-	-	1
TOTAL	-	-	1	5	-	4	10
13.-							
Médico	1	-	-	2	1	-	4
Curandero	-	-	-	1	1	-	2
Saludador	-	-	1	-	-	-	1
Comadrona	-	-	1	-	-	-	1
TOTAL	1	-	2	3	2	-	8
14.-							
Familiares (sobrinos, tíos ...)	-	-	-	3	-	-	3
Suegra	-	-	-	-	-	1	1
Esposa	-	-	-	-	-	1	1
Madre de familia	-	-	-	-	-	1	1
Padre de familia	-	-	-	-	-	1	1
Amigo	-	-	-	-	-	-	1
TOTAL	-	-	-	4	-	4	8
15.-							
Beata	-	-	-	-	-	2	2
Anticlerical	-	1	-	-	-	-	1
Adulador	-	-	1	-	-	-	1
Murmuradora	-	-	-	-	-	1	1
Hipócrita	1	-	-	-	-	-	1
Listo (Deshonesto)	-	-	-	-	-	1	1
Importante	-	-	1	-	-	-	1
TOTAL	1	1	2	-	-	4	8

1797 1821 1824 1834 1844 1857 TOTAL
1820 1823 1833 1843 1856 1874

16.-

Importuno, pelmazo	-	1	-	1	2	2	4
Franco, directo	1	-	-	1	-	-	2
Mentecato	1	-	-	-	-	-	1
Vizcaíno	1	-	-	-	-	-	1
TOTAL	3	1	-	2	-	2	8

17.-

Loco	1	2	-	-	-	-	3
Hipocóndrico	1	-	-	-	-	-	1
Supersticioso	1	-	-	-	-	-	1
Linfática	-	-	-	-	-	1	1
Histórica	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	3	2	-	-	-	2	7

18.-

Viejo	-	-	-	-	-	2	2
Ciego	1	-	-	1	-	-	2
Tuerto	-	-	-	-	1	-	1
Corto de vista	-	-	-	-	1	-	1
Paralítico	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	1	-	-	1	2	3	7

19.-

Borracho	-	-	-	-	1	2	3
Jugador	-	-	1	1	-	-	2
Jugador de billar	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	-	-	1	1	1	3	6

20.-

Estudiante	-	1	-	6	2	3	12
Dómine	-	-	-	-	1	-	1
Sastre	-	-	-	-	1	-	1

	1797- 1820	1821- 1823	1824- 1833	1834- 1843	1844- 1856	1857- 1874	TOTAL
Actor	-	-	-	1	-	-	1
Cantante	-	-	-	1	-	-	1
TOTAL	-	1	-	8	4	3	16
21.-							
Filósofo, especulativo	3	1	-	-	-	1	5
Abogado, jurista	2	-	-	1	1	-	4
Astrólogo, astrónomo	1	-	-	1	1	-	4
Sabio	-	1	-	-	-	-	1
Pescador de caña	-	-	-	-	1	-	1
Viajero de tercera	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	6	2	-	2	2	2	14
22.-							
Piadoso	1	-	-	-	-	1	2
Pobre hombre (honesto)	-	-	-	-	-	2	2
Inocente (28-XII)	-	-	-	-	-	1	1
Persona decente	-	-	-	-	-	1	1
Fúblico, el; la gente	-	-	-	-	-	1	1
TOTAL	1	-	-	-	-	6	7

APÉNDICE 4

GRÁFICOS

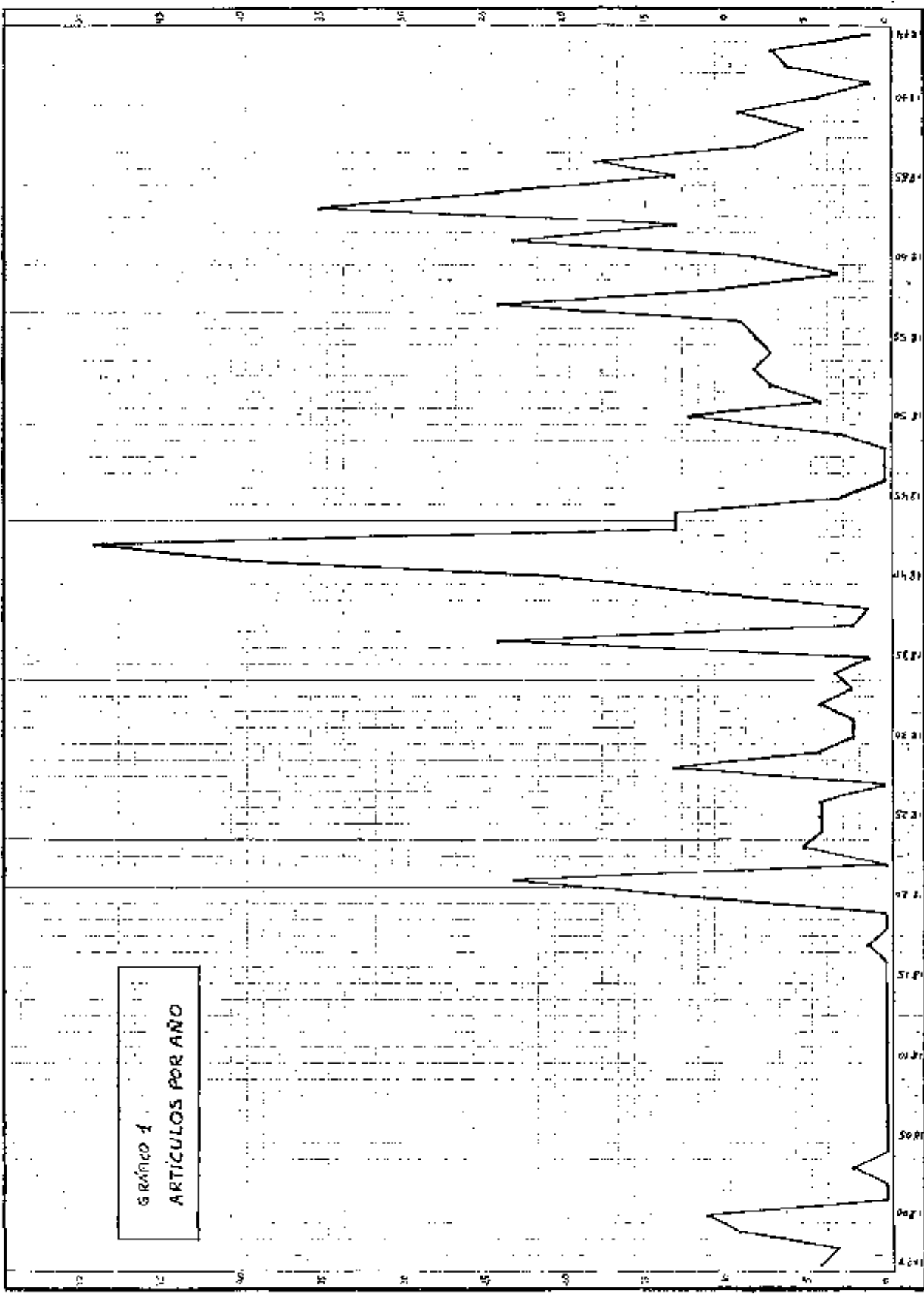


GRÁFICO 1
ARTICULOS POR AÑO

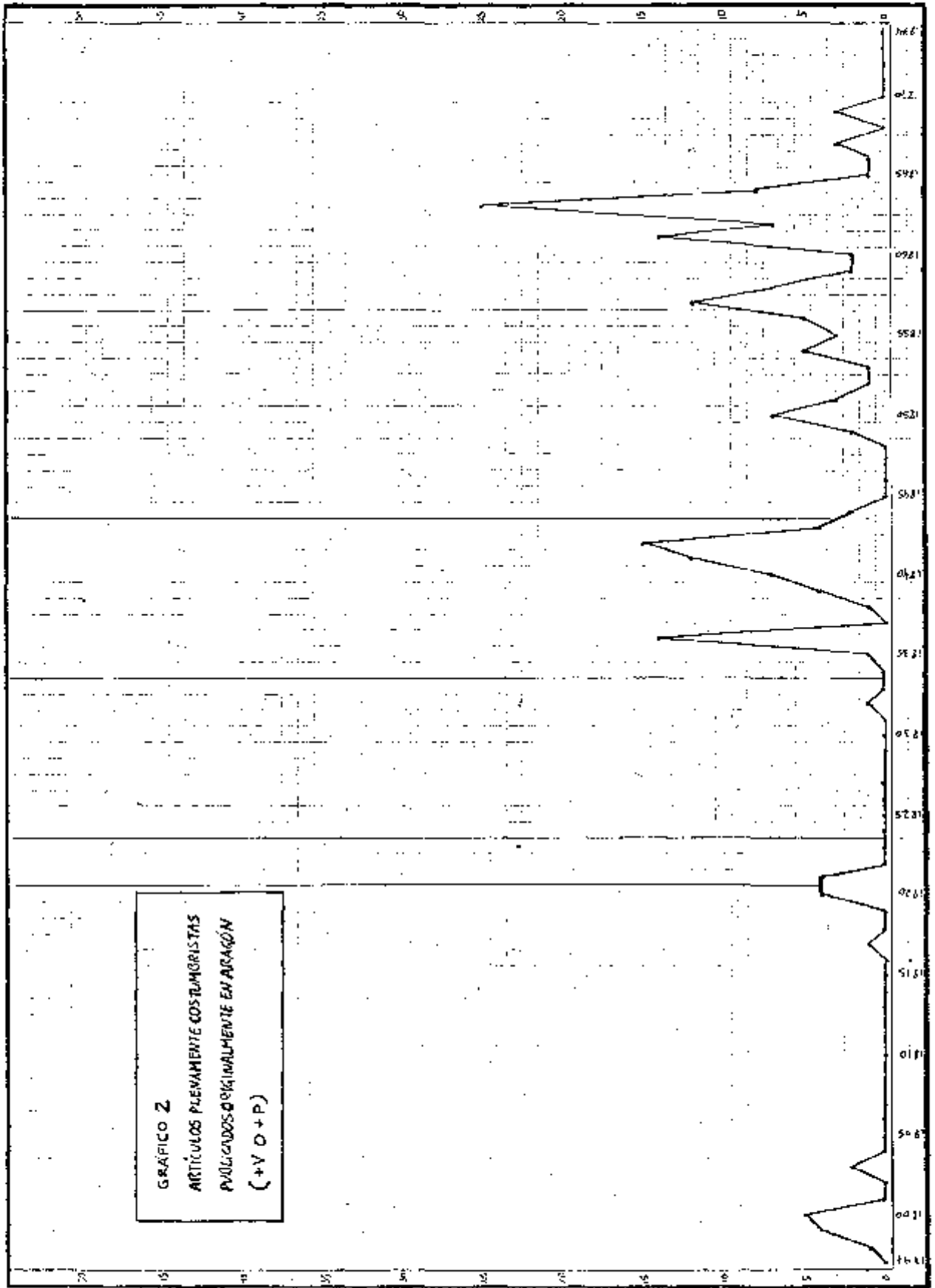
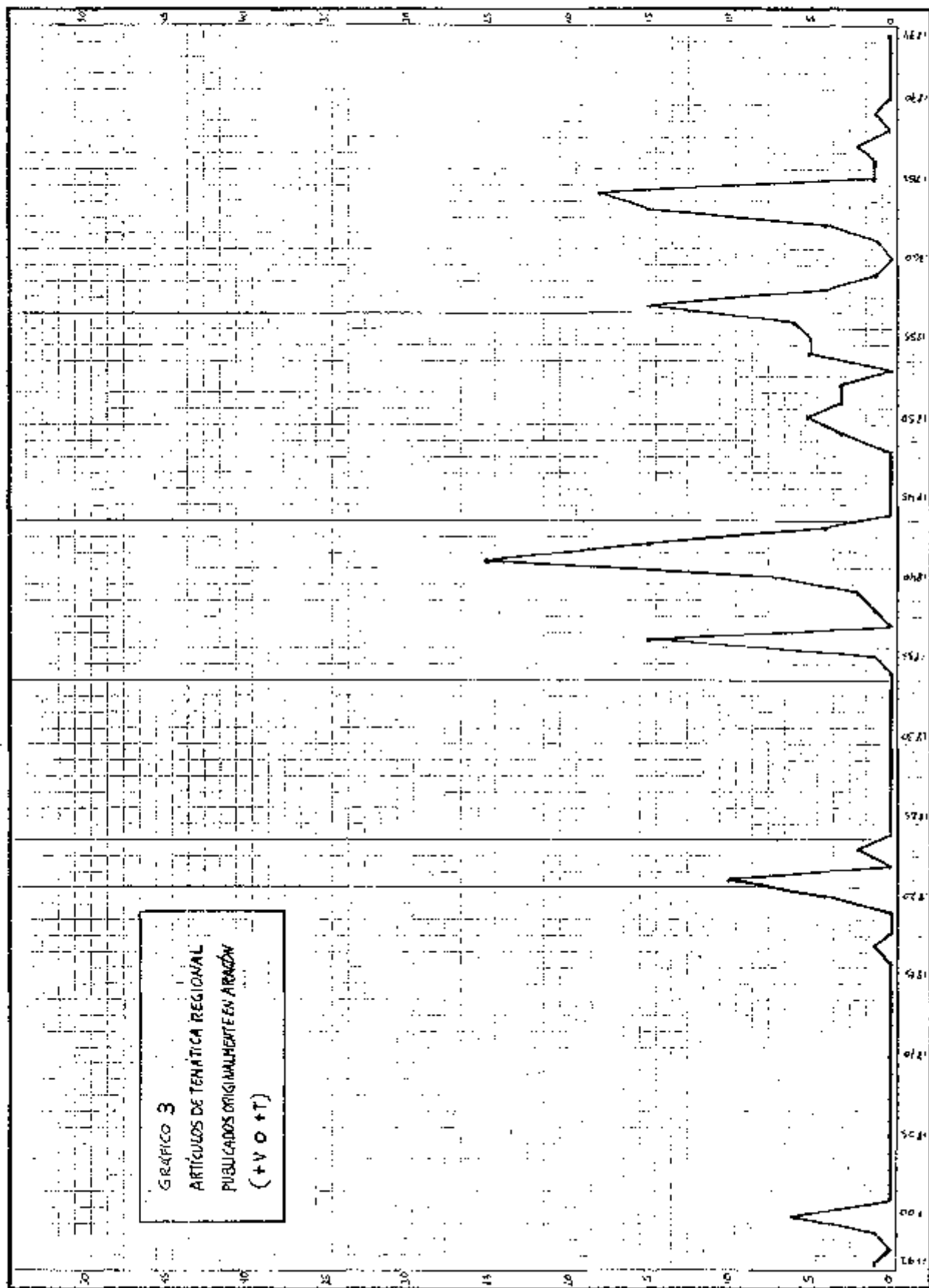
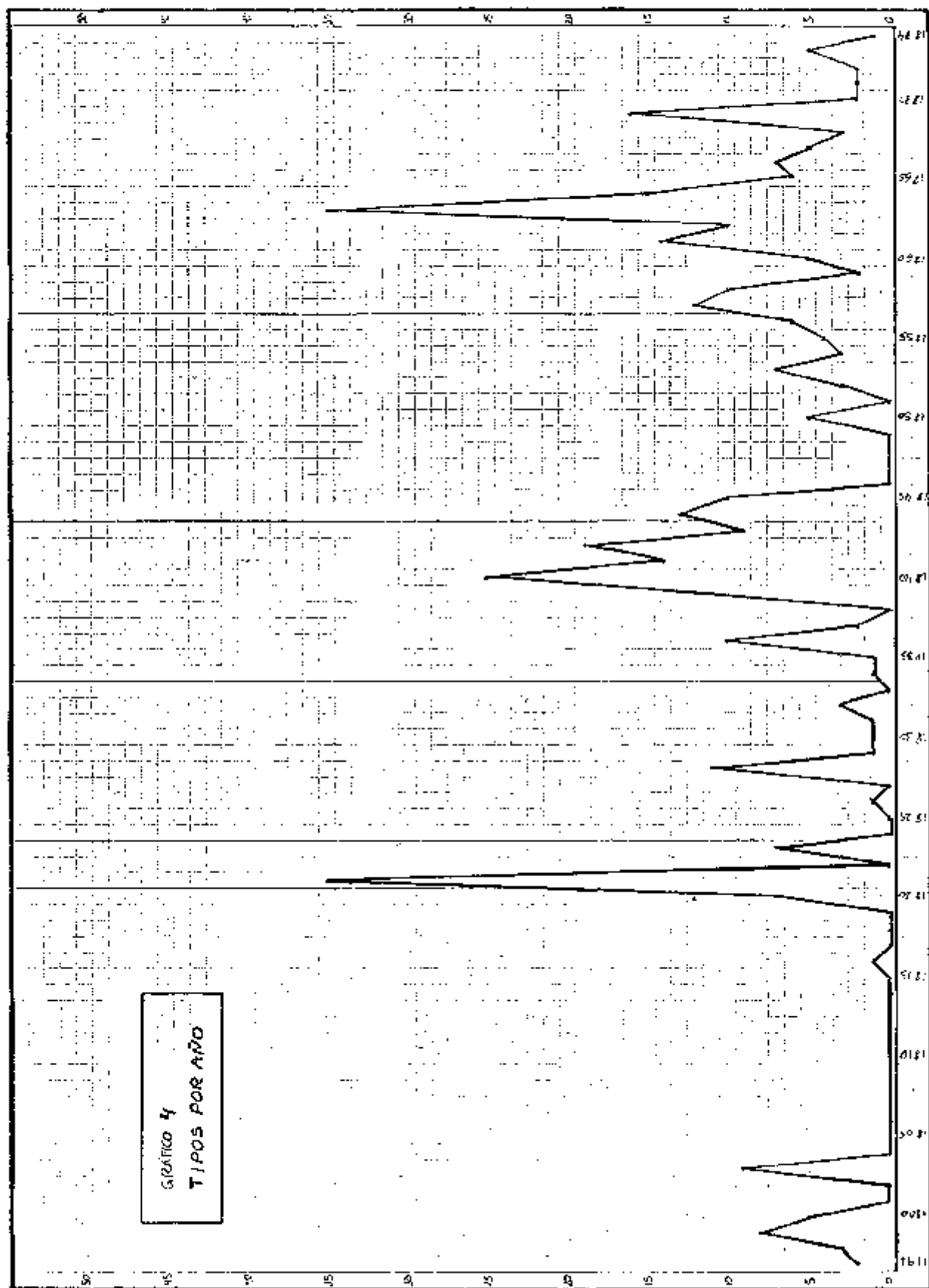


GRÁFICO 2
ARTÍCULOS PLEVAEMENTE COSTUMBRISTAS
PUBLICIDAD ORIGINALMENTE EN ARAGÓN
(+V O +P)





INDICE GENERAL

	<u>Pág.</u>
Sumario	3
Introducción	6
Declaración de siglas	14
PARTE I.- LAS SEÑAS DE IDENTIDAD DEL GÉNERO COSTUMBRIS TA: BASES Y DATOS PARA EL REPLANTEAMIENTO DE UN CA PÍTULO DE LA HISTORIA LITERARIA ESPAÑOLA	17
1.- Los orígenes del costumbrismo literario español... 18	18
1.1. El origen histórico de un género: la socie- dad española, la prensa literaria y los modelos extranjeros en la gestación del costumbrismo es- pañol	19
1.1.1. El ascenso de las clases medias al final del Antiguo Régimen	19
1.1.2. La tolerancia editorial con <u>María Cristi- na</u>	21
1.1.3. Los casos de <u>El Duende Satírico del Día</u> y <u>El Correo Literario y Mercantil</u>	22
Notas	27
1.2. La interpretación del costumbrismo como en- mascaramiento de sus orígenes	34
1.2.1. Las rectificaciones de Mesonero o el in- terés por negar los modelos extranjeros	34
1.2.2. La autoridad de Menéndez Pelayo y la na- cionalización del "realismo idealizado" de Pe- reda, bases de la reducción del costumbrismo a rasgo novelesco	35
1.2.3. El olvido de la Historia y la presentación del costumbrismo como un renacimiento decimo- nónico de una corriente española	46
1.3. Tres referencias para la interpretación actual del costumbrismo: una antología, una monogra- fía y un ensayo sobre un fenómeno que vuelve a interesar	48

	<u>Pág.</u>
1.3.1. La erudición como interferencia de la Historia: Correa y el "profundo realismo español"...	48
1.3.2. Ucelay y el absurdo dilema de los dos orígenes del costumbrismo español	51
1.3.3. La letal vinculación del costumbrismo con la novela por obra de Montesinos o la influencia deletérea de un ensayo desafortunado por mal enmarcado	53
Notas	61
1.4. La interpretación condenatoria del costumbrismo, sucedáneo de su análisis (Nuevas terminologías para una crítica inmersa en el ámbito ideológico de lo enjuiciado).....	64
1.4.1. Conservadurización: el falso dilema del origen "nacional" o "extranjero" se reformula como "literatura conservadora" o "progresista". El trato especial otorgado a Larra	64
1.4.2. Objetividad: la calidad, fiabilidad y alcance del mundo referido por el costumbrismo. El concepto de nación y la imposible objetividad del género.....	71
1.4.3. Desliteraturización: del uso aliterario de la denotación del costumbrismo a su tratamiento <u>in odium generis</u>	79
1.4.4. Realismo: la formulación esencialista de un género desvirtuado, frente a su radical historicidad	86
Notas	95
1.5. Racia una reinterpretación de la historia de la crítica del costumbrismo: de la propuesta de un modelo teórico para la nacionalización del género a las bases para ulteriores reformulaciones	97
1.5.1. La "Polémica Calderoniana" y el costumbrismo como género romántico. La conservadurización del romanticismo, equiparable a la españolización del costumbrismo	97
1.5.2. La defensa de la imagen de España: xenofobia y españolización	103
1.5.3. La falaz equivalencia de tradición y conservadurismo: las inexistentes bases tradicionales del pensamiento tradicional.....	107
1.5.4. El costumbrismo: género radicalmente histórico, revolucionario a su pesar, contradictorio e índice literario de las contradicciones de sus creadores, consumidores y críticos	112
Notas	119

	<u>Pág.</u>
2.- El costumbrismo literario español: esbozo de rotulación para la historia de un género	120
2.1. El precostumbrismo	121
2.1.1. La pintura realista de la sociedad	121
2.1.2. El cuadro clásico de costumbres	123
2.1.3. El cuadro satírico-moral de costumbres ...	124
2.1.4. El cuadro satírico-social de costumbres...	126
Notas	132
2.2. El costumbrismo	144
2.2.1. El costumbrismo pintado por sus fundadores	144
2.2.1.1. Un género nuevo	145
2.2.1.2. ¿Un género español?	151
2.2.1.3. Un género difícil	157
2.2.1.4. ¿Un género apolítico?	167
Notas	178
2.2.2. El artículo de costumbres	204
2.2.2.1. los fundadores	204
2.2.2.2. Tendencias. Segunda y Tercera generaciones	210
2.2.2.3. Las revistas	215
2.2.2.4. El grabado y los artículos de tipos... ..	217
2.2.2.5. Las colecciones de tipos.....	220
2.2.2.6. Otras colecciones de varios autores ..	229
Notas	231
2.3. El postcostumbrismo	241
2.3.1. La transición al postcostumbrismo	241
2.3.2. El postcostumbrismo.....	244
2.3.2.1. Antologías	245
2.3.2.2. Costumbrismo retrospectivo y arqueológico. Costumbrismo y folklore.....	246
2.3.2.3. Ejercicios literarios	247
2.3.2.4. Costumbrismo en el siglo XX. Costumbrismo actual	248
2.3.2.5. La literatura costumbrista. El realismo	249
Notas	250

	<u>Pág.</u>
PARTE II.- HISTORIA DEL COSTUMBRISMO LITERARIO ARAGONÉS. (HACIA UNA DESCRIPCIÓN CRÍTICA DEL ARTÍCULO PERIODÍSTICO-LITERARIO).....	254
3.- El precostumbrismo.....	255
3.1. Hasta el Trienio Liberal (1797-1820).....	256
3.1.1. <u>Diario de Zaragoza (1797-1820). Semanario de Zaragoza (1798-1803)</u>	257
3.1.1.1.-La "mentecatechía", indicio de programa. Presentación aragonesista del marco de las escenas públicas. Tipos: el currutaco (Rampín) (1797-1798).....	258
3.1.1.2. Currutacos y petimetres. Serie: Chiomografía (1799).....	268
3.1.1.3. Del precostumbrismo a la novela: <u>Don Abestrúz</u> (1799).....	283
3.1.1.4. Serie epistolar: <u>Plácido y Salicio. Supersticiosos e hipocóndricos</u> (1800).....	297
3.1.1.5. La locura universal, entre Aristóteles y la Razón. Una moneda, objeto-guía en el viaje por la sociedad (1803).....	315
3.1.1.6. Materiales reproducidos. Tipos: el rudamente franco (y Aragón); el importuno - (extranjero). Reticencias absolutistas - (1815-1820).....	326
Notas	332
3.2. El Trienio Liberal (1820-1823).....	336
3.2.1. <u>Diario Constitucional de Zaragoza. Diario Político de Zaragoza (1820)</u>	337
3.2.1.1. Tipo: el servil. Diálogo: anticlericalismo.....	337
3.2.1.2. Redención social del campesinado a través de la prensa. Diálogos oídos. El recurso del hallazgo de un legajo. Temas municipales. Perspectivismo onírico.....	338
3.2.2. <u>Diario Constitucional de Zaragoza. Diario Político de Zaragoza (1821)</u>	351
3.2.2.1. Diálogos. Cafés. Política. Clero y Constitución: el cura y el rústico <u>Relancio</u>	351
3.2.2.2. Milicia y municipio. Los diálogos de <u>El Pobrecito Desocupado</u> . Clérigos.....	363
3.2.2.3. Escena de café contra <u>El Zurriago</u> . Un artículo maduro: "Máscaras".....	368
3.2.3. <u>El Zurriago Aragonés (1821)</u>	378
3.2.3.1. Diálogos exaltados.....	378
3.2.3.2. Dramatización y alegoría.....	381
3.2.4. <u>Diario Constitucional de Zaragoza (1822-1823)</u>	383

	<u>Pág.</u>
3.2.4.1. Diálogos. La Constitución, amenazada; la prensa, irresponsable y asfixiada.....	383
Notas.....	387
3.3. La Ominosa década (1823-1833).....	391
3.3.1. <u>Diario de Zaragoza</u> (1823-1833).....	392
3.3.1.1. Censura, moralidad y artículos reproducidos de Madrid y Barcelona. Ridiculización del liberal (1823). La prensa, al servicio del absolutismo (1824). Tipos y temas intemporales: los casados, el matrimonio, el vestido; el petimetre, anécdotas (1825-1826). Contra la libertad de imprenta (1827).....	392
3.3.1.2. El final del precostumbrismo aragonés, a la par del madrileño. Artículos reproducidos de <u>El Correo Literario y Mercantil: el Observador</u> , "Costumbres de Madrid. Cafees". Tipos y temas convencionales: el importante, el lechuguino, el pisaverde, el petimetre, el poeta, el marido y la mujer; modas, objetos. La presencia de Meso nero (1828). Aguinaldomanía (1829). Onirismo (1830).....	400
3.3.1.3. Artículos reproducidos: el jugador, el soltero, la mujer; objetos. Apuntan los originales: latiguillos; el adulator (1831-1833).....	405
Notas.....	408
4.- EL COSTUMBRISMO.....	411
4.1. Las regencias de María Cristina y de Espartero y el comienzo de la Década Moderada (1833-1844).....	412
4.1.1. <u>Diario de Zaragoza</u> (1833-1836).....	413
4.1.1.1. Larra y el carlismo (1833-1834). Objetos. Diálogos reproducidos (1834). Diálogos originales: <u>El Duende</u> (1835). Máscaras. El pretendiente (1836).....	414
4.1.1.2. El comienzo del costumbrismo aragonés. Aragonésismo larriano en la serie epistolar de <u>El Mudo</u> : política, empleomanía, teatro, policía municipal, reconciliación nacional, desgobierno, burocracia, facciosos (febrero-abril de 1836).....	418
4.1.1.3. La serie de <u>El mismo del otro día</u> : el abandono de los militares liberales, hallazgo, alegorismo, conversación oída (abril de 1836).....	432

4.1.1.4. Militares, liberales y facciosos: - onirismo, diálogos, latiguillos (1836).....	435
4.1.2. <u>Diario Constitucional de Zaragoza</u> (1836- 1844).....	437
4.1.2.1. Penuria costumbrista. Diálogos polí- ticos. Milicia y dinero (1836). El aval - de Larra. Esbozo de escena de tertulia. - Diálogo político reproducido (1837).....	438
4.1.2.2. Serie larriana truncada de <u>El Saca-</u> <u>trapos</u> (1838). Colaboraciones de Ayguals - de Izco en defensa de los soldados (1839). Textos anticarlistas y esparteristas de Ma- desto Lafuente (1839-1840).....	442
4.1.2.3. Tres artículos destacables: lamentos del burgués medio (1839); alegorismo antiab- solutista (1840); la tertulia, escena en - verso (1842). Vacío costumbrista: asuntos teatrales (1840), policía urbana, un artí- culo de Santos López Pelegrín -- <u>Abenámbar</u> -- sobre objetos (1843).....	445
4.1.3. <u>La Aurora</u> (1839-1841).....	454
4.1.3.1. Sistematización del costumbrismo ara- gonés. Concomitancias con el madrileño. - Lo histórico, artístico y cultural.....	454
4.1.3.2. Novedades temáticas. Los rústicos - en las fiestas del Pilar. El aspirante a - literato-periodista. Costumbres estudianti- les (1839).....	455
4.1.3.3. Calidad y riqueza de registros. -- Usos colectivos e individuales: Navidad - (1839), la casamuda, el cumpleaños o la ob- jetivación de los lamentos del burgués me- dio. Tipos: el importuno, el aspirante a literato aragonés. Relatos: el usurero, - gestas zaragozanas. El urbano en las fies- tas rústicas aragonesas. El aspirante a literato, la educación de la juventud y las modas extranjeras. Denuncia epistolar de la situación del rústico. Defensa costum- brista de usos populares urbanos: la cence- rrada en Zaragoza (1840).....	459
4.1.3.4. Mayor inflexión hacia la moral y la gravedad. Tres artículos sobre la mujer: su educación (1840), la talentada urbana, y la rústica bella. La empleomanía como am- bición. Relato romántico con tipos: el pe- riodista y el jugador. Antropomorfización de un objeto: el periódico o la autofagia (1841).....	487

4.1.4. <u>Eco de Aragón (1840-1843). El Centinela de Aragón (Teruel, 1841-1843). El Zaragozano (1842). El Liberal Aragonés (1843-1844)</u>	500
4.1.4.1. Artículos reproducidos: críticos de Modesto Lafuente (1840-1843); convencionales: objetos (1840), el cartero (1841).....	500
4.1.4.2. En las lindes del costumbrismo: gacetas vinculadas (1840); onirismo; política; devociones; milicia, paga y empleos (1841); burocracia (1842).....	502
4.1.4.3. Tres textos sobresalientes no enmarcados en serie: la descripción de escenas en el paseo zaragozano (1841); denuncia del recorte de las libertades mediante una conversación oída sobre la república; el hallazgo, artificio para criticar las medidas gubernamentales (1842).....	505
4.1.4.4. Series.....	510
4.1.4.4.1. Las "capilladas" de <u>El Novicio</u> (y su criada <u>Aldonza</u> , sustituta del <u>lego Tirabeque</u>), frenadas por el poder de los comerciantes. Temas varios locales y nacionales. La empleomanía (1841).....	511
4.1.4.4.2. Comentarios de <u>El Novicio</u> y "pláticas" anónimas sobre <u>la Guía de forasteros en España para el año 1841</u> : aragonesismo contra asimilación histórica castellana (1841).....	521
4.1.4.4.3. Las "cartas" a <u>Pepe</u> : el clero indigente; las molestias ciudadanas precupan más que los debates parlamentarios (1841).....	526
4.1.4.4.4. Artículos sobre historia y monumentos altoaragoneses (1841).....	528
4.1.4.4.5. Las cartas de <u>Aquel</u> a <u>Prudencio</u> : El esparterismo zaragozano. Aragonesismo. Comunicaciones. Contrabando. Molestias urbanas. Teatro. Empleados y cesantes; clases pasivas y monjas. Medianía del poder legislativo, corrupción del judicial, contradicciones del ejecutivo. Utilización degradante de los soldados. La Cincomarzada: glorias históricas y espíritu revolucionario de Aragón frente al recelo de los "santones nacionales" (1841-1842).....	532
4.1.4.4.6. Las "cartas" del zaragozano <u>lego Crispiananc</u> al madrileño <u>Tirabeque</u> . Los canónigos de La Seo, implicados en un robo. Desafueros centralistas. Frailes indigentes, soldados mal cuidados, carlistas impunes. Desamortización. Las obras del Pilar y la necesidad de puentes. Desgobierno (1841-1842).....	553

- 4.1.4.4.7. Las "epístolas" larriaras de -
Churrupito al redactor. Devolver a Es-
paña el prestigio internacional. El -
ciudadano exige cambios palpables. El
erróneo planteamiento de la Desamorti-
zación. Las grandes fortunas de recien-
te creación. Hipertrofia burocrática.
La libertad y las capas bajas de la so-
ciedad, traicionadas. La lacra nacio-
nal del contrabando. La corruptela del
poder (1842)..... 560
- 4.1.4.4.8. Las "cartas" del Primo: incomo-
didades e injusticias municipales (1843).... 566
- 4.1.5. El costumbrismo aragonés en publicacio-
nes no aragonesas (1833-1845)..... 570
- 4.1.5.1. Semanario Pintoresco Español (Ma-
drid, 1836-1845)..... 571
- 4.1.5.1.1. Costumbrismo madrileño de temá-
tica o autor aragonés. La imagen román-
tica de Aragón: el pasado histórico-cul-
tural, las gestas antinapoleónicas y lo
rústico-folklórico. El ejemplo de Meso-
nero (1836-1839)..... 571
- 4.1.5.1.2. Miguel Agustín Príncipe, "Ara-
gón y los aragoneses": oficialización -
de la imagen tópica previa; teoría del
costumbrismo "provincial"; lo geográfi-
co, lo histórico y los restos del Anti-
guo Régimen definen a Aragón; caracteres
aragoneses: austeridad y aspecto fiero,
franqueza y audacia, sensibilidad y dig-
nidad, tozudez o tenacidad, altivez y -
orgullo; mención oficial de la Virgen -
del Pilar y los Corporales de Daroca y
minimización de la Cincomarzada (1839)..... 573
- 4.1.5.1.3. Lo histórico-cultural. Rela-
to de ambiente rústico aragonés: la -
cencerrada (1840)..... 583
- 4.1.5.1.4. Vicente de la Fuente, "Los
Aragoneses": tópicos costumbristas. In
forme etno-folklórico sobre costumbres.
Lo rústico, imagen oficial de Aragón.
Caracteres: testarudez, religiosidad -
paracristiana, laboriosidad; institu-
ciones tradicionales; fiestas populares
sacras; productos agrícolas, comercio,
industria; ocio: toros, rondas, jotas,
juegos; compleción física; atuendo; mo-
nedas, pesos y medidas; lengua; límites
espaciales (1840)..... 586
- 4.1.5.1.5. Insistencia en los rasgos ara-
goneses ya difundidos. Lo histórico-cul

tural y los lugares al gusto romántico. Derivación hacia el relato ridiculizador de lo rústico. Relatos de tema no aragonés. Vicente de la Fuente, José Vicente y Carabantes, Juan Guillén Buzarán, C.R., José María de Andueza (1840-1841).....	602
4.1.5.1.6. Relatos, chascarrillos locales, tradiciones populares. Lo rústico, degradado: fiestas, representaciones teatrales, cuentecillos. Vicente de la Fuente, Juan Guillén Buzarán, - <u>Un aficionado lugareño</u> , Miguel Agustín Príncipe (1842).....	607
4.1.5.1.7. Vicente de la Fuente: relatos, artículos costumbristas de tema no aragonés (1843-1844). Otros (1843-1845).....	615
4.1.5.2. <u>Los españoles pintados por sí mismos</u> (Madrid, 1843-1844).....	620
4.1.5.2.1. Costumbrismo madrileño de autor aragonés. Tópicos aragoneses previos al costumbrismo. Lo urbano y lo rústico.....	621
4.1.5.2.2. José Calvo y Martín, "El médico" (1843). Vicente de la Fuente, - "El sacristán" (1843), "El estudiante" (1843), "El colegial" (1844), "La posadera" (1844), "La monja" (1844).....	624
4.1.5.3. Otras publicaciones no aragonesas (1833-1845).....	632
4.1.5.3.1. Alusiones y tópicos en torno a la imagen de Aragón.....	632
Notas.....	634
4.2. La plenitud de la Década Moderada y el Bienio Progresista (1844-1856).....	713
4.2.1. <u>Diario de Zaragoza</u> (1844-1850).....	714
4.2.1.1. <u>Diario de Avisos de Zaragoza</u> (1844-1845). <u>Diario de Zaragoza. Periódico de Avisos</u> (1846-1849).....	714
4.2.1.1.1. Censura y agostamiento creativo. La "Hoja literaria" y <u>Asmodeo</u>	714
4.2.1.2. <u>El Zaragozano</u> (1850-1854).....	717
4.2.1.2.1. Cautela. Artículos reproducidos. Tipos inocuos: "El corto de vieta" (1850).....	717
4.2.1.2.2. La serie teatral de <u>Pantracio Cantaclero</u> : criticismo aragonesista - frente a Madrid y nostalgia de tiempos pasados (1851-1852).....	720
4.2.1.2.3. Voces ultramontanas. Conservadurismo. Textos catalanes reproducidos: tipos (1851-1854).....	735

4.2.1.3.	<u>La Libertad</u> (1854-1856).....	738
4.2.1.3.1.	<u>Diálogo recitado. Facecias abaturradas. Barra y el carlismo</u> (1854-1856).....	739
4.2.1.3.2.	<u>Series</u>	742
4.2.1.3.2.1.	<u>Perico El-de-mas-allá</u>	742
4.2.1.3.2.2.	<u>Juan Aquel</u>	742
4.2.1.3.2.3.	<u>El progresismo clarividente de Maese Pedro (y Viborezno): esparterismo y revolución en Zaragoza; guiños antimonárquicos; el oportunismo de los "ínclitos mamones"; ¡Demos con el mazo!; más enemigos de la revolución</u> (julio-agosto de 1854).....	743
4.2.1.3.2.4.	<u>Gilberto y las "Revistas de Zaragoza": costumbrismo urbano - con tipo auxiliar (Doña Remigia, vieja coqueta)</u> (1855).....	757
4.2.1.3.2.5.	<u>El nuevo observador: el rústico en las fiestas del Pilar</u> - (1856).....	777
4.2.2.	<u>La Esmeralda. La Templanza. El Avisador. El Esparterista. El Avisador</u> (1848-1858).....	792
4.2.2.1.	<u>La Esmeralda</u> (1848-1849). <u>La Templanza</u> (1849-1850).....	792
4.2.2.1.1.	<u>Censura. Desolación cultural. Aires cristiano-conservadores. - Crónica ciudadana: la procesión del Corpus. Escenas urbanas: fiesta campestre en Torrero. Necesidad de más variedad periodística. Escenas en el teatro.</u> - (1849).....	792
4.2.2.1.2.	<u>Un Observador: el rústico en las fiestas del Pilar</u> (1850).....	797
4.2.2.1.3.	<u>Lamentos no costumbristas del burgués medio: mendigos; horario teatral</u> (1850).....	802
4.2.2.2.	<u>El Avisador</u> (1850-1854). <u>El Esparterista</u> (1854-1856). <u>El Avisador</u> - (1856-1858).....	803
4.2.2.2.1.	<u>Moralinas sobre el joven, el hombre y la mujer</u> (1850).....	804
4.2.2.2.2.	<u>La ironía larriana de Antero Jupon en la crítica teatral y ciudadana</u> (1850).....	804
4.2.2.2.3.	<u>Tipos: el pollo; el tuerto, de Janoquí y sus teorías costumbristas; la coqueta. Metaartículo sobre teatro de Janoquí</u> (1850).....	808
4.2.2.2.4.	<u>Casi dos años sin costumbrismo: alabanza del tiempo pasado, morali-</u>	

zaciones, policía urbana, pollos... - (1850-1852). Tres textos aislados: Ma- drazo y su aportación a la imagen tradi- cionalista de Aragón; las hijas de fami- lia; la criada (1852).....	818
4.2.2.2.5. Un trimestre yermo (enero-mar- zo de 1853). Artículos escasos y, en - general, reproducidos desde abril de - 1853 a mayo de 1858: el novio de venta- na, <u>El viejo</u> y la representación de <u>Pa- ta de cabra</u> ; la pollita (1853); el cur- si (1854).....	834
4.2.3. <u>Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales</u> (1844). <u>El Conciliador</u> (1845). <u>El Avisador Zaragozano</u> (1848). <u>El Mosaycó zaragozano</u> (1849).....	843
4.2.3.1. <u>Boletín de Fomento y Gaceta de los Tribunales</u> (1844).....	843
4.2.3.1.1. Rasgos costumbristas aislados....	843
4.2.3.1.2. La crítica teatral costum- brista de <u>Don Quijote y familia</u>	844
4.2.3.2. <u>El Conciliador</u> (1845).....	848
4.2.3.2.1. Galería de tipos a propósi- to del sastre.....	848
4.2.4. <u>El Turia</u> (Teruel, 1856-1857).....	852
4.2.4.1. Entre el costumbrismo y el rela- to: el pollo y la coqueta en un baile de carnaval. Un uso periodístico: la broma del 28 de diciembre (1856).....	852
4.2.4.2. Narcisismo profesional: el perio- dista. Una tertulia con galería de tipos para hablar de periodismo. "En las lin- des del género o reproducidos: frases - usuales, baile de máscaras, el pollo, al- toaragoneses en las fiestas del Pilar, el baile (1857).....	857
4.2.5. El costumbrismo aragonés en publica- ciones no aragonesas (1846-1857).....	862
4.2.5.1. <u>Semanario Pintoresco Español</u> - (1846-1857) y otras publicaciones (1845- -1856).....	862
4.2.5.1.1. Menor presencia de lo arago- nés que en la etapa precedente. Biogra- fías. Monumentos. Importancia de lo - gráfico.....	862
4.2.5.1.2. Tres textos rescatables: Laroche y su visión romántica de Panticosa - (1853); El prolífico Álvarez y Adé in- forma sobre los rústicos de Hecho y An- só (1853) y recalca en el chascarrillo del "barbo de Utebo" (1855).....	867
Notas.....	875

4.3. La vuelta a la situación moderada y el - Sexenio Revolucionario (1857-1874).....	914
4.3.1. <u>La Nube</u> (1857). <u>El Saldubense</u> (1857- -1862). <u>El Aragón</u> (1863). <u>El Imparcial</u> - (1863-1864). <u>El Correo de Aragón</u> (1864-1868) <u>El Imparcial Aragonés</u> (1868-1874).....	915
4.3.1.1. <u>La Nube</u> (1857).....	915
4.3.1.1.1. Tono moral. Ausencia de cos- tumbres. Megara y su "Revista de Za- ragoza".....	915
4.3.1.2. <u>El Saldubense</u> (1857-1862).....	917
4.3.1.2.1. 1857.....	917
4.3.1.2.1.1. El "prerregionalismo" del emprendedor Emilio de Miró y su equi- po. "Regeneración" aragonesista: edi- toriales, glorias históricas, intere- ses materiales.....	917
4.3.1.2.1.2. Gacetillas ho costumbris- tas.....	922
4.3.1.2.1.3. Costumbrismo: contra los residuos escolásticos (el filósofo); las mujeres; crítica municipal en - las "cartas" de Ramo-bono a Bonifacio; "Sinapismos", un metaartículo de Bor- donada; escenas en el teatro; la Noche buena; autofagia y crítica teatral.....	924
4.3.1.2.1.4. La redacción de "El Sal- dubense" pintada por sí misma: el pe- riodista; el aspirante a gacetillero; el gacetillero tenorio; policía urba- na y censura; más policía urbana; caricatura de los redactores y amena- za de la censura.....	942
4.3.1.2.2. 1858.....	959
4.3.1.2.2.1. Intereses materiales. Cen- sura. Moralidad. Humorismo.....	959
4.3.1.2.2.2. Moralidad: evolución de los bailes de moda. Tipos transepo- cales al resguardo de la censura: - la suegra, gacetilla costumbrista; el borracho, en clave amable. Vía jocosa: un zaragozano en Londres.....	960
4.3.1.2.2.3. Entre la sátira y la alu- sión: el hortera, gacetilla larriana, convites caseros; galería de tipos - en los baños del Huerva; el cienti- fíemo médico contra un enemigo eco- nómico: el curandero; metaartículo sociopolítico.....	967
4.3.1.2.3. 1859.....	980
4.3.1.2.3.1. Afianzamiento y mejoras de <u>El Saldubense</u> . Material literario y paracostumbrista.....	980

4.3.1.2.3.2.	Tres textos costumbristas: otra vez el borracho, en tono humorístico; "El aguinaldo", de Mesonero Romanos; lo rústico y el folklore: fiestas de San Juan en Pina de Ebro.....	982
4.3.1.2.4.	1860.....	987
4.3.1.2.4.1.	Continúa la escasez de textos costumbristas plenos. Gacetillas con apuntes de tipos: el rico, la curul.....	987
4.3.1.2.4.2.	El literato y la función de la prensa. Expresiones usuales. Textos eruditos y retrospectivos. Fisiología humorística: la mujer histérica. Amores de final desgraciado.....	988
4.3.1.2.5.	1861.....	996
4.3.1.2.5.1.	Escenas. Relatos costumbristas: lo rústico, vapuleado; costumbrismo y etnografía: el rústico riojano, alabado; escenas concatenadas sobre el amor problemático; necesidad y servidumbre de un uso social: las visitas.....	996
4.3.1.2.5.2.	Tipos. Animalización de la clase baja urbana: el fematero. - Reproducidos: el jugador de billar, la solterona beata y la solterona coqueta, el pretendiente, el vecino imoportuno.....	1014
4.3.1.2.5.3.	El papeleo y las apariencias. Textos adaptados sobre el ferrocarril. Escenas: la tercera clase, defensa del ferrocarril.....	1023
4.3.1.2.5.4.	Las apariencias y los contactos interclasisistas en la serie de Eusebio Blasco sobre el vestido.....	1027
4.3.1.2.6.	1862.....	1046
4.3.1.2.6.1.	Contexto periodístico-literario del costumbrismo. Eusebio Blasco. La relevancia de Julio Monreal.....	1046
4.3.1.2.6.2.	Fredominio de las escenas y de los aledaños del relato. Encauzamiento del antimilitarismo popular. Escenas sobre chismografía. <u>El Duende guía a Mr. Etonné por la Zaragoza oficial y la real.</u> Historietas estudiantiles aragonesas. La novia, fisiología en tono menor. Usos literarios: los prólogos. Contra la democratización de la reproducción de la imagen que propicia la fotografía. El fracaso de una tertulia de confían	

za prueba la superioridad de la bur guesía urbana sobre la rústica. As- cos formales y complacencia íntima an te la perturbación doméstica de la - rutina: hitos vitales y anuales, per- sonales y colectivos. Los Inocentes: el mundo al revés en la despedida del año y del periódico.....	104 7
4.3.1.3. <u>El Aragón (1863)</u>	109 1
4.3.1.3.1. <u>Calidad. Revistas costumbris tas. Pseudónimos. Culminación del cos tumbrismo aragonés</u>	109 1
4.3.1.3.2. <u>Revistas costumbristas. Actua lidad zaragozana. Asmodeísmo objetiva do: un balcón que permite contemplar la política, el amor, la literatura y la - vida. Otras revistas: definición del - revistero, notas folklóricas, el batu rro va al teatro</u>	109 2
4.3.1.3.3. <u>Artículos no seriados. La - definitoria vacuidad de las formas - (las apariencias): "Las personas decen tes". La reproducción de la imagen, - índice de cambios sociales no deseados: la fotografía. El siglo XIX trae in ventos y coquetismo inmoral (las apa riencias). El aspirante a periodista critica las gacetillas convencionales, aboga por el desarrollo aragonés, avi sa del peligro de divorcio entre la - clase política y el pueblo, propone un programa costumbrista y deja ver el - origen del problema de las apariencias</u>	109 9
4.3.1.3.4. <u>Sombras chinescas, culmina ción del costumbrismo aragonés</u>	111 3
4.3.1.3.4.1. <u>Rasgos externos. Contex to y filiación. Lo pictórico. Preli minares. Narcisismo periodístico</u>	111 3
4.3.1.3.4.2. <u>"El gacetillero"</u>	111 6
4.3.1.3.4.3. <u>"El empresario de tea tros"</u>	111 9
4.3.1.3.4.4. <u>"El pollo"</u>	112 2
4.3.1.3.4.5. <u>"La murmuradora"</u>	112 5
4.3.1.3.4.6. <u>"El portero de vecindad"</u>	112 9
4.3.1.3.4.7. <u>"La modista"</u>	113 2
4.3.1.3.4.8. <u>"El presumido"</u>	113 5
4.3.1.3.4.9. <u>"El amante callejero"</u>	113 9
4.3.1.3.4.10. <u>"El gorrista"</u>	114 3
4.3.1.3.4.11. <u>"El perezoso"</u>	114 8
4.3.1.3.4.12. <u>"El caballero de indus tria"</u>	115 1
4.3.1.3.4.13. <u>"El vago de profesión"</u>	115 4
4.3.1.3.4.14. <u>"La familia forastera"</u>	116 0
4.3.1.3.4.15. <u>"El avaro"</u>	116 6

4.3.1.3.4.16.	"El político de café".....	1170
4.3.1.3.4.17.	"El cesante".....	1176
4.3.1.3.4.18.	Balance. Ubicación cuali- tativa y cronológica de <u>Sombras chine- sas</u> en el costumbrismo español. <u>Varie- dad</u> de registros y coherencia global. Interrelación de los tipos. Clases so- ciales. Localización geográfica. So- ciedad y burguesía. Control grupal y normalidad. Apariencia y doble moral....	1179
4.3.1.4.	<u>El Imparcial</u> (1863-1864).....	1190
4.3.1.4.1.	Costumbrismo prácticamente inexistente.....	1190
4.3.1.5.	<u>El Correo de Aragón</u> (1864-1868).....	1190
4.3.1.5.1.	Escasez de textos costumbris- tas. Reproducidos: el españolismo de <u>Benjamín</u> (1866); el tipo del importu- no (1867); un metaartículo destacable (1868).....	1190
4.3.1.6.	<u>El Imparcial Aragonés</u> (1868-1870).....	1194
4.3.1.6.1.	Lo literario, orillado por la política. Crónica reticente de una procesión zaragozana (1869).....	1194
4.3.2.	<u>Eco de Aragón</u> (1864-1872).....	1197
4.3.2.1.	Contexto del costumbrismo: ara- gonésismo histórico-cultural. En torno al chascarrillo baturro. Notas costum- bristas aisladas.....	1197
4.3.2.2.	Predominio de la agresividad. <u>Se- rie</u> (truncada) para fustigar al tipo del neo-católico; una carta persa para reseñar una corrida de toros (1864); la familia de rústicos visita la ciudad; reproduc- ción de "Pulpete y Balbeja", de Estéba- nez; tratamiento destructivo del pollo (1866).....	1198
4.3.2.3.	Presencia del profesional de la prensa: gacetillas encadenadas para cri- ticar, de la mano de un sereno zaragoza- no, el contrabando, los usos sexuales y la situación de los cesantes (1867); nar- cisismo: las quejas del tipo del <u>periodis- ta</u> (1868).....	1204
4.3.2.4.	Tras la Revolución. Artículos re- producidos. En la frontera del costumbris- mo: el autor se ve a sí mismo más que al tipo del cartero que pretende describir (1869); demagogia para contener el empuje revolucionario del obrero sin trabajo - (1870). Testigo de una serie crítica <u>per- dida</u> : la beata carlista (1871).....	1205

4.3.2.5. Descenso pronunciado del costumbrismo y lo literario en general. Tipos anodinos y mal pergeñados: los enamorados (1872).....	1209
4.3.3. <u>El Anunciador</u> (1863-1866).....	1211
4.3.3.1. Noticias. Moralidad. Economía. Política. Textos de Benjamín (reproducidos), Constantino Gil, Julio Monreal, Eusebio Blasco, Marcelino Isábal. <u>El Bachiller Pero Ponce</u> y <u>El Licenciado Brandalagas</u>	1211
4.3.3.2. Roces con el costumbrismo. Aragonésismo histórico-cultural: lo monumental. Lo folklórico.....	1212
4.3.3.3. Artículos no seriados. Policía urbana. Intereses materiales y aragonésismo. El solterón, tipo acosado. Apariencias y trenes de vida incomprensibles (1863). La problemática felicidad conyugal. Desdibujamiento genérico y tipológico: el público. Objetos, el sombrero de copa. Mercantilización de las modas y nivelación europea de los usos. El bolero y la literatura (1864). Onirismo y política. El progresismo biológico de las nuevas generaciones. La indefensión ante el escrito anónimo. La corrupción de los representantes políticos (1865).....	1213
4.3.3.4. La grisácea existencia del ciudadano medio a través de la "Revista de la semana" de <u>El Bachiller Pero Ponce</u> - (y su vecina): modas, bailes de sociedad, ritual amoroso, crónica ciudadana, jerga amorosa, tertulias, teatro, taurofobia, hitos sacros y profanos, baños de verano, escenas en el paseo, tono pazguato y sermonario, narcisismo del periodista (1863-1864).....	1238
4.3.4. Otros periódicos aragoneses (1862-1874).....	1253
4.3.4.1. Prensa zaragozana.....	1253
4.3.4.1.1. Hasta la Revolución.....	1253
4.3.4.1.1.1. Escasez de artículos.....	1253
4.3.4.1.1.2. La serie "Frasesología contemporánea". Colaboraciones de José Selgas. <u>El costumbrismo ultraconservador</u> de Mariano Layta y Moya.....	1254
4.3.4.1.2. Tras la Revolución.....	1263
4.3.4.1.2.1. Prensa republicana: el neo-católico, el rico, el pobre, el	

soldado; onirismo político; la voz del pueblo, en las paredes; diálogo antirrevolucionario; baturrismo anticantonalista.....	1263
4.3.4.1.2.2. Otros periódicos: temas convencionales en la prensa femenina.....	1267
4.3.4.2. Prensa turolense y oscense: ausencia de costumbrismo.....	1268
4.3.5. Publicaciones no aragonesas (1857-1874).....	1269
4.3.5.1. Hasta la Revolución.....	1269
4.3.5.1.1. <u>El Museo Universal</u> : los tumbares de Alcañiz (1863); el "costumbrismo" gráfico de los Bécquer (1865-1870).....	1269
4.3.5.2. Tras la Revolución.....	1271
4.3.5.2.1. <u>La Ilustración Española y Americana</u> : el "costumbrismo" gráfico y Eusebio Martínez de Velasco (1872-1873); Eusebio Blasco: Teruel y las mujeres (1874).....	1271
4.3.5.2.2. <u>Las mujeres españolas, portuguesas y americanas</u> (1873).....	1274
4.3.5.2.2.1. Manuel Juan Diana: la mujer de Huesca.....	1274
4.3.5.2.2.2. José Muñoz Gaviria y Maldonado: la mujer de Teruel.....	1276
4.3.5.2.2.3. Emilio Castelar: la mujer de Zaragoza.....	1278
Notas.....	1288
5.- EL POSTCOSTUMBRISMO.....	1371
5.1. Sesenta y dos catas entre el final de la Primera República y las vísperas del 98 (1875-1897).....	1372
5.1.1. Publicaciones aragonesas.....	1375
5.1.1.1. Prensa zaragozana (1878-1897): el joven conservador (1895), onirismo para la crítica municipal (1896).....	1375
5.1.1.2. Prensa turolense (1876-1897): tipos, carnaval, chismografía, fin de año.....	1377
5.1.1.3. Prensa oscense (1880-1897): tipos, aguinaldomanía, objetos, carnaval.....	1379
5.1.2. Publicaciones no aragonesas.....	1380
5.1.2.1. <u>La Ilustración Española y Americana</u> : "costumbrismo" gráfico (1875-1890).....	1380

5.1.2.2. <u>Las mujeres españolas, americanas y lusitanas pintadas por sí mismas</u> . Rosa Martínez de Lacosta: la aragonesa (h. 1881).....	1382
5.1.2.3. <u>Miscelánea Turoloense</u> . Concepción Jimeno de Flaquer: la mujer aragonesa - (1897).....	1391
Notas.....	1396
PARTE III.- DEL COSTUMERISMO ARAGONÉS AL COSTUMBRISMO ESPAÑOL: SINCRO N ÍA, SINTONÍA Y RECIPROCI D AD.....	1402
6.- RECUESTO. HITOS TEXTUALES Y TEMPORALES.....	1403
6.1. Cuantificación y clasificación.....	1404
6.1.1. Fuentes hemerográficas y artículos totales.....	1405
6.1.2. Clasificación por periodos y según las variables "vehículo de difusión aragonesa/noaragonesa", "artículo original/reproducido", "temática aragonesa/no aragonesa" y "técnica costumbrista plena/no plena".....	1408
6.2. Selección y periodización.....	1412
6.2.1. Criterios para la selección de un corpus básico.....	1413
6.2.2. Pautas cronológicas.....	1416
6.2.2.1. Orígenes inmediatos (1797-1835): la herencia dieciochesca (1797-1819); - inicio abortado (1820-1821); latencia (1822-1835).....	1416
6.2.2.2. Nacimiento (1836) y consolidación (1839-1844).....	1420
6.2.2.3. Transición (1845-1859): continuidad (1845-1856) y reorientación (1857-1859).....	1423
6.2.2.4. Culminación (1860-1868) y cese de vigencia (1869-1874).....	1426
6.2.2.5. Continuismo formal (1875-1897) y derivaciones genéricas (1863-....).....	1431
Notas.....	1433
7.- PARADIGMAS.....	1440
7.1. Técnica.....	1441
7.1.1. Coetaneidad y subgéneros.....	1442

Pág.

7.1.2. Motivos. Motivos nucleares. Cadenas. Paradigmas argumentales. Asmodeísmo. Clases de artículos. Series. Paradigmas temporales.....	1448
7.2. Ideología.....	1459
7.2.1. Costumbrismo y conservadurismo: clases sociales; ámbitos urbano y rural; censura, tolerancia y loa.....	1460
7.2.2. Burguesía. Descripción denotativa: normalidad y excepcionalidad. Taxonomía connotativa: objetividad y totalidad. - Paradigma de clase y paradigmas temporales.....	1464
7.3. Filiación.....	1472
7.3.1. Las "escuelas" de Estébanez, Mesonero y Larra.....	1473
7.3.2. Lo subjetivo regional y lo subjetivo nacional. Paradigma crítico.....	1479
Notas.....	1485
CONCLUSIONES.....	1489
BIBLIOGRAFÍA CITADA.....	1496
APÉNDICES:	
1.- Fuentes hemerográficas y obras colectivas.....	1512
2.- Relación cronológica de los textos seleccionados.....	1525
3.- Cuadros.....	1542
4.- Gráficos.....	1566